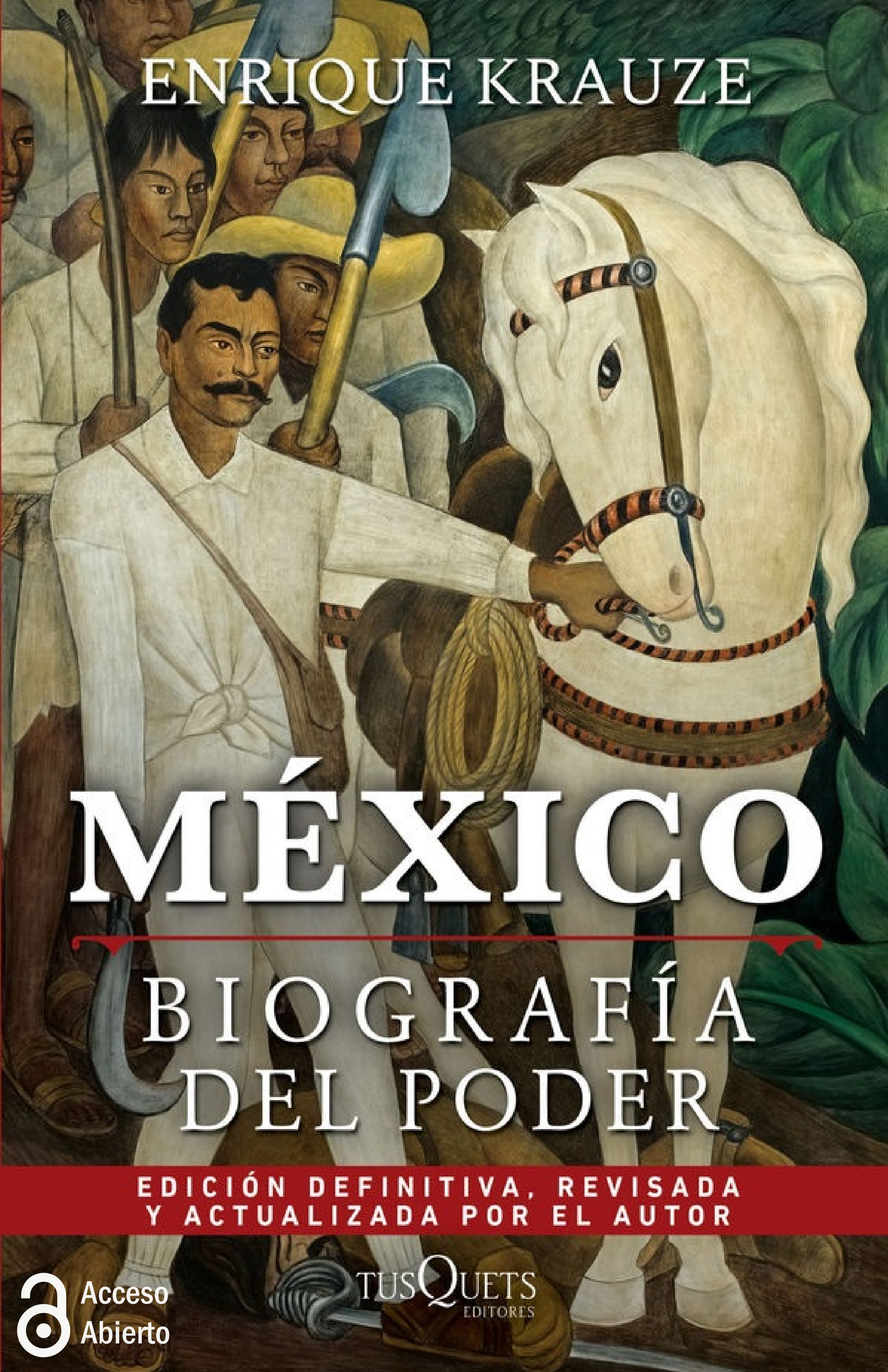

ENRIQUE KRAUZE
MÉXICO
BIOGRAFÍA
DEL PODER
EDICIÓN DEFINITIVA, REVISADA
Y ACTUALIZADA POR EL AUTOR
Acceso
Abierto
TUSQUETS
EDITORES

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Fotografía del autor: © Miguel Dimayuga
Imagen de portada: Juan O'Gorman. *Sufragio efectivo, no reelección*, 1969. Pintura al fresco. Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-MEX; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
Primera edición impresa en México: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4523-2
Primera edición en México en formato epub: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4515-7
Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

ENRIQUE KRAUZE

MÉXICO: BIOGRAFÍA DEL PODER



ENRIQUE KRAUZE
MÉXICO: BIOGRAFÍA DEL PODER



Índice

Para Mateo, Santiago, Alejandro e Inés,
mis nietos queridos

Esta edición

La edición en inglés de esta obra, titulada *Mexico: Biography of Power. The Making of Modern Mexico, 1810-1997* reunía en un solo volumen *Siglo de Caudillos, Biografía del poder y La presidencia imperial,* mis obras de historia política mexicana publicadas por Editorial Tusquets en los años noventa. La precedía una introducción donde evocaba las Fiestas del Centenario de 1910 y recordaba el súbito estallido de la Revolución ese mismo año. Seguía un primer apartado que titulé «El peso del pasado» cuyo propósito era describir, de manera esquemática, las raíces históricas del México independiente. Constaba de cinco capítulos: «Los hijos de Cuauhtémoc», «El legado de Cortés», «La familia mestiza», «La Corona española», «La Madre Iglesia». Enseguida venían, propiamente, los libros de la trilogía (con títulos levemente distintos) y un epílogo: «El teatro de la historia».

Con respecto a aquélla, la presente edición en español (corregida, revisada, puesta al día) contiene algunas modificaciones. No incluí la introducción sobre las Fiestas del Centenario, porque retrasaba innecesariamente la entrada del tema central. Tampoco «El peso del pasado», porque sus materiales fueron la sustancia de un libro posterior: *La presencia del pasado* (Tusquets, 2005). El criterio de las supresiones no tiene que ver con el número de páginas sino con la fluidez de la lectura. A cambio de esas supresiones, hay adiciones que provienen de aquella edición: mapas históricos, una cronología general, un índice onomástico consolidado.

Cada uno de los tres libros (es decir, de los tres apartados) integrados en éste, contiene un prólogo nuevo, similar al de la edición en inglés. Incluyo también un nuevo epílogo en el que recupero elementos anteriores, recapitulo sobre el peso

mitológico de la historia y exploro los caminos de la libertad en México a través de dos siglos. Lo titulé: «La historia: ¿la escribimos o nos escribe».

El maestro Luis González solía decir que hay historiadores del verbo (de la acción) e historiadores del sustantivo (de la reflexión). Yo siempre he querido fluctuar libremente entre uno y otro. Narrar y contemplar, reflexionar y desatar el tiempo. Pero en el caso de la presente edición, creí conveniente privilegiar el movimiento de la historia, centrado en las personas y su circunstancia.

Por lo que hace a las fuentes, el lector encontrará al final de la obra una discusión específica. Con la ayuda de mi amigo y colaborador Javier Lara Bayón (ingeniero de la historia, que ha sido clave en la hechura completa de esta edición) he procurado depurar, constatar y homologar cuidadosamente las citas. La trilogía, en sus versiones originales, adoptó criterios distintos. *Siglo de caudillos*, por ejemplo, no contenía citas a pie de página sino sólo la bibliografía general de cada apartado. *Biografía del poder* y *La presidencia imperial* sí las incluyeron. Aquí he optado por detallar cada fuente y consolidar las citas.

La historia de México está en pie. Aquí no ha muerto nadie, a pesar de los asesinatos y los fusilamientos. Están vivos Cuauhtémoc, Cortés, Maximiliano, don Porfirio, y todos los conquistadores y todos los conquistados. Esto es lo original de México. Todo el pasado suyo es actualidad palpitante. No ha muerto el pasado. No ha pasado lo pasado, se ha parado.

José Moreno Villa

La Providencia ha querido que mi historia sea la historia de México desde 1821.

Antonio López de Santa Anna

Prólogo

«Quien busque la salvación de su alma y la de otras almas no lo haga por el camino de la política, que tiene otras tareas muy distintas, que sólo pueden cumplirse con la violencia.» Comprendí el sentido terrible de esta frase de Max Weber mucho antes de leer sus célebres conferencias sobre la vocación política y la vocación intelectual. La fecha y la circunstancia de ese aprendizaje son muy precisas: el Movimiento Estudiantil de 1968. Ese bautizo de sangre sobre el carácter diabólico del poder marcó a mi generación y a mi vida.

A cincuenta años de distancia, veo clara la derivación de esa experiencia. Dedicaría una parte de mi vida al poder. No, por supuesto, a perseguirlo (cosa que jamás ambicioné y que me habría repugnado) sino a estudiarlo y criticarlo. Lo primero explica en parte mi vocación de historiador, que derivó en libros sobre los intelectuales y el poder, y en biografías de los protagonistas políticos de México. Lo segundo explica, en parte también, mi trabajo de ensayista y mi fe en la democracia liberal.

México: Biografía del poder es la integración de la trilogía histórica sobre el poder en México que publiqué entre 1992 y 1997: *Siglo de caudillos, Biografía del poder* y *La presidencia imperial*. La obra se centra en las biografías de los principales personajes que marcaron nuestra vida política en los siglos XIX y XX, lo cual no significa que avalo la anacrónica y peligrosa teoría de Thomas Carlyle sobre los «Grandes Hombres» como motores de la historia. La historia no puede limitarse a la biografía, y esta obra no incurre en esa reducción. Aborda, es cierto, las particularidades de cada personaje, lo que los hacía irrepetibles, pero no se detiene ahí, sino en la proyección de esas particularidades sobre el escenario político que les tocó

vivir. *México: Biografía del poder* se pensó siempre como una historia de México centrada en los personajes que la irradian, no como una colección de retratos aislados en el museo de la historia mexicana.

En las biografías hilvanadas en «Siglo de caudillos» subyace una teoría de nuestra historia. Aunque creo en la libertad y no en el ciego imperio de las fuerzas impersonales, comparto con el historiador Edmundo O'Gorman la convicción de que la historia de México es una zona de tensión entre dos vectores difíciles de conciliar: el peso del pasado (de los pasados) y el impulso del futuro, «la fiebre del porvenir», como la llamaba Justo Sierra. Esta tensión ha marcado la vida de nuestro país desde los albores de la Independencia hasta nuestros días. He procurado estudiar esa tensión viéndola encarnada en personajes concretos, no en ideas abstractas. Hidalgo, Morelos, Iturbide, Guerrero, Alamán y Mora, Santa Anna, Melchor Ocampo, Juárez, Maximiliano y Carlota, Porfirio Díaz: el pasado y el futuro combaten y algunas veces dialogan en ellos.

«La Revolución», segundo apartado de *México: Biografía del poder*, aspira a trasmitir, en su tratamiento y su prosa, el ritmo dramático de la lucha, el sonido de las armas y la fuerza de las ideas. Sus siete personajes emblemáticos entran a galope, libran batallas homéricas, cinco de ellos mueren por la violencia y a traición (Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón) y dos sobreviven para construir el nuevo orden revolucionario. Al recrear esa etapa de México, quise escribir un texto con solidez académica pero narrado como una novela. Ahí están, en cada perfil, el origen, la familia, las mocedades, los escenarios locales, los estudios, las peripecias de toda índole, las campañas, las dichas y desdichas, los hechos nimios y los trascendentes, la presencia del amor y el sentido de la muerte que, violenta o pacífica, es como la

rúbrica existencial de toda vida. Me concentré en el análisis científico de los materiales pero no escatimé la simpatía y la emoción al momento de contar una vida. Quise que la empatía no desembocara nunca en la admiración excesiva, y muchísimo menos en la hagiografía. De hecho, me acerqué a esos personajes con sentido crítico, buscando en cada uno el elemento diabólico del poder que, por convicción liberal y democrática, rechazo.

El enfoque cambia en el tercer apartado, «La presidencia imperial», que recrea la vida política de 1940 a 1997. Aunque me detuve en la vida de cada presidente buscando, de nueva cuenta, la clave o claves que arrojaran luz sobre su actitud frente a la historia, en «La presidencia imperial» intenté narrar una historia política «a la inglesa», es decir, una historia política general a partir de los personajes políticos particulares. En una palabra, hablar del hombre y su época. Por otra parte, el método biográfico me pareció entonces particularmente adecuado para tratar la política mexicana, debido al carácter formalmente republicano pero realmente monárquico de la misma. Mi hipótesis de entrada pareció ratificarse en cada análisis: debido al poder extraordinario que tenían entonces los presidentes de México, su biografía se proyectaba sobre la historia del país, convirtiéndola, necesaria y fatalmente, en una biografía del poder. Bien visto, fue don Daniel Cosío Villegas quien trazó la pauta de este tipo de análisis: su libro *El estilo personal de gobernar* (1974) había revelado, con intuiciones casi psicoanalíticas, la manera en que los rasgos privados del monarca en turno, su temperamento, su carácter, sus manías, sus ideas, se traducían en política pública. Como en otros ámbitos de mi vida, intenté seguir su ejemplo.

Un factor inesperado, que descubrí en el momento mismo de redactar el libro, animó mi trabajo. De pronto, para mi

estupor, vi que podía incorporar de modo natural recuerdos de mi infancia y juventud, hechos que encajaban en el marco de la historia y le conferían cierto calor e inmediatez. Así pude hablar con libertad de la radio y el cine, de las canciones y los deportes, de las empresas y los sindicatos, de la experiencia de ser un joven lector en los años sesenta y un rebelde en el 68.

Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz son vagos recuerdos de un México que ahora, a la distancia, parece casi prehistórico. Y, aunque los nombres de Luis Echeverría, José López Portillo, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari están más presentes (sobre todo el último, por la índole reformadora y polémica de su gestión), los jóvenes nacidos a fin de siglo (los *millennials* mexicanos de la era de internet y las redes sociales) los ven —si es que los ven — como dinosaurios. Quizá lo eran, quizá lo son. Pero vale la pena adentrarse en ese pasado antediluviano para advertir su herencia (a veces envenenada) en el presente y el modo en que el presente (de manera parcial pero significativa) lo ha superado.

México: Biografía del poder es un mural biográfico de la historia política mexicana. No un mural laudatorio ni arcádico sino un mural comprensivo y dramático. Mi modelo no es Rivera sino Orozco. El inolvidable maestro Luis González y González subrayaba la importancia de la hermenéutica, operación histórica que en castellano más simple significa sencillamente *comprender*. «Hay que repensar los pensamientos de los personajes», nos decía, evocando una sentencia del historiador inglés R.G. Collingwood. Ese ha sido mi propósito al escribir este libro. Comprender a los personajes. Comprenderlos antes que juzgarlos. Buscar el sentido de las vidas, no su inserción en un esquema

explicativo. Pero este espíritu de comprensión no ha implicado una imposible e indeseable asepsia crítica.

Octavio Paz predicó la necesidad de reconciliar los pasados de México. Era la única puerta hacia la reconciliación con nosotros mismos. Lo sigue siendo. El mejor destino de *México: Biografía del poder* es contribuir a ese abrazo definitivo del mexicano con otro mexicano, no en el estruendo de las balas sino a la luz de la comprensión.

Ciudad de México, 16 de septiembre de 2017

SIGLO DE CAUDILLOS

A lo largo de tres siglos, el orden tradicional de la Nueva España (el futuro e inminente México) permaneció fundamentalmente intocado. Semejaba una vasta pirámide de obediencia, aquiescencia, sumisión, casi siempre suave, casi nunca impuesta o violenta. Una pirámide cristiana e imperial, construida sobre otra, en letargo, no vencida: la pirámide indígena.

Se habían suscitado, es verdad, profundos cambios en las artes, la sensibilidad, el pensamiento. El mundo renacentista, el barroco y la Ilustración imprimieron su huella sucesiva en el inmenso reino. Se había gestado un universo enteramente nuevo, el variopinto universo de los mestizos. Incluso en términos políticos, el tránsito de los Habsburgo a los Borbones había marcado una diferencia en la naturaleza de la dominación. Con todo, la estructura arquitectónica de la monarquía —la relación entre la Iglesia y la Corona, el diseño corporativo de la sociedad y sus vínculos verticales con el poder— seguía básicamente intacta, pese a los cambios de mentalidad y gusto. De pronto, en 1810, un terremoto sorprendente, de naturaleza y alcance desconocidos, cimbró el edificio político hasta sus cimientos.

A principios del siglo XIX, a lo largo y ancho de la América Española, aquel edificio se derrumbó. Al calor de las luchas surgieron los caudillos. Eran los hombres fuertes, los jefes, los dueños de «vidas y haciendas», los herederos del arquetipo hispanoárabe o del conquistador, con sus espadas desenvainadas, relucientes y justicieras. Igual que sus contrapartes en el sur, los caudillos mexicanos se alzaron en armas contra la corona española y por la independencia de sus pueblos, pero a diferencia de aquellos jefes como Bolívar o San Martín, los mexicanos no fueron militares sino sacerdotes. Miguel Hidalgo y José María Morelos (y los

cientos de sacerdotes que lucharon a su lado) tenían un rasgo que iba más allá del carisma propio del líder guerrero o insurgente: un aura religiosa, una conexión con lo divino.

Tras la aparición fulgurante y trágica de los sacerdotes insurgentes (concluida en 1815), siguió una breve etapa de aparente letargo que culminó con la Independencia de México, en septiembre de 1821. El país —que se veía a sí mismo como el cuerno de la abundancia— se precipitó muy pronto en la penuria material y la confusión política. Osciló entre dos proyectos frágiles: el monárquico (encarnado por el fugaz emperador Agustín de Iturbide) y el republicano (personificado en los últimos caudillos de la Independencia, Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero). Entre esos dos sueños, por largo tiempo se impuso la realidad, representada por un caudillo criollo prototípico no sólo de México sino de todos los antiguos reinos de España: el melodramático general Antonio López de Santa Anna. Entrando y saliendo del escenario histórico, proclamado por muchos (y por sí mismo, desde luego) como el hombre predestinado, Santa Anna imperó como un monarca sin corona desde principios de la década de 1830 hasta 1855. Inconstante, vano, valeroso, ineficaz, sentimental, vencedor en algunos episodios, vencido en momentos clave, Santa Anna fue una metáfora de la impotencia de los criollos para gobernar al nuevo país.

Algo había en la mentalidad criolla (no sólo en Santa Anna, sino en los grandes intelectuales de la época, como José María Luis Mora y Lucas Alamán) que les impedía consolidar a la nación. Si bien ambos tenían la capacidad teórica para imaginar un orden nuevo (unos, nostálgicos del orden jerárquico de la Iglesia y la centralización del Estado; otros, mirando hacia un futuro republicano, secular, democrático y constitucional) ninguno pudo cimentar su proyecto. El resultado fue desastroso: las élites criollas presidieron una

época de agudo empobrecimiento económico, anarquía social, merma de territorio nacional y, sobre todo, de violencia: guerras étnicas, revueltas y pronunciamientos, intervenciones externas, discordia civil.

A mediados del siglo XIX, perdida más de la mitad del territorio mexicano en la primera e infausta guerra imperial de los Estados Unidos, quedaba claro que la sola legitimidad carismática era insuficiente para edificar un orden nuevo. De hecho, el carisma puro, vacío de contenido, era acaso el primer obstáculo para construirlo. En ese momento, un nuevo e inesperado personaje, el abogado Benito Juárez, accedió al escenario de la historia para hacerse cargo de la titánica tarea a la cabeza de una generación inigualada de políticos e intelectuales liberales. Instintivamente, Juárez ofició el bautizo de la nueva legitimidad constitucional con aguas extraídas del antiguo pozo indígena, en particular el de sus propios ancestros, los impasibles, severos y melancólicos zapotecas. Bajo la mano firme de Juárez, México adquirió una estructura política perdurable bajo la fórmula de un compromiso entre la gravitación del pasado y el llamado del futuro: sería una monarquía con ropajes republicanos, un poder centralizado e intocable que al mismo tiempo concedía libertades y derechos civiles impensables en los tiempos virreinales. Pero acceder a ese estadio costó el derramamiento de mucha sangre en la que algunos historiadores llamarían «La gran década nacional»: 1857-1867.

Juárez fue la figura central en el amargo conflicto entre la Iglesia y el Estado que desgarró a México en el siglo XIX: la guerra de Reforma, que duró de 1858 a 1861. Se trató casi de una guerra religiosa, sin precedente en Iberoamérica. Hacia mediados del siglo, México había conquistado su independencia de España pero no del orden interno colonial, en el cual la Iglesia había tenido (como seguía teniendo) un

sitio preponderante. Ese papel, ese lugar de la Iglesia en la vida terrenal y espiritual de los mexicanos resultaba inadmisible para el naciente estado liberal. Derrotar al viejo orden requería el surgimiento de un caudillo peculiar. Por una parte, un político preparado para abrazar la Constitución Liberal de 1857 y las Leyes de Reforma que, proclamadas en plena guerra, separaban definitivamente la Iglesia del Estado. Por otra parte, un político a quien inspiraba un fervor antiguo, inalterable, religioso. Ese caudillo presidente (con rasgos de un *tlatoani*, que no escaparon a sus seguidores y sus críticos) fue Benito Juárez. Su labor fue titánica, pero no individual: poco hubiese logrado sin el concurso lúcido y apasionado de aquellos intelectuales y políticos (primordialmente mestizos) de su generación.

En la escasa medida en que (¡a principios del siglo XXI!) México tiene una vida constitucional, lo debe a aquellos hombres independientes —Ignacio Ramírez, Santos Degollado, Ignacio Manuel Altamirano, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Manuel María de Zamacona, Guillermo Prieto y, sobre todo, Melchor Ocampo— que, en la frase del filósofo Antonio Caso, «parecían gigantes». En su momento, casi todos ellos vivieron una paradoja: como liberales creían ante todo en la limitación del poder, pero como miembros del triunfante Estado liberal se incorporaron a él. Al poco tiempo, optaron por la libertad *frente* al poder y se distanciaron de Juárez.

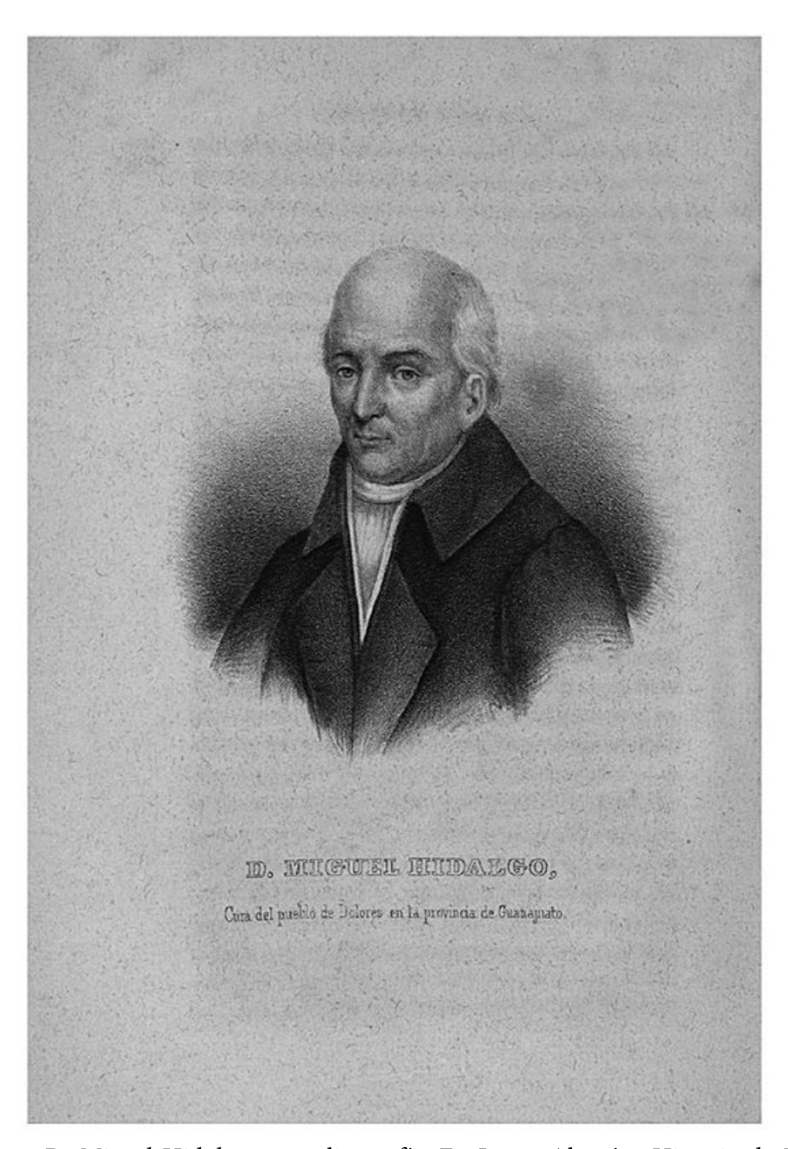
A la cabeza de México a lo largo de la guerra de Intervención (1862-1867), Juárez derrotó al hombre que Napoleón III había elegido como emperador de México: Maximiliano de Habsburgo. Su tránsito por la historia mexicana constituyó el segundo y último sueño imperial. Como el desdichado Iturbide, ambos monarcas encarnaron una contradicción casi insoluble: defendían la causa sagrada

de su siglo —la libertad— pero representaban su radical opuesto, la tradición de siglos pasados: el poder absoluto. Ninguno de los dos monarcas liberales pudo resolver su íntimo conflicto. Quien lo resolvería con un compromiso perdurable sería el joven compañero de armas de Juárez, su más admirado lugarteniente, oaxaqueño como él y, como él, tocado por la mística del poder: Porfirio Díaz. Como Juárez, más que Juárez, Díaz no esquivó la contradicción: discurrió instintivamente una síntesis que incorporaba ambos elementos sin anularlos.

Casi todas las figuras protagónicas de la política mexicana en el siglo XIX, lo mismo los liberales que los conservadores, murieron como mártires. Las excepciones más claras y decisivas —además de Santa Anna— fueron Juárez y Díaz, los sacerdotes laicos del poder. Fueron ellos quienes por largo tiempo, y de manera extrañamente perdurable, hicieron confluir las dos poderosas corrientes de la historia mexicana: la gravitación del pasado, el llamado del futuro.

Nada ilustra mejor la tensión entre estas dos tendencias del siglo XIX mexicano que las biografías de aquellos caudillos, insurgentes, sacerdotes, intelectuales, militares y civiles, presidentes y emperadores. Todos quisieron, a su manera, guiar al país hacia la prosperidad. Pero cada uno tenía una noción distinta del pasado y el futuro. Esa noción, y el pasado específico de cada uno (su origen geográfico, sus raíces familiares, étnicas, religiosas, culturales, sociales, económicas, políticas, profesionales, aún sus condicionantes psicológicos) se transfirieron a la historia de México hasta crear una compleja y acumulativa biografía del poder.

I
Sacerdotes insurgentes



Salazar, *D. Miguel Hidalgo*, 1849, litografía. En Lucas Alamán, *Historia de Méjico: desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Impr. de J. M. Lara, 1849-1852.

Desde la perspectiva oficial, la Revolución de Independencia había sido, exclusivamente, una revolución *para* la independencia. De hecho, en la propia terminología se notaba la carga interpretativa: de la fórmula «revolución de independencia» utilizada por todos los autores cercanos al hecho histórico, había desaparecido la palabra «revolución». Esta limitación de la guerra a su componente libertario podía corresponder en parte al sentido ideológico de la lucha personal de Hidalgo, pero era sin duda insuficiente para entender el complejo movimiento histórico cuyo centenario ruidosamente se celebraba.

Hidalgo se inscribía en una antigua tradición de patriotismo criollo común a toda la América española, que en Nueva España databa del siglo XVI y que había tomado un fuerte impulso en la obra de los jesuitas criollos ilustrados de mediados del siglo XVIII, a quienes los Borbones, celosos de su influencia, habían expulsado de sus dominios en 1767. Para reclamar legítimamente el derecho de propiedad (política, económica, burocrática, religiosa) sobre el país, monopolizado por una minoría de españoles peninsulares (15.000 en un país de 6 millones), los jesuitas asentados en Valladolid (Francisco Xavier Alegre y Francisco Xavier Clavijero, entre otros) recurrieron a la única vía que les quedaba: la del origen, la del nacimiento. Para ello hicieron una suerte de gran inventario de la riqueza de *su* nación: estudiaron amorosa y científicamente la historia antigua, la arqueología, la lengua, la geografía de Nueva España. Hacia fines del siglo XVIII, otra corriente de pensamiento criollo, representada por el sacerdote Servando Teresa de Mier, desarrolló las más extraordinarias conjeturas teológicas para reclamar los derechos de los criollos sobre el país, tendiendo

un puente entre ellos y el pasado azteca para así deslegitimar los derechos divinos de la Corona en torno a la Conquista. Según fray Servando, el mitológico y civilizador dios Quetzalcóatl había sido el mismísimo apóstol santo Tomás. Cuando sobrevino la Revolución, todas estas aportaciones científicas y teorías descabelladas se tradujeron en un ciego optimismo de los criollos sobre la importancia de su país al que, genéricamente y con jactancia, llamaban «América». «Haremos uso libre», proclamaba Hidalgo, «de las riquísimas producciones de nuestro país y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias de este vasto continente.»[1] Allende, el capitán criollo que lo secundaba, creía que Guanajuato, una de las principales ciudades mineras de Nueva España, se convertiría nada menos que en «la capital del mundo».

En el caso particular de Hidalgo, había también razones menos ideales en su reivindicación criolla: la brutal exacción fiscal por parte de la Corona a las colonias, destinada a financiar la guerra contra Inglaterra (llamada «Consolidación de los Vales Reales», decretada en 1804), no sólo lo había puesto al borde de la ruina en 1807 con el embargo y la amenaza de remate sobre las haciendas suyas y de sus familiares (Santa Rosa, San Nicolás, parte de Jaripeo), sino que pudo haber afectado, hasta el enloquecimiento y la muerte en 1808, a Manuel, su hermano menor.

En 1810, cuando estalló la revolución, Hidalgo era reconocido como «uno de los mejores teólogos del obispado»,[2] «hombre de grandísima literatura y vastísimos conocimientos en todas líneas».[3] Nacido en 1753 en la hacienda de Corralejo, Guanajuato, hijo del administrador de esa hacienda, había seguido la carrera eclesiástica en Valladolid, donde le tocó presenciar la expulsión de los

jesuitas. Sus compañeros de colegio le llamaban «el Zorro», sobrenombre que, diría Alamán, correspondía «perfectamente a su carácter taimado».[4] En 1773 obtuvo el bachillerato en teología y fue profesor (por catorce años), tesorero, vicerrector y finalmente rector del afamado Colegio de San Nicolás en la misma ciudad. En defensa de la teología positiva y frente a la interminable hermenéutica de la teología especulativa, publicó en 1784 dos *Disertaciones sobre el verdadero método de estudiar teología escolástica,* una latina y otra castellana, que le valieron el reconocimiento del gran teólogo de su tiempo, el doctor Joseph Pérez Calama: «con el mayor júbilo de mi corazón preveo, que llegará a ser Vmd. luz puesta en Candelero o Ciudad colocada sobre un monte. Veo que es Vmd. un joven que cual gigante sobrepuja a muchos ancianos que se llaman Doctores y Grandes theólogos».[5]

En sus parroquias, la opinión sobre él, aunque siempre admirativa, era un tanto diferente. A principio de siglo, el Santo Tribunal de la Inquisición comenzó a recibir diversas denuncias contra Hidalgo, que oficiaba entonces en la pingüe parroquia de San Felipe Torres Mochas, cercana a sus haciendas. Las alarmas de los denunciantes eran de dos géneros: moral y teológico. Sus malquerientes no dudaban de su «finísimo argüir» y no faltó quien definiera su «genio» como «jocoso» o «trabieso *[sic]* en línea de letras», pero el cura incurría en conductas extravagantes: era «jugador de profesión y como tal disipado», «libre en el trato con mujeres», dado a la «continua diversión» a tal grado de que «en casa de dicho Hidalgo había una revoltura que era una Francia chiquita», lugar de encuentro de «músicos y músicas, juegos y fandangos», «tiene asalariada una completa orquesta cuyos oficiales son sus comensales y los tiene como de su familia».[6] El problema, sin embargo, no era tanto lo que Hidalgo hacía como lo que pensaba. A juzgar por las

denuncias, el Cura era casi un hereje: entre los muchos cargos que se le hacían, Hidalgo habría negado el infierno («No creas eso Manuelita», confesaba haberle oído decir una amiga cercana, quizá demasiado cercana, «que éstas son soflamas»), se burlaba de santa Teresa («una ilusa, porque como se azotaba, ayunaba mucho y no dormía, veía visiones»), predicaba un libertinaje intelectual (la Biblia se debía «estudiar con libertad de entendimiento para discurrir lo que nos parezca sin temor a la Inquisición»), dudaba que los judíos pudiesen convertirse («pues no consta del texto original de la Escritura que haya venido el Mesías»), leía libros prohibidos y, ya en el extremo, sostenía festivamente (en el confesionario, según algunos) que «la fornicación no es pecado».[7]

El ciclo de denuncias se cerró al poco tiempo y; aunque volvió a abrirse en 1807, en ningún caso prosperó. Más allá de la probable distorsión de los cargos, propiciada por el gusto del cura hacia el debate escolástico, Hidalgo contaba con apoyos decisivos: era singularmente apreciado por las autoridades civiles y eclesiásticas de su intendencia y diócesis, que por lo demás veían con buenos ojos los aires de libertad con que comenzaba el siglo. Más que una herejía con tendencias luteranas (como sostenían algunos), Hidalgo se inscribía dentro de la crítica a los excesos de la teología especulativa. Sus biógrafos de todas las épocas han descartado las denuncias atribuyéndolas a la envidia o relacionándolas con los sucesos posteriores de la vida de Hidalgo (el expediente inquisitorial se reabrió, en efecto, durante el proceso final al que sería sometido). Pero cuando menos en el aspecto moral, la concordancia interna de las declaraciones apunta más a la verosimilitud que a la duda: Hidalgo era un cura no sólo inquieto sino excéntrico, un hombre libre y brillante que atraía —que seducía— a sus contemporáneos

más ilustrados pero incomodaba a los más rígidos y conservadores. Vagamente adivinaban en él la semilla de algo nuevo y desconcertante.

Había muchos Hidalgos en Hidalgo, todos igualmente excéntricos. En su ejercicio ministerial (en las parroquias de Colima, San Felipe y, finalmente, Dolores) mostró que no era afecto a los trabajos de notaría parroquial ni a celebrar muchas misas; en cambio le gustaba predicar adaptando sus saberes teológicos y tomaba muy a pecho la confesión de enfermos y moribundos. Es decir, buscaba convertir la teología en caridad. Este aspecto paternal del Cura se manifestaba sobre todo en su trato con los indios: sabía su idioma y les enseñaba artes y oficios. Si en su juventud había predominado la vertiente contemplativa, con el tiempo la parte activa se fue acentuando hasta convertirlo en un empresario innovador e industrioso: además de atender la administración de las pequeñas haciendas familiares, Hidalgo criaba abejas, curtía pieles, fabricaba loza, cultivaba viñedos y, en su última parroquia del pueblo de Dolores, extendió el plantío de moreras para la cría de gusanos de seda. El propio obispo de Michoacán reconocía que Hidalgo había sido el introductor de «esta tan importante industria» en la región: «la emprendió con buen suceso el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores, pero en pequeño».[8]

El reverso de este despliegue de actividad fue su carácter dispendioso y desordenado. Sobran testimonios de su morosidad en el pago de deudas y, más tarde, de su propensión al juego y el despilfarro. En vísperas de pasar de Colima a San Felipe, se le olvidó liquidar una deuda. Ya en San Felipe ocurrió otro tanto con un tal Ignacio Soto, que presionó a la mitra hasta lograr el secuestro de la tercera parte de los emolumentos de Hidalgo para saldarla. El Colegio de

San Nicolás llegó a reclamarle un dinero y las enfadosas averiguaciones se prolongaron por años. En otro caso más, el propio vicario general se vio en la necesidad de reprenderlo. En suma, la actividad de Hidalgo era tan incesante como irreflexiva. A este respecto, Alamán cuenta una anécdota curiosa:

«Preguntándole una vez el obispo Abad y Queipo qué método tenía adoptado para picar y distribuir la hoja a los gusanos según la edad de éstos, separar la seca y conservar aseados los tendidos, sobre lo que hacen tantas y tan menudas prevenciones en los libros que tratan de esta materia, le contestó que no seguía orden ninguno, y que echaba la hoja como venía del árbol y los gusanos la comían como querían».[9]

El obispo Manuel Abad y Queipo, español avecindado en Valladolid desde hacía varias décadas, era una de las personalidades intelectuales más fascinantes de la Ilustración novohispana. Al tanto de los últimos acontecimientos y teorías políticas de Europa, desde finales del siglo XVIII había escrito una serie de célebres «Representaciones» a la Corona sobre los problemas económicos y sociales de Nueva España advirtiendo sobre los peligros de un estallido social. Hidalgo fue uno de sus amigos y contertulios.

A pesar de su cercanía, los clásicos laicos de Hidalgo no eran los de Abad: Adam Smith, Jovellanos, los fisiócratas. Mucho menos Voltaire, Rousseau o los enciclopedistas franceses, a quienes Hidalgo, probablemente, desconocía. El siglo de Hidalgo no era el XVIII sino el XVII: tradujo a Racine y a Molière (su obra favorita era el *Tartufo),* leía a La Fontaine e interpretaba a Rameau en el violín. Su Francia chiquita era más un hogar de arte que un salón intelectual. Le gustaba la historia —no sólo la eclesiástica—, pero su autor de cabecera seguía siendo el providencialista Bossuet. En cuestiones

políticas su fuente no era Montesquieu —muy citado por Abad— sino los neoescolásticos españoles del siglo XVII. En las aulas donde Hidalgo había estudiado no se desconocía que «la soberanía residía esencialmente en los pueblos y no en los reyes; que éstos la recibían de aquéllos con el pacto y condición indispensable de no ejercerla sino para su beneficio y utilidad, y que de lo contrario podían deponerlos y aun hacerles la guerra por ser superiores al rey».[10]

Estas sorprendentes teorías prerrousseaunianas sobre el carácter tiránico de la dominación (debidas sobre todo a Francisco Suárez, 1548-1617), pero presentes en muchos autores como el jesuita Mariana (que escribió una vindicación del magnicidio), fueron el arsenal teórico y moral del que los criollos del ayuntamiento de México habían echado mano desde septiembre de 1808, a raíz de la invasión napoleónica de España y el consecuente cautiverio del rey Fernando VII, para reclamar la representación del pueblo soberano. «La soberanía del rey es sólo mediata», había dicho uno de ellos, remitiéndose no sólo a los neoescolásticos sino a las remotísimas *Siete Partidas* del rey Alfonso X, el Sabio, «la obtiene por delegación de la voz común.» Cuando falta el rey, sostenía otro, «la nación recobra inmediatamente su potestad legislativa, como todos los demás privilegios y derechos de la corona». El propio virrey Iturrigaray había acordado esa traslación de autoridad legítima al ayuntamiento, cuerpo cuasidemocrático que desde tiempos de la España medieval representaba esa «voz común», pero un golpe de Estado contra él, encabezado por los comerciantes españoles de la capital, había frustrado ese primer impulso de autonomía criolla.

Dos años después de aquellos sucesos que toda Nueva España conocía (el virrey había sido depuesto, apresados los

miembros del ayuntamiento y muertos algunos de ellos), Hidalgo leía un *Diccionario de Ciencias y Artes* que contenía un artículo sobre artillería y fabricación de cañones y el tomo de la *Historia Universal* sobre la conspiración de Catalina. Su propósito, en este caso, no era inocentemente intelectual: él mismo conspiraba con varios oficiales criollos, contra el gobierno español. En septiembre, movido de pronto por una delación de la insurrección que planeaba, Hidalgo intentó de nuevo la asunción de la soberanía popular basado en esas mismas teorías, pero esta vez no por sus representantes criollos en el ayuntamiento —cuya iniciativa había sido decapitada en 1808—, sino por el pueblo mismo, por las masas. Actuaba «autorizado por mi nación», había sido electo «por la nación mexicana para defender sus derechos», buscaría la devolución de los «derechos santos concedidos por Dios a los mexicanos, usurpados por unos conquistadores crueles, bastardos e injustos».[11] Aunque no están claros los detalles del «grito» que según su propia confesión dio en la madrugada del 16 de septiembre, se sabe de cierto que abrió las cárceles de Dolores para liberar a los presos y encerrar a los españoles, tomó el pendón de la Virgen, sancionó el saqueo de haciendas y casas de gachupines («¡Cojan, hijos, que todo es suyo!», exclamó en San Miguel el Grande) y disimuló venganzas y asesinatos.[12] Sólo una vez, en los tres siglos de dominación española, se había visto a una «chusma» indígena similar asaltar el palacio del virrey, siguiendo a un cura —en aquel caso el arzobispo— al grito de «¡Viva el Rey, muera el mal gobierno!». Pero aquel «tumulto» de 1624, del que la pacífica sociedad novohispana había perdido todo recuerdo, había durado unos días, mientras que la revolución que encabezaba el cura de Dolores pareció inmediatamente a quienes la vivieron un fenómeno distinto y duradero. Tras los exiguos y desordenados regimientos formales comandados

por militares criollos venía su grey, su ejército:

«… una chusma de indios y gente del campo, con piedras, con palos, con malas lanzas, sin organización de ninguna clase … Las hordas desnudas y hambrientas venían mezcladas con un sinnúmero de mujeres cubiertas de harapos … eran familias enteras … como si se tratara de las antiguas emigraciones aztecas».[13]

En la ciudad de Guanajuato, los varones de la azorada población española se parapetaron en la alhóndiga de Granaditas. Como si la historia se hubiese cobrado una venganza atroz de las matanzas de indígenas por los conquistadores en Cholula y el Templo Mayor, la población de Guanajuato, unida a las cuadrillas indias de Hidalgo, los masacró a todos. Sólo unas cuantas familias criollas se salvaron, entre ellas la de una joven viuda apellidada Alamán, protegida por Hidalgo. Vivía con Lucas, su hijo de dieciocho años, que presenció la terrible escena: españoles arrojando dineros desde la alhóndiga para saciar la codicia de los indios; indios husmeando los cadáveres españoles para buscar la cola, marca infamante del judío; mujeres despavoridas que huían a las casas vecinas trepando por las azoteas: «de los saqueos que se hacían, se llevaban las puertas, mesas, sillas y hasta las vigas sobre sus hombros». Hidalgo era ya «capitán general de América».

Su móvil personal era el mismo que acariciaba la mayoría de los criollos: la independencia con respecto a España. El 21 de septiembre de 1810, al intimar rendición al intendente de Guanajuato, José Antonio Riaño, Hidalgo había escrito:

«Me encuentro actualmente rodeado de más de cuatro mil hombres que me han proclamado su capitán general. Yo, a la cabeza de este número, y siguiendo su voluntad, deseamos ser independientes de España y gobernarnos nosotros mismos.

La dependencia de la Península por trescientos años ha sido la situación más humillante y vergonzosa, en que han abusado del caudal de los mexicanos con la mayor injusticia».[14]

Interpelado por un cura amigo suyo sobre la naturaleza de su lucha, Hidalgo contestó «que más fácil le sería decir lo que había querido que fuese, pero que él mismo no comprendía lo que realmente era».[15] Lo que seguramente «hubiera querido» era la incorporación de los criollos a su ejército, pero éstos no lo secundaron porque desde el principio interpretaron los hechos como una guerra social y de castas que buscaba la eliminación de toda la población acomodada y blanca del país, tanto criolla como peninsular (aproximadamente un millón de un total de seis). Por su parte, Hidalgo confesaba no conocer otro método de encender la lucha que el que había puesto en práctica: apelar desde el prestigio de su investidura sacerdotal, a las pasiones elementales de sus indios feligreses entre ellas el pillaje y la venganza.

Hidalgo no tenía mayor estrategia militar. Tampoco tuvo una idea clara de la nueva nación por la que luchaba. «La Revolución», comentaba Abad y Queipo, «[era] como la cría de los gusanos de seda.»[16] Hidalgo actuaba de modo expansivo, con un solo, enfebrecido propósito. Quería destruir el viejo orden, reparar sus iniquidades sociales y étnicas, vengar los viejos agravios de los criollos y vengar a Manuel, su hermano muerto. Quería un incendio general. Significativamente, al tomar tiempo después Valladolid, respondería a la excomunión dictada contra él por Abad y Queipo, con un manifiesto que aludía a su agravio personal: «Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de nuestros enemigos: ellos no son católicos sino por política; su Dios es el dinero…». En el mismo sentido, Hidalgo emitiría un decreto en el que abolía la esclavitud, una de las declaraciones

formales más antiguas, si no la más, en el continente americano. Alguien recogería o inventaría la leyenda de que al pasar por unas minas, Hidalgo había liberado a las mulas que daban vueltas a la noria y quemaban sus cascos con el mineral. En su conciencia no había duda: convertía la caridad en libertad, acaudillaba una guerra justa y estaba «resuelto a no entrar en composición alguna, si no es que se ponga por base la libertad de la nación y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió a todos los hombres, derechos verdaderamente inalienables, y que deben sostenerse con ríos de sangre si fuese preciso».[17]

Con todo, tanto el historiador liberal José María Luis Mora (1794-1850) como Alamán señalarían con acierto que el móvil principal del pueblo en la revolución había sido otro: Mora lo llamaría «superstición», y Alamán «religión». Luchamos «por una santa libertad, que no libertad francesa contra la religión», diría Aldama, uno de los lugartenientes de Hidalgo.[18] Los europeos —es decir, los peninsulares—, sostendría Allende, «se habían afrancesado y corrompido».[19] Por la prédica del Cura, las masas creían lo mismo: defendían la religión que peligraba en manos de los herejes franceses y de sus encarnaciones concretas, los gachupines. Aquélla era una guerra contra el demonio, a favor de Dios y con la ayuda de la Virgen. En su *Historia de México,* escrita cuarenta años después, Alamán recordaría que los inermes soldados de Hidalgo habían fijado en «palos o en carrizos marcados de diversos colores la imagen de Guadalupe, que era la enseña de la empresa» y que «todos llevaban en el sombrero la estampa de la Virgen de Guadalupe». Entre la tropa se oía la frase: «el Cura es un santo … la Virgen le habla varias veces al día». Que aquella insurrección tenía un carácter de guerra santa lo probaba también el otro bando, el realista, encomendado a la virgen «rival» de la Guadalupana, la de «los Remedios», y

bendecido para la campaña por los mismos sacerdotes del alto clero que, «armados de sable y pistola, y con el crucifijo en la mano, como los obispos en tiempos de las cruzadas», hacían circular innumerables folletos, invectivas y anatemas en contra del cura «hereje», «monstruo frenético y delirante», «abominable», «impío», «enemigo de Dios», a quien su propio amigo Abad y Queipo había decidido excomulgar.[20]

El avance de aquella caravana se detuvo a fines de octubre en el Monte de las Cruces, cercano a la ciudad de México. «Seguía a Hidalgo una muchedumbre de indios (y *castas)* que no bajaba de ochenta mil, armados de lanzas, piedras y palos, tan prevenidos para el saqueo de México que traían consigo los sacos para llevarse lo que cogiesen.»[21] De pronto, el fuego de la artillería realista sembró por primera vez auténtico pavor entre los indios, quienes, en su desesperación, querían tapar la boca humeante de los cañones con sus sombreros de paja. Desatendiendo, como había ocurrido ya en varias ocasiones, la opinión de Allende, Hidalgo rehusó asaltar la capital. ¿Fue su raíz española la que lo movió a evitar una nueva masacre de españoles en México? ¿Fue su prudencia la que evitó nuevas muertes de los indígenas?

Hidalgo ordenó la retirada rumbo al occidente del país y, por un tiempo, sentó su cuartel en Guadalajara. En esa ciudad publicó dos importantes decretos de reivindicación social y agraria: el primero abolió los tributos («esa gabela vergonzosa, que … hemos sobrellevado hace tres siglos como signo de tiranía y servidumbre»)[22] y el segundo ordenó la restitución de tierras a las comunidades indígenas, «pues es mi voluntad que su goce sea únicamente de los naturales en sus respectivos pueblos».[23] Ya en su manifiesto de Valladolid se había referido a la celebración de un Congreso «que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y

lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces gobernarán con la dulzura de padres, nos tratarán como a sus hermanos, desterrarán la pobreza…».[24] Para entonces, el uso mayestático de la primera persona se le había vuelto habitual. Hidalgo se hacía tratar como un soberano: prodigaba empleos, vivía rodeado de guardias, andaba del brazo de una joven hermosa y había consentido que se le diese el título de «Alteza Serenísima». Asistía a banquetes, *tedeums,* bailes, ceremonias, representaciones teatrales, desfiles, funciones de gala en los que recibía el homenaje de políticos, militares y eclesiásticos en medio de banderas, estandartes, exquisitos refrescos, golpes de música, repiques de campana: «al entrar S. A.», refería un cronista, «fue recibido por todo el Pueblo con un viva general a que correspondió S. A. con demostraciones de la mayor ternura».[25] Ahora Guadalajara era su «Francia chiquita» e Hidalgo el rey Sol. Efímeramente, parecía cumplir los deseos teocráticos que un capitán suyo había expresado al joven Alamán en Guanajuato: él sólo quería «ir a México a poner en su trono al señor cura».[26]

Aquel sacerdote rey podía ser munificente con unos y terrible con otros: en Guadalajara —apunta Mora—, «por una resolución privada de Hidalgo … un lidiador de toros, llamado Marroquín, … por las noches, cuando la ciudad se hallaba en silencio, tomaba las partidas de españoles que conducía a la barranca del Salto … y los pasaba a cuchillo».[27] Estas matanzas de españoles en Guadalajara tuvieron varios rasgos ominosos. Ofreciéndoles indulto y seguridad, Hidalgo atrajo «gachupines» de varios rumbos y los concentró en los Colegios de San Juan y el Seminario. Hubo personas que entregaron a sus familiares para protegerlos. Cuando se supo

el propósito verdadero de esa concentración —el degüello ejecutado por Marroquín—, el propio Allende, que desde hacía tiempo disentía del «cabrón del Cura» —así le llamaba —, consideró la posibilidad de envenenar a Hidalgo.[28] No lo hizo ni pudo evitar el mes de matanzas que comenzó el día de la Virgen de Guadalupe de 1810 y culminó el 13 de enero de 1811. Según Mora, Abasolo —otro de los grandes caudillos insurgentes— «salvó a muchos proporcionándoles la fuga, a otros escondiéndolos y a dos arrancándolos de las manos de Marroquín cuando los sacaba para acuchillarlos».[29] En el proceso militar que meses después se levantó en su contra, el propio Hidalgo confesó:

«los ejecutados de su orden … [en] Guadalajara … ascenderían como a trescientos cincuenta, entre ellos un lego carmelita, y un dieguino, si mal no se acuerda, que no sabe si era lego o sacerdote … Que es cierto que a ninguno de los que se mataron de su orden se les formó proceso ni habría sobre qué, porque bien conocía que estaban inocentes».[30]

Tan inocentes —pensaría seguramente— como su hermano Manuel. A diferencia de sus lugartenientes «Allende y Abasolo», escribe Mora, «que se oponían a la reunión de masas numerosísimas que no podían ser armadas, pagadas o disciplinadas, y que la experiencia había probado ya bastantemente ser si no perjudiciales sí inconducentes al objeto; Hidalgo, por el contrario, todo lo esperaba de ellas, y aseguraba que si no se había vencido era porque no se habían reunido las necesarias». Se equivocaba. Como solía ocurrir en la época colonial, las rebeliones propiamente indígenas eran un incendio que se apagaba pronto. En Guadalajara, por cansancio, por saciedad o por razones tan misteriosas como la súbita desaparición —inexplicable para Hidalgo— de la estampa de la Virgen en sus sombreros, las huestes indígenas

terminaron casi por desbandarse. Este factor, aunado al notorio despilfarro y desorden de la economía insurgente, a la vaguedad de su programa, a las desavenencias internas entre los jefes, a la pesada y gravosa burocracia que empezaba a formarse, y a la firme reacción de las tropas realistas que derrotaron a las desordenadas huestes en Puente de Calderón, empujó a Hidalgo hacia el norte, hacia las Provincias Internas de Oriente.

En Saltillo lo encontraron dos capitanes insurgentes —Menchaca y Colorado—, en cuyas tropas venían unos cuantos indios comanches. Hidalgo se entusiasmó al verlos. «Traían sus cuerpos rayados de varios colores», apuntó un testigo, «cubriéndose con cueros de cíbolo.»[31] Sería la última vez que el cura criollo podría predicar a una grey indígena, si bien muy distinta a la de la parroquia de Dolores. Significativamente, su homilía tocó el tema clave de la identidad criolla, la vinculación ideal de los criollos con los indios en el agravio de ambos a manos de los españoles:

«por su medio les dijo que venía del interior, de hacer la guerra a los españoles para arrancar de sus manos un país que no les pertenecía y que con crueldades y tiranías lo habían poseído por mucho tiempo con grave perjuicio de los naturales, hijos de la nación; que sus antepasados los indios, sin advertirlo, habían obrado de un modo heroico, pues cuando ya no pudieron hacerles la guerra con alguna esperanza a los conquistadores, se decidieron a internarse a las montañas primero que sufrir la humillación».[32]

Poco después del sermón vendría el desastre. Su propósito de llegar a la villa de San Antonio Béjar y quizá refugiarse en los Estados Unidos se frustró por la traición de uno de sus antiguos lugartenientes.

En la ciudad de Chihuahua fue sometido a un doble

proceso: militar e inquisitorial. En el primero narró los pormenores de su efímera campaña. Declaró hallarse «vivamente arrepentido»; aceptó la responsabilidad en las matanzas de españoles en Valladolid y Guadalajara; afirmó que lo había hecho para complacer a «los indios y la ínfima canalla … [únicos] que deseaban esas escenas». Sobre la justificación de estos medios violentos para sus fines, adujo la «necesidad que tenían de gente para su empresa, y la de interesar en ella a la plebe, … no le permitía escrupulizar sobre los medios de llevarla adelante».[33] Calificó su «impremeditada» empresa como «una ligereza inconcebible y un frenesí», pero en ella había creído «de buena fe», sin detenerse a «calcular el estado de vigor y fuerza en que quedaría el reino». La experiencia lo había desengañado: su proyecto de independencia seguramente hubiera terminado en una «absoluta anarquía o en un igual despotismo». Deseaba que todos los americanos conocieran su declaración «que es conforme a todo lo que siente su corazón».[34]

No hay razón para suponer que su remordimiento —como lo ha llamado Luis Villoro— fuera insincero. Tampoco hay motivo para dudar de que, hasta muy avanzada su lucha, su propósito hubiese sido —como él mismo declaró— «el de poner el reino a disposición de don Fernando VII».[35] Hidalgo había querido la independencia como una vaga utopía, algo que advendría como fruto de un milagro tan incomprensible y súbito como la revolución que con su prédica había desatado. Por eso nunca se atrevió a declararla abiertamente. Era tanto como suplantar a la providencia. En su ánimo de viejo criollo pesaba de igual forma el resentimiento contra los «gachupines» y la tradicional lealtad al soberano. Hidalgo no era un republicano o un liberal en potencia. No tenía proyectos políticos de alternativa claros a los cuales asirse. Era un criollo educado en la monarquía, atrapado en ella, aunque

recelara del tiránico y despótico gobierno español, que históricamente había «tenido esclavizada a la América por trescientos años … [y] calificado a los americanos de indignos de toda distinción y honor».[36] Atrapado en la tensión entre pasado y futuro, Hidalgo quería las dos cosas —monarquía y libertad— y al entrever que las dos cosas podían ser excluyentes se abandonó a la «pompa regia», vivió con «frenesí» una fantasía imperial.

Ante todo era lo que siempre había sido: un teólogo, un teólogo excéntrico y un poco extraviado en los caminos prácticos de la vida. Joseph Pérez Calama tenía razón: Hidalgo había llegado a ser «luz puesta en candelero, ciudad colocada sobre un monte», pero la luz que irradiaba esa ciudad teologal no era racional ni constructiva, era cegadora.[37] No iluminaba: incendiaba. Los rasgos específicos de Hidalgo —la caridad, el contacto directo con los indios, el «finísimo argüir», las empresas incesantes, el desorden, el dispendio, el tono festivo, el brillo— no desaparecieron en la Insurgencia: estallaron a partir del «grito», se expandieron como el fuego y como él se apagaron. Los documentos de la época hablan de su empresa como una vasta seducción. Poseído de un violento, vengativo, vindicativo estado de alma —el *frenesí*–, Hidalgo «seduxo» a sus huestes indígenas que lo seguían porque encarnaba la etimología de su oficio (sacerdote, *sacher dux,* quien conduce a lo sagrado), pero él, no sin ambigüedad, quería guiarlas en un salto histórico de sentido opuesto: no hacia la tradición sino hacia la libertad.

En Chihuahua; en la inminencia de su muerte, Hidalgo pudo contestar las viejas imputaciones teológicas acumuladas en contra suya desde 1800 y que el nuevo proceso de la Inquisición había reabierto. Es el momento en que puede escucharse casi el discurrir ordenado, fundamentado y

clarísimo de quien había sido uno de los mejores teólogos de su época. Refutó con éxito los doce cargos que se le hicieron. Si alguna fragilidad había tenido en materia de religión —concluía— era por «vicisitudes de mi miseria … no por efectos de simulación».[38] Su error era otro: no teológico sino moral: haber acaudillado al pueblo con facultades que fueron «peste de mi seducción», haber profesado ideas de las que «abjuro, detesto y retracto … tengo ya confesado haber sido ellas contrarias a la moral de Jesucristo, lo que lloro con amargura y de lo que espero me ayude la bondad de su señoría a pedir Misericordia».[39] En unos cuantos meses, aquel teólogo doctísimo había transitado entre dos misterios insondables: el de la iniquidad, «ejecutada de su orden» sobre inocentes, y el de la misericordia, a la que en su hora final, con humildad, se acogía.

El juez eclesiástico que lo degradó «ante la presencia de autoridades, venerable clero y religiosos del convento de San Francisco y personas de séquito del comandante militar», le preguntó sobre las razones que tuvo para rebelarse contra el Rey y la patria. Hidalgo contestó que no agregaría más, y que supuesto que iba a morir, «sólo encargaba que no se le cortara la cabeza según la sentencia que se le había leído, sin más delito que haber querido hacer independiente esta América de España», Después de la degradación y despojado de los ornamentos sacerdotales, Hidalgo fue registrado. «Se le encontró», escribe el juez, «llena de sudor, la soberana imagen de Nuestra Señora de Guadalupe … bordada de seda sobre pergamino.» Al quitarla de su pecho Hidalgo dijo:

«Esta señora, Madre de Dios, ha sido la que he llevado de escudo en mi bandera, que marchaba delante de mis huestes … y es mi voluntad sea llevada al convento de las Teresitas de Querétaro, donde fue hecha por las venerables madres,

quienes me la dieron en mi santo en 1807».

El 30 de julio de 1811 murió ejecutado tras cuatro largas, interminables descargas. «Nos clavó aquellos hermosos ojos que tenía», recordaba un oficial llamado Pedro Armendáriz, que comandaba el pelotón.[40] Contra su última voluntad, su cabeza fue cortada y exhibida para escarmiento del pueblo, junto con las de tres de sus más cercanos compañeros de armas (Allende, Aldama y Jiménez), en jaulas colocadas en los cuatro costados de la alhóndiga de Granaditas de Guanajuato. Allí permanecieron por diez años, hasta la consumación de la independencia.

*

¿Cuál había sido, en definitiva, la naturaleza de su revolución? El propio jefe del ejército realista, el general Calleja, había escrito al virrey en enero de 1811:

«Este vasto reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila. Sus naturales, y aun los mismos europeos, están convencidos de las ventajas que les resultaría de un gobierno independiente, y si la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, según observo, que hubiera sufrido muy poca oposición».[41]

Años más tarde, consumada la independencia, Iturbide repetiría el argumento: «lejos de conseguir la independencia, los insurgentes aumentaron los obstáculos que a ella se oponían».[42] Lo mismo pensaría, en su momento, Alamán:

«Hidalgo, Allende y sus compañeros se lanzaron indiscriminadamente en una revolución que eran enteramente incapaces de dirigir … no hicieron otra cosa que llenar de males incalculables a su patria habiendo sido desgraciado el resultado de su empresa, no pudieron cubrirlos y hacerlos olvidar con el triunfo, que muchas veces hace perder de vista los medios inicuos que han servido para

obtenerlo».[43]

En los años treinta del siglo, Mora sostendría un punto de vista levemente distinto. La revolución de Hidalgo había sido:

«… tan necesaria para la consecución de la independencia como perniciosa y destructiva para el país. Los errores que ella propagó, las personas que tomaron parte o la dirigieron, su larga duración y los medios de que echó mano para obtener el triunfo, todo ha contribuido a la destrucción de un país que en tantos años, como desde entonces han pasado, no ha podido aún reponerse de las inmensas pérdidas que sufrió».[44]

En cuanto a la figura de Hidalgo, casi todos los historiadores liberales de la primera mitad del siglo XIX —anteriores al romanticismo— lo criticaron: «ligero hasta lo sumo», escribió el más clásico de ellos, el propio Mora, «Hidalgo se abandonó enteramente a lo que diesen las circunstancias … jamás se tomó el trabajo, y acaso ni lo reputó necesario, de calcular el resultado de sus operaciones ni estableció regla ninguna que le sistemase…».[45] «Es evidente», apuntó el liberal más radical de la época, Lorenzo de Zavala (1788-1836), «que este célebre corifeo no hizo otra cosa que poner una bandera con la imagen de Guadalupe y correr de ciudad en ciudad con sus gentes sin haber indicado siquiera qué forma de gobierno quería establecer.»[46] «Hidalgo no fue un santo», sostuvo el liberal más heterodoxo, el padre Servando Teresa de Mier (1765-1827), «ni santa la obra que emprendió … jamás un abismo semejante de males y crímenes me arrancará demasiados panegíricos.»[47] Sólo Carlos María de Bustamante (1774-1848), en su *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, vería la guerra de Hidalgo con los ojos de un Michelet mexicano: el cura iluminado al mando de un pueblo ávido de libertad, prosperidad y justicia.

Conforme avanzó el siglo y el espíritu romántico, la apreciación de Bustamante prevaleció. En busca de poder y legitimidad, los liberales fueron esculpiendo un Hidalgo a su medida: un Hidalgo republicano, federalista y liberal. El cura de Dolores, según el testimonio de Alamán —que lo conoció personalmente—, era «cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho»,[48] se convirtió finalmente, hasta en la iconografía, en el «divino anciano», el blanco y erguido «viejecito de canas inmaculadas», el perfecto «padre de la patria». Hacia 1910 pocos recordaban ya los detalles incómodos de su biografía. Justo Sierra, que casi siempre hacía honor a su nombre, no se abstuvo de aludir a las «tristísimas y crueles complacencias» de Hidalgo con sus «hordas frenéticas», pero, a la postre, cedió a la necesidad de consolidar el mito de un padre fundador en quien *anclar* la legitimidad de la patria. Sierra, como todo el México liberal, consideraba a Hidalgo «el mexicano supremo de la historia», ante quien palidecían todos los otros caudillos de la Independencia: «Su propósito se lo dictó el amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue, pues, quien la engendró: él es su padre, es nuestro padre».[49] Aquella mañana del 16 de septiembre de 1910, uno de los grandes poetas de la época, Salvador Díaz Mirón, declamó «melena al viento» y con voz estentórea, la oda dedicada «al Buen Cura»:

Hay crisis en que un hombre,
ávido de justicia y de renombre,
sirve a trocar la suerte;
y entonces riñe a muerte
combate de querube con vestiglo;
y hoy una libertad, hija de un fuerte,
consagra un esplendor que cumple un siglo.[50]

En tiempos de don Porfirio, la beatificación había llegado al extremo de convencer al más polémico y rebelde de los historiadores positivistas, el ingeniero Francisco Bulnes, autor de *Las grandes mentiras de nuestra historia* y de un libro que había cometido el sacrilegio de criticar al santo patrono del altar liberal: *El verdadero Juárez.* Con estos temibles antecedentes, los lectores esperaban tal vez que su obra sobre la guerra de Independencia (fechada el 16 de septiembre de 1910, el mismo día en que se inauguraba la Columna de la Independencia) demoliese al padre de la patria. Ocurrió todo lo contrario.

Bulnes fue uno de los pocos escritores que vindicó a Hidalgo desde un punto de vista original: no desde el romanticismo o el liberalismo, tampoco desde la moral pura, sino a la luz de una especie de sociología revolucionaria. Una sociología y una moral: privado del apoyo de los criollos por una ley inexorable, natural, y sin armas o pertrechos para llevar a cabo su empresa, Hidalgo había hecho la única revolución que en sus circunstancias podía hacer: una guerra de castas, una guerra agraria, una guerra política y, sobre todo, una guerra santa. Esa lucha salvaje, encarnizada, irracional, de un profeta armado al mando de una turba fanática no tenía —a juicio de Bulnes— más paralelos en la historia moderna que un hecho posterior: la revolución de «el Mahdi» («el Esperado»), que en 1883, al mando de sus afiebradas tribus del desierto, había asaltado y aniquilado a las tropas británicas del general Gordon en Kartum:

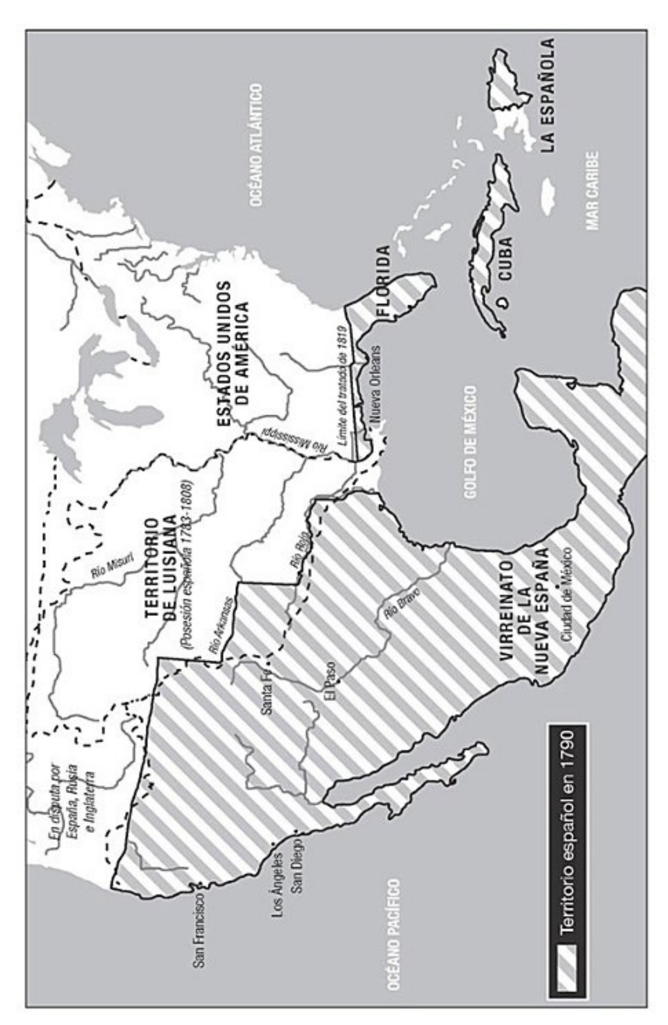
«… la forma externa de la horda de insurgentes que levantó el cura Hidalgo se puede considerar igual a la horda del Mahdi de Sudán. Ambas obraban por cuatro exaltaciones: la del número, el pillaje, la patriótica y la religiosa. [En ambos está] el cetro espiritual enroscado con el temporal».[51]

¿Tenía razón Alamán al temer que esa «horrenda revolución» se convirtiese, a la postre, en «la cuna de la República Mexicana»? A estas alturas del siglo XX, cuando todas las revoluciones modernas —empezando por la francesa— han alcanzado el duro veredicto de una posteridad que no cree más en la violencia como la partera de la historia, es difícil menospreciar el juicio amargo de aquel gran historiador conservador. En todo caso, su apreciación fue profética: en la imaginación colectiva, México nació de una guerra santa emprendida por un solitario «Mahdi» criollo que entrevió apenas la patria independiente que buscaba, y sus «hordas» indígenas que, entre el pillaje y la fe, ignoraban el sentido elemental de la palabra patria.

A más de dos siglos de distancia, el mito de fundación permanece. No hay mexicano que se sustraiga ni quiera sustraerse al respeto por el padre de la patria. Este será el héroe tutelar en el panteón nacional. «Sus errores, sus equivocaciones, sus debilidades, y hasta la crueldad misma de Hidalgo», escribe, no sin razón, Mora, «desaparecen a la vista de sus desgracias, y sobre todo del imponderable servicio de haber emprendido una revolución, perniciosa, destructora y desordenada, es verdad, pero indispensablemente necesaria en el estado a que habían llegado las cosas.»[52] México nació en verdad de la costilla de aquel hidalgo con nombre de arcángel que en un acto emblemático —un grito— emitido en un lugar emblemático —Dolores— arrasó tres siglos de orden virreinal con la tea de su frenesí libertario.

Pero el propio Hidalgo —tan libre de pensamiento— admitiría que es lícito recordar los «ríos de sangre» con que, en sus propias palabras, sostuvo su lucha, y preguntarse si fueron necesarios. ¿Qué hubiese ocurrido si en vez de un grito Hidalgo hubiera convocado a un pacto encabezado por los

criollos que casi sin excepción anhelaban la independencia? Y aun considerando inevitable la violencia, ¿debió asumir las proporciones a que llegaron sus huestes, y que Morelos procuraría al menos esquivar? La respuesta no admite ambigüedad: por más entrañable que sea como un sustento de dignidad en el pueblo mexicano, el mito —el grito— de fundación ha sido también un llamado justificatorio a la crueldad, un llamado de intolerancia, de irracionalidad en la historia mexicana: la terrible convicción, puesta en práctica una y otra vez, de que la violencia, sólo la violencia, redime.



Dominios españoles en Norteamérica hacia 1790.

NOTAS

1. Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia,* 6 vols. (México, 1877-1882), vol. 1, p.126.

2. Carlos Herrejón Peredo, *Hidalgo antes del grito de Dolores* (Morelia, 1992), p. 23.

3. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 1, p. 722; Luis González y González, «De cómo llevarse con los próceres», en *Once ensayos de tema insurgente* (Morelia, 1985), pp. 91-97.

4. Lucas Alamán, *Historia de México,* 5 vols. (México, 1985-1986), vol. 1, p. 226.

5. José M. de la Fuente, *Hidalgo íntimo* (México, 1910), pp. 126-128.

6. Antonio Pompa y Pompa, *Proceso inquisitorial y militar seguidos a D. Miguel Hidalgo y Costilla* (Morelia, 1984), pp. 14, 54, 74, 83, 96; Carlos Herrejón Peredo, *Hidalgo: Razones de la insurgencia y biografía documental* (México, 1987), pp. 109, 131, 135, 136, 149; «Don Miguel Hidalgo y Costilla», en *Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* (México, 1967), p. 375.

7. Pompa y Pompa, *Proceso inquisitorial…,* pp. 116-117; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 107, 108, 112, 170; Nicolás Rangel, «Estudios literarios de Hidalgo», en *Boletín del Archivo General de la Nación* (México), vol. 1, n.º 1, sept.-oct. 1930.

8. Enrique Arreguín, *Hidalgo en San Nicolás: documentos inéditos* (Morelia, 1956), pp. 131-132.

9. Alamán, *Historia…*, vol. 1, p. 227.

10. Francisco Morales, *Clero y política en México (1767-1834)* (México, 1974), pp. 150-151; Juan Hernández Luna, «El mundo intelectual de Hidalgo», en *Historia Mexicana* (México), vol. 3, n.º 10, oct.-dic. 1953, pp. 157-177.

11. Hernández y Dávalos, *Colección…,* vol. 1, pp. 119-120; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 208, 245; Luis Castillo Ledón, *Hidalgo: Vida del héroe,* 2 vols. (México, 1972), vol. 2, pp. 31-32; Agustín Rivera, *El joven teólogo Miguel Hidalgo y Costilla, anales de su vida y de su revolución de independencia* (Guadalajara, 1954), pp. 50-51.

12. Alamán, *Historia…,* vol. 1, p. 246.

13. José María Luis Mora, *México y sus revoluciones,* 3 vols. (México, 1965), vol. 3, p. 221; Francisco Bulnes, *La guerra de Independencia Hidalgo- Iturbide* (México, 1969), pp. 127-142; *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, 10 vols. (México, 1853-1856), vol. 2, p. 626.

14. Herrejón, *Hidalgo: Razones…*, p. 207.

15. Alamán, *Historia…,* vol. 1, p. 298.

16. Ibíd., p. 227.

17. Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución mexicana* (México, 1843), tomo I, p. 440; Hernández y Dávalos, *Colección…,* vol. 2, p. 404; Herrejón, *Hidalgo antes del grito…*, p. 78.

18. Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (México,

1967), pp. 87-94.

19. Ibíd., p. 93

20. Mora, *México y sus revoluciones…,* vol. 3, p. 34.

21. Alamán, *Historia…,* vol. 1, p. 306.

22. Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 242-243.

23. Castillo Ledón, *Hidalgo: Vida del héroe,* vol. 2, pp. 140-141.

24. Hernández y Dávalos, *Colección…,* vol. 1, p. 126.

25. José Luis Razo Zaragoza, *El Despertador americano; primer periódico insurgente* (Guadalajara, 1989), p. xviii.

26. Alamán, *Historia…,* vol. 1, p. 284.

27. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 3, p. 118.

28. Alamán, *Historia…,* vol. 1, pp. 316, 387; vol. 2, p. 75; Manuel Carrera Stampa, «Hidalgo y su plan de operaciones», en *Historia Mexicana,* vol. 3, n.º 10, oct.-dic. 1953.

29. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 3, p. 118.

30. Pompa y Pompa, *Proceso inquisitorial…,* p. 234; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* p. 312; Jean Meyer, *Los tambores de Calderón* (México, 1993), pp. 70-73.

31. Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia* (México, 1948), p. 161.

32. Ibíd., pp. 161-162.

33. Hernández y Dávalos, *Colección…,* vol. 1, p. 185; Pompa y Pompa, *Proceso inquisitorial…,* pp. 234, 237; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 315, 321, 329.

34. Pompa y Pompa, *Proceso inquisitorial…,* pp. 239, 241, 245-246; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 245, 317, 319, 323.

35. Pompa y Pompa, *Proceso inquisitorial…,* pp. 239, 241, 245-246; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 245, 317, 319, 323.

36. Pompa y Pompa, *Proceso inquisitoria…l,* pp. 239, 241, 245-246; Herrejón, *Hidalgo: Razones…,* pp. 245, 317, 319, 323.

37. De la Fuente, *Hidalgo íntimo*, pp. 126-128.

38. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 1, p. 190.

39. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 1, p. 190.

40. Ernesto de la Torre Villar, et al., *Historia documental de México* (México, 1974), tomo I, pp. 56-57; De la Fuente, *Hidalgo íntimo,* p: 529.

41. Alamán, *Historia…*, vol. 2, p. 137.

42. Carlos Navarro y Rodrigo (editor), *Memorias de Agustín de Iturbide* (Madrid, 1919), p. 237-238.

43. Alamán, *Historia…,* vol. 2, p. 147.

44. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 3, p. 15.

45. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 3, p. 21.

46. Lorenzo de Zavala, «El Historiador y el representante popular. Ensayo crítico de

las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830», en *Obras históricas* (México, 1969), p. 54.

47. José Guerra (fray Servando Teresa de Mier), *Historia de la Revolución de Nueva España*, 2 tomos (Londres, 1813), tomo I, p. 318.

48. Alamán, *Historia…,* vol. 1, p. 227.

49. Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, vol. 12, *Obras completas*, 15 vols. (México, 1991), p. 150.

50. Salvador Díaz Mirón, *Poesía completa* (México, 1997), p. 495.

51. Bulnes, *La guerra de Independencia…*, pp. 172-175;

52. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 3, p. 145.

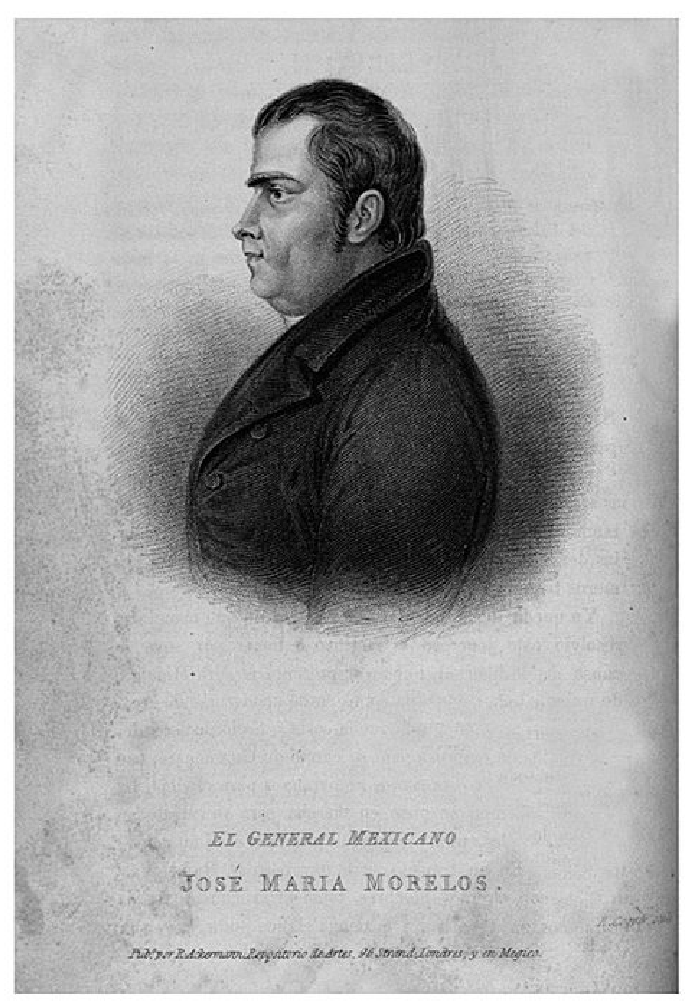
Hidalgo murió a ciegas, sin saber que su impremeditada y frenética empresa se propagaba con éxito por casi la mitad del virreinato de Nueva España y que el caudillo ungido por él mismo en el sur, «ignorado y despreciado en su principio», iba «creciendo en poder e importancia, y levantándose como aquellas nubes tempestuosas, que naciendo en la parte del sur, cubren en breve una inmensa extensión del país, anunciando su aproximación con el aparato de una terrible tempestad».[53]

De haber dedicado un capítulo único de sus *Representative Men* a México, con toda probabilidad Emerson hubiese elegido a un típico sacerdote de pueblo originario de Valladolid, en la provincia de Michoacán: José María Morelos y Pavón. Desde tiempos de la conquista espiritual llevada a cabo por los misioneros, en el siglo XVI, el sacerdote se había vuelto una figura sagrada, el «padrecito» de la comunidad. Morelos se ajustaba particularmente a la descripción que de estos protagonistas de la vida colonial hizo en 1799 Manuel Abad y Queipo, que por entonces ejercía como juez de capellanías en el obispado de Michoacán:

«Los curas dedicados únicamente al servicio espiritual y al socorro temporal de estas clases miserables, concilian por estos ministerios y oficios su afecto, su gratitud y su respeto. Ellos los visitan y consuelan en sus enfermedades y sus trabajos. Hacen de médicos, les recetan, costean y aplican a veces ellos mismos los remedios. Hacen también de sus abogados e intercesores con los jueces y con los que piden contra ellos. Resisten también las opresiones de los justicias y de los vecinos poderosos».[54]

Nació en 1765. De joven, pasó diez años en el rancho o hacienda de San Rafael Tahuejo, que tenía arrendado un tío suyo. Allí aprendió los secretos de la construcción y la

ganadería, hizo algunos viajes y se ejercitó como vaquero (persiguiendo un toro se rompió la nariz, a resultas de lo cual le quedó una cicatriz). Por las noches atendía a una pasión proveniente quizá de su lado materno: era gramático autodidacta En 1789, y justamente para aprender gramática, ingresó al Colegio de San Nicolás, cuyo rector era don Miguel Hidalgo. Años más tarde pasó al Seminario Tridentino de Valladolid donde estudió artes, filosofía, teología moral y teología escolástica. En 1795 se gradúa de bachiller. Lentamente asciende la escala eclesiástica hasta ordenarse como presbítero, frente a una imagen de la Virgen Guadalupana y en presencia del benefactor obispo San Miguel, predecesor de Abad. Tanto como su profunda religiosidad lo había llevado al sacerdocio la necesidad económica. Su madre —hija de un maestro de escuela— había sufrido los frecuentes abandonos del padre de Morelos, un carpintero despreocupado. Para solucionarlos, no vio más remedio que optar por la herencia que un bisabuelo de Morelos había dejado en la forma de una capellanía. Doña Juana Pavón —la madre de Morelos— vindicaría por largos años ante las autoridades eclesiásticas los derechos legítimos de su hijo a esa herencia, pero ésta sólo se haría efectiva en 1806, a siete años de su muerte (1799) y reducida ya a una cantidad irrisoria.



Maxim Gauci, *El general mexicano José María Morelos*, 1828, litografía. En Carlos María Bustamante, *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mejicanos, sacada del «cuadro histórico» que en forma de cartas escribió el lic. D. Carlos María Bustamante*, Londres, R. Ackermann, 1828.

Nada de esto perturbó demasiado al cura Morelos. Desde el principio asumió sus deberes económicos y sacerdotales con igual responsabilidad. Al poco tiempo de ordenarse, comenzó a ejercer el sacerdocio en pueblos pobres «de mal clima y escaso provecho»,[55] como Churumuco, La Huacana, Urecho, Carácuaro y Nocupétaro, y hubiese sido uno de esos «clérigos sueltos que», según Abad, «no tienen beneficio ni reciben nada del gobierno, que subsisten sólo de los pequeños estipendios de su oficio»,[56] de no ser porque después de su tardía ordenación —sin dejar de atender su ministerio, antes al contrario, reforzándolo—, Morelos se convirtió en un activo aunque modesto comerciante.

En Carácuaro, tuvo un conflicto significativo con los indios. Morelos no era un «padrecito» protector y compasivo, sino exigente; no quería una grey de niños eternos sino formar hombres de trabajo. «Me es inconcuso», escribió al obispo, «que den el servicio personal, como único medio para obligarlos a que asistan a la doctrina cristiana … [tienen] mucha morosidad y desidia … son muy vagamundos.» A su vez, los indios respondieron: «nos regaña, y se enoja con nosotros y aun nos maltrata».[57] Le desesperaban el «ocio y vicios» de los naturales de Carácuaro en comparación con la diligencia de los de Nocupétaro. Eran notables por su precisión los padrones de habitantes, tierras de producción y casas que Morelos levantaba en aquellos pueblos polvosos e insalubres de Tierra Caliente donde oficiaba. No menos extraordinarios fueron los actos de caridad que tuvo con colegas y moribundos, así como la serenidad y escrúpulo con que trató el misterioso episodio de una mujer llamada Candelaria, «subintrante y aun maleficiada», que oía voces del Purgatorio y durante toda su vida había padecido «entumecencia de vientre, expelido sabandijas, vomitado

cabellos, vidrios, tepalcates…», todo por no haber recibido el bautismo. El esposo, que también oía voces («Guillermo, Guillermo, búscale padrino a tu mujer, estás casado con una judía, esta muchacha no está bautizada»), terminó por separarse de ella «sin escándalo», pero en Candelaria observaba el cura «una naturaleza aniquilada y el espíritu azorado». «A vuestra señoría ilustrísima [el obispo San Miguel] le pido proveer todo lo conveniente en el caso, en el que parece no haber malicia respecto de los declarantes.» El bachiller Morelos avanzó en su investigación de las voces del Purgatorio, interrogó a muchos testigos; supo por ellos que las voces correspondían a los padres de Candelaria y buscó afanosamente, en varios curatos, la fe de bautizo que salvaría a la mujer. Se ignora el desenlace del caso, pero prueba la constancia del carácter y el espíritu inquisitivo del modesto cura.

Fue en Nocupétaro, comunidad de indios y mestizos, donde comenzó de verdad a poner manos a la obra:

«… fabriqué yo en este citado pueblo una iglesia (lo más de mi propio peculio…), la que después de la de Cuzamala es la mejor de Tierra Caliente. Y desde el año de 1802 en que concluí esta iglesia, seguí con el empeño de su cementerio hasta estarle poniendo hoy mismo las últimas almenas a la puerta del sud y ha quedado tan sólidamente construido y tan decente, que sin excepción no hay otro en Tierra Caliente».[58]

La carta estaba fechada en 1809. Hacía años que Morelos había organizado un grupo de arrieros para llevar granos, aguardiente y ganado de Nocupétaro a Valladolid, donde, gracias a su previsión, su hermana y el esposo de ésta tenían casa y local comercial. En 1809, completó con un préstamo el pago de un rancho llamado de la Concepción. Sus ahorros y sus bienes, sin embargo, no lo enriquecieron: los puso al

servicio de la «caridad que siempre me ha compelido».[59] En varios documentos consta la traducción práctica de estas palabras: «Soy un hombre miserable, más que todos, y mi carácter es servir al hombre de bien, levantar al caído, pagar por el que no tiene con qué y favorecer con cuanto puedo de mis arbitrios al que lo necesita, sea quien fuere».[60] Era, en suma, un cura gestor del bienestar material y espiritual de su pueblo pero no un santo: «tuvo», refiere Alamán, «varios hijos con mujeres desconocidas del pueblo».[61] Brígida Almonte fue una de ellas.

En 1808, durante la invasión napoleónica de España, Morelos afirma «estar prontísimo a sacrificar la vida por la católica religión y libertad de nuestro soberano».[62] Dos años más tarde, los informes del cabildo eclesiástico de Valladolid y del obispo Abad y Queipo eran aún más alarmantes: la invasión francesa de América era inminente, se requerían donativos, se exhortaba al patriotismo y la religiosidad del clero. Morelos donó el sueldo de un mes (20 pesos). En el otoño de 1810, se entera de que su admirado maestro don Miguel Hidalgo se había alzado en armas. En Charo, una población cercana a Valladolid, se entrevista con él y acepta la encomienda de levantar la revolución en el sur. Tiene cuarenta y cinco años.

*

Su éxito indisputado por más de tres años debía algo al carácter de la región en la que actuaba: más agreste y montañosa, menos desarrollada que el Bajío —la región minera y agrícola donde había operado Hidalgo—, el sur tenía muchas etnias indígenas y considerables pueblos de castas pero menor número de mestizos y criollos. En este paisaje físico y social, Morelos pudo construir su empresa casi desde los cimientos.

Su desempeño como general fue, en sí mismo, la mejor confirmación de las quejas de Allende sobre Hidalgo («Ni la gente era susceptible de mucho orden», había declarado Allende en su proceso, «ni Hidalgo se prestaba a reglamentos»).[63] Inspirado en las *Instrucciones Militares* de Federico de Prusia pero guiado sobre todo por su talento práctico, Morelos eligió a sus subalternos —los hermanos Galeana, los hermanos Bravo— entre los rancheros mestizos de la montañosa región del sur. Un sentido de orden permeada todos sus actos: reducía a regimientos y brigadas las divisiones sueltas, manejaba con toda honradez y cuidado la tesorería, establecía talleres de armas, fábricas de pólvora y fundiciones de plomo y cobre. Los ascensos en el campo de Morelos tenían como único criterio el mérito: «No he querido subir a mayor graduación la oficialidad de plana mayor, con el fin de premiar solamente a los que pongan primero el pie en las plazas del enemigo y no a los que vienen del arado a ser coroneles, que no cumplen con sus deberes».[64] Entre sus compañeros —como entre aquellos indios de Carácuaro— su disciplina fue llamada despotismo. Morelos contestó al cargo: «El no tener yo capitán sin compañía, coronel sin regimiento, brigadier sin brigada no arguye despotismo sino buen orden».[65]

En cuanto a la composición de sus ejércitos, «voy exceptuando en ellos a los inútiles», decía Morelos. A diferencia de Hidalgo, los inútiles eran: «los eclesiásticos, al cuidado de las ánimas; y los laicos, a lo preciso del gobierno político y económico, a la agricultura, a la industria y artes de primera necesidad».[66]

A la luz de la fuerza numérica y los inagotables recursos con que contó Hidalgo, la trayectoria victoriosa de Morelos demostró que era mucho más efectiva la acción de miles de

hombres jóvenes debidamente entrenados, uniformados, organizados, que la de una masa inconstante, frenética y amorfa. «Pueblos enteros me siguen queriendo acompañarme a luchar por la independencia», escribió al principio de su campaña, en noviembre de 1810, «pero les impido diciéndoles que es más poderosa su ayuda labrando la tierra para darnos el pan a los que nos lanzamos a la guerra.»[67] Para incorporarse a la insurgencia no bastaba el ardor. A veces, a juicio de Morelos, el ardor era más bien un obstáculo:

«aunque vuestras mercedes pretenden canonizar su reunión», escribió en septiembre de 1812 a los miembros de una súbita Junta revolucionaria en Naulingo, «con todo son vuestras mercedes turbulentos y subversivos. La Junta de Naulingo es por todos lados írrita y viciosa, porque existe la Suprema, cuya soberanía es legítima».[68]

Esta Suprema Junta Nacional tenía como caudillo a un compañero directo de Hidalgo: Ignacio Rayón. Rayón no era un sacerdote insurgente sino un civil en armas. Minero y abogado, patriota y culto, admirador de Cromwell, había quedado al frente de la insurgencia no como un comisionado más sino como jefe general. Así lo reconocieron los cabecillas reunidos en Zitácuaro tras la muerte de Hidalgo. Durante más de dos años, Morelos mantuvo este reconocimiento y adoptó numerosas ideas e iniciativas de Rayón: jerarquización e insignias del movimiento, acuñación de moneda, administración de justicia, etc. Sobre todo, Morelos adoptó en un principio los *Elementos constitucionales* de Rayón en casi la totalidad de sus puntos. En esta obra, que Morelos llamaba «nuestra constitución», Rayón discurrió una fórmula que, según él, resolvería la aparente contradicción que se daba entre la independencia de España y la fidelidad al Rey: «La soberanía dimana inmediatamente del pueblo, reside en la

persona del señor don Fernando VII y su ejercicio en el Supremo Congreso Nacional Americano».[69] Es decir, nace aquí, reside allá, pero vuelve a regresar porque aquí se ejerce.

Mientras Rayón y la Junta se hundían en un excesivo juridicismo y un papeleo incesante, las campañas de Morelos eran eficaces y casi siempre exitosas. Ciudad tras ciudad, el sur caía en sus manos: Acapulco, Tixtla, Izúcar, Taxco. A principio de 1812 se fortifica en Cuautla. Lo cerca Calleja, el comandante de las fuerzas realistas. Morelos espera inútilmente a que la Junta venga en su auxilio para dar el golpe de gracia a los sitiadores. Éstos creen que el bastión caerá en unos días pero resiste.[63] Azorado, el propio Calleja informaba al virrey:

«Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos. Entierran sus cadáveres con repiques en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara, bailes y borrachera, el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias o rendición. Ese clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resurrección temporal y después el paraíso con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes».[70]

Una de las claves de aquel Mahoma para mantener el espíritu de los sitiados no era precisamente musulmana: el humor. «Su estilo propendía mucho a lo burlesco», dice Alamán.[71] El propio Calleja lo comprobó en su cuartel de Cuautla, al recibir una misiva del «Mahoma»:

«Supongo que al señor Calleja le habrá venido otra generación de calzones para examinar esta valiente división,

pues la que trae de enaguas no ha podido entrar en este arrabal; si así fuere, que vengan el día que quieran, y mientras yo trabajo en las oficinas, haga usted que me tiren unas bombitas, porque estoy triste sin ellas».[72]

En otra ocasión, Rayón le previno en nota reservada que el virrey le había enviado un sujeto «grueso y barrigón» para envenenarlo. Morelos contestó con su modo característico: «que no hay aquí otro barrigón que yo, la que en mi enfermedad queda desbastada».[73]

Otra prenda suya, no exclusiva de los musulmanes, era el valor personal, que Alamán definía como «calmoso, sin entusiasmo, sin ardimiento».[74] Resistió fríos, caídas de caballo, descomposturas de pierna, contusiones y enfermedades que lo ponían en los «umbrales de la muerte». El pañuelo que cubría siempre su cabeza era probablemente un remedio para paliar sus frecuentes migrañas y defenderse del sol terrible de aquella zona. En medio de tupidas balaceras caminaba con tranquilidad. Es natural que siguiendo su ejemplo, su ejército estuviese resuelto «a morir o vencer, a los realistas, a quienes Morelos bautizó como «el dragón infernal».[75]

La revolución de Hidalgo se había caracterizado por sus saqueos. En su guerra insurgente, Morelos los condenó:

«la peste destructora de hombres viciosos que entregados a la rapiña talan y asolan propiedades de sus conciudadanos con notable descrédito de la santa y justa causa que sostenemos, abusando del honroso nombre de americanos…».[76]

A uno de sus principales lugartenientes, Valerio Trujano, le advertiría: «procederá vuecencia contra el que se deslizare en perjudicar al prójimo en materia de robo o saqueo, y sea quien fuere, aunque resulte ser mi padre lo mandará

vuecencia encapillar y disponer con los sacramentos despachándolo *alcahuceado* [arcabuceado] dentro de tres horas, si el robo pasa de [un peso]; y si no llegara, me lo remitirá para despacharlo a presidio … Si resultaren ser muchos los diezmará vuecencia, remitiéndome los novenos en cuerda para el mismo fin de presidio …».[77]

Así como expidió órdenes contra el saqueo y protegió la propiedad, fue implacable con sus enemigos. Implacable, no sanguinario. «Nadie ofende a las familias ni nosotros somos las fieras que V. pinta», exclamó ante el aterrado cura de Tixtla que esperaba una escena digna de la alhóndiga de Granaditas. Aunque no creía en la magnanimidad y se quejaba de «la demasiada clemencia de que se ha usado con los culpados»,[78] Morelos no buscaba el aniquilamiento: «¿Qué negocia la nación ni menos yo con el exterminio?», escribiría un año después de Cuautla al comandante Vélez, a quien sitiaba en Acapulco. «Nuestro sistema no es sanguinario, sino humano y liberal.»[79] Según Bustamante —a veces fantasioso en sus recuerdos— Morelos recibió la espada de Vélez con estas palabras: «¡Viva España!; pero España hermana, no dominadora de América».[80] Es claro que lo movía un objetivo político y militar, no un odio étnico o una venganza social. En «dos palabras» podía «cifrar el designio»: «la nación quiere que el gobierno recaiga en los criollos y como no se le ha querido oír ha tomado las armas para hacerse entender y obedecer».[81] Morelos no confundía la guerra con el incendio teológico. Su criterio, en consecuencia, no había sido ni sería exterminar a sus adversarios sino desterrarlos a una isla, enviarlos a las prisiones de Zacatula o Tecpan y, frecuentemente, ponerlos en libertad o invitarlos a engrosar las filas insurgentes. Sólo en contadas ocasiones dejó que la ira vengativa guiara sus actos. El más doloroso de todos

ocurriría mucho después, en represalia por el juicio y fusilamiento de su brazo derecho, el cura Mariano Matamoros. Morelos había propuesto a las autoridades virreinales el canje de esa sola vida por la de doscientos españoles presos. Al enterarse de los hechos, ordenó el fusilamiento de los que estaban en el fuerte de San Diego en Acapulco.

Según Alamán —el más objetivo de sus adversarios—, Morelos tenía penetración, claridad, alegría, severidad, valentía, fidelidad, orden, escrupulosidad, originalidad, honradez, y, por si faltara, devoción religiosa auténtica («antes de entrar en acción se confesaba siempre»).[82] Se entiende que este nuevo Mahoma haya convocado no sólo la adhesión sino el amor de sus felices musulmanes. Fue precisamente en el sitio de Cuautla, cuando la voz del pueblo entonó esta canción:

Por un cabo doy dos reales,
por un sargento un tostón,
por el general Morelos
doy todo mi corazón.[83]

Luego de romper el sitio exitosamente, los ejércitos de Morelos pasaron la estación de lluvias de 1812 preparando sus efectivos en Tehuacán. Meses más tarde, en su momento cumbre, tomaban Oaxaca. En esta ciudad, Morelos expidió una serie de decretos y reglamentos orientados al orden y buen gobierno. Era ya el amo supremo de buena parte del centro y sur del país, de Colima a Guatemala, Oaxaca, el sur de Puebla y el sur de Veracruz, Michoacán, pero al año siguiente cometió su primer error verdaderamente grave: perder un tiempo precioso sitiando Acapulco. Para entonces sus relaciones con la Junta Suprema se habían vuelto insostenibles. Las dificultades entre Morelos y Rayón se

originaron en el excesivo afán de éste por inspeccionar, mediante enviados o comisionados, las tropas y la jurisdicción del caudillo del Sur. «El enemigo», les escribía Morelos, «se ha aprovechado de las discordias de vuestras excelencias.»[84] No tenía interés en presidir el movimiento, pero por razones de efectividad práctica entrevió que debería hacerlo. Los insurgentes de diversas provincias entendieron que el mando supremo correspondía legítimamente a Morelos y éste lo aceptó sin aspavientos. De un golpe despojó a Rayón, suprimió la moribunda Junta y convocó en su lugar al Congreso de Anáhuac que tendría lugar en la villa de Chilpancingo en septiembre de 1813. Para integrar el nuevo organismo, invitó a los antiguos miembros de la Junta pero se excluyó a sí mismo a fin de reservarse el supremo mando ejecutivo y militar.

*

Más allá de sus notables campañas y victorias militares, a la postre infructuosas, el aporte mayor de la lucha acaudillada por Morelos fue introducir en la revolución un cuerpo altamente original de argumentos ideológicos que la legitimaran, un alegato moral que incluía prescripciones económicas, políticas y sociales plenamente modernas, aunque salpicadas de antiguas tonalidades mesiánicas. El lugar para expresarlas, darles forma legal y, en su caso, constitucional fue precisamente el Congreso de Anáhuac. El nuevo papel de profeta y legislador que asumía Morelos revelaba que no veía la lucha por la independencia sólo como un asunto terrenal de armas o de política: la consideraba, en el sentido cristiano del término, una *misión*.

Acaso por su posición social inferior a la de Hidalgo y por su origen étnico tan mezclado, en la doctrina de Morelos el ideal de igualdad dentro del país cobró tanta importancia

como el ideal de libertad nacional respecto de España. Para aliviar la condición de los indios que, en palabras del obispo Abad, vivían en «el abatimiento, la degradación, la ignorancia y la miseria», y la de las castas (mezclas variadas de indios y negros) «infamadas por derecho como descendientes de negros esclavos … el tributo viene a ser para ellos una marca indeleble de esclavitud»,[85] Morelos expondría, a partir de septiembre de 1813, ideas similares a las «liberales y benéficas» que en 1799, infructuosamente, había propuesto Abad a la Corona española: entre otras, libertad de contrato y movimiento, abolición general de tributos en indios y castas, abolición de la infamia de derecho, «En México», había escrito Abad, «no hay graduaciones ni medianías; son todos ricos o miserables, nobles o infames.» Cuatro años después, Humboldt, que en su viaje por el país había hablado con Abad y Queipo, repetiría el veredicto en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España:* «México es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de las fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población …, la piel más o menos blanca decide el rango que ocupa el hombre en la sociedad. Un hombre blanco, aunque monte descalzo a caballo, se imagina ser de la nobleza del país».[86] De la diaria experiencia con esta situación de desigualdad en los modestos curatos donde ofició, Morelos extrajo su ideario: no era, como en el caso de Hidalgo, un grito de lucha entre las clases y las castas, sino un proyecto de construcción y concordia para todos los habitantes del país, salvo los peninsulares. Tres años antes del Congreso, en noviembre de 1810, Morelos había expedido una reglamentación interna de sus ejércitos que prefiguraba la imagen de su sociedad ideal:

«Si entre los indios y castas se observase algún movimiento, como que los indios o negros quieran dar contra los blancos o

los blancos contra los pardos, se castigará inmediatamente al que levante la voz … los comisionados y oficiales procederán en toda armonía … en la mayor cristiandad castigando los pecados públicos … de acuerdo y hermandad unos con otros».[87]

Un año más tarde aclara que «un gravísimo equívoco» iba a precipitar a los habitantes de la zona en «la más horrorosa anarquía».[88] Por ello Morelos se veía en la necesidad de declarar que el *único* propósito de su lucha es lograr que el gobierno pase de los europeos a los criollos. Con el triunfo de su causa advendría el nuevo y armónico orden étnico, económico y social:

«que no haya distinción de calidades, sino que todos nos nombremos americanos, para que mirándonos como hermanos vivamos en la santa paz que nuestro Redentor Jesucristo nos dejó cuando hizo su triunfal entrada a los cielos … que no hay motivo para que las que se llamaban castas quieran destruirse unas con otras, los blancos contra los negros y éstos contra los naturales, pues sería el yerro mayor que pudieran cometer los hombres y en la presente época la causa de nuestra total perdición espiritual y temporal … que siendo los blancos los primeros representantes del reino y los que primero tomaron las armas en defensa de los pueblos y demás castas, deben ser … por este mérito el objeto de nuestra gratitud y no del odio que se quiere formar contra ellos … Que no siendo como no es nuestro sistema proceder contra los ricos por razón de tales, ninguno se atreva a echar mano a sus bienes por muy rico que sea, por ser contra todo derecho semejante acción … y también la ley divina nos prohíbe hurtar y tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño y aun el pensamiento de codiciar las cosas ajenas…».[89]

En 1812, en Oaxaca, declara con su estilo peculiar y

burlesco: «que quede abolida la hermosísima jerigonza de calidades indio, mulato o mestizo … nombrándolos todos generalmente americanos».[90]

Un día antes del Congreso de Chilpancingo, Morelos completó el esbozo de su utopía personal ante un abogado de su entera confianza que lo escuchó conmovido, Andrés Quintana Roo:

«Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no haya privilegios ni abolengos, que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del más rico hacendado; que todo el que se queje con justicia, tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario … que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para nuestros hijos, que tengan una fe, una causa y una bandera, bajo la cual todos juremos morir, antes que verla oprimida, como lo está ahora y que cuando ya sea libre, estemos listos para defenderla…».[91]

Al día siguiente, 13 de septiembre, «celebrada la misa del Espíritu Santo», escribe Alamán, «y exhortados [los diputados] en el púlpito por … el vicario castrense a alejar de sí toda la pasión e intereses, guiándose sólo por lo que fuese más conveniente a la Nación», el secretario de Morelos lee «un papel hecho por el señor general … en el que se ponen de manifiesto sus principales ideas para terminar la guerra y se echan los fundamentos de la constitución futura».[92] El documento sería conocido con el nombre de *Sentimientos de la Nación.* No había ya en él —como en Hidalgo o Rayón— sombra de duda o ambigüedad entre la independencia y la

fidelidad a Fernando VII. Constaba de 23 puntos, entre los cuales los más salientes eran:

1.° Que la América es libre e independiente de España y de toda otra nación, gobierno o monarquía, y que así se sancione, dando al mundo las razones.

2.° Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra.

5.° La soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en sus representantes dividiendo los poderes de ella en legislativo, ejecutivo y judicial, eligiendo las provincias sus vocales, y éstos a los demás, que deben ser Sujetos sabios y de probidad.

9.° Que los empleos los obtengan sólo los americanos.

12.° Que como la buena Leyes superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.

14.° Que para dictar una ley se discuta en el Congreso, y decida a pluralidad de votos.

15.° Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un Americano de otro el vicio y la virtud.

19.° Que en la misma se establezca por ley constitucional la celebración del día 12 de diciembre en todos los Pueblos, dedicado a la Patrona de nuestra libertad María Santísima de Guadalupe, encargando a todos los pueblos la devoción mensual.

23.° Que igualmente se solemnice el día 16 de septiembre

> todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la Independencia y nuestra Santa Libertad comenzó, pues en ese día fue en el que se abrieron los labios de la nación para reclamar sus derechos y empuñó la espada para ser oída, recordando siempre el mérito del grande héroe el señor don Miguel Hidalgo y su compañero don Ignacio Allende.

A mediados de siglo, Alamán creyó ver en el ideario de Morelos rasgos «comunistas y socialistas», pero lo que en Morelos predominaba, junto con las modernas ideas políticas, económicas y sociales que había adoptado, era una concepción de raíz mucho más antigua que propugnaba una vuelta al origen, al reino de la igualdad cristiana. Ahora bien, ¿cuáles eran las fuentes intelectuales y morales de Morelos? ¿De dónde extrajo este modesto cura de pueblo sus ideas igualitarias, republicanas, religiosas, nacionalistas?

*

Gracias a los furibundos inquisidores que lo condenarían dos años más tarde, y a la incautación de un «huacal» de libros del caudillo, se conservó la lista pormenorizada de las obras que componían la biblioteca personal de Morelos, libros que lo acompañaron desde sus tiempos de bachiller en Valladolid y que trazan un perfil preciso de su cultura.

Unas cuantas decenas de libros formaban el acervo, la gran mayoría sobre materias religiosas con acento en la práctica moral del sacerdote: prontuarios, directorios, sermones, breviarios. Había también obras de teología dogmática, teología moral, oratoria sacra, sagrada escritura, hagiografía, guadalupanismo. De su Antiguo Testamento solía extraer analogías históricas que lo inspiraban: Morelos veía al pueblo mexicano en la imagen del pueblo hebreo esclavizado por los babilonios. Las *Fábulas* de Fedro se avenían con su excelente

sentido del humor. Un libro sobre derecho comercial, la *Curia filípica,* debió de ser el prontuario para su negocio de arriería. Curiosamente, la biblioteca incluía varias gramáticas y diccionarios: hebreo, japonés, tagalo, italiano, francés, mexicano, cora, latín y griego.

Las ideas de Morelos tenían un doble origen: cercano y remoto. Las lecturas que, como él mismo indicó en su proceso, provenían de «los últimos tiempos», de los años posteriores a la lucha, eran los *Concisos* y *El Despertador Sevillano,* periódicos representativos del espíritu de las Cortes de Cádiz, que proponían un liberalismo moderado no antirreligioso. Morelos habría tomado de ellos, de los *Elementos constitucionales* de Rayón, y del propio constitucionalismo gaditano, los principios del sistema representativo, la división de poderes, la soberanía popular.

Pero la huella más profunda correspondía a los libros que leyó a través de su vida. Algunos de ellos los recordó de memoria en su proceso. Había un *Prontuario de teología moral* del dominico español Francisco Lárraga, que servía de texto en el seminario donde Morelos estudió y en cuyas páginas se prescribía, por ejemplo, la posible licitud del homicidio: «es lícito matar en guerra justa». Uno más, el *Directorio moral e Instrucción y examen de ordenados,* de otro moralista del siglo XVII, el franciscano Francisco Echarri, contenía preceptos sobre el comportamiento de los sacerdotes que Morelos practicaba y citaba casi al pie de la letra. Ya en tiempos de la insurgencia, Morelos se refirió abiertamente a la doctrina de la lícita insurrección, común a varios teólogos morales del siglo XVII, reformulándola por su cuenta:

«A un reino conquistado le es lícito reconquistarse y a un reino obediente le es lícito no obedecer a su ley, cuando es gravoso en sus leyes, que se hacen insoportables, como las que

de día en día nos iban recargando en este reino los malditos gachupines…».[93]

En la sensibilidad moral y la penetrante inteligencia de Morelos estas doctrinas sobre el origen de la autoridad, la residencia del poder público, las condiciones de resistencia en caso de tiranía, se enlazaban con ideas muy claras sobre la dignidad de la persona y el sentido del orden y la justicia, formando, junto con las últimas corrientes del liberalismo español, un cuerpo coherente y original. «Sin conocer los principios de la libertad pública», escribe Mora, «Morelos se hallaba dotado de un instinto maravilloso para apreciar sus resultados … apenas conoció los principios del sistema representativo cuando se apresuró a establecerlos en su país.»[94] Si Hidalgo había sido, en esencia, un hombre formado en la monarquía y creyente en ella, Morelos era un republicano natural: «jamás admitiré el tirano gobierno», apuntó en marzo de 1813, «esto es el monárquico, aunque se me eligiera a mí mismo por primero».[95] Su republicanismo, sin embargo, no tenía rasgos de fanatismo: las constituciones en sí mismas no lo conmovían. Frente a la propia carta de Cádiz comentó: «europeos, ya no os canséis de inventar gobiernitos». Hombre práctico ante todo, Morelos creía que sus *Sentimientos de la Nación* (sentimientos, no pensamientos) comprendían todos los aspectos necesarios para un gobierno ordenado, eficaz y decoroso. Su instinto, en todo caso, propendía más a limitar el poder que a ejercerlo.

Al adoptar el sistema representativo, la separación de poderes, los derechos del ciudadano y la libertad de expresión, la nueva nación con que soñaba Morelos se asemejaría a la admirada vecina del norte en varios aspectos fundamentales, salvo en uno, el religioso: debía nacer como una república católica. Que los principios modernos de

republicanismo y democracia coexistieran con la absoluta intolerancia en materia religiosa no resultaba extraño, porque en aquella revolución habían resonado desde el principio ecos medievales de las guerras religiosas.

La apelación religiosa a las masas que habían «hecho el papel principal» en la revolución de Hidalgo se formalizó, con Morelos, hasta teológicamente: era *lícita* —así lo prescribían los neoescolásticos como Francisco Suárez— la insurrección contra el tirano, en este caso contra un gobierno «hereje», «impío», «idólatra», «libertino», compuesto por «jacobinos terroristas», «entregado a Bonaparte».[96] Era *lícita,* además, porque desde su acceso a la Corona española a mediados del siglo XVIII, los propios Barbones habían ido arrebatando a la Iglesia, tanto en la metrópoli como en los dominios de ultramar, los tradicionales fueros, inmunidades y privilegios que ahora los caudillos insurgentes de Nueva España —sacerdotes en gran medida— pretendían reivindicar. No era casual que la divisa militar del cura Matamoros fuese «morir por la inmunidad eclesiástica», ni que en uno de sus primeros decretos el Congreso dispusiera la vuelta de los jesuitas a México. En ese sentido, contradictoriamente con sus ideas políticas, su lucha tenía carácter liberal frente a la monarquía absoluta de España pero antiliberal frente al poder espiritual y terrenal, no menos absoluto en México, de la Iglesia. Los insurgentes querían acabar con unos privilegios, los de la Corona y los peninsulares, pero restaurar plenamente otros, los de la Iglesia. No veían la contradicción porque equiparaban la libertad civil con la libertad de la Iglesia frente a la Corona.

Curiosamente, Simón Bolívar, republicano clásico, lector de Montesquieu y de Plutarco, no se alarmó ante esta extraña mezcla de política y religión. Al contrario, vio en ella una

táctica efectiva:

«Felizmente», escribió en su «Carta de Jamaica» de 1815, «los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla de religión que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta».[97]

Bolívar tenía razón en cuanto al efecto de esta apelación religiosa pero se equivocaba al juzgar los móviles de los caudillos. Si en el ilustrado Hidalgo pudo haber un asomo de oportunismo al utilizar el pendón de la Virgen (había sido una «ocurrencia» —declaró en su proceso— que «aprovechó por parecerle a propósito para atraerse las gentes»), Morelos veía en la Virgen no sólo a la protectora de la causa sino, en cierto sentido, a su principal protagonista.[98]

La Virgen de Guadalupe era más que un mito: era el toque de Dios al pueblo mexicano. *(Non fecit taliter omni nationi,* «no hizo algo semejante con ninguna otra nación», decían ciertas copias de la imagen en el siglo XVIII.) La más superficial mirada al paisaje social de la capital mexicana reparaba en las largas procesiones de hombres, mujeres y niños que año con año, día tras día, llegaban al santuario en el cerro del Tepeyac para postrarse ante el altar de la imagen de «la Virgen morena» que —según la leyenda— un piadoso indio llamado Juan Diego halló estampada en su ayate en 1531. En el siglo XIX, los mexicanos podían disputar sobre los padres de la patria, no así sobre la Madre de todos los mexicanos. «En los casos desesperados», escribió uno de los grandes liberales del

siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano, «el culto a la Virgen es el único vínculo que nos une; el día que desapareciese, la nacionalidad mexicana desaparecería con ella.»[99] Su discípulo, Justo Sierra, pensaba de modo semejante:

«La mujer indígena que se arrodilla frente al altar de María de Guadalupe, su madre, india como ella, y le cuenta sus penas y sus esperanzas en un diálogo que tiene por respuesta perenne la dulce mirada de la imagen, resume toda la teología de la raza indígena».[100]

A esta teología centenaria se había acogido Morelos en su revolución. Su fervor guadalupano se manifestaba en los menores detalles: bautizar a la nueva provincia de Tecpan «Nuestra Señora de Guadalupe», consagrar constitucionalmente el 12 de diciembre a «la patrona de nuestra libertad», ordenar la celebración de una misa el día 12 de cada mes («deberán los vecinos exponer la Santísima Imagen de Guadalupe en puertas y balcones»), atribuir sus triunfos a la «emperadora Guadalupana», pedir a los miembros de un recién integrado ayuntamiento que jurasen «defender el misterio de la Purísima Concepción de Nuestra Señora»,[101] calzar el sello del Congreso de Chilpancingo con el anagrama guadalupano:

«La Nueva España espera más que en sus propias fuerzas en el poder de Dios e intercesión de su Santísima Madre, que en su portentosa imagen de Guadalupe, aparecida en las entrañas del Tepeyac para nuestro consuelo y defensa, visiblemente nos protege».[102]

Uno de sus subalternos, llamado Félix Fernández, llegó al extremo de cambiar su nombre por el de Guadalupe Victoria. Con el tiempo, sería el primer presidente de la República Mexicana.

Morelos vivía en los principios del siglo XIX, pero su voz,

como sus lecturas, se remontaba a los tiempos de la Biblia. No por casualidad comparó el destino de México con el del pueblo de Israel: «La causa que defendemos es justa: el Señor de los ejércitos que la protege es invencible».[103] El *Correo Americano del Sur* del 12 de agosto de 1813, «Año tercero de nuestra gloriosa insurrección», comenzaba con esta prédica: «Hermanos nuestros que trabajan como los Israelitas en Egipto día y noche, en las cañas y barbechos para engrosar la fortuna de este nuevo Faraón: el cielo os ha suscitado un Moysés y un Josué para sacaros de tan afrentoso cautiverio».[104] ¿Se reconocería Morelos en estas imágenes bíblicas? Quizá, pero su humildad proyectaba otra imagen, más sencilla, derivada de aquel otro hijo de un carpintero y enlazada al sentimiento de amor por la embrionaria nación: «soy cristiano, tengo alma que salvar, y he jurado sacrificarme antes por mi patria y mi religión, que desmentir un punto mi juramento».[105]

*

Los abogados del Congreso de Anáhuac, que adquirieron una fuerza creciente en la revolución de Morelos, solían recurrir también a estas imágenes. Pero lo que en el fondo acentuaban era el alegato nacionalista, típicamente criollo, de legitimación patriótica: la evocación del pasado precolombino como el verdadero origen de la historia mexicana, el mismo que había utilizado Hidalgo en su homilía final a los comanches. Según Alamán, Morelos veía con desconfianza estas «extravagantes alusiones» y por ello se negó a pronunciar el discurso escrito por Carlos María de Bustamante para la apertura del Congreso. Como buen mestizo, Morelos era nacionalista en los hechos: no sentía necesidad alguna de legitimar sus derechos sobre las tierras americanas de donde procedían, materialmente, sus

antepasados. Bustamante, oriundo de Oaxaca pero hijo de peninsulares, encarnaba en cambio la extraña y antigua identificación *intelectual* criolla con el pasado indígena y el consiguiente rechazo del pasado español:

«Genios de Moctezuma, Cacahma, Quautímozin, Xicotencal y Calzontcin celebrad en torno de esta augusta Asamblea … el fausto momento en que vuestros ilustres hijos se han congregado para vengar vuestros ultrajes y desafueros, y librarse de las garras de la tiranía y francmasonismo que los iban a absorber para siempre. Al 21 de agosto de 1521 sucedió el 8 de septiembre de 1813; en aquél se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México-Tenochtitlan; en ése se rompen para siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo».[106]

Mediante esta persistente apelación al pasado, sin apartarse un ápice de las teorías naturalistas de la neoescolástica española y evitando toda posible «contaminación» con las heréticas ideas de Rousseau, los abogados criollos de la insurgencia podían reclamar para sí —y por encima de Morelos— la representación del pueblo soberano. La única liga que reconocían entre ellos y la Colonia era, por supuesto, con los frailes misioneros del siglo XVI, que en su momento habían sido los más severos críticos no sólo de la Conquista sino de su legitimidad histórica y moral y, por extensión, de los derechos de España a imperar sobre sus colonias. El *Semanario Patriótico Americano* que circulaba entre los insurgentes a fines de 1812, solía incluir cartas como ésta:

«Bartolomé de las Casas, el verdadero apóstol, el abogado infatigable, el padre tiernísimo de los americanos … nos dejó por testamento que Dios no tardaría en castigar a la España como ella había destruido a las Américas y parece que la justicia divina aceptó el albaceazgo del santo obispo de

Chiapa … O no hay dios en los cielos que vengue la inocencia sobre la cabeza de los conquistadores … o estos países deben quedar enteramente libres de los españoles y sus reyes».[107]

Pero las diferencias entre el Congreso y Morelos llegarían mucho más allá de los gustos ideológicos y las analogías históricas. Entre aquellos abogados, criollos en su mayoría, y Morelos, terminó por plantearse un conflicto de potestades *provocado deliberadamente por él*. Toda la resolución que exhibió al desplazar al abogado Rayón del mando, comenzó a volverse aquiescencia frente a los abogados del Congreso que él mismo había promovido. Era como si una vez creado el Congreso y declarada la independencia de la América Septentrional (noviembre de 1813), Morelos hubiese sentido que su misión había culminado. Ya en Chilpancingo, se había negado a aceptar el poder ejecutivo porque, al parecer, lo creía superior a sus fuerzas y a su capacidad. Impelido por las «expresiones públicas y por la autoridad del Congreso», escribe Bustamante, «admitió por fin el empleo», no así el tratamiento de «Alteza», que trocó en el título, discurrido por él, de «Siervo de la Nación».[108] La expresión provenía, como tantas otras de Morelos, del Evangelio: «… el que quisiere hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será siervo de todos, puesto que el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (san Marcos, 10, 42-45).

A fines de 1813, la buena estrella de Morelos declinó por varias razones. La efectividad de los ataques realistas, comandados por jefes jóvenes como Agustín de Iturbide, era una de ellas. En diciembre de 1813, Iturbide derrotó a Morelos en Valladolid, la ciudad natal de ambos. Poco después, Morelos perdió a Matamoros y a Galeana. Otro

factor que incidió fue la actitud de Rayón: resentido contra Morelos, se negó a proporcionarle informes sobre la zona del Bajío que Rayón, a diferencia de Morelos, conocía muy bien. Pero la causa fundamental del derrumbe fue la creciente subordinación de Morelos al Congreso. Con el tiempo, el Congreso le quitó el mando del ejército y el dinero, dejándolo con una insignificante tropa. Más tarde, lo privaría del poder ejecutivo e incluso llegaría a considerar la idea de devolverlo a su curato en Carácuaro. A las reprensiones del Congreso sobre sus movimientos militares, Morelos respondió alguna vez: «cuando el Señor habla, el siervo debe callar. Así me lo enseñaron mis padres y maestros».[109] «Es infame la opresión en que está condenado», escribió el doctor Cos, uno de sus hombres más inteligentes. Aun cuando Morelos entendía con claridad que la desunión en las filas insurgentes y la «diversidad de dictámenes no permitía tomar providencias acertadas», no parecía perturbarse: «Mi vida es de poca importancia siempre y cuando el Congreso se salve. Mi carrera terminó desde el momento en que vi establecido un gobierno independiente».

En Guadalajara, Hidalgo había vivido una fantasía imperial. A partir de 1814, Morelos fue el siervo de una fantasía republicana:

«El señor Morelos», escribe Lorenzo de Zavala, «se halló desde luego embarazado con decretos inejecutables, con leyes que no tenían objeto ni estaban en consonancia con las necesidades de la nueva patria. ¿Qué podían, en efecto, legislar sobre una población errante, que ocupaba los cerros, los bosques, y no podía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar? Se disputaba el mando al que había formado el Congreso, se señalaban rentas los diputados, se daban el tratamiento de *excelencia* y el generalísimo no podía hacer

una salida para defender estos mismos diputados de un enemigo que los tenía sentenciados a pena capital, sin encontrar un decreto que restringiera sus facultades y disminuyese su fuerza».[110]

Aquella caravana de letrados que de pueblo en pueblo, bajo los árboles, redactaba una constitución, consumó finalmente su obra en el pueblo de Apatzingán, no muy lejos de los pobres curatos donde había oficiado Morelos. Dio al país su primera constitución republicana. Inspirada en las constituciones francesas de 1793 y 1795, esta constitución confirmaba la preponderancia del poder legislativo sobre el ejecutivo y el judicial. «La nación», escribió Zavala, «parecía tomar una existencia política que no tenía. ¡Cuánto mejor hubiera hecho el señor Morelos en fijar él por sí mismo, ciertos principios generales que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales y una promesa solemne de un gobierno republicano, representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia!»[111] ¿Entrevió Morelos este dilema? Cuando, finalmente, la Constitución se promulgó, aunque la consideraba «impracticable», tuvo su último día de felicidad: «depuso su natural mesura, y con jovial alegría danzó y abrazó a todos».[112]

Al poco tiempo, las esperanzas de recibir ayuda de los Estados Unidos se desvanecieron. Protegiendo siempre al Congreso en fuga y con la idea de refugiarse en Caracas o Nueva Orleans, Morelos cayó en manos de un antiguo colaborador y fue conducido a La Ciudadela, una prisión de la capital. La gente se agolpaba en las puertas, algunos para admirarlo en silencio, otros para vituperarlo abiertamente, todos para ver con sus propios ojos al hombre que había alcanzado proporciones de leyenda. Las autoridades militares y eclesiásticas y el Tribunal de la Inquisición lo sometieron a

tres diferentes procesos. Uno de los inquisidores dejó esta descripción física del caudillo caído: «… estatura de poco menos de cinco pies, grueso de cuerpo y cara; barba negra poblada, un lunar entre la oreja y el extremo izquierdo, dos verrugas inmediatas al cerebro por el lado izquierdo, una cicatriz en la pantorrilla izquierda; y trae en su persona camisa de bretaña, chaleco de paño negro, pantalón de paño azul, medias de algodón blancas, zapatos abotinados, chaqueta de indianilla, fondo blanco pintado de azul, mascada de seda toledana y montera de seda y en su cárcel, tiene una chaqueta de indiana, fondo blanco, una camisa vieja de bretaña, un sarape listado, un pañito blanco, dos taleguillas de manta, unas calcetas gallegas y un chaleco acolchado».[113]

*

Era preciso que el juicio de Morelos fuese el escarmiento definitivo. En el primer proceso de las jurisdicciones unidas (el poder real y el eclesiástico), los jueces le imputaron el delito de alta traición. Ante los cargos, Morelos negó haberse batido contra las tropas del Rey: durante el tramo mayor de su campaña, el rey Fernando VII no había regresado y de hacerlo, vendría napoleonizado, contaminado de francesismo, de irreligiosidad. En todo caso, a diferencia de Hidalgo, Morelos admitió sin ambages las razones de la insurgencia:

«él mismo viene a confesar que desde el principio no estuvo por Fernando Séptimo, sino por la independencia … que no era razón engañar a las gentes haciendo una cosa y siendo otra, es decir, pelear por la independencia y suponer que se hacía por Fernando Séptimo».[114]

Con parsimonia y claridad contestó cada punto: no hubo asesinatos sino por excepción, cuando el gobierno de México se había rehusado al canje de prisioneros por la vida de Matamoros; se dieron órdenes expresas contra el saqueo; no

hizo caso de las excomuniones en su contra porque sólo tendría facultad para decretarlas el Papa o el Concilio General; dejó sus funciones sacerdotales y no celebró misa hasta que comenzó «a haber muertes en el territorio a su mando». En definitiva, no consideraba haber incurrido en el delito de alta traición que se le imputaba: la insurrección era justa porque el rey Fernando VII «se había puesto en manos de Napoleón … entregándole la España como un rebaño de ovejas». En cuanto a los males causados por la guerra, «son consiguientes a toda revolución popular».

En torno al Rey, el razonamiento de Morelos se fundaba en dos de las premisas habituales en los tratados y prontuarios que había estudiado: el Rey no es indefectible y es lícito rebelarse contra él, matarlo incluso, si encarna al mal gobierno. Los jueces eludieron toda discusión sobre el «francesismo» del Rey y probablemente impidieron que el reo hablara de lo más importante: la justicia de su rebelión, la justicia histórica de la Independencia. Apuntaron en cambio las censuras de «varios concilios … contra los que se levantan contra la soberanía de los reyes». Se trataba, por supuesto, de un abuso regalista de una legislación conciliar que el propio Francisco Suárez había rebatido en una obra célebre publicada a principios del siglo XVII: *Defensio Fidei.* Cuidando las formas, la jerarquía concedió al acusado un abogado defensor, a pesar de lo cual la sentencia fue terrible: lo condenó a la degradación sacerdotal y a la muerte, además de amenazar con negarle la comunión, a menos que se arrepintiera y abjurara de su vida revolucionaria. Sólo así podía morir con los sacramentos.

Más arduo aún fue el proceso de la Inquisición. El cargo en este caso era nada menos que «herejía». Se le imputaba por varios motivos, entre ellos: actuar como secuaz de Hidalgo, condenado por la Inquisición; haber sido él mismo

excomulgado por el obispo Abad y Queipo en julio de 1814; tener «una extraviada creencia sobre el poder de la Iglesia»; despreciar las censuras que se le habían lanzado por celebrar misa no siendo regular; frecuentar en esa condición los sacramentos; no rezar el *Breviario;* valerse del sacerdocio para seducir al pueblo; enviar a su hijo a formarse como hereje y libertino en los Estados Unidos; mandar que se jurara y observase el decreto constitucional, que «igualaba la fe católica con las máximas de la insurgencia»; ser ateísta y materialista, aparte de estar imbuido de las doctrinas de Rousseau y otros sobre la ley y la sociedad; autorizar robos y crímenes; usurpar la autoridad eclesiástica y, por fin, el cargo clave —siempre eludido por los jueces—, sobre el cual Morelos podía construir su defensa: «tener por lícito el levantamiento contra el legítimo príncipe bajo el pretexto de la tiranía».

En los *Sentimientos de la Nación,* Morelos había citado el original en latín del pasaje del Evangelio según san Mateo (15, 13) que hablaba de la «planta que no plantó mi Padre Celestial». El «Sentimiento» explícito de Morelos consistía en «arrancar» esa planta, es decir, la Inquisición. De esa convicción íntima partieron muchas de sus respuestas, pero sin negar en ellas la autoridad de la Inquisición sino apuntando a las circunstancias de «opresión» en que el tribunal se hallaba durante la invasión napoleónica. Por lo demás, la mayoría de los cargos encerraban notoria falsedad: había mandado a su hijo a Nueva Orleans para educarlo y protegerlo, no para extraviarlo; jamás leyó a Rousseau; había leído apenas, en un día, la Constitución de Apatzingán, y aunque la consideraba «mala por impracticable» pensaba que sus preceptos «eran del bien común»; había hecho nombramientos eclesiásticos a fin de que la insurgencia no careciese de atención espiritual. Con todo, no dejaba de ser

extraño que en el descargo de la pregunta clave, Morelos no invocara siquiera tenuemente las doctrinas que conocía sobre la licitud de una guerra justa contra el tirano y, menos aún, la justificación de la independencia. Renglones antes había dicho que «siempre contó con la justicia de la causa, en que habría entrado, aunque no hubiera sido sacerdote»; sin embargo, no tocó las verdaderas causas de la insurgencia sino de modo tangencial, como si la guerra hubiese sido contra Francia y por la religión, no contra España y por la independencia:

«dijo que entró en la insurrección no haciendo reflexión en lo que contiene el cargo y llevado de la opinión de su maestro Hidalgo, pareciéndole se hallaban los americanos, respecto a España, en el caso de los españoles que no querían admitir el gobierno de Francia; y más, cuando oía decir a los abogados que había una ley, en cuya virtud, faltando el rey de España, debía volver este reino a los naturales, cuyo caso creían verificado pues hasta ahora no han creído la vuelta del rey a España, aunque el confesante ya la cree, aunque a ratos se le dificulta que haya vuelto tan católico como fue, por haberlo conducido las tropas francesas …».[115]

Morelos no abundó en los motivos de la insurgencia, ni siquiera en la extensa relación de sus campañas que hizo en el último interrogatorio de la Capitanía General. Al contrario, lejos de defenderse, quizá sinceramente, se acusó: «a la luz de las reflexiones que me han hecho, he reconocido lo injusto del partido que abracé». Su retractación atañía sólo a su carrera insurgente, no a su conciencia cristiana: nunca aceptó el cargo de hereje con que la Inquisición lo sentenció. Alamán, el crítico más acerbo de los insurgentes, condenó a su vez a quienes lo condenaron: «De todo podía ser acusado Morelos menos de herejía».

El 26 de noviembre, Morelos refirió a las jurisdicciones unidas (y, días después, con mucho mayor detalle, a la Capitanía General) la localización, los recursos y las señas personales de los jefes insurgentes que continuaban alzados. El 12 de diciembre, día de la Virgen, reveló incluso los escondites de armas y demás material bélico. Para entonces había ofrecido algo más:

«Si le dan avías para escribir, formará un plan de medidas que el gobierno debe tomar para pacificarlo todo, y en especial la costa del sur y Tierra Caliente».[116]

Según Alamán, este ofrecimiento y el de escribir a los restantes jefes de la Revolución para «terminarla si se le concedía la vida, fueron los únicos actos de debilidad en que incurrió en su proceso». Es improbable que todavía albergara la esperanza de salvar la vida. ¿Lo había quebrado la amenaza de morir sin sacramentos en caso de no abjurar? Seguramente, pero ¿era necesario, además de la delación, proponer un plan contra sus propios compañeros?

El Santo Oficio, que creía haber contribuido a extinguir la rebelión y a lograr la pacificación del reino, «obró», en opinión de Alamán, «contra sus autores, pues el proceso de Morelos fue el último golpe del descrédito de este tribunal cuyo postrer acto público fue el auto de fe de aquel caudillo». Ese mismo día, Morelos fue sometido a la peor humillación que puede enfrentar un clérigo, un acto raro en los anales de la Iglesia: la degradación. La narración de Alamán proviene de un testigo presencial:

«El obispo de Oaxaca aguardaba revestido de pontificial en la capilla que está a los pies de la sala del tribunal; Morelos tuvo que atravesar toda ésta de uno a otro extremo, con el vestido ridículo que le habían puesto y con una vela verde en la mano, acompañado por algunos familiares del Santo

Oficio: el concurso numeroso, más ansioso cada vez de verlo de cerca, se levantó sobre las bancas … Morelos, con los ojos bajos, aspecto decoroso y paso mesurado, se dirigió al altar … se le revistió con los ornamentos sacerdotales y puesto de rodillas delante del obispo, ejecutó éste la degradación…».[117]

Morelos escuchó las terribles palabras: «Apartamos de ti la facultad de ofrecer el sacrificio de Dios y de celebrar misa … Con esta raspadura te quitamos la potestad que habías recibido en la unción de las manos … Te privamos… te deponemos, degradamos, despojamos … como a hijo ingrato te arrojamos de la herencia del Señor».[118]

«Todos estaban conmovidos con esta ceremonia imponente», continúa Alamán; «el obispo se deshacía en llanto; sólo Morelos con una fortaleza tan fuera del orden común que algunos calificaron de insensibilidad, se mantuvo sereno, su semblante no se inmutó, y únicamente en el acto de degradación se le vio caer alguna lágrima.»[119]

Quedaba el calvario. El 21 de diciembre de 1815, exactamente el día en que dieciocho años antes había recibido la dignidad del sacerdocio de manos del obispo San Miguel, de rodillas como entonces, Morelos escuchó su sentencia de muerte. Al día siguiente, acompañado por un fraile, un padre y un oficial, subió en un coche cerrado. Tomaron, custodiados por una escolta numerosa, el camino del santuario de Guadalupe:

«Morelos», escribe Alamán, «iba rezando diversas oraciones y en especial los salmos "Miserere" y "De profundis", que sabía de memoria, y su fervor se encendía en cada plazuela que atravesaban de las varias que hay en el tránsito, creyendo que en alguna de ellas iba a ejecutarse la sentencia, y manifestaba mucho deseo de padecer en este mundo temeroso de las penas del purgatorio, aunque

confiaba en la misericordia de Dios, que sus pecados habían sido perdonados. Al llegar a Guadalupe, quiso ponerse de rodillas, lo que hizo no obstante el estorbo de los grillos».[120]

Más adelante, en el patio de un antiguo caserón de los virreyes en el árido paisaje de San Cristóbal Ecatepec, sería la ejecución. Al ver aquel paisaje Morelos comentó: «Donde yo nací fue el jardín de la Nueva España». Bebió con apetito un caldo con garbanzos y fumó su acostumbrado puro. Pidió un crucifijo: «Señor, si he obrado bien tú lo sabes; y si mal, yo me acojo a tu infinita misericordia». Escuchó las palabras del padre: «Haga usted cuenta que aquí fue nuestra redención».[121]

«Diose», narra Alamán, «la voz de fuego y el hombre más extraordinario que había producido la revolución de Nueva España cayó atravesado por cuatro balas; pero moviéndose todavía y quejándose, se le dispararon otras cuatro, que acabaron por extinguir lo que le quedaba de vida.»

Las autoridades creyeron que la muerte de Morelos produciría «un pavor saludable» que cortaría de raíz la insurrección. El Congreso, en efecto, se disolvió y algunos insurgentes se acogieron al indulto; no obstante, por cinco años, sus lugartenientes más cercanos continuaron tenazmente la guerra de guerrillas. A partir de 1817, el liberal español Xavier Mina, se aunó a la lucha en Michoacán y Guanajuato y murió fusilado. Cuando en 1821 llegó la oportunidad histórica de consumar la independencia, dos de los caudillos más cercanos y fieles a Morelos seguían vivos: Guadalupe Victoria —acosado y exhausto— en Veracruz, y —mucho más activo— Vicente Guerrero, en el escenario mismo a donde. Morelos había dado sus más célebres batallas: las intrincadas, indomables montañas del suroeste de México.

*

Todos los historiadores del siglo XIX, liberales y

conservadores, respetaron a Morelos. Zavala lo ponderaba sin reservas: humilde, valiente, sereno, constante, desinteresado, puro, noble, enérgico. Para Alamán, que apreciaba sobre todo su religiosidad, es decir, su lealtad a las tradiciones del pasado, Morelos es el enemigo equivocado pero «memorable … el más notable que hubo entre los insurgentes». Inversamente, Mora realzaba su republicanismo, es decir, su visión del futuro, y lo vindicó sobre todo por sus «superiores prendas morales».[122] Los liberales románticos lo exaltaron, a veces, hasta la mentira: «no comprometió a nadie en sus declaraciones», escribió Prieto. El positivista Sierra lo llenó de adjetivos: «enérgico, implacable, bravío, grande». Lo mismo hizo el implacable Bulnes: «figura torva y … verdaderamente imponente».

No sólo los historiadores del siglo xix admirarían a Morelos: también los caudillos liberales y conservadores. Curiosamente fue Maximiliano de Habsburgo quien en 1864 levantó la primera estatua de Morelos en la ciudad de México y en su discurso exclamó:

«Hemos visto al humilde hombre del pueblo triunfar en el campo de batalla; hemos visto al sencillo cura gobernar las provincias a su mando en los difíciles momentos de su penosa regeneración, y lo hemos visto morir físicamente derramando su sangre como mártir de la libertad y de la Independencia; pero este hombre vive moralmente en nuestra patria y el triunfo de sus principios es la base de nuestra nacionalidad».[123]

Al restaurar la República, Juárez refrendó el nacimiento del nuevo estado de Morelos, vecino al Distrito Federal. Pero quizá nadie como el último caudillo mestizo del siglo se sentiría tan cerca del primero. Para Porfirio Díaz su afinidad con Morelos no era sólo étnica y social sino militar (conocía

de memoria las campañas de Morelos) y, sobre todo, política. De haber triunfado Morelos, afirmaba Díaz en 1891: «Hoy en día sería la República poderosa que habríamos esperado a base de sus 70 años de desarrollo iniciado por la valentía, la prudencia, y los talentos políticos, de los cuales fue el dechado aquel hombre extraordinario». Por eso lo emocionó tanto recibir de manos del marqués de Polavieja durante las fiestas del Centenario, las prendas de Morelos. Tanto, que siendo una esfinge se atrevió a decir:

«Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable, en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que sintió palpitar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu, que peleó contra los españoles, no porque fuesen españoles, sino porque eran los opositores de sus ideales».[124]

A pesar de la admiración universal, Morelos no sería cabalmente comprendido. Los liberales olvidaron el embrión conservador en la vida de Morelos. Los conservadores olvidaron el embrión liberal. En medio de esos dos olvidos, ¿qué representó el Siervo de la Nación? La encrucijada de México, un país en permanente tensión entre la profunda tradición y la modernidad ineludible, entre el proyecto religioso de los misioneros del siglo XVI en quienes «había tornado el espíritu angélico del fundador» y los vientos republicanos y liberales que soplaban en Occidente.

En su *Historia política,* Justo Sierra pidió la generosa comprensión del lector para «aquellos primeros padres de la República [que] se asían a sus creencias religiosas como de una tabla de salvación. Cuando ellos decían Dios y patria, traducían toda la fe de su conciencia y todo el amor de su corazón. Hijos de este siglo que muere escéptico,

desilusionado y frío, sepamos respetar y admirar a los que identificaron su fe y su esperanza en una religión sola, hasta en las gradas del cadalso».[125]

El siglo XIX moría escéptico, desilusionado y frío, pero no en el México popular. Ese México seguía allí, identificando su fe espiritual y su esperanza terrena en una religión sola; seguía allí, crucificado entre las dos palabras que formaban el anagrama vital de aquel hombre cuya profética biografía anunciaba las tensiones futuras de México: religión y patria.

NOTAS

53. Alamán, *Historia…*, vol. 2, p. 221.

54. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 2, p.847.

55. Alamán, *Historia…*, vol. 2, p. 204.

56. Manuel Abad y Queipo, «Representación», en José María Luis Mora, *Obras sueltas* (París, 1837), tomo I, p. 63.

57. Carlos Herrejón Peredo, *Morelos: Vida preinsurgente y lecturas* (Zamora, 1984), p. 162.

58. Carlos Herrejón Peredo, *Morelos: antología documental* (México, 1985), p. 58.

59. Herrejón, *Morelos: Vida preinsurgente…*, pp. 162, 170-171, 220.

60. Herrejón, *Morelos: antología documental…*, p. 30.

61. Alamán, *Historia…*, vol. 2, p. 220.

62. Herrejón, *Morelos: antología documental…*, p. 36.

63. «Causa instruida contra el Generalísimo D. Ignacio Allende», en Genaro García, *Documentos históricos Mexicanos,* 8 vols. (México, 1985), vol. 6, p. 45.

64. Carlos Herrejón Peredo, *Morelos: Documentos inéditos de vida revolucionaria* (Zamora, 1987), p. 178.

65. Herrejón, *Morelos: Documentos inéditos…*, p. 308.

66. Herrejón, *Morelos: Documentos inéditos…*, p. 232.

67. Ernesto Lemoine, *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época* (México, 1991), p. 34.

68. Herrejón, *Morelos: Documentos inéditos…*, p. 237.

69. Lemoine, *Morelos. Su vida…*, p. 222.

70. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, *Morelos: Documentos inéditos y poco conocidos,* vol. 1 (México, 1927), pp. 357-358.

71. Lucas Alamán, *Semblanzas e ideario* (México, 1978), p. 83.

72. Lemoine, *Morelos. Su vida…*, p. 201.

73. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 190.
74. Alamán, *Semblanzas…,* p. 87.
75. Herrejón, *Morelos: Documentos inéditos…,* p. 210.
76. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 328.
77. Ibíd., pp. 211-212.
78. Ibíd., p. 234.
79. Ibíd., p. 287.
80. Bustamante, *Cuadro histórico…*, tomo II, p. 305.
81. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 288.
82. Alamán, *Historia…,* vol. 2, p. 220.
83. Gabriel Zaid, *Ómnibus de poesía mexicana* (México, 1973), p. 164.
84. Herrejón, *Morelos: Documentos inéditos…,* p. 60.
85. Manuel Abad y Queipo, «Representación», en José María Luis Mora, *Obras sueltas* (París, 1837), tomo I, p. 56.
86. Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (México, 1973), p. 90.
87. Hernández y Dávalos, *Colección…,* vol. 2, pp. 227-228.
88. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 181.
89. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 3, p.402.
90. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 264.
91. Luis González y González, et al., *El Congreso de Anáhuac* (México, 1963), p. 14.
92. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 6, p.215.
93. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 196.
94. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 3, p. 254.
95. Bustamante, *Cuadro histórico…*, tomo I, p. 350.
96. *Correo Americano del Sur* (Oaxaca), XXIV, ago. 5 1813.
97. Simón Bolívar, *Doctrina del libertador* (Sucre, 1976), pp. 73, 74.
98. Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 1, p.193.
99. Alberto Valenzuela Rodarte, *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica* (México, 1967), p. 310.
100. Justo Sierra, *Historia de México. La Conquista* (Madrid, 1917), p. 178.
101. Alamán, *Historia…*, vol. 3, p. 192 (nota 28).
102. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 255.
103. Ibíd., p. 384.
104. *Correo Americano del Sur*, en García, *Documentos…*, vol. 4, p. 193.
105. Alamán, *Historia…*, vol. 3, p. 199.
106. Hernández y Dávalos, *Colección…*, vol. 6, p.214.
107. *Semanario Patriótico Americano* (Tlalpujahua), n.º 12, 4 oct. 1812.
108. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 376.

109. Lemoine, *Morelos. Su vida…,* p. 474.

110. Zavala, «El Historiador y el representante popular…», p. 64.

111. Ibíd.

112. Bustamante, *Cuadro histórico…*, tomo III, p. 205.

113. Carlos Herrejón Peredo, *Los procesos de Morelos* (Zamora, 1985), pp. 316.

114. Ibíd., p. 188.

115. Ibíd., p. 346.

116. Ibíd., p. 268

117. Alamán, *Historia…*, vol. 4, p. 195.; Herrejón, *Los procesos…*, pp. 63-64.

118. Herrejón, *Los procesos…,* p. 64.

119. Alamán, *Historia…,* vol. 4, p. 196.

120. Ibíd., pp. 199.

121. Herrejón, *Los procesos…,* pp. 162-164.

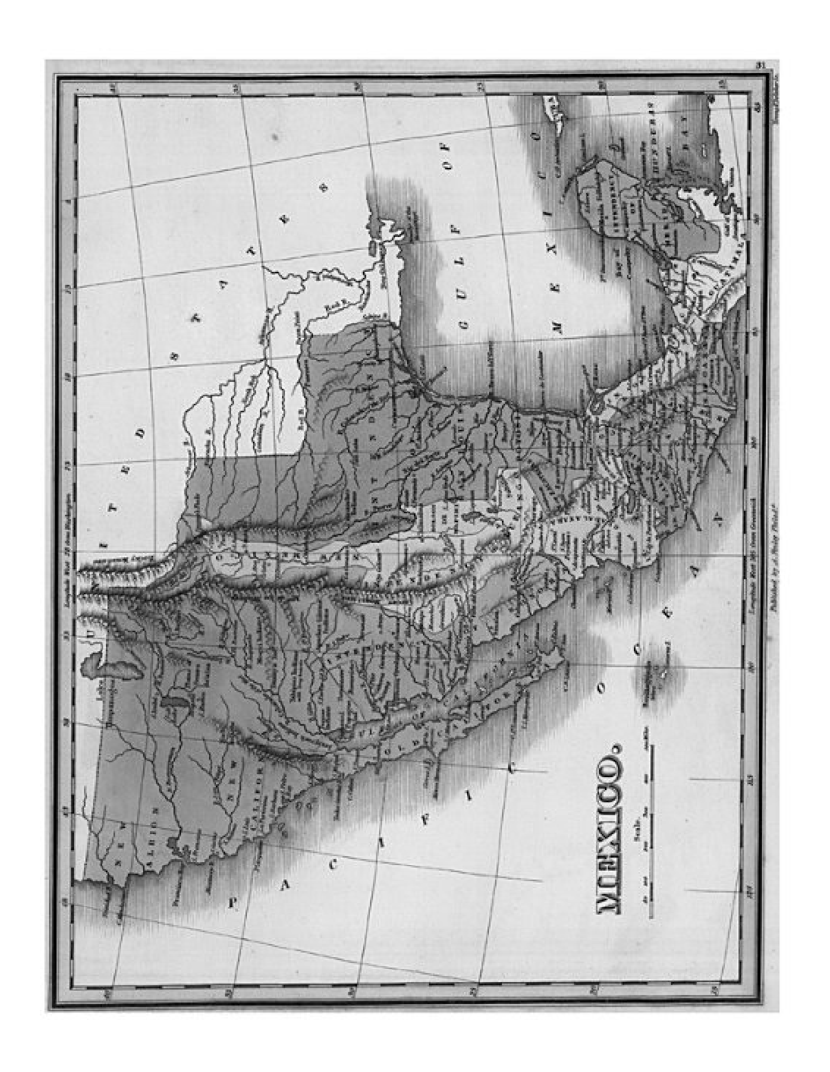
122. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 1, p. xvi.

123. Niceto de Zamacois, *Historia de México,* 20 vols. (México, 1876-1882), vol. 18, pp. 172-173.

124. «Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir del Excelentísimo señor Embajador de España las reliquias de José María Morelos, el 17 de septiembre de 1910», en Genaro García, ed., *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México* (México, 1990), Apéndice n.º 57, pp. 23-24.

125. Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano…*, p. 158.

II
El derrumbe del criollo



Anthony Finley, *México*, 1824, litografía a color. David Rumsey Map Collection.

Sueño imperial

México nació en 1821 a su vida independiente con unas expectativas inmensas sobre su legendaria riqueza, las mismas que habían albergado los criollos ilustrados de fines del siglo XVIII, como si la metáfora que hacía del territorio nacional un «cuerno de la abundancia» hubiese sido, más que una metáfora, una descripción. El cumplimiento de la profecía hecha por Humboldt en su *Ensayo* parecía inminente: «El vasto reino de Nueva España, bien cultivado, produciría por sí solo todo lo que el comercio va a buscar en el resto del mundo».[1]

Aquel fue un año dorado en la historia nacional. En septiembre se vivía el capítulo final de un movimiento de independencia inverso al que, once años antes, había encabezado Hidalgo: breve, incruento, ordenado y, ante todo, exitoso. En el lapso de siete meses ocurrió lo increíble: por la audaz iniciativa del jefe realista Agustín de Iturbide, los estratos criollos del país —sacerdotes, militares, empresarios y profesionales— se unieron con vastos sectores del pueblo campesino y urbano bajo el manto protector de un pacto concertado en la pequeña población sureña de Iguala, entre quienes habían sido, desde tiempos de Morelos, irreductibles enemigos: el propio Iturbide y el último caudillo de los insurgentes, un mestizo a quien Morelos conocía desde los remotos años de Carácuaro y que había llegado a ser su heredero: Vicente Guerrero.

Alguien llegaría a consignar, con el tiempo, que la conquista de México la hicieron en 1521 los indios —los tlaxcaltecas que secundaron a Cortés— y la Independencia en 1821 los españoles —los peninsulares avecindados en México que, temerosos de la nueva aplicación de la Constitución liberal de Cádiz, buscaron el caudillaje salvador de Iturbide—.

La paradoja tiene mucho de verdad, pero olvida dos elementos sin los cuales la consumación de la independencia es inexplicable: la porfía de los guerrilleros insurgentes y la biografía de Iturbide.

Nacido como Morelos en Valladolid, Iturbide era hijo de un rico hacendado español y una criolla nacida en Pátzcuaro.[2] En 1798, a sus quince años de edad, administraba ya la hacienda de Quirio propiedad de su padre. A los veintidós se alistó como teniente alférez en el regimiento de infantería provincial de Valladolid. Ese mismo año se casó con Ana Huarte, hija de don Isidro Huarte, el mayor potentado español de la región. Cuando estallaron los primeros conatos y conjuras independentistas en la ciudad de México y la propia ciudad de Valladolid hacia 1808 y 1809, la posición social del joven Iturbide era casi la inversa de la del cura criollo que encabezaría finalmente la insurgencia. Mientras Hidalgo enterraba a su hermano Manuel y recobraba tardíamente sus haciendas embargadas, Iturbide adquiría una hacienda propia —la de San José de Apeo— no lejos de las de Hidalgo. No es casual que la familia Iturbide apoyara al gobierno en aquellos episodios de frustrada autonomía criolla ni que Iturbide rechazara la oferta que le haría Hidalgo de sumarse a su causa con el grado de teniente general. El saqueo de la hacienda paterna y la huida de la familia a la casa que poseían en la capital fueron motivos suficientes para incorporarlo a las filas realistas.

A partir de su primer enfrentamiento con los insurgentes justamente en el Monte de las Cruces) la carrera militar de Iturbide fue meteórica. «Siempre fui feliz en la guerra», escribiría años después en sus *Memorias,* «la victoria fue compañera inseparable de las tropas que mandé. No perdí una acción, batí a cuantos enemigos se me presentaron o

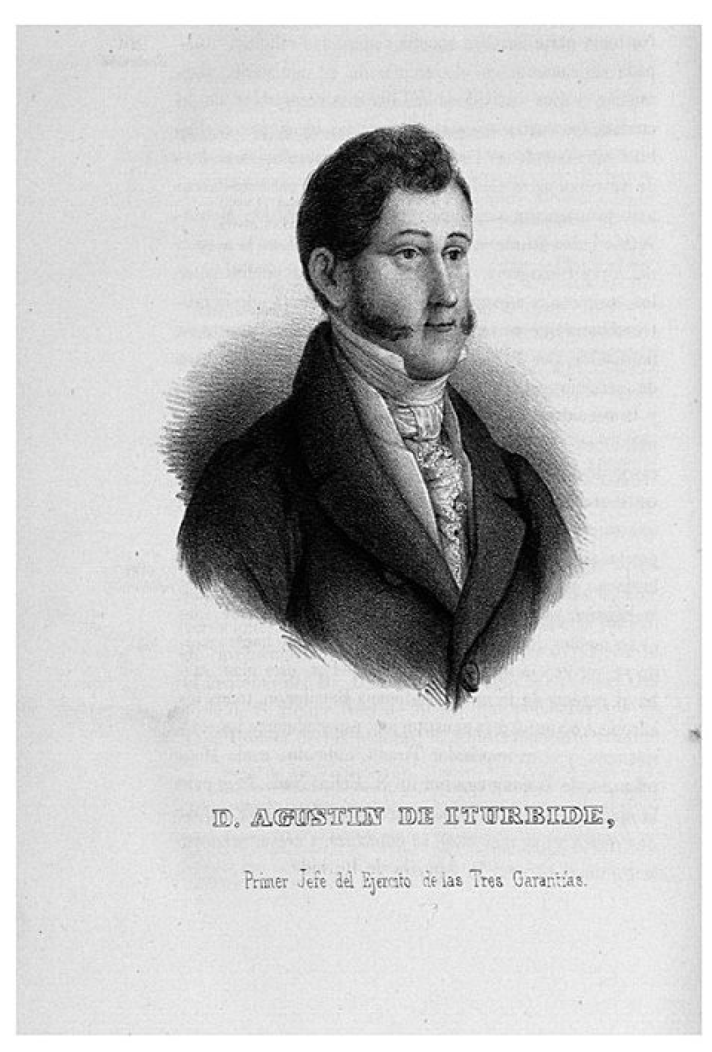
encontré, muchas veces con fuerzas inferiores de uno a diez …»[3] Petulancia aparte, no exageraba. Su hoja de servicios —y su propio, meticuloso diario de guerra— consignaban capturas de feroces caudillos, tomas de difíciles fortificaciones y, ante todo, derrotas a los jefes insurgentes más connotados: Liceaga, Rayón y el mismísimo Morelos en Valladolid.

Lo que sus *Memorias* omitían era un rasgo característico que sus contemporáneos, sin distinción de bandos, describieron con una misma palabra: la crueldad. «Se distinguió por espacio de nueve años por sus acciones brillantes», apuntó Zavala, «y por su crueldad contra sus conciudadanos.»[4] «Una estela de sangre fue señalando todos los pasos de [su] derrotero», escribiría Alamán, que si bien no quería a Iturbide debido a ciertos pleitos mercantiles que involucraron a ambos, quería menos a los rebeldes: «Severo en demasía con los insurgentes, deslució sus triunfos con mil actos de crueldad y por la ansia de enriquecer por todo género de medios».[5]

En su *Historia de México,* el propio Alamán documentaría con creces los excesos de Iturbide. Fusilaba con liberalidad y a menudo sin extremaunción a sus enemigos y a la población civil inocente, pero no era más piadoso con sus propios soldados si advertía en ellos la mínima señal de cobardía: a un inocente apellidado Arenas «lo mandó pasar por las armas, e impuso la misma pena a otro que se sacó en suerte entre todos, exceptuando de entrar en el sorteo a los que se habían conducido con valor». En la toma de un fuerte rodeado por el lago de Yuriria en el que «sin escapar uno solo» perecieron los insurgentes, Iturbide exclamó, en tono de guerra santa: «¡Miserables, ellos habrán conocido su error en aquel lugar terrible en que no podrán remediarlo! (Suponiendo condenados a todos a las penas del infierno por

excomulgados [comenta Alamán]) …». En sus propias palabras, Iturbide gustaba de «colear» insurgentes más que de «colear ganado», pero quizá su acto más cruel fueron los bandos que decretó a fines de 1814. A ellos precisamente hacían referencia ciertas mujeres encarceladas, «sepultadas» por órdenes suyas, que años después pedían «se nos despache al Purgatorio, que juzgamos habitación menos asfixiante *[sic]* que en la que estamos»:

«El señor Yturbide mandaba publicar bandos para toda clase de individuos …, y dispuso en uno de ellos: Que las Mugeres *[sic]*, Madres y más próximos parientes de los rebeldes que se hallaran separados de éstos, se retirasen de los pueblos dentro de cierto tiempo y fuesen a unirse con sus maridos, hijos y consanguíneos, a pena de que las personas que así no lo ejecutasen serían presas. Añadió luego en otro bando: que las mujeres aprendidas lejos de sus padres, esposos, hijos, hermanos, etc., infidentes, deberían ser diezmadas, quintadas o terciadas (padeciendo] irremisiblemente la decapitación, siempre que los traidores cometiesen tales y tales despropósitos».[6]



Salazar, *Agustín de Iturbide*, 1849, litografía. En Lucas Alamán, *Historia de Méjico: desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Impr. de J. M. Lara, 1849-1852.

¿Cuál era el origen de tales extremos de crueldad? Según afirmaría Iturbide en sus *Memorias,* «Hidalgo y los que lo sucedieron desolaron el país, destruyeron las fortunas, radicaron el odio contra europeos, sacrificaron a millares de víctimas, obstruyeron las fuentes de las riquezas, desorganizaron el ejército, aniquilaron la industria, hicieron de peor condición la suerte de los americanos …, Si tomé las armas en aquella época, no fue para hacer la guerra a los americanos sino a los que infestaban el país».[7] Pero de nueva cuenta, como con Hidalgo, cabe preguntarse: ¿era preciso contestar el odio con el odio?, ¿era necesario, sobre todo frente a un adversario como Morelos? Tampoco en este caso la respuesta admite ambigüedad. Los extremos de crueldad no se justificaban. El odio entre Hidalgo e Iturbide, los dos hacendados de Michoacán, era inmenso quizá porque era un odio entre hermanos, entre hermanos en el criollismo: el mayor caudillo criollo de la insurgencia y el mayor caudillo criollo de los realistas. Para desgracia del país, la mala yerba de ese odio no murió en 1821: creció con el siglo, cobijando otras causas y bajo otros nombres.

En Iturbide, la otra cara de la crueldad era la ambición, tan grande que el propio Abad y Queipo sostenía: «no sería extraño que andando el tiempo él mismo fuese el que hubiese de efectuar la Independencia».[8] No se equivocaba. A principios de 1815, el día de la única batalla en que la suerte le fue adversa, «sentado», cuenta Alamán, «al abrigo de una peña con el general Filisola, Iturbide lamentaba tan inútil derramamiento de sangre, llamando la atención de Filisola a la facilidad con que la independencia se lograría, poniéndose de acuerdo con los insurgentes las tropas mexicanas que militaban bajo las banderas reales; pero considerando el completo desorden de los primeros y el sistema atroz que se

habían propuesto, concluyó diciendo, que era menester acabar con ellos antes de pensar en poner en planta ningún plan regular».[9]

Filisola, agrega Alamán, se manifestó conforme con las opiniones de Iturbide y éste le dijo: «quizá llegará el día en que le recuerde a V. esta conversación, y cuento con V. para lo que se ofrezca».[10] Con todo, a mediados de 1814 y conforme la Insurgencia cedía terreno, la ambición de Iturbide tenía otras miras: gloria, reconocimientos, la Cruz de la Orden de San Fernando y otros galardones que creía merecer y que conseguiría, de ser preciso, viajando a España.

La fortuna tenía otros planes. A partir de 1816 Iturbide se vio envuelto en un ruidoso escándalo público concerniente a su desempeño moral durante los años de guerra. «Pigmalión de América» lo llamaba un doctor Labarrieta —su detractor más enconado—, detallando la serie de latrocinios, saqueos, incendios y tráficos de comercio ilícito que había practicado Iturbide. La defensa que el antiguo comandante de las fuerzas realistas y virrey Félix María Calleja hizo de él no bastaría para limpiar su nombre. Tampoco la intercesión de un abogado que Iturbide contrató ante la Corona. Aunque según Alamán fue absuelto, no quiso regresar al mando.[11] No quería una exoneración vaga sino plena, y algo más: la Cruz de Isabel la Católica que por esos días, y con méritos similares a los suyos, había recibido Calleja.

Esperó en vano. En 1818 rentó una hacienda cercana a la ciudad de México que no debió administrar demasiado bien a juzgar por los préstamos en que comenzó a incurrir:

«En la flor de la edad», narra Alamán, «de aventajada presencia, modales cultos y agradables, hablar grato e insinuante, bien recibido en la sociedad, se entregó sin templanza a las disipaciones de la capital … en tales

pasatiempos menoscabó en gran manera el caudal que había formado con sus comercios en el Bajío, hallándose en muy triste estado de fortuna, cuando el restablecimiento de la Constitución y las consecuencias que produjo, vinieron a abrir un nuevo campo a su ambición de gloria, honores y riqueza».[12]

Fue entonces cuando debió de recordar su conversación con Filisola. Ahora sí sentía en carne propia el agravio de su condición criolla. De pronto, Iturbide podía resolver su propia biografía y la de la nación en un solo acto reivindicatorio. Su honor ultrajado y el de México valían un abrazo con el último de los insurgentes: Vicente Guerrero.

*

Según el Plan de Iguala, el ejército unificado de ambos caudillos se llamaría «trigarante» porque garantizaría tres principios fundamentales: la unión entre todos los grupos sociales, la exclusividad de la religión católica y la absoluta independencia respecto de España. Los lazos con ésta no se rompían: se desataban. No habría sombra siquiera de parricidio: la nueva nación adoptaba la monarquía constitucional como sistema de gobierno y para ejercerla le abría los brazos al propio Fernando VII —constreñido a partir de 1820 por el restablecimiento de la Constitución liberal de Cádiz—. En caso de que el monarca no aceptara, los Tratados de Córdoba (firmados el 24 de agosto de 1821 por Iturbide y el último virrey, Juan O'Donojú) mencionaban a otros sucesores de la casa de los Borbones para ocupar el codiciado trono. Si no aceptaban, sería emperador «el que las cortes del imperio designaren». Iturbide abría así las puertas de su propia designación. Las palabras iniciales del plan, pronunciadas por Iturbide, dan una idea de la alegría casi mesiánica del momento:

«Americanos, bajo cuyo nombre comprendo no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen, tened la bondad de oírme … Trescientos años hace, la América Septentrional que está bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, más heroica y magnánima. España la educó y engrandeció formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados que en la historia del universo van a ocupar lugar muy distinguido. Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que originan la distancia del centro de su unidad y que ya la rama es igual al tronco, la opinión pública y la general, … es la independencia absoluta de España».[13]

El 27 de septiembre de 1821, día del 38 cumpleaños de Iturbide, los dieciséis mil hombres del «Ejército Trigarante», realistas e insurgentes unidos, entraron a la capital. Era la primera vez que el movimiento independentista se hacía presente en la «Ciudad de los Palacios» cuyos edificios de tezontle rojo y negro, según Humboldt, podían «figurar muy bien en las mejores calles de París, Berlín y Petersburgo».[14] La primera vez y la definitiva. La bandera de aquel ejército que simbolizaba el contenido del Plan de Iguala fue tan popular que, con leves modificaciones, sería adoptada como bandera nacional: sobre el fondo blanco que representaba la pureza de la religión católica, al lado del verde que aludía a la independencia y del rojo encarnado que recordaba a España, se colocó el emblema de la mítica fundación de México-Tenochtitlan por los aztecas: un águila que, sobre un nopal, devora una serpiente. «Aquel 27 de septiembre», escribiría Alamán, «ha sido … el único día de puro entusiasmo y de gozo, sin mezcla de recuerdos tristes o de anuncios de nuevas desgracias, que han disfrutado los mexicanos.»[15] México nacía

de una múltiple reconciliación, de un abrazo entre realistas e insurgentes, entre peninsulares, criollos, indios, castas y mestizos, entre el pasado prehispánico y los tres siglos coloniales, entre la rama y el tronco.

La opinión mayoritaria del momento lo percibió así y atribuyó a Iturbide el mérito principal no sólo en la consumación de la independencia sino en el proyecto equilibrado y pertinente que discurrió para la nueva nación. «Los tres puntos principales», escribe Alamán, «estaban perfectamente acomodados a las circunstancias en que el país se hallaba». En cuanto a la elección de la monarquía representativa y constitucional como forma de gobierno y el consiguiente rechazo a la «manía de las innovaciones republicanas», el propio Iturbide había formulado sus razones a Gabino Gainza, jefe militar y político de Guatemala, provincia que se adheriría al Imperio mexicano:

«Los pueblos no pueden querer que sus gobernantes … arrojen en su seno las simientes de la anarquía en los momentos de restituirlos a la posesión de su libertad … Es preciso que al destruir en su raíz [al poder absoluto] … evitemos … pasar al cuerpo político de la excesiva rigidez a la absoluta relajación de todas sus partes … Si aspiramos al establecimiento de una monarquía es porque la naturaleza y la política, de acuerdo en el particular, nos indican esta forma de gobierno en la extensión inmensa de nuestro territorio, en la desigualdad enorme de fortunas, en el atraso de las costumbres, en las varias clases de población, y en los vicios de depravación identificada con el carácter de nuestro siglo».[16]

En aquel momento de expansión y optimismo, la mera contemplación del mapa imperial mexicano movía a admiración: abarcaba desde el río Arkansas y la Alta

California en el norte hasta Centroamérica en el sur, desde la inmensa costa del Pacífico hasta el golfo de México. Comprendía prácticamente toda la Norteamérica meridional. No es casual que Iturbide considerara la «unión íntima» futura del nuevo imperio con la isla de Cuba, acosada por los «ingleses de uno y otro continente» y en peligro de «ser desgarrada por luchas intestinas». México no podía «ser indiferente a ninguna de esas contingencias». Tampoco es casual que Iturbide viese con una mezcla de admiración y recelo a los Estados Unidos de Norteamérica: admiración por su régimen político interior y su creciente prosperidad, recelo frente a su sed territorial.[17] En particular le preocupaba Texas, «por el abandono con que el anterior gobierno miró ese punto tan interesante del imperio».[18]

En espera de la confirmación española de los Tratados de Córdoba, Iturbide labraba su gloria y su posterior exaltación imperial. Hombre de «modales cultos y agradables» y de «hablar grato e insinuante», lo que le ganó la idolatría nacional no fue, sin embargo, su «aventajada presencia» sino los méritos de su maniobra (más política que militar), la triple promesa del Plan de Iguala y una antigua idea religiosa que «lisonjeaba» —como se decía entonces— la imaginación de los mexicanos: la idea de la providencia. En su vertiente natural, la providencia había creado «nuestras floridas y ricas tierras», la «nación más opulenta, señora de las riquezas del mundo», pero faltaba el hombre providencial que sacara de su seno «los bienes imponderables de México». En 1821, la mayor parte de los mexicanos conscientes de su nueva nacionalidad creyeron encontrarlo en Iturbide. Iturbide mismo, por un tiempo, se creyó también ese hombre.

Todos los temperamentos bombásticos, toda la capacidad «lisonjera», toda la angustia reprimida por diez años de

guerra, todas las esperanzas nobles y las ambiciones mezquinas salieron a la superficie en la forma de un torrente de loas, poemas, himnos, frases o simples epítetos dedicados al «padre de la patria», «varón de Dios», «columna de la Iglesia», «benjamín idolatrado», el semidiós llamado Agustín de Iturbide. «A ti se te ha debido destrozar la melena del León Hispano», le decía un aprendiz de poeta, mientras que otros ponderaban su excelsitud, su eminencia, su grandeza y lo elevaban al rango de «confusión de España, admiración de Europa, honor de América, héroe original sin ejemplo en la historia».[19] Todos los adjetivos elogiosos del adjetival idioma castellano se aplicaron a aquel enviado de la providencia: Iturbide el magnánimo, sin par, libertador, generoso, inimitable, inmortal, ínclito.

Meses más tarde, cuando aún no cesaba aquella borrachera de optimismo, ocurrió otro suceso providencial… en sentido inverso: la nación más «heroica y magnánima», España, se negó a regalar un heredero al Imperio de México. (Años después, no dejaría de intentar, infructuosamente, la reconquista de su antigua colonia y sólo establecería relaciones diplomáticas con ella en 1836.) Una pauta similar de rechazo siguió el Vaticano, que consideró cancelados, de paso, los tradicionales derechos del Patronato Regio que desde tiempos de la Conquista había otorgado a la Corona (en esencia, voto de calidad al poder civil en la designación de sacerdotes). De pronto, en medio de la euforia optimista, una sensación psicológica de orfandad empañó el bautizo histórico de la nueva nación. Ante el rechazo paterno, la solución universalmente aceptada fue *crear* la paternidad: ungir y elegir «por la Divina Providencia y por el Congreso de la nación, a Agustín, emperador constitucional de México».[20]

El Congreso Nacional, que el propio Iturbide eligió para

formular la nueva constitución y que había jurado lealtad al Plan de Iguala y los tratados de Córdoba, estaba dominado por españoles llamados «borbonistas», porfiados en que el trono se entregase a un descendiente de esa casa real. A pesar del rechazo de España, los borbonistas no cejaron en su intento y se aliaron con sus enemigos ideológicos, los incipientes republicanos organizados en las sectas masónicas llamadas «Escocesas». Desde un principio, ambos grupos reclamaron para el Congreso la representación popular y soberana de que carecía pero que Iturbide, presidente de una Regencia provisional y colectiva, le concedió, sin advertir que al hacerlo creaba de inmediato una dualidad de poder similar a la de Morelos y el Congreso de Chilpancingo. Con todo, la mayoría de este Congreso votó por la exaltación de Iturbide al trono imperial. Aunque no dejaron de influir en el ánimo de los legisladores la abierta presión de los militares y las amenazantes manifestaciones del «populacho» urbano en favor de su héroe («¡Emperador o muerte!»), lo cierto es que «en todas las provincias, fue unánime el aplauso con que se recibió la elevación del generalísimo al trono» (Alamán). En palabras del representante de Zacatecas, Valentín Gómez Farías (que pasados los años sería un republicano radical), la corona era una forma de «recompensar al libertador».[21]

*

La coronación se efectuó el 21 de mayo de 1822. En la ceremonia ocurrieron extraños incidentes, «cosas todavía como vacilantes», diría Alamán, como si a despecho de la pompa y circunstancia, los asistentes y el emperador se hubiesen sabido marionetas de una representación teatral, de una parodia en la que, inútilmente, se pretendía «transplantar a América instituciones y ceremonias, cuya veneración en otras partes no puede venir sino de la tradición y de la

historia».[22] Sin expresarlo abiertamente, muchos sospechaban o temían que aquel imperio «sin cimientos, sin legitimidad, sin el respeto del tiempo y las tradiciones» estaba destinado desde un principio al fracaso. Cuando el presidente del Congreso, un amigo de Iturbide, procedió a ponerle la corona en su cabeza, le dijo: «No se le vaya a caer a Vuestra Majestad», a lo que Iturbide respondió «Yo haré que no se me caiga». Era extraño que el emperador ungiera por sí mismo a su mujer, era extraño que el Congreso lo hubiese ungido, faltaba a ojos vistas «aquel respeto y consideración que», en concepto de Alamán, «sólo es obra del tiempo y de un largo ejercicio de autoridad». Lo más significativo de todo, sin embargo, fueron las palabras de Iturbide después de su juramento: en vez de festejar con firmeza su acceso al trono, como un rey decepcionado y viejo, lo lamentó:

«la dignidad imperial no significa … más que estar ligado con cadenas de oro, abrumado de obligaciones inmensas; eso que llaman brillo, engrandecimiento y majestad, son juguetes de la vanidad».[23]

Con imágenes, con metáforas, manifestaba un sombrío estado de ánimo. ¿Lo fingía? En ese momento, ya no. Es verdad que la misma aceptación de la corona probaba la ambición cumplida de Iturbide. Con todo, algo ocurrió realmente en el fuero interno del emperador en aquellos días, como si sus dos móviles en la vida (el espíritu de gloria y engrandecimiento nacional y el amor de los mexicanos hacia su persona), hubieran debido configurarse de otra manera en relación a él, consumarse en una investidura diferente. Bolívar, en circunstancias de «lisonja» similares y con un prestigio y poder mucho mayores, había entendido el problema y por ello rehusaría siempre el destino de César o Napoleón («el título de libertador es superior a todos los que

ha recibido el orgullo humano»). Iturbide, menos versado que Bolívar en los clásicos latinos, mucho menos profundo, fue incapaz de decir no, de administrar su victoria, y tuvo que llegar a la cumbre para sentir el abismo.

«Vi la repugnancia del héroe de Iguala en admitir la corona», escribió por entonces el autor más leído de la época, José Joaquín Fernández de Lizardi, llamado «el Pensador Mexicano». Su percepción era correcta: «Hube de resignarme», confesaría Iturbide, en sus *Memorias,* «a sufrir esta desgracia que para mí era la mayor».[24] Quiso creer que su decisión había sido la única posible en aquellas circunstancias, pero la falsa conjetura no lo consolaba: podía haber asumido una regencia única, intentado, como Bolívar, un papel de legislador, insistido con la casa borbónica, o como Cincinato, podía haberse retirado para volver con plena fuerza. Pero no era fácil advertir la debilidad propia en medio de la veneración universal. Sólo en la vana apoteosis de su coronación entrevió con «horror» que la corona, en efecto, se caía.

Para «el Pensador Mexicano», las reticencias del emperador eran un presagio excelente de liberalidad, la prueba de que México tendría el mejor de los gobiernos posibles: nada menos que una «monarquía republicana»: «Si no me engaño», concluía Lizardi, «lo mismo dice gobierno moderado con emperador que república con presidente».[25] ¿Qué otra conclusión cabría desprender del discurso de Iturbide? Pero las palabras del emperador no eran en realidad autocríticas sino autolesivas, deprecatorias de su propia autoridad, señales de inseguridad. Más que un indicio liberal formulaban una profecía. Iturbide declaraba, entre otras cosas, que *no debía ser obedecido* si no respetaba la constitución que el Congreso promulgaría. Hablaba no como un emperador sino como un

miembro del Congreso:

«Quiero mexicanos que si no hago la felicidad del Septentrión, si olvido algún día mis deberes, cese mi Imperio: observad mi conducta, seguros de que si no soy por ella digno de vosotros, hasta la existencia me será odiosa. ¡Gran Dios!, no suceda que yo olvide jamás que el príncipe es para el pueblo y no el pueblo para el príncipe».[26]

Afuera, en la calle, siguieron cuatro días de fuegos artificiales; la ruidosa designación de la «familia imperial» con su cauda de ujieres, mayordomos, infantes, damas, pajes; la fundación de la Orden Imperial de Guadalupe, especie de nobleza mexicana formada lo mismo por eclesiásticos que por insurgentes. De la provincia y la capital llovían felicitaciones serviles que, según Lizardi, al «amado emperador» le repugnaban. Rechazó dineros, tierras, nombramientos de ducados para sus hijos y familiares. La «lisonja» no provenía sólo del pueblo anónimo, también recurrían a ella personas de trayectoria insospechable, como Vicente Guerrero, quien, al informarle del júbilo con que se había recibido en su cuartel de Tixtla la proclamación —salvas de artillería, repiques y dianas—, agregaba esta declaración rendida: «nada faltó a nuestro regocijo sino la presencia de Vuestra Majestad Imperial; resta echarme a sus imperiales plantas y el honor de besar su mano». Pero ninguna muestra de adhesión, ningún ¡Viva Agustín Primero! borraba la sombra de debilidad íntima, casi de ilegitimidad, que lo perseguía. Sin haber usurpado una corona, Iturbide vivía como un usurpador atormentado. A la semana de la coronación, confiaba sus pensamientos al hombre que mejor podía entenderlos en toda América: «¡Cuán lejos estoy de considerar un bien lo que impone sobre mis hombros un peso que me abruma!», escribió a Bolívar. «Carezco de la fuerza necesaria para

sostener el cetro; lo repugné, y cedí al fin por evitar males a mi patria, próxima a sucumbir de nuevo, si no a la antigua esclavitud, sí a los males de la anarquía.»[27]

Al poco tiempo, el «horror» con que entreveía su destino empezó a traducirse en hechos. El problema fundamental —como en el caso de Morelos— fue su competencia de autoridad con el Congreso. Aquel padre colectivo que le había ungido emperador… se sintió con derechos sobre el emperador e intentó ejercerlos desde el primer día: objetó su poder de veto, obstruyó el despacho eficaz de la economía, bloqueó la designación imperial de un Supremo Tribunal de Justicia, pospuso el debate sobre una nueva constitución, y en la secreta urdimbre de las reuniones masónicas tramó conspiraciones y deposiciones. De pronto, por una extraña inversión de papeles históricos, el emperador actuaba de modo republicano —dividiendo el poder, procurando compartirlo con el legislativo—, mientras que el Congreso adoptaba posturas imperiales, absolutistas. Esta actitud del Congreso no pasó inadvertida para un agudo observador inglés que, por lo demás, no creía en la abnegación de Iturbide: «sobre el severo despotismo en el que han sido educados, injertan las teorías más audaces de la escuela francesa».[28]



Maxim Gauci, *El general Guerrero*, 1828, litografía. En Carlos María Bustamante, *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mejicanos, sacada del «cuadro histórico» que en forma de cartas escribió el lic. D. Carlos María Bustamante*, Londres, R. Ackermann, 1828.

Precisamente contra las consecuencias prácticas de estas audaces teorías escribió un autor francés muy conocido en la época, Benjamin Constant: «cuando la autoridad legislativa lo abarca todo no puede hacer otra cosa que mal». Uno de sus lectores mexicanos, el yucateco Lorenzo de Zavala, propuso una reforma al Congreso, en particular a su dimensión y atribuciones. Años después, en su formidable *Ensayo crítico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830,* Zavala formularía con claridad el dilema de su tiempo: «Yo no sé qué era lo que convenía a una nación nueva, que no tenía hábitos republicanos, ni tampoco elementos monárquicos».[29] Sus dudas, sin embargo, no le impedirían colaborar con Iturbide en el manejo de las difíciles cuestiones económicas que al poco tiempo enfrentaría el Imperio ni aducir que el Congreso actuaba de modo ilegal: había pasado sobre el acta de fundación original del nuevo imperio, el Plan de Iguala, que preveía la integración de dos cámaras, y se arrogaba, además, una autoridad soberana que el plan y los Tratados de Córdoba no le daban. Para entonces, Iturbide había ordenado ya el arresto de varios diputados (entre ellos Carlos María de Bustamante y fray Servando Teresa de Mier) aduciendo con firmeza que la nación estaba tan cansada de las disputas entre los poderes como de la apatía de los legisladores.

Su deseo auténtico, según Alamán, no era la disolución del Congreso sino su reforma: «He jurado a la nación regirla bajo un sistema constitucional, seré fiel a mi palabra … Consecuente con mis principios y con los más fervientes deseos de mi corazón, seré un monarca constitucional».[30] Sus enemigos veían la prueba de tiranía en cada acto de Iturbide y, para su horror, lo comparaban con Fernando VII. Por su parte, Iturbide procuraba persuadir a tirios y troyanos de su adicción al Congreso: «lo sostendré a la par de las garantías

…, amo al Congreso, veo en él el baluarte de la libertad».[31] En realidad, amaba el concepto de congreso, no a *ese* congreso, por lo que a fines de octubre tomó una resolución que recuerda a Cromwell: lo disolvió. Cromwell, sin embargo, se erigió en Lord Protector, mientras que Iturbide, «monarca republicano», designó de inmediato una Junta Nacional Instituyente. Desde la cárcel, el célebre cura heterodoxo fray Servando Teresa de Mier (amigo de Blanco White, enemigo de todas las coronas) escribió unos versos alusivos:

Un Obispo, presidente,
dos payasos, secretarios,
cien cuervos estrafalarios
es la Junta Instituyente.
Tan ruin y villana gente
cierto es que legislarán
a gusto del gran Sultán,
un magnífico sermón
será la Constitución
que estos brutos formarán.[32]

En el fondo de los problemas del Imperio había algo más grave que las desavenencias políticas: la penuria del erario y la de todas las fuentes de riqueza nacional, severamente afectadas por los años de guerra. Mientras la Junta Instituyente discurría inútiles proyectos de colonización y retrasaba la convocatoria a un congreso constituyente, Iturbide recurría a medidas de guerra económica que mermaron su crédito interno: préstamos forzosos, captura de fondos, exacciones fiscales. De pronto, la verdadera situación económica del «opulento imperio» pareció clara: con las minas azolvadas, las haciendas destruidas y la incipiente industria inmovilizada; con la inmensa fuga de capitales

acumulada desde 1810 y calculada en 100 millones de dólares o pesos (diez veces el presupuesto anual) y con un déficit de 4 millones para 1822, la situación tenía un nombre: bancarrota. No hacían falta grandes cálculos para comprobarlo. Bastaba escuchar las canciones de la calle:

Soy soldado de Iturbide,
visto las tres garantías,
hago las guardias descalzo
y ayuno todos los días.[33]

En el frente diplomático el cuadro no era menos amenazador: sin crédito externo, sin reconocimiento de los Estados Unidos e Inglaterra, rechazado con vehemencia por España, el Vaticano y los miembros de la Santa Alianza, y con la única esperanza de un vínculo con la gran Colombia de Bolívar, la circunstancia tenía un nombre: aislamiento. Entonces —diciembre de 1822— Iturbide se entrevista con el enviado del gobierno norteamericano, Joel R. Poinsett, que dejaría esta estampa en sus *Notas sobre México:*

«El emperador conversó con nosotros durante media hora … aprovechando la ocasión para elogiar a los Estados Unidos, así como a nuestras instituciones y para deplorar que no fuesen idóneas para las circunstancias de su país … De trato agradable y simpático, y gracias a una prodigalidad desmedida, ha atraído a los jefes, oficiales y soldados a su persona, y mientras disponga de los medios para pagarles y recompensarles, se sostendrá en el trono. Cuando le falten tales medios, lo arrojarán de él».[34]

*

Días antes, un joven e imperioso brigadier veracruzano cumplió la predicción de Poinsett: se levantó en armas contra Iturbide y así, sin saberlo, inauguró una práctica que en el

siglo XIX se volvería consuetudinaria. El sonoro nombre de ese «genio volcánico» al que Iturbide colmó infructuosamente de elogios, mandos, grados era Antonio López de Santa Anna. Muy pronto, lo secunda un antiguo lugarteniente de Morelos: Guadalupe Victoria. Ambos proclaman el Plan de Casamata, cuyo propósito expreso no es atentar contra la persona del emperador sino exigir la reinstalación del Congreso. Por esa fecha, otras dos figuras de la insurgencia, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo, se habían levantado en armas por su cuenta. Iturbide, que en los remotos tiempos de la insurgencia y los más recientes del Plan de Iguala se caracterizó por su resolución militar, decide no decidir: «Tengo fuerza y concepto para hacerme respetar y obedecer, pero costaría sangre y por mí no se verterá jamás ni una sola gota».[35] Temía actuar no por miedo a sus enemigos ni por falta de recursos o porque albergara dudas sobre el apego general del ejército sino por miedo a la anarquía y a que la opinión pública atribuyese cualquier medida a «intereses privados» y a un «deseo de mantener en su cabeza la corona que había aceptado sólo para servir a la nación».[36] Mientras sus más cercanos amigos y colaboradores renuncian, lo abandonan o, como en el caso de los generales Echávarri y Negrete, defeccionan para unirse al Plan de Casamata, Iturbide ofrece toda suerte de dimisiones simbólicas: renunciar al derecho de sucesión hereditaria, ofrecerlo a otra familia, «porque nada quiero con respecto a mi persona ni he querido jamás cosa alguna que pueda ser contra la voluntad general». Lo único que en verdad quiere es que le crean sus convicciones constitucionales. Daba su reino por dejar su reino.

La humillante y extemporánea restitución del Congreso depuesto a la que accede «sin culpas ni acusaciones», con espíritu «de reconciliación», termina por cerrar el ciclo. El 19 de marzo abdica el trono. Tres días después, en su exposición

de motivos al Congreso, Iturbide toca, sin conmover un ápice a los diputados, experiencias de soledad y desesperanza que eran comunes a los Enriques y Ricardos de la literatura shakespeareana:

«El que sube al trono no deja por eso de ser hombre, y el error es la herencia de la humanidad. No debe considerarse a los monarcas como infalibles, si bien son más excusables por sus faltas … porque estando colocados en el centro de todos los movimientos, en el punto a que se dirigen todos los intereses … al que van a encontrarse todas las pasiones humanas, su atención está dividida entre una multitud de objetos, su espíritu fluctúa entre la verdad y la mentira. El candor y la hipocresía, la generosidad y el egoísmo, la lisonja y el patriotismo, usan todos el mismo lenguaje».[37]

Sabía que su decisión sería interpretada como una debilidad, pero «su sistema no era el de la discordia», veía «con horror» la anarquía y deseaba «la unidad en bien de la nación». ¿Debía haber corrido el riesgo de enfrentarse él mismo a los sublevados? Su victoria entonces habría sido tachada de despotismo. De una u otra forma perdería:

«¡Triste es la situación del que no puede acertar y más triste cuando está penetrado de esta importancia! Los hombres no son justos con los contemporáneos; es preciso apelar al tribunal de la posteridad, porque las pasiones se acaban con el corazón que las abriga».[38]

El Congreso humilló a Iturbide al declarar «viciosa de origen» la elección que el propio Congreso había hecho. La abdicación no procedía porque el imperio era ilegal. Siguieron el exilio en Italia y el escarnio público. El hombre providencial se convirtió, providencialmente, en chivo expiatorio… injusto, traidor, caníbal, nuevo Calígula, tirano. «Es un error político de mucha trascendencia», apuntó *El Sol,*

periódico republicano de la época, «llamarle libertador de su patria y creer que algo le debemos.» Simbólicamente, el 17 de septiembre de 1823, los restos de Hidalgo, Morelos y los demás insurgentes fueron colocados en una urna especial en la catedral metropolitana sin reconocimiento a Iturbide. En medio de aquella euforia de satanización, «el Pensador Mexicano» trataba de juzgar el efímero imperio con espíritu de equilibrio: la insensatez, el capricho, el desacierto, la inexperiencia, la ceguera, la adulación habían perdido a su antiguo ídolo, al «Augusto César» que había admirado (y adulado); no obstante, el extremo a que llegaba la execración, la ira, la venganza, el encono, el olvido de su misma nación le parecía injusto. En una obra que escribió sobre Iturbide, trazó el ciclo entero del imperio y capturó fielmente el dolor del exilado:

> No siento la corona que he perdido,
> no mexicanos, no: yo lo que siento
> es perder vuestra gracia, vuestro amparo,
> vuestra grata amistad y vuestro afecto.[39]

En Liorna, adonde luego de una travesía y una espera de tres meses llegó en agosto de 1823, Iturbide escribe sus *Memorias.* Hacia finales de año lo alcanzan las noticias sobre una posible invasión a México de la Santa Alianza, en apoyo de España. Inglaterra amagaría militarmente contra la maniobra y James Monroe promulgaba en esos días su célebre doctrina, pero en el momento y circunstancias de Iturbide el peligro de reconquista es real. Cada vez con menos recursos económicos de los cuales echar mano —en su administración personal había sido honrado viaja a Inglaterra. Pasa un tiempo en Bath, a donde le llegan cartas mexicanas que imploran su regreso. El caudillo San Martín intenta disuadirlo. Es inútil: convencido de los peligros de

anarquía interna e invasión externa, llamado nuevamente por la ambición de gloria, como en 1820, como Napoleón en Santa Elena, Iturbide se embarca hacia México con parte de su familia.[40] Va desarmado. Ignora que el Congreso lo ha proscrito y condenado a muerte si pisa tierras mexicanas. A principios de julio llega al puerto de Soto la Marina en el golfo de México y es apresado por uno de sus antiguos lugartenientes, que vacila entre cumplir ahí mismo la orden o remitir el caso al Congreso local del estado de Tamaulipas, reunido en el pueblo de Padilla. Hasta allá llega Iturbide a preguntar qué crimen ha cometido para merecer ese castigo. Ningún jurado lo escucha: el Congreso local actúa como poder judicial y militar. Antes de su fusilamiento, el 19 de julio de 1824, escribe a su mujer encinta:

«la Legislatura va a cometer en mi persona el crimen más injustificado … Dentro de pocos momentos habré dejado de existir … busca una tierra no proscrita donde puedas educar a nuestros hijos en la religión que profesaron nuestros padres, que es la verdadera … [recibe] mi reloj y mi rosario, única herencia que constituye este sangriento recuerdo de tu infortunado Agustín».[41]

Frente al pelotón alzó la voz: «Muero con honor, no como traidor; no quedará a mis hijos y su posteridad esa mancha; no soy traidor, no … no digo esto lleno de vanidad porque estoy muy distante de tenerla».[42] Se había excusado de nuevo, frente a los soldados, frente a sí mismo, ¿de qué? No es aventurado conjeturarlo: de la sangre derramada en tiempos de la insurgencia. Esa culpa pesó más en su derrota histórica que la oposición de todos sus enemigos. Ni siquiera frente al pelotón estuvo seguro de expiarla.[43]

*

Años después, el libertador Bolívar confiaba al general

Santander sus reflexiones sobre el efímero imperio mexicano:

«El tal Iturbide ha tenido una carrera algo meteórica, brillante y pronta como una brillante exhalación. Si la fortuna favorece la audacia, no sé por qué Iturbide no ha sido favorecido, puesto que en todo la audacia lo ha dirigido. Siempre pensé que tendría el fin de Murat. En fin, este hombre ha tenido un destino singular, su vida sirvió a la libertad de México y su muerte a su reposo. Confieso francamente que no me canso de admirar que un hombre tan común como Iturbide hiciese cosas tan extraordinarias. Bonaparte estaba llamado a hacer prodigios, Iturbide no, y por lo mismo, los hizo mayores que Bonaparte. Dios nos libre de su suerte, así como nos ha librado de su carrera, a pesar de que no nos libremos jamás de la misma ingratitud».[44]

Para Zavala, el más radical de los liberales, «la primera y principal falta de Iturbide fue el estado de indecisión en que permanecía en las más críticas circunstancias»,[45] su incapacidad para conducir los acontecimientos y su propensión a dejarse conducir por ellos. En el otro extremo ideológico, Alamán criticó también las reticencias de Iturbide, incomprensibles en un hombre con su experiencia de mando, sus dotes políticas y morales. Ambos le reprochaban, en suma, su renuncia al poder, exactamente el cargo contrario que desde entonces le harían dos historiadores que habían sufrido prisión durante el Imperio: el fundador de la historia de bronce —Carlos María de Bustamante— y fray Servando Teresa de Mier, que festejó la muerte de Iturbide con estos versos:

Y sabrán todos los reyes,
que si amor patrio se enciende,
jamás impune se ofende
ni a los pueblos ni a las leyes.

Tenga el tirano presente
y su gavilla falaz,
que la era de la paz
a todos por igual mide,
y como acabó Iturbide
acabarán los demás.[46]

Por su parte, Mora, equilibrado siempre, no le negaba méritos, prendas para gobernar y el prestigio de consumador de la Independencia, pero criticaba sus «tropelías y violencias» con la oposición.

Alamán diría que el de Iturbide, más que imperio, había sido un «sueño o representación teatral».[47] Sin embargo, en la conciencia de algunos personajes prominentes de esa época, el recuerdo de Iturbide no volvería en la forma de un sueño sino en la de una dolorosa pesadilla, una opresiva sensación en la que se mezclarían la solidaridad póstuma y la piedad. El caso más dramático de esta identificación con Iturbide lo representó uno de los pocos lugartenientes criollos de Morelos: el general Manuel Mier y Terán.

Todos los hombres de su tiempo lo admiraron: ingeniero militar, había sido un elemento clave en los aspectos de fundición, maestranza y artillería en los ejércitos insurgentes. En sus procesos, Morelos lo citaba en primer lugar: «de todos los comandantes que hay en el día, éste es el que tiene más disposición, así por su talento, como porque agrega a él algunos conocimientos matemáticos».[48] En 1815 Mier y Terán había disuelto el Congreso y emprendido después hazañas legendarias (como la proyección y ejecución, en diez días, de un camino militar a través de un pantano). Tras vivir indultado y bajo vigilancia en Puebla, se había adherido a Iturbide, a quien le aconsejó asumir una regencia única, no el

trono. Ministro de Guerra y Marina por un breve tiempo durante la presidencia de Guadalupe Victoria, hacia 1827 Mier y Terán «llevaba una vida muy privada» cuando el enviado inglés Henry G. Ward lo conoció: «[se ocupa de sus] afanes científicos y de las matemáticas, en las que siempre ha sobresalido … Su división se distinguió siempre por su disciplina y se dice que poseía el arte de inspirar en sus seguidores el más cálido apego a su persona … Todavía es joven, y su talento, tarde o temprano, lo llevará a distinguirse».[49] En 1828, a sus treinta y nueve años, Mier y Terán encabezaría la comisión de límites que debería fijar en Texas la frontera definitiva entre México y los Estados Unidos. A aquel viaje, el primero de su género en el México independiente, Mier y Terán llevaría un equipo de científicos, geómetras y dibujantes para dar noticia «sobre la física y la historia natural de aquellos países remotos». Un año después, se distinguiría en el triunfo contra una invasión española de reconquista en el puerto de Tampico. Y en plena década de los treinta, con el prestigio intacto, aceptaría una encomienda de inmensa complejidad: la comandancia general de las Provincias Internas de Oriente, que comprendía el inestable territorio de Texas, siempre al borde de la secesión: «ese departamento se norteamericaniza», le escribiría a Lucas Alamán, en abril de 1831, y agregaba: «¿En qué parará Texas?, en lo que Dios quiera».[50]

Un año más tarde, Mier y Terán sería el hombre a quien 12 de los 19 estados de la República favorecerían para las elecciones presidenciales. Era el candidato ideal del progresista doctor Mora y mantenía una vieja amistad con el tradicionalista Alamán. Pero el espectro de Iturbide lo perseguía. Le pesaba la «norteamericanización» de Texas, que no había podido detener, y la pérdida de ese Departamento que, con razón, veía inminente. Le pesaba la perspectiva de

gobernar un país de eternas revoluciones. En esas circunstancias, la providencia —y los azares de la más reciente revolución— lo pondrían en el pueblo de Padilla, donde murió Iturbide. En 1828, en el viaje de la comisión, Mier y Terán visitó esa villa fantasmal que, según el diario de los científicos, «no merece fijar nuestra atención».[51] Entonces había caminado por el cuarto oscuro del cuartel donde Iturbide estuvo en capilla y se había detenido en el camposanto. El 2 de julio de 1832 Mier y Terán volvería a recorrer los mismos lugares. Por más de una hora contemplaría el sepulcro de Iturbide. Lamentaría con su secretario la futura pérdida de Texas. Desoiría su respuesta («probablemente recibirá la mayoría de votos para la presidencia y así usted podrá remediar el mal que teme»)[52] y sólo comentaría que los cortesanos que rodean a los presidentes no permiten que les llegue ni un rayo de verdad. A la mañana siguiente, Mier y Terán caminaría de nuevo rumbo a la plaza, y exactamente de cara al lugar donde había caído Iturbide, colocaría su espada y ensartaría su cuerpo con ella. Obedeciendo sus deseos finales, su secretario lo sepultó en la misma tumba donde descansaban los restos de Iturbide, su cuerpo en abrazo póstumo con el del libertador.

Mier y Terán no fue el único militar criollo en sentir esta solidaridad con Iturbide. Hacia 1838, por orden del general y presidente Anastasio Bustamante, los restos de Iturbide se depositarían en una capilla de la catedral. A la muerte de Bustamante en 1853, su corazón sería depositado junto a los restos de su héroe.

*

Durante la segunda mitad del siglo XIX el recuerdo de Iturbide vivió en una suerte de limbo, alternativamente exaltado y deturpado, pero el triunfo liberal sobre

Maximiliano, que enlazó su segundo imperio con el primero —el de Iturbide—, avivó los rencores republicanos sobre el menos absolutista de los emperadores. Con todo, no faltaron voces disonantes, como la del excelente escritor Vicente Riva Palacio: «La sangre derramada en Padilla es una de las manchas más vergonzosas de la historia de México … El pueblo que pone las manos sobre la cabeza de su libertador es tan culpable como el hijo que atenta contra la vida de su padre».[53]

La pacífica era porfiriana no reivindicó a Iturbide; tampoco lo denigró especialmente. Los pareceres se dividían. Para Emilio Rabasa, «el 18 Brumario de Agustín de Iturbide había tenido el efecto duradero de desprestigiar todo principio de autoridad suprema, inducir una pérdida de fe en la ley y destruir, en germen, la idea democrática»,[54] Justo Sierra, más indulgente, escribió: «Jamás mereció el cadalso como recompensa; si la patria hubiese hablado, lo habría absuelto».[55] Pero fue Bulnes, en las fiestas del Centenario de 1910, quien puso, literalmente, el dedo en la llaga:

«encuentro inexplicable … que cuando el criterio de los mexicanos cultos se encuentra frío, libre de las asquerosas pasiones de facción … no haya habido movimiento en favor de un acto de rehabilitación que exige más que la memoria de Iturbide, nuestra propia vergüenza».[56]

Las palabras de Bulnes eran una respuesta solitaria al llamado final de aquel dubitativo monarca que en sus *Memorias* del exilio, reflexionando sobre su efímero imperio, buscaba la gracia, el amparo, la amistad, el afecto de la posteridad: «Cuando instruyáis a vuestros hijos en la historia de la patria, inspiradles amor por el jefe del ejército trigarante … [quien] empleó el mejor tiempo de su vida en trabajar porque fuesen dichosos».[57] Buscaba algo más: el perdón. Lo

merecía.

NOTAS

1. Alexander von Humboldt, *Ensayo político…*, p. 30.

2. «Vida de Agustín de Iturbide», en Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide*; Mario Mena, *El Dragón de fierro: Biografía de Agustín de Iturbide* (México, 1969); Silvio Zavala y José Bravo Ugarte, «Un nuevo Iturbide», en *Historia Mexicana* (México), vol. 2, n.º 6, oct.-dic. 1952, pp. 267-276.

3. Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide,* p. 239.

4. Zavala, «El Historiador y el representante popular…», p. 56.

5. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 41.

6. «Expediente relativo a la solicitud de libertad hecha por varias mujeres parientes de insurgentes, aprisionadas por orden del coronel Iturbide, 8 jul. 1816-11 feb. 1819», en García, *Documentos históricos mexicanos…*, vol. 5, p. 387.

7. Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide*, p. 327.

8. Citado en Alamán, *Historia…*, vol. 4, p. 16.

9. Ibíd., vol. 5, pp. 42.

10. Ibíd.

11. Ibíd., vol. 5, p.41.

12. Ibíd., vol. 5, p. 41-42.

13. «Proclama con que D. Agustín de Iturbide anunció el plan llamado de Iguala», 24 feb. 1821, en Alamán, *Historia…*, vol. 5, Apéndice 6, p. 553.

14. Humboldt, *Ensayo político…*, pp. 118-119.

15. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 197.

16. Rafael Heliodoro Valle (comp.), *La anexión de Centroamérica a México* (México, 1936), Archivo Histórico Diplomático Mexicano vol. 40, p. 67.

17. Iturbide al obispo de Guatemala, 10 oct. 1821, en Trueba, *Iturbide…*, p. 114.

18. Agustín de Iturbide a Miguel Negrete, 23 oct. 1821, en Trueba, *Iturbide…*, p. 123.

19. Javier Ocampo, *Las ideas de un día: el pueblo mexicano ante la consumación de su independencia* (México, 1969), pp. 263-278.

20. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 352.

21. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 344-345.

22. Zavala, «El Historiador y el representante popular…», p. 131.

23. «Discurso dirigido al Congreso después de haber jurado como emperador de México», 21 may. 1821, en Trueba, *Iturbide…*, p. 150.

24. Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide*, p. 255.

25. José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras* (México, 1995), vol. V, p. 15.

26. «Discurso dirigido al Congreso después de haber jurado como emperador de

México», 21 may. 1821, en Trueba, *Iturbide…*, p. 150.
27. Agustín de Iturbide a Simón Bolívar, 29 may. 1822, en Trueba, *Iturbide…*, p. 151.
28. Henry George Ward, *México en 1827* (México, 1981), p. 111.
29. Zavala, «El Historiador y el representante popular… », p. 129.
30. Ibíd., p. 704.
31. Carlos María de Bustamante, *Historia del Emperador Iturbide hasta su muerte y sus consecuencias. Continuación del Cuadro histórico* (México, 1846), p. 15.
32. Zavala, «El Historiador y el representante popular…», p. 713.
33. Zaid, ed., *Ómnibus…*, p. 165.
34. Joel R. Poinsett, *Notas sobre México* (México, 1950), p. 117.
35. «Discurso», 11 feb. 1823, citado en Timothy E. Anna, *El Imperio de Iturbide* (México, 1991), p. 188.
36. Ibíd.
37. «Exposición del ex Emperador al Congreso Nacional», en Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide*, p. 315.
38. Ibíd., p. 316.
39. Carlos María de Bustamante, *Diario histórico de México* (México, 1980), vol. 1, p. 230.
40. Ver Magnus Mörner, «Una carta de Agustín de Iturbide en 1824», en *Historia Mexicana,* vol. 18, n.º 52, abr.-jun. 1964, pp. 593-599.
41. Mena, *El Dragón de fierro*, p. 191.
42. Citado en Trueba, *Iturbide…,* p. 212.
43. Ver José Gutiérrez Casillas, S.J., *Papeles de don Agustín de Iturbide* (México, 1977), pp. 359-360.
44. Simón Bolívar a Francisco de Paula Santander, 6 ene. 1825, en *Simón Bolívar, Doctrina del Libertador*, pp. 185-186.
45. Zavala, «El Historiador y el representante popular», p. 181.
46. Ibíd., p. 715.
47. Alamán, *Semblanzas…*, p. 170; ver Rafael Aguayo Spencer, «Alamán estadista», pp. 279-290.
48. Herrejón, *Los procesos…*, pp. 267.
49. Ward, *México en 1827*, p. 155.
50. Vito Alessio Robles, *Coahuila y Texas, desde la consumación de la independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo* (México, 1979), p. 413.
51. Berlandier, *Diario de viage…*, p. 187.
52. Manuel Payno, «El general don Manuel de Mier y Terán», en *El Museo Mexicano* (México, 1843), tomo II, p. 130.
53. Trueba, *Iturbide…*, p. 213.
54. Emilio Rabasa, *La Constitución y la dictadura* (México, 1968), p. 5-6.

55. Justo Sierra, *Evolución política…*, pp. 182.

56. Francisco Bulnes, *La Guerra de Independencia…*, p. 417.

57. «Exposición del ex Emperador al Congreso Nacional» en Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide*, p. 279.

Sueño republicano

Lentamente, la nueva nación despertaría a la realidad. En su geografía habitada, el país mostraba ser mucho menos rico de lo que la leyenda de Humboldt había pretendido. Los inmensos desiertos del norte eran tan inhóspitos como las selvas del golfo; para llegar desde los dos océanos a las buenas tierras del altiplano central, debía atravesarse alguna de las dos intrincadas cadenas montañosas que bajaban desde el norte pegadas a las costas y dificultaban el tránsito de bienes y personas, aparte de impedir el paso de los vientos y las lluvias; en el campo, la unidad por antonomasia era la hacienda autárquica, improductiva, señorial, más un eco de tiempos feudales que una moderna explotación capitalista (había cerca de seis mil en el país); la plata mexicana había sido una fuente de riqueza fundamental para la Corona, pero tres siglos de inconstante explotación y once años de guerra civil inutilizaron muchas minas o, cuando menos, paralizaron el trabajo en ellas; la falta de ríos navegables daba desde entonces al paisaje mexicano un aire de «aristocrática esterilidad». Más allá, en las vastedades del norte, a donde sólo habían llegado algunos colonos, aventureros y misioneros, una riqueza natural prodigiosa aguardaba en silencio. Sin embargo, faltaban mexicanos no sólo para apreciarla y explotarla: para sospechar al menos su existencia. Al comenzar su vida independiente, el nuevo país no tenía siquiera una noción cartográfica de sus dominios, límites y recursos.

Para domeñar aquel inabarcable territorio de más de cuatro millones de kilómetros cuadrados, México contaba apenas con una población de siete millones de personas (de las cuales el 90 por ciento vivía en pequeños pueblos y rancherías, y seguía siendo predominantemente indígena). A estas

circunstancias de desventaja natural y demográfica, se aunaría muy pronto la participación del hombre. El país, que nació con un atraso de siglos para construir un régimen de libertades cívicas y bienestar económico, perdería décadas preciosas en una discordia civil que a la postre lo conduciría a la bancarrota, el descrédito, la violencia interna, la guerra exterior y el desmembramiento del territorio.[58] Una de las razones fundamentales de la discordia atañería al lugar histórico de la Iglesia en la nueva nación: prácticamente absoluto su dominio espiritual sobre los hombres, no lo era menos, contra todas las tendencias modernas del siglo, su dominio temporal. En tierras, edificios, bienes muebles, hipotecas y créditos de toda índole, poseía la quinta parte de la riqueza nacional. Visto el cuadro crónico de falta de liquidez y capital, esta situación explotaría inevitablemente.

Pese a que México había dejado de ser una colonia y no ocupaba ya un sitio en el orden supranacional del imperio español, no era todavía una nación: formaba, hasta por su accidentada geografía, un mosaico de pequeños pueblos, comunidades y provincias aisladas entre sí, sin noción de la política, menos aún de la nacionalidad, y gobernadas por los hombres fuertes de cada lugar. Estos personajes habían surgido como hongos, no sólo en México sino en toda la América hispana, a raíz del hundimiento del orden colonial. Aunque sus nombres diferirían desde las Pampas a Venezuela o México, sus características serían muy semejantes: validos de su fuerza personal, del prestigio y el poder adquiridos en las guerras de Independencia, del terror que inspiraban en sus regiones o de las promesas de beneficios para ellas, estos jefes se volvieron monarcas locales. Su nombre en México provenía de una voz del Caribe —«cacique»—, pero desde los más remotos tiempos coloniales connotaba la idea de mando total, casi teocrático, de clara raigambre indígena. Frente a

estas poderosas figuras de las regiones se erguía otra con reminiscencias medievales, no sólo hispánicas sino árabes: la de los caudillos. Como los antiguos conquistadores, como los guerreros que «se alzaban» contra el reino, así estos jefes militares surgidos de las luchas de la Independencia, no circunscribían su actuación a las provincias; antes bien, las extendían al país entero, y desde las capitales reclamaban para sí un horizonte de poder más amplio que el de los caciques: un poder nacional. (Quizás el primer caudillo mexicano fue el criollo Martín Cortés, que conspiró contra la Corona española en el siglo XVI, para, literalmente, «alzarse con el reino» que su padre había conquistado.) En el caso particular de México un rasgo distinguió marcadamente a los caciques de los caudillos: aquéllos solían ser mestizos y contaban con la lealtad de los hombres étnicamente afines, los mestizos como ellos, los indios y las castas. Los caudillos, en cambio, al menos hasta mediados de siglo, fueron predominantemente criollos.

La historia nacional, como quería Tolstói, debería ser la suma de todas las historias regionales, e incluso, en un extremo imposible, individuales. En ese sentido, la historia de México está, en alguna medida, por escribirse. Los principales protagonistas de esa historia serían los caciques. No obstante, hay otra dimensión de la historia nacional, que, aunque limitada en cuanto al reflejo fiel de la vida mexicana en toda su extensión social y geográfica, constituyó, sin embargo, la historia decisiva. Esa historia es la de las minorías rectoras, cuyas acciones e ideas influyeron poderosamente en la vida de todos los habitantes, sin que éstos, en la mayoría de los casos, lo sospecharan. En esta acepción restringida, no es excesivo afirmar que la historia de México durante la primera mitad del siglo XIX fue la historia de sus caudillos criollos.

*

No es una historia feliz. Con el paso de los años y a despecho de los luminosos augurios del comienzo, estas minorías demostrarían con creces su incapacidad para organizar un Estado sólido en lo económico y estable en lo político. Españoles de segunda en tiempos de la Colonia, mexicanos de primera a raíz de la Independencia, los caudillos criollos revelarían una pobre sensibilidad para manejar los aspectos elementales de la vida económica y una falta de preparación casi total en el arte o la ciencia del gobierno autónomo y la diplomacia. España misma, como escribió Bolívar, los había privado de esa experiencia. Su dilatado dominio se basó justamente en las premisas contrarias: ella nombró siempre las autoridades, que casi nunca recaían en la población nativa. Por lo demás, a pesar de las reformas borbónicas, hacía tiempo que la propia España había dejado de ser un ejemplo de eficacia política y eficiencia económica. Si la rama era igual al tronco, el futuro de la rama no parecía demasiado halagüeño. En esas condiciones —observó en 1827 Henry G. Ward, el primer representante británico en México—, «despojarse del yugo había sido una tarea relativamente fácil, pero organizar a la sociedad después de la disolución de todos los anteriores lazos, frenar las pasiones una vez desatadas, dar a cualquier partido o sistema un decidido ascendiente allí donde las demandas o pretensiones son iguales y el talento superior escaso, éste es un arte que nada sino la experiencia puede enseñar».[59]

El aprendizaje sería, en verdad, largo y doloroso. La falta de preparación se manifestó en una infinidad de aspectos. El manejo desordenado, imprevisor e improductivo de la Hacienda pública y el crédito internacional (proveniente, en un principio, de Inglaterra) fue uno de ellos: los gastos corrientes, sobre todo los del ejército, lo consumían todo. La persistencia de los odios étnicos y sociales originados en la

guerra insurgente, era otro. Ante la tenaz negativa de España a reconocer la independencia de su antigua colonia y ante los continuos amagos de reconquista desde la fortaleza de San Juan de Ulúa, frente a Veracruz, o desde Cuba, el sentimiento antiespañol llegó a extremos obsesivos que no palió la capitulación de aquel fuerte, en 1825. Dos años después, los enclaves españoles en México pasaron a la sedición interna. El ánimo antiespañol explotó por fin con dos durísimas leyes que decretaban la expulsión de todos los españoles del país en un lapso de sesenta días y el saqueo de los principales almacenes del comercio español en el centro de la capital. Lucas Alamán vio en aquellos sucesos un eco de la guerra de Hidalgo: «[se repetían] todos los excesos que en la insurrección se veían cuando entraban los insurgentes en una población».[60] Tenía cierta razón. Eran los mismos protagonistas: la Corona española frente a los últimos caudillos insurgentes que, tras el sueño imperial de Iturbide, habían alcanzado la presidencia de México: Guadalupe Victoria (primer presidente, de 1824 a 1828) y Vicente Guerrero, que gobernó al país durante nueve meses en 1829. En ese año, los rumores de reconquista se volverían realidad: España envió una escuadra al golfo de México que sería definitivamente rechazada. Sólo entonces se empezaría a considerar seriamente la opción del reconocimiento, pero el costo económico y moral de aquella recurrencia de odios fue muy grande. En el triste desenlace, una parte de la responsabilidad correspondía a España, pero otra, acaso la mayor, a la intransigencia de las élites radicales que pretendían borrar incluso la memoria de los siglos coloniales. José María Luis Mora, portavoz de la moderación, advirtió que los españoles, aparte de sus familias, se llevarían con ellos sus haberes y conocimientos, lo que dejaría un vacío difícil de llenar. Recordó que, a más de tres siglos de distancia, España

no se recuperaba aún de los efectos que provocó la insensata expulsión de los judíos y moriscos. Algo similar podía ocurrirle a México: «jefes y autoridades que presidís los destinos de la patria … del error o acierto en vuestras deliberaciones y providencias depende la salvación o la ruina irreparable de la patria».[61]

Pero quizás el error más característico de la época haya sido el idealismo de las leyes y su consecuente desprestigio. La necesidad de confiar en principios fijos, la obsesiva concentración en los aspectos formales, abstractos, de la construcción nacional y, en cambio, el descuido de sus exigencias prácticas y concretas, eran rasgos heredados de la cultura política española que compartían muchos protagonistas de la vida pública mexicana. Entre 1822, cuando Iturbide se declara emperador, y 1847, en el punto álgido de la invasión norteamericana, México vivió en un estado casi permanente de agitación y penuria, soportó cincuenta gobiernos militares, fue alternativamente una república federalista (1824-1836) y centralista (1836-1847), sufrió secesiones (una irreversible, la de Texas en 1836, otra revertida en 1848, la de Yucatán), pero encontró tiempo para convocar siete congresos constituyentes y promulgar un acta constitutiva, tres constituciones, un acta de reformas, innumerables constituciones estatales, cada una con la idea definitiva de la redención nacional.

Ligada estrechamente a un afán legalista estaba su contrapartida: el «alzamiento», la asonada militar, a veces precedida de una proclama. Antes de cada golpe de Estado, el militar que lo encabezaba se sentía obligado a disparar no un cañonazo de pólvora sino un teatral y retórico cañonazo de palabras: un «pronunciamiento» «¡Mexicanos!… ¡Soldados de la libertad! … etc.»). A su vez, cuanto más perfectos los

planes, más frecuentes los golpes de Estado para imponerlos y mayor el desprestigio de las leyes. México llegó a ser conocido como un país «de revoluciones». Tan continuas eran ya estas proclamas nacidas en los cuarteles, estas balaceras nacidas de las proclamas, que —refiere un cronista de la época— el pueblo citadino las tomaba con «aire de fiesta, entre carreras y cantos, comiendo y bebiendo» y «casi temía el establecimiento de la paz». El pueblo mismo acuñó un término propio para describirlas: «ahí viene la *bola*».

Algunos historiadores liberales atribuirían el mal de las revoluciones y pronunciamientos a Iturbide. Era él quien, al disolver el Congreso, había ahogado en su cuna la idea democrática. La apreciación era cuando menos parcial: olvidaba, entre otras cosas, la responsabilidad de las logias masónicas rivales en la corrupción del gobierno republicano, democrático y representativo. Los proyectos de país no se dirimían de modo legal y abierto en el Congreso, que supuestamente debía albergar las diversas opiniones, ni en la prensa, que con honestidad defendiese éstas, sino en la penumbra de las tenidas masónicas de los ritos de York (antiespañoles, radicales, pronorteamericanos, federalistas, embrionariamente liberales) y «escoceses» (probritánicos, moderados, centralistas, embrionariamente conservadores). Allí se decidía el destino del país mediante la conspiración militar, el cohecho de diputados, el fraude electoral y el uso de dineros o instrumentos públicos para apoyar campañas.

Gracias a un auténtico milagro de la providencia, por las nuevas inversiones británicas que fluían a las minas y por el dinero de un par de onerosos préstamos que aún no se había agotado, el honesto presidente Guadalupe Victoria terminaría su gobierno. Había confiado en la consolidación de las instituciones republicanas y la pacífica sucesión del poder, pero lo cierto es que a todo lo largo de su mandato, el poder

no había residido en la presidencia sino en las logias, las cuales, infiltradas en el propio gabinete, en los diarios, en el Congreso, en los gobiernos estatales y los cuarteles, buscaban a toda costa apoderarse del país mediante la eliminación del enemigo. Los sucesos políticos finales del gobierno de Victoria demostrarían que las élites rectoras, acaudilladas por los grandes jefes insurgentes y sus asesores masónicos, guardaban muy poco respeto a las leyes de la Constitución Federal que, en 1824, ellos mismos habían jurado.

Uno de esos jefes, Nicolás Bravo, cabeza de los «escoceses», se levantó en armas contra Victoria en 1827. No se trataba de cualquier jefe relegado: era nada menos que el vicepresidente de la República. Su castigo sería el exilio y el crepúsculo de su grupo. Sin embargo, los masones «yorkinos» no supieron aprovechar su repentino monopolio político para el avance de la democracia. Cuando su caudillo mayor, el popular héroe de la Independencia Vicente Guerrero, perdió limpiamente las elecciones ante el también yorkino, aunque moderado, Manuel Gómez Pedraza, aquél recurrió a las armas. Lo aconsejaba nada menos que el gran federalista Lorenzo de Zavala, y lo apoyaba con las armas un caudillo que exhibía una vez más su vocación conspiratoria y su falta de principios: Antonio López de Santa Anna. Zavala y un tal general Lobato iniciaron un motín en la guarnición de La Acordada y, además, azuzaron al pueblo de la ciudad para que asaltase los almacenes comerciales de El Parián. Al poco tiempo, el anónimo bardo, criollo en este caso, recitaría:

Viva Guerrero y Lobato
y viva lo que arrebato.[62]

El golpe de Estado logró la renuncia del presidente electo Gómez Pedraza, pero dio al traste con la legitimidad de la vida republicana. Bolívar, de nueva cuenta, al enterarse de la

revuelta de La Acordada, escribiría con desilusión:

«la opulenta México [es hoy] ciudad leperada … los horrores más criminales inundan aquel hermoso país: nuevos sanculotes, o más bien descamisados, ocupan el puesto de la magistratura y poseen todo lo que existe. El derecho casual de la usurpación y del pillaje se ha entronizado en la capital como Rey, y en las provincias de la Federación. Un bárbaro de las costas del Sur, vil aborto de una india salvaje con un feroz africano, sube al puesto supremo por sobre dos mil cadáveres y a costa de veinte millones arrancados a la propiedad. No exceptúa nada este nuevo Dessalines: lo viola todo; priva al pueblo de su libertad, al ciudadano de lo suyo, al inocente de la vida, a las mujeres de su honor… No pudiendo ascender a la magistratura por la senda de las leyes y de los sufragios públicos, se asocia al general Santana, el más protervo de los mortales. Primero, destruyen el Imperio y hacen morir al Emperador, como que ellos no podían abordar el trono; después establecen la Federación de acuerdo con otros demagogos, tan inmorales como ellos mismos, para apoderarse de las provincias y aún de la capital … Los asquerosos léperos, acaudillados por generales de su calaña … Guerrero, Lobato, Santana … ¡Qué hombres o qué demonios son éstos!».[63]

Con el mismo equilibrio con que había reprobado la «usurpación» del «tal Iturbide», Bolívar lamentaba ahora el desenlace violento de aquel sueño republicano. Había un fondo de razón en sus palabras: Imperio y República cayeron por obra de un golpe militar de Santa Anna, pero en aquel caso Bolívar confió en que el sangriento fin de un gobierno equivocado trajese el «reposo» a la «opulenta nación». El golpe de los republicanos contra el republicanismo le hería mucho más. México contribuía a la opinión que Bolívar iba

formando sobre el cruel destino de la América Española: «No hay buena fe en América, no entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía; y la vida un tormento».[64]

Por lo que hace a las referencias racistas en el texto del criollo Bolívar (que en su propio país llegó a temer el acceso al poder de los «pardos»), por desagradables que fuesen tocaban un hecho esencial para entender la política de la época. La oportunidad histórica correspondía a los criollos, no a los mestizos, cuyo crecimiento demográfico —silencioso pero constante— apenas se percibía. Por eso Guerrero se sentía como un extraño en el poder, como un guerrillero en el poder. Rehuía el trato con las «gentes civilizadas y las abstracciones de la política», escribe Zavala, y «su amor propio se sentía humillado delante de las personas que podían advertir los defectos de su educación, los errores de su lenguaje y algunos modales rústicos».[65] No tenía ni remotamente el talento de Morelos, pero lo suplía con una auténtica lealtad a los ideales de federalismo, independencia e igualdad social por los que había luchado durante diez años. Aunque la opinión ponderaba estas prendas y reconocía en él al hombre que mantuvo la flama de la insurgencia, advertía sus limitaciones como político. Guerrero las advertía también: se sentía fatalmente inseguro y, por tanto, aislado en la presidencia. Soñaba con otra vida, la de siempre, la de la sierra: «¡Ah, mi amigo», le confesaba a Zavala, cuando en el campo caminaban solos, «cuánto mejor es esta soledad, este silencio, esta inocencia, que aquel tumulto de la capital y de los negocios!».[66]

«¿Cómo un hombre semejante ambicionó la presidencia, rodeada de tantos peligros?», se preguntaba Zavala. La respuesta era simple: en manos de los criollos yorkinos,

Guerrero había sido un instrumento. Lo suyo era continuar la querella de la Independencia: emitir un nuevo decreto para expulsar a los españoles, planear una invasión a Cuba desde Haití que propiciase una revuelta de los negros, rechazar victoriosamente la expedición española de reconquista y, en recuerdo de su jefe Morelos, depositar las banderas españolas capturadas en el santuario de la Virgen de Guadalupe.

El destino deparaba a Guerrero extraños paralelos con Iturbide, el otro caudillo de Iguala. Ambos se enfangaron en una profunda crisis del erario de la cual intentarían salir a través de un novedoso régimen fiscal y otros arbitrios aconsejados por Lorenzo de Zavala; ambos tuvieron problemas para el pago del ejército (lo cual, por supuesto, avivaba los ánimos revolucionarios); ambos —por distintas razones— fueron incapaces de gobernar. Después de que el Congreso lo declarara en efecto «imposibilitado para gobernar»,[67] Guerrero volvió a la sierra del Sur, de donde provenía, donde había peleado junto con Morelos y resistido hasta la consumación de la Independencia. Como su lugarteniente, lo acompañaba un hombre de los mismos breñales del Sur, mestizo como él y como él cercano a la tierra, a los indios, a los ideales de igualdad social y étnica tan caros a Morelos: su nombre resonaría por varias décadas en la historia de México: Juan Álvarez, tal vez el cacique más prototípico del siglo XIX mexicano.

Pero esta vez la guerrilla del insurgente no duraría. El nuevo gobierno sobornó con 50.000 pesos a un marinero genovés apellidado Picaluga para que contribuyese a su aprehensión. Con «lisonjas», Picaluga invitó a Guerrero a su barco en Acapulco, lo apresó y entregó a las autoridades de Oaxaca en el puerto de Huatulco. Días después, como Iturbide, Guerrero moriría fusilado en la huerta de la antigua

capilla de Cuilapan, cerca de la capital de Oaxaca. Era el 13 de febrero de 183l.

Al enterarse, Manuel Mier y Terán escribiría a su amigo y consejero José María Luis Mora:

«Siento como el que más la suerte de Guerrero; sus servicios a la Independencia y su constancia en sostenerla, lo mismo que el haber sido declarado benemérito de la patria, pedían que se le hubiere tratado con otra consideración».[68]

El tiempo y los azares de la política consagrarían a este honrado caudillo mestizo que no se contentó con fincar un cacicazgo, que no pudo ni quiso ejercer con plenitud la presidencia, un lugar en el altar de los insurgentes sólo inferior al de Hidalgo y Morelos. Su mejor epitafio histórico lo daría Justo Sierra: «Los partidos trataban de hacer de él un político, cuando no era más que un gran mexicano».[69]

*

Con la muerte de Guerrero se cerraba un ciclo histórico en México, el ciclo de la insurgencia y sus reverberaciones. No había podido ser un imperio, no había podido construir una república. De pronto, los ideólogos criollos concentraron sus esfuerzos en un tema distinto: no tanto la forma política que debería asumir la nación cuanto la estructura económica que la sustentaba. Las logias, que por varios años habían agitado al país, se transformaron poco a poco en corrientes de opinión y grupos más abiertos pero igualmente opuestos en torno a dos proyectos ideales para México. En palabras de Mora, «la retrogradación y el progreso»; en palabras de Alamán, «la tradición y la demagogia».

No obstante, en el centro del escenario, el papel protagónico no lo tendrían los ideólogos sino los militares y sus jefes: los caudillos. Ante la fluctuación de proyectos, el idealismo de las leyes y la debilidad e irresolución de las élites

civiles, los militares sintieron que su «sagrada obligación» era prevenir la anarquía, evitar que «un déspota cualquiera» se apoderase de las riendas, contribuir a la «salvación nacional». El experto histórico en estas operaciones de «salvación nacional» sería el hombre que Bolívar consideraba «el más protervo de los mortales», pero al que el sector políticamente consciente y estratos muy amplios del pueblo adoraron, de modo ciego e inexplicable, por casi tres décadas. Fue el caudillo de caudillos: Antonio López de Santa Anna.

NOTAS

58. Ver Enrique de Olavarría y Ferrari y Juan de Dios Arias, «México independiente 1821-1855», en *México a través de los siglos,* 5 vols. (México, 1970), vol. 4, pp. iii-viii.

59. Ward, *México en 1827*, p. 112.

60. Alamán, *Historia…,* vol. 5, p. 485.

61. Citado en Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques* (México, 1972), p. 134.

62. Vicente T. Mendoza, *La décima en México* (Buenos Aires, 1947), p. 260.

63. «Una mirada sobre la América Española», abr.-jun. 1829, en Bolívar, *Doctrina…,* pp. 283-284.

64. Ibíd., p. 286.

65. Zavala, «El historiador…», p. 352.

66. Ibíd.

67. Ibíd., p. 500.

68. José María Luis Mora, *Obras sueltas*, p. LIX.

69. Justo Sierra, *Evolución política…*, p. 199.

«La historia de México desde 1822», escribió Lucas Alamán, «pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna … Su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de éste ha venido a enlazarse con la suya…» No exageraba. Hijo de un subdelegado del gobierno español en el puerto de Veracruz, Santa Anna fue un criollo hasta tal punto prototípico, que la definición de Alamán sobre la psicología peculiar de estos españoles nacidos en América parecería inspirada en él:

«rara vez los criollos conservaban el orden de economía de sus padres y seguían la profesión que había enriquecido a éstos … desidiosos y descuidados; de ingenio agudo pero al que pocas veces acompañaba el juicio y la reflexión; prontos para emprender y poco prevenidos en los medios de ejecutar; entregándose con ardor a lo presente y atendiendo poco a lo venidero».[70]

Santa Anna era criollo, pero también hijo de criollo, y no únicamente porque su padre hubiese nacido en Veracruz sino porque la definición de Alamán se ajustaba a éste por igual: hacia 1807, «esperando que la suerte no me sea menos grata», Antonio López se obligaba a retribuir 771 pesos y 7 reales y medio a trece personas hipotecando sus bienes futuros y hasta su persona. Su mujer, la criolla Manuela Pérez Lebrón, la madre del futuro personaje, tampoco las tenía todas consigo: en 1809, las malas lenguas de la ciudad de Xalapa habían hecho llegar a la Inquisición una denuncia contra ella por haber organizado en su casa un baile donde «cantaban el nombre del Señor ventoseando y maullando como gatos».[71] Si a estos antecedentes, genéricos del criollismo y específicos de los criollos Santa Anna Lebrón, se agrega una probable

ascendencia gitana, el dato de un tío seductor que en Puebla había sido —a un tiempo— sacerdote y torero, y el hecho mismo de crecer en el puerto comercial más rico, alegre, despilfarrador y laxo del país, se tiene una pintura aproximada del caudillo en potencia.

Muy joven, Santa Anna había intentado ser comerciante, pero a los dieciséis años prefirió alistarse como cadete en el ejército realista. En Texas, donde sirvió combatiendo a los insurgentes, se hizo notar por tres cosas: su valentía personal (fue herido de flecha en un brazo), sus deudas de juego y su propensión a pagarlas con documentos mercantiles falsificados. A partir de 1815, Veracruz sería su centro de operaciones. Allí continuaría sus escaramuzas contra las guerrillas, y extramuros del puerto se iniciaría en una actividad nueva: la de colonizador. Cientos de guerrilleros amnistiados se beneficiarían del frenesí constructor de aquel teniente que fundó varios pueblos provistos de casas, calles bien trazadas, corrales, iglesias y maestros de escuela. El prestigio que cimentó desde entonces entre «la jarochada» le ganó la sólida clientela política que al grito de «¡Viva Santa Anna, muera el resto!» lo seguiría siempre.

La psicología criolla descrita por Alamán se avenía muy bien con una proclividad de Santa Anna: la apuesta. El Plan de Iguala lo sorprende del lado realista. Su primera apuesta es fácil: se vuelve iturbidista, utiliza sus ímpetus militares, sus habilidades retóricas («¡Marinos!», arenga en Veracruz, «la América os promete ríos de oro, de leche y de miel, un suelo fecundo, unas gentes dulces, de trato afable y benigno»)[72] y, finalmente, gana. Al tomar el Fuerte de Perote para la causa insurgente, lanza una proclama en la que se autodesigna «el impávido teniente coronel Santa Anna», narra el hambre y la desnudez de sus valientes soldados, «héroes invencibles», y

sólo pide su pago: «hágame la Patria justicia, y será bastante premio el reconocimiento público».[73] Tiempo después, cuando en las calles de la capital se oye el grito de «¡Viva Agustín I!», una de las primeras felicitaciones que llegan al emperador es la de Santa Anna, quien «tenía dispuestas sus cosas» para proclamarlo «en caso de que no lo hubiese hecho México». «Viva Vuestra majestad», agregaba, «para nuestra gloria, y esta expresión sea tan grata, que el dulce nombre de Agustín I se trasmita a nuestros nietos, dándoles una idea de las memorables acciones de nuestro libertador.»[74]

En sus *Memorias,* Iturbide recuerda su relación posterior con aquel «genio volcánico» que prometía dar su sangre por el emperador:

«Le había confirmado en el grado de teniente coronel … le di la Cruz de la Orden de Guadalupe, le conferí el mando de uno de los mejores regimientos del ejército, el gobierno de una de las plazas más importantes … lo hice segundo jefe de provincia y general de brigada … nada de esto fue bastante para reprimir sus pasiones».[75]

Iturbide lo visita en su natal Xalapa, donde confirma: «Este pillo es aquí emperador».[76] Le retira el mando. Santa Anna, de pronto, comprende el error de su iturbidismo: «Un golpe tan duro hirió mi orgullo militar y me arrancó la venda de los ojos». Por fin contemplaba lo que era «el absolutismo en todo su poder».[77] Santa Anna decide invertir la apuesta: se levanta en armas contra el emperador. Desde el Ministerio de Hacienda del Imperio —para recabar desesperadamente fondos— se lanzan anatemas contra «el ingrato y perjuro traidor Santana que ha maquinado, criminal y rastreramente, perturbar la tranquilidad de los buenos, exaltar la iniquidad de los malos, seducir a los incautos, trastornar el orden, y cortar la marcha rápida con que caminaba el Estado a su

felicidad». Santa Anna obtiene una nueva victoria: su Plan de Casamata sella el principio del fin para Iturbide. Al poco tiempo, su comportamiento licencioso en la comandancia de San Luis Potosí —peleas de gallos, albures, pendencias— le ocasiona un juicio en la ciudad de México, del que lo salva la declaración de la Primera República Federal, a la que Santa Anna sirve en calidad de comandante militar de Yucatán. Desde allí, a espaldas del gobierno, haciendo siempre su «real gana», planea la invasión de Cuba, propósito que si bien no realiza, contribuye a liberar el último baluarte español en México: la fortaleza en el islote de San Juan de Ulúa, frente a Veracruz. La vida política de la ciudad de México no le interesa. El nombramiento de director del cuerpo de ingenieros que le confiere el presidente Victoria le interesa menos aún. Para entonces se ha casado con la diligente Inés de la Paz García y ha comprado, cerca del puerto de Veracruz, la espléndida hacienda Manga de Clavo, donde se retrae a la vida bucólica y a esperar que el azar le juegue una nueva partida. Por aquel tiempo aparece en un diario de la capital un retrato puntual de Santa Anna, escrito seguramente por un perspicaz conocedor de las personas, Lorenzo de Zavala:

«Es alto y delgado de cuerpo, sus ojos negros y en extremo vivos. Su nariz perfecta, no tanto su boca… El alma del general no cabe en el cuerpo. Vive en perpetua agitación, se deja arrastrar por el deseo irresistible de adquirir gloria. El calcula el valor de sus sobresalientes cualidades. Se enoja con el atrevido que le niega renombre inmortal … Podría decirse que su valor toca los ápices de la temeridad. … Arroja miradas de indignación sobre el campo que ocupa. Alienta a los soldados con la tierna súplica de un amigo. Se enfurece en… la derrota, después se abandona a la pusilanimidad sin cobardía. Ignora la estrategia … Si llega a convencerse de que la guerra se hace por principios, y de que la ciencia es

necesaria para matar miles o centenares de miles de hombres, entonces vendrá a obtener un lugar entre los generales de superior fama».[78]

El frágil régimen representativo instaurado por la Constitución Federal de 1824 no resistía el embate de los militares impacientes que comenzaban a hacer de la asonada una costumbre. Santa Anna, que los había iniciado a todos con su rebelión contra Iturbide, jugaba sus cartas con genialidad. Incitaba a trasmano a unos, y cuando veía que las fuerzas del gobierno eran superiores, sobre la marcha cambiaba su apuesta y se unía resuelto a los pacificadores. Entonces retiraba sus ganancias, descansaba en su hacienda y volvía a apostar, siempre de modo certero.

En el levantamiento de Vicente Guerrero contra Manuel Gómez Pedraza, Santa Anna es un factor decisivo. Su cualidad militar específica es la audacia, virtud de apostadores. Sitiado en Oaxaca, recurre a todos los arbitrios imaginables: emprende correrías nocturnas por casas religiosas y comercios para buscar víveres; vestido de mujer, espía al enemigo; escala los altos muros de un convento, desarma a sus defensores, se disfraza y disfraza a los suyos de monjes franciscanos, llama a misa y, cuando el templo se llena de fieles, cierra las puertas e impone un préstamo forzoso a la concurrencia. Al triunfo de Guerrero, Santa Anna espera un ministerio, y espera en vano. Se retira a Manga de Clavo, decidido, como siempre, a olvidar la política… y aguardar un nuevo apremio nacional que sacie su sed de gloria.

La suerte, es decir, la providencia, le presentó una nueva oportunidad a mediados de 1829, momento en que se concreta la expedición española de reconquista que el gobierno mexicano esperaba desde hacía varios meses. La acción ocurre en el puerto de Tampico. Santa Anna, con

«infatigable actividad», prepara la defensa. Según Manuel Mier y Terán, el ataque de Santa Anna al cuartel general de Barradas fue un «golpe maestro de intrepidez».[79] Barradas se rindió. Santa Anna centuplicó sus ganancias. Fue ascendido a general de división. Su recibimiento en el puerto de Veracruz fue apoteósico:

«Apenas puso un pie en tierra, cuando una porción de jefes se disputaron el honor de conducirlo en triunfo sobre sus hombros hasta el palacio y para satisfacer la ansiedad pública, tuvo que dar un paseo por esta ciudad, acompañado del batallón 9.°, el cívico, hasta la música de los demás cuerpos permanentes y de casi todo el vecindario que sin cesar vitoreaba al libertador de la patria».[80]

Llovieron las felicitaciones, los poemas, las loas, como en tiempos de Iturbide: «campeón de Zempoala», «héroe de Tampico»,[81] «sostén de un pueblo»,[82] «intrépido hijo de Marte». Por un momento renació el viejo optimismo criollo que compaginaba de maravilla con la actitud del apostador: Santa Anna era la nueva personificación del hombre providencial.

En 1830, una nueva revolución destronó al destronador Guerrero y encumbró a Anastasio Bustamante. El poder tras el trono lo tuvo un hombre con sentido práctico, quizás el mejor dotado en toda su época para gobernar: Lucas Alamán. Su breve administración tomó varias medidas de auténtico buen gobierno: tratado de límites con los Estados Unidos, plan de colonización en Texas, consolidación de la deuda pública y, sobre todo, fundación de un banco oficial de fomento a la industria, el Banco de Avío. Para su desgracia, Alamán fue vinculado con el asesinato del general Guerrero. Las poderosas logias masónicas le reprochaban, además, su condescendencia con el clero y la clase propietaria.

Santa Anna vivía apartado, ya no sólo en Manga de Clavo sino en su nueva hacienda, El Encero. «Más se ha ganado siempre con el sombrero que con la espada», escribió a un amigo. Ahora sólo piensa en sus plantas y su ganado. Breve sería, no obstante, su bucólico retiro, pues una sublevación contra Bustamante lo pone nuevamente en el juego.[83] Su meta será esta vez la mayor: la presidencia de la República. Juega sus cartas admirablemente. Esta vez, a la inversa de su anterior partida, se distancia en un principio del gobierno y apoya a los sublevados. Con habilidad suprema se mueve a la posición de árbitro y logra un extraño convenio: la renuncia de Bustamante y la vuelta del presidente Gómez Pedraza, que cuatro años antes él mismo había contribuido a deponer. En una carretela, Santa Anna entra con Gómez Pedraza en la ciudad de México. Es el héroe nacional, el amado Santa Anna. Retira sus ganancias y se vuelve a Manga de Clavo. Al poco tiempo, por abrumadora mayoría, triunfa en las elecciones. Sería la primera de sus once presidencias.

*

Era el momento de gobernar, pero gobernar no es lo suyo: le fastidia, le aburre o, quizá, le asusta. Ni siquiera lo intenta. Alegando mala salud, no asiste a la toma de posesión, deja el poder en manos del vicepresidente, el doctor Valentín Gómez Farías, y se retira a sus haciendas. En su ausencia, asesorado por el más brillante pensador liberal de la época (José María Luis Mora), Gómez Farías introduce, por primera vez, un conjunto de importantísimas reformas contra los privilegios corporativos —económicos, jurídicos, políticos, educativos— de la Iglesia: libertad absoluta de opiniones, supresión de instituciones monásticas y de todas las leyes que conferían al clero conocimiento de negocios civiles, supresión de la coacción civil en el pago de diezmos, destrucción del

monopolio educativo clerical, clausura de la universidad y anulación de todas las transferencias de propiedad hechas por el clero después de la Independencia (primer paso hacia la llamada «desamortización» de sus propiedades en el campo). Santa Anna no era ajeno a estas reformas. Desde su posición de aparente retiro, dejaba hacer y medía la temperatura de la sociedad. Al poco tiempo, estalla en Morelia el «pronunciamiento» de un general Durán, en favor de la «Religión y fueros» y en contra del gobierno. El general Arista marcha a sofocarlo pero, en el camino, ambos, Durán y Arista, proclaman a Santa Anna «Supremo dictador».[84] Según testimonio de Arista, era el propio general Santa Anna, «genio fatal para el Anáhuac, quien conspiraba contra… el presidente Santa Anna. Verdad o mentira, el título lo indigna. En un «Manifiesto a la nación» fechado en junio de 1833 declara algo que en el contexto de su veleidad y cinismo parece falso, pero que su propio comportamiento confirmaba: «aborrezco la dictadura militar».[85] Aborrecía algo más: el poder.

Sus frecuentes retiros a Manga de Clavo por razones de salud serían interpretados por sus contemporáneos y por los historiadores como una forma aún más pronunciada de la voluntad de poder. No ocurría así. Lo más probable es que siguiendo la genealogía política criolla en México, Santa Anna rehuyese el poder como quien se aleja de una bola de fuego; como Iturbide y Terán, cada cual a su trágica manera, lo habían rehuido. Todos podían haber suscrito unas palabras de Terán a Mora, meses antes de su muerte: «Yo no soy político, ni me gusta esta carrera que no trae sino cuidados y enemistades, mi profesión es la de soldado … yo amo esta profesión porque la creo honrosa».[86] La política, para aquellos hombres cuya infancia y juventud había transcurrido en el Virreinato y la guerra insurgente, era «una profesión»

extraña, ingrata, asunto de cenáculos, pactos y componendas que no conducían al único fin que un soldado debía perseguir: la gloria. Ninguno de ellos veía en términos prácticos la construcción nacional ni entendía la necesidad de integrar un Estado. Obraban movidos no por una voluntad de poder, ni siquiera de riqueza, sino por un anhelo de gloria.

La noción implícita de poder que dominaba la mentalidad criolla se había perdido: el poder tradicional, jerárquico, corporativo, patrimonialista, de la Corona española. La otra noción, la del moderno poder republicano y representativo emanado de la Constitución, no terminaba por consolidarse y se prostituía en falsas asambleas y elecciones, o se doblegaba con facilidad al acoso de las armas. Sólo un militar criollo de la sensibilidad de Terán era capaz de sospechar —más por lealtad que por comprensión— la importancia de la Constitución: «Por lo que hace a mí, si no me da otra la nación, hasta que tenga fuerza me bato por la última hoja».[87] De no hacerlo, agregaba, «se pierde ya en la revolución el hilo de la legitimidad». Esta era la palabra clave: legitimidad. Pero entre los militares criollos sólo Terán la usaba. Los demás —sobre todo Santa Anna— pasaban y pasarían por años y años sobre ella en cada golpe, en cualquier asonada.

Sin la antigua legitimidad monárquica, sin la incipiente y frágil legitimidad legal, ¿dónde se afianzaría el principio del poder? Sólo en los rasgos *personales* del caudillo. El problema fue que los rasgos específicos de Santa Anna no eran la diligencia, el tesón, la paciencia, ni siquiera la voluntad de dominio o de venganza, sino aquellos que en lo militar había descrito en 1825 Lorenzo de Zavala (temeridad, ambición, emotividad exaltada, imprevisión, ignorancia) y que el propio historiador yucateco definiría más finamente años después:

«Es un hombre que tiene en sí un principio que le impulsa

siempre a obrar, y como no tiene principios fijos, ni un sistema arreglado de conducta pública, por falta de conocimiento, marcha siempre a los extremos en contradicción consigo mismo. No medita las acciones ni calcula los resultados…».[88]

Es significativo que Santa Anna fuese el único militar y presidente de su época que no sintiera la necesidad de tener cerca de sí a un asesor intelectual. Zavala estuvo relativamente próximo a Iturbide y mucho más a Guerrero, Alamán había sido el cerebro de Bustamante, y Mora —que hubiese querido asesorar a Mier y Terán— lo era de Gómez Farías. De haber prevalecido alguno de esos militares, el país habría enfilado con mayor consistencia, sin fluctuar demasiado, por alguna de las dos rutas principales que aquellos consejeros sugerían: la conservación del molde colonial (Alamán) o la apertura a un orden plenamente liberal (Zavala y Mora). Sin embargo, la realidad fue otra: prevaleció sobre todos el «genio volcánico» de Santa Anna. ¿Qué papel le tocaba representar desde aquella remota silla presidencial de Manga de Clavo? No el del gobernante ocupado en el manejo cotidiano y concreto de la nación, menos aún el del legislador que —a la manera de Bolívar— busca imponer sus principios (Santa Anna no los tenía), sino un papel personal por encima de las embrionarias instituciones, una especie de parodia de Washington («siempre mi modelo, el más virtuoso de los hombres»),[89] retirado a su Mount Vernon (como Washington) sólo que temporalmente. Un Washington activo y vitalicio: «[He resuelto] interponer la autoridad suprema que se me ha confiado, entre los partidos beligerantes, oír sus quejas, y erigirme en árbitro pacífico de sus desavenencias».[90]

*

Tales «desavenencias» entre partidos habían tomado un

curso nuevo a partir de las reformas de Gómez Farías. Santa Anna tenía razón al advertir en su manifiesto sobre los peligros de la belicosidad clerical contra las reformas del gobierno. Esta actitud entrañaba «desnaturalizar una religión toda paz y dulzura», y lo que para «una nación piadosa» era lo más grave: «excitarla a una guerra religiosa, la más peligrosa de todas las guerras, la mayor de las calamidades públicas».[91] Luego de vencer a los conspiradores que defendían la religión, se retira a Manga de Clavo y desde su silla arbitral toma de nuevo la temperatura nacional y decide que, después de todo, los conspiradores tenían razón. El motivo es simple: el pueblo culpa a las reformas promulgadas por el impío Gómez Farías («Gómez Furias», le decían) de la terrible epidemia de cólera que recorre el país. Santa Anna escucha la queja, despide a Gómez Farías, suspende las cámaras y modifica el rumbo de su gobierno. Entonces —de mayo a julio de 1834— envía una serie de cartas justificatorias a uno de los pocos hombres cuya oposición interna podía destronarlo: el poderoso gobernador de Zacatecas, protector de Gómez Farías y federalista convencido, Francisco García. La correspondencia se iniciaba con una declaración, afectada pero no del todo inexacta, sobre el sentido de sus extraños retiros, sus sentimientos íntimos y sus esperanzas:

«Puede V. recordar que a fines del año anterior me vi precisado a dejar las riendas de la administración por la notoria y grave decadencia de mi salud. Bastante se generalizó el conocimiento de mis deseos de mantenerme lejos de la dirección de los negocios, y quizá de separarme de ellos para siempre, pues no siendo el poder objeto de mi ambición, ésta se hallaba satisfecha con la *posesión del amor de mis conciudadanos,* y con *la de la gloria de haberlos servido.* En el retiro que había elegido, procuré por cuantos medios estuvieron a mi alcance, mantenerme ignorante de lo que

pasaba en mi ausencia, haciendo incesantes votos porque las leyes restablecidas a un imperio asegurasen los goces de una libertad justa, racional y moderada».[92]

Sus esperanzas resultaron frustradas. Terminada la lucha de las armas, había comenzado una nueva lucha, mucho más profunda y peligrosa: la de las «azarosas diferencias de opinión». Santa Anna dibujaba los dos extremos, dando a ambos una implícita razón:

«No se versaban por desgracia, acerca de cuestiones subalternas en que apenas se interesa la multitud; *las que han aparecido han afectado hábitos, costumbres antiguas,* y si se quiere preocupaciones que nos dejaron los españoles en funesta herencia. El ahínco de colocar a la nación en la posesión de los goces de una civilización perfecta, a la que no han llegado los primeros pueblos del mundo, si no es después de muchos siglos, y la natural y opuesta resistencia a los adelantos sociales, cuya época indudablemente tocamos, han producido tal divergencia, una escisión tan peligrosa que ya se marcan los tristes anuncios de una espantosa crisis».[93]

En esas circunstancias, «hombres de todas nuestras sectas políticas» se habían puesto de acuerdo en su «vuelta al ejercicio del poder como un áncora de salud en el naufragio». Después de analizar los datos de la situación, vio que ésta reclamaba actos de «prudencia reguladora». Este recurso a la moderación se había querido interpretar como oposición a las reformas liberales, «como si el conocimiento de las dificultades, conocimiento que viene de los hechos y no de simples teorías, arguyera un espíritu contrario a las innovaciones que se pretenden».[94] García podía dormir tranquilo: «a mis sentimientos está unida mi convicción. La nación no puede retrogradar de la marcha que ha emprendido en la senda de la libertad».[95]

En su segunda carta, con una prosa clara y fluida, Santa Anna aborda de lleno su papel como árbitro de «las pretensiones exageradas de los grandes partidos que por desgracia dividen a la República»; árbitro que, en este caso, debía justificar ante un poderoso cacique «partidario del Progreso» actos en contra de esa tendencia:

«V. ha visto que tan luego que las vicisitudes de la revolución han ido favorables al uno o al otro, ambos invocando la Constitución, se han apresurado como a porfía, por despedazarla; unos acaso porque la aborrecen, y otros porque quieren ver en el pueblo mexicano, no el que es actualmente, sino el que será acaso después de medio siglo o más. De pronto debí lidiar con estos segundos, y nunca mis insinuaciones fueron bastantes a contenerlos en aquella circunspección, que aunque lenta, es la más segura garantía del buen éxito: desde luego se me acriminó de estar coludido con los mismos hombres a quienes había batido, o que me avanzaba hacia la tiranía de mi patria: esta segunda idea fue la que tuvo más aceptación, porque a la vez era apoyada por los que figuraban como jefes en uno y otro partido; de aquí la falta de combinación cuyo resultado final sería dar en tierra con las instituciones, o introducir la anarquía más horrorosa apellidándolas. Ningún gobierno puede ni debe ser revolucionario; los que estuvieron al frente de los negocios en las tres épocas de mi ausencia no hablaban más que de llevar adelante la revolución, sembrando el germen en la primera, cultivándolo en la segunda, y en la tercera sazonando el fruto. Yo vine al mando por la tercera vez, no cuando estaba ya hostigado de calumnias sino cuando *los males públicos se llevaban a tal extremo,* que desentenderse por más tiempo habría sido fomentarlas y cooperar a ellos directamente».[96]

La disolución general amenazaba las garantías de los

ciudadanos, su seguridad, sus posesiones. «¿Qué república era ésa?» García argumentaba que la suspensión de trabajos en el Congreso ordenada por Santa Anna era idéntica a la disolución en tiempos de Iturbide. Santa Anna negaba toda semejanza:

«Iturbide disuelve la representación nacional para erigirse después *en monarca absoluto;* yo reclamo de V. la justicia de creer que no aspiro a lo primero y que *detesto lo segundo:* y entrando en el fondo de la cuestión, ¿disolví yo la representación nacional, o la ley no le permitía funcionar más allá del tiempo prescrito por ella misma? Yo en mi manifiesto indico, aunque muy de paso, la solución de este difícil problema; mas suponiéndolo resuelto a favor de los que reprueban la medida del gobierno, resulta ésta otra cuestión. Cuando el poder legislativo excede los límites trazados por la Constitución, ¿a quién le pertenece contenerlo? Así como considero que la división de los poderes es necesaria y esencial a la conservación de la libertad, así me persuado que a ninguno le está acordada la omnipotencia, que sería el escollo donde infaliblemente se estrellaría aquélla».[97]

El argumento final era de fuerza: «Iturbide sentó las bases del absolutismo, yo interrumpí los proyectos de anarquía». Pero, ¿quién determinaba los límites del absolutismo y la anarquía? «El áncora de salud en el naufragio» y los acontecimientos que siguieron.

Poco tiempo después, Francisco García se rebela en su terruño al mando de cinco mil hombres. Santa Anna lo reduce en un santiamén y recorre victorioso, entre flores y *tedeums,* las ciudades del centro del país: Aguascalientes, Guadalajara, Morelia: «¡Viva la República y el ilustre Santa Anna!» es el grito del momento. ¿Se decidiría, ahora sí, a gobernar? No, «no siendo el poder objeto de su ambición»

sino «el amor de sus conciudadanos», este hombre a quien Justo Sierra llamó «el seductor de la patria» se retira una vez más a sus haciendas, para que lo extrañen, para que lo aprecien, para que lo llamen, si un «osado enemigo» amenaza a la nación.

El enemigo osó en 1836. En ese año, dos territorios en los extremos del país rechazan la nueva constitución centralista y se separan: Yucatán y Texas. Con un dinamismo increíble, Santa Anna levanta un ejército de seis mil hombres y emprende la marcha hacia el norte para reducir a los colonos secesionistas. Amenaza con llegar al mismísimo Capitolio si los Estados Unidos se atreven a apoyarlos: «La línea divisoria entre México y Estados Unidos se fijará junto a la boca de mis cañones».[98] En el reclutamiento y animación de su ejército es inimitable: «Había jurado que mi espada sería siempre la primera en descargar el golpe sobre el osado cuello del enemigo».[99] A fines de marzo de 1836, aun el cerebral y pragmático Lucas Atamán describe el cuadro del modo en que lo haría un confiado idealista: «El señor Santa Anna ha obtenido ventajas tales sobre los colonos angloamericanos sublevados en Texas que aquello debe darse por concluido».[100] Tres meses más tarde, su tono es otro:

«en poco tiempo, los asuntos políticos de este país han dado una vuelta terrible … [El general Santa Anna], lisonjeado sin duda por la idea de terminar por sí mismo la guerra con un golpe decisivo, y acaso celoso de la gloria adquirida por sus subalternos, se avanzó temerariamente y con poca precaución con un pequeño cuerpo de tropas, y fue batido y hecho prisionero el día 21 de abril pasado. Cuando todas las ventajas adquiridas se perdieron, y en el interior nos hallábamos con muchos amagos de nuevas inquietudes que nos hacen temer un retroceso a los desórdenes de los últimos años, el general

Santa Anna estando prisionero celebró un armisticio con el solo fin de ponerse en libertad y por efecto de él se le espera en breve en Veracruz».[101]

En un tiempo no tan breve, después de vivir siete meses prisionero en Texas, de sufrir befas, vejaciones y amagos, saludar al presidente de los Estados Unidos, y firmar un vago tratado que propiciaba la independencia de Texas, Santa Anna arribó a Veracruz —esta vez sin demasiados vítores— y se retiró a su refugio en Manga de Clavo. Allí publicó un «Manifiesto» exculpatorio no sólo de su campaña —hecha con hombres poco experimentados, cansados, hambrientos, en un terreno difícil, con una responsabilidad excesiva, napoleónica, sobre su influjo y su persona—, sino de la mexicanísima «siesta» que durmieron él, su estado mayor y muchos soldados, precipitando el desenlace de la batalla de San Jacinto a manos de Sam Houston: «nunca pensé que un momento de descanso … ya inevitable … nos fuese tan funesto».[102]

Como fue temido y previsto tanto por Iturbide como por Mier y Terán, México perdió el inmenso territorio de Texas. Por su parte, Santa Anna perdía algo más doloroso para su aprecio personal: el amor de sus conciudadanos. Necesitaba recobrarlo con una nueva apuesta, jugarse el todo por el todo. Al año siguiente, la providencia, en la forma de una escuadra de guerra francesa que se había apoderado de Veracruz, le dio la nueva oportunidad.

Con febril actividad y energía, e indudable valor, batiéndose como un soldado raso, Santa Anna obligó a su enemigo a «embarcarse a punta de bayoneta».[103] En la acción es herido en una pierna. Viendo próxima la muerte —o fingiéndolo— escribe:

«Al concluir mi existencia no puedo dejar de manifestar la

satisfacción que también me acompaña de haber visto principios de reconciliación entre los mexicanos … Pido al gobierno de mi patria que en estos mismos médanos sea sepultado mi cuerpo, para que sepan todos mis compañeros de armas, que ésta es la línea de batalla que les dejo demarcada: que de hoy en adelante no osen pisar nuestro territorio con su inmunda planta los más injustos enemigos de los mexicanos … Los mexicanos todos, olvidando mis errores políticos, no me nieguen el único título que quiero donar a mis hijos: el de *buen* mexicano».[104]

La providencia le cobró barata la apuesta: perdió la pierna izquierda. El pueblo, enternecido, volvió a adorarlo. «Una actitud heroica, un requiebro romántico», escribiría, cincuenta años más tarde, Justo Sierra, «y la nación entera estaba a los pies de aquel Don Juan del pronunciamiento, del Te Deum y del préstamo forzoso», el «gran seductor» para quien «la República era una querida… una concubina».[105]

«¿Qué traía ese hombre», se preguntaba Justo Sierra, «en quien las masas populares … se empeñaban en ver como un Mesías?» «Disimulo, perfidia, astucia, perspicacia», se contestaba a sí mismo, «todo al servicio de la vanidad y la ambición»; pero había algo más, un comportamiento histriónico, como extraído de una ópera italiana. Porque no tenía sustancia interna, fidelidades o principios a los que asirse, Santa Anna era, ante todo, un «gran comediante», un actor tan plenamente identificado con su papel que siempre parecía sincero. Así lo pareció al menos, un día de diciembre de 1839, a Frances Erskine Inglis, mujer del embajador español en México, Ángel Calderón de la Barca, y autora de un libro de memorias sobre su breve estancia en México que se volvería clásico:

«Muy señor, de buen ver, vestido con sencillez, con una

sombra de melancolía en el semblante, con una sola pierna, con algo peculiar de inválido y, para nosotros, la persona más interesante del grupo. De color cetrino, hermosos ojos negros, de suave, penetrante mirada, e interesante la expresión de su rostro. No conociendo la historia de su pasado, se podría decir que es un filósofo que vive en digno retraimiento, que es un hombre que después de haber vivido en el mundo, ha encontrado que todo en él es vanidad o ingratitud, y si alguna vez se le pudiera persuadir de abandonar su retiro, sólo lo haría, al igual que Cincinato, para beneficio de su país … Se le notaba a veces una expresión de angustia en la mirada, especialmente cuando hablaba de su pierna amputada debajo de la rodilla. Hablaba de ella con frecuencia … Resultó ser un héroe mucho más fino de lo que yo me esperaba».[106]

Si en aquel momento interpretaba el papel de Cincinato, que le salía muy bien, pronto y sin mucha dificultad volvería a su verdadera vocación: conspirar; conmover al público con sus palabras, «que tienen un no sé qué de inexplicable superioridad»; poner y quitar militares en «el sillón presidencial», y congresos en la Cámara. La revolución en turno recordaba a las del pasado y presagiaba las del porvenir: «parece», apuntó la marquesa Calderón, «una partida de ajedrez en la que los reyes, torres, caballos y alfiles hacen movimientos diversos, mientras que los peones miran sin tomar parte en el juego».[107] Todo para que se le pidiese hacer «lo que creyese conveniente por la felicidad de la nación».[108] Entonces retornaba, hacía su entrada triunfal *«en roi,* con un séquito de espléndidos carruajes y magníficos caballos»,[109] se convertía en patrono de las artes, ponía la primera piedra de un teatro que llevaría su nombre, acudía a la ópera (donde, según la marquesa Calderón, «Su Excelencia no es insensible a la belleza, *tout au contraire»),*[110] posaba para sus estatuas

ecuestres o de pie, establecía una guardia de granaderos uniformada a todo lujo, disfrutaba de su flamante título de «benemérito de la patria», imponía aranceles, impuestos, confiscaciones y exacciones a su antojo (hasta al intocable y celoso clero), asistía a desfiles, fiestas y *tedeums,* enterraba con lágrimas a su esposa, 41 días después contraía nupcias con una hermosísima joven de quince años, y enterraba algo aún más valioso para él:

«El pie que cayó cortado por la metralla francesa en Veracruz, ha sido desenterrado de Manga de Clavo. Una comitiva de todos los ministros, todos los estados mayores, todas las tropas, los niños de las escuelas, la artillería, los cadetes del Colegio Militar, las músicas y curiosos de todas las clases sociales, lleva los venerables trozos de canilla y demás huesos al cementerio de Santa Paula. Un lujoso cenotafio los espera. Un orador, inspirándose en Milton, cubre su elocuencia de sombra y luto. Otro hace desfilar a los vencedores de Maratón y de Platea, a los Manes de Tarsíbulo, Harmodio y Timoleón … y declara que el nombre de Santa Anna durará hasta el día en que el sol se apague y las estrellas y los planetas vuelvan al caos donde durmieron antes».[111]

En las calles, mientras tanto, el anónimo bardo popular proponía esta adivinanza:

Es Santa sin ser mujer,
es rey sin cetro real,
es hombre, mas no cabal,
y sultán, al parecer.
Que vive, debemos creer:
parte en el sepulcro está
y parte dándonos guerra.
¿Será esto de la tierra

o qué demonios será?[112]

Santa Anna, como siempre y a pesar de todo, se aburría, y entonces terminaba por refugiarse en esa sucursal del Palacio Nacional que durante sus muchos gobiernos fue la gran plaza de gallos de San Agustín de las Cuevas, al sur de la ciudad de México. Allí, en la lid de gallos «que lo enajena», lo vio alguna vez el joven escritor Guillermo Prieto:

«Santa Anna era el alma de este emporio del desbarajuste y de la licencia. Era de verlo en la partida, rodeado de los potentados del agio, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados y aun con oficiales subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y lo acompañaba en sus torerías … Allí presidía Santa Anna … conocía al gallo tlacotalpeño y al de San Antonio el Pelón o Tequisquiapam, daba reglas para la pelea de pico y revisaba … que estuviesen en orden las navajas de pelea … Había momentos en que cantor de gallos, músicas, palmadas y desvergüenzas se cruzaban, en que los borrachines con el gallo bajo el brazo acudían al jefe supremo, y éste reía y estaba verdaderamente en sus glorias en semejante concurrencia».[113]

¿Dónde había quedado el suave, melancólico, humilde, filosófico Cincinato? Atrás, en Manga de Clavo. Seguirían nuevas apuestas, ya no en el palenque, con los gallos, sino en la política nacional. Más pronunciamientos, conspiraciones y exilios. El mismo pueblo de la ciudad que lo festejaba en los gallos al verlo caído, con el mismo ánimo festivo, lo execraba: «La multitud rabiosa», recordaba Prieto, «se dirigió al teatro y demolió en un instante la estatua de yeso erigida a Santa Anna. Corrió furibunda al Panteón de Santa Paula y con ferocidad salvaje exhumó la pierna de Santa Anna, jugando

con ella y haciéndola su escarnio».[114]

*

Santa Anna era, sin duda, causante principal de la inquietud, el desorden, la irresolución y la desorientación que vivió el país en sus primeras décadas de vida independiente, pero también fue la consecuencia de esos estados, su expresión personalizada. Todos los defectos «criollos» que le achacaba Alamán, su «inconsecuencia consigo mismo», su «espíritu emprendedor sin designio fijo ni objeto determinado», reflejaban a su vez estados colectivos similares en las élites rectoras del país.[115] «Santa Anna», escribiría uno de sus múltiples biógrafos, se limitaba a «seguir la corriente tumultuosa del día», era el «barómetro de las agitaciones nacionales», el «espectro de la sociedad, de su romanticismo y megalomanía».[116]

Lo era en formas muy concretas, no sólo en las políticas. Su pasión por el juego, por ejemplo, la comparte la gente del pueblo que, según la marquesa Calderón, «le hace la corte a la fortuna al aire libre» y los «grandes señores … sentados alrededor del tapete verde con la gravedad perteneciente a un Congreso de Ministros … el juego es aquí una manía que todo lo invade».[117] Incluso la extremada cortesía mexicana que tanto llamó la atención de la marquesa (el uso generalizado de fórmulas como «a sus órdenes», «soy su servidor», «para servir a usted») o la profusión de carruajes europeos y libreas extravagantes, ¿no denotaban, en una república en ciernes, la persistencia tenaz de formas cortesanas? México parecía no consolarse de no haber sido, de no ser, una monarquía.

El poder *en roi* de Santa Anna se originaba en parte en su magnetismo personal («la mirada es todo en Santa Anna: inquiere y agarra con ella»,[118] diría Prieto), pero también en la

fidelidad con que su persona —su personaje— reflejaban el ánimo y las actitudes cortesanas, providencialistas, «relumbronas» y apostadoras de aquella sociedad, sobre todo en sus minorías criollas. Santa Anna representa la aportación específica de México al caudillismo latinoamericano del siglo XIX, la versión mexicana de esa plaga de «hombres fuertes» que desde las pampas argentinas hasta el río Bravo llenó el vacío que dejó al hundirse el orden imperial de España. Perdida la legitimidad tradicional (la que emanaba de la Corona española), ausente todavía una nueva legitimidad legal (la que advendría con un régimen plenamente republicano, representativo, democrático), en Santa Anna se expresaba una máscara, a menudo grotesca, de ambas legitimidades mezcladas. Alamán explicó esta situación, con todas sus letras, al propio Santa Anna, que sin duda no necesitaba entenderla, la vivía, la disfrutaba y, a veces también, la padecía:

«La nación … le ha confiado un poder tal como el que se constituyó en la primera formación de las sociedades, superior al que pueden dar las formas de elección después de convenidas, porque procede de la manifestación directa de la voluntad popular, que es el origen presunto de toda autoridad pública».[119]

Según Alamán, Santa Anna tenía la propensión a «sostener cuando ha convenido a sus miras, ideas enteramente contrarias a sus opiniones privadas».[120] Pero ¿tenía ideas Santa Anna? Sus cartas a Francisco García revelan su carencia: las entendía como extremos que había que moderar, no como directrices concretas por consolidar. Según el primer embajador norteamericano en México, Joel R. Poinsett, que lo visitó en su prisión de Texas para reclamarle el abandono de sus antiguas ideas liberales, Santa Anna sí

tenía ideas políticas:

«Es verdad», le dijo Santa Anna, «que aposté por la libertad con gran ardor y con perfecta sinceridad, pero muy pronto advertí mi insensatez. De aquí a cien años, el pueblo mexicano no estará capacitado para la libertad. Debido a su falta de luces ignora lo que la libertad significa. Dada la influencia de la Iglesia católica, el despotismo es el único gobierno aconsejable, pero no hay razón para que este despotismo no sea sabio y virtuoso».[121]

Santa Anna tenía cuando menos *una* idea: creía en el «gobierno del Uno». Sobre los interminables esbozos legales que solían presentarse en los congresos, Santa Anna se pronunciaba alternativamente a favor y en contra, no sólo por oportunismo sino por desorientación, por vacío interior de convicciones e ideas. Era un actor en un país con libretos encontrados. Jugaba a los gallos en un país enviciado con el juego. Apostaba dineros, territorios, ejércitos, en un país que lo esperaba casi todo de la providencia y lo apostaba casi todo a un hombre providencial. Ensayaba papeles en un país que ensayaba proyectos. En un país que era, en sí mismo, un proyecto de nación.

Una estampa de la marquesa Calderón de la Barca recoge mejor que muchas páginas de análisis el tono de la vida en ese México de tiempos de Santa Anna, hacia los años cuarenta del siglo, poco antes de la guerra con los Estados Unidos:

«Están celebrando su independencia. Repican a vuelo las campanas de todas las iglesias, comenzando por la catedral; descargan las salvas de ordenanza los cañones; los cohetes suben por los aires; Santa Anna discursea en la Alameda; pasan tropas a galope, alborotan los niños en las calles; cantan un *Te Deum*; multitudes de hombres y mujeres se agolpan o se disgregan; las calles se llenan de carruajes y los balcones de

curiosos, y se espera que en el Paseo no quepa un alfiler».[122]

No es extraño que un hombre así, en una sociedad así, haya enlazado la historia mexicana con su propia biografía, que la haya vuelto, como soñaba Carlyle, una *biografía del poder*.



Luis Garcés, *Antonio López de Santa Anna*, 1873, litografía. En Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México, México*, Imprenta de J. M. Aguilar, 1873.

NOTAS

70. Alamán, *Historia…*, vol. 1, p. 16.

71. Archivo General de la Nación de México, Serie: Inquisición, v. 1414, exp. 3, año de 1809, fs. 329-337 (Archivo General de la Nación, México).

72. José C. Valadés, *México, Santa Anna y la Guerra de Texas* (México, 1982), p. 44.

73. *Proclama del impávido teniente coronel D. Antonio López de Santana, avisando a los habitantes de Perote la toma de aquel fuerte* (Puebla, 1821).

74. Rafael Felipe Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente* (México, 1945), p. 52.

75. Navarro y Rodrigo, *Memorias de Agustín de Iturbide*, p. 269.

76. Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, p. 73.

77. Antonio López de Santa Anna, *Mi historia militar y política* (México, 1905), p. 11.

78. Valadés, *México, Santa Anna y la Guerra de Texas*, p. 79.

79. Díaz, *Caudillos…*, p. 84.

80. Ibíd.

81. *El Sol,* 26 sept.-1 oct. 1829, citado en Díaz, *Caudillos…,* p. 85.

82. «¿Quién vive?», 26 sept. 1829, citado en Díaz, *Caudillos…,* p. 86.

83. Antonio López de Santa Anna a Pedro Landero, 17 ene. 1830, en Valadés, *México, Santa Anna y la Guerra de Texas*, p. 97.

84. Valadés, *México, Santa Anna y la Guerra de Texas,* p. 113.

85. «Manifiesto del presidente de los Estados Unidos Mexicanos a sus conciudadanos», México, 18 jun. 1833, Archivo General de la Nación de México, Serie: Archivo de Guerra, v. 1015, 2a. pte., fs. 4 (Archivo General de la Nación, México).

86. Manuel Mier y Terán a José María Luis Mora, nov. 1831, en Mora, *Obras sueltas*, p. LXI.

87. Mora, *Obras sueltas*, p. LXVIII.

88. Zavala, «El Historiador y el representante popular», p. 113.

89. «Manifiesto del presidente de los Estados Unidos Mexicanos a sus conciudadanos».

90. Ibíd.

91. Ibíd.

92. Santa Anna a Francisco García, Tacubaya, may.-jul. 1834. Papeles de F. García, Benson Latin American Collection, Austin, Carpeta 36.

93. Ibíd.

94. Ibíd.

95. Ibíd.

96. Ibíd.

97. Ibíd.

98. Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo* XIX (La Habana, 1968), p. 268.

99. «Manifiesto que de sus operaciones en la campaña de Tejas y en su cautiverio dirige a sus conciudadanos el general Antonio López de Santa Anna», may. 1837, en Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* (México, 1991), p. 125.

100. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 19 abr. 1834, en Lucas Alamán, *Documentos diversos* (México, 1947), vol. 4, p. 337.

101. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 28 jun. 1836, en Ibíd., p. 343.

102. Citado en Díaz, *Caudillos…,* p. 138.

103. Ibíd., p. 144.

104. Santa Anna al Ministro de Guerra, en *El Cosmopolita,* 8 dic. 1838, citado en Díaz, *Caudillos…,* p. 145.

105. Justo Sierra, *Evolución política…*, p.220.

106. Fanny Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* (México, 1959), vol. 1, p. 36-37.

107. Calderón de la Barca, *La vida en México…*, vol. 2, p. 440.

108. José María Bocanegra, «Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores y Gobernación de la Republica Mexicana correspondiente a la administración provisional, en los años 1841, 1842 y 1843», Ene 1844, citado en Díaz, *Caudillos…,* p. 165.

109. Calderón de la Barca, *La vida en México…*, vol. 2, p. 462.

110. Ibíd., p. 476.

111. Rafael F. Muñoz, *Antonio López de Santa Anna* (México, 1937), p. 163.

112. Gabriel Zaid, *Ómnibus…*, p. 284.

113. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos* (México, 1976), p. 361; ver también Juan Suárez y Navarro, *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna* (México, 1987).

114. Prieto, *Memorias…,* p. 369

115. Alamán, *Semblanzas…,* pp. 140, 142.

116. Agustín Yáñez, *Antonio López de Santa Anna: Espectro de una sociedad,* conferencia en El Colegio de México, 21 sept. 1971, citada en Díaz, *Caudillos,* p. 148.

117. Calderón de la Barca, *La Vida en México…*, vol. 2, p. 408.

118. Citado en Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México (1848-1853)* (México, 1977), p. 390.

119. Lucas Alamán a Antonio López Santa Anna, 23 jul. 1834, citado en José C. Valadés, *Luces políticas y cultura universal: Biografías de Alamán, Gutiérrez de Estrada. Comonfort, Ocampo* (México, 2014), p. 340.

120. Lucas Alamán, *Semblanzas…*, p. 140.

121. Frank Cleary Hanighen, *Santa Anna: The Napoleon of the West* (New York, 1934), p. 134.

122. Calderón de la Barca, *La Vida en México…*, vol. 2, p. 473.

Teólogo liberal, empresario conservador

En aquel paisaje de revoluciones, caos, pronunciamientos, dictaduras embozadas, juego, cortesía, dispendio, fiestas y *tedeums,* había también otra biografía significativa, aunque por el momento impotente: una *biografía del saber.* La representaban los principales hombres de ideas en la primera mitad del siglo XIX, los fundadores de los «partidos históricos» mexicanos, el liberal y el conservador: José María Luis Mora y Lucas Alamán.

Criollos ambos, nacidos en fechas cercanas (1794, 1792) en el estado de Guanajuato, sus familias habían padecido severamente la violencia de la revolución de Hidalgo. Mora había estudiado en el antiguo colegio de los jesuitas en San Ildefonso y tomado las órdenes sagradas en 1819. Alamán, hijo de una familia más prospera, había estudiado en el Real Colegio de Minas de México y hecho profusos viajes científicos y técnicos por Europa. Mora, hombre de libros, mostró un talento extraordinario en cuestiones teológicas, pero ciertos atropellos tempranos que sufrió en la academia y la burocracia eclesiásticas lo predispusieron a tomar distancia de ellas y, con el tiempo, a extender su crítica a las tradiciones políticas, económicas e intelectuales que el clero representaba. Alamán, ante todo un hombre de acción, un empresario minero con nociones precisas sobre la riqueza real y potencial del país, era asimismo un hombre de convicciones religiosas con nociones firmes sobre la riqueza espiritual de México. Ambas facetas lo llevaron muy pronto a resentir que el nuevo país se apartara cada vez más de sus tradiciones. Mora pensaba en el futuro como un proceso de liberación. Alamán como uno de preservación. Ambos nacieron para la vida pública en el momento en que México nacía: 1821.

Alamán ejercía entonces como uno de los representantes

novohispanos que abogaron por la independencia ante las Cortes españolas. De vuelta a México, en 1823, vivió un episodio que lo marcó. El mismo día de septiembre en que se exhumaban los restos de los caudillos de la Independencia para depositarlos en una bóveda de la catedral, el pueblo fue incitado a «violar el sepulcro de Cortés en el Hospital de Jesús y quemar sus huesos, echando sus cenizas al viento».[123] Alamán mandó entonces «deshacer en el espacio de una noche el sepulcro», poniendo en lugar seguro los huesos del conquistador. Con la misma eficacia salvó la estatua ecuestre de Carlos IV que iba a ser destruida como símbolo de la opresión colonial.

Desde su llegada, Alamán alternaría sus labores de empresario con una intermitente trayectoria de servicio público, orientada ante todo al fomento de la economía mexicana, a la defensa diplomática del territorio nacional y a la preservación del patrimonio cultural mexicano. Corno empresario, además de compañías mineras, fundó la primera ferrería de México y varias fábricas en las que no siempre tuvo éxito: de hilados y tejidos, cristales planos y huecos, loza para porcelana, paños de lana. Era, además, un activísimo hacendado. Como ministro de diversos y fugaces gobiernos, sobre todo el del presidente Anastasio Bustamante (1830-1832), procuró rehabilitar el crédito exterior del país, concluyó el tratado de límites con los Estados Unidos, promovió la colonización mexicana en Texas para contrarrestar la creciente influencia de los norteamericanos, previó con toda claridad que los Estados Unidos «arrebatarían aquel terreno»,[124] organizó, así fuera de modo efímero, la Hacienda pública y fundó el Banco de Avío.



Thierry Hnos., *Dr. Mora*, 1843, litografía. En *Álbum mejicano. Tributo de gratitud al civismo nacional. Retratos de los personajes ilustres de la primera y segunda época de la independencia mexicana y notabilidades del presente*, México, C. L. Prudhomme editor, 1843.

Como defensor del patrimonio cultural, propuso formar una «carta geográfica general de la República», creó el Museo de Historia Natural y el Archivo General de la Nación. Desde 1826 ejercía, significativamente, como apoderado en México del duque de Terranova y Monteleone, descendiente y heredero de Hernán Cortés que vivía en Italia. Alamán administraba sus bienes y haciendas, y echó a andar de nueva cuenta el Hospital de Jesús, primera institución de beneficencia del país y propiedad histórica del conquistador. El tiempo y los azares de la política lo volverían ideólogo, periodista y, a la postre, en la última década de su vida, historiador; justamente las mismas actividades que, en ese orden, realizaría Mora.

A los pocos días de proclamada la independencia, Mora trabaja como redactor de un *Semanario Político Literario*. Su primer artículo comenzaba con la palabra clave:

«Libre ya la América mexicana del pesado yugo que la oprimió por trescientos años, debe empeñarse en recompensar el mérito de los ilustres caudillos que la han conducido a la libertad y proporcionarse un gobierno sabio y justo».[125]

En otros periódicos y revistas, en artículos y ensayos, en propuestas legislativas, discursos y vastas obras de historia, en México o en el exilio de París y Londres, donde vivió desde 1834 hasta su muerte en 1850, Mora se dedicaría, primero, a proponer para México los elementos de «un gobierno sabio y justo» que ante todo respetara la libertad y seguridad de los individuos y, más tarde, a tratar de entender, a través de su obra histórica (la más importante, *México y sus revoluciones,* se publicó incompleta en París, en 1836), las causas de la desdicha política mexicana. Por su parte, Alamán permanecería el resto de su vida en México, muchas veces

perseguido o en un ostracismo voluntario. Su propósito intelectual, hasta el día de su muerte en 1853, sería, punto por punto, idéntico al de Mora.

*

Una frase de Montesquieu guiaba los textos que el teólogo liberal escribió entre 1822 y 1830: «Las lecciones del pasado entre hombres que han sufrido males precaven los desórdenes del porvenir». Según Mora, el pasado aleccionador por excelencia para un país como México, que acababa de vivir una gran revolución, estaba, naturalmente, en la Revolución francesa: «bajo un aspecto ha sido un manantial de errores y desgracias y bajo otro una antorcha luminosa y un principio de felicidad para todos los pueblos».[126] Como observador de la vida nacional *(El Observador* se llamó, en efecto, una de sus revistas) le interesaba menos cantar las glorias libertarias de Francia que aprender de sus errores. Existía un «curso natural» en todas las revoluciones y la de Francia constituía el ejemplo perfecto. Un movimiento general del espíritu, un giro en las opiniones, una extendida incomodidad, un cansancio profundo del orden actual habían sido su punto de partida. Más tarde, las «teorías abstractas» de los filósofos especulativos del siglo XVIII —Rousseau, Diderot— plantarían la semilla de un *idealismo* que prometía la «renovación completa de la sociedad». A la impaciencia por cumplir de inmediato aquella promesa seguirían «el incendio general» y con él la aparición del «hombre en su natural ferocidad». Antes de que viniesen «los saludables desengaños», el pueblo francés tendría que pasar por «toda la serie de calamidades» que conlleva el idealismo:

«La idea de una renovación completa los lisonjea lejos de arredrarlos; el proyecto les parece fácil, y feliz y seguro el resultado … en poco tiempo la destrucción es total y nada

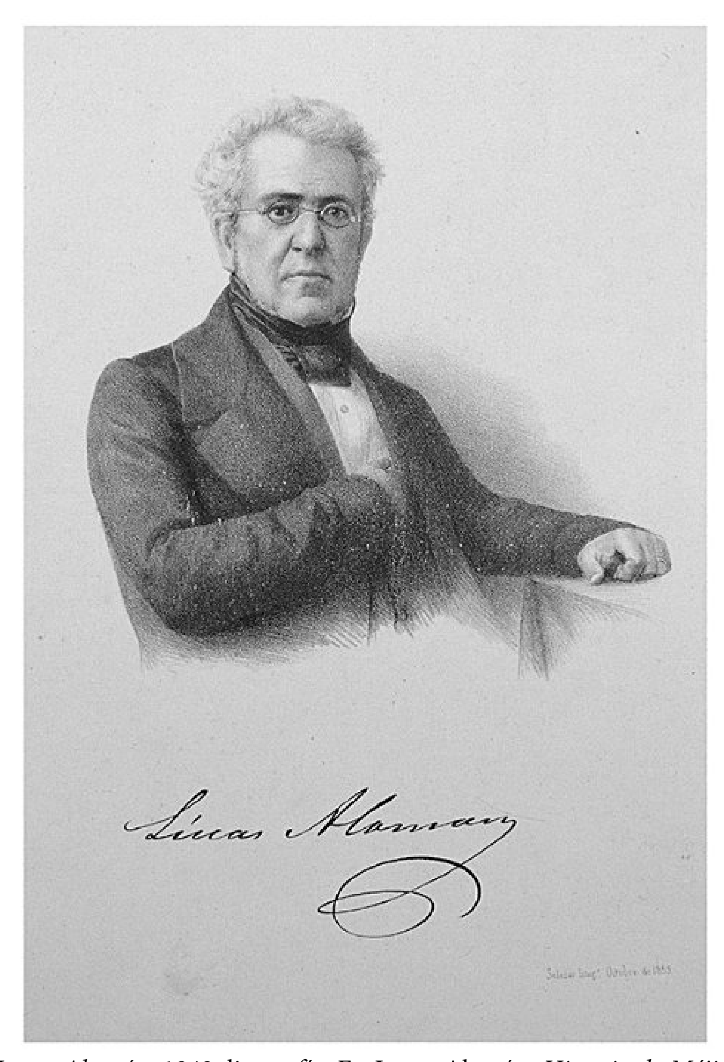
escapa al ardor de demoler. A nadie se [le] ocurre que el trastornar las leyes y hábitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles … es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresión … Cuando los hombres piden a gritos descompasados la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra, no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo».[127]

Siguiendo las ideas de Benjamin Constant, Mora postulaba una necesaria continuidad entre la etapa violenta de la Revolución francesa y su desenlace dictatorial. En el altar de una libertad abstracta, Marat, Robespierre y los demás «famosos antropófagos» habían sacrificado las libertades concretas del pueblo francés y preparado el ascenso de Napoleón. En ese desenlace estaba la mayor lección práctica que México debía extraer de aquel libro abierto de historia. «¡Pueblos y estados que componéis la federación mexicana, escarmentad en la Francia!»:

«Nada más importante para una nación que ha adoptado el sistema republicano inmediatamente después de haber salido de un régimen despótico y conquistado su libertad por la fuerza de las armas, que disminuir los motivos reales o aparentes que puedan acumular una gran masa de autoridad y poder en manos de un solo hombre … el amor al poder, innato en el hombre y siempre progresivo en el gobierno, es mucho más temible en las repúblicas que en las monarquías».[128]

El peligro histórico para México estaba en la aparición —tras la fugaz experiencia de Iturbide— de un Bonaparte mexicano que, tras un velo de representación nacional y bajo apariencias y formas liberales, avanzando gradualmente, fingiendo conspiraciones, exaltara el ánimo público con promesas y adulaciones hasta volverlo su esclavo y así anular

las libertades cívicas. «El peligro no está», sostenía Mora, en el más puro espíritu liberal, «en el depositario del poder, sino en el poder mismo.»[129] Los pueblos de Hispanoamérica —argumentaba en 1827, refiriéndose aún a Bolívar— «no han peleado precisamente por la independencia sino por la libertad, no por variar de señor sino por sacudir la servidumbre, y muy poco habrían adelantado con deshacerse de un extraño si habían de caer bajo el poder de un *señor* doméstico».[130]



Salazar, *Lucas Alamán*, 1849, litografía. En Lucas Alamán, *Historia de Méjico: desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Impr. de J. M. Lara, 1849-1852.

Para prevenir, a juicio de Mora, el advenimiento de un Bonaparte mexicano —en 1827 Santa Anna era apenas un esbozo de lo que sería no había mejor camino que seguir al pie de la letra los preceptos del liberalismo constitucional. México debería llegar a ser, en la práctica, lo que ya era en la Constitución: una república representativa, federal. Por desgracia, pensaba Mora al finalizar la primera década de vida independiente, las semejanzas entre la República Mexicana y su modelo estadounidense eran sólo formales. Se había prevenido hasta entonces la tiranía del ejecutivo, pero se consentía la tiranía del legislativo («número pequeño de facciosos charlatanes y atrevidos que a fuerza de gritos sediciosos y amenazas arrancan de la representación nacional todo lo que conviene a sus miras»).[131] Tanto en el ámbito federal como en los estados, el poder ejecutivo y las funciones de la justicia se veían continuamente atropellados y adulterados por congresos elegidos de manera espuria. En las elecciones, señalaba Mora, se practicaban «fraudes no disimulados».[132] La frecuencia con que se emitían fallos judiciales contra escritos «subversivos y sediciosos» anulaba de hecho la libertad clave, la libertad de opinar. Más en la tradición hispánica que en la anglosajona, Mora daba una gran importancia a la libertad de los municipios: «serán el primer motor de la prosperidad pública». Pero este ideal, lo mismo que todo el régimen representativo en México, seguía siendo «inestable e insubstancial». La razón:

«Tener el aparato y las formas exteriores de un gobierno libre y constitucional sin la realidad de sus principios y garantías es lo que nos ha perdido. Todavía no hemos hecho ensayo alguno, ni de federación, ni del sistema representativo … ¿cómo podemos asegurar que no nos conviene?».[133]

*

Lucas Alamán pasaría a la historia del pensamiento mexicano como el rival de Mora, como el prototipo del conservadurismo. Lo cierto es que antes de 1833 —cuando, inspirado por Mora, el gobierno liberal del vicepresidente Valentín Gómez Farías atacó por primera vez los privilegios corporativos del clero y la milicia— los juicios históricos de ambos mostraban sorprendentes coincidencias. También para Alamán, Francia era un libro abierto de experiencia histórica, un compendio no sólo de errores sino, literalmente, de «horrores». La fuente ideológica de Mora era Benjamin Constant, la fuente ideológica de Alamán era la fuente de Constant: Edmund Burke, «el hombre que ha sabido penetrar mejor la tendencia y efectos de nuestra época».[134] Guiado por sus *Reflections on the Revolution in France* (1792), Alamán trasladó el peculiar liberalismo conservador de Burke a las remotas tierras de México.

Al igual que Burke, Constant y Mora, Alamán detestaba los «extravíos metafísicos» de los filósofos del siglo XVIII. Al igual que Mora, reprobaba la «monstruosa acumulación de poder» que la Constitución de 1824 había otorgado a los cuerpos legislativos, con lo cual se pasaba «de la tiranía de uno a la tiranía infinitamente más insoportable de muchos».[135] Al igual que Mora, lamentaba la farsa en que se habían convertido las elecciones, con sus listas adulteradas y sus mayorías facciosas. Desconfiaba asimismo del sufragio universal en un pueblo casi enteramente pobre y analfabeto. Su recomendación era, como la de Mora, la misma que anotaba Burke en sus *Reflections:* restricción del voto a los propietarios ilustrados. Como Mora, en fin, lamentaba la distancia entre la letra y los actos del sistema republicano y federal que México había adoptado.

Pero a diferencia de Mora, Alamán consideraba que la

causa de los males residía justamente en la legislación adoptada, por ser contraria a los usos y costumbres de la nación. La solución estaba en «acomodar las instituciones políticas al estado de cosas y no pretender que las cosas se amolden a las instituciones».[136] En el fondo del pensamiento de Alamán estaba la premisa clave de Burke contra la Revolución francesa:

«En el orden civil, más que en el natural, todo es graduado, porque el orden civil no es más que el orden natural modificado, por causas todavía de más lento efecto como son la religión, la moral y la ilustración: nunca vemos a la naturaleza obrar por movimientos repentinos; lo único que en ella es momentáneo son los terremotos y ésos no son medios de creación sino de ruina».[137]

En opinión de Alamán, México había *forzado su naturaleza histórica.* A diferencia de los Estados Unidos, que habían optado por ajustarse a los usos y costumbres de Nueva Inglaterra, México «había destruido todo cuanto existía anteriormente».[138] La solución de Alamán, inversa a la de Mora, era desechar por impracticable el sistema federal y republicano, y comenzar por fortalecer al poder ejecutivo:

«Si alguna vez los mexicanos fatigados de los males de la anarquía que han de ir cada día en aumento pensaren seriamente en remediarlos, el primer paso que deben dar es vigorizar al gobierno, hacer que haya energía y fuerza allí donde no hay más que languidez y debilidad».[139]

Ni Mora era un anarquista *avant la lettre* ni Alamán era partidario de una dictadura, ni siquiera de una monarquía. Ambos creían en «los adelantos de los tiempos», la libertad y el orden, pero con diverso acento. Históricamente, este acento sería decisivo: los puso frente a frente en vida y fue germen de la encarnizada discordia civil que años después, muertos

Mora y Alamán, protagonizarían sus discípulos ideológicos: los liberales y los conservadores.

*

Si la lectura de la historia de Francia los vinculaba claramente, la comprensión de la historia de México no los separaba demasiado. Sobre los principales caudillos de la Independencia y el sentido de la Revolución de 1810 tenían opiniones afines. Respecto de la historia colonial comenzaban las divergencias, menos marcadas de lo que la imagen pública aparentaba. El objeto declarado de Alamán al escribir sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la Conquista a la Independencia* (1844) fue «variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la conquista, dominación española y el modo en que se hizo la independencia».[140] Más tarde habría de ampliar su plan original y consideraría necesario estudiar no sólo Nueva España sino el propio país hispano.

Mora, por supuesto, carecía por completo de esa vena nostálgica de Alamán; además, no creía que el pasado colonial encerrase ningún cúmulo de tesoros y lecciones. Lo consideraba, al menos en el periodo de los Habsburgo, francamente «teocrático». No obstante, la vindicación que hace de la raíz hispánica del carácter de México en *México y sus revoluciones* no es muy distinta de la de Alamán, y menos aún su opinión sobre Hernán Cortés: «El nombre de México está íntimamente enlazado con la memoria de Hernán Cortés … mientras él exista no podrá perecer aquélla».[141] Su convergencia en el reconocimiento del pasado colonial se vuelve aún más clara respecto del periodo de los Barbones, al que Mora y Alamán admiran, particularmente, en su aspecto económico.

Aplicadas al pensamiento económico y referidas a Alamán y Mora, las palabras «liberal» y «conservador» casi pierden su sentido. Pragmáticamente, Alamán citaba a Adam Smith, recurría en algunos casos a teorías librecambistas y combatía las viejas restricciones coloniales sobre inversión extranjera; pero al mismo tiempo, y sin contradicción, proponía la protección y el fomento de los ramos industriales que a su juicio lo requerían. El suyo era un «mercantilismo liberal». En este ámbito, sus ideas eran muy similares a las que habían puesto en práctica Carlos III y sus asesores ilustrados, sobre todo dentro del territorio español. Mora, por su parte, desde una posición más doctrinaria, criticó el Banco de Avío de Alamán por convertir al gobierno en «un inspector general de manufacturas».[142] Con todo, admiraba a tal grado el pensamiento económico de la Ilustración que, como parte integral de sus obras, publicó una cuidadosa selección de los escritos de aquel obispo ilustrado de Michoacán, «persona irrecusable en materia de sus profundos conocimientos y diligentes investigaciones en la estadística eclesiástico-financiera»:[143] Manuel Abad y Queipo.

*

Las relaciones de ambos con Santa Anna revelan, en cambio, una diferencia fundamental. En su *Revista Política* publicada en el exilio, Mora culpó a Santa Anna de dirigir la reacción contra las reformas del año 33 y lo llamó el «Atila de la civilización mexicana»:

«en medio de la absoluta incapacidad que [incluso él mismo] le reconoce todo el mundo para regir la sociedad, se sale con cuanto intenta en aquellas empresas que exigen atrevimiento y obstinación y terquedad … desea un cierto poder absoluto, pero … para ejercerlo en pequeñeces, y rehúsa cargar con las molestias que trae consigo el despacho

de los negocios».[144]

Alamán, por su parte, tenía ideas encontradas sobre Santa Anna. Lo veía como un ser contradictorio, un «conjunto de buenas y malas cualidades». Colaboró algunas veces con él (y al final de su vida lo haría decididamente) por un acto de realismo: a partir de su poder directo, incontestable, Santa Anna encarnaba la única posibilidad de un gobierno «enérgico y fuerte».[145]

En febrero de 1837, después de la derrota de Texas, desmintiendo rumores sobre su muerte en los Estados Unidos, Santa Anna regresa a México y Alamán le envía una carta cuyo contenido prefigura el conflicto violento entre sus propias ideas conservadoras y las de Mora. Santa Anna, advertía Alamán, debía cuidarse de los «patriotas»:

«Si usted les presta oídos, la nación podrá estar expuesta a nuevos sacudimientos; si usted los desprecia y continúa su confianza a quienes ni le han de engañar ni faltarte, las cosas continuarán tranquilamente por el feliz rumbo que han empezado a tornar y podremos por fin conseguir tener patria y gloriarnos de ser mexicanos. Aquí no puede ya dudarse qué es lo que caracteriza a los partidos: la federación, la libertad, no son más que pretextos que ya nadie cree: por una parte están los hombres de propiedad y respetabilidad, el ejército, y la gran mayoría de la población; por el otro unos cuantos aspirantes, que quieren progresar a costa de la nación…».[146]

Cuando recibe la carta de su admirado Alamán, Santa Anna decide seguir sus consejos. Diez años después, en plena guerra contra los Estados Unidos, no dudaría en restablecer su alianza, no menos extraña, con el mayor compañero ideológico de Mora, Valentín Gómez Farías. Lo que en el fondo ocurría era que antes de la mitad del siglo ninguno de los «partidos históricos» se había constituido realmente como

tal ni tenía fuerza política suficiente. Las fronteras entre ambos distaban de ser claras: había antiguos federalistas que se volverían conservadores y antiguos centralistas que se volverían liberales. Más aún, entre las rojas ideas de Mora y las blancas de Alamán había tal variedad de coloraciones —sobre todo en cuanto a los aspectos religiosos— que la dominante tomaba un claro tinte rosa: el de «los moderados».

Con el tiempo, los «partidos históricos» irían tomando forma. Del lado del «progreso» (como diría Mora) o de la «demagogia» (como diría Alamán),[147] había ya abogados y otros profesionales de clase media provenientes de los estados; los poderosos caciques de provincia, los «Santa Anna» de cada región, en particular los del norte, templados en las incesantes guerras contra los indios nómadas, propendían a defender el federalismo y, por tanto, iban integrando, paulatinamente, el núcleo militar del futuro partido liberal. Del lado del «retroceso» (como diría Mora) o de la «respetabilidad» (como diría Alamán), junto con la mayoría de los propietarios, estaban los militares y el clero, deseosos de conservar sus fueros y privilegios, intactos desde tiempos coloniales. Sin embargo, en los años treinta y aun en los cuarenta, estos «partidos históricos» estaban todavía en proceso de formación. Muchos oscilaban de una tendencia a otra, o participaban en ambas. Otros radicalizaban sus posiciones: el liberal a ultranza Lorenzo de Zavala (traductor de Jeremy Bentham y, como Mora y Alamán, político, periodista, ideólogo e historiador) le profesaba tal admiración a los Estados Unidos, recelaba tanto del pasado español (de joven, en el Seminario Conciliar de Mérida, había escandalizado por negar la autoridad de santo Tomás) y abominaba hasta tal punto —como buen yucateco— de los lejanos, arbitrarios ucases de la capital (en tiempos virreinales la Capitanía General de Yucatán había sido autónoma), que

había terminado por convertirse en fundador y vicepresidente de la República de Texas, con lo que perdió la nacionalidad mexicana y pasó a la historia como un traidor. Por su parte, un diplomático nacido en Campeche, José María Gutiérrez Estrada —antiguo federalista en los veinte—, recelaba tanto de los Estados Unidos y admiraba a tal extremo el legado español (su esposa ostentaba uno de los pocos títulos nobiliarios de México), que llegó a proponer, en 1840, como «remedio de los males que aquejan a la República», aquello que nadie se había atrevido desde el Plan de Iguala:

«Que la nación examinara si la forma monárquica, con un príncipe de estirpe real, no sería más acomodada a las tradiciones, a las necesidades y a los intereses de un pueblo que desde su fundación fue gobernado monárquicamente. Si no variamos de conducta», auguraba, «quizá no pasarán veinte años en que veamos tremolar la bandera de las estrellas norteamericanas en nuestro Palacio Nacional».[148]

Viables o no, todas esas propuestas dependían de aquella «manifestación directa de la voluntad popular» que Santa Anna, el propietario del ejército y del sillón presidencial, encarnaba. Y éste, «proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando a un partido para oprimirlo y anonadarlo [y] después levantar al contrario», los tenía a todos «como en balanza», es decir, impotentes, derrotados.

*

¿Cuál era la raíz psicológica del liberalismo de Mora? La misma de muchos «patriotas». Formado en los colegios confesionales de la Colonia, el teólogo Mora poseía una particular sensibilidad a las variadas formas de la opresión y el dominio: por eso propugnaba la libertad. Para él, la reforma más importante era cultural y política: había que *liberar* a los

mexicanos del colonialismo mental que los limitaba. Mora conocía de cerca los hábitos intelectuales de la Colonia y los juzgaba opuestos al régimen de libertades cívicas y al «gobierno sabio y justo» que anhelaba para el país. Sabía que «desde los primeros años se les infunde a los jóvenes el hábito de no ceder nunca a la razón ni a la evidencia por palmarias que sean las demostraciones … en nuestros colegios se hace punto de honor el no ceder nunca de lo que una vez se ha dicho».[149] El único camino para modificar esta situación era propiciar un cambio radical en la educación y defender a toda costa la libertad primordial, la libertad de opinión. No había que temer el debate público de opiniones contrarias unas a otras: «Los que las sostienen son todos hijos de la patria … y como la nación sabe que el simple error no es delito, oye, admite y califica las opiniones más encontradas, pesándolas en la balanza de la razón».[150] Según Mora, el proyecto deseable para México estaba en la consolidación de las costumbres liberales, a sabiendas de que su arraigo sería difícil: «El pueblo mexicano ama y desea tenazmente la libertad; pero por ciertas contradicciones e inconsecuencias que se advierten en su carácter nacional está tenazmente adherido a instituciones y prácticas esencialmente incompatibles a ella».[151]

El empresario Alamán se quejaba de que «su experiencia en los negocios» se calificara de «rutina y adhesión a añejas ideas». No quería ni representaba «la reacción de ningún género».[152] En 1846 se declaró «conservador, por convencimiento y por carácter» y delineó con claridad lo que sería el cuerpo ideológico del partido conservador. No veía la necesidad de violentar aún más la naturaleza histórica del país. México no tenía por qué liberarse del pasado sino construir a partir de él. «Lo que a México conviene», prescribió Alamán, en definitiva, «es volver al sistema español

ya que no a la dependencia de España, y no separarse de él sino lo estrictamente necesario y lentamente.» Había que renunciar a las «teorías lisonjeras, extravagantes» de los «codiciosos demagogos», a las «vanas utopías», los «delirios insensatos» del régimen republicano, aceptar que «nada ha creado la República, lo ha destruido todo». La fidelidad al pasado suponía el establecimiento de un orden político que estuviese en consonancia con las viejas costumbres e instituciones mexicanas, con «el estado de nuestra civilización y nuestras luces».[153] Se requería un ejecutivo fuerte y bien asesorado por consejeros planificadores (idealmente, un monarca europeo que viniese sin ejército), una férrea centralización administrativa, la neutralización de los congresos legislativos con todo y su cauda partidaria («El espíritu de partido mancha todo aquello que cae bajo su poder e influencia»), un poder judicial independiente y un ejército vigoroso. Al mismo tiempo, y sin contradicción, Alamán —no muy lejos aquí de Mora— abogaba por la libertad de los ayuntamientos, institución que hundía sus raíces en la historia española de tiempos anteriores a la Conquista. En el campo de las relaciones internacionales, la continuidad con el pasado significaba alejarse de los Estados Unidos y buscar afanosamente dos vínculos: la sombra protectora de la Europa católica y la solidaridad de la América Latina. Sólo en materia de economía la rama debía, en definitiva, apartarse del tronco. En este aspecto, Alamán combinó creativamente ideas de liberalismo económico con un franco apoyo estatal al fomento de la industria. «Un pueblo», escribió, «debe tener en la mira tratar de no depender de otro para nada en lo que le es indispensable para subsistir.»[154] Con este criterio, adelantándose un siglo a las medidas de intervencionismo estatal típico del siglo XX, Alamán convirtió al gobierno en el primer promotor

industrial del país. Pero quizá su mayor apego a la tradición novohispana residía en el ámbito de la religión:

«Queremos el sostén decoroso y digno del culto católico de nuestros padres, no esa amenaza continua con que amaga sus propiedades la anarquía. Hemos nacido en el seno de su Iglesia y no queremos ver las catedrales de nuestra religión convertidas en templos de esas sectas que escandalizan al mundo con sus querellas religiosas; y en vez del estandarte nacional no queremos ver en sus torres el aborrecido pabellón de las estrellas».[155]

*

«Con la Iglesia hemos topado, Sancho», dice don Quijote. Aquélla sería, a la postre, la manzana de la discordia entre Mora y Alamán, fundadores de los «partidos históricos» de México. Frente a la tradición, Mora predicaba libertad y Alamán fidelidad. Esto los llevaría a quebrar lanzas por la mayor de las tradiciones mexicanas: la Iglesia.

La jerarquía católica conservaba buena parte de su antiguo edificio institucional. Administraba, desde luego, como en los tiempos de Abad y Queipo y Morelos, la vida espiritual, los hechos y fechas centrales de la relación de los hombres entre sí y de los hombres con Dios: nacimientos, matrimonios, muertes y sacramentos. La educación de niños y jóvenes era su atribución casi exclusiva, lo mismo que la celebración pública de las alegrías y el alivio de las penas. Por un lado convocaba a los fieles a las fiestas del santoral, por otro les prestaba protección, atención, auxilio, consuelo, en caso de cualquier desgracia: hambres, orfandad, viudez, terremotos, pestes, enfermedades, indigencia. De la Iglesia dependían monasterios, cofradías, capellanías, obras pías y muchas otras prácticas y organismos.

La Iglesia atendía sus deberes con el otro mundo, pero lo

hacía con los pies bien plantados en éste: poseía directamente una quinta parte de la riqueza nacional. El clero regular era el principal terrateniente, ejercía funciones bancarias, recogía impuestos en forma de diezmos y sostenía una compleja burocracia económica y política provista de tribunales propios. Para los liberales, la Iglesia constituía un Estado dentro de otro. El de la Iglesia, centenario, patriarcal, marcadamente improductivo, arraigado en el pueblo, estaba estructurado con solidez sobre la base de una legitimidad sagrada; el segundo, el estado laico, estaba en plena formación y por ello era frágil, minoritario, disperso en las delgadas clases medias del país y se construía con dificultad a partir de una legitimidad secular. Era casi inevitable que esas dos entidades combatieran entre sí.

En su inmensa mayoría, los liberales mexicanos del siglo XIX profesaban con fervor el catolicismo. Al igual que Mora, muchos de ellos habían estudiado en seminarios o colegios católicos. Su imaginación estaba impregnada de la simbología católica, pero sus convicciones morales los apartaban de la Iglesia. «La Iglesia, considerada como cuerpo místico», escribió Mora, «no tiene derecho a poseer ni pedir bienes temporales.»[156] Su actitud no estaba fundamentada en Benjamin Constant y mucho menos en los enciclopedistas franceses, a quienes detestaba, sino en los Evangelios y la Patrística. Al discurrir para el gobierno de Gómez Farías en 1833 el primer proyecto postindependiente de reforma al lugar histórico del clero en la sociedad mexicana, Mora consideró también la necesidad de apoyar vocaciones sacerdotales y aumentar el número de parroquias. En el interior de aquel fugaz liberalismo católico mexicano resonaba un eco remoto del humanismo de Erasmo de Rotterdam, una nota de tolerancia y depuración de objetivos espirituales. Pero la Iglesia y los conservadores fueron

insensibles a esa apertura, y los Erasmos mexicanos se volvieron Luteros.

Desde los años treinta, Mora había renunciado al liberalismo constitucional de México, no por impracticable, como quería Alamán, sino por los dos inmensos obstáculos que se oponían a su desarrollo: el clero y la milicia. El frágil gobierno del vicepresidente Gómez Farías se había propuesto abolir los privilegios de ambas corporaciones: restar fueros y recursos al voraz ejército, que consumía buena parte de los presupuestos sin defender siquiera con eficacia al país, y limitar a la Iglesia a su esfera natural: la administración de las almas entre sí y con Dios. Este programa se sustentaba en gran medida en las ideas de Mora. Su idealismo constitucional de la década anterior lo había convencido de que la vía mexicana al progreso no estaba en garantizar la libertad individual mediante las leyes, sino en reformar a la sociedad desde su base para que la libertad individual adquiriese algún significado. Para su desgracia, el programa apenas se aplicó. Tras su derrota, Mora había salido hacia un exilio que sería permanente. Era significativo que, al dejar México, abandonara también su incipiente vocación de hombre de negocios: representaba a una casa inglesa editora de… biblias. Hacia 1836, las malas lenguas entre la gente de Iglesia esparcirían una noticia que nunca se confirmaría: en París, Mora se había convertido al protestantismo.

El conflicto a propósito de la Iglesia no se circunscribía, por supuesto, al ámbito mexicano, pues se había vuelto característico de la historia moderna en la Europa católica. España y, de hecho, Nueva España lo vivieron desde tiempos de los Barbones. La defensa de la Iglesia había sido un motivo central en la Revolución de Independencia. Durante las primeras décadas del periodo independiente, la cuestión religiosa estuvo, cada vez más, a la orden del día. Aunque «la

religión es una fibra muy delicada para un pueblo teocrático cual es el mexicano» —apuntaba el historiador y cronista, compañero de Morelos, Carlos María de Bustamante—,[157] la crítica al papel terrenal de la Iglesia se hizo cada vez más frecuente. Con todo, nadie imaginaba los odios casi teológicos que la cuestión religiosa provocaría en México entre los hijos ideológicos de Mora y Alamán, liberales y conservadores, ni la violencia de la guerra (certeramente llamada «de Reforma») que finalmente se suscitó entre ellos en 1858. Esta etapa sólo sería comparable con los momentos de mayor tensión entre los jacobinos y la Iglesia durante el periodo cuyas desdichas Alamán y Mora habían tratado de prevenir: la Revolución francesa.

Mora y Alamán no vivirían para ver esa revolución. Vivirían para ver el amargo capítulo que la preparó: la guerra contra los Estados Unidos y el inminente derrumbe de la nación mexicana, en cuya construcción ambos habían empeñado la vida.

NOTAS

123. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 443.

124. *Noticias biográficas del exmo. sr. d. Lucas Alamán* (México, 1853), p. 49.

125. Mora, *Obras sueltas,* p. 1.

126. Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 83.

127. Ibíd., p. 322.

128. Ibíd., p. 68-69.

129. «En la discusión del proyecto de decreto orgánico de la sesión del día 13 de mayo el sr. Mora dijo:», en *El Sol* (México), n.º 352, 31 may. 1824, p. 2.

130. Mora, *Obras sueltas,* p. 54.

131. Ibíd., p. 200.

132. Ibíd., p. 281.

133. Ibíd., p. 288.

134. Alamán, *Documentos diversos*, p. 243.

135. Ibíd., p. 247.

136. *El Tiempo* (México), t.1, n.º 1, 24 ene. 1846.

137. Alamán, *Documentos diversos*, p. 268.

138. Ibíd., p. 245.

139. Ibíd., p. 262.

140. Alamán, *Semblanzas…*, p. XXII.

141. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 2, p. 19.

142. Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (París y Nueva York, 1831-1832), vol. II, p. 305.

143. Mora, *Obras sueltas,* p. 24.

144. Ibíd., pp. 129 y 154.

145. Alamán, *Semblanzas…*, p. 142.

146. Alamán, *Documentos diversos*, p. 155.

147. Mora, *Obras sueltas,* p. 11.

148. José María Gutiérrez de Estrada, *Carta dirigida al ecsmo. Sr. Presidente de la República, sobre la necesidad de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan a la República; opiniones del autor acerca del mismo asunto* (México, 1840), p. 36.

149. Mora, *Obras sueltas,* pp. 503-504.

150. *El Observador de la República Mexicana* (México), Segunda Época, n.º 4, 24 mar. 1830, pp. 107-108.

151. Mora, *México y sus revoluciones,* vol. 1, p. 251;

152. Alamán, *Historia…*, vol. 1, p. 214.

153. Lucas Alamán, «Nuestra profesión de fe», en Luis González y González, *Galería de la Reforma* (México, 1983), p. 130; Sierra, *Evolución política…,* p. 186; «Borrador de un artículo que salió como editorial de un periódico en 1835 con motivo del aniversario de la independencia», en Lucas Alamán, *Obras* (México, 1946), tomo XI, pp. 349-351.

154. *Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores del Ramo, leída en la Cámara de Diputados el 12 de febrero de 1830 y en la de Senadores el día 13 de febrero de 1830* (México, 1830), p. 29.

155. Alamán, «Nuestra profesión de fe».

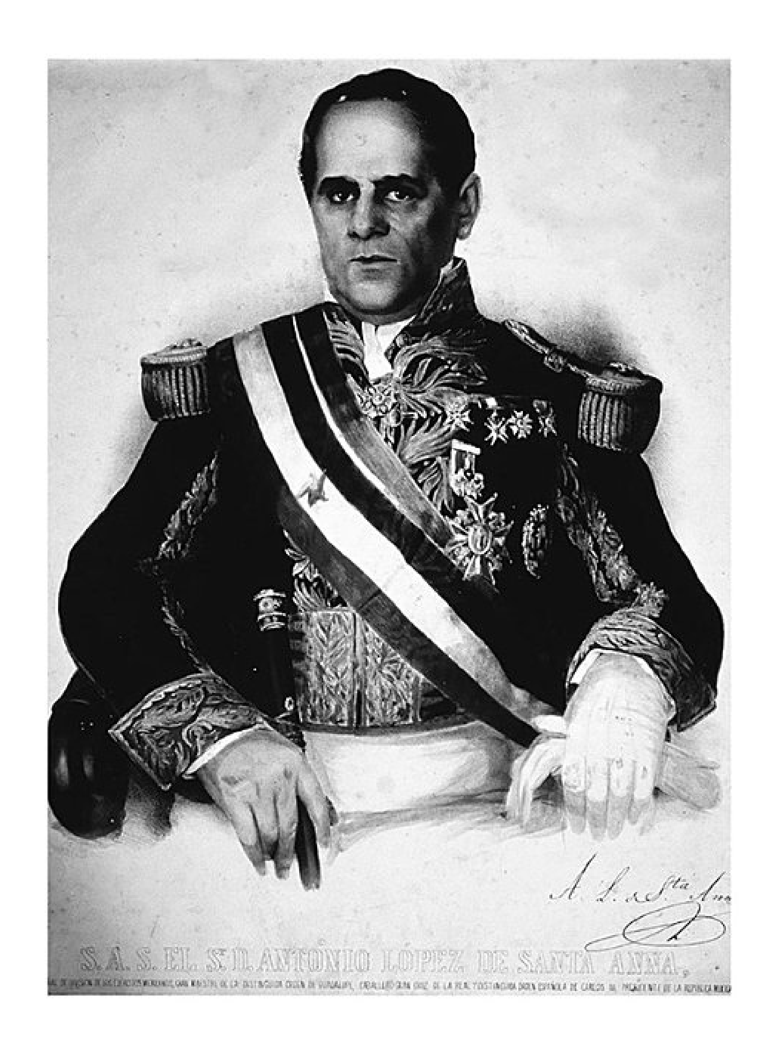
156. Mora, *Obras sueltas,* p. 249.

157. Carlos María de Bustamante, *Apuntes para la historia del gobierno del general Antonio López de Santa Anna* (México, 1845), p. 100.

«Santa Anna tiene el deseo ardiente de contribuir a salvar la República»,[158] escribía en agosto de 1846 Valentín Gómez Farías. Los azares de la política mexicana unían de nuevo el destino de ambos hombres. Como en 1833, harían la mancuerna del poder: presidente y vicepresidente. La guerra entre México y los Estados Unidos había estallado en abril. Las tropas norteamericanas avanzaban desde la frontera norte y sus barcos bloqueaban los puertos mexicanos del golfo. Se decía que, desde su exilio en La Habana, Santa Anna había pactado con un representante del presidente Polk la venta de parte del territorio a cambio de la paz perpetua y de un jugoso pago para México. No se podía explicar de otro modo el disimulo de los barcos estadounidenses que le habían franqueado el paso por Veracruz. Pero por otra parte, conociéndolo un poco, ¿quién podía creer en la palabra de Santa Anna? Cualquier promesa que hubiese hecho para manipular el curso de la guerra tendría explicación en su impaciencia por volver al país. En todo caso, volvía declarándose ferviente federalista y dispuesto por su voluntad a acaudillar un ejército contra el invasor. La única verdad detrás de todas sus posturas y mentiras era la verdad de siempre: ansiaba sinceramente la gloria, aunque esta vez sabía que la victoria era casi imposible.

Una nueva generación de pensadores y políticos, nacidos durante (y después) de la guerra de Independencia, observaba los acontecimientos con atención e intervenía crecientemente en ellos. Unos seguían las pautas radicales de Gómez Farías, creían en la vigencia de sus reformas anticlericales de 1833 y mantenían correspondencia con el gran exiliado, el doctor Mora. Se llamaban «puros». Otros, menos numerosos, defendían en el periódico *El Tiempo* las posturas ideológicas

de Lucas Alamán: la necesidad de volver resueltamente a las pautas de vida colonial. Comenzaban a llamarse «conservadores». Otros, menos numerosos aún, pensaban que la supervivencia de México sólo podía asegurarse mediante la entrega del trono a un príncipe de las casas reinantes de Europa: es decir, con una vuelta al Plan de Iguala. Se llamaban, obviamente, «monarquistas» y contaban con la anuencia abierta de los diplomáticos franceses y españoles para quienes México era «un barco que se hunde: no hay fuerza que pueda salvarlo».[159] Entre esos extremos, fluctuaba una mayoría de abogados, empleados y profesionales que se autodesignaban «moderados», partidarios del libre cambio, la república representativa, el federalismo y la libertad, pero renuentes a «comprometer», en palabras de Guillermo Prieto, «sus creencias cristianas». Quizás el más notable entre estos últimos fue Mariano Otero (1817-1850). Abogado, excelente orador, en sus obras de economista y legislador criticó los abusos de las clases privilegiadas (clero, ejército, empleados públicos) y lamentó la falta de «espíritu nacional». Al mismo tiempo y sin contradicción recibiría, poco antes de morir de cólera, la cruz de la Orden Piana otorgada por Pío IX.



Anónimo, *Antonio López de Santa Anna*, ca. 1850, grabado coloreado. Biblioteca Pública de Nueva York.

Representantes de las diversas tendencias habían intervenido en los efímeros proyectos legislativos elaborados durante los años cuarenta. En 1847, algunos eran miembros del Congreso que volvía a poner en vigor la Constitución Federal de 1824 —derogada en 1836 y modificada varias veces —. La balanza del poder ideológico había oscilado de nuevo: ahora pertenecía a una inestable amalgama de puros y moderados. Además de la ideología, tres rasgos aparentemente inocuos distinguían a estos hombres de los conservadores y monarquistas: eran por lo general más jóvenes, de cuna mestiza y provinciana.

Frente a la invasión norteamericana, los monarquistas y los conservadores sintieron que todos sus temores y profecías se hacían realidad. En febrero de 1846, Lucas Alamán había escrito un texto casi apocalíptico que los acontecimientos ulteriores parecían confirmar: «Creemos que con lo presente caminamos no sólo a la ruina, a la desmoralización, a la anarquía, sino a la disolución completa de la nación, a la pérdida de nuestro territorio, de nuestro nombre, de nuestra independencia».[160] Se habían opuesto a la guerra y pensaban que hubiese sido preferible aceptar la anexión de Texas por los Estados Unidos que erigir aquella pérdida irremediable en un *casus belli.* Una vez iniciadas las hostilidades, volteaban a Europa con mayor fervor que nunca en busca de una tabla de salvación: «perdidos somos sin remedio», escribía Alamán a Gutiérrez Estrada, «si la Europa no viene pronto en nuestro auxilio».[161] Aquélla era, en palabras de Alamán, «la guerra más injusta de que la historia puede presentar ejemplo, movida por la ambición, no de un monarca absoluto, sino de una República que pretende estar al frente de la civilización del siglo XIX».[162]

Entre los puros había gente dispuesta a todo, como el

gobernador de Michoacán Melchor Ocampo, que llegaría a aconsejar, antes que un tratado o un armisticio, una guerra de guerrillas. Otros puros, como el veracruzano Miguel Lerdo de Tejada, veían llegar el desenlace sin lamentarlo demasiado: un país dividido en sus clases, sin espíritu de cuerpo, cuya riqueza agrícola estaba en manos de un cuerpo indiferente al destino nacional (la Iglesia), no podía enfrentarse a un gigante. Era inevitable que una nación extranjera interviniera en México, y mejor que fueran los Estados Unidos que, al fin y al cabo, constituían el modelo de sociedad con que soñaban los liberales mexicanos.

La conclusión de Lerdo, compartida por muchos puros que colaborarían en el Ayuntamiento de la ciudad de México durante la invasión norteamericana, era escandalosa, pero su descripción de la sociedad no era inexacta. La prueba mayor de desunión e indiferencia por el destino del país la darían, en plena guerra, los flamantes reclutas de la Guardia Nacional. Alojados en conventos de monjas y con el apoyo del clero, estos jóvenes de las clases «decentes» se levantarían en armas, no para combatir a los «gringos» que ya ocupaban una porción importante del norte del país, sino para… conspirar contra el vicepresidente Gómez Farías en represalia por sus renovadas medidas anticlericales. El pueblo los bautizó con el nombre de una danza muy de moda por entonces, y que ellos solían practicar con mucha mayor frecuencia y destreza que la profesión de las armas: «los polkos». Uno de aquellos *polkos,* el liberal moderado Guillermo Prieto, recordaría aquella hazaña:

«Ya se deja entender el desairado desenlace del movimiento de los *polkos* y la vergüenza y humillación con que debe cubrirnos a los que arrojamos ese baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia de la patria … Otro alegaría su poca edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de

entidades para mí veneradas … Yo digo que aquélla fue una gran falta que reaparece más, más horrible a mis ojos mientras más me fije en ella».[163]

Por vías ideológicas distintas, casi todas las facciones políticas llegaban a la misma conclusión: la desunión, la penuria económica, los veinticinco años de caos desde el acceso al trono de Iturbide, la notoria inferioridad técnica y material del ejército, presagiaban el desastre. El infalible poeta popular convenía con ellos:

¿Para la guerra? No somos.
¿Para gobernar? No sabemos.
Luego, ¿para qué seremos?[164]

Muy pocos pensaban, como Melchor Ocampo, que en México podía darse una resistencia popular como la de los patriotas españoles frente a Napoleón. Además, la historia no estaba escrita aún, pues quedaba una carta por jugar, la que representaba el hombre providencial: Antonio López de Santa Anna. «De usted depende», le escribió Ocampo, «como en tantas otras veces, la suerte de México.»[165]

*

Le faltaba una pierna, tenía cincuenta y dos años, pero era el mismo de siempre. Con una velocidad prodigiosa levanta y anima en San Luis Potosí un ejército de 18.000 hombres que, casi sin alimentos, cubre 450 kilómetros en unos cuantos días. El 23 de febrero de 1847, sostiene su primer combate contra las fuerzas del general Zachary Taylor en La Angostura, Coahuila:

«Santa Anna galopa de una posición a otra, a pesar de la molestia que sufre su pierna incompleta, e indiferente a las granadas que estallan a su rededor. Un caballo cae muerto y él toca el suelo, se levanta, toma otro y sigue corriendo por el

campo, con su espada desenvainada y agitando solamente un fuetecillo. Tras él galopa un edecán, para trasmitir sus órdenes. Los soldados se inspiran con su ejemplo de valor y, durante estas horas de emoción, llegó quizás el punto más honroso de su carrera».[166]

Tras aquella batalla sin claro vencedor ni vencido, Santa Anna traslada su ejército «con increíble celeridad», dice Alamán, «a defender las gargantas de la cordillera en el estado de Veracruz, y derrotado allí [por Winfield Scott, en Cerro Gordo] todavía levanta otro ejército con que defender la capital».[167] Entretanto, a fines de mayo de 1847, Alamán escribe a Monteleone: «es imposible que una nación pueda permanecer así algún tiempo sin ser aniquilada».[168] Un mes más tarde, ve cercano el fin y sugiere sus causas:

«en esta ciudad en la que se han Estado haciendo muchas obras de fortificación, hay reunidos unos 16.000 hombres … Temerario parece que Scott marche con tan corta fuerza (12.000 hombres) contra una ciudad de 180.000 habitantes y con una guarnición tan considerable, mucho mayor que la del ejército que la ha de atacar y sin dejar comunicación establecida con la costa, pero no obstante eso, me parece infalible que tome la ciudad, porque toda esa tropa en lo general son reclutas, mandados por generales cuya velocidad en la fuga está muy acreditada, y la masa de la población no se mueve para nada, pues está viendo todo esto como si se tratase de un país extraño. Tal ha quedado de fatigada en tan diversas revueltas. Todo esto va a terminar muy pronto».[169]

Desde la azotea de su casa, el 19 de agosto, Alamán observó a través de su catalejo la batalla de las Lomas de Padierna, el modo en que el general Valencia se sostuvo, la falta de auxilio del general Santa Anna. Días antes, Guillermo Prieto se había refugiado con su familia en casa de Alamán. Ese mismo día,

Prieto presenció las querellas «horriblemente dolorosas, la saña, la envidia» entre Valencia y Santa Anna, y otras escenas imborrables:

«el momento en que el joven Agustín de Iturbide se puso al frente del batallón Celaya gritando, ¡Conmigo, muchachos, mi padre es el padre de nuestra Independencia! … el encaramarse un yanqui al asta bandera, derribarla, desgarrarla, repisotearla orgulloso … yo lo veía a través de mi llanto y aullaba como una mujer…».[170]

Seguirían las batallas de Churubusco, Molino del Rey y, el 13 de septiembre, Chapultepec, «mi bosque, mi encanto», escribía Prieto, «nido de mi infancia … atropellado, como si viera pisoteado el cuerpo de mi padre». Y al mando de todo, «entero y valiente», «afrontando los fuegos a pecho descubierto», Santa Anna:

«Parece que lo veo con su sombrero de jipijapa y su fuete en mano, su paletó color de haba y su pantalón de lienzo blanquísimo. Despilfarraba su actividad, desafiaba temerario el peligro, y así como no podía llamársele traidor, no podía … considerársele un buen general, ni como hombre de Estado, ni como personaje a la altura de la situación».[171]

En sus cartas al duque, Alamán convenía con la apreciación de Prieto: «es imposible que Santa Anna y los demás generales que tenemos lleguen a vencer». El propio Santa Anna confesaba que él y los otros generales no llegaban a cabos. Por fin, el 16 de septiembre de 1847, el vaticinio de Alamán se cumplía: «el aborrecido pabellón de las estrellas» ondeaba en el Palacio Nacional.[172]

*

A Guillermo Prieto le parecía «profundamente desagradable» el hospedaje en casa de Alamán. Tenía «hondas prevenciones políticas» respecto de su arrendador, contra

quien había escrito «todo género de dicterios». En aquella casa «silenciosa y como encantada» no transcurría el tiempo: todo era virtud, regularidad, decencia y orden. Por la tarde, «el señor Alamán» pasaba frente al cuarto de Prieto «con su sombrero de paja de grandes alas, su grueso bastón y su levita de lienzo» e invitaba al «señor don Guillermo» a pasear por el jardín. Prieto se negó hasta que, cautivado por «el encanto de sus narraciones de viaje, su conversación profunda en las literaturas latina y española…», él mismo buscaba a don Lucas. No hablaban de política. Uno y otro creían tener enfrente un fanático irredimible. Y sin embargo, Prieto lo admiraba:



R. M. Martin, *Mexico, California and Texas*, 1851, litografía a color. David Rumsey Map Collection.

«Era el señor Alamán de cuerpo regular, cabeza hermosa, completamente cana, despejada frente, roma nariz, boca recogida, con dentadura blanquísima, cutis fino y rojo el color de las mejillas … se levantaba con la luz, y se lavaba y componía. Escribía en la sala … con unos cuantos libros a la mano. Su escritorio elevado le hacía escribir de pie, y su manuscrito lo asentaba en un libro como de caja, sin una mancha, ni una borrada, ni una entrerrenglonadura, ni ceniza en las hojas, porque no fumaba. Al escribir guardaba suma compostura».[173]

El libro célebre que Alamán escribía desde octubre de 1846 era la continuación de sus *Disertaciones:* la *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente.* Al finalizar la guerra, con la ciudad ocupada, informa a Monteleone:

«en medio de las aflicciones del espíritu, que han sido las consecuencias de la invasión del territorio de la República, de la ocupación de la capital por las tropas norteamericanas, y de la disipación de tantos sueños de felicidad y engrandecimiento nacional, que el patriotismo falso había hecho concebir, y que una cruel realidad había hecho desvanecer; no han sido pocos los ratos en que me ha hecho olvidar los males presentes la lectura de los acontecimientos a que daban gran importancia nuestros mayores».[174]

Las cosas volvían a una extraña normalidad. «La tropa que ocupa la ciudad» agrega Alamán, «… no se mete con nadie. Así vamos acostumbrándonos a estar con ellos.»[175] Los jefes y oficiales norteamericanos visitaban con frecuencia el Hospital de Jesús y pedían que se les enseñara el retrato de don Hernando Cortés, «al que ven con mucha veneración».[176] El 2 de diciembre, día en que se cumplían tres siglos cabales de la

muerte de Cortés, sólo Alamán lo recordaba:

«¿Quién hubiera podido pensar en aquella época que a los tres siglos de la muerte del gran conquistador, la ciudad que él sacó de sus cimientos habría de estar ocupada por el ejército de una nación que entonces no había tenido ni el primer principio?».[177]

El drama parecía haber terminado. Santa Anna saldría al exilio, luego de dimitir de un poder que le resultaba «tan afanoso como amargo».[178] Su única aspiración había sido servir al «bien de mi cara patria».[179] Su destino, esta vez, sería lejano: una población en la provincia de Colombia, donde compró una mansión que muy pronto bautizó como el Palacio de Turbaco. A principios del año siguiente, las tropas norteamericanas saldrían también. Por el Tratado de Guadalupe Hidalgo firmado en febrero de 1848, México sufría, como Santa Anna, una mutilación, la de la mitad más rica de su territorio. «La guerra más injusta de que la historia puede presentar ejemplo»,[180] había concluido. Sobre el comportamiento de Santa Anna, la historia, sobre todo la oficial, diría que fue el acto de traición más grave de que puede presentar ejemplo. Sus detractores de entonces y después olvidaban que Santa Anna se ofreció como voluntario para dirigir el ejército, cuando pudo quedarse apoltronado en la silla presidencial. En su manifiesto a la nación, antes de salir al exilio, culpó a los gobernadores, a los comerciantes, al clero, por su indiferencia. Podía haber agregado varios otros grupos y estratos que vieron la guerra, de principio a fin, como «si se tratase de un país extraño». Alamán diría que Santa Anna «no desesperó nunca de la salvación de la República».[181] El señor don Guillermo, en su fuero interno, sabía que don Lucas decía la verdad.

*

«Nada creo que haya más difícil que representar con dignidad ante las otras naciones a un pueblo y a un gobierno como el de México»,[182] escribía a mediados de 1847 José Bernardo Couto (un fino escritor criollo de ideología moderada, traductor del *Arte Poética* de Horacio y crítico de arte) a su antiguo amigo, el nuevo ministro mexicano en Londres, José María Luis Mora.

Mora dio a ese cargo, literalmente, su último aliento. Aunque nunca había admirado de modo particular a los Estados Unidos (su liberalismo tenía origen francés), en tonos similares a los de Alamán lamentaba que la república ejemplar de la era moderna hiciese una guerra imperial a la débil república vecina. Meses antes, Mora había procurado inútilmente interesar a Francia en el conflicto. El futuro más probable para México, argüían las autoridades francesas, era «ser agregado a los Estados Unidos». En Inglaterra, Mora se entrevistó con el ministro Palmerston y le envió varias comunicaciones. De acuerdo con «el carácter propio de la raza española», argumentaba en una de ellas, México rehusaba firmar la paz propuesta por los Estados Unidos porque no estaba dispuesto a ceder por la violencia. No le faltaron tampoco argumentos diplomáticos: Inglaterra y otros países neutrales perderían el acceso a la riqueza minera del país y al estratégico territorio de Texas. En el extremo, Mora trató de interesar a Inglaterra en la compra de las Californias a cambio de su interés en el conflicto. Fue inútil: Palmerston criticó la «poca cordura» de México al no reconocer a Texas y se negó a involucrar a su país en la guerra. La derrota mexicana no afectaría a la balanza de poder europeo. «Los mexicanos», lo admonizó con desdén, «deben poner manos a la obra y construir una nación sólida y perdurable.»[183] Mora, por su parte, confesó decepcionado a un compatriota: «Todo tratado de paz que se haga entre México y los Estados Unidos,

de parte de esta última nación, no es sino una tregua que prepara para lo sucesivo los avances de una nueva invasión».[184]

Mora se enfrentó con Palmerston por un motivo adicional, que a sus ojos era aún más grave: la terrible Guerra de Castas que había estallado en Yucatán mientras las tropas norteamericanas se acercaban al centro del país. A través del territorio de Belice, los ingleses vendían armamento a los indios mayas que asolaban las ciudades blancas. Antes que conmoverse por la pintura que le hizo Mora, Palmerston aprovechó la ocasión para pontificar de nuevo: México debía ofrecer garantías a los inmigrantes, pero toda colonización resultaba «absolutamente incompatible con los desórdenes públicos que constituían, hasta ese momento, el estado habitual de la sociedad mexicana».[185] Era triste que el displicente ministro no sospechase siquiera la estatura intelectual, la obra magnífica, la coherencia moral del hombre que tenía enfrente. En 1848, dos años antes de su muerte, mientras veía con horror el fantasma de la revolución social que recorría Europa, Mora vio en la Guerra de Castas un nuevo capítulo de la guerra insurgente. Con un agravante: la atrocidad extrema. Si bien las huestes de Hidalgo que habían arruinado a su familia, las mismas que había visto Alamán en Guanajuato, saqueaban y asesinaban, sus actos no tenían paralelo con lo que ocurría en Yucatán. Como si toda la furia acumulada durante siglos de dominación blanca hubiese encontrado la oportunidad de la venganza, hubo desollados vivos, teas humanas, violaciones tumultuarias, asesinatos colectivos: «La guerra de colores», escribió Mora, «es la peor que ha sufrido México porque debería terminar con el exterminio de una de las partes contendientes y dentro del orden natural de las cosas estaba que pereciera la menos numerosa».[186] El gobierno de Yucatán se hallaba más que

dispuesto a trocar la soberanía de su territorio por tropas que pusiesen coto al horror de la «guerra de colores». Mora recomendaba a su amigo Mariano Otero, ministro de Relaciones, la resuelta contratación de miles de mercenarios yanquis para detener el exterminio de la raza blanca. Y algo más:

«echar fuera de la península a todos los elementos de color, multiplicar en ella a los de la raza blanca … tener el más grande cuidado de que los de esta raza en la línea divisoria sean exclusivamente españoles».[187]

A la postre, no habría necesidad de una cesión territorial. Con alguna ayuda militar norteamericana, pero sobre todo con fuerzas propias, la Federación Mexicana acudiría en auxilio del orgulloso territorio yucateco y en unos meses sofocaría, a sangre y fuego también, la «guerra de colores». A partir de entonces, Yucatán se integraría de modo definitivo a la Federación Mexicana. Tampoco tuvo que recurrirse a la expulsión colectiva de los indios recomendada por Mora. En aquellos últimos años de desesperación, Mora, tocando el fondo de su identidad criolla, se encontraba, como Alamán, con España. De ahí la agudización de su rechazo a «los elementos de color», de ahí que aconsejase una suerte de reconquista social y cultural de la antigua Nueva España por parte del país hispano. Como otras, esta prescripción no surtió efecto. Nunca llegó la gran oleada colonizadora de España, ni aunque se tratara de tierras regaladas. México era el fin del mundo, el país de la eterna revolución. La última paradoja en la vida del padre del liberalismo mexicano, que estudió con detalle la Revolución francesa para prevenir su violencia y su despótico desenlace, sería morir en París en el aniversario de la toma de La Bastilla, en 1850.

*

Desde su exilio europeo, Mora creyó ver el exterminio de la raza blanca en Yucatán. Desde su ostracismo en México, Alamán presintió, al retirarse el ejército norteamericano, desgracias similares. De pronto, el torbellino mundial de aquel 1848 llegaba al país bajo la forma de una insurgencia inesperada pero, en el fondo, latente: la lucha entre los pueblos (mestizos, pero con profunda raigambre indígena) y las haciendas por la tenencia de la tierra.

El problema de la tierra era tan antiguo como la historia de México. Desde el siglo XVI, la intrusión española en el territorio de las comunidades indígenas había provocado en ellas un repliegue defensivo que, por una parte, afianzó la unidad íntima y sustancial del hombre con la tierra que las caracterizaba, y por otro, favoreció el particularismo y exclusivismo de las unidades políticas llamadas «pueblos». A lo largo de la época colonial, los indios y los pueblos lucharon por sobrevivir frente al continuo acoso de las haciendas españolas mediante diversas estrategias legales, extralegales y, por excepción, violentas. «Podía haberse cubierto el territorio de la Nueva España con los expedientes de los litigios a que la distribución de la tierra dio lugar»,[188] escribiría Justo Sierra. Tenía razón, pero la existencia misma de esos litigios durante tres siglos era prueba de que el sistema judicial novohispano seguía teniendo un cierto peso. En 1810, solamente en la zona central del país, cuatro mil pueblos indígenas habían sobrevivido.

La desaparición del Estado tutelar español en 1821 había afectado directamente a los pueblos mestizos y a las comunidades indígenas porque los privó de su protección o de la esperanza de su protección. En la medida en que el nuevo Estado había nacido débil y pobre, los poderes locales y regionales se fortalecieron hasta convertirse en feudos que

actuaban impunemente contra las comunidades y los pueblos. Éstos comenzaron a reaccionar con violencia en casos aislados desde los primeros años de la independencia, pero el fenómeno se intensificó a partir de la década de los cuarenta y llegó a su límite luego de la guerra con los Estados Unidos. Era como si las comunidades y los pueblos hubiesen advertido que su centenaria querella por la posesión de la tierra no podía resolverla un Estado nacional en plena desintegración, y que su única alternativa, ante el vacío de poder, era tomar las armas.

Del antiguo Marquesado del Valle que la Corona española había dado en posesión a Hernán Cortés, sólo quedaba la hacienda de Atlacomulco que Alamán administraba para Monteleone. En esa zona comenzaron a proliferar conflictos armados entre pueblos y haciendas. Dentro de la vieja demarcación del marquesado, en 1848 los campesinos del pueblo de Xicontepec, al sur de Cuernavaca, ponían los linderos de su propiedad en el patio mismo de la hacienda de Chiconcuac y ocupaban la contigua hacienda de San Vicente, donde levantaron nuevas «mojoneras» (marcas de linderos) que señalaban la recuperación de las tierras comunales. En octubre de 1850, los indígenas de la municipalidad de Cuautla, la ciudad del sitio de Morelos, rompían la barda de piedra construida por el hacendado. Aunque las tropas acantonadas en Cuernavaca recibieron órdenes de reprimir a los indios, los soldados no las cumplieron argumentando que «el pueblo, exasperado de no tener tierras donde vivir y convencido de que el "fundo" [perímetro inviolable que la Corona les había otorgado siglos atrás] está hace mucho tiempo usurpado por las haciendas, había dirigido sus quejas al supremo gobierno … y que lejos de que aquella queja fuera oída, se echó al olvido…».[189] Las autoridades centrales vieron en estos movimientos el contagio de la revolución social que

acababa de ocurrir en las calles de París. En un informe fechado en 1850, el prefecto político de Cuernavaca admitía que el problema era propio: «La palabra tierra es aquí piedra de escándalos, el aliciente para un trastorno y el recurso fácil del que quiere hacerse de la multitud».[190] Dos años más tarde, el comandante general de Cuernavaca señalaba otro elemento clave, el agravio étnico: «Quieren dirigir la revolución lanzándose contra las personas de los españoles y haciéndolos asesinar».[191]

Para remediar la situación de los indios yucatecos y, en general, de las comunidades indígenas, Alamán proponía, como respecto de tantas otras cosas, la vuelta al sistema colonial. Había que restablecer la administración de justicia para los indios: un sistema protector que los tratara como menores de edad en una república separada, paternalmente regida por las benévolas Leyes de Indias. Había que propiciar de nueva cuenta, como en el siglo XVI, la labor civilizadora de los misioneros. En cuanto a la querella entre los pueblos y las haciendas, Alamán fue mucho más reservado porque afectaba sus intereses como hacendado y representante de Monteleone, pero también por otra razón, más profunda:

«la guerra interior tomará el carácter de guerra de castas entre las varias que forman esta población, y siendo de ellas la menos numerosa la blanca, habrá de perecer y con ella todas las propiedades que le pertenecen».[192]

Sorprendentemente, era la misma imagen de Mora, descrita con las mismas palabras, aunque el fenómeno al que aludía no fuera la guerra de Castas en Yucatán sino la de los pueblos contra las haciendas en el centro de México. Siendo notable, la coincidencia no era casual. La «guerra de colores» —en Yucatán o en el centro de México— tocaba la misma cuerda dolorosa y sensible en los dos criollos: los remitía a la

Revolución de Independencia, que había puesto frente a frente a los indios y a los criollos. Su reaparición en 1848, tras tantos años de esfuerzo inútil por construir una nación estable, colocaba a los criollos de todas las filiaciones políticas —representados por Mora y Alamán en una situación de vida o muerte, en la alternativa de ellos o nosotros. Sintiendo el rechazo violento de los indios, era natural que aquellos criollos nacidos y criados en tiempos coloniales, se replegaran a su potestad más íntima: la española. La dureza de su juicio sobre los indios no reflejaba tanto la realidad como la propia desesperación histórica. El país se les iba de las manos. Vagamente sospechaban que nunca volvería a pertenecerles.

«¡Mueran los gachupines!» Aquel «pavoroso grito de muerte y desolación» que Alamán había escuchado mil veces en los primeros días de su juventud, seguía resonando en sus oídos cuarenta años más tarde.[193] Era como volver al comienzo o como nunca haber comenzado. Era como perderlo todo. Parecía el apocalipsis de México: representaba sólo el apocalipsis de los criollos.

*

Aquello no era el apocalipsis nacional, pero se le parecía mucho: guerra contra los Estados Unidos; guerra de Castas en Yucatán, revueltas agrarias en el centro del país; estado de guerra permanente contra los indios nómadas (apaches, comanches, etc.), que a raíz de la anexión de Texas asolaban, como en tiempos de la Colonia, a todos los estados del norte del país (Sonora, Chihuahua, Coahuila, Tamaulipas) y aun se aventuraban a saquear ciudades mineras en estados lejanos de la frontera (Durango, San Luis Potosí, Zacatecas). Por si faltase una guerra en aquella geografía bélica, estaba la guerra cotidiana contra los enjambres de bandidos que asolaban los caminos reales que la República había heredado de la Colonia,

o la guerra defensiva contra un aventurero francés llamado Rousset de Boulbon, que intentó hacer del estado de Sonora su propiedad personal.

Hacia 1850 México se encontraba en los antípodas de aquel insensato optimismo de 1821. Sus ocho millones de habitantes constituían una población notoriamente escasa aún para los dos millones de kilómetros cuadrados que le quedaron al país después de la guerra contra los Estados Unidos. Además, a la casi nula inmigración (excepción: algunas familias de comerciantes franceses, las *barcelonettes,* llegadas en los años cuarenta) se aunaba la altísima mortalidad infantil. En el campo, la unidad económica fundamental seguía siendo, como en el periodo colonial, la hacienda autárquica, donde la servidumbre por deudas era costumbre ancestral: había 6.000 haciendas en 1850. Fuera de un núcleo moderno de fábricas textiles concentradas en Puebla y de la persistente labor minera, la actividad industrial se desarrollaba con ostensible deficiencia. Lo mismo ocurría con las comunicaciones: mientras los Estados Unidos tendían a toda prisa sus vías férreas hacia el Oeste y el Mississippi-Ohio Steam Boat cruzaba territorio norteamericano, México se servía de mulas y caballos como transporte para enlazarse, con inmenso riesgo para vidas y propiedades. La diligencia entre México y Guadalajara, las dos ciudades principales, hacía el viaje en siete días. Apenas en 1857 se inauguraría la primera línea de ferrocarril en la capital, pero sus propósitos no serían precisamente comerciales: comunicaba el centro de la ciudad con el Santuario de la Virgen de Guadalupe. Para colmo, a la pobreza general se aunaba la del erario: una deuda externa de 52 millones de pesos pendía sobre gobiernos tan incapaces de generar nuevas fuentes de ingreso como esclavos de una numerosa clase burocrática y militar. Según Justo Sierra, la mejor definición de gobierno era «banco de

empleados armados que se llamaban ejército».[194]

Las enfermedades contraídas por el tronco español en cuando menos dos siglos de decadencia y que habían precipitado la desintegración de sus colonias americanas a partir de 1810, se reproducían en su rama mexicana, pero esta vez en el breve espacio de 25 años: la misma ineficacia militar y diplomática, la misma incapacidad para generar nuevas fuentes de ingreso o para manejar con provecho los datos elementales de la vida económica, la misma influencia excesiva, costosa, improductiva de instituciones tradicionales como la milicia y el clero; la misma mentalidad deprecatoria, fatalista de sus élites gobernantes y pensantes. Acabado de nacer, México estrenaba decadencia.

Lucas Alamán, sin embargo, no trazaba un arco entre la suerte del tronco y de la rama. Seguía creyendo, con mayor certeza que nunca, que el error de la rama había estado en separarse violentamente del tronco, negar su filiación, sus raíces. En el último tomo de su magna *Historia de México* incluyó un ingenioso mapa que llamó «Estado comparativo». El lector tenía frente a sí un balance visual y numérico de la desdichada existencia independiente de México y una condena a los gobiernos republicanos. Con una línea azul aparecía el límite territorial en 1821; con una línea roja, la situación en 1852. Ahí estaba, inobjetable, la pérdida total de los territorios de Nuevo México y la Alta California, además de la mutilación de Tamaulipas, Chihuahua y Coahuila y Texas. Junto al mapa, Alamán incluyó varios cuadros con los indicadores que consideró significativos para ponderar, en el tiempo, la evolución política y económica del país. Hacía tres cortes: 1821, 1832 (el fin de su propia administración con Bustamante) y el momento en que escribía, 1852. La comparación era, en verdad, abrumadora: muchas de las

tendencias negativas de la década de los veinte se habían estabilizado en 1832, pero a partir de entonces el deterioro era notable: ascenso vertical de la deuda (34 a 52 millones de pesos), descenso de las rentas (14 a 10, con todo y el primer aporte de 6 millones correspondiente a la indemnización norteamericana, cuyo total sería de 15 millones), debilidad numérica del ejército, pérdida de territorio, aumento enorme de la frecuencia y la profundidad de las incursiones de los indios nómadas, virtualmente contenidas en puntos muy altos de la frontera hacia 1832. La conclusión de aquel empresario historiador era clara:

«Al ver en tan pocos años esta pérdida inmensa de territorio; esta ruina de la Hacienda, dejando tras de sí una deuda gravosísima; este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que hayan quedado medios de defensa; y sobre todo, esta completa extinción del espíritu público, que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional: no hallando en México mexicanos, y contemplando a una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, sin haber disfrutado más que un vislumbre de la lozanía de la edad juvenil ni dado otras señales de vida que violentas convulsiones, parece que habría razón para reconocer con el gran Bolívar que la independencia se ha comprado a costa de todos los bienes que la América española disfrutaba, y para dar a la Historia de aquélla el mismo título que el venerable obispo Las Casas dio a su Historia general de Indias: *Historia de la destrucción de las Indias,* pues lo que ha pasado en México, se ha repetido con muy ligeras y temporales excepciones en todo lo que fueron posesiones españolas, sintiéndose en México los efectos del desorden de una manera más dolorosa, por tener un vecino poderoso que ha contribuido a causarlos y ha sabido aprovecharse de ellos».[195]

Sin embargo, Alamán pensaba que el desastre mexicano no era completo ni fatal y podía ser revertido. Para demostrarlo, presentó sus tesis con el siguiente método: inventario de recursos, diagnóstico del mal, remedios de salvación, riesgos de no adoptarlos.

En su inventario de recursos, Alamán se refería, más que a los naturales, a los humanos. Aquéllos los daba por sentados. Si las ideas de extraordinaria riqueza habían sido exageradas, no lo eran menos las contrarias, que a mitad del siglo se hacían valer:

«En la República Mexicana se ha pasado de unas ideas excesivas de riqueza y poder a un abatimiento igualmente infundado, y porque antes se esperó demasiado, parece que ahora nada queda que esperar».[196]

La verdadera riqueza mexicana estaba en sus venerables instituciones, en la actividad privada de sus ciudadanos y en su pueblo «que nada pide»: dócil, bien inclinado, tranquilo, leal a sus profundos sentimientos religiosos, «lazo de unión que queda cuando todos los demás han sido rotos».[197] La columna vertebral de la sociedad, «lo único que ha permanecido inmutable» en medio de los trastornos, era la Iglesia. Había que apuntalar su poder en la educación y así revertir el «raro fenómeno de que los jóvenes mexicanos, para educarse en principios enteramente religiosos, van a aprender a ser católicos en países protestantes».[198] No se trataba de ignorar los avances de la técnica y la ciencia del siglo; Alamán mismo se había esforzado por arraigarlos en México en diversos momentos de su desempeño público. Pero creía importante poner coto a la afluencia de abogados, médicos y naturalistas que, educados sin el apoyo de la religión, se abandonaban a la superficialidad y el descreimiento característicos del siglo.

A juicio de Alamán, sobraban las muestras de grandeza en México, sobre todo en los ámbitos ajenos al gobierno: el decoro de sus institutos de cultura y arte, la elegancia de su arquitectura civil, la bonanza de las minas, la abundancia de cosechas, los ingresos crecientes de algunas aduanas y hasta el número de coches particulares (mayor que el de cualquier ciudad de Europa y los Estados Unidos en proporción al número de habitantes). En las calles empedradas apenas podían rodar esos «soberbios carruajes con hermosos caballos … muchas son depósitos de inmundicias que forman el más chocante y triste contraste con la hermosura de las casas que en ellas hay … Esas casas y esas calles presentan en compendio el estado de la República: todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y de los esfuerzos de los particulares ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído: los elementos de la prosperidad de la nación existen, y la nación como cuerpo social está en la miseria».[199]

En el fondo del malestar mexicano existía un problema moral: las ideas de egoísmo injertadas por «la filosofía irreligiosa y antisocial del siglo XVIII» habían reducido todos los afanes a uno solo: el de obtener dinero. «Pero no se ha reflexionado, que siendo el principio fundamental de la sociedad moderna el egoísmo, éste no puede ser base de ninguna institución política.»[200] Faltaba un centro rector en la nación, una filosofía política que integrara a los individuos, no que los disgregara. «¿Por qué», se preguntaba, en definitiva, Alamán, «la existencia de la nación es tan incierta?» Dados los antecedentes, su respuesta tenía «todo el rigor de una demostración matemática»: *«las instituciones políticas de esta nación no son las que requiere para su prosperidad:* es, pues, indispensable, reformarlas».[201]

México no podía correr el riesgo de persistir en los esquemas que lo habían conducido a la bancarrota, el descrédito, la debilidad y el desmembramiento. Tenía un vecino demasiado poderoso. En el caso, nada remoto, de que los estados esclavistas del Sur se separaran de la Unión Americana —argumentaba, con exactitud profética para ese momento, Alamán—, la nueva nación anexaría nuevas tierras, traería a sus esclavos y «sujetaría a servidumbre más o menos rigurosa a los indios y castas del país que ocupen».[202] En ese caso, nada imaginario, no sólo México perdería: también España (a Cuba y Puerto Rico) e Inglaterra (a Jamaica y las Antillas). El impulso expansionista podía llegar hasta Panamá y así dominar el comercio en el Pacífico.

Las reformas que proponía Alamán en 1852 no eran, en esencia, distintas de las de su programa de 1846. Entre ellas destacaban: el fortalecimiento del ejecutivo, una nueva división territorial de acuerdo con criterios de lógica económica, la centralización del sistema hacendario, la reducción de los miembros y las funciones del Congreso («No necesitamos Congresos, sólo algunos consejeros planificadores»),[203] el restablecimiento de una antigua fórmula jurídica española: el juicio de residencia, que arraigaba y sometía a escrutinio el comportamiento de los funcionarios públicos luego de terminar su gestión. El gobierno debería, en suma, volver al viejo y probado cauce de la «acción paternal»:

«Esto hará nacer el espíritu público, ahora enteramente apagado, y restablecerá el carácter nacional que ha desaparecido. Los mexicanos volverán a tener un nombre que conservar, una patria que defender y un gobierno a quien respetar, no por el temor servil al castigo, sino por los beneficios que dispense, el decoro que adquiera y la

consideración que merezca. Para obtener estos títulos, no es preciso que el poder recaiga en hombres de gran capacidad: decoro y probidad es todo lo que se necesita».[204]

Había que derogar, por supuesto, la Constitución y encargar a una pequeña comisión de tres o cinco individuos la elaboración del nuevo código de gobierno. Porque en México «todo está por hacer, por haberse destruido todo lo que existía»,[205] no había tiempo para deliberaciones. Nada más urgente que el establecimiento del gobierno firme y paternal, y nada más remoto a su sentido «que la idea de dictadura … absolutamente excluida de los medios en que puede pensarse para la reforma de la Constitución». Mucho se había perdido, pero, salvo la merma territorial «todo lo demás admite remedio». Con la reforma de las instituciones, «el principio de una nueva época» podía estar cerca.

Aquel quinto y último libro de la magna historia que Alamán había escrito en medio de la catástrofe nacional, no terminaba en un tono festivo u optimista; era admonitorio, como si secretamente Alamán sospechara que su proyecto, en el México y en el mundo de mediados de siglo, por razones que no columbraba, tuviese cierto carácter de utopía retrospectiva. En unas cuantas líneas de gran intensidad dramática, concentraba su crítica al pasado inmediato. Al hacerlo, advertía que reincidir en los errores de ese pasado sería condenar sin remedio al país. Toda la crítica histórica de Alamán cabía en esta estampa:

«Síganse desperdiciando los elementos multiplicados de felicidad que la providencia divina ha querido dispensar a este país privilegiado; sígase abusando del gran bien de la independencia en lugar de considerarlo como base y principio de todos los demás; llámense aventureros armados a los estados más distantes y de más difícil defensa, para que se

hagan dueños de ellos; prodíguense por los estados ricos los recursos en que abundan, invirtiéndolos en empresas innecesarias; gástense por el gobierno general los pocos con que cuenta en cosas superfluas, mientras carece de ellos para las atenciones más indispensables para la defensa de la nación; continúen los escritores adormeciendo a ésta con ficciones lisonjeras, haciéndole desconocer su origen, y presentándole por historia novelas, en que disculpando o disimulando las malas acciones y aun ensalzándolas como buenas, se induce a volverlas a cometer, y privando de la gloria que le corresponde al autor de la Independencia [Iturbide] y a los que con él cooperaron a hacerla, se atribuye ésta a los que, cualquiera que sea el motivo, no fueron los que la consiguieron [los insurgentes]; prosígase consagrando este injusto despojo, este acto de ingratitud con una fiesta nacional [el 16 de septiembre]; considérese como mal ciudadano al que dice la verdad».[206]

De continuar la costumbre de torcer la verdad de los hechos, al cuadro en que se pintaba a la nación sólo le haría falta una «breve pincelada». En este momento el Alamán historiador, el ciudadano que «dice la verdad», se vuelve el Alamán profeta bíblico:

«México parece destinado a que los pueblos que se han establecido en él en diversas y remotas épocas, desaparezcan de su superficie, dejando apenas memoria de su existencia; así como la nación que construyó los edificios del Palenque y los demás que se admiran en la península de Yucatán, quedó destruida sin que se sepa cuál fue ni cómo desapareció; así como los toltecas perecieron a manos de las tribus bárbaras venidas del norte, no quedando de ellos más recuerdo que sus pirámides en Cholula y Teotihuacán; y así como por último, los antiguos mexicanos cayeron bajo el poder de los

españoles, ganando infinito el país en este cambio de dominio, pero quedando abatidos sus antiguos dueños: así también los actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquéllos merecieron, se podrá aplicar a la nación mexicana de nuestros días lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: *stat magni nominis umbra:* "no ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre"».[207]

*

El proyecto de Alamán de un gobierno paternal, tutelar, ordenado, desdeñoso de los congresos y las deliberaciones, atento a unos cuantos consejeros, eminentemente práctico, no era una utopía en sí mismo: era una utopía en ese momento y para los criollos. Existía, sin embargo, un nivel de gobierno en que había sido posible ponerlo en práctica. De hecho, en 1849, tres años antes de concluir su último volumen, Alamán había presidido con gran éxito un gobierno paternal y ordenado: el del Ayuntamiento de la ciudad de México, institución de vieja raigambre española que Hernán Cortés había establecido tras la conquista. Al ocupar su sitial en el Ayuntamiento, Alamán pudo sentir que encarnaba aquellos tiempos:

«Fueron los cuerpos municipales en su origen el principio y la base de la libertad civil: los fueros y cartas de privilegios de las ciudades y villas, eran una parte esencial de las instituciones nacionales, y la observancia de esos fueros fue por mucho tiempo la seguridad que tuvieron las personas y las propiedades. Las facultades de estos cuerpos, eran grandes y grande también fue el beneficio que con ellas se hicieron».[208]

Grande sería también el beneficio que en unos cinco meses de gestión lograría Alamán para la ciudad. Niveló sus

finanzas, organizó su sistema fiscal, introdujo para la higiene citadina una máquina limpiadora de atarjeas conocida como «la rosca de Arquímedes», planeó la introducción de tubería subterránea para acabar con el sistema de acueductos y prevenir epidemias, organizó una empresa para sustituir el viejo alumbrado público por las nuevas lámparas de trementina, reorganizó juzgados, reparó las infames cárceles, estableció en ellas nuevos sistemas de rehabilitación, se aplicó a la construcción de mercados y calles lo mismo que a la mejora de hospitales; con particular cuidado reformó la instrucción pública, organizó el archivo municipal y dio brillo al teatro nacional. Tanta belleza y orden no podían durar. México era, todavía, un país de revoluciones. La amarga polémica que sus interpretaciones históricas desataron entonces determinó su salida del Ayuntamiento. La prensa «pura» rechazaba que un enemigo de la Independencia y de los insurgentes tuviese un cargo público, así fuese, como era el caso, de elección popular.

Alamán no se inmutaba ante los cargos. En el epílogo del cuarto y penúltimo tomo de su *Historia de México,* insistía en su interpretación de la Independencia (que, dicho sea de paso, otorgaba una gravitación excesiva a Hidalgo y olvidaba el aspecto constructivo de Morelos):

«No fue ella una guerra de nación a nación, como se ha querido falsamente representarla; no fue un esfuerzo heroico de un pueblo que lucha por su libertad para sacudir el yugo de un poder opresor: fue, sí, un levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilización; por esto vemos entre los jefes del partido independiente, tantos hombres perdidos, notados por sus vicios o salidos de las cárceles, a quienes en vano se esforzaban en reducir a un orden regular; los pocos hombres apreciables que entraron en aquella carrera deslumbrados por ideas lisonjeras, cuya

realización conocían ser imposible luego que estaban en situación de palpar el desorden y la confusión de que se veían rodeados. Esto produjo una reacción de toda la parte respetable de la sociedad en defensa de sus bienes y familias, que dio fuerzas y proporcionó recursos al gobierno: esto fue lo que sofocó el deseo general de independencia, y esto finalmente, por lo que combatieron bajo los estandartes reales, muchos hombres cuyas opiniones eran decididas por ella, pero que no querían recibirla con el acompañamiento de crímenes y desórdenes con que se presentaba. El triunfo de la insurrección hubiera sido la mayor calamidad que hubiera podido caer sobre el país».[209]

El había probado su tesis «con documentos irrefragables». Le iba la vida en evitar que la revolución de 1810 pasase definitivamente a la conciencia colectiva de México como la cuna del país y «su mayor título de gloria». La paradoja mayor fue que, presentando su versión con tal claridad, detalle y pasión, logró justamente lo que no quería, afianzar la versión que «alteraba los hechos» y erigirla, ya definitivamente, en la verdad oficial.

*

El Ayuntamiento de la ciudad de México no fue la última estación política en la vida de Alamán. La providencia le tenía reservada una más, que el propio Alamán buscó con denuedo: el Ministerio de Relaciones en el gabinete del imprescindible Antonio López de Santa Anna. Llamado por varias facciones políticas, renuente en un principio —como siempre— a aceptar la oferta, quejoso de la ingratitud de sus paisanos, que le achacaban la derrota frente a los norteamericanos cuando había comprometido en esa lucha su vida y, por si fuera poco… sus fondos personales, Santa Anna había resuelto finalmente —como siempre— volver a la silla presidencial.

«En manos de usted, señor general», le había escrito Alamán, luego de proponerle en detalle su programa de reformas, «está el hacer feliz a su patria colmándose usted de gloria y de bendiciones.»[210] Iba a ser la postrera alianza de aquellos dos criollos: el caudillo imprescindible y el intelectual conservador.

En 1821, al comenzar su ciclo histórico, el México criollo había estallado en loas para Iturbide. En 1853, al concluir su ciclo, a Santa Anna se le recibía de nueva cuenta como al Mesías: «Todo espera su remedio del general Santa Anna», apuntó el editorialista de *El Universal:* «venga pues, como lo ha anunciado … llamado de nuevo por la providencia divina al noble encargo de salvar a México de su ruina».

Entre vítores, aplausos y campanadas, Santa Anna entró en la ciudad por el camino de la Villa de Guadalupe, el 20 de abril de 1853. «No pudo haber un corazón mexicano que no se abriera a la esperanza», comentó el mismo diario capitalino. Por su parte, el general advertía: «tengo mucha experiencia y conozco que este país necesita el gobierno de uno solo, y palos a diestra y siniestra».[211] Lo cierto es que, en ese momento, Santa Anna no tenía en mente el gobierno de uno sino el de dos: él y Alamán.

En un santiamén, el nuevo ministro puso en práctica sus bases para la administración de la República, declaró en receso las legislaturas, decretó que los estados volvieran a su antigua demarcación abandonando el federalismo, «causa de la desgracia del país». Por fin la historia de México podía regresar al cauce del que, a juicio de Alamán, nunca debió haberse salido. Todo parecía propicio para el renacimiento del proyecto conservador. El propio Alamán podía desmentir ahora, con su gestión, no sólo en la ciudad de México sino en el país entero, los sombríos presagios del último volumen de

su *Historia.*

Era tarde. A sus cincuenta y nueve años, estaba exhausto y enfermo. Como la de Santa Anna, su vida se había enlazado con la de México, con sus revoluciones y proyectos, con sus pesadillas y sueños, con sus riquezas y miserias. No obstante, su enlace con la biografía de la nación había sido más doloroso que el de Santa Anna. Si bien es cierto que el general ostentaba su pierna amputada como seña de su compromiso con la patria, Alamán había sufrido mutilaciones de otro orden: el moral. De todas se repuso: un amor del tamaño de la nación cuya historia veneraba había guiado sus pasos en la vida pública, sus empresas, sus discursos y sus libros, pero las esperanzas frustradas de que ese mismo amor pudiese hallar recompensa en la felicidad pública habían lastimado su cuerpo hasta agotarlo. Había transcurrido un mes escaso desde su toma de posesión cuando murió, el 2 de junio de 1853.

*

Sin la presencia intelectual y moral de Alamán, Santa Anna perdió la brújula y, sin contrincantes a quienes vencer o contra quienes conspirar, no tuvo más remedio que ejercer la presidencia del único modo que sabía, podía y quería: *en roi.* Ya ni el palenque lo colmaba, porque los apostadores, tramposos, se dejaban ganar, y él lo sabía. Entonces se abandonó a todos los excesos del boato imperial, salvo uno: el de ceñirse la corona. Integró una corte de húsares vestidos a la usanza suiza, se prodigó en retratos y estatuas, restableció la orden de Guadalupe fundada por Iturbide y se hizo llamar —como Hidalgo en Guadalajara— «Alteza Serenísima». Sus relaciones con la Iglesia se hicieron tan estrechas que nombró consejero de Estado al arzobispo, volvió obligatorio el catecismo del padre Ribalda y decretó el retorno de la

Compañía de Jesús a México. Impuso contribuciones extravagantes —al número de perros en una casa, por ejemplo —. Con sus enemigos políticos fue implacable: no mató, pero puso en vigor una Ley de Conspiradores —él, que había sido el conspirador por antonomasia— y persiguió no sólo las opiniones escritas sino los rumores, las murmuraciones. No actuaba con particular saña sino *en roi*, dando «palos» a diestra y siniestra. A quienes consideraba más peligrosos, los desterraba. Hasta Nueva Orleans fueron a parar dos gobernadores que no comulgaban con sus medios ni con sus fines: Melchor Ocampo, de Michoacán, y Benito Juárez, de Oaxaca.

En la política exterior, el undécimo periodo de Su Alteza Serenísima cerró el último, humillante capítulo de la guerra con los Estados Unidos: la cesión de una franja adicional de territorio, la zona de La Mesilla. Tiempo después, Santa Anna recibió la visita de un acucioso cronista y cartógrafo, Antonio García Cubas. Ante la vista del presidente vitalicio, desplegó un mapa cuidadosamente elaborado del territorio nacional, el anterior a la guerra y el posterior. Sin hacer comentarios, Santa Anna se echó a llorar: por primera vez calibraba lo que el país había perdido.

México no prosperó durante el sainete imperial de Su Alteza Serenísima, pero el género operístico alcanzó, significativamente, su punto cenital. El Gran Teatro de Santa Anna se volvió el sitio de reunión preferido de aquella alta sociedad aficionada, como nunca antes, a la ópera. Varias compañías italianas, contratadas por una temporada, se quedaban meses en México, a gozar de la idolatría del público, las crónicas elogiosas de la prensa y las generosas subvenciones oficiales. La mismísima diva Enriqueta Sontag cautivó con su tersa voz a los emperifollados «catrines» de la ciudad. Se estrenaron varias obras de autores mexicanos que

en ese momento parecieron inmortales. *Apoteosis de Iturbide* fue una de ellas. La función se anunciaba, invariablemente, con estas palabras:

«Dedicada a Su Alteza Serenísima, general de división, presidente de la República, benemérito de la patria, caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III y Gran Maestre de la Nacional y Distinguida Orden de Guadalupe: don Antonio López de Santa Anna».[212]

El auge de la ópera en 1854 cerraba, parodiándolo, el ciclo de optimismo insensato abierto en 1821, y de este modo, ida ya la esperanza, lo volvía farsa, caricatura. Era el género apropiado para esa minoría criolla, que sólo por momentos había sabido imprimir a su acción cívica un sentido épico, dramático o trágico. Era la irresponsable fiesta frente al abismo. La manera más cómoda de escapar de la realidad, de compensar las ruidosas derrotas con grandes aspavientos y fanfarrias.

Otros géneros artísticos prosperaron también, como la zarzuela y el teatro. La llegada a México del célebre dramaturgo español José Zorrilla fue motivo de entusiasmo, sobre todo para el público femenino, pero tuvo un desenlace triste: así como llegó, por orden presidencial Zorrilla hubo de irse: en México no había más tenorio que el tenorio presidente. Por entonces la Sontag se había marchado también, pero no a Italia sino al cielo: el cólera había hecho un desagradable acto de presencia en medio de la fiesta santanista.

Sólo una obra estrenada en la corte de Santa Anna sobrevivió a su tiempo: el Himno Nacional. Flotaba en el ambiente el deseo de que el país, a más de tres décadas de consumada su independencia, tuviese un canto que reflejara su espíritu y su historia. Por orden del único que daba

órdenes, se convocó a un concurso en el que finalmente triunfó la obra de Francisco González Bocanegra, un criollo nacido en San Luis Potosí que había pasado su juventud en España (era hijo de un oficial realista expulsado junto con su familia, en 1829). La música la compuso un maestro español que Santa Anna trajo de Cuba como director de bandas y músicas militares: Jaime Nunó.

El himno es *La Marsellesa* de México, pero una *Marsellesa* que, en ese momento, carecía de soporte histórico. Era la representación de un triunfo simbólico y operístico en el escenario, que servía para ocultar una derrota política y militar en la realidad. Su tema es la guerra. La palabra guerra aparece siete veces, explícitamente, en el texto y otras muchas a través de imágenes y sinónimos. El poeta le habla a los guerreros y a la patria. Entre cada una de las diez estrofas que lo componen, un coro repite un cañonazo verbal:

Mexicanos, al grito de guerra
el acero aprestad y el bridón.
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.[213]

La frustración soterrada de aquella sociedad por el triste destino de la última guerra se compensaba en una acentuación de la sonoridad militar: las «erres» recorren el himno como ráfagas: guerra, guerrero, horrísono, rugido, hórrido, rayo, derrumba, torrente. El destino que el dedo de Dios deparaba a la patria era la paz. Los mexicanos no volverían a tomar las armas «en contienda de hermanos». «Mas si osare un extraño enemigo / profanar con sus plantas tu suelo [cita textual de una proclama de Santa Anna] / piensa ¡oh patria querida! que el cielo / un soldado en cada hijo te dio.»[214]

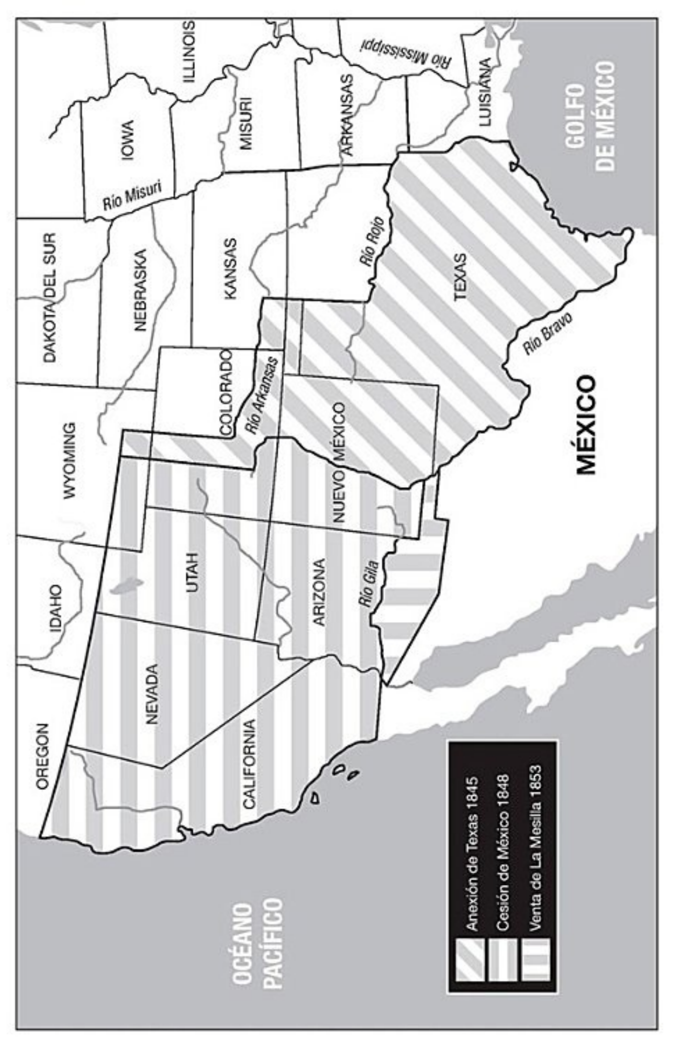
Entre tumbas, sepulcros, aceros, blasones, pendones

empapados por «olas de sangre», clarines bélicos, fosas y cruces, el himno menciona sólo dos personajes: Iturbide, el de la «sacra bandera», y Santa Anna, que quizá por modestia prefirió que la referencia de su persona fuera implícita:

Del guerrero inmortal de Zempoala
te defiende la espada terrible,
y sostiene su brazo invencible
tu sagrado pendón tricolor.
Él será del feliz mexicano
en la paz y en la guerra el caudillo
porque él supo sus armas de brillo
circundar en los campos de honor.

Pero la muerte, subrepticiamente, se impone a la falsa, operística pretensión de victoria. Algunos guerreros volverán al amor de sus hijas y esposas. Otros sucumbirán.

¡Para ti las guirnaldas de oliva;
un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria;
un sepulcro para ellos de honor![215]



Pérdidas territoriales de México y su frontera con Estados Unidos hacia 1855.

El himno fue estrenado el 15 de septiembre de 1854. Meses más tarde, una nueva revolución —la de Ayutla— derrocaría a Santa Anna, quien, como siempre, saldría al exilio. Éste, sin embargo, no sería, como siempre, un exilio simbólico, al estilo de los de Manga de Clavo, La Habana o Turbaco. Este sería un destierro de 21 años. Volvió cuando las estrofas sobre «el guerrero inmortal de Zempoala» ya no se cantaban en los actos públicos (a la postre, desaparecerían por entero) y cuando la memoria misma de su nombre parecía un vestigio de otras eras. Su esposa percibió de inmediato aquella patética muerte en vida y comenzó a contratar gente en la calle para que lo visitara, se rindiera ante él y le pidiese la narración de alguna de sus hazañas: el burlador burlado. Nadie sabe lo que susurró a la Virgen de Guadalupe el día en que la visitó subiendo trabajosamente la cuesta del Tepeyac. Se sabe en cambio que al morir no recibió ni un recuerdo de gloria, ni un sepulcro de honor.

Lo primero se entiende, lo segundo no. Si Santa Anna hubiese muerto en el momento de sus victorias (1829, 1838) o incluso en el de sus derrotas (1836 o 1847) habría pasado a la historia como un héroe y quizá como un mártir. Todos, ésa es la verdad, vieron en él hasta 1847 al salvador de la patria. Sus defectos y virtudes, privativos de él, los hacía suyos la sociedad que incesantemente lo buscaba y acogía, lo vitoreaba y vilipendiaba. Todos en México, ésa es la verdad, fueron en más de un momento santanistas.

La paradoja mayor de la vida de Santa Anna fue vivir lo suficiente para pisotear su propio mito. Su operístico *finale* arrojó una sombra grotesca sobre una biografía rica en reflejos sociales y realmente compleja. Por lo demás, el cargo de traidor aplicado a Santa Anna es discutible: Santa Anna traicionó innumerables veces a los partidos progresistas y

retrógrados, pero no a su patria. Por ella luchó, bien y mal, al mando de unos cuantos miles de hombres en un país de siete millones. Además, muchos de quienes le pusieron el sambenito se habían cruzado de brazos durante la invasión norteamericana. Se diría que al concentrar la responsabilidad de la derrota nacional en un solo hombre, en un solo acto de «traición», descargaban con facilidad la culpa ante su propia pasividad en 1847.

En el fondo de la derrota de Santa Anna y de la desaparición de los grandes pensadores de la primera mitad del siglo yacía un hecho esencial: la derrota de los criollos. En poco más de treinta años, habían perdido su oportunidad histórica. La nación pasaría a otras manos, más cercanas al suelo de México, más cercanas a la raíz indígena: las manos de los jóvenes mestizos, nacidos durante la Insurgencia o después, sin recuerdos de la Colonia, sin ataduras vitales con España. Los primeros hijos de la Independencia mexicana. El paso de unas manos a otras se haría a través de un personaje que, como Santa Anna, pero en un sentido inverso, enlazaría su biografía a la de México por tres lustros decisivos: un mexicano étnica y culturalmente anterior al nacimiento de México, anterior a la Conquista española, un indio zapoteca: Benito Juárez.

NOTAS

158. García, *Documentos inéditos* o *muy raros…*, vol. 6, p. 552.

159. Carta de De Ambroy, cónsul en Tampico, en Lilia Díaz López, *Versión francesa de México, informes diplomáticos* (México, 1963), p. 275.

160. Alamán, «Nuestra profesión de fe».

161. José C. Valadés, *José María Gutiérrez de Estrada: (diplomático y escritor político), 1800-1867* (Mérida, 1944), p. 171.

162. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 688.

163. Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 392.

164. González Navarro, *Anatomía del poder…*, p. 27.

165. Ibíd., p. 9.

166. Muñoz, *Antonio López de Santa Anna*, p. 186.

167. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 397.

168. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 28 may. 1847, en Alamán, *Documentos diversos,* vol. 4, p. 446.

169. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 28 jun. 1847, Ibíd., vol. 4, p. 448.

170. Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 406.

171. Prieto, *Memorias de mis tiempos,* pp. 416, 420-421.

172. Alamán, «Nuestra profesión de fe».

173. Prieto, *Memorias de mis tiempos,* pp. 414-415.

174. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 28 oct. 1847, en Alamán, *Documentos diversos,* vol. 4, p. 455.

175. Ibíd.

176. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 28 nov. 1847, en Ibíd*,* vol. 4, p. 457.

177. Ibíd.

178. «Antonio López de Santa Anna a sus compatriotas», 16 sept. 1847, citado en Díaz, *Caudillos…,* p. 215.

179. Ibíd.

180. Alamán, *Historia…,* vol. 5, p. 397.

181. Ibíd.

182. Carta de Bernardo Couto a José Ma. Luis Mora Folder 128 (2), Archivo de don Valentín Gómez Farías de la Colección Latinoamericana Nenie Lee Benson, Universidad de Texas en Austin.

183. José María Luis Mora al gobierno mexicano, jun. 1848, en José María Luis Mora, *Diplomática,* vol. 7, *Obras completas,* 8 vols. (México, 1988), p. 194.

184. Arturo Arnáiz y Freg, «El Dr. Mora, teórico de la reforma liberal», en *Historia mexicana,* vol. 5, n.º 20, abr.-jun. 1956, p. 569.

185. Luis Chávez Orozco, *La gestión diplomática del doctor Mora* (México, 1970), p. 88.

186. González Navarro, *Anatomía del poder…,* p. 35.

187. José María Luis Mora al gobierno mexicano, 30 oct. 1849, en Mora, *Obras completas,* p. 286.

188. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano,* p. 119.

189. Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México 1819-1906* (México, 1968), p. 162-164.

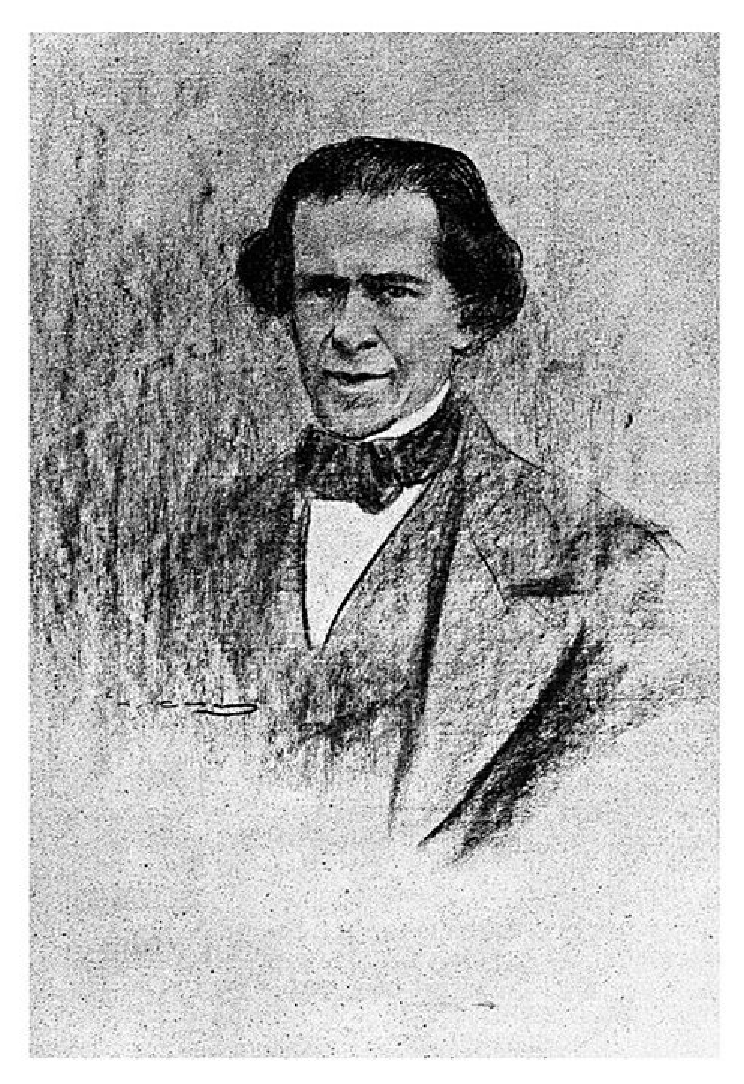
190. Ibíd.

191. Ibíd., p. 165.

192. Lucas Alamán al Duque de Terranova y Monteleone, 13 may. 1848, en Alamán,

Documentos diversos, vol. 4, p. 471.
193. Alamán, *Semblanzas…*, p. 169.
194. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano,* p. 189-190.
195. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 519.
196. Alamán, *Semblanzas…*, p. 172.
197. Carta de Lucas Alamán a Antonio López de Santa Anna, 23 mar. 1853, citada por Francisco de Paula de Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867* (México, 1985), p. 422.
198. Alamán, *Semblanzas…*, p. 151.
199. Ibíd. p. 173.
200. Alamán, *Historia…*, vol. 5, pp. 528-529.
201. Alamán, *Semblanzas…*, p. 173.
202. Ibíd, p. 531-532.
203. Luis González y González, *Todo es historia* (México, 1989), p. 102.
204. Alamán, *Historia…*, vol. 5, p. 540.
205. Ibíd., p. 542.
206. Ibíd., pp. 545-546.
207. Ibíd., p. 546.
208. «Juramento a los Capitulares», 1849, citador por José C. Valadés, *Orígenes de la República Mexicana: la aurora constitucional* (México, 1994), p. 468.
209. Alamán, *Historia…*, vol. 4, pp. 417-418.
210. Carta de Lucas Alamán a Antonio López de Santa Anna, 23 mar. 1853, citada por Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, p. 422.
211. González Navarro, *Anatomía del poder…*, p. 371.
212. Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México en la época de Santa Anna,* 2 vols. (México, 1979), vol. 2, pp. 256-257.
213. Ibíd., p. 57.
214. Ibíd.
215. Ibíd.

III
El temple del indio



R. Casas, *Melchor Ocampo*, 1905, dibujo a lápiz graso. En Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, J. Ballescá y Cía. Editores, 1905-1906.

Hijo de la naturaleza

El tránsito del poder criollo al mestizo no se daría mediante una pacífica transferencia de estafetas sino a través de una larga y sangrienta guerra civil, justamente la que Mora y Alamán, en sus estudios sobre la Revolución francesa, habían intentado prevenir. Frente a ella, todas las revoluciones mexicanas después de la consumación de la independencia parecerían un juego de soldados de plomo. El motivo fundamental de los pronunciamientos, asonadas y cuartelazos de la era de Santa Anna había sido el desplazamiento del poder de un general a otro. El impulso ideológico ocupaba lugar secundario y a veces se utilizaba sólo como un pretexto. Hacia la mitad del siglo, la situación difería: los hijos ideológicos de Mora integraban una nueva generación francamente liberal y combativa. Provenientes de la clase media, de cunas criollas y, sobre todo, mestizas, estos jóvenes, preparados en los excelentes institutos científicos y literarios de la provincia, buscaron cauces distintos de los habituales en tiempos de la Colonia: en vez de clérigos o militares, eran abogados, médicos, ingenieros. Lectores de Byron, Hugo, Lamartine, soñaban con lograr la independencia definitiva de México: la liberación con respecto a *todo* el orden virreinal.

En su actitud había un elemento romántico: una sensibilidad exacerbada, un fervoroso deseo de cambiarlo todo y volver al origen. Pero ¿a qué origen? La palabra «padre», la búsqueda del padre, sería un tema recurrente en la literatura de la joven generación de liberales. Sus poemas, novelas, ensayos, discursos y libros de historia comenzaban a expresar el drama que los constituía: la orfandad cultural. Hijos de un padre español casi siempre fantasmal y de una madre india muchas veces violada («chingada», para usar el término tradicional del lenguaje mexicano), los mestizos se

habían abierto paso a través de la historia mexicana con una lentitud de siglos. En los años cincuenta, al sentir la llamada del poder, se percataron de la urgencia de asentar una legitimidad. No era sencillo. Nacidos de una unión ilegítima, incidental, dudosa, ¿qué linaje podían reclamar? El pasado indígena, representado por la madre, era el recuerdo vivo de un mundo vencido. El pasado español, representado por el padre, era el recuerdo vivo de un mundo rechazado por rechazante. Quedaba la orfandad inhabitable y por ello la necesidad imperiosa de *crear* un padre. Sobre este punto, el mestizo más radical de la época, el poeta, ensayista y maestro Ignacio Ramírez (llamado «el Nigromante») escribió: «Los mexicanos no descendemos del indio, tampoco del español: descendemos de Hidalgo».[1] La misma necesidad de ruptura que se advierte en esta zona étnica de su personalidad aparece en la vertiente religiosa. Ramírez la llevó al extremo el día en que frente a sus amigos de la Academia de Letrán —grupo de escritores y artistas románticos dedicado desde 1836 a crear una cultura mexicana liberada de ataduras coloniales— pronunció unas palabras que escandalizaron a las generaciones coetáneas y por venir: «No hay Dios».[2]

Había nacido la generación mestiza liberal. Producto del trauma de la guerra con los Estados Unidos, provenía también de la urgencia de hacerse cargo de un país en desintegración; del vacío de poder dejado por el fracaso de los criollos; de su propia necesidad de autoafirmación étnica; de su rechazo a los patrones religiosos coloniales que encarnaba la mayor y más inamovible de las tradiciones, la Iglesia; de la herencia intelectual de Mora y el insistente ejemplo político de Gómez Farías; pero, sobre todo, provenía de la acción lenta y firme del tiempo, que corría a favor de las reformas liberales en el mundo occidental. La integrarían hombres de pluma y hombres de espada, a veces hombres de pluma y espada, Con

la caída definitiva de Santa Anna en 1855, comenzarían a introducirse en el escenario nacional y, en un cierto sentido, no saldrían ya de él: llegarían para quedarse. Pero antes debían vencer a los aguerridos miembros de la generación conservadora, la de los discípulos de Alamán atrincherados en los cuarteles y las sacristías. Al doblar la mitad del siglo, el país exhausto por las guerras había de encarar todavía aquella que el himno nacional creía imposible: la contienda entre hermanos.

*

El liberal representativo de la época fue un mestizo radical que vivió la más radical de las orfandades: Melchor Ocampo. Su coetáneo, Ignacio Ramírez, podía darse el lujo de inventar que todos eran hijos del padre Hidalgo porque su orfandad no era existencial sino sólo cultural: había conocido a sus padres, o al menos sabía quiénes eran. Ocampo no tuvo siquiera esa mínima fortuna. Es probable que nunca supiese quiénes fueron sus padres. Era lo que en tiempos coloniales y aún en el siglo XIX se llamaba «expósito»: un niño abandonado por su madre a las puertas de un hospital, un convento o una casa. Un hijo de la naturaleza.

Hay varias versiones sobre su origen: todas dudosas. En los apuntes autobiográficos que podían revelar sus propias conclusiones sobre el asunto que lo marcó toda su vida, falta la primera hoja, la esclarecedora, arrancada quizá por él. ¿Era hijo de un cura? ¿Era hijo natural de doña Francisca Xaviera Tapia, la piadosa soltera que lo había recogido en su rica hacienda de Pateo, en Michoacán? ¿Era hijo de un señor Ocampo que lo había registrado en México en 1812 y abandonado en Michoacán? ¿Había nacido, como implicaba su nombre en el santoral, el 6 de enero de 1814? Nunca se supo con certeza. Ocampo, que llegaría a ser uno de los

espíritus científicos más originales e inquisitivos del siglo en México, nunca reveló claramente sus propios hallazgos, en caso de haberlos tenido. Con su indescifrable origen hizo algo más creativo que la tortuosa búsqueda de una aguja en un pajar: lo transmutó en acción intelectual y política.

En Francisca Xaviera Tapia, Melchor tuvo una madre que le brindó protección y aliento hasta los diecisiete años: «mujer varón» —como él mismo la describía—, se le tenía por un prodigio de fortaleza, dinamismo y caridad.[3] Ocampo no era el único hijo expósito en Pateo: había otros y otras, entre éstas Ana María Escobar, que sería su «hermana» mayor y, con el tiempo, en la juventud, la madre de tres de sus hijas. Doña Francisca Xaviera, heredera de una antigua hacienda colonial, envió al más brillante de sus protegidos a estudiar al Seminario Tridentino de Valladolid, institución extraordinaria para la época porque, al margen de los estudios canónicos que se seguían, los directores habían introducido hacía poco métodos y materias empíricas, como la física experimental. Tras graduarse de bachiller en derecho canónico y civil (su tesis incluía un epígrafe de Polignac que exaltaba la razón como medida de todas las cosas), el joven Ocampo pasó a la capital y estudió derecho en la Universidad Pontificia. Su madre adoptiva no lo vería licenciarse de abogado. Como último gesto, al morir, en 1831, lo nombró heredero universal de sus bienes, entre ellos la hacienda de Pateo, valorada en 125.000 pesos.

Al concluir su carrera, Ocampo no abrió un bufete: regresó a las tareas agrícolas en Pateo. Allí descubrió su vocación por la ciencia en la que, autodidacta, se enfrascó. Como hijo fiel de la naturaleza, se dedicó a investigar los secretos de la flora y la fauna de su heredad: se interesó en los cactus y escribió un estudio sobre el curso del río Lerma pensando en su

posible aprovechamiento para la navegación. No tuvo tiempo y tampoco fuerzas para formar una familia. O, más bien, la formó de un modo extraño: en los años treinta procreó con Ana María Escobar tres hijas (Josefa, Petra y Julia), a las que no reveló la identidad de la madre, les dio su nombre y, como Rousseau, las educó lejos de Pateo, en Morelia (la antigua Valladolid). Extrañamente, les impuso a las tres su propio destino: crecer sin padres, sin familia, en un orfanato.

A fines de la década, Ocampo se embrolló con los negocios de Pateo y decidió huir por un tiempo. Su posición económica se lo permitía. A la manera de Humboldt y todos los grandes viajeros científicos de fines del siglo XVIII, emprendió una larga expedición por los estados de Veracruz, Puebla y el sur de México. Hizo apuntes, recogió piedras y todo tipo de muestras de vida, escaló los volcanes que resguardan el valle de México e hizo observaciones sobre la relación entre la vida religiosa y la económica en los pueblos indígenas que visitaba:

«¿De qué sirven muchas iglesias en un pueblo que apenas tenga con qué mantener el custodio de una? De multiplicar perjudicialmente las festividades, pues cada capillita tiene su fiestecita, de fomentar la ociosidad, la crápula y otros vicios … y de dar a los pastores un *surplus* de renta sin haberla ganado con ninguna cosa verdaderamente útil … infelices indios cuya fortuna se disipa entre el humo de los cirios, del incensario y de los cohetes».[4]

Al poco tiempo, Ocampo decidió emprender una travesía científica por Europa. Durante un año y medio recorrió Francia, Italia y Suiza. En París, visitó al doctor Mora pero el encuentro no fue afortunado:

«El padre Mora es sentencioso como un Tácito, parcial como un reformista y presumido como un escolástico; pero

habla con facilidad y elegancia extraordinarias, manifiesta sin esfuerzo una gran literatura, y clasifica y metodiza sus ideas con una precisión sorprendente. Me ha recibido bien, de lo que estoy muy contento, pero no lo frecuentaré … me parece un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas y un partidario tan exclusivo que no ha de hacer buenas migas sino con quien en todas sus conversaciones se sujete a no tener opinión propia».[5]

El liberalismo doctrinario de Mora había chocado con el temple liberal, abierto, algo anarquista del joven empresario de Michoacán. El método intelectual del teólogo Mora era fundamentalmente deductivo. El del empirista Ocampo era radicalmente inductivo. Mora partía de una matriz de certezas y a partir de ellas veía y juzgaba al mundo. Ocampo, huérfano de padres, rechazaba o ignoraba toda matriz: «¿Qué es la verdad?»,[6] escribió alguna vez, «la realidad bien conocida». Al primero no lo caracterizaba la tolerancia, el segundo no toleraba no ser tolerado. Por eso, y por su deseo de volar solo, mucho más que en las ideas progresistas del ilustre exiliado Ocampo se interesó en las expresiones tangibles de progreso que lo rodeaban. El ómnibus, por ejemplo:

«Los ómnibus son unos carruajes de gruesas hojas de lata, capaces de contener cada uno diez y seis pasajeros; tienen el juego de fierro y, como la caja, casi nada pesa éste. Desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche atraviesan todo París en todas direcciones, y aunque son diversos dueños, casi todos tienen correspondencia: está usted, por ejemplo, en el Arco de la Estrella y tiene que ir a la Plaza del Trono, que dista nueve mil metros por donde menos: ¿quiere usted ahorrarse toda esta fatiga? Pues cada diez minutos pasa por delante de usted un ómnibus, en el que se mete sin más

diligencia que ordenar al conductor que pare; da usted sus seis sueldos (poco menos de medio real), avisa hasta dónde quiere ir y con un boletito dejan a usted en la primera administración a donde corresponde este punto, y de allí otro ómnibus lleva a usted al lugar deseado en pocos minutos. No he visto cosa más útil, ni creo que se encontrará nada que le supere en comodidad bajo todos aspectos».[7]

En París, Ocampo afianzó su vocación científica y técnica. Asistió a cursos de agrimensura, se afilió a sociedades naturalistas, estudió nuevas posibilidades agrícolas para su hacienda, contrató los servicios de expertos para Pateo, se aprendió de memoria el Jardín des Plantes e hizo cuidadosos y, a menudo, mordaces apuntes de todo lo que llamó su ávida atención: la Comedia Francesa, el teatro, la ópera, la «ridícula *francmasonería»,* los cuartos de hotel, los letreros en las esquinas, los excesos de *gourmandise* de la cocina francesa, las desventajas del chocolate espeso, las delicias del «puré» y la sopa «juliana». Con esas estampas preparó su primera obra literaria: *Viaje de un mexicano en Europa,* fechada en 1840. En él revelaba no sólo su buena pluma y su ingenio sino también su nostalgia por México, una nostalgia que se resolvía en impulsos de creatividad científica: en París, Ocampo comenzó a formar un «suplemento al diccionario de la Lengua Castellana por las voces que se usan en la República Mexicana».[8]

A su regreso, durante los años cuarenta, Ocampo alternaría sus breves aunque cada vez más frecuentes apariciones en el escenario político con una tenaz y variada labor naturalista. El ámbito en que resultó más prolífico fue la botánica: siguió formando una biblioteca respetable en cuyo *sanctum sanctorum* estaba el padre Linneo; completó y publicó sus observaciones sobre un género de cactus, una nueva especie

de encinos, el movimiento espontáneo de una planta; escribió un notable «Ensayo de Carpología [teoría de los frutos] aplicada a la higiene y a la terapéutica».[9] Experimentó con éxito y publicó remedios contra la rabia, rectificó una obra sobre los antiguos jardines de México, observó cometas y terremotos, diseñó instrumentos ópticos y llegó a alcanzar una fama que le valió ser propuesto para director, el primero, de la Escuela Nacional de Agricultura que, a iniciativa de Lucas Alamán, debería haberse fundado a mediados de los cuarenta, lo que no llegó a ocurrir debido a alguna de las revoluciones mexicanas.

No sólo la superficie física, vegetal de su contorno lo atraía y desvelaba: también la superficie auditiva, lingüística. Aquel diccionario de voces mexicanas que había comenzado a formar en Europa se volvió todo un tratado que contenía 920 vocablos. En algún momento se preguntó cuántos y cuáles eran los sonidos fundamentales de las lenguas indígenas de México. Y a responder esta cuestión dedicó meses de estudio. Otra de sus pasiones fue la bibliografía: integró una respetable biblioteca personal en la que lo mismo había obras de botánica que de economía, agricultura o teología, e hizo importantes contribuciones a la bibliografía mexicana del siglo XVI describiendo sermonarios y manuscritos en lenguas indígenas como el otomí y el tarasco que se hablaba en la zona de Pateo. Su espíritu de observación se avenía mal con la poesía, pero no con la crítica literaria, que ejercía con un tono burlesco, semejante al que empleó al escribir el sainete *Don Primoroso.* Su tema, casi inimaginable para la época, era la homosexualidad:

«*Primoroso:* ¡Ay Dios! Mis pobres chinos [rizos] se han descompuesto. ¿Cómo he de ponerme delante de las gentes en tal traza? Voy a peinarme.

»*Ponciana:* ¡Vete! Y cuidado que viene don Justo y sus dos hijos; cuidado con tus dengues, no me desacredites, pórtate ahora como hombre fino, como caballero».[10]

Aunque su hacienda había pasado por tiempos difíciles, a mediados de los cuarenta prosperaba «al ojo del amo». Sin embargo, Ocampo no era un hacendado como cualquier otro: era un extraño hacendado que leía a David Ricardo y que con óptica científica trataba de entender la razón de dos fenómenos concomitantes: el atraso económico de las haciendas y el abatimiento económico y moral de los trabajadores de esas haciendas. En abril de 1844, *El Ateneo Mexicano* publicó sus observaciones, tituladas «Sobre un error que perjudica a la agricultura y a la moralidad de los trabajadores».[11] El error al que hacía referencia era el antiquísimo hábito de la servidumbre por deudas mediante el cual el hacendado abría al peón una cuenta de préstamos irredimible en la práctica y que encadenaba a ambos en un círculo vicioso de dependencia e improductividad: los peones, sin horizonte ni libertad, se ataban a una «droga» (significativamente, en el campo de México, sinónimo de «deuda») y sabían que esa «droga» sería la única herencia que dejarían a sus hijos; los hacendados aseguraban de ese modo la permanencia de los peones, pero a un costo económico —no se diga moral— muy alto: los esclavos de hecho producían menos que los peones libres. «El peón dice», escribía Ocampo, «no hay que apurarse, no me debo matar en un día; si el amo quiere, me aguanta, y si no quiere, me sufre; que al fin no ha de echarme y perder así lo que le debo.» «El amo dice», agregaba, «puesto que no sientes o desconoces tus deberes, sentirás el hambre y la intemperie; la necesidad y el palo te harán trabajar.» En estas circunstancias de apatía, resignación y severidad no se podía construir una economía sana. De modo muy distinto se desarrollaba la relación

abierta y libre entre el amo responsable y moderno y el peón sin «droga» al que «el pasado no le remuerde, el presente lo satisface y el porvenir lo halaga…». El amo de tales hombres sabe que no necesitan inspección continua, que ensayan cuanto nuevo se les dice y compiten en quién lo hará mejor:

«¡Peones! No os *endrogueis* si deseáis conservar vuestra libertad y hacer mejor vuestra condición … ¡Hacendados, jefes de labor!, no deis *a la cuenta* a vuestros peones, sino aquellos gastos indispensables que ellos no puedan prevenir y que vosotros os haréis pagar escrupulosa pero prudentemente. Hacedles ver el pupilaje vergonzoso en que, de lo contrario, caen para siempre, e inspiradles amor al trabajo, el noble orgullo de la independencia y la convicción de que son indestructibles los goces que procura una buena moral».[12]

Hasta aquí la prescripción de Ocampo tenía un carácter puramente liberal, pero su envío final atemperaba la libertad con la caridad: «no intentéis, exagerando las reflexiones que preceden, cerrar vuestro corazón al dolor y a la necesidad … pervirtiendo el espíritu de la economía predicada por *el buen hombre Ricardo.* Recordad que si todas las virtudes son útiles en su caso, la beneficencia lo es en todos».[13] Aunque en su escrito había tonalidades de prédica, Ocampo estaba lejos de ser un predicador. Era, ante todo, un observador práctico de su entorno físico y humano, y un ingeniero agrícola y social que no hablaba desde un cuerpo etéreo de preceptos, sino desde una experiencia humana concreta. Sus peones lo sabían mejor que nadie. En su coto privado de Pateo quiso ser un crítico de las costumbres coloniales y un adelantado del progreso material, cuya condición necesaria era la promoción de la libertad individual.

La fama que le dieron sus investigaciones científicas y la

ilustrada administración de Pateo se difundió fuera de Michoacán. Desde 1842, Ocampo había representado a su estado natal (pero, ¿era Michoacán su estado natal?) en un Congreso al que Santa Anna convocó en 1842 para constituir definitivamente a la nación mexicana extrayendo, en teoría, lo bueno de las dos formas de gobierno que el país se había dado en veinte años de existencia independiente: el centralismo y el federalismo. El experimento fracasó, desde luego, y terminó con el encarcelamiento de los congresistas, pero tuvo un efecto benéfico: afinó y afianzó la ideología liberal, que una década más tarde alcanzaría el predominio. Entre los jóvenes liberales que ocuparon la tribuna, el irónico hacendado michoacano se distinguía claramente por su inteligencia y originalidad así como por algo más que se necesitaba para decir, en tiempos del *roi* Santa Anna, cosas como ésta:

«La fuerza es una cosa necesaria, pero el modo en que se halla organizada entre nosotros es también una cosa terrible … la milicia ha llegado a ser entre nosotros casi el único objeto de la sociedad. Ella ocupa los primeros puestos del Estado, ella ha llegado a ser la autoridad pública … un pueblo libre y un ejército permanente, son elementos de pugna y de conflicto: el gran problema es mantener su equilibrio».[14]

Era lógico que este naturalista llegara a la gubernatura de su estado. A raíz de la vuelta del federalismo y de su incansable caudillo —Valentín Gómez Farías—, Ocampo accede electoralmente al poder. El tiempo le alcanza para poner los cimientos de una obra educativa: instituye bachilleratos en medicina y derecho en Morelia, prohíbe y sanciona con penas severas el uso de instrumentos de castigo físico en las escuelas, reabre el antiguo Colegio de San Nicolás y lo encomienda a un antiguo sacristán de ideas liberales —huérfano desde chico, como él, aunque de padre conocido e

insurgente— cuyo solo nombre parecía invocar el martirio: Santos Degollado.

Pero el tiempo no estaba para construcciones. Durante la guerra contra los Estados Unidos, Ocampo organiza batallones en su estado. El anuncio de un armisticio no lo calma, lo indigna: una paz impuesta por las bayonetas y a costa de una cesión territorial sería «ignominiosa». Era preferible morir:

«Se ha dicho … que las naciones ya no mueren; que la historia del hombre ya no presenta ejemplos como los de Troya, Babilonia y Cartago; pero eso no es cierto. En nuestros mismos días la Polonia ha dejado de ser nación y deje en buena hora Michoacán de ser estado: cese su hermoso, variado y rico territorio de ser pisado por la planta humana, antes que consentir en la paz con Norte América, porque esta paz destruye lo que hoy somos y lo que podíamos ser, nuestros intereses materiales y nuestra dignidad en la historia».[15]

La solución era imitar «el bárbaro y selvático, pero heroico y sublime valor con que los rusos incendiaron su capital sagrada» o, en su defecto, copiar «la táctica de nuestros padres» en la Independencia: la guerra de guerrillas. Todo, menos el armisticio.

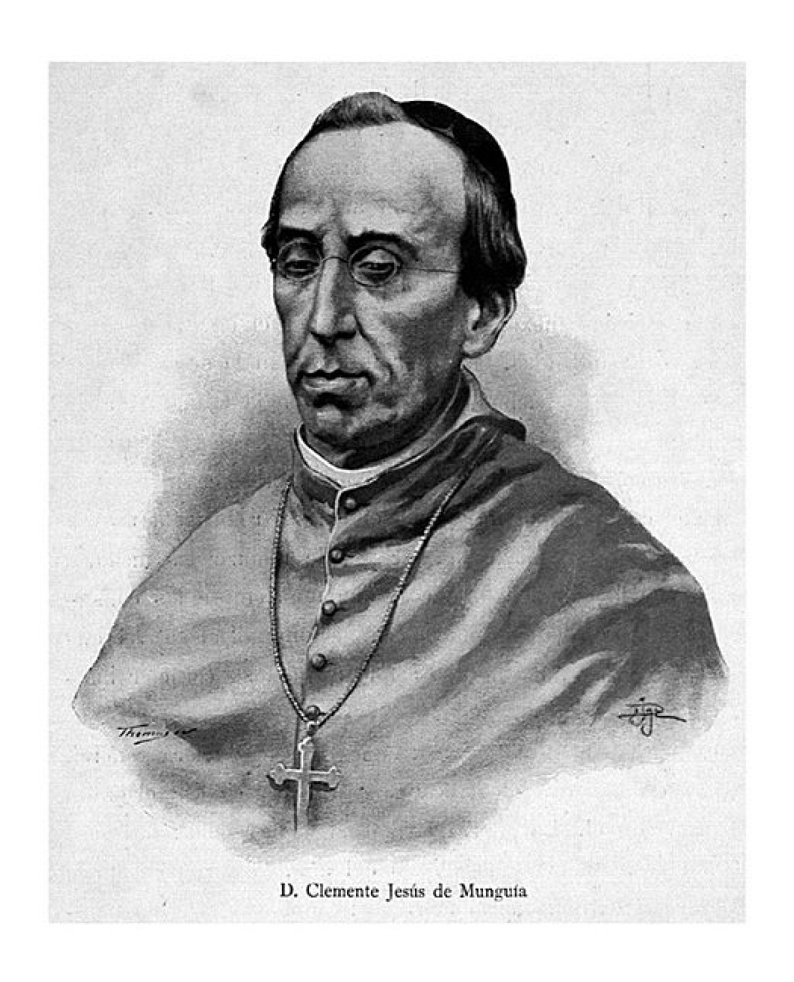
Al término de la guerra que no llegó a territorio de Michoacán, Ocampo no se expatrió, como amenazaba, aunque sí renunció a la gubernatura y volvió a sus dos pasiones: la hacienda y la ciencia. Retiro imposible: el Congreso Federal estaba en funciones y Ocampo debía representarlo como senador. Además, los gobiernos moderados que siguieron a la caída de Santa Anna lo llamaron con insistencia: por un tiempo breve, ocupó el Ministerio de Hacienda. Vivía con la renuncia en la mano:

«una especie de independencia salvaje» movía sus pasos.[16]

*

En 1851, Melchor Ocampo sostuvo una de las polémicas más memorables del siglo XIX en México. Parecía condenado a ignorar la identidad de los personajes importantes en su vida, porque su contrincante en este caso fue «un cura» de Maravatío, la risueña población cercana a su hacienda. El anónimo cura pudo haber sido un grupo secreto de sacerdotes o, lo que es más probable, el mismísimo obispo de Michoacán, Clemente de Jesús Munguía: coetáneo y condiscípulo de Ocampo en el Seminario Tridentino. Munguía, que en sus primeros años había sido un sacerdote de ideas abiertas, se volvió un hombre de una cultura teológica tan vasta como celosa e intolerante. Tenía, además, una extraña particularidad: compartía con Ocampo el mismo, oscuro origen. La polémica entre ambos expósitos —el hijo de la naturaleza y el de la Iglesia— se extendió de marzo a noviembre de ese año y tuvo repercusiones nacionales. De la amplitud, profundidad y tensión del hecho no había precedentes en la historia mexicana. El texto que provocó la airada respuesta del «cura» fue una «representación» de Ocampo al Congreso del Estado de Michoacán en la que pedía la «reforma» del arancel de obvenciones parroquiales e incluía un proyecto de ley en ese sentido. Se trataba, en esencia, de modificar y disminuir el pago que las clases pobres debían dar a los sacerdotes para obtener de ellos los sacramentos y servicios habituales de culto. El «cura» impugnó la representación, lo que le valió tres réplicas seguidas de Ocampo que, creyéndose desairado, en cada una exigía con nuevos argumentos una respuesta expedita. Lejos de retraerse, el «cura» se tomó su tiempo, arguyó enfermedad y más tarde escribió una segunda impugnación, larga,

metódica y particularmente bien escrita. Ocampo contestó a su vez, con no menos altura, y recibió una tercera respuesta. Por fin, él mismo cerró la polémica con una quinta intervención.[17]



Thomas, *Clemente de Jesús Munguía*, 1900-1901, litografía. En Justo Sierra, *México: su evolución social*, México, J. Ballescá y Cía. Editores, 1900-1901.

Desde hacía años venía madurando sus ideas sobre «los peajes espirituales que esquilman al rebaño sin progreso alguno», y quizás un incidente lo movió a actuar.[18] Un trabajador de su hacienda, apellidado Campos, había pedido a un cura que sepultase sin cobrar el cadáver de uno de sus hijos. El cura se había negado a darle sepultura arguyendo que «de eso vivía». El pobre hombre preguntó: «¿Qué hago con mi muerto, señor?», a lo que el cura respondió: «Sálalo y cómetelo».[19]

La argumentación de Ocampo rebasaba con mucho el motivo concreto de su representación. Tocaba todos los puntos sensibles de la relación entre la Iglesia y el Estado. De entrada, proponía implícitamente la necesidad de la libertad de conciencia y de cultos, el «derecho natural de todo hombre de adorar a Dios, según las intuiciones de su conciencia». No sólo en Kant apoyaba su tesis, también en su propia experiencia. Los viajes le habían impreso un sentido natural de tolerancia, le habían mostrado que el mundo era más amplio y variado que la hacienda de Pateo y los alrededores de Maravatío:

«¿qué debo hacer cuando veo que se danza y grita en la Iglesia; qué, cuando vea a algún protestante encerrarse con su familia para leer la Biblia; qué, cuando si vuelvo a Roma y me veo en la necesidad de entrar en una de sus sinagogas, vea que el Rabino abre el *sanctum sanctorum* o bien cuando en los templos católicos vea a los armenios o coptas celebrar conforme a sus ritos, qué cuando vea algún musulmán devoto hacer sus abluciones?»[20]

«¿Qué hacer», preguntaba Ocampo, ya con cierta respetuosa, velada, ironía, «con esa desgraciada parte de la humanidad a la que Dios no concede aún el beneficio de su Divina Majestad?» Su respuesta personal era sencilla y no

implicaba una desviación de la doctrina cristiana. Estaba en la Epístola de san Pablo a los Corintios: «Sed tales que no ofendáis ni a los judíos, ni a los gentiles) ni a la Iglesia de Dios». Es decir, la más amplia aceptación del otro, de lo otro: la tolerancia.

«¡Alto aquí, señor Ocampo, gritaba el "cura" al escuchar la palabra "intuición".» La única forma de adorar a Dios, en lo externo y lo interno, es la que prescribía la Iglesia. La confianza en las «intuiciones» formaba el «semillero inagotable» de todas las herejías: «Lutero miró con pasión desenfrenada sus propias intuiciones. ¡Oh, qué malignas quedaron sus intuiciones…! El más sabio, el más feliz, el más dichoso entre los mortales es aquel que vacía de su corazón las heces de sus propias intuiciones…».[21] Las «pestilentes doctrinas» que «emanaban» de las paradojas de Ocampo no podían tener sino un objetivo y el «cura» temblaba al musitarlo:

«Vea Michoacán hasta dónde vamos a rematar sin pensarlo el señor Ocampo: *a la libertad de cultos, a la libertad de conciencia.* Dos programas tan impíos como funestos que actualmente sirven al socialismo de Europa y que si por un castigo de Dios llegaran a cundir entre nosotros, es seguro que la devastación universal sería nuestro paradero».[22]

En vez de Kant —condenado por la Iglesia en un decreto de 1817—, los clásicos de Ocampo deberían ser Balmes, Bossuet, los Padres de la Iglesia. En cuanto a la tolerancia —aducía el «cura»—, si Ocampo la equiparaba a «la indiferencia dogmática» su propuesta era «una calamidad»;

«se opone a la destrucción de todo culto, a la idea de un Dios único, sabio, santo y veraz … Nuestra religión excluye a cuantas la contradicen … lo que ella no enseña no es verdadero, lo que a su enseñanza se opone es error, herejía,

mal … hay que prohibirlo».[23]

En unas «Reflexiones sobre la tolerancia» escritas a propósito de aquella polémica, Ocampo anotó la existencia de una casta de hombres —la sacerdotal— que reclama el monopolio secreto de la voluntad divina. Para ellos, la tolerancia es una cuestión de «entendimiento», para Ocampo es un tema que atañe al «corazón». «Se les dice *amad* y ellos contestan: es *falso.*» La refutación de aquel dogmatismo de los sentimientos estaba en las palabras centrales del propio Evangelio, que prescribía no sólo el amor al prójimo sino, expresamente, al enemigo. Con esa lógica del amor, había que tolerar a los «disidentes»:

«¿Por qué para con todos los errores inofensivos hemos de mostrar indulgencia, y ninguna se ha de tener para con el de adorar a Dios de diverso modo del que creemos bueno? ¿Por qué la reprobación en las doctrinas ha de cambiarse en odio a las personas? … ¿Quién es el dueño exclusivo de la verdad?, ¿quién es el que está sumergido en el error?».[24]

Pero al «cura» no había que responderle con apelaciones al amor «que tanto domina a los otros sentimientos». La polémica era una guerra y había que aportar hechos y argumentos. Ocampo apuntaba la conveniencia de que el propio pueblo sostuviera al clero, pero dadas las dificultades de implantar este ideal a causa de la pobre instrucción de las masas mexicanas, proponía que el Estado se hiciese cargo de la economía del clero y asegurara su debido sustento. Sus ideas de reforma —continuaba— no diferían demasiado de las de un famoso obispo del siglo XVIII que en la propia diócesis de Michoacán había propuesto una reducción de los pagos: si eso ocurría en 1731, cuando la población era mucho menor y los bienes de consumo más caros y escasos, ¿por qué habrían de sostenerse los mismos aranceles un siglo más tarde? En

buena lógica, había que reducirlos.

En su respuesta, el «cura» creyó necesario citar a Rousseau para construir un silogismo que presentara a Ocampo como un hombre que coqueteaba peligrosamente con la herejía. «No se ha fundado», decía Rousseau, «Estado alguno que no tuviese por base la religión … el que teme o aborrece la religión es como una bestia feroz.»[25] La Iglesia representa la religión, Ocampo quiere coartar a la Iglesia, luego Ocampo es un disolvente de la religión. De ponerse en práctica, sus ideas llevarían al derrumbe del culto, el clero, la piedad y la fe. La Iglesia no podía depender del Estado: constituía una sociedad universal, independiente y, sobre todo, soberana. Imposible, por ello, que sus gastos los sufragase entidad alguna y menos aún el Estado, que hasta el momento no había hecho otra cosa que favorecer la dilapidación, el endeudamiento, la empleomanía. Por el contrario, el gobierno civil tenía «el deber de hacer que sus súbditos cumplan sus deberes religiosos y morales».[26] El corazón de la polémica estaba en la querella sobre los servicios espirituales de los párrocos. Para Ocampo eran malos, insuficientes y caros: no predicaban la doctrina con regularidad y, cuando lo hacían, denotaban un espíritu selectivo, un desdén por los pobres, los sirvientes, los niños; no cuidaban a los enfermos como expresamente lo mandaba el Evangelio («Sanad enfermos, limpiad leprosos»); no asistían a los funerales de los pobres y «éstos se *entierran* como animales».[27] Las faltas de los párrocos en relación con el sacramento del matrimonio sublevaban a acampo. Al abordarlas, sus argumentos rayaban en la indignación. Era el tema «de más gravedad», porque al faltar a sus deberes o al cobrarlos caro los párrocos desvirtuaban el contrato de matrimonio, uno de los principales de «la civilización occidental a la que pertenecemos». El arancel que pretendía reformar era «una de las más fecundas causas de hijos

ilegítimos, de mujeres prostituidas y de adulterios: esto último principalmente en los campos, en donde con suma frecuencia se ven, huyendo de uno en otro punto, una persona célibe con una casada».[28] El énfasis de Ocampo, ¿era autobiográfico? ¿Se sospechaba o se sabía hijo de una unión semejante a la que un arancel más equilibrado o un párroco más sabio y caritativo hubiesen podido ayudar? Y si se declaraba creyente en la familia como base de la sociedad civil, ¿por qué no había fundado una? ¿Por qué no había revelado a sus hijas la identidad de su madre? En todo caso, el «cura» de Maravatío tenía ideas distintas: la causa del mal no estaba en el arancel o en la actitud de los párrocos que «por lo común» (entrecomillado que Ocampo consideró una confesión) no fallaban, sino en la «concupiscencia de la carne, que impele al hombre a la sensualidad». Allí y en los malos libros, en las novelas y los dramas «deshonestos» de Voltaire, Sue y Dumas, había que buscar el origen del problema.

Para Ocampo, el gravoso arancel cerraba un círculo vicioso que ya había estudiado: el de la servidumbre por deudas. Alto el arancel, el peón tenía que *endrogarse* con el patrón para pagarlo. Esta situación creaba una complicidad de hecho entre el hacendado y el clérigo, a costa del peón:

«Como en tiempos de Abraham, los peones y trabajadores nacidos en las haciendas, son parte de ellas y se cobran o reclaman y se traspasan y se venden y se heredan, como los rebaños, aperos y tierras».[29]

El «cura» negaba la existencia misma del problema que señalaba Ocampo. Muchos hacendados con los que refería haber hablado pensaban que Ocampo escribía «disparates». Los peones, como todos los hombres, eran «libres e inalienables».[30] Si se quedaban en la hacienda era porque debían el dinero, no porque fuesen ellos mismos parte de la

heredad.

Desde un principio, la alarma mayor del «cura» consistía en el carácter *público* que Ocampo había dado a sus ideas. Lo debido, lo cristiano, hubiera sido presentarlas antes que al Congreso del Estado, incompetente a juicio del «cura», al superior eclesiástico:

«no alarmando a los fieles, suscitándoles el más fiero encono contra sus curas, sino en secreto, para conciliar el remedio del mal sin disminuir el respeto que se debe al clero, aun cuando sea delincuente».[31]

Lo que Ocampo quería —en opinión del anónimo cura— era nada menos que «fomentar un incendio que nos absorba», un «cambio horrible que nos sepulte en el abismo», el desencadenamiento de una devastación, una conflagración. Sus ideas tenían que ver con el socialismo, los monstruosos heresiarcas, la revolución en Italia que atentaba contra el Papa y los estados pontificios… Sus ideas representaban, en el fondo, el peligro luterano.[32] Por fin llegaba a México la peste de la Revolución francesa con su cauda de ateísmo, sus leyes de proscripción de ministros, su secuestro de los bienes sagrados del clero:

«No hay conceptos suficientes en el hombre para manifestar la inmensa responsabilidad que contrae seduciendo a un pueblo que, como el nuestro, ha vivido inocente por tres siglos del crimen de infidelidad a nuestra santa religión. Ya que por desgracia estarnos en lo civil tan abatidos, déjesenos vivir en lo religioso sin los halagos de esas novedades PERNICIOSAS; y que sólo los ministros de Dios sean los que emitan su voz en materia de dogma y de culto, pues para esto los ha destinado el Fundador Supremo de la Iglesia».[33]

En su última respuesta, el «cura» insinuaba la posibilidad

de excomulgar a Ocampo y pasar a las «vías de hechos». Sin darse por vencido, Ocampo consideró que la polémica debía terminar.[34]

El teólogo Mora, aquel «apóstol demasiado ardiente», había abordado la cuestión desde las alturas de un cuerpo de doctrina liberal. Ocampo, el empresario, lo abordó desde su experiencia cotidiana: con datos fehacientes revelaba los abismos que *en la práctica* presentaba la relación de la Iglesia con su grey. Su argumento se apoyaba en razones de carácter económico y religioso. Basado en el «buen hombre Ricardo», pasaba cuenta al clero de las consecuencias económicas de su «peaje espiritual»; basado en los Evangelios, la Patrística y la literatura de varios sínodos, pasaba la cuenta al clero de su preocupación excesiva por los bienes de *este* mundo y su excesivo desdén por los que en verdad le competían: los de *aquél.*

La polémica entre aquellos dos expósitos de Michoacán, Munguía, el «Balmes mexicano», y Ocampo, el hacendado liberal, fue la primera nube en un cielo que se cerró por entero unos años después. Presagiaba con toda claridad la tormenta: con un cura así, un liberal no podía establecer diálogo alguno. La oposición entre ambos tomó un cariz mucho más profundo que la de Alamán y Mora porque había descendido al terreno de los hechos, porque ponía en entredicho no las ideas y los proyectos sino los intereses más concretos. Ocampo les decía *amad* y los curas contestaban *falso.* Era fatal que, en su desesperación e iracundia, éstos terminaran por acudir a las «vías de hechos». Sin saberlo, Ocampo y Munguía, el hijo de la naturaleza y el de la Iglesia, habían escenificado por escrito el primer capítulo de la guerra de Reforma.

*

Quizás Ocampo lo presentía. Al final de su polémica, vio la sombra de la violencia y no acudió al llamado. Un año después, el 16 de septiembre de 1852, pronunció un discurso sombrío. Su balance era similar al de Alamán, pero sus esperanzas no se cifraban en una vuelta al pasado sino en un orden nuevo que lograra la *emancipación* nacional. Por propia experiencia sabía que en el individuo, en la familia, en la tribu o la nación, las condiciones de progreso eran las mismas: el saber era la fuente de la autonomía: «en aquello que el hombre llegó a adquirir habilidad, no pide el consejo de otro … ni necesita dirección».[35] Luego de la derrota del 47, el país parecía haber aprendido la lección y enfilar con prudencia hacia un progreso ordenado y autónomo, pero los hechos desmintieron el aparente aprendizaje: la «desgraciada república» debería prepararse para la «última de sus locuras»: «la subdivisión de la inteligencia casi en tantas opiniones como hay cabezas que piensen» la llevaría de nueva cuenta por la «senda fatal de nuestras discordias».

«¿Qué va a ser de ti, pobre México, cuando estén desquiciados los elementos de tu poder e independencia, y cuando en el vértigo de las pasiones, tus mejores hijos van a desgarrar tus entrañas? Cuando en nombre los unos de la libertad y los otros del orden (como si ambas ideas no fueran compatibles) van a agotar tus fuerzas para entregarte postrada a los pies de tu ambicioso y prepotente vecino.»[36]

Con el recuerdo del 47, frente al rector del Colegio Seminario, el padre Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, al que la opinión pública consideraba el motor de una inminente revolución, Ocampo —cosa infrecuente en él— invocó a Dios, pero no para pedir ayuda sino al contrario: para implorar destrucción. Si la raza mexicana iba a perderse, si la angloamericana iba a señorear sobre el territorio

«haciéndonos perder nuestro culto, nuestra libertad, nuestra lengua, nuestra historia, destrúyenos Señor».[37] Tampoco era frecuente, aun en aquellos tiempos de oratoria inflamada, escuchar al irónico naturalista de Pateo hablar en ese tono. No había afectación en sus palabras. Había una desesperación genuina. «La patria está en peligro», repitió tres veces, «es hablando, no matándonos como habremos de entendernos.» La palabra clave era unión: «os ruego que permanezcáis unidos».[38]

Sabía que su profético llamado, como el paralelo e inverso de Alamán, sería desoído. Santa Anna ocuparía el poder en 1853 y expulsaría a Ocampo a Nueva Orleans. Ya Alamán lo había prevenido:

«La revolución quien la impulsó fue el gobernador de Michoacán don Melchor Ocampo, con los principios impíos que derramó en materias de fe, con las reformas que intentó en los aranceles parroquiales y con las medidas alarmantes que anunció contra los dueños de terrenos con lo que sublevó al clero y los propietarios de aquel estado».[39]

En Nueva Orleans, Ocampo hipotecó bienes para financiar la revolución de Ayutla contra Santa Anna, se enteró de la intervención de su hacienda por el gobierno, apoyó con planes e ideas a la revolución contra «el héroe de sainete que por su impericia, cuando no por su traición, nos entregó en detalle a los norteamericanos» e hizo algo más, casi inadvertido por él y que a la postre sería decisivo para el destino de la discorde nación: descatequizaría al gobernador de Oaxaca, quien, como él, había sido desterrado por Santa Anna; un indio que con Ocampo era tan suave como inescrutable: Benito Juárez. El México de la Reforma no se entiende sin su biografía.[40]

NOTAS

1. Ignacio Ramírez, «Discurso pronunciado en la Alameda de México, en memoria de la Proclamación de Independencia, el 16 de Septiembre de 1861», en Alfonso Sierra Partida, *Espada y pluma: Ignacio Ramírez, biografía, selección* (Guanajuato, 1978).

2. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 137.

3. «Se granjeó la veneración de cuantos la conocieron, por su claro talento, elevadas miras, carácter varonil e indeficiente caridad», citado en Raúl Arreola Cortés, *Ocampo* (Morelia, 1992), p. 33.

4. Melchor Ocampo, «Viaje a Veracruz, Puebla y sur de México», en Melchor Ocampo, *Obras completas*, 3 vols. (México, 1900), vol. 3, p. 592.

5. «El P. Mora. Los Ómnibus», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 3, p. 41.

6. «Miscelánea», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 3, p. 659.

7. «El P. Mora. Los Ómnibus», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 3, p. 42.

8. «Viaje de un mexicano a Europa», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 3, p. 3.

9. «Ensayo de una Carpología aplicada a la higiene y a la terapéutica», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 3, p. 421.

10. «Don Primoroso», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 3, p. 255-256.

11. «Sobre un error que perjudica la agricultura y a la moralidad de los trabajadores», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 1, pp. 110-118 (nota).

12. Ibíd., p. 118.

13. Tomás Contreras Estrada, *Melchor Ocampo, el agrarista de la Reforma* (México, 1960), p. 54.

14. «Discurso que pronunció el Sr. diputado Ocampo en la discusión del artículo 26 del reglamento interior del Congreso. (Agosto de 1842)», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 2, pp. 332-333.

15. «La guerra entre México y los Estados Unidos», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 2, p. 270.

16. Raúl Arreola Cortés, *Ocampo*; Francisco de la Maza, «Melchor Ocampo, literato y bibliófilo», en *Historia Mexicana* (México), vol. 11, n.º 41, jul.-sept. 1961, pp. 104-118.

17. «Representación sobre reforma del arancel de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, pp. 1-17.

18. Ocampo, «Viaje…», p. 592.

19. Citado por Ángel Pola en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, pp. 3-4.

20. «Respuesta primera a la impugnación de la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 75; José Bravo Ugarte, *Munguía, Obispo y Arzobispo de Michoacán 1810-1868* (México, 1967).

21. «Impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, pp. 34-35.

22. «Impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales»,

en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, pp. 41-42.

23. «Segunda impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, pp. 135-136.

24. «Reflexiones sobre la tolerancia», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 3, pp. 669-670.

25. «Segunda impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 131.

26. «Segunda impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 128.

27. «Representación sobre la reforma del arancel de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, pp. 8-9; versículo del Evangelio según san Mateo, 10:9.

28. «Representación sobre la reforma del arancel de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 12.

29. Ibíd., p. 13.

30. «Segunda impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 163-167.

31. «Impugnación a la representación sobre Reforma de obvenciones parroquiales», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 53.

32. Ibíd., p. 54.

33. Ibíd., p. 58.

34. «Respuesta quinta a la Impugnación de la Representación (continuación)», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. 355.

35. «Discurso pronunciado el 1.° de septiembre de 1852», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. 12.

36. Ibíd., pp. 19-20.

37. Ibíd., p. 20.

38. Ibíd., p. 21.

39. Carta de Lucas Alamán a Antonio López de Santa Anna, 23 mar. 1853, citada por Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, p. 421.

40. «Melchor Ocampo, gobernador de Michoacán a los pueblos del estado», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. 5.

La versión de la historia prehispánica y colonial que los liberales propalarán años después adolecerá de inexactitudes, distorsiones, omisiones, incluso invenciones, pero es difícil no concordar con una de sus premisas fundamentales: en ambos sistemas de dominación los individuos vivían oprimidos y se sabían oprimidos. La lectura más superficial de los cronistas de Indias revela la absoluta naturalidad con que el emperador azteca, ese semidiós llamado *tlatoani*, sacrificaba por millares, en un solo día, a sus prisioneros, además de a sus propios súbditos. Lo terrible es que la liberación de ese delirio de sangre condujo a otro delirio de enfermedad, postración y muerte. El desastre no ocurrió en realidad durante la Conquista sino tiempo después, en la segunda mitad del siglo XVI. Los conquistadores trajeron a las Indias enfermedades para las que los nativos estaban indefensos. Las más mortíferas fueron la viruela y aquélla que los indios llamaban «cocoliztli». Su efecto fue mucho más pavoroso que todas las matanzas juntas en el altar del sangriento dios Huitzilopochtli: en 1548 Nueva España contaba con 20 millones de indígenas, que cien años después no llegaban a 500.000.

En algún rincón del carácter indígena y, por eso mismo, del carácter mexicano, habitaría siempre esta tragedia, este remache de la Conquista. Los «padrecitos» de la Iglesia sólo pudieron paliarla. No bastaba la fe. Había que *huir* de la condición indígena, huir de las repúblicas indígenas a los obrajes, las minas, las haciendas, las ciudades blancas de españoles. No porque en ellas la vida fuese particularmente feliz, sino porque eran ámbitos más libres. Libres de los gobernadores indígenas o caciques que, aliados con los oficiales del virrey, todavía en tiempos de Humboldt,

oprimían a los miembros de su propia raza. Libres de los mismos frailes que, al protegerlos, los condenaban a una eterna minoría de edad. Libres de las Leyes de Indias y de sus agentes, sobre los que el propio Humboldt escribió: «De todo abusa la malicia humana que pervierte en armas ofensivas contra esa miserable gente los mismos escudos destinados a su protección».[41] El mestizaje fue un proceso de escape. Nadie lo sabía mejor que las indias, ansiosas de tener hijos con los españoles no por «amor» sino por instinto genésico de salvación.

En los albores del México independiente, Benito Juárez encarnó por cuenta propia este proceso de huida social e histórica.

*



Decaen, *Benito Juárez funcionario civil*, ca. 1849, litografía. Colección particular.

Oaxaca —su estado natal— era el santuario indígena de México. Sin minas que atrajesen la ambición del conquistador, alejada de la ciudad de México por distancias casi insalvables, Oaxaca conformaba un universo cerrado: una ciudad blanca y española, notablemente culta gracias a la libresca evangelización dominica, cercada por un indescifrable mosaico indígena.[42] Veinte lenguas diversas, veinte naciones distintas vinculadas solamente por su particular adopción del cristianismo se repartían las sierras y los valles de aquel universo apartado de la civilización. Una de esas etnias era la zapoteca. De temple suave, orgulloso, reconcentrado, los zapotecas habían sido los políticos y comerciantes del mundo prehispánico a los que había doblegado la fuerza de sus enemigos acérrimos: los guerreros mixtecos. Con el paso de los siglos, ambos grupos perdieron la memoria de sus tiempos legendarios. De sus tiempos, no de sus costumbres. La embriaguez, la pobreza y la insalubridad extremas, el fetichismo, eran rasgos que alternaban con una suerte de estoicismo natural, una sobriedad, una laboriosidad y una resistencia al sufrimiento que sólo eran paliadas por dos bálsamos: la música y la fe.

En el corazón de aquel santuario nació en el año 1806, Benito Juárez. Sobre sus congéneres, los integrantes de las veinte familias del pueblo zapoteca de Guelatao, tenía una ventaja de la que tal vez no se daba plena cuenta: provenía de la vieja nobleza indígena, de los que «mandaban». Por una antigua disposición de la Corona, únicamente los gobernadores indígenas en Oaxaca podían poseer ovejas. Tras perder a sus padres a la más temprana edad, Benito fue pastor del rebaño de su tío: en esas labores de mando pasó su infancia. Poco antes de cumplir los doce años, alentado quizá por una hermana que trabajaba de sirvienta en Oaxaca, sintió

el apremio de hablar con corrección el idioma castellano y *huir* a la ciudad blanca. Entre Guelatao, en la fría e intrincada sierra de Ixtlán, y Oaxaca, la ciudad capital del estado, había sesenta kilómetros y algo más: siglos de civilización. «Acantonado en su roca indígena», escribiría Justo Sierra, «sin poder hablar la lengua de Castilla, encerrado en su idioma como en un calabozo»,[43] Benito sintió el impulso poderosísimo de escapar: hacia el español, el mestizaje, la civilización, el futuro.[44]

En Oaxaca, vivió primero en casa del genovés Antonio Maza, donde su hermana servía de cocinera, y más tarde al lado de un paciente protector y maestro de jóvenes llamado Antonio Salanueva, que vestía el hábito de la orden tercera de san Francisco. Salanueva se volvería su padre espiritual, su padrino de confirmación, y al poco tiempo lo conduciría al Seminario Conciliar, único «establecimiento» de educación en la capital. A partir de 1821, Benito estudiaría gramática latina, en 1824 filosofía escolástica y, más tarde, teología moral. A los veintidós años se enfilaba claramente hacia la carrera eclesiástica, cuando «por curiosidad, por el fastidio que me causaba el estudio de la teología … o por mi natural deseo de seguir otra carrera distinta de la eclesiástica», tomó la decisión de estudiar jurisprudencia en el nuevo Instituto de Ciencias y Artes.[45]

A pesar de que el Instituto había sido fundado por clérigos, abandonar el Seminario era un paso arriesgado en esa sociedad cerrada al tiempo. Como en muchas ciudades de la provincia, pero de manera más acentuada debido a su aislamiento, en Oaxaca el pasado colonial seguía intacto a pesar de que Nueva España se llamara México. Los días se medían por las, campanadas de las iglesias que llamaban a misa o marcaban puntualmente, desde la madrugada hasta el

anochecer, los momentos de oración. La diversión principal del oaxaqueño era acudir a las procesiones y fiestas de cada parroquia. Los indios de la sierra bajaban a la ciudad para llevar en andas imágenes de los patronos, reliquias y linternas. Acompañaban su marcha con el ruido de tamborines y flautillas. Tras ellos seguían los frailes, vestidos con los hábitos de sus respectivas órdenes (dominicos, agustinos, franciscanos, carmelitas), el clero secular, los flagelantes azotándose la espalda hasta hacerla sangrar, las autoridades civiles, los militares y una banda musical por lo común desafinada. Mendigos y potentados, sacerdotes y soldados, blancos e indios: la Iglesia los vinculaba a todos en una suerte de democrática comunión religiosa.

«Oaxaca era una ciudad que vivía a la sombra de un monasterio», escribió Justo Sierra; «allí todos eran frailes o querían serlo.»[46] Juárez no había sido una excepción. Temeroso de la severidad de Dios y de la omnipresencia del demonio, profundamente piadoso en su fuero íntimo, Juárez participaba en las procesiones y obedecía las campanadas. Cincuenta años atrás hubiera tomado los hábitos. Pero Oaxaca, a pesar de su conservadurismo, despertaba lentamente a los nuevos tiempos. Desde 1827, el Instituto de Ciencias y Artes se disputaba con el Seminario Conciliar las vocaciones juveniles. En aquél daban clases varios clérigos, abogados y médicos de ideas más abiertas. Aunque no faltaban los detestados y misteriosos masones —cuyas «tenidas» se celebraban en una casa frente a la Plaza Mayor—, el grueso de esos maestros eran católicos fieles que reconocían la necesidad de guardar en los estantes la escolástica y abrir algunas ventanas a la libertad intelectual, las nuevas profesiones y la ciencia. Estos hombres no eran precisamente «liberales», y mucho menos antirreligiosos: sólo pretendían instaurar en el Instituto el brazo civil del Seminario. Benito

Juárez fue su discípulo. Oscura, ciegamente, vivió el paso del Seminario al Instituto como un peldaño más de su emancipación personal.

A principios de la década de los treinta, Juárez fue elegido regidor del Ayuntamiento. Comenzaba a forjarse un prestigio de experto en cuestiones jurídicas, pero su cátedra en el Instituto —donde además, se desempeñaba como secretario— versaba sobre temas muy distintos: daba clases de física. En 1833, una campaña de varias madres de familia contra el «pernicioso» Instituto lo puso en la palestra pública. Juárez presidió una junta de los principales profesores, en la que cada uno expresó su opinión sobre la historia y el sentido del plantel. El propósito era desmentir la idea de que en el establecimiento se inspiraban a los jóvenes máximas de corrupción e impiedad. Juárez recordó «que en las funciones literarias públicas, han manifestado los catedráticos y los alumnos sus respetos a la religión y corporaciones eclesiásticas, dedicándole actos públicos»[47] a todas las venerables instituciones eclesiásticas así como «a varios santos en particular», todo lo cual manifestaba que el Instituto no era «un establecimiento antimoral e irreligioso». Ese conciliatorio alegato en pro de la educación fue su primera batalla. Con ese mismo tono de firmeza, gravedad y parsimonia, y en defensa de su «honor ultrajado» por mentiras o calumnias, daría muchas otras en la prensa de Oaxaca. Era un indio que no volvería a bajar la mirada.

En aquel año de 1833, Juárez entra por primera vez a la legislatura local. En ella interviene como jurista para fundamentar casos de difícil (y discutible) solución legal, como la nulidad de las elecciones de un gobernador de Oaxaca, una nueva expulsión de españoles y el cese de empleados contrarios al sistema federal. Juárez encontraba el

modo de sustanciarlos. Desde su curul en la Cámara, defendió al «benemérito general Santa Anna», que, «tratando, como siempre, de darle vida a las instituciones», había derrotado en 1828 a la «facción aristócrata», pero había hecho caer al país «en el defecto de la ilegitimidad».[48] En retrospectiva, el diputado Juárez reprobaba el golpe de Estado de Guerrero porque había impedido que el pueblo ejerciera con libertad «el augusto acto del ejercicio de su soberanía». Con todo, no atribuía a Guerrero la falta sino a «las maniobras de los partidos y las intrigas de la aristocracia», que lo pusieron «en la silla que después le sirviera de suplicio».[49]

La admiración de Juárez por Guerrero tenía su origen inmediato en la muerte del caudillo, en 1831, en la capilla de Cuilapan, a unos cuantos kilómetros de Oaxaca. En el fondo, sin embargo, obraban otros elementos. Guerrero había sido lo contrario de un aristócrata: si no un indio, sí un amigo de los indios. Y una víctima de los prejuicios raciales. Eso explica que en febrero de 1833 el diputado Juárez presentara una iniciativa que declaraba que los restos de «la ilustre víctima de Cuilapan» le pertenecían en propiedad al estado de Oaxaca y que la villa donde había sido fusilado cambiara su nombre por el no muy eufónico de «Guerrerotitlán».[50] Días más tarde, la Cámara de Diputados acordaba, por iniciativa de Juárez, la más plena beatificación cívica de Guerrero. Se le daría el mismo trato que el pueblo deparaba a sus santos, el culto fervoroso a sus reliquias, a sus huesos. Juárez comenzaba a incorporar a su formación católica una incipiente religiosidad cívica:

«El presidente de la Cámara de Diputados … custodiará … la llave de la urna que encierra los venerables restos del general Guerrero, poniéndola sobre su pecho, del que la quitará sólo para entregarla a su sucesor».[51]

Cuando el «benemérito general Santa Anna» decretó el fin del federalismo, Juárez se dedicó al ejercicio de su profesión: litigios, donaciones, demandas. Pero su proyecto personal de emancipación era otro: el servicio público. El 16 de septiembre de 1840 fue el encargado de pronunciar el discurso a los héroes de la patria. Es uno de esos raros momentos en que casi *se oye* al joven Juárez hablar abiertamente sobre su imagen de México y su vocación personal.

Se refirió a España con delicadeza. No tenía la intención de zaherirla ni de «renovar heridas que debían cicatrizar». Pero le parecía claro que España había legado a México un sistema político guiado por «máximas antisociales»: ante todo, «descuidó» la educación de los mexicanos, les impuso doctrinas de ciega obediencia, «crió clases con intereses distintos»… aisló, corrompió, intimidó, dividió. El resultado: «Nuestra miseria, nuestro embrutecimiento, nuestra degradación y nuestra esclavitud por trescientos años».[52] ¿A quién se refería Juárez con la palabra «nuestro»? No a los mexicanos, a los indios:

«Pero hay más: la estúpida pobreza en que yacen los indios, nuestros hermanos. Las pesadas contribuciones que gravitan sobre ellos todavía. El abandono lamentable a que se halla reducida su educación primaria».[53]

Éstas eran las «reliquias del gobierno colonial» que persistan, que impedían la «consolidación» de la Independencia. Para desterrarlas se requería ejercer, a la manera de los clásicos latinos, las mismas «virtudes sociales» que movieron a Hidalgo para ponerse a la cabeza de «unos cuantos indígenas sin más armas que hondas, hoces y palos». A diferencia de los desesperanzados discursos criollos que comenzarían a volverse habituales, en el de Juárez todo

miraba al futuro. La verdadera independencia, el temor y el respeto de los enemigos, la paz, la concordia, el momento en que México fuese la «tierra clásica del honor, de la moderación, de la justicia», estaba por llegar. Para que el «árbol santo de la libertad» echara «raíces muy profundas» alguien tenía que plantarlo. Él lo plantaría.[54]

En la década de los cuarenta el país vivió entre «pronunciamientos» y «con el Jesús en la boca». Juárez navegó en la política de esos años con pericia, sin mayor apego a los principios liberales o federalistas, en apoyo irrestricto al poder de hecho que encarnaba Santa Anna. Por un tiempo permanece al margen del poder ejecutivo: es juez civil y de Hacienda. Pero en 1842 ingresa de lleno al mando como secretario de Gobierno en la administración centralista y santanista del general Antonio de León. Las profusas hagiografías de Juárez omitirían siempre los incómodos datos de este periodo: sus elogios públicos y sus profesiones de lealtad al «héroe zempoalteco» que enterraba su pierna y jugaba a los gallos *en roi*. Sin embargo, los documentos existen y son ciertos. Por sentido común, por incapacidad para el idealismo, por apego al hombre fuerte, por las mismas razones que todo México, también Juárez fue santanista.

En 1843, cuando ocupaba aquel importante puesto de gobierno, a sus no muy tiernos treinta y siete años, Juárez asciende un peldaño más en su proceso interior de emancipación. Huye al matrimonio con una mujer en la que predominaba la raza blanca: Margarita Maza, hija natural de don Antonio Maza. Los hijos que tuvo con Margarita —para entonces tenía otros, fuera de su matrimonio— no serían ya indios como él, sino mestizos, pero mestizos con una particularidad notable: hijos de padre indio y madre de raza española y no, como en la inmensa mayoría de los casos, a la

inversa. Por excepción, un indio había conquistado a una mujer blanca y no un español a una mujer indígena.

En 1845, Juárez continúa ascendiendo: es fiscal del Tribunal Superior de Justicia. En 1846, forma parte de un triunvirato que gobierna interinamente el estado de Oaxaca. En 1847, viaja por primera vez a la capital mexicana, para ocupar un escaño en el Congreso Federal. Ese mismo año, luego de defender públicamente a Santa Anna de quienes pretendían impedirle su noveno periodo presidencial, Juárez completa un primer ciclo en su carrera emancipatoria. El 29 de octubre de 1847 es nombrado gobernador interino de Oaxaca.

Caminando y con inmensa, estoica paciencia, había llegado en 1818 a la ciudad blanca desde Guelatao. Caminando de puesto en puesto por todos los poderes del Estado, en el ejercicio libre de su profesión o en el papel de maestro, había llegado a la gubernatura de su estado. Caminando desde «la estúpida pobreza» en que había nacido junto a «sus hermanos», se había convertido en el primer gobernador indio de la República Mexicana.[55]

*

Ante el peligro de que la invasión norteamericana alcanzara el territorio de Oaxaca, el gobernador Juárez tuvo un aliado inapreciable: el «venerable clero secular y regular del estado». En enero de 1848, el gobernador había solicitado a las autoridades de la Iglesia que «excitasen» en sermones públicos al pueblo a defender los dos objetos sagrados que estaban en trance de perderse: la religión y la patria. El obispo de Oaxaca le aseguraba que ya se ocupaba en «reanimar» el espíritu público por todos los medios que estuviesen al alcance de su mitra.[56]

La temida invasión no se llevó a cabo, pero el pacto entre la

autoridad civil y la eclesiástica perduró a todo lo largo del gobierno de Juárez. En abril del mismo año, el gobierno logró la colaboración del clero en la construcción de una escuela en Tehuantepec. ¿Cómo no apoyar a un gobierno que pretendía «hacer ciudadanos útiles a su patria y desterrar los males que trae consigo la ignorancia de los primeros rudimentos de la religión cristiana»?[57] Lo mismo ocurrió en la construcción del camino al puerto de Huatulco, en el que intervinieron reclutas del servicio militar que pretendían eludir el destino de la milicia: en el momento de su inauguración, el clero se unió a los festejos y celebró una misa al aire libre para honrar la «eficacia característica del gobernador».[58]

Como el camino a Huatulco, el de las relaciones entre Juárez y el clero era de dos sentidos: el gobernador pagaba los servicios y recibía nuevos. En julio decretó la reincorporación de los cursos de «historia eclesiástica» al Instituto de Ciencias y Artes. Nadie podría decir, en su gobierno, que aquel establecimiento era una casa de herejes, impíos, corruptores de la juventud. Poco tiempo después, emite varias órdenes al comandante general de armas del estado. No son órdenes militares sino de militancia religiosa: que se hagan salvas y concurra la escolta para solemnizar la festividad del 12 de diciembre (la aparición de la Virgen de Guadalupe) y que alisten la escolta que debía acompañar a la comitiva en la celebración de Nuestra Señora de la Soledad. Por otra parte, en una circular que envió a los gobernadores de los departamentos, Juárez defendió al clero justamente de lo que Ocampo lo atacaba: sus intereses más concretos. Lejos de legislar para limitar o modificar los aranceles, el gobierno civil acrecentaría su intervención persuasiva y coactiva para «la manutención de los ministros de la religión que profesamos»:[59]

«Ellos [los curas] tienen un derecho legítimo a percibirlas [las obvenciones y ofrendas], por el cuidado espiritual de que están encargados, por su residencia formal en aquéllas, por la eficaz puntualidad en la administración de sacramentos, porque como cultivadores de la viña deben alimentarse de sus frutos; en una palabra, porque como operarios en lo espiritual, son dignos del sustento en lo temporal».[60]

Es verdad que todos los documentos de la época, no sólo los de Oaxaca, tenían al calce la leyenda «Dios y libertad». La invocación a Dios, el uso de fórmulas extraídas de la literatura religiosa cristiana, la retórica de los discursos y muchos otros elementos de la expresión oficial provenían claramente de una transferencia cultural del catolicismo al universo civil. Lo notable, sin embargo, en cuanto a Oaxaca, no estaba en la transferencia sino en la identidad. En virtud de la convergencia de esferas, el lenguaje del gobernador no sólo recordaba al del obispo: era igual al del obispo: «Demos gracias al Todopoderoso que nos ha concedido el beneficio de conocer nuestros pasados extravíos … Quiera la Providencia Divina proteger nuestros trabajos … Gracias a la Providencia Divina la paz se consolida».[61] Llegó el momento en que la confluencia de papeles alcanzó la fusión. Imperceptiblemente, Juárez declaraba a la legislatura de Oaxaca ser portador de un llamado casi mesiánico que quizá no se escuchó o leyó como tal porque, a diferencia de Santa Anna, Juárez no hacía gala de un espíritu salvador ni tenía el empaque físico para ello. Tenía la apariencia de un ídolo zapoteca, un dios imperturbable, pétreo, siempre vestido de levita oscura. Pero Juárez asumía para sí aquel destino, con todas sus letras: «Dios y la sociedad nos han colocado en estos puestos para hacer la felicidad de los pueblos y evitar el mal que les pueda sobrevenir».[62] Un mesías bajo la figura de un firme, diligente, severo, grave, melancólico pastor de ovejas. No por casualidad las viejas

crónicas precortesianas narraban que los indios escogían para el gobierno a los hombres de semblante más grave y triste: los capaces de gobernar desde el silencio.

Muy pronto, la providencia lo puso a prueba. Al doblar la segunda mitad del siglo, una epidemia del terrible cólera asoló Oaxaca, como en 1833. Más de diez mil personas morirían en el estado en el periodo de dos años. Ante la desgracia, el gobernador tomó algunas medidas sanitarias —apresuró la construcción de hospitales— y varias medidas místicas, entre ellas la recomendación al chantre de la Santa Iglesia de dirigir los ejercicios espirituales de los presos. El 3 de julio de 1850, *La Crónica,* el periódico oficial, anunciaba que el gobierno del estado, invitado por el venerable cabildo, asistiría con todas las autoridades al triduo de rogaciones públicas que se llevaría a cabo dos días después con el fin de «implorar al Dios de las Misericordias para que nos libre del terrible azote del cólera morbus».[63] Dos días después, en efecto, Juárez tomaría parte en la procesión: «recorre algunos tramos en cruz para imitar al Divino Salvador … murmura plegarias … cae de rodillas ante el tabernáculo donde se mantiene … mientras los sacerdotes entonan el *Miserere mei Deus* …».[64]

El vínculo entre las dos majestades se estrecha con el paso del tiempo. En un momento, ciertos dominicos pretenden que el gobernador intervenga en procesos electorales de su orden. Él está dispuesto a hacerlo, si bien hasta los límites que le imponen las leyes. A su vez, la mitra le pide que prohíba la circulación de un libro «impío» que propaga una doctrina corruptora de la moral cristiana: Juárez accede. A lo largo de su periodo de gobierno —apuntaría, con rara objetividad, uno de sus hagiógrafos— «no dejó de concurrir a las funciones solemnes de la Iglesia y tomar su asiento bajo el presbiterio, sobre tarima alfombrada, con reclinatorio y cojines y un

capellán le rezaba la confesión y el credo y le daba la paz». Era «un católico a la antigua».[65]

*

El gobernador hablaba como obispo, rodeaba su investidura pública de una aureola religiosa, buscaba la cercanía legitimadora del clero, invocaba a Dios y a la Divina Providencia, acudía puntual y devotamente a las solemnidades religiosas, todo ello sin un ápice de malicia, más bien de modo natural, para dar dignidad y fuerza al ejercicio de su mandato.

Religiosamente, el gobierno de Juárez fue construyendo una nueva legitimidad basada en la ley. Su gobierno inaugura un estilo de mando caracterizado por la disciplina presupuestal, el pago regular a los empleados públicos, el tono conciliador y comprensivo en el arbitraje de las querellas e intereses, el respeto a las elecciones en los niveles municipales, el inmenso celo en la defensa de la soberanía estatal (concluida la guerra, prohíbe a Santa Anna la entrada en su territorio), la seriedad en los informes a la legislatura, el fomento a la casi nula minería, la atención a los variados ramos de la Administración Pública, el cuidado en el nombramiento de los jueces y el uso prudente pero desembarazado y enérgico de «las facultades amplísimas e ilimitadas» que reclamó al Congreso para combatir a los «perturbadores del orden».[66] En algunas ocasiones, como en Tehuantepec, su sola presencia calmaba los ánimos: cuidando siempre las formas legales, Juárez escucha las quejas, imparte justicia, lanza decretos, organiza la Administración Pública y la Comandancia Militar, nombra subprefecturas y reduce las fuerzas armadas. Todo por decreto, todo en un santiamén, todos los poderes en uno… pero con el amparo legal. El nuevo estilo se revelaba hasta en los menores detalles:

«A propósito de malas costumbres», señalaría años después en los *Apuntes para mis hijos,* «había otras que sólo servían para satisfacer la vanidad y la ostentación de los gobernadores, como la de tener guardias de fuerzas armadas en sus casas y la de llevar en las funciones públicas sombreros de una forma especial. Desde que tuve el carácter de gobernador, abolí esta costumbre, usando de sombrero y traje del común de los ciudadanos y viviendo en mi casa sin guardias de soldados y sin aparato de ninguna especie, porque tengo la persuasión de que la respetabilidad del gobernante le viene de la ley y de un recto proceder, y no de trajes ni de aparatos militares propios sólo para los reyes de teatro».[67]

El «caso Juchitán» fue seguramente el más delicado que hubo de enfrentar en sus dos sucesivas administraciones. Implicaba un doble conflicto jurídico. El primero era un problema similar al de los pueblos y las haciendas en el centro del país: la querella entre el derecho romano, que reconocía a los terratenientes como dueños de las salinas de Juchitán, y el derecho colonial, que años antes de la Independencia había dado a los habitantes del pueblo el usufructo de ese recurso. El segundo conflicto era de jurisdicción entre el gobierno federal y el estatal. Juárez actuó con celeridad en los dos casos. Empleó resueltamente la fuerza pública contra los juchitecos que, comandados por el cabecilla Meléndez, intentaban arrancar por la violencia al gobierno federal la autonomía, con respecto a Oaxaca, de la zona irredenta del Istmo. Para el gobernador, la responsabilidad de los disturbios recaía en los «inmorales» juchitecos: robaban las sales, mataban ganados, se negaban a pagar la capitación y se dedicaban al contrabando. Juárez pretendía acabar con el problema mediante la fuerza y la persuasión. Por un lado, sus tropas se batían con el guerrillero Meléndez; por el otro, planeaba establecer una escuela y lograr que el presidente de la

República convenciera al hacendado principal de Juchitán de ceder «algún tanto del derecho que pueda tener a favor de ese pueblo».[68] En un momento del conflicto, tras el incendio de varios jacales, el gobierno federal parecía dispuesto a intervenir: Juárez lo impidió con un alud de argumentos, casi como si se tratara de una invasión en su territorio. Su gobierno no era «atroz, bárbaro, sanguinario», como se lo había querido presentar. Había que distinguir entre la «realidad y la inepta ficción». Su gobierno era «enérgico para castigar el crimen … sin nunca traspasar la ley».

Meléndez fue aprehendido finalmente en Chiapas y el gobierno federal propuso una amnistía. Juárez se opuso a ella de modo terminante. En un formidable escrito presentado al Congreso local, adujo que no correspondía al poder federal el castigo o el perdón de los crímenes cometidos por Meléndez y sus gavillas, y sostuvo que éstos no se encontraban en situación de ser amnistiados conforme a los principios del derecho constitucional y público, «en razón de que la moral, la paz y la naturaleza de sus crímenes exigen que la justicia los juzgue y castigue con arreglo a las leyes».[69]

En aquel remoto estado de la República, inadvertidamente, se estaba ensayando algo más que un nuevo estilo: una nueva ética del mando. Juárez, con su devoción casi idolátrica por la ley, su probado afán educativo (fundó 50 escuelas en distritos rurales, abrió sucursales del Instituto y lo subvencionó, fomentó la educación de la mujer), su férrea concentración de poder y la seriedad misma que imprimía a su gestión, parecía representar exactamente lo inverso de Santa Anna. El «héroe zempoalteco» salido de una ópera italiana era todo frivolidad, imprevisión, temeridad, irreflexión, emotividad, improvisación, extremismo, fluctuación, oropel, llanto y carcajada. El indio de Guelatao, con su oscuridad de bronce

viejo, su aspecto de ídolo pétreo, provenía de un antiguo drama histórico. Era solemne, calculador, prudente, reflexivo, ordenado, conciliador, firme, severo, suave, impenetrable. De los mil discursos apoteósicos de Santa Anna resultaba difícil extraer una frase sincera, un adarme de autenticidad más allá de la autenticidad con que los actuaba. En los discursos de Juárez hay que descontar, desde luego, la carga retórica, pero como hombre de lealtades absolutas, sus palabras, de pronto, adquirían un peso distinto:

«Hijo del pueblo, yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca y se cree un porvenir y que abandone la carrera de desorden, de los vicios y de la miseria a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos y libertadores, pero que con sus hechos son sus más crueles tiranos».[70]

Este era el hombre al que Santa Anna no perdonó un decreto que le había prohibido la entrada a Oaxaca en 1848. Por ese motivo decretó su destierro. En Nueva Orleans, los dos huérfanos, Ocampo y Juárez, se vieron por primera vez. No podían ser más distintos, pero aun así, establecerían una santa alianza. Ocampo catequizó a Juárez en los principios de una actitud moderadamente anticlerical. Juárez, a su vez, llegaría a tener sobre Ocampo un extraño ascendiente: lograba convencerlo, calmarlo, enternecerlo. Ocampo abandonaba la religión, Juárez era todo religión. Ocampo representaba el espíritu de la Reforma, Juárez la religiosidad indígena necesaria para imponer el espíritu de la Reforma. Ocampo percibía en Juárez una fuerza de atracción de la que él carecía por entero: no la de una madre naturaleza tangible pero fría, sin rostro, sino la de la madre tierra con rostro humano, con rostro indígena. La prédica de Ocampo hizo que

Juárez, por su parte, acentuara su sentimiento religioso de las leyes, su idolatría de las leyes, hasta casi desprenderla de la religión propiamente dicha, hasta casi operar, en su fuero interno, la separación de la Iglesia y el Estado. Quizá sus campos psicológicos se deslindaron el día en que Juárez le ofreció a Ocampo un puro que éste rechazó con una broma: «No, señor, gracias, por aquello de que "indio que fuma puro, ladrón seguro"». A lo que, brusca y brevemente, Juárez respondió: «En cuanto al indio, no puedo negar, pero en lo segundo no estoy conforme».[71] Ocampo se deshizo en disculpas. Aquel indio representaba algo nuevo, indefinible. No la fuerza de la naturaleza: la de la tierra y la historia. No rehusaba el poder, como toda la dinastía criolla desde Hidalgo hasta Santa Anna: lo encarnaba.

NOTAS

41. Luis González Obregón, «Las castas de la Nueva España en el siglo XVII», en *Revista histórica mexicana* (México), vol. I, n.º 2, nov. 1907, p. 67.

42. Francisco Vasconcelos, *Apuntes históricos de la vida en Oaxaca en el siglo* XIX, s.p.i.

43. Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, vol. 13, Obras completas, 15 vols. (México, 1991), p. 26.

44. Ibíd.; ver también Rafael de Zayas Enríquez, *Benito Juárez: su vida, su obra* (México, 1971); Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez* (México, 1985).

45. Benito Juárez, «Apuntes para mis hijos», en Benito Juárez *Documentos, Discursos* y *correspondencia,* 15 vols. (México, 1964), vol. 1, p. 91.

46. Sierra, *Juárez…*, p. 27.

47. Pedro Ojeda Paullada (introducción), *Voces sobre Juárez,* 3 vols. (México, 1973), vol. 3, p. 82.

48. Ángel Pola (compilador), *Miscelánea de Benito Juárez* (México, 1906), p. 235-236.

49. Ibíd., p. 236.

50. Ibíd., p. 218.

51. Ibíd., p. 218-219.

52. «Discurso patriótico pronunciado por el Lic. Benito Juárez en la ciudad de Oaxaca, 16 de septiembre de 1840», en Juárez, *Documentos, Discursos* y *correspondencia*, vol. 1, pp. 480, 482-483.

53. Ibíd., p. 483.

54. Ibíd., pp. 480, 483-484.

55. Ronald Spores, et al., *Benito Juárez: Gobernador de Oaxaca, documentos de su mandato y servicio público* (Oaxaca, 1987).

56. Benito Juárez al Obispo de Oaxaca, Ene 25 1848, en Juárez, *Documentos, Discursos* y *correspondencia,* vol.1, p.519.

57. Pola, *Miscelánea de Benito Juárez*, p. 93.

58. Ibíd., p. 131 (nota).

59. «Circular a los señores gobernadores de departamentos de Oaxaca», 24 ene. 1849, en Juárez, *Documentos, Discursos* y *correspondencia,* vol. 1, pp. 612-613.

60. Pola, *Miscelánea de Benito Juárez*, p. 110 (nota).

61. «Discurso pronunciado por Juárez, gobernador del estado, al abrir el congreso sus segundas sesiones extraordinarias», 1 feb. 1852, en Juárez, *Documentos, Discursos* y *correspondencia*, vol. 1, p. 770.

62. Benito Juárez, «Exposición al soberano Congreso de Oaxaca al abrir sus sesiones», 2 jul. 1849, en Juárez, *Documentos, Discursos* y *correspondencia,* vol. 1, p. 625.

63. «La Crónica, periódico del gobierno del estado de Oaxaca», 3 jul. 1850, en Benito Juárez, *Miscelánea,* 3 vols. (México, 1987), vol. 3, p. 37.

64. Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma* (México, 1905), p. 177.

65. «Juárez desde una nueva faz», en Benito Juárez, *Documentos*, *Discursos y manifiestos,* 3 vols. (México, 1987), vol. 2, pp. xxii-xxiv.

66. Benito Juárez, «Exposición al soberano Congreso de Oaxaca al cerrar sus sesiones extraordinarias», 29 feb. 1848, en Juárez, *Miscelánea,* vol. 3, p. 18.

67. Juárez, «Apuntes…», pp. 269-271.

68. Citado en González Navarro, *Anatomía del poder en México*, p. 187.

69. Benito Juárez, «Reclama contra la intervención del Gobierno Federal en un asunto de jurisdicción local», 2 mar. 1851, en Juárez, *Documentos, Discursos y Correspondencia,* vol. 1, p. 729.

70. Benito Juárez, «Manifiesto al pueblo del estado de Oaxaca con motivo de haber sido reelecto como gobernador», 12 ago. 1849, en *Documentos, Discursos y Correspondencia,* vol. 1, p. 654.

71. Ralph Roeder, *Juárez y su México,* 2 vols. (México, 1958), vol. 1, pp. 158.

El drama de la Reforma

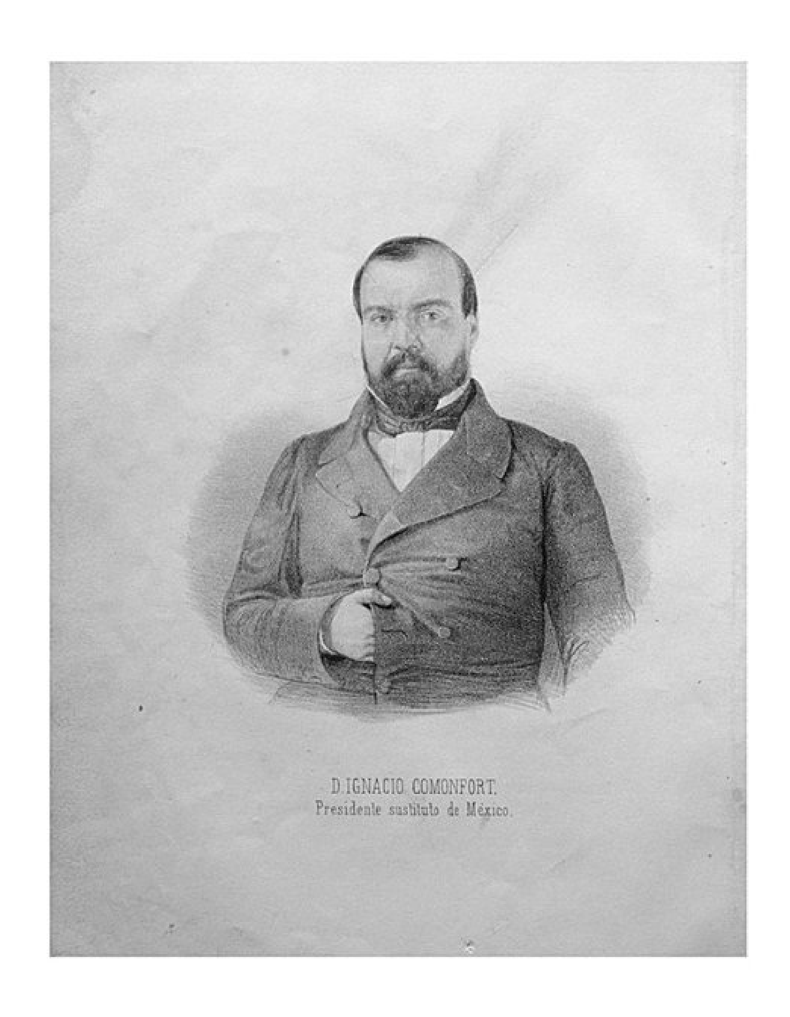
Referir la historia a uno o más géneros teatrales, decir que es un drama, una tragedia, una épica o una comedia es la más socorrida metáfora de la historiografía. Con todo, hay historias, periodos y países que se apegan con tal precisión a un género determinado, que la obra parece en verdad escrita por un dios o un demiurgo. Es el caso del drama que México vivió entre 1858 y 1861, al que se conoce como la «guerra de Reforma».

En el primer acto, una suerte de largo preludio, aparecen ya como protagonistas Juárez y Ocampo. Han regresado de Nueva Orleans y forman parte del gabinete del presidente Juan Álvarez. El viejo y respetado cacique de los «breñales del sur» había encabezado la revolución contra Santa Anna y ocupaba la presidencia a su entero pesar. No la desdeñaba por las mismas razones que Santa Anna; sus motivos se asemejaban a los de su ídolo y antiguo jefe: Vicente Guerrero. Por eso, durante los brevísimos días de su mandato no despachó en la capital sino en la primaveral ciudad de Cuernavaca, más cerca de sus verdaderos dominios, más cerca de la renuncia.

Quien verdaderamente llevaba las riendas del gobierno era Un viejo conocido de Álvarez, el militar y empresario poblano Ignacio Comonfort. Criollo, rico, alférez de caballería de Agustín de Iturbide, alumno de los jesuitas, heredero de una hacienda en Izúcar (entre Oaxaca y Puebla), comandante militar y de gobierno en la misma zona, tesorero del gobierno de su estado, Comonfort se había distinguido como un excelente prefecto en la conflictiva región de Tlapa, hoy estado de Guerrero. Allí lo había conocido Álvarez y allí había comenzado a apreciar sus dotes constructivas y conciliadoras: había organizado a la gente para tender el

camino entre Tlapa y Ometepec y mediado con éxito en las espinosas rencillas de hacendados y pueblos por la tierra. Hacia 1846, repartía su tiempo entre su nueva hacienda en Tlalnepantla (al norte de la capital) y la prefectura militar del lugar. Según Guillermo Prieto, que lo conoció en esos años, Álvarez quería a Comonfort como a un hijo. Era un dechado de virtudes filiales y sociales:

«Hombre naturalmente dulce, pacífico y de educación la más pulcra y delicada, parecía nacido para el cultivo de los más inocentes goces domésticos. La pasión profunda y la veneración por la señora a quien llamaba madre, hacían que la acompañase frecuentemente, creando en él el hábito de tratar con señoras ancianas, mimar y condescender con los niños y ser un tesoro para las intimidades de la familia».[72]



Luis Garcés, *Ignacio Comonfort*, 1873, litografía. En Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1873.

Durante la invasión norteamericana, Comonfort había luchado bajo las órdenes de Nicolás Bravo, el último jefe insurgente vivo. Al cumplir un periodo en el Senado (1847 a 1851), volvió a la administración privada y pública: a la primera, en unas tierras de la zona dominada por Álvarez en el nuevo estado de Guerrero; a la segunda, como jefe de la aduana en el principal puerto mexicano del pacífico: Acapulco. En 1854, la alianza entre el cacique y el administrador sería un elemento clave en el triunfo del Plan de Ayutla y la consiguiente revolución que derrocaría para siempre a Santa Anna. Al año siguiente, en Cuernavaca, Álvarez hacía lo imposible por volver a sus breñales, mientras que Comonfort se empeñaba en integrar el gabinete presidencial perfecto, un gabinete de concordia. A fines de 1855 Álvarez logra su propósito: renuncia a la presidencia y se la encarga a su hombre de confianza. Entonces empieza el preludio del drama: el monólogo en un acto de Ignacio Comonfort.

Melchor Ocampo fue por quince días ministro de aquel gabinete de concordia. Quince días que debían haber sido quince minutos. Sólo las enternecidas palabras de Juárez —ministro de Justicia— lo habían hecho desistir de presentar su renuncia. Le parecía evidente que Comonfort prefería el equilibrio a la actividad: «el Ejecutivo debería ser todo movimiento y vida, si no quería suicidarse o perder la ocasión de ser útil».[73] Ocampo decía que Comonfort era «un medio sí, un medio no».[74] ¿Qué sentido tenía proponer, por ejemplo, la incorporación de dos miembros del clero al Consejo de Gobierno? Más que un gobierno que organizaba la República, el gabinete mixto daba la impresión de que existían dos gobiernos, un imposible: un régimen liberal y conservador simultáneamente. Ocampo creía que la situación de México

reclamaba una «revolución a la Quinet», precisamente la que Comonfort se negaría a encabezar. Reflexionando sobre sus dos semanas de paso por el gobierno, Ocampo escribía en octubre de 1855 a su yerno, José María Mata:

«Como me explicó de plano Comonfort que la revolución seguía el camino de las transacciones y como yo soy de los que se quiebran pero no se doblan, dejé el ministerio … Dudo mucho que con apretones de mano, como Comonfort me dijo que había apaciguado a México y se proponía seguir gobernando, pueda conseguirlo, cuando yo creo que los apretones que se necesitan son de pescuezo. El tiempo dirá quién se engañaba».[75]

La mayor parte de los liberales no eran «puros» ni salvajemente independientes, como Ocampo: se llamaban a sí mismos «moderados» y lo eran. Hubiesen querido una convivencia pacífica y armónica con la Iglesia.[76] La prueba de fuego que Ocampo había previsto para Comonfort llegó a principios de 1856. La mayoría en el nuevo Congreso Constituyente que se había reunido en cumplimiento de la promesa básica del Plan de Ayutla, no llegaba a roja radical, ni siquiera a rosa mexicano, se quedaba en rosa pálido. Ejecutivo y legislativo se habían fijado en el propósito de conciliar a la familia política mexicana sobre las bases de una doble fe: la tradición y el progreso, el orden y la libertad. Suave, pacíficamente, tenía que terminar la confusión de esferas. Lo temporal, como dictaba la experiencia del siglo, debía «desamortizarse», pasar a las manos vivas del mercado; lo sagrado debía volver a su ámbito propio: la intimidad de la conciencia y el interior de los templos. Sobre estos dominios la Iglesia conservaría su soberanía indisputada. Sobre aquél no.

A mediados de año, el gobierno expidió una importante ley

de «desamortización de bienes en manos muertas» redactada por Miguel Lerdo de Tejada. Disponía la salida al mercado (la privatización, se diría ahora) de toda la propiedad raíz de las corporaciones civiles y eclesiásticas: escuelas, conventos, cofradías, monasterios, comunidades indígenas. Los arrendatarios o adjudicatarios de esos bienes inmuebles rurales y urbanos (terrenos, edificios, haciendas, fincas de toda índole) los adquirirían en propiedad, pero reconociendo en ese instante a la Iglesia su valor y obligándose a pagar un interés del 6 por ciento anual sobre la compra. En un santiamén, sin mediar expropiación alguna, el gobierno había convertido a la Iglesia en un inmenso banco hipotecario y abría la posibilidad para la consolidación de una vasta clase media propietaria.

Aún no se habían sentado a deliberar los diputados que redactarían la nueva Constitución Federal, cuando en Puebla estalló la primera sublevación apoyada por el clero. La represalia del gobierno fue leve: una intervención parcial de sus bienes que, sin embargo, la jerarquía católica consideró total. En un momento de particular intensidad, el Congreso moderado se negó a aprobar la libertad de cultos, pero sancionó la libertad de conciencia que tácitamente la suponía y toleraba. El ligero avance les parecía, a los propios diputados, una temeridad: de inmediato se comprometieron, en el propio texto, a «cuidar y proteger» en especial a la Iglesia católica «por medio de leyes justas y prudentes». Ninguna concesión apaciguó a la Iglesia. Tampoco las frecuentes rogativas a Dios en el Congreso, la atmósfera religiosa de sus sesiones o la sincera fe cristiana de casi todos los diputados. En ese concilio de católicos liberales, la Iglesia sólo vio lo que deseaba ver: una nueva convención francesa. Su interpretación de la Ley de Desamortización fue igualmente condenatoria. Nada aceptó, nada discutió. Su posición era la

de todo o nada. Siguieron las conjuras en los altares, las arcas abiertas al ejército y los vicarios guerrilleros. De manera nada casual un historiador moderado de la época deploraba la pérdida de aquella oportunidad de reconciliación y diálogo:

«La Iglesia trabajaba con actividad incansable y sus papeles clandestinos no tienen cuento. Unas veces eran proclamas incendiarias, atribuidas al partido triunfante (el liberal moderado), en que se hablaba de puñales y guillotinas para acabar con los ricos y sacerdotes; otras eran excitaciones al pueblo para que se levantara a defender la religión, limpiando la tierra de impíos; otras eran cartas dirigidas al presidente llenas de injurias atroces; otras, en fin, decretos de excomunión que se fijaban en las esquinas de las calles y en las puertas de los templos a manera de pasquines. Nada omitieron, en suma, para concitar el odio público contra el gobierno existente, para inquietar las conciencias y enardecer las pasiones».[77]

La primera constitución plenamente liberal de la historia mexicana se juró frente a un crucifijo el 5 de febrero de 1857, día del beato Felipe de Jesús, mexicano martirizado en Japón que sería canonizado cinco años después. En su primera línea, la Constitución hacía referencia a Dios. Enfermo y en andas, el mismísimo precursor Valentín Gómez Farías besaría el crucifijo, consagrando así aquel «sacramento de la patria», «Más que legisladores», escribiría Justo Sierra, «por su carácter, por su altura … componían no sé qué conjunto misterioso, religioso, divino … para poner frente a la bandera religiosa.»[78] Aunque la Ley Lerdo se incorporaría al texto, lo mismo que otras dos leyes expedidas por ministros de Comonfort (la Ley Juárez sobre abolición de los fueros e inmunidades eclesiásticas y la Ley Iglesias sobre prohibición de la coacción civil en el cobro de derechos parroquiales), el

espíritu religioso de la nueva Constitución no se apartaba de la Constitución del 24 sino en un punto: no decretaba la exclusividad de la religión católica. Nada bastó a los obispos ni a la voz del papa Pío IX, que la declararon opuesta a los derechos, la autoridad, los dogmas y la libertad de la Iglesia: «Nadie puede lícitamente jurarla».[79] La Iglesia repartió anatemas y excomuniones. Sólo en el remoto estado de Oaxaca, Juárez —que había reasumido la gubernatura— lograba que el obispo la admitiera provisionalmente con un *Te Deum* en la catedral. Era una excepción.

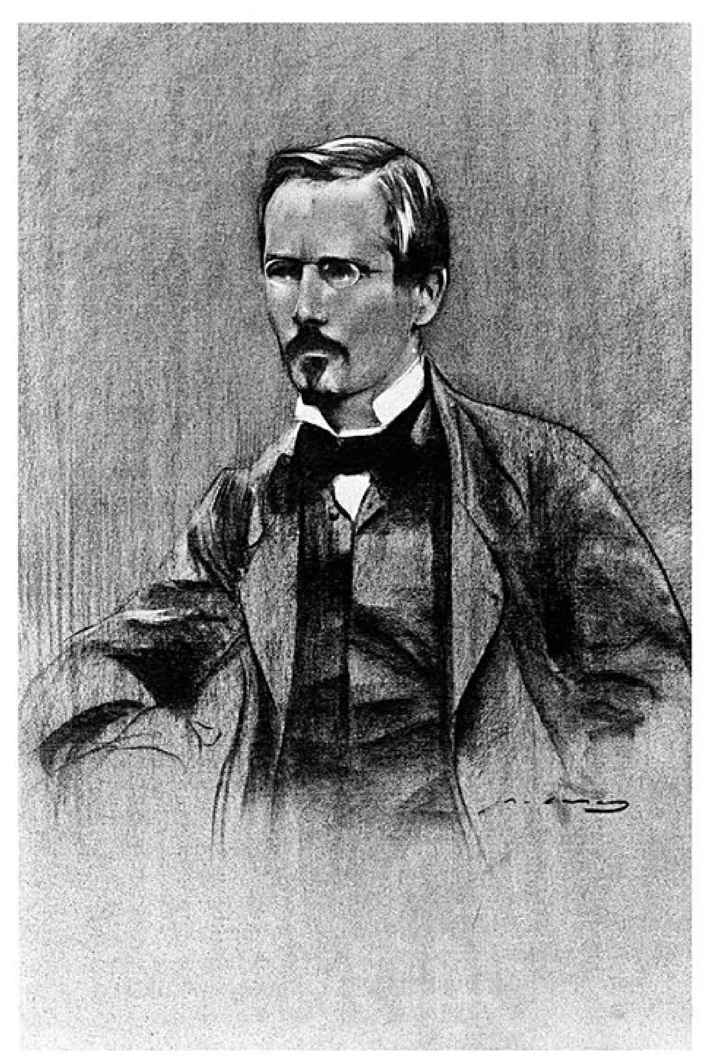
El 1 de diciembre de 1857, jurando respetar y hacer respetar la nueva Constitución, Comonfort tomó posesión de la presidencia de México. Dos semanas después, la vieja historia se repetía: los políticos y militares conservadores, encabezados por el general Félix Zuloaga, emitían su «Plan de Tacubaya» y empuñaban contra la Constitución liberal las armas bendecidas por la Iglesia. Pero algo más ocurrió, un hecho casi sin precedentes (Santa Anna los había establecido todos): el criollo Comonfort se pronunciaba contra sí mismo. «La Constitución», escribió, tiempo después, «no era la que el país quería y necesitaba … su observancia era imposible, su impopularidad era un hecho palpable: el gobierno que ligara su suerte a ella era un gobierno perdido.»[80] Había que buscar un nuevo arreglo que conciliara el orden con la libertad.

Ser y no ser, pensaba aquel Hamlet poblano. Los liberales tenían razón: «el influjo del clero sobre la política fue una necesidad de otros tiempos … la desamortización podía haber sido un remedio de la miseria en que yacían millones de individuos en México … la ley de obvenciones parroquiales habría restituido al clero su concepto de padre y consolador de los infelices … y si el clero mexicano ha civilizado a México no es porque tuviera fueros y privilegios».[81] Pero, por

otro lado, también los conservadores tenían razón: ¿cómo transigir con una «revolución violentamente innovadora»? Su actividad era un huracán, un puñal demagógico, un ariete con que se pretendía derribar hasta reducir a escombros al antiguo orden. Entre esos dos extremos se hacía necesario gobernar con una «política prudentemente reformadora que satisfaciendo en lo que fuera justo las exigencias de la revolución liberal, no chocara abiertamente con los buenos principios conservadores, ni con las costumbres y creencias religiosas del pueblo».[82] El problema mexicano —pensaba Comonfort— estaba en las «exageraciones»: un gobierno sabio debía tomar de ambos bandos «lo que tuvieran de bueno». El país quería orden, no despotismo; quería libertad, no libertinaje. La Constitución era impracticable, el Plan de Tacubaya, en cambio, parecía «un mejor apoyo a su pensamiento político».[83] Al menos abría una puerta.

Una puerta al abismo. En unos cuantos días, este príncipe Hamlet —caballeroso, taciturno como aquél— vacilaba otra vez: naturalmente los pronunciados se volvieron a pronunciar y, por supuesto, se negaron a aceptar los principios liberales. Comonfort se indignó: «creyeron que yo había renegado de mis principios y vendido pérfidamente a mis correligionarios».[84] Pero, a esas alturas, ¿sabía Comonfort cuáles eran sus principios y quiénes sus correligionarios? Se había quedado suspendido: sin principios, sin correligionarios, en el limbo. Ahora no podía consentir que el despotismo y el fanatismo se entronizaran de nuevo. Había que combatirlos, había que volver a la Constitución y «entregar el poder supremo a la persona que la ley designara —el presidente de la Suprema Corte, en este caso Juárez— [porque] siendo ya patentes las tendencias reaccionarias del nuevo pronunciamiento, menos malo era volver al punto de partida».[85] La impracticable pero legítima Constitución era

preferible al despotismo.



R. Casas, *Santos Degollado*, 1905, dibujo a lápiz graso. En Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, J. Ballescá y Cía. Editores, 1905-1906.

Días después, el Hamlet poblano salía voluntariamente del país rumbo a Nueva York, donde prepararía el breve texto que justificaba su política de «libertad templada», de «reforma prudente», de «tolerancia política». El camino de México —sostenía Comonfort— sería el de la conciliación, la fraternidad, la concordia entre dos ideas que deben ser hermanas: la libertad y el orden, la tradición y la reforma, el pasado y el porvenir:

«Pero sembrado quedó allí; y algún día dará fruto, cuando Dios quiera enviar a mi patria gobiernos más dichosos que el mío, que marchando por la misma senda, tengan la fortuna de llegar al término que yo anhelaba».[86]

En junio de 1858, cuando Comonfort redactaba su defensa ante la opinión mexicana, aquellas dos ideas hermanas tenían en México dos presidentes que las representaban con sus dos respectivos ejércitos, ya en franca y sangrienta pugna: Félix Zuloaga, en la capital de la República, y Benito Juárez, en el occidente del país. El tiempo había dado a Ocampo la razón: era imposible gobernar a México con apretones de manos. El preludio de Comonfort había acabado. Comenzaba el primer acto del drama. ¿Quiénes lo protagonizaban?

*

Por fin: la progenie de Mora y Alamán frente a frente, el antiguo partido del progreso contra el del retroceso. Dos proyectos encontrados, dos orígenes sociales y étnicos, dos temples opuestos: los liberales y los conservadores.

Los bandos, como se ha dicho, estaban claramente perfilados. Se trataba, en gran medida, de una lucha generacional. Al grupo liberal lo representaban civiles y militares algo menores de cuarenta años, más mestizos que criollos, provenientes sobre todo del centro y el norte de la República. Al conservador lo representaban políticos, clérigos

y militares diez años mayores que sus contrincantes, más urbanos, ricos y acriollados que sus adversarios. Del lado liberal estaban varios gobernadores auténticamente federalistas y no pocos caciques, federalistas más por interés y odio a los militares centralistas que por convicción. Simpatizaban con él las clases medias del país y, en número creciente, los nuevos beneficiarios (urbanos, sobre todo) de la Ley de Desamortización. Del lado conservador era partidaria la onerosa burocracia capitalina, la «gente decente» y, desde luego, el clero. A todo lo largo de la guerra, ninguno de los ejércitos liberales o conservadores llegaría a contar, en total, con más de 25.000 hombres, quizá menos. Esos ejércitos, además, se integraban, casi siempre, por medio del reclutamiento forzoso llamado «leva». La razón es sencilla: la guerra entre liberales y conservadores no se parecía a la Revolución de Independencia, no era una guerra popular, en ninguno de los dos sentidos de la palabra: no era bien vista por el pueblo ni contaba con su apoyo activo. Era una guerra con raíces religiosas sobre todo, pero también étnicas, sociales y económicas, *entre* las minorías rectoras.

En ambos bandos había hombres notables.[87] Al verlos actuar era claro que el problema de Alamán y Mora había sido su soledad frente a los militares. Ahora los militares tenían que compartir el poder y la iniciativa con abogados, ingenieros, poetas, clérigos, periodistas, empresarios, caciques… un nuevo grupo generacional inexistente en tiempos del general Santa Anna. Ambos equipos tenían a su vez notabilidades mayores. Desde un principio quedó claro quiénes serían los grandes protagonistas del drama, sus primeros actores.

Por el lado conservador, debido a la muerte en los primeros combates del general criollo Luis Osollo (por quien, según

Justo Sierra, Comonfort, «siempre un gran amoroso», sentía una especial «debilidad»),[88] el papel principal fue de un joven general capitalino de escasos veinticinco años, antiguo cadete del Colegio Militar, «niño héroe» en el 47 contra los norteamericanos, afiliado al Partido Conservador de Alamán, creyente en «la patria y la familia», profesor de táctica de artillería en el Colegio Militar, defensor del gobierno de Santa Anna contra la revolución de Ayutla, conspirador contra Comonfort en Puebla a principios de 1857. Se llamaba Miguel Miramón. Sus amigos y enemigos le decían «el Macabeo» porque realmente se veía en la figura de aquel legendario soldado bíblico que había liberado a los israelitas de los invasores griegos, profanadores del templo de Salomón.[89] Otros militares conservadores descollaban también, pero no a la altura de Miramón: Leonardo Márquez, hombre que pronto se revelaría por sus prácticas sanguinarias, y Zuloaga, el pronunciado de Tacubaya, que pronto se eclipsó. Dos caciques indios que revelaron un talento militar supremo se unieron a Miramón: Tomás Mejía, amo de la Sierra Gorda en el oriente, y en el occidente el misterioso «Tigre de Alica», Manuel Lozada, cuyo objetivo era el restablecimiento del imperio indígena en su región. Ambos, Mejía y Lozada, representaban una tendencia histórica profunda: la oposición indígena a la política liberal, que con la Ley Lerdo de desamortización de bienes corporativos, había puesto en venta nada menos que las centenarias tierras comunales de los indios.

Durante la guerra, el joven Macabeo sería también presidente de México, según la facción conservadora. Esta concentración total de poder militar y civil en un solo caudillo es un hecho que debió llamar más la atención de la época. Denotaba un múltiple efecto empobrecedor: de las décadas de providencialismo militar y civil empeñadas en

Santa Anna; del desaliento y desprestigio del 47; de la vejez o la muerte de la vieja clase militar que desde 1821 había hecho con el país «su real gana». Ahora esa misma clase militar profesional pagaba sus errores. Pero igualmente notable era la debilidad relativa del liderazgo conservador en el ámbito civil. Se originaba, tal vez, en la antigua concentración de poder intelectual en Alamán. El elenco se integraba con varios viejos alamanistas: el militar Juan N. Almonte (hijo de Morelos, furibundo antiyanqui), el aristócrata monarquista Gutiérrez de Estrada, que vivía en Europa, los archiconservadores y exsantanistas Haro Tamariz y Lares. Los únicos que pisaban fuerte eran los clérigos, y dos excompañeros de acampo en el Seminario de Valladolid: Ignacio Aguilar y Marocho y… el «cura» de Maravatío: Clemente de Jesús Munguía.

El contraste con el grupo liberal no podía ser más marcado. Sus jóvenes militares lo eran por vocación y convencimiento, no por profesión. Toda su infancia y juventud habían vivido en un país de revoluciones. Ahora se abría su oportunidad. Un caso típico era el del oaxaqueño Porfirio Díaz, nacido en 1830. Alumno de Juárez en el Instituto de Ciencias de Oaxaca y, como él, antiguo candidato al sacerdocio, Porfirio había abrazado la carrera de las armas en la revolución de Ayutla para no abandonarla más. Como jefe político del distrito de Ixtlán, en la sierra, este mixteco casi puro hacía honor a sus aguerridos y constructores antepasados: lo mismo empuñaría las armas contra los conservadores al mando de un ejército personal de fieros juchitecos que supervisaría la construcción del Ferrocarril de Tehuantepec. Era cacique y caudillo al mismo tiempo. En el ejército liberal había militares, agricultores, profesores, abogados, mineros, escribientes de notaría, periodistas. Un contingente militar de primera importancia era el de los llamados «fronterizos»: rancheros, comerciantes, contrabandistas, caciques de los estados del

norte del país, fogueados en las guerras contra los indios nómadas, ajenos por entero al ideario conservador, anticlericales por temple, liberales e individualistas por geografía, historia y vocación. Pero entre todos los soldados liberales, destacaba un personaje tan notable como extraño, una nueva encarnación del religioso en armas: Santos Degollado.

Nacido en Guanajuato en 1811, meses después de la entrada de las huestes de Hidalgo, hijo de un oficial insurgente al que el gobierno virreinal confiscó sus bienes, huérfano de muy niño, Degollado fue interno en el Colegio Militar y, por veinte años, escribiente en la haceduría de la catedral de Morelia. En sus ratos libres, como Morelos, estudiaba idiomas. Así lo conoció otro lingüista huérfano, el gobernador Melchor Ocampo, a quien Degollado llegaría a admirar sobre todos los hombres. Ocampo le encargó la Junta Directiva de Fomento de Artesanos y la secretaría del legendario Colegio de San Nicolás, donde Hidalgo había sido rector y que, cerrado desde tiempos de la insurgencia, reabría sus puertas bajo la administración de Ocampo con el nuevo nombre de Colegio de San Nicolás de Hidalgo. En 1854, Degollado se levantaría en armas contra Santa Anna; dos años después formaría parte del Congreso Constituyente y sería electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia y gobernador de Michoacán. Pero la peculiaridad de Degollado no estaba en su modesta carrera al amparo de la Iglesia, ni en sus puestos oficiales, sino en su religiosidad cívica. Hasta el monto de una súbita lotería que ganó por aquellos años lo había empeñado por entero en la causa. Aunque él mismo confesaba, al principio de la guerra, su «falta de pericia militar»,[90] llegaría a ser el comandante en jefe de las fuerzas liberales durante casi todo el periodo de lucha. En la práctica, a diferencia del invicto Macabeo, «don Santos» —como todo

el mundo le decía— acumularía muchas más derrotas que victorias. ¿Por qué permanecería al frente? Por una simple razón: Degollado convocaba tras de sí voluntades. «Si como general no sabía más que dejarse vencer», escribe Justo Sierra, «como hombre era invencible.»[91] Con la prédica sobre la «santa causa de la democracia», Degollado levantaba ejércitos, los perdía y volvía a levantarlos. Era un iluminado, el ejemplo más claro de una fusión entre el íntimo catolicismo y el liberalismo político:

«Educado al arrimo de la Iglesia», escribe Sierra, «fue moralista, canonista, teólogo antes que revolucionario; fue a la lucha por la Reforma con el alma entera, con una fe inmensa en su ideal, sin perder un átomo de su alma religiosa. Cuando trataba de develar el poder de la Iglesia, era porque la Iglesia había torcido el camino, equivocado el sendero y resultado infiel a la enseñanza del Cristo. El católico era él, él el canonista y el teólogo; los obispos eran los impíos; la democracia era la cristiana; la libertad religiosa era la enseñanza pura de la Iglesia, de san Justino, de Tertuliano, de los grandes apologistas de la época de los mártires; la que se oponía a la libertad era la Iglesia de la opresión, de la tiranía, de la Inquisición, de los reyes siniestros de trajes negros de la casa de Austria. La impiedad era querer atajar el avance de las ideas nuevas, la ascensión del pueblo en el ambiente caldeado por ellas».[92]

Una frase que alguien escuchó en un *vivac* del campo liberal resumía el arco de lealtad entre Degollado y su gente: «nos dan ganas de hacernos matar por don Santos, sólo para que don Santos sepa que nos hemos hecho matar por él.[93] Practicaba una «leva» espiritual.

El ala civil del grupo liberal era aún más impresionante. Había varios escritores y periodistas de primera línea: el señor

«don Guillermo» Prieto, mucho más puro y enrojecido que en los tiempos en que paseaba con Alamán; el cronista del Congreso Constituyente, el periodista más completo del siglo XIX: Francisco Zarco; el furibundo «Nigromante» Ignacio Ramírez, librepensador y creador del Instituto de Ciencias y Artes de Toluca, donde había formado a un indio puro oriundo —como Vicente Guerrero— de Tixtla, llamado a ser el más extraordinario empresario cultural y literario del siglo XIX: Ignacio Manuel Altamirano. Estaban los juristas Vallarta, De la Fuente, Iglesias, Zamacona, el hacendado socialista Arriaga. Y estaban Ocampo, Lerdo y Juárez. Casi todos —salvo Juárez— habían sido constituyentes. Habían creado una constitución que consagraba las más amplias libertades (de manifestación de las ideas pública y privadamente, de enseñanza, circulación de personas, asociación y conciencia); habían ampliado las garantías (abolición de fueros y tribunales especiales, de prisión por deudas, defensa libre en todo juicio civil o penal, y, sobre todo, garantía de *amparo* ante los abusos de la autoridad); habían dado al poder legislativo la supremacía sobre el ejecutivo; habían dispuesto la elección popular de magistrados. Aquellos hombres «fiera, altanera, soberbia, insensata, irracionalmente independientes» habían crecido en la era de Santa Anna.[94] Era natural que tuviesen la obsesión de vacunar al país contra cualquier santanismo, con o sin Santa Anna, y gozar, por primera vez en México, de la más plena libertad cívica y política, ejercerla aun al riesgo de la anarquía. Nadie definió mejor que Ocampo esta vocación. Pretendiendo lamentarla, la celebraba, comparándola con la actitud de sus adversarios. Toda la querella de fondo entre ambos bandos cabía en esta reflexión del naturalista de Pateo:

«Por desgracia, el partido liberal es esencialmente anárquico; no dejará de serlo sino después de muchos miles

de años. Nuestro *criterio de verdad está en la mutua glosa de los sentidos, o en las inducciones rigurosamente lógicas que estén de acuerdo con la experiencia;* el criterio de nuestros enemigos es la autoridad. Así, cuando ellos saben que lo manda el rey o el Papa … obedecen ciegamente; mientras que, cuando *a nosotros se nos manda, si se nos explica el cómo y el por qué, murmuramos y somos remisos, si es que no obedezcamos o nos insurreccionemos.* Porque cada liberal lo es hasta el grado en que sabe, o en que desea manumitirse; y nuestros contrarios son todos igualmente serviles y casi igualmente pupilos. Ser liberal en todo cuesta trabajo, porque se necesita el ánimo de ser hombre en todo…».[95]

La más extraña paradoja del grupo liberal es que su protagonista principal, el hombre de más edad y experiencia, no se ajustaba precisamente a la definición de Ocampo. A su modo —férreo, idolátrico— creía religiosamente en la Constitución, en la sacralidad de su investidura presidencial, en la obediencia y la autoridad que a esa Constitución y a esa investidura se debían. No era un dictador que ejerciera, a la usanza criolla, el mando por el mando. Juárez detestaba lo que llamaba «la odiosa banderola del militarismo».[96] Mucho menos era un temerario apóstol de la libertad, un primitivo cristiano de las catacumbas perdido en el siglo XIX, como Degollado. Él ejercería el mando a la manera de sus antepasados zapotecas. Desde los días de su gobierno en Oaxaca había ambicionado y columbrado su papel histórico. Él, «hijo del pueblo», debía continuar el interminable camino de su emancipación: el suyo y el de sus hermanos. Presentía que aquel rebaño necesitaba un pastor. Él lo sería por los siguientes quince años, sin faltar un solo día.

*

Los escenarios predominantes en el primer acto, el acto

militar, de la guerra de Reforma, fueron los estados del centro y occidente de la República, en particular Jalisco, San Luis Potosí, Zacatecas, Colima, Guanajuato. La capital del bando conservador era la ciudad de México; la del liberal, a partir de mayo de 1858, sería el puerto de Veracruz. Allí, confiando «en que la Divina Providencia nos siga protegiendo», se había refugiado Juárez con su gabinete de letrados: Ocampo, Prieto, Lerdo, Ruiz.[97]

La guerra duró tres años exactos: de enero de 1858 a enero de 1861. Arrancó, los primeros meses, con un arrollador avance de los conservadores. Se estabilizó por dos largos, interminables años, en un doloroso equilibrio. Y en los seis últimos meses de 1860 se precipitó el triunfo liberal. Con fuerzas numéricas similares, sólo en 1858 se libraron 11 batallas en forma: en cinco vencieron los liberales, en tres los conservadores y en tres el triunfo no se definió. La aduana de Veracruz daba a los liberales cierta ventaja financiera sobre sus enemigos, que cargaban con la burocracia capitalina. Con todo, las finanzas fueron siempre el talón de Aquiles de ambos bandos. Por falta de liquidez más que de voluntad, la Iglesia no podía apoyar demasiado al «Macabeo». Los liberales, por su parte, se financiaban con los anticipos que empresarios, agiotistas y especuladores les entregaban a cuenta de bienes del clero que al terminar la guerra —si triunfaban, por supuesto— se les adjudicarían. Miramón llegaría a contratar préstamos desastrosos con banqueros europeos, firmando pagarés por 15 millones de pesos y recibiendo poco más de dos. Los liberales no veían más remedio que buscar apoyo en los Estados Unidos, con la única garantía posible: los bonos sobre las propiedades eclesiásticas que se nacionalizarían.

Hubo un momento, al principio de 1859, en que el

«Macabeo» volvió la vista hacia Veracruz. Hasta entonces había contendido en dos frentes: contra el cacique más poderoso del norte, el amo y señor de Monterrey, Santiago Vidaurri, y contra «don Santos». Con Márquez sólidamente adueñado de la capital de la República, la salida estaba en un golpe rápido sobre el puerto. En esas circunstancias, Juárez ordenó a Degollado evitar a toda costa el ataque a Veracruz del único modo posible: avanzando hacia la ciudad de México. Según Bulnes, esta decisión de Juárez significaba enviar al matadero a Degollado para salvarse él. La asimetría de las fuerzas que contenderían en la capital y la solidez defensiva de Veracruz parecían aconsejar lo contrario: esperar a Miramón en Veracruz y vencerlo. En todo caso, Miramón desistió de su avance y regresó a México. Degollado entró en la ciudad y fue derrotado, esta vez de una manera atroz. El 11 de abril de 1858 ocurrió en el pueblo de Tacubaya, aledaño a la capital, un hecho sin precedentes: el ejército conservador de Leonardo Márquez —conocido desde entonces como el «Tigre de Tacubaya»— asesinó a todos los prisioneros, incluidos los jefes, oficiales y varios médicos que atendían a los heridos. En San Luis Potosí, el *Nigromante* escribió a propósito de la masacre un soneto memorable:

Guerra sin tregua ni descanso, guerra
a nuestros enemigos, hasta el día
en que su raza detestable, impía
no halle ni tumba en la indignada tierra.
Lanza sobre ellos, nebulosa sierra,
tus fieras y torrente; tu armonía
niégales, ave de la selva umbría;
y de sus ojos, sol, tu luz destierra.
Y si impasible y ciega la natura

sobre todos extiende un mismo velo
y a todos nos prodiga su hermosura,
anden la flor y el fruto por el suelo,
no les dejemos ni una fuente pura,
si es posible ni estrellas en el cielo.[98]

La gente decente de la ciudad, los dignatarios de la Iglesia y los jerarcas militares organizaron una gran celebración para festejar su triunfo. La ciudad se iluminó profusamente. Ante el espectáculo, el joven Altamirano, discípulo de Ramírez, escribió su propia estrofa:

¡Ilumínate más, ciudad maldita,
¡Ilumina tus puertas y ventanas!
¡Ilumínate más, luz necesita
el partido sin luz de las sotanas![99]

Degollado viaja a Veracruz. Presenta una situación financiera desesperada. El drama sube de tono. Había que obtener fondos frescos para la guerra en los Estados Unidos y responder con leyes históricas al agravio de Tacubaya. El acto siguiente sería trascendental: ya lo había anticipado Ocampo, en un fogoso discurso del 16 de septiembre de 1858, opuesto al que apenas seis años antes había pronunciado en Michoacán. Ahora no creía en la unión sino en la más radical de las reformas. Había que dar un viraje decisivo a la historia mexicana, emanciparse por entero de los usos virreinales. «Estamos mal educados, señores»,[100] diría entonces, y para reeducar a la población en la ética del trabajo y el conocimiento primero tenía que instaurarse de lleno la soberanía del Estado civil en México. Había que entrar al segundo acto del drama: la Reforma propiamente dicha, la expedición de leyes que modificaran la estructura social, religiosa y económica de México, la estructura histórica.

*

Todos los indicios biográficos indican que Juárez no quería promulgarlas. «En Veracruz», recuerda Ignacio Manuel Altamirano, refiriéndose a Juárez, «[se] resistía hasta la terquedad.»[101] No correspondían al estilo de Juárez. Al igual que Comonfort —a quien, significativamente, tuteaba—, Juárez creía que el orden y la libertad eran compaginables bajo la égida de un poder sabio, severo y paternal. En su fuero interno, Juárez habría esperado meses o quizás años. El piadoso pueblo mexicano podía confirmar en esas leyes lo que los conservadores voceaban en cada cuartel, en cada púlpito: que se trataba de una guerra de religión. Pudieron más el apremio de sus consejeros y la evidencia de que varios gobernadores las estaban expidiendo ya. No tenía alternativa y cruzó el Rubicón.

Al influyente veracruzano Miguel Lerdo de Tejada (historiador, administrador y economista del tipo de Lorenzo de Zavala y autor de la Ley Lerdo de 1856, hombre más práctico que ideólogo, a quien el gobierno sureño de James Buchanan consideraba un *all American)* correspondió la redacción de la Ley de Nacionalización de los Bienes del Clero, promulgada el 12 de julio de 1859. El resto, relativo a la vida social y cívica del México futuro, fue obra de Melchor Ocampo.

La reforma de Ocampo consistió en cinco leyes. Las cuatro primeras, promulgadas en julio y agosto de 1859; la última, casi al término de la guerra, en diciembre de 1860:

1. Ley de exclaustración de monjas y frailes, y extinción de corporaciones eclesiásticas.

2. Ley del matrimonio civil.

3. Ley de registro civil y secularización de cementerios.

4. Ley de limitación de días festivos y prohibición de

asistencia oficial a ceremonias religiosas por funcionarios públicos.

5. Ley de libertad de cultos.

La segunda tocaba en Ocampo un punto sensible. A su hija Josefina, esposa del embajador en Washington José María Mata, le envió un paquete con las leyes y «la expresa recomendación de leer el artículo 15, que es suyo».[102] Disponía que después de la ceremonia matrimonial, una vez que los cónyuges se hubiesen aceptado como tales mutuamente, el juez leyese unas palabras sobre la «sacralidad» de ese vínculo. Ese texto sería conocido más tarde como «la Epístola» de Melchor acampo y se escucharía en todas las ceremonias de matrimonio civil hasta los años ochenta del siglo XX. La «Epístola» no hablaba demasiado del matrimonio en sí, sino de las complementarias prendas «sexuales» —es decir, naturales— del hombre y la mujer, para luego pasar a su verdadero tema: la familia. El juez les manifestaría que ambos debían «prepararse con el estudio y la amistosa y mutua corrección de sus defectos, a la suprema magistratura de padres de familia». De no inspirar a los hijos «tiernos y amados lazos», la sociedad, que «bendice, considera y alaba a los buenos padres … censura y desprecia debidamente a los que por abandono, por mal entendido cariño o por su mal ejemplo, corrompen el depósito sagrado que la naturaleza les confió, concediéndoles tales hijos. Y por último, que cuando la sociedad ve que tales personas no merecían ser elevadas a la dignidad de padres, sino que sólo debían haber vivido sujetas a tutela, como incapaces de conducirse dignamente, se duele de haber consagrado con su autoridad la unión de un hombre y una mujer que no han sabido ser libres y dirigirse por sí mismos hacia el bien».[103] El doloroso motivo biográfico era evidente, lo mismo que la

referencia a la sacralidad, no de Dios, sino de la sociedad y la naturaleza. Quería legislar, para el futuro de México, el origen, la crianza, la familia que no tuvo.

*

El tercer acto del drama ocurre bajo el signo de la desesperación. Si bien las Leyes de Reforma fundaban un orden nuevo, no resolvían los apremios del momento. Conforme avanzó el año de 1859, las noticias en el campo liberal fueron más sombrías: en junio, la derrota de la importante columna del general Calderón a manos del cacique Lozada; en septiembre, la defección de otro cacique, no indio sino mestizo: Santiago Vidaurri, que planeaba la separación de Nuevo León y Coahuila del resto del país mientras concluía la guerra. Ese mes se sabe que Almonte ha pactado un tratado de eventual cooperación militar con el ministro español Mon. En octubre, Degollado sufre en Estancia de las Vacas la más costosa de sus derrotas. Puertas adentro, los liberales se dividen. Muchos dudan de la efectividad de Juárez y algunos desobedecen sus órdenes expresas. Lerdo lo trata con visible menosprecio y hasta descortesía. Otros, como el joven Altamirano, son aún más críticos:

«No admitimos más soberanía que la de los estados, quienes deben delegarla en manos hábiles de reconocida actividad. Don Benito Juárez sabe esperar sin padecer, no sabe obrar sacrificándose; no es el hombre de la revolución sino el de la contrarrevolución».[104]

La santa alianza entre Ocampo y Juárez se mantiene firme, pero es obvio que la desesperada situación reclama un viraje. Ambos deciden dárselo. Requieren más que nunca el apoyo norteamericano y sobre ello entablan conversaciones con el nuevo embajador del gobierno de Buchanan: Robert

MacLane. Ocampo y él llegan a un arreglo a fines de diciembre y firman un tratado que debía ratificarse en el Senado norteamericano.

Se trata de una de las páginas más desconcertantes de la historia del siglo XIX. Ocampo, el hombre que en 1847 había pugnado por la guerra de guerrillas, el mismo que había clamado al cielo por la destrucción del país antes que verlo dominado por los angloamericanos, concertó, con aprobación de Juárez, nada menos que la entrega parcial de la soberanía mexicana a cambio de apoyo económico y militar contra los conservadores. Entre sus once artículos, el Tratado MacLane Ocampo incluía dos mortales de necesidad:

– Cesión a perpetuidad de México a los Estados Unidos del derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec.
– Consentimiento para que, a petición del gobierno de México, los Estados Unidos empleen la fuerza en territorio mexicano para proteger el tránsito por el Istmo. «Sin embargo, en el caso excepcional de peligro imprevisto o inminente para la vida o las propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos, quedan autorizadas las fuerzas de dicha república para obrar en protección de aquéllos sin haber obtenido previo consentimiento y se retirarán dichas fuerzas cuando cese la necesidad de emplearlas».

The Times de Londres comentó con laconismo: «México pasará virtualmente al dominio norteamericano».[105] A su vez, el *Daily Picayune* comentaba que cuatro millones de pesos era un precio módico para las ventajas del tratado: «un dominio tan completo como pudiésemos tenerlo si hubiéramos comprado territorio».[106] Los expansionistas sureños, los mismos que habían abogado en 1846 por la guerra contra México, se frotaban las manos. También algunos mexicanos

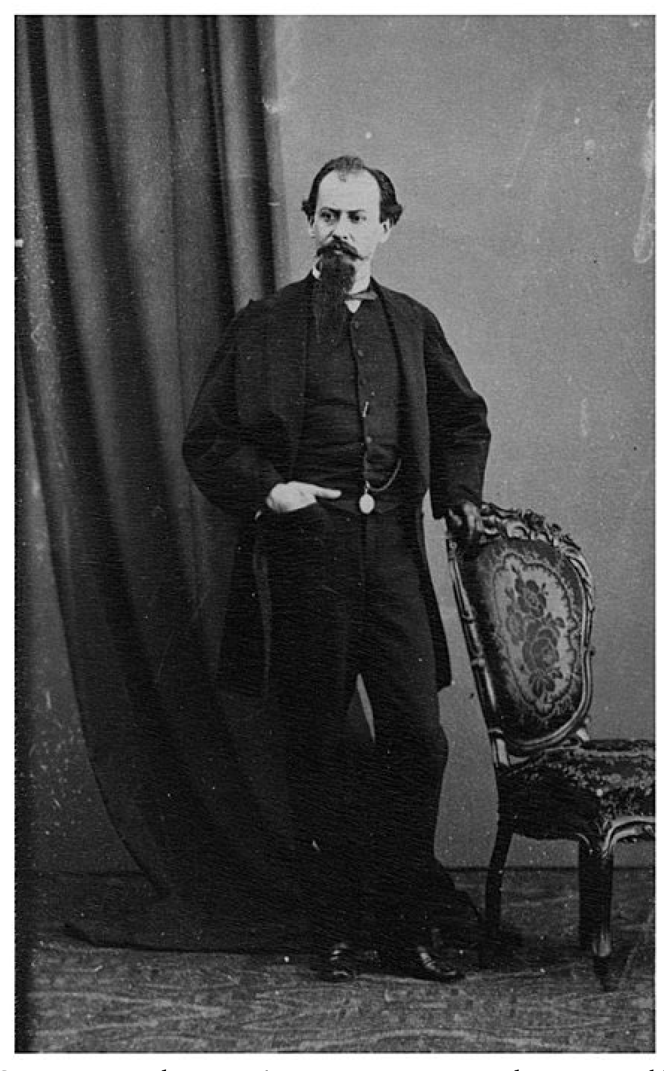
all American. Pero a diferencia de lo que ocurrió en 1847, la mayoría en el Senado estadounidense la tenían los republicanos, y había voces que, como la de Abraham Lincoln en 1846, volvían a declararse enemigas de la expansión abierta o enmascarada. *The Times* de Nueva York afirmaba: «El partido llamado liberal de México hizo en el Tratado MacLane-Ocampo concesiones vergonzosas a los esclavistas del Sur, intimidado o comprado por los hombres de la esclavitud».[107]

«Dios era juarista en 1860», ha dicho un historiador del siglo XX.[108] El tratado, que a todas luces comprometía la soberanía del país imponiendo sobre él un protectorado perpetuo, no sería ratificado en el Senado norteamericano. Sus dificultades prácticas, sus cláusulas de libre comercio y la cercanía misma de la guerra civil norteamericana, que ya se anunciaba en el horizonte, impidieron que Ocampo y Juárez pasaran a la historia como «traidores», «vendepatrias» y discípulos del fundador de Texas: Lorenzo de Zavala. Además no terminó allí su fortuna. Mientras el tratado se discutía en el Senado, la oportunidad de ponerlo en práctica se presentó para ventaja de las fuerzas liberales.

Desesperado a su vez, Miramón tendía cerco a Veracruz. Para completarlo, había contratado en La Habana dos vapores españoles de guerra que bloquearían el puerto. La diplomacia liberal de Washington se movió tan rápido como los barcos y corbetas norteamericanos que los capturaron bajo el pretexto o la razón de considerarlos piratas. Miramón, sin saberlo, había perdido la guerra de Reforma. Tampoco los liberales lo sabían: por eso, verdaderamente desesperados, se degradaron: en el acto número cuatro del drama comenzaron a devorarse entre ellos. O, mejor dicho, comenzaron a ser devorados por su propia instancia de poder: el presidente Juárez.

*

Tras la captura de sus buques, desde las afueras de Veracruz Miramón ofreció a Juárez un plan de armisticio. A pesar de que para entonces confiaba aún en la ratificación del tratado, Juárez aceptó, pero sus emisarios —Degollado entre ellos— no lograron que Miramón admitiera que la convocatoria al nuevo gobierno se basara en la Constitución del 57. Miramón se retiró hacia el occidente. Sus acéfalas fuerzas habían sufrido una serie de derrotas a manos de los generales dirigidos desde San Luis Potosí por Degollado. En agosto, en Silao, Guanajuato, es vencido estrepitosamente. Nadie dudaba ya del triunfo liberal. Degollado menos que ninguno. Sin embargo, ¿qué carácter tendría ese triunfo?, ¿sería definitivo?



Cruces y Campa, *Miguel Miramón*, ca. 1860, tarjeta de visita. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Seguramente no, preveía don Santos: «la misma guerra que he sostenido durante *estos tres años me ha hecho conocer que no se alcanzará pacificación por la sola fuerza de las armas».*[109] Había que discurrir un medio para asegurar el porvenir dejando a salvo los principios liberales, decretar una amnistía general para los vencidos, abrirles una «puerta para que puedan salir con honor».[110] Estas y otras reflexiones las hacía llegar Degollado en septiembre de 1860 al representante de S.M. Británica, Mister Mathews, junto con la propuesta de un plan de pacificación que, respetando las Leyes de Reforma pero dejando al parecer abierta la posibilidad de modificar la Constitución, debería abrir una nueva era. Lo más extraño de la nota era la forma en que se elegiría al presidente provisional que sustituiría a Juárez: por medio de una «junta compuesta por el cuerpo diplomático residente en México, incluso el … ministro de los Estados Unidos, y de un representante nombrado por cada gobierno».[111] A la semana de haber enviado esta carta en la que se comprometía a proponer el plan a su gobierno, don Santos lo circulaba cándidamente con el vencedor de Miramón en Silao, el general zacatecano Jesús González Ortega —que estuvo de acuerdo con él— y, desde luego, con las autoridades en Veracruz.

La respuesta de Juárez fue fulminante: destituyó a Degollado, atribuyó su nota a una «incalificable defección», a un «extravío», y lo sometió a juicio.[112] Ocampo, en Veracruz, no abrió la boca para defender a su antiguo amigo: pesaba más su santa alianza con el presidente Juárez. Sin sombra de duda, Degollado había sido el organizador de las fuerzas de la Reforma, el crisol militar por tres años, el jefe con más batallas libradas al frente de sus hombres, «el caudillo más constante», en palabras del periodista Zarco. Nada le valió.[113]

El juicio de Degollado fue un capítulo de autofagia en el liberalismo triunfante. Mientras los ejércitos de González Ortega daban la puntilla a los del «Macabeo» en la Navidad de 1860, don Santos vivía confinado en México. Sus reflexiones son una mezcla de perplejidad y dolor, sin mácula de venganza o rencor:

«¿Cómo es que el excelentísimo señor presidente permanece espectador frío de tantos vituperios contra el que fue su más fiel defensor: el que impidió que en el interior se le olvidase y se le desconociese; el que no quiso seguirlo a *una habitación segura en Ulúa* a pesar de no tener mando militar; el que durante seis días de bombardeo en Veracruz ni un solo momento se metió bajo los blindajes?».[114]

El 1 de enero de 1861, cuando González Ortega entró en la capital dando fin a la guerra de Reforma, paró su escolta frente a la ventana del cuarto de Degollado, lo invitó a bajar, lo vitoreó y colocó sobre su cabeza varias coronas. Seguía sin entender la dureza del presidente: «¿no merece algún respeto la desgracia, ni consideración el infortunio, ni amparo el desvalido?».[115] Vivía confinado en arresto domiciliario, había sido ilegalmente destituido de la gubernatura de Michoacán, que podía haber reasumido:

«al Supremo Gobierno … le ha sobrado gana de castigarme por haber propuesto un medio de pacificación de que van a justificarme espléndidamente los sucesos que están por venir y que se están precipitando sobre esta desgraciada república. Harto hizo el excelentísimo señor presidente aplicándome la pena ignominiosa de destitución sin oírme…».[116]

¿Encontrarían sus «ayes un eco en algún pecho generoso»? Seguramente no. Nadie se atrevería. «A grandes merecimientos: mayores ingratitudes … almas envidiosas … corazones desagradecidos.» Y, sin embargo, tenía derecho «a

un fallo de los jueces … a vivir en paz».[117]

El gobierno de Juárez, instalado ya en el Palacio Nacional de la ciudad de México, se enfrentaba a una primera crisis. González Ortega renunciaba a la cartera de Guerra y amagaba con levantarse en armas. Juárez envía a su secretario con Degollado para ofrecerle la cartera; don Santos rehúsa. Creía merecer otro tipo de reivindicación, menos hija de la oportunidad, más hija de la justicia.

*

Mientras Degollado languidece, la generación de la Reforma escribe el quinto acto del drama: la venganza. El momento del triunfo había llegado, y con él la oportunidad de regocijarse de la suerte de los conservadores y cantar el himno que para ellos, «los cangrejos», había escrito tiempo atrás Guillermo Prieto:

Casacas y sotanas
dominan dondequiera;
los sabios de montera
felices nos harán.
Cangrejos a compás,
marchemos para atrás.
¡Zis, zis, y zas!
Marchemos para atrás.
¡Maldita federata!
¡Qué oprobios nos recuerda!
Hoy los pueblos en cuerda
se miran desfilar.
Cangrejos, a compás,
marchemos para atrás.
Si indómito el comanche,

nuestra frontera asola,
la escuadra de Loyola
en México, dirá:
Cangrejos, a compás,
marchemos para atrás.
Horrible el contrabando,
cual plaga lo denuncio;
pero entretanto el Nuncio
repite sin cesar:
Cangrejos, a compás,
marchemos para atrás.
En ocio, el artesano
se oculta por la leva,
ya ni al mercado lleva
el indio su huacal.
Cangrejos, a compás,
marchemos para atrás.[118]

Habría otras venganzas, menos inocuas. La oposición de la Iglesia había sido implacable, como implacable sería la reacción liberal a partir de 1861. Más que como liberales, actuarían como jacobinos. La historia aplicaría a esa época la frase perfecta: «la piqueta de la Reforma».[119] Aquellos conspicuos abogados tomaron literalmente la piqueta en sus manos para destruir altares, portadas, púlpitos y confesionarios. Por primera vez en México se vieron escenas calcadas de la Revolución francesa. Hubo santos decapitados, balaceados, quemados en públicos autos de fe; saqueo de joyas, tesoros, archivos, pinacotecas; varias bibliotecas eclesiásticas se perdieron, se pudrieron o terminaron en coheterías; hubo obispos lapidados, remate generalizado de

bienes. En todo el país, de los conventos salieron aterradas monjas que por décadas habían permanecido enclaustradas; el gobierno, por orden de Ocampo, deportó a todos los obispos del país, con dos excepciones: el anciano vicario de Baja California (un desierto) y el obispo de Yucatán (una isla histórica y casi geográfica de México). El joven Altamirano protestó: «debería ahorcarlos».[120]

La fiesta jacobina es breve. El erario está exhausto. Los liberales están divididos y los conservadores, derrotados como ejército, han optado por el asesinato selectivo. Es el acto final: el martirio.

*

Melchor Ocampo había renunciado a su ministerio y vuelto a su amada hacienda. Ahora vivía con sus hijas en Pomoca, una fracción de Pateo. En 1859, en plena guerra de Reforma, había persuadido a Juárez de declarar benemérito de la patria a Humboldt, a quien, por cuenta del tesoro, le mandaría hacer en Italia una estatua que se colocaría en el Seminario de Minas que el sabio alemán había visitado. México le debía mucho, pero Ocampo le debía más. Era su verdadero padre intelectual.

Ocampo, en efecto, no provenía del pensamiento francés, ni en su vertiente constitucionalista (Constant, Tocqueville) ni en su vertiente enciclopedista y antirreligiosa (Diderot, Voltaire). Por su breve tratado de la tolerancia se acercaba más a los liberales anglosajones, pero los citaba poco y les debía menos. En general, Ocampo no provenía de pensamiento alguno. En lo económico, era admirador de Ricardo, en lo social de Proudhon. Había algo anarquista en su persona y sus ideas, y esa misma «independencia salvaje» lo apartaba del seguimiento «religioso» de cualquier doctrina. Ocampo no había mudado de religión —como

verosímilmente lo hizo Mora—, tampoco aborrecía fanáticamente al fanatismo —como Ramírez— ni sublimaba su religiosidad transfiriéndola a una esfera cívica —como Degollado—. Era un hombre sin religión. Un humanista del siglo XVIII, un discípulo de Humboldt nacido en Michoacán.

Seguía el mismo método de conocimiento natural y social: la observación y «las inducciones rigurosamente lógicas que estén de acuerdo con la experiencia».[121] Sólo a partir de ellas obtenía sus certezas. Conocer significaba explorar. Como Humboldt, Ocampo había llegado por su cuenta y con sus libros, por sus excursiones de herborización y sus viajes por Europa, por su aislamiento en la biblioteca o el jardín de Pateo, a una ética científica del conocimiento.

Por eso mismo rechazaba a la autoridad. Y en ese rechazo afirmaba su liberalismo. O quizá por razones más profundas: qué autoridad cabía en esa vida que había crecido sin ella. Ocampo, el expósito de la naturaleza, era hijo de lo que había hecho, pensado, plantado, reformado. Tenía cincuenta y siete años y estaba satisfecho. Pero ¿qué hacía en Pateo?

Buscar la muerte. A fines de mayo de 1861, una partida de hombres a caballo llegan a su hacienda y lo aprehenden. Llevan órdenes de Leonardo Márquez y Félix Zuloaga de presentarlo ante ellos. Su trayecto dura tres días. En el remoto pueblo de Tepeji del Río se le concede hacer testamento. Al prepararlo vuelve a su drama original: la orfandad. Se acuerda de su progenie y escribe: «Próximo a ser fusilado según se me acaba de notificar, declaro que reconozco por mis hijas naturales a Josefa, Petra, Julia y Lucila … Adopto como mi hija a Clara Campos … muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en consecuencia que era bueno». Después de firmar, «en el lugar mismo de la ejecución, hacienda de Tlaltengo [Caltengo]», agrega: «el

testamento de doña Ana María Escobar está en un cuaderno en inglés, entre la mampara de la sala y la ventana de mi recámara».[122] Ese testamento era un regalo a sus hijas: les regalaba la identidad hasta entonces oculta de su madre, la propia Ana María Escobar, recogida como él hacía muchas décadas por doña Francisca Xaviera Tapia. Después del tiro de gracia, el cuerpo de Ocampo se meció colgado de la rama de un pirú.

Al día siguiente, 4 de junio, al saberse en México la noticia del asesinato, en plena sesión del Congreso, aparece Santos Degollado. No pide que se defina su situación de inocencia o culpabilidad, pero exige algo más: que como soldado se le permita batir a los asesinos de Ocampo. El Congreso declara que «nunca ha desmerecido la confianza de la nación» y le otorga el permiso.[123] Degollado tiene prisa. En el Monte de las Cruces, el mismo sitio donde Hidalgo había rehusado tomar la ciudad de México, el hombre que se negó a desafiar el poder de Juárez, cayó muerto —dice Bulnes— «con la cabeza agujereada, un pulmón vaciado de un lanzazo y perfectamente picado a bayonetazos». [124] Entonces sí se le eximió póstumamente de toda culpa y se le declaró benemérito de la patria. Entonces se oyeron los elogios de Altamirano, Ramírez, incluso de los escritores más cercanos al presidente, como Zarco: era el patriota inmaculado, la más noble y pura personificación de las ideas democráticas y reformistas, el campeón más constante, moral, generoso, prudente, virtuoso, tierno, venerable:

«tú, Degollado», diría otro juarista convencido, Guillermo Prieto, «que te estremecías con el lloro de un niño, que te imponías privaciones de cenobita por no malgastar el óbolo de un pobre, que eras la santidad de la Revolución».[125]

Eran lamentos sinceros, al margen del romanticismo de la

época. Los liberales lloraban a sus santos y, en particular, a su Santos. Sólo Juárez calló. Muertos Ocampo, Degollado y, al poco tiempo, de una enfermedad, Lerdo, el drama de la Reforma lo encuentra solo y único en Palacio. El acto final es un silencioso e inescrutable monólogo que nadie escuchó, pero que varios liberales de entonces y después trataron de interpretar.

*

Hay dos vertientes de interpretación. La crítica a Juárez se resume en una observación de un escritor contemporáneo de Justo Sierra, Francisco G. Cosmes:

«En esta conducta de Juárez, que es una de las pocas manchas que presenta su historia, se ve predominar el espíritu del cacique indígena que considera como el mayor de los crímenes el disputarle el mando … ese apego al poder supremo le llevaba a todos los extremos, aun al de la injusticia, cuando le era disputado … A ese sentimiento subordinaba sus deberes más importantes e imperiosos».[126]

Por eso —concluía Cosmes—, por sentir amenazado su poder, habría actuado contra su antiguo compañero.

La vindicación la haría el propio Sierra. En su opinión, Juárez no actuaba por ambición política sino por coherencia jurídica. En su reserva y su mutismo ante la absolución póstuma de Degollado por el Congreso había una doble razón: lógica y psicológica. De acuerdo con la primera, el gobierno no podía caer en la contradicción de haber separado legalmente del mando a Degollado por una falta contra la Constitución y luego declarar que se había equivocado. En cuanto a la razón psicológica:

«Juárez no era un sensiblero, ni un sentimental siquiera, era un rígido; no cruel, sino bondadoso a veces, nunca toleró que su bondad sobrepusiese en su espíritu a su criterio de justicia,

aun cuando este criterio fuese contrario al de muchos, al de todos; cedía a veces por conveniencia de partido, no por convicción; creía entonces, en el fondo de su conciencia, que faltaba a su deber. Para Juárez, transigir con los enemigos de la Constitución y la Reforma, era una imperdonable falta, era un delito inexpiable; para no verse en tal caso llegaba a consentir en hacer correr graves peligros (que creía conjurar) a la nacionalidad misma. Antes que tratar con Miramón de potencia a potencia, antes de reconocerlo como un poder capaz de algún derecho, prefería acceder a la alianza con los Estados Unidos, aun cuando éstos se hubieran reservado la parte del león (tratado MacLane). A Miramón se le podía considerar como un poderoso caudillo de rebeldes y, en vista de las circunstancias, se podían acordar con él los artículos de una capitulación, no un pacto de paz. De aquí esa actitud que el grupo liberal, profundamente conmovido ante el cadáver de Degollado, sintió fría y dura, cuando era sólo quizá triste y seria. De aquí un movimiento brusco de antipatía hacia Juárez».[127]

En el profundo análisis de Justo Sierra, Juárez aparece como el adorador religioso de entidades para él sagradas: la Constitución y la Reforma, es decir, las leyes. Así como Santos Degollado transfería su religiosidad de cristiano primitivo a la causa de la libertad, así Juárez habría transmitido, en la versión de Sierra, su inflexible religiosidad de cristiano zapoteca a su investidura presidencial:

«Juárez fue siempre religioso; cuando llegó a emanciparse … la lucha por realizar un deber de justicia y razón tomaron en su espíritu la forma de un mandato superior … de obediencia a un decreto del Altísimo … las ideas nuevas … entraban dentro del molde secular de su alma … como verdades divinas, sin oxidar el inalterable hierro de sus

creencias religiosas».[128]

Pero ¿cuál era el fin ulterior de esas creencias? ¿A quién pretendía salvar Juárez, petrificado en su posición por encima de la fortuna, la adversidad y las contingencias, asido a todos los elementos constitutivos de su raíz indígena: la astucia, el recelo, el tesón, la reflexión lenta pero firme, la severidad, la sobriedad, la aparente indiferencia, la paciencia? Imposible saberlo con certeza. Es muy probable que Justo Sierra, con aquella generosidad suya tan grande como su inteligencia, haya acertado al conjeturar que «a través de la Constitución y la Reforma Juárez veía la redención de la república indígena». Redimir a los indios, «nuestros hermanos», del clérigo, de la ignorancia, de la servidumbre, de «la estúpida pobreza», fue tal vez su «recóndito y religioso anhelo».[129]

Así se explicaría su impasibilidad ante Degollado, su actitud pasiva en Veracruz y quizás hasta su aquiescencia con MacLane. Después de todo, los indios, «nuestros hermanos», eran anteriores a México. Pero acaso quepa una hipótesis más: no desde la lógica de la justicia —la de Sierra— ni desde la de la moral —la de Cosmes—. Una hipótesis que considerando justo el análisis psicológico-religioso de Sierra introdujera, en el acto final del drama de la Reforma, un matiz nuevo.

Juárez no actuaba sólo por ambición de poder ni por apego religioso a la inmutabilidad de la ley. Juárez actuaba por *un misticismo del poder.* Creía representar un derecho histórico sobre esta tierra que ningún otro contemporáneo suyo tenía o siquiera sospechaba. No inventaba pasados, como los criollos. No buscaba padres fantasmales, como los mestizos. Era hijo de esta tierra y de esta historia, antes de que hubiera México y Nueva España. Antes de 1821 y 1521. Por eso debía afirmar ese poder no sólo frente a los enemigos sino frente a los

amigos y a su costa. Por eso, en el extremo opuesto de Santa Anna, infundió a la silla presidencial una sacralidad que había perdido, la sacralizad de una monarquía indígena con formas legales, constitucionales, republicanas. Por eso nunca renunciaría al poder. Moriría en el poder. El poder era él.

NOTAS

72. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 500.

73. Melchor Ocampo, *Mis quince días de ministro* (México, 1856), p. 24.

74. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 500.

75. «Fragmentos de correspondencia», en Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. 373.

76. Robert J. Knowlton, *Los bienes del clero y la Reforma mexicana, 1856-1910* (México, 1985); Walter V. Scholes, *Política mexicana durante el régimen de Juárez, 1855-1872* (México, 1976).

77. Este historiador moderado es Anselmo de la Portilla, citado en Daniel Cosío Villegas, *La Constitución de* 1857 *y sus críticos* (México, 1980), pp. 98-99.

78. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 283.

79. Clemente de Jesús Munguía, «Circular que el obispo de Michoacán dirige al muy ilustre y venerable cabildo», en *En defensa de la Soberanía, Derechos y Libertades de la Iglesia* (México, 1973), p. 99; Jan Bazant, «La desamortización de los bienes corporativos de 1856», en *Historia Mexicana,* vol. 16, n.º 62, oct.-dic. 1966.

80. Anselmo de la Portilla, *México en* 1856 *y* 1857: *Gobierno del General Comonfort* (México, 1987), p. 189.

81. Ibíd., p. 378.

82. Ibíd., p. 372.

83. Ibíd.

84. Ibíd.

85. Ibíd., p. 318.

86. Ibíd., p. 395.

87. Daniel Moreno, *Los hombres de la Reforma* (México, 1961); Porfirio Parra, *Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México* (Guadalajara, 1906); José María Vigil, «La Reforma», en *México a través de los siglos,* 5 vols. (México, 1970), vol. 5.

88. Sierra, *Juárez…*, p. 117.

89. Ibíd., pp. 164, 208.

90. Genaro García, *Don Santos Degollado: sus manifiestos, campañas, destitución militar, enjuiciamiento, rehabilitación, muerte, funerales y honores póstumos* (México, 1907), p. 12.

91. Sierra, *Juárez…*, p. 129.

92. Ibíd., pp. 216.
93. Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, p. 284.
94. Cosío Villegas, *La Constitución de* 1857 *y sus críticos*, pp. 166-167.
95. Melchor Ocampo a A. García, 8 mar. 1853, en Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. 291.
96. «Discurso de protesta como presidente electo de los Estados Unidos Mexicanos, el 1 de diciembre de 1871», en Juárez, *Documentos, Discursos y correspondencia,* vol. 15, p. 572.
97. Juárez, *Documentos, Discursos y correspondencia*, vol. 6, p. 208.
98. Zaid, *Ómnibus…*, p. 431.
99. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas,* 6 vols. (México, 1986), vol. 6, p. 142; Moisés Ochoa Campos, *Ignacio Manuel Altamirano: Discursos cívicos* (México, 1984).
100. «Discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1858», en Ocampo, *Obras completas*, vol. 2, p. 32.
101. Altamirano, *Obras completas*, vol. 2, p. 107.
102. Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. lxxxvii (nota).
103. Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. lxxxvii-lxxxix (nota).
104. Roeder, *Juárez y su México,* vol. 1, p. 300.
105. Régis Planchet, *La cuestión religiosa en México: o sea, Vida de Benito Juárez* (Roma, 1906), p. 118.
106. Ibíd., p. 119.
107. Ibíd.
108. José Fuentes Mares, *Juárez y los Estados Unido*s (México, 1960), p. 186.
109. Plan de pacificación de Santos Degollado, 21 sep. 1860.
110. Ibíd.
111. Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, p. 576.
112. Ibíd., p. 590.
113. Ibíd., p. 594.
114. Ibíd., p. 597.
115. Ibíd., p. 598.
116. Ibíd., p. 598.
117. Ibíd., p. 605.
118. Zaid, *Ómnibus…*, p. 169.
119. Luis González y González, *La ronda de las generaciones* (México, 1984), p. 17.
120. José Fuentes Mares, *Juárez, los Estados Unidos y Europa* (México, 1991), p. 194.
121. Ocampo, *Obras completas,* vol. 1, p. lv.
122. Ocampo, *Obras completas,* vol. 2, p. cviii.
123. Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, p. 607.

124. Ibíd., p. 608.

125. Guillermo Prieto, «Discurso del 16 de septiembre de 1861», citado en Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma,* p. 611.

126. Bulnes, *Juárez y las revoluciones…,* p. 614.

127. Sierra, *Juárez…,* p. 254.

128. Ibíd., p. 489.

129. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 291.

El más hermoso imperio del mundo

Mientras México se desgarraba en el drama de la Reforma, muy lejos, en el norte de Italia, el pequeño reino de Lombardía-Véneto intentaba afirmar ideas de soberanía y pautas de vida democrática semejantes a las del bando liberal mexicano. No había llegado aún el momento de la unidad italiana, pero su perfil se dibujaba en el horizonte. El gobernador general del Lombardo era una suerte de Iturbide austriaco, un archiduque liberal y romántico cuyas admirables intenciones de hacer la felicidad de sus súbditos chocaban con la voluntad más elemental de esos mismos súbditos: la de decidir su propio destino.

El archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo había tenido el infortunio de nacer dos años después que su hermano, el entonces emperador de Austria-Hungría, Francisco José. Esta circunstancia marcó desde siempre sus pasos. Mientras el primogénito se preparaba para el acceso seguro al trono, la propensión del segundo vástago del emperador austriaco fue escapar, vagar por los mares, por la imaginación o por el aire. Parecía que Maximiliano hubiese intuido que aquel reinado de su hermano duraría las décadas que en efecto duró. En cuanto pudo visitó Grecia, Italia, España, Portugal, la isla de Madeira, Tánger y Argelia, donde ascendió a la cordillera del Atlas. En las tumbas de los Reyes Católicos en Granada, «orgulloso y ansioso, y sin embargo triste», extendió la mano «hacia el anillo de oro y hacia la espada que en un tiempo fue poderosa» y pensó que sería «un sueño hermoso y divino para el sobrino de los Habsburgo españoles blandir la última para conquistar el primero».[130] Aquel encuentro ocurría en 1854. Al año siguiente, como almirante y comandante en jefe de la flota austrohúngara, visitó Palestina; en 1856 Francia, Bélgica y Holanda, y en 1857

el reino de su prima, la reina Victoria.

Tenía entonces veinticinco años y un mundo de exóticos paisajes en la memoria y la fantasía. En ese año se casó con Carlota Amalia, hija del rey Leopoldo de Bélgica, y juntos se mudaron al castillo de Miramar, que Maximiliano había comenzado a construir dos años antes. Se trataba de un reluciente palacio de piedra caliza vecino a Trieste, levantado sobre una gran roca a orillas del Adriático. Su despacho era una copia exacta del interior de su fragata, la *Novara.* Desde allí, mirando al mar, Maximiliano escribía sus *Memorias* y volaba: «y si la hipótesis de los globos aerostáticos se convierte alguna vez en realidad, me dedicaré a volar y encontraré en ella, con toda la certeza, el mayor placer».[131]

Pero sobre la tierra el destino seguía siendo adverso a aquel joven rubio, pálido, de expresivos ojos azules, cuyo breve mentón se disimulaba tras el rizo cuidadoso de su barba. Nada más remoto a sus ideas que el absolutismo o el catolicismo beato. Era liberal, como su siglo. Y sin embargo, la gente en Milán lo veía con respeto privado y recelo público: un príncipe extranjero, un advenedizo. De nada habían servido sus planes y sus obras. Vivía en la «constante humillación de representar un régimen indolente y sin política definida al que la razón trata de defender en vano».[132] A su «querida madre», la archiduquesa Sofía, que le recomendaba resistir con honor, le confiaba su zozobra:

«Lo que usted me dice … desde un punto de vista religioso es mi entera convicción … si no fuese por los deberes religiosos ya estaría hace tiempo lejos de este país de martirio … A pesar de la burla que me espera y de todas las calumnias permanezco tranquilo en mi puesto. En el peligro no me vuelvo».[133]

En 1859, ante la tensión creciente, Francisco José envió un

refuerzo de tropas que de hecho significaban la remoción de Maximiliano. Al hacerlo —escribía éste— pasaba sobre el «decoro» y «el buen nombre de un archiduque». ¿No había lugar en el mundo —es decir, monarquía en el mundo— para aquel príncipe de modales delicados, y su firme y ambiciosa mujer, destinada como él, más que él, a «reverdecer todas las glorias»? Parecían nacidos en el siglo erróneo, en el sitio erróneo: «Es triste ver hundirse cada vez más por ineptitudes, errores y un proceder incomprensible, a nuestra hermosa monarquía, tan poderosa antaño».[134]

En el «espantoso» frío de diciembre de 1859, Maximiliano dejó a su esposa en Bélgica y navegó al lejano Brasil, donde reinaba su primo hermano. Amaba la aventura:

«Al hombre le interesa lo alejado y lo desconocido», escribió a la vista de la costa americana, «y si sospecha vida en cualquier punto lejano es atraído hacia allí … Me parece una leyenda que sea yo el primer descendiente de Fernando e Isabel que desde su niñez ha tenido como misión en la vida pisar un continente que ha alcanzado una importancia tan gigantesca para los destinos de la humanidad».[135]

En algún momento de la travesía recordó quizá la extraña insinuación que un grupo de mexicanos le había hecho dos años atrás, en Monza, sobre una posible oferta del trono de México. *«Cela serait une belle position»,*[136] le había comentado su suegro, el rey Leopoldo. Por lo pronto, Maximiliano se abandonó a la sensualidad de una mujer brasileña que le transmitió una enfermedad venérea, de la cual sanaría con el tiempo. Con todo, a pesar de los placeres del trópico, no olvidaba la decadente monarquía austriaca presidida por un «nuevo Luis XVI» y el precario equilibrio de las potencias europeas que ponía en peligro sus bienes y propiedades, entre ellos el idílico refugio de Miramar.[137] Era un príncipe en busca

de un reino.

*

En París, encabezaba la *coterie* mexicana un exiliado profesional, un «afrancesado» perfecto, el hacendado José Manuel Hidalgo, amigo de la emperatriz, la granadina Eugenia de Montijo. Desde hacía años, por razones distintas, ambos soñaban el mismo sueño: establecer una monarquía en México.[138] De pronto, en 1861, los acontecimientos parecieron configurar seriamente la posibilidad. La moratoria de pagos declarada por el gobierno de Juárez en junio de ese año inició el ciclo. En octubre, Inglaterra, Francia y España firmaban en Londres una convención para exigir a México por la fuerza el pago de las deudas incumplidas y la satisfacción de otras reclamaciones, no del todo injustificadas respecto de ingleses y españoles. A principios de 1862, escuadras de los tres países desembarcaban en el puerto de Veracruz. Al poco tiempo, satisfechas por la vía diplomática sus demandas, España e Inglaterra se retirarían dejando a la Francia napoleónica sola, en posición de llevar a cabo sus verdaderos propósitos: no el cobro de sus exageradas cuentas sino la invasión del territorio y la ejecución de un proyecto múltiple de reconquista. Para Eugenia representaba la vindicación de España; para Napoleón, aprovechando la guerra civil en los Estados Unidos, una renovada presencia en América.



Anónimo, *Maximiliano Emperador de México*, ca. 1865-1867, negativo sobre vidrio. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Hacía más propicia la oportunidad aquello que Eugenia y los monarquistas mexicanos veían como el paralelo desmoronamiento de Lombardía-Véneto y de México. Todo les parecía favorable para fundar —restablecer, dirían ellos— el Imperio mexicano. Los viejos monarquistas criollos lo insinuaron al oído de la emperatriz, la emperatriz supo insinuarlo al oído de su esposo, Napoleón III se apresuró a insinuarlo al emperador de Austria, que a su vez ordenó a su embajador en París que lo insinuara a los oídos más perceptivos de las cortes europeas: los de su hermano, el archiduque Maximiliano y su joven Carlota.

Mientras Maximiliano y Napoleón entraban en un largo proceso de negociación en torno a las condiciones de apoyo financiero, militar y diplomático en que se establecería la nueva corona, el ejército francés avanzaba, no sin grandes contratiempos, en la ocupación del territorio mexicano. La derrota de las tropas francesas comandadas por el general Lorencez a manos del general Ignacio Zaragoza el 5 de mayo de 1862 pudo haber enfriado el entusiasmo de Maximiliano, y lo mismo otros presagios adversos: Inglaterra negaba su apoyo a la aventura (Victoria prefería el vacante reino de Grecia para Maximiliano); el príncipe Metternich la desaconsejaba firmemente; Francisco José deseaba alejar a su liberal y crítico hermano, pero se declaraba incapacitado para apoyarlo con fuerzas militares y recursos financieros de verdadera significación; todos sus tíos en la nobleza europea expresaban su escepticismo y temor; «te asesinarán», le diría María Amelia, esposa de Luis Felipe de Orleans, abuela de Carlota; su suegro, el rey Leopoldo, no rechazaba la idea, pero lo urgía a obtener un «acuerdo vinculatorio» con Napoleón.[139]

Muy pronto quedó claro que todo el proyecto pendía de un solo hilo: el apoyo de Napoleón. Maximiliano jugaba con la

idea de ponerle condiciones: no sería «su único protector» no contaría con su «total sumisión».[140] Lo cierto, sin embargo, es que deseaba hasta tal grado aquel trono salvador que enfiló su disposición anímica para escuchar sólo lo que conducía a ese fin y prestó oídos sordos a todo intento o dato que pudiera disuadirlo. Había que estrechar a toda costa el vínculo con Napoleón y creer que aquel remoto país en desgracia clamaba por su salvadora llegada:

«Los sentimientos de amistad que Vuestra Majestad me inspiró desde el momento en que tuve la dicha de verlo por primera vez», escribió en agosto de 1863 a Napoleón, «no desaparecerán nunca y seré feliz, *sire,* de podérselo demostrar si los sucesos se desarrollan de tal modo que usted permita a mi hermano, el emperador, y a mí, poder colaborar en la obra de la reconstrucción de México. La dificultad más seria que se opondrá a la realización de esta empresa procederá, a mi juicio, de Norteamérica, en donde, como se puede presumir por las últimas noticias, resurgirá probablemente la Unión, aquella Unión, tan ávida de engrandecimiento como hostil al principio monárquico del otro hemisferio. La ayuda armada de Francia será el baluarte más fuerte del nuevo imperio contra los ataques de ese enconado adversario que, sin duda, no puede esperar a verse consolidado en el interior para emprender el ataque e intentar derrocar el trono erigido a sus puertas».[141]



Anónimo, *Maximiliano y Carlota*, ca. 1865-1866, cromolitografía. En Sebastianutti-Benque, *De Miramar a Trieste*, Trieste, edición del autor, s.f.

No podía engañarse sobre la arriesgada geopolítica de su decisión: un país lejano, un océano de por medio, un vecino poderoso y acechante que saldría tarde o temprano de la guerra civil, la sumisión a un solo protector que podía no ser eterno y cuya posición en la inestable Europa podría vacilar. Y sin embargo, decidió creer que los hados lo favorecían. Y no sólo los hados, también los votos de los mexicanos humildes y los deseos de los mexicanos más influyentes. Una carta de Santa Anna a Gutiérrez de Estrada, escrita desde su reciente refugio en la isla caribeña de St. Thomas, calificaba de «candidato inmejorable» al archiduque y ofrecía desde luego sus servicios para trabajar «hasta la realización plena del negocio».[142] La prédica machacante de Gutiérrez de Estrada le confirmaba a Maximiliano que cada día su proyecto tenía más partidarios en México.[143] Una dudosa «votación de notables» circunscrita a las ciudades de Veracruz y México llegó a sus manos rogándole que aceptase.

Su decisión —tomada de antemano, a pesar de su aparente vacilación, por su propia biografía— le trajo complicaciones a principios de 1864 a causa de la dureza de Francisco José: al aceptar el trono mexicano le exigía renunciar a todos sus derechos sucesorios. Pasaron semanas de una tensa y dolorosa correspondencia que implicó, además de a la familia, a otras casas reinantes. Había una especie de ominoso presagio en el apremio de Francisco José. Napoleón presionó a su vez: habían negociado el convenio que Maximiliano quería; a esas alturas, no podía desdecirse.

Desde el punto de vista de Napoleón, se había caminado un largo trecho. Y, en efecto, así ocurría: el gobierno de Juárez había abandonado la capital de México en mayo del año anterior y se había dirigido al norte. Un mes antes, tras 61 días de sitio a la ciudad de Puebla, el cuerpo principal del

ejército juarista había sido derrotado y reducido a prisión: 20 generales (entre ellos Porfirio Díaz y Jesús González Ortega), 300 oficiales, 11.000 soldados. Los 30.000 soldados del ejército francés al mando del general Forey, habían ocupado la capital en junio. Se había integrado una regencia con los generales Salas y Almonte y el arzobispo Labastida. En julio, una asamblea de 215 notables había resuelto instaurar la monarquía y designado una comisión que, encabezada por el imprescindible Gutiérrez de Estrada, cumpliese *post mortem* los deseos de Alamán: «Perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto a nuestro auxilio».[144] En octubre, el eficiente general Aquiles Bazaine había reemplazado a Forey al mando de las fuerzas francesas. (Al volver Forey a París, Napoleón no permitió que hablara con Maximiliano y éste, increíblemente, no insistió en ver al único hombre que podía darle noticias frescas de México.) En octubre, la comisión se había entrevistado con Maximiliano. Entre noviembre y febrero, mientras en México los conservadores fabricaban listas de apoyo al emperador, el avance del ejército francés había sido incontenible: Morelia, Querétaro, Guanajuato, Guadalajara, Zacatecas. Corría el mes de marzo, y Maximiliano comprendió que era tarde para replegarse. La vacilación y la inseguridad formaban parte de su carácter, pero rechazar la oferta sería lo último que haría. México significaba la reivindicación de la triste experiencia en Lombardía-Véneto y, lo más importante, la cristalización de la vocación monárquica que el destino, en apariencia, le había negado. La existencia de la nación llamada México resolvía la tensión de una persona con derechos divinos sobre la tierra llamada Fernando Maximiliano y de su esposa Carlota, que a todo lo largo de las negociaciones había sido la más firme abogada de su aceptación. La corona de México no era, como la de Grecia, «una mercancía rechazada por media docena de

príncipes».[145] Era la promesa de un gran imperio. Con lágrimas, Maximiliano recibió en Miramar a su hermano, con lágrimas firmó la renuncia exigida y con lágrimas lo despidió. Por fin, el 10 de abril de 1864, los miembros de la comisión mexicana arribaban a Miramar con las firmas requeridas. Tras el ditirámbico discurso de Gutiérrez de Estrada sobre las raíces monárquicas y católicas de México que ahora Maximiliano vendría a vindicar, el futuro emperador leyó, con voz temblorosa y en español, su respuesta afirmativa: «con el voto de los notables de México» se podía considerar como elegido por el pueblo mexicano.[146] Las garantías que siempre había considerado necesarias para el buen éxito de su misión existían también, gracias a la generosidad del emperador de los franceses. Por eso aceptaba la corona y trabajaría por la libertad, el orden, la grandeza y la independencia de México. Entretanto la bandera imperial mexicana ondeaba en aquel salón de Miramar, los miembros de la comisión gritaban sus consabidos ¡vivas! al emperador y la emperatriz. La emoción fue excesiva para la frágil constitución de Maximiliano: víctima de una crisis nerviosa, dejó que Carlota presidiera los festejos.

El Tratado de Miramar, firmado en esos mismos días, contenía una serie de estipulaciones relativas a los costos de los ejércitos de ocupación, las deudas, reclamaciones y obligaciones que asumiría el nuevo gobierno, los sueldos de la corte y otros renglones cuyo monto no guardaba la más remota proporción con el estado económico real del país. Habían sido establecidos sobre el papel, para un reino hipotético, poético. Esta circunstancia no pasó inadvertida a los sagaces miembros del gabinete de Juárez, que desde la ciudad de Monterrey en el norte seguían con detalle cada paso de la aventura. El análisis que en su *Revista Histórica* hizo entonces el ministro José María Iglesias, jurista de

primera línea, fue tan cuidadoso como demoledor: «Por el examen que hemos hecho del inolvidable Tratado de Miramar, se tiene en perfecto conocimiento que sus estipulaciones son de realización imposible … por un lado ha habido perfidia, por el otro imbecilidad».[147]

*

El sueño romántico comenzó el 28 de mayo de 1864, día en que la fragata *Novara* atracó en el puerto de Veracruz. Extrañamente, en la ciudad que supuestamente había votado por el imperio faltaban los arcos triunfales y los vítores. La recepción, según una dama de la corte de Carlota, fue «glacial».[148] La emperatriz lloró, pero Maximiliano pronunció un discurso que desmentía a la realidad:

«Mexicanos, vosotros me habéis deseado; vuestra noble nación por una mayoría espontánea me ha designado para velar de hoy en adelante por vuestros destinos. Yo me entrego con alegría a ese llamamiento».[149]

En el trayecto a la capital, algunas ciudades de provincia se mostrarían más calurosas: 770 arcos de ramas y flores cubrieron el trecho entre Puebla y la ciudad prehispánica de Cholula, para que los emperadores cruzaran por ellos. Por fin, luego de postrarse ante la imagen de la Virgen de Guadalupe, Carlota y Maximiliano hicieron su entrada triunfal en la ciudad de México. En Monterrey, Iglesias apuntaba: «El Imperio mexicano ha sido el resultado de un aborto. Enclenque, raquítico, destartalado, tendrá una vida enfermiza y una temprana muerte».[150]

A los ocho días de su llegada, se instalaron en el castillo de Chapultepec, al que darían una fisonomía nueva evocadora de Miramar. Era ya, de suyo, una metáfora de Miramar: un castillo sobre un monte arbolado. Faltaban un lago interior (que se construiría), los mármoles y muebles que pronto

llegarían, y el mar, pero lo suplía la extraordinaria vista del valle de México, con sus espejos de agua y sus canales, los múltiples campanarios de la vieja ciudad colonial y de los pueblos circunvecinos y, sobre todo, los dos majestuosos volcanes. «Es el Schönbrunn de México», alardeaba Maximiliano a su hermano menor, el archiduque Carlos Luis, recordando el lugar donde ambos habían nacido: «un encantador palacio de placer sobre una roca de basalto rodeado por los gigantescos y famosos árboles de Moctezuma, y desde el cual se ofrece una perspectiva de tal hermosura, que quizá sólo haya contemplado otra tan bella en Sorrento».[151]

Muy pronto, en la vida cotidiana del emperador comenzó a operarse un proceso de mímesis: se vestía a la usanza de los «chinacos» mexicanos, los típicos liberales, con sombrero ancho, chaqueta corta y calzoneras (pantalón abierto desde las rodillas con botonadura). Paseaba como cualquier paisano, a caballo y sin boato. Quería demostrar su mexicanidad y su liberalidad. El no venía como emperador de los conservadores sino de los mexicanos. Quería granjearse a los liberales porque él mismo era liberal y porque, como le había aconsejado su suegro Leopoldo: «los católicos *bon gré mal gré* tienen que serte adictos».[152] Entonces dio en escribir cartas idílicas a amigos y familiares, cartas que convencieran a toda Europa —o al menos a Francisco José— de que México era un remanso de paz:

«En Chapultepec estamos solos y muy retirados y vivimos todavía más tranquila y sencillamente que en Miramar. Por lo demás también en la ciudad damos muy pocas comidas, comemos casi siempre solos y por la noche no vemos a nadie. Esto lo exige, gracias a Dios, el serio carácter de los mexicanos, una cualidad que me viene muy bien y que me deja mucho tiempo para el verdadero trabajo. Las llamadas

diversiones europeas como *soirées*, chismorreo de té, etc., de horrible recuerdo, no se conocen aquí en absoluto y nos cuidaremos mucho de introducirlas. La única diversión del mexicano es pasearse en un excelente caballo por su hermosa campiña y, de vez en cuando, visitar los teatros; a esto último yo renuncio, naturalmente, también. En el gran teatro, uno de los más hermosos del mundo, hay ahora, por lo demás, una excelente compañía de ópera italiana. También se dan rara vez bailes y si tienen lugar algunos, son muy hermosos y animados, y entonces la sociedad elegante y rica de aquí baila con verdadera pasión un baile nacional que es lo más encantador que se puede ver y que la condesa Melanie Zichy, según ella dice, quiere introducir en Viena. Carlota tiene catorce damas de palacio, sin sueldo, que todas las semanas alternan en el servicio, pero a las que, por supuesto, casi nunca se ve».[153]

A principios de agosto de 1864, mientras el ejército de ocupación avanzaba hacia el norte y el occidente, Maximiliano emprende su primer viaje al histórico Bajío: el granero de México, el escenario de la guerra de Independencia. Visitó Querétaro, Guanajuato, León («el Manchester de México») y Morelia («muy liberal y por eso tanto más digna de ser conocida»).[154] En una comida, para perplejidad de sus contertulios, pidió que se cantara *Los cangrejos*. En el trayecto paró en la hacienda de Corralejo, lugar de nacimiento de Hidalgo, y ordenó *in situ* la edificación de un monumento que advirtiera «detente caminante, has llegado a…». El 15 de septiembre llegó a Dolores y a las once de la noche, desde la ventana del cura, pronunció un discurso. «Puedes imaginarte», le escribió a Carlos Luis, «cómo me embarazó esto ante una masa de gente apiñada y silenciosa. Gracias a Dios todo salió bien y el entusiasmo fue indescriptible.»[155] Tiempo después,

Maximiliano ordenaría que se pintasen cuadros con la efigie de los héroes de la Independencia para colgarse en palacio. El 16 de septiembre, Juárez celebraba la Independencia en un rancho del estado de Coahuila, mientras se disponía a replegarse más al norte aún, a Chihuahua. «Las sentidas palabras del presidente», escribía Iglesias, «conmovieron a los concurrentes. Después del discurso, entonaron los soldados canciones patrióticas que alternaban con danzas populares.»[156] El Himno Nacional, en esas voces, adquirió una nueva significación: no era la ópera de la guerra, era la guerra.

Además de mexicano, Maximiliano debía probar que era liberal y para hacerlo no había sino un camino: tomar distancia con respecto al Partido Conservador y a las exigencias del Vaticano. «Lo peor que he encontrado en este país lo forman tres clases: los funcionarios de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero.»[157] Para resolver lo primero ordenaría la redacción de códigos y la remoción de los ineptos. Con los segundos sería más drástico: enviaría a Miramón a Berlín a estudiar artillería, y a Márquez a… Jerusalén, a fundar un convento franciscano. En lugar de Almonte, el puesto clave de relaciones exteriores en su gabinete lo tendría el licenciado José Fernando Ramírez, un liberal moderado. En cuanto al clero, había que ser aún más drásticos: «todo lo que se ha dicho sobre el clero y su avasalladora influencia es falso, la gente de sotana es mala y débil y la enorme mayoría del país es liberal y pide el progreso en el sentido más completo de la palabra».[158] Nunca se le ocurrió sacar las conclusiones de esa convicción: si todo México era liberal, y el liberalismo encamaba legalmente en Juárez, ¿cuál era el papel de Su Majestad?

Seguir soñando: firmar un concordato con el Vaticano sobre la base de una confirmación de las Leyes de Reforma. El

nuncio al que Maximiliano aguardaba con ansiedad llegó por fin, pero no tenía el «buen corazón cristiano ni la voluntad de hierro» que esperaba, o la tenía más bien para trasmitir el pesar de Pío IX sobre su iglesia «defraudada» y un repudio total a las ideas reformistas del desconcertante emperador.[159] A las dos semanas del arribo del nuncio, en la navidad de 1864, Maximiliano rompía con él y confirmaba la libertad religiosa y la nacionalización de los bienes del clero decretada por Juárez en Veracruz. Las bulas y demás documentos provenientes de Roma debían pasar por el ministro de Justicia y Negocios Extranjeros. Entre el gabinete juarista, estas medidas provocaban alegría y sorna: significaban el «más espléndido triunfo» de las conquistas de la Reforma, mostraban la solidez de los principios adoptados y una «censurable ingratitud» del «llamado emperador» con «los autores de su elevación». A la luz del análisis frío de los factores internos y externos en juego, cada vez parecía más claro, escribía Iglesias, que Maximiliano acabaría por sucumbir: «desengañado y arrepentido, abdicará para retirarse a Miramar, o caerá con sus escasos partidarios, terminando así su gobierno efímero que hasta ahora sólo se ha hecho notable por su inacción».[160] Cinco posibilidades, o su combinación, precipitarían la caída: un conflicto europeo que provocara una guerra en la que Francia tuviese que intervenir; la retirada del ejército francés por la imposibilidad del tesoro imperial de sostenerlo; la muerte de Napoleón III; la reivindicación de la doctrina Momoe por parte de los Estados Unidos y «la prolongación indefinida de la guerra que sostienen los mexicanos amantes de la independencia y de la República».[161]

Maximiliano no entreveía un destino semejante. Por el contrario: soñaba en expandir el Imperio mexicano hacia el sur, a Centroamérica, para que abarcase los territorios que

había comprendido durante el primer Imperio, el de Iturbide. Los avances del ejército francés en Nuevo León y Tamaulipas presagiaban en su mente el fin de Juárez. La desordenada Hacienda llegaría a estabilizarse. México no era un país invadido por un ejército, todo lo contrario, era lo que Maximiliano quería que fuese: «Vivo en un país libre, entre un pueblo libre», escribía a su hermano menor, exaltando siempre su circunstancia con respecto a la decadente que había dejado atrás:

«Si México está atrasado en muchas cosas, si le falta bienestar y desarrollo material, en cambio, en las cuestiones sociales, más importantes a mi juicio, estamos más adelantados que —Europa y, en particular, que Austria. Aquí entre nosotros reina una democracia sana, sin fantasías enfermizas al estilo de Europa…».[162]

«Carlotita», como le decían las damas de la corte, recibía y organizaba bailes los lunes. Para ella, más que para Maximiliano, representaban una delicia los saraos en las terrazas de Chapultepec. En más de una ocasión, un cañonazo al pie de palacio interrumpió el festejo. Para Maximiliano aquellos estallidos no significaban nada. 1864 moría con los mejores presagios. En Chihuahua, donde el gobierno constitucional se había refugiado, Iglesias estaba de acuerdo: «1865 nace lleno de mil promesas halagüeñas … un porvenir rico en esperanzas nos anuncia el desenlace feliz de la segunda guerra de nuestra Independencia».[163]

*

Napoleón III advirtió muy pronto que se había involucrado en un mal negocio. Los resultados no cuadraban con las expectativas. El juarismo podía ser, como le decía Carlota a Eugenia, «la forma más horrible de la demagogia», pero el hecho es que la pacificación no se completaba.[164] Cierto que

en febrero Bazaine había logrado la rendición de Porfirio Díaz en Oaxaca y capturado 4.000 hombres y 60 cañones, pero a un costo inmenso. En regiones aparentemente pacificadas, la lucha recomenzaba en la forma que había imaginado Ocampo para 1847: con la guerra de guerrillas. El 1 de enero, en un «manifiesto a la nación», Juárez había advertido que ese costoso y caótico ir y venir de los 27.000 franceses y sus aliados sólo acercaba el día del triunfo. Por lo demás, en el campo juarista (siempre bien informado por la prensa y por el acucioso representante en Washington, el oaxaqueño Matías Romero), desde hacía semanas se esperaba el gran acontecimiento: la derrota definitiva del general confederado Lee en las cercanías de Richmond. A principios de abril de 1865, la Unión había triunfado.

Como lo había previsto Iglesias, ése sería, a la postre, un factor fundamental en el repliegue francés. Napoleón, cada vez más desilusionado con las noticias financieras del Imperio, empezó a considerar un desembarazo parcial en la aventura. Por su parte, Maximiliano se inquietaba poco: con persuasión y buena fe, el Imperio lograría granjearse las simpatías del sucesor de Lincoln. Había, además, asuntos internos de suprema urgencia: decretar la nueva subdivisión del país en departamentos, planear el estudio de letras clásicas y filosofía, crear proyectos de colonización y, sobre todo, atender a sus verdaderos partidarios:

«los mejores son y siguen siendo siempre los indios; para ellos he promulgado ahora una nueva ley que crea un consejo que deba ocuparse de ayudarlos atendiendo a sus deseos, quejas y necesidades».[165]

«Los indios», observaba un Viajero de la época, «manifestaban al emperador en todas partes un fanático entusiasmo.»[166] Tenían razón. Por primera vez, desde los

remotos tiempos de los emperadores Austrias, los pueblos y las comunidades contaban con el oído de la autoridad para plantearle sus problemas en sus términos, no los del derecho romano de propiedad, sino los del derecho divino que sentían tener sobre sus tierras. En la zona de haciendas azucareras cercanas a las ciudades de Cuernavaca y Cuautla, habían ocurrido años atrás matanzas de hacendados y administradores españoles no vistas desde los días de la Independencia. Maximiliano conoció esas tensiones e intentó resolverlas. Sabía que algunos de esos pueblos guardaban títulos de propiedad emitidos por los primeros virreyes de la Nueva España en representación de la Corona española, además de testimonios y mapas con deslindes precisos que las haciendas habían atropellado. Con el tiempo, aquel consejo integrado por Maximiliano emitiría dos decretos notables: uno reconocería la personalidad jurídica de los pueblos para defender sus intereses y exigir a los particulares la devolución de sus tierras y aguas; otro ordenaba la restitución de tierras a sus legítimos dueños, además de la dotación a los pueblos que la necesitaran. No lo impulsaba un motivo socialista, más bien lo movía el viejo espíritu paternal de sus antepasados.

Lo más extraño de todo es que Maximiliano sabía que su situación militar se deterioraba tan rápido como sus finanzas. Las guerrillas y contingentes juaristas renacían en Michoacán, Jalisco, Sinaloa, Nuevo León. Ninguna conquista duraba. La suya era una ceguera parcial. Sus reclamos y cartas al respecto no eran los textos de un iluso o un tonto. Tiene datos concretos y fidedignos sobre su posición en el tablero, pero los ve de reojo o no parece extraer de ellos las conclusiones lógicas. Los ve para imaginar de inmediato la providencial solución que revirtiera el estado de cosas: sustituir a Bazaine, tomar él mismo las riendas de la Hacienda. Pero sobre todo, había que seguir el libreto. Pensar en la sucesión, por ejemplo.

Su esterilidad lo forzaba a tomar decisiones imprevistas, y así, discurrió la idea de ungir heredero al trono a un pequeño nieto de Agustín de Iturbide. El hecho de que la madre del niño, norteamericana, se negara a abandonar a su hijo importaba poco: se le envió a París. El futuro Agustín II viviría en palacio. En Chihuahua, Iglesias se burlaba de aquel vínculo con el «desventurado héroe de Iguala»:

«El hecho en sí es en alto grado insignificante. El usurpador puede crear cuantos príncipes, duques, condes y marqueses tenga por conveniente, puesto que hay la seguridad de que esos títulos rimbombantes sólo servirán para poner cada vez más en ridículo a la improvisada nobleza que así se establezca, a la que la falta de todos los antecedentes de las europeas impedirá que llegue a constituir un verdadero cuerpo aristocrático, y para la que vendrá bien pronto el desengaño de que no ha servido sino para representar un papel absurdo en la farsa imperial».[167]

Mientras la realidad externa e interna, como admirablemente había previsto Iglesias, se volvía contra él, Maximiliano acentuó el aliento romántico de su empresa. A fines de agosto escribía a su suegro, el rey Leopoldo, una carta en la que por primera vez entrevé la posibilidad de su fracaso, pero la envuelve en un halo de honor que sus hermanos —siempre sus hermanos— debían envidiar:

«Me gusta el trabajo duro, pero me gusta también que sea reconocido, quiero ver resultados y esto faltaba por completo al otro lado del océano, en tanto que aquí los veo en medida creciente. Mis últimas excursiones y la fiesta de nuestro gran día nacional (16 de septiembre) me han proporcionado en este sentido verdadero consuelo. Por eso no me entrego a ninguna ilusión, el nuevo edificio en el cual trabajamos puede derrumbarse con las tormentas, yo puedo perecer bajo él,

pero nadie me puede privar de la conciencia de haber colaborado con buena voluntad a una idea noble y esto es siempre mejor y más consolador que pudrirse en la vieja Europa sin hacer nada».[168]

Llegó el 16 de septiembre. Lo fundamental seguía allí: su vínculo con Napoleón —más allá de las mil reconvenciones, críticas, consejos y veladas advertencias que recibía de éste— y su sincero deseo de dar felicidad al pueblo que, como al pequeño Agustín, había adoptado. En su discurso, Maximiliano habla ya como un patriota mexicano, como los patriotas mexicanos que luchaban contra él:

«Mi corazón, mi alma, mi trabajo, todos mis leales esfuerzos son para ustedes y para nuestra querida patria. Ningún poder en el mundo podrá desviarme del cumplimiento de mi misión; toda mi sangre es ahora mexicana y si Dios permitiese que nuevos peligros amenazasen a nuestra querida patria, me veréis luchar en vuestras líneas por vuestra independencia e integridad».[169]

En opinión de Iglesias, Maximiliano hacía un uso ilegítimo de la independencia: «mal sienta al que se ha ofrecido de instrumento para venir a destruirla, aparecer como panegirista de ella».[170] Reprobaba también la reciente develación de una estatua de Morelos en la plaza de Guardiola. Sus elogios a Morelos «son un contrasentido en su boca».

Al mes siguiente, un durísimo decreto sugerido por Bazaine desmiente las lisonjeras promesas del emperador: todo aquel que «perteneciese a bandas armadas» sería ejecutado en consejo de guerra.[171] Equivalía a otorgar a Bazaine facultades discrecionales sobre la vida y la muerte de la población civil. Bazaine —que para entonces se había casado con una joven y guapa mexicana y a ese idilio dedicaba sus crecientes ocios—

las usó para fusilar con liberalidad. La medida no disuadió a los juaristas, pero Maximiliano pensó que había que paliarla con la clemencia. Después de todo, a su parecer, estaban casi vencidos. ¿No se había retirado ya Juárez del territorio nacional? ¿No había cruzado ya la frontera en Paso del Norte? La causa que «con tanto valor sostuvo don Benito Juárez ha sucumbido no sólo a la voluntad nacional sino ante la ley que este mismo caudillo invocaba en apoyo de sus títulos».[172] Entonces su sueño entró en una nueva región de fantasía: llamó a Juárez para «venir y ayudarme fiel y sinceramente». Niox, capitán del estado mayor del ejército francés, escribiría:

«La preocupación constante del emperador Maximiliano … era atraer a su lado a los disidentes liberales, a Juárez mismo si era posible. Viviendo de ilusiones, no desesperaba de llegar a este resultado, y se inclinaba más y más hacia el partido que la intervención francesa había combatido en México, mientras se alejaba de sus primeros y más fieles partidarios».[173]

A juicio de Maximiliano, Juárez estaba arrinconado. Al volver a ampliar su periodo presidencial el l de diciembre de 1865 se había distanciado de muchos de sus partidarios y colaboradores. Su estancia en Chihuahua había sido efímera. De nuevo vivía en Paso del Norte. Si la República era él, la República tenía un palmo de territorio. Había que tenderle la mano, ofrecerle la presidencia del Tribunal Supremo. De pronto, llegaron tristes noticias de Bélgica: había muerto el rey Leopoldo. Su última carta decía: «en América hace falta el éxito, todo lo demás es pura poesía y pérdida de dinero».[174]

*

Febrero de 1866. Maximiliano pasa largas semanas en su lugar de descanso favorito: Cuernavaca. Se había enamorado de «la india bonita», una mujer de apellido Sedano. Pero en

esta ocasión venía con Carlota —que le narraba su ascenso a la pirámide del Adivino en su reciente viaje a Uxmal, la zona maya en Yucatán— y con el pequeño Agustín. Se hospedaba en una espaciosa quinta, en medio de un jardín frondoso, frente a uno de los paisajes de mayor belleza que «había visto en la tierra»:

«Figúrese usted», describía el lugar a su vieja amiga la baronesa Binzer, «la divina llanura de un ancho valle que se extiende ante usted como un manto de oro, a su alrededor varias filas de montañas que se sobreponen unas a otras en las formas más atrevidas, matizadas con las tintas más maravillosas, desde el más puro rosado, desde el púrpura y el violeta hasta el más oscuro azul celeste, las unas quebradas e intrincadas se elevan roca sobre roca y se parecen a las costas de Sicilia, las otras se alzan cubiertas de bosque como las verdes montañas de Suiza, y detrás de todo eso, destacando en el azul oscuro del cielo, los gigantescos volcanes con sus cumbres cubiertas de nieve. En el manto de oro imagine usted en todas las estaciones del año o, mejor dicho, durante todo el año, pues aquí no hay estaciones, una abundancia de vegetación tropical con su embriagador aroma, con sus dulces frutos y añada a esto un clima tan benigno como el mayo italiano y unos habitantes hermosos, de carácter amable y honrado».[175]



Anónimo, *La emperatriz Carlota*, ca. 1866, tarjeta de visita. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Entre las innumerables fuentes, los «mangos seculares», las «espesas copas de naranjos», en «nuestras cómodas hamacas», mientras «pintados pajarillos nos cantan canciones, nos mecemos en nuestros sueños».[176] El mayor de ellos era el de creerse adoptados por la tierra mexicana. De las dos palabras «Imperio mexicano», Carlota pensaba en la primera, Maximiliano en la segunda. «La vida en México vale la pena de luchar … el país y el pueblo son mucho mejor que su fama», escribió a un conde amigo suyo, «y usted se admiraría de lo bien que vivimos entre este pueblo la emperatriz y yo, ya del todo mexicanizados.»[177] Meciéndose en las cómodas hamacas de la vieja casona colonial del minero Borda, soñaban sueños distintos: ella un sueño de poder, Maximiliano un sueño de amor por la tierra que habían adoptado.

*

Al paraíso llegaron noticias infernales. El 15 de enero, Napoleón había resuelto el retiro de sus fuerzas de México. La evacuación debía completarse en un año. Las circunstancias internacionales lo exigían así: la presión norteamericana, la amenaza de Prusia, la opinión pública en Francia, el despilfarro financiero del Imperio. Ante el golpe, Maximiliano vacila. ¿Apoyarse en Inglaterra? ¿Abdicar? Es el momento en que cobra relevancia Carlota. Ella iría a Europa y persuadiría de nueva cuenta a Eugenia, a Napoleón, hablaría con el Papa. Max seguiría atendiendo a los negocios del Imperio, promulgaría el Código Civil. Antes de partir, Carlota le escribiría reflexiones que dibujan con claridad su temple, tan distinto del de su esposo. Toda la experiencia de los reyes europeos, todas las enseñanzas de su propia estirpe —que Carlota sabía de memoria— apuntaban a una lección: abdicar, nunca. Su abuelo, Luis Felipe, había querido «evitar el

derramamiento de sangre, fue indirectamente responsable de la sangre que se derramó en Francia»:

«Pues bien, ahora digo yo: Emperador, ¡no se entregue usted prisionero! En tanto que haya aquí un emperador, habrá un Imperio, incluso aunque sólo le pertenezcan seis pies de tierra. El Imperio no es otra cosa que un emperador. Que no tenga dinero no es una objeción suficiente, se obtiene crédito, éste se obtiene con el éxito y el éxito se conquista. Y si no se tuviese crédito ni dinero, se podría obtenerlos porque se respira y no se debe desesperar de uno mismo. Decir de una cosa que se ha emprendido y que se ha considerado posible que, finalmente, se la ha encontrado imposible nadie lo creerá. Añadir que no se retira porque se podía hacer la felicidad de una nación y que se tiene conciencia de lo contrario, significa darse a sí mismo una bofetada; además es una mentira cuando, en realidad, se es para esta nación la única áncora de salvación. Resultado: el Imperio es el único medio de salvar a México; debe hacerse todo para salvarlo porque uno se ha obligado a ello por juramento y palabra, y ninguna imposibilidad lo desliga de ese juramento. Como la empresa sigue siendo realizable el Imperio debe ser conservado y si es necesario defendido contra todo aquel que lo ataque. La expresión “demasiado tarde” no se puede aplicar aquí, pero sí la de “demasiado temprano”».[178]

Como nunca antes, en estas palabras de Carlota se revelaba el sentido histórico de la aventura mexicana. La biografía del poder a la que pertenecían Maximiliano y Carlota no era la biografía del poder mexicana, sino la antiquísima biografía de las coronas europeas que a mediados del siglo XIX entraban en una lenta pero irreversible declinación. Una a una se desvanecerían las dinastías, surgirían en Italia y Alemania los estados nacionales y las repúblicas en Francia y España.

Austria-Hungría e Inglaterra serían islas en las que la aristocracia resistiría. La primera, amenazada desde dentro por la disgregación; la segunda, segura en su antiquísimo sistema parlamentario. En ese cuadro de decadencia, los príncipes sin trono padecían más que nadie el apremio de la historia: llamados a reinar en un tiempo democrático y republicano que les volteaba la espalda, se sentían figuras vivientes de un museo de cera. Por eso Carlota se negaba con furia a la abdicación: la vivía como la derrota y la deshonra de su dinastía.

Pero ¿qué tenía que ver México con este drama específicamente europeo? Los problemas mexicanos eran otros, sobre todo la difícil integración de un estado político y de un mercado económico, la construcción de una nación a partir de una somnolienta colonia y un pasado reciente de caos, penuria y desintegración. ¿Por qué tenía que pagar México el segundo embarazo de la archiduquesa Sofía, madre de Francisco José y Maximiliano? Carlota nunca se hizo esas preguntas. A fines de 1865 había criticado a Juárez por reelegirse *in saecula saeculorum* pero no veía la irregularidad de su propia posición. Tampoco Maximiliano. Es extraño que no pusiesen en duda la *legitimidad* de su misión. Finalmente, en julio de 1866, Carlota viajó a Veracruz y se embarcó a Europa. En los campamentos liberales la noticia corrió como un reguero de pólvora, acompañada de una canción escrita por Vicente Riva Palacio:

Alegre el marinero
con voz pausada canta
y el ancla ya levanta
con extraño fulgor,
la nave va, en los mares,
botando cual pelota,

adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.
De la remota playa
se mira con tristeza,
la estúpida nobleza
del mocho y del traidor,
en lo hondo de su pecho
presiente su derrota,
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.
Acábanse en palacio
tertulias, juegos, bailes,
agítanse los frailes
en fuerza de dolor,
la chusma de las cruces
gritando se alborota,
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.
Murmuran tiernamente
los tristes chambelanes,
lloran los capellanes
y las damas de honor,
el triste Chucho Hermosa
canta con lira rota,
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.
En tanto los chinacos
que ya cantan victoria,

guardando en su memoria
ni miedo ni rencor,
gritan mientras el viento
la embarcación azota,
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.[179]

«Supongo que estará muy triste», escribió irónicamente Juárez a un gobernador leal, «por la retirada de mamá Carlota … Esta retirada precipitada de la llamada emperatriz es un síntoma evidente de la disolución del trono de Maximiliano.»[180]

*

Mientras la nave de Carlota iba por los mares y el ejército francés hacía maletas para seguirla, las tropas juaristas tomaban un impulso que ya no perderían. Mariano Escobedo y varios jefes liberales avanzan desde el norte, Porfirio Díaz desde Oaxaca en el sur, Ramón Corona en el occidente, Régules y Riva Palacio en Michoacán. A sus treinta y cinco años, en promedio, casi todos son veteranos de la Reforma. Ahora ven cerca la victoria. Sienten que será suya: de la espada, no de la pluma.

En Europa, Carlota se entrevista con Napoleón, vuelve a Italia y a Miramar. En Napoleón ve a Mefistófeles: con evasivas ha determinado no enviar «ni un hombre ni un centavo más»,[181] ha faltado a su promesa, ha deshonrado a Francia, los ha abandonado. Por las noches, Carlota lee el Apocalipsis de san Juan. El 9 de septiembre escribe a su «tesoro entrañablemente amado»[182] una carta delirante, memorable, una carta que ya sólo habla del luminoso futuro del Imperio mexicano pero que en realidad pertenece a la historia crepuscular de los imperios europeos. Con ella,

Carlota dejaba a Max un perentorio consejo final, una pauta de honor:

«Considero», escribió al Emperador, «la cesación de la directa tutela [de Francia] como una gran suerte, tan grande que puede compensar la falta de ayuda material y de dinero. México es aliado *[sic]* de Francia y cuanto peor se porte el gobierno tanto más se interesará la nación que se ha opuesto a la idea de la violencia y que tiene el mayor interés en el éxito de su comercio ahí. Sé de buena fuente que también los Estados Unidos te reconocerán en cuanto vean que eres el soberano independiente de México, pues la doctrina de Momoe no se opone a los imperios. Tan pronto como el partido liberal de México vea que tú te quedas en el país se someterá a ti en bloque y entonces cesará todo motivo para que los Estados Unidos y Europa desconfíen de una monarquía fundada en la voluntad del pueblo. La nación mexicana cesa de existir en el momento en que tú la abandones y no se pueda gobernar ya independientemente. Juárez representaba a la nación hasta tu llegada, desde aquel tiempo eres tú el defensor de la independencia y de la autonomía de todos los mexicanos, pues sólo tú reúnes en tu mano los tres colores de los partidos de que está formado el pueblo: blanco el clero, como príncipe católico, verde los conservadores y rojo los liberales. Nadie, excepto tú puede unir estos elementos y gobernar, y su sentido es todavía, como en los días de Iguala, única y exclusivamente la independencia de los mexicanos. Los liberales han visto ahora lo suficiente de ti, deben reconocer, con su sometimiento, la voluntad nacional que se manifestó con tu elección, pues hace tiempo que eres un príncipe elegido legítimamente. No se debe poner en duda el pasado con una nueva elección. No es necesario; por medio de los conservadores debes someter a todos los demás partidos. Es tu derecho y tu deber. Con la

nación salvas también a los liberales, ellos te deben estar agradecidos. Como individuos hace tiempo que te aman, como partido deben ceder y cesar de existir. A ti … [te pertenece] la bandera, eres la nación. “El soberano”, como decía Juárez. Hay que decir, pues, con toda claridad a todos: yo soy el emperador, nadie necesita un presidente, un hijo de emperador no se llama presidente e introducir en forma moderna la monarquía con todo el respeto que le es debido. Ante ti debe inclinar la cabeza, pues la república es *une marâtre comme le protestantisme* y la monarquía es la salvación de la humanidad, el monarca es el buen pastor, el presidente el *mercenaire,* con esto está dicho todo. Tan pronto corrió esté resuelta la tarea de unir a los mexicanos en todas partes, tropas se necesitan pocas cuando cese la rebelión y tú estés entonces ante el mundo apoyado en tu pueblo … Los restos de los “chinacos” se podrían emplear, como en Italia los garibaldinos, para una especie de milicia o de vanguardia de la nacionalidad contra ataques enemigos, sólo ocupándolos en algo desaparecerán. Yo no hablo aquí de los bandidos, sino de los defensores de la idea que toma cuerpo en la exclusión de los extranjeros. En Italia estas gentes son mantenidas por el gobierno dentro de ciertos límites y empleadas para fines italianos, son una fuerza de la nación. Hay que aprovechar los elementos que se tengan, pero en este caso estaría bien que los franceses empezasen pronto a evacuar. Si tiene éxito todo esto, como lo debe tener, la emigración afluirá de América y de Europa y *tú tienes el más hermoso imperio del mundo, pues México debe heredar y heredará, en mayor medida, el poderío de Francia.* Pero esto sólo sucederá consolidando el imperio con mexicanos. *Durante años enteros Europa estará en convulsiones, Austria perderá todos sus países.* Las dinastías de Prusia y Portugal robarán países, tú no puedes estar a la cabeza de ninguno de

estos procesos de unión, que si, finalmente, favorecen a los pueblos, son indignos para sus autores. Y ninguna de esas naciones, Alemania y Constantinopla, ni Italia ni España serán lo que México llegará a ser si tú sólo trabajas por tu imperio».[183]

Días más tarde, Carlota enloquecía en el Vaticano. *In articulo mortis,* se despide de Maximiliano. Moría y no moría. Hay quien asegura que por ese tiempo Carlota dio a luz al hijo que concibió con Alfred van der Smissen, jefe de la expedición belga en México. Este hijo sería el general francés Máximo Weygand. A su internación en un manicomio austriaco seguiría la reclusión en un castillo de su natal Bélgica. Moriría décadas más tarde, en 1927, después de Juárez, Max, Porfirio, Francisco José, Pío IX, Eugenia, Napoleón, Bazaine y todos los personajes de su tragedia. Pero ella no lo sabría. Seguía hablando del Imperio mexicano con el muñeco de trapo al que le decía Max o con el corazón de Max que atesoraba junto a ella.

*

Enfermo, desamparado, Maximiliano se dispone a abdicar. Viaja a Orizaba. Sabe ya de la locura de su mujer. ¿Quién lo aconsejaría ahora? Nadie, todos. Ha accedido a que el pequeño Iturbide vuelva con su madre. Ha anulado la ley del 3 de octubre. «Salgan, salgan de ese país», le aconseja un fiel amigo, Herzfeld, desde La Habana, «que dentro de algunas semanas será el teatro de la más sangrienta de las guerras civiles.»[184] Pero para entonces Maximiliano ha vacilado de nuevo. No se iría sin dejar el país en orden y paz. Los caudillos conservadores que han vuelto, Miramón y Márquez, terminan por persuadirlo. El bravo cacique de los indios de San Luis Potosí, Tomás Mejía, seguía a su emperador. Con él levantarían ejércitos, revertirían el destino. Maximiliano

vuelve a la capital: ahora es el último caudillo del último *encore* de un drama concluido: el de la Reforma.

El 5 de febrero, el día del décimo aniversario de la Constitución de 1857, salen de México los últimos soldados franceses. Desde Puebla, Bazaine pide a Maximiliano que lo acompañe. El emperador se niega. Pesa en su ánimo una carta de su madre en la que ésta aprobaba «*enteramente*» la decisión de Maximiliano de quedarse, pues así evitaba la «*apariencia*» de haber sido expulsado:

«Los ojos se me llenaron de lágrimas. El emperador lo notó y creo que adivinó la causa … *Y a pesar de todo debo desear ahora que permanezcas en México todo el tiempo posible y que puedas hacerlo con honor*».[185]

El fin de Maximiliano tuvo todos los elementos de la tragedia. «Ahora soy general», escribía, como siempre, a sus amigos en Europa, «en servicio activo y en el campamento, con botas altas, espuelas y sombrero ancho. No conservo de mis arreos de almirante sino el anteojo, el cual no me abandona nunca.»[186] Tenía accesos casi infantiles de esperanza, se refería con respeto «al valor y la virilidad del jefe de los liberales», había encontrado una salida honrosa a su drama personal. Por decisión colectiva de un consejo de Estado integrado por cinco letras «M» (Miramón, Mejía, Méndez, Márquez y el propio Maximiliano), las fuerzas conservadoras se replegaron a la ciudad de Querétaro, que por 70 días fue sitiada. Las fuerzas de refresco que en un momento había prometido Márquez, vencidas por el general Porfirio Díaz en Puebla, no llegarían nunca por ello y por el cálculo egoísta de Márquez, quien moriría en su cama… en 1913, casi 50 años después que sus compañeros. Hasta ese momento, Maximiliano se había dejado llevar por alegrías pasajeras y aparentes victorias, pero la inacción de Márquez lo

quebró. Entonces busca desesperadamente el encuentro de «la bala salvadora». La defección de un coronel López, a quien había hecho «compadre», precipita su captura. La traición le duele menos que escuchar a lo lejos, en los campos liberales, *Adiós, mamá Carlota.* Mariano Escobedo recibe su espada: ofrece su sangre para no derramar más sangre.

Desde San Luis Potosí, Juárez ordena un proceso militar contra Miramón, Mejía y Maximiliano. (Méndez había sido muerto.)[187] Todos los reos cuentan con abogados de primera línea, abogados liberales. Maximiliano no acude al juicio. Le niega jurisdicción. En un momento consideró la fuga: regresaría a Miramar, escribiría la historia de su reinado. Pero luego pensaba en Mejía, en Miramón, en el ultraje al honor que cometería y hasta en la simple y llana imposibilidad de ocultarse: ¿quién en México no reconocería sus doradas barbas? Prefiere escribir varias cartas y telegramas a Juárez:

«os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad propia del momento en que me hallo, a que mi sangre sea la última que se derrame; así como también, a que consagréis aquella perseverancia que condujo vuestra causa a la victoria … al noble fin de conciliar los ánimos, y de procurar una vez a este desgraciado país la paz y la tranquilidad fundadas sobre bases firmes y estables».[188]

Su desprendimiento era sincero, pero confiaba aún en la clemencia de Juárez. A ella apelarían gobiernos europeos, el representante norteamericano y hasta el propio campeón del liberalismo italiano: Garibaldi. No faltó la seductora princesa que se echara a sus pies. Tampoco la súplica de la mujer de Miramón: «le toqué el corazón como padre y como esposo … nada movió aquel empedernido corazón, nada llegó a enternecer a aquella alma fría y vengativa».[189] «No soy yo quien los condena», dijo siempre, «es la ley, es el pueblo.»[190]

Maximiliano se resigna. No ve su responsabilidad en las querellas del «desgraciado país». Sus buenas intenciones lo ponen, como infante mimado de la historia, por encima de las responsabilidades. Escribe cartas de despedida. Arregla aún los mínimos detalles. A su médico de cabecera le ha comentado: «Estoy contento: Altamirano me ha dicho que el gobierno liberal dejará vigentes algunas de mis leyes».[191] Un extraño aplazamiento de la orden revive exiguas esperanzas por tres días. Finalmente, el 19 de junio de 1867, en el Cerro de las Campanas que mira a la ciudad de Querétaro, el emperador de casi treinta y cinco años alcanzó la más mexicana de las muertes: cayó ante un pelotón de fusilamiento.

Mientras en Miramar Carlota hablaba sin cesar del «soberano del universo»,[192] Juárez se acercó de incógnito al Hospital de San Andrés donde yacía el cadáver de su enemigo y comentó: «tenía las piernas muy largas y desproporcionadas».[193]

*

La tragedia de Carlota y Maximiliano alimentaría la imaginación literaria de varias generaciones de dramaturgos, novelistas, poetas y cineastas en Europa y América. Un contemporáneo, Franz Werfel, escribiría una pieza teatral; el cine de Hollywood le dedicaría una película; Malcolm Lowry conjuraría a los espíritus de Carlota y Maximiliano en su maravillosa novela, *Bajo el volcán,* escrita en el mismo paraíso de Cuernavaca donde, meciéndose en su hamaca, el emperador tejía sus sueños. Paradójicamente, ambos lograron al morir lo que tanto desearon en vida: hacerse mexicanos. En ningún lugar como en México persistiría el mito de la desdichada pareja imperial. Y el halo casi onírico de su leyenda los ligaría, en la frágil memoria occidental, a la

historia mexicana, dándoles un sitio y un recuerdo que muchos de sus contemporáneos europeos —príncipes, duques, archiduques y emperadores— no tendrían.

NOTAS

130. Citado en Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota* (México, 1971), p. 39.

131. Ibíd., p. 35; José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo: Memorias de un secretario particular* (México, 1966).

132. Maximiliano a la archiduquesa Sofía, 1858, en Ibíd., p. 64.

133. Ibíd.

134. Maximiliano al emperador Francisco José, 17 abr. 1859, Ibíd., p. 67.

135. Maximiliano al rey Leopoldo de Bélgica, 1859, Ibíd., p. 69.

136. Ibíd., p. 57.

137. Ibíd., p. 69.

138. José Fuentes Mares, *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana* (México, 1976); Manuel Rivera Cambas, *Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo,* 3 vols. (México, 1987).

139. Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* pp. 222, 245.

140. Ibíd., pp. 219-223; Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México* (México, 1981).

141. «La ayuda armada de Francia será el baluarte más fuerte del nuevo imperio» ago. 10 1863, en Juárez, *Documentos, Discursos* y *correspondencia*, vol. 8, p. 40.

142. Santa Anna a Gutiérrez de Estrada, 25 mar. 1863, en *Proceso del ex general Antonio López de Santa Anna*, acusándole de infidencia a la patria (Veracruz, 1867), p. 17-18.

143. Fuentes Mares, *La emperatriz Eugenia*…, p. 198.

144. José C. Valadés, *Alamán: Estadista e historiador* (México, 1987), p. 432; José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, *Proyectos de monarquía en México* (México, 1962).

145. Maximiliano al conde Rechberg, 18 feb. 1863, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 152.

146. Ibíd., p. 261; E. Lefevre, *Historia de la Intervención Francesa en México, Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano* (Bruselas y Londres, 1869).

147. José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México* (México, 1987), p. 411.

148. Paula de Kolonitz, *Un viaje a México en* 1864 (México, 1984), p. 62.

149. «Discurso pronunciado por Maximiliano al desembarcar en Veracruz», citado en José Fuentes Mares, *Juárez, el imperio y la república* (México, 1982), p. 50.

150. Iglesias, *Revistas históricas…*, p. 444.

151. Maximiliano a su hermano Carlos Luis, 10 jul. 1864, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 288.

152. El rey Leopoldo a Maximiliano, 25 dic. 1863, Ibíd., p. 222.

153. Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 104.

154. Maximiliano a su hermano Carlos Luis, 4 oct. 1864, Ibíd., p. 291.

155. Ibíd.

156. Iglesias, *Revistas históricas…*, p. 476.

157. Maximiliano a José María Gutiérrez de Estrada, 30 abr. 1864, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 293.

158. Maximiliano al Dr. Jilek, 10 feb. 1865, Ibíd., p. 316.

159. Maximiliano a José María Gutiérrez de Estrada, 30 abr. 1864, Ibíd., pp. 294, 305.

160. Iglesias, *Revistas históricas…*, pp. 465, 551-554.

161. Ibíd., p. 566.

162. Maximiliano al Dr. Jilek, 10 feb. 1865, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 316.

163. Iglesias, *Revistas históricas…*, p. 518.

164. Carlota a la emperatriz Eugenia, 27 abr. 1865, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 346.

165. Maximiliano al rey Leopoldo, 12 may. 1865, Ibíd.

166. Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, p. 588.

167. José María Iglesias, *Revistas históricas…*, p. 398.

168. Maximiliano a Alfonso de Pont, 19 sep. 1865, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 384-385.

169. Citado en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 371.

170. Iglesias, *Revistas históricas…*, p. 698.

171. «Proclama de Maximiliano para justificar el decreto del 3 de octubre de 1865», en Daniel Moreno, comp., *El sitio de Querétaro* (México, 1989), p. 289.

172. Citado en Fuentes Mares, *Juárez, el imperio y la república*, p. 88.

173. Fuentes Mares, *Y México se refugió…*, p. 99.

174. El rey Leopoldo a Maximiliano, 12 nov. 1865, en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 386.

175. Maximiliano a la condesa Binzer, 3 feb. 1866, Ibíd., p. 402.

176. Ibíd.

177. Maximiliano al conde de Hadik, 3 feb. 1866, Ibíd., p. 403.

178. Carlota a Maximiliano, jul. 1866, Ibíd., p. 454.

179. Vicente Riva Palacio, «Adiós, Mamá Carlota», citado en Zaid, *Ómnibus…*, pp. 172-173.

180. Benito Juárez a Andrés S. Viesca, 7 ago. 1866, en Benito Juárez, *Epistolario*

(México, 1957), p. 367.

181. Napoleón a Maximiliano, 29 ago. 1866, Copiador de la Secretaría de Relaciones, f. 308.

182. Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 485.

183. Carlota a Maximiliano, 9 sept. 1866, Ibíd., p. 499.

184. Stefan Herzfeld a Agustín Fisher, 5 sept. 1866, Ibíd., p. 529.

185. La archiduquesa Sofía a Maximiliano, 9 ene. 1867, Ibíd., p. 553.

186. Samuel Basch, citado en Moreno, *El sitio de Querétaro,* p. 79.

187. José Fuentes Mares, *Proceso de Fernando Maximiliano de Habsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía* (México, 1966); Manuel Ramírez Arellano, *Últimas horas del Imperio* (México, 1869).

188. Samuel Basch, citado en Moreno, *El sitio de Querétaro,* p. 127.

189. Concepción Lombardo de Miramón, *Memorias* (México, 1989), p. 588.

190. Citado por Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 587.

191. Samuel Basch, citado en Moreno, *El sitio de Querétaro,* p. 104.

192. Citado en Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* p. 598.

193. Agustín Rivera, *Anales mexicanos: la Reforma y el Segundo Imperio* (México, 1994), p. 356.

Dictador democrático

El 15 de julio de 1867, después de cuatro años de peregrinaje con la República a cuestas, Juárez entró en la capital. Semanas antes había sido ocupada por las fuerzas del brillante general oaxaqueño de treinta y siete años y 37 batallas en su haber: «nuestro Porfirio», como Juárez le decía.[194] Aunque los capitalinos vitorearon al presidente igual que habían vitoreado a Maximiliano o a Santa Anna, esta vez flotaba en el aire la convicción de que el país había entrado de verdad en una nueva etapa histórica: en su «segunda Independencia». La querella ideológica y militar en torno a los dos proyectos de nación que Mora y Alamán habían anunciado se terminaba para siempre. Al agotarse tras la derrota militar su última opción histórica —la importación de un monarca europeo— el Partido Conservador de los Alamán y los Miramón y del «cura» de Maravatío (centralistas, militaristas, clericales, proeuropeos, intolerantes), desaparecería del escenario nacional para no regresar a él nunca más, por lo menos abiertamente. El Partido Liberal quedaba solo para consolidar a la nación sobre las bases consagradas en la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma. La progenie de Mora y Gómez Farías había triunfado.

La dureza vengativa de los liberales en 1861 parecía presagiar actos terribles contra los muchos colaboradores del Imperio. En algunas ciudades del interior se «ajustició» —es decir, se fusiló— a varios antiguos prefectos. Pero el sentido de la nueva etapa era otro. Juárez lo resumió a su llegada a México en un memorable manifiesto:

«No ha querido ni ha debido antes el gobierno, y menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejarse inspirar por ningún sentimiento de pasión contra los

que lo han combatido … Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y consolidar los beneficios de la paz … Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos pues entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz».[195]

Frente al aura romántica de la pareja imperial y su trágico fin, la victoria de Juárez parece pálida, desangelada, casi injusta. Lo injusto es equiparar románticamente ambas historias. Más allá de la pureza de Maximiliano, su aventura mexicana tenía aún menos justificación que su gobierno en Lombardía-Véneto. México había sido sólo un pretexto para resolver su circunstancia familiar: por eso nunca advirtió el obvio contrasentido de su posición (liberal en un país que ya gobernaban liberales) ni pudo encarar el engaño del que había sido objeto por parte de los viejos monarquistas mexicanos. No pudo, porque él era el primer cómplice de ese engaño. Encarar los hechos lo hubiese conducido, como a Carlota, a la locura delirante: si la realidad me grita «no eres, nunca has sido el soberano de México», yo le respondo «soy el soberano del mundo». Era mejor caminar por otra senda de locura: seguir engañándose, seguir negando las evidencias, aceptar los llamados al honor que le hacían sus familiares, su propia madre, desde Viena. Era mejor morir.

Juárez simbolizó lo contrario: el principio de realidad. Para él y para México, era mejor vivir. En su fuero interno sabía —y por saberlo, no tenía que formularlo incesantemente— que el país estaba cansado de *representar* obras y papeles, de cantar himnos de guerra y victoria en medio de las más humillantes derrotas, de ostentar en sus capitales un boato cortesano mientras que las grandes mayorías seguían sumidas en una «estúpida pobreza». «Hijo del pueblo», como se refería a sí mismo a menudo, nunca olvidó su promesa en Oaxaca:

«yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se le ilustre, se engrandezca y se cree su porvenir y que abandone la carrera de desorden, de los vicios y de la miseria, a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos y libertadores pero que con sus hechos son sus más crueles tiranos».[196]

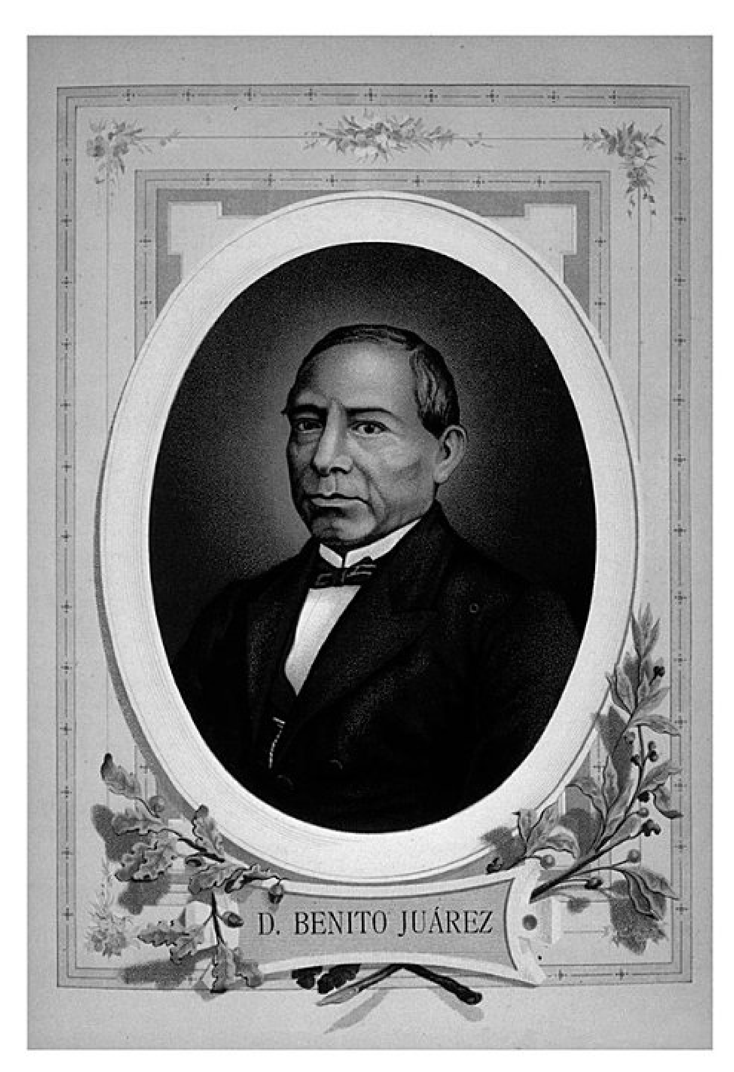
Juárez era un hombre de palabra pero no de palabras. El narcisismo imperial de las cortes europeas compensaba su decadencia con un océano verbal. El propio Maximiliano ejerció, en sus innumerables cartas, decretos y leyes, una suerte de imperio literario. En su exilio, Juárez escribió también, aunque en su caso se trataba de cartas de orden práctico a sus representantes diplomáticos, gobernadores, jefes militares. Cuestiones de armas, de aliento, de reconvención, de amenaza, de información útil, de política, no de literatura. No estaba enamorado de su papel. No representaba un papel. No se sentía una especie de Napoleón, un «Napoleón del Oeste» como Santa Anna, ni un nuevo y benévolo Carlos V corno Maximiliano. Era el presidente de una república ocupada por un ejército extranjero.

*

Bulnes diría que Juárez no tenía más lenguaje que el oficial: severo, sobrio, irreprochable. Se equivocaba: Juárez era un hombre público con una intimidad profunda y tierna. A principio de 1865, mientras vivía en Chihuahua, Margarita (su mujer), sus tres hijas (Manuela, Felícitas, María de Jesús), su yerno (Pedro Santacilia) y sus tres hijos (Benito, su consentido Pepe y el recién nacido que no conocía, Antonio) se establecían en los suburbios de Nueva York. Por largas, desesperantes temporadas, no supo de su suerte. Al saberlos sanos y seguros, les escribía con frecuencia dándoles consejos de toda índole sobre la vida cotidiana. Por ejemplo, había que

tener cuidado con los calentadores, no abusar de ese moderno invento:

«Yo creo que el frío, así como el calor, aunque mortificantes, son una necesidad que las leyes de la naturaleza han establecido para conservar y vigorizar al hombre, a las plantas y a los animales, y es necesario no contrariar esas leyes si no se quiere llevar en el pecado la penitencia».[197]



Anónimo, *Benito Juárez*, 1888, grabado. En Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, México, Ballescá y Cía., 1888.

Después de la salud y el mínimo bienestar material de su familia (era escrupuloso en su papel provisor), le preocupaba la educación de sus hijos. Luego de alentar a «su querido Santa» con «el triunfo de nuestras armas en Sinaloa contra franceses y traidores» y alegrarse de que «el espíritu público comienza a reanimarse»[198] (todo esto escrito en enero de 1865, en el momento de mayor postración de la causa republicana) le señalaba pautas de formación para sus ovejas personales:

«Supongo que Pepe y Beno están yendo a la Escuela. Suplico a usted no los ponga bajo la dirección de ningún Jesuita ni de ningún secretario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el por qué o la razón de las cosas para que en su tránsito por este mundo tengan por guía la verdad y no los errores y preocupaciones que hacen infelices y degradados a los hombres y a los pueblos».[199]

Era la prédica de Ocampo, vuelta sólida convicción en un hombre reformado. En esos días, recibe de su representante en Washington. Matías Romero, una noticia que lo agobia. Su hijo Pepe está gravemente enfermo. Juárez no se engaña y escribe:

«Mi querido Santa: Escribo a usted bajo la impresión del más profundo pesar que destroza mi corazón, porque Romero en su carta del día 14 de noviembre próximo pasado, que recibí anoche, me dice que mi amado hijo Pepe estaba gravemente enfermo y como me agrega que aun el facultativo temía ya por su vida, he comprendido que sólo por no darme de golpe la funesta noticia de la muerte del chiquito, me dice que está de gravedad; pero realmente mi Pepito ya no existía, ya no existe, ¿no es verdad? Y considerará usted todo lo que sufro por esta pérdida irreparable de un hijo que era mi

encanto, mi orgullo y mi esperanza: ¡Pobre Margarita!, estará inconsolable. Fortalézcala usted con sus consejos para que pueda resistir este rudo golpe que la mala suerte ha descargado sobre nosotros y cuide usted de nuestra familia. Sólo usted es su amparo y mi consuelo en esta imposibilidad en que estoy de reunirme con ustedes. Adiós hijo mío, reciba usted el corazón de su inconsolable padre y amigo. Dispense usted los borrones porque mi cabeza está perdida».[200]

Sin desatender en lo mínimo a sus quehaceres públicos, Juárez lleva dentro su pena: «no sé cómo puedo soportar tanto pesar que me agobia». La pérdida de su «querido hijo Pepe» y el no saber cómo seguía su familia, cómo estaba su mujer, «son penas muy crueles para un hombre que, como yo, ama tiernamente a su familia».[201] Nueve meses después, en El Paso, lo sorprende la noticia de otra muerte: la de su hijo Antoñito que ni siquiera conoció. Ante «esa nueva desgracia de nuestra familia debe usted suponer lo que he sufrido y sufro sin tener siquiera el consuelo de estar con ustedes y consolarnos mutuamente».[202] A su mujer le escribía consolándola, «aunque en materia de sentimientos naturales poco valen los consejos … [hay que inclinarse] a la conformidad».[203]

Tendría razón Justo Sierra al sostener que la ecuación «fisonomía inexpresiva, luego alma impasible, luego corazón insensible» era falsa. Juárez sufría muchísimo y no contaba siquiera —como Maximiliano con un repertorio inconsciente de papeles dramáticos en los cuales insertar su propio drama. No le hubiese servido verse en la imagen de Cuauhtémoc o sus antepasados zapotecas o cualquier otra metáfora del sufrimiento estoico. El no quería sufrir ni se identificaba con los vencidos. Estaba cansado de sufrir. Estaba cansado de los siglos de sufrimiento. Para él y para «sus hermanos» en

quienes veía la encarnación profunda de México, quería la victoria definitiva. Esa voluntad salvadora lo salvó.

*

También los amigos. El 21 de marzo de 1865, día en que cumplía cincuenta y nueve años, su «corazón lastimado no estaba para expansión alguna», pero los amigos Lerdo, Iglesias, Urquidi, Ruiz, Trías y Prieto y los vecinos y señoras de Chihuahua «hicieron un punto de honor» en festejarlo. «Me dieron una comida suntuosa», escribía el 23 a Santacilia, «y hoy habrá un magnífico baile, con el mismo objeto … en la comida se brindó por la Independencia, por los defensores de ella, por los pueblos oprimidos, por la ciudad de Chihuahua, por nuestra familia y por mí.» En la fiesta se había distinguido un hombre en particular: «el amigo Guillermo ha estado admirable con su lira y ha tenido parte muy activa en todo lo que se ha hecho para celebrar mi día».[204]

Prieto no sólo quería y admiraba a Juárez: lo veneraba. En Guadalajara, muy al principio de la guerra de Reforma, Prieto había interpuesto su cuerpo entre Juárez y un pelotón que se proponía fusilarlo en las oficinas del Palacio de Gobierno, y había disuadido a los militares conservadores con otras palabras de su «admirable lira»: «los valientes patriotas no asesinan». En la confusión y el titubeo, el presidente salvó la vida.[205] Prieto lo había acompañado en el largo trayecto de Manzanillo a Veracruz a través de Panamá y Nueva Orleans, había vuelto con él a México y había seguido su peregrinar hasta Chihuahua.

En septiembre de ese mismo año, aquella amistad se resquebrajó. Juárez se confabulaba con su más inteligente colaborador y asesor en el gabinete —el exrector del colegio jesuita de San Ildefonso, Sebastián Lerdo de Tejada, hermano menor de Miguel— para tomar la decisión más difícil y

discutida de su gobierno en el exilio: prolongar unilateralmente su periodo presidencial hasta que «la cesación» del estado de guerra permitiera realizar elecciones.[206] Según el precepto constitucional, el 1 de diciembre, día en que expiraba su periodo de cuatro años, Juárez debía entregar el mando al presidente de la Suprema Corte de Justicia, el general Jesús González Ortega. Éste actuó en consecuencia y reclamó con anticipación el puesto, pero Juárez y Lerdo habían preparado ya un arsenal de argumentos legales y establecido contactos políticos para frustrar el traslado de poder. En esencia, Juárez actuaba sobre la base de las facultades extraordinarias que el Congreso le había otorgado a fines de 1861, en el umbral de la intervención europea. Estas facultades se habían emitido, «sin más restricciones que la de salvar la independencia integral del territorio nacional, la forma de gobierno establecida en la Constitución y los principios y leyes de Reforma».[207]

A partir de entonces, Juárez había utilizado sus facultades con inmenso vigor, audacia y éxito. Gobernaba por decreto, como en Oaxaca en 1850. En uno de esos decretos, dictado el 25 de enero de 1862, condenaba a la pena de muerte a cualquiera que, a juicio de las autoridades republicanas, fomentase la reacción. «Como jefe de una sociedad en peligro», escribiría uno de los más finos analistas políticos del Porfiriato, Emilio Rabasa, «asumió todo el poder, se arrogó todas las facultades, hasta darse las más absolutas, y antes de dictar una medida extrema cuidaba de expedir un decreto que le atribuyese la autoridad para ello, como para fundar siempre en una ley el ejercicio de su poder sin límites.» Se trataba, en palabras de Rabasa, de una «dictadura democrática».[208]

En septiembre de 1865, Juárez consideró que las circunstancias de apremio nacional no habían desaparecido.

«Yo tengo un deber sagrado que cumplir y seguiré mi destino … sosteniendo la libertad y la independencia de mi patria»,[209] había escrito un año antes a un amigo que lo abandonaba, Manuel María de Zamacona. En septiembre de 1865 no había variado un ápice. No sólo prolongaría su periodo hasta la victoria total sino que encontró la manera de cesar a González Ortega aduciendo abandono de funciones.

En octubre, mientras preparaba su maniobra, Juárez escribía a Santacilia: «Prieto y tío Ruizito siguen en la oposición pero nadie les hace caso». El «tío Ruizito» era Manuel Ruiz, su amigo más antiguo en el gabinete, un abogado oaxaqueño que lo había seguido siempre. Al acercarse la fecha, Prieto envió a Juárez una carta cuidadosa en la que le pedía relevarlo de su puesto. Juárez respondió con dureza típica:

«Mucho celebro que tengas una conciencia tan satisfecha y orgullosa pues así vivirás tranquilo. No puedo obsequiar tu intención relativa a que por una orden declare yo que han cesado los trabajos de la Administración General de Correos, porque no tengo el candor de ayudar a los invasores en desacreditar a la administración de mi país … Tampoco te puedo decir que te separes, porque ni tengo motivos para decírtelo, ni el gobierno te repele, ni le sirves de estorbo».[210]

Prieto no abogaba por González Ortega sino en la medida en que éste personificaba el derecho. A un amigo le confiaba sus motivos de disensión. Eran los mismos de Ruiz y serían los mismos que, a la larga, aduciría contra Juárez prácticamente toda la generación liberal:

«Juárez ha sido un ídolo por sus virtudes, porque él era la exaltación de la Ley, porque su fuerza era el Derecho, y nuestra gloria, aun sucumbiendo, era sucumbir con la razón social. ¿Qué queda de todo eso? ¿Qué queremos? ¿A quién

acatamos? ¿Varía de esencia que ayer se llamara Santa Anna y Comonfort … y que hoy se llame Juárez el suicida? Supongamos que Juárez era necesario, excelso, heroico, inmaculado en el poder, ¿lo era por él o por sus títulos? ¿Qué vale sin éstos? … Yo avanzo hasta suponer feliz el éxito de este ensayo de prestidigitación de Juárez. ¿Está en honor seguirle? ¿Se debe dar asentimiento a semejante escalamiento del poder? ¿Se debe autorizar con la tolerancia de este hecho otros de la misma naturaleza que vendrían en seguida y no muy tarde? Yo, por mi parte, no lo haré. Me he propuesto ser tan ingenuo contigo que te confieso que ni el miedo al quebramiento de la Constitución misma, a pesar de lo que te he dicho, me contiene; es tan grande nuestra causa, sería tan inmarcesible la gloria del que lanzase al francés de nuestro suelo, que pudiera ser que me sedujera la complicidad de este extravío heroico, por lo que tendría de sublime la reparación. La reputación por la vida del país. ¿No lo he hecho yo? Esto no me asusta. Me asusta contemplar a Juárez revolucionario, inerte, encogido, regateando, ocupándose de un chisme o elevando al rango de cuestiones de estado las ruindades de una venganza contra un quídam. ¿Tú te figuras revolucionario a Juárez? ¿Te figuras lo que habré sufrido?…».[211]

En diciembre ocurre el rompimiento con «el tío Ruizito» y con Prieto. Desde Paso del Norte, Juárez lo describe con sequedad a su querido Santa:

«Entre tanto avanzaron los traidores y ya yo me retiré de Chihuahua sin haber sabido más del prisionero. Supongo que [Ruiz] alegó el mérito de su protesta y que estará ya en México. Así ha terminado su carrera política un hombre a quien quise hacer un buen ciudadano, porque él se empeñó en ser lo contrario. Con su pan se lo coma. En cuanto a

Guillermo Prieto, poco antes de que yo me retirara de Chihuahua, fue a verme con pretexto de empeñarse a que se accediera a la solicitud de Ruiz. Me dijo que me quería mucho, que era mi cantor y mi biógrafo y que si yo quería que él seguiría escribiendo lo que yo quisiera; ¿qué tal? Yo le di las gracias compadeciendo tanta debilidad y no haciendo caso de sus falsedades … En fin, este pobre diablo, lo mismo que Ruiz y … están ya fuera de combate. Ellos han valido algo porque el gobierno los ha hecho valer. Ya veremos lo que pueden hacer con sus propios elementos».[212]

Aquel «pobre diablo» le había salvado la vida, pero a juicio de quien se reservaba todos los juicios, su actitud contrariaba el interés de cohesión nacional que Juárez sentía representar y, en efecto, representaba. Disentir, en ese momento, equivalía a desertar, a defeccionar, a dar armas al enemigo. Por eso fue implacable. Quizá Prieto comprendió entonces el destino de Santos Degollado.

*

«Para Juárez», escribió Rabasa, «la fuente del poder era inagotable.»[213] Lo probó, lógicamente, con sus enemigos: los conservadores activos en la guerra de Intervención; los políticos, soldados, oficiales imperialistas; los gobiernos de los países europeos que habían roto sus vínculos con México y reconocido al emperador: Francia, Inglaterra, España. Lo probaría, desde luego, con su archienemigo, el archiduque Maximiliano. Lo probó también con amigos que no representaban una rivalidad política sino meramente moral (Degollado, Ruiz, Prieto). Pero lo probó, sobre todo, con los hombres del poder en la República: los caciques, los jefes militares, los gobernadores. Con ellos fue tan implacable como con sus enemigos.

Dos ejemplos ilustran esta actitud de Juárez: su relación con

el poderoso cacique militar de Monterrey y Coahuila, Santiago Vidaurri, y con un hombre que comenzaba a acumular un inmenso poder y fortuna en el estado de Chihuahua: el gobernador Luis Terrazas. A fines de 1863, Juárez marcha hacia los dominios de Vidaurri. Le ha pedido contribuciones en fondos y contingentes militares que el celoso cacique considera violatorios de la soberanía estatal. «El gobierno central pretende que me suicide»,[214] escribe a González Ortega. Ya en la guerra de Reforma, Vidaurri se había declarado neutral y había jugado con la idea de una secesión temporal del norte de México. Aunque Juárez lo perdonó, lo hizo por cálculo político, no por simpatía. Vidaurri representaba un poder real al que hacía falta atraer, dejándole todos los márgenes de poder imaginables dentro de su estado, salvo uno: el de regatearle autoridad al gobierno central. Tras una junta secreta con Vidaurri en Monterrey, Juárez regresa a Saltillo y contrae una seria afección biliar: ahora sabe que Vidaurri desafía su poder y se pasará al enemigo. Juárez declara el estado de sitio en Nuevo León, separa a éste de Coahuila, y en plena guerra contra los franceses ordena a sus fuerzas leales atacar al cacique que en efecto defecciona y se pasa al bando imperial.

Acto seguido, ya dueño de Nuevo León, Juárez sospecha que Terrazas seguirá la misma pauta. La reticencia del gobierno de ese estado en apoyar al centro es comprensible: los franceses estaban en Puebla y el Bajío, pero Chihuahua vivía asolada por los indios «bárbaros» y los filibusteros que entraban a su territorio desde Texas. Otras zonas de la Administración Pública acusaban problemas de jurisdicción: ¿a quién, por ejemplo, le correspondía el manejo de la nacionalización de los bienes del clero? Terrazas pensaba que «el poder omnímodo» de Juárez violaba el precepto constitucional sobre la soberanía de los estados.[215] Pero

Juárez, recuérdese, actuaba con facultades extraordinarias y en un marco de suspensión de garantías. Por eso declara preventivamente el estado de sitio en Chihuahua. Cuando ocupa la capital, Terrazas sale, pero no sigue el ejemplo de Vidaurri. Meses después, cuando las fuerzas francesas llegan a Chihuahua y Juárez tiene que refugiarse repetidamente en Paso del Norte, Terrazas encabeza la resistencia contra el Imperio y finalmente triunfa. Se había tenido que plegar a la voluntad de cohesión que representaba Juárez.

Chihuahua y, sobre todo, Nuevo León, comprendieron entonces una lección que aplicarían de modo invariable en el futuro: antes que estados de México, eran México. Ningún cacique regional, ningún caudillo o militar podría alzarse contra el gobierno central. Juárez inauguraba una época y una tendencia histórica irreversible, el centralismo de fondo con formas federales, pero había dado también un impulso definitivo a la creación de un *nosotros* por encima de las localidades, regiones, estados: un *nosotros* nacional.

*

Al restaurarse la República en 1867, Juárez convocó a elecciones.[216] Su único contendiente fue el caudillo militar triunfador de la intervención, Porfirio Díaz. Juárez las ganó con un 72 por ciento. En la misma memorable convocatoria que expidió al llegar a la ciudad de México, hablaba claramente de la necesidad de introducir reformas a la Constitución. Como su amigo Comonfort —que, de regreso del exilio, había muerto en campaña contra los franceses—, Juárez pensaba que la Constitución, si bien digna de veneración y respeto, era impracticable. Por una larga década había gobernado al país con la bandera de la Constitución y al margen de ésta: con facultades extraordinarias amplísimas y en un régimen de suspensión de garantías. Sin embargo,

aquella tesonera defensa de la Constitución como símbolo, como causa, no implicaba necesariamente que fuese intocable. Comonfort había tenido razón en señalar sus defectos, pero carecía de la fuerza y de la legitimidad para modificarla. Su crítica, además, había sido prematura, porque la oposición conservadora estaba intacta. Antes de soñar siquiera con enmendarla, urgía vencer a los que se oponían a su mera existencia. En 1867 había llegado el momento de la enmienda.

El problema mayor, desde luego, era la vieja querella entre el Congreso y el ejecutivo. Era natural que tras la experiencia santanista, el Constituyente del 57 hubiese depositado un poder omnímodo en el legislativo a costa del ejecutivo y el judicial. Pero con buena lógica y un inmenso bagaje de experiencia, Juárez, Lerdo e Iglesias —«la trinidad de Paso del Norte», como se les llamaba— querían evitar el otro extremo: la hegemonía del Congreso sobre el ejecutivo, que había sepultado tanto a Morelos como a Iturbide. Además, a ese desequilibrio entre los poderes era atribuible el desorden que había privado en el país en los años veinte, cuando Mora y Alamán lamentaban la «dictadura de los muchos». En opinión de los juaristas, el Congreso creado por la Constitución no era más que una convención permanente. Había que modificar su relación con el ejecutivo, dando a éste un derecho de veto con dos tercios de la Cámara, restringiendo las facultades del Congreso para convocar a periodos extraordinarios y creando, como en los Estados Unidos, una cámara alta.

Juárez no logró que el Congreso admitiera estas reformas, pero tampoco le hicieron falta: a partir de 1867 la situación del país reclamó el uso de nuevas facultades extraordinarias y suspensión de garantías que el presidente solicitó y obtuvo. Respetándola formalmente, siguió gobernando sin la

Constitución. Se había logrado el triunfo contra la reacción, contra «los cangrejos»; se había logrado la segunda Independencia; sin embargo, el país no alcanzaba el fin más preciado: la paz.

La razón era simple: la discordia interna del partido liberal. Una nueva lucha generacional lo desgarraba por dentro: la disputa por el poder entre la generación de intelectuales y abogados que en Veracruz habían hecho la Reforma y los jóvenes militares que llevaban diez años luchando con la espada por la Constitución, la Reforma y la segunda Independencia. ¿A quién le correspondía el triunfo? ¿Quién tenía derecho al poder? Nada hirió más a los militares liberales que la decisión de Juárez de licenciar a decenas de miles de soldados. Es verdad que el Estado no podía cargar con un ejército de 80.000 hombres que amenazaba con devorar todo el exiguo presupuesto. Y aun así, la hegemonía de los «tinterillos» parecía intolerable a los inquietos jefes militares. Pronto estallaría la primera revolución, el primer pronunciamiento, la primera «bola» de la era liberal contra la «dictadura» de Juárez. El presidente actuó con su acostumbrada resolución. Contaba con el apoyo de la mayoría del ejército y con la lealtad de los gobernadores, a quienes dejaba hacer y deshacer en sus feudos regionales siempre y cuando respaldasen al gobierno central. En los casos de infidencia, se declararon nuevos «estados de sitio» y se establecieron gobiernos militares.

Otra amenaza nunca conjurada contra la paz eran los asaltantes, bandidos y plagiarios. Los caminos del país estaban atestados de estos personajes nacidos del caos de la guerra civil. Para enfrentarlos, Juárez integró un grupo especial de acción represiva, los «rurales», compuesto muchas veces —como vacuna— por antiguos bandoleros. El cuadro de violencia interna lo completaban los caciques indígenas y sus

huestes. El temible Manuel Lozada, el «Tigre de Alica», seguía dominando la región de Nayarit como un imperio aparte. Más al norte, en el fértil valle del Yaqui en Sonora, los indios yaquis y mayos se levantaban nuevamente en armas —ya lo habían hecho en 1825— para defender el «valle que Dios les dio», amenazado por la aplicación de las leyes liberales.[217] En el extremo sur del país, en Yucatán, los mayas atizaban su guerra implacable contra el blanco: aunque nunca alcanzaría los extremos de la Guerra de Castas, se había convertido en una espada de Damocles. Juárez empeñó en vano lo mejor de su tiempo, recursos y esfuerzos tratando de sofocar estos brotes. Todos los generales revolucionarios fueron derrotados pero sólo temporalmente, mientras llegaba otra oportunidad y aparecía un caudillo que los encabezara; los bandidos y los indios, con sus miras mezquinas o sublimes, continuarían en pie de guerra.

Juárez volvió a contender en las elecciones de 1871. Aunque el país no estaba enteramente pacificado, era difícil justificar a esas alturas su permanencia. Había sido un crisol durante la Reforma y la Intervención, pero entonces la independencia y la integridad del país estaban amenazadas. La nueva situación era caótica y discorde, pero a todas luces menos riesgosa. Nuevas personas, nuevas generaciones llamaban a la puerta y el presidente de sesenta y cinco años de edad se empeñaba en obstaculizarlas. Llevaba casi 15 años en el poder y parecía destinado a prolongar su estadía hasta que lo juzgara prudente. Por ese motivo, Sebastián Lerdo de Tejada, su amigo, su asesor clave, el último de sus fieles, se separaría de él para contender en las elecciones. Contaba con partidarios entre los viejos reformistas. El otro candidato sería, de nueva cuenta, el ídolo de la juventud, Porfirio Díaz. Ambos esperaban desplazar a Juárez, y juntos lo hubiesen logrado, pero Juárez triunfó con un 47 por ciento.

Fue la más turbia de sus victorias. Había maniobrado con la Cámara para reformar el sistema electoral en provecho de su candidatura y había favorecido una serie de prácticas electorales que viciarían el sufragio libre y secreto. Mientras las caricaturas de la libérrima prensa de la época se solazaban dibujando a un presidente hechicero que preparaba los brebajes de la sopa electoral, uno de sus críticos acerbos, el general Ireneo Paz, partidario de Porfirio Díaz, escribiría un soneto alusivo:

¿Por qué si acaso fuiste tan patriota
estás comprando votos de a peseta?
¿Para qué admites esa inmunda treta
de dar dinero al que en tu nombre vota?
¿No te conmueve, di, la bancarrota
ni el hambre que a tu pueblo tanto aprieta?
Si no te enmiendas, yo sin ser profeta
te digo que saldrás a la picota.
Sí, san Benito, sigue ya otra ruta;
no te muestres, amigo, tan pirata;
mira que ya la gente no es tan bruta.
Suéltanos por piedad, querido tata,
ya fueron catorce años de cicuta…
¡Suéltanos, presidente garrapata![218]

La generación de «chinacos», los militares liberales, tomaba la bandera de la Constitución contra Juárez. Se referían a él como el «candidato de sí mismo», el hombre que veía al poder «como un derecho de conquista», «su majestad Benito I». «Hoy no es la Constitución la que el gobierno defiende», sostuvo un crítico, «es el sillón presidencial.» Otro fue aún más lejos: «Julio César era más grande que Juárez y todos

bendicen a Bruto, que lo mató».[219] No sólo los jóvenes se separaban de Juárez: también los viejos liberales de la Reforma o antiguos constituyentes, como Ignacio Ramírez. Juárez no derogaba la Constitución ni la violaba: la desvirtuaba. Con entera falta de respeto, los críticos señalaban y documentaban el ultraje de Juárez a la soberanía de los estados («ponía gobernadores … según era el grado de acatamiento y las protestas de las personas»),[220] su apoyo a caciques como Pesqueira en Sonora, Terrazas en Chihuahua, Álvarez en Guerrero; y sobre todo, sus manejos electorales. En el Congreso, Zamacona tomó la palabra para advertir: «el poder que rige el país entra en el periodo de decrepitud y decadencia que coincide en el individuo con la época del egoísmo y de la codicia y no le permite la generosidad y la abnegación de otros tiempos».[221] Ireneo Paz fue mucho más irreverente.

¡Catorce años, señor! esto va largo:
Ni que fueras el fraile de Friburgo,
ni que fueras un César, un Licurgo,
supiera tu poder menos amargo.
Di, ¿no se te hace de conciencia cargo?
¿Te crees un san Gregario Taumaturgo?…
¡Ah!, no te olvides nunca del Habsburgo
que sucumbió por ser tan manilargo.
Yo la esperanza, mi señor, albergo,
de que no entres también a tal desvirgo
y al pedírtelo, humilde me postergo.
No vaya a dar a tu pescuezo un sirgo…
coge un sombrero, pues, chino o chambergo
y sal, si quieres escaparte virgo.[222]

Luego de la reelección de 1871, la situación de inconformidad estalló en la propia tierra del hombre al que el gobierno de Colombia había dado el título de «benemérito de las Américas».[223] Porfirio Díaz se levantó en armas en Oaxaca con su Plan de La Noria. Su lema era sencillo y contundente: «Sufragio efectivo, no reelección». No tuvo éxito. Las tropas federales lo habían puesto en una situación de inminente derrota y vagaba por las sierras del noroeste de México —había intentado pactar con el «Tigre de Alica»—, cuando el 18 de julio de 1872 lo sorprendió la noticia que conmovió al país: víctima de una angina de pecho, en el Palacio Nacional había muerto el presidente Juárez. El nuevo presidente Sebastián Lerdo de Tejada declaró una inmediata amnistía a la que Díaz, renuentemente, se acogió. Esta vez no esperaría muchos años para volverse a levantar. En 1876 encabezó la revolución de Tuxtepec, que lo llevaría primero al triunfo militar y luego, mediante una votación, a la amada silla presidencial, en la que permanecería el doble de tiempo que su admirado y criticado jefe.

*

Juárez había pastoreado al país en la guerra de Reforma y la Intervención. Comenzaba a pastorearlo en la nueva etapa de discordias civiles, cuando la muerte lo golpeó del modo más oportuno, no sólo para él y para su memoria, sino para el país. Juárez se había convertido en la manzana de esa discordia. Nunca había cedido el poder —ni en Oaxaca ni en México— ni estaría dispuesto a cederlo. Para sostenerse, hubiera tenido que recurrir a medidas de represión cada vez más drásticas contra sus propios compañeros, hubiese incurrido en una auténtica autofagia liberal. No era justo que su trayectoria se manchara.

Había llevado al país a la otra orilla. Basta comparar la

guerra del 47 con la del 62 para advertir las diferencias fundamentales, atribuibles, en gran medida, a Juárez. En el momento de los criollos, México no era una nación: era un agregado de regiones y localidades sin conciencia nacional. Los «mexicanos al grito de guerra» veían pasar a las tropas norteamericanas como un desfile, como una representación teatral que no les competía. La pérdida de territorio, el peligro tangible de desintegración nacional, la violencia de la guerra de Reforma y los odios teológicos que despertó, contribuyeron a crear una conciencia nacional. Pero dos factores adicionales, vinculados internamente, contribuyeron también, de manera decisiva: la legítima, severa, inteligente autoridad de Juárez en todo el proceso y el ascenso concomitante de los mestizos al poder.

A partir de 1810, el orden español se había hecho trizas en toda la América Hispana. La disgregación fue geográfica, social, política. Ninguno de los países sudamericanos volvería a restablecer un centro, una unidad: ni entre ellos, ni dentro de ellos. El intento anfictiónico de Bolívar sería tan utópico como la consolidación de regímenes democráticos en cada país. El siglo era de los caudillos, los tiranos, los dictadores. La unidad era imposible porque, con la excepción del Perú, habían constituido territorios de frontera, escasamente poblados, del imperio español. Nueva España era un caso distinto. Ahí se habían asumido plenamente las premisas del orden político español. A su manera, Nueva España era un centro del imperio, y México, la antigua Tenochtitlan, la capital del imperio azteca, era el centro de ese centro. Desde tiempos inmemoriales, México había vivido bajo el dominio de un Estado. La teocracia de los pueblos prehispánicos se avino bien con la nueva, más suave y persuasiva, teocracia de los españoles. En los pueblos de Oaxaca, en las sierras de Michoacán, en las planicies del Bajío o las costas de Veracruz

(al margen de las diferencias culturales que las aislaban entre sí), cada región había sentido a tal grado el peso del dominio central —de la capital novohispana y de la metrópoli—, que por tres siglos España imperó sobre aquel inmenso territorio sin necesidad de contar con un ejército. La prueba máxima de la cohesión política que caracterizaba a ese orden fue, justamente, la disgregación que sobrevino a su hundimiento.

La enormidad de Juárez, en términos políticos, estuvo en el restablecimiento de ese orden. Vertió vino nuevo en odres viejos. Logró crear una instancia legítima de autoridad en un país a punto de desaparecer y guió a éste entre dos terribles tormentas, de las que salió siendo *otro.* Recurriendo a la instintiva sabiduría de sus antepasados y con un fervor religioso que llegaba a la idolatría, transfirió sus antiguas lealtades a los nuevos contenidos políticos del siglo XIX: la ley, la constitución, la reforma. Vivió su mandato como un pastor llamado por Dios para conducir al desordenado rebaño hacia una ribera de emancipación, la misma que él, en lo personal, había alcanzado: de la «estúpida pobreza» e ignorancia de Guelatao a la altura de la silla presidencial. Quiso transferir esa experiencia a sus «hermanos». En una medida importante lo consiguió. Cuando Juárez murió, México era otro: no había sitio para óperas y representaciones. Había lugar para la historia y la realidad. Había un nuevo centro en el viejo centro. Un nuevo emperador, un nuevo *tlatoani*, un presidente sagrado. Era la misma tensión entre lo antiguo y lo moderno, la misma encrucijada que había sacrificado a Morelos, pero en una mejor posición histórica. La legitimidad que había nacido era una amalgama: difícil aleación de la tradición teocrática del pasado; el ideal republicano, liberal, democrático y federal del futuro; y la fuerza carismática de un caudillo vestido de negro que había fundido en una unidad la vieja dualidad de Morelos: religión y patria.

*

Juárez logró algo más: abrir una ancha puerta para que los mestizos accediesen a los puestos de mando en la vida nacional. Cierto, en la segunda mitad del siglo había ya un predominio mestizo en la demografía nacional, pero la figura del indio Juárez lo fortaleció. Durante su mandato, otro indio, Ignacio Manuel Altamirano, fundaría la revista cultural *El Renacimiento,* que significaría el arranque de la cultura nacional propiamente dicha. Su ejemplo fue seguido en varias ciudades: nacieron periódicos, sociedades culturales, publicaciones; se escribieron como nunca antes novelas históricas y costumbristas; se fundaron escuelas primarias; se creó una institución ejemplar que sería la primera, desde la salida de los jesuitas, en formar a varias generaciones de mexicanos en un pensamiento riguroso y científico: la Escuela Nacional Preparatoria. «Con Juárez quedó fundada, libre de todo peligro», escribió Andrés Molina Enríquez, el más profundo de los filósofos del mestizaje mexicano, «la nacionalidad mexicana fincada en el elemento mestizo … una patria libre, independiente y respetable … por eso para nosotros los mestizos, Juárez es casi un Dios.»[224]

No había pacificado al país, no había instaurado la democracia, no respetaba el federalismo, pero hallaba el modo de no infringir la ley. El Congreso actuaba, deliberaba, se oponía. Los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, elegidos popularmente, se desempeñaban con plena independencia. Por primera vez en su historia. México vivía un clima de completa libertad. Los cientos de periódicos de la época ejercieron la más libre de las críticas. Su blanco fue, muchas veces y con razón, la autoridad de Juárez, pero éste, con toda su severidad, no mató ni reprimió: si bien recurrió a las soluciones de hecho, lo hizo siempre con la ley en la mano.

No abandonó el poder porque en nadie confiaba: había vivido demasiados años en el caos santanista y sentía tan frágil la ventura conquistada, que le pareció necesario pastorearla eternamente, hasta que una instancia superior dispusiera otra cosa. No lo movía la ciega ambición de mando, como sus críticos señalaron, sino el antiguo, imborrable *misticismo del poder.*

A Bulnes le asistía la razón cuando señalaba la injusticia histórica de atribuir todo el éxito de la Reforma y la Intervención a Juárez. Ambas epopeyas nacionales —que lo fueron en verdad— tuvieron muchos protagonistas conocidos, otros olvidados, otros más anónimos. Era y es injusto relegar a Degollado, Ocampo, Miguel Lerdo, Ramírez, a toda la generación intelectual del liberalismo, verdadera *autora* de la Reforma. Era y es injusto relegar a Zaragoza, González Ortega. Corona, Escobedo, Porfirio Díaz, a toda la generación militar del liberalismo, verdadera *autora* de la victoria en la Intervención. Pero más injusto sería no reconocer la dimensión excepcional del hombre modesto que siguiendo el llamado de su instinto, huyendo de una postración de siglos, convocaba misteriosa y firmemente, religiosamente, las siempre frágiles voluntades humanas.

Bulnes criticó a Juárez, con razón muchas veces, pero Justo Sierra hizo algo más importante: lo comprendió. En estos tiempos de escepticismo extremo es difícil leer sin ironía las exaltadas palabras finales de su obra *Juárez: su obra y su tiempo* (1906). Pese a ello, es preciso, si la nacionalidad mexicana tiene algún sentido:

«¡Gran padre de la patria!, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe … los impacientes de realizar ideales que sólo lentamente pueden llegar a la vida … protestaron armados y sañudos ante ti; muchos eran tus

colaboradores, tus correligionarios … eran tus hijos … Celebrando los ritos de nuestra religión cívica, cada generación, al partir, dirá a la generación siguiente que se levanta y llega: ¡perseverad como él, quered como él, creed como él!».[225]

NOTAS

194. Benito Juárez a Pedro Santacilia, 1 ene. 1867, en Benito Juárez, *Correspondencia Juárez-Santacilia 1858-1867* (México, 1972), p. 343.

195. «Manifiesto al pueblo de México», 15 jul. 1867, en *Historia documental de México*, 2 vols. (México, 1984), vol. 2, p. 350.

196. Roeder, *Juárez y su México,* vol. 1, pp. 108.

197. Juárez a Pedro Santacilia, 1 dic. 1865, en Juárez, *Epistolario,* p. 337.

198. Juárez a Santacilia, 12 ene. 1865, Ibíd., p. 293.

199. Juárez a Santacilia, 12 ene. 1865, Ibíd.

200. Juárez a Santacilia, 6 ene. 1865, Ibíd., p. 294.

201. Juárez a Santacilia, 9 feb. 1865, Ibíd., p. 296.

202. Juárez a Santacilia, 21 sept. 1865, Ibíd., p. 324.

203. Juárez a Santacilia, 23 feb. 1865, Ibíd., p. 297.

204. Juárez a Santacilia, 23 mar. 1865, Ibíd., pp. 303-304.

205. Citado en Miguel Galindo y Galindo, *La Gran década nacional,* 3 vols. (México, 1987), vol. 1, pp. 113, 120.

206. Citado en José Fuentes Mares, *Y México se refugió en el desierto* (México, 1979), p. 105.

207. Emilio Rabasa, *La organización política de México. La Constitución y la dictadura* (Madrid, n.d.), p. 145.

208. Ibíd., p. 143.

209. *La República Restaurada, La vida política,* Daniel Cosío Villegas, ed.; *Historia moderna de México* (México, 1974), p. 76.

210. Benito Juárez a Guillermo Prieto, 1 oct. 1865, en Juárez, *Epistolario,* p. 329.

211. Roeder, *Juárez y su México*, vol. 2, pp. 426-427.

212. Juárez a Santacilia, 21 dic. 1865, en Juárez, *Epistolario,* pp. 338-339.

213. Rabasa, *La organización política…*, p. 123.

214. Fuentes Mares, *Y México se refugió en el desierto*, p. 75.

215. Ibíd., p. 84.

216. Ver Mario Treviño Villarreal, *Rebelión contra Juárez, 1869-1870* (Monterrey, 1991); Ireneo Paz, *Algunas campañas: Memorias* (México, 1885).

217. Carleton Beals, *Porfirio Díaz* (México, 1982), p. 332.

218. Ireneo Paz, «Cordonazo XXV al venturosísimo y humildísimo San Benito de Palermo», en *Cardos y violetas* (México, 1878), p. 71.

219. Roeder, *Juárez y su México*, pp. 471, 473, 479.

220. Paz, *Algunas campañas…*, p. 10.

221. Pantaleón Tovar, Historia parlamentaria del Cuarto Congreso Constitucional (México, 1874), vol. 4, p. 329.

222. Paz, « Cordonazo XXIV al venturosísimo y humildísimo San Benito de Palermo», en *Cardos y violetas*, p. 70.

223. «Decreto del Congreso de Colombia en honor del presidente Juárez», 2 may. 1865, en Juárez, *Epistolario,* p. 318.

224. Andrés Molina Enríquez, *La Reforma y Juárez* (México, 1906), p. 86.

225. Sierra, *Juárez…*, p. 536.

IV
El ascenso del mestizo

El hombre de Oaxaca

Desde lo alto del castillo de Chapultepec, tres años antes de las fiestas del Centenario, Porfirio Díaz contemplaba el transparente valle de México. Un periodista norteamericano llamado James Creelman lo entrevistaba para *Pearson's Magazine*. «No hay figura más romántica o heroica en el mundo entero», escribía Creelman, «que aquel soldado estadista cuya juventud aventurera hace palidecer las páginas de Dumas y cuya mano de hierro ha convertido las belicosas, ignorantes, supersticiosas y empobrecidas masas mexicanas, oprimidas por centurias por la cruel rapacidad de los españoles, en una nación fuerte, progresista, pacífica, que prospera y paga sus obligaciones.»[1] Justamente la imagen que Porfirio Díaz pretendía dar. ¿Era exacta?

Desde aquel mirador revisaron juntos las biografías paralelas del caudillo y de su país. Poco había que decir del pasado remoto. Creelman notó, a lo lejos, las «largas procesiones de indios mexicanos, acompañados de sus mujeres y niños, con sombreros monstruosos y sarapes de brillantes colores, descalzos o con sandalias, moviéndose continuamente de todas partes del Valle y de las gargantas de las montañas hacia el santuario de la Virgen de Guadalupe». Dos días más tarde —la entrevista ocurría el 10 de diciembre de 1907—, Creelman vería a cien mil indígenas «ensarapados, de rodillas, con sus mujeres y niños, sosteniendo en sus brazos flores y ceras encendidas, rogando ante la Virgen con una devoción que enternecía al más impío espectador y lo hacía reverente». En privado, también Díaz podía enternecerse, pero no en público y menos frente a un periodista norteamericano. «Los indios», apuntó, «forman más de la mitad de nuestro pueblo pero se interesan poco en política. Están ya acostumbrados a mirar a los que ocupan

alguna autoridad como jefes, en vez de pensar por sí mismos. Ésta es una tendencia que heredaron de los españoles, que les enseñaron a abstenerse de tener injerencia en los asuntos públicos y a confiar en el gobierno como en su solo guía.»[2] Díaz completaba su visión reprobatoria de los siglos anteriores a la Independencia con frases breves, desdeñosas. «Eso», dijo de pronto Creelman, señalando a una horrible plaza de toros cerca del castillo, «es la única reliquia histórica que puede divisarse en el panorama.»[3] ¿Estaba ciego? En casi todas las direcciones, decenas de cúpulas y campanarios poblaban el horizonte. A lo lejos, en el centro colonial, México seguía siendo «la Ciudad de los Palacios». A la distancia sobresalían las dos torres de la catedral. Pero Díaz no corrigió la ceguera de Creelman sobre las «reliquias históricas» de México; por el contrario, la compartió: «No ha visto usted entonces los empeños», dijo, mitad en broma, «España nos trajo sus empeños así como sus plazas de toros».[4] Ni una palabra más sobre la historia anterior a la Independencia.

A juicio de Díaz, como buen liberal, todo lo que México había logrado construir desde su independencia lo había hecho *a pesar de* aquel pasado, de espaldas a él y a su herencia. En unas cuantas palabras resumía las primeras décadas del siglo XIX: «Antiguamente no teníamos clase media en México, porque la mentalidad de la gente y sus energías estaban absortas en la política y la guerra. La tiranía y el desgobierno de España habían desorganizado la sociedad. La vitalidad productiva de la nación se desperdiciaba en luchas sucesivas. La confusión era general. No había seguridad ni para vidas ni para propiedades. Una clase media no podía surgir bajo tales condiciones». En 1908 México tenía ya una clase media, «el elemento activo de la sociedad, aquí y en todas partes».[5] Esa clase media era hija del régimen de

libertades cívicas conquistado en la Reforma y de la segunda Independencia, la alcanzada frente a los franceses y Maximiliano; era hija, también, del orden, la paz y el progreso que el país disfrutaba desde hacía años gracias a la «dictadura liberal» de Porfirio Díaz. Esa clase media, en suma, era hija de Juárez y Díaz. Ya se podía fincar sobre ella, confesaba Díaz, un régimen de libertades, una democracia.

*

Porfirio Díaz no era ajeno al drama original del mestizaje cultural de los indios. Para llegar a la altura de su posición política y sus ochenta años, sintió quizá que no sólo había remontado guerras, rebeliones, generaciones, sino también el atraso histórico característico de las razas indígenas de Oaxaca. A mediados del siglo XIX, una de sus etnias más numerosas, cerca de 200.000 personas, la formaban los mixtecos. Antes de la llegada de los españoles, habían sido los dueños de la región: guerreros, orífices, constructores; pero en 1830, cuando Porfirio Díaz nació, no eran una sombra siquiera de lo que habían sido. Aunque a diferencia de Juárez, Díaz no había participado directamente de ese mundo, en su fuero íntimo lo conocía: su madre era mixteca.

Sus primeras tropas, como comandante militar del istmo de Tehuantepec durante la guerra de Reforma, las integraron indígenas mixes y zapotecos. Gobernándolos, observándolos, aprendió las sutilezas y rigores del mando, no en balde el idioma zapoteco reservaba una inusitada variedad de matices y grados para la palabra autoridad y para quien la ejerce. La mujer a la que más amó había sido indígena también: se llamaba Juana Catarina Romero, dama respetada tanto por su belleza y su «aire soberbio y orgulloso» como por sus profundos conocimientos de hierbas, sortilegios y brebajes: «aquella hechicera era capaz de hacer florecer un botón de

rosa o comunicarse con los espíritus de los montes».[6] El viajero francés a quien se debe esta descripción, Charles Étienne Brasseur, se impresionó aún más con Porfirio Díaz, «el tipo indígena más hermoso que hasta ahora he visto en todos mis viajes, la aparición de Cuauhtémoc tal y como me lo había imaginado».[7] Según la improbable leyenda, Porfirio logró en esos años (1857, aproximadamente) que la empresa del ferrocarril transítsmico, que trabajaba en esa zona, desviara el trazo de la vía hasta hacerla pasar a dos metros del chalet estilo francés que construyó para Juana Cata. Le había regalado el progreso.[8]

Con el tiempo, aquella indígena portentosa que había aprendido a leer y escribir a los treinta años se convertiría en *Doña* Juana Catarina Romero, la empresaria más próspera, la «cacica» más poderosa, la «patrona» más pródiga y caritativa de la región de Tehuantepec: la madre y padre de los indios y mestizos. Sería dueña de industrias, comercios e ingenios; sus productos ganarían premios internacionales como el Cristal Palace Award en Londres o el de la Feria Mundial de Saint Louis Missouri; gracias a ella se introducirían escuelas, se remozarían calles e iglesias, se fundarían obras de beneficencia. Con el tiempo, también aquel guerrero de sangre y temple mixtecos, «amo absoluto de la región del Istmo de Tehuantepec», según Brasseur, se volvería amo absoluto del país, «madre y padre» de los mexicanos como los antiguos *tlatoanis* aztecas, «Moisés y Josué» del progreso de México.[9]

No sólo el pasado indígena constituía a Porfirio Díaz. También el pasado católico y español. Frente a la casa donde Díaz nació estaba la parroquia de la Soledad, cuya milagrosa imagen, vestida de terciopelo negro bordado de perlas y piedras preciosas, era una de las más veneradas en la piadosa

ciudad. No muy lejos se encontraba la casa donde se reunían, en misteriosas «tenidas», los masones. Contra ellos había pronunciado, justo en la parroquia y en el día de «Nuestra Señora de la Soledad», un célebre sermón el párroco José Mariano Galíndez. No es imposible que esa mañana del 18 de diciembre de 1844 el joven Díaz, estudiante del Seminario Conciliar y candidato a sacerdote, haya cruzado la calle acompañando a su madre, sus tres hermanas y su pequeño hermano, y penetrado en el recinto para escucharlo:

«Nuestra Iglesia, en tiempos idos, era depositaria de la fe y era admirada por su piedad religiosa. Pongo, por ejemplo, a muchos conventos … que eran asilos de inocencia y austeridad; a muchos eclesiásticos que nos han dejado memoria de sus virtudes; al entusiasmo por los ejercicios espirituales de que estaban empapadas todas las clases; a la exactitud con que la Iglesia era obedecida; a la devota asistencia a sus ceremonias; a las obras pías y fundaciones; a la lectura de literatura inocente; a la educación cristiana … en una palabra, a las buenas costumbres … Pero volvamos nuestros ojos al presente tiempo. ¡Qué diferente escena! Sufrimos el que los libros más impíos y licenciosos lleguen hasta aquí: empezaron a ser leídos con cierta reserva y luego se difundieron con tanta rapidez que empezaron a ser vendidos abiertamente en nuestras bibliotecas. Así, llegamos a titubear como niños, dejándonos golpear por nuevas doctrinas y aun deseando deificar a los hombres que nos engañan con astucia … ¿Y cuál es el resultado? Lo que naturalmente tenía que suceder: el corazón se hiela, el entendimiento se oscurece, las costumbres se corrompen y la moderna filosofía está de moda … vemos que las fiestas no son santificadas, que sólo los niños y las ancianas piadosas guardan obediencia a la Iglesia que la abstinencia sólo se conoce en los monasterios … Sentimos que hoy nuestras

solemnidades están reducidas a trabajos estériles, que no producen los frutos del espíritu ni de la religión del alma».[10]

El hogar de las nuevas, disolventes, impías doctrinas, el santuario de la moderna filosofía, era el Instituto de Ciencias y Artes. Los sacerdotes lo llamaban «la casa de herejes» y a sus estudiantes «libertinos». Uno de los maestros de esa «casa de herejes» era Benito Juárez.[11] Años más tarde, uno de esos estudiantes «libertinos» sería Porfirio Díaz.

Para Díaz fue tan difícil la emancipación del Seminario como para Juárez. Este había tenido que convencer (y aparentemente lo consiguió) al pío Salanueva, mientras que Díaz —único sostén de su casa, padre de sus varios hermanos, porque su progenitor había muerto en la epidemia de cólera en 1833— tenía que convencer a su tío, nada menos que el obispo de Oaxaca, José Agustín Domínguez. No pudo hacerlo: aquel paso, como tantos otros en la vida de Díaz, lo dio de manera violenta. Estudió en el Instituto de Ciencias y Artes, del que fue bibliotecario; dio clases particulares de latín y se enfilaba a la profesión de abogado, pero su vocación no estaba en las letras. Era un hombre eminentemente práctico: buen artesano (hacía mesas, sillas, zapatos), excelente gimnasta (tuvo el primer gimnasio personal en Oaxaca) y jefe natural. Su inclinación, la vía para emanciparse, se hallaba en otra carrera: la de las armas. El propio Benito Juárez la había propiciado como director del Instituto (en 1852): en su gestión se dieron cursos de teoría y práctica militar que le fueron de utilidad a Díaz cuando selló su destino en el plebiscito público al que convocó Santa Anna: Oaxaca entera, temerosa, dijo «sí» en apoyo de «Su Alteza Serenísima». Díaz dijo «no», y escapó a la sierra de Ixtlán. Al triunfo de la Revolución de Ayutla, Juárez ejercería como gobernador del estado y Porfirio sería jefe político de esa región. El aguerrido

mixteco estaba en deuda con el diplomático zapoteca: le debía un ejemplo de emancipación y una tajada del poder.

*

La deuda de gratitud crecería con el tiempo. A través de ella se entiende que haya sido Díaz quien, en el cenit de su poder, instituyese plenamente el culto a Juárez. Se entiende también que lo honrara con devoción filial en las fiestas del Centenario: «Juárez *esperaba*», dijo Porfirio entonces, recordando la guerra de Intervención, «con una fe que parecía *inspirada*».[12] Díaz procuraría la paz, el orden y el progreso material de México, con esa misma fe.

Durante la guerra de Reforma, Díaz permaneció anclado en la zona de Tehuantepec, «país belicoso y enteramente hostil», según recuerda en sus *Memorias.*[13] Es la época en que forma su ejército personal de fieros juchitecos. El propio Juárez había fracasado en el empeño de reducirlos, de domarlos. Díaz hizo algo mejor: ganarlos, emplearlos. Libró doce batallas, fue herido de gravedad, creó una policía secreta, sufrió peritonitis, instaló una fábrica de municiones, se volvió experto en escaramuzas, ataques súbitos, emboscadas. Pero sobre todo en manejar hombres, adivinar pasiones y ambiciones, y aprovecharlas: «Hubo un tiempo en que no recibí ni instrucciones ni ayuda de mi gobierno, por lo que me vi obligado a pensar por mí y convertirme en gobierno».[14] Era, en palabras de Juárez, «el hombre de Oaxaca».[15]

Durante la guerra de Intervención, Porfirio estuvo desde el principio en la primera línea del combate y la noticia. No fue el «hombre de Oaxaca»; fue, crecientemente, «el hombre de México». Cinco días después de la célebre victoria del 5 de mayo, escribía a su hermana en Oaxaca una carta memorable, de alma guerrera, mixteca:

«El día cinco del corriente llegó el deseado momento de

sacudir los mamelucos colorados, y con el gusto rebosando a punto de ahogarnos comenzamos el sainete a las once de la mañana y esto fue hacer carne hasta las seis de la tarde, que el enemigo comenzó a correr; hemos tenido pérdidas muy considerables, pero hemos matado muchos, muchos monsieures; yo tengo un repertorio de zarandajas, como son fundillos y gorras coloradas, cruces y medallas, armas, etcétera. En fin, yo nunca había tenido más gusto ni día más grande que el día memorable 5 de mayo, día grande y de gloria. El Chato [su hermano Félix] está bueno y muy contento porque comenzó a desquitarse, pues también entró al lanceadero con los zuavos».[16]

Las peripecias de Díaz durante los cuatro años de la guerra parecían extraídas en efecto, como escribiría Creelman, de una página de Dumas. Escapatorias inverosímiles, marchas anibalianas, escondites de fieras o águilas, organización de ejércitos. Si la virtud de Juárez en el norte fue la estoica pasividad, la de Díaz en el sur fue la tenaz resistencia: hasta en la cárcel, no cejó un instante de pelear y porfiar. Los frutos vendrían más tarde, en 1866, cuando su estrella militar comenzase a brillar por encima de todas las otras. Sus triunfos de Jalatlaco, Miahuatlán y La Carbonera resonarían en los campos liberales. «El buen chico Porfirio», comentaba Juárez, que confiaba en él ciegamente, «no fecha sus cartas hasta tomar una capital.»[17] El 2 de abril de 1867 lograba en Puebla su victoria más importante: la puntilla del Imperio. Antes había rehusado toda suerte de proposiciones del emperador. El 15 de julio de 1867, Porfirio entregaba a Juárez, en paz y admirablemente organizada, la ciudad de México. Para su sorpresa, la sañuda cara del zapoteca no era la misma de siempre: lo alejaba, lo repelía, le adivinaba ambiciones presidenciales que Porfirio, por supuesto, sí tenía. En todo caso, ¿de quién era la victoria?

Díaz pensó que la victoria era militar, pero contendió dos veces, democráticamente, para convalidarla: en 1867 y en 1871. Cansados de la espera y de los manejos políticos del grupo juarista, que amenazaba con eternizarse en el poder (a Juárez seguiría Lerdo, a Lerdo, Iglesias, y así *ad infinitum),* Porfirio y su amplia coalición de abogados y militares tomaron el camino tradicional de la política mexicana: la revolución. La primera, contra Juárez, fracasa. Díaz se retira a un puerto fluvial del estado de Veracruz, el risueño Tlacotalpan, donde vuelve a elaborar sillas, escritorios, libreros, procrea a sus hijos Porfirio y Luz (se había casado en 1867 con Delfina Ortega Díaz, su sobrina carnal, la hija de su hermana Manuela) y planea un segundo golpe, éste sí definitivo, contra el gobierno de Lerdo de Tejada. Antes de darlo, hay un tránsito suyo por la Cámara de Diputados, que lo convence aún más de la necesidad de reclamar el triunfo por la vía de las armas, no de la persuasión y las palabras. En aquella ocasión, Porfirio Díaz —cosa rarísima en él— pidió la palabra, subió a la tribuna del Congreso:

«Y habló Porfirio en efecto, sosteniendo ser magna injusticia que a los buenos servidores de la nación, a los que habían derramado su sangre por defenderla, se les condenase a la miseria para hacer un ahorro insignificante; mas expresó aquellas ideas con tantos titubeos, en estilo tan desaliñado e incoherente y con voz tan desentonada, que el auditorio se llenó de pena y casi de angustia, no por los militares a quienes se quería reducir a pan y agua, sino por el preopinante, a quien se veía sufrir indecibles torturas en la terrible picota de la tribuna. Porfirio, finalmente, abrumado por la congoja y enredado en sus propias ideas y palabras, no acertó a salir del paso, no supo cómo concluir la oración, y rompió a llorar como un niño. Así bajó de la tribuna con el rostro congestionado y cubierto de lágrimas, en tanto que los

circunstantes, sorprendidos, no sabían lo que debían hacer, si llorar también o prorrumpir en carcajadas».[18]

Porfirio no olvidaría este episodio vergonzoso. Todavía en 1876, en plena revolución de Tuxtepec, al verse perdido en el pueblo norteño de Icamole, prorrumpió en llanto. Le dirían «el llorón de Icamole», pero a la postre los vencería a todos.[19] Quienes vieron su entrada triunfal a la ciudad de México, comprendieron de pronto que se abría una época:

«el jefe, grave, con la cabeza descubierta (su amplio sombrero bordado colocado en la banca delantera del vehículo), medio inclinado hacia adelante, contestando … la ovación. Su pecho saliente, vastos hombros, cuello fuerte: su cabeza erecta, virilmente colocada sobre sus hombros; con piel tostada por el sol; sus bigotes negros caídos; su mirada dominante, profunda y determinada, puesta en el horizonte, las calles, los edificios; su cejo ligeramente fruncido, cejas pobladas; abundante pelo rebelde; nerviosa y llamativa nariz olfateando el ambiente; su frente amplia y la mandíbula inferior acentuada; sus orejas … largas y rojas. Un tipo acabado de masculinidad…».[20]



Anónimo, *El general Porfirio Díaz*, ca. 1867, negativo sobre vidrio. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Díaz supo siempre, aunque no lo formulara de manera explícita, que su misión era *continuar* a Juárez. En su fuero interno lo veneraba más que ningún otro: no con la lira, con los hechos. Sus desavenencias habían sido necesarias, naturales. No correspondía a Juárez pastorear al rebaño mexicano hacia las siguientes estaciones de emancipación: la paz, el orden y el progreso. Correspondía a la nueva generación, que tenía las armas y la fuerza para hacerlo. En el fondo, sólo había ocurrido un cambio de estafeta entre dos caudillos de Oaxaca: el zapoteca y el mixteco, el abogado suave, diplomático, y el soldado enérgico, constructor. Ambos eran tenaces, reservados, melancólicos, «místicos de la política». Juntos, en más de medio siglo de gobierno patriarcal, consolidarían, en distintos aspectos, a México como nación. El primero, en su forma política, su régimen laico de libertades, sus dimensiones geográficas definitivas y su lugar modesto pero respetado entre las naciones. El segundo, en su orden y seguridad internos, la paz y el crédito exterior, el progreso económico y, con todo ello, la conciencia de la nación sobre sí misma. Juntos lograrían transmitir su experiencia personal a México y, en cierta medida, lo «emanciparían». Como ellos, con ellos, el México moderno *huiría* del pasado indígena y colonial hacia un futuro que prometía dos bienes no siempre compatibles: libertad política y progreso material.

NOTAS

1. James Creelman, «President Diaz, Hero of the Americas», en *Pearson's Magazine* (Nueva York), vol. 19, n.º 3, mar. 1908, p. 232.

2. Ibíd., p. 241.

3. Ibíd., p. 245.

4. Ibíd.

5. Ibíd., pp. 240-241.

6. Charles Etienne Brasseur, *Viaje por el istmo de Tehuantepec* (México, 1981), p.

152.

7. Ibíd., p.160.

8. Entrevista de Juan Carlos Díaz con Lila Díaz, inédita (México, D.F., 1985).

9. Brasseur, *Viaje…*, p. 147.

10. Citado en Charles R. Berry, *La Reforma en Oaxaca Una microhistoria de la revolución liberal, 1856-1876* (México, 1989), pp. 27-28.

11. Benito Juárez, «Apuntes para mis hijos», en *Documentos, Discursos* y *correspondencia*, vol. 1, p. 95.

12. Andrés Molina Enríquez, *La Reforma y Juárez,* p. 87.

13. Porfirio Díaz, *Memorias de Porfirio Díaz* (México, 1994), 2 vols., vol. 1, p. 85.

14. Creelman, «President Diaz…», pp. 249-250.

15. S/a, *Porfirio Díaz. Ensayo de psicología histórica* (México, 1906), p. 217.

16. Porfirio Díaz a Nicolasa Díaz, 10 may. 1862, Manuscritos del General Porfirio Díaz, CEHM-CARSO.

17. Benito Juárez a Pedro Santacilia, 7 dic. 1866, 15 may. 1867, en Benito Juárez, *Epistolario*, pp. 392-393.

18. José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz* (México, n.d.), p. 101.

19. Carlo de Fornaro, *Diaz, Czar of Mexico* (Nueva York, 1909), p. 125.

20. Federico Gamboa, *Diario* (México, 1977), pp. 88-89.

Orden, paz, progreso

El cambio de estafeta correspondió también a un cambio de valores en la élite liberal y mestiza del país. Por largas décadas habían defendido como valor supremo la libertad individual, la libertad política, la libertad sin más. Cuando la alcanzan, advierten de pronto que la libertad no es el único valor, ven de frente su retraso material, y escriben: «Somos niños, pretendemos ponernos al nivel de las naciones de Europa, dando un salto enorme de cuatro o cinco siglos».[21] Exagerada o no, la distancia material era palpable. Los ferrocarriles fueron piedra de toque en esa toma de conciencia. En 1873 Lerdo había inaugurado por fin el Ferrocarril Mexicano soñado desde tiempos de Santa Anna. El mismo Lerdo, sin embargo, se negó a ampliar la red, sobre todo hacia el norte. La nueva generación que asciende con Díaz al poder piensa de otro modo. No es casual que su periódico de combate se llamara *El Ferrocarril.* Aun el gran periodista liberal, amigo y admirador de Juárez, Francisco Zarco, escribía por entonces, desilusionado: «¿Por qué, estando el país libre, se siente un malestar? … porque no hay caminos; porque faltan vías de comunicación … Sin el ferrocarril de Veracruz no haremos nada … con él tendremos todo».[22] La clave ahora no estaba ya en la libertad sino en la tríada del orden, la paz y el progreso:

«Donde hay caminos y correos, ferrocarriles y telégrafos, hospitales y hospicios, escuelas y colegios, fábricas y talleres, comercio, industria y actividad en las transacciones, la paz está asegurada por sí misma y el orden no necesita del apoyo militar porque todos están interesados en conservarlo».[23]

«Es una desgracia que no aparezca un hombre superior que se atreva por caminos no ensayados en nuestras tradiciones políticas», escribió hacia 1877 otro purísimo liberal: José María Vigil.[24] Para entonces, se equivocaba. El hombre que,

sacrificando la libertad política, pondría riendas al país para conducirlo por el camino no ensayado de la paz, el orden y el progreso material existía ya. Era Porfirio Díaz y ocupaba la silla presidencial.

La palabra «riendas» no era inexacta. Díaz la usaba con frecuencia para hablar de la política, de *su* política. México no era un rebaño: era una inquieta «caballada» a la que había que domar y domarla, no era asunto de «leyes sino de muelles». El primer objetivo consistía en establecer el orden y la paz, y a él se abocó en sus primeros años de gobernante. En la entrevista con Creelman los recordaba:

«Principiamos por castigar el robo con la pena de muerte y obligábamos a que se ejecutara al culpable pocas horas después de haber sido aprehendido y condenado. Dimos órdenes, para que dondequiera que fuesen cortados los hilos telegráficos, sufriera la pena el jefe del distrito, en caso de no aprehender al criminal, y en caso de que la interrupción acaeciese en una hacienda, al propietario que no podía impedirlo se le colgaba del poste telegráfico más cercano. Téngase presente que éstas eran órdenes militares. Fuimos duros; a veces llegamos hasta la crueldad. Pero todo ello era necesario para la vida y progreso de la nación. Si cometimos crueldad, el fin ha justificado los medios. Era mejor que se derramara una poca de sangre, para evitar que se vertiera más después. La sangre que se derramó era sangre mala; la que se evitó y salvó, era buena. La paz era indispensable, aun cuando fuera una paz forzada, para que la nación tuviese tiempo de reflexionar y trabajar. La educación y la industria han continuado el trabajo empezado por el ejército».[25]

Entre 1876 y 1888 —con el breve intervalo de 1880 a 1884, en que gobernó su compadre Manuel «el Manco» González —, Díaz logró la total pacificación del país que Juárez había

soñado. No sólo fue implacable con los bandoleros: también con los indios yaquis y mayos de Sonora, a los que deportaba al terrible Valle Nacional de Oaxaca o más lejos, al último territorio de los otros indígenas irreductibles: los mayas de Yucatán. En su larga era, desaparecieron los caciques o, más bien, se convirtieron en gobernadores, pequeños Porfirios de sus respectivos estados.

La clave para «arriendar» a la caballada se resumía en una fórmula. El propio Díaz la describió con franqueza, casi con candidez, a James Creelman en aquella memorable entrevista autobiográfica: «Yo recibí este gobierno de las manos de un ejército victorioso … se convocó a elecciones tan pronto como fue posible, y entonces mi autoridad fue conferida por el pueblo». Era esa época, explicaba Díaz, «en que el pueblo estaba dividido y sin preparación para el ejercicio de los principios extremos de un gobierno democrático; el haber descansado sobre las masas toda la responsabilidad del gobierno, de un solo golpe, hubiese producido condiciones que habrían desacreditado la causa del gobierno libre».[26] Por ello había tenido que erigirse en garante, protector, depositario de los derechos democráticos consagrados en la Constitución, para el futuro lejano, deseable, en que los mexicanos, eternos menores de edad, pudiesen ejercerlos:

«Hemos preservado la forma de gobierno, republicana y democrática. Hemos defendido la teoría y la conservamos intacta … Adoptamos una política patriarcal en la administración actual de los negocios de la nación, guiando y restringiendo tendencias populares, con la plena fe de que una paz forzada permitiría a la educación, a la industria y al comercio, el desarrollar elementos de estabilidad y unidad entre un pueblo por naturaleza inteligente, afable y afectuoso».[27]

La «política patriarcal» llevó a sus últimas consecuencias las prácticas que los propios partidarios de Díaz habían criticado en Juárez. Frente a la actitud de Díaz con respecto a los otros poderes de hecho o de derecho (el legislativo, el judicial, los gobernadores, el ejército, la prensa, los intelectuales, la Iglesia) la de Juárez habría parecido blanda, casi tolerante.

Todos los diputados y senadores (desde 1874 había Senado), en lugar de ser engorrosamente elegidos, eran convenientemente electos, pero no por los distritos a los que pertenecían por arraigo o nacimiento, sino por voluntad del Gran Elector. Las elecciones representaban, por lo general, un mero trámite. El Congreso, orgullo de la Constitución, vivió en un gran receso por treinta años. Las diputaciones no eran cargos de responsabilidad, sino prebendas. Algo similar ocurría con la Judicatura. A los gobernadores, Díaz los trató como Juárez: los hizo sus aliados. Pero su control sobre ellos llegó a ser más estrecho. Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y procónsul del Noreste, solía recibir órdenes, informes y sugerencias sobre asuntos tan variados como la elección para la Legislatura, el Senado y la Judicatura, indultos de reos sentenciados, tácticas de sujeción de caciques, listas de bandidos para deportación a Yucatán, problemas de colindancias entre Nuevo León y Coahuila, despojos a un cura de Monclova, órdenes para reprimir a rebeldes, lecciones a «los yanquis» que pretendían apropiarse del ferrocarril Monterrey-Golfo («no pueden venir a burlarse de los mexicanos») y cientos de asuntos más.[28]

Sus gabinetes estaban formados por una mixtura de ideología y procedencia política. «En política no tengo ni amores ni odios», sería una de sus frases, avalada por la realidad: se allegaba lo mismo a viejos imperialistas, que a antiguos juaristas, lerdistas, conservadores.[29] Lo único que

contaba era la eficacia. A los propios juchitecos que en 1871 habían asesinado de manera brutal a su hermano Félix (que como gobernador de Oaxaca los había tratado, a su vez, con brutalidad) los perdonaba y pactaba con ellos. Quería abarcarlo todo, pero se cuidaba de no entrometerse en campos en que se consideraba incompetente: a sus ministros de Hacienda, primero el imperialista Dublán y, a partir de 1892, al joven y brillantísimo financiero José Yves Limantour, les confió por entero la política económica.

A sus compañeros en el ejército les dio, en sus propias palabras, «pan o palo». Pan, en la forma de prebendas y concesiones económicas; palo, como actos represivos si amenazaban levemente con disentir. Nunca fue menos militar el militarismo mexicano que bajo Porfirio Díaz. Por lo demás, para fines de siglo la mayor parte de esos compañeros habían muerto.

Con la prensa, su costumbre fue jalar la rienda, aunque no tanto que se rompiera. A un gobernador en apuros le aconsejaba:

«… mi opinión, que amistosamente le emito, es que daría mejores resultados que algunos de los agraviados lo acusen, y aunque sean dos o tres meses de prisión la pena que se les imponga, como esos escritores no se pueden callar durante su encierro, se les puede seguir acusando y anexando penas hasta endrogarlos en dos o tres años. La tarea es molesta y le llegará a cansar a usted; pero también es seguro que no será antes de que al procesado».[30]

A los intelectuales, a los que en general despreciaba por «profundistas», los integraba al poder ofreciéndoles puestos en el Congreso u otro tipo de canonjías. Una frase aprendida en sus años infantiles resumía su relación con ellos: «Ese gallo quiere *máis* [maíz]».

Con la Iglesia, su manejo fue en verdad magistral: se llamó «política de conciliación». A diferencia del exjesuita Lerdo que, además de incorporar a la Constitución las Leyes de Reforma, expulsó nuevamente a los jesuitas y hasta a las piadosas monjas de San Vicente de Paúl (logrando con ello una rebelión de campesinos cristianos en el occidente de México), Díaz quería poner fin a la discordia religiosa. Había que abstenerse de aplicar las Leyes de Reforma «porque se sostienen los odios de partido».[31] Al morir su primera esposa, Delfina, Díaz se retractó por escrito aunque privadamente de haber apoyado las Leyes de Reforma.[32] Poco tiempo después, en 1881, su amigo el padre Eulogio Gillow daría la bendición a dos dispares tórtolos: Porfirio Díaz —mestizo, viudo, de cincuenta y un años— y Carmelita Romero Rubio —criolla, soltera, de diecisiete—. En 1887, Díaz daba a su vez la bendición al nombramiento de Gillow como primer arzobispo de Oaxaca. Intercambio de regalos. De Díaz a Gillow: un anillo pastoral, gran esmeralda rodeada de brillantes. De Gillow a Díaz: una joya suntuosa que representa las glorias militares de Napoleón I. Al final de la época porfiriana, era claro que la Iglesia mexicana había recobrado fuerza espiritual y política, ya no económica: multiplicó sus peregrinaciones, escuelas, hospitales, diócesis, arquidiócesis, periódicos combativos. Hubo coronaciones, se creó la orden de las Hermanas Guadalupanas, volvieron los jesuitas. Pero Porfirio no les concedía todo aquello sin recibir: los obispos secundaban «la obra pacificadora de Díaz»[33] y en el V Concilio Provincial Mexicano de 1896 ordenaron a los fieles algo inusitado, impensable en época de Juárez y del feroz «comecuras» Lerdo: obedecer a las autoridades civiles. El país parecía conciliar por fin, sabiamente, sus dos caras: ni tan liberal ni tan conservador.

La clave de todo el proceso era la reelección. La

Constitución liberal del 57 la había permitido; Díaz la había combatido al grado de modificar, al triunfar en 1877, el texto constitucional para prohibirla. Poco después, el texto había sido modificado de nueva cuenta: se prohibía la reelección … inmediata. En 1888 se enmendaba de nuevo el tan manoseado artículo, esta vez para permitir la reelección por un periodo. «El buen dictador», diría Bulnes en un discurso, «es un animal tan raro que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder sino la vida.»[34] En 1890 el Congreso se decidió, en efecto, por esa «prolongación» indefinida. Cada cuatro años, por muchos años, Díaz sería el candidato único, y cada cuatro años se reelegiría. Era el caudillo necesario, el hombre indispensable, el nuevo enviado de la providencia: la providencia liberal.

*

Con la paz y el orden advino el progreso. Desde finales del siglo XVIII, cuando a raíz de las reformas borbónicas el país había abierto levemente su economía al comercio exterior, no se veía en México un auge similar.

En 1885 se terminó de arreglar la deuda externa (con ruidosa oposición de los estudiantes acaudillados por el viejo liberal Guillermo Prieto). Con la liberalización del comercio interno —abolición de las alcabalas— y la acelerada construcción de ferrocarriles (de 638 km en 1876 a 19.280 en 1910) el país comenzó por primera vez a integrar un mercado interno y a vincularlo con el mundo exterior. La agricultura creció al 4 por ciento, la industria al 6 por ciento y la minería casi al 8 por ciento. A diferencia de los tiempos borbónicos, este crecimiento era amplio y diversificado, tanto en el número de productos de exportación como en su naturaleza. Aunque el peso de plata mexicano circulaba en Europa, Estados Unidos y hasta en China, no sólo de plata vivía

México, también de metales industriales. En 1894 México tuvo su primer superávit presupuestal de la historia gracias al ejemplar manejo financiero y hacendario de Limantour. La inversión extranjera fluyó también, en proporciones increíbles por su monto y por su equilibrio, variedad y productividad.

Hasta el fin de siglo, Porfirio Díaz disfrutó las delicias del poder absoluto, pero un poder que, en justicia, utilizó tanto para mandar como para promover un desarrollo material sin precedente. Nadie podía refutar entonces ni después los avances económicos: nuevas industrias, minas, campos, bancos, servicios, oportunidades, ciudades habían abierto el horizonte de México. En unas décadas Díaz había logrado revertir el desprestigio del país en el exterior. Una nación que pudo haber naufragado ocupaba ahora el sitio que le correspondía, no el de los ensueños de grandeza criollos sino el de las modestas pero sólidas realidades mestizas.

El Monitor Republicano, el honestísimo periódico liberal, no podía menos que encomiar en este sentido a Porfirio: «Son admirables los progresos realizados por el país desde la revolución de Tuxtepec».[35] Con todo, los guardianes de la tradición liberal interpretaban esa extraña combinación de liberalismo económico y opresión política como lo que era: una traición al auténtico liberalismo, una traición a la Constitución.

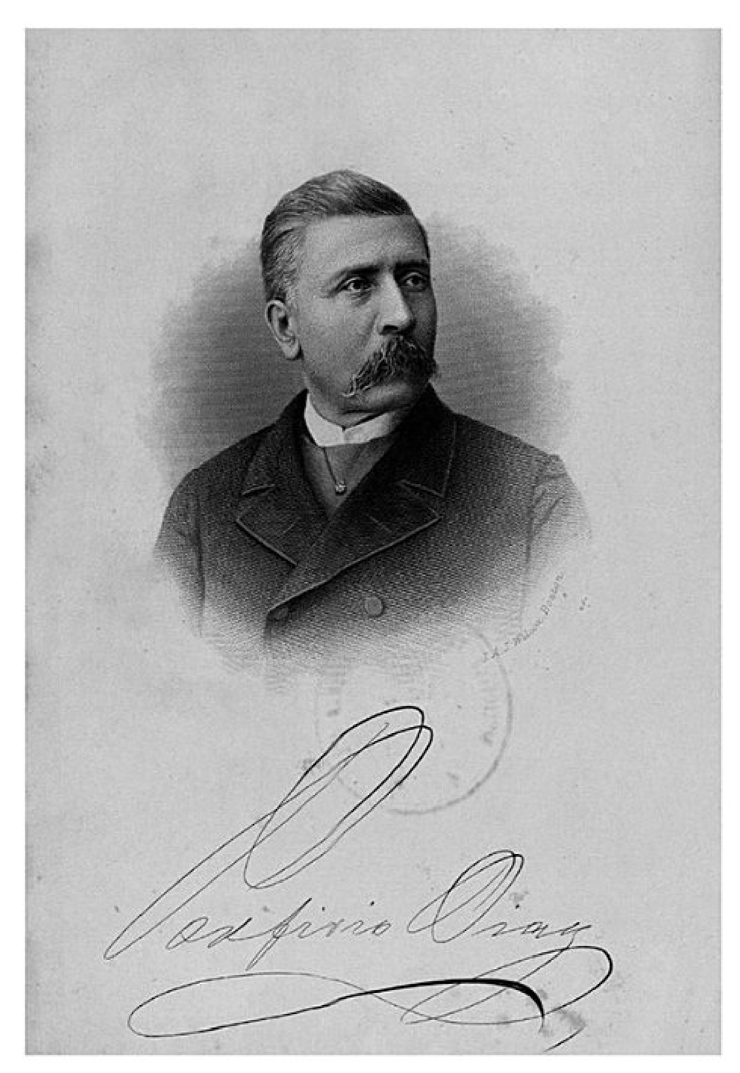
Los guardianes eran los muy jóvenes y los muy viejos, éstos desde la tribuna de *El Monitor Republicano,* aquéllos en *El Hijo del Ahuizote.* Aunque trató, don Porfirio no pudo nunca embridarlos. En la última década del siglo varios periódicos secundaban la labor machacona, honesta y crítica, de esos periódicos. Entre ellos se destacaban *El Diario del Hogar,* del incansable Filomena Mata, y un periódico católico: *El*

Tiempo. A pesar del acoso oficial, la prensa no renunciaba a su papel de vigía crítico. Una de las batallas memorables del periodismo en México la libraron en esa época *El Monitor Republicano* y el más inteligente de los diarios oficiosos, *El Siglo XIX.*

– Ningún gobernante de México ha gobernado democráticamente por la sencilla razón de que el pueblo mexicano no es demócrata … un pueblo que necesita permiso del presidente de la República para ejercer su soberanía es menos soberano que un carnero ante un coyote … El general Díaz no puede ser culpable de haber desempeñado en México un cargo que exigía fisiológicamente el organismo nacional.[36]

– Aquí no hay más pueblo ni más República ni más poder que la voluntad del general Díaz … él sabe hasta dónde perjudica a las costumbres democráticas, sustituidas hoy por las instituciones personales de la necesidad, que es un concepto impuro e indigno de la conciencia de un verdadero republicano.[37]

Hacia fin de siglo, al desaparecer *El Monitor Republicano* por la implacable competencia de un moderno periódico oficial (llamado, cínicamente, *El Imparcial),* el sueño de la unanimidad parecía completo. El arte de la adulación llegó entonces a extremos increíbles. Hubo quien se arrodillara ante don Porfirio pidiéndole la reelección. Día a día se sucedieron agasajos, recepciones, banquetes, ceremonias, procesiones, carros alegóricos en honor del *Héroe de la Paz.* Fue la década de los aplausos que ni un sorpresivo atentado contra la vida de Porfirio en 1897 pudo empañar.



J. A. J. Wilcox, *El general Porfirio Díaz*, 1883, litografía. En Huberto Howe Bancroft, *Vida de Porfirio Díaz: reseña histórica y social del pasado y presente de México*, La Compañía Historia de México, 1887.

Era extraño ver cómo en aquel México liberal y progresista de fin de siglo se popularizaba la frase «Poca política, mucha administración». ¿No era, justamente, la frase de Alamán en 1846: «No necesitamos congresos, sólo unos cuantos consejeros planificadores»? Díaz encarnaba, en efecto, puntualmente, el programa de Alamán, el sueño conciliatorio de Comonfort, pero *desde* una legitimidad liberal, *desde* un orden liberal. Había encontrado la fórmula de síntesis que los criollos nunca pudieron vislumbrar. Y así ocurrió que México cerraba el siglo XIX y abría el XX en una situación impensable: la vida monárquica con formas republicanas.

Desde su exilio en Nueva York, donde murió en 1889, el expresidente Lerdo había resumido su crítica en una frase lapidaria que no caería en el vacío sino en las inquietas conciencias de los «científicos» (así llamaría el pueblo, desdeñosamente, a los tecnócratas a quienes don Porfirio beneficiaba con puestos, concesiones o prebendas) y pasaría a formar parte de los sueños de unos cuantos periodistas auténticamente liberales:

«Yo profetizo para México la más grande y poderosa de las revoluciones. No revolución de partidos, estéril y gastada, sino revolución social. Nadie podrá evitarla».[38]

NOTAS

21. Manuel Payno, Prólogo en Fernando Calderón, *Obras poéticas* (México, 1844), p. vii.

22. «Sesión del 29 de septiembre. Debate sobre las mejoras materiales», en Francisco Zarco, *Obras completas* (México, 1994), vol. 18, p. 99.

23. Citado en *La República Restaurada, La vida política,* p. 369.

24. Citado en Ralph Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz,* 2 vols. (México, 1985), vol. 1, p. 167.

25. Creelman, «President Diaz…», p. 244.

26. Ibíd., p. 236-237.

27. Ibíd., p. 237.

28. Parte de este intercambio se puede seguir en los fondos Manuscritos de Porfirio Díaz 1830-1915 y Manuscritos del General Bernardo Reyes 1881-1913 del CEHM-Carso.

29. Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México* (México, 1972), p. 101.

30. *El porfiriato, La vida política interior. Parte primera,* Daniel Cosío Villegas, ed., *Historia moderna de México* (México, 1955), p. 258.

31. Jorge Fernando Iturribarría, *Porfirio Díaz ante la historia* (México, 1967), p. 283.

32. Enrique Krauze y Fausto Zerón-Medina, *Porfirio,* 6 vols. (México, 1993), vol. 3, *La ambición*, p. 58. Jorge Fernando Iturribarría, «La política de conciliación del general Díaz y el arzobispo Gillow», en *Historia Mexicana,* vol. 14, n.º 53, jul.-sept. 1974, p. 92.

33. Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz* y *la Revolución* (México, 1992), p. 29.

34. *El porfiriato, La vida política interior*, p. 292.

35. Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, vol. 1, p. 408.

36. Ibíd., p. 396.

37. Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz,* , vol. 2, p. 41.

38. Sebastián Lerdo de Tejada, *Memorias* (Brownsville, 1911), p. 91.

Esfinge y patriarca

El novelista Federico Gamboa llevaba años observando al presidente Díaz: mientras más lo hace, menos respuestas encuentra y las preguntas aumentan: ¿Habrá alguien o algo que lo haga vibrar? ¿Tendrá intimidades? ¿Cómo amará a sus hijos? ¿Creerá en Dios? Gamboa no lograba descifrarlo, sólo describirlo: «Serio siempre, siempre en su papel, sin sonrisa, sin inclinaciones de su cuerpo alto y fuerte; su rostro, que nunca lo traiciona, en el que nadie puede descubrir cuándo está contento y cuándo disgustado, perfectamente enigmático … Avaro de la idea que lo anima (¿cuál, a ciencia cierta? …) a nadie se la muestra … ¡Es la Esfinge, hasta por su color y por su origen, es la Esfinge!».[39]

En 1900 Porfirio Díaz tenía setenta años de edad, cincuenta años de actividad militar y política y veinte de poder absoluto. Muchos de sus contemporáneos se preguntaban por el origen de aquel poder omnímodo que, pese a todo, nunca descendía a extremos de tiranía. Muchos de sus biógrafos buscaron el secreto en la vida personal de Díaz y concluyeron en la misma perplejidad de Gamboa: ¡es la Esfinge! Quizás el problema de interpretación consistía en pasar por alto el surtidor cultural del que abrevaba Porfirio Díaz, la fuente primera —no genérica, sino individual— de su conciencia: su raíz indígena.

Para acercarse a Porfirio Díaz se necesitaba una visión sensible a lo genérico como la de Andrés Molina Enríquez, un juez de pueblo en una región del Estado de México densamente habitada por comunidades indígenas y pueblos de origen indígena. El análisis caracterológico de Díaz apareció en la obra *Los grandes problemas nacionales* (1909) y lo continuó en *La revolución agraria en México* (1936). Su terminología positivista y las categorías raciales que empleaba oscurecían un tanto sus razonamientos, pero si las palabras

«sangre» y «raza» se reemplazan por «cultura», el misterio de la esfinge comienza a revelarse:

«El general Díaz era mestizo, de sangre india y sangre española, en una proporción muy cercana al equilibrio perfecto de las dos sangres; si el equilibrio no era perfecto se debía a que sensiblemente dominaba la sangre india, determinando entre él y los indios una corriente de sentimientos y de ideas que facilitaba considerablemente su mutua comprensión y su mutua confianza. A pesar del ligero desnivel de sus dos sangres, el general Díaz en lo físico y en lo moral era un hermoso ejemplar de tipo racial mestizo de nuestra población que ha comenzado a ser, y será plenamente en lo porvenir, el verdadero tipo nacional».[40]

Cabe conjeturar que Porfirio Díaz era *una identidad en tránsito*. Su paso de la condición antigua, la indígena, a la condición moderna no había sido tan largo ni tan radical como el de Juárez, a quien Justo Sierra atribuía una «doble manumisión» (de la lengua y la religión); pero sin ser indio del todo, lo era parcialmente y no sólo por razones genéticas sino culturales.

El tránsito se manifestaba, por ejemplo, en el lenguaje. Además de los *jué* en vez de fue, *máis* en vez de maíz, que nunca lo abandonaron, Díaz hablaba con una peculiar vaguedad. Siempre el «medio decir», el no comprometerse ni comprometer, el referirse «a lo que hablamos». El carácter de Díaz revelaba también su condición de paso. Reservado, notablemente silencioso e impenetrable; no manifestaba sus sentimientos, aunque nunca pudo mantener la impasibilidad característica de Juárez. Uno de los escritores más inteligentes de la época, Emilio Rabasa, le adivinaba «cierta anestesia de los afectos».[41] Una tenaz melancolía debió de ser el precio psicológico de tanto poder asumido. Sin la capacidad de

formular ideas, de fantasearlas o soñarlas, el empeño místico del poder se quebraba sólo con el llanto: «La inspiración, por reposada que sea», recuerda Zayas Enríquez, «produce en él enternecimiento y llora».[42] Juárez, que lo conocía bien, le comentó alguna vez a Lerdo: «Porfirio mata llorando … Llorando, llorando es capaz de fusilarnos a usted y a mí si nos descuidamos».[43]

Con las mujeres de su familia —su esposa y sus hijas Luz y Amada, ésta nacida de una madre juchiteca en los años sesenta— se mostraba tierno y respetuoso. Con los hombres, sobre todo con su hijo «Porfirito», a quien apodaban «el Chas» por su desagradable costumbre de estornudar en público, se comportaba durísimo: a los doce años lo mandó al Colegio Militar, donde fue tratado con severidad.[44]

Moralmente, el mestizo Díaz se daría cuenta de que la lealtad y la verdad —virtudes cardinales en el indígena— conducen más fácilmente al sacrificio que al poder. Había aprendido a bordearlas sin traicionarlas. Se volvió disimulado, como todo indígena, pero su disimulo era plenamente consciente. El término medio entre la lealtad y la traición es la perfidia, que Porfirio practicó toda la vida. También practicó la tolerancia y el perdón del enemigo, pero sus razones no eran tanto de moral cristiana como de lógica política.

Montaba caballos de gran alzada. Sin ser alto lo parecía. Todas las mañanas se levantaba al toque de diana, hacía ejercicio y se bañaba con agua fría. Se cuenta que alguna vez ciertos dubitativos inversionistas extranjeros que visitaban el Colegio Militar acompañados por Limantour se sorprendieron al ver en el flamante gimnasio a un viejo que levantaba pesas. «Ah, sí», respondió Limantour, «es el presidente Díaz. Viene todas las mañanas.» Parecía prometer

una «longevidad incalculable».[45]

Las fotografías son la prueba más obvia de su tránsito de identidad: muestran el paso del chinaco hosco y aindiado de bigotes caídos al vivaz general mestizo, y luego al hierático y sonrosado dictador con el pecho cuajado de medallas: un Bismarck americano. Estos tres momentos coinciden, además, con los respectivos vínculos amorosos de Porfirio: la india Juana Cata, la mestiza Delfina y la blanca Carmelita. La mujer como partera de identidad.

*

Para Emilio Rabasa, «aquel soldado que había hecho su aprendizaje en las campañas, tenía, sin embargo, como condiciones primeras de todo, la subordinación y la disciplina, y no podía entender el gobierno sino fundado en la autoridad; quizás haya creído que la autoridad era la única relación admisible entre el gobierno y el pueblo»…[46] y entre los individuos, pudo agregar. Nuevamente el elemento teocrático.

Congruente con esa visión de la existencia humana, Porfirio creyó siempre lo que en 1908 le explicó con candidez a Creelman, el periodista norteamericano:

«desde entonces encontré a los hombres como todavía los encuentro. El individuo que ayuda a su gobierno en la paz o en la guerra tiene siempre algún móvil personal. Puede ser buena o mala su ambición, pero en el fondo es ambición personal. [La misión del gobernantes es] descubrir ese móvil … He procurado seguir esta regla … un gobierno progresista debe tratar de satisfacer la ambición individual tanto como sea posible; pero … al mismo tiempo debe poseer un extinguidor para usarlo sabia y firmemente cuando la ambición individual arda con demasiada viveza en peligro del bienestar general».[47]

Quizá la clave del enigma está en una palabra: paternidad. Porfirio se veía en la figura de un patriarca, cabeza de una grey de niños ambiciosos, dependientes e irresponsables:

«Los mexicanos», había dicho alguna vez a Bulnes, con un realismo no exento de crudeza, «están contentos con comer desordenadamente antojitos, levantarse tarde, ser empleados públicos con padrinos de influencia, asistir a su trabajo sin puntualidad, enfermarse con frecuencia y obtener licencias con goce de sueldo, no faltar a las corridas de toros, divertirse sin cesar, tener la decoración de las instituciones mejor que las instituciones sin decoración, casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto, gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer "posadas" y fiestas onomásticas. Los padres de familia que tienen muchos hijos son los más fieles servidores del gobierno, por su miedo a la miseria; a eso es a lo que tienen miedo los mexicanos de las clases directivas: a la miseria, no a la opresión, no al servilismo, no a la tiranía; a la falta de pan, de casa y de vestido, y a la dura necesidad de no comer o sacrificar su pereza».[48]

«Por favorable que sea la opinión que tenemos de nuestra patria», lamentaba Díaz, «todavía no estamos convencidos de que sus hijos hayan adquirido el desenvolvimiento moral o intelectual suficiente.»[49] ¿Cómo instaurar la democracia en un país de menores de edad? Sólo con el tiempo y la obediencia al patriarca severo pero no despótico; un patriarca que había decidido cambiar la piqueta de la Reforma por la conciliadora pala del progreso.

Andrés Molina Enríquez escribió que el don específico de Díaz radicaba precisamente en su «paternalismo integral», Don Porfirio encarnaba todos los atributos y funciones de un príncipe indígena versado en la doctrina tomista del bien común, que adornaba sus actos revestido con formas

republicanas: «El señor general Díaz», confirmó además, sorprendentemente, el mestizo Molina Enríquez, «inauguró la política integral que no es sino la virreinal adaptada a las circunstancias tal cual Alamán la soñó sin haber podido realizarla».[50]



Anónimo, *El general Porfirio Díaz*, ca. 1905, tarjeta de visita. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Cabe pensar que el tránsito de identidad de Díaz, su movimiento de la condición antigua, la indígena, a la moderna, se realizaba *integrando* cada etapa, cada condición. Por ello, en su ejercicio del poder Díaz *proyectaba* ese mismo proceso de integración. El centro y el vehículo de integración era necesariamente el propio Díaz, que ya para entonces encarnaba ante sí mismo a un nuevo padre de la patria. Así se entiende que el resorte primario de la política de Díaz haya sido, como vio Molina Enríquez, *la amistad,* entendida como una transacción de beneficios por lealtad. Cada grupo étnico y social recibía el «tratamiento adecuado». A los «criollos conservadores» les daba puestos de brillo sin verdadero poder; a los «criollos del clero» los atraía «suavizando el rigor de las Leyes de Reforma»; a los «criollos nuevos» o liberales, los trataba con atención y confianza, abriendo para ellos la mano de las larguezas «con subvenciones, privilegios y monopolios». Frente a los mestizos, su actitud era de majestad y fuerza; su táctica, darles puestos secundarios en la burocracia o el ejército. «Desgraciadamente», opinaba Molina Enríquez, «no todos los mestizos han podido caber dentro del presupuesto.»[51] Con respecto a los indígenas dispersos —los yaquis, por ejemplo—, su decisión invariable era reprimir y castigar; pero frente a los «indígenas incorporados» —clero inferior, soldados, propietarios comunales y jornaleros— lo caracterizaba la «bondad». Los primeros le agradecían el ocaso del jacobinismo; los segundos, la puntualidad de sus sueldos. En cuanto a las dos últimas categorías —claves en el conflicto agrario en que el propio Molina Enríquez participaría, años más tarde, como actor; profeta y legislador —, la actitud personal de Díaz fue, en opinión del sociólogo, cuidadosa y atenta:

«A los indígenas propietarios comunales los ha mantenido

quietos, retardando la división de sus pueblos, ayudándolos a defender éstos, oyendo sus quejas y representaciones contra los hacendados, contra los gobernadores, etc. A los indígenas jornaleros, es decir, a los peones de los campos, que han sido los menos favorecidos directamente, les ha suavizado en algo su condición con sólo mantener la paz que permite el cultivo que les da jornales permanentes».[52]

En esta inmensa concentración de poder, Molina Enríquez no veía un peligro sino una bendición:

«cuán compleja ha sido la obra del señor general Díaz, y cuán compleja ha tenido que ser su responsabilidad. Es un hombre único, que en una sola nación ha tenido que gobernar y ha gobernado sabiamente muchos pueblos distintos, que han vivido en diferentes periodos de evolución, desde los prehistóricos hasta los modernos».[53]

Quizá la clave primordial del presidencialismo mexicano del siglo XX y una de las claves principales de la consolidación nacional tras el caótico siglo XIX hayan sido, en efecto, una y la misma: la relación de continuidad entre aquellas dos figuras paternas nacidas en Oaxaca, tierra de «místicos de la política» donde la vida humana, radical e innatamente religiosa, se regía aún, en el fondo, por pautas teocráticas. Sólo ellos, que habían transitado en su vida por todas las capas sociales, culturales y raciales; sólo ellos, que habían nacido muy cerca del México precolombino y virreinal y se habían *emancipado* de ambos hasta llegar a la era de las locomotoras, pudieron iniciar la integración social e histórica de la nación: el zapoteca y el mixteco, Juárez y Díaz.

NOTAS

39. Gamboa, *Diario*, p. 80.

40. Andrés Molina Enríquez, *La revolución agraria en México* (México, 1976), p. 295.

41. Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*, p. 127.

42. Distinta opinión expresaba José López Portillo y Rojas: «Aquella singular propensión debe haber tenido origen en la extremada susceptibilidad del sistema nervioso de Díaz, la cual entraba en crisis con motivo de la emoción producida por la necesidad de hablar y la imposibilidad de hacerlo regularmente siquiera», ver López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, p. 101.

43. Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz,* vol. 1, p. 480.

44. Mateo Podan, *Porfirio Díaz: debe y haber; estado del activo y del pasivo históricos del famoso estadista y caudillo mexicano. Ensayo de valoración social* (México, 1944), p. 132.

45. Gamboa, *Diario*, p. 78.

46. Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*, p. 168.

47. Creelman, «President Diaz…», pp.249-250.

48. Bulnes, *El verdadero Díaz* y *la Revolución*, p.39.

49. Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz,* vol. 1, p. 24.

50. Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (México, 1909), p. 64.

51. Ibíd., p. 69.

52. Ibíd., p. 71.

53. Ibíd., p. 77.

El cielo liberal

A partir del triunfo definitivo de la República en 1867 y la derrota del Partido Conservador, los liberales habían comenzado a construir su propio cielo, pero para legitimar el nuevo Estado les faltaba lo más importante: un credo. Aunque el Partido Liberal era, según sus propios voceros, «el verdadero observador del *Evangelio*»,[54] y aunque muchos de sus miembros seguían creyendo privadamente en el *Evangelio,* necesitaban una especie de evangelio, un cuerpo de creencias que diera cohesión a los héroes de la patria. Se necesitaba «crear» en palabras de Justo Sierra, «el alma social … la religión cívica que une y unifica».[55] Esta función la cumplió la historia. Por medio de los «catecismos de Historia patria» se despertaría y consolidaría «el santo amor», la «devoción profunda a la patria». Una vez que el Partido Liberal se había vuelto «el partido de la nación», toda vez que el Partido Liberal *era* la nación, se despertaría «en los alumnos una grande admiración por nuestros héroes, haciendo ver que por ellos los mexicanos formamos una familia».[56] Se referían, claro, a la familia liberal.

El catolicismo en México era entonces lo que seguiría siendo: un cielo poblado de santos. Durante la época de Juárez y Díaz había nacido un cielo paralelo: el de los héroes. (Y un infierno paralelo: el de los villanos.) Las imágenes de los santos (en tela, bronce, marfil, piedra, papel) se veneraban en los altares y nichos de las iglesias y las casas. A partir de la era liberal, las imágenes idealizadas de los héroes comenzaron a proliferar en esculturas y bustos públicos, en lienzos neoclásicos «a la David» y, como los santos, en pequeñas estampas escolares. Los curas narraban las vidas ejemplares de los santos en sermones y catecismos; los oradores e historiadores liberales recordaban los actos heroicos, las frases

célebres, las muertes inolvidables de los insurgentes en libros, poemas y discursos. Al calendario se le había llamado siempre en México «Santoral», porque consagraba las fechas de nacimiento y muerte de los santos; el calendario cívico incluyó nuevos «días de guardar»: el día de la Constitución (5 de febrero), el nacimiento de Juárez (21 de marzo), el triunfo contra los franceses en Puebla (5 de mayo), el nacimiento de Hidalgo (8 de mayo), la muerte de Juárez (18 de julio), el triunfo de Díaz en Puebla (2 de abril), etc. Los días del santo del pueblo, barrio, capilla, eran ocasión de festejo: festejo de vida o de muerte; en las fechas cívicas, con la bandera ondeando o a media asta, el mexicano tuvo a partir de entonces nuevas razones para celebrar. Dentro de las capillas se conservaban las reliquias del santo, sus huesos, pertenencias o pequeños trozos de ropa; dentro de los monumentos cívicos, se hallaban las urnas con los huesos de los héroes, y sus prendas se exhibían en museos especiales. Así como los pueblos y ciudades, los barrios, las calles y callejones de México solían llevar, desde tiempos coloniales, el nombre de un santo, así por todo el territorio nacional se esparcieron los nombres de los héroes del periodo liberal: Dolores Hidalgo, Morelia, Ciudad Juárez, Ciudad Porfirio Díaz. Las procesiones alegóricas con la vida de sus santos eran costumbres vivas en muchos lugares del país; los desfiles alegóricos del 16 de septiembre comenzaron a serlo. Los héroes, en fin, se volvieron protagonistas de himnos oficiales y canciones populares, novelas románticas y poemas patrióticos, pero pocos calaron tan hondo en la conciencia popular como los santos. El 1 de noviembre los mexicanos celebraban, como siempre, el «día de Todos los Santos». Ninguna fecha del calendario cívico tuvo nunca una dimensión semejante: no hubo ni habría un día de todos los héroes.

Parecía que los porfirizas habían logrado fundar aquello que sus «padres venerables» del 57 habían deseado con tanto fervor: nada menos que una catolicidad cívica. Con todo, en medio de esa consagración de la verdad oficial, en plena apoteosis de la religión única de la patria, comenzaron a escucharse las notas heréticas. La primera, de orden privado, provino del mismísimo «sacerdote de la patria», el historiador Justo Sierra. En los últimos días de 1899 escribía a don Porfirio:

«La reelección significa hoy la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía electiva con un disfraz republicano. Yo no me asusto por nombres, yo veo los hechos y las cosas; he aquí lo que con este motivo se me ocurre. La reelección indefinida tiene inconvenientes supremos; del orden interior unos y del exterior otros; todos íntimamente conexos. Significa bajo el primer aspecto que no hay modo posible de conjurar el riesgo de declararnos impotentes para eliminar una crisis que puede significar retrocesos, anarquía y cosecha final de humillaciones internacionales si usted llegase a faltar, de lo que nos preserven los hados que, por desgracia, no tienen nunca en cuenta los deseos de los hombres. Y si se objeta que no es probable que no podamos sobreponernos a esa crisis por los elementos de estabilidad que el país se ha asimilado, entonces ¿cómo nos reconocemos impedidos para dominar la que resultaría de la no reelección? Significa, además, que es un sueño irrealizable la preparación del porvenir político bajo los auspicios de usted y aprovechando sus inmejorables condiciones actuales de fuerzas física y moral (preparación que todos desean, hasta los más íntimos amigos de usted, aunque le digan lo contrario). En cuanto a lo que atañe al exterior, ésta es a mi juicio, la impresión indefectible de los hombres de Estado y de negocios en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, en Francia … en la República

Mexicana no hay instituciones, hay un hombre; de su vida depende paz, trabajo productivo y crédito».[57]

Cuatro años más tarde, el furibundo Bulnes, tan valiente con el difunto Juárez, se atrevería también a criticar al «buen dictador… Lo haría pálida y tangencialmente, pero en público:

«La paz está en las calles, en los caminos, en la diplomacia. Pero no existe en las conciencias… ¡La nación tiene miedo! … Después del general Díaz el país no quiere hombres. El país quiere partidos políticos, quiere instituciones, quiere leyes eficaces, quiere lucha de ideas, intereses, pasiones … El país quiere … que el sucesor del general Díaz se llame… ¡la ley!».[58]

En ese mismo año de 1903 nacería la primera oposición política seria al régimen de Díaz. La encabezaban unos jóvenes oriundos, como él, de Oaxaca; eran místicos, como él, pero no del poder, sino del repudio al poder: los hermanos Ricardo, Enrique y Jesús Flores Magón. El 5 de febrero de 1903, precisamente en el aniversario de la Constitución, colgaron de los balcones de su nuevo (y efímero) periódico *Regeneración* una manta con las palabras letales: «La Constitución ha muerto». Díaz, por supuesto, los persiguió hasta arrojarlos a la prisión y al extranjero. Pero para entonces las semillas de una nueva Reforma estaban sólidamente plantadas. En San Luis Potosí, un nuevo partido liberal había nacido para expropiar la palabra «liberal» a quienes la adulteraban, para defender los mismos principios del liberalismo puro, político, que Porfirio Díaz había abanderado en sus dos revoluciones de La Noria y Tuxtepec.[59]

Por su formación anarquista y su nueva sensibilidad social, estos nuevos caudillos veían de manera distinta el progreso porfiriano. No lo negaban: ponderaban sus costos en el campo y la ciudad. Condenaban la persistencia, a un tiempo

feudal y servil, del régimen de las haciendas que había proliferado en el porfirismo. Condenaban también la falta absoluta de legislación laboral en las fábricas, el trabajo infantil, las jornadas de sol a sol. En una palabra: la desigualdad, hija del liberalismo social, que ellos no atribuían a la época sino al dictador.

En 1906 y 1907, varios miembros de este partido clandestino se infiltraron en las bases obreras del mineral de Cananea, en Sonora, y de la gran fábrica textil de Río blanco, en Veracruz. En los dos sitios estallaron sendas huelgas sin precedente en el Porfiriato: largas, complejas, sangrientas. La «patriarcal» mediación de Días en la segunda no hizo más que atizar los ánimos. Un inteligente asesor suyo vio en ellas barruntos de tormenta en el cielo liberal:

«El movimiento actual no es aislado ni circunscrito a la clase obrera … al odio hacia cierto círculo (los "científicos") se agrega la cuestión obrera y más tarde la cuestión agraria … Que hay algo grave, muy grave, es cosa segura … los movimientos operados son precursores de los que se preparan en otros grandes centros del país … Cuando la idea revolucionaria es tan avanzada que frisa en un hecho, la única manera de dominarla es encabezarla».[60]

¿Quién mejor que Díaz lo sabía? Hacía muchos años, en 1891, había dicho: «Creo que cuando prevalece el descontento contra un gobierno va adquiriendo poco a poco una fuerza tan irresistible que no hay obstáculo capaz de detenerlo».[61] Pero don Porfirio En 1907 no creía vivir una situación semejante. Con todo, era el momento de tomar la iniciativa y soltar él mismo la más revolucionaria de las ideas. Para declararla *urbi et orbi* se entrevistó con James Creelman. El número de marzo de *Pearson's Magazine* anunciaba el gran reportaje: «Presidente Díaz: Hero of the Americas».[62]

NOTAS

54. Altamirano, *Obras completas*, vol. 1, Discursos y brindis, p. 49.

55. «El día de la Patria», en *La Libertad* (México), 16 sept. 1883, en Sierra, *Textos elementales de historia,* vol. 9, *Obras completas,* p. 110.

56. «Catecismo de historia patria», vol. 9, *Obras completas,* p. 395.

57. Justo Sierra a Porfirio Díaz, nov. 1899, en Sierra, *Epistolario y papeles privados,* vol. 14, *Obras completas,* pp. 96-97.

58. Citado en *El porfiriato, La vida política interior. Parte segunda,* Daniel Cosío Villegas, ed., *Historia moderna de México* (México, 1974), p. 757.

59. John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931* (México, 1980); Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo* XIX (México, 1991).

60. Rafael de Zayas Enríquez, *Porfirio Díaz. La evolución de su vida* (Nueva York, 1909), pp.228-233.

61. Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz,* vol. 2, p. 37.

62. Creelman, «President Diaz…».

Por un sepulcro de honor

Habían hablado de los indios y los españoles, de sus hazañas guerreras y políticas, de Juárez y Maximiliano, de los tiempos de engañosa quietud de la Colonia y de la azarosa época de Santa Anna, del humo de los cañones y el humo de las fábricas, de la educación como prioridad nacional, de sus remotas correrías infantiles en las ruinas de Mitla y sus recientes correrías de cazador en la hacienda de El Cazadero, de sus fotografías a caballo o posando con el pecho cuajado de medallas… Era hora de que el «Master of Mexico» de setenta y siete años hablara del futuro político de su país.

Y habló. Midiendo palabra por palabra, letra por letra, comenzó por decir un sí y un no, un «sí, pero», a la pregunta clave: ¿entregaría al pueblo mexicano el depósito democrático que se había reservado desde el año de 1876?

«Es un error suponer que el porvenir de la democracia en México ha sido puesto en peligro por el largo periodo que ha ocupado el puesto un solo presidente … Puedo decir sinceramente que el puesto no ha corrompido mis ideales políticos, y que creo que la democracia es un verdadero y justo principio de gobierno, aun cuando en la práctica es solamente posible para los pueblos que han adelantado mucho. … Puedo deponer la presidencia de México sin el menor remordimiento; pero no puedo dejar de servir a mi Patria mientras viva … Es un sentimiento natural para los pueblos demócratas el que sus gobernantes cambien a menudo. Yo estoy de acuerdo con ese sentir … Cierto es que cuando un hombre ha ocupado un puesto elevado y poderoso por mucho tiempo, puede llegar a considerarlo como una propiedad personal; y está bien que los pueblos libres deban precaverse contra las tendencias de la ambición personal. Sin embargo, las teorías abstractas de democracia y la aplicación

práctica y efectiva de ellas, no son a menudo necesariamente la misma cosa … El porvenir de México está asegurado … Los principios de la democracia no se han implantado lo bastante en nuestro pueblo; es mi temor. Pero la nación se ha desarrollado y ama la libertad. Nuestra dificultad ha sido que el pueblo no se preocupa lo bastante sobre asuntos políticos para la democracia. El mexicano, individualmente, y por lo general, se preocupa demasiado de sus propios derechos y está siempre dispuesto a reclamarlos. Pero no se preocupa mucho de los derechos de los otros. Piensa en sus privilegios, pero no en sus deberes. La capacidad para el dominio propio, es la base de todo gobierno democrático; y el dominio de sí mismo es posible para aquellos que respetan el derecho ajeno … Sin embargo, creo firmemente que los principios de la democracia han crecido y fructificarán en México.»[63]

Sin embargo, estaba forzado a transigir, a ser menos ambiguo, a tranquilizar un poco a la opinión pública norteamericana que lo sabía dueño de una fortaleza envidiable, pero lo sospechaba mortal. Por eso, acaso sin quererlo, transmitió más un *sí* que un *no:*

«He esperado con paciencia el día en que el pueblo mexicano estuviera preparado para seleccionar y cambiar su gobierno en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin perjudicar el crédito nacional y sin estorbar el progreso del país. Creo que ese día ha llegado. Cualquiera que sea el sentir o la opinión de mis amigos y partidarios, estoy dispuesto a retirarme cuando termine mi periodo actual, y no volveré a aceptar mi reelección. Tendré entonces ochenta años. Mi país ha tenido confianza en mí y me ha tratado con bondad. Mis amigos han ensalzado mis méritos y han hecho punto omiso de mis defectos. Pero acaso no estén dispuestos a tratar con la misma indulgencia a mi sucesor, y pueda tener,

acaso, necesidad de mi consejo y ayuda; por consiguiente, deseo estar vivo cuando se haga cargo del poder, para que pueda yo ayudarle … Yo veré con gusto un partido de oposición en la República Mexicana. Si se forma, lo veré como una bendición, no como un mal. Y si puede desarrollar poder, no para explotar, sino para gobernar, lo sostendré, aconsejaré y me olvidaré de mí mismo, para inaugurar con éxito completo un gobierno democrático en la República. Me basta con haber visto a México surgir entre las naciones útiles y pacíficas. No tengo deseo de continuar en la presidencia. Esta nación está lista para su vida definitiva de libertad».[64]

En Washington, la entrevista fue leída con atención y con un moderado escepticismo. En México causó un revuelo inmenso. Había que tomarle la palabra al viejo dictador. Había que consolidar la oposición.

En Coahuila, un joven y riquísimo hacendado llevaba años de luchar por la democracia. No era un místico del poder, como Díaz, sino un místico de la libertad: Francisco I. Madero. En 1908, escribió un libro que se vendió como pan caliente en todo el país: *La sucesión presidencial en 1910.* Allí hacía un balance apasionado pero objetivo del régimen, y rechazaba la «política patriarcal», a la cual le atribuía:

«la corrupción del ánimo, el desinterés por la vida pública, un desdén por la ley y una tendencia al disimulo, al cinismo, al miedo. En la sociedad que abdica de su libertad y renuncia a la responsabilidad de gobernarse a sí misma hay una mutilación, una degradación, un envilecimiento que pueden traducirse fácilmente en sumisión ante el extranjero … Estamos durmiendo», profetizaba Madero, «bajo la fresca pero dañosa sombra del árbol venenoso … no hay que engañarnos, vamos a un precipicio».[65]

Si don Porfirio tenía su idea fija (el poder), don Francisco

tenía la suya (poner límites al poder). Con buena lógica y en un lenguaje que hasta sus detractores consideraron «virilmente franco y accesible a todas las inteligencias», Madero proponía el remedio: restaurar las prácticas democráticas y la libertad política que iguala a los hombres ante la ley; volver, en suma, a la Constitución del 57.

Nacido en 1873, tres años antes de que Porfirio Díaz tomara el poder, Madero representaba una voz antigua y nueva: antigua, porque había leído a los liberales «puros», los creadores de la Constitución y la Reforma, y, como ellos, pensaba que el valor por el que habían luchado, la libertad, se había perdido en el régimen de Díaz. Nueva, porque sus métodos de lucha no fueron simbólicos o románticos: desde 1903 había orquestado poco a poco (en cartas, en periódicos, en apoyo material a los disidentes) una vasta empresa de reconquista democrática. Había comenzado en su municipio, más tarde en su estado, y ahora intentaba una labor nacional. Algo debía su devoción libertaria a la fe espiritista que había adoptado en París: Madero hablaba, o creía hablar, con espíritus (entre ellos el del propio Benito Juárez) que le dictaban los pasos que había de dar. Se creía llamado por la providencia —siempre la protagonista de la historia mexicana— a redimir al pueblo mexicano de la tiranía. Pero su principal inspiración era la lectura de la propia historia mexicana: encarnaba al último y más puro caudillo liberal del siglo XIX, al primer caudillo demócrata del siglo XX.



Manuel Ramos, *El Desfile Histórico del Centenario a su paso por la Plaza de la Constitución, 15 de septiembre de 1910*, fotografía impresa. En Genaro García, *Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911.

En 1909, Madero daba el paso decisivo: la formación del Partido Nacional Antirreeleccionista y el lanzamiento de su candidatura presidencial para 1910. Al poco tiempo comenzaba una serie de giras políticas por toda la República al estilo político norteamericano: nunca en México se había visto algo semejante. «Es la lucha de un microbio contra un elefante», comentó don Evaristo Madero, el abuelo de Francisco, fundador de la gran dinastía empresarial de los Madero.[66] Pero Francisco, que conocía la lección perseverante de Juárez y era tan «salvajemente independiente» como el hacendado liberal Melchor Ocampo, no cedió: sabía que los microbios, en efecto, a veces matan elefantes.

Díaz vio aquel intento de acción política del mismo modo en que hojeó ese libro: con infinito fastidio y desdén. El pobre «Panchito», quizá por sus fervores espiritistas, se había vuelto loco. En cuanto a la oposición «verdaderamente seria», la que propondría la candidatura del general Bernardo Reyes, su eterno procónsul en el norte, don Porfirio la sofocaría en 1909 de la manera más democrática: enviando a Reyes en una comisión al exilio. Juárez no habría hecho otra cosa. No, decididamente no: México no estaba preparado para la democracia. En julio de 1910, el viejo dictador se «sacrificaba» nuevamente por el bien de la nación: una elección a todas luces fraudulenta le daba la victoria sobre Francisco I. Madero, que desde su prisión en San Luis Potosí, en octubre, llamaba al pueblo a una revolución con una fecha predeterminada: el 20 de noviembre de 1910. De Sonora a Yucatán, el pueblo —no sólo las élites— escuchó su voz: se le conocía ya como el Apóstol de la Democracia.

Díaz, entre tanto, iniciaba su octavo periodo presidencial, que debía terminar en 1916: a sus ochenta y seis años. Si Juárez había muerto en la cama… y en la silla, ¿por qué no él?

Además, en el horizonte asomaba un hecho de inmensa significación: su octogésimo cumpleaños y el aniversario número cien de la patria mexicana. Había que festejar ambas biografías conjuntamente: en el fondo, Díaz pensaba que eran una y la misma.

*

Y vinieron las fiestas del Centenario en la provincia y la capital. Y Díaz presidió la apoteosis de los héroes y la suya propia.

En septiembre de 1910 México está doblemente de fiesta: la nación conmemora el centenario de su guerra de Independencia y el presidente Porfirio Díaz, «héroe de la paz, el orden y el progreso», sus ochenta años. Por las mañanas, la capital del país y varias ciudades de la provincia fueron escenario de banquetes, ceremonias cívicas, garden parties, kermeses, desfiles de carros alegóricos. Por las noches, en los edificios coloniales iluminados con motivos patrióticos, se dieron suntuosos bailes y recepciones, veladas literarias y representaciones teatrales. Era la Belle Époque mexicana en su momento de mayor esplendor.

A aquella fastuosa celebración acudieron embajadores especiales de la mayoría de los países del orbe con los que México tenía relaciones. Día tras día se inauguraban obras materiales y de beneficencia cuyo objeto era dar testimonio del progreso que por fin, luego de un retraso de siglos, caracterizaba a la vida mexicana. Apenas desembarcaran en el puerto de Veracruz o se apearan del tren en la frontera norte, los viajeros podrían atestiguar la sólida infraestructura que «don Porfirio» —como (casi) todo México, reverencialmente, le decía— había dado al país desde su lejano ascenso al poder en 1876: obras portuarias, excelentes vías férreas, teléfonos, telégrafos, correos. Ya en la ciudad de México, asistirían a la

puesta en marcha de escuelas, hospicios, hospitales, el manicomio y la penitenciaría, todos provistos de los más modernos servicios. Entre las obras de ingeniería, nada desdeñables para su tiempo, que se concluyeron durante las fiestas, estaban la Estación Sismológica y el Canal del Desagüe. La primera permitiría detectar y estudiar mejor los temblores de tierra, casi tan frecuentes y mortíferos en México como los terremotos sociales del siglo XIX. El segundo resolvía, mediante una costosísima red de túneles y canales, el principal problema de la capital desde que, en 1521, el conquistador Hernán Cortés decidió erigirla sobre la ciudad lacustre de los aztecas: las inundaciones.

En un momento solemne de las fiestas del Centenario, frente al cuerpo diplomático especial, don Porfirio —que era más bien alérgico a la palabra, hablada o escrita— habló, y al hablar resumió con sencillez su interpretación de la historia mexicana: «El pueblo mexicano, con vigoroso empuje y con lúcido criterio, ha pasado de la anarquía a la paz, de la miseria a la riqueza, del desprestigio al crédito y de un aislamiento internacional … a la más amplia y cordial amistad con toda la humanidad civilizada … Para obra de un siglo, nadie conceptuará que eso es poco».[67]

Tenía razón: nadie podía conceptuar que eso era poco. Pero muy pronto, los pasados mexicanos con sus conflictos (latentes, pendientes, inasimilados, soterrados) ocuparían todo el escenario. Cargado de esos pasados, un vasto sector del pueblo mexicano tomaría las armas en una larga, reveladora y sangrienta revolución.

Porfirio Díaz no acabaría como Juárez, sino en el olvido, lejos de su país, de su añorada Oaxaca y de «Juana Cata», la india de Tehuantepec a la que llamaba y recordaba en su hora final.

Falleció en París, el 2 de julio de 1915. Como todos los otros antihéroes de la maniquea historia mexicana, don Porfirio moriría sin «un recuerdo de gloria ni un sepulcro de honor», pero en su caso con una pena mayor, tal vez la más injusta de aquel siglo de caudillos. Los restos de todos, incluso los de Hernán Cortés, descansarían en México; los de Porfirio Díaz no. Permanecen todavía sepultados en una sencilla tumba del panteón de Montparnasse en París, proscritos de la patria cruel que contribuyó a salvar, edificar y consolidar. Su exilio póstumo ha sido largo: quizá será eterno.



Anónimo, *Tumba de Porfirio Díaz en París, ca*. 2010, fotografía digital, Wikimedia Commons.

NOTAS

63. Ibíd., pp. 234, 235, 241.

64. Creelman, «President Diaz…», pp.231, 237, 324.

65. Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910: El Partido Nacional Democrático* (México, 1908), p. 237, 284.

66. Citado en Stanley R. Ross, *Madero* (México, 1977), p. 89.

67. «Brindis pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el banquete que ofreció a una parte del Cuerpo Diplomático Especial, el 11 de septiembre de 1910», en Genaro García, ed., *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México* (México, 1990), Apéndice n.º 102, p. 54.

LA REVOLUCIÓN

No se apagaban aún los fuegos artificiales de las Fiestas del Centenario cuando de pronto, como una erupción volcánica del pasado mexicano, el país entero se cimbró con otro fuego, destinado a subvertir y transfigurar la vida nacional: el estruendo formidable de una nueva revolución. Ésta no sería una revolución de opereta, como las encabezadas por Santa Anna, o una revuelta breve y casi incruenta, como las de Porfirio Díaz. No sería siquiera un movimiento similar a la guerra de Reforma, que finalmente involucró sobre todo a las élites rectoras y en la que el pueblo tuvo poca participación espontánea o tomó las armas forzado por la leva. Ésta sería «la más grande y poderosa de las revoluciones», la revolución social profetizada por Sebastián Lerdo de Tejada, el presidente depuesto por Porfirio Díaz muchos años atrás. El primer lema de la lucha no era nuevo. Paradójicamente, Madero lo extrajo del Plan de la Noria, el manifiesto de Porfirio Díaz contra el gobierno de Juárez en 1871: «Sufragio efectivo, no reelección».

Porfirio Díaz había creído que septiembre de 1910 marcaría el centenario de un ciclo histórico cumplido, la culminación de la Independencia en un régimen de orden, paz y progreso. Díaz se había rehusado a escuchar la advertencia de Justo Sierra, en aquella carta escrita en las últimas horas del siglo XIX, cuyo sentido era el mismo que la frase final de la *Historia* de Sierra: «toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad». Septiembre de 1910 no marcaría una culminación sino un comienzo: el estallido de una revolución popular muy semejante a la que el régimen celebraba con bombo y platillo, una revolución cuya violencia duraría una década, dejando tras de sí centenares de miles de muertos.

La encabezarían nuevos caudillos, algunos modernos, otros

arcaicos, todos divididos —como sus predecesores— entre las raíces del pasado y los ideales del futuro. Algunos se inclinaban hacia las ideologías de su propio tiempo —nacionalismo, anarquismo, socialismo—, otros hacia las ideas de tiempos recientes, como el liberalismo jacobino. Muchos permanecían simplemente fieles a las creencias más arraigadas, como la devoción a la Virgen de Guadalupe. Pasada la lucha armada, estos líderes entrarían triunfantes a un nuevo altar de la nación, el panteón de la Revolución Mexicana. Nuevas épicas, hagiografías, leyendas y catecismos circularían profusamente sobre sus vidas. Se recordarían sus hazañas reales e imaginarias y sus muertes trágicas, no frente a un pelotón de fusilamiento sino asesinados por la bala de algún traidor. Este catecismo revolucionario se compaginaría con el de los liberales para fundirse en uno solo: el catecismo de la patria revolucionaria. Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas aparecerían junto con Hidalgo, Morelos, Guerrero y Juárez en el mismo y perenne cielo.

Mientras tanto, en el Infierno más temido, seguirían purgando su interminable pena los perdedores de la historia, los «traidores», «vendepatrias», «reaccionarios», «cangrejos», los «malos mexicanos»: Iturbide, Alamán, Santa Anna, Miramón, Maximiliano de Habsburgo (y de Cuernavaca). A su calvario se sumaría un nuevo e inesperado huésped liberal: el mismísimo Porfirio Díaz.

La Revolución mexicana fue un vasto reajuste histórico en el cual la gravitación del pasado remoto de México —indígena y virreinal— buscó corregir el apremio liberal y porfirista hacia el porvenir. Tuvo varias etapas y diversos aspectos, y en un sentido amplio (el de la etapa más violenta y la subsiguiente transformación social) duró tres décadas, de 1910 a 1940. En su etapa armada, el número de combatientes nunca fue considerable. Incluso en el periodo más intenso de

las hostilidades (a mediados de 1915), los ejércitos jamás sumaron más de cien mil hombres. La abrumadora mayoría de la población nacional de quince millones perteneció a la categoría de los «pacíficos». La lucha afectó a todo el país pero no lo cubrió por entero. Los intensos escenarios militares fueron pocos. El estado de Morelos, cuna del zapatismo, y el territorio villista de Chihuahua vieron acción continua. También, por momentos álgidos, el centro del territorio, el Occidente y —en grado menor— la costa del Golfo. La capital vivió en estado de continua aprensión, «con el Jesús en la boca», ocupada por ejércitos enemigos que la consideraban su premio mayor.

La Revolución comenzó con un movimiento democrático moderno acompañado de una añeja petición de tierras. Pese a su triunfo inicial, esta primera etapa desencadenó una reacción autoritaria. La respuesta a esta contrarrevolución generó fuerzas militares y sociales que, una vez triunfantes, no consiguieron alcanzar un acuerdo que condujese a la restauración del orden. La disensión llevó a la guerra y a una escisión centrífuga no muy diferente de la vivida por el país durante la guerra de Independencia y en la primera mitad del siglo XIX. El triunfo de una facción devolvió la corriente a su cauce. Las ideas y las políticas fueron sustituyendo gradualmente a las balas. Durante las últimas dos décadas del proceso, México fue un laboratorio de cambios revolucionarios bajo los auspicios del nuevo Estado. Al término del ciclo, en 1940, se había restablecido el orden en el país en torno a un sistema político controlado por la «familia revolucionaria» más que por una sola persona, aunque el gobierno personal seguía siendo —como en tiempos de don Porfirio— un rasgo esencial.

La revolución encabezada por Madero estalló el 20 de noviembre de 1910 y en cuestión de meses se extendió a

varias zonas del país. Francisco I. Madero dirigió en persona las operaciones en Chihuahua, auxiliado por hombres que se volverían legendarios, como Pascual Orozco y Francisco Villa. Los campesinos que siguieron a Emiliano Zapata combatieron en Morelos. A principios de mayo de 1911, Orozco y Villa ocuparon Ciudad Juárez, vecina a El Paso, Texas, y merced a esta ocupación obligaron al gobierno porfirista a negociaciones que, al terminar el mes, provocaron la renuncia del dictador. «Madero ha soltado el tigre», dijo Porfirio Díaz en Veracruz antes de embarcarse en el vapor *Ypiranga*, que lo conduciría al exilio.

Madero sería derribado por un golpe militar encabezado por el general Victoriano Huerta. Fue entonces cuando despertó realmente el «tigre» tan temido por don Porfirio. Se organizó un movimiento militar de amplia base, destinado a oponerse al usurpador, en torno a Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, patriarca de la Revolución. Entre marzo de 1913 y julio de 1914, varios cuerpos del Ejército Constitucionalista —así llamado porque el movimiento aspiraba a restaurar el orden constitucional violado por Huerta— reconocieron la autoridad de Carranza como comandante en jefe.

Mientras la guerra se concentró en derrotar a Huerta, Carranza mantuvo unidas las facciones, pero no bien el usurpador renunció y partió al destierro (el 15 de julio de 1914), la Revolución fue incapaz de administrar su propia victoria.

Ateniéndose más o menos al libreto de la Revolución francesa, los jefes militares se reunieron en una convención (octubre de 1914) que se desarrolló en la ciudad de Aguascalientes. Tenía por propósito elegir el nuevo gobierno y definir la dirección futura de México. Para entonces era

evidente el enfrentamiento entre Villa y Carranza. La convención produjo un gobierno que Carranza se negó a reconocer; inmediatamente estableció su propio gobierno en el puerto de Veracruz. Los dirigentes tuvieron que escoger si estaban con Villa o con Carranza. En aquel momento, el movimiento zapatista rebasó su base en Morelos y unió sus fuerzas a las de Villa. Ambos otorgaron su apoyo a Eulalio González, el presidente designado por la convención. Acto seguido, en la primavera de 1915, Álvaro Obregón y Francisco Villa, dos colosos militares, habrían de enfrentarse en el Bajío, la meseta central de México. Con la aplastante victoria de Obregón, el gobierno de la convención se deshizo y el nacionalista Venustiano Carranza se convirtió en presidente.

Había pasado la hora de los tres *caudillos* cuyo propósito fue la «liberación» de México: Madero, «el Apóstol de la Democracia», con su Plan de San Luis proyectado para salvar a México de la dictadura; Zapata, «el Caudillo del Sur», cuyo Plan de Ayala intentaba devolver la tierra a los campesinos; y Villa, «el Centauro del Norte», una fuerza ciega que no se atenía propiamente a ningún programa sino a un afán implacable, y a menudo sangriento, de «justicia».

Llegó entonces la hora de los *jefes*, quienes procurarían encauzar el torrente de la Revolución. Uno de ellos, Carranza, deseaba un México civilizado bajo gobernantes civiles. El otro, Obregón, quería un México civilizado bajo gobierno militar. Por un tiempo trabajaron juntos. Carranza convocó un congreso constituyente a principios de 1917, y en febrero del mismo año fue proclamada en Querétaro una nueva Constitución genuinamente revolucionaria, que otorgaba al Estado poderes políticos, responsabilidades sociales y jurisdicciones económicas similares a los ostentados por la antigua corona española.

Carranza ocupó la presidencia de 1917 a 1920. Cuando éste intentó hacer de un civil su sucesor, el poderoso Ejército del Noreste —bajo el mando aparente de Adolfo de la Huerta (si bien el verdadero jefe era Álvaro Obregón) — se alzó contra él y lo derrotó. A finales de mayo de 1920 los dirigentes militares oriundos de Sonora asumirían el poder y lo conservarían quince años.

Álvaro Obregón fue presidente de 1920 a 1924. Su empeño por mantenerse en el poder, directa e indirectamente, desencadenaría una guerra civil entre los jefes sonorenses. A fin de cuentas lo sucederían dos generales, más bien *estadistas* que jefes o caudillos. Uno de ellos fue un austero maestro de escuela primaria, elevado por la Revolución al grado de general, presidente de 1924 a 1928 y después «Jefe Máximo» desde 1928 hasta 1934: Plutarco Elías Calles. El otro, que ocupó el cargo en 1934, fue Lázaro Cárdenas, uno de los generales más jóvenes de la Revolución. Al terminar su periodo, en 1940, el Estado mexicano había alcanzado una configuración sólida: un presidente omnipotente elegido cada seis años sin posibilidad de reelección pero con derecho de designar a su sucesor dentro de la «familia revolucionaria», más un partido único (o casi) que servía al monarca-presidente en múltiples funciones de control: social, electoral y político.

Se han organizado revoluciones en torno a ideas o ideales: libertad, igualdad, nacionalismo, socialismo. La Revolución mexicana constituye una excepción por haberse organizado, primordialmente, alrededor de personajes. Cada uno generaba un «ismo» específico a su zaga: maderismo, zapatismo, villismo, carrancismo, obregonismo, callismo, cardenismo. «¡Viva Madero!», proclamaba el lema pintado inacabablemente en los muros del país. «¡Vámonos con Pancho Villa!», gritaban los jinetes de la División del Norte,

que seguían al «Centauro» impulsados por apego directo a su persona. «¡Por mi general Zapata!» luchaban y morían los campesinos de Morelos.

Este elemento carismático fue menos intenso en el caso de Carranza, comandante en jefe del Ejército Constitucionalista, o incluso en el del «invicto» general Obregón, pero en sus ejércitos reinaban una disciplina y obediencia absolutas. Con admiración y miedo, ambición y fe, los callistas eran leales a su Jefe Máximo, así como los cardenistas siguieron al más popular «señor presidente» que México haya visto jamás. Difícilmente podrá reducirse la Revolución mexicana a las biografías de siete personas, pero sin el conocimiento de las vidas específicas de estos personajes la Revolución mexicana se vuelve incomprensible. Habría de repetirse la experiencia del siglo XIX: el poder encarnado en figuras emblemáticas.

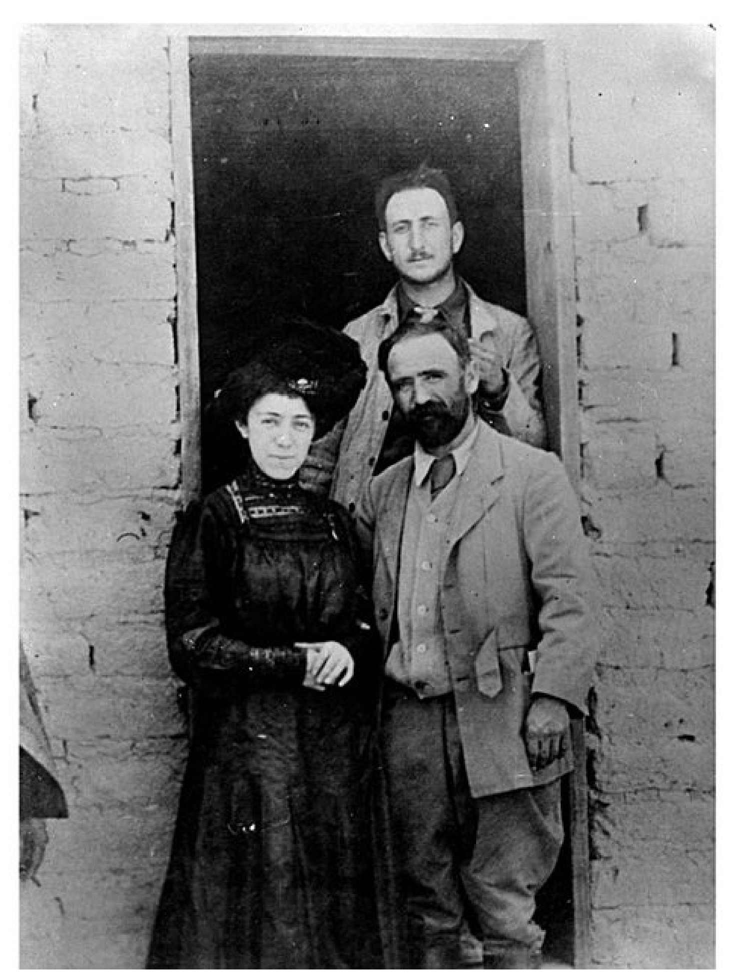
En estos hombres algo había de peculiar, original e incluso inocente. No se parecían a los conductores de otras revoluciones, que en nombre de la humanidad defendían principios abstractos, amplios sistemas ideológicos, prescripciones para la felicidad universal. Los caudillos, jefes y estadistas mexicanos actuaron de acuerdo con las modestas categorías que les eran propias. No tenían en cuenta la historia universal sino la historia de la patria. Exceptuando a Madero, no eran leídos ni instruidos, no habían viajado por el mundo y ni siquiera conocían por completo su propio país, sino apenas su propia región, su propio estado, su propio suelo natal. Al igual que los sacerdotes insurgentes, sus acciones estaban a menudo teñidas de actitud mesiánica: deseaban redimir, liberar, imponer justicia, presidir el advenimiento final del buen gobierno. Las historias locales de las cuales partieron, sus conflictos familiares, sus vidas antes de elevarse al poder, sus más íntimas pasiones, todos éstos son factores que podrían haber sido meramente anecdóticos

de corresponder a hombres sin trascendencia pública o a políticos que operaban en una democracia. Pero no pudieron serlo en México, donde la concentración del poder en una sola persona (*tlatoani*, monarca, virrey, emperador, presidente, caudillo, jefe o estadista) ha representado la norma histórica a lo largo de los siglos.

I
Místico de la libertad
Francisco I. Madero

Mejor cumplir lo propio malamente que hacer bien lo que toca a otra gente. El que obra según su natural cumple consigo y no cae en el mal.

Baghavad Gita



«¿Crees tú que nuestros actos puedan tener consecuencias dolorosas? No, eso no puede ser, porque tenemos la conciencia tranquila, porque sabemos que obramos bien, que estamos cumpliendo con nuestro deber.» (Francisco I. Madero)

Agencia Casasola, *Francisco I. Madero acompañado de su esposa Sara y Raúl Madero en Ciudad Juárez*, mayo, 1911. © Núm. de inventario: 34265. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

La saga de los Madero empezó con la vida y obras de Evaristo, hijo del agrimensor José Francisco Madero, descendiente de españoles nacido en 1775 que a raíz de la Independencia se había hecho de buenas propiedades como habilitador de tierras en la región de Coahuila y Texas. Al morir de cólera el padre en 1833, Evaristo tenía cinco años. Su infancia transcurre en su natal Río Grande, en Coahuila. Muy joven se inicia como ranchero y comerciante. A los diecinueve años se casa con Rafaela Hernández Lombraña, rica heredera de Monterrey, con quien procrearía siete hijos, el mayor de los cuales, nacido en 1849, se llamaría Francisco. En 1852 Evaristo muda su residencia a Monterrey, donde prospera su negocio de transportes. En los años sesenta aprovecha las carencias del mercado resultantes de la Guerra de Secesión y exporta algodón. En la década siguiente, casado en segundas nupcias con la joven Manuela Farías —Rafaela había muerto en 1870—, Evaristo aúna a sus empresas de transporte la hacienda El Rosario, la fábrica de telas La Estrella y la hacienda de San Lorenzo, en la que florecen antiguos viñedos. La vieja casa de Urdiñola, en Parras, erigida en 1593, se agrega también a su patrimonio.

En 1880, ya notablemente rico, Madero es elegido gobernador de su estado, Coahuila. Su gestión, que duró tres años —casi los mismos del entonces presidente Manuel González—, es memorable por varios hechos: impulsó la construcción de vías férreas y la educación, inauguró una nueva penitenciaría y un orfanatorio, combatió las alcabalas, abrió la zona carbonífera de Monclova y Río Grande. Aunque quiso fortalecer la institución del ayuntamiento, que en sus palabras era «baluarte de la soberanía popular… libro rudimentario de la democracia», la nueva Constitución estatal

que promulgó en 1882 tuvo rasgos centralistas. En 1883 se opone a la reelección de Porfirio Díaz y renuncia a su cargo, abriendo un periodo de inestabilidad en Coahuila que no concluiría parcialmente hasta fines de la década.

Separado de la política y distanciado del presidente, don Evaristo inicia otras empresas que con los años integrarían un auténtico emporio. Alrededor del núcleo principal de la Compañía de Parras —vitivinícola, algodonera, textil— y del negocio original de transportes, creó explotaciones mineras, molinos en Saltillo, el Golfo, Monterrey, Sonora y Yucatán; establecimientos ganaderos, el Banco de Nuevo León, la Compañía Carbonífera de Sabinas, la Guayulera de Coahuila, la fundidora de metales de Torreón y varias otras. A principios de siglo, en sus dominios no se ponía el sol.[1]

Don Porfirio nunca vio con buenos ojos la hazaña de aquel norteño casi coetáneo suyo que sin apoyo del centro —y muchas veces en contra de él— había amasado una de las cinco mayores fortunas del país. Durante el trienio de su gobierno, Evaristo tuvo sobre sí la vigilancia permanente de agentes porfiristas, cuyo celo no menguó cuando aquél salió de la gubernatura. En 1893 estalla una rebelión de varios rancheros coahuilenses —entre ellos los hermanos de Venustiano Carranza, de Cuatrociénegas— contra la pretensión reeleccionista del gobernador Garza Galán.[2] Don Porfirio —no sin razón— sospecha de Madero, por lo que escribe a su procónsul del noreste, Bernardo Reyes: «Si encuentra usted datos bastantes de probar en juicio que Madero no es extraño a lo que está pasando, asegúrelo y hágalo conducir a Monterrey. Creo que éste es el motor de todo lo que pasa».

Aquella breve rebelión concluiría con la renuncia del gobernador a la reelección. Madero no fue conducido a

Monterrey, pero don Porfirio y su procónsul lo tuvieron siempre en la mira. Al afirmarse José Yves Limantour como mago de las finanzas porfirianas, estableció un vínculo natural con Madero que serviría a ambos para contrapesar la influencia de Reyes. Lo cierto es que al paso del tiempo el patriarca de los Madero se interesó cada vez menos en afectar la estabilidad del régimen de paz, orden y progreso que había permitido el progreso extraordinario de sus propias empresas.

En septiembre de 1908, rodeado de su vastísima familia —con su segunda mujer tuvo once hijos— y de sus empleados, obreros y peones, a los que había favorecido con obras tangibles, el patriarca celebró su octogésimo aniversario. En los brindis se habló de su aporte a la civilización, al trabajo y la caridad. Entre tanta felicidad, un solo pensamiento lo turbaba: bajo la mirada tutelar del espíritu de Benito Juárez, Francisco, su nieto mayor e hijo de su primogénito, escribía un libro contra el régimen de Porfirio Díaz. A don Evaristo aquella lucha le parecía más quimérica que la de David y Goliat. Era —según comentaría tiempo después— la batalla entre «un microbio y un elefante».[3] Sin ver la continuidad de su propia biografía política en la de su nieto, el fundador de los Madero no acertaba a comprender cómo de su mismo tronco —robusto, viril y generoso— había nacido un hombre con vocación de redentor.[4]

Francisco Ignacio Madero, hijo mayor del primogénito (Francisco Madero Hernández) de don Evaristo, nació el 30 de octubre de 1873 en la hacienda El Rosario, en Parras. Pequeño de estatura y frágil de salud, a los doce años ingresa en el colegio jesuita de San José, en Saltillo, del que le quedaría una profunda huella disciplinaria y moral, a despecho de los recuerdos contradictorios que asentaría en sus *Memorias:* «Me impresionaron fuertemente sus

enseñanzas… [pero] me hicieron conocer la religión con colores sombríos e irracionales».[5]

Hacia 1886, luego de un breve periodo de estudios en Baltimore, emprende una larga estadía en Francia. Durante un año asiste al Liceo Versalles y posteriormente a la Escuela de Altos Estudios Comerciales, donde permanece hasta su regreso a México, en 1892. En 1889 acude a la Exposición Universal en París. Tiempo después viaja por Bélgica, Holanda y Alemania. Sin embargo, no lo arroban el arte ni los países que visita, sino «el descubrimiento que más ha hecho por la trascendencia de [su] vida»: el espiritismo.[6]

Esta doctrina, basada en la existencia, las manifestaciones y enseñanzas de los espíritus, había nacido a mediados del siglo XIX en el estado de Nueva York, pero se propagó con vertiginosa rapidez en Francia gracias a su adopción por quien a la postre sería su principal profeta y fundador: Allan Kardec. Hacia 1854 había más de tres millones de espiritistas practicantes en el mundo y decenas de miles de médiums en Europa y América. Antes de morir, en 1868, Allan Kardec había escrito varios libros —entre otros, *Le livre des esprits* (1857), *L'Évangile selon l'espiritisme*, *Livre des médiums* (1864)— y fundado la *Revue Spirite* y la Société Parisienne d'Études Spirites.

Cuando Francisco I. Madero hojea por primera vez la *Revue Spirite* —a la que su padre estaba suscrito—, la nueva fe, adoptada por hombres tan famosos como Flammarion y Victor Hugo, se hallaba en plena expansión. Día a día cientos de peregrinos visitaban la tumba de Kardec o seguían a su discípulo Léon Denis. El joven Madero no tardó en apersonarse en las oficinas de la Société y adquirir la obra de Kardec. «No leí esos libros», escribe en sus *Memorias:* «los devoré, pues sus doctrinas tan racionales, tan bellas, tan

nuevas, me sedujeron, y desde entonces me consideré espírita».[7]

Concurriendo a centros espíritas, Madero, inclinado desde sus años mozos en el colegio jesuita al recogimiento espiritual, descubre su aptitud como «médium escribiente» (lazo de los espíritus con los seres humanos por medio de la escritura). Entre las obras que «devora» está *El libro de los médiums* de Kardec, donde aprende a desarrollar sus habilidades merced a arduas experimentaciones. Tras varios intentos infructuosos, un día su mano, autónoma y temblorosa, escribe: «Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo».

Más que la curiosidad por desentrañar fenómenos inexplicables como sillas que se mueven, teteras que silban o cuadros que cobran vida, y al margen también de todo eco literario —los espíritus que pueblan la realidad y los sueños de Shakespeare o los mundos astrales de Swedenborg—, a Madero lo incita la búsqueda moral de un vínculo entre el espiritismo y los Evangelios cristianos. «Fuera de la caridad no hay salvación», había escrito Kardec. Su discípulo mexicano solía resumir de modo parecido el fondo moral de la filosofía espírita: «Para mí no cabe duda de que la transformación moral que he sufrido la debo a la "mediumnimidad"».[8]

A pesar de que había realizado provechosamente estudios administrativos en París, su padre y su abuelo decidieron completar la educación de Francisco con un año de estancia en Berkeley, California. Allí avanzó en su dominio del inglés y se instruyó en técnicas agrícolas, pero su aprendizaje fundamental se dio, de nueva cuenta, en el ámbito de lo moral y espiritual. A la sazón, en Berkeley se abría paso la «escuela progresivista», que buscaba aplicar los principios de la

moralidad cristiana a los problemas sociales. No muy lejos, en Stanford, existía una iglesia abierta a todos los credos. Mientras que Anny Bessant revelaba entonces los misterios de la teosofía, los anarquistas de la IWW (International Workers of the World) propugnaban activa y violentamente un mundo sin opresión ni desigualdad. A sus veinte años, Madero no fue indiferente a esta conjunción de espiritualidad y moral pública. Vagamente coincidía con sus revelaciones parisienses.

En 1893 se encarga de la hacienda que la familia posee en San Pedro de las Colonias. Hacía tiempo que había dejado de ser un hombre frágil. Además de la incipiente mediumnimidad, en Europa había adquirido notable fuerza física, grandes aptitudes como nadador y bailarín, y medianas como flautista. Ahora era jovial, nervioso, hiperactivo. Muy pronto introduce con buen éxito el algodón estadounidense en la región del río Nazas, emprende obras de riego y convierte su coto en un modelo de pequeña propiedad. En 1899 da cuenta al *papá* (abuelo) Evaristo de diversos proyectos nuevos: entre otros, una compañía jabonera, una fábrica de hielo, un despepitador, compra de acciones, atención de terrenos en Cuatrociénegas, y arreglo de aguajes y cercas en Sierra Mojada para criar ganado cabrío. Ese mismo año promueve el establecimiento de un observatorio meteorológico cerca de la Laguna de Mayrán. Posteriormente escribiría un folleto sobre el aprovechamiento de las aguas del Nazas que le valdría la felicitación del mismísimo don Porfirio. Para entonces, su capital personal llegaba a la respetable suma de quinientos mil pesos.[9]

Junto con una probada solvencia como administrador y empresario, desde su regreso del extranjero Francisco comenzó a desplegar una labor caritativa que, sin ser ajena a

la tradición familiar —sobre todo la de los Madero-González—, lo alejaba de ésta debido a los extremos místicos a que él la llevaba. De su padre y su tío Catarino Benavides aprendió la homeopatía. Desde 1896 aquellos caminos vieron muchas veces a don Panchito, botiquín en mano, visitar a sus peones para recetarles nuez vómica, belladona, calcárea carbónica y mil otras medicinas que él mismo preparaba basándose en los tratados de homeopatía recomendados por don Catarino y los que él mismo se procuraba: en 1899 la compañía J. González Sucs., de la ciudad de México, recibe una carta del joven Madero en la que éste solicita tres libros: *La salud de los niños*, *Medicina veterinaria y homeopática* y *Manual de la madre de familia*.

Con todo, a fin de siglo Madero juzgó que su cuidado por la comunidad era insuficiente y comenzó a discurrir nuevas ideas y fundaciones. «En la ciudad», refiere uno de sus íntimos, «era de verse cómo lo asediaban los enfermos menesterosos a quienes proporcionaba alivio del dolor, consuelo de las penas y recursos pecuniarios.»[10] En su propia casa de San Pedro, donde vivía con austeridad franciscana, Madero alimentaba a cerca de sesenta jóvenes. Allí fundó una especie de albergue en que ofrecía cama y comida a gente pobre. Sus trabajadores vivían en casas higiénicas, gozaban de buenos salarios y eran examinados médicamente con regularidad. Junto a Sara Pérez, con quien se casaría en enero de 1903, Madero sostuvo a huérfanos, becó a estudiantes, creó escuelas elementales y comerciales, instituciones de caridad, hospitales y comedores populares.[11]

A principios de siglo, los negocios y la atención homeopática y social llenaban sus días pero no sus noches. En ellas estaba el secreto de su vocación. Hacía años que persistía en sus experimentos espiritistas cuando, en 1901, sintió o

creyó sentir un cambio decisivo: la visita cotidiana del espíritu de su hermano Raúl, muerto en 1887 a la edad de cuatro años en un accidente dolorosísimo (sin querer, se había rociado sus ropas con el queroseno ardiente de una lámpara). Sobre lo verdadero o falso de la aparición de este y otros espíritus a Madero, el historiador —escéptico, en principio— no puede pronunciarse, aunque tampoco necesita hacerlo. Tanto si las revelaciones eran reales como si expresaban, más bien, una proyección inconsciente del poseído, el resultado es el mismo: conformaron el andamiaje de creencias que Madero desarrolló sobre sí mismo y que rigió su vida, independientemente de su origen astral o psicológico.

Al círculo espírita que organiza Francisco con otros cuatro amigos y parientes comienzan a acudir, según sus testimonios, además de «Raúl», almas de amigos desdichados, de tías muertas hacía años y aun de liberales legendarios recién fallecidos, como el general Mariano Escobedo. Aquellas arduas sesiones alrededor de la mesa circular de Francisco en San Pedro de las Colonias no eran excepcionales en Coahuila, tierra de sombras y desiertos en la que el paisaje tiene en sí mismo cualidades animistas. En tanto que entre el pueblo era común el *saurianismo* (de zahorí) con su secuela de taumaturgia, miedos y visiones, las clases elevadas, de raíz criolla y católica, pero por siglos alejadas geográfica y culturalmente del centro religioso del país, se abandonaban a nuevas vivencias místicas más acordes con la soledad física y social que las rodeaba.

A partir de aquel año de 1901, el «espíritu» de Raúl —llamémosle también así— inculca en Francisco hábitos extremos de disciplina, abnegación y pureza, tratando siempre de ayudarlo a «dominar la materia» en favor de las «cuestiones del espíritu».[12] Bajo aquella férula intangible,

Francisco se torna vegetariano y madrugador, deja de fumar y destruye sus cavas privadas. Pero los ritos de limpieza a que se somete no tienen sentido ascético sino activo. «Sólo practicando la caridad en la más amplia acepción de la palabra», escribe, a través suyo, «Raúl», «podrás tener en este mundo la única felicidad.» «Socorrer» a los demás debía ser su misión y la de su familia.

«Ustedes no son dueños de las riquezas y deben darle a éstas el mejor empleo que les ordene el verdadero dueño del cual ustedes son sirvientes [...] Las únicas riquezas que tienen son las buenas obras que hacen.»[13]

Francisco podía «hacer mucho bien» a los pobres «curándolos» con sonambulismo, magnetismo y homeopatía. El espiritismo constituía una «poderosa palanca» para evitar que tanta gente sufriera «los tormentos del hambre y del frío». Sin dilación, Francisco intensifica entonces su cruzada caritativa, invariablemente acompañada de la prevención de consultar al «espíritu» en solicitud no sólo de consejos específicos sobre la pertinencia de una cura o una medicina, sino de orientación sobre la veracidad de los sufrimientos y peticiones de los pobres que lo acosan como a un hombre-maná. El celoso «espíritu» de Raúl perfila en el alma de Francisco una ética del desprendimiento fundada en la culpa.

A sus inquietudes por la posibilidad de quedarse soltero, «Raúl» le responde: «No es la falta de matrimonio una misión sino una expiación». Si se quedaba soltero sería por castigo a las faltas cometidas en su vida o en encarnaciones anteriores. Hacia el mes de septiembre de 1901, en vísperas de un viaje, «Raúl» amonesta:

«Si vas a Monterrey, procura dejar a todos tus pobres con lo necesario para que vivan mientras estés ausente, pues es una crueldad que porque tú andes en Monterrey paseándote y

divirtiéndote, vayan a sufrir algunos infelices de todos los horrores del hambre».[14]

A fines de 1902 «Raúl» sugiere la invocación de otras almas. Mientras éstas llegan, el 2 de abril de 1903 el gobernador de Nuevo León, Bernardo Reyes, reprime con violencia una manifestación opositora. El joven Madero se impresiona con las noticias. Por la familia conocía ya la historia de las imposiciones políticas de Porfirio Díaz, sobre todo en el estado de Coahuila. Pero ahora la historia se hacía presente y tangible. Meses más tarde el evanescente «espíritu» de Raúl le indica otro rumbo:

«Aspira a hacer bien a tus conciudadanos, haciendo talo cual obra útil, trabajando por algún ideal elevado que venga a elevar el nivel moral de la sociedad, que venga a sacarla de la opresión, de la esclavitud y el fanatismo.»[15]

Aquélla fue, en sentido estricto, una iluminación. La vertiente más amplia de la caridad se llamaba política. «Los grandes hombres», señalaba premonitoriamente el «espíritu», «derraman su sangre por la salvación de su patria.» A medida que su recién descubierta vocación se perfilaba, Madero concentró sus energías en dar los primeros pasos dentro del nuevo «campo de combate». En 1904 entablaría cerrada batalla electoral en su municipio.

Un año más tarde, la espiral democrática se ensanchó, convirtiéndose en una dinamo política en las elecciones del estado de Coahuila.

Pero no por eso abandona sus actividades espiritistas. Devotamente recibe y lee *La Aurora Espírita*, mantiene correspondencia fervorosa con «correligionarios» de varias ciudades del país, y en medio de sus negocios y afanes políticos encuentra tiempo para escribir artículos sobre temas un tanto vastos —Dios y la creación— en *La Grey Astral.*

Significativamente, no firma estos artículos con su nombre sino con el de su *alter ego*, el dubitativo príncipe del *Baghavad Gita* a quien el dios Krishna revela los secretos de la vida: Arjuna.

NOTAS

1. José Vasconcelos, *Don Evaristo Madero. Biografía de un patricio* (México, 1958).

2. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Segunda parte* (México, 1985), pp. 55-58.

3. Stanley R. Ross, *Madero* (México, 1977), p. 89.

4. Entrevista del autor con Alida viuda de Madero (México, 1985); Carlos B. Madero, *Relación de la familia Madero* (Parras, Coahuila, 1973), pp. 127.

5. Francisco I. Madero, «Memorias», en *Epistolario (1900-1909). Archivo de don Francisco I. Madero,* 2 vols. (México, 1985), vol. 1, p. 4.

6. Ibíd.

7. Ibíd.*;* Armando de Maria y Campos, «Experiencias espiritistas», en *ABC,* 28 feb. 1953 (México); «Las memorias de Francisco I. Madero», en *ABC,* 31 ene. 1950 (México); José Natividad Rosales, *Madero y el espiritismo* (México, 1973).

8. Madero, p. 8; Gabriel Ferrer de Mendiolea, *Vida de Francisco I. Madero* (México, 1945).

9. Alfonso Taracena, *Madero, vida del hombre y del político* (México, 1937), pp. 19-24; Rosales, «Madero boxeador y bailarían», en *El Dictamen,* 21 feb. 1932 (Veracruz); Madero a su padre, Francisco, y a su abuelo Evaristo, en «Francisco I. Madero Papers», Fondo LXIV-3, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.

10. Pedro Lamicq, *Madero* (México, 1958), p. 56.

11. Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero* (La Habana, 1917), p. 174.

12. «Cuaderno manuscrito de Madero con sus Comunicaciones espiritistas», 1907-1908; 1901-1907, Archivo particular de la señora Renée González.

13. Ibíd.

14. Ibíd.

15. Ibíd.

En los primeros meses de 1905 y con vistas a su tercera reelección como gobernador del estado de Coahuila, Miguel Cárdenas confiaba al sempiterno presidente Porfirio Díaz sus preocupaciones: «Si bien los señores Madero no sacan la mano, siguen gastando dinero en algunas maniobras políticas. No juzgo remoto que el señor Madero, animado por la pasión política que le ha acometido y por los recursos pecuniarios con que cuenta, pueda promover algunas dificultades y llegar hasta el escándalo».[16]

Tenía motivos para preocuparse. Había surgido un fuerte movimiento oposicionista. El joven Madero, a quien muy pronto comenzarían a tildar de «chiflado» y «desequilibrado», apoyaba la candidatura de Frumencio Fuentes mediante una activa organización de clubes políticos y con el financiamiento de *El Demócrata* y *El Mosco*, periódicos de opinión y sátira, respectivamente. El presidente consultó al general Reyes si convendría encarcelar a Madero, lo que el procónsul desaconsejó, sugiriendo en cambio estacionar en la región Lagunera un buen escuadrón de caballería y persuadir al viejo Francisco de la necesidad de aquietar a su hijo. Finalmente, las elecciones se llevaron a cabo con relativa paz a mediados de septiembre. El esperado resultado, por supuesto, fue favorable al candidato oficial.[17]

Al sobrevenir este segundo fracaso electoral en su carrera política —el primero había sido en su propio municipio de San Pedro de las Colonias en 1904—, Madero no pierde la fe: publica un manifiesto en el cual declara que la soberanía del Estado ha sido siempre «un mito» y lamenta que «el esfuerzo hubiese sido nulificado en las juntas de escrutinio por las chicanas oficiales». La derrota no lo aquieta: lo alerta. Presintiendo que la curva de su espiral democrática abarcará

en unos años a la nación entera, decide no impugnar el resultado de los comicios estatales. Por esos días escribe a su hermano Evaristo pidiéndole que regrese de París para intervenir en «la gran lucha política que se está preparando para el futuro».[18]

Una vez *tocado* por su misión, nace el apóstol. No es un maestro de la verdad o de la revelación, porque no tiene ni busca discípulos. Tampoco es un sacerdote laico, porque no ejerce sedentaria y profesionalmente su credo. Menos aún es un profeta, porque no anuncia el futuro ni levanta su voz para anatematizar el orden presente. Es un «predicador»: un médium de espiritualidad política que encarna y lleva un mensaje de cambio a todos los lugares a través de la palabra.

A su casa franciscana de San Pedro de las Colonias comienzan a llegar decenas de cartas de tema político que contesta con emoción y diligencia. Una de sus respuestas, escrita en plena batalla electoral junio de 1905) a su «estimado amigo y correligionario» Espiridión Calderón, vale por todas. En ella está Madero de cuerpo —es decir, de alma— entero:

«Con personas que tienen su fe y su resolución nunca se pierde, pues aunque los ideales que uno persigue no se realicen tan pronto como uno deseara, cada esfuerzo nos acerca a su realización.

»Si (contra lo que espero) somos derrotados en esta lucha, nuestros esfuerzos no habrán sido vanos. Habremos depositado la semilla de la libertad y tendremos que cultivarla cuando germine hasta que llegue a ser el frondoso árbol que cubra con su sombra bienhechora.

»Hace veinte siglos Jesús depositó la semilla del amor: “Amaos los unos a los otros”, y aún vemos guerras terribles. Las naciones se arruinan sosteniendo ejércitos inmensos, marinas formidables y en Extremo Oriente se han derramado

torrentes de sangre sólo por el capricho de un hombre, de un déspota orgulloso y vano que no ha vacilado en sacrificar a su orgullo las riquezas, la sangre y la honra de los rusos.

»Sin embargo, aquella semilla ha germinado. La humanidad ha progresado. Los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad empiezan a regir en muchas partes del mundo y no está lejano el día en que dominen en el mundo entero… poco a poco irán destruyéndose las tiranías, y la libertad, que traerá consigo más Justicia y más Amor, hará que se cumplan las palabras del Crucificado».[19]

La bondad de Madero se ha confundido siempre con cierta ingenuidad. Nada más remoto a esta inteligencia fervorosa y despejada que la inocencia. Desde 1905 traza, con precisión matemática, un plan para democratizar México. El primer paso es afianzar relaciones con los elementos independientes, como el tenaz periodista liberal Filomeno Mata, como Fernando Iglesias Calderón o Francisco P. Sentíes. En 1906 apoya pecuniaria y moralmente a Ricardo Flores Magón, pero muy pronto rechaza su voluntarismo revolucionario no sólo en términos morales sino políticos. (Según Madero, «el pueblo vería favorablemente una campaña democrática» en 1909. La historia no lo desmintió.) A Paulino Martínez —encarcelado por el régimen— le envía dinero en 1906 y le aconseja desistir de sacrificios estériles, optar por una labor de crítica prudente y darle tiempo al tiempo.

La política no desplaza al espiritismo: nace de él. En abril de 1906 Madero acude, como delegado del Centro de Estudios Psicológicos de San Pedro de las Colonias, al Primer Congreso Nacional Espírita. Allí sostiene el argumento de que el espiritismo es síntesis suprema de religión y ciencia.

Hacia 1907 un espíritu más militante guiaba sus pasos: «José». Madero transcribe primero sus comunicaciones en

hojas de papel, pero a medida que la tensión mística aumenta adquiere un cuaderno de pastas duras en el que vierte, con letra clara y segura, los dictados de «José». El sentido de su prédica es en el fondo similar al de «Raúl» en 1901. Pero los ejercicios espirituales a los que «somete» a Francisco y los objetivos de la misión política que le impone son mucho más amplios, precisos e intensos.

Al releer ese cuaderno, intacto después de casi ochenta años, resulta imposible no recordar a Ignacio de Loyola (en cuyo honor se dio a Madero su segundo nombre). Cada página es una lucha contra el «yugo de los instintos», un despliegue de «esfuerzos gigantescos por vencer la animalidad… la naturaleza inferior… el descenso a los más tenebrosos abismos». Para lograrlo, el espíritu «José» recurre, como «Raúl», a la culpa, e incluso a la abierta amenaza de abandonar a Francisco para siempre. Pero el mayor acicate no era el miedo sino la promesa de recompensa: si dominaba sus pasiones inferiores, le advertía, «podríamos hacer algo útil, eficaz y de verdadera trascendencia para el progreso de tu patria». Y no sólo México vería sus frutos, también el obediente Francisco y su esposa, que así podrían engendrar la descendencia que anhelaban.

Los métodos de aquella doma fueron terribles: «ardientes oraciones», «tristísimas reflexiones» y «propósitos firmísimos de purificación» seguían a cada pequeña caída en el fango del instinto. «José» le recomendaba «no dejar ni un momento la mente desocupada», «curar seguido», hacer emanaciones, rezar, «comunicarse cuando menos una vez al día con nosotros», «releer con frecuencia las comunicaciones», apartarse a un «solitario lugar» —probablemente un tapanco en su hacienda—, donde podría absorber «fluidos purísimos»:

«Procura abstraerte completamente del mundo externo y

encerrarte dentro de ti mismo en el mundo interno, en donde reina perfecta calma y un silencio profundo a la vez que majestuoso».

«Que una disciplina severa domine todos tus actos», le ordena de pronto, en apoyo de «José», otro espíritu, «que todas tus acciones respondan a un plan.»[20]

El plan se delinea con nitidez. Además de sostener —de acuerdo con los dictados del «espíritu»— una creciente prédica político-epistolar con correligionarios de Coahuila y el resto del país, en 1907 Madero escribe en diarios de oposición que a menudo también financia. Conforme logra en 1907 la doma de su «naturaleza inferior» (que lo llevó probablemente a la abstinencia sexual), el «espíritu» revela al espírita su misión. En octubre de 1907, convencido ya del triunfo de su discípulo y «hermano» sobre la materia, en el solitario tapanco de aquella hacienda tiene lugar, en sentido estricto, una quijotesca ceremonia de ordenación:

«Póstrate ante tu Dios para que te arme caballero, para que te cubra con sus divinas emanaciones contra los dardos envenenados de tus enemigos… [Ahora eres] miembro de la gran familia espiritual que rige los destinos de este planeta, soldado de la libertad y el progreso… que milita bajo las generosas banderas de Jesús de Nazareth…».

Ese mismo mes el espíritu le advierte la cercanía de la lucha y le ordena: «Lee historia de México… a fin de que cuanto antes principies tu trabajo». Mediante el esfuerzo y la abnegación, «1908 será… la base de [tu] carrera política»: «el libro que vas a escribir va a ser el que dé la medida en que deben apreciarte tus conciudadanos».

Para preparar aquel libro, Madero entró desde fines de 1907 en un estado de creciente tensión mística. «Aconsejado» por el implacable «José», se levanta más temprano, se acuesta

tarde, suprime con gran dificultad la religiosa siesta, come poco, no toma alcohol, esquiva el ocio y las personas, y traza un plan detallado de lecturas que incluye todo el *México a través de los siglos.* Mientras avanza, el espíritu lo anima: «No te das cuenta del poder que tienes». En noviembre de 1907 le susurra al oído por primera vez: «Estás llamado a prestar importantísimos servicios a la patria». En enero de 1908 utiliza palabras y un tono aún más sacramentales: «Estás predestinado para cumplir con una misión de gran importancia… la corona la tendrás de todas maneras, pero tus actos en este año determinarán si será de laurel o de espinas». En junio, «José» no sólo le prescribe la vigilia sino el sueño:

«Hacer tus oraciones, tus emanaciones, tus inspiraciones y luego, bajo la influencia de las emanaciones, concentrar la vista en la bola de cristal por espacio de quince minutos, proponiéndote automagnetizarte y entrar en sueño lúcido durante veinte minutos. Antes de dormirte te formarás el propósito del asunto que quieres investigar durante tu sueño, entendido que ha de tener algún objeto elevado, armónico con tus más nobles aspiraciones».

Hacia agosto de 1908 Madero concluye su investigación. Para entonces habían cesado por completo las prédicas contra los instintos. No las necesitaba: su reino ya no era de este mundo.

En septiembre y octubre de 1908 el libro va tomando forma. Casi siempre en español, pero a veces en francés, «José» alienta a Francisco con excelentes consejos de organización intelectual. Al faltar ya solamente los tres capítulos finales del libro, «José» le confirma los mejores augurios:

«Nuestros esfuerzos están dando resultados admirables en toda la República y en todas partes se nota cierto fermento,

cierta ansiedad, que tu libro va a calmar, a orientar y que tus esfuerzos posteriores van a encauzar definitivamente. Cada día vemos más claro el brillante triunfo que va a coronar tus esfuerzos. Ahora sí podemos asegurarte, sin temor a incurrir en un error, que el triunfo de ustedes es seguro en la primera campaña».

En opinión de «José», el enemigo lo era cada vez menos. Mientras en el país se seguía creyendo, a despecho de sus reiteradas promesas incumplidas, en la omnipotencia de don Porfirio, Madero y sus espíritus disentían:

«Ya no tiene el vigor de antes y su energía ha decaído considerablemente, a la vez que las poderosas pasiones que lo movían se han ido amortiguando con los años. Ni los que lo rodean sienten el apego a su persona que sentían hace algunos años, pues con tanto tiempo de poder absoluto se ha hecho cada día más déspota con los que lo rodean, que le sirven por miedo o por interés, pero no por amor».

El 30 de octubre de 1908, al cumplir sus treinta y cinco años y casi concluido su trabajo, Madero apunta en su cuaderno de mediumnimidad un mensaje de «José», decisivo e impecable no en términos ortográficos sino biográficos:[21]

«Sobre ti pesa una responsabilidad enorme. Has visto… el precipicio hacia donde se presipita tu Patria. Cobarde de ti si no la previenes… tú has sido elejido por tu Padre Celestial para cumplir una gran misión en la Tierra… es menester que a esa causa divina sacrifiques todo lo material, lo terrenal y dediques tus esfuerzos todos a su valorización».

A mediados de noviembre se registra una comunicación aún más importante:

«El triunfo de usted va a ser brillantísimo y de consecuencias incalculables para nuestro querido México. Su libro va a hacer furor por toda la República… al G[eneral]

D[íaz] le va a… infundir verdadero pánico… Usted tiene que combatir un hombre astuto, falso, hipócrita. Pues ya sabe cuáles son las antítesis que debe proponerle: contra astucia, lealtad; contra falsedad, sinceridad; contra hipocresía, franqueza».

Lo firmaban dos iniciales: «B.J.».[22]

Con el aval del espíritu («José» y con la bendición ultra terrena del mismísimo Benito Juárez, Madero ya sólo necesitaba el permiso de su padre, sin el cual no podía cortar con los «últimos eslabones de su naturaleza inferior». Antes de solicitarlo, concluye la obra que defendería «los intereses del pueblo desventurado» y vierte la última comunicación en el cuaderno. El espíritu le confirma una vez más el buen «desenlace del gran drama que se dará en el territorio nacional el año de 1910»; pero, al calce, «José» comete el error de firmar con un nombre distinto: Francisco I. Madero.

Luego de dar a las prensas su libro, Francisco se retira absolutamente solo por cuarenta días y sus noches al desierto contiguo a su rancho Australia.[23] Al despuntar el nuevo año escribe a su padre una carta en que expone los motivos para publicar el libro, a más tardar, el 25 de ese mes. Sus argumentos de fondo no son de índole política:

«Entre los espíritus que pueblan el espacio existe una porción que se preocupa grandemente por la evolución de la humanidad, por su progreso, y cada vez que se prepara algún acontecimiento de importancia en cualquier parte del globo, encarna gran número de ellos, a fin de llevarlo adelante, a fin de salvar a tal o cual pueblo del yugo de la tiranía, del fanatismo, y darle la libertad, que es el medio más poderoso de que los pueblos progresen».[24]

Él era uno de esos espíritus. «He sido elegido por la Providencia», explicaba a su padre; «no me arredran la

pobreza ni la prisión, ni la muerte.»[25]

«Creo que sirviendo a mi patria en las actuales condiciones cumplo con un deber sagrado, obro de acuerdo con el plan divino que quiere la rápida evolución de todos los seres y, siendo guiado por un móvil tan elevado, no vacilo en exponer mi tranquilidad, mi fortuna, mi libertad y mi vida. Para mí, que creo firmemente en la inmortalidad del alma, la muerte no existe; para mí, que tengo gustos tan sencillos, la fortuna no me hace falta; para mí, que he llegado a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no existe otra tranquilidad que la de la conciencia y sólo la obtengo cumpliendo con mi deber.»[26]

Don Francisco vacila, pero el hijo insiste: el libro ya estaba escrito. El había sido «elegido por la Providencia» para escribirlo. A riesgo de «pagar con su vida por el fracaso», necesitaba el permiso que días después, por telegrama, finalmente obtuvo. El 23 de enero agradece al padre con estas palabras:

«Ahora sí ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición veo su mano, en la circunstancia de haberlo presentido tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alentarme, pues si el laconismo forzoso del telegrama sólo me trajo su resolución definitiva, la visión que tuve anoche me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos, y aunque hacían un sacrificio sublime, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptaban con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia».

Al entrar en la liga de la política nacional, Madero no lanzaba un manifiesto, no emitía una proclama, no profería

un grito. Realizaba algo más convincente e insólito: publicaba el producto de aquellas sesiones fervorosas, *La sucesión presidencial en 1910.* La primera edición salió a la luz a principios de 1909 y se vendió como pan caliente. Vale la pena recordar sus ideas principales, porque ha llovido tanta tinta sobre el maderismo que pocos se acuerdan ya de lo que dijo Madero. El libro —dedicado a los constituyentes del 57, a los periodistas independientes y a los «buenos mexicanos que muy pronto se revelarán al mundo por su entereza y su energía»— admite quizá ser resumido en dos fórmulas casi homeopáticas: diagnóstico del mal mexicano y receta para curarlo.

El mal mexicano, consecuencia natural del militarismo que asoló todo nuestro siglo XIX, era para Madero el poder absoluto, el poder en manos de un solo hombre. No hay progreso real que lo resista ni hombre infalible que lo ejerza con equilibrio. El ejemplo —decía Madero— está a la vista: en 1905, el pequeño Japón, fortalecido por la democracia, humilla al enmohecido Imperio ruso. Madero desplegaba cierto conocimiento de cultura latina y familiaridad moral con los liberales de la Reforma y la República Restaurada, a los que había leído cuidadosamente. El libro aportaba varios ejemplos históricos pertinentes sobre el poder absoluto, pero ninguno tan efectivo como el del propio zar mexicano. Era veneno puro transcribir para la opinión pública en 1909 los planes porfiristas de La Noria (1871) y Tuxtepec (1876), y recordar que la bandera con que había llegado Díaz al poder era, justamente, la no reelección: «Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder», proclamaba el chinaco Díaz en 1871, «y ésta será la última revolución». Lo cierto —escribía Madero— es que al general Díaz —por lo demás hombre moderado, honesto y patriota— lo obsesionaba desde entonces una idea fija: conquistar el poder

y retenerlo costara lo que costase. Sus paniaguados opinaban que era el hombre «necesario», «el buen dictador», pero el balance de sus treinta años de administración arrojaba —cuando menos en dos sentidos— números rojos.

En el frágil activo, Madero le reconocía, entre otras cosas, gran progreso material (aunque al precio de la libertad), algún auge agrícola (aunque no sin importación de cereales), industria boyante (aunque monopólica y subsidiaria), paz indudable (a costa de sacrificar la vida política). El pasivo, en cambio, era, en palabras de Madero, «aterrador»: la «fuerza bruta» en Tomochic, la esclavitud del pueblo yaqui, la represión de obreros en Cananea y Río Blanco, analfabetismo, concesiones excesivas a Estados Unidos y feroz centralización política. Llagas sociales, económicas y políticas que se traducían en algo peor: llagas morales. Según Madero, el poder absoluto había inoculado en el mexicano

«…la corrupción del ánimo, el desinterés por la vida pública, un desdén por la ley y una tendencia al disimulo, al cinismo, al miedo. En la sociedad que abdica de su libertad y renuncia a la responsabilidad de gobernarse a sí misma hay una mutilación, una degradación, un envilecimiento que pueden traducirse fácilmente en sumisión ante el extranjero…».

«Estamos durmiendo», profetizaba Madero, «bajo la fresca pero dañosa sombra del árbol venenoso… no hay que engañarnos, vamos a un precipicio.»[27]

Si don Porfirio tenía su idea fija (el poder), don Pancho tenía la suya (poner límites al poder). Con buena lógica, y en un lenguaje que hasta sus detractores consideraron «virilmente franco y accesible a todas las inteligencias», Madero proponía el remedio: restaurar las prácticas democráticas y la libertad política que iguala a los hombres

ante la ley; volver, en suma, a la Constitución del 57. Para ello había que organizar un Partido Nacional Democrático bajo el lema «Libertad de sufragio, no reelección». Díaz podía ser reelegido libremente, retirarse a la vida privada o, como transacción, podría seguir en la presidencia por un periodo más —hasta sus ochenta y seis años—, pero admitiendo la libertad de sufragio para la vicepresidencia y parte de las gubernaturas y cámaras. Lo que Madero proponía, en fin, era hacer efectivas las palabras del propio Díaz en la entrevista con Bulnes en 1903: «Usted no es capaz de encontrar un sucesor más digno… que la ley».[28]

El 2 de febrero de 1909, Madero envía su libro al «Gran Elector» con la pálida esperanza de volverlo, más bien, «el gran lector». Acompaña el libro de una carta firme, respetuosa, noble, en la que explícitamente le ofrece la inmortalidad histórica a cambio de la democracia:

«Para el desarrollo de su política, basada principalmente en la conservación de la paz, se ha visto usted precisado a revestirse de un poder absoluto que usted llama patriarcal… La nación toda desea que el sucesor de usted sea la Ley, mientras que los ambiciosos que quieren ocultar sus miras personalistas y pretenden adular a usted dicen que "necesitamos un hombre que siga la hábil política del general Díaz"… si por convicción, o por consecuentar con un grupo reducido de amigos, quiere usted perpetuar entre nosotros el régimen de poder absoluto, tendrá que constituirse en jefe de partido, y aunque no entre en su ánimo recurrir a medios ilegales y bajos para asegurar. el triunfo de su candidatura, tendrá que aprobar o dejar sin castigo las faltas que cometan sus partidarios y cargar con la responsabilidad de ellas ante la historia y ante sus contemporáneos… si me he tomado la libertad de dirigirle la presente, es porque me creo con el

deber de delinearle a grandes rasgos las ideas que he expuesto en mi libro, y porque tengo la esperanza de obtener de usted alguna declaración que, publicada y confirmada muy pronto por los hechos, haga comprender al pueblo mexicano que ya es tiempo de que haga uso de sus derechos cívicos y que, al entrar por esa nueva vía, no debe ver en usted una amenaza, sino un protector; no debe considerarlo como el poco escrupuloso jefe de un partido, sino como el severo guardián de la ley, como la grandiosa encarnación de la patria».[29]

En algún lugar de la Vía Láctea, «Raúl» y «José» sonrieron satisfechos.

NOTAS

16. Cosío Villegas, p. 472.

17. Taracena, p. 295.

18. Madero a su hermano Evaristo, 24 ago. 1906, en *Epistolario …,* vol. I, p. 166.

19. Madero a Calderón, 9 jun. 1905, en «Manuscritos de Francisco I. Madero-León de la Barra», Fondo X-l, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.

20. Comunicaciones de Francisco I. Madero con «José», en «Cuaderno manuscrito de Madero …».

21. Ibíd.

22. Ibíd.

23. Entrevista con Alida viuda de Madero (México, 1985); Madero a su padre, 16 may. 1906, en *Epistolario …,* vol. 1, p. 154; José C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero,* 2 vols. (México, 1960), vol. 1, p. 140.

24. Madero a su padre, 20 ene. 1909, *Epistolario …,* vol. 1, p. 297.

25. Ibíd., p. 298.

26. Madero a su padre, 8 ene. 1909, Ibíd., p. 293.

27. Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910* (México, 1908), pp. 237 y 284.

28. «Discurso de Francisco Bulnes pronunciado en la 3a. sesión de la Convención Nacional Liberal», en *El Imparcial,* 27 jun. 1903 (México), vol. XIV.

29. Madero a Díaz, 2 feb. 1909, en *Epistolario…,* vol. 1, p. 317; Ferrer de Mendiolea, pp. 58-59.

En ese momento Madero inicia la mayor enseñanza práctica de democracia ejercida por un hombre en toda la historia mexicana. El secreto del «Apóstol de la Democracia», como empezaba ya a conocérsele, era claro y sencillo: desplegar frente a la mística de la autoridad, encarnada en Porfirio Díaz, una mística inversa: la mística de la libertad. «Soy ante todo», solía repetir, «un demócrata convencido.»[30] Posteriormente, del 27 de febrero a mediados de junio de 1909, encabeza en la ciudad de México los trabajos del Centro Antirreeleccionista que se funda en mayo. Al mes siguiente aparece el primer número de *El Antirreeleccionista*, dirigido por el joven filósofo y abogado José Vasconcelos y en cuyas páginas colaboran Luis Cabrera, Toribio Esquivel Obregón y Federico González Garza. En junio se expide también el primer manifiesto del Centro, que firman, entre otros, viejos personajes de la oposición, como Emilio Vázquez Gómez, Filomeno Mata y Paulina Martínez. Para entonces Madero ha vendido ya una porción considerable de sus bienes —castigando el precio— para obtener liquidez. Así pudo financiar buena parte de los trabajos antirreeleccionistas e iniciar una serie de largos recorridos por la República acompañado de una escasa comitiva.[31]

La primera gira toca Veracruz (lo aclaman dos mil personas), Progreso (tres mil lo vitorean), Mérida, Campeche, Tampico, Monterrey (acuden tres mil personas) y concluye en San Pedro de las Colonias. En varios lugares, grandes y pequeños, por donde pasa, Madero funda un club antirreeleccionista. En septiembre viaja por su estado natal y recibe la buena nueva de que el general Reyes ha dejado plantados a sus partidarios aceptando del presidente una misión militar de segundo orden en Europa. En octubre,

exhausto por la tensión política y espiritual, Madero enferma y se recluye cinco semanas en Tehuacán, desde donde mantiene correspondencia abundantísima con cientos de simpatizantes de toda la República.

En diciembre, acompañado del elocuente Roque Estrada, inicia su segunda gira. Recorre Querétaro, Guadalajara (seis mil personas), Colima (mil), Mazatlán (dos mil en el Circo Atayde), Culiacán (donde declara: «Venimos a predicar la democracia»), Navojoa (lo recibe Benjamín Hill), Álamos, Guaymas (José María Maytorena encabeza a tres mil personas), Hermosillo, Nogales, Ciudad Juárez, Chihuahua (conoce a Pancho Villa), Parral (se le recibe con gran fiesta), Torreón, y vuelve a San Pedro de las Colonias.

El fervor político no le impide comunicarse con sus espíritus. Lo hace con infalible puntualidad. Tampoco desvanece en él al médico de almas. En aquel año de 1909, el gobernador de Coahuila —Jesús de Valle— y su hijo, Artemio de Valle Arizpe, lo vieron en una calle dando «pases curativos» a un borracho.

A principios de 1910, Madero funda el diario *El Constitucional*, que al poco tiempo encargaría a Heriberto Frías, y empieza una tercera gira por Durango (donde, desacertadamente, elogia la política de conciliación de Porfirio Díaz), Zacatecas, Aguascalientes (acuden ocho mil personas) y San Luis Potosí. En cada etapa, la comitiva es vitoreada, pero sufre las más variadas formas de obstrucción que le preparan las autoridades. Días antes de la convención nacional del partido, la obstrucción se intensifica. El gobierno central desarrolla una acción múltiple contra los intereses económicos de la familia Madero: interviene —sin éxito, porque el público sólo acepta su moneda— al Banco de Nuevo León, presiona al fundador de la dinastía, acusa

penalmente a Madero de «robo de guayule» y dicta contra él orden de aprehensión, que no se hace efectiva, entre otros azares, por la intercesión de Limantour, cerebro financiero del régimen de Díaz y amigo de los Madero.

En abril de 1910 Madero preside por fin la convención del Partido Antirreeleccionista, que capitaliza, además del propio, el impulso del reyismo sin Reyes. En su discurso, Madero advierte contra el fraude electoral: «La fuerza será repelida por la fuerza». Lo cierto es que Madero no quería la revolución, sino un cambio pacífico, electoral, democrático. Pero el día anterior a la convención había sostenido una entrevista con el propio presidente Díaz a raíz de la cual cambia, en definitiva, de parecer. Sintió que trataba con un «niño o un ranchero ignorante y desconfiado»: «No se puede hacer nada con él», pensó. Madero pidió garantías. Don Porfirio respondió que «tuviera confianza en la Suprema Corte», a lo cual Madero contestó no con un argumento sino con una «franca carcajada»: «Conmigo no dan resultado esas bromitas». A Adrián Aguirre Benavides le confió sus impresiones:

«Te aseguro que el general Díaz me causó el efecto de estar completamente decrépito; no le encontré ninguna de las cualidades que le encuentran quienes lo han entrevistado, pues ni me pareció imponente, ni hábil, ni nada. Por el contrario, tuve la oportunidad de "semblantearlo" por completo. Conocí todos sus proyectos, hasta los que tiene para dentro de unos dos o tres años, mientras que él no supo nada de los nuestros… no me impresionó absolutamente la entrevista que tuve con él y [creo] que más bien él ha de haber estado convencido de que no logró imponérseme y que no le tengo miedo. El general Díaz ha comprendido por fin que sí hay ciudadanos bastante viriles para ponerse frente a frente. Porfirio no es gallo, sin embargo habrá que iniciar una

revolución para derrocarlo».[32]

En mayo Madero inicia su cuarta gira. El ascenso del antirreeleccionismo es vertiginoso, los mítines son más riesgosos e intensos. En Puebla lo aclaman treinta mil personas; en Xalapa, diez mil; en Veracruz sostiene que su programa busca recuperar los derechos de los individuos, las libertades de los municipios y la autonomía de los estados. En Orizaba, escenario de la matanza de Río Blanco, pronuncia frente a veinte mil obreros uno de sus discursos definitorios de política social, anclado en el liberalismo clásico:

«Vosotros deseáis libertad, deseáis que se os respeten vuestros derechos, que se os permita agruparos en sociedades poderosas, a fin de que, unidos, podáis defender vuestros derechos; vosotros deseáis que haya libertad de emitir el pensamiento, a fin de que todos los que aman al pueblo, todos los que se compadecen de vuestros sentimientos, puedan ilustraros, puedan enseñaros cuál es el camino que os llevará a vuestra felicidad; eso es lo que vosotros deseáis, señores, y es bueno que en este momento, que en esta reunión tan numerosa y netamente democrática, demostréis al mundo entero que vosotros no queréis pan, queréis únicamente libertad, porque la libertad os servirá para conquistar el pan».[33]

De Veracruz siguió a Guanajuato, Jalisco y, otra vez, la capital de México. En cada lugar lo vitorean. Lo que Madero renueva es el ideal del liberalismo por el que muchos mexicanos habían luchado en las guerras de Reforma e Intervención. Hubo quien pensó que con él se acabarían los impuestos, los prefectos y las autoridades. «Lo inmenso de aquella arenga apostólica», recuerda su fiel amigo Roque Estrada, «era una tremenda sinceridad iluminada y una fe profundamente sentida por la causa.»[34] «Oyéndolo decir

tantas verdades», escribe Manuel Bonilla, «era evidente que encarnaba al verdadero apóstol.» No lo disuade la oposición familiar que encabeza el patriarca don Evaristo, quien, como prevención, lega casi todos sus bienes a la apolítica familia de su segunda mujer. Sin romper lazos con los parientes, Francisco acaba por convencer a los familiares más cercanos.

A principios de junio de 1910 emprende la que sería su quinta y última gira. En Saltillo y San Luis Potosí sufre serias hostilidades. Por fin, en Monterrey, el gobierno se decide a apresarlo. Además de iluminar aún más con ese hecho su aureola de apóstol, la acción —en la que quizá don Porfirio no tuvo injerencia directa, o si la tuvo demostró con ello la pérdida de sus facultades— era torpe, contraproducente y tardía. Madero había visitado ya 22 estados y fundado no menos de cien clubes. Era natural que encontrara los arrestos para escribir al presidente de modo abierto y usando palabras que debieron de herir las entrañas «paternales de Porfirio»:

«Con esa actitud se demuestra que usted y sus partidarios rehúyen la lucha en el campo democrático porque comprenden que perderían la partida. La nación no quiere ya que usted la gobierne paternalmente (como dice usted que pretende gobernarla)».[35]

Desde la prisión de San Luis Potosí, adonde se le traslada a fines de junio, Madero prosigue con un ritmo febril sus relaciones epistolares. A todos les infundía el mismo ánimo: «Pueden tener la seguridad todos ustedes de que no flaquearé ni un solo momento». Y no flaquea, en efecto, cuando los resultados electorales de los primeros días de julio le son adversos. Para no dejar expediente legal sin cubrir en el camino, su partido somete al Congreso un vasto y detallado memorial sobre el fraude en las elecciones que, por supuesto, no encuentra mayor eco. Para Madero, que escapa a San

Antonio, Texas, el 6 de octubre, y para sus correligionarios en toda la República y en el exilio, el destino se definió con la publicación extemporánea —en San Antonio, en octubre— del Plan de San Luis, que Madero había redactado en su cautiverio con la ayuda, entre otros, de un joven y casi anónimo poeta: Ramón López. Velarde. De sus cláusulas sobresalían la asunción de la presidencia provisional por Madero, el desconocimiento de los poderes federales, la restitución de terrenos a pueblos y comunidades despojados, y la libertad de los presos políticos:

«Conciudadanos», exhortaba Madero, «no vaciléis, pues, por un momento: tomad las armas, arrojad del poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres…».[36]

La arenga patriótica no nubló, por entonces, su sentido práctico. La revolución, que debía estallar el 20 de noviembre de 1910, contaba ya con un mapa de acción y delegados formales en cada sitio. El propio Madero podía invocar quizá, por las noches, a los espíritus propicios, pero en las mañanas escribía a Nueva York pidiendo noticias sobre sus acciones guayuleras… La clave era: una acción = 100 rifles Winchester.[37]

NOTAS

30. Ross, p. 59.

31. Santiago Portilla, *Una sociedad en armas* (México, 1995), pp. 53-66.

32. Madero a Aguirre Benavides, 20 abr. 1910, en *Epistolario …*, vol. II, p. 126.

33. «Discurso del señor don Francisco I. Madero, candidato a la presidencia de la República, pronunciado en los balcones del Hotel de France, el domingo 22 de mayo de 1910, en la ciudad de Orizaba, Veracruz», en Federico González Garza, *La Revolución mexicana. Mi contribución político-literaria* (México, 1936), p. 420.

34. Ross, p. 92.

35. Madero a Díaz, 14 jun. 1910, en *Epistolario …*, vol. 11, p. 178.

36. «Plan de San Luis», 5 oct. 1910, en González Garza, pp. 203-211.

37. Madero a Maurer, 8 nov. 1910, en *Epistolario* ..., vol. II, p. 311.

La mañana del domingo 20 de noviembre de 1910, diez hombres, incluido un guía, acompañan al líder de la Revolución a la frontera de Río Grande. En el sitio convenido debía esperarlo el tío Catarino Benavides con cuatrocientos hombres. Al llegar no encuentra a nadie; cuando el tío aparece, su contingente no es de cuatrocientos sino de diez. Con veinte hombres parecía difícil atacar Ciudad Porfirio Díaz. Para colmo, el mismo día llegan noticias sobre una reciente orden de arresto. Madero decide esconderse. A los pocos días viaja de incógnito a la ciudad de Nueva Orleans con su hermano Raúl (éste llevaba el mismo nombre del hermano muerto en 1887).

Para todos, menos para su caudillo, que entonces ignoraba buena parte de los levantamientos en su favor en Chihuahua, Sonora, Tamaulipas, Coahuila y Veracruz, la esperada Revolución parecía un fiasco. El conservaba la fe por razones místicas y también prácticas: desde el principio comprendió que al general Díaz sólo se le podía derrocar por las armas, pero para hacer efectiva la Revolución había sido indispensable la campaña democrática previa. Así había preparado a la opinión pública y justificado el levantamiento. A juzgar por la reacción que tuvieron sus giras, Madero pensó que la Revolución no podía fallar.[38] La prueba más extraordinaria de su fe está en las cartas que desde Nueva Orleans remitió a Juana P. de Montiú (seudónimo de su mujer). En una de ellas, fechada el 2 de diciembre de 1910, le informa que duerme bien, no perdona la siesta, lee en una biblioteca, hace ejercicios en la YMCA (Young Men's Christian Association), asiste a la ópera, además de decirle que:

«Nosotros estamos confiados en el resultado final de la

lucha y sobre todo tenemos la seguridad de que los acontecimientos siguen el curso que les ha trazado la Providencia …

»Ya ve mi cielito cómo no se me nota que tan grandes asuntos me preocupan, pues creo que de nada sirve quedarse uno meditabundo y triste; es mejor procurar distraerse a fin de que el espíritu, más descansado y más lúcido, puesto que no está entorpecido por la congoja, pueda resolver con mayor serenidad los arduos problemas que se le presentan».

F. López, seudónimo de su padre, recibió también líneas de esperanza:

«Esta tranquilidad me viene… de la certidumbre de que los acontecimientos siguen desarrollándose según los designios de la Providencia… ¿Por qué poner en duda esa intervención, únicamente porque un detalle de más o menos importancia no resulte como lo esperábamos?… Por lo demás, no sabemos cómo está el sur de México».

Tal vez había que seguir el ejemplo de Vicente Guerrero y acaudillar la Revolución en el sur. El 14 de diciembre, aún con datos escasos en que fundar su optimismo, escribe a su mujer:

«¿Crees tú que nuestros actos puedan tener sobre nosotros consecuencias dolorosas? No, eso no puede ser; es posible que nos vengan algunas contrariedades, pero no serán sino aparentes. Elevándonos un poco las apreciaremos debidamente, veremos su poca importancia y recobraremos la serenidad a que tenemos derecho, porque tenemos la conciencia tranquila, porque sabemos que obramos bien, que estamos cumpliendo con nuestro deber».

Nunca como entonces necesitaba Madero acopiar fuerzas y fe. Las halló, por supuesto, en su propio temple, pero también en una nueva lectura, cuidadosamente anotada, del *Baghavad Gita.* Los espíritus de Raúl y José —llamémosles así una vez

más— habían presidido sus dos épocas anteriores de tensión: el ascenso caritativo, de 1901 a 1902, y el político, de 1907 a 1908. A fines de 1910 y principios de 1911, en el exilio y en virtual incomunicación, Madero acudió a la inspiración, más clásica y tangible, de un libro.

En sus largas sesiones en la biblioteca de Nueva Orleans reunió varios apuntes con el título de *Comentarios al Baghavad Gita.* La obra, como se sabe, consiste esencialmente en un diálogo entre el príncipe Arjuna y el dios Krishna. Aquél duda en iniciar una batalla contra Dhristarashtra, rey de los kurús, porque en sus huestes militan amigos o conocidos y porque, en definitiva, Arjuna no odia a su enemigo. Krishna le incita a combatir y le revela uno a uno los secretos de la vida: la irrealidad de la muerte, el carácter deleznable del mundo de los sentidos, la necesidad de renunciación y una paradoja que debió de impresionar particularmente a Madero:

«…y en verdad te digo que la acción es superior a la inacción… es dificilísimo, ¡oh Arjuna!, renunciar a la acción sin antes haber servido por medio de la acción… Escucha mis palabras, ¡oh príncipe!; en verdad te digo que quien ejecuta la acción como un deber, sin apetencia por el fruto de la acción, renuncia a la acción al tiempo que la realiza».

En sus comentarios, Madero escribió que la paradoja de la acción-inacción se resolvía en la palabra clave: deber.

«Es, por consiguiente, posible llegar al grado máximo de virtud y evolución que puede alcanzar el ser humano, dedicándose a la vida ordinaria, a la profesional, a la agricultura, a los negocios, a la política y a todas las ocupaciones que exige la moderna civilización, así como la constitución de un hogar y de una familia; basta para ello unirse espiritualmente con el Ser Supremo, es decir, llegar al

resultado de que todos nuestros actos tengan un fin bueno y útil a la humanidad, o sea, que todos ellos estén en armonía con el Plan Divino, porque tienden a favorecer el bienestar del género humano y su evolución. Para lograr este resultado es indispensable, como dice el mismo versículo, «subyugarse a sí mismo», porque de otra manera las pasiones impiden tener la serenidad de espíritu y la rectitud necesarias para obrar siempre bien… Ya hemos explicado que por "renunciar al fruto de nuestras acciones" debe entenderse que al ejecutar cualquier acto meritorio no debemos hacerlo en vista de la recompensa que de él esperamos, sino por considerar que tal es nuestro deber.»

Deber que, en su caso, parecía tan claro, desinteresado y puro como la frase «liberar a la patria».

De vuelta en Texas, mientras preparaba su regreso a territorio mexicano, Madero llegó a alquilar una máquina de escribir para pasar en limpio sus *Comentarios al Baghavad Gita.* El 23 de febrero, en carta a su esposa, Madero revela haberse identificado aún más con Arjuna, su antiguo seudónimo, y tener la intuición de que su vida no peligra.

En febrero de 1911 Madero entra por fin en México con 130 hombres. Al poco tiempo acaudilla personalmente un ataque a Casas Grandes en el que es herido en un brazo. Durante un par de meses dirigirá, no siempre con orden y concierto, las operaciones revolucionarias. Sabe un poco, pero presiente más, que la lucha se ha extendido por la República. Las juntas revolucionarias de la franja fronteriza norteamericana operan con desahogo. El gobierno norteamericano no obstaculiza mayormente el flujo de armas. El cabildeo contratado en Washington comienza a surtir efecto. El sabotaje a las líneas telegráficas y férreas dificulta los movimientos de un ejército federal menos fiero de como lo

pintaban. Los hechos de armas se duplican de febrero a marzo y en abril abarcan ya 18 estados. En Nueva York, Washington y la frontera, el gobierno de Díaz se sienta a la mesa de las negociaciones.

En marzo, Limantour conferencia en Nueva York con el doctor Francisco Vázquez Gómez —agente confidencial del gobierno—, Francisco Madero padre y su hijo Gustavo sobre las condiciones de un arreglo. No se habla entonces de la renuncia de Díaz, pero sí de una democratización general en el gabinete, los estados, los poderes y las libertades públicas. En su mensaje del l0 de abril, el presidente intenta un golpe que en otras circunstancias, con otra edad y frente a un contrincante menos fervoroso que Madero, hubiera sido maestro: toma como suyas las banderas de la Revolución, incluido el «interesante» punto del reparto agrario, y remienda por completo su longevo gabinete. Cumplidas las condiciones, no había ya razón para que los «mexicanos lamentablemente equivocados o perversamente engañados» se negasen a deponer las armas. Madero, sin embargo, no da marcha atrás: no considera «suficiente garantía» una promesa de la administración y exige la dimisión del presidente Díaz y el vicepresidente Corral. Al enterarse de las declaraciones del presidente, el viejo don Evaristo Madero comienza a creer en el posible triunfo de «Panchito»; el 6 de abril de 1911, quizá con esa convicción, muere.

Las pláticas continúan. El 23 de abril se pacta un armisticio de cinco días frente a Ciudad Juárez. Dos enviados oficiosos del gobierno manejan la posibilidad de una diarquía casi bipartidista. El magistrado Francisco Carvajal trae, a principios de mayo, facultades plenas de negociación. La jefatura revolucionaria en pleno firma un acta de 14 puntos en la que detalla las condiciones del arreglo: entre otras, pago de haberes a las tropas revolucionarias, libertad a los presos

políticos, nombramiento por el Partido Revolucionario de los secretarios de Guerra, Instrucción Pública, Gobernación, Justicia, Comunicaciones y Obras Públicas. La renuncia de Díaz no estaba prevista en esos 14 puntos, pero sí se juzgaba necesaria.

En ese momento, Madero comienza a fluctuar. Firma el acta, al día siguiente se arrepiente y al poco tiempo se arrepiente de arrepentirse. Enfrentado a la dimisión de Díaz, presiente que se acerca el momento del triunfo y la necesidad de ejercer, por primera vez, el mando ejecutivo, no el de la oposición. Pero Madero sólo entiende el mando bajo el atributo de la magnanimidad. De ahí que —según Vázquez Gómez— insista en la conveniencia de que, aun en el caso de que se pida la renuncia del general Díaz, se haga «en forma en que no se le lastime, para ver si de esta manera se logra evitar mayor derramamiento de sangre…».

El 7 de mayo, en un manifiesto a la nación, el presidente admite que la rebelión de noviembre «paulatinamente ha ido extendiéndose», declara que «el espíritu de reforma ha invadido también la administración pública de las entidades federativas» y —acto decisivo— concede implícitamente la posibilidad de renunciar «cuando su conciencia le diga que al retirarse no entrega el país a la anarquía». Cualesquiera que fueran sus intenciones, el manifiesto fortalece la causa revolucionaria. Al día siguiente, frente a Ciudad Juárez, Madero duda una vez más. Desea que cese el fuego, pero sus tropas, comandadas por Pascual Orozco y Francisco Villa, lo rebasan.

El 10 la ciudad cae en manos de la Revolución:[39] Tres días más tarde, Orozco y Villa reclaman a Madero la vida del general Navarro, comandante federal de la plaza. Madero se niega a concedérsela y sale de sus oficinas. Minutos después,

«sudoroso y pidiendo agua para beber», llega a la casa en que se hospeda. El doctor Vázquez Gómez le pregunta: «¿De dónde viene usted tan agitado?», a lo que Madero responde:

«Vengo de llevar al general Navarro y a su estado mayor a la orilla del río, pues querían fusilarlos… Me los llevé en un automóvil hasta la margen del Bravo y de allí pasaron al otro lado».[40]

El 21 de mayo se firmaron finalmente los tratados de Ciudad Juárez, con los que concluía la Revolución. El presidente y el vicepresidente dimitirían de sus cargos antes del fin de mayo; el secretario de Relaciones, Francisco León de la Barra, asumiría la presidencia interina para convocar elecciones generales; el licenciamiento de tropas se efectuaría a medida que en cada estado se diesen condiciones de tranquilidad y orden. Cuatro días después, Porfirio Díaz presentaba su renuncia. «Estoy más orgulloso por las victorias obtenidas en el campo de la democracia que por las alcanzadas en los campos de batalla», proclamó entonces Madero.[41] Hasta ese momento tenía razón. La Revolución había sido particularmente incruenta. Nadie mejor que José Vasconcelos para expresar ese instante estelar de la pasión maderista:

«El propósito inicial de Madero era despertar el alma de la nación o crearle un alma a la pobre masa torturada de los mexicanos. No predicaba venganzas… lo movía el amor de sus compatriotas… A puertas abiertas empezó su carrera… nada de conspiraciones a la sombra; todo su corazón lo abrió a la luz y resultó que toda la República le cupo dentro».

NOTAS

38. Ramón Prida, *De la dictadura a la anarquía* (México, 1958), pp. 275-288; Taracena, *La verdadera Revolución mexicana, 1900-1911* (México, 1991); Hans Werner Tobler, *La Revolución mexicana. Transformación social y cambio político,*

1876-1940 (México, 1994); José C. Valadés, *Historia general de la Revolución,* 9 vols. (México, 1985), vol. I.

39. Charles C. Cumberland. *Madero y la Revolución mexicana* (México, 1981), pp. 140-176; Jorge Vera Estañol. *Historia de la Revolución mexicana. Orígenes y resultados* (México, 1967); Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas, 1909-19I3* (México. 1982), pp. 171-184.

40. Vázquez Gómez, p. 183.

41. Ross, p. 169.

Derrota en la victoria

La estrella maderista llegaba a su cenit. La algarabía del pueblo presagiaba todas las venturas para «el Apóstol». En cada estación se le aclamó. Por donde pasaba se oían aplausos, vivas, repique de campanas y cohetes. El 7 de junio de 1911 Madero hace su entrada triunfal en la ciudad de México, luego de un fortísimo temblor de tierra ocurrido en la madrugada.[42] Lo reciben cien mil personas eufóricas, la quinta parte de la población total. Dos palabras mágicas pintadas en las bardas y en las conciencias resumían el momento: «¡Viva Madero!». La esposa de un diplomático extranjero apuntó en su diario esta imagen del libertador de treinta y siete años: «Madero posee una sonrisa agradable y espontánea. Hay algo en él de juventud, de esperanza y de bondad personal».[43]

Aquélla era una fiesta de la libertad. Pero ¿cuáles eran las razones profundas de la algarabía? Daniel Cosío Villegas las expresó con sensibilidad y agudeza:

«La bandera maderista era una verdadera reivindicación, mucho más general y más honda de lo que han creído los propios apologistas de la Revolución. Era la reivindicación de la libertad individual para determinar la vida pública del país: era la reivindicación del individuo contra el poder opresor del Estado; de la ley ante la fuerza; del gobierno de instituciones contra el gobierno personal y tiránico; era el reconocimiento del viejo apotegma bíblico de que no sólo de pan vive el hombre, de que la satisfacción y el gusto del hombre proceden tanto del progreso material como de sentirse libre, incluso para resolver si quiere ese progreso, y en dónde, cómo y cuándo. Si se recuerda cuán vieja era la lucha del mexicano por la libertad; si se recuerda cuánto había sangrado por lograrla; si se recuerda que la tuvo en sus manos, hasta abusar

de ella, en la República Restaurada; si se recuerda, en fin, que durante el Porfiriato la pierde hasta olvidar su pura imagen; si se recuerda todo esto, tendrá que admitirse que el "sufragio efectivo" era una bandera revolucionaria con toda la flámula roja destinada a subvertir un orden de cosas».

No obstante, a la postre, aquella fiesta de la libertad resultaría engañosa. Era la derrota en la victoria. Antes que a manos de sus enemigos, Madero cayó víctima de su propia congruencia mística, ideológica y moral. Dicho así, parece extraño o paradójico. No lo es. Madero había dedicado toda su vida política a combatir el poder absoluto y el poder personal, a promover la democracia (el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo) y la libertad entendida como ausencia de coerción y como igualdad ante la ley. Con el tiempo, al hombre cuya idea fija era *liberar del poder* le llega el imperativo de ejercer el poder. Frente a sí tiene un dilema similar al de Morelos, que el propio Madero había recordado en *La sucesión presidencial en 1910:* conservar el poder como caudillo militar o instalar un poder por encima de su poder. Igual que Morelos, muerto por anteponer a su poder el del Congreso de Chilpancingo, y —lo que es más significativo— a sabiendas de este antecedente, Francisco I. Madero puso ante sí la Constitución del 57.

Pero era natural. Su deber, su *karma* —como él diría— había sido *liberar* a los mexicanos y darles la oportunidad de gobernarse. A esas alturas de la partida, a él no le tocaba jugar: era el turno de la nación, el turno de los demás jugadores del ajedrez democrático: jueces, legisladores, gobernadores, periodistas y electores en la capital, en cada estado, en cada municipio. Firme como libertador, le correspondía ser liberal como gobernante. Congruente con su visión del mundo, había «restablecido el imperio de la ley», había designado —como en aquellas palabras a Porfirio Díaz

— «al sucesor más digno: la ley». Sólo faltaba que el pueblo y, sobre todo, la clase política hicieran su parte.



«Madero inició la mayor enseñanza práctica de democracia ejercida por un hombre en toda la historia mexicana.» (E.K.)

Anónimo, *Francisco I. Madero votando. A su derecha, Francisco Madero padre*, octubre, 1911. Archivo Francisco I. Madero. Fondo Histórico Francisco I. Madero. SHCP.

Dos de sus biógrafos más solventes —Charles Cumberland y Stanley R. Ross— atribuyen dos errores capitales a Madero: la concesión del interinato presidencial a Francisco León de la Barra y el licenciamiento de las tropas revolucionarias. El interinato implicaba una vuelta al régimen porfiriano. De poco servía la remoción de algunos gobernadores si las legislaturas permanecían intactas y, por ende, adversas. Y nada más desalentador que licenciar a sus tropas: era tanto como privar de legitimidad a la Revolución. A la postre, Luis Cabrera tendría razón: «Un cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena». Pero Madero no era un cirujano sino un apóstol. Es significativo que así se le llamase en vida. Ponía toda su «fe en la capacidad del pueblo a gobernarse a sí mismo con serenidad y sabiduría». La única imposición que se permitiría era la no imposición. Ejercer la autocracia porfiriana —así fuese tenue o disfrazadamente— debió de parecerle, si es que alguna vez lo pensó, un suicidio moral. Prefirió esperar a que la vida pública mexicana mostrara madurez democrática y usara responsablemente la libertad. Esperó en vano.

Según el embajador alemán Von Hintze, el presidente De la Barra perseguía el objetivo de socavar la legitimidad del futuro régimen maderista.[44] Su mayor triunfo fue la escisión entre Zapata y Madero. El caudillo suriano confiaba en que Madero cumpliría la promesa de restitución de tierras hecha en el Plan de San Luis. Por su parte, Madero pretendía resolver el problema de modo paulatino, estudiado y pacífico, luego del licenciamiento de las tropas. A mediados de 1911 Madero viajó a Cuernavaca y Cuautla para entrevistarse con Zapata. Allí le aguardaba una recepción cariñosa y esperanzada. «La condición esencial es que usted debe continuar teniendo fe en mí como yo la tengo en usted», le

dijo Madero a Zapata. «Yo siempre seré el más fiel de sus subordinados», le respondió el otro.[45]

Pero el pacto entre los dos era dinamita para el porfirismo sin Porfirio. Los hacendados y el gobernador de Morelos presionaban a De la Barra. En el Senado y en la prensa de la capital se voceaba con histeria la «ferocidad del Atila del sur». El verdadero Atila comandaba a los federales en Morelos: Victoriano Huerta. Muy pronto quedó claro que Madero y De la Barra perseguían fines distintos.

El 15 de agosto de 1911, desde Cuernavaca, Madero pide al presidente De la Barra «amplias facultades» para viajar a Cuautla y arreglar personalmente con Zapata el licenciamiento de tropas. Al mismo tiempo, le anticipa las condiciones del ejército suriano: nombrar un gobernador y un jefe de armas nativos de Morelos que ofrezcan garantías; cualquiera menos Figueroa, el rival guerrerense de Zapata. Tres días después, Madero se traslada a Cuautla. Como prueba de confianza frente a Zapata, a quien ha llamado «integérrimo general», Madero lleva a su esposa. Desde allí informa al presidente que el licenciamiento empezaría tan pronto se cumpliesen algunos requisitos razonables: designar jefe de armas a Raúl Madero, traer tropas exrevolucionarias de Hidalgo, reconcentrar las tropas federales en Cuernavaca. Este punto era el más delicado, debido a la actitud de Huerta: «Difícil vencer la desconfianza… que no deja de estar justificada con la actitud asumida por el general Huerta, que sin órdenes expresas avanzó hasta Yautepec».[46]

El 19 de agosto, Madero envía dos comunicaciones. La primera muestra preocupación:

«Huerta y Blanquet son muy odiados en esta región, y como a mí me engañó el primero, estas gentes, en su desconfianza, llegan hasta temer que con cualquier pretexto

desobedezca al gobierno para provocar un conflicto, pues parece que es lo que desea».[47]

En el mismo texto, sugería ya que se instalara una Comisión Agraria Local. Horas más tarde, el tono cobra tintes de alarma. Huerta ha atacado Yautepec.

«Tengo datos y fundamentos suficientes para asegurar a usted que el general Huerta está obrando de acuerdo con el general Reyes, y no dudo que su proyecto será alterar el orden con cualquier pretexto y con fines nada patrióticos.»[48]

No sólo los zapatistas repudiaban a Huerta y Blanquet y desconfiaban de De la Barra. También la propia madre de Madero, doña Mercedes González Treviño, quien en esos días le escribe:

«El objeto de ésta es decirte… que quites las fuerzas federales. No andes con contemplaciones, imponte un poquito al mismo De la Barra, porque si no tendremos que batallar… hay que quitar a Huerta… a Blanquet haz por mandarlo lejos, están haciendo la contrarrevolución».[49]

Sin imponerse ni «un poquito» a De la Barra, Madero anuncia a éste su salida a Yautepec. La conducta de Huerta le parecía «algo sospechosa… atacó Yautepec contra órdenes de usted», recibiendo a tiros al presidente municipal, que iba con bandera blanca. Por fin, el 20 de agosto, De la Barra —el «presidente blanco»— da color: se detendría el avance federal, pero a condición de que Zapata depusiera las armas y licenciase sus tropas en veinticuatro horas. Por su parte, Madero insiste en la salida de Huerta y Blanquet: «Las noticias que usted ha recibido respecto a los desmanes de Zapata son grandemente exageradas… sé lo que se dice de Zapata en la ciudad de México», agregaba, «y eso no es exacto. Los hacendados lo odian porque es un obstáculo para la continuación de sus abusos y una amenaza para sus

inmerecidos privilegios».[50] De la Barra, en cambio, piensa que «es verdaderamente desagradable tratar con un individuo [Zapata] de tales antecedentes», reafirma sus condiciones y defiende a Huerta como «militar pundonoroso y leal».[51] El 25 de agosto Madero escribe a De la Barra una amarga carta en la que se queja de varios actos del presidente. Uno de ellos había sido el envío de Huerta al estado de Morelos.

«Para ponerle a usted el ejemplo más saliente me referiré al envío de Huerta a Morelos. Este general es bien conocido en todas partes por sus antecedentes reyistas. Usted ha visto el modo tan indigno como me trató en Cuernavaca, pues a pesar de que tenía instrucciones de usted de obrar de acuerdo conmigo, no sólo no lo hizo, sino que se burló de mí. Además, todos sus actos han tendido a provocar hostilidades en lugar de calmarlas. Pues bien, el nombramiento del general Huerta no fue sugerido por su actual subsecretario de Guerra, que era el indicado para ello, sino por personas extrañas, puesto que usted hizo la designación directamente. Comprendo que está usted, bajo el punto de vista constitucional, en perfecto derecho de hacerlo; pero si usted siguiera obrando de acuerdo con el partido nuestro, que es el 99 por ciento de la nación, hubiera preferido inspirarse con el subsecretario de Guerra, y no con personas extrañas.»[52]

Por si faltaran datos confirmatorios, Madero recordaba al presidente que Huerta había ofrecido ocho mil pesos al director de *El Hijo del Ahuizote* para que se hiciera reyista. Pero el punto más delicado no era la actitud de Huerta, sino la de los campesinos zapatistas, a quienes no se podía ni debía traicionar. Las condiciones pactadas por Madero eran las mismas de un principio. Aunque había salido de Morelos prometiendo a Zapata que sus demandas se cumplirían al llegar él a la presidencia, insistió a León de la Barra en la

necesidad de hacerlas efectivas cuanto antes:

«Usted comprende que en este caso sí va mi honor de por medio.

»Si yo intervine en este asunto, exponiendo mi vida, como a usted le consta, y haciendo grandes sacrificios, fue movido por el deseo de evitar un serio conflicto; pero no quise ir sin llevar las proposiciones de usted, que sabía yo serían admisibles para ellos.

»Esas condiciones las acordaron ustedes en Consejo de Ministros y me las comunicó usted en presencia de Ernesto [Madero].

»Si ahora no se cumple con lo que yo ofrecí en nombre de usted, con aprobación del Consejo de Ministros, yo quedo en ridículo, y no sólo eso, sino que pueden creer que fui a traicionarlos engañándolos y a esto sí no puedo resignarme, por cuyo motivo si no se cumplen esos compromisos contraídos en Morelos, en la forma que usted guste, pues deseo que el gobierno salve completamente su decoro; si no se arregla esto, digo, me veré en el forzoso caso de hacer declaraciones públicas a fin de que todo el mundo sepa cuál fue mi proceder en este caso.

»Le repito que esto último me será muy sensible; pero mi dignidad y mi honor me obligan a ello, pues yo nunca he sido de los políticos que van a engañar al adversario para desarmarlo; siempre he atacado a mis enemigos frente a frente».[53]

Para su desgracia, quizá por «no hacer declaraciones públicas» Madero cargó con un doble estigma en la mente de los zapatistas: no logró que sus condiciones se cumplieran y los «traicionó engañándolos». Sólo así se entiende la rapidez con que el movimiento suriano rompería con él en noviembre de 1911, a los pocos días de haber asumido Madero el poder.

Se ha dicho que, independientemente de las intrigas de De la Barra y el papel de Huerta en el avivamiento de la disputa, Madero no se avino con Zapata. Había entre ellos, ciertamente, una diferencia cultural importante. Zapata hablaba desde un pasado histórico remoto, reivindicaba derechos coloniales, un orden casi mítico de unión con la tierra. Madero era a fin de cuentas un liberal que no entendía la propiedad comunal de la tierra. Pero también era un demócrata, un cristiano igualitario que, al contrario de De la Barra, respetaba a Zapata. Madero y Zapata diferían en los procedimientos. Los separaron los hombres y los intereses. No obstante, en términos de dignidad humana sus fines no eran distintos.

El interinato se caracterizó por la ambigüedad. El triunfador de la Revolución había aceptado retardar la aplicación de los frutos de su victoria, renunciando de hecho a ejercer por un tiempo el poder. Al actuar de este modo, había sido el primero en negar la legitimidad revolucionaria. De poco le sirvió amparar su actitud en la legitimidad constitucional que pensaba haber rescatado. Los revolucionarios, en su mayoría, no lo entendieron así, y se sintieron confundidos, desilusionados e incluso traicionados. El antiguo régimen, casi intacto, vio la oportunidad de llenar el vacío y acopiar fuerzas para revertir, en su momento, la Revolución. Aun antes de llegar a la presidencia, Madero fallaba ante tirios y troyanos.

Toda la fuerza y sabiduría que había puesto al servicio de la liberación parecía volverse en contra suya al llegar el momento del mando. A mediados de 1911, cualquier distraído lector del mapa político podía advertir la madeja de contradicciones causadas por el hombre que hubiese servido mejor a su ideal empleando un adarme siquiera de malicia. Lo más notable, como prueban sus cartas a De la Barra, es que

Madero conocía cada movimiento de sus enemigos en el mapa político, pero confiaba en desvanecer su influencia imponiendo lentamente sobre ellos el sereno contorno de su mapa espiritual. Así, mientras en el mundo real los hombres manifestaban sus pasiones, Madero seguía viviendo, como le aconsejaba el espíritu en 1908, en «un mundo ideal», a tal grado que en 1911 publica, bajo el seudónimo de Bhima, un *Manual espírita* en el que reflexiona sobre la política como una derivación pura de la moral:

«Es indudable que si todos los hombres de bien hicieran a un lado sus egoísmos y se mezclasen en los asuntos públicos, los pueblos estarían gobernados sabiamente y serían los hombres de más mérito y virtud los que ocuparían los puestos más elevados; y es natural que hombres así harían el bien y acelerarían la evolución de la humanidad, no sucediendo lo mismo con los hombres malvados que con tanta frecuencia ocupan dichos puestos, porque a más de no gobernar sino en vista de sus propios y mezquinos intereses, dan un ejemplo pernicioso a las masas, que sólo ven recompensado el éxito obtenido aun a costa del crimen, y ello significa un estímulo para las malas tendencias, a la vez que un gran obstáculo para la virtud, porque, en tales condiciones, el hombre bueno y virtuoso es víctima de toda clase de persecuciones, mientras el malvado que se amolda a la situación es recompensado. En un país gobernado por hombres perversos, el vicio y el crimen son recompensados y la virtud perseguida, lo cual influye, poderosamente, en el ánimo de una gran mayoría que, insensiblemente, se acostumbra a considerar práctico y conveniente todo lo que tiende a armonizarla con tal situación, y sueños, utopía, locura, todo lo que signifique tendencias nobles y elevadas».[54]

Sin calibrar el desgaste político de aquellos largos y

ambiguos meses, Madero pensaba que, en una esfera superior a la política o en una esfera de política superior, su triunfo había sido tan absoluto y total como su fe. No eran el maderismo ni sus ejércitos los que habían vencido, sino la Providencia misma. Por eso no vacila en decretar la paz perpetua, el licenciamiento de tropas, el orden constitucional y la fraternidad general. Por eso su presidencia parecería, por momentos, una extraña y solitaria festividad en la que el presidente «sonríe siempre, invariablemente sonríe». Si había vencido al mismísimo don Porfirio, ¿cómo dudar de la virtud y la bondad puestas al servicio de la humanidad? ¿Y quién, ante tal oportunidad histórica, podía pensar que se trataba de «sueños, utopía, locura»?

NOTAS

42. Vicente T. Mendoza, *El corrido de la Revolución Mexicana* (México, 1990), p. 45.
43. Ross, p. 170; Edith O'Shaughnessy, *Huerta y la Revolución* (México, 1971).
44. Friedrich Katz, *La guerra secreta en México,* 2 vols. (México, 1982), vol. I, p. 61.
45. Ross, p. 184.
46. Cumberland. pp. 199-211; Ross, pp. 186-195.
47. Madero a De la Barra, 19 ago. 1911, en «Manuscritos de Francisco I. Madero-León de la Barra».
48. Ibíd.
49. Mercedes González Treviño a su hijo Francisco I. Madero. 18 ago. 1911, en Taracena, *Madero ...,* pp. 486-487.
50. Madero a De la Barra. 20 ago. 1911, en «Manuscritos de Francisco I. Madero-León de la Barra».
51. De la Barra a Francisco I. Madero, 20-21 ago. 1911, Ibíd.
52. Madero a De la Barra, 25 ago. 1911. Ibíd.
53. Ibíd.
54. Márquez Sterling, pp. 286-287.

Gobierno democrático

En noviembre de 1911, Madero llegó por fin a la presidencia, gracias a la votación más libre, espontánea y mayoritaria de la historia mexicana contemporánea. Gobernó quince meses, y con tales dificultades que, a la distancia, su periodo semeja más bien un milagro de supervivencia. Madero, hay que reconocerlo, no tenía un pelo de diplomático. No actuaba por cálculo sino por pálpito. Casi siempre parecía abstraerse de la realidad o transitar por encima de ella. Su gabinete —integrado por elementos heterogéneos en nombre de una conciliación ideal— fue inestable y poco eficiente. El Senado, que ejerció en su contra una tenaz oposición, desacreditó y paralizó los intentos de reforma. Aunque a partir de 1912 la legislatura era en su mayoría maderista, dominaba el veneno oratorio contra el Ejecutivo. Hubo problemas de gobierno en once estados. Pero nada tan irresponsable y persistente como el ataque de la prensa. Llovieron los chistes, los apodos, las caricaturas, los rumores:

«Al presidente Madero», escribió Manuel Bonilla, «lo acusaron aquellos periódicos, y muchos tribunos también, de ser corto de estatura; de no tener el gesto adusto y duro el mirar; de ser joven; de querer a su esposa y respetarla; de amar y respetar a sus padres; de no ser general; de decir discursos; de comer sujetándose a la dieta vegetariana por estar enfermo del estómago; de tener hermanos; de ser optimista; de no tener miedo; de haber saludado a Emiliano Zapata dándole un abrazo y de haberle dicho, tratando de atraerlo al sendero de la paz, que lo creía un hombre integérrimo; de no ser asesino; de estudiar el espiritismo y ser masón; de ser nepotista —sin fijarse en que su nepotismo lo ejerció para exponer a sus familiares a los riesgos de la guerra

—; de haber subido en aeroplano; de bailar, y naturalmente, de haber impuesto a Pino Suárez».[55]

Era una paradoja cruel que la prensa, cuyo sustento y razón de ser es la libertad de expresión, pidiese implícitamente, a lo largo de todo el régimen maderista, la vuelta al silencio porfiriano. No faltó quien sugiriese al presidente revivir la «Ley Mordaza», pero Madero se negó siempre a coartar la libertad de prensa, «tan necesaria», había dicho en agosto de 1911, «para que cumpla su alta misión». Mientras tanto, periódicos como *El Mañana* entendían que su «alta misión» consistía en sostener tesis como ésta: «¿Qué nos queda del orden, la paz, la prosperidad interna y del crédito, del respeto y prestigio en el extranjero que México gozaba bajo el gobierno del general Díaz?».[56] Por eso Gustavo, el influyente hermano de Madero, afirmaba que «Los diarios muerden la mano que les quita el bozal». El propio Francisco Bulnes —no precisamente un maderista— escribiría años después: «La prensa dirigía una campaña salvaje en favor del regicidio». No obstante, Madero, siempre congruente, rehusó el empleo de los métodos de la dictadura: «Prefiero hundirme en la ley que sostenerme sin ella».[57] En todos los casos mantuvo siempre una misma actitud: preservar el ideal democrático para que la impura realidad no lo alcanzara. También fue lamentable la mofa de algunos intelectuales. Desde 1910, José Juan Tablada —por lo demás, excelente poeta— había escrito la farsa llamada *Madero Chantecler*, que en algún momento proclamaba:

¡Qué paladín vas a ser!,
te lo digo sin inquinas.
Gallo bravo quieres ser,
y te falta, Chantecler,
lo que ponen las gallinas,

que fue justamente lo que nunca le faltó a Madero. Muy pocos intelectuales lo comprendieron; pocos, pero ilustres. Uno de ellos, el poeta Ramón López Velarde, que había colaborado en la redacción del Plan de San Luis, escribía en abril de 1912 estas líneas a un amigo escéptico:

«…yo sí soy de abolengo maderista, de auténtica filiación maderista y recibí el bautismo de mi vida política en marzo de 1910, de manos del mismo hombre que acaba de libertar a México… una de las satisfacciones más hondas de mi vida ha sido estrechar la mano y cultivar la amistad de Madero, y uno de mis más altivos orgullos haber militado como el último soldado del hombre que hoy rige el país… si la administración de Madero resultase el mayor de los fracasos, eso no obstante, sería yo tan lealmente adicto a Madero como le he sido desde la tiranía del general Díaz …

»No estaremos viviendo en una República de ángeles, pero estamos viviendo *como hombres*, y ésta es la deuda que nunca le pagaremos a Madero».

Además de la oposición política, Madero tuvo que afrontar —entre otras, y aparte de la zapatista— tres rebeliones particularmente serias: las de Bernardo Reyes, Pascual Orozco y Félix Díaz. En una entrevista con Madero, en julio de 1911, Reyes se había comprometido a luchar con lealtad democrática por el poder, pero poco tiempo después sus maniobras subversivas se volvieron un secreto a voces. Por fin, el 14 de diciembre de 1911, entra al país por la frontera norte. Era tarde. Durante toda la primera década del siglo un amplio sector del país hubiese respondido como un solo hombre al llamado de Reyes, pero después de su repetida y, por momentos, indigna sumisión ante Díaz, y luego del triunfo maderista, nadie le hizo eco. A los once días de su frustrada rebelión, el antiguo procónsul del noroeste se rinde

en Linares. Porfirio Díaz, el místico de la autoridad, lo hubiese fusilado; Madero, el místico de la libertad, lo confina en la prisión de Santiago Tlatelolco.[58]

En marzo de 1912 estalla en Chihuahua la rebelión de Pascual Orozco, una revuelta sin más programa que el resentimiento de aquél y sin más apoyo popular que el del terrateniente Terrazas. En un principio, los rebeldes derrotan a las fuerzas federales, bajo el mando del general José González Salas, quien, temeroso del arpón de la prensa, se suicida. Lo reemplaza el general Victoriano Huerta, que doblega al enemigo en Rellano, Bachimba y Ojinaga. En septiembre de 1912 Orozco huye a Estados Unidos, pero Huerta no puede saborear su triunfo: ha reñido con el presidente Madero a propósito de la supuesta insubordinación de Francisco Villa por la que él, Huerta, había ordenado un fusilamiento que el presidente conmuta. El 15 de septiembre Huerta se emborracha —según su hábito— en la cantina El Gato Negro de Ciudad Juárez y comenta a sus oficiales: «Si yo quisiera, me pondría de acuerdo con Pascual Orozco, y con veintisiete mil hombres iría a México a quitar a Madero de presidente». Al enterarse de la bravata, el general Ángel García Peña, nuevo ministro de Guerra, lo destituye del mando. Días más tarde Madero concede a Huerta el rango de general de división. Al hacerlo, no lo mueve, por esta vez, la bondad, sino la conveniencia de tenerlo aplacado. Con toda su aparente inocencia, Madero no olvidaba que su historia personal con Huerta estaba tapizada de traiciones.

En octubre de 1912 estalla en Veracruz la revuelta del «sobrino de su tío», como se conocía a Félix Díaz. Su programa era tan restaurador como su apellido: «Reivindicar el honor del ejército pisoteado por Madero». A los pocos días

el sobrino se rinde y es confinado en San Juan de Ulúa. En París, el tío pronuncia un epitafio para el sobrino: «Pobre Félix». Una vez más, Madero considera seriamente la necesidad de fusilarlo. Entonces la prensa y la «alta sociedad» le llaman déspota y tirano. Madero parece dispuesto a no ceder, pero de pronto se le interpone un artículo de fe en el credo democrático: la división de poderes. Invadiendo la jurisdicción militar, la Suprema Corte de Justicia ampara al sobrino, quien termina preso pero vivo.[59] Y así, de nueva cuenta, Madero falla ante tirios y troyanos: unos lo tildan de débil y vacilante, otros no le conceden siquiera el atributo de la piedad.

A pesar de haber doblegado estas y otras rebeliones, para finales de 1912 Madero se hallaba políticamente solo. Así lo percibió el embajador de Cuba, Manuel Márquez Sterling, quien a su arribo escuchó estas declaraciones:

«Ha venido usted en mala época, señor ministro; y pronto ha de ver al gobierno hecho pedazos y a Madero acaso navegando hacia Europa. Es un apóstol a quien la clase alta desprecia y de quien las clases bajas recelan. ¡Nos ha engañado a todos! No tiene un átomo de energía; no sabe poner al rojo el acero; y ha dado en la manía de proclamarse un gran demócrata. ¡No fusila, señor! ¿Cree usted que un presidente que no fusila, que no castiga, que no se hace temer, que invoca siempre las leyes y los principios, puede presidir? El mundo todo es mentira. ¿Cómo pretende Madero gobernarnos con la verdad? Si dentro del "Apóstol" hubiera un don Porfirio oculto y callado, México sería feliz».[60]

En realidad, el cuadro global del país era mucho menos alarmante de lo que el nostálgico interlocutor de Márquez Sterling afirmaba. El pueblo, que se había volcado con armas y con votos en apoyo de Madero, no había respondido a

ninguna de las rebeliones. Hasta en los hoscos dominios de Emiliano Zapata la revolución campesina cedía ante la política humanitaria y democrática del nuevo comandante de la zona, Felipe Ángeles. Los negocios seguían con normalidad, crecían los activos bancarios y las exportaciones, pero la realidad se contagiaba poco a poco de los rumores, las distorsiones y la atmósfera de desconfianza creada artificialmente por la prensa. La prueba perfecta de histeria la dio a mediados de 1912 el embajador norteamericano Henry Lane Wilson. En plena rebelión orozquista pidió con urgencia a su gobierno que evacuase por mar a los «refugiados» de su nacionalidad. Dudando un poco de las alarmas de Wilson, el Departamento de Estado envió a las costas de Sinaloa un barco —el *Buford*— con capacidad para quinientas personas. Para sorpresa de la tripulación, los «refugiados» del anárquico país sumaban sólo 18 individuos. El incidente provocó la mofa del *The Times* de Londres:

«El gobierno de Washington… alarmado ante la noticia de inminentes estallidos antinorteamericanos, envió recientemente un crucero a lo largo de la costa del Pacífico para recoger a los refugiados. Los únicos refugiados recogidos hasta ahora, sin embargo, parecen ser personas que deseaban viajar gratis hasta San Diego. Otras historias alarmantes han resultado, al ser investigadas, igualmente exageradas».[61]

La histeria ocultó también la obra del régimen. «Importa tanto», decía Vasconcelos, «dar a conocer lo que Madero intentó, proyectó, y todo lo que no le dejamos realizar».[62] Al mes de haber llegado a la presidencia creó el Departamento de Trabajo. Propició la Primera Convención de la Industria Textil, que reglamentó y humanizó el trabajo en las fábricas. Madero fue el primer presidente que legalizó la libertad sindical y de huelga. En su periodo se creó la Casa del Obrero

Mundial.

Sobre su política agraria, las opiniones de los historiadores se dividen. Comparada con la de Cárdenas, ciertamente, la actividad de Madero palidece; pero, en lo económico, su proyecto para el campo no se diferencia mucho del que llevarían a cabo Obregón y Calles, y en lo político era sin duda más respetuoso de la autonomía local. «Estoy de acuerdo», escribió en 1909, «en que la división de la propiedad contribuirá gradualmente al desarrollo de la riqueza nacional… será una de las bases más fuertes de la democracia.» Como buen administrador, lo planeó todo e hizo mucho: propuso la educación agrícola, reorganizó el crédito al campo, proyectó la colonización, la conservación de recursos forestales y el deslinde y venta de tierras nacionales, y creó siete estaciones de experimentación agrícola. No le importaba únicamente la productividad: también la justicia. Así lo comprobó el agudo economista porfiriano Carlos Díaz Dufoo, al entrevistarse con Madero a mediados de 1912.

«El señor Madero me explicó su intención y lo que de mí esperaba. A borbotones y algo incoherentemente me expuso su pensamiento generoso. Él había visto los sufrimientos de la gleba agrícola y se sentía impresionado por su condición social y económica. Sobre todo le sublevaba el estado de servidumbre en que, por razón de los "anticipos" [préstamos en especie], yacían los campos. "¿No habría modo", me decía, "de limitar esos anticipos de modo que no enajenen su libertad como sucede ahora? Usted no sabe cómo esclavizan esos 'anticipos' a los pobres braceros agrícolas."

»En resumen lo que el señor Madero quería era una ley que hiciera añicos la situación que en un determinado periodo de la evolución de los pueblos marca el régimen del trabajo. ¿Podía o no podía hacer el Poder Público este milagro?»

La idea de convertir la restauración de tierras ejidales y la expropiación en técnicas de reforma agraria tomó carta de legitimidad también en tiempos de Madero. Pacíficamente, el grupo renovador de la Cámara, acaudillado por Luis Cabrera, lo convencía de que «la Revolución es la Revolución». Ningún testimonio mejor para probarlo que el de Andrés Molina Enríquez.

«El gobierno de Madero debería ser considerado como el gobierno más agrarista que hemos tenido. Éste duró un año, y si hubiera durado los cuatro de su periodo, la cuestión agraria probablemente hubiese sido resuelta. La gran masa de la nación siempre ha creído eso, y por ello ha llorado sobre la tumba de Madero.»[63]

En otros ámbitos de la política social y económica, el avance era igualmente claro: se abrieron escuelas industriales y rudimentarias, comedores escolares y museos, como el de Apatzingán; se llevó a cabo el Primer Congreso de Educación Primaria. Se dieron nuevas concesiones ferrocarrileras en el sureste; se creó la inspección de caminos, carreteras y puentes; se iniciaron los trabajos de las carreteras México-Puebla, México-Toluca e Iguala-Chilpancingo. Se impuso una nueva política fiscal a las compañías petroleras.[64]

Con ser tantos, los cambios mayores no ocurrieron en el ámbito material sino en el político. Madero respetó escrupulosamente la independencia de poderes: nunca intervino en el poder judicial, propició la más amplia pluralidad en el legislativo (donde efímeramente pudo tener voz y voto el Partido Católico) y no movió un dedo para acallar al cuarto poder: la prensa. Mediante una ley electoral, introdujo el voto universal y directo. Otra de sus viejas preocupaciones, «devolver a los ayuntamientos su personalidad política», fue objeto de estudio por una

comisión especial, pero Madero no necesitó su dictamen para respetar el federalismo. A su gestión se debe la política de descentralización más decidida y clara de la historia reciente. Durante su régimen, sin la tutela del centro, el gobernador de Chihuahua, Abraham González, inició una reforma fiscal, creó tribunales de arbitraje laboral, incrementó la productividad agrícola, desterró de las haciendas las tiendas de raya (donde compraban productos los peones, en condiciones que propiciaban su endeudamiento) e impulsó el municipio libre. En Coahuila, desembarazada ya de rurales, burócratas y señoritos de la capital, Venustiano Carranza expidió una ley catastral, gastó ¡375.000 pesos! en educación, acabó con los odiados prefectos, forzó a los hacendados a cultivar o a vender y, en fin, se rodeó —no sin tensiones con Madero— de un contingente militar propio que le permitiría, meses después, combatir a Huerta. En su último informe al Congreso, Madero mencionó avances en su política internacional (revaloró las relaciones con Latinoamérica), pero, a la luz del monstruoso centralismo posterior, nada parece más sabio que su deliberado intento de descentralización. Incluso en términos sociales, ¿no merecía el mosaico agrario mexicano un trato discriminado y autónomo en cada región, como proponía Madero? Su mayor prenda de orgullo era la congruencia entre su programa revolucionario y su política:

«…el Ejecutivo federal… ha respetado la ley, a cuyo amparo ha puesto aun los derechos de sus propios enemigos… los más sañudos enemigos de la Revolución, los que la combaten en el campo de la política, deben confesar que, gracias a ese movimiento que hoy condenan, pueden ejercer derechos consagrados por la Constitución que en épocas anteriores rara vez podían ejercitarse».[65]

Sólo esa congruencia explica la fuerza interna de su mensaje al Congreso de septiembre de 1912:

«…si un gobierno tal como el mío… no es capaz de durar en México, señores, deberíamos deducir que el pueblo mexicano no está preparado para la democracia y que necesitamos un nuevo dictador que, sable en mano, silencie todas las ambiciones y sofoque los esfuerzos de aquellos que no entienden que la libertad florece solamente bajo la protección de la ley».[66]

Para Madero, como se ha dicho, era evidente que *su* deber trascendental había sido dar la libertad política al pueblo mexicano. A su juicio, el deber del pueblo mexicano consistía en ejercerla con responsabilidad. No podía, por definición, forzar ese ejercicio: sólo podía propiciarlo, a riesgo de que la libertad se devorase a sí misma. La pureza de sus convicciones no le impedía ver las posibles soluciones intermedias, pero debió de estimar indigno ceder a ellas. No hay en su actitud la menor sombra de ingenuidad o inocencia: ambas presuponen miedo, algo que Madero apenas conocía. Hay, eso sí, incapacidad para el arte de la política, para la relojería de los medios y los fines. Misteriosa incapacidad del «Apóstol» que, como en otros momentos de la historia humana, ahoga por la fuerza de su propia coherencia la realización práctica de su apostolado.

NOTAS

55. Manuel Bonilla Jr., *El régimen maderista* (México, 1962). p. 11.

56. Ross, pp. 223-224.

57. Ibíd. p. 225.

58. Cumberland, pp. 213-238; Prida, pp. 368-437; Ross, pp. 239-262; Taracena, pp. 555-581; Valadés, vol. II, pp. 64-115; Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana. Planes políticos y otros documentos* (México, 1974).

59. Luis Liceaga. *Félix Díaz* (México, 1958).

60. Márquez Sterling, pp. 324-325.

61. Cumberland, p. 230; Francisco Bulnes, «Los tremendos idealistas trágicos», en *Los grandes problemas de México* (México, 1970), pp. 62-68; Katz, vol. 1, pp. 116-142; Márquez Sterling, pp. 343-377; Ross, pp. 220-225.

62. Prólogo de José Vasconcelos en Taracena, p. xiv.

63. Ross, p. 235.

64. Ferrer de Mendiolea. pp. 124-133; Andrés Molina Enríquez, *La revolución agraria de México de 1910 a 1920,* 5 vols. (México, 1933-1937), vol. V, pp. 11, 122-123; Ross, pp. 226-238; Vasconcelos, *Breve historia de México* (México, 1937), pp. 534-535.

65. William H. Beezley, «Francisco I. Madero», en Douglas Richmond y George Wolfskill (comp.). *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist Views of the Leaders* (Austin, 1979), pp. 3-24; Cumberland, pp. 239-262; «Discurso de Francisco I. Madero, el 16 de septiembre de 1912, en la apertura de sesiones del Congreso», en *Los presidentes de México ante la nación, 1821-1966,* 4 vols. (México. 1966), vol. III. pp. 22-43.

66. «Discurso de Francisco I. Madero, el 16 de septiembre de 1912…», Ibíd.

Está en la naturaleza trágica de los apóstoles que su calvario se conozca mejor que su obra, o que, en cierta forma, su calvario sea su obra. De ahí que la Decena Trágica constituya el episodio más conocido del maderismo. Todos tenemos grabadas las imágenes centrales.[67] Manuel Mondragón parte de Tacubaya el domingo 9 de febrero de 1913 para liberar a Félix Díaz y Bernardo Reyes. Los aspirantes del Colegio Militar, que han tomado Palacio Nacional por orden de los conspiradores, ceden ante la arenga del fiel general Lauro Villar. Esto no lo sabe el general Reyes, quien, creyendo franca la entrada en Palacio, muere a sus puertas. Para infortunio del presidente, Villar es herido. Madero baja a caballo desde el Castillo de Chapultepec, escoltado por cadetes del Colegio Militar (Casasola le toma la más dramática y quijotesca de sus fotos). Díaz y Mondragón se apoderan de la Ciudadela, con parque suficiente para resistir largo tiempo. Madero cede a los ruegos y a las patéticas confesiones de lealtad que le hace Victoriano Huerta y le encomienda la comandancia militar de la plaza en sustitución de Villar. La ciudad vive días de angustia, estruendo y muerte. El día 11 hay más de quinientos muertos y heridos. Se entabla un bombardeo continuo entre federales y alzados, pero los observadores perciben movimientos extraños: Huerta sacrifica hombres, pero se resiste a tomar la Ciudadela; Díaz y Mondragón sacrifican hombres, pero sus obuses no dañan puntos claves de la plaza. Pocos saben del arreglo que se fragua en silencio bajo el manto protector del embajador norteamericano Henry Lane Wilson. Desde el principio éste ha odiado a Madero. Sus informes al Departamento de Estado son un compendio perfecto de arrogancia, mentira calculada e histeria. El propio presidente norteamericano Taft desconfía

de Wilson. El embajador, no obstante, pasa de la campaña de descrédito a la intervención. Ese día escribe a su colega alemán, Von Hintze:

«El general Huerta ha estado sosteniendo negociaciones secretas con Félix Díaz desde el comienzo de la rebelión; él se declararía abiertamente en contra de Madero si no fuera porque teme que las potencias extranjeras le habrían de negar el reconocimiento… yo le he hecho saber que estoy dispuesto a reconocer cualquier gobierno que sea capaz de restablecer la paz y el orden en lugar del gobierno del señor Madero, y que le recomendaré enérgicamente a mi gobierno que reconozca tal gobierno».[68]

Henry Lane Wilson está en el centro mismo de la conjura: pone contra Madero a parte del cuerpo diplomático, profiere por su cuenta amenazas infundadas de intervención militar, evita todo posible armisticio. Para él Madero es, textualmente, un «tonto», un «lunático» a quien «sólo la renuncia podrá salvar». «La situación», comenta al ministro de Cuba, «es intolerable: *I will put order* [yo pondré orden].»[69] Y tiene que hacerlo rápidamente: el 4 de marzo tomará posesión Woodrow Wilson como presidente de Estados Unidos y el cuadro cambiará en favor de Madero.

Por su parte, Madero no se inmuta. Sigue siendo, ante todo, hombre de fe. Recuerda cómo en 1871 Juárez resistió en la ciudad de México el embate rebelde de Porfirio Díaz gracias al apoyo de Sóstenes Rocha, y está dispuesto a reencarnarlo. Y si había vencido a don Porfirio, ¿cómo no derrotaría a los generales sublevados? Por lo demás, el día 16 llegaba a sus manos un telegrama del presidente Taft en el que, si bien se reflejaba cierta preocupación, se descartaba oficialmente cualquier peligro de intervención. Días después, con el telegrama en la mano, responde a los senadores que —como

los diplomáticos— le pedían infructuosamente la renuncia: «No me llama la atención que ustedes vengan a exigirme la renuncia porque, senadores nombrados por el general Díaz y no electos por el pueblo, me consideran enemigo y verían con gusto mi caída».[70]

No estaba dispuesto a dimitir. «Moriría, si fuera necesario, en cumplimiento del deber.» A su leal amigo José Vasconcelos le confía por aquellas fechas:

«Luego que esto pase cambiaré de gabinete… sobre ustedes los jóvenes caerá ahora la responsabilidad… verá usted, esto se resuelve en unos días, y en seguida reharemos el gobierno. Tenemos que triunfar porque representamos el bien».[71]

Representaba el bien, pero esta vez no triunfaría. Su hermano Gustavo y el tribuno Jesús Urueta descubren por azar, el día 17, que Huerta está en arreglos con Díaz. Gustavo en persona prende a Huerta y lo lleva ante Madero. El presidente presta oídos a los ruegos de Huerta, que niega su participación en la conjura y promete apresar a los rebeldes en veinticuatro horas. Es el momento clave. Madero toma una decisión suicida. A pesar de los antecedentes porfiristas y reyistas de Huerta, a pesar de la indignidad y la burla con que lo había tratado en el asunto de Morelos en agosto de 1911, a pesar de que su propia madre le había prevenido alguna vez sobre el «contrarrevolucionario» Huerta, a pesar de las bravatas de Huerta en Ciudad Juárez, a pesar de los rumores de una reunión temprana de Huerta con Díaz en la pastelería El Globo y a pesar, ahora, de confirmarse sus arreglos con los rebeldes, Madero libera a Huerta y le concede las veinticuatro horas que solicitaba para probar su lealtad. ¿Por qué lo hizo? Acaso, como creía Vasconcelos, porque la víspera de la derrota injusta sobreviene en el hombre de bien una especie de parálisis.[72] Quizá como un reto a la Providencia, que

siempre le había sonreído. O por ofrecer la otra mejilla, o por amar al enemigo, o tal vez por efectuar el primer acto abierto y deliberado de sacrificio. La respuesta pertenece al dominio de la mística, no al de la política.

Huerta y Blanquet cierran el cerco de la traición. El segundo —cuyos antecedentes turbios tampoco desconocía Madero— lo toma prisionero el día 18, luego de una balacera sangrienta en Palacio Nacional. Madero lo abofetea e increpa: «Es usted un traidor». Blanquet contesta: «Sí, soy un traidor».[73] Mientras tanto, Huerta ha invitado a Gustavo Madero a comer en el restaurante Gambrinus, donde con una treta lo desarma y apresa. Al poco tiempo Gustavo —a quien por tener un ojo de vidrio apodaban «Ojo Parado»— y el intendente de Palacio, Adolfo Bassó, son conducidos al calvario de la Ciudadela. El ministro cubano Manuel Márquez Sterling, a quien México debe no sólo la protección de Madero sino un libro conmovedor, *Los últimos días del presidente Madero*, relata la escena:

«Gustavo y el intendente Bassó, en un automóvil del Ministerio de la Guerra, van a la Ciudadela, postas de carne a la jauría. Burlas, injurias, rugidos anuncian la llegada. Un individuo llamado Cecilio Ocón es el juez que interroga a los reos. Gustavo rechaza las imputaciones que le hacen sus enemigos e invoca sus fueros de diputado. Pero Ocón, después de condenarlo, con Bassó, al cadalso, abofetea brutalmente a Gustavo: "Así respetamos nosotros tu fuero…", le dijo. Intervino Félix Díaz y fueron llevados los presos a otro departamento de la Ciudadela. Pero la soldadesca, envalentonada, los persiguió en comparsa frenética y rugiente. Unos befan a Gustavo, otros descargan sobre el indefenso político sus puños de acero y lo exasperan y lo provocan. Gustavo intenta castigar a quien más lo humilla. Y

un desertor del Batallón 29, Melgarejo… pincha, con la espada, el único ojo hábil de Gustavo, produciéndole en el acto la ceguera. La soldadesca prorrumpió en salvaje risotada. El infame espectáculo resultábale divertido. Gustavo, con el rostro bañado en sangre, anda a tientas, tropieza y vacila; y el feroz auditorio le acompaña a carcajadas. Ocón dispone entonces el cuadro que ha de fusilarlo. Gustavo, concentrando todas sus energías, aparta al victimario que pretende encarnecerlo. Ocón, rabioso, lo sujeta por la solapa de la levita; pero es más fuerte su adversario; y pone fin, al pugilato, la pistola. Más de veinte bocas de fusil descargaron sobre el mártir agonizante que, en tierra, sacudía el postrer suspiro. "No es el último patriota", exclama Bassó. "Aún quedan muchos valientes a nuestras espaldas que sabrán castigar estas infamias." Ocón se vuelve al intendente con la mirada turbia y el andar inseguro; señala, con un dedo, y dice: "Ahora, a ése".

»El viejo marino, recto el talle, se encamina al lugar de la ejecución. Uno de los verdugos pretende vendarlo. ¿Para qué? "Deseo ver el cielo", dijo con voz entera; y alzando el rostro al espacio infinito, agregó: "No encuentro la Osa Mayor… ¡Ah, sí!, ahí está resplandeciente…" y luego, despidiéndose: "Tengo sesenta y dos años de edad. Conste que muero a la manera de un hombre". Desabotonó el sobretodo para descubrir el pecho y ordenó: "¡Hagan fuego!", como si quisiera alcanzar a Gustavo en los umbrales de otra vida, más allá de la Osa Mayor…».[74]

Con el presidente y el vicepresidente en la cárcel, Henry Lane Wilson no pierde tiempo y concierta el Pacto de la Embajada entre Huerta y Díaz, mediante el cual ambos serían presidentes sucesivos. Según palabras del diplomático alemán, «el embajador Wilson elaboró el golpe. El mismo se pavonea

de ello». A sabiendas ya del sacrificio de Gustavo, el secretario de Relaciones, Pedro Lascuráin, se acomide a lograr la dimisión de Madero y Pino Suárez. Creyendo que con aceptarla detendría el baño de sangre y salvaría de todo riesgo a su familia, Madero mismo redacta serenamente su renuncia. Fue su primera y última flaqueza de hombre, no de apóstol. A Márquez Sterling le hizo entonces unas confidencias humildes y autolesivas:

«Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo… la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse… Ministro,… si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos que no sean “medias tintas”… he cometido grandes errores… pero ya es tarde…»[75]

Al poco tiempo, Lascuráin sería presidente por cuarenta y cinco minutos y renunciaría a favor de Huerta, quien así creía guardar las formas constitucionales. Entre tanto, desde la oscura intendencia de Palacio, Pino Suárez escribe a su amigo Serapio Rendón:

«Como tú sabes, hemos sido obligados a renunciar a nuestros respectivos cargos, pero no por eso están a salvo nuestras vidas. En fin, Dios dirá. Me resisto a creer que nos inflijan daño alguno después de las humillaciones de que hemos sido víctimas. ¿Qué ganarían ellos con seguirnos afrentando?

»Dícese que mañana se nos conducirá a la Penitenciaría… El presidente no es tan optimista como lo soy yo [acerca de las perspectivas, del traslado], pues anoche, al retirarnos, me dijo que nunca saldremos con vida de Palacio. Me guardo mis temores para no desalentarlo… Pero ¿tendrán la insensatez de matarnos? Tú sabes, Serapio, que nada ganarán, pues más grandes seríamos en la muerte que hoy lo somos en vida».

Quizá aunque hubiese querido, Pino Suárez no podía ya desalentarlo. «Huerta no cumplirá su palabra… advierte Madero a Márquez Sterling: el tren que debería llevarlo a Veracruz, donde lo esperaba un crucero para asilarlo en Cuba, «no saldrá», admitía, «a ninguna hora».[76] Y no obstante los ruegos de la esposa de Madero, Henry Lane Wilson no mueve un dedo para salvarlo. El 19 de febrero el embajador escribe a Washington: «El general Huerta me pidió consejo acerca de si sería mejor mandar al expresidente fuera del país o colocarlo en un manicomio. Le repliqué que debía hacer lo que fuera mejor para la paz del país».[77]

Entreviendo la posibilidad de su sacrificio, aunque ignorante aún del de su hermano Gustavo, Madero encuentra ánimos para bromear con el ministro Márquez Sterling la noche del 21 de febrero; en que éste lo acompañó en su cautiverio. El embajador lo vio dormir «un sueño dulce» que no perturbó siquiera la confirmación, a las cinco y media de la mañana, de que «lo del tren era», en palabras textuales de Madero, «una ilusión».

Basado en el testimonio de Felipe Ángeles, que convivió con Madero y Pino Suárez en la Intendencia de Palacio, desde la que salieron la noche siguiente para ser asesinados, Manuel Márquez Sterling describió la hora final:

«Aquella tarde, la del crimen, había instalado el gobierno, en la prisión, tres catres de campaña, con sus colchones, prenda engañosa de larga permanencia en el lugar. Sabía ya Madero el martirio de Gustavo, y, en silencio, domaba su dolor. Sobre las diez de la noche, se acostaron los prisioneros: a la izquierda del centinela, el catre de Ángeles; el de Pino Suárez al frente; a la derecha, el de Madero. Don Pancho, envuelto en su frazada —refiere Ángeles, ocultó la cabeza. Apagáronse las luces. Y yo creo que lloraba por Gustavo».[78]

A los pocos minutos, un oficial llamado Chicarro penetró con el mayor Francisco Cárdenas y ordenó a Madero y Pino Suárez que los acompañaran a la Penitenciaría. Con huella de lágrimas en el rostro, «don Pancho» abrazó al fiel Ángeles y subió al auto que lo llevaría a la muerte.

El encargado británico del Foreign Office envió meses después a su gobierno la investigación detallada de los asesinatos:

«A las cinco de la tarde de ese día, cierto ciudadano británico que se dedica al arriendo de automóviles recibió un mensaje telefónico de parte de un conocido y muy acaudalado terrateniente mexicano llamado Ignacio de la Torre, que es yerno del general Porfirio Díaz. El mensaje decía que enviara cuanto antes un carro grande a su casa. La orden fue cumplida, siendo el carro conducido por un chofer mexicano. Tras una larga espera, se le indicó que se dirigiera al Palacio Nacional, y a las 11 p.m. Madero y Pino Suárez fueron sacados y subidos al automóvil, que fue escoltado por otro vehículo en el cual iba una guardia de rurales bajo el mando de un tal mayor Cárdenas. Durante meses este oficial había estado a cargo de los hombres destacados para proteger la hacienda del señor Ignacio de la Torre, en las cercanías de Toluca. Entiendo que sentía un cálido afecto personal y mucha admiración por el general Porfirio Díaz y que había jurado vengar su derrocamiento. Los automóviles avanzaron por un camino tortuoso en la dirección de la Penitenciaría, pero pasaron de largo la entrada principal y continuaron hasta el extremo más apartado del edificio, donde se les ordenó detenerse. Comenzaron entonces algunos disparos que pasaban por el techo del automóvil; y el mayor Cárdenas hizo que sus dos detenidos descendieran de su vehículo. Mientras bajaba Madero, Cárdenas le puso su revólver a un lado del cuello y lo mató de un balazo. Pino Suárez fue

conducido hasta el muro de la Penitenciaría y fusilado ahí. No hubo intentos de escapar por parte de ellos, y parece bastante seguro que no se produjo ningún intento real de rescatarlos».[79]

Una leyenda no confirmada asegura que, al salir de la Intendencia, Madero llevaba consigo sus *Comentarios al Baghavad Gita.* ¿Qué pensaría en sus últimos momentos? ¿Hallaría consuelo en la mística del desprendimiento que Krishna predicaba a Arjuna? ¿O su última estación le parecía incomprensible? Era, en cualquier caso, como el calvario de un niño.

A raíz del horrible crimen, el tigre que tanto temió Porfirio Díaz despertó con una violencia sólo equiparable a la de la guerra de Independencia. Los viejos agravios sociales y económicos del pueblo mexicano impulsaron sin duda la lucha; pero en aquella larga, dolorosa y reveladora guerra civil, además de la venganza había también un elemento de culpa nacional, de culpa histórica por no haber evitado el sacrificio de Madero.

No era la primera vez en la historia que una sociedad crecía y maduraba llevando sobre sus espaldas la muerte de un justo. (Antonio Caso, que cargó su féretro, lo llamó, por primera vez, San Francisco Madero.) Pero quedaba —y queda aún— la duda: con toda su magnanimidad, ¿estuvo Madero a la altura de los Evangelios que tanto admiraba, que tanto buscaba emular?

El propio Evangelio da dos respuestas. Una está en san Mateo (10, 16): «Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, astutos como las serpientes, e inofensivos como las palomas». La otra está en san Marcos (8, 34): «Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese a sí mismo, lleve a cuestas su cruz y sígame». Y, sorprendentemente, en el propio

san Mateo (10, 38): «El que no coge su cruz y sigue detrás de mí, no es digno de mí».

¿Cuál, en el caso de Madero, es la correcta? ¿La primera, que lo demerita, o la segunda que lo exalta? Cada lector tirará —o no— la primera piedra. Pero una cosa es cierta: muchas de las llagas políticas y morales que Madero criticó se han perpetuado. Vale la pena vernos ahora mismo en ellas y recordar que la medicina democrática de aquel sonriente apóstol no tiene —ni tendrá— fecha de caducidad.

NOTAS

67. Lamicq, pp. 101-133; Michael C. Meyer, *Huerta, a Political Portrait* (Nebraska, 1972), pp. 45-63; John P. Harrison «Henry Lane Wilson, el trágico de la Decena», en *Historia de México,* vol. VI, no. 23 (México, ene.-mar. 1957), pp. 374-405; Francisco L. Urquizo, *Viva Madero* (México, 1969); Henry Lane Wilson. *Diplomatic episode in México, Belgium and Chile* (Nueva York, 1927), pp. 273-288.

68. Katz, p. 122.

69. Márquez Sterling, pp. 415-416.

70. Ibíd., p. 457; Taracena. pp. 588-589.

71. José Vasconcelos, «Ulises criollo», en *Memorias,* 2 vols. (México, 1982), vol. 1, p. 440.

72. Ibíd., p. 441.

73. Guadalupe Appendini, «Ante la acusación de Madero, Aureliano Blanquet admitió: "Sí, soy un traidor"», en *Excelsior,* 24 ene. 1985 (México).

74. Márquez Sterling, pp. 466-468.

75. Ibíd., p. 500.

76. Ibíd., pp. 503 y 507.

77. Katz, p. 132.

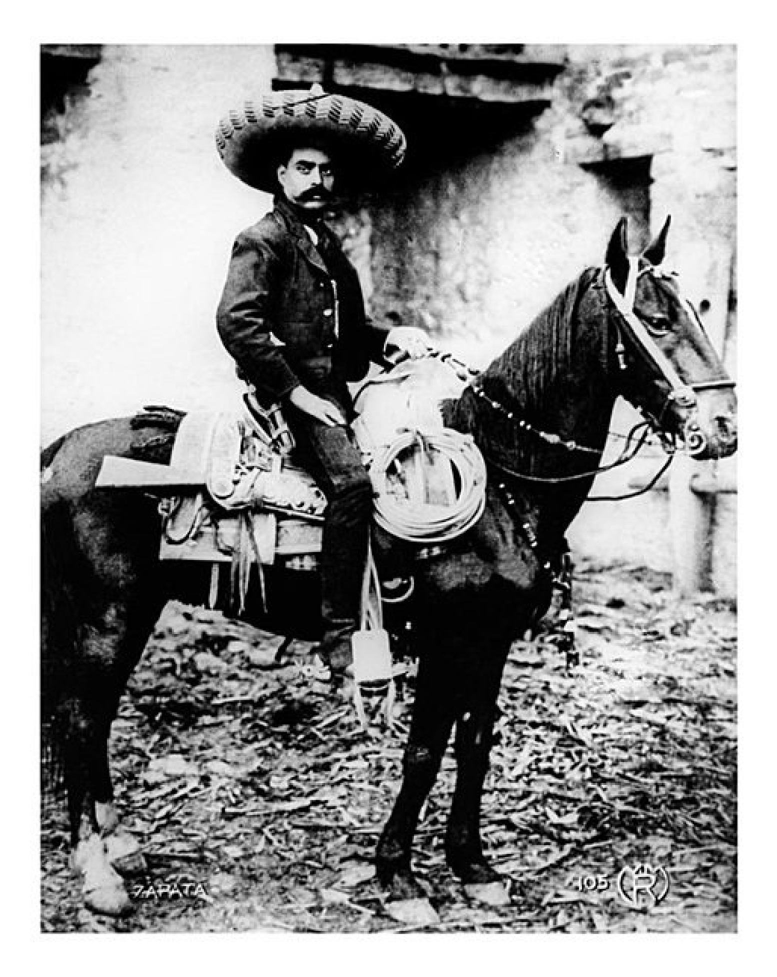
78. Márquez Sterling, pp. 570-571.

79. José C. Valadés, *et al., Francisco I. Madero. Semblanzas y opiniones* (México, 1973), pp. 243-260; Katz, pp. 134-135; Ross, pp. 310-311.

II
El amor a la tierra
Emiliano Zapata

Propiedad nuestra será la tierra, propiedad de gentes, la que fue de nuestros abuelos, la que dedos de patas que machacan nos han arrebatado.

Manifiesto en náhuatl
de Emiliano Zapata (1918)



«Lo que más atraía de Zapata, no sólo a las mujeres sino a todo el que lo conocía, era su carácter de "charro entre charros".» (E.K.)

M.R. Martínez, *Emiliano Zapata a caballo, ca.* 1913-1915 © Núm. de inventario: 63438. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Cuatro siglos de resistencia

La conquista de México fue uno de los encuentros más misteriosos en la historia humana. Sus significados profundos, sus implicaciones culturales y hasta teológicas escapan todavía a nuestra comprensión. Podemos imaginar la mente renacentista, con su orgullosa fusión de la cruz y la espada, del espíritu y la empresa. Mucho más difícil, quizá imposible, es comprender lo que en verdad pasaba por la mente del pueblo indígena. Pero no todo es Babel. Hay actitudes universales. Entre ellas están tres que caracterizaron la respuesta de los indígenas a la intrusión de aquellos hombres-dioses en su territorio natural: el agravio, el repliegue, la resistencia.

Si la Conquista y los tres siglos coloniales se hubiesen desplegado sólo bajo el signo del interés material, ninguna de las tres actitudes hubiese persistido. No sin enormes dificultades, los encomenderos y sus continuadores hubiesen cercado por entero a la población indígena y ejercido sobre ella un dominio creciente que habría conducido al desarraigo, la esclavitud o incluso al exterminio. No ocurrió así. Aunque la vida indígena durante la Colonia tuvo sin duda momentos y lugares que se aproximaron a los extremos característicos de la conquista anglosajona, su sentido general fue muy distinto. La numerosa población nativa, con su inmenso mosaico de culturas y creencias, constituía un tejido humano difícil de rasgar, más aún cuando en su ayuda llegó la otra vertiente de la Conquista: el manto protector de la Corona. Así, en vez de la brutal colisión de dos mundos remotos, extraños y casi irreductibles entre sí, la Nueva España dispuso su vida social siguiendo la forma de un triángulo: los intereses materiales al acoso, los indígenas en la resistencia y la Corona protectora (no siempre con éxito).

Concentrémonos por un momento en el segundo vértice. Según explicaba el entrañable maestro José Miranda, la intrusión en su territorio provocó en las comunidades indígenas un doble repliegue: por un lado afianza aún más la unidad íntima y sustancial del hombre y la tierra; por otro, favorece el particularismo y exclusivismo de las unidades políticas llamadas «pueblos». Aunque la idea misma de propiedad por la que pugnan los españoles —opuesta al sentido comunal de la tierra, característico de los indígenas— actúa contra la supervivencia de los pueblos y el arraigo de los hombres, otros muchos factores sirvieron a esa misma supervivencia: la separación física entre asentamientos indios y españoles; la permanencia de las autoridades políticas indígenas dentro de los pueblos; la baja densidad demográfica de los españoles. Junto a estos factores generales que trabajan en favor de su subsistencia, los indios ponían su parte mediante diversas estrategias legales (amparos, mercedes), pacíficas, extralegales (avanzadas, zonas de contención) y violentas (quemas, asaltos). La conclusión de Miranda es idéntica a la que, cuantitativamente, llegó el historiador norteamericano John Coatsworth: «El poder judicial relativamente independiente, característico de la Colonia, ofrecía un margen de protección a los derechos de propiedad individuales y corporativos de los pueblos indígenas». Con todo, agrega Coatsworth —y Miranda no lo habría contradicho— «ninguna otra región de América… presenta, en sus querellas por la tierra, una riqueza y diversidad semejantes». Al cabo de tres siglos de tensa dominación, los tres vértices permanecían en su sitio. En 1810, solamente en la zona central del país, cuatro mil pueblos indígenas habían sobrevivido.

La Independencia disolvió el triángulo o, más exactamente, abatió uno de sus lados hasta la convergencia de dos vértices:

la autoridad política y el interés material. Una nueva filosofía opuesta tanto al comunalismo indígena como al neotomismo sentaba sus reales: el liberalismo. En nombre de la igualdad de todos los individuos, las nuevas legislaciones volteaban la espalda a las formas de protección y tutela sin advertir que con ello propiciaban mayor desigualdad. «El sistema comunal», escribía Francisco Pimentel, «ha hecho perder al indio todo sentimiento de individualismo, de empresa individual.»[1] Había que volverlo, según implicaba el razonamiento, a su estado natural. No por otra cosa sancionaron la Ley de Desamortización de 1856 y la prohibición a las corporaciones civiles de adquirir o administrar tierras, que validó la Constitución de 1857.

No sólo la filosofía política de la época cercaba a las comunidades indígenas hasta el punto de su virtual extinción o asimilación. También el cuadro político que siguió a la Independencia. En la medida en que el nuevo Estado nació débil, pobre e incapaz de reintegrar la estructura del antiguo régimen, los poderes locales y regionales se fortalecieron hasta convertirse en feudos que actuaban con impunidad frente a los pueblos. Pero las verdaderas tensiones comenzaron hacia 1840, ligadas a movimientos políticos más amplios, como fueron las guerras civiles y con el extranjero. De pronto, en varios puntos del territorio nacional, las antiguas comunidades —desprovistas ya de protección legal, conscientes del desmoronamiento del poder central— optan cada vez más por la vía de la violencia. Joel Poinsett había escrito en los albores de la Independencia: «Suspira el indio deseando el retorno del virrey que le aseguraría garantías personales y contribuciones moderadas». Dos decenios más tarde, desde Sonora hasta Yucatán, los indios habían trocado los suspiros por las armas.

Aquella geografía bélica fue impresionante. Sin tomar en cuenta las guerras apaches que asolaron todo el septentrión novohispano y mexicano por más de dos siglos, y cuya raíz y razón no distaban mucho, en el fondo, de las que animaron a muchas rebeliones indígenas, los focos de violencia campesina brillaron en buena parte del territorio nacional. En 1825 se inicia la guerra de los yaquis y mayos en defensa del valle que «Dios les dio». Duraría un siglo sin solución de continuidad. En 1833 hay levantamientos contra propietarios de haciendas en Temascaltepec. Un año después, y esgrimiendo ya el lema «Tierra y agua para los pueblos», estalla un movimiento reivindicador en Ecatzingo, Hidalgo. En 1843, el clamor por la defensa de las tierras se escucha en Guerrero. En 1847, un testigo describe la situación de las Huastecas: «[Hay] dos tendencias nefastas: la magia y la posesión común de tierras». Mientras las tropas norteamericanas invaden México, los indios mayas defienden otra nación: la de sus antepasados. La Guerra de Castas duraría más de medio siglo. Años más tarde, no muy lejos de aquel escenario sagrado, los tzeltales, en Chiapas, vindican por la fuerza sus tierras y sus valores religiosos. En otro polo del país, Nayarit, Manuel Lazada, «el Tigre de Alica», intenta, por un lapso de casi veinte años, recuperar las tierras de las comunidades y sueña con un ideal aún más ambicioso: el renacimiento de un imperio indígena.[2]

No es casual que al contemplar aquel vasto despliegue de resistencia Guillermo Prieto dijera: «Nos hemos convertido en los gachupines de los indios».[3] Tampoco se debe al azar que Maximiliano se convirtiera en una especie de campeón de la causa indígena. «Los indios», escribe un testigo, «le manifestaron en todas partes un fanático entusiasmo».[4] Tanto Lazada como Tomás Mejía —cacique indio de Sierra Gorda— lucharon del lado imperialista. Y Maximiliano no los

defraudó. Conforme su efímero reinado se acercaba a su fin, perfiló a tal grado sus ideas agraristas e indigenistas que sus propios ministros lo acusaban de volver a las Leyes de Indias. Y no estaban muy lejos de la realidad. En un primer decreto reconoce a los pueblos personalidad jurídica para defender sus intereses y exigir a los particulares la devolución de sus tierras y aguas. El 16 de septiembre de 1866 expide una ley agraria que habla de restitución y dotación de tierras y que, en esencia, se adelanta cincuenta años a la Constitución de 1917.

Aquella ley tendría la vigencia del Imperio. Durante la República Restaurada, en muchos lugares volvería la zozobra. En 1877 estalla en Hidalgo un movimiento cuyo origen es «el afán de los pueblos por traspasar los estrechos límites a que está reducido su fundo». Entre 1879 y 1881, los indios de Tamazunchale pelean por «recobrar ciertos terrenos que alegaban ser de su propiedad». Con el ascenso del régimen porfiriano se introducen las famosas Leyes de Baldíos (1883) que, a juicio de varios autores, provocaron aún más tensión en el campo. No obstante, las pruebas cuantitativas de Coatsworth apuntan en otro sentido: salvo la guerra del Yaqui en el noroeste y la de Castas en Yucatán, «no ocurrió ningún levantamiento mayor en México después de la pacificación de la Huasteca en 1883». Con la sola y notable excepción de Chihuahua —isla histórica y geográfica siempre inquieta—, la era porfiriana transcurrió en una paz construida sobre bases injustas, pero paz al fin. A pesar de sus raíces liberales, el presidente Díaz había reinstaurado un poco —muy poco— el antiguo triángulo colonial: si bien aplicaba con los hacendados el imperativo de *laissez faire, laissez passer*, como buen heredero de la nobleza indígena y el paternalismo colonial atendía, escuchaba y, por excepción, protegía a los representantes indígenas o campesinos (siempre y cuando no le fueran hostiles, como los yaquis o mayas).

En 1910 habían transcurrido casi cuatro siglos de resistencia desde la Conquista. Virreyes, encomenderos, oidores, hacendados, misioneros, visitadores, intendentes, corregidores, insurgentes, presidentes, emperadores, gobernadores e invasores habían ido y venido con sus filosofías y sus idolatrías, sus banderas y sus leyes. La tierra seguía allí: También seguían allí los indios, muchos de ellos amestizados, pero todavía en unión íntima y sustancial con la tierra. Y también seguían allí los pueblos, celosos de su identidad particular, recelosos de los pueblos vecinos. En aquel parteaguas nacional, el 41 por ciento de ellos había logrado retener sus tierras.

En aquel mosaico indígena que resistió asido a la tierra y replegado en la atalaya vital de sus pueblos, hay zonas de confrontación trágica, como Yucatán, Nayarit o Sonora, y regiones en que el conflicto adoptó formas en apariencia menos violentas, pero que en su misma persistencia, variedad e irresolución, en la misma complejidad de elementos en juego, preparaban una reacción cataclísmica. Es el caso de la región que desde 1869 comprendería al estado de Morelos.

El primer dato de esa rica porción del Marquesado del Valle es su belleza. No hay en aquel paisaje traza alguna de la «aristocrática esterilidad» que Alfonso Reyes vio en otras zonas ariscas de Anáhuac. Algún emperador azteca hizo cultivar un jardín botánico en Oaxtepec, pero pudo haberlo prolongado hacia cualquiera de los puntos cardinales.

Aquel jardín tenía, desde el inicio, una ventaja evidente: su cercanía con la capital. Era natural que los conquistadores-empresarios comenzaran a solicitar mercedes para explotar la riqueza de la zona, que no sólo ofrecía una combinación perfecta de valles, ríos y climas sino una densa población indígena que podía servir como mano de obra. El primer

capitalista de la región —Hernán Cortés— introduce muy pronto el cultivo de la caña, pero sus sucesores comprenderán que la densidad de pueblos indígenas y su cohesión interna no son un apoyo para la gran empresa agrícola, sino un obstáculo que cuenta, además, con la bendición de la Corona. La mejor prueba de esta versión morelense del triángulo colonial está en una resolución que el virrey De Mendoza tomó en 1535 en favor de los indios de Cuernavaca en su querella con el marqués del Valle: «…les hiciedes volver y restituir todas y cualesquier tierras… tomadas y ocupadas». En 1573, la norma de protección da un paso más: dotan a los pueblos de sus ejidos y de un fundo legal de cien hectáreas. Estaba claro desde el siglo XVI que aquella zona privilegiada por la naturaleza quería serlo también por la Corona. El paisaje denotó por siglos esa condición: ninguna gran ciudad o villa española se asentó en la región. El futuro estado de Morelos constituía, como Oaxaca, un vasto sistema ecológico indígena, pero, a diferencia de ésta, era una región acosada por el vértice materialista del triángulo colonial.

De acuerdo con investigaciones de Alicia Hernández, el siglo XVII morelense transcurrió en cierta aunque no santa paz. Como en toda la Nueva España, es un siglo de depresión económica y demográfica. Casi todos los problemas —los «agravios»— de los pueblos se deben a razones territoriales (mercedes otorgadas a españoles en detrimento de sus tierras) o motivos políticos (defensa de su independencia como «cabecera» o frente a otras «cabeceras»). También comienzan a aparecer las querellas contra los grandes terratenientes de la época: las corporaciones religiosas. Muchos de los «pedimentos» de los pueblos contienen fórmulas como «desde tiempo inmemorial» o «herencia de nuestros antepasados». Aunque la suerte final de estos litigios es variada, las autoridades protegen, en buena medida, la vida

indígena.

El panorama cambia drásticamente con el ascenso de los Barbones en el siglo XVIII. Los factores de resistencia de los pueblos van cediendo ante el auge económico y demográfico que caracteriza al periodo y ante la consolidación de la hacienda como unidad ecológica. Muchos comerciantes de la capital invierten sus excedentes en la compra de haciendas cañeras en la zona. Por otra parte, el rechazo cultural indígena a los modos de vida ajenos parece ceder poco a poco debido a la cercanía de la metrópoli y las haciendas, y a que la vocación de los Barbones por la justicia es mucho menos clara que la de sus antecesores, los Austrias. Pero se trata de una debilidad aparente: con el avance del siglo, avanza la tensión. Cercadas hasta en su fundo legal, las comunidades piden ya con impaciencia constancias de antiguas mercedes. Hay pueblos que desaparecen por falta de títulos o que pierden sus tierras por arrendadas a una hacienda que termina por apropiárselas. Desde entonces los títulos adquieren una imantación sagrada. A diferencia del siglo XVII, en que los pueblos entablan sus litigios contra personas u órdenes, en el siglo XVIII el pleito típico es de restitución de tierras contra la hacienda. «Nos dejan», dice un testimonio de la época, «las tierras montañosas o pedregosas que no sirven e las mejores que son de pan llevar son las que pretenden quitar.» Otro testimonio, no menos conmovedor, apunta:

«Están tan estrechos que ha muchos de ellos, por no caber en el ámbito de lo que llaman pueblo y sus barrios, les ha sido forzoso estar viviendo en las haciendas e fabricar sus casas en las tierras que llaman de éstas, pagando a los hacenderos el arriendo del sitio donde las tienen, que están tan reducidos que las cercas de piedras de las dichas haciendas levantadas a forma de muralla no distan diez varas de sus casas».

Algunos pueblos situados en montes, bosques o tierras inconvenientes sobreviven. A otros los invaden «los hacenderos» hasta en su fundo legal. El procedimiento solía seguir una misma pauta: invasión, nuevo «amojonamiento» (colocación de hitos), amparo del pueblo, suspensión de las diligencias, solicitud de títulos, búsqueda —a veces trágicamente infructuosa, siempre onerosa y dilatada— de títulos, diferición por decenios… o siglos. Muy pocos de los litigios que llegan al año 1800 se resuelven. De los 24 casos que Alicia Hernández estudió, en 15 se pierden las tierras de labor y en nueve la totalidad de las tierras. Su conclusión para el periodo es clara: «La existencia de vías legales, aunque limitadas, mantuvo viva la lucha».

Quizá la animadversión del cura Morelos hacia las grandes haciendas y su idea de mutilarlas provenía en parte de que aquella zona de tensión entre pueblos y haciendas era uno de los escenarios primordiales de su lucha insurgente. En todo caso, con la Independencia el futuro estado de Morelos vivió treinta años de paz. En realidad fue un periodo de reacomodo. Con la expulsión de los españoles, hubo un cambio constante en la propiedad de las haciendas. De pronto, hacia los años cuarenta, la marea vuelve a subir y no sólo en sentido figurado: una de las señales ominosas es la inundación deliberada de las tierras del pueblo de Tequesquitengo por parte de la hacienda de Vista Hermosa.

Durante la década que se inicia con la guerra contra Estados Unidos, varios pueblos de la zona emprenden de nueva cuenta su antigua lucha por la restitución de las tierras usurpadas por las haciendas. En 1848, los campesinos de Xochitepec, al sur de Cuernavaca, ponen los linderos de su propiedad en el patio mismo de la hacienda de Chiconcuac y poco más tarde ocupan la hacienda de San Vicente, donde —según explica Leticia Reina— «levantaron nuevas mojoneras

que señalaban la recuperación de las tierras comunales». En octubre de 1850, los indígenas de la municipalidad de Cuautla, cercana a la hacienda de Santa Inés, rompen el *tecorral* (barda de piedra) construido por el hacendado. Aunque las tropas acantonadas en Cuernavaca reciben órdenes de reprimir a los indios, los soldados no las cumplen, argumentando que «el pueblo, exasperado de no tener tierras donde vivir y convencidos de que el fundo está hace mucho tiempo usurpado por las haciendas, había dirigido sus quejas al Supremo Gobierno… y que, lejos de que aquella queja fuera oída, se echó al olvido».[5] Las autoridades centrales vieron en estos movimientos el contagio de la revolución social que acababa de estallar en Francia. En un informe fechado hacia 1850, el prefecto político de Cuernavaca describe un elemento real del problema, el agravio de la tierra: «La palabra tierra es aquí piedra de escándalos, el aliciente para un trastorno y el recurso fácil del que quiere hacerse de la multitud».[6]

Dos años más tarde, el comandante general de Cuernavaca apunta otro elemento clave, el agravio de la raza: «Quieren dirigir la revolución… lanzándose contra las personas de los españoles y haciéndolos asesinar».

Ambos motivos están presentes en un suceso que impresionó a la opinión de la época. En 1856 la sangre llega al río en las haciendas de Chiconcuac y San Vicente. Los campesinos las asaltan, matan a machetazo limpio a los hacendados españoles y se hacen de armas y caballos. En la capital, el bando conservador atribuye la incitación al general liberal Francisco Leyva y al gran cacique liberal de Guerrero que había iniciado la Revolución de Ayutla: Juan Álvarez. Por su parte, «Tata [papá] Juan,» responde con un *Manifiesto a los pueblos cultos de Europa y América*, radiografía crítica del

paraíso perdido:

«La expropiación y el ultraje es el barómetro que aumenta y jamás disminuye la insaciable codicia de algunos hacendados; porque ellos lentamente se posesionan, ya de los terrenos de particulares, ya de los ejidos o de los de comunidad, cuando existían éstos, y luego con el descaro más inaudito alegan propiedad, sin presentar un título legal de adquisición, motivo bastante para que los pueblos en general clamen justicia, protección, amparo; pero sordos los tribunales a sus clamores y a sus pedidos, el desprecio, la persecución y el encarcelamiento es lo que se da en premio a los que reclaman lo suyo…

»Si quisiera relatar la historia de las haciendas de los distritos de Cuautla y Cuernavaca, lo haría con la mayor facilidad, y cada página iría acompañada de quinientas pruebas; y entonces la luz pública, las naciones y los escritores sin dignidad ni decencia verían el inicuo tráfico establecido entre los ladrones famosos y muchos hacendados».

Al terminar la guerra de Reforma un nuevo capítulo de violencia se abrió en la zona: el imperio, un tanto romántico, de los bandidos que se hacían llamar «los Plateados». Su jefe más connotado era Salomé Plasencia, cuyo rasgo específico —además de la crueldad— era la elegancia: usaba camisas de Bretaña bordadas, botas de campaña que escondían puñales, y grandes y hermosos sombreros. Era un estupendo charro: banderilleaba y capeaba toros a pie o a caballo. Sus Plateados no se quedaban atrás: todos vestían de riguroso traje charro, con botonaduras de plata, un águila bordada en la espalda, moños o bufandas de colores vivos, botas vaqueras y hasta espuelas de plata. Desde entonces, en los pueblos de la región comenzó a escucharse el estribillo:

Mucho me gusta la plata

y también me gusta el lustre
por eso traigo mi reata
pa’ la mujer que me guste.[7]

Además de lazar a las mujeres que les gustaban, los Plateados solían asaltar haciendas y caminos. Ya en plena época del Segundo Imperio, un valiente del pueblo de Villa de Ayala —Rafael Sánchez— decide poner fin a las tropelías de Plasencia. Entre los hombres que recluta está Cristina Zapata, del pueblo vecino, Anenecuilco. Plasencia, por su parte, toma también la ofensiva: dejando la caballada escondida en Anenecuilco, por la noche cruza el río con sus hombres para emboscar a Sánchez, quien advierte el peligro a tiempo, pero no evita la balacera. Según cuenta la leyenda local, un milagro lo salva. Los Plateados traían balas sagradas:

Qué milagro tan patente
hizo mi Padre Jesús
que al mandar matar a Sánchez
trajeron balas con cruz.

Al poco tiempo, Sánchez aprehende a Plasencia y aplica la justicia directa: lo fusila y lo cuelga en la plaza de Jonacatepec.

Después de aquel interludio romántico, en 1868 nació el estado de Morelos. Con él renacieron también las disputas por la tierra. En 1871, el primer gobernador, Francisco Leyva, informaba que se había ocupado sin cesar de la desamortización de las tierras comunales:

«…dictando cuantas medidas he creído conducentes para darle una solución satisfactoria; pero aún se necesitan mayores esfuerzos. La desamortización entre la clase indígena sólo se puede conseguir por medios indirectos, interesando en ella a los que, siendo de su raza, ejercen sobre sus compañeros algunas influencias; porque es tenaz la resistencia que oponen

al reparto equitativo que podía hacerse».

Hacia el año de 1879 hubo conflictos en Jonacatepec, Cuautla y Coahuixtla. Al periódico socialista *El Hijo del Trabajo* llegó una significativa carta de los vecinos de Cuautla que los editores glosaron de este modo:

«En todo el estado, y con particularidad en los distritos de Jonacatepec y Morelos, están ya los pueblos desesperados por las tropelías de los hacendados, los que, no satisfechos con los terrenos que han usurpado a los pueblos, siguen molestándolos, quitándoles los caminos que han tenido desde tiempo inmemorial, las aguas con que regaban sus árboles y demás siembras, negándoles además las tierras para la siembra de temporal y el pasto para el ganado de los pueblos, no sin apostrofados hasta de ladrones, siendo al contrario. Por consiguiente, a cada momento se ve insultada la clase infeliz, sin atreverse a hacer valer sus derechos ante la justicia porque don Manuel Mendoza Cortina, dueño de la hacienda de Cuagüistla [Coahuixtla], dice que aquí la justicia para los pobres ya se subió al cielo, pues él tiene comprados al presidente y al gobernador, haciendo este señor su voluntad».

Más adelante, el periódico profetizaba «la proximidad de un levantamiento social». Lo cierto es que, al menos en sus expresiones externas, la tensión amainó durante la larga dictadura porfiriana. En 1881 cruza por Morelos el ferrocarril, y tras él su estela de progreso y perplejidad. Con las nuevas vías y las máquinas centrífugas, las apacibles haciendas adoptaron una ruidosa fisonomía de fábricas. Al doblar el siglo, los 24 ingenios morelenses producían la tercera parte del azúcar del país y alcanzaban el tercer lugar mundial después de Hawái y Puerto Rico. Para su continua expansión, las haciendas necesitaban tierras y mano de obra. Muchas explotaron con mayor intensidad sus propias tierras,

enganchando con métodos coercitivos mano de obra de los pueblos. Otras procuraron acaparar de nueva cuenta las tierras comunales. Y aunque en el estado gobernaban hombres hábiles y firmes como Alarcón, exjefe de rurales que conocía la región como la palma de su mano, el choque entre la vertiginosa modernización y el reclamo de las tierras —contradictorios llamados del futuro y el pasado— presagiaba, en verdad, «la proximidad de un levantamiento social».

Faltaba la oportunidad y ésta llegó a fines del Porfiriato, cuando la compleja y antigua querella entre pueblos y haciendas, exacerbada por la modernización, se conjugó con un renacimiento político inusitado. Francisco I. Madero solía decir, con plena razón, que el primer estado que ejerció su derecho a la libertad fue Morelos. A la muerte del gobernador Alarcón, los hacendados pensaron que lo más natural era imponer un gobernador hacendado, y promovieron ante el Gran Elector (no el pueblo, sino el presidente) la candidatura de Pablo Escandón. Pero la entrevista concedida Díaz a Creelman, en la que Díaz aseguró que México estaba preparado para la democracia, que él se retiraría a la vida privada y que vería con buenos ojos el surgimiento de algún partido de oposición (promesas que jamás llegó a cumplir), no había pasado inadvertida. A principios de 1909 persistía en varios pueblos el recuerdo de las viejas banderas liberales de la Reforma y la Intervención. De pronto, tomando al pie de la letra las palabras que Díaz dirigió a Creelman, se propuso en Morelos la candidatura independiente de Patricio Leyva, hijo del general Francisco Leyva, padre fundador del estado y, en sus años estelares, partidario de Lerdo contra Porfirio Díaz. Hubo mítines, reclamos de «tierras y aguas», «mueras» a los «gachupines», motines y represión. Un atribulado y profético catrín escribía a su amigo Francisco Bulnes:

«No creo que la Revolución francesa haya sido preparada

con más audacia y materiales de destrucción que como se está preparando la mexicana. ¡Estoy espantado! Los oradores de Leyva, sin empacho ni vergüenza, han enarbolado la bandera santa de los pobres contra los ricos».

Renglones adelante señalaba como cerebro intelectual del leyvismo a un profesor de Villa de Ayala empeñado en redimir a los oprimidos y erigir en Tlaltizapán la «capital del proletariado en México»: Otilio Montaña.

NOTAS

1. Luis González y González, «El subsuelo indígena», en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República restaurada. Vida social.* (México, 1974), pp. 269 y 316.

2. Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México 1819-1906* (México, 1988).

3. González y González, p. 316.

4. Francisco de Paula de Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867* (México, 1985), p. 588.

5. Reina, p. 165.

6. Ibíd.*;* Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)* (México, 1973).

7. Valentín López González, *Los plateados de Morelos* (manuscrito inédito).

Donde el agua se arremolina

El pequeño pueblo de Anenecuilco, enclavado en el corazón del paraíso perdido, aparece ya en el Códice Mendocino como tributario de los aztecas. Su traducción del náhuatl es «lugar donde el agua se arremolina». Luego de la Conquista, en 1579 el pueblo se ve forzado a defender —y lo hace con éxito— su condición de «cabecera de por sí» frente al Marquesado del Valle, que pretende incorporarlo a otras cabeceras o compelerlo a trabajar en obras ajenas a su jurisdicción. La identidad del pueblo se ve amenazada de nueva cuenta en 1603, cuando las autoridades buscan congregar a su población, junto a la de otros dos pueblos vecinos, en la villa de Cuautla. Los dos pueblos Ahuehuepan y Olintepec, ceden ante la presión y desaparecen. Anenecuilco sobrevive.[8] En 1607, el virrey Luis de Velasco le concede merced de tierras, pero ese mismo año se la quitan para la constitución de la hacienda del Hospital.

Durante el siglo XVII y parte del XVIII, el pueblo vivió de milagro. En 1746 lo componían 20 familias que defendían su fundo legal de un acoso triple: las haciendas de Coahuixtla, del Hospital y Mapaztlán. En 1798 el pueblo pide tierras y se opone al acuerdo de la Real Audiencia en favor del hacendado Abad, de Coahuixtla. Al final del siglo su población ha crecido: el censo de 1799 registra 32 familias indias «con todo y gobernador». Un testigo de la época asienta en 1808 que los indios de Anenecuilco —entre los que aparece el apellido Zapata— «arrendaban las haciendas del Hospital por no serles suficientes las suyas». Ese mismo año se ventila una diligencia entre Anenecuilco y la hacienda de Mapaztlán en la que los representantes de ésta sostienen una declaración reveladora del rencoroso desdén hacia el pueblo:

«La población verdadera de Anenecuilco había venido en

decadencia, de muchos años a esa fecha, de manera que no llegaban a treinta las familias de indios originarios del lugar. Que por esa razón no tienen utensilios ni paramentos sagrados, por lo que cuando celebran misa los piden prestados al mayordomo del Señor del pueblo, don Fernando Medina, colector de la limosna, quien los ha hecho con la ayuda de los rancheros de Mapaztlán y los presta y los guarda según es necesario. Que las tierras que aún tienen los de Anenecuilco son muy superabundantes en relación con las que gozan otros pueblos compuestos de cien o más familias, y que por lo tanto las cultivan dejando muchas vacías y arrendando otras. Que permitiéndoseles salir a los indios de la atarjea de cal y canto para entrar en tierras de la hacienda, causarían un enormísimo daño perjudicando las labores de caña, y robándosela según acostumbran, por lo que se tiene que pagar un peón constantemente para ahuyentar los ganados y cerdos. Que del corto pedazo de tierra que tomarían dentro de la hacienda apenas podrían sacar diez o doce pesos de renta anual o dos fanegas de sembradura de maíz, perjudicando en cambio a la hacienda grandemente. Que la atarjea de la hacienda es hecha a mucho costo y que no podría mudarse por no permitirlo la situación de las aguas necesarias para las sementeras. Que la mayor parte de las tierras de que goza Anenecuilco se las dio la hacienda cuando se erigió este pueblo, en principios del siglo próximo pasado. Que en aquel tiempo, quedaron deslindadas las tierras de la citada hacienda en la conformidad en que se hallan, y según la cual se hizo la atarjea sin contradicción de parte de los indios. Que por todo lo expuesto los indios no se mueven ni se moverían si no mediara algún secreto impulso, puesto que no tienen necesidad de pedir tierras, ya que gozan de grandes ventajas respecto de otros infinitos pueblos, lo cual indica que los indios litigan por sugestión de algún enemigo de la

hacienda».

Por su parte, los indios de Anenecuilco revelan que la querella con las haciendas es tanto un asunto de tierras como de dignidad: quieren ver las resultas del pleito «aunque tuvieran que ceder las tierras que debían reintegrarles las haciendas del Hospital y Coahuixtla».[9] La era colonial terminó sin que sucediera ninguna de las dos cosas.[10]

Anenecuilco puso su grano de arena en la guerra de Independencia. En su pequeña iglesia salvó la vida uno de los insurgentes más cercanos a Morelos: Francisco Ayala, casado con una vecina de Anenecuilco apellidada Zapata. Como en toda la región, los siguientes decenios hasta mediados de siglo constituyen un paréntesis, pero la tregua se rompe en 1853: el pueblo vuelve a pedir su documentación al Archivo General y reabre su pleito con Mapaztlán. En 1864 pide sus tierras a Maximiliano. El emperador visita la zona de Cuernavaca con asiduidad. Lo atraen el paraíso y su amante, la «India Bonita». Desarrolla una gran sensibilidad para escuchar y entender los reclamos indígenas, y concede la merced a Anenecuilco. Por desgracia para el pueblo, el Imperio se disuelve. Después del episodio de los Plateados, que tiene en Anenecuilco uno de sus principales escenarios, José Zapata —criollo de Mapaztlán — ejerce las funciones de gobernador del pueblo. Es él quien escribe a Porfirio Díaz en junio de 1874:

«Los ingenios azucareros son como una enfermedad maligna que se extiende y destruye, y hace desaparecer todo para posesionarse de tierras y más tierras con una sed insaciable.

»Cuando usted nos visitó se dio cuenta de esto y, uniéndose a nosotros, prometió luchar, y creemos, y más bien estamos seguros, de que así lo hará.

»Destruirá usted ésta, pues no es aún tiempo de que se

conozca el pacto, como usted dice. Sólo es una recordatoria, para que esté este problema en su mente y no lo olvide.

»"No descansaremos hasta obtener lo que nos pertenece." Son sus propias palabras, general.

»Fiamos en la prudencia que le es a usted característica en que nos disimulará nuestro rústico pero leal lenguaje».[11]

Dos años después, apenas lanzado el Plan de Tuxtepec, al amparo del cual derrocaría al gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, Porfirio Díaz recibe una nueva carta, aún más esperanzada y firme, del pueblo de Anenecuilco:

«Los tan conocidos para usted, miembros de este club de hijos de Morelos, nos dirigimos nuevamente a usted con el respeto debido para hacerle presentes nuestros agradecimientos por la gran ayuda que hasta ahora nos ha prestado.

»Recibimos su nota de comunicación y estamos satisfechos con los adelantos que ha proporcionado a nuestra causa.

»Como le hemos estado remitiendo constantemente cartas recordatorias, creemos que no se ha olvidado de nosotros; aunque su última contestación fue del 13 de enero del pasado, sabemos que esto se debe a sus muchas ocupaciones.

»General, no tendremos con qué pagarle si podemos realizar nuestro anhelo y salimos victoriosos en este trance tan difícil para nosotros.

»Nos damos cuenta de que el problema es bien difícil, pero tenga usted en cuenta que estamos decididos a luchar hasta el fin, junto con usted. Y hemos resuelto todos, de común acuerdo, que es preferible que desaparezca la gran riqueza que constituyen los ingenios azucareros (que luego podrá repararse), a que se sigan apoderando de nuestras propiedades hasta hacerlas desaparecer.

»Tenemos fe y confiamos en que algún día la justicia se haga cargo de nuestros problemas, guardamos con celo los papeles que algún día demostrarán que somos los únicos y verdaderos dueños de estas tierras.

»Las miras de usted, general, hasta hoy siempre han sido justas y nosotros hemos seguido fielmente sus pasos, no creemos ser dignos de olvido.

»No estamos reprochando nada, pero queremos estar seguros de que no nos ha olvidado.

»De quien sí hemos recibido correspondencia es del licenciado don Justo Benítez, que está con nosotros y también nos apoya en todos los puntos.

»Dispense que distraigamos sus ocupaciones, pero el asunto no es para menos; estamos al borde de la miseria unos y los otros han tenido que emigrar por no tener alimentos para sus hijos. Los de los ingenios cada vez más déspotas y desalmados. No queremos cometer con ellos algún acto de violencia, esperaremos con paciencia hasta que usted nos dé la señal para iniciar nuestra lucha.

»Confiamos en que usted tampoco ha dado nada a conocer, pues sería peligroso en estos momentos.

»Con gran pena le comunicamos el fallecimiento de nuestro querido presidente y a quien considerábamos casi como padre. Mientras, me han nombrado a mí, pero es seguro que no quede de fijo, pues hay otros que más lo merecen».[12]

Por toda respuesta, Porfirio —que evidentemente los conocía bien— marcó en el margen: «Contestarles en los términos de siempre. Estoy con ellos y los ayudaré hasta lo último. Siento la muerte del señor Zapata, pues era fiel servidor y capaz amigo».

En 1878, el hacendado de Coahuixtla, Manuel Mendoza Cortina, pronuncia su citada frase «la justicia para los pobres ya se subió al cielo», y emprende un nuevo despojo, ahora sobre las aguas del pueblo. Un mandatario del pueblo, Manuel Mancilla, entabla con él pláticas conciliatorias aunque secretas. Al descubrirlo, los vecinos degüellan a Mancilla. «Su cuerpo», escribe Jesús Sotelo Inclán, el gran historiador de la genealogía zapatista del que provienen todas estas noticias y documentos sobre Anenecuilco, «quedó tirado por el Cerro de los Pedernales en el camino a Hospital, y lo enterraron fuera del pueblo por traidor, al pie de unos cazahuates blancos, junto al río.»

En el caso de Anenecuilco, el Porfiriato no significó una era de paz. En 1882, el hacendado de Hospital se queja de que los animales del pueblo maltratan sus cañas. En 1883, los campesinos se las arreglan para comprar armas. En 1885, denuncian las carencias y demasías de Coahuixtla. En 1887, sufren la destrucción del barrio oriental del pueblo, llamado Olaque, por el archienemigo Mendoza Cortina. En 1895, Vicente Alonso Pinzón, español, nuevo dueño de Hospital y de la hacienda cercana, Chinameca, ocupa tierras de pasto del pueblo, mata sus animales y coloca cercas de alambre. Al inicio de siglo, Anenecuilco retoma, por enésima vez, el camino legal: pide copias de sus títulos al Archivo General de la Nación y busca el dictamen de un abogado célebre, Francisco Serralde. Después de analizar los títulos, Serralde opina: «Los títulos amparan plenamente las seiscientas varas de terreno que se concedieron a los naturales de Anenecuilco por decreto y por ley». Con el dictamen en la mano, en 1906 los vecinos apelan al gobernador, quien concierta una junta con los representantes de Hospital. Un año más tarde, en vista de la total irresolución de sus antiquísimas demandas, los de Anenecuilco visitan a Porfirio Díaz en la vecina hacienda de

Tenextepango, propiedad de su yerno, Ignacio de la Torre. Habían pasado cuarenta años desde aquellas cartas esperanzadoras. Porfirio les promete —una vez más— interceder. El gobernador los conmina a acreditar con títulos pertinentes «sus alegados derechos». Nada se resuelve.[13] En enero de 1909, el Pueblo interpone un nuevo recurso para recobrar sus documentos:

«Don Vicente Alonso, propietario de la hacienda del Hospital, trató de despojar nuestros ganados que allí pastaban y no nos permitía seguir haciendo uso de los campos de sembradura que nosotros siempre habíamos cultivado, por decirse dueño de esa posesión, que nosotros mantenemos y hemos mantenido por indeterminado lapso de tiempo por ser exclusivamente de nuestra propiedad».

Aquel año 1909 sería —según recordaba uno de los más activos representantes— «el más pesado». En junio, el administrador de Hospital decidió dar un paso hacia el abismo: ni siquiera en arrendamiento dio las tierras a Anenecuilco. En septiembre, el nuevo presidente del pueblo, el joven Emiliano Zapata, estudia cuidadosamente los papeles de la comunidad, muchos en náhuatl, su lengua materna. En octubre, Zapata busca el patrocinio del licenciado Ramírez de Alba y el consejo del escritor y luchador social Paulino Martínez. Todo sin éxito. En una frase trágicamente célebre, el administrador de Hospital responde así a sus reclamos: «Si los de Anenecuilco quieren sembrar, que siembren en maceta, porque ni en *tlacolol* [sitios pequeños y deslavados en las laderas de los cerros] han de tener tierras».[14]

En abril de 1910 el tono de una carta dirigida al gobernador ya no es de combate sino de súplica, casi de imploración:

«Que, estando próximo el temporal de aguas pluviales, nosotros los labradores pobres debemos comenzar a preparar

los terrenos de nuestras siembras de maíz; en esta virtud, a efecto de poder preparar los terrenos que tenemos manifestados conforme a la Ley de Reavalúo General, ocurrimos al Superior Gobierno del Estado, implorando su protección a fin de que, si a bien lo tiene, se sirva concedernos su apoyo para sembrar los expresados terrenos sin temor de ser despojados por los propietarios de la hacienda del Hospital. Nosotros estamos dispuestos a reconocer al que resulte dueño de dichos terrenos, sea el pueblo de San Miguel Anenecuilco o sea otra persona; pero deseamos sembrar los dichos terrenos para no perjudicarnos, porque la siembra es la que nos da la vida, de ella sacamos nuestro sustento y el de nuestras familias».[15]

En mayo, el pueblo se juega la última carta: escribe al presidente Díaz. Este les contesta informando que ha vuelto a recomendar el asunto al gobernador interino del estado, quien de inmediato los recibe en Cuernavaca y les solicita una lista de las personas agraviadas. A los dos días el pueblo le envía el documento, precedido de un párrafo revelador de la intacta memoria histórica del pueblo:

«Lista de las personas que anualmente han verificado sus siembras de temporal en los terrenos denominados Huajar, Chautla y La Canoa, que están comprendidos en la merced de tierras concedidas a nuestro pueblo en 25 de septiembre de 1607, por el virrey de Nueva España, hoy México, según consta en el mapa respectivo, y de cuya propiedad nos ha despojado la hacienda del Hospital».[16]

A mediados de 1910, Emiliano Zapata advierte que el trance es de vida o muerte y toma una resolución aplazada por siglos: ocupa y reparte por su cuenta y riesgo las tierras. El jefe político de Cuautla, José A. Vivanco, se entera pero no interviene. Poco tiempo después el presidente Díaz ordena a

la sucesión del hacendado Alonso devolver las tierras a Anenecuilco. En diciembre de 1910, Zapata derriba tecorrales y realiza un segundo reparto de tierras, al que se unen los vecinos de Moyotepec y Villa de Ayala. Previendo que las nubes del horizonte presagiaban un cataclismo social, Vivanco abandona el distrito, no sin antes festejar en un jaripeo con Zapata la reivindicación histórica de Anenecuilco. Tres siglos después de su expedición, la merced del virrey Luis de Velasco comenzaba a surtir efecto.

NOTAS

8. Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata* (México, 1943).

9. Ibíd., pp. 63-75.

10. Ibíd.*;* Alicia Hernández, *Haciendas y pueblos en el estado de Morelos, 1535-1810* (México, 1973); «Querellas de Anenecuilco contra haciendas», Ramo Tierras, expediente 23, vol. 26-63, Archivo General de la Nación (México).

11. José Zapata a Díaz, 17 jun. 1874, en *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos,* 24 vols. (México, 1947-1958), vol. XI, pp. 142-143.

12. Ibíd., vol. II, pp. 300-301.

13. Ibíd.

14. John Womack Jr., *Zapata y la Revolución mexicana* (México, 1969), p.62.

15. Sotelo Inclán, p. 526.

16. Ibíd., p. 531.

La memoria del charro

Para el biógrafo, el método deductivo es terreno vedado. Puede legítimamente inducir sus generalizaciones a partir de datos breves y particulares, pero el procedimiento inverso es peligroso. Con todo, en el caso particular de Emiliano Zapata hay verdades que pueden partir de generalizaciones previas y no tener más demostración interna que los hechos a los cuales esas verdades dieron lugar.

Cabe afirmar, por ejemplo, sin que para ello existan documentos probatorios, que la verdadera patria de Zapata no fue México ni el estado de Morelos, ni siquiera el distrito de Villa de Ayala, sino la tierra que lo nutrió: el coto particular, único, exclusivo, excluyente, que llevaba a cuestas su historia de agravios; que atesoraba como el símbolo mismo de su identidad los títulos virreinales; que en términos raciales, formales y lingüísticos, había dejado de ser una comunidad indígena, pero seguía constituyéndola en zonas del ser más profundas; que concebía aún el entorno como una amenaza; que insistía en reivindicar el derecho a sus tierras no tanto por la necesidad económica como por el afán de que el enemigo geográfico y fatal —las haciendas— reconociese su derecho a existir tal como había ordenado la autoridad en el origen, sancionando derechos aún más antiguos, arrancados quizá a los aztecas; que una y otra vez, generación tras generación, con creciente indiferencia hacia los azares de otras historias que no fueran la propia, acudía ante las autoridades con la merced de Luis de Velasco en la mano, como si 1607 hubiese sido siempre el día de ayer; que desconfiaba de todo y de todos, de las autoridades más que de nadie, pero que no por eso perdía la esperanza de recobrar lo propio, lo entrañable, lo que les había sido robado… Aquella comunidad, Anenecuilco, fue la verdadera patria de Zapata.

De aquel pequeño universo no sólo conocía toda la historia: la encarnaba. Todo lo demás le era abstracto, ajeno.

Sus padres se llamaron Cleofas Salazar y Gabriel Zapata. Tuvieron diez hijos. Emiliano, nacido el 8 de agosto de 1879, fue el penúltimo. Nació con una manita grabada en el pecho. Su primer pantalón lo adornó con monedas de a real, como el tío Cristino Zapata le contaba que adornaban sus prendas los famosos Plateados, a los que había combatido. El otro hermano de su padre, Cherna Zapata, le regaló una reliquia: «un rifle de resorte y relámpago de los tiempos de la plata».[17]

Emiliano estudió la instrucción primaria en la escuela de Anenecuilco, instrucción que comprendía rudimentos de teneduría de libros. La mayoría de sus biógrafos —incluido Sotelo Inclán— toma por buena la anécdota de que el pequeño Emiliano padeció en carne propia la invasión de las huertas y casas del barrio de Olaque, perpetrada por el hacendado Manuel Mendoza Cortina hacia 1887. Viendo llorar a su padre, habría preguntado:

«—Padre, ¿por qué llora?

»—Porque nos quitan las tierras.

»—¿Quiénes?

»—Los amos.

»—¿Y por qué no pelean contra ellos?

»—Porque son poderosos.

»—Pues cuando yo sea grande haré que las devuelvan».[18]

A los dieciséis años queda huérfano, pero no indefenso. Zapata no era ni jornalero ni pobre. Dieciséis años después, en 1911, explicó: «Tengo mis tierras de labor y un establo, producto no de campañas políticas sino de largos años de honrado trabajo y que me producen lo suficiente para vivir con mi familia desahogadamente». Logró poseer un atajo de

diez mulas, y al frente de ellas salía a los pueblos y ranchos a acarrear maíz. Por un tiempo acarreó cal y ladrillos para la construcción de la cercana hacienda de Chinameca. Además de esas labores de arriería, tuvo éxito en la agricultura. «Uno de los días más felices de mi vida», confesó alguna vez, «fue aquel en que la cosecha de sandía que obtuve con mi personal esfuerzo me produjo alrededor de quinientos o seiscientos pesos.»[19] En 1910 su capital, nada despreciable, ascendía a tres mil pesos. Zapata se sintió siempre orgulloso de ganarse la vida sin depender de otros.

Este ranchero independiente no era borracho (aunque le gustaba el coñac), ni parrandero (aunque le encantaba la feria de San Miguelito cada 29 de septiembre), ni jugador (aunque no se separaba de su «atado» de naipes), pero sí «muy enamorado». Muchos años después de muerto, las ancianas de Morelos lo recordaban suspirando: «Era muy valientote y muy chulo». Su hermana recordaba también: «Miliano de por sí fue travieso y grato con las mujeres». Su orgullo eran sus inmensos bigotes: lo diferenciaban de «los afeminados, los toreros y los frailes».[20] Por lo demás, «era delgado, sus ojos muy vivos, tenía un lunar en un ojo y muy abusado, de a caballo, ranchero».

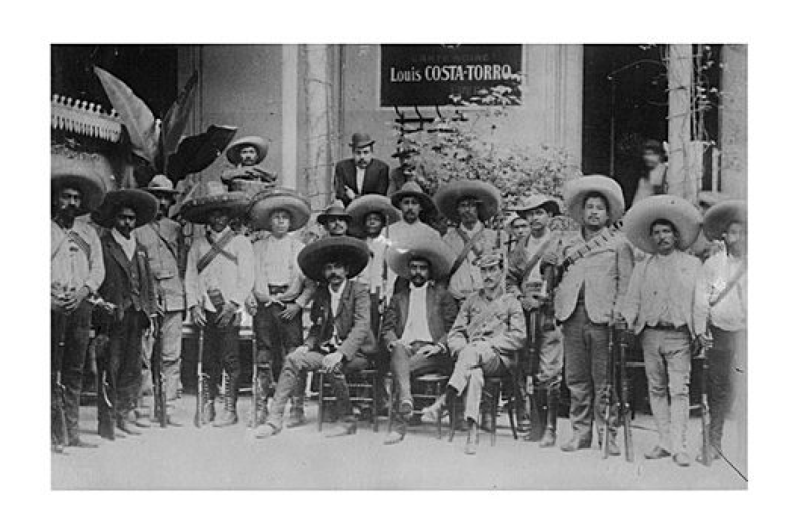
Lo que más atraía en Zapata, no sólo a las mujeres sino a todo el que lo conocía, era su carácter de «charro entre charros». Miliano se presentaba en las plazas de toros montando los mejores caballos del rumbo, sobre las mejores sillas vaqueras. Los jaripeos, las corridas de animales en el campo, las carreras de caballos, el jineteo de toros, las peleas de gallos o el simple campear constituían sus diversiones favoritas. Su impecable figura de charro, sin afectaciones ni rebuscamientos, era clásica a su manera. Mucho en él recordaba a los Plateados. Así lo describe su fiel secretario

Serafín Robles, «Robledo», como el «Jefe» le apodaba:

«Los arreos de su caballo eran: silla vaquera, chaparreras bordadas, bozalillo, cabresto, gargantón y riendas de seda con muchas motas, cabezadas con chapetones de plata y cadenas del mismo metal, machete de los llamados «costeños», colgada al puño la cuarta, reata de lazar y un buen poncho en el anca del caballo. La indumentaria del general Zapata en el vestir, hasta su muerte, fue de charro: pantalón ajustado de casimir negro con botonadura de plata, sombrero charro, chaqueta o blusa de holanda, gasné al cuello, zapatos de una pieza, espuelas de las llamadas amozoqueñas y pistola al cinto».[21]

El propio Robles afirmaba que en todo el sur «no había otro charro» como don Emiliano Zapata: «…desaparecía como un relámpago… volaba sobre su caballo… era montador de toros, lazador, amansador de caballos y travieso como el que más en charrerías, pues… picaba, ponía banderillas y toreaba a caballo y también a pie». Era la viva reencarnación de un Plateado… bueno.

Estas habilidades charras no sólo reportaron a Emiliano beneficios estéticos y amorosos sino económicos. Nada menos que don Ignacio de la Torre —el yerno de don Porfirio y «Nachito» para sus amigos— fijaría en él y le pediría que le arrendara sus finísimos caballos. De hecho esa profesión habrá de salvarlo cuando en 1897 huye del pueblo por una riña y se refugia con Frumencio Palacios, potrerero de la hacienda de Jaltepec.



«Estoy resuelto a luchar contra todo y contra todos sin más baluarte que la confianza, el cariño y el apoyo de mi pueblo.» (Emiliano Zapata)

Anónimo, *Emiliano Zapata y sus hombres, ca.* 1912-1914. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Pero antes que charro independiente, insumiso, travieso y enamorado, Zapata era la memoria viviente de Anenecuilco. Entre 1902 y 1905 interviene silenciosamente en un conflicto de Yautepec con la hacienda de Atlihuayán, propiedad de los Escandón. En Yautepec vivían miembros de la familia Zapata y el pueblo tenía terrenos colindantes con Anenecuilco. El caudillo de Yautepec, Jovito Serrano, acudió al patrocinio del abogado Serralde, que había defendido legalmente a casi toda la disidencia intelectual del Porfiriato: Daniel Cabrera, Filomena Mata, los hermanos Flores Magón, Juan Sarabia… Su impresión del conflicto es clara y premonitoria. Escribe a Porfirio Díaz: «Si la Suprema Corte no hace justicia a estos hombres, tenga usted la seguridad, señor, que pronto habrá una revolución». El presidente lo recibe. Zapata forma parte de la comitiva. Poco tiempo después se entera de que a Jovito Serrano lo han deportado a Quintana Roo, donde nadie vuelve a saber de él. Zapata observa y recuerda.[22]

En 1906 ocurre en Anenecuilco un acontecimiento central en la educación intelectual de Zapata. Se avecinda en el pueblo el profesor Pablo Torres Burgos, que sin impartir —en apariencia— clases formales, se dedica a vender legumbres y cigarros, y a comerciar con libros. Sus amigos —entre los que se encuentra Zapata— tienen acceso a su pequeña biblioteca, a donde llegan puntualmente los mejores periódicos de oposición: *El Diario del Hogar* y *Regeneración*. Al poco tiempo, en Villa de Ayala ocurre un milagro intelectual similar. Se avecinda el profesor Otilio Montaña, que sí imparte clases formales y propaga con fervor una literatura aún más incendiaria: las obras del príncipe Kropotkin. Emiliano Zapata lo aprecia al grado de hacerlo su compadre.

En 1908, Emiliano Zapata se ausenta por segunda vez de su pueblo. La razón es ahora de índole romántica.

Rememorando quizá las hazañas de los Plateados, que traían su reata «pa’ la mujer que les guste», Zapata rapta a una dama de Cuautla, Inés Alfaro, a quien le pone casa y con la que procrea un niño —Nicolás— y dos mujercitas. El padre de doña Inés, Remigio Alfaro, denuncia el hecho ante las autoridades, que incorporan a Emiliano en el 7.° Batallón del ejército, donde no dura mucho tiempo, ya que un año después participa activamente en la campaña leyvista.[23] Es uno de los integrantes del Club Melchor Ocampo —creado por Torres Burgos en Villa de Ayala— y del más numeroso Club Democrático Liberal de Morelos, con sede en Cuernavaca.

En septiembre de ese mismo año, los vecinos de Anenecuilco lo nombran presidente del Comité de Defensa. Sotelo Inclán narra la escena:

«Terminada la junta, los viejos llamaron aparte a Emiliano y le entregaron los papeles que guardaban, y que son los mismos que han llegado hasta nosotros. Emiliano los recibió y, junto con el secretario Franco, se puso a estudiarlos. Franco estuvo con Emiliano durante ocho días en el coro de la iglesia leyendo los papeles y tratando de desentrañar los derechos en ellos establecidos. Durante estos días suspendieron todos sus trabajos y sólo bajaban para comer y dormir. Fue así como el futuro caudillo bebió las profundas aguas del dolor de su pueblo y se vinculó estrechamente al destino de sus remotos abuelos indios. Teniendo a la vista el mapa tradicional y queriendo saber lo que decían sus leyendas en idioma azteca, Emiliano mandó a Franco al pueblo de Tetelcingo, cercano a Cuautla, donde se conserva aún el idioma náhuatl, lo mismo que muchas costumbres indias. No fue fácil para Franco hallar quien supiera leer aquellas palabras nahoas. Ni siquiera el maestro del pueblo supo traducir su significado y Franco

fue a ver al cura del lugar, que era un indio originario del Tepoztlán, tierra de grandes nahuatlatos. El cura pudo descifrar los nombres indígenas y Franco regresó con el resultado al pueblo».[24]

En enero de 1910 Zapata es encarcelado e incomunicado por tres días. Las autoridades afirmaron que se le había encontrado «vagando en estado de ebriedad», pero el amparo que interpone en su favor su hermana María de Jesús está seguramente más cerca de la verdad: se le había aprehendido para forzarlo a dar «su cuota de sangre y humillación al servicio de las armas». Aunque en febrero se le consigna en efecto al ejército, en marzo sale libre por intercesión de don «Nachito» de la Torre. Zapata retribuiría el favor arrendándole, como se ha dicho, sus caballos e interviniendo en una escena que, muchos años después, recordaría la nieta de Porfirio Díaz: «…en la boda de "Nachito" con Amada Díaz, un caballo de la procesión perdió el paso y se desbocó. De pronto un charro decidido se abalanzó sobre él para amansarlo y evitar un desaguisado: era Emiliano Zapata».

A mediados de 1910 Zapata cumple el destino de su pueblo y toma por la fuerza las tierras de Anenecuilco. A fin de año siembra de nuevo sus sandías y en una de tantas novilladas sufre una cornada en un muslo. Enterrados en un lugar secreto del pueblo y dentro de una caja de hojalata, descansaban los títulos, los mapas, los pedimentos, las copias, la merced, cuadernos enteros de litigios y dictámenes. Con el tiempo, al lanzarse a la Revolución, Zapata los encomendó a su fiel «Robledo» con estas palabras: «Si los pierdes, compadre, te secas colgado de un cazahuate».[25]

NOTAS

17. López González; Sotelo Inclán, pp. 191-194.

18. Sotelo Inclán, p. 170.

19. Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo* (México, 1976), p. 245, y «Cómo era Zapata», en *El Universal,* 7 abr. 1943 (México); Serafín M. Robles, «Zapata, agricultor», en *La Prensa,* 17 jun. 1936 (México); Entrevista del autor con Valentín López González (México, abr. 1984); Octavio Paz Solórzano, «Emiliano Zapata», en José T. Meléndez, *Historia de la Revolución mexicana* (México, 1936), p. 320.

20. Entrevista del autor con Gustavo Baz (México, ene. 1983); Fernando Alpuche y Silva, «El general Emiliano Zapata», en *El Nacional,* 20 jul. 1941 (México).

21. Robles, «Emiliano Zapata era todo un charro», en *La Prensa,* I may. 1936 (México); Díaz Soto y Gama, «Cómo era…»: Paz Solórzano, *Hoguera que fue* (México, 1986), p. 184.

22. Sotelo Inclán, pp. 426-446; Luis Gutiérrez y González, «¡La viuda de Zapata!», en *Hoy,* 28 mar. 1953 (México).

23. General Héctor F. López, «Cuándo fue consignado Zapata», en *El Hombre Libre,* 5 abr. 1937 (México).

24. Sotelo Inclán, p. 498.

25. Ibíd., p. 203.

Sin el vendaval maderista, la pequeña revolución de Anenecuilco hubiese pasado inadvertida incluso para la historia local. Pero el artículo del Plan de San Luis que prometía restituir a las comunidades las tierras que habían usurpado las haciendas era música celestial para Zapata, Torres Burgos y Montaña, sus amigos intelectuales. Tan pronto estalla la Revolución, los vecinos de aquellos pueblos deciden enviar como su representante en San Antonio, Texas, a Pablo Torres Burgos. Mientras tanto, en Tlaquiltenango, un veterano de la guerra contra los franceses, Gabriel Tepepa, se levanta en armas. En Huitzuco, Guerrero, hace lo propio el cacique de la zona: Ambrosio Figueroa. En Yautepec, Otilio Montaña exclama en un discurso: «¡Abajo las haciendas, que vivan los pueblos!».[26] Es el momento en que, montado en un caballo que le regala el cura de Axochiapan, Emiliano Zapata inicia su revolución. Allí lo vio, extasiado, Octavio Paz Solórzano (padre del escritor Octavio Paz), un abogado capitalino que fue de los primeros en sumarse a «la bola»:

«El día que [la Revolución del sur] abandonó [Jojutla], [Zapata] mandó reunir a su gente en el zócalo, para emprender la marcha. Él estaba montado en el caballo retinto regalado por el cura, en el centro, rodeado de algunos de sus jefes, cuando de repente se oyó una detonación. Al principio nadie se percató de lo que había pasado, pues los soldados acostumbraban constantemente disparar sus armas, como una diversión, y se creyó que el tiro que se había escuchado era uno de tantos de los que disparaban los soldados al aire, pero Zapata había sentido que se le ladeaba el sombrero; se lo quitó y vio que estaba clareado. Los jefes que estaban cerca de él, al ver el agujero, comprendieron que el balazo había sido dirigido en contra de Zapata: vieron que el que lo había

disparado se encontraba en el edificio de la Jefatura política y al dirigir la vista hacia dicho [inmueble] miraron a un hombre que precipitadamente se retiraba de uno de los balcones. Esto pasó en menos de lo que se cuenta. Los que estaban más cerca de Zapata se precipitaron hacia la Jefatura política, pero Zapata gritó: "Nadie se mueva"; y sin vacilación ninguna movió rápidamente el magnífico caballo que montaba hacia la puerta de la Jefatura, y dándole un fuerte impulso lo hizo subir por las escaleras del edificio, ante la mirada atónita de los que presenciaban esta escena, quienes desde abajo pronto lo vieron aparecer detrás de los balcones, recorriendo las piezas del Palacio Gubernamental, con la carabina en la mano. Una vez que hubo revisado todas las oficinas, sin encontrar a nadie, jaló la rienda al caballo, haciéndolo descender por las escaleras, y con toda tranquilidad apareció nuevamente en la plaza, ante la admiración del numeroso pueblo que lo contemplaba y de sus tropas, montando en el arrogante caballo retinto, regalo de Prisciliano Espíritu, el cura de Axochiapan, y con el puro en la boca, que nunca abandonaba, aún en lo más recio de los combates».[27]

A las pocas semanas Tepepa muere a traición a manos de Figueroa. A Torres Burgos lo sorprenden los federales en una siesta de la que nunca despertaría. Zapata se convierte de súbito en el jefe de la Revolución. Hasta sus oídos llega una bravata del odiado administrador español, apellidado Carriles, de Chinameca: «…que ya que usted es tan valiente y tan hombre, tiene para usted miles de balas y las suficientes carabinas para recibirlos como se merecen». «Los ojos de Zapata», recuerda Paz, «chispearon de cólera.» Decidió a atacar Chinameca —su primera acción militar— no por seguir un plan preconcebido sino por pundonor. El resultado, para las víctimas, fue una «carnicería espantosa», y para los

vivos un corrido:

Llegó el terrible Zapata
   con justicia y razón;
habló con imperio, «vengan con una hacha
   y tiren este portón».
Tembló la tierra ese día,
   Zapata entró.
Los juntó toditos, y les dio las onze,
   y hincados frente a una peña,
«besen esta cruz y toquen clarines de bronze,
   y griten, ¡que muera España!».
Viva el general Zapata,
   viva su fe, y su opinión,
porque se ha propuesto morir por la patria,
   como yo, por la nación.[28]

De Chinameca, donde se hizo de buenos pertrechos, Zapata siguió a Jonacatepec. Poco a poco su ejército se ensancha. ¿Por qué lo siguen? Una de las razones, que se desprenden con claridad del corrido, es una especie de quiste histórico: el odio a los españoles. «Entré por ese temor de los españoles», recordaba Constancio Quintero García, de Chinameca; «ya iban a *jerrarnos* como animales.» Espiridión Rivera Morales, del mismo sitio, explicaba: «Sembrábamos unos maicitos en los cerros, pues ya el español cabrón nos había quitado todas las tierras». Otros se sumaban por un ansia sencilla de libertad y justicia. «Teníamos más garantías en el monte a caballo, libres, que estando allí, porque estaban los rurales tras nosotros, cobrándonos por vivir, cobrándonos por las gallinas, cobrándonos por los marranos; esa injusticia nos hizo más, y Zapata [al] darnos garantías… ¡Teníamos que

haberlo seguido! Esa es la causa. Ya no aguantaba la injusticia». Y otros aún, por simple y llana pobreza: «De mi pueblo se fueron dieciocho conmigo, eran *tlacololeros;* los obreros de la mina nunca se fueron; ésos fueron pendejos; no fueron porque estaban bien con los… gringos porque les pagaban buen sueldo».[29] Muchos otros, además de los de la mina, no entraron:

«Unos nunca se levantaron, por eso Felipe Neri, aquí en Coahuixtla, había muchos [a los] que les mochó la oreja. Porque venía y decía: "Vénganse a la revolución, o dejen la hacienda", los agarraba por el campo, y le contestaban: "Sí, mi general", pero al poco tiempo que los soltaban se iban de nuevo a la hacienda a trabajar. Y pasaba Felipe Neri de repente (porque era arrancado, aunque estuviera el gobierno aquí, ése pasaba por la orilla del pueblo con su gente, porque era de por sí valiente) y los volvía a agarrar, y decía: "A ustedes ya los agarré el otro día, ¿verdad?" y zas, les mochaba la oreja, un pedazo, "Ándele, para que los conozca y otro día que los vuelva a agarrar los fusilo".

»Pues todos esos… los polqueros, así les decían en ese tiempo, trabajaban con yuntas de mula y los polcos [látigos]. Por eso agarró Felipe Neri y les mochó la oreja. Pero ni así se fueron, a'i estaban y así estuvieron de esclavos hasta que se acabó la revolución».

Para el mes de mayo de 1911 ya sólo quedaban en todo el estado de Morelos dos baluartes federales: Cuautla y Cuernavaca. A la primera la resguardaba un regimiento de caballería famoso: el Quinto de Oro. Zapata busca tomar la plaza pacíficamente, pero el jefe político se niega a rendirla. En la toma intervienen muchos de los jefes que se harán célebres: Emigdio Marmolejo, Francisco Mendoza, Amador Salazar, Eufemio Zapata —hermano del caudillo—, Lorenzo

Vázquez. El cerco dura varios días:

«Hubo ocasiones, durante el curso de esta lucha desesperada, en que al derrumbarse un muro quedaran los combatientes de ambos lados frente a frente, y entonces podía verse, caso muy común, que se disputaban unos y otros, con todo empeño, con todo vigor, esos montones de tierra y ladrillo que debían servirles luego como defensa. En ocasiones no hacían uso de las armas, sino que se asestaban golpes con las culatas o cañones de los fusiles».[30]

El 17 de mayo, Felipe Neri toma a viva fuerza el convento de San Diego, donde le sobreviene la desgracia que explica, quizá, su vocación de «mochaorejas»: «…al arrojar una bomba sobre la pared de la iglesia, retachó, vino a estallar cerca de él y lo hirió gravemente, dejándolo sordo para toda la vida».[31] Por fin, el 19 de mayo cesa el fuego. Para entonces Marciano Silva, el viejo cantor del sur incorporado al ejército de Zapata, tenía listo su corrido:

¡Pobres pelones del Quinto de Oro,
a otros cuenten que por aquí
no más tres piedras, porque la fama
que hay en Zapata no tiene fin!
Adiós Quinto de Oro afamado,
mi pueblo llora tu proceder,
en otras partes habrás triunfado;
pero aquí, en Cuautla, no sé por qué
nos prometiste el amparamos;
pero corriste, ¡qué hemos de hacer!
¡Los calzonudos te corretean
porque Zapata tu padre es![32]

En la ciudad de México, el viejo dictador escuchó las

noticias con verdadera alarma. Sabía que «los chinacates del sur eran bravos». «Estuve tranquilo hasta que se levantó el sur», comentaba en el exilio. Seis días después de la toma de Cuautla, renunció.

El 7 de junio de 1911, Emiliano Zapata es de los primeros revolucionarios en entrevistarse con Madero.[33] La comida a la que acude —llena de aduladores— le deja mal sabor de boca. Días más tarde, Madero visita Morelos y Guerrero, zona que había soslayado en sus campañas presidenciales. Su conducta, generosa por igual con hacendados y revolucionarios, provoca en Zapata sentimientos de duda. No comprende por qué presta oídos a quienes critican la violencia zapatista en la toma de Cuautla. ¿Había sido o no una revolución? Muy pronto, los periódicos de la capital, azuzados, claro, por los hacendados, inician una campaña de desprestigio contra «el bandido» Zapata, de quien se espera en cualquier momento una sublevación. El periódico *Nueva Era* de Juan Sánchez Azcona lo defiende. Madero lo invita a México.

La entrevista entre ambos caudillos tiene lugar el 21 de junio en la casa de Madero, en la calle de Berlín. Gildardo Magaña recordaría la forma —a un tiempo parabólica, cortés y terminante— en que Zapata expuso las razones de *su* revolución. Había tensión en la atmósfera. Zapata la rompió acercándose a Madero. Señaló la cadena de oro que éste traía en su chaleco y le dijo:

«—Mire, señor Madero, si yo, aprovechándome de que estoy armado, le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos llegamos a encontrar, los dos armados con igual fuerza, ¿tendría derecho a exigirme su devolución?

»—Sin duda —le dijo Madero—; incluso le pediría una indemnización.

»—Pues eso, justamente —terminó diciendo Zapata—, es lo

que nos ha pasado en el estado de Morelos, en donde unos cuantos hacendados se han apoderado por la fuerza de las tierras de los pueblos. Mis soldados (los campesinos armados y los pueblos todos) me exigen diga a usted, con todo respeto, que desean se proceda desde luego a la restitución de sus tierras».[34]

Al día siguiente, Emiliano Zapata hizo unas declaraciones conciliatorias al diario católico *El País*, que no antipatizaba con su causa:

«El general Zapata [manifestó] que si él se afilió al partido revolucionario no fue guiado por la idea del lucro, sino por patriotismo… «El odio demostrado hacia mí por los hacendados morelenses no me lo explico, como no sea porque arrebaté a la explotación que por parte de ellos eran víctimas los obreros que les enriquecían con el fruto de su sangre y de su sudor; comprenderán que, de ser ciertas las acusaciones que se me dirigían, no hubiera venido como lo he hecho a presentarme al señor Madero.

»"Ahora voy a trabajar en el licenciamiento de los hombres que me ayudaron, para después retirarme a la vida privada y volver a dedicarme al cultivo de mis campos, pues lo único que anhelaba cuando me lancé a la Revolución era derrocar al régimen dictatorial y esto se ha conseguido"».

Aparte del endoso explícito a Madero, en las declaraciones de Zapata llama la atención su insistencia en desmentir a los que dudaban de su desinterés. Es en ese momento cuando habla de sus «tierras de labor», de su «establo», de sus «largos años de honrado trabajo». Nada lo indigna más que la palabra «bandido».

Desea, en efecto, retirarse a la vida privada y disfrutar de su inminente matrimonio con la que sería su única mujer legítima: Josefa Espejo. Pero antes había que licenciar a las

tropas y dejar Morelos bajo el mando de Raúl Madero (o de cualquiera, menos de Ambrosio Figueroa, o de los federales Blanquet y Huerta). El gobierno interino presiona para el primer objetivo. Zapata cede, pero no del todo. A mediados de agosto solicita al presidente De la Barra el retiro de las fuerzas federales a cambio de la paz «en veinticuatro horas». Ese mismo día escribe, con ayuda de Montaño, a Madero:

«Si la Revolución no hubiera sido a medias y hubiera seguido su corriente, hasta realizar el establecimiento de sus principios, no nos veríamos envueltos en este conflicto; ¿por qué, pues, por una petición justa mía, del pueblo y del ejército, se nos trata de reos de grave delito, cuando no hemos tenido otro que el de haber sido defensores de nuestras libertades? Yo ni por un momento he dudado de que usted sostendrá los principios por los cuales el pueblo mexicano derramó su sangre, y en la cuestión a que en este momento me refiero tengo fe, y la he tenido siempre, en que usted evitará el derramamiento de sangre que se prepara contra nosotros. Me reitero su fiel subordinado».[35]

Estaban dados ya todos los elementos de la discordia. Una y otra vez Zapata repetía las palabras «fe» y «fidelidad» implicando ya, con ellas, su contraria: traición. Madero lo comprende y escribe midiendo cada palabra:

«Comprendo muy bien los sentimientos que inspiran a usted y por eso vine a [ciudad de] México a exponer al Supremo Gobierno la situación, en vista de lo cual se ha acordado solucionar el conflicto en ésa, en forma que estoy seguro será aceptada por ustedes y que les haré saber a mi llegada a ésa. Para lograr mis vehementes deseos, la condición esencial es que ustedes sigan teniendo fe en mí como yo la tengo en ustedes. En prueba de lo cual voy a ésa, a pesar de que han venido noticias de que mi vida peligrará yendo allá.

Pero no creo nada de ello, porque tengo confianza en ustedes».[36]

Al llegar a Morelos el 18 de agosto, en un discurso Madero llama a Zapata «integérrimo general». Todavía creen el uno en el otro, pero actúan en un marco desfavorable creado por los hacendados, la histeria de la prensa capitalina, las opiniones racistas de De la Barra y el celo del general Victoriano Huerta —indio experto en combatir indios, veterano de las guerras contra yaquis y mayas—, que avanza sobre Yautepec para «reducir a Zapata hasta ahorcarlo».[37] A los cuatro días de su estancia, Madero comprende que las autoridades centrales no le hacen el menor caso y se retira. Teme, con razón, que Zapata se llame a engaño, pero lo único que puede ofrecerle es una promesa: «Aprecio debidamente los servicios que usted prestó a la Revolución… Cuando llegue al poder le aseguro que le recompensaré sus servicios».[38]

Durante todo el interinato Zapata sufrió el embate de los fusiles y las palabras. Estas lo indignaban más que aquéllos. Le revolvía las entrañas oír que los «pelones» federales gritaran a sus hombres «bandidos comevacas». ¿Conoció las alarmas del representante José María Lozano en la cámara de Diputados? Zapata era el nuevo Atila, la «reaparición atávica de Manuel Lozada, un Espartaco, el libertador del esclavo, el prometedor de riquezas para todos. Es todo un peligro social, es sencillamente la aparición del subsuelo que quiere borrar la superficie… Ya Zapata no es un hombre, es un símbolo».[39]

Era natural que al llegar Madero a la presidencia las relaciones con Zapata estuviesen irremediablemente deterioradas. Existió sin embargo un último intento de avenencia por mediación del ingeniero Alfredo Robles Domínguez. Las condiciones de Zapata no podían ser más

razonables: retiro de Figueroa, nombramiento de Raúl Madero y una pálida mención al problema de la tierra: «…se dará una ley agraria procurando mejorar la condición del trabajador del campo». En una decisión que a la postre lamentaría, Madero lo conmina a «rendirse a discreción y salir del país… su actitud de rebeldía está perjudicando mucho a mi gobierno».[40] Es el momento del rompimiento. Días más tarde, Zapata describe a Gildardo Magaña la esencia de su discordia:

«Yo, como no soy político, no entiendo de esos triunfos a medias; de esos triunfos en que los derrotados son los que ganan; de esos triunfos en que, como en mi caso, se me ofrece, se me exige, dizque después de triunfante la Revolución salga no sólo de mi estado, sino también de mi patria …

»Yo estoy resuelto a luchar contra todo y contra todos sin más baluarte que la confianza, el cariño y el apoyo de mi pueblo».[41]

Los «triunfos en que los derrotados son los que ganan» tenían para Zapata un nombre: traición. Zapata era un hombre de convicciones absolutas. Por eso no pudo interpretar las reticencias de Madero para repartir la tierra, y su debilidad para imponerse a De la Barra y Huerta, sino como una traición en el sentido bíblico del término, como el pecado que incluye todos los pecados, como la falta de Iscariote que provocó la muerte del Redentor. A aquel último intento conciliador de Madero, Zapata respondió: «Ya puede ir contando los días que corren, pues dentro de un mes estaré en México con veinte mil hombres y he de tener el gusto de llegar a Chapultepec y… colgarlo de uno de los sabinos más altos del bosque».[42] Aquel desencuentro entre dos hombres de fe sería uno de los momentos trágicos de la Revolución. El

propio Madero lo reconoció en sus últimas horas ante Felipe Ángeles.[43] Quizá entonces la actitud de Zapata le pareció comprensible: llevaba siglos esperando.

«Perdono al que mata o al que roba», solía decir Zapata, «porque quizá lo hacen por necesidad. Pero al traidor no lo perdono». Vivía obsesionado por la traición. Uno de sus cuentos favoritos tenía la traición como tema:

«Un trabajador de las cercanías de Anenecuilco tenía en su rancho un perro que cuidaba de la casa. Era un perrazo amarillo, de orejas pachonas y largas. En cuanto el animal oía que chillaban los coyotes, salía a todo correr a perseguirlos. Y el buen hombre, cuando el perro regresaba, decía a la cocinera que le echara unas tortillas, pues qué bien se las ganaba cuidando las gallinas. Una vez los coyotes se acercaron tanto que, cuando el perro amarillo salió a perseguirlos, corrió el hombre tras él para ver si había cogido siquiera uno. Y fue a encontrar que, bajo un huizache, el perro y los coyotes se comían amigablemente una gallina. Aquéllos huyeron, mientras el guardián siguió comiendo. El ranchero, convencido de que su perro era un traidor, fue sacando poco a poco el machete y le abrió la cabeza de un solo golpe».

En el Plan de Ayala, redactado por Zapata junto con Otilio Montaño y firmado el 25 de noviembre de 1911 en la pequeña población montañosa de Ayoxustla, la palabra «traición» referida a Madero se emplea cinco veces de modo explícito y varias otras implícitamente con enorme dureza. Pero la traición no era su único motivo. Su fiel «Robledo» recordó mucho tiempo después una conversación en la que Zapata le confió las razones morales e históricas que lo habían hecho concebir el Plan de Ayala.

«Como tú sabes, en nuestro estado existieron aquellos

mentados Plateados, quienes no estuvieron conformes con el gobierno que se estableció en aquel entonces y se rebelaron también, pero como no tuvieron bandera donde expusieran los motivos o ideas por las cuales empuñaban de nuevo las armas, no tuvieron muchos adeptos ni apoyo de los vecinos de los pueblos, y se les combatió y persiguió hasta lograr su muerte y dispersión, dándoles el despectivo título de “bandidos”, el mismo que ya se me daba en compañía de mis soldados que peleaban al grito de ¡Viva Zapata!

»Presentía que, de seguir en esa actitud, se nos tomaría en lo sucesivo como tales bandidos, puesto que la prensa lo publicaba y propalaba, bajo cuya denominación ya el gobierno nos combatía …

»Mis antepasados y yo, dentro de la ley, y en forma pacífica, pedimos a los gobiernos anteriores la devolución de nuestras tierras, pero nunca se nos hizo caso ni justicia; a unos se les fusiló con cualquier pretexto, como la “ley fuga”; a otros se les mandó desterrados al estado de Yucatán o al territorio de Quintana Roo, de donde nunca regresaron, y a otros se les consignó al servicio de las armas por el odioso sistema de la «leva», como lo hicieron conmigo; por eso ahora las reclamamos por medio de las armas, ya que de otra manera no las obtendremos, pues a los gobiernos tiranos nunca debe pedírseles justicia con el sombrero en la mano, sino con el arma empuñada.

»Durante tres días, concreté mis ideas, que transmití a mi compadre Montaño para que les diera forma, resultando al cabo de ese tiempo el deseado Plan.»[44]

En varios sentidos el Plan de Ayala es original, pero su propósito principal es —textualmente— «comenzar por continuar» la Revolución que Madero «gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo» y «no llevó a feliz

término». Tres son sus artículos centrales; ninguno de ellos incurre en un radicalismo extremo:

«6.° Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados científicos o caciques a la sombra de la tiranía y de la justicia penal entrarán en posesión de estos bienes inmuebles desde luego los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados, por la mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en la mano la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

»7.° En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son dueños del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizados en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

»8.° Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos les correspondan se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha del presente Plan».[45]

Para los zapatistas —señala John Womack, el clásico

historiador del zapatismo— aquel documento tuvo siempre un carácter de Sagrada Escritura, una impregnación mesiánica.

A partir de ese instante la revolución zapatista es la historia de una guerra sin cuartel «contra todo y contra todos», como decía su caudillo: «Revoluciones van, revoluciones vendrán», solía comentar el mero Jefe; «yo seguiré haciendo la mía».[46] La rebelión, amorfa y dispersa en un principio, se delinea y fortalece con el acoso de los federales. Cada bando tiene su ala radical: el gobierno, en el general Juvencio Robles, que pone en práctica una estrategia de la guerra de los boers: el incendio de pueblos y la «recolonización» (exilio masivo y forzado);[47] el movimiento zapatista, en el jefe sureño Genovevo de la O, que discurre la macabra voladura de trenes. En cierto momento, el régimen maderista decide cambiar de táctica. El nuevo jefe de operaciones, Felipe Ángeles, corta de tajo con las prácticas salvajes y se niega a ampliar la guerra a pesar de las voladuras. Piensa que «es justificada la actitud de los zapatistas: desean que el vergel de Morelos no sea para ellos un infierno».[48] En las ciudades principales hay elecciones y una clara voluntad de legalidad y reforma. Lentamente se abren paso, por la vía civil, las ideas agrarias. Sin armas ni recursos, el zapatismo languidece un poco, abandona temporalmente el estado de Morelos y se refugia en el distrito de Acatlán, Puebla.

De aquel repliegue lo saca nuevamente la caída de Madero. Por momentos parece que Zapata considera la posibilidad de pactar con Huerta a cambio de una aceptación oficial del Plan de Ayala, pero lo cierto es que el acuerdo entre ambos es imposible. El 28 de febrero de 1913 escribe a Genovevo de la O:

«…la Revolución del sur, centro y norte no está de

conformidad con los traidores que se apoderaron del gobierno, y los revolucionarios no nos debemos de creer en nada de ellos, porque nos expondríamos a un fracaso y ni se les debe tener ninguna confianza; pues ¿qué esperaríamos de estos infames para nosotros que traicionaron y asesinaron a sus amos, a quienes le deben todo lo que tienen de riquezas y el lugar que ahora ocupan? No, de ninguna manera hay que creerse de estos malvados, y en todo caso procure usted batirlos hasta exterminarlos».

Al poco tiempo Zapata recibe al padre de Pascual Orozco, que trata de persuadirlo de un arreglo (el Plan de Ayala, hay que recordar, nombraba jefe de la Revolución a Pascual Orozco). Sin embargo, Zapata ya no cree en Orozco ni en el «espectáculo lúgubre» del gobierno que representa. Él no ha hecho su revolución para «asaltar puestos públicos», mucho menos para nombrar gobernador, como le sugería el padre de Orozco. Por considerarlo traidor, se da el gusto de «quebrarlo».

La guerra se recrudece con una violencia sin precedentes. Los generales Cartón y Robles cuelgan zapatistas, recurren a la leva, la recolonización, la toma de rehenes, la depredación, saqueo y quema de pueblos. Naturalmente, el salvajismo de la campaña favorece a Emiliano Zapata.[49]

«Y luego Huerta empezó a echar las «levas», puso la suspensión de garantías, ¡pos con más razón la gente se sublevó al cerro! Empezó a quemar Cartón las casas, los pueblos, los ranchos, diablura y media, la gente pues, ¿qué?, ¡pues siguió a Zapata porque Zapata los defendía!, tenía sus campamentos en los cerros, y a'i estaba la gente con él, y otros no, eran pacíficos, pero de todas maneras eran zapatistas porque seguían a Zapata.»

En 1914, la balanza se revierte. En marzo, Zapata toma

Chilpancingo y fusila al general Cartón. Al poco tiempo ocupa Jojutla, Jonacatepec, Cuautla. Los federales, azorados además por sus derrotas en el norte ante Villa y Obregón, abandonan el estado. Lo mismo hacen, esta vez definitivamente, los orgullosos y modernos hacendados de Morelos. En junio de 1914, previendo el fin del gobierno huertista y el triunfo inminente de la Revolución, el zapatismo da a la luz la ratificación del Plan de Ayala con el objetivo principal de elevar «la parte relativa a la cuestión agraria… al rango de precepto constitucional». La Revolución —rezaba uno de sus considerandos— busca «el mejoramiento económico de la gran mayoría de los mexicanos y está muy lejos de combatir con el objeto de saciar vulgares ambiciones políticas».

Aun los intelectuales más conspicuos del zapatismo, como el anarquista cristiano Antonio Díaz Soto y Gama (incorporado al movimiento en abril de 1914), parecían no darse cuenta de que esa postura escondía una derrota en la victoria, y más dramática que la de Francisco I. Madero. Paradoja anarquista: si la revolución zapatista soslayaba o desdeñaba la «conquista de ilusorios derechos políticos», ¿en manos de quién quedaría «el mejoramiento económico de la gran mayoría de los mexicanos»?

NOTAS

26. Womack, pp. 70-78.

27. Paz Solórzano, *Hoguera…*, p. 184.

28. Robert Redfield, *Tepoztlán: A Mexican village. A study of folk life* (Chicago, 1973), pp. 200-201.

29. Varios Autores, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista. Cinco ensayos.* (México, 1980), pp. 128, 140, 142.

30. Paz Solórzano, «Emiliano Zapata», p. 332.

31. Valentín López González, *Los compañeros de Zapata* (México, 1980), p. 175.

32. Paz Solórzano, *Hoguera…*, p. 201.

33. Ibíd., pp. 259-261.

34. Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria…,* p. 98.

35. Ibíd., p. 97.

36. Madero a Zapata, 17 ago. 1911, Fondo VIII-2, Carpeta 1, Legajo 35, Archivo del general Jenaro Amezcua, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.

37. Huerta a De la Barra, 22 ago. 1911, en Womack, p. 117.

38. Madero a Zapata, 22 ago. 1911, Fondo VIII-2, Carpeta 1, Legajo 55, Archivo del general Jenaro Amezcua, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.

39. Salvador Sánchez Septién, *José María Lozano en la tribuna parlamentaria, 1910-1913* (México, 1956), pp. 34-35; Ramón López Velarde, «Zapata», en *La Nación,* 22 jul. 1911 (México); Sotelo Inclán, p. 314; Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata, datos biográfico-históricos* (México, 1960), pp. 58-62.

40. Madero a Robles Domínguez, 12 nov. 1911, en Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria…,* p. 106.

41. Zapata a Magaña, 6 dic. 1911, en Womack, p. 124.

42. Womack, p. 124.

43. Alfonso Taracena, «Madero quiso refugiarse con Zapata», en *Revista de Revistas,* 22 sept. 1957 (México).

44. Díaz Soto y Gama, p. 252.

45. «Plan de Ayala», 25 nov. 1911, en Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana. Planes políticos y otros documentos* (México, 1974), pp. 73-83.

46. Womack, p. 194.

47. Ibíd., pp. 134-138, 147-148, 159-167, 170-174; Domingo Diez. *Bosquejo histórico-geográfico de Morelos* (Morelos, 1967); José Ángel Aguilar, *Zapata. Selección de textos* (México, 1980).

48. Felipe Ángeles.«Genovevo de la O» en *Cuadernos Mexicanos,* n.° 11 (México, 1984).

49. Varios Autores. *Emiliano Zapata y el movimiento…*, p. 134.

En el fondo, el zapatismo nunca renunció a su condición de isla. En ella residían su fuerza y su debilidad. Si había sido traicionado por Madero y había doblegado la embestida sanguinaria de Huerta, no existía razón para confiar en nadie ni para abandonar la resistencia. De ahí el fracaso de todos los emisarios de Carranza. Al «Doctor Atl» (Gerardo Murillo) Zapata le confiesa: «Veo en Carranza aspiraciones peligrosas», En otra ocasión deja pasar la oportunidad de acercarse a un aliado noble y natural: Lucio Blanco. A Juan Sarabia, Luis Cabrera y Antonio Villarreal (revolucionarios intachables y partidarios decididos de la reforma agraria), Zapata los ningunea de plano, y Palafox —su nuevo intelectual orgánico, hombre hábil, pragmático y gran administrador— les advierte que la única opción de Carranza está en renunciar al poder ejecutivo, admitir un representante zapatista en la designación de los nuevos poderes y «someterse» —literalmente— al Plan de Ayala «sin cambiarle ni una coma». Carranza, por supuesto, no acepta las condiciones y en septiembre de 1914 rompe con Zapata. Este responde con un decreto agrario aún más radical que el Plan de Ayala: la nacionalización de los bienes del enemigo abarca por primera vez las propiedades urbanas y por primera vez también se establecen formas de propiedad que recuerdan al sistema comunal del *calpulli*. Según explica en un célebre ensayo François Chevalier, ese decreto «anuncia el futuro ejido, producto de la Revolución mexicana, que no es el simple pastizal común español que lleva el mismo nombre, sino que comprende esencialmente tierras de cultivo».

Mucho más enigmática y significativa que la efímera relación de Zapata con Carranza es la que el jefe suriano establece con la Convención de Aguascalientes y, en

particular, con Francisco Villa.[50] La lógica de ahora y la de entonces —dada la raigambre popular de la Convención— hacía suponer que Zapata se abriría por fin a un pacto nacional. Pero esto sucede sólo a medias.

Por principio de cuentas, Zapata no va a Aguascalientes. Tampoco acuden los principales jefes de la Revolución del sur: acuden los intelectuales. Es el momento cumbre de Soto y Gama, uno de tantos intelectuales anarquistas que se unieron a Zapata por auténtica vocación popular, no por curiosidad u oportunismo. Frente a la galería alebrestada que milagrosamente no lo balacea, Soto y Gama amaga con romper «el trapo» de la bandera nacional, como había que romper —de acuerdo con el evangelio anarquista de Tolstoi o Kropotkin— todas las abstracciones que oprimían al pueblo.[51] Entre el zapatismo y el anarquismo no hay un vínculo casual sino profundo. «Los campesinos rebeldes», dice el antropólogo Eric Wolf; «son anarquistas naturales… La utopía de los campesinos es la aldea libre:… para el campesino el Estado es algo negativo, un mal que debe reemplazarse lo más pronto posible por su propio orden social de "carácter doméstico"».[52] El lenguaje anarcosindicalista ensalzó, además, a campesinos e intelectuales: de Ricardo Flores Magón provino el lema «Tierra y libertad», tomado a su vez de Alexander Herzen y aparecido por primera vez en *Regeneración* el 19 de noviembre de 1910. En alguna ocasión el propio Zapata leyó, por consejo de Andrés Molina Enríquez, obras de Kropotkin.

Aunque la Convención rompió con Carranza y aceptó, en principio, el Plan de Ayala, su alianza con el zapatismo fue breve. Y es entonces, en el momento en que Zapata se encuentra en la cúspide de su poder, cuando aquel «anarquismo natural» revela su carácter generoso y trágico.

La ciudad de México tiembla como doncella inerme ante el asalto inminente de las «hordas». Cuando por fin llegan, las hordas no son tales, sino rebaños pacíficos de campesinos azorados que portan —como símbolo de su lucha por lo permanente y tradicional— el mismo estandarte mexicano de los ejércitos del cura Hidalgo: la Virgen de Guadalupe. Un aterrado catrín recordaba, años después, cómo lo abordaron los zapatistas, no para sacarle el corazón —como temía— sino con este ruego: «Jefecito, denos unos cartoncitos». Así ocurrió: «Como niños perdidos», escribe Womack, «vagaron por las calles», tocando puertas para pedir comida. Vestidos de manta blanca, con sus sandalias franciscanas, sus enormes sombreros de petate, sus cananas y machetes, no parecían militares ni querían parecerlo. Eran campesinos extraviados.[53] No es casual que la canción favorita en los cuarteles zapatistas fuera «El abandonado».

Al azoro de los zapatistas al ocupar una ciudad y ejercer un poder que no querían ni comprendían, se sumó el del propio Zapata. Apenas recorre la ciudad. Se hospeda en un lóbrego hotelito a una cuadra de la estación a Cuautla. El 4 de diciembre de 1914 sostiene en Xochimilco una entrevista con Francisco Villa de la que muchos esperaban un nuevo —y trascendente— abrazo de Acatempan, el que sellara la unión de Iturbide y Guerrero para alcanzar la Independencia. Villa, recordaba un observador, «era alto y robusto, pesaba cerca de noventa kilos, tenía una tez enrojecida como la de un alemán, se cubría con un sarakof, llevaba un grueso *sweater* marrón, pantalones de montar color caqui y botas pesadas de jinete».[54] Era lo que parecía: un militar, el caudillo de la División del Norte. En contraste, Zapata «parecía natural de otro país», con su rostro delgado, su piel oscura, su vestido charro con aquel inmenso sombrero, útil para cubrirse del sol y ocultar las miradas, absurdo como indumentaria militar. Era lo que

parecía: un campesino en armas.[55]

Del diálogo que sostuvieron quedó, para la historia, una copia taquigráfica. Es quizá el único momento en que con certeza podemos *oír* a Zapata. Dos partes son significativas. En la primera se revela el carácter autárquico, local, campesino del zapatismo, incluso por las metáforas campiranas que utiliza. También pone de manifiesto el «anarquismo natural» de Zapata, su repudio de los «ambiciosos» y «sinvergüenzas» que sólo buscan ejercer el poder. Lo más notable es su equiparación del poder con la ciudad y su árido paisaje de banquetas:

«VILLA: Yo no necesito puestos públicos porque no los sé "lidiar".

»ZAPATA: Por eso yo se los advierto a todos los amigos que mucho cuidado, si no, les cae el machete. *(Risas.)*… Pues yo creo que no seremos engañados. Nosotros nos hemos limitado a estarlos arriando, cuidando, cuidando, por un lado, y por otro, a seguirlos pastoreando… Los hombres que han trabajado más son los menos que tienen que disfrutar de aquellas banquetas. Nomás puras banquetas. Y yo lo digo por mí: de que ando en una banqueta hasta me quiero caer».[56]



Zapata llegó a ser el ídolo de los pueblos del sur por su bondad hacia los humildes y por la defensa que constantemente hacía de los pueblos.» (E.K.)

Agustín Víctor Casasola, *Emiliano Zapata con el general Pacheco, ca.* 1914. © Núm. de inventario: 6120. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

En el segundo momento significativo —en el que interviene una tercera voz, el general Serratos—, Zapata explica a Villa la importancia del reparto de tierras:

«VILLA: Pues para ese pueblo queremos las tierritas. Ya después que se las repartan, comenzará el partido que se las quite.

»ZAPATA: Le tienen mucho amor a la tierra. Todavía no lo creen cuando se les dice: "Esta tierra es tuya". Creen que es un sueño. Pero luego que hayan visto que otros están sacando productos de estas tierras, dirán ellos también: "Voy a pedir mi tierra y voy a sembrar". Sobre todo ése es el amor que le tiene el pueblo a la tierra. Por lo regular toda la gente de eso se mantiene.

»SERRATOS: Les parecía imposible ver realizado eso. No lo creen; dicen: "Tal vez mañana nos las quiten".

»VILLA: Ya verán como el pueblo es el que manda, y que él va a ver quiénes son sus amigos.

»ZAPATA: Él sabe si quieren que se las quiten las tierras. Él sabe por sí solo que tiene que defenderse. Pero primero lo matan que dejar la tierra».[57]

Para Villa son «tierritas», para Zapata es «*la tierra*». Villa es abstemio y por poco se ahoga cuando Zapata casi lo fuerza a sellar el pacto de colaboración con un coñac. Como rezaba inconscientemente un corrido de la época, ambos renunciaban de antemano al poder en el momento mismo del triunfo:

Zapata le dijo a Villa:
«Ya perdimos el albur,
tú atacarás por el norte,
yo atacaré por el sur».

La diferencia mayor de actitud entre el guerrero y el

guerrillero se plasmó para la historia en la famosa foto en que Villa aparece sentado, eufórico, en la silla presidencial junto a un Zapata hosco y receloso, esperando siempre que de la cámara saliese no un *flash* sino una bala. Un testigo zapatista de la escena la recuerda: «Villa se sentó en la silla como mofa, y Emiliano a un lado, y le dice a Emiliano: "A ti te toca", Emiliano le dice: "No peleé por eso, peleé [por] las tierras [y para] que se las devuelvan, a mí no me importa la política"».[58] Eran hombres del pueblo, pero hombres muy distintos. Y sus proyectos también. Uno es salvaje y festivo, el otro místico y taciturno. Uno pelea por echar bala, el otro por el Plan de Ayala.

El centro, la ciudad, el Palacio, la silla presidencial, las autoridades eran, para Zapata, el símbolo del engaño centenario contra Anenecuilco. De ahí su aversión física a la política. De ahí también que repitiera constantemente: «Al que venga a querer tentarme con la presidencia de la República, que ya hay algunos que medio me la ofertan, lo voy a quebrar».

Octavio Paz ha visto con claridad el destino histórico de este roce entre el zapatismo (que marcó la vida y muerte de su padre) y dos entidades que le son ajenas y aun contrarias: la ciudad y el Estado. Se trata de una repugnancia ante el poder o de una incapacidad para conquistarlo similar a la de Hidalgo y su ejército campesino frente a la ciudad: «La saben inerme… pero no se atreven a tomarla». Un siglo después tiene lugar la visita de Villa y Zapata al Palacio Nacional:

«…todo el mundo sabe que Zapata vio con horror la silla presidencial y que, a diferencia de Villa, se negó a sentarse en ella. Más tarde dijo: "Deberíamos quemarla para acabar con las ambiciones"… en el contexto inhumano de la historia, particularmente en una etapa revolucionaria, la actitud de

Zapata tenía el mismo sentido que el gesto de Hidalgo ante la ciudad de México: a aquel que rehúsa el poder, por un proceso fatal de reversión, el poder lo destruye. El episodio de la visita de Zapata al Palacio Nacional ilustra el carácter del movimiento campesino y su suerte posterior: su aislamiento en las montañas del sur, su cerco y su final liquidación por obra de la facción de Carranza».[59]

NOTAS

50. Vito Alessio Robles. «La Convención Revolucionaria de Aguascalientes», en *Todo.* 15 jun. 1950; Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria* (México, 1964); Basilio Rojas, *La soberana convención de Aguascalientes* (México, 1961). pp. 105-120.

51. Díaz Soto y Gama, pp. 181-204.

52. Eric R. Wolf. *Las luchas campesinas del siglo xx* (México. 1972).

53. Recuerdos de don Jacinto Díaz Zulueta. Trasmitidos a su hija Carmen Díaz; Womack. pp. 215-216; Fernando Benítez. *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana. El caudillismo* 3 vols. (México, 1977), vol. II. pp. 53-54.

54. Womack. pp. 216-217.

55. Ibíd.

56. «Pacto de Xochimilco», en González Ramírez. pp. 113-121; Bertha Ulloa. «La revolución escindida», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols. (México, 1979), vol. IV, pp. 43-46.

57. Ibíd.

58. Paz Solórzano, *Hoguera…,* p. 268; Womack, pp. 201-202; Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente* (México, 1966), pp. 385-387.

59. Octavio Paz, *Posdata* (México, 1970), p. 89.

Paraíso recobrado

Villa y Zapata no traicionaron su pacto, pero tampoco lo cumplieron. El guerrero no proveyó los pertrechos prometidos; el guerrillero se «reconcentró», según sus propias palabras, «en sus comenderos viejos». En las sesiones de la Convención en Cuernavaca la nota dominante es el conflicto entre el norte y el sur. El pragmático Cervantes, hombre de confianza de Felipe Ángeles, reprende a los zapatistas por la derrota de Puebla. «Es una vergüenza», asegura, «que tres mil carrancistas hayan hecho huir a diez mil zapatistas.» A los del sur les «hacen falta hombres que los guíen». El mesiánico Otilio Montaño le responde transido de indignación: «Me pesa sobremanera venir a oír tales disparates, que vengan a lanzarse anatemas contra el ejército revolucionario del sur y contra su bandera sagrada… Emiliano Zapata es socialista y redentor del pueblo de Morelos». A los pocos meses, con las estrepitosas derrotas de Villa en el Bajío, la disputa entre las dos vertientes del pueblo se volvería —en términos políticos — casi académica. Pero mientras en varias zonas del territorio nacional el carrancismo se ocupaba de reducir al villismo, en la patria morelense Zapata goza, por fin, de un respiro de paz. Lo aprovecha para llevar a cabo la generosa utopía de *su* revolución. El milagroso paréntesis se había iniciado ya, de hecho, a mediados de 1914, con la derrota del huertismo. Duraría hasta fines del año siguiente.

El tránsito de la vida campesina a la guerrilla y de ésta a la utopía fue natural. Durante la campaña contra los federales maderistas y, sobre todo, contra los «pelones» huertistas, se había delineado el perfil de una sociedad campesina que aun en la guerra seguía siendo fiel a sí misma: dispersa en pequeñas unidades, descentralizada, respetuosa de sus relaciones con los pueblos, atenta a sus raíces indígenas,

devota de la religión. Una sociedad cuyo afán profundo seguía siendo, como ha escrito Womack, *permanecer*.

«Unos iban con el jefe, unos con otro, pues… resultaron varios jefes», recordaba un veterano zapatista. «La guerrilla zapatista es típica», explica François Chevalier; «los rebeldes, que eran peones de las haciendas o habitantes de los pueblos, formaban por lo general partidas que iban desde treinta hasta doscientos o trescientos hombres al mando del guerrillero más enérgico, a veces incluso una mujer que tenía el título de "coronela" o "capitana". Unos marchaban a pie, otros montaban caballos de poca alzada de la región o mulas tomadas de los ingenios. Apenas disponían de armas de fuego o municiones, que habían podido quitar a las tropas regulares en audaces golpes por sorpresa. Tenían hasta algunos cañones obtenidos del mismo modo.»[60]

Este carácter disperso constituía una proyección natural de la vida prerrevolucionaria en Morelos, donde la célula política real no era la nación, el estado o el municipio sino el pueblo. La profusión de jefes y unidades independientes tenía, desde luego, enormes desventajas guerreras pero no guerrilleras:

«Ese gobierno de línea se nos metía como borregos y cuando se nos metía a las montañas, a los cerros, les poníamos unas emboscadas en las barrancas que quedaban hasta encimados y ahí agarrábamos todo el armamento y parque; fue cuando se empezó a hacer la gente de armamento bueno, máuseres y treintas y de infantería puras carabinas máuseres de este pelo, grandotas, de bolita, buenas. Entonces nos empezamos a hacer de armas, pero a pura lucha, porque Zapata no pedía a ninguna nación, a ninguno le pidió ayuda, nos hicimos a pura canilla de armamento, a pura canilla».

La dispersión facilitaba el movimiento, la sorpresa, el disimulo, la disolución en el paisaje y el abastecimiento a las

guerrillas por parte de los pueblos:

«Cuando teníamos tiroteo y había oportunidad, los pobres compañeros pacíficos iban, y el gobierno tiraba harto parque y lo juntaban y nos lo daban y nos volvíamos a reponer… nos quería la gente en esa época, nos protegían con tortillas, era cuando comíamos tortillas».

Pero no sólo pan y parque proveían los pueblos, también información:

«El espionaje en el zapatismo era enteramente oficioso: cuantos vendían pollos, huevo, carbón, los arrieros y, en fin, cuanta gente humilde recorría los caminos y entraba en las ciudades, daba cuenta a Zapata y a sus… correligionarios de la situación del enemigo y de los efectivos con que contaba: espontáneamente, con toda buena voluntad. El espionaje en esta forma duró los nueve años de lucha, porque Zapata llegó a ser el ídolo de los pueblos del sur por su bondad hacia los humildes y la defensa que constantemente hacía de los pueblos. Giraba circulares a los presidentes municipales diciéndoles que si algún jefe cometía depredaciones, lo desarmaran a él y a su jefe y lo remitieran al cuartel general. Decía constantemente: "Si se cometen atropellos con los pueblos, ¿de qué vamos a vivir?"».[61]

La descentralización era patente, por ejemplo, en la economía. «No existía ningún servicio regular de intendencia ni de finanzas organizadas.» Cuando Octavio Paz Solórzano preparaba su viaje de representación zapatista a Estados Unidos, Zapata le dio cartas de recomendación para varios jefes, comentando, en cada caso, lo generoso o avaro que cada uno podía ser. Esta prevención frente al dinero tenía también un origen moral. Se dio el caso, durante la estancia de los zapatistas en la capital, de que el «mero Jefe» decidiera recurrir a un préstamo del Banco Nacional de México. El

viejo banquero Carlos Sánchez Navarro recordaba la puntualidad religiosa con que Zapata reintegró capital e intereses. Más aún: «Con el transcurso del tiempo y la prolongación de la guerra, casi desaparecieron el oro y la plata, aunque Zapata fabricó dinero en las minas de Campo Morado (Guerrero). Apenas se utilizó algo más que cartones impresos por previsión del gobernador zapatista del estado, Lorenzo Vázquez. Los jefes del movimiento se vieron obligados a pedir telas, papel, jabón, etcétera, a algunas fábricas o talleres situados en su mayoría en los alrededores de Puebla».

Otro rasgo notable de aquella guerra de los pueblos ambulantes fue su gravitación indígena y su consecuente respeto a los indios. En la crónica indígena de Milpa Alta, recopilada por Fernando Horcasitas, se lee el testimonio de doña Luz Jiménez:

«Lo primero que supimos de la Revolución fue que un día llegó un gran señor Zapata de Morelos. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano. Cuando entró toda su gente traía ropa blanca: calzón blanco y huaraches. Todos estos hombres hablaban el mexicano casi igual que nosotros. También el señor Zapata hablaba el mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta se entendía lo que decían…

»El señor Zapata se puso al frente de sus hombres y así le habló a toda la gente de Milpa Alta: "¡Júntense conmigo! Yo me levanté; me levanté en armas y traigo a mis paisanos. Porque ya no queremos que nuestro padre Díaz nos cuide. Queremos un presidente mucho mejor. Levántense con nosotros porque no nos gusta lo que nos pagan los ricos. No nos basta para comer ni para vestirnos. También quiero que

toda la gente tenga su terreno; así lo sembrará y cosechará maíz, frijolitos y otras semillas. ¿Qué dicen ustedes? ¿Se juntan con nosotros?"».[62]

La devoción religiosa es un elemento que soslayan casi todos los estudios reductivos sobre el zapatismo. En su iluminador ensayo, François Chevalier fue el primero en sondear la *mentalidad* zapatista y señalar la importancia de la fe. Además de la Virgen de Guadalupe en sus estandartes, los zapatistas, recuerda Luz Jiménez, «traían sus sombreros, cada uno traía el santo que más amaba en su sombrero, para que lo cuidara».

En territorio zapatista los sacerdotes no sufrieron persecución, antes al contrario: muchos contribuyeron a la causa. El de Axochiapan, con un caballo; el de Tepoztlán, interpretando los papeles en náhuatl de Anenecuilco; el de Huautla, pasando a máquina el Plan de Ayala.[63] A veces, es verdad, la religiosidad llegaba a extremos, como en el caso del general Francisco V. Pacheco, devoto del Señor de Chalma:

«Era», escribe Octavio Paz Solórzano, «un individuo indígena puro, alto, moreno de ojos pardos, los que nunca levantaba al conversar con alguien de quien desconfiaba y esto pasaba con la mayoría de los que lo trataban; tendría unos cuarenta años, era muy cuatrero para hablar, vestía con traje de casimir negro y sombrero de charro plomo o negro; casi nunca montaba a caballo, haciendo grandes caminatas a pie, sin fatigarse, como lo acostumbran los indígenas; tenía una idea de la justicia muy especial, suya, siendo inexorable y hasta llegando a la crueldad cuando se atacaban sus creencias religiosas o con los que robaban, atentaban contra las mujeres o cometían cualquier otro acto que consideraba digno de que se aplicara al culpable la pena de muerte; era a quien se atribuía aquella frase, que al poco tiempo de haber entrado los

zapatistas a la ciudad de México estaba en boga entre los metropolitanos: "Si mi consensia me dice que te quebre, te quebro; si no, non te quebro"».[64]

Porque, en efecto, aquella sociedad guerrera tenía también su cultura de la muerte. El jefe Zapata «quebraba» a los traidores, pero los otros jefes eran menos exclusivos. En este ámbito feroz se distinguió Genovevo de la O. Marte R. Gómez lo vio bajarse alguna vez de un tren. El maquinista no podía echar a andar la máquina:

«—Qué pasa, "vale", ¿por qué no salimos?

»—Porque se murió la máquina.

»—¡Así te vas a morir tú también, "vale"! *(le dispara y lo mata)*».[65]

La otra cara del desprecio a la vida ajena era el desdén por la propia, la muy mexicana pasión de «hombrearse con la muerte», de «morir como los hombres», de resignarse. Pero aquel estoicismo innato contenía semillas de auténtico valor:

«…casi desprovistos de armas de fuego, habían llenado, con dinamita y clavos, latas de conserva vacías provistas de mechas cortas, que encendían con sus puros y que lanzaban por medio de hondas hechas por ellos mismos con fibras de maguey. Si la mecha quedaba demasiado larga, el adversario la apagaba y devolvía la bomba al atacante, con mortíferos resultados para quienes apenas estaban a cubierto. Si, por el contrario, la mecha resultaba corta, el artefacto explotaba en las manos del asaltante. Uno de éstos, que acababa de quedar con el brazo derecho horriblemente destrozado, pudo tomar otra bomba con la mano izquierda y la encendió tranquilamente con su puro. En el momento en que, erguido fuera de toda protección, hacía girar su honda por encima de la cabeza, cayó bajo una lluvia de balas, gritando: "¡Viva Zapata!"».

Zapata se volvió un mito viviente. «Aquí hasta las piedras son zapatistas»,[66] decía uno de sus fieles, y por entonces no había alma en Morelos que lo contradijera. Era «nuestro defensor», «nuestro salvador», «el Jefe», el «mero Jefe», el «azote de los traidores»:[67]

Les encargó a las fuerzas surianas
que como jefe y sublime redentor,
su memoria conserven mañana
como prueba de su patrio amor.

Si ser zapatista era una misión superior a la vida, ¿cómo no iba a serlo al amor?

Y si me niegan esas caricias
porque mi traje no es de rural,
pueden borrarme de su lista
que por sentido no me he de dar,
mejor prefiero ser zapatista
y no verdugo, cruel federal.

Hasta su cuartel general en Tlaltizapán llegaban peticiones de toda índole. Unos vecinos de Alpuyeca le piden autorizar el riego de sus tierras con el agua de la hacienda de Vista Hermosa. Una mujer le pide que le quite de enfrente a su antiguo amante porque «contantos amenasos lla no soy livre de salir ala calle para nada… que meade volver de un valaso». Un grupo de amigos le previene contra la traición que preparan los «finansieros de Ozumba»: «proporsionan a usted un banquete, endonde usted caiga bocarriba o quede de una piesa». Los de Anenecuilco se atreven a pedirle, «como padre de nosotros», que les facilite diez pesos «inter tanto susanamos nuestras necesidades si Dios quiere nos socorre con nuestro maiz le daremos más por el dinero y si no le devolveremos sus sentavos». De Mesquitlán también piden,

pero algo menos efímero:

«…hoy el día 17 del més en curso resibimos una órden superior en donde nos biene suspendiendo nuestras siembras por conpleto, y ánparados primero á Dios y despues á lo sembrado, si és así quedamos en los laméntos, pero fiados primero á Dios, y despues en U. como padre de menores, y por tal motivo ócurrimos á U. suplicándole que alcánsemos á lo que previene ál árticulo 6.° de la ley del Plán de Allala por existir el título primordial del presitado pueblo, tánto como coadyovántes de lo que U. lucha».

No era extraño que llegaran a sus manos cartas conmovedoras. Una entre tantas:

«…nosotros las familias viudas que recibimos el maltrato quemazones desalojos, del vil gobierno que nos despojó amargamente sin tener alguna compacion de nosotros noestros maridos desterrados y toda clase de zemillas nos la recojio el ilegal gobierno que nos dejo en un absoluto incompleto de la ultima miseria escasos de recursos sin haber en donde conseguir trabajos para ganar medio ó un real. Con este mismo objeto Señor Jefe Libertador del sur y centro nó hallamos a quien pedirle esta micericordia para que se nos socorra en algo de mais o algun piloncillo de dulce.

»A usted bellisimo Supremo le suplicamos rendidamente nos vea con compacion y cón ojos de piedad al que se digne mover su fiel corazón de que se nos proteja en algo de lo que se pueda y quedariamos agradecidos ante su felicidad que deceamos un siempre le zocorra la Eternidad una vida sana y tranquila para sus propios gosos de nuestra patria Morelos».

Como había soñado Otilio Montaño, desde la caída del gobierno de Huerta y durante todo el año 1915 Tlaltizapán se volvió la «capital moral de la Revolución». Además de oír peticiones y despachar órdenes, «en horas avanzadas de la

tarde», escribe Womack, «él y sus ayudantes descansaban en la plaza, bebiendo, discutiendo de gallos valientes y de caballos veloces y retozones, comentando las lluvias y los precios… mientras Zapata fumaba lentamente un buen puro. Las noches las pasaba con una mujer de la población; engendró dos hijos, por lo menos, en Tlaltizapán». Las malas lenguas decían en ese tiempo que Zapata no vivía con una mujer sino con tres hermanas, «bajo el mismo techo y en medio de la mayor armonía». Esa democracia amorosa la desplegó antes y después de aquel paréntesis: tuvo no menos de veinte mujeres y procreó no menos de siete hijos. Pero había otras cosas que lo entretenían. Le gustaba el coñac y la buena cocina francesa. Se moría de risa releyendo los pasajes más chuscos de las memorias de Lerdo, o se conmovía escuchando a su querido «Gordito» (Gildardo Magaña) recitar la larguísima «Sinfonía de combate» del bardo veracruzano Santiago de la Hoz:

Taciturno, medroso… cabizbajo,
cargado de cadenas y grilletes,
allí está el pueblo… subyugado, triste.
¡Pueblo, levanta tu cerviz airado
y lánzate a los campos de combate!
¡Pueblo, despierta ya! Tus hijos crecen
y una herencia de oprobio no merecen.
¡Madre patria, tu pueblo está perdido!
¡Se acabaron tus bravos luchadores!
¡Sólo queda una raza sin vigores!
¡En el fango de inmensas abyecciones
se incuban los campeones!
Y cuando el pueblo lance su rugido,
y se inflamen sus ímpetus salvajes,

y sacuda su ardiente cabellera,
y levante la pica entre sus manos
y brille desplegada su bandera,
¡rodarán por el polvo los tiranos!

Su pasatiempo favorito, por supuesto, seguían siendo las fiestas charras. Zapata se lanzaba al ruedo junto con la cuadrilla, caracoleaba a caballo y hacía quites a pie.[68] En lo primero, el único jefe que lo igualaba era Amador Salazar. En lo segundo, tuvo que admitir alguna vez en Yautepec la superioridad de Juan Silveti:

«…se divertía grandemente invitando para que se bajaran a torear (porque se toreaba en estas fiestas) a individuos remilgosos, profanos en la materia. Sobre todo en la época de la Convención, que se colaron en las filas revolucionarias algunos *fifíes*, para irse a la cargada, y que se atrevieron a llegar hasta Tlaltizapán, en donde se estableció el cuartel general. Cuando había toros los hacía que echaran capotazos, siendo por lo regular revolcados, lo que producía a Zapata gran hilaridad. Lo hacía para ponerlos en ridículo».

En Cuautla, no muy lejos de Tlaltizapán, cuartel del charro entre charros, un catrín de catrines que tenía la ciudad por cárcel paseaba en el jardín sin que nadie lo molestara. El «mero Jefe» lo protegía retribuyéndole favores pasados: Ignacio de la Torre.

En rigor, no todo era quietud en aquel mundo al abrigo de la violencia. También estaba ocurriendo una revuelta pacífica en la vida material. La clase hacendada había desaparecido y Morelos era, de hecho, un territorio independiente. Adolfo Gilly ha visto en aquel paisaje social el embrión de una comuna. Quizá se aproxima mucho más a una constelación de pequeñas comunidades como las que soñó un padre del anarquismo: Kropotkin. Su sentido, en definitiva, es la vuelta,

la resurrección de una armonía antigua, mítica, lejanamente perdida.

Se ejercía una democracia local y directa. El reparto de tierras se hacía de acuerdo con las costumbres y los usos de cada pueblo. Los jefes zapatistas tenían prohibido imponer su voluntad sobre la de los pueblos. No había policía estatal ni imposiciones verticales de cualquier orden (políticas o ideológicas). El ejército popular zapatista, verdadera «liga armada de comunidades», se plegaba —como ha visto Arturo Warman— a un orden social, democrático y civilista.[69]

Para que aquella recuperación de los orígenes fuese cabal, había que empezar por rehacer el mapa (o, como ellos mismos decían, «la mapa»). Para ello, una generación de jóvenes agrónomos llegó a Morelos a deslindar los terrenos de cada pueblo. Formando parte de ella, arribaron hombres que más tarde serían famosos, como Marte R. Gómez o Felipe Carrillo Puerto. Los «ingenieritos» tenían que respetar los títulos virreinales que algunos pueblos aportaban y la opinión de los ancianos. Aquélla era una clase de historia viva. Alguna vez, dirigiéndose a Marte R. Gómez, Zapata comentó:

«Los pueblos dicen que este tecorral es su lindero, por él se me van ustedes a llevar su trazo. Ustedes, los ingenieros, son a veces muy afectos a sus líneas rectas, pero el lindero va a ser el tecorral, aunque tengan que trabajar seis meses midiéndole todas sus entradas y salidas».

La recuperación del mapa y la restitución de tierras a los cien pueblos del estado se llevaron algunos meses. Entre tanto, el poderoso Manuel Palafox, secretario de Agricultura del gobierno convencionista, discurre la fundación de bancos y escuelas agrícolas, agroindustrias y una fábrica nacional de herramientas para el campo. Zapata echa a andar cuatro ingenios e intenta persuadir a los campesinos de que

siembren cultivos comerciales en lugar de maíz y frijol. Su preocupación es más tutelar que progresista, más moral que económica:

«Ahora que hay dinero, debemos ayudar a toda esa pobre gente que tanto ha sufrido en la Revolución; es muy justo que se les ayude porque todavía quién sabe lo que tengan que sufrir más adelante; pero cuando esto suceda, ya no será por culpa mía, sino de los acontecimientos que tengan que venir. Yo deseo que los ingenios subsistan; pero naturalmente no en forma del sistema antiguo, sino como "fábricas", con la parte de tierra que deba quedarles de acuerdo con el Plan de Ayala. La caña que nosotros sembremos y cultivemos la llevaremos a esas fábricas para su venta, al que mejor nos la pague, pues en estas circunstancias tendrá que producirse una competencia entre los dueños de los ingenios azucareros; y si no nos conviene el precio, pediremos que se nos "maquile", pagando por ello una cuota apropiada. Es indispensable que trabajen los ingenios azucareros, porque ahora es la única industria y fuente de trabajo que existe en el estado. Si tenemos dificultad con los ingenios, instalaremos pequeños "trapiches" para hacer piloncillo o azúcar de purga, como antaño se hiciera en las haciendas».[70]

¿Cuál era, en definitiva, su utopía personal? Soto y Gama recuerda un diálogo revelador con Enrique Villa:

«—¿Qué opinas tú, Emiliano, del comunismo?

»—Explícame qué es eso.

»—Por ejemplo, que todos los vecinos de un pueblo cultiven juntos, o en común, las tierras que les corresponden y que, en seguida, el total de las cosechas así obtenidas se reparta equitativamente entre los que con su trabajo contribuyeron a producirlas.

»—¿Y quién va a hacer ese reparto?

»—Un representante o una junta que elija la comunidad.

»—Pues mira, por lo que mí hace, si cualquier “tal por cual”… quisiera disponer en esa forma de los frutos de mi trabajo… recibiría de mí muchísimos balazos».[71]

Tierra y libertad, ideales distintos pero inseparables e igualmente importantes. De ahí que el anarquismo —que le predicaba, entre otros, el coronel Casals— «no le desagradara del todo», aunque no veía en qué superaba al único programa que, a su juicio, «haría la felicidad del pueblo mexicano»: el Plan de Ayala.

Pero la raíz y el mapa de su utopía eran más antiguos que el Plan de Ayala. Alguna vez, cuando se le interrogó sobre «la razón primera y última de su rebeldía», Zapata mandó traer la empolvada caja de hojalata que contenía los documentos de Anenecuilco. Zapata los hojeó y dijo: «Por esto peleo».

«Esto» era la tierra. Zapata pelea por la tierra en un sentido religioso; por la tierra que es, para los zapatistas, como para todos los campesinos en las culturas tradicionales, «la madre que nos mantiene y cuida» (san Francisco). Por eso, en su manifiesto en náhuatl a los pueblos indígenas de Tlaxcala, la palabra «patria» se vuelve «Nuestra Madrecita la Tierra, la que se dice Patria».[72]

En la asociación de la tierra con la madre, en la Madre Tierra, se esconde seguramente el sentido último de la lucha zapatista, el que explica sus actos y su reticencia. La tierra es el origen y el destino, la madre que guarda el misterio del tiempo, la que transforma la muerte en vida, la casa eterna de los antepasados. La tierra es madre porque prodiga un múltiple cuidado: nutre, mantiene, provee, cobija, asegura, guarda, resguarda, regenera, consuela. Todas las culturas reconocen este parentesco mítico. En Grecia, Deméter es la amorosa y doliente madre de los granos; en Rusia —cuya

cultura comunal campesina fue o es tan fuerte como la de México— el juramento más solemne se hace en el nombre de la Sagrada Tierra (Rodina) y besándola al pronunciarlo.

Zapata no peleaba por «las tierritas» —como decía Villa— sino por la Madre Tierra, y desde ella. Su lucha se arraiga porque su lucha es arraigo. De ahí que ninguna de sus alianzas perdure. Zapata no quiere llegar a ningún lado: quiere permanecer. No se propone abrir las puertas al progreso (por eso Palafox le recrimina haber caído a partir de 1915 en un «letargo de inactividad») sino cerrarlas: reconstruir el mapa mítico de un sistema ecológico humano en donde cada árbol y cada monte ocupen su lugar con un propósito; mundo ajeno a otro dinamismo que no fuera el del diálogo vital con la tierra.

Zapata no sale de su tierra porque desconoce, desconfía y teme a *lo otro:* el poder central percibido siempre como un intruso, como un acechante nido de «ambiciosos» y traidores. Su visión no es activa y voluntarista, como la de todas las religiosidades marcadas por el padre, sino pasiva y animista, marcada por la madre. Su guerra de resistencia se agota en sí misma. Durante la tregua de 1915, en lugar de fortalecerse hacia afuera, se aísla más, se adentra más en la búsqueda del orden perdido hasta el límite de querer reconstruirlo con la memoria de los ancianos. No es un mapa productivo lo que busca: es un lugar mítico, es el seno de la Madre Tierra y su constelación de símbolos.

NOTAS

60. François Chevalier. «Un factor decisivo de la revolución agraria de México: “El levantamiento de Zapata” (1911-1919)» en *Cuadernos Americanos;* 6 nov. 1960 (México), pp. 165-187; Varios Autores, *Emiliano Zapata y el movimiento…*

61. Paz Solórzano, *Hoguera…*, p. 185.

62. Fernando Horcasitas, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa alta* (México. 1968).

63. Díaz Soto y Gama, pp. 259-260; y «Zapata y Villa, creyentes», en *El Universal,* 6 abr. 1949 (México); Paz Solorzano, *Hoguera…*, pp. 178-184, 340-341.

64. Paz Solórzano, *Hoguera …* pp. 340-341.

65. Marte R. Gómez, *Las comisiones agrarias del sur* (México, 1961), p. 37.

66. Paz Solórzano, *Hoguera …* p. 186.

67. Redfield, pp. 197-204; Varios Autores, *Emiliano, Zapata y el movimiento…;* Paz Solórzano, «Emiliano Zapata…», p. 321.

68. *Documentos inéditos sobre Emiliano Zapata y el cuartel general* (México, 1979), pp. 10, 39, 43, 127, 161, 163, 177.

69. Womack, pp. 237-238; Gómez, pp. 62-77.

70. Ibíd.

71. Díaz Soto y Gama, pp. 272-274; Bernardino Mena Brito, «El verdadero zapatismo», en *El Universal,* 8 jul. 1941 (México).

72. Miguel León Portilla. *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata* (México, 1978).

Desgarramiento, traición y leyenda

La estrepitosa derrota del villismo a manos de Obregón cerró un paréntesis histórico. Ahora los esfuerzos carrancistas podían concentrarse en reducir por entero el zapatismo. En agosto de 1915 se inicia «la ruina de la revolución zapatista» que, en la frase perfecta de John Womack, no fue un derrumbe, «sino un confuso, amargo y desgarrador ir cediendo». Este «ir cediendo» tuvo muchas facetas, casi todas dolorosas. En primer término, la terrible violencia de los ejércitos federales. Luego de la expedición de una ley de amnistía que no dejó de mermar a las filas zapatistas, González pretende acabar con los zapatistas «en sus mismas madrigueras». En Jonacatepec hace prisioneros a 225 civiles y los fusila en masa. En junio de 1916 toma el cuartel general de Tlaltizapán y da muerte a 283 personas. Los zapatistas trasladan su cuartel a Tochimilco, en las faldas del Popocatépetl. En noviembre, González justifica su introducción de una ley marcial en términos racistas: «… como los enemigos no comprendieron el honor que les hizo el Constitucionalismo al concederles un plazo para que solicitaran el indulto, al que contestaron con inaudita barbarie… como el indio». El siguiente paso de su ejército de treinta mil hombres sería multiplicar y afirmar los métodos de Juvencio Robles: incendios, saqueos, asesinatos en masa, deportación de poblaciones enteras y una novedad: la festiva destrucción de la propiedad.

«Las fuerzas carrancistas», escribió Porfirio Palacios, «destruyeron no sólo los ingenios para vender la maquinaria por fierro viejo, sino todo cuanto consideraban poder aprovechar; pues se llevaban las puertas, las bancas de los jardines públicos, hasta artefactos de otro uso, inclusive las cañerías de plomo, todo lo que más tarde era vendido por la

soldadesca inconsciente en la ciudad de México, en los “puestos” de la plazuela de las Vizcaínas o en los del “ex Volador”.»

Ante aquella embestida, Zapata se repliega y reanuda la guerra de guerrillas. En octubre de 1916 decide pasar a una ofensiva espectacular: comienzan entonces los ataques aislados pero efectivos a bombas de agua y estaciones tranviarias cercanas a la ciudad de México: Xochimilco, Xoco. La impresión que causa en la opinión pública es tremenda. A fines de noviembre, González emprende la retirada. A principios de 1917 los zapatistas recuperan su estado.[73] Al ocupar Cuernavaca, Zapata escribe a su representante en San Antonio:

«Debo hacer notar a usted los innumerables abusos, atropellos, crímenes y actos de vandálica destrucción llevados a cabo por el carrancismo durante su permanencia en estas regiones: pues aquél, en su rabia impotente, ha asolado las poblaciones, quemado casas, destruyendo sementeras, saqueando en las casas hasta las más humildes prendas de vestir, y cometiendo en las iglesias sus acostumbrados desmanes. A Cuernavaca la han dejado inconocible; las casas están sin puertas, las calles y las plazas convertidas en estercoleros, los templos abiertos, las imágenes destrozadas y despojadas de sus vestiduras y la ciudad abandonada, pues se llevaron a todos los pacíficos a viva fuerza, al grado que los nuestros, al tomar posesión de la plaza, sólo encontraron tres familias ocultas, que escaparon a la leva de pacíficos».[74]

Uno de los hechos históricos más notables de aquel nuevo capítulo de violencia que duró desde los últimos meses de 1915 hasta fines de 1916 fue que lo acompañara una gran creatividad legislativa por parte de cinco miembros de la junta intelectual del zapatismo: Luis Zubiría y Campa, Manuel

Palafox, Otilio Montaño, Miguel Mendoza López Schwertfregert y Jenaro Amezcua. Se diría que, al expedir febrilmente ley tras ley, respondían a Carranza y delineaban el país ideal que hubiesen podido gobernar.[75]

En octubre de 1915 expiden la Ley sobre Accidentes de Trabajo y la Ley Agraria, esta última un antecedente fundamental del artículo 27 de la Constitución, si bien no reivindica para la nación la totalidad del suelo y el subsuelo. Entre sus preceptos principales destaca el reconocimiento de la personalidad jurídica de los pueblos, rancherías y comunidades; determinación de las superficies máximas de propiedad según el clima y tipo de tierra; la expropiación de bosques y montes; la pérdida de las tierras al cabo de dos años de inactividad, etc. En noviembre los juristas de Zapata emiten la Ley General sobre Funcionarios y Empleados Públicos, que prevé la declaración de nuevos bienes al cesar en funciones aquéllos; la Ley General del Trabajo, que decreta el descanso dominical, la jornada de ocho horas y el salario remunerador; una ley que suprime el ejército permanente y lo sustituye por una guardia nacional; un proyecto que suprime los impuestos sobre artículos de primera necesidad, una ley sobre asistencia pública y otra sobre la generalización de la enseñanza. En diciembre el ritmo no disminuye: Ley General sobre Administración de Justicia, que convierte las cárceles en «establecimientos de regeneración», limita drásticamente la latitud de los embargos y decreta la abolición de la pena de muerte; Ley sobre la Fundación de Escuelas Normales en los Estados, y un proyecto de ley sobre el matrimonio. El año 1916 se inicia con una Ley de Imprenta que prohíbe la censura, y otra, realmente notable, sobre la sujeción de la ley al plebiscito, entre cuyos «considerandos» se incluían ideas puramente democráticas:

«…El derecho de votar no alivia el hambre del votante, han dicho con amargura los desilusionados de la política; pero olvidan al hablar así que los derechos políticos y los civiles se apoyan mutuamente y que en la historia de las naciones jamás ha faltado un traidor a la causa del pueblo que, al ver a éste olvidar la práctica de sus derechos políticos, se los arrebata y, junto con ellos, también los civiles».

La democracia por la que optaban los ideólogos zapatistas era directa y plebiscitaria. Ninguna autoridad podía invalidar o desconocer su mandato. El pueblo se reservaba el derecho de rebelión contra los mandatarios infieles.

El impulso alcanzó todavía para expedir una ley de colonización y otra de enseñanza primaria. Meses más tarde, el 15 de septiembre se expide otro documento notable, la Ley Municipal:

«La libertad municipal es la primera y más importante de las instituciones democráticas, toda vez que nada hay más natural y respetable que el derecho que tienen los vecinos de un centro cualquiera de población para arreglar por sí mismos los asuntos de la vida común y para resolver lo que mejor convenga a los intereses y necesidades de la localidad».

A fines de 1916, ante el nuevo repliegue de González, Zapata establece en Tlaltizapán —ayudado muy de cerca por Soto y Gama— el Centro de Consulta para la Propaganda y la Unificación Revolucionaria. Su cometido era orientar a los pueblos sobre sus relaciones con las tropas revolucionarias, hacer lecturas públicas y explicaciones de manifiestos y decretos y, en definitiva, tender puentes de comunicación entre la Revolución y los pacíficos. A partir de marzo de 1917 se promulgaron tres disposiciones que fortalecieron aún más a los pueblos; un decreto sobre derechos mutuos de los pueblos, otro sobre el «municipio autónomo como unidad

nuclear de gobierno» y una ley orgánica para los ayuntamientos de los estados. El sentido interno de este despliegue era el mismo que Zapata se había propuesto desde diciembre de 1911 al lanzar el Plan de Ayala: «respetar y auxiliar a las autoridades civiles» de los pueblos, no suplantarlas. Por desgracia —concluye Womack—, en la práctica, el gobierno zapatista de Morelos fue una serie de actos burdos y desarticulados.

Pero quizá más dolorosa aún que la guerra feroz o las leyes congeladas fuera la quiebra interna del zapatismo.[76] No resultaba sencillo justificar ante los pueblos «pacíficos» su lucha, porque ya no gobernaban los porfiristas sino revolucionarios capaces de emitir una ley agraria como la del 6 de enero de 1915. Era fatal que comenzasen a aflorar rencillas, dimisiones e infortunios entre los jefes zapatistas. Era la desventaja de la dispersión original. En agosto de 1916 Emiliano Zapata fustigó a

«…los cobardes o los egoístas que… se han retirado a vivir en las poblaciones o en los campamentos, extorsionando a los pueblos o disfrutando de los caudales de que se han apoderado en la sombra de la Revolución… [y han dado] ascensos o nombramientos a favor de personas que no lo merecen».

El primero en sufrir la deshonra de un confinamiento fue Lorenzo Vázquez, compañero de Zapata desde 1911 que, según el Jefe, había mostrado cobardía en su defensa de Jojutla a mediados del año de 1916. La discordia había empezado mucho antes, con el imperio creciente de la ley del talión entre los propios jefes zapatistas. Una de las secuelas malignas despuntó el 24 de enero de 1914, día en que Antonio Barona mató a Felipe Neri sólo por haber mandado desarmar a diez hombres de su escolta. Otra víctima de Barona fue el

general Francisco Estrada, pero cuando «quebró» a Antonio Silva, el jefe de éste, Genovevo de la O, lo «quebró» de vuelta: «Todavía malherido, las gentes de De la O sacaron a Barona de la carretela en que viajaba y lo arrastraron a cabeza de silla por las calles de Cuernavaca».

«…lo que ese día quedó de manifiesto», escribió Marte R. Gómez, «fue que el zapatismo, como grupo militar organizado y como organización civil de gobierno, se desintegraba ya. Comenzaban a faltar los cartabones que servían para establecer las jerarquías; cada quien se consideraba libre para actuar conforme a su capricho o, cuando menos, en caso de duda, se juzgaba autorizado para obrar por cuenta propia, a reserva de buscar refugio en el bando enemigo.»[77]

El siguiente jefe importante que cayó en manos de De la O fue el poderosísimo Francisco V. Pacheco, aquel indígena de crueldad mítica que había llegado hasta la Secretaría de Guerra de la Convención y «dominaba casi todo el norte del Estado de México, desde los pueblos cercanos a Toluca por el oriente y el sur, hasta los límites con Morelos y el Distrito Federal; la mayor parte del sur de éste, desde Huitzilac hasta Tizapán y las goteras de Tlalpan». Alguna vez su *consensia* le había impulsado a presentarse en la comisaría de Toluca, en la que un testigo grabaría esta escena:

«Pacheco… inquiere por la gente que hay en los calabozos. Total: diez prisioneros. Cinco (posiblemente los que le simpatizaron) fueron puestos en libertad. El resto fue sujeto a un interrogatorio brevísimo, en el que el señor comisario dio su informe respectivo.

»—Estos tres viejitos armaron un "borlote" con un peluquero y causaron escándalo entre los vecinos.

»A lo que Pacheco respondió secamente:

»—Apártenlos.

»—Este amigo —un infeliz borrachín de pulquería— golpeó a su vieja nomás porque le dieron ganas.

»—Apártenlo.

»—Y este “ixcuintle” —un muchacho que a lo más contaría catorce años— le levantó la mano a su tío dizque porque querían cogerlo a palos.

»—Apártenlo.

»Lo demás fue breve. Había un pelotón dispuesto en la plaza de armas. Los cinco prisioneros fueron sacados y se les fusiló sin más trámites para que aprendieran a guardar “el orden público”».

En 1916 su *consensia* le había dictado acogerse a la amnistía carrancista, lo cual significó para los zapatistas, y sobre todo para De la O, en la vecina Santa María, un descalabro mayor: quedaba franca la entrada a Morelos. En escarmiento, un subalterno de De la O alcanza a Pacheco en Miacatlán, lo sorprende de noche, escondido debajo de su cama, y sin consultar mucho a su *consensia* lo fusila a quemarropa.[78]

La muerte fortuita de Amador Salazar por una bala perdida fue un golpe para Zapata. Lo mandó sepultar, vestido de charro, en la pirámide truncada que había hecho construir en Tlaltizapán para alojar los restos de sus compañeros de armas. Pero acaso el desgarramiento mayor ocurriría en mayo de 1917, cuando un consejo de guerra, integrado por Ángel Barrios, Soto y Gama, Palafox y Serafín Robles, condenó a muerte al compadre de Zapata, coautor del Plan de Ayala, aquel robusto maestro de Villa de Ayala y Yautepec que en 1909 le había ayudado a estudiar los documentos de Anenecuilco: Otilio Montaño.

Se le acusó de ser el autor intelectual de un complot contra

Zapata en Buenavista de Cuéllar. Se decía que había sido visto en aquel pueblo, que existían unas cartas condenatorias, que no era la primera vez que su vocación revolucionaria flaqueaba, que el propio Zapata lo había sentido merodeando su casa. Los jueces no exhiben pruebas en contra suya ni acceden a abrir el juicio al público. Zapata se ausenta de Tlaltizapán. Antes de morir, Montaña dicta un testamento en el que afirma: «Voy a morir, no cabe duda, pero ahí donde se hace la justicia, ahí los espero tarde o temprano». A Montaño, antes que nada un espíritu religioso, se le niega la extremaunción. Se resiste a morir de espaldas pero lo fuerzan. Abre los brazos y declara, «en nombre de Dios», que «muere inocente». Horas después, alguien lleva el cadáver a Huatecalco y sobre el camino real de Jojutla lo cuelgan de un cazahuate, con una tabla en el pecho que advierte: «Este es el destino que encuentran los traidores a su patria». Días más tarde, el cadáver desaparece.[79]

Desde hacía tiempo, desde siempre, Zapata había tenido cierto delirio de persecución. Lo obsesionaban los traidores. Una y otra vez repetía su frase predilecta: «Perdono al que roba y al que mata, pero al traidor no lo perdono». A Soto y Gama le impondría la obligación de redactar un «decreto contra los traidores… raza maldita que había que extirpar sin contemplaciones. De los traidores no hay que dejar ni la semilla». Soto y Gama, diligentemente, lo redactó.[80]

Un mes después de la muerte de Montaño, como si la providencia ejerciera esta vez la ley del talión, murió en forma trágica Eufemio, el hermano mayor de Zapata. El doctor Víctor Manuel Guerrero, que sirvió al zapatismo, recordaba veintiún años después la escena:

«Eufemio era el terror de los paisanos, pero con especialidad de los borrachitos, pues se le había metido en la

cabeza reformar a los sureños, quitándoles la afición por la “caña”.

»Apenas se sabía que Eufemio se acercaba a Yautepec, y todas las cantinas cerraban sus puertas. Infeliz del borracho a quien hallaba en la calle, porque con una vara de membrillo lo azotaba hasta que creía haberle bajado los humos del alcohol.

»Esa costumbre suya fue la causa de su muerte. Cuando se convenció que en Yautepec no hallaría borrachos, se puso a perseguir a los de Cuautla. Cierto día halló a un anciano dentro de una cantina y, sin consideración a sus canas, se puso a flagelarlo con su inseparable vara de membrillo.

»—¿No le da vergüenza, a su edad, seguir bebiendo hasta caerse? ¡Eso le quitará el vicio!

»Y mientras le soltaba frases por este estilo, lo estuvo golpeando en forma tan bárbara que el ancianito cayó privado del sentido.

»El hijo de aquel anciano, a quien conocían por “el Loco Sidronio”, al saber lo ocurrido, fue a buscar a Eufemio y sin darle tiempo a defenderse, le disparó la carabina, dejándolo moribundo. Después, a cabeza de silla, lo arrastró hasta el “Guatecal”, abandonándolo sobre un hormiguero.

»—Aquí aprenderás a respetar las canas de los viejos —dicen que exclamó, y caracoleando su caballo se alejó del lugar.

»Ustedes no saben lo que son esas hormigas. Sus picaduras son dolorosísimas, ¡hay que imaginar cómo debieron ser los últimos momentos del caudillo!».[81]

En agosto de 1917, en Tlaltizapán, Zapata se dio el gusto de recibir la cabeza de Domingo Arenas, el caudillo indígena y agrarista de Tlaxcala, cuya brigada Xicoténcatl se le había sumado en el remoto noviembre de 1914. Había defeccionado

del carrancismo y coqueteado un par de veces con reintegrarse al redil que por convicción e identidad le pertenecía. Ahora «el traidor» había recibido el justo castigo.[82] ¿Quién seguiría? Los subalternos temblaban: «…se le observaba más histérico…, todo le encolerizaba…, muchos jefes temían acercársele… Al Jefe no se le engaña…, el Jefe adivina lo que trae uno dentro».

El horizonte se cerraba. González y su lugarteniente principal, Jesús Guajardo, reinician la campaña con sus métodos habituales. El panorama es desolador: «…campos talados, poblaciones en ruinas, ganado y semillas robadas, mujeres escarnecidas a su furor, venganzas, latrocinios y atropellos de todo género». Para colmo, hasta la naturaleza comienza a mostrarse adversa: en esos meses azotan el tifo, el paludismo, la disentería.

Con todo, las ágiles «liebres blancas» del zapatismo no se rinden. No obstante la presencia federal en el estado, durante buena parte de 1918 conservan su cuartel general en Tlaltizapán. En aquel año cede la influencia de Palafox —quien de hecho deserta— y asciende la estrella del último intelectual de Zapata: el prudente joven zamorano Gildardo Magaña, el «Gordito» sabio y mediador que solía recitarle la «Sinfonía de combate».

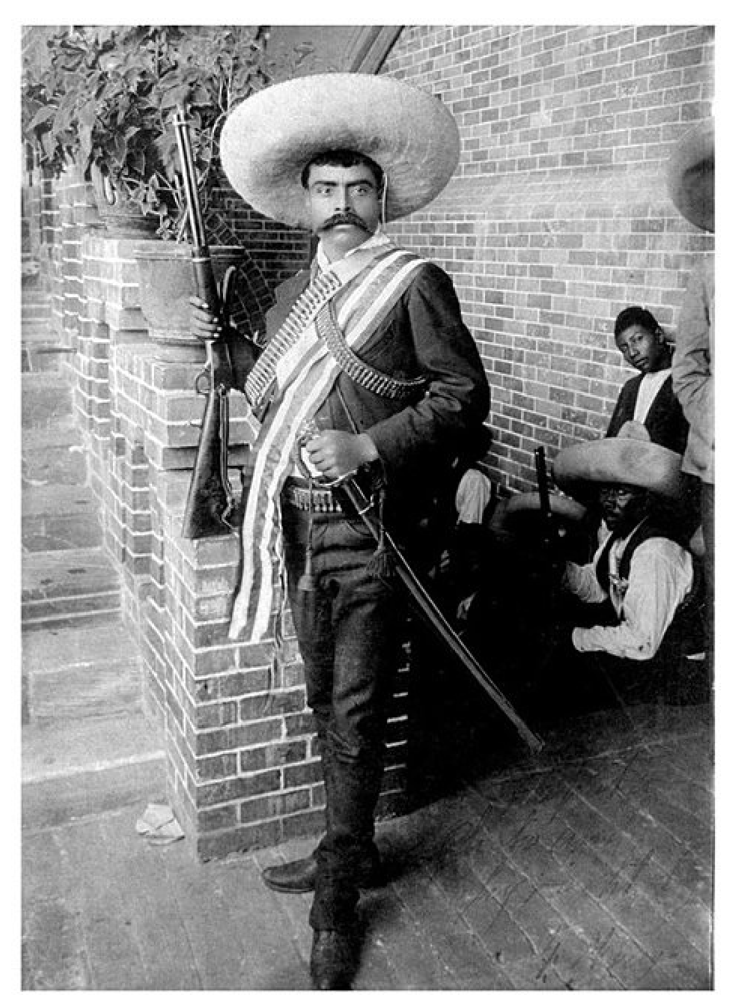
Ante la percepción clara de su asfixia, una sola obsesión se apodera ahora de Zapata: concertar alianzas. No hay jefe revolucionario o aun contrarrevolucionario con el que no intente de algún modo, por conducto de Magaña, pactar: Lucio Blanco (a quien había desdeñado en agosto de 1914, pese a la insistencia del «Doctor Atl»), los hermanos Vázquez Gómez, Félix Díaz, Manuel Peláez, Francisco Villa, Cesáreo Castro, Felipe Ángeles, Álvaro Obregón y, en un acto supremo de desesperación, el mismísimo Carranza. En

ningún caso logra verdadero éxito, ni siquiera en su intento de atraer con nobles manifiestos en náhuatl a las huestes indígenas del difunto Domingo Arenas. El desaliento llega al extremo en abril de 1918: en un «Manifiesto a la nación», ejemplo —explica Womack— de «frente popular», no se menciona ya el Plan de Ayala.

Meses antes, un excéntrico periodista norteamericano, William Gates, había persuadido a Zapata de la inminencia de una invasión yanqui una vez liquidada la guerra europea. Zapata le cree a pie juntillas. A fines de noviembre, Zapata pide a Felipe Ángeles que interponga su influencia con el mariscal Foch, pues «paréceme que una vez solucionada la cuestión europeo-americana, los Estados Unidos de Norteamérica se echarán sobre nuestra nacionalidad». De pronto, aquel celoso aislamiento explotó hasta convertirse en lo contrario: un vértigo de espacios abiertos. Había que defender no lo minúsculo, lo propio, lo particular, sino lo mayúsculo, lo propio de todos: «el decoro nacional». Fue entonces cuando Zapata sintió a México vagamente. Quizá por primera vez.

El frío profesionalismo de Pablo González y «la obra pacificadora de la influenza española», según voceaba la prensa, cercan aún más a los guerrilleros zapatistas, que no pasan ya de unos cuantos miles. En agosto de 1918 pierden Tlaltizapán y se refugian en Tochimilco, que no obstante su virtual inaccesibilidad, a veces debe ser evacuado hacia el pequeño Tochimizolco.[83] En aquel instante de supremo acoso, a principios de 1919 llega de pronto a manos de Zapata una serie de artículos publicados en Estados Unidos, y reproducidos profusamente en México, en los que Gates vindicaba el sentido original del zapatismo. El Jefe no disimuló su satisfacción. ¿Hacía cuánto que no recibía una

señal positiva del exterior? «Ahora sí puedo morir», comentó, por fin «se nos ha hecho justicia.»



«La indumentaria del general Zapata en el vestir, hasta su muerte, fue de charro: pantalón ajustado de casimir negro con botonadura de plata, sombrero charro… espuelas llamadas amozoqueñas y pistola al cinto.» (Serafín Robles)

Hugo Brehme (atribuida), *Zapata en el hotel Moctezuma, de Cuernavaca*, abril de 1911. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Algo interno lo llama a rebelarse de nuevo, a romper el cerco, el aislamiento, el silencio. Sin descartar nunca la búsqueda de alianzas, en marzo de 1919 publica una carta abierta a Carranza, compendio crítico que hubieran querido firmar los más radicales y sinceros anticarrancistas:

«…los antiguos latifundios de la alta burguesía reemplazados, en no pocos casos, por modernos terratenientes que gastan charreteras, kepí y pistola al cinto… [mientras] los pueblos [son] burlados en sus esperanzas».

No importa que la prosa fuese de Magaña. El ánimo, el nuevo ánimo, era de Zapata.

No lo esperaba la victoria sino el desenlace. Zapata, que temió siempre, y siempre repudió, la traición, murió víctima de una traición cuidadosamente maquinada por el coronel Jesús Guajardo y su jefe, Pablo González. Hasta el campamento de Zapata habían llegado rumores —no del todo infundados— de una desavenencia entre los dos oficiales. Zapata, en su renovado optimismo, escribe a Guajardo invitándolo a cambiarse al bando rebelde. González intercepta la carta, que le sirve como acicate y chantaje con Guajardo, quien, por su parte, ve la oportunidad de reivindicarse y mostrar su lealtad. Contesta afirmativamente la carta de Zapata. Siempre desconfiado, Zapata le pide fusilar a la gente de Victoriano Bárcena, antiguo subordinado suyo que se había amnistiado. Guajardo sacrifica, en prenda, a Bárcena y sus hombres. Satisfecho con la prenda —prenda contra la traición—, Zapata se acerca a Guajardo, quien le regala un alazán al que llamaban *As de Oros*. El paso siguiente debía ser la entrega a Zapata de doce mil cartuchos en la hacienda de Chinameca, la misma que Zapata, en sus años de arriero, había ayudado a construir, el escenario de su primera batalla contra los voluntarios del administrador español.[84]

Durante la mañana del 10 de abril de 1919 Zapata ronda la hacienda pero no muerde el cebo: aún desconfía. Adentro, su lugarteniente Palacios conferenciaba con Guajardo, quien invita repetidamente a comer a Zapata. Por fin, hacia la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde, Zapata accede a entrar. El mayor Reyes Avilés, testigo presencial, narra la escena:

«[Zapata ordenó:] "Vamos a ver al coronel y que vengan nada más diez hombres conmigo". Y montando su caballo, se dirigió a la puerta de la casa de la hacienda. Lo seguimos diez, tal como él lo ordenara, quedando el resto de la gente muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. La guardia formada parecía preparada a hacerle los honores. El clarín tocó tres veces llamada de honor, y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta, de la manera más alevosa, más cobarde, más villana, a quemarropa, sin dar tiempo para empuñar las pistolas, los soldados que presentaban armas descargaron dos veces sus fusiles y nuestro inolvidable general Zapata cayó para no levantarse más».[85]

Como ha ocurrido siempre en la historia de los héroes populares, corrieron los rumores más extraños: el cadáver que exhibieron en Cuautla no tenía una pequeña verruga en la cara, o la manita en el pecho, y por ello no era el de Zapata; o tenía el dedo chico completo, por lo que tampoco era; unos juraban que por las noches aparecía montado en *As de Oros;* otros, mucho tiempo después, dijeron haber visto a un anciano tras la puerta tapiada de una casa en Anenecuilco: debía de ser Zapata.[86] Hubo quien, diecinueve años después, afirmara:

«Yo vi su cadáver. A ese que mataron no era don Emiliano, sino su compadre Jesús Delgado. ¡Dígame a mí si no iba a conocerlo, yo que "melité" a sus órdenes y gané aquellas

estrellas!».[87]

A los ochenta años de edad, un veterano zapatista daba otra versión más:

«No fue Zapata quien murió en Chinameca, sino su compadre, porque un día antes recibió un telegrama de su compadre el árabe. Ahora ya murió Zapata, pero murió en Arabia, se embarcó en Acapulco rumbo a Arabia».[88]

En el verano de 1926, el excelente antropólogo norteamericano Robert Redfield recogió, de labios de un cantor del sur, este corrido:

Han publicado, los cantadores,
una mentira fenomenal,
y todos dicen que ya Zapata
descansa en paz en la eternidad.
Pero si ustedes me dan permiso
y depositan confianza en mí,
vaya cantarles lo más preciso,
para informarles tal como vi.
Como Zapata es tan veterano,
sagaz y listo para pensar,
ya había pensado de antemano
mandar otro hombre en su lugar.

«Debo decirle», confesó alguna vez Zapata a su buen «Robledo», «que no veré terminar esta revolución, porque las grandes causas no las ve terminar quien las inicia, prueba de ello es el señor cura Hidalgo.»[89] ¿Qué hubiese pensado de la forma en que los regímenes posteriores a su muerte adoptaron, modificaron y muchas veces traicionaron su idea original? Una cosa es clara: sin Zapata la reforma agraria resulta incomprensible. Pero sólo una parte de ella, un

momento de ella, fue en lo esencial zapatista. El resto fue más un fruto de la ciudad que del campo, del progreso que de la autarquía, del poder que de la libertad, de las «banquetas» más que de la tierra. Zapata hubiese simpatizado con Cárdenas, pero no con todos los agraristas ni los agrónomos y menos aún con la tutela estatal sobre el ejido. Lo más seguro es que, anarquista natural, hubiese seguido haciendo *su* revolución.

Como el de todas las revoluciones campesinas en el siglo XX, el destino del movimiento zapatista y de su propio caudillo tenía que ser esencialmente trágico. Pero si *su tierra* se perdió en un enjambre de traiciones, ambiciones y banquetas, la propia tierra nos devuelve, una y otra vez, su símbolo, inaprehensible para la historia pero cercano a la religión.

Octavio Paz, cuyo padre vivió trágicamente el zapatismo como una poesía, extrajo de su memoria familiar —tierra de recuerdos— la poesía del zapatismo:

«No es un azar que Zapata, figura que posee la hermosa y plástica poesía de las imágenes populares, haya servido de modelo una y otra vez a los pintores mexicanos. Con Morelos y Cuauhtémoc es uno de nuestros héroes legendarios. Realismo y mito se alían en esta melancólica, ardiente y esperanzada figura, que murió como había vivido: abrazado a la tierra. Como ella, está hecho de paciencia y fecundidad, de silencio y esperanza, de muerte y resurrección».[90]

NOTAS

73. Womack, p. 264; Gómez, p. 91. Baltasar Dromundo, *Vida de Emiliano Zapata* (México, 1961); Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder* (México, 1971).

74. Zapata a Paz Solórzano, 1 mar. 1917, en Paz Solórzano, *Hoguera…*, p. 374.

75. Arturo Warman, «El proyecto político del zapatismo», en *Conference II on Comparative Peasants Rebellions in Mexico* (1982); «Leyes zapatistas», en Archivo del general Jenaro Amezcua, Fondo VIII-2, Legajos 106, 199, 214, 216, 221, 235,

Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.

76. Paz Solórzano. «Emiliano Zapata», pp. 369-373.

77. Gómez, p. 92.

78. Paz Solórzano, *Hoguera…*, p. 351.

79. Miguel R. Delgado, «El testamento político de Otilio Montaño», en *Excélsior,* 21 ene. 1919 (México); Juan Salazar Pérez, «Otilio Montaño», en *Cuadernos Morelos* (Morelos, 1982).

80. Díaz Soto y Gama, pp. 256-259, 263.

81. José González Ortega, «Cómo murió Eufemio Zapata», en *Todo,* 13-1-1944 (México).

82. Valentín López González, *Los compañeros de Zapata* (Morelos, 1980), pp. 31-33.

83. Womack. pp. 279-283; Germán Lizt Arzubide. *Zapata* (México, 1973); Armando de Maria y Campos, «Reto de Zapata al Constitucionalismo», *Revista ABC,* n.° 10, 17 ene. 1953 (México).

84. López González, «La muerte del general Emiliano Zapata», en *Cuadernos Zapatistas* (Morelos, 1979); Elías L. Torres, «No te descuides, Zapata», en *Jueves de Excélsior,* abr. 1937 (México).

85. Ibíd.*;* Salvador Reyes Avilés, «Parte oficial sobre la muerte de Zapata», 10 abr. 1919, en Paz Solórzano, «Emiliano Zapata», pp. 377-378.

86. Varios Autores. *Emiliano Zapata y el movimiento…,* p. 136; Redfield, pp. 201-204; Ettore Pierri, *Vida, pasión y muerte de Emiliano Zapata* (México, 1979). pp. 33-43, 225-248.

87. Salvador Martínez Mancera, «Perdura en el sur la leyenda de que Emiliano Zapata no ha muerto», en *El Universal Gráfico,* 13 abr. 1938 (México).

88. Ibíd.; Varios Autores, *Emiliano Zapata y el movimiento…,* p. 143.

89. Díaz Soto y Gama, p. 251.

90. Paz, *El laberinto de la soledad* (México, 1959), p. 128.

III
Entre el ángel y el fierro
Francisco Villa

Dice don Francisco Villa:
«De nuevo voy a atacar,
me han matado mucha gente,
su sangre voy a vengar».

Corrido de la batalla de Celaya



«…mostraba un espíritu reconstructor moral y material que lo obsesionaba.» (Silvestre Terrazas)

Hugo Brehme (atribuida), *General Francisco Villa, ca*. 1914. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

De bandido a redentor

De todas las provincias del septentrión novohispano, ninguna sufrió tanto como la Nueva Vizcaya la prolongada guerra contra los «indios bárbaros». Los tobosos y los tarahumaras se rebelaron contra la cruz y la espada durante buena parte del siglo XVII. Más tarde surgió en el horizonte la pesadilla que sobrevivió al régimen colonial y asoló el norte de México hasta finales del siglo XIX: los apaches. Entre aquellos centauros nómadas y sus contrincantes mexicanos no sólo se entabló una guerra a muerte sino una escalada macabra de métodos de muerte. Este escenario desalmado y feroz, «siempre volante», como explican las crónicas, fue la escuela vital del hombre cuya epopeya encarna una zona profunda del alma mexicana, su más oscuro y vengativo coraje, su más inocente aspiración de luz: Francisco Villa.

Verosímilmente, Villa nació hacia 1878 en el municipio de San Juan del Río, Durango. Su padre, el mediero Agustín Arango, hijo ilegítimo de Jesús Villa, muere joven y deja sin amparo a su mujer y a cinco hijos. Doroteo, el mayor, quien nunca acudirá a la escuela, es el sostén de la familia y trabaja en el rancho El Gorgojito, propiedad de la familia López Negrete. Verosímilmente también, el patrón —o el hijo del patrón, o el mayordomo— intenta ejercer el derecho de pernada con Martina Arango. Su hermano Francisco la defiende a balazos y emprende la fuga hacia cañadas de «nombres pavorosos»: Cañón del Diablo, Cañón de las Brujas, Cañón del Infierno. Muy pronto lo apresan y encarcelan, pero evita la «ley fuga» hiriendo a su carcelero con una mano de metate. Hacia 1891 se convierte en bandido.[1]

Según el doctor Ramón Puente —quien por un tiempo fue su secretario y años después escribió sobre él una excelente

biografía—, Villa alternó los periodos de bandidaje con largos periodos de vida civilizada, como si el sentido de su rebeldía hubiese sido siempre el empezar de nuevo a salvarse. Concede Puente que aprendió a robar y matar con los bandidos Antonio Parra y Refugio Alvarado («el Jorobado»), pero no admite que su cambio de nombre por el de Francisco Villa haya sido un homenaje a un bandido homónimo, sino una búsqueda de filiación, la vuelta al apellido legítimo, el del abuelo. Mientras la conseja popular lo imagina en las minas de Arizona o los ferrocarriles de Colorado, Puente lo describe instalando una carnicería en Hidalgo del Parral. Se ha casado con Petra Espinosa (después de raptarla) y goza de buen crédito. Hacia 1910 radica ya en la ciudad de Chihuahua, ocupado, según Puente, en el mismo ramo comercial. Vive en paz, pero resiente un agravio de la sociedad, el gobierno y las leyes que oprimen al pobre y lo orillan a delinquir.[2]

La versión antivillista omite los periodos de tregua civilizada y niega valor o veracidad al episodio de la hermana violada. Para sus malquerientes de entonces y ahora, Villa no es más que un asesino.[3] Quizá nunca lleguemos a conocer los hechos esenciales en la vida prerrevolucionaria de Villa, pero hay un testimonio que ayuda a aclarar su sentido interno: los primeros reportajes de John Reed, datos y conjeturas que el propio Reed omitió en *México insurgente.*

Al llegar a México en 1913, Reed se entrevistó con varios testigos de las correrías de Villa entre 1900 y 1910: el secretario del ayuntamiento de Parral y el jefe de policía de Chihuahua, entre otros. Completó su información revisando cuidadosamente antiguos periódicos de la zona. En 1916, caído Villa y en el momento de la Expedición Punitiva, Reed restó objetividad a sus hallazgos, pero su naturaleza y magnitud son convincentes: «Sus fechorías», escribió Reed,

«no tienen parangón con las de ningún otro personaje encumbrado en el mundo».

Entre 1901 y 1909 Villa cometió cuando menos cuatro homicidios, uno de ellos por la espalda. Participó fehacientemente en diez incendios premeditados, innumerables robos y varios secuestros en ranchos y haciendas ganaderas. En 1909, cuando, según Puente, Villa es un honrado carnicero, el verdadero Villa y su banda queman la casa del ayuntamiento y el archivo de Rosario, en el distrito de Hidalgo. En esa acción, Villa salva el sello que luego utiliza para amparar su propiedad de ganado. En mayo de 1910 se presenta en el rancho San Isidro haciéndose pasar por «H. Castañeda, comprador de ganado». Tras saquear el rancho, su banda mata al dueño y a su pequeño hijo. Todavía en octubre de 1910, Villa y sus hombres —el compadre Urbina, entre ellos— roban en el rancho Talamantes, del distrito de Jiménez, en Chihuahua. Desde principios de ese año crucial, Villa había establecido contactos con Abraham González, jefe del antirreeleccionismo chihuahuense. En julio, uno de sus compadres, Claro Reza, lo delata a las autoridades. Al enterarse, según Reed, Villa lo acuchilla en el corazón. Versiones distintas sitúan la escena frente a la cantina Las Quince Letras: sin bajarse del caballo Villa saca su pistola, clarea a Claro y sale tranquilamente de la ciudad. Otros recuerdan que el crimen ocurrió en el paseo Bolívar: Reza camina con su novia, Villa lo espera tomando un helado, lo encara y lo balacea, saliendo de la escena por su propio pie y sin que nadie se atreva a seguirlo.[4]

Todo esto parece una película del Lejano Oeste: el torvo forajido y su banda asolando polvosos ranchos; briosos jinetes, reses nerviosas, pistolas rapidísimas y persecuciones interminables. Pero no olvidemos que se trata, en todo caso,

de una película mexicana. Las viejas colonias militares establecidas desde el siglo XVIII en el norte mexicano para combatir a los apaches —acrecentadas por el presidente Juárez en 1868— languidecían después de la derrota de los indios en 1886, sin saber hacia dónde derivar la inercia de muerte acumulada en siglos. Por otro lado, según explica Friedrich Katz —el distinguido historiador del villismo—, durante el Porfiriato aparece en el horizonte un nuevo depredador que arrebata tierra y ganado a las colonias: la hacienda. Cuando, para beneficio de la hacienda, se regula la venta de ganado, cunde el abigeato. Resultado: una verdadera cultura de la violencia.

La ley del revólver imperaba en ambos lados de la frontera, pero se trata de una violencia de distinto signo. Norteamérica se construía agregando ambiciones individuales como en una carrera de diligencias. No cabía la ambigüedad: había rancheros y abigeos, galanes y villanos. En México, en cambio, la tradición española podía anteponer cierto sentido social a los hechos individuales. La propiedad privada, sobre todo la ganadera, no tenía un perfil definitivamente claro y generalizado. En el norte, por ejemplo, algunos sectores populares y de clase media rural resentían la expansión territorial y ganadera de la hacienda como una injusticia global. ¿Quiénes eran los bandidos: el gobierno y la hacienda, que promovían una especie de «cercado ganadero», o los rancheros, que desde tiempos coloniales habían dispuesto con libertad del ganado?[5] En Estados Unidos, los héroes fueron cazadores de indios, como Buffalo Bill o el general Custer, o *sheriffs* legendarios, como Wyatt Earp, terror de los abigeos. Guardianes todos de la propiedad privada… del hombre blanco. En México, los héroes roban a los ricos para dar a los pobres: es el caso de Chucho «el Roto», Heraclio Bernal —«el Rayo» de Sinaloa— y Pancho Villa. El propio Reed pudo

verificar la vertiente magnánima del bandido cuyas «leyendas cantan los pastores en sus hogueras, por las noches, en las montañas, repitiendo versos aprendidos de sus padres o improvisando otros nuevos».[6] En aquellos artículos Reed llamó a Villa «el Robin Hood mexicano».[7]

Nunca negó Villa su vida de bandidaje, pero es probable que antes de la Revolución la haya ejercido con un propósito distinto —o complementario, si se quiere— al del provecho individual. Si hubiera sido un poeta, habría escrito, como Heraclio Bernal: «Nocivo sin conocerla / he sido a la sociedad. / Pero yo siempre he querido / pertenecerle en verdad. / Pero no lo he conseguido».[8] Fue un bandido de película, pero de una película inimaginable en Estados Unidos: un bandido justiciero. El adjetivo no atenúa ni omite la ferocidad del sustantivo, pero le confiere un matiz social y, en su momento, revolucionario.

El momento llegó poco antes de la muerte de Reza. En el hotel Palacio de Chihuahua, Francisco Villa conoce a Francisco Madero. Entre lágrimas le cuenta sus andanzas, le da razones, se confiesa. Madero le otorga una confianza absoluta, justifica su pasado y lo absuelve. Villa, escribe Puente, «ha pensado en la Revolución como algo que lo va a redimir, que va a redimir a su clase», a su «pobre raza». Aquellos diecinueve años de bandidaje le daban un inmejorable conocimiento del terreno y le habían enseñado «más de una treta». Ahora podía usar «esos conocimientos para la causa del pueblo».

La revolución maderista comienza a revelar su genio. En Las Escobas, Villa engaña a las tropas del general Navarro poniendo sombreros sobre estacas para simular un contingente mayor. Con poca gente, pero propia y equipada, se distingue en San Andrés, en Santa Rosalía y en la toma de

Ciudad Juárez. Orozco lo considera un «buen pelado». Juntos presionan a Madero para que fusile al general Navarro. Según *El Paso Morning News*, Villa amenaza a Madero y lo encañona, a lo que Madero responde: «Soy su jefe, atrévase a matarme, tire». Aunque Villa llora y pide perdón, en el fondo piensa que Madero debería «ahorcar a esos curritos», es decir, a los españoles. Por lo que pronto pone el ejemplo y mata a quemarropa a José Félix Mestas, exfuncionario de Díaz, de sesenta años de edad. A pesar de estos y otros incidentes violentos, cuando triunfa la Revolución Madero lo indemniza con quince mil pesos, dinero que le servirá para abrir una carnicería.[9]

La bondad de aquel hombre que le había perdonado todo, hasta el amago contra su vida, lo marcó para siempre. Orozco lo incita a rebelarse, pero sólo logra incorporarlo de nueva cuenta a las filas maderistas, en ese momento federales. Al mando de una brigada de cuatrocientos jinetes se pone a las órdenes del general Victoriano Huerta, quien le respeta la investidura de brigadier honorario. Rápidamente aprende las artes de la guerra, las formaciones, los simulacros. Huerta se admira de sus durísimas cargas y comienza a temerle. En Jiménez aprovecha un pretexto baladí para atribuirle insubordinación y formarle un consejo de guerra. Villa es condenado a muerte. Ante el pelotón de fusilamiento que ya prepara sus armas, Villa se arroja al suelo, llora, implora. Milagrosamente Raúl Madero llega a tiempo para salvarlo. Un telegrama del presidente conmuta definitivamente la pena de muerte por cárcel: una nueva deuda de Villa con su redentor.

En la Penitenciaría conoce a Gildardo Magaña. El joven zapatista le enseña a leer y escribir y lo pone al tanto del Plan de Ayala. En junio de 1912 ingresa a la prisión de Santiago Tlatelolco, donde el general Bernardo Reyes le da rudimentos

de instrucción cívica e historia patria. En diciembre de 1912 convence al joven escribiente Carlos Jáuregui de colaborar en su fuga. Una pequeña lima y una gran sagacidad hacen el trabajo. Villa y Jáuregui emprenden un largo trayecto que en enero de 1913 los lleva a El Paso, Texas.

Al consumarse el asesinato de Madero y Pino Suárez, Villa se acerca en Tucson a los sonorenses José María Maytorena y Adolfo de la Huerta. Ambos lo proveen modestamente para la rebelión. En abril de 1913, con nueve hombres, unas cuantas mulas de carga, dos libras de azúcar, un poco de sal y café, entra a México para vengar la muerte de su redentor.[10] Toda su furia es justificada. «Los soldados», recuerda Puente, «parece que lo esperan por legiones».

NOTAS

1. Ramón Puente, «Francisco Villa», en *Historia de la Revolución mexicana* (México, 1936). pp. 239-240; John Reed, «Villa, asesino, bandido y consumado hombre malo», en *The World,* 8 may. 1914 (Nueva York); Elías Torres, *Vida y hechos de Francisco Villa* (México. 1975). pp. 9-11.

2. Puente. pp. 240-241.

3. Roberto Blanco Moheno, *Pancho Villa, que es su padre* (México, 1969), pp. 175-178.

4. Reed; Puente, «La verdadera historia de Pancho Villa, por su médico y secretario», en *Excélsior,* 23 mar. 1931 (México).

5. Friedrich Katz, «Pancho Villa: Reform governor of Chihuahua», en Douglas Richmond y George Wolfskill (comps.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist views of the leaders* (Austin, 1979), pp. 26-31.

6. John Reed, *Insurgent México* (Reimpresión: Berlín, 1969), p. 122.

7. Ibíd., p. 123.

8. Mario Gill, «Heraclio Bernal, caudillo frustrado», en *Historia Mexicana,* vol. IV, n.° 13 (México, jul.-sept. 1954), pp. 138-158.

9. Puente, «Francisco Villa», pp. 249-251.

10. Ibíd., pp. 251-253; Patrick O'Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution* (Londres, 1981), pp. 171-172; Federico Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución* (México, 1960), pp. 216-222.

El Centauro fílmico

A mediados de 1913 nada presagiaba el triunfo de los ejércitos constitucionalistas al mando del «Primer Jefe» Venustiano Carranza. Pablo González y Lucio Blanco actuaban alrededor de Monclova y Matamoros; Álvaro Obregón, con mayores frutos, avanzaba en Sonora. Aunque en Chihuahua el jefe designado por Carranza es Manuel Chao, Villa unifica el mando: en meses su contingente ha crecido de nueve hombres a nueve mil. A fines de septiembre de 1913, cuando después de un acoso inútil a Torreón —corazón del sistema ferroviario— Carranza peregrina hacia Sonora, Villa integra definitivamente su División del Norte. En pocos días toma por primera vez la ciudad de Torreón y se hace de los trenes que permitirán la rápida y racional circulación de sus tropas. A mediados de noviembre intenta sin éxito tomar Chihuahua, pero sobre la marcha concibe su primera acción deslumbrante: la toma de Ciudad Juárez. Es su entrada no sólo a una aduana de Estados Unidos sino a un escenario mayor: la historia mexicana y, por momentos, la celebridad mundial.

Acción de película. Mientras una parte de los efectivos distrae al enemigo en las afueras de Chihuahua, la otra, bajo el mando de Villa, intercepta y descarga dos trenes de carbón en la estación Terrazas. Sus hombres abordan los vagones y la caballada los sigue por fuera, rumbo a Ciudad Juárez. En cada estación a partir de Terrazas, Villa apresa al telegrafista y pide instrucciones a la base de Ciudad Juárez, fingiéndose el oficial federal a cargo de los convoyes. Una y otra vez aduce imposibilidad de seguir su trayecto hacia el sur, y una y otra vez se le ordena el repliegue al norte. La noche del 15 de noviembre de 1913, mientras los federales dormían a pierna suelta o se solazaban en las casas de juego, una señal luminosa

anuncia el asalto. En un santiamén las tropas villistas toman el cuartel, la jefatura de armas, los puentes internacionales, el hipódromo y las casas de juego. Los periódicos norteamericanos y la opinión pública se sorprenden ante la increíble acción. En Fort Bliss, el general Scott la compara con la guerra de Troya.[11]

Pero no sólo Troya estaba en el repertorio instintivo de Villa: también Cartago. «Me gustan aquellos llanos para una gran batalla», había comentado a su fiel amigo Juan Dozal días antes del combate de Tierra Blanca, librado del 23 al 25 de noviembre. Cinco mil soldados federales de las tres armas detienen sus trenes en plena llanura, rodeados de arenas blandas. Seis mil villistas los vigilan desde los montes. Villa ha asegurado el suministro de agua, pan, pastura, municiones y ametralladoras manteniendo fluida su comunicación ferroviaria con Ciudad Juárez. Un carro-hospital atendería a los heridos.[12] Reed describe el momento: «Villa abrió fuego desde la mesa con sus grandes cañones. Sus salvajes y endurecidos voluntarios se lanzaron contra los soldados bien entrenados». Villa mismo encabeza la carga general de caballería. Los federales bajan infructuosamente su artillería. Villa les corta la retirada y los federales quedan varados a merced de los revolucionarios. Aquellos blandos arenales fueron el escenario de una carnicería: mil muertos y un botín inmenso. Al poco tiempo, en las plazas de Chihuahua se escuchó la «Marcha de Tierra Blanca». En Estados Unidos es noticia de ocho columnas: «PANCHO VILLA RIDES TO VICTORY».[13]

Los federales de Chihuahua evacuan la plaza rumbo a Ojinaga. Hay terror y saqueos. Villa entra a Chihuahua. El 8 de diciembre asume la gubernatura del estado, puesto en el que permanecería un mes. El 10 de enero reduce el último

bastión federal del estado de Ojinaga.

El 17 de enero sostiene una conversación telegráfica con Carranza en la que predomina la cordialidad. «Después de saludar» a su «estimado jefe» con «el respeto y cariño de siempre», le da una muestra palpable de lealtad:

«Como usted sabe, soy hombre que obedece sus órdenes. La carta que usted me mandó referente a que se quedará el general Chao como gobernador, aunque era una carta iniciativa *[sic]*, comprendí que era una orden de usted».

Pero no quedaban ahí las pruebas: «no sólo cientos sino millones de cartuchos» tenía en su poder junto con 38 cañones, todo a disposición del jefe. «De faltarnos usted», agregaba humildemente, «yo no sé qué haríamos.» Por su parte, Carranza contestó con amabilidad anunciándole que en la próxima campaña del sur Villa sería uno de sus «principales colaboradores».[14]

Por esos días ocurrió un hecho previsible: aquella figura de película a trajo la atención de los productores de películas. El 3 de enero de1914 «el Robin Hood mexicano», el fiero jinete tan parecido a los del Lejano Oeste, el «futuro pacificador de México» siempre respetuoso de las propiedades norteamericanas, firma con la Mutual Film Corporation un contrato de exclusividad por 25.000 dólares para filmar las gestas de la División del Norte. Villa se comprometía a desplegar sus batallas durante el día, prohibir la entrada a camarógrafos ajenos a la Mutual y, en su caso, simular combates. Por su parte, la Mutual proveería vituallas y uniformes. Así se rodaron miles de pies e incluso varias películas de ficción. Raoul Walsh, que actuó como el Villa joven en la película *The Life of General Villa*, recordaba en 1967:

«Pagamos a Villa quinientos dólares en oro para filmar sus

ejecuciones y batallas. Día tras día intentamos filmar a Villa cabalgando hacia la cámara, pero golpeaba a su caballo con el fuete y las espuelas con una fuerza tal que pasaba a noventa millas por hora. No sé cuántas veces le repetimos: "Señor, despacio por favor, despacio". En las mañanas logramos que pospusiera las ejecuciones de las cinco a las siete para que hubiese buena luz».[15]

El 9 de mayo de 1914 se exhibió en el Lyric Theater de Nueva York *La vida del general Villa*, en la que Villa, en carne y hueso, aparecía en algunas escenas. El libreto debió de conmoverlo: dos tenientes abusan de su hermana; él mata a uno pero el otro escapa; Villa declara la guerra a la humanidad; en el norte estalla la Revolución, Villa captura ciudad tras ciudad, llega a la capital, encuentra al teniente, lo estrangula. Y —final feliz— llega a la presidencia. Su leyenda recorre el mundo: Pancho Villa *superstar.*[16]

Su carrera militar fue aún más exitosa que su carrera fílmica. En marzo de 1914 emprende su marcha hacia el sur. Cuenta con un ejército impresionante: un tren-hospital para mil cuatrocientos heridos y dieciséis mil hombres perfectamente equipados. Para su inmensa fortuna, además de sus fieles —Eugenio Aguirre Benavides, Toribio Ortega, Orestes Pereyra, José Rodríguez— se le ha incorporado un hombre por el que llegaría a sentir veneración: Felipe Ángeles, el brillantísimo general y maestro, experto en matemáticas y en balística pero sobre todo en comprensión humana. A principios de abril, en una de las batallas más intensas de la Revolución, el ejército villista toma Torreón a sangre y fuego. La toma no es un ejemplo de precisión sino de empuje. Reed escribe:

«Villa es la Revolución. Si muriera, estoy seguro de que los constitucionalistas no avanzarían más allá de Torreón en todo

un año».[17]

En abril cae San Pedro de las Colonias. En mayo se libra la batalla de Paredón.[18] Vito Alessio Robles la describe con asombro:

«Un huracán de caballos pasa raudo por nuestros flancos. Es un espectáculo grandioso. Seis mil caballos envueltos en una nube de polvo y sol… el combate ha terminado sin que nuestra artillería hubiera tenido ocasión de quemar un solo cartucho».[19]

En Paredón, Ángeles intercede ante Villa y salva la vida de dos mil prisioneros; lo haría muchas veces más.

Para el *Army and Navy Journal*, «Villa es un genio militar… tiene una admirable personalidad que atrae al soldado mexicano. Indudablemente bravo, es un tigre cuando se exalta [pero sabe también ser] ordenado…, en caso de guerra con Estados Unidos será el comandante en jefe… Se cree que se convertirá en el dictador del país entero». Los norteamericanos tomaban sus precauciones, pero Villa no los atacaría, a pesar de la invasión a Veracruz en abril de 1914.

El fervor villista alcanza —según Reed— niveles de idolatría. Rafael F. Muñoz describió lo que debió de ser el sentimiento general en la División del Norte:

«Rodeaban las ciudades por más grandes que fueran, inundaban las ciudades por más extensas [que fueran éstas]. Se movía arrojando entre los borbotones de sangre gritos de entusiasmo. Se caía viendo a los otros avanzar. Antes de nublarse para siempre, los ojos quedaban deslumbrados por la victoria».[20]

Entonces sobrevienen las primeras fricciones serias entre Villa y Carranza. Su entrevista personal en Chihuahua fue desastrosa. Había ocurrido ya el asesinato de William Benton, ranchero inglés con quien Villa había tenido varios

enfrentamientos antes de que Rodolfo Fierro, su pistolero favorito, lo ultimara a mansalva.[21] Factores de toda índole los separaban. Carranza no soportaba la arbitrariedad de Villa. Lo consideraba inmanejable. Villa resentía la ambiciosa frialdad del Primer Jefe, su mirada oblicua detrás de sus antiparras. ¡Qué diferencia con Madero!, debió de pensar. Carranza no era un amigo: era un rival.[22]

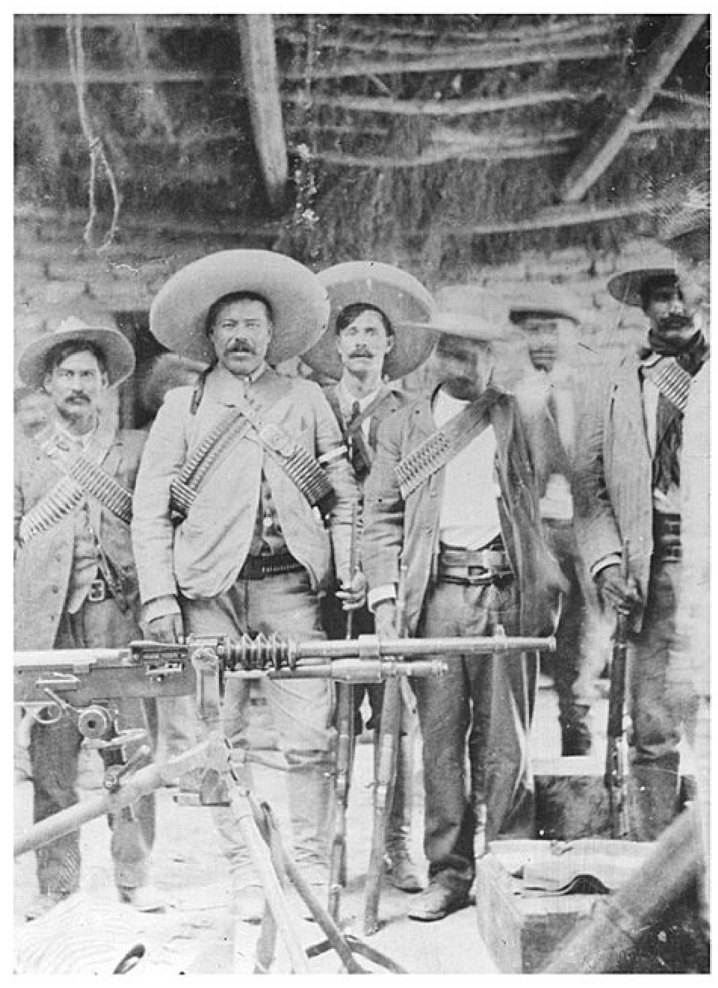
Pero el verdadero distanciamiento ocurre en vísperas de una batalla decisiva: la de Zacatecas. Carranza ordena que las fuerzas de Natera y los Arrieta ataquen la plaza. Villa lo desobedece: «Nomás era meter gente al matadero», le informa telegráficamente. La división estaba acostumbrada a vencer junta. Carranza califica a Villa de indisciplinado y éste estalla: «¿Quién le manda a usted meterse en terreno barrido?».

Aunque Villa renuncia, «para no dar sospechas de ambición», y Carranza acepta su renuncia «con sentimiento», es Villa quien se impone. Ángeles redacta una renuncia masiva. Todos los generales la apoyan. Carranza los ha cercado y al cercarlos los libera. Sin autorización abierta de Carranza, confirman a Villa como el comandante en jefe y marchan, más unidos que nunca, hacia Zacatecas. El 23 de junio, tras una batalla por nota que terminó en la matanza de miles de federales, Felipe Ángeles escribe:

«Y volví a ver la batalla condensada en un ataque de frente de las dos armas en concierto armónico, la salida del sur tapada y la reserva al este, para dar el golpe de maza al enemigo en derrota. Y sobre esa concepción teórica que resumía en grandes lineamientos la batalla, veía yo acumularse los episodios que más gratamente me impresionaron: la precisión de las fases; el ímpetu del ataque; el huracán de acero y plomo; las detonaciones de las armas multiplicadas al infinito por el eco que simulaba un

cataclismo; el esfuerzo heroico de las almas débiles para marchar encorvadas contra la tempestad de la muerte; las muertes súbitas y trágicas tras las explosiones de las granadas; los heridos heroicos que, como Rodolfo Fierro, andaban chorreando en sangre, olvidados de su persona, para seguir colaborando eficazmente en el combate; o los heridos que de golpe quedaban inhabilitados para continuar la lucha y que se alejaban tristemente del combate, como el intrépido Trinidad Rodríguez, a quien la muerte sorprendió cuando la vida le decía enamorada: "No te vayas, no es tiempo todavía". Y tantas y tantas cosas hermosas. Y, finalmente, la serena caída de la tarde, con la plena seguridad de la victoria que viene sonriente y cariñosa a acariciar la frente de Francisco Villa, el glorioso y bravo soldado del pueblo».[23]

Ni sus más enconados detractores han podido negar un hecho: sin el empuje de Villa y su División del Norte, resulta impensable la derrota de Victoriano Huerta tal como ocurrió. Era, en verdad, el «brazo armado de la Revolución».[24]



«Villa es un genio militar; tiene una admirable personalidad… Indudablemente bravo, es un tigre cuando se exalta.» (Army and Navy Journal)

Agencia Casasola, *El coronel Francisco Villa y sus hombres junto a una ametralladora, ca.* 1911. © Núm. de inventario: 643096. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

¿Puede hablarse de una utopía en Villa? La respuesta es ambigua. No, si se piensa en su falta de un plan orgánico como el de Ayala. Sí, si se atiende a su efímera gubernatura en el estado de Chihuahua. Sobre la marcha, Villa descubrió el perfil de su paraíso terrenal y lo puso en práctica con la rapidez y decisión de una carga de caballería. Torna entonces su primera medida: confiscar los bienes de los potentados chihuahuenses enemigos de la Revolución. Los Terrazas, Creel y Falomir debían «rendir cuentas ante la vindicta pública». Mediante denuncias, amenazas y torturas, los villistas acaparan tesoros visibles y desentierran invisibles. Pero Villa no utiliza los fondos en su provecho personal: confisca los bienes «para garantizar pensiones a viudas y huérfanos, defensores de la causa de la justicia desde 1910». Los fondos se emplean también para crear el Banco del Estado de Chihuahua. Su capital inicial de diez millones de pesos garantiza las emisiones de papel moneda, cuya circulación es forzosa. Durante todo el año de 1914, por lo menos, el dinero villista se cotiza con regularidad. Su mayor soporte no es el metálico en las arcas del banco sino la palabra y la fuerza de Villa.[25]

«El socialismo… ¿es una cosa?», preguntó alguna vez Villa a Reed. Aunque ignorara esa «cosa», su utopía tenía leves rasgos socialistas. El propio Reed calificó aquel gobierno corno el «socialismo de un dictador»:

«Su palabra puede ser la vida o la muerte. No hay derecho de *habeas corpus.* En la medida en que conserve su gobierno y se abstenga él mismo de robar, sus planes socialistas tendrán que ser útiles al pueblo».[26]

Y lo fueron, en cierta medida. Secundado por su hábil secretario, Silvestre Terrazas, Villa se reveló corno un férreo administrador. Logró abaratar los productos de primera

necesidad, organizó su racionamiento y distribución, castigó con la muerte abusos y exacciones y puso a todo su ejército a trabajar en la planta eléctrica, los tranvías, los teléfonos, los servicios de agua potable y el matadero de reses.[27]

Una de las facetas más personales de *su* socialismo se manifestaba con los niños: amaba a los propios y los ajenos; recogía, por centenares, a los desamparados y costeaba su educación. Durante su breve gobierno contrató maestros jaliscienses y abrió varias escuelas, a las que solía acudir —como un niño más— en tiempos de fiesta o en certámenes. Sus planes educativos incluían una universidad militar para cerca de cinco mil alumnos y una escuela elemental en cada hacienda.

Villa había descubierto una utopía personal, la proyección candorosa de su universo mental y moral. Reed recogió en aquel momento palabras que equivalen a una revelación:

«Quiero establecer colonias militares por toda la República para que ahí vivan quienes han peleado tan bien y tanto tiempo por la libertad. El Estado les dará tierras cultivables… trabajarán tres días a la semana y lo harán duramente, porque el trabajo es más importante que pelear y sólo el trabajo honrado produce buenos ciudadanos. Los tres días restantes recibirán instrucción militar que luego impartirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Así, si la patria es invadida, sólo tendríamos que llamar por teléfono a la ciudad de México y en medio día todo el pueblo de México se levantaría para defender a sus hijos y sus hogares. Cualquiera que en la República lo desee tendrá un pedazo de tierra suyo. Deben desaparecer para siempre las grandes haciendas. Habrá escuelas para cada niño mexicano. Primero deben existir los medios para que nuestro pueblo viva, pero las escuelas son lo que está más cerca de mi corazón.

»Para mí mismo, mi única ambición es retirarme a una de las colonias militares y ahí cultivar maíz y criar ganado hasta que me muera entre mis compañeros, que han sufrido tanto conmigo».[28]

Su principal preocupación son sus «muchachitos», los niños y su «pobre raza». Su utopía habla vagamente de la tierra, pero no con el sentido religioso de los zapatistas, sino de un patrimonio o una empresa individual. En la Arcadia de su imaginación, la vida transcurría en el campo, rodeado de pupitres y fusiles. México sería una inmensa y fértil academia militar.

NOTAS

11. Juvenal, «¿Quién es Francisco Villa?», en *Verdades históricas* (Dallas, 1916); Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa* (México, 1968), pp. 216-222.

12. Guzmán, pp. 230-237; Puente, «Francisco Villa», p. 257.

13. Luis Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte al mando del general Francisco Villa* (México, 1964).

14. Silvestre Terrazas, «El verdadero Pancho Villa», en *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos,* vol. VI, n.° 10 (Chihuahua, sept. 1949), pp. 290-295; Ibíd., vol. VI, n.° 11 (Chihuahua, oct.-nov. 1949), pp. 307-310; Ibíd., vol. VII, n.° 6 (Chihuahua, nov. 1950), pp. 453-455.

15. Citado por Margarita de Orellana, «Pancho Villa, Movie Star», en *La mirada circular* (México, 1991), p. 90.

16. Ibíd.

17. Reed, «Las batallas desesperadas de Villa preparatorias de la captura de Torreón», en *The World,* 12 abr. 1914 (Nueva York), p. 2.

18. Cervantes, pp. 140-143.

19. Vito Alessio Robles, «Narración del combate de Paredón», en *Todo,* 5 ene. 1956 (México).

20. Rafael F. Muñoz, *Vámonos con Pancho Villa* (México, 1950), pp. 109-110.

21. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista,* 2 vols. (México, 1946), vol. 1, pp. 354-356.

22. Cervantes, pp. 114-115; Terrazas, pp. 453-455; Reed, «Villa, asesino, bandido …».

23. Felipe Ángeles, «La batalla de Zacatecas», en *Historia de la Revolución mexicana* (México, 1936), p. 284.

24. Puente, «Francisco Villa», p. 259; Ángeles, «La batalla de Zacatecas», p. 284.

25. Reed, *Insurgent Mexico,* pp. 126-130; Katz, «Agrarian changes in Northern México in the period of Villista rule», en *Contemporary Mexico* (Los Ángeles, 1976); Katz, «Pancho Villa…», pp. 34-43; Jesús J. Lozano, «Francisco Villa, gobernador del Estado de Chihuahua», en *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos,* vol. VI, n.º 9 (Chihuahua, ago. 1949), pp. 176-180; Cervantes, pp. 73-88; Terrazas, pp. 662-665.

26. Reed, *Insurgent Mexico,* p. 134.

27. Reed, «El socialismo de Villa se funda en la necesidad», en *The Sun,* 2 ene. 1914, p. 4.

28. Reed, «Con Villa en México», en *Metropolitan Magazine,* feb. 1914 (Nueva York); Juvenal, pp. 8-9.

Dualidad

A fines de 1913 John Reed lo ve por primera vez: «Es el ser humano más natural que he conocido, natural en el sentido de estar más cerca de un animal salvaje. Casi no dice nada y parece callado… desconfiado… Si no sonríe da la impresión de amabilidad en todo menos en sus ojos, inteligentes como el infierno e igualmente inmisericordes. Los movimientos de sus piernas son torpes —siempre anduvo a caballo— pero los de sus manos y brazos son sencillos, graciosos y directos… Es un hombre aterrador».[29]

La palabra «fiera» o «felino» se encuentra en muchas descripciones de quienes lo conocieron. Martín Luis Guzmán: «…su alma, más que de hombre, era de jaguar»; Mariano Azuela: «…cabeza de pelo crespo como la de un león»; Vasconcelos: «fiera que en vez de garras tuviese ametralladoras, cañones». De aquella fiera lo más perturbador eran los ojos. Vasconcelos y Puente los recuerdan «sanguinolentos»; para Rafael F. Muñoz, «desnudaban almas»; Mariano Azuela los vio «brillar como brasas».[30] Pero es Martín Luis Guzmán quien ve mejor esa mirada:

«…sus ojos siempre inquietos, móviles siempre, como si los sobrecogiera el terror… constantemente en zozobra… [Villa es una] fiera en su cubil, pero fiera que se defiende, no que ataca».[31]

Esta caracterización del Villa defensivo concuerda con su vida de bandido a salto de mata, perseguido, acorralado, durmiendo a deshoras donde le viene en suerte, caminando de noche, reposando de día, incontinente sexual, diestro, agazapado, en espera siempre de dar el zarpazo, el albazo. Fiera acosada por su propia desconfianza:

«Lo he visto», recuerda Reed, «fusil en mano, echarse una manta sobre los hombros y perderse en la oscuridad para

dormir solo bajo las estrellas. Invariablemente, en las mañanas reaparece viniendo de una dirección distinta, y durante la noche se desliza silenciosamente de centinela en centinela, siempre alerta… si descubría un centinela dormido, lo mataba inmediatamente con su revólver».[32]

Dos prótesis vitales armaban su naturaleza: el caballo y la pistola. Imposible «navegar», como solía decir, sin el caballo, imposible imaginar un Villa sedentario o a pie. El caballo permitía la persecución o la huida, era el capítulo anterior o posterior a la muerte. Y la muerte era la pistola. Martín Luis Guzmán equiparó la pistola a su mirada:

«La boca del cañón estaba a medio metro de mi cara. Veía yo brillar por sobre la mira los resplandores felinos del ojo de Villa. Su iris era como de venturina: con infinitos puntos de fuego microscópicos. Las estrías doradas partían de la pupila, se transformaban en el borde de lo blanco en finísimas rayas sanguinolentas e iban desapareciendo bajo los párpados. La evocación de la muerte salía más de aquel ojo que del circulito obscuro en que terminaba el cañón. Y ni el uno ni el otro se movían en lo mínimo: estaban fijos; eran de una pieza. ¿Apuntaba el cañón para que disparara el ojo? ¿Apuntaba el ojo para que el cañón disparase?»[33]

No era el ojo el que apuntaba, sino el ser completo de Villa:

«Este hombre no existiría si no existiese la pistola… La pistola no es sólo su útil de acción. Es su instrumento fundamental; el centro de su obra y su juego; la expresión constante de su personalidad íntima; su alma hecha forma. Entre la concavidad carnosa de que es capaz su índice y la concavidad dirigida del gatillo hay una relación que establece el contacto de ser a ser. Al hacer fuego no ha de ser su pistola quien dispara, sino él mismo: de sus propias entrañas ha de venir la bala cuando abandona el cañón siniestro. El y su

pistola son una sola cosa. Quien cuente con lo uno contará con lo otro y viceversa. De su pistola han nacido y nacerán sus amigos y sus enemigos».[34]

Pero aquella fiera era también un ser humano sentimental y plañidero, piadoso con el débil, tierno con los niños, alegre, cantador, bailarín, abstemio absoluto, imaginativo, hablantín. Aquella fiera no era siempre una fiera. Era, en el sentido estricto, centauro. Según Puente, su biógrafo fiel, Villa padecía una enfermedad: la epilepsia. Rehuía, en todo caso, una definición unívoca:

«Si me pidiese una definición de Pancho Villa», escribió el cónsul inglés Patrick O'Hea, un hombre muy crítico de Villa, «mi respuesta sería: ¿cuál de todos? Porque el hombre mudaba al ritmo de sus éxitos o fracasos. Multiplíquense éstos por su fiera reacción ante cualquier obstáculo; sus reprimendas salvajes contra los enemigos; la vileza indecible de sus lugartenientes al lado de la excelente calidad de algunos de sus consejeros civiles y militares; su magnanimidad con los pobres, su eterna desconfianza, su candor ocasional… y de ese modo, quizá, podrá descubrirse al hombre como nunca pude yo».[35]

O'Hea vio multiplicidad donde había una forma de «dualidad».

«La "dualidad" de Villa», explica Silvestre Terrazas, «se patentizaba plenamente, quizá por su agitación belicosa, en un instinto destructor, como iconoclasta de vidas y haciendas… pero a la vez, en sus treguas, mostraba un espíritu reconstructor moral y material que lo obsesionaba. [Tenía] una sed insaciable en pro de la instrucción popular.»

También Martín Luis Guzmán ve el elemento casi mítico que fue la clave profunda de su inmenso arraigo popular, la dualidad del héroe que encarna, a un tiempo, venganza y

esperanza, destrucción y piedad, violencia y luz:

«…formidable impulso primitivo capaz de los extremos peores, aunque justiciero y grande, y sólo iluminado por el tenue rayo de luz que se colaba en el alma a través de un resquicio moral difícilmente perceptible».

Villa era impulsivo, cruel, iracundo, salvaje, implacable, incapaz de «detener la mano que ha tocado la cacha de la pistola». Pero también podía ser generoso, pródigo, suave, piadoso. Su voz, al contrario que su imagen, era delgada. Puente lo vio «estremecerse en presencia de los libros como si fuera algo sagrado»,[36] dar una orden injusta, desdecirse, arrepentirse, dudar, llorar: sentir el desamparo propio de la ignorancia.

Esa dualidad, sobre la que se han escrito cientos de páginas y podrían escribirse más, se plasmaba en su actitud ante la mujer. Según Soledad Seáñez, una de sus últimas y más bellas esposas, «Francisco era terrible cuando estaba enojado pero tiernísimo cuando andaba de buenas». En muchos casos Villa respetó las formas del amor, desde la conquista hasta la separación, de un modo casi gallardo, caballeroso y paternal. Sus raptos no eran enteramente animales: quería que lo quisieran, cortejaba con imaginación, y consintió decenas de veces en casarse, aunque consumada la unión rompía los libros de actas.[37]

En muchos otros casos, se comportó de modo atroz. Alguna vez que interceptó una carta quejumbrosa en la que su joven amada Juana Torres lo llamaba bandido y otros calificativos semejantes, hizo que ella la leyera en su presencia, castigándola, en cada epíteto, con un escupitajo en la cara. Por lo menos dos de sus esposas terminaron sus días prematuramente en el destierro.[38]

Pero la prueba biográfica decisiva con respecto a su

dualidad está en los dos hombres más cercanos a Villa, prolongaciones equidistantes y extremas de su naturaleza: Rodolfo Fierro y Felipe Ángeles.

En el reverso de una postal enviada a su mujer en 1912, momentos antes de lanzarse a «la bola», Rodolfo Fierro —o Fierros, como quizá se apellidaba— escribe las pragmáticas razones de su decisión: «Recibe ésta como un recuerdo de quien se lanza al peligro únicamente para buscar recursos y poder algún día evitar tus sufrimientos». Fierro era una fiera sin más. Todos coinciden en hablar de su «hermosura siniestra» (era más alto que Villa). La tropa lo llamaba «el Carnicero».[39] Reed describe así al «hermoso animal»:

«En las dos semanas que estuve en Chihuahua dio muerte a sangre fría a quince ciudadanos indefensos. Sin embargo existía una curiosa relación entre Villa y él. Fierro era su mejor amigo; y Villa lo quería como a un hijo y siempre lo perdonaba».[40]

Martín Luis Guzmán dejó una aterradora estampa de Fierro en *La fiesta de las balas*.[41] O'Hea recuerda el placer con que mataba a indefensos, a supuestos espías o críticos del villismo. Fue Fierro quien mató a Benton por creer que el inglés intentaba sacar su pistola, cuando en realidad quería sacar el pañuelo para secarse el sudor de la frente: una «pura mala inteligencia», comentó Fierro.

Silvestre Terrazas objetó siempre la confianza ciega de Villa en Fierro y su nombramiento de superintendente general de los Ferrocarriles. A la salida de una fiesta en honor de Fierro, Terrazas presenció esta escena:

«…en una de esas fiestas, el general Fierro bebió más de lo regular, despidiéndose a altas horas de la noche, y a pocos pasos se encontró con uno de los más conocidos empleados del ferrocarril, que se dirigía a la reunión, a una cuadra del

Templo del Santo Niño, en plena obscuridad. Fierro, posiblemente por la falta de luz y por el estado de ebriedad en que iba, ni siquiera supo de quién se trataba, pero sin cruzarse una sola palabra, sacó su pistola y disparó tan certeramente que la víctima pasó instantáneamente a mejor vida, quedando tirada en plena calle, abandonada hasta que otros compañeros que salieron al aclarar, pudieron distinguir el cuerpo yerto de aquél, al que muchos apreciaban por su intachable conducta, por sus aptitudes y su cumplimiento en el trabajo».[42]

Esta «bestia hermosa, de maneras y gestos civilizados, de timbre suave que rehúye tonos altisonantes», este asesino fisiológicamente puro era una de las facetas de Villa, su instinto de muerte. «Yo sólo sé», escribió O'Hea, «que este hombre, con su mirada errante y su mano fría, es el mal.»[43]

Pero Patrick O'Hea admitió también otra vertiente en Villa: la que atraía a hombres puros, a la que hombres puros atraían. La lista es larga: Díaz Lombardo, Iglesias Calderón, Bonilla, Federico y Roque González Garza, Lagos Cházaro, Luis Aguirre Benavides, Raúl y Emilio Madero, Martín Luis Guzmán. Y tres médicos: Silva, Palacios, Puente. ¿Cómo explicar aquel recíproco magnetismo?

Cada facción revolucionaria atrajo a un tipo distinto de intelectual. Los intelectuales vinculados al zapatismo tenían raíces anarquistas o una vena de misticismo cristiano. Antonio Díaz Soto y Gama, por ejemplo, abrevaba de ambas vertientes. Al carrancismo se afilió un espectro muy amplio, que iba desde los liberales puros, como José Natividad Macías, Luis Manuel Rojas o Alfonso Cravioto, hasta un nuevo tipo de intelectual político que intentaba articular ideología y praxis revolucionarias con un nuevo cuerpo legal e institucional: Luis Cabrera, Alberto J. Pani, Isidro Fabela, Félix F. Palavicini. Al villismo, en cambio, se acercan los

demócratas idealistas.[44]

Como Villa, los idealistas detestan a los metidos en «políticas», a los «ambiciosos», a los «carranclanes». Son más realistas que los místicos del zapatismo pero menos pragmáticos que los carrancistas. Casi todos fueron fieles a Madero y veían en el villismo encabezado por ellos el germen de continuidad con un liberalismo ilustrado. Más que el reparto agrario o el problema obrero, los idealistas se preocupan por la educación —otra coincidencia con Villa— y por la democracia.

Se acercan a Villa con la misma actitud de aquel médico ilustrado del siglo XVIII frente al *enfant sauvage:* para enseñarle lo que desde el principio de los tiempos debe y no debe hacerse. Reed entendió esa tentación: «Toda la compleja estructura de la civilización era nueva para él. Para explicarle algo había que ser filósofo».[45] Por su parte, Villa buscaba su apoyo, se aprendía de memoria pasajes de la Constitución, y no perdía oportunidad de pregonar con tristeza, con humildad, su indefensión intelectual: «Sería malo para México que un hombre sin educación fuera su presidente»[46]

Aunque Villa nunca se plegó por entero a los dictados de sus preceptores, y los tildó a veces de «engordadores *di* oquis», en cada uno de ellos debió de ver un Madero potencial. Pero, muerto Madero, necesitaba creer en un hombre que aunara la pureza y la autoridad. Lo encontró en la contraparte de Rodolfo Fierro: Felipe Ángeles.

A los ojos de Villa, Felipe Ángeles era un hombre pleno y cabal: militar y académico. Según Martín Luis Guzmán, Villa sentía por Ángeles una «admiración supersticiosa». Sabía de los terribles momentos que Ángeles había vivido junto a Madero y Pino Suárez; conocía la benevolencia de su trato con los zapatistas; admiraba su amor por la música y los

libros, su honradez, su sensibilidad a las causas populares, su piedad. ¿Cuántas veces escucharía la prédica de Felipe Ángeles?:

«…la Revolución se hizo para librarnos de los amos, para que vuelva el gobierno a manos del mismo pueblo y para que éste elija en cada región a los hombres honrados, justos, sensatos y buenos que conozca personalmente y los obligue a fungir como sirvientes de su voluntad expresada en las leyes, y no como sus señores».[47]

Era la misma voz de Madero, pero en un hombre distinto: supremo artillero y técnico de la guerra. Ángel armado, llevaba en una mano la espada y en la otra la balanza. Villa lo estimaba tanto que —según Valadés— fue el padrino de bautizo de un hijo de Ángeles para así «tener la confianza de llamarlo compadre». No es casual que Ángeles fuese el candidato presidencial que Villa propondría, meses después, a la Convención de Aguascalientes. Este Madero fuerte, este Madero militar fue la otra posibilidad de Villa, su tregua luminosa.[48]

Dualidad sugiere esquizofrenia. Sería inexacto atribuirla a Francisco Villa. Aunque sus dos facetas se alternaban, su rasgo íntimo no era la división sino la tensión. Su instinto predominante lo llevaba a obedecer a sus impulsos, obedecerlos instantáneamente y salvajemente. Pero por momentos algo lo impulsaba a domarlos, a trascenderlos. Dualidad vertical. No eran dos hombres: era uno solo buscando elevarse hacia una síntesis.

Una palabra bastó para alcanzar esa síntesis: la palabra justicia. Villa «quiere una justicia tan clara como la luz, una justicia que hasta el más ignorante pueda aplicar». Una justicia convincente como la palabra de Madero. «Está inconforme con el presente», escribe Reed, «con las leyes y

costumbres, con la repartición de la riqueza… [con el] sistema.» «Sobre casi todos quisiera ejercer su justicia tremenda, justicia de exterminio, de venganza implacable.» Esta noción de justicia justifica a la fiera. Como los jinetes del Apocalipsis, Villa no imparte justicia: la impone. No es el justo sino el justiciero: vínculo efímero del fierro y el ángel.

NOTAS

29. Reed, Ibíd.

30. Edmundo Valadés, «Los jefes de la lucha de 1910 vistos por novelistas y cronistas de la Revolución», en *Excélsior,* 21 nov. 1982 (México); Muñoz, p. 18; José Vasconcelos, *La tormenta* (México, 1983), p. 543; Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente* (México, 1975), p. 50.

31. Guzmán, *El águila…,* p. 49.

32. Reed, «Villa es brutal, sin embargo tiene ideales», en *The World,* l mar. 1914 (Nueva York).

33. Guzmán, *El águila…,* p. 256.

34. Ibíd.

35. O'Hea, p. 160.

36. Puente, «Francisco Villa», pp. 242-244; *La dictadura, la revolución y sus hombres* (México, 1985), pp. 303-312; Rafael F. Muñoz, *Pancho Villa, rayo y azote* (México, 1955).

37. Fernando de Ita, «Soledad Seañes de Villa recuerda su vida», en *Unomásuno,* 18 mar. 1983 (México); Luz Corral, *Pancho Villa en la intimidad* (Chihuahua, 1976); Juan Durán Casahonda, «Las mujeres de Pancho Villa», en *Todo,* 2 ene. 1934 (México).

38. Guzmán, *Memorias…,* p. 280.

39. Reed, *Insurgent Mexico,* p. 179.

40. Ibíd.*;* Terrazas. pp. 307-310.

41. Guzmán, *El águila…,* pp. 199-214.

42. Terrazas, pp. 306-312.

43. O'Hea, pp. 162-163.

44. Juvenal, pp. 11-19; Puente, «La verdadera historia …»; Guzmán, *El águila…,* pp. 215-257, Luis Aguirre Benavides. *De Francisco I. Madero a Francisco Villa* (México, 1966), pp. 101-105.

45. Reed, *Insurgent Mexico,* p. 127.

46. Ibíd., p. 139.

47. Ángeles, «Genovevo de la O», en *Cuadernos Mexicanos,* n.° 11 (México, 1984).

48. Federico Cervantes, «Felipe Ángeles: revolucionario, idealista y desinteresado», en *El Universal,* 26 nov. 1947 (México); José C. Valadés, «Los compadres de Pancho Villa», en *Todo,* 26 sept. 1933 (México); Juvenal, p. 16; Guzmán, *El águila…,* pp. 253-254; Alberto Calzadíaz, «General Felipe Ángeles» en *Hechos reales de la Revolución,* 8 vols. (México, 1982), vol. VIII.

Derrotas psicológicas

Victoriano Huerta salió del país en julio de 1914. El constitucionalismo triunfante tenía frente a sí una difícil prioridad: reconciliar a Villa con Carranza. Desde Zacatecas, Villa hubiese querido seguir hasta la capital, pero los planes de Carranza eran distintos: bloqueó el envío de carbón para los trenes villistas y cedió la entrada triunfal al Ejército del Noroeste. El 15 de agosto de 1914, luego de firmar los tratados de Teoloyucan, Álvaro Obregón y sus tropas entran a la ciudad de México.

Un mes antes se había concertado en Torreón un pacto, a la postre infructuoso, entre representantes de Carranza y Villa. En agosto se recrudece una vieja pugna entre el gobernador de Sonora, José María Maytorena —compadre de Villa—, y el comandante militar carrancista: Plutarco Elías Calles. Con el propósito de conciliar a los rijosos e intentar la avenencia entre Villa y Carranza, Obregón visita Chihuahua. Los dos caudillos están frente a frente.

Villa sólo conoce dos opciones: pelear o creer:

«Mira, compañerito: si hubieras venido con tropa, nos hubiéramos dado muchos balazos; pero como vienes solo no tienes por qué desconfiar; Francisco Villa no será un traidor. Los destinos de la patria están en tus manos y las mías; unidos los dos, en menos que la minuta *[sic]* domaremos al país, y como yo soy un hombre oscuro, tú serás el presidente».[49]

Obregón sabe que el idioma universal de la política tiene más opciones. Esquiva con prudencia a Villa, y lo escucha y observa en silencio: «Es un hombre que controla muy poco sus nervios». Juntos viajan a Nogales y logran un acuerdo con Maytorena. Juntos envían a Carranza un pliego de proposiciones para encauzar la vida política del país. Carranza lo admite en parte, pero considera de tal

importancia su contenido que sólo una convención nacional con todos los generales revolucionarios sería, a su juicio, la indicada para dictaminar.

Un movimiento de Benjamín Hill, general carrancista, reaviva la crisis de Sonora. Nuevo viaje de Obregón a Chihuahua. Más fierro que ángel, esta vez Villa lo recibe con recelo. El 16 de septiembre de 1914, desde el balcón principal del Palacio de Gobierno, ambos presencian el desfile militar. Obregón sabe que el despliegue busca impresionarlo. Y lo impresiona: ha contado 5.200 hombres, 43 cañones y decenas de miles de «mauseritos». Sabe también que si Villa sospechara de él, lo «borraría del catálogo de los vivos». Cualquier pretexto sería bueno. Y este pretexto tan ansiado por fin llega.

«El general Hill», exclama Villa a Obregón, «está creyendo que conmigo van a jugar… es usted un traidor a quien voy a pasar por las armas en este momento.» Obregón no accede, con claridad, a ordenar el retiro de Hill. Villa solicita una escolta para fusilarlo. Es entonces cuando Obregón le inflige su primera derrota: una derrota psicológica. Ante la excitación de Villa, responde con un aplomo que lo desarma y con argumentos que lo confunden. No lo enfrenta, sino que lo desarma con su propio impulso:

«Desde que puse mi vida al servicio de la Revolución he considerado que sería una fortuna para mí perderla… [fusilándome], personalmente, me hace un bien, porque con esa muerte me van a dar una personalidad que no tengo, y el único perjudicado en este caso será usted».[50]

Villa duda. Una hora después retira la escolta. Más ángel que fierro, rompe a llorar. El pálpito moral, no el cálculo político, lo mueve a decir:

«Francisco Villa no es un traidor; Francisco Villa no mata

hombres indefensos, y menos a ti, compañerito, que por ahora eres huésped mío».[51]

Obregón respira pero no se conmueve. En circunstancias similares, ¿hubiera perdonado a Villa? No sin temor permanece unas horas en Chihuahua, de donde sale escoltado por los villistas José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, con quienes intima. El tren se detiene en la estación Ceballos. En respuesta a actos de Carranza que considera hostiles, Villa ha ordenado su regreso. Obregón da nuevas muestras de sangre fría. Regresa a Chihuahua donde, de nueva cuenta, Villa está a punto de fusilarlo. Por fin le permite viajar hacia Torreón, con el propósito de detenerlo en la estación Corralitos y pasarlo por las armas. La suerte y la intervención de Robles y Aguirre Benavides evitan el desaguisado. Obregón llega sano y salvo a Torreón, y más tarde a Aguascalientes, donde el 10 de octubre la Convención inicia sus trabajos.

Días antes Villa publica un manifiesto en el que desconoce al Primer Jefe y lo acusa de prácticas antidemocráticas. Argumento paradójico, en opinión del historiador Charles Cumberland. ¿Qué autoridad democrática podría reclamar el hombre cuyos poderes en Chihuahua habían sido casi dictatoriales? ¿Acaso había pensado alguna vez en convocar elecciones? ¿Podía invocar las leyes el hombre que hacía gala de su despego a la ley?



«Dos prótesis vitales armaban su naturaleza: el caballo y la pistola. El caballo permitía la persecución o la huida, era el capítulo anterior o posterior a la muerte. Y la muerte era la pistola.» (E.K.)

Anónimo, *Francisco Villa en Ojinaga*, 1914. George Mutual Film Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

La segunda victoria psicológica de Obregón sobre Villa ocurre durante la Convención de Aguascalientes. Mientras Villa amenaza con sus tropas fuera de la ciudad, y sólo acude para sellar los acuerdos con su sangre sobre la bandera, Obregón participa en los debates y gana muchos aliados, tanto en el campo villista como en el zapatista. Cuando la Convención desconoce a Carranza y designa presidente provisional, por veinte días, a Eulalio Gutiérrez, Obregón —astutamente— no se inclina por Carranza. Cabalga por encima de las corrientes, da tiempo al tiempo. El callejón no tiene salida: Pancho Villa no se decide a renunciar hasta no ver caído al «árbol don Venus». Carranza condiciona su renuncia a la integración de un gobierno firme que pueda encauzar las demandas sociales de la Revolución. Eulalio Gutiérrez es quien se ve forzado a romper el equilibrio y convierte la situación de difícil en imposible: nombra a Villa general en jefe del ejército de la Convención. Varios militares —Pablo González y Lucio Blanco, entre otros— intentan la conciliación que hubiera salvado centenares de miles de vidas. En cierto momento, Villa propone una salida increíble: su suicidio y el de Carranza. Las fuerzas se reacomodan en los dos bandos. Obregón se compromete en forma definitiva con Carranza. En el horizonte apunta una guerra civil. Un diario citadino publica una caricatura alusiva: la aterrada madre —Revolución— ha parido cuates: uno con cara de Venustiano, otro con cara de Pancho. Desde la puerta del cuarto de hospital, el pobre padre-pueblo exclama lleno de horror:

Si ya con uno no puedo,
¿dónde vaya dar con dos?[52]

La guerra entre los cuates de la Revolución tarda algunos meses en estallar. El gobierno de la Convención marcha a la ciudad de México. Aunque Carranza tiene, entre otros, el

apoyo de Francisco Coss (en Puebla), Cándido Aguilar (en Veracruz), Francisco Murguía (en el Estado de México) y de Pablo González y Álvaro Obregón, la Convención cuenta con Zapata, Villa y varios otros generales dueños del centro, el norte y el occidente de México. En este momento cumbre, en Xochimilco se encuentran los dos caudillos populares de la Revolución: Villa y Zapata. Aunque la versión taquigráfica de su conversación es conocida, hay en ella muchos elementos reveladores. Zapata expresa con claridad su anarquismo natural y su amor a la tierra. Villa, hablantín, refleja por entero su actitud ante el poder y la guerra. En aquel pacto de Xochimilco, Zapata y Villa buscaron cimentar su triunfo, pero el tema vehemente de su conversación es otro, el opuesto: su derrota.

«Con estos hombres», dice Villa refiriéndose a los carrancistas, «no hubiéramos tenido progreso ni bienestar ni reparto de tierras, sino una tiranía en el país. Porque, usted sabe, cuando hay inteligencia, y se llega a una tiranía, y si es inteligente la tiranía, pues tiene que gobernar. Pero la tiranía de estos hombres era una tiranía taruga yeso sería la muerte para el país.»[53]

Con todas sus letras, Villa declara que el poder es para los otros. Él renuncia por falta de méritos:

«Yo no necesito puestos públicos porque no los sé "lidiar"… Yo muy bien comprendo que la guerra la hacemos nosotros, los hombres ignorantes, y la tienen que aprovechar los gabinetes».[54]

Su función y la de Zapata se limitaría a «buscar gentes» para «aprovechar» esos puestos, pero con la condición de que «ya no nos den quehacer»: «Este rancho está muy grande para nosotros».[55] Villa quería retirarse después de encarrilar «al pueblo a la felicidad». Habla de su futuro y pacífico

«ranchito», de sus «jacalitos», pero confiesa que en el norte tiene todavía «mucho quehacer». No le interesan demasiado los del gabinete. A sus ojos su misión consistía en «pelear muy duro». La palabra «pelear» aparece nueve veces en la conversación.

«…yo creo que les gano. Yo les aseguro que me encargo de la campaña del norte, y yo creo que a cada plaza que lleguen también se las tomo, va a parar el asunto de que, para los toros de Tepehuanes, los caballos de allá mismo.»[56]

Concluida la conversación, se pasó al comedor, donde se sirvió un banquete al estilo mexicano. Al final Villa pronunció unas palabras de «hombre inculto»:

«Cuando yo mire los destinos de mi país bien, seré el primero en retirarme, para que se vea que somos honrados, que hemos trabajado como hombres de veras del pueblo, que somos hombres de principios».

Aquellas palabras, pronunciadas en la cúspide de su poder, son más que una revelación: son un presagio, su tercera derrota psicológica. De antemano admite supeditarse a «los gabinetes» si «no le dan quehacer», de antemano renuncia a ejercer, en términos políticos, el poder. No lo mueve, como a Zapata, un «anarquismo natural», sino la autodescalificación, la ignorancia. La política es para los deshonestos, los ambiciosos, los hombres sin principios. De esta visión se sigue su destino: pelear, pelear ciegamente o hasta el advenimiento de un nuevo Madero en el que pudiese creer. Una vez más la vida entre extremos: el ángel o el fierro. Pero, frente a Álvaro Obregón, renunciar al terreno intermedio del ejercicio político significaba renunciar a ganar en cualquier ámbito que no fuese la guerra.

Dos días después del Pacto de Xochimilco, las tropas de Zapata y Villa entran a la capital.[57] Bertha Ulloa describe la

escena:

«La ciudad se engalanó jubilosa el 6 de diciembre de 1914 para presenciar el desfile victorioso del ejército convencionista. Algo más de cincuenta mil hombres de las tres armas se concentraron en Chapultepec, y a las once de la mañana empezaron a avanzar por el paseo de la Reforma. A la vanguardia iba un pelotón de caballería compuesto por fuerzas de la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur, en seguida venían a caballo Villa y Zapata, el primero "con flamante uniforme azul oscuro y gorra bordada" y el segundo "de charro". Al llegar a Palacio Nacional subieron al balcón central y se colocaron a los lados de Eulalio Gutiérrez para presenciar el desfile. En primer término pasaron los jefes norteños, después, la infantería y la caballería zapatistas con algunas secciones de ametralladoras, luego las tropas del norte encabezadas por Felipe Ángeles y su estado mayor, dos divisiones de infantería y diez baterías de cañones. Las tropas del norte llevaban uniformes en color caqui pardo y sombreros de fieltro; en contraste, las del sur vestían "algodón blanco y gran sombrero de palma", pero todas marchaban bien disciplinadas, y la población las estuvo aclamando hasta después de las cinco de la tarde, hora en que concluyó el desfile. Entre los numerosos invitados que acudieron gustosos a Palacio estuvieron los diplomáticos encabezados por su decano, el ministro de Guatemala, Juan Ortega».[58]

La ciudad, el Palacio Nacional, la política, es *lo otro*, el mal. Ambos se sienten extraños en el corazón político de México. Zapata siente un terror místico frente a la silla presidencial. Entre carcajadas, Villa juega la broma de su vida: se sienta en ella. Todos ríen porque todos saben que la escena es «*di* oquis», para los fotógrafos, para ver cómo se ve, para ver cómo se siente. ¿Es posible imaginar en Obregón o Carranza

un desplante similar?

Sin importarle la suerte de «los gabinetes de la Convención» —deleznable cuestión de «política»—, Villa pasa festivamente sus días en la capital: asiste a banquetes, enamora a cajeras, flirtea con María Conesa, ordena a Fierro el asesinato del joven David Berlanga porque se atrevió a criticarlo, envía niños menesterosos de la capital para que estudien en Chihuahua, llora a mares frente a la tumba de Madero y pone, ya por último, el nombre de su redentor a la antigua calle de Plateros.[59]

Mientras sus Dorados entonan «La cucaracha» y «Jesusita en Chihuahua», Villa planea la campaña final contra el carrancismo. Ignora —ignorará siempre— el grado en que sus derrotas psicológicas prepararon el terreno para las otras, definitivas.

NOTAS

49. Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña* (México, 1973), p. 169; Enrique Beltrán, «Fantasía y realidad de Pancho Villa», en *Historia Mexicana,* vol. XVI. n.° 61 (México, jul.-sept. 1966), pp. 71-84.

50. Obregón, p. 203.

51. Ibíd., p. 204.

52. Bertha Ulloa, «La revolución escindida», en *Historia de la Revolución mexicana*, 23 vols. (México. 1979), vol. IV, pp. 59-99, 161-168.

53. «Pacto de Xochimilco», 4 dic. 1914, en Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la Revolución. Planes políticos y otros documentos* (México, 1974), vol. I, pp. 113-121.

54. Ibíd.

55. Ibíd.

56. Ibíd.

57. Vito Alessio Robles, *La convención revolucionaria de Aguascalientes* (México, 1979), pp. 397-401, 404-406, 422-425.

58. Ulloa, pp. 59-61.

59. Guzmán, *El águila…,* pp. 407-436.

Cuando Villa expresaba su recelo hacia los «gabinetes» y las «políticas», no se refería, por supuesto, sólo a los «gabinetes y políticas» carrancistas, sino a sus propios «gabinetes» surgidos de la Convención de Aguascalientes. Nunca los dejó gobernar ni desperdició oportunidad para humillarlos. A su propia incompatibilidad con el ejercicio político se aunaba su diferencia con Zapata. El guerrero Villa quería ver más agresivo militarmente al guerrillero Zapata. Pero Zapata no peleaba fuera de su territorio morelense por pelear, sino por el Plan de Ayala. Estas incompatibilidades se hicieron evidentes en todos los ámbitos políticos opuestos al carrancismo: en los sucesivos e inestables gabinetes de la Convención, en los debates de la Convención durante el año 1915, en los programas revolucionarios. Finalmente no pudieron conciliarse. Política e ideológicamente, la Convención se escindió en tres —y hasta cuatro— sectores, a veces opuestos, siempre independientes: el zapatismo, el villismo militar y cívico, y el convencionismo de Eulalio Gutiérrez. El zapatismo siguió fiel a su universo cerrado: el estado de Morelos y la doctrina, para ellos infalible, del Plan de Ayala. Don Eulalio y sus intelectuales idealistas, como su ministro de Educación, José Vasconcelos, peregrinaban hacia San Luis Potosí llevando consigo un proyecto creativo para la Revolución: la redención educativa y la democracia pura, maderista. Los hombres del villismo militar preparaban sus músculos para las grandes batallas del Bajío en marzo de 1915.[60] Por último, un grupo extraído también de las filas maderistas gobernaba en nombre del villismo el territorio casi soberano de Chihuahua.

Un juicio equilibrado sobre el villismo no puede dejar a un lado el desempeño de aquel gobierno chihuahuense. El

«rancho» del país era demasiado grande para Villa, pero en lo que respecta al rancho chihuahuense, sus Dorados civiles —Díaz Lombardo, Bonilla, Terrazas— lo gobernaron con algunos aciertos y no pocos errores.

Aquélla fue una curiosa mezcla de maderismo y villismo. En contraste con lo que ocurría en los territorios carrancistas, en la patria de Villa había una libertad de cultos casi total. Fue Villa quien decretó el 23 de febrero día de luto nacional. Siguiendo las pautas del gobernador maderista Abraham González, se desplegó una política agraria activa cuyo propósito final sería distribuir la tierra creando pequeñas unidades familiares provistas de agua, crédito y técnica. Aunque la reforma no culminó debidamente y Villa repartió muchas haciendas como botín de guerra entre sus lugartenientes, aquel gobierno estaba en vías de realizar una reforma agraria limitada, no muy distinta a la que, en su momento, realizarían Calles y Obregón.

La vertiente villista del experimento chihuahuense tuvo dos aspectos positivos —el fomento económico y la política de caridad— y dos negativos —corrupción y nepotismo—. Financiado, es verdad, por un déficit excesivo e inflacionario, Silvestre Terrazas promovió fábricas de lana y uniformes, una empacadora de carnes, una constructora de casas populares, caminos, obras hidráulicas… En sus afanes, no olvidaba que los niños y los desamparados eran la verdadera preocupación de su general. De ahí la creación de la Escuela de Artes y Oficios de Chihuahua, otras escuelas primarias, rurales y la Casa de Asilo y Corrección para huérfanos en la Misión de Chinarras. Pero no todo fue miel sobre hojuelas: varios lugartenientes y burócratas se enriquecieron, entre ellos Félix Summerfeld, Lázaro de la Garza, el propio Silvestre Terrazas, según varias fuentes y, señaladamente, el hermanito de Villa: Hipólito. John Kenneth Turner —el gran crítico del

porfirismo, autor de *México bárbaro*— escribió desilusionado: «Hipólito montó su empacadora de carnes. Se vanagloria de que jamás ha pagado un dólar por materia prima, ni un solo peso a los ferrocarriles por concepto de fletes. Hipólito es también juez especial en las aduanas de Ciudad Juárez… las murmuraciones en las casas de juego le atribuyen depósitos por cuatro millones de dólares en bancos norteamericanos… viste como el duque de Venecia… se llama "emperador de Juárez"». En abril de 1915, Turner emitía este juicio terrible:

«Mi conclusión es que Francisco Villa… es aún Doroteo Arango… alias Pancho Villa el bandido… Villa no ha adquirido ni ideas sociales ni una conciencia social. Su sistema es el mismo de Díaz elevado a la potencia: robo, terror… La teoría de Villa es que el Estado existe para él y sus amigos».

Personalmente, al parecer, Villa no robó ni tuvo tiempo o voluntad para atender de cerca el gobierno de su inmenso territorio. A principios de 1915 cada uno de los 14 estados villistas tenía sus propios problemas. Con todo, Pancho Villa se reservó el manejo de dos riendas: la relación con los norteamericanos y la guerra contra el carrancismo.

En vísperas de las grandes batallas del Bajío, Villa contaba con la abierta simpatía del gobierno norteamericano. Wilson lo consideraba «el mexicano más grande de su generación»; Villa, por su parte, no desperdiciaba oportunidad para agradecer al «sabio» presidente Wilson su buena voluntad y su decisión de evitar la guerra. Cualquiera que fuese la desavenencia, Villa accedió casi siempre a las solicitudes del enviado de Washington, George Carothers. Muy pocas veces afectó intereses norteamericanos, y siempre mantuvo una amistad continua y funcional con el general Hugh Scott, comandante en la frontera. No obstante, la cuestión crucial

del reconocimiento no se dirimiría en los suaves gabinetes de la diplomacia sino en los campos del Bajío. No con «políticas», diría Villa, sino «echando balazos» contra el «compañerito» Obregón.

Varios factores ajenos a la psicología de Villa determinaron su derrota militar. Uno fue la falta de colaboración de Zapata. Otro, la dispersión de sus fuerzas. Los villistas combatían en tres frentes: una amplia faja del occidente y el noroeste (desde Jalisco hasta Baja California); la zona norte y noroeste (desde Coahuila hasta Tamaulipas) y la región huasteca de San Luis Potosí hasta Tampico. A principios de 1915 la mitad del país era teatro de una guerra civil que se hubiese prolongado de no mediar las batallas del Bajío, en las que Obregón derrotó definitivamente a Villa: las dos batallas de Celaya y los difíciles encuentros de Trinidad, Resplandor, Nápoles, Silao, Santa Ana (donde Obregón pierde su brazo) y León.

En Celaya, Villa quiere emplear las mismas tácticas de agresividad abierta que tanto éxito habían tenido en Tierra Blanca, Paredón o Torreón. Felipe Ángeles desaconseja la táctica, sobre todo por la topografía. Rodeada de acequias que permitirían al enemigo atrincherarse, Celaya no era un escenario adecuado para las cargas anibalianas de Villa; nada más remoto a aquellas blandas dunas de Tierra Blanca. A juicio de Ángeles, si la oportunidad de atacar Veracruz se había perdido, había que marchar al norte. Pero Villa se impacienta y lo desoye.

El 6 de abril lanza sus primeras cargas contra Celaya. Obregón corre grandes riesgos. La situación parece perdida para los carrancistas. «Asaltos de enemigo son rudísimos», telegrafía Obregón a Carranza, «mientras quede un soldado y un cartucho sabré cumplir con mi deber.» A la una de la tarde del día siguiente, Villa había dado más de treinta cargas de

caballería, todas infructuosas. En un doble movimiento, Obregón ordena el ataque de las fuerzas de caballería que mantenía en reserva. «Los villistas», reporta Obregón, «han dejado el campo regado de cadáveres… hanse encontrado más de mil muertos.»

Una semana después, Villa vuelve —literalmente— a la carga. «Conociendo el carácter rudo e impulsivismos *[sic]* de Villa», Obregón despliega «dispositivos de combate en una zona más amplia que la anterior» y con el mismo esquema: resistir la andanada desde las trincheras, fingir abatimiento y, en el momento justo, sorprender con el movimiento de las reservas. El saldo fue impresionante: cuatro mil muertos, seis mil prisioneros y un inmenso botín de 32 cañones, cinco mil armas y mil caballos ensillados. Villa se repone efímeramente, pero en León sigue el rosario de derrotas. Aunque Felipe Ángeles desaconseja de nueva cuenta el enclave, Villa insiste. Benjamín Hill le causa dolorosas bajas. El último encuentro entre Obregón y Villa tiene lugar en Aguascalientes. Diezmado y aturdido, Villa emprende su marcha al norte con la idea de regresar por el occidente. Atribuye sus derrotas a la falta de parque y refuerzos. La verdad es distinta. Obregón lo había vencido militarmente con la misma táctica de aquellas batallas psicológicas de Chihuahua: no enfrentar impulso con impulso, carga con carga, no provocar tampoco; dejarlo venir, dejarlo caer en la lógica de su propio impulso, para luego, en el momento justo, dar el golpe de gracia. Táctica de judo.[61]

La suerte militar de Villa se selló en esas batallas. El dinero villista se desmorona vertiginosamente: de 50 centavos de dólar en 1914, pasa a cinco centavos después de Celaya. En unos meses, las «dos caritas» y las sábanas villistas serían billetes de colección. La escasez de alimentos y la inflación azotan los territorios de Villa. En agosto de 1915 Carothers

informa a su gobierno: «Villa está en bancarrota y se apoderará de todo… para reunir fondos». Todas las simpatías de los norteamericanos por Villa y toda su diplomática condescendencia con ellos no ocultan su derrota militar y financiera.

Más dolorosa que la derrota y la bancarrota debió de ser la deserción. Hacía tiempo que los Herrera se habían pasado al carrancismo y que José Isabel Robles y Eugenio y Luis Aguirre Benavides lo habían abandonado. Seguirían Chao, Buelna, Cabral, Rosalío Hernández, Raúl Madero. Ángeles o fierros, uno a uno caen, desertan. O traicionan. El compadre Urbina, su viejo compañero de fechorías, amenaza con rebelarse. Urbina es tan carnicero como Fierro, pero de una maldad más amplia e inteligente. Posee un verdadero imperio económico: en su hacienda de Las Nieves, escribe Reed, «todo le pertenece: la gente, las casas, los animales y las almas inmortales… él sólo, y únicamente él, administra la justicia alta y baja. La única tienda del pueblo está en su casa».[62] Villa lo asalta por sorpresa y, no sin vacilar, lo entrega a Fierro «para que disponga de él a su voluntad».[63] Ángeles se le separa el 11 de septiembre. Por fin, el 14 de octubre de 1915, marchando hacia Sonora, Rodolfo Fierro encuentra una muerte digna de su vida: montado en su caballo y abrazado por un pesado chaleco de monedas de oro, se ahoga lentamente en el fango de la Laguna de Casas Grandes.[64]

El 19 de octubre de 1915, «desilusionado totalmente» de Villa, el gobierno norteamericano reconoce al gobierno carrancista. Villa debió de sentir ésta como la mayor de las traiciones. Había puesto todo su empeño durante casi cinco años en respetar a Estados Unidos, había cedido muchas veces a las peticiones de Scott, a los consejos de Carothers, a las iniciativas de Wilson o del Departamento de Estado. A

diferencia de Carranza, había dicho casi siempre que sí. Pero ahora le retribuían con una puñalada. Su respuesta fue brutal y amenazante:

«Yo declaro enfáticamente que me queda mucho que agradecer a Mister Wilson, porque me releva de la obligación de dar garantías a los extranjeros y especialmente a los que alguna vez han sido ciudadanos libres y hoy son vasallos de un evangelista profesor de filosofía, que atropella la independencia permitiendo que su suelo sea cruzado por las tropas constitucionalistas. [A pesar de todo], por ningún motivo deseo conflictos entre mi patria y los Estados Unidos. Por lo tanto… declino toda responsabilidad en los sucesos del futuro».[65]

La última campaña guerrera de Villa fue el ataque a Sonora a fines de 1915. Quizá por el carácter súbito de su repentina exaltación y caída, aún no se sentía vencido. En Agua Prieta, del 1.° al 3 de noviembre, sus cargas de caballería se estrellan contra las alambradas y los cañones del general Plutarco Elías Calles. El 21 de noviembre, diez mil villistas cargan inútilmente sobre la ciudad de Hermosillo, defendida y fortificada por el general Manuel Diéguez. Maytorena le ha retirado todo su apoyo. Desertan Urbalejo y sus yaquis. Pereyra es ejecutado. Sólo quedan tres mil hombres en la División del Norte. Obregón toma en sus manos, directamente, la ejecución de la puntilla: reduce los últimos bastiones villistas en Sonora. Se rinden Ciudad Juárez y Chihuahua. A principios de 1916, el guerrero se convierte en guerrillero.[66]

NOTAS

60. Basilio Rojas, *La soberana convención de Aguascalientes* (México, 1961), pp. 169-175.

61. Obregón, pp. 299-427.

62. Reed, *Insurgent Mexico,* p. 49.

63. Reed, «14 members of staff die with the general Urbina», en *The Evening Star,* 16 sept. 1915 (El Paso, Texas); Juvenal, pp. 26-28.

64. Muñoz, *Relatos de la Revolución* (México, 1981), pp. 181-188.

65. Ulloa, «La lucha revolucionaria», en *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores,* 8 vols. (México, 1991), vol. V, p. 280; Katz, *La guerra secreta en México,* 2 vols. (México, 1982), vol. 1, pp. 349-350; Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana* (México, 1975), pp. 285-288.

66. Calzadíaz, «El fin de la División del Norte», en *Hechos reales…,* vol. III, pp. 98-107.

A hierro muere

Mil y una leyendas e interpretaciones corren sobre el asalto de Villa a la población norteamericana de Columbus. Hay quien lo atribuye a maquinaciones alemanas para enfrentar a México con Estados Unidos. En opinión de Friedrich Katz, Villa lanza su ataque porque cree descubrir, fehacientemente, que Carranza convertiría México en un protectorado yanqui. Todo es posible tratándose de Villa, pero atribuirle una racionalidad de *realpolitik* internacional es ir quizá demasiado lejos. No. Bajo cualquier pretexto, Villa ataca Columbus movido por una pasión humana, demasiado humana: la venganza. Antes de atacar Agua Prieta, a fines de octubre de 1915, había declarado a un reportero americano:

«Los Estados Unidos reconocieron a Carranza… pagándome de esta manera la protección que les garanticé a sus ciudadanos… he concluido con los Estados Unidos y los americanos… pero, por vida de Dios, no puedo creerlo».[67]

Al saberse perdido vuelve a convertirse, como antes de la Revolución, en una fiera; pero, sin esperanza y con rencor, una fiera traicionada:

«Y él se rebeló», escribe Rafael F. Muñoz, «castigando al que logró tener bajo su garra implacable. En su desengaño se desarrollaron con intensidad espantosa el odio y la ira, la crueldad, el deseo de venganza. Y cuando toca, mata; cuando insulta, derriba; cuando mira, inmoviliza. Su odio tiene la fuerza que antes tuvo su División, sepulta llanuras, hace temblar montañas. A su solo nombre, las ciudades se encogen dentro de sus trincheras».

Desde fines de 1915, la violencia villista se había vuelto más sangrienta. En San Pedro de la Cueva, Villa reunió a todos los varones del pueblo; mandó fusilarlos en masa y mató con su propia pistola al cura del lugar, cuando de rodillas se le

abrazaba pidiéndole clemencia; en Santa Isabel fusila a varios mineros norteamericanos. Tiempo después, quemará gente viva y asesinará ancianos. Nunca como ahora desconfía del mundo: desaparece en las noches, se sienta de espaldas a la pared, no prueba bocado sin antes dárselo a un lugarteniente, ordena vigilancias y espionajes. Sus pocos seguidores lo llaman «el Viejo». No pierden la fe pero sí la identidad: Villa es un proscrito y ellos ¿qué son?, ¿revolucionarios o bandidos?[68]

La madrugada del 9 de marzo de 1916, Villa ataca la pequeña población fronteriza de Columbus.[69] Rafael F. Muñoz pone en su boca estas palabras verosímiles: «Los Estados Unidos quieren tragarse a México; vamos a ver si se les atora en el gaznate».[70] El asalto dura hasta mediodía. Se producen incendios, violaciones, saqueos a bancos y comercios, cuantiosos robos de armas y caballada, y varios muertos entre la población civil. Antes de que los refuerzos lo detengan, Villa galopa satisfecho: ha propinado a los güeros invasores la única invasión de su historia. No piensa en el enorme riesgo en que ha colocado a México. Muñoz describe la reacción de estupor:

«"¡Es el más terrible de los asesinos", dicen los que hace años se aprovecharon de sus triunfos y ahora lo vilipendian, "es la vergüenza de México, el azote del norte, el asco del mundo! ¡Roba, asesina, asalta, destruye, incendia, arrasa! ¡Reta al extranjero, pone al país al borde de la guerra internacional, arruina la patria, y donde pisa, la huella de su pie se llena de sangre!"».[71]

La narración biográfica del doctor Ramón Puente adquiere una acuciosa intensidad al hablar de Villa después de Columbus. Dos contingentes —los carrancistas y la Expedición Punitiva norteamericana, bajo el mando del

general John Pershing— lo buscan con igual denuedo:

«Después del asalto de Columbus, Villa toma la dirección del distrito de Guerrero, en Chihuahua, y en un encuentro con la columna del general Bertani es herido en la pierna derecha casi a la altura de la rodilla. Cae desangrándose bajo el peso de su caballo, pero este incidente no lo advierte siquiera el enemigo. Cuando la noticia se conoce, es demasiado tarde para sacar partido de esa ventaja.

»Por cerca de tres meses Villa se pierde en absoluto. Muchos lo creen muerto. El mismo Carranza, intrigado por esa posibilidad, consiente, indirectamente, que vaya una comisión encabezada por el pintor Gerardo Murillo [Doctor Atl] para que localice la tumba del guerrillero, de la cual tiene "datos precisos". Se llega al lugar que señalan los guías, pero sólo se encuentran algunos huesos de animal recientemente sacrificado.

»Los americanos llegan hasta el pie de la cueva donde se oculta Villa, que se da cuenta de sus palabras, desentierran algunos pedazos de algodón y vendajes, pero no es posible aclarar el misterio.

»Este misterio muy pocos lo conocen. Cuando alguien se da cuenta de que Villa ha sido herido en el combate de Guerrero, hay una consternación en el grupo. Rápidamente se le pone una bilma y, con unas toscas pinzas, él mismo se extrae el proyectil incrustado en el hueso, pero nadie acierta en la manera de ocultarlo, ni hay ningunos recursos para proseguir la curación. El problema, el propio Villa lo resuelve, ordenando que sus dos primeros, Joaquín Álvarez y Bernabé Sifuentes, lo transporten a la sierra de Santa Ana, en el distrito Benito Juárez, Chihuahua, donde conoce una cueva, más bien una especie de "abra", la cueva del Coscomate.

»Llegar hasta aquel punto es laborioso, ascender hasta el

“abra”, casi una empresa de romanos. La transportación se hace a lomos de un burro, sufriendo incesantes dolores por la postura y el movimiento de la bestia; la ascensión se lleva a cabo por medio de unas reatas con las que se forma una hondilla para servir de asiento. Después de la instalación del enfermo, se cubre con ramajes la abertura de la roca y nadie podrá imaginarse lo que oculta.

»Pero los medios de curación y de sustento con que cuenta Villa son exiguos: unas cuantas libras de arroz y unas cuantas libras de azúcar. El agua hay que salir a traerla a cuatro leguas de distancia, en unas cantimploras que apenas dan ración para dos días.



«Su alma, más que de hombre, era de jaguar.» (Martín Luis Guzmán)

Anónimo, *El coronel Francisco Villa y otros jefes revolucionarios, entre ellos Calixto Contreras y Fidel Ávila*, 1911. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

»Seis semanas durará aquel retiro, mientras a través de una bilma mal puesta se hace la defectuosa soldadura de los huesos, que quedan cabalgando y que nunca volverán a permitir el uso fácil del miembro, acortado en algunos centímetros, teniendo necesidad de poner varias tapas de suela a su zapato, para igualarlo con el izquierdo.

»La salida de la cueva del Coscomate es todavía en más penosas condiciones, porque sobre el defecto de la herida, hay una torpeza del movimiento y el debilitamiento del organismo por la deficiente alimentación. Para esa época, las fuerzas villistas han desalojado a los carrancistas de la región de Guerrero, y Villa puede, en poco tiempo, ir hasta la ciudad del Parral y "robarse" un médico, el doctor José De Lille, que lo acaba de sanar de sus males».[72]

La Expedición Punitiva, una de las cacerías más costosas jamás concertadas para buscar a un solo hombre, fracasa estrepitosamente. Día a día el parte es idéntico: «Tengo el honor de informar a usted que Francisco Villa se encuentra en todas partes y en ninguna». Nunca le fue más útil la experiencia de sus diecinueve años de bandidaje. Conocía el campo como el campo lo conocía a él. Muñoz lo hace decir:

«No hay quien me pueda seguir a caballo ni a pie, ni por el llano ni por la sierra. No me agarrarán vivo ni con trampa, como a los lobos».[73]

Pero la fiera no sólo se defiende. El 16 de septiembre de 1916, al mando de sólo ochocientos hombres, da un zarpazo en Chihuahua y por dos días se apodera de la ciudad. Siguen Torreón, Canutillo, Mineral de Rosario. Meses y años de infructuosas escaramuzas contra tropas de Murguía y más tarde de Diéguez. Nuevos y más crueles asesinatos a mansalva. En diciembre de 1918, después de casi tres años de separación, se reencuentra con Ángeles. Muerto Fierro,

¿vencería el ángel? El gobierno central piensa que Ángeles ha vuelto para rebelarse. Lo guía un propósito más noble: ha vuelto para desplegar su propio apostolado maderista. No viene como militar: viene como misionero. La Revolución lo atrae como un imán moral, como un destino impostergable. No resiste el destierro y la inactividad. Teme una invasión norteamericana y busca la unión entre los mexicanos. Se acerca a Villa, pero no para aconsejarle fórmulas de artillería, sino para predicarle respeto a la vida, espíritu de «conciliación y amor».

«Yo voy a trabajar», escribe a Manuel Calero, «con gentes ignorantes y salvajes, a quienes tal vez la guerra haya empeorado; voy a tocarles la fibra humanitaria y patriótica.»

Por cinco meses Villa y Ángeles caminan juntos. En varios ataques, Ángeles logra salvar cientos de prisioneros. Villa, sin embargo, quiere repetir la historia y con lujo de violencia asalta Ciudad Juárez. Contra los deseos de Villa, Ángeles se le separa definitivamente. Sin éxito, intenta llevar su prédica a otros caudillos. Se esconde en una sierra que desconoce y que lo desconoce. Su propio custodio, apellidado Salas, lo acoge sólo para delatarlo. Es hecho prisionero y sometido a un consejo de guerra en el Teatro de los Héroes, en la ciudad de Chihuahua.

El juicio de Felipe Ángeles, escribe Puente, «es uno de los procesos más ruidosos de la Revolución; sus jueces son a la vez sus más encarnizados enemigos, movidos más por el celo de partido que por el espíritu de hacer amplia justicia». Ángeles toma a su cargo su defensa y pronuncia uno de los discursos más conmovedores de la historia mexicana. Con aplomo, con vehemencia, con claridad expone su credo. Como la de Madero, su prédica no es de odio, «porque el odio sienta mal en su alma», sino de «la pasión contraria, el amor».

Esgrime las palabras que Madero no tuvo tiempo de expresar. Y al defenderse, defiende a Villa:

«Villa es bueno en el fondo; a Villa lo han hecho malo las circunstancias, los hombres, las injusticias».[74]

¿Por qué no iba a acercársele? ¿A quién sino a Villa había que predicarle el bien?

«Culpo del estado actual de Villa y los suyos a los gobiernos que no han tenido compasión de los desheredados y los han vuelto fieras.»[75]

El discurso es un evangelio democrático, educativo e igualitario: vindica la Constitución del 57, la educación pública y las nuevas corrientes socialistas; el público aclamaba a aquel exsoldado de Porfirio Díaz genuinamente identificado con los pobres y oprimidos, aquel extraño Quijote militar y académico por quien sentía afecto hasta el general zapatista Genovevo de la O. Del pueblo había aprendido Ángeles el desdén por «los hombres de Estado que tienen helado el corazón». Su prédica y su persona ya no parecían de este mundo. Ha sido traicionado por sus propios compañeros, pero en su respuesta sólo caben «tres palabras: pureza, amor, esperanza».

El jurado lo condena a muerte. Carranza niega el indulto. Durante el juicio, Ángeles hojea la *Vida de Jesús* de Renan y muere creyendo, una a una, en estas palabras:

«Sé que me van a matar, pero también que mi muerte hará más por la causa democrática que todas las gestiones de mi vida, porque la sangre de los mártires fecundiza las grandes causas».[76]

El hombre que había abrazado a Madero en sus últimos momentos, el que lo había visto beber la última gota de su cáliz, no podía morir de una forma distinta. Ambos se tendieron un nuevo abrazo: el del martirio.

Sin fierros ni ángeles que lo resguardaran o guiaran, Villa decide dar el último golpe espectacular, la última acción de película para hacer sentir su presencia. Atraviesa el Bolsón de Mapimí y asalta Sabinas, en Coahuila. Entre tanto, Carranza ha muerto y los sonorenses han tomado el poder. Adolfo de la Huerta, presidente provisional, es hombre al que Villa respeta. No ha olvidado que fue De la Huerta quien, junto con Maytorena, le facilitó dinero para su incursión a México en el lejano abril de 1913. El general Eugenio Martínez entabla las pláticas que conducirían al convenio de rendición. Por fin, el 28 de julio de 1920 los últimos 759 villistas deponen las armas. A ellos se les premia con un año de haberes, y a su jefe con la hacienda de Canutillo. El resto de sus antiguos compañeros —Chao, Raúl Madero, Benito García— acuden a abrazarlo en un viaje triunfal hacia la hacienda. Los periodistas lo acosan con preguntas sobre el significado del armisticio. Apoyándose en el hombro de los generales Escobar y Martínez, Villa les responde con la más ambigua y versificante de sus bromas:

«Pueden ustedes decir que ya acabó la guerra; que ahora andamos unidos las gentes honradas y los bandidos».[77]

Por momentos debió de creer que se realizaba su viejo sueño de retirarse —como le había dicho a Reed— a «cultivar maíz y criar ganado hasta que me muera entre mis compañeros, que han sufrido tanto conmigo». Por momentos parece que la paz le sonríe. Organiza la «carga» de trabajo como aquéllas, legendarias, de caballería: compone tractores, recorre barbechos, impulsa la escuela, atiende a su pequeño hijo y, por las noches, hojea *El tesoro de la juventud.* En un lugar visible de aquel retiro, Villa ha colocado dos imágenes, dos presencias: un busto de Felipe Ángeles y un retrato de Madero. Sus mártires.

«Quiere la paz pero esa paz lo rechaza como si no tuviera derecho a ella.» Lo acechan dolores físicos y morales; recrudece su fractura en la pierna; lo asaltan celos terribles sobre sus últimas mujeres (se había casado varias veces, regando Villitas por el mundo); se atreve a criticar a los logreros de la Revolución —aunque él mismo se opone al reparto agrario en su zona— y, en su repliegue, incurre en vicios autolesivos: el tabaco y el anís. Se vuelve casi un dipsómano.

Nada lo atormenta más que el miedo a una celada, pero comete la imprudencia de entrevistarse con Adolfo de la Huerta y ofrecerle su apoyo en el inminente cisma entre él, Calles y Obregón. El presidente le da seguridades y refacciona al último secretario de Villa, Miguel Trillo, para los gastos de Canutillo. Villa se tranquiliza y emprende un viaje a Río Florido para ser padrino en un bautizo y arreglar en Parral su testamento. Ramón Puente recoge de primera mano la cacería final:

«Trillo se opone a que lleven consigo la escolta, como generalmente era costumbre, y el viaje lo emprenden en un automóvil Dodge, cuya dirección lleva Villa. Todo la compañía son seis o siete soldados de confianza.

»Por ese tiempo se trama resueltamente el asesinato de Villa, en cuya organización no son extraños algunos enemigos personales del guerrillero.[78] Un grupo de individuos, que hace un total como de dieciséis, han alquilado una casa en la calle Gabino Barreda, que cierra la avenida Juárez en Parral, por donde forzosamente tienen que pasar los viajeros o caminantes que entran o salen de la población rumbo del noroeste.

»Alrededor de tres meses dura la estancia de los interesados, en espera del momento propicio para sorprender

a una víctima que no acierta a pasar en condiciones vulnerables, hasta que, por fin, la ocasión se presenta.

»Villa realiza el viaje a Río Florido, concurre en calidad de padrino al bautizo, y regresa a la ciudad de Parral, donde permanece varios días en el arreglo de sus asuntos privados. Para la mañana del 20 de julio [de 1923], se fija la vuelta a Canutillo, donde ha quedado esperando la esposa, próxima a dar a luz un segundo vástago, no obstante que en la despedida se expresó el vago presentimiento de que sería la última.

»Son las ocho de la mañana cuando abandonan el hotel, hora en que los niños pasan a las escuelas, pero la ciudad tiene un aire extrañamente misterioso; no hay policía de resguardo y los soldados de la guarnición han salido a revista a las afueras de la ciudad, no obstante estar todavía lejos el último del mes, en que ésta se realiza, por reglamento. Pero a pesar de este detalle, nada impresiona a Villa de aquel conjunto de circunstancias. ¿Qué fue de su astucia legendaria y de su desconfianza sempiterna? Ambas cosas desde hacía tiempo estaban embotadas.

»El automóvil va repleto de gente; lleva Villa la dirección y a su derecha se sienta Trillo, quien por cuestiones de economía (asistencia para cincuenta gentes y forrajes para cincuenta caballos), no consintió en que fuera toda la escolta.

»La señal de que el ansiado vehículo va a pasar, y de que el mismo Villa es el conductor, está encargado de darla un viejo dulcero, apostado con su pequeña mesa de golosinas a la orilla de una banqueta en la avenida Juárez, desde donde se puede mirar fácilmente la habitación de los asaltantes.

»El carro dobla la esquina y en ese instante se escucha una cerrada descarga. Todos los individuos de aquella casa misteriosa, en cuya puerta siempre se ven hacinadas algunas pacas de pastura y un entrar y salir de hombres armados,

como si fuera un cuartel, disparan sobre los ocupantes del Dodge, que luego se desvía y va a chocar contra un árbol. Mientras, casi toda la tripulación perece entre murmullos y quejas, que instantáneamente se apagan.

»Sin pérdida de tiempo, uno de los asaltantes sale en el acto a disparar el tiro de gracia sobre Villa, que ha quedado exánime, con el cuerpo completamente doblado hacia la portezuela y la mano derecha en actitud como de sacar la pistola. Tiene las dos manos heridas, el cráneo y la cara perforados, y en la autopsia difícilmente se le reconoce el corazón, por haber quedado como papilla —efecto destructor de las balas expansivas empleadas en el asalto».[79]

Se le sepultó al día siguiente. En muchas partes de México el pueblo lo lloró porque veía en aquella vida una metáfora de la suya propia. La más compleja de las metáforas, hecha de ignorancia y aspiración, de coraje y piedad, de violencia y luz. Metáfora justiciera. Tres años después de su muerte, alguien violó la tumba y extrajo el cráneo de Francisco Villa. ¿Era de ángel o de fierro?

NOTAS

67. Ibíd.

68. Celia Herrera, *Francisco Villa ante la Historia* (México, 1964), pp. 156-158, y «C. Herrera responde a Blanco Moheno», en *Excélsior,* 22 jul. 1955 (México); Marte R. Gómez, *Pancho Villa: un intento de semblanza* (México, 1972), p. 63; Enrique Beltrán, pp. 67-87; Torres, pp. 67-87.

69. Rafael Trujillo Herrera, *Cuando Villa entró a Columbus* (México, 1973), pp. 313-319; Víctor Ceja Reyes, *Yo, Francisco Villa y Columbus* (Chihuahua, 1987), pp. 44-57; Torres, 81-83.

70. Muñoz, pp. 132.

71. Ibíd., p. 113.

72. Puente, «Francisco Villa», p. 266.

73. Muñoz, p. 148.

74. Calzadíaz, «General Felipe Ángeles», en *Hechos reales…*, vol. VIII, p. 131.

75. Ibíd., 140.

76. Puente, «Francisco Villa», p. 268; Adolfo Gilly, «Felipe Ángeles camina hacia la muerte» (prólogo), en Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana* (México, 1991), pp. 7-39; *Documentos relativos al general Felipe Ángeles* (México, 1982).

77. Puente, «Francisco Villa», pp. 269-270; John W. F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)* (México, 1977), pp. 64-70.

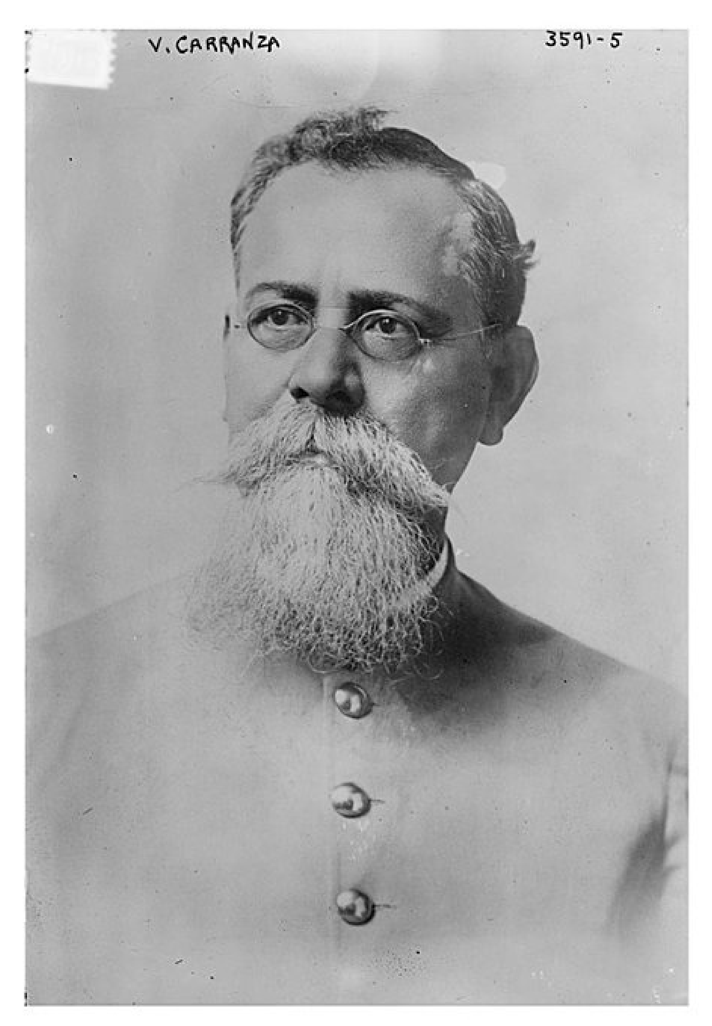
78. Víctor Ceja Reyes, *Yo maté a Villa* (México, 1960), pp. 145-187.

79. Calzadíaz, «Muerte del Centauro», en *Hechos reales…*, vol. VII.

IV
Puente entre siglos
Venustiano Carranza

Los pueblos necesitan todavía de gobiernos fuertes, capaces de contener dentro del orden a poblaciones indisciplinadas, dispuestas a cada instante, y con el más fútil pretexto, a desbordarse, cometiendo toda clase de desmanes.

Venustiano Carranza



«Trataba de investir su imagen con la fuerza de Porfirio Díaz y la legitimidad de Benito Juárez.» (E.K.)

Anónimo, *Venustiano Carranza, el «Primer Jefe», ca*. 1915-1917. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Ser de Coahuila

Libertad y soberanía nunca fueron términos abstractos para los hombres de Coahuila. Durante la era de los Habsburgo, la Nueva Extremadura había dependido, a su pesar, de Nueva Vizcaya y Nueva Galicia. Más tarde, en tiempo de los Borbones, la provincia de Coahuila se sujetó con dificultad a los dictados de la intendencia de San Luis Potosí. Gracias a la Independencia, el nuevo estado de Coahuila y Texas disfrutaba por fin de su condición soberana; pasadas dos décadas sufriría la dolorosa cercenadura de su región septentrional. Con la independencia de Texas en 1836 y su posterior anexión a Estados Unidos, los coahuilenses sufrieron dos agravios: el primero, de la potencia intervencionista que les arrebataba sus territorios; el segundo, del gobierno central, que había sido incapaz de defenderlos. Este doble trauma histórico reforzó seguramente la vieja y recelosa vocación de autonomía de los coahuilenses y fue factor clave de la resistencia que opusieron al acoso de que los hizo víctima el vecino estado de Nuevo León durante la segunda mitad del siglo XIX.

Junto con el sentido de libertad y soberanía, el coahuilense perfiló una identidad de frontera que se manifestaba no sólo en el arrojo físico y la voluntad casi feudal de defensa ante los bárbaros, o en la conquista de tierras, sino también en un rasgo más sutil: el resguardo de la cultura hispánica en formas tan diversas como la tradición vitivinícola o las instituciones municipales. Precisamente por vivir en la frontera, zona amenazada por definición, sentían con mayor urgencia y profundidad los valores del centro.[1]

Uno de esos hombres de frontera fue Jesús Carranza Neira, descendiente de una antigua familia española avecindada en Morelia y Cotija. Era nieto del fundador de la villa de

Cuatrociénegas, arriero y ganadero de profesión.[2] Al estallar la guerra contra el Imperio, Carranza, veterano ya de la lucha contra los indios bárbaros y la guerra de Reforma, apoya activamente la causa republicana. A principios de 1865, cuando «México se refugió en el desierto», Benito Juárez le escribía al general Mariano Escobedo desde la sede de su gobierno en la ciudad de Chihuahua:

«Se me ha asegurado que el señor don Jesús Carranza, vecino de Cuatrociénegas, es persona que ha trabajado y trabaja decididamente por nuestra causa haciendo algunos gastos de su bolsillo. Vea usted si él puede ejercer el mando y en [ese] caso… nombrar al señor Carranza por lo menos [para] la jefatura política del distrito de Monclova».

Escobedo comprobaría muy pronto la lealtad de Carranza. El liberal coahuilense lo proveería de armas, parque, monturas y caballos, y en reciprocidad sería nombrado jefe político de Monclova.[3] A lo largo de la Intervención, don Jesús fue el conducto principal de información entre Juárez y los generales Escobedo, Treviño y Naranjo. En aquellos años anteriores a la era del progreso, Carranza había comprado un par de camellos para acortar el tránsito entre Ocampo y Chihuahua, pero, en vista de la guerra, Juárez le encomendaba un esfuerzo mayor:

«Le escribí a usted en días pasados diciéndole que me mandara sus presupuestos para la apertura del camino. Se lo recuerdo porque es de suma importancia que se abra la comunicación con ese estado y el de Chihuahua por el desierto sin dar la vuelta por el Presidio del Norte».[4]

Además de esos informes, a mediados de 1866 el propio Juárez recibió de Carranza un préstamo personal sin réditos para aliviar un poco la siempre apurada economía de su familia.

Al restaurarse la República, el patriarca Carranza, primer jefe de una familia de 15 hijos, recibe una dotación de tierras que afianza su fortuna. Al proclamarse el Plan de la Noria, permanece fiel a Juárez. Aunque su actitud frente a la rebelión de Tuxtepec es menos clara, su juarismo es inflexible: en 1878 protege, con grave riesgo de su vida y patrimonio, a Mariano Escobedo, entonces levantado en armas para defender el depuesto régimen de Lerdo.

Pasado el tiempo, todos los hijos de don Jesús conocerían la historia de aquel zapoteca adusto, vestido siempre de levita negra, que llevaba la patria como tabernáculo en su carruaje: Benito Juárez. Pero, entre todos, hubo uno que guardó su ejemplo como tabernáculo en su memoria. Era el undécimo hijo de don Jesús: Venustiano, nacido el 29 de diciembre de 1859.

Se sabe poco de sus primeros años. Estudia en el Ateneo Fuente, afamado colegio liberal de Saltillo, y en 1874 ingresa a la recién fundada Escuela Nacional Preparatoria, dirigida por Gabino Barreda. En la ciudad de México es testigo de sucesos importantes, como la caída del presidente Lerdo, la rebelión de Tuxtepec y la entrada triunfante de los ejércitos de Porfirio Díaz. Frente a San Ildefonso vive José Martí, a cuya hermana corteja. Un grave padecimiento de la vista, que atiende el célebre doctor Carmona y Valle, trunca su carrera de medicina. El joven Carranza opta por regresar a Coahuila y dedicarse a la ganadería. En 1882 se casa con Virginia Salinas, con quien tiene dos hijas, Virginia y Julia. En 1887, a los veintiocho años de edad, ocupa la presidencia municipal de Cuatrociénegas: su primera estación política.[5]

El altivo individualismo liberal —típico de los rancheros del norte, pero exacerbado en Coahuila— y la filiación juarista de los Carranza fueron quizá los factores principales en su

resolución de intervenir en el temprano presagio revolucionario que vivió Coahuila ese 1893. Ante la inminente imposición del gobernador José María Garza Galán, que pretendía reelegirse, trescientos rancheros coahuilenses, entre ellos Emilio y Venustiano Carranza —los varones mayores de don Jesús—, se arman y rebelan. No era la primera vez que los coahuilenses reaccionaban con violencia ante las arbitrariedades del poder federal o estatal. Lo habían hecho en 1873 contra la reelección del general Cepeda, en 1883-1884 al finalizar la gubernatura de don Evaristo Madero y en 1891, cuando un grupo de coahuilenses se unió al «movimiento catarinista» de Nuevo León y Tamaulipas que, adelantándose diecinueve años al Plan de San Luis, bandera del maderismo, exigía la plena aplicación de la Constitución del 57. Con todo, ninguna de estas revueltas había preocupado tanto al poder central como la de 1893. El presidente Díaz reaccionó de inmediato encomendando el problema a Bernardo Reyes, su confiable procónsul en los estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila. Varias veces le manifestó su sospecha, no del todo injustificada, de que el instigador del movimiento era su antiguo opositor Evaristo Madero, y sus instrumentos, los Carranza.

No obstante sus sospechas, por intermedio de Reyes, le concede audiencia a Venustiano, quien le explica con detalle las raíces y justificaciones del movimiento. Con sagacidad, Díaz comprende que ganaría más con la derrota de Garza Galán que con su imposición. Sabe que Coahuila ha sido siempre una entidad inestable y teme que el recién fundado Club Central Juan Antonio de la Fuente expanda su influencia. Su solución no puede ser más salomónica: Garza Galán retira su candidatura pero el candidato de la oposición y de Reyes, Miguel Cárdenas, lo hace también. La elección

recae en José María Múzquiz, abogado de prestigio que ocuparía la gubernatura por breve tiempo, hasta que en 1894 el propio Reyes impone a Cárdenas.[6]

La gubernatura de Cárdenas apaciguaría los ánimos un par de periodos, hasta que en 1904 su tercera reelección vuelve a lastimar la sensibilidad política de los coahuilenses. Francisco I. Madero funda entonces el Club Democrático Benito Juárez, con el que inicia su espiral de oposición democrática al régimen central, espiral que, cumpliendo finalmente los presagios de Díaz, encendería en el país la guerra civil.

Con el triunfo del movimiento contra Garza Galán, Venustiano Carranza logra una victoria más personal: consolida la amistad de Bernardo Reyes, a cuya política había debido ya, desde 1887, su presidencia municipal en Cuatrociénegas. Al doblar el siglo, cuando Reyes, ministro de Guerra, organiza la Segunda Reserva del Ejército, Carranza presenta su examen de ingreso como oficial. Había pasado del juarismo familiar al reyismo personal: dos manifestaciones, si no de oposición, sí de distancia frente a don Porfirio.

Entre 1894 y 1898 Carranza vuelve a ocupar la presidencia municipal de Cuatrociénegas. Más tarde es diputado de la legislatura local y diputado federal suplente. En 1901 es senador suplente —de clara filiación reyista— por su estado. En 1904 el gobernador Miguel Cárdenas lo recomienda al presidente Díaz para senador propietario, invocando su «amor al orden» como garantía segura de su adhesión.[7]

Sólo el reyismo empañaba, en el fondo, la «segura adhesión» del silencioso senador Carranza al presidente Díaz. Aunque hasta 1909 el reyismo no fue sinónimo de antiporfirismo, Carranza pertenecía a una generación recelosa y un tanto frustrada que veía en Reyes el germen de una renovación bloqueada por los «científicos» porfiristas.

Pero su relativa distancia de don Porfirio no lo llevaba al extremo de simpatizar con los proyectos libertarios de su paisano Francisco I. Madero, a quien, para colmo, se vinculaba al grupo científico. Con todo, su situación política debió de parecer ambigua. Quizá por eso escribió al presidente Díaz en mayo de 1909:

«Con mi carácter de representante de los intereses del estado de Coahuila en la importante cuestión que ahora se ventila en el Ministerio de Fomento, sobre el reparto de las aguas del río Nazas, y estando vivamente interesado en que este delicado asunto no venga a interponer alguna dificultad entre el gobierno de su digno cargo y los interesados en el reparto de dichas aguas, mayormente encontrándose entre éstos la compañía extranjera de Tlahualilo, he arreglado con el sindicato de ribereños se retire la representación que en él tiene el señor Francisco I. Madero, quien pudiera aprovechar esta circunstancia para agregar un nuevo elemento en la campaña que contra el gobierno de usted tiene emprendida y que se ha hecho pública en su libro titulado *La sucesión presidencial*.

»Espero que esta labor será de la respetable aprobación de usted, a la vez que *servirá de prueba de mi invariable adhesión* a la buena marcha de su gobierno, *hoy criticada por persona de ninguna significación política*».

Aquella «invariable adhesión» varió muy pronto. A mediados de 1909 se llevarían a cabo las elecciones para gobernador. Con la venia inicial del presidente, Carranza lanzó su candidatura. Había sido ya, efímeramente, gobernador provisional. A pesar de la deserción de Reyes y la bancarrota del reyismo, contaba con múltiples apoyos que abarcaban todo el espectro político, desde el gobernador Cárdenas hasta el opositor Madero, quien recomendaba

vivamente su postulación. Don Evaristo Madero, el magnate mayor del estado, lo consideraba «honrado y enérgico». Casi todos compartían la especial atención de su programa en la libertad municipal y la independencia del poder judicial. Sólo un apoyo le faltó: el del «Gran Elector». Porfirio Díaz, recordando quizá los sucesos de 1893, optó por apoyar al candidato opositor, de filiación científica, el ex jefe político Jesús de Valle. La toma de posesión se efectuó en diciembre de 1909. Entonces, resentido con el presidente, Carranza se acerca a aquella «persona de ninguna significación política»: Francisco I. Madero.[8]

NOTAS

1. Ildefonso Villarello Vélez, *Historia de la Revolución mexicana en Coahuila* (México, 1970), pp. 11-81.

2. Jesús Castro Carranza, *Origen, destino y legado de Carranza* (México, 1977), pp. 21-46.

3. Escobedo a Juárez, 27 mar. 1865 y 27 abr. 1865, en Benito Juárez, *Documentos discursos y correspondencia,* 15 vols. (México, 1966), vol. IX, pp. 728-732, 795-797.

4. Juárez a Jesús Carranza, 3 mar. 1868, en Juárez, *Documentos…*, vol. XIII, pp. 191-192.

5. Castro Carranza, 106-136; Entrevista del autor con Rafael Carranza H. (México, mar. 1985); Julia Carranza a Torreblanca, 20 nov. 1924, en Archivo Plutarco Elías Calles (APEC).

6. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Segunda parte* (México, 1985), pp. 466-470.

7. Ibíd., p. 423.

8. Bernardino Mena Brito, *Carranza, sus amigos y enemigos* (México, 1953), pp. 249-250, 267, 344-345.

En enero de 1911 Carranza se reúne con Madero en San Antonio, Texas. En febrero, Madero lo designa gobernador provisional de Coahuila y comandante en jefe de la Revolución en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. La celeridad no fue nunca virtud de Carranza, y menos entonces, cuando había cumplido ya los cincuenta años. La insurrección que debería acaudillar se retrasa. Algunos piensan que Carranza permanece fiel a Reyes. Madero se impacienta pero no desconfía. El 3 de mayo de 1911, casi sin acciones militares que lo avalen, Carranza se incorpora a las negociaciones de Ciudad Juárez y ocupa el ramo de Guerra en el Consejo de Estado.

Su primera intervención fue reveladora. Se discutía en una choza en las afueras de Ciudad Juárez, que los revolucionarios llamaban su «palacio nacional». Los delegados porfiristas regateaban la renuncia de Díaz y Corral. De pronto intervino Venustiano Carranza. Siendo estudiante en México, había presenciado la revolución de Tuxtepec. Conocía mejor que ninguno de los presentes la naturaleza de las revoluciones en México. De ahí que adujera, además de sus argumentos, una profecía:

«Nosotros, los exponentes de la voluntad del pueblo mexicano, no podemos aceptar las renuncias de los señores Díaz y Corral porque sería reconocer la legitimidad de su gobierno y falsearíamos la base del Plan de San Luis.

»La Revolución, señores, es de principios, no personalista. Y si sigue al señor Madero, es porque él enarbola la enseña de nuestros derechos, y si mañana ese lábaro santo cayera de sus manos, otras manos robustas se aprestarían a recogerlo. Nosotros no queremos ministros ni gobernadores, sino que se cumpla la soberana voluntad de la nación. Revolución que

transa es revolución perdida. Las grandes reformas sociales que exige nuestra patria sólo se llevarán a cabo por medio de victorias decisivas.

»Las revoluciones, para triunfar de un modo definitivo, necesitan ser implacables. ¿Qué ganamos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarán sus amigos en el poder; quedará el sistema corrompido que hoy combatimos. El interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura. Al lado de esta rama podrida el elemento sano de la Revolución se contaminaría.

»Sobrevendrán días de luto y de miseria para la República y el pueblo nos maldecirá porque, por un humanitarismo enfermizo, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y tantos sacrificios. Lo repito: revolución que transa se suicida».[9]

La revolución maderista desoyó a Carranza y transó al conceder el interinato, pero las consecuencias tardarían en revelarse. El 3 de junio de 1911, atento y circunspecto, Carranza recibe a Madero en Piedras Negras. Por corto tiempo ocupa la gubernatura provisional de Coahuila, puesto que De la Barra pretendía escatimarle pero que Madero exigió, amagando al presidente interino con la violencia. En agosto de 1911 renuncia para «llevar a la práctica la efectividad del sufragio» y contender por la gubernatura que Díaz le había negado y que la revolución maderista finalmente le reintegró.

La gestión de Carranza duró año y medio. En su breve periodo inició la renovación de la judicatura, los impuestos y los códigos; propuso leyes sobre accidentes en minas, emprendió acciones contra las tiendas de raya, los monopolios comerciales, el alcoholismo, el juego y la prostitución; invirtió 375.000 pesos en nuevas escuelas, abrió

nueve escuelas nocturnas, etc. Sus propósitos educativos fueron más exitosos que sus proyectos de regimentación de la propiedad minera y el trabajo. Desde entonces comprendió que los grandes intereses extranjeros requerían contrapesos legales de alcance no municipal, ni siquiera regional, sino nacional.

Carranza acarició, aunque en la práctica no lo impulsó lo necesario, un viejo proyecto de raíz hispánica y de larga tradición en el federalista estado de Coahuila: la libertad municipal. Su larga experiencia en Cuatrociénegas lo había convencido de que la redención moral de México sólo podía partir desde abajo, desde esa «escuela de la democracia» que podía ser el municipio libre. Su fe en la bondad de las pequeñas comunidades no era sólo política: frente a las grandes haciendas y propiedades mineras, promovió la pequeña agricultura y la pequeña minería. Tenía ya por entonces un concepto patriarcal de la política. Conquistadas las libertades, había dicho a sus conciudadanos en 1911, «sólo nos resta ilustrar al pueblo, enseñarlo con dedicación, con interés y con amor, a hacer con cordura el uso legal de sus libertades y dirigirlo, hasta hacerlo comprender el problema público».[10]

Carranza tenía ideas claras pero no era un idealista. Sabía que los tiempos no propiciaban la reconstrucción pacífica y leía presagios oscuros en el horizonte. Las fuerzas de seguridad que se empeñó en mantener, realistando a veces a los antiguos rurales contra la voluntad de Madero, resultaron particularmente útiles en la campaña contra el orozquista José Inés Salazar. Al concluir esa rebelión, Carranza insiste en conservar tropas irregulares. «Bien puede usted», escribe a Madero, «no apreciar los servicios que estas fuerzas han prestado a su gobierno… puedo asegurarle a usted que lo han

salvado.» No obstante, Madero piensa que «el viejo se quiere comer el mandado» y no lo apoya. En septiembre de 1912 el distanciamiento entre ambos era público y notorio. Carranza defendía ante todo la soberanía de su estado. Veía además, con inmensa preocupación, el deterioro de la imagen presidencial, y presentía que aquellas palabras suyas en Ciudad Juárez sobre la «revolución suicida» acabarían muy pronto por cumplirse. Por su parte, Madero consideraba a Carranza, textualmente, «vengativo, rencoroso y autoritario». Es, solía decir, «un viejo pachorrudo que le pide permiso a un pie para adelantar el otro».[11]

Mientras el apóstol se dispone al martirio, el viejo Carranza, nada pachorrudo, lleno de malicia y claridad, establece enlaces con los gobernadores de San Luis Potosí, Aguascalientes y Chihuahua, asegura la lealtad de futuros astros de la Revolución (Cesáreo Castro, Francisco Coss, Pablo González); aconseja a la cantante Fanny Anitúa, de paso por Saltillo, que no regrese a la capital y, por fin, en plena Decena Trágica, envía al joven Francisco J. Múgica a ofrecer a Madero refugio en Coahuila. Nada lo sorprende. Más sabía el viejo por viejo… Había vivido, escuchado y leído mucha historia.[12]

Dos testimonios ilustres, entre otros muchos, han señalado la peculiar afición de Carranza por la historia y sus moralejas. Para Luis Cabrera, Carranza era una verdadera «enciclopedia aplicada de historia de México». Su época dorada era la Reforma; su personaje entrañable, Benito Juárez. «Juárez era para él», escribe con cierta exageración José Vasconcelos, «toda la grandeza humana por encima de los genios universales.»[13] Aunque Carranza apenas había viajado al extranjero, suplía su inmovilidad física con una respetable movilidad libresca. Entre cuadros con la efigie de Juárez,

Hidalgo, Jefferson y Napoleón, su biblioteca ostentaba una buena colección de obras históricas. Destacaban, desde luego, las biografías: las *Vidas paralelas* de Plutarco, y otras vidas, como las de Francisco de Miranda, Napoleón, Cromwell, Benito Juárez, Porfirio Díaz, las memorias de Maximiliano… De la historia europea, su preferida era la francesa, pero no sólo la política —que conocía en su versión conservadora y clásica— sino la social: *Historia de los salones de París* y *Memorias de la duquesa de Brante.* Su ventana a la historia de Roma era Tito Livio, y su mayor pasión, por supuesto, la historia de México. La frecuentaba en los clásicos como el doctor Mora, en las visiones de Justo Sierra o en el *México a través de los siglos*, y también en el más prolijo y popular Zamacois.

A fines de febrero de 1913, muerto Madero y consumado el cuartelazo, Carranza creyó reconocer en los acontecimientos un capítulo de la historia mexicana. En un día similar, el 11 de enero de 1858, el moderado presidente Comonfort, incapaz de gobernar con la Constitución de 1857, había caído bajo la presión del grupo conservador. Mientras Benito Juárez toma posesión de la presidencia provisional y parte hacia el occidente del país, el bando de la reacción designa su propio presidente: Félix Zuloaga. Daba comienzo la guerra de los Tres Años. Juárez encarna la legalidad constitucional. Por año y medio se refugia en Veracruz. Allí expide las Leyes de Reforma, que cambiarían profundamente la vida mexicana: nacionalización de los bienes eclesiásticos, extinción de las órdenes monásticas, secularización de cementerios, establecimiento del registro y el matrimonio civiles y tolerancia de cultos. Luego de tres años exactos, Juárez regresa victorioso a la ciudad de México. Había dado un nuevo sentido histórico a la lucha constitucional encarnando no sólo una autoridad que resiste sino una autoridad que

legisla. Muy pronto se vería sometido a un desafío mucho mayor, que se prolongaría siete años: el enfrentamiento con España, Inglaterra y Francia, la invasión por esta última y el imperio de Maximiliano. Su lección en esta segunda etapa sería igualmente perdurable: la soberanía nacional como el valor supremo.

Aunque para entonces Carranza no tenía ya vínculos con Reyes, su antiguo líder, si éste hubiese triunfado, la actitud posterior de Carranza habría también variado. Pero tal como los acontecimientos se desarrollaron, para Carranza la moraleja era evidente. Los nuevos reaccionarios, encabezados por Huerta, habían derrocado al presidente constitucional. Se requería un nuevo Juárez investido de poderes legítimos para defender la bandera del constitucionalismo y proponer, en su momento, nuevas Leyes de Reforma. En el río revuelto hacia la otra Reforma, las potencias extranjeras —en especial Estados Unidos, más arrogante que en 1847— buscarían ganancia de pescadores. Como en 1867, habría que luchar por la soberanía, pero esta vez sin aliados: contra Europa y contra Estados Unidos. Una y otro habían dado la espalda al presidente Madero.

De Juárez adoptó el libreto; de Díaz, en cierta medida, el método. No en balde había sido senador tantos años. No podía, por definición, gobernar la Revolución pacificándola, como Díaz había gobernado el país, pero podía conferirle una autoridad visible e indiscutida, cumpliendo aquella sugerencia que Zayas Enríquez propuso a Díaz en 1906: «Cuando la idea revolucionaria es tan avanzada que frisa en un hecho, la única manera de dominarla es encabezarla».

También de Madero había extraído lecciones prácticas, lecciones de todo lo que no debía hacer. Sus propias palabras en Ciudad Juárez le resonaban, proféticas: la Revolución *no*

había sido implacable; el interinato resultó, en efecto, «una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura»; un «humanismo enfermizo» había «contaminado» la Revolución, «malogrando su fruto». La revolución maderista había transado y «revolución que transa se suicida».

Por contraste, ahora todo tendría que servir al principio de autoridad. Para ello Carranza contaba no sólo con una peculiar sabiduría histórica, sino con atributos naturales. Ante todo, la edad. En 1913 tenía cincuenta y tres años y era, con mucho, el hombre viejo de una revolución que emprendían hombres a quienes llevaba veinte, treinta y casi cuarenta años. Su estatura y porte lo ayudaban también. Blasco Ibáñez lo describiría, años después, como hombre «majestuosamente grande, membrudo y fuerte a pesar de sus años».[14] John Reed, al conocerlo, le atribuyó, con exageración, dos metros de estatura (medía en realidad un metro noventa) y comparó aquel «cuerpo inmenso e inerte» con «una estatua».[15] Un tercer rasgo lo constituía la barba, que Isidro Fabela —no sin cursilería— llamó «barba florida», pero que al escéptico Martín Luis Guzmán le provocó un respeto instantáneo:

«El modo como se peinaba las barbas con los dedos de la mano izquierda —la cual metía por debajo de la nívea cascada, vuelta la palma hacia afuera y encorvados los dedos, al tiempo que alzaba ligeramente el rostro— acusaba tranquilos hábitos de reflexión… de los que no podía esperarse —así lo supuse entonces— nada violento, nada cruel».[16]

Carranza trataba de investir su imagen con la fuerza de Díaz y la legitimidad de Juárez, esquivando todo asomo de debilidad maderista. Del primero había aprendido Carranza la importancia de la imagen, pero su gusto por la fotografía lo

llevó a los extremos, según explica Martín Luis Guzmán:

«La Historia no determina aún lo que había en el fondo de la afición de don Venustiano a retratarse: si un sentimiento primario o un recurso político de naturaleza oculta y trascendente. ¿Se complacía Carranza en su propia imagen, conocedor tal vez del poder atractivo descubierto en sus rasgos por la oratoria de la "barba florida"? ¡Tierno narcisismo de sesenta años! ¿O sería más bien que el Primer Jefe, molesto de topar a cada paso con los retratos de Madero, aspiraba a sustituirlos por otros? Posiblemente el biógrafo del porvenir se detenga en la tesis intermedia y declare que a don Venustiano le repugnaban los retratos del "presidente mártir" tanto cuanto le deleitaban los suyos. De ser así, se invocará como testimonio, de una parte, la frecuencia con que el Primer Jefe iba a colocarse frente al aparato de los fotógrafos, y de la otra, el sufrimiento que le causaban los entusiasmos maderistas a cuyo son era siempre recibido».

Junto a este empeño casi publicitario de elaborar una imagen que, sin coerción, infundiese obediencia y orden, una imagen de estampa histórica, Carranza recurrió a un vasto repertorio de medios: descubrió, acaso por necesidad, la inmensa utilidad estratégica de los lentes ahumados. (Huerta los había usado, pero no como medio sino como refugio.) Blasco Ibáñez no fue el único azorado interlocutor que vivió esta escena:

«Don Venustiano, cuando recibe una visita, lo primero que hace instintivamente es colocar su sillón de espaldas a la ventana más próxima. Así se queda en la penumbra y su cuerpo no es más que una silueta negra en la que apenas se marca el rostro como una vaga mancha blanca. El, en cambio, puede examinar a su gusto el rostro del visitante, que permanece en plena luz frente a la ventana. Además, si algo

atrae su atención poderosamente, mira por encima de sus anteojos azulados».

Decía Jesús Reyes Heroles que «en política la forma es fondo». Pocos políticos mexicanos, y desde luego poquísimos revolucionarios mexicanos, han cuidado ciertas formas como Carranza. Un ejemplo entre miles: al lanzarse a la revolución constitucionalista —segundo capítulo de la epopeya juarista —, cuidó que su nombramiento de «Primer Jefe del Ejército Constitucionalista» coincidiese con su atuendo. Si su condición era dual —civil y revolucionaria—, Carranza debía serlo y parecerlo. De allí que usara

«sombrero estilo norteño de fieltro gris con alas anchas, chaquetín de gabardina sin insignias militares y con botones dorados de general del ejército, pantalón de montar, botas de charol o melazas, calzoneras abiertas de cuero de Saltillo».[17]

Otra característica suya era la lentitud. Había algo naturalmente pausado en Carranza: su voz, sus ademanes y, según Luis Cabrera, hasta su comprensión. Sin embargo, la lentitud denotaba también un cálculo dilatorio. Carranza carecía quizá del vertiginoso instinto político de Díaz, pero lo suplía dejando respirar a los acontecimientos, filtrando los problemas y las personas. Era casi imposible, por ejemplo, entrevistarse cara a cara con Carranza. A John Reed, Isidro Fabela —uno de los hombres más cercanos al Primer Jefe— le censuró un cuestionario escrito previo a la entrevista. La lentitud, la sabiduría y los años lo habían vuelto obstinado.[18]

Tras aquella «gran máscara de hombre» (según Reed) empeñada en reencarnar la autoridad juarista, se escondía una rústica y paternal inflexibilidad. A diferencia de Juárez o Díaz, Carranza no era un místico del poder. Carecía de los atributos divinos pero tenía en exceso los humanos para encarnar el principio de autoridad en la Revolución. Era

sobrio sin ser puritano («cortejaba a las señoras con tacto finísimo, a las señoritas las protegía paternalmente»). Era ecuánime, no inconmovible. Era tenaz, terco, obcecado, trabajador, tozudo, astuto, paciente, estoico. Su tiempo psicológico y vital, distinto del de la Revolución, era el tiempo campirano, el tiempo de los ranchos, hecho de ciclos y fatalidad.

Su pausado tiempo personal, sus recursos y tretas, su sentido de autoridad y su lectura de la Reforma marcaron el fondo y la forma de la Revolución. Quiso repetir a Juárez, imperar como don Porfirio y esquivar los errores de Madero. En cierta medida lo consiguió. Y consiguió también algo distinto: encabezar y encauzar —su palabra favorita— una Revolución de corrientes mucho más complejas y poderosas de lo que él mismo sospechaba. Nadie en nuestra historia vivió como Carranza el tránsito entre nuestros siglos XIX y XX. Fue el hombre puente. Como los liberales de la Reforma, Madero había querido el imperio puro del *derecho.* Antes y después de Madero, el militarismo había significado y significaría el imperio casi puro del *hecho.* Carranza vivió la tensión entre los hechos y las leyes: nuevos y antiguos hechos, nuevas y antiguas leyes. Su biografía es, sin disputa, la más compleja de la Revolución.

NOTAS

9. Citado por Alfonso Taracena, *Venustiano Carranza* (México, 1963), pp. 33-34; William Weber Johnson, *Heroic Mexico: The violent emergence of a modern nation* (Nueva York, 1968), p. 146.

10. William Beezley, «Governor Carranza and the revolution in Coahuila», en *The Americas,* 33, n.° 1, oct. 1976; «Venustiano Carranza al pueblo de Coahuila», 1 ago. 1911, en Taracena, pp. 48-52.

11. Miguel Alessio Robles, «El viejo pachorrudo y conspirador», en *El Universal,* 26 feb. 1940 (México); Ramiro Beltrán, «Así veía Madero a Carranza en 1909», en *Hoy,* 18-VIIl-1951 (México).

12. Alfonso Junco, «Madero y Carranza», en Mena Brito, *Carranza…*, pp. 245-252;

Taracena, pp. 52-79.

13. Blas Urrea (Luis Cabrera), *La herencia de Carranza* (México, 1920), p. 10; José Vasconcelos, *La tormenta* (México, 1983), p. 537; Entrevista del autor con Rafael Carranza (México, mar. 1985).

14. Vicente Blasco Ibañez, *El militarismo mejicano* (Barcelona, 1979), p. 107; Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana (1918 a 1920)* (México, 1961), pp. 206-207.

15. John Reed, *México insurgente* (La Habana, 1980), pp. 324-325.

16. Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente* (México, 1966), p. 60.

17. Ibíd., pp. 59-64.

18. Reed, pp. 320-321.

Cuidando todas las formas del caso, a fines de febrero de 1913 Carranza obtiene de la legislatura de Coahuila el mandato de rebelarse contra la usurpación. El 4 de marzo rompe abiertamente con Huerta, y días después sufre sus primeras derrotas militares. En repliegue hacia Monclova —instalaría ahí el Palacio de Gobierno—, pasa por la hacienda de Guadalupe, en donde el 26 de marzo de 1913, junto con un grupo de jóvenes oficiales, lanza el célebre Plan que a la letra dice:

«*Primero.* Se desconoce al general Victoriano Huerta como presidente de la República.

»*Segundo.* Se desconoce también a los poderes legislativo y judicial de la federación.

»*Tercero.* Se desconoce a los gobiernos de los estados que aún reconozcan a los poderes federales que forman la actual administración…

»*Cuarto.* Para la organización del ejército encargado de hacer cumplir nuestros propósitos, nombramos como Primer Jefe del ejército, que se denominará “constitucionalista”, al ciudadano Venustiano Carranza, gobernador del estado de Coahuila.

»*Quinto.* Al ocupar el Ejército Constitucionalista la ciudad de México, se encargará interinamente del poder ejecutivo el ciudadano Venustiano Carranza, Primer Jefe del ejército, o quien le hubiera sustituido en el mando.

»*Sexto.* El presidente interino de la República convocará a elecciones generales tan luego como se haya consolidado la paz, entregando el poder al ciudadano que hubiese sido electo…».[19]

Los firmantes —Francisco J. Múgica, Jacinto B. Treviño,

Lucio Blanco, entre otros— esperaban un nuevo Plan de San Luis y la inclusión de medidas sociales revolucionarias. Pero Carranza busca emular a Juárez, no a Madero:

«No, ya es tiempo que haya un hombre que hable con verdad y en quien el país tenga confianza. Esta Revolución debe ser sólo, y debe saberlo todo el mundo, para restaurar el orden constitucional, sin llevar al pueblo, con engaños, a una lucha que ha de costar mucha sangre, para después, si no se cumple, dar lugar a mayores movimientos revolucionarios. Las reformas sociales que exige el país deben hacerse; pero no prometerse en este plan, que sólo debe ofrecer el restablecimiento del orden constitucional y el imperio de la ley; pues de otra manera aparecería con el objeto de hacerlo atractivo y conquistar adeptos, y no se trata de eso. Si triunfamos, ya verán ustedes las reformas que por fuerza tendrá que llevar adelante cualquier gobierno que se establezca en México, pero sin promesas».

A los pocos días, una delegación de Sonora que encabeza Adolfo de la Huerta visita a Carranza en Monclova y se adhiere al Plan de Guadalupe. Desde un principio, Sonora sería el principal bastión contra los federales, un estado remoto y poderoso del que habían surgido varios líderes naturales provenientes de la clase media: Álvaro Obregón, Benjamín Hill, Salvador Alvarado, Juan Cabral, Plutarco Elías Calles. Con Sonora, se adhiere Chihuahua.

Pero la lucha empezaba apenas. Siempre fiel al libreto de la historia, Carranza tomaba las primeras medidas de guerra. «Hablarle a don Venustiano de hechos históricos susceptibles de ponerse en práctica, si fueron de satisfactorios resultados», recordaba un allegado, «era la forma más eficaz de convencerlo de la necesidad de implantar alguna medida.» Así, un tal señor González Gante le recordó el establecimiento

de comisiones mixtas para las reclamaciones en la Guerra de Secesión norteamericana, y Carranza decretó, el 10 de mayo de 1913, el derecho de nacionales y extranjeros a reclamar los «daños que hayan sufrido o sigan sufriendo». Así también, y sin necesidad de consultar a nadie, consideró pertinente poner en vigor la severísima Ley Juárez del 25 de enero de 1862, por la cual serían juzgados Huerta, sus «cómplices en asonadas militares» y los «sostenedores de su llamado gobierno». La ley decretaba la pena de muerte para, entre otros, quienes se hubiesen rebelado contra las instituciones y autoridades legítimas, o atentado contra la vida del supremo jefe de la nación: lo que equivalía a la ejecución de prisioneros de guerra.

La etapa preparatoria de la rebelión duró seis meses: de marzo a agosto de 1913. Además de expedir los decretos sobre reclamaciones y pena de muerte, Carranza dividió la República en siete zonas de operación, de las cuales sólo tres funcionaban de modo efectivo: el noroeste, al mando de Pablo González; el centro, con Pánfilo Natera, y el noreste, bajo las órdenes de Álvaro Obregón. En julio, Monclova cae en manos de los federales y los rebeldes intentan, sin éxito, la toma de Torreón. En agosto, el Primer Jefe comprende la fragilidad de su situación y decide viajar al bastión sonorense. De nuevo recuerda las largas marchas de Juárez. Pudiendo abandonar el territorio mexicano y llegar a Sonora por el sur de Estados Unidos, Carranza prefiere emprender una travesía de trescientos kilómetros desde Piedras Negras hasta Hermosillo, pasando por Torreón, Durango, el sur de Chihuahua, la Sierra Madre Occidental y el norte de Sinaloa. Por ningún motivo pisaría suelo norteamericano: cuestión de dignidad… y de formas.

El 14 de septiembre de 1913, en El Fuerte, Sinaloa, conoce a Álvaro Obregón, quien al observarlo comenta: «Es un hombre

de detalles».[20] Al llegar a Hermosillo establece su gobierno, con ocho dependencias paralelas a las de Huerta. El 24, pronuncia en el Salón de Cabildos uno de los discursos más importantes de la Revolución. Lo inicia con una dilatada reflexión histórica: había que revertir las tendencias de cuatro siglos, «tres de opresión y uno de luchas intestinas que nos han venido precipitando a un abismo». Durante la dictadura porfiriana, época semejante a la de Augusto y Napoleón III, «en que todo se le atribuía a un solo hombre», los periódicos engañaban al público hablándole de progreso cuando lo que en verdad se robustecía era el sometimiento del alma nacional. Carranza no menciona a Madero por su nombre y minimiza la originalidad del lema maderista. A su juicio, la lucha rebasaba el ideal de «Sufragio efectivo, no reelección», del mismo modo en que rebasaba al Plan de Guadalupe:

«El Plan de Guadalupe no encierra ninguna utopía, ni ninguna cosa irrealizable, ni promesas bastardas con intención de no cumplirlas; el Plan de Guadalupe es un llamado patriótico a todas las clases sin ofertas ni demandas al mejor postor; pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan. Las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas, y no es sólo repartir tierras, no es el "sufragio efectivo", no es abrir más escuelas, no es construir dorados edificios, no es igualar y repartir las riquezas nacionales, es algo más grande y más sagrado: es establecer la justicia, en buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos para establecer el equilibrio de la conciencia nacional».[21]

Carranza no era un revolucionario social. Sólo así se

entienden las palabras «queramos o no queramos nosotros mismos». Sin embargo, con un sentido de la necesidad histórica, entreveía ya que «la Revolución es la Revolución», un movimiento casi telúrico que los hombres pueden en el mejor de los casos encauzar, pero no segar. Así hay que leer los propósitos que agregó en aquel discurso, tan personales como sus metáforas de agricultor: «El pueblo ha vivido ficticiamente, famélico y desgraciado con un puñado de leyes que en nada le favorecen; tendremos que removerlo todo, drenarlo y construirlo de verdad».

Para esa inmensa labor rectificadora, Carranza anunció por primera vez el propósito de elaborar una nueva Constitución. Otros pasos no menos decisivos serían la fundación de un Banco del Estado y la promulgación de leyes que favorecieran al campesino y al obrero, elaboradas por ellos mismos. Pero el mensaje fundamental del discurso era el referente a la soberanía, valor número uno para cualquier coahuilense:

«…deben acabarse los exclusivismos y privilegios de las naciones grandes respecto a las pequeñas; deben aprender que un ciudadano de cualquier nacionalidad que radica en una nación extraña debe sujetarse estrictamente a las leyes de esa nación…».[22]

A los dones personales y políticos que avalaban la legitimidad de su jefatura, Carranza añadió a aquel discurso uno más: el de ideólogo de la Revolución. Los objetivos no podían estar más claros. A la victoria militar seguiría un periodo de reformas sociales, una nueva Constitución, otras leyes e instituciones y una actitud diferente que «sacudiría los prejuicios internacionales y el eterno miedo al coloso del norte».[23]

Carranza permanece en Sonora hasta marzo de 1914. Allí se entera de las primeras, centelleantes victorias de Villa, y de los

avances de González y Obregón. Sin salir nunca de territorio nacional, llega a Ciudad Juárez. En el estado de Chihuahua residiría hasta el triunfo completo del constitucionalismo, en julio de 1914.

Durante la revolución constitucionalista, mientras Obregón y González se desplazan hacia el sur y Villa triunfa en Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Chihuahua, Ojinaga, Torreón, Paredón y Zacatecas, Carranza juega un doble papel particularmente difícil: además de ocuparse en la administración económica de la guerra, debe conservar la cohesión del Ejército Constitucionalista bajo su mando y lidiar con las naciones extranjeras, sobre todo con Estados Unidos. En el primer tablero, su contrincante principal fue una fiera: Francisco Villa; en el segundo, un moralista: Woodrow Wilson.

Aunque en un principio sus relaciones fueron casi cordiales, Carranza y Villa nunca se entendieron. El sentido de autoridad que reclamaba para sí el Primer Jefe era incomprensible para el feroz guerrero.

Los problemas causados por Villa a gobiernos extranjeros comenzaban a apilarse: había arreado como ganado a los españoles de Chihuahua, confiscado sus bienes, tolerado el asesinato del inglés Benton y el norteamericano Bauch. En abril de 1914 Villa apresa al gobernador de Chihuahua, Manuel Chao, hombre de Carranza. Es la gota que derrama el vaso del Primer Jefe.[24] Miguel Alessio Robles presenció el enfrentamiento.

«El señor Carranza, al ver a Villa que entraba en esos momentos a la sala principal del Palacio de Gobierno, se levantó de su asiento y le dijo: "Sé que tiene usted preso al gobernador de Chihuahua". Entonces quiso interrumpirle Villa para entrar en explicaciones y decirle los motivos por los cuales lo tenía preso. El señor Carranza le dijo en seguida:

“No me interrumpa usted; sé que tiene preso al gobernador de Chihuahua y eso no lo puedo permitir yo, ni mucho menos que en mi presencia se cometa ese desacato. Después de haber asesinado al súbdito inglés Benton, hecho que estuvo a punto de hacer fracasar la Revolución, no dejaré que cometa usted otro acto semejante. Una vez que haya usted puesto en libertad al general Chao, entonces oiré todas las explicaciones que usted quiera darme. Pero antes, no”.

»El general Villa salió en el acto, y mandó poner en libertad al general Chao.

»El señor Carranza tenía en Chihuahua solamente la escolta del Cuarto Batallón de Sonora. Estaba a merced de las fuerzas de Francisco Villa; y, sin embargo, logró imponerse al tremendo y famoso guerrillero, que contaba en esos momentos con un ejército fuerte y victorioso.»

Por momentos, su sentido de la autoridad lo llevaba al autoritarismo. Sin renunciar a la firmeza, con un poco menos de celo y un poco más de simpatía, hubiese logrado quizá plegar a Villa. Pero Carranza no estaba para sutilezas. También Juárez había sido criticado por su celo autoritario. La lección, de nueva cuenta, le parecía clara: más valía pecar por exceso, como Juárez o Díaz, que por defecto, como Madero.

Mientras los militares hacían lo suyo, Carranza emulaba a Juárez en la batalla diplomática. Sabía que el resguardo absoluto de la soberanía nacional era condición necesaria para el triunfo de la Revolución, y en su defensa empleó toda su sabiduría heredada, innata o aprendida. Para Woodrow Wilson, su homólogo norteamericano, Carranza fue siempre una caja de sorpresas, un incomprensible saco de mañas, un hombre insensible a las buenas intenciones. Pero de aquella larga y compleja relación que, con altas y bajas, se prolongaría

siete años, ambos saldrían razonablemente victoriosos.

Por el lado norteamericano, todos los escarceos tuvieron un argumento similar al que había empleado, puertas adentro, Porfirio Díaz: pan y palo. La táctica del Departamento de Estado era alternar la amenaza, el amago, la violencia con la prédica moral, la conciliación, el apoyo. La táctica de Carranza consistía en desconfiar tanto del pan como del palo y considerarlos imposturas. Su premisa —esta vez más porfiriana que juarista— era muy simple: así ocupe la Casa Blanca un apóstol bíblico, nada bueno puede esperar México de Estados Unidos. «El peligro está en el yanqui que nos acecha», había dicho don Porfirio en París. ¿y cómo olvidar el siniestro papel de Henry Lane Wilson en el martirio de Madero?

Al primer representante oficioso de Wilson, que lo visita en noviembre de 1913, Carranza lo hace esperar diez días, lo recibe con fría formalidad, no se conmueve ante sus buenas intenciones de reconocimiento ni acepta transigir con la reacción para crear un gobierno provisional. En febrero del año siguiente, a raíz del asesinato del inglés Benton, rechaza la intermediación norteamericana en favor de su súbdito inglés, al tiempo que hace ver al cónsul norteamericano, Simpich, la necesidad de que con él, y no con cualquier otro jefe revolucionario, se ventilaran *todas* las querellas.[25] En aquellos días caldeados por el caso Benton, John Reed conoce a Carranza. Reed le ofrece la buena voluntad del periódico que representa. Carranza lo agradece y aprovecha la oportunidad para lanzar una catilinaria contra Estados Unidos y la pérfida Albión. Reed recuerda sus palabras:

«¡Les digo que si los Estados Unidos intervienen en México sobre la base de ese nimio pretexto, la intervención no tendrá el efecto que piensa, sino que desatará una guerra que,

además de sus propias consecuencias, ahondará un profundo odio entre los Estados Unidos y toda la América Latina, un odio que pondrá en peligro todo el futuro político de los Estados Unidos!».[26]

La intervención no se hizo esperar, aunque por razones distintas. El 21 de abril de 1914 los marines desembarcan en Veracruz. Con ese «palo», Wilson se propone dar a los constitucionalistas el «pan» de un bloqueo definitivo contra Huerta. Aunque Carranza lo comprende así, no admite las razones del secretario de Estado, Bryan, exige el retiro inmediato de los marines y amaga con una situación de guerra. El 25 de abril Argentina, Brasil y Chile ofrecen sus buenos oficios de mediación, que Carranza acepta en principio pero al final declina, aduciendo que las propuestas de convocar un armisticio beneficiaban a Huerta e implicaban una intervención en los asuntos internos de México.

El siguiente *round* ocurrió con posterioridad a la salida de Huerta. El 23 de julio de 1914, Wilson —antiguo profesor de filosofía en Princeton— decide dar una clase de política y moral al rudo ranchero de Coahuila. El constitucionalismo triunfante debía respetar vidas y compromisos financieros, otorgar una amplia amnistía, cuidarse de afectar al clero. Estados Unidos actuaría como representante de otras potencias y su opinión sería decisiva en los reconocimientos diplomáticos. Por toda respuesta, el encargado de las relaciones internacionales —Fabela, no Carranza— evita mencionar las palabras de Wilson, refrenda el respeto a los derechos y compromisos del país y concluye secamente que los hechos por venir «se decidirán de acuerdo con los mejores criterios de justicia y de nuestro interés nacional». Bryan, siempre más radical que Wilson, amenaza con no reconocer al gobierno que emanase del constitucionalismo. Carranza ni

siquiera se molesta en contestar.[27]

El 20 de agosto de 1914, cinco días después de que Obregón firmase los Tratados de Teoloyucan —en los que Carranza no cedió una coma a los últimos representantes del huertismo—, el Primer Jefe entra a la capital. «Carranza», explica Charles Cumberland, el gran historiador del constitucionalismo, «nunca "llegaba" simplemente a una ciudad; siempre hacía entradas a caballo flanqueado por su estado mayor. En esta ocasión inició su marcha desde Tlalnepantla, a unos once kilómetros del Palacio Nacional, lo cual le permitió atravesar una gran parte de la ciudad y recibir la entusiasta bienvenida de cerca de trescientas mil personas.» Debió de recordar a Juárez cuando, después de Calpulalpan, entró a la capital el 11 de enero de 1861.[28]

NOTAS

19. «Plan de Guadalupe», 26 mar. 1913, en Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la Revolución. Planes políticos y otros documentos* (México, 1974), pp. 137-144.

20. Miguel Alessio Robles, «Cómo se conocieron Carranza y Obregón», en *El Universal,* 26 mar. 1927 (México).

21. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista,* 2 vols. (México, 1946), vol. I, pp. 215-217.

22. Ibíd.

23. «Discurso pronunciado el 24 de septiembre de 1913 al pueblo de Hermosillo, Son., por el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Venustiano Carranza», en «Archivo del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista», 1889-1920, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX; Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana* (México, 1973), p. 97.

24. Bertha Ulloa, «La revolución escindida», en *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1914-1917,* 23 vols. (México, 1979), vol. IV, pp. 19-38; Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa* (México, 1965), pp. 379-381, 443; Mena Brito, *El lugarteniente gris de Pancho Villa* (México, 1938), pp. 40-41; Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución mexicana. Revolución y régimen constitucionalista* (México, 1960), vol. 1, pp. 271-273.

25. Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas* (México, 1975), pp. 198-201.

26. Reed, pp. 326-327.

27. Cumberland, «Huerta y Carranza ante la ocupación de Veracruz», en *Historia Mexicana*, vol. VI, n.° 24 (México, abr.-jun. 1957), pp. 534-547.

28. Cumberland, *La Revolución…,* p. 144; Ulloa, «La revolución…», pp. 47-58 y «La encrucijada de 1915», en *Historia de la Revolución…,* vol. V, p. 63.

Eficacia o legitimidad

De acuerdo con el Plan de Guadalupe, el derrocamiento de Victoriano Huerta debía significar el triunfo del constitucionalismo y, al menos en teoría, el fin de la Revolución. En realidad fue sólo el principio.

Venustiano Carranza era el Primer Jefe de la Revolución, pero no el único. Dos caudillos populares se negaban a plegarse a su autoridad: Pancho Villa y Emiliano Zapata. De su difícil conciliación dependía la paz. Vista con perspectiva, la desavenencia entre ellos parece natural. Nada salvo el atributo de su mexicanidad los unía.

En ambos casos Carranza buscó el acercamiento, si bien bajo sus férreas condiciones. A los pocos días de entrar a la capital envió a tres emisarios, de honradez y solvencia fuera de toda sospecha, a conferenciar con Zapata: Luis Cabrera, Juan Sarabia y Antonio Villarreal. «Con una expresión inequívoca de reconcentrado furor», Zapata apenas habló con ellos. Su condición fue que Carranza renunciase al poder ejecutivo y acatase letra por letra el Plan de Ayala. En el fondo, como ha escrito John Womack, el resultado estaba determinado de antemano:

«El Primer Jefe Carranza no despertaba la menor simpatía entre los agricultores y los trabajadores del campo de Morelos. Senador de los congresos porfirianos, viejo corpulento e imperioso, de tez colorada, anteojos oscuros y barbas a la Boulanger, montado en su caballo como si estuviese en un sillón, Carranza era políticamente obsoleto. Ahora podía ser revolucionario y rebelde, pero en otro mundo, un mundo establecido y civilizado de manteles limpios, bandejas de desayuno, alta política y cubos para enfriar vino».[29]

Por su parte, siempre con la historia en mente, Carranza

creía que los zapatistas eran «hordas de bandidos» y Zapata el nuevo Manuel Lozada, aquel temible «Tigre de Alica», el cacique indígena de la sierra nayarita que había asolado el occidente de México con sus «hordas de salvajes». Recordando que Madero, con su bonhomía, no había logrado atemperar el radicalismo del líder suriano, Carranza decidió agotar el expediente en unos días. El 5 de septiembre rechazó las condiciones de Zapata.

De Zapata lo separaban abismalmente la clase social, la cultura y hasta la civilización; es el mismo conflicto entre el México antiguo y el México liberal que recorre todo el siglo XIX mexicano. Con Villa el problema tenía un tinte más político. «Pleito de enamorados» lo llamó Álvaro Obregón, con evidente exageración, pero refiriéndose a algo verdadero: era más querella de pasiones y personalidades que de creencias o ideologías.

Villa tenía una retahíla de quejas contra el Primer Jefe. Después de las disputas en Chihuahua y los ninguneos de Zacatecas, Carranza lo había bloqueado de varias maneras: negándole carbón para sus trenes, negando a la División del Norte la categoría de cuerpo del ejército, negándole a Villa, en lo personal, la gloria de entrar a la ciudad de México y hasta el grado de general de división. Aunque el 8 de julio villistas y carrancistas firman el Pacto de Torreón, en el que ambas partes se reconocen y acuerdan convocar una convención de generales para decidir el futuro político de México, Carranza sabe de antemano que el «pleito de enamorados» terminará en divorcio. Ya en septiembre escribe al gobernador de San Luis Potosí, Eulalio Gutiérrez: «Si somos incapaces de llegar a un acuerdo pacífico y empieza la lucha armada —no porque lo deseemos sino por causa de las circunstancias— queremos estar preparados».

Aquel septiembre de 1914, el futuro político del país se jugaba en la lotería personal de los caudillos. Todo parecía incierto. Si la lucha común contra Huerta no había podido unirlos cabalmente, la victoria lo pudo aún menos. Se vivían sensaciones contradictorias: por un lado una voluntad positiva y desinteresada de pacificación, de acuerdos; por otro, una recelosa urgencia de establecer vínculos y alianzas, una lucha subterránea por el poder. Obregón se acerca a Villa, pero no tanto como para pactar con él, y, sin embargo, uno y otro buscan, en cierto momento, la renuncia del Primer Jefe. Después de estar a punto de fusilar al «compañerito» Obregón, Villa es el primero que explota: el 23 desconoce a Carranza. El 3 de octubre, una convención más o menos carrancista reunida en la ciudad de México ratifica al Primer Jefe en su cargo, pero no unifica el mando nacional. En ese momento, el poder no es de nadie y casi nadie es leal sino a sí mismo. El 5 de octubre abre sus sesiones la Convención de Aguascalientes. Hasta entonces la querella había sido de personas y personalidades: Carranza contra Villa y, oscilando entre ellos, una colmena de generales más o menos villistas, más o menos carrancistas y más o menos independientes. Una vez instalada la Convención, el conflicto sería, además de político, jurídico y moral: un conflicto de legitimidades. ¿Quién era el depositario legítimo del poder en México? ¿La soberana Convención de Aguascalientes, representada por los 150 generales más connotados de la Revolución —incluidos, al poco tiempo, representantes civiles de Zapata—, o el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del poder ejecutivo de acuerdo con el Plan de Guadalupe?[30]

Sin participar directamente en las sesiones de la Convención —no era general más que de sus libros—, José Vasconcelos formuló entonces la defensa jurídica de la Convención de Aguascalientes. La verdadera soberanía

popular —escribió Vasconcelos— residía desde febrero de 1913 en los ciudadanos rebeldes a la usurpación, en el Ejército Constitucionalista, «que es el ejército del pueblo soberano». El artículo 128 de la Constitución vigente se refería al momento en que el pueblo *recobrase* su libertad venciendo a un gobierno anticonstitucional. ¿Y quién era el vehículo de ese restablecimiento avalado plenamente por la Constitución? El ejército rebelde.

Carranza podía argüir que él, en su carácter de Primer Jefe, encarnaba a la vez la autoridad del ejército y la legalidad, como Juárez en 1858; pero el caso —decía Vasconcelos— era muy distinto: «A don Benito Juárez nunca pudo removerlo una junta de generales, ni una junta de soldados, ni una convención de ciudadanos, porque a don Benito Juárez… le correspondió sustituir al presidente electo que había desaparecido». Si la Convención —proseguía, con cruel lucidez, Vasconcelos— no podía reclamar en rigor el carácter de soberana, ya que sus miembros no habían sido ungidos con el voto popular, sí cabía considerarla «suprema» y, desde luego, superior a Carranza en jerarquía. Suprema, para erigir un gobierno provisional que restablezca el orden constitucional, para ordenar movilizaciones de ejércitos, para designar un presidente provisional y gobernadores interinos, dictar leyes y reformas sujetas a la ratificación de los congresos locales y convocar elecciones.

Hasta ahí Vasconcelos pensaba haber demostrado la legitimidad constitucional de la Convención.[31] Pero ¿cómo olvidar que se vivían tiempos revolucionarios? ¿Cuál era la legitimidad revolucionaria de la Convención?

«…la revolución es antítesis de Constitución. La Constitución condensa las prácticas, las leyes, los convenios establecidos por los hombres para vivir en sociedad. La

revolución se dirige a reformar y construir de nuevo todas esas prácticas, convenios y principios; por eso lo primero que hace es desligarse de todas las trabas sociales, puesto que va a crear nuevas formas para el enlace de los individuos.

»…las revoluciones comienzan por la rebelión, se colocan desde luego fuera de la ley, son antilegalistas y por eso mismo soberanas y libres, sin más señor que el ideal, el ideal que encuentran en las filosofías sociales, en las vagas especulaciones de los precursores o en la acción viviente y el corazón generoso de los apóstoles y caudillos, los Hidalgo y Madero, que despiertan la ternura y el entusiasmo, la protesta y el perdón. Se desenvuelven después a través de las peripecias y azares de la lucha y van a parar siempre a una nueva legalidad, a una legalidad que significa un progreso sobre el estado social anterior. Si esto no sucede, la revolución es un fracaso; para evitarlo debe concluir su misión.»[32]

Era pues misión de la soberana Convención de Aguascalientes —decía Vasconcelos— llevar a buen fin los dos objetivos de la Revolución: el político y el económico. Para el primero había que establecer en toda la República el imperio de la Constitución de 1857, en la inteligencia de que «interesa más salvar los propósitos fundamentales de la revolución actual que obedecer los preceptos del Código del 57». Mas con un gran *pero:* «Distinguir la necesidad revolucionaria del abuso de los gobiernos»: «No olvide la revolución, si quiere cumplir sus fines, el respeto que debe a la personalidad humana, única entidad que suele estar por encima aun de las mismas revoluciones».

Para alcanzar la finalidad fundamental —la economía—, la Convención debería legislar de modo inmediato aunque provisional. El problema agrario reclamaba atención prioritaria:

«Redáctense las resoluciones de la Convención a este respecto, y pónganse en práctica desde luego, a fin de que todas las reformas así producidas lleguen a la categoría de hechos consumados, antes de que los congresos legalmente electos a los gobiernos constitucionales que sucedan a la Convención puedan venir a trabajar en contra de los intereses nacionales».

En suma, dos legitimidades requería la Convención, y para Vasconcelos dos legitimidades poseía, las únicas posibles, las únicas necesarias:

«La Convención de Aguascalientes obrará y hablará para bien de todos los mexicanos, y llevará adelante sus resoluciones, soberanamente, por los dos derechos: el de ley y el de la revolución; el de la razón y el de la fuerza».[33]

Frente a este edificio jurídico que, acaso sin conocerlo, compartían instintivamente y sin excepción todos los jefes reunidos en Aguascalientes, ¿cuáles eran las razones de Carranza?

En un mensaje que envía a la Convención el 23 de noviembre de 1914, Carranza declina la invitación que se le hace para acudir a Aguascalientes. Aunque se extraña de la premura con que la asamblea reclama su renuncia y declara que su retiro no debe abrir paso a una restauración o a un «régimen de apariencia constitucional», propone tres condiciones para hacerlo efectivo y salir, en caso necesario, del país: 1) establecimiento de un régimen preconstitucional «que se encargue de realizar las reformas sociales y políticas que necesita el país antes de que se restablezca un gobierno plenamente constitucional»; 2) renuncia y, en su caso, exilio de Villa, y 3) renuncia y, en su caso, exilio de Zapata.

Una semana después, las comisiones unidas de Guerra y Gobernación de la Convención (que integran, entre otros, los

generales Obregón, Ángeles, Aguirre Benavides, Chao, Gutiérrez y Madero) aceptan en principio las condiciones de Carranza, pero en términos que a la postre no convencen al Primer Jefe. El 5 de noviembre, una vez nombrado presidente provisional Eulalio Gutiérrez —aunque sólo por veinte días, hasta su ratificación—, la Convención envía un ultimátum de renuncia a Carranza a través de Antonio I. Villarreal, Obregón, Hay y Aguirre Benavides. Cuatro días más tarde, desde Córdoba, Veracruz (adonde en previsión de un atentado había trasladado su gobierno), Carranza responde con un largo telegrama a los jefes y gobernadores reunidos en Aguascalientes. Su razonamiento no es filosófico y jurídico, como el de Vasconcelos, sino práctico y, en cierta manera, histórico. No aceptará las disposiciones de la Convención, ni renunciará a su investidura, en tanto no se cumplan cabalmente las tres condiciones que había propuesto. A la fecha, sostenía Carranza, Villa seguía ostentando el puesto de jefe de la División del Norte y comenzaba a inmiscuirse en el mando de otras divisiones; Zapata, lejos de ver menguado su poder, era enaltecido por la Convención; en cuanto a su primera condición, sus razones, aunque más complejas, no eran menos claras. Por más legitimidad revolucionaria que el presidente provisional tuviera, ¿qué clase de gobierno podía ejercer, tal y como se le eligió?

«No puedo, en efecto, entregar el poder a un gobierno que carezca en absoluto de bases constitutivas y que no tenga lineamientos de ninguna clase ni atribuciones definidas ni facultades determinadas. Dicho gobierno sería: o enteramente personalista y dictatorial, puesto que el general Gutiérrez tendría que obrar a su entero albedrío, o la Junta tendría que ser realmente la que gobernara, siendo este último el caso que temo más; pues de entregar el poder al general Gutiérrez en las condiciones y tiempo para que fuera nombrado, el

resultado final sería que la Convención continuaría funcionando indefinidamente y bien sabemos cuáles son los inconvenientes de que la jefatura de un ejército y poder ejecutivo de una nación queden en manos de una asamblea por ilustrada, idónea y capaz que se le suponga.

»Como cuerpo deliberativo, la Junta de Aguascalientes sería tal vez deficiente y de ello ha dado pruebas; pero como cuerpo administrativo y ejecutivo, sería un instrumento de tiranía desastroso para el país. Como jefe del ejército, como encargado del poder ejecutivo, como caudillo de una revolución que aún no termina, tengo muy serias responsabilidades ante la nación; y la Historia jamás me perdonaría la debilidad de haber entregado el poder ejecutivo en manos de una asamblea que no tiene las condiciones necesarias para realizar la inmensa tarea que pesa sobre el Ejército Constitucionalista.»[34]

De sus buenas lecturas de historia francesa —en las que prefería siempre la versión clásica a la romántica— Carranza había aprendido a desconfiar del asambleísmo. La experiencia de la República Restaurada en México confirmaba también, en su opinión, la inhabilidad histórica de los órganos deliberativos. De ahí que Carranza usara la frase «bien sabemos cuáles son los inconvenientes». Es posible, por otra parte, que una lectura desapasionada del texto de Vasconcelos hubiese contado con la aprobación de Carranza. En ambos casos había una tácita admisión de supremacía de la legitimidad revolucionaria sobre la constitucional, y aunque Vasconcelos no lo fraseaba de ese modo, su referencia a la «nueva legalidad» y su insistencia en alcanzar «desde luego» la «finalidad económica» de la lucha «antes de que los gobiernos constitucionales… [pudiesen] trabajar en contra de los intereses nacionales» confluían, de hecho, en el reformismo

preconstitucional por el que pugnaba Carranza. Pero además del escollo político y militar que representaban Villa y Zapata —cuyas actitudes provocaron, no menos que las de Carranza, la escisión definitiva y la guerra civil—, el problema para el Primer Jefe no era tanto de legitimidad abstracta como de responsabilidad y eficacia concreta.

Sólo él, y no la asamblea, podía, a su juicio, encauzar tutelarmente la «formidable y majestuosa lucha social». Este acto de afirmación del «encargado del poder ejecutivo» sobre la asamblea revolucionaria constituye un momento decisivo en la historia mexicana y un presagio de los tiempos por venir. ¿Cuál habría sido la estructura política de México si Carranza se hubiese plegado a la Convención? Quizá más democrática, quizá más frágil. Nunca lo sabremos: el triunfador fue Carranza. «Convencido como estaba», escribe Arnaldo Córdova, «de que él encarnaba los verdaderos intereses de la nación, se concebía a sí mismo como el principio del Estado en ciernes y actuaba en consecuencia.»

En este sentido cabe decir que el Estado nacido de la Revolución es, en parte, obra del Primer Jefe. Parafraseando a Vasconcelos, Carranza hubiese podido decir: «El Primer Jefe obrará y hablará para bien de todos los mexicanos, y llevará adelante sus resoluciones soberanamente por dos derechos; el de su responsabilidad y el de la Revolución; el de su razón y el de la fuerza».

A su juicio, Juárez no había obrado de manera distinta. El argumento de que Juárez era presidente y él sólo Primer Jefe le hacía lo que el viento a Juárez. Urgía continuar el libreto, expedir las nuevas Leyes de Reforma, instalar el gobierno en Veracruz.



Situación militar de los bandos revolucionarios en octubre de 1914.

NOTAS

29. John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana* (México, 1969), p.206.

30. Ulloa, «La revolución…», pp. 19-38; Cumberland, *La Revolución…*, pp. 145-174; John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana* (México, 1969), pp. 210-214.

31. Vasconcelos, pp. 592-613.

32. Ibíd.

33. Ibíd.

34. Venustiano Carranza, «Telegrama a los jefes militares y gobernadores reunidos en Aguascalientes», 9 nov. 1914, en Mena Brito, *Carranza…*, pp. 189-191; Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria,* 3 vols. (México, 1964), vol. 1, pp. 687-708.

La nueva Reforma

Después de sostener un nuevo *round* victorioso contra Woodrow Wilson y lograr la retirada incondicional de las fuerzas de ocupación, a fines de noviembre de 1914 Carranza establece, en efecto, su gobierno en Veracruz. En aquel puerto residió hasta octubre de 1915, cuando la situación militar se definiría en su favor. En un principio, el cuadro parecía adverso. Los carrancistas dominaban la salida al Golfo, todo el sureste, buena parte de Tamaulipas y Veracruz, pero la inestable alianza de la Convención, de Zapata y de Villa imperaba en todo el territorio restante. En abril de 1915 Obregón vence a Villa en el Bajío; en mayo, Murguía, Castro y Treviño triunfan en el noroeste, y Pablo González inicia la campaña final contra Zapata; en julio se rinde Francisco Lagos Cházaro, el último presidente de la Convención, y en agosto los constitucionalistas ocupan definitivamente la capital. El reconocimiento diplomático del gobierno de Carranza por parte de Estados Unidos en octubre de 1915 no es más que la aceptación del triunfo militar.

Pero no sólo de acciones militares vivía la Revolución. También de acción política y reforma social. Carranza integró su gabinete con civiles y militares de la clase media profesional. Entre sus colaboradores están los licenciados Luis Cabrera (Hacienda), Rafael Zubarán Capmany (Gobernación) y Félix F. Palavicini (Instrucción Pública); los ingenieros Alberto J. Pani (Ferrocarriles), Ignacio Bonillas (Comunicaciones) y Pastor Rouaix (Fomento); los generales Álvaro Obregón (jefe del Ejército de Operaciones), Ignacio L. Pesqueira (Guerra y Marina) y Francisco J. Múgica (presidente del Tribunal Superior de Justicia Militar).

A fines de 1914, antes de iniciar la gran reforma, Carranza enfrenta un suceso particularmente doloroso. A su hermano

Jesús y su sobrino Abelardo los secuestra el general Alfonso J. Santibáñez en Oaxaca. Carranza ordena una movilización de rescate. Santibáñez busca un arreglo y ordena a Jesús, en repetidas ocasiones, telegrafiar al Primer Jefe pidiéndole que suspenda la orden de ataque y rescate. Aunque sabe el riesgo que corre su hermano, Carranza no cede.

El 2 de enero, el Primer Jefe pone a Jesús el telegrama definitivo: «Me despido de ti y de las personas que están presas junto contigo, deseando salgan con felicidad del trance en que se encuentran. *Tu hermano*».

Once días después, luego de una ardua caminata por la sierra de la región mixe, en un sitio llamado Xambao, distrito de Villa Alta, Jesús Carranza, su hijo y su secretario eran asesinados.[35]

El 12 de diciembre Carranza había empezado a cumplir la palabra empeñada en Hermosillo. Sus adiciones al Plan de Guadalupe iniciaban la «formidable y majestuosa lucha social» que entonces había vaticinado. Hacia ese fin apuntaba el artículo 2.° de las «adiciones» de *sus* futuras Leyes de Reforma:

«Art. 2.°- El Primer Jefe de la Revolución y encargado del poder ejecutivo expedirá y pondrá en vigor, durante la lucha, todas las leyes, disposiciones y medidas encaminadas a dar satisfacción a las necesidades económicas, sociales y políticas del país, efectuando las reformas que la opinión exige como indispensables para restablecer el régimen que garantice la igualdad de los mexicanos entre sí; leyes agrarias que favorezcan la formación de la pequeña propiedad, disolviendo los latifundios y restituyendo a los pueblos las tierras de que fueron injustamente privados; leyes fiscales encaminadas a obtener un sistema equitativo de impuestos a la propiedad raíz; legislación para mejorar la condición del peón rural, del

obrero, del minero y, en general, de las clases proletarias; establecimiento de la libertad municipal como institución constitucional; bases para un nuevo sistema de organización del poder judicial independiente, tanto en la federación como en los estados; revisión de las leyes relativas al matrimonio y al estado civil de las personas; disposiciones que garanticen el estricto cumplimiento de las Leyes de Reforma; revisión de los códigos civil, penal y de comercio; reformas del procedimiento judicial, con el propósito de hacer expedita y efectiva la administración de justicia; revisión de las leyes relativas a la explotación de minas, petróleo, aguas, bosques y demás recursos naturales del país, y evitar que se formen otros en lo futuro; reformas políticas que garanticen la verdadera aplicación de la Constitución de la República, y en general todas las demás leyes que se estimen necesarias para asegurar a todos los habitantes del país la efectividad y el pleno goce de sus derechos y la igualdad ante la ley».[36]

Cuando a principios de 1915 Carranza exclama: «Hoy comienza la revolución social», se refiere a una revolución social *a través* de las leyes. Para subrayar la simetría con Juárez, que en Veracruz había dictado la ley sobre el matrimonio civil, Carranza decreta el divorcio legal el día de Navidad de 1914 —fecha simbólica—. La redacción misma de aquel artículo 2.° revelaba cierto anclaje en el liberalismo constitucional. Aunque habla de restitución de tierras y disolución de latifundios, lo hace con un espíritu de justicia, no con el propósito de crear un nuevo régimen de propiedad o abanderar un apostolado social. La insistencia en temas como la libertad municipal, la independencia del poder judicial o la igualdad ante la ley son también signos claros de esa supervivencia liberal. Al calce de los documentos oficiales, junto a la firma de Carranza, aparecía la leyenda «Constitución y reformas». Años después, algunos regímenes

usarían el lema «Salud y revolución social». Nadie mejor que Félix F. Palavicini expresó el propósito de Venustiano Carranza en Veracruz: «Constituir la Revolución».

Desde la expedición de las primeras reformas a principios de 1915 hasta la jura —de la nueva Constitución en Querétaro el 5 de febrero de 1917, el gobierno preconstitucional de Carranza libraría una batalla múltiple, tan compleja o más que la militar (en la que, por cierto, no dejó de intervenir, dirigiendo sus aspectos políticos, su administración, proveeduría y finanzas). «Tendremos que removerlo todo», había dicho en Hermosillo, «drenarlo y construirlo de verdad.» Y así ocurrió. La caja de Pandora se abrió en al menos siete vetas profundas de la vida mexicana: el problema agrario, el problema obrero, la soberanía sobre los recursos naturales, la relación entre la Iglesia y el Estado, el papel del Estado en la economía, el problema de la educación y la estructura política. En algunos casos la iniciativa de reforma partió del gobierno, en otros provino de la presión social. Para los dirigentes y para la sociedad, aquellos dos años — 1915 y 1916— fueron tiempos de experimentación histórica. De la tensión entre ambos la Revolución delineó su perfil.

Indirecta, simbólicamente, la reforma agraria que se inicia con la Ley del 6 de Enero de 1915 es obra de Zapata. En tiempos porfirianos fue común escuchar que en México no había problema de tierras. El profundo libro del antiguo juez de pueblo Andrés Molina Enríquez —*Los grandes problemas nacionales* (1909) — había advertido la gravedad de la cuestión y propuesto remedios; pero durante algunos años fue voz en el desierto. De pronto, en los albores de la revolución maderista, el zapatismo desmentía a los incrédulos: no sólo había problemas de tierras; existía todo un agravio histórico pendiente, la vieja querella de los campesinos contra la era liberal que había negado su cultura,

cercado sus tierras, acosado su antiguo modo de ser.

Por un tiempo Carranza pensó también que el problema «se había exagerado», pero poco a poco cedió a las evidencias y a la presión de sus lugartenientes. El 1° de septiembre de 1913, Lucio Blanco, con ayuda de Francisco J. Múgica, expropia y fracciona la hacienda de Los Borregos en Tamaulipas. Aunque Carranza lo reprende, no logra frenar el impulso: Alberto Carrera Torres y Pastor Rouaix siguen el ejemplo de Blanco. Hacia el mes de septiembre de 1914, varios estados de la República decretan la abolición de la servidumbre y reglamentan jornadas y salarios. Ese mismo mes, al fracasar las pláticas con Zapata, Carranza declara:

«Considero innecesaria la sumisión al Plan de Ayala supuesto que … estoy dispuesto a que se lleven a cabo y se legalicen las reformas agrarias que pretende el Plan de Ayala, no sólo en el estado de Morelos sino en todos los que necesiten esas medidas».[37]

En Veracruz, Luis Cabrera, lugarteniente intelectual de Carranza, le da los últimos toques a una nueva ley agraria. «El Primer Jefe… creyó fortalecer su situación militar y política enarbolando la bandera del agrarismo.» Pero más allá de los resortes subjetivos, a partir del 6 de enero de 1915 el Plan de Ayala tuvo un homólogo poderoso en aquella ley redactada por Cabrera e inspirada por Molina Enríquez. La fecha de expedición la escogió Carranza: pretendía dar un nuevo contenido social al día de Reyes.

La Ley del 6 de Enero —explica Cumberland— concebía el ejido como reparación de una injusticia, no como un nuevo sistema de tenencia. Se trataba de restablecer el patrimonio territorial de los pueblos despojados y crear nuevas unidades con terrenos colindantes a los pueblos que se expropiarían para el efecto. En el papel, el mecanismo era sencillo. Los

pueblos elevaban su solicitud a la Comisión Agraria Local, que decidía sobre la justicia de la restitución o dotación. En caso afirmativo, tornaba al comité particular ejecutivo la orden de deslinde y entrega provisional. Una Comisión Nacional Agrícola dictaminaría en definitiva sobre cada caso y el poder ejecutivo expediría los títulos respectivos. Las personas afectadas tendrían derecho de apelación.

Si en el papel parecía sencillo, en la práctica el mecanismo resultó limitante, complicado y lento. Los beneficiarios de la ley eran «los pueblos», pero la ley no los definía. El tejido social en el campo mexicano incluía a otros personajes frente a quienes la ley era indiferente; medieros, arrendatarios, peones agrícolas y acasillados. Carranza había deseado la pacífica sumisión de la realidad a la ley, pero la violenta realidad, en muchas partes, la rebasaba. Hubo invasiones, talas, conflictos, confiscaciones. El 11 de junio de 1915 Carranza se sintió obligado a expedir un «Manifiesto a la nación»:

«En el arreglo del problema agrario no habrá confiscaciones. Dicho problema se resolverá por la distribución equitativa de tierras que aún conserva el gobierno; por la reivindicación de aquellos lotes de que hayan sido ilegalmente despojados individuos o comunidades; por la compra y expropiación de grandes lotes si fuera necesario; por los demás medios de adquisición que autoricen las leyes del país. La Constitución de México prohíbe los privilegios … Toda propiedad que se haya adquirido legítimamente de individuos o gobiernos legales, y que no constituya privilegio o monopolio, será respetada».

La Comisión Nacional Agrícola tardó más de un año en instalarse, y cuando lo hizo, el 8 de marzo de 1916, trabajó con la velocidad de una tortuga. Mientras Carranza, sobre la

marcha, expide decretos que afinan o limitan aspectos de la ley original, en el Palacio de Minería de la capital la comisión estudia cientos de expedientes. El 19 de septiembre de 1916, para desesperación de varios radicales y de muchos pueblos despojados o necesitados de tierra, Carranza suspende las posesiones provisionales. Un mes después, con fundamento en títulos exhibidos por el pueblo de Iztapalapa que databan de 1801, la comisión expide su primera restitución definitiva. Antes de la promulgación de la nueva Constitución, expediría únicamente dos más: en Xalostoc y Xochimilco. Magra cosecha.[38]

Con el problema obrero, la trayectoria de acercamiento y distancia, de iniciativa legal y freno práctico fue similar aunque más abrupta. Carranza recordaba las reformas a la legislación laboral que iniciara su admirado Bernardo Reyes en pleno Porfiriato, y se proponía mejorarlas. El mismo había introducido una ley sobre accidentes de trabajo durante su periodo como gobernador. Una de sus primeras decisiones en Veracruz fue modificar la Constitución de 1857 para que su gobierno pudiese legislar sobre el trabajo. Al mismo tiempo integró una Comisión de Legislación Social con cuatro abogados: José Natividad Macías, Luis Manuel Rojas, Félix F. Palavicini y Alfonso Cravioto. La encomienda era estudiar las distintas legislaciones internacionales sobre el trabajo y aclimatarlas en México. Para cumplirla, Macías viaja a Estados Unidos y Europa. A su regreso redactaría un anteproyecto con varias disposiciones modernas: jornada de ocho horas, salario mínimo, establecimiento de juntas de conciliación y arbitraje, confirmación de derechos sindicales, accidentes de trabajo, etc. Aunque el proyecto no alcanza el rango de decreto, servirá de molde inicial del artículo 123 en la nueva Constitución.

Carranza y sus lugartenientes habían pretendido atraer al campesinado con las sirenas de la Ley del 6 de Enero. Con los obreros, emplearon una táctica más directa: establecer un pacto político. La idea, en realidad, partió de Obregón, que una vez más revelaba su genio, no sólo militar sino político. Secundado por la oratoria de Gerardo Murillo —el «Doctor Atl»— y la astucia no menos persuasiva de Alberto J. Pani, Obregón se acercó a la Casa del Obrero Mundial. Como prenda, le había cedido ya, para instalar sus locales, el convento de Santa Brígida y el Colegio Josefino. A pesar de su raigambre anarcosindicalista, opuesta a toda relación con el poder, el 17 de febrero de 1915 la Casa firma en la ciudad de Veracruz un pacto trascendental con el Ejército Constitucionalista. A cambio de un futuro apoyo a las demandas de la clase obrera, la Casa se comprometía a «tomar las armas, ya para guarnecer las poblaciones que están en poder del gobierno constitucionalista, ya para combatir a la reacción», es decir, a los villistas y zapatistas. Inmediatamente se integraron seis batallones obreros denominados «rojos». En sus filas había más artesanos que obreros industriales: carpinteros, tipógrafos, albañiles, sastres, canteros… Cerca de tres mil hombres iniciaron su movilización hacia el cuartel general de Orizaba. Entre ellos iba el pintor José Clemente Orozco. Días más tarde los Batallones Rojos entrarían en acción.[39]

Aún antes de decidirse la contienda militar en favor de los constitucionalistas, los gobernadores de Veracruz y Yucatán —Cándido Aguilar y Salvador Alvarado— expidieron decretos avanzados en materia obrera. Al ocupar definitivamente la capital en agosto de 1915, Pablo González cede a los obreros la Casa de los Azulejos, símbolo del Porfiriato, antigua sede del Jockey Club. Pero aquella luna de miel era engañosa. Cuando a fines de 1915 los obreros

intentan ejercer, en varias instancias, el derecho de huelga, el gobierno de Carranza reacciona con dureza creciente.

El 20 de enero de 1916, en represalia por una huelga ferrocarrilera de solidaridad con los obreros textiles de Orizaba, Carranza militariza a los trabajadores del riel. A principios de 1916, bajo la presidencia del electricista Luis N. Morones, se integra la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal (FSODF), cuyo objetivo es volver a la tradición anarcosindicalista. El 13 de enero se expide la orden de concentrar en la ciudad de México a los Batallones Rojos para disolverlos. Días después, Carranza ordena a los gobernadores impedir concentraciones obreras, recoger credenciales y aprehender a los delegados cuya «labor tienda a trastornar el orden público».

Los enormes problemas económicos del gobierno preconstitucional, el deterioro de la moneda y el aumento constante de los precios trajeron consigo una ola de huelgas en varias ciudades de la República. En mayo de 1916 estalla en la capital una huelga que apoyan electricistas, tranviarios y telefonistas. Benjamín Hill, entonces comandante militar, amenaza con «severos castigos» a los huelguistas de la FSODF, pero retrasa el enfrentamiento mediante el pago en una moneda nueva: «el infalsificable». Muy pronto, el infalsificable comienza a devaluarse. Los obreros pretenden cobrar en oro y se oponen a los despidos, que empezaban a volverse habituales. El diario *El Pueblo*, voz del gobierno constitucionalista, da la versión oficial de los hechos:

«Cuando las clases trabajadoras asumen actitudes exclusivistas, como hace el capitalismo, entonces resulta que se borra toda diferencia entre el monopolio y la huelga. Entonces resulta ser la huelga el monopolio del trabajo … La Confederación de Sindicatos está en el deber de marchar en

sus procedimientos, en perfecto acuerdo con la Revolución hecha gobierno, porque la Revolución, en conjunto, tiene sobre los derechos del trabajo la supremacía del sacrificio y el valor incotizable, por inmenso, de la sangre derramada … Debe tener presente los delicadísimos momentos actuales de nuestra política internacional y la necesidad que el mismo gobierno tiene … de la cooperación de todos los ciudadanos … La revolución constitucionalista abarca todos los intereses del pueblo mexicano; no ha sido una revolución hecha exclusivamente para el obrero…».[40]

Agosto de 1916 sería el mes crucial. En el salón Star de la ciudad de México, sede del Sindicato Mexicano de Electricistas, una concentración masiva ha llamado a la huelga general. El 1.° de agosto Venustiano Carranza toma una durísima decisión contra la «desagradecida clase trabajadora»: vuelve a resucitar la ley del 25 de enero de 1862, que castiga con la pena de muerte a los «trastornadores del orden público».

Al día siguiente la Casa del Obrero Mundial dejó de existir. Carranza seguiría pensando —como había dicho en Veracruz — que los obreros «negaban el reconocimiento sagrado de la patria… el principio de autoridad… todo régimen de gobierno». Las organizaciones obreras, por su parte, extraerían del enfrentamiento una lección de sabiduría: esperar el arribo de un presidente con la sensibilidad política y social para institucionalizar el pacto.[41]

La legislación más entrañable para Carranza era la que se proponía defender o reivindicar los recursos naturales del país. En este empeño no dio ni pidió cuartel. «A conservar ante todo la integridad de la nación y su independencia», dijo a principios de 1916, «es a lo que aspira muy principalmente la Revolución actual, aparte de buscar el bienestar social…»[42]

Pero ni la integridad ni la independencia serían plenas si no se revertía la inclinación porfiriana de manga ancha con las inversiones extranjeras, sobre todo en materia de petróleo y minas.

La disputa se libró en varios frentes: contra las compañías petroleras, las empresas mineras y los gobiernos que las defendían, sobre todo el norteamericano. El frente más arduo fue el del petróleo. La legislación porfiriana otorgaba al dueño de la superficie la propiedad de los depósitos combustibles y bituminosos del subsuelo. Gracias a ello y a un régimen fiscal casi inexistente, dos empresas rivales habían acumulado propiedades inmensas o inmensamente productivas: El Águila, la compañía inglesa de Lord Cowdray, y la Mexican Petroleum, del magnate norteamericano Edward Doheny. La primera operaba en la zona de Poza Rica y Papantla, la segunda en la de Tampico. La inversión total llegaba a los trescientos millones de dólares.

El presidente Madero había dado los primeros pasos para limitar por la vía fiscal los privilegios de los petroleros: en 1914 Cándido Aguilar decreta que las futuras perforaciones requerirán permiso oficial. El 19 de septiembre de 1914, desde la ciudad de México, Carranza instaura en todos los distritos fiscales un comité de análisis de bienes raíces. El decreto impuso a las compañías un dilema: si admitían el valor real, se incrementarían los impuestos; si declaraban el fiscal, corrían el riesgo de sufrir expropiación.

Ya en Veracruz, montado sobre el caballo de su nueva Reforma, Carranza emite, el 7 de enero de 1915, un decreto que suspende los trabajos de construcción y explotación de petróleo hasta la emisión de una ley del petróleo. En ella trabaja el ingeniero Pastor Rouaix, quien al poco tiempo dictamina sobre la justicia de «restituir a la nación lo que es

suyo, la riqueza del subsuelo, el carbón de piedra, el petróleo». En mayo de 1915 Carranza envía al propio Rouaix a observar el funcionamiento de las refinerías, campos y laboratorios norteamericanos con la idea precursora de crear una empresa petrolera mexicana.

El gozo nacionalista se iría al pozo petrolero por algún tiempo. Desde fines de 1914 hasta 1920, el general Manuel Peláez, dueño del feudo de las Huastecas, cobra quince mil dólares mensuales por proteger a las compañías petroleras de toda interferencia del poder central. Al gobierno de Carranza no le quedó otra salida que incrementar los impuestos de exportación (Peláez no controlaba los puertos) e insistir en otras vías de reivindicación: restringir la explotación por medio de permisos provisionales y registros; introducir —como había advertido desde su discurso en Hermosillo— la famosa «cláusula Calvo», que iguala frente a la ley a nacionales y extranjeros y, en fin, alertar a la opinión pública sobre la justicia del verdadero objetivo: recobrar para la nación el control del subsuelo.

Con las compañías mineras (el 80 por ciento de las cuales estaba en manos norteamericanas) el problema era distinto, pero no menos grave. En materia de minas, la legislación porfiriana no había sido tan generosa como en la de petróleo. Continuando la tradición virreinal, negó al superficiario la posesión de los minerales. Esta circunstancia favorable ayudó un poco a Carranza. Al primer aumento impositivo, decretado el 1.° de marzo de 1915, las compañías y Washington aducen inconstitucionalidad y exigen su derogación. Dos meses después, Carranza otorga concesiones a la pequeña minería y reglamenta impuestos y plazos de caducidad que afectan a las grandes compañías. El secretario de Estado, Lansing, insiste en la derogación de los decretos, pero sólo consigue ampliaciones de plazo. Carranza mantiene

firme el arma de la caducidad porque provenía de la legislación porfiriana. El 15 de agosto de 1915 Carranza da otra vuelta a la tuerca con la inclusión legal, ya mencionada, de la cláusula Calvo. A partir de ese instante, los extranjeros no podían emplear la vía diplomática para defender sus derechos, sino únicamente los tribunales nacionales. Lansing truena una vez más: «disiente enfáticamente» del nuevo decreto e insiste en la validez de la vía diplomática; se trata, a su juicio, de impuestos confiscatorios. Carranza pone oídos sordos: sólo cede en algunos plazos y recargos, y no vuelve sobre sus pasos: nunca derogó un decreto nacionalista.[43]

Hubo un antiguo proceso histórico sobre el que Carranza no hubiese querido actuar, una cuestión que no tocó en su discurso de Hermosillo y que él, como muchos, creía superada: la relación entre la Iglesia y el Estado. Casi cuarenta años de conciliación porfiriana parecían haber logrado el milagro de limar las aristas mochas y jacobinas. De pronto, en 1914 comienzan a asomar los primeros síntomas de anticlericalismo. Buena parte de la violencia de los ejércitos carrancistas se dirige contra la Iglesia: sus hombres, sus encubiertas o abiertas propiedades, sus símbolos.

La República entera sirve de escenario a una extraña representación. En contraste con la devoción guadalupana de los zapatistas, que ostentaban imágenes, escapularios, estandartes con la imagen de la Virgen; a diferencia, también, de los villistas, que guardaban cierta circunspección frente a la vida religiosa, los carrancistas despliegan actos de premeditado y gozoso sacrilegio: beben en cálices, desfilan con ornamentos, hacen hogueras con confesionarios, fusilan imágenes, ejecutan santos, convierten las iglesias en cuarteles. En Monterrey se saqueó el obispado y se destruyó la biblioteca de monseñor Plancarte. En el Estado de México se

prohibieron los sermones, ayunos, bautizos, misas, confesiones y hasta besos en la mano de los curas.[44]

Quienes azuzaban la piqueta anticlerical eran, en cierta medida, los carrancistas del norte, en especial los de Sonora. Obregón marcó la pauta. En una de sus ocupaciones de la capital, impuso un préstamo de quinientos mil a «Don Clero», se jactó de su enemistad con la clericalla, humilló y finalmente deportó a varios ministros, en su mayoría extranjeros. Algunos gobernadores prohibieron los colegios confesionales, otros abrieron escuelas en antiguos palacios episcopales, suprimieron cofradías, rebautizaron tiendas de nombres religiosos. En Sonora, el gobernador Plutarco Elías Calles llegó a los extremos: expulsó a todos los sacerdotes católicos, sin excepción.

Frente a los anticlericales, Carranza no se rasgaba las vestiduras, pero tampoco permaneció inmóvil. Sabía de la responsabilidad del clero político en buena parte de las desventuras mexicanas, pero él no era partidario de extremismos ni desbordamientos. El 22 de agosto de 1916 pone freno a la avalancha de confiscaciones de propiedades eclesiásticas mediante un decreto que centraliza en la Secretaría de Hacienda el uso, la conservación y el mantenimiento de esas propiedades.[45] En cuestiones religiosas, como en todas las demás, Carranza demostró otra vez su preferencia por los cambios paulatinos, concertados y legales. Reprobándola, alzaba los hombros ante la fiesta anticlerical, pero ponía límites al *negocio* anticlerical. Sin embargo, el propio Francisco Villa lo acusó de «haber destruido la libertad de conciencia».

El volcán estaba lejos de haberse extinguido. Cuando los verdaderos anticlericales tomaron el poder en la década de los veinte, el país sufriría no una escenificación sino una guerra:

la Cristiada.

Si en la cuestión religiosa Carranza hubiese querido conciliar, y así continuar a don Porfirio, en la cuestión económica hubiese querido no sólo continuarlo sino rebasarlo. Entre 1915 y 1916 hizo varios intentos de reconstrucción que a la postre resultaron infructuosos.

Su política bancaria, por ejemplo. En 1913, en su discurso de Hermosillo, había anunciado la futura creación de un banco único de emisión, «propugnándose, de ser preciso, por la desaparición de toda institución bancaria que no sea controlada por el gobierno». Entre octubre de 1915 y mayo de 1916 la Comisión Reguladora e Inspectora de Instituciones de Crédito revisa las concesiones con vistas a un ajuste gradual del sistema bancario a la ley vigente de 1897. De pronto, el desplome del último papel moneda carrancista —el infalsificable— dejó al gobierno, según Cabrera, con una sola alternativa: la incautación bancaria.

La devaluación monetaria fue otro inmenso dolor de cabeza. Desde un principio, Carranza había optado por financiar la revolución constitucionalista como lo habían hecho la Revolución francesa y la Guerra de Secesión: emitiendo papel. Más de doscientos cincuenta millones de pesos —entre ellos los llamados bilimbiques— se habían emitido ya entre julio de 1913 y junio de 1916. Se vivía un verdadero caos circulatorio, al grado de que era difícil decidir sobre la falsedad o veracidad de las emisiones. En junio de 1916 entran al mercado quinientos millones de pesos en billetes «infalsificables». Pero todo es inútil. Entre junio y diciembre, la paridad frente al dólar se desploma de 9,70 a 0,46. Después de sesenta años de acostumbrarse gradualmente a vivir en un régimen de billete bancario, México volvía al metalismo.

En aquellas circunstancias, la reconstrucción económica resultaba imposible: Carranza no cejó en enviar comisiones de estudio al extranjero —para temas de desarrollo agrícola, por ejemplo—, pero se vivía aún la guerra con sus tribulaciones y exigencias. Todo el desigual edificio del progreso porfiriano se había venido abajo: se segaron los cultivos, se destruyeron instalaciones ferroviarias, se exportaron reses para comprar municiones, se cerraron minas e industrias, quebraron bancos, volaron o se escondieron capitales. En la ciudad de México faltaron agua, carbón, alimentos. Cundieron el tifo y otras plagas, no sólo biológicas, sino también morales; el tráfico con el hambre, la falsificación de moneda, la exacción, la amenaza, el robo. Sin paz, sin crédito, sin reservas, el país tendría que esperar algunos años para reanudar su crecimiento económico. Pero ahora sabía la condición: crecer con justicia, crecer con igualdad.

Tampoco en el rubro de la educación pudo avanzar mucho el carrancismo preconstitucional, mas no por falta de interés, sino por su peculiar concepción del problema. José Vasconcelos, el efímero ministro de Educación del gobierno convencionista, había anunciado la federalización de la tarea educacional. Su homólogo carrancista, Félix F. Palavicini, propuso, de acuerdo con Venustiano Carranza, un sistema opuesto: la descentralización educacional; la enseñanza —escribió— sólo corresponde al municipio. En febrero de 1916 Carranza le da el espaldarazo: decreta la autonomía de los ayuntamientos en materia de enseñanza.

Se trataba, en el fondo, de un conflicto entre dos ideas sobre la educación. Esta, para Palavicini y Carranza, era más bien enseñanza, instrucción. Su modelo son las escuelas norteamericanas inspiradas en el protestantismo. El gobierno carrancista envió más de cien profesores a Estados Unidos

para estudiar sistemas pedagógicos y visitar escuelas industriales y granjas modelo. En marzo de 1915 se organizó un congreso pedagógico en Veracruz. En él se concluyó que la secundaria debería ser mixta, y la preparatoria, exclusiva para varones; también se recomendó establecer escuelas de enseñanza agrícola, mercantil e industrial, «a fin de evitar el auge del proletariado en las carreras literarias». El ideal carrancista era crear «Robinsones».

Vasconcelos, en cambio, buscaba precisamente promover «el auge del proletariado en las carreras literarias». Su proyecto, inspirado en los misioneros católicos del siglo XVI, concebía la labor educativa como un apostolado de cultura universal. El ideal vasconcelista era más religioso: crear «Odiseos».

Las «adiciones» al Plan de Guadalupe preveían la independencia del municipio y la libertad del poder judicial. Carranza avanzó más en lo primero: en la Navidad de 1914 decretó la reforma municipal; en septiembre de 1916 suprimió a los jefes políticos y estableció el municipio autónomo. Ese mismo mes —siempre pródigo en estallidos mexicanos— Carranza da el campanazo político de la década y de muchas décadas: convoca, como había anunciado en Hermosillo, un nuevo congreso constituyente. ¿Con qué fin? En esencia, para modificar la configuración política de la Constitución de 1857:

«A pesar de la bondad indiscutible de los principios en que descansa… [la Constitución] continuará siendo inadecuada para la satisfacción de las necesidades públicas y muy propicia para volver a entronizar otra tiranía igual o parecida a las que con demasiada frecuencia ha tenido el país, con la completa absorción de todos los poderes por parte del ejecutivo; o que los otros, con especialidad el legislativo, se conviertan en una

rémora constante para la marcha regular y ordenada de la administración».[46]

Incorporar las reformas sociales a la Constitución era algo que no pasaba por su mente; podían ser expedidas y puestas en práctica inmediatamente, como lo fueron las Leyes de Reforma, las cuales «no vinieron a ser aprobadas e incorporadas a la Constitución sino después de varios años de estar en plena observancia». El objetivo de Carranza se reducía a una palabra: legitimidad.

«El único medio de alcanzar los fines indicados es un congreso constituyente por cuyo conducto la nación entera exprese de manera indubitable su soberana voluntad, pues de este modo, a la vez que se discutirán y resolverán en la forma y vía más adecuadas todas las cuestiones que hace tiempo están reclamando solución que satisfaga ampliamente las necesidades públicas, se obtendrá que el régimen legal se implante sobre bases sólidas en tiempo relativamente breve, y en términos de tal manera legítimos que nadie se atreverá a impugnarlos.»[47]

Carranza recordaba la continuidad de las anteriores constituciones, las de 1824 y 1857, y preveía ese mismo espíritu en la futura Constitución:

«Se respetará escrupulosamente el espíritu liberal de dicha Constitución, a la que sólo se quiere purgar de los defectos que tiene ya por la contradicción y obscuridad de algunos de sus preceptos, ya por los huecos que hay en ella o por las reformas que con el deliberado propósito de desnaturalizar su espíritu original y democrático se le hicieron durante las dictaduras pasadas».[48]

Del congreso constituyente que Carranza imaginaba, debería salir un Estado fuerte, legítimo, equilibrado; un poder ejecutivo mucho más poderoso y expedito que el de la Carta

de 1857, pero sin posibilidad, a su juicio, de incurrir en la tentación dictatorial; un poder legislativo menos prepotente que el de la Constitución liberal; un poder judicial cuya independencia se garantizaría con la inamovilidad de los jueces. En el otro extremo de la vida pública, don Venustiano Carranza soñaba con establecer, de una vez y para siempre, el municipio libre.

De todas las cajas de Pandora que don Venustiano abrió, fue ésta la más personal, la más cercana a su sensibilidad histórica, la que reservó las mayores sorpresas. Carranza confiaba en que la nueva Constitución avalaría *su* concepto de autoridad y respetaría *su* tiempo psicológico. Acertó en lo primero, se equivocó en lo segundo. Creyó que las discusiones se centrarían en «purgar los defectos» políticos de la Constitución de 1857, sin pretender incorporar a la futura carta las nuevas reformas que deberían seguir, como las de Juárez, su curso histórico, su proceso de maduración. Los diputados, en efecto, aprobarían las reformas de Carranza a la estructura de los poderes públicos pero, para su sorpresa, acelerarían el *tempo* histórico introduciendo las nuevas reformas sociales en el texto constitucional.

Carranza pensó que en Querétaro se escenificaría el capítulo final de la época de Reforma, pero se equivocó. Fue, en cierta forma, el capítulo inicial de la revolución social.

NOTAS

35. *Crónica ilustrada. Revolución mexicana,* 6 vols. (México, 1966-1972), vol. V, pp. 89-94.

36. «Adiciones al Plan de Guadalupe y decretos dictados conforme a las mismas», 12 dic. 1914, en González Ramírez, pp. 158-164.

37. Barragán Rodríguez, vol. II, pp. 25-27; Taracena, *La verdadera revolución… tercera etapa (1914 a 1915)* (México, 1972), pp. 21, 22.

38. Cumberland, *La Revolución…*, pp. 216-217; Córdova, p. 222; Ulloa, «La revolución…», pp. 65-69; Cabrera, pp. 17-32; González Ramírez, p. 162.

39. Jean Meyer, «Los batallones rojos de la Revolución mexicana», en *Historia Mexicana,* vol. XXI, n.° 81 (México, jul.-sept. 1971), pp. 1-37; José Clemente Orozco, *Autobiografía* (México, 1981), pp. 45-47.

40. «Editorial», en *El Pueblo,* ago. 1916 (México).

41. Meyer, *Los batallones rojos…,* 1- 37; Ulloa, «La Constitución de 1917», en *Historia de la Revolución…,* vol. VI, pp. 304-305; Marjorie Ruth Clark, *Organized labor in México* (Nueva York, 1973), pp. 35- 45.

42. «Lo que dijo el 2 de enero en Querétaro el Sr. Carranza», en Félix F. Palavicini, *El Primer Jefe* (México, s.f.), pp. 257-260.

43. Cumberland, *La Revolución…,* pp. 224-232; Ulloa, «La encrucijada…», pp. 40-42; Lorenzo Meyer, *México y EE.UU. en el conflicto petrolero* (México, 1981), pp. 95-99.

44. Jean Meyer, *La Cristiada,* 3 vols. (México, 1973), vol. II, pp. 83-97.

45. Cumberland, *La Revolución…,* p. 217.

46. *El Demócrata,* 15 sept. 1916 (México).

47. Ibíd.

48. Ibíd.*;* Ulloa, «La Constitución de 1917», en *Historia de la Revolución…,* vol. VI, pp. 497-498; Cumberland, *La Revolución…,* pp. 291-297.

La nueva Constitución

En octubre de 1915, a raíz de su triunfo, Venustiano Carranza había iniciado un largo, anacrónico, pausado y no muy útil viaje triunfal por casi todos los rincones de la República. A principios de 1916 llegó a la ciudad de Querétaro, donde instaló la capital provisional de su gobierno. El 2 de enero de ese mismo año pronunció un discurso revelador. Venustiano Carranza solamente conocía una brújula: la brújula de la historia:

«Al partir de Veracruz tenía yo fija la mirada en Querétaro, adonde acabamos de llegar. La tenía también durante la campaña, cuando inició su avance al norte el general Obregón, como el punto de donde tuviera que decidirse la suerte de nuestra lucha. La profecía se realizó: los campos de Celaya se cubrieron de sangre y de gloria, el Ejército Constitucionalista, desde ese día, quedó seguro del triunfo sobre la reacción.

»Por esto ha sido un motivo de satisfacción para mí haber venido a fijar aquí la residencia accidental del gobierno, para continuar la obra que hemos emprendido; y el haberme fijado en Querétaro es porque en esta ciudad histórica, en donde casi se iniciara la Independencia, tomando parte activa un matrimonio feliz, el del Corregidor y la Corregidora, fue más tarde donde viniera a albergarse el gobierno de la República para llevar a efecto los tratados que, si nos quitaban una parte del territorio, salvarían cuando menos la dignidad de la nación; y fue también donde cuatro lustros después se desarrollaran los últimos acontecimientos de un efímero Imperio, al decidirse la suerte de la República triunfante después de una larga lucha. Por eso es para nosotros muy grata la llegada a esta ciudad, viniendo a inspirar todos nuestros actos, todos nuestros deseos y todos nuestros

esfuerzos para el mejoramiento de la República, en los recuerdos de los acontecimientos históricos que aquí tuvieron lugar».[49]

No podía ser más clara su actitud, su psicología histórica. Llegaba a Querétaro, la ciudad decisiva del siglo XIX, para anunciar que allí se escribiría la *última* palabra —la palabra correctiva— de aquel tormentoso siglo:

«En Querétaro, indudablemente que continuaremos y concluiremos lo empezado en Veracruz. Aquí, señores, se expedirán probablemente las últimas leyes, se darán los últimos decretos y tal vez hasta la última Constitución que México necesita para que pueda encauzarse, para que pueda mantener su independencia».[50]

Meses después, en abril de 1916, Carranza establecía definitivamente su gobierno en la ciudad de México. Durante año y medio de «preconstitucionalidad», había logrado un triunfo casi completo sobre sus opositores militares, pero en la múltiple batalla de la nueva Reforma su destino, como se vio, era incierto. ¿Lo comprendía? Sí y no. Es indudable que Carranza *reconocía* la existencia de un problema social y nacional. En las cuestiones agraria y obrera, y en la defensa de los recursos naturales, buscó deliberada, conscientemente, encauzar —palabra clave, recuérdese— la Revolución mediante leyes y decretos. En los tres casos logró su propósito, mas no de la manera ordenada que hubiese querido, sino abriendo el cauce turbulento a nuevos procesos históricos de larga duración. No podía ser de otra manera. Nunca antes un gobierno mexicano había perseguido como objetivos prioritarios el bienestar social y la reivindicación de los recursos nacionales. Apenas algunos diputados liberales, como Ponciano Arriaga, habían tenido ojos para la pobreza. Y aunque don Porfirio había defendido celosamente la

integridad nacional, el nacionalismo económico representó una nota tardía en su gobierno.

Los nuevos procesos históricos *rebasaron* a Carranza sin que éste pudiese entender cabalmente por qué: confiscaciones agrarias, huelgas obreras, rebeldía de compañías extranjeras, erupción del volcán antirreligioso, caos económico, etc. Para cerrar la caja de Pandora, para apaciguar los espíritus que él mismo había contribuido a convocar, Carranza tenía una sola fórmula, en principio: fortalecer orgánica y legalmente los poderes públicos para que de ellos emanasen los cambios. Era natural que lo intentase así. En 1917 tenía cincuenta y ocho años. Pertenecía a una generación que confiaba en la ley y el orden. Ante sus ojos, de pronto, la realidad se desbordaba en exigencias que no necesariamente compartía. Su mérito histórico, en este caso, fue reconocerlas y darles cauce *desde* la autoridad.

El 18 de noviembre de 1916, «con gran sentido del drama y de la historia», escribe Cumberland, «Carranza salió del Palacio Nacional de la ciudad de México a las 8 a.m. en una cabalgata de cincuenta hombres para hacer a caballo la larga jornada a Querétaro. Siguiendo la senda utilizada por Maximiliano en su retirada de la ciudad de México hacia Querétaro antes de su captura final y su ejecución en 1867, el Primer Jefe llegó a la sede del Constituyente poco antes del mediodía del 24 de noviembre… Estando todo dispuesto, la tarde del 1.° de diciembre Carranza apareció en la sala de las sesiones, debidamente escoltado».[51] Un auditorio joven en el que había obreros, profesionales liberales, pequeños comerciantes, periodistas, maestros, escuchó su discurso con respeto pero sin sumisión. Carranza les hablaba desde otro siglo. Ellos eran impacientes y románticos, y sólo confiaban en la ley como palanca inmediata del cambio revolucionario.

No representaban a la Reforma. Representaban a la Revolución.

En varios casos la pauta fue la misma. Los diputados cercanos a Carranza, pertenecientes al llamado bloque renovador, presentaban un proyecto que modificaba levemente la Constitución de 1857. El sector opuesto lo reprobaba y proponía otro más radical. Así ocurrió con el artículo 27. En el proyecto carrancista se argumentaba que el texto original de la Constitución del 57 bastaba para el propósito de adquirir tierras y repartirlas, fundando así la pequeña propiedad. De ese modo reducía el problema a un proceso administrativo.[52] Y aunque sus disposiciones no se contradecían, la Ley del 6 de Enero tampoco se incorporaba a la nueva Carta.



«Carranza no era un místico del poder. Carecía de los atributos divinos pero tenía en exceso los humanos para encarnar el principio de autoridad de la Revolución.» (E.K.)

Agencia Casasola, *Venustiano Carranza entrando en el teatro de la República, en Querétaro, para la firma de la Constitución*, febrero, 1917. © Núm. de inventario: 39563. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

De inmediato, Pastor Rouaix formó una comisión voluntaria o «núcleo fundador» para estudiar y modificar el proyecto. En ella colaboró Andrés Molina Enríquez. La filosofía social de *Los grandes problemas nacionales* guio el espíritu de la nueva ley hacia rumbos muy distintos de los que proponía Carranza. La solución no radicaba —sostenía el antiguo juez— en respetar con leves retoques la Constitución liberal, sino en volver al espíritu de la legislación colonial:

«La nación, como antiguamente el rey, tiene derecho pleno sobre tierras y aguas; sólo reconoce u otorga a particulares el dominio directo y en las mismas condiciones que en la época colonial. El derecho de propiedad así concluido le permite a la nación retener bajo su dominio todo lo necesario para su desarrollo social, así como regular el estado total de la propiedad, y al gobierno resolver el problema agrario.

»A partir de la Independencia se adoptó una legislación civil incompleta que sólo se refería a la propiedad plena y perfecta, como en algunos países europeos, dejando sin amparo ni protección a los indígenas. El mal se agravó con la Reforma y culminó durante el Porfiriato, ignorando la existencia de las comunidades…».[53]

En su párrafo primero, el nuevo artículo 27 daba a la nación, como antaño la colonia al rey, la propiedad de las tierras y aguas: «La nación ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de ellas a los particulares, constituyendo la propiedad privada». Otros puntos, no menos revolucionarios, eran los siguientes:

—Las expropiaciones sólo pueden hacerse por causa de utilidad pública y mediante indemnización.

—La nación impondrá a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público.

—Los pueblos, rancherías o comunidades que carezcan de

tierras y aguas, o no las tengan en cantidad suficiente para las necesidades de su población, tendrán derecho a que se les dote de ellas, tomándolas de las propiedades inmediatas y respetando siempre la pequeña propiedad.

—Los condueñazgos, rancherías, pueblos, congregaciones, tribus, y demás corporaciones de población que de hecho o por derecho guarden el estado comunal tendrán capacidad para disfrutar en común de las tierras, bosques y aguas que les pertenezcan o que se les hayan restituido o restituyeren conforme a la Ley de 6 de Enero de 1915.

«El nuevo artículo 27», escribe Cumberland, «ponía las bases para los más fundamentales cambios económicos y sociales y preparaba el camino para las decisiones gubernamentales que engendrarían duras luchas dentro y fuera de México. Era agraviar todo un modo de vida en México y los conceptos internacionales aceptados en materia tanto de propiedad en general como de derechos extranjeros. No sólo era el más largo de todos los artículos constitucionales; también era el más nacionalista y el más belicoso.»

Legalmente, a partir de ese momento la era de los latifundios y las haciendas llegaba a su fin. No la había concluido la llegada del siglo XX, sino un siglo XX sensible al pasado colonial.

Un proceso similar llevó a la redacción del artículo 123. El 1.° de diciembre de 1916 el Primer Jefe se había referido al problema obrero con un sentido —de nuevo— más liberal que revolucionario:

«Se implantarán todas las instituciones del progreso social en favor de … todos los trabajadores … [se limitará el] número de horas de trabajo, de manera que el operario no agote sus energías y sí tenga tiempo para el descanso y el

solaz, y para … que pueda frecuentar el trato de sus vecinos, el que engendra simpatías y determina hábitos de cooperación para el logro de la obra común. [Se establecerán] las responsabilidades de los empresarios para los casos de accidentes … seguros … de enfermedad y de vejez. [Se fijará un] salario mínimo bastante para subvenir las necesidades primordiales del individuo y de la familia y para asegurar y mejorar su situación… Con todas estas reformas… espera fundadamente el gobierno de mi cargo que las instituciones políticas del país responderán satisfactoriamente a las necesidades sociales, y que esto, unido a las garantías … de la libertad individual, será un hecho efectivo y no meras promesas irrealizables…».

Con todo, explica Bertha Ulloa, «el artículo 5.° del proyecto de Carranza era muy similar al de la Constitución de 1857 reformado el 10 de junio de 1898». Sólo incluía leves cambios, relativos más bien a los derechos individuales de los trabajadores que a su carácter de clase social. No hablaba, por ejemplo, del derecho de huelga.

Los jóvenes revolucionarios no tardan en reaccionar. Froylán Manjarrez propone incluir las disposiciones sobre el trabajo en un nuevo artículo. Francisco J. Múgica pide a la asamblea «darle al pueblo obrero la única, la verdadera solución al problema». Una comisión en la que participa Rouaix se reúne en la antigua capilla del obispado para «conseguir que los principios del cristianismo… tantas veces ensalzado aquí, tuvieran su realización en la práctica».

De aquellos debates nació el artículo 123 constitucional. El texto traía ecos evidentes del proyecto de José Natividad Macías y ecos secretos, acaso inadvertidamente, del catolicismo social que propugnaba el papa León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*. Entre sus puntos sobresalientes

estaban la jornada de ocho horas, la prohibición del trabajo infantil, la reglamentación del trabajo de jóvenes y mujeres, el descanso obligatorio, el salario remunerador y en efectivo, la participación de utilidades, el establecimiento de juntas de conciliación, la indemnización en el despido, etc.

Entre los constituyentes se encontraba un sobreviviente de la huelga de Cananea: Esteban Baca Calderón. Al levantar su brazo, debió de pensar que el sacrificio no había sido en vano.[54]

La faceta más delicada del artículo 27, la más preñada de futuros conflictos, fue la relativa a los recursos del subsuelo. En su intervención inicial, Carranza había tocado el tema pero sin proponer medidas cuyo radicalismo sobrepasase la cláusula Calvo, que establecía que todo extranjero, al adquirir bienes raíces en el país, debía renunciar expresamente a su nacionalidad con relación a dichos bienes y someterse, en cuanto a ellos, a las leyes mexicanas. En la exposición de motivos redactada por Andrés Molina Enríquez se iba adelante… partiendo de atrás:

«Nuestra proposición … anuda nuestra legislación futura con la colonial; … por virtud de existir … el derecho de propiedad absoluta del rey … ese derecho ha pasado con el mismo carácter a la nación. En tal concepto, la nación viene a tener el derecho pleno sobre las tierras y aguas … y sólo reconoce u otorga a los particulares el dominio directo, en las mismas condiciones en que se tuvo … en la época colonial … y que la República después lo ha reconocido u otorgado. El derecho de propiedad así concebido … permite a la nación retener bajo su dominio todo cuanto sea necesario para el desarrollo social, como las minas, el petróleo, etc., no concediendo a los particulares más que los aprovechamientos que autoricen las leyes respectivas».

La iniciativa, elaborada por una comisión en la que también interviene Pastor Rouaix, se aprobó casi intacta. Entre sus puntos fundamentales, además de lo que Frank Tannenbaum llamó nueva «teoría de la propiedad» (la nación sustituye al rey), destacaban:

«—La nación se reserva el dominio directo de todos los minerales o sustancias del subsuelo incluyendo el petróleo.

»—Sólo los mexicanos por nacimiento o por naturalización y las sociedades mexicanas tiene derecho para adquirir el dominio de las tierras, aguas y sus accesiones (en la República mexicana) o para obtener concesiones de explotación de minas, aguas o combustibles minerales en la República mexicana. El Estado podrá conceder el mismo derecho a los extranjeros siempre que convengan ante la Secretaría de Relaciones en considerarse como nacionales respecto de dichos bienes y en no invocar, por lo mismo, la protección de sus gobiernos por lo que se refiere a aquéllos; bajo pena, en caso de faltar al convenio, de perder en beneficio de la nación los bienes que hubieren adquirido en virtud del mismo.

»—Las sociedades civiles o comerciales de títulos al portador, no podrán adquirir, poseer o administrar fincas rústicas.

»—En una faja de cien kilómetros a lo largo de las fronteras y de cincuenta en las playas, por ningún motivo podrán los extranjeros adquirir el dominio directo sobre tierras y aguas».

Dentro del esquema liberal, respetuoso de la propiedad individual como un fin en sí mismo, la postura negociadora del gobierno mexicano había sido endeble. Siempre cabía, contra sus actos, el argumento de retroactividad. Con la nueva redacción del artículo 27 —anterior y posterior al esquema liberal— los jóvenes radicales afianzaban la posición del país frente a las compañías extranjeras: no cabía hablar de

retroactividad porque la nación *había sido siempre* la propietaria del suelo y el subsuelo.[55] En punto a nacionalismo, los jóvenes habían resultado más carrancistas que Carranza. La razón era sencilla: los inspiraba otro patriarca de barbas venerables, cuya sabiduría histórica y concepto de nación eran más amplios. No partía del siglo XIX ni se detenía en él, sino que anudaba el presente a la época colonial: Andrés Molina Enríquez.

«El clero es el más funesto, el más perverso enemigo de la patria», exclamó Francisco J. Múgica —expulsado alguna vez del seminario de Zamora— en una sesión en que se discutía el más explosivo de los problemas de la patria: la relación entre la Iglesia y el Estado. Para estos nuevos y más iracundos jacobinos, la Iglesia era una cueva de ladrones, forajidos, estafadores… Hidra que devoraba al mexicano (y sobre todo a la mexicana) por la vía auricular: el confesionario.

Recordando el pequeño dato de que todos los mexicanos —con poquísimas excepciones— eran católicos, los liberales cercanos a Carranza aconsejan prudencia y realismo. Alfonso Cravioto —que de joven proclamó, como «el Nigromante», la inexistencia de Dios— había cambiado un poco de opinión: «El clericalismo, he aquí al enemigo. Pero el jacobinismo, he aquí también otro enemigo». El propio Carranza pronunció palabras tolerantes:

«Las costumbres de los pueblos no se cambian de la noche a la mañana; para que un pueblo deje de ser católico, no basta que triunfe la Revolución; el pueblo mexicano seguirá tan ignorante, supersticioso y apegado a sus antiguas costumbres si no se le educa».

De nueva cuenta, en los artículos concernientes a la religión (3.° y 130), los carrancistas saldrían derrotados. La Constitución de 1917 rebasa el espíritu anticlerical de la Carta

de 1857 en varios sentidos:

– Desconoce toda personalidad a la Iglesia.

– Niega a los sacerdotes derechos comunes y políticos y los sujeta a registro público.

– Prescribe la enseñanza laica. Las escuelas primarias particulares quedan sujetas a la vigilancia oficial, no pueden ser dirigidas por corporaciones religiosas o por sacerdotes.

– Prohíbe el culto público fuera de los templos.

– Todos los templos pasan al dominio de la nación.

En este caso, al igual que en el artículo 27, la crítica a la Constitución liberal partía hasta cierto punto de esquemas y raíces coloniales. «La Iglesia se encontró de hecho», explica Bertha Ulloa, «en la situación que había tenido antes de la Independencia, ya que el Estado logró recobrar en provecho propio el Real Patronato que ejercían los reyes de España, no dejando libre a la Iglesia más que el dominio de la doctrina y la devoción privada. Este nuevo Patronato iba a ser aplicado por un Estado que no era cristiano, sino agresivamente antirreligioso, y cuyas decisiones eran sin apelación, ya que no tenía relación alguna con Roma.»[56]

Lejos de cerrarse o de esparcir sus sorpresas de manera concertada, aquella caja de Pandora abierta por don Venustiano con sus «adiciones al Plan de Guadalupe» había deparado, como gran sorpresa, la redacción de cuatro artículos en verdad revolucionarios: 3.°, 27, 123 y 130. Las nuevas Leyes de Reforma se habían incorporado, acrecentadas, a la nueva Carta, haciendo de ésta un cuerpo legal y doctrinal muy distinto, y aun opuesto, a la Constitución de 1857. Los diputados carrancistas, por su parte, introducirían su propia corrección política a la Carta liberal, las reformas anunciadas por el Primer Jefe a la

estructura de los poderes públicos:

- Fortalecimiento del poder ejecutivo.
- Límites al poder legislativo.
- Inamovilidad de los magistrados del poder judicial para asegurar su independencia.
- Supresión de la vicepresidencia.
- Autonomía municipal.

El grupo carrancista introdujo también la disposición para el establecimiento de un banco de emisión único. El espíritu liberal, celoso ante todo de los derechos humanos e individuales frente al poder, se conservó respetando varios artículos de la Constitución de 1857 e incorporando el lema maderista que había iniciado el movimiento revolucionario: «Sufragio efectivo, no reelección».

El 5 de febrero de 1917, después de dos meses de apasionado debate, se proclamó la Constitución. No era, como había esperado Carranza, la *última* palabra de la etapa liberal, sino la primera de la época revolucionaria.

NOTAS

49. «Lo que dijo el 2 de enero en Querétaro el Sr. Carranza», en Palavicini, pp. 257-260.

50. Ibíd.

51. Cumberland, *La Revolución…,* pp. 307-308.

52. Robert Quirk, «Liberales y radicales en la Revolución mexicana», en *Historia Mexicana,* vol. II, n.º 8 (México, abr.-jun. 1953), pp. 503-528.

53. Ulloa, «La Constitución…», p. 408.

54. Ibíd., pp. 325-331; Meyer, *La Cristiada…,* vol. II, pp. 91-104; *Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917,* 2 vols. (México, 1960), vol. II, pp. 855-860, 986.

55. Robert Freeman, *The United States and revolutionary nationalism in Mexico, 1916-1932* (Chicago, 1972), p. 199; Cumberland, *La Revolución…,* pp. 316-321; Ulloa, «La Constitución…», pp. 144-158, 405-412; Pastor Rouaix, *Génesis de los artículos* 27 y *123 de la Constitución Política de* 1917 (México, 1945).

56. Ulloa, «La Constitución…», pp. 417-492; Álvaro Matute, *La Revolución*

mexicana (México, 1993), pp. 139-149.

El nuevo Estado

¿Cuál fue el enlace profundo entre la lucha y las leyes, el vínculo entre Revolución y Constitución? Como todos los hechos humanos, la Revolución tiene una anatomía compleja. Desde el punto de vista del pueblo que luchó, triunfó y murió, la Revolución fue un crisol misterioso de actitudes y sentimientos: reivindicación económica y social, expectativas, justicia, venganza, búsqueda, afirmación, relajo, descubrimiento, coraje, azoro, tragedia, luz. No sólo los catrines, muchas gentes humildes la vivieron como un descenso a los infiernos. Quizá nadie expresó mejor que José Clemente Orozco, en sus murales y en su *Autobiografía*, el aspecto dantesco de la Revolución mexicana:

«… la tragedia desgarraba todo a nuestro alrededor. Tropas iban por las vías férreas al matadero. Los trenes eran volados… Se acostumbraba la gente a la matanza, al egoísmo más despiadado, al hartazgo de los sentidos, a la animalidad pura y sin tapujos. Las poblaciones pequeñas eran asaltadas y se cometía toda clase de excesos. Los trenes que venían de los campos de batalla vaciaban en la estación de Orizaba su cargamento de heridos y de tropas cansadas, agotadas, hechas pedazos, sudorosas, deshilachadas.

»En lo político, otra guerra sin cuartel, otra lucha por el poder y la riqueza. Subdivisión al infinito de las facciones, deseos incontenibles de venganza. Intrigas subterráneas entre los amigos de hoy, enemigos mañana, dispuestos a exterminarse mutuamente llegada la hora.

»Sainete, drama y barbarie. Bufones y enanos siguiendo a señores de horca y cuchillo en conferencia con sonrientes celestinas. Comandantes insolentes enardecidos por el alcohol, exigiéndolo todo pistola en mano.

»Tiroteos en calles oscuras, por la noche, seguidos de

alaridos, de blasfemias y de insultos imperdonables. Quebrazón de vidrieras, golpes secos, ayes de dolor, más balazos.

»Un desfile de camillas con heridos envueltos en trapos sanguinolentos y de pronto el repicar salvaje de campanas y tronar de balazos. Tambores y cornetas tocando una diana ahogada por el griterío de la multitud dando vivas a Obregón. ¡Muera Villa! ¡Viva Carranza! "La cucaracha" coreada a balazos. Se celebraban escandalosamente los triunfos de Trinidad y de Celaya, mientras los desgraciados peones zapatistas caídos prisioneros eran abatidos por el pelotón carrancista en el atrio de la parroquia».[57]

Para otros, en cambio, la Revolución tuvo el carácter profundo de una vuelta religiosa al origen. Octavio Paz lo expresó en otro párrafo memorable:

«Por la Revolución el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su sustancia, para extraer de su intimidad, de su entraña, su filiación … es una súbita inmersión de México en su propio ser … Vuelta a la tradición, reanudación de los lazos con el pasado, rotos por la Reforma y la dictadura, la Revolución es una búsqueda de nosotros mismos y un regreso a la madre. Y por eso también es una fiesta … un llegar a extremos, un estallido de alegría y desamparo, un gesto de orfandad y júbilo, de suicidio y de vida, todo mezclado … La Revolución apenas si tiene ideas. Es un estallido de la realidad: una revuelta y una comunión, un trasegar viejas sustancias dormidas, un salir al aire muchas ferocidades, muchas ternuras y muchas finuras ocultas por el miedo a ser. ¿Y con quién comulga México en esta sangrienta fiesta? Consigo mismo, con su propio ser. México se atreve a ser. La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo

mortal, al otro mexicano».[58]

Aquella fiesta de redención y dolor, aquel «hombrearse con la muerte», aquel multicolor desfile, enjambre, teatro;[59] aquel interminable fuego de artificio y fusilería, fue un acto inmenso y trágico de expresión popular, pero también una lectura de ese acto por las clases medias.

De la lectura pasaron a una interpretación, a una teoría. Por oportunismo político, a veces por convicción, ciertos hombres de clase media buscaron ajustar la lucha a un esquema racional. No podían conceder gratuidad a la destrucción y la muerte. Debía haber una finalidad en los hechos. Muchos terminaron por admitir que Zapata tenía razón y razones. Había que recoger sus banderas junto con otras distintas y más amplias. Las nuevas Leyes de Reforma de Venustiano Carranza —sus decretos de 1915 y 1916— y la nueva Constitución de 1917 representan la transmutación de la guerra civil en filosofía social. Sin esa lectura racional de los acontecimientos, la Revolución hubiese sido más bien una revuelta. Frank Tannenbaum, estudioso y amigo de México, lo expresó con claridad:

«La Constitución de 1917 proveyó a la Revolución con un programa que podía ponerse en juego para justificar la política oficial y su realización en detalle. Desde ese punto de vista, la Revolución es el producto del congreso constituyente. La revolución social que desde entonces ha venido desarrollándose recibió por adelantado la sanción de la ley».

En 1917 no había una sino varias lecturas de la realidad. Quienes las representaban *no* tuvieron, en muchos casos, cabida directa en el congreso constituyente: los liberales que hubiesen querido no tocar la Carta del 57, los intelectuales idealistas que pugnaban por un nacionalismo cultural y una educación apostólica, los futuros técnicos de la

reconstrucción económica, los anarquistas disidentes de la Casa del Obrero Mundial que rodeaban a Zapata o habían naufragado con la Convención, los católicos, los porfiristas y los huertistas. Pero entre las lecturas de la realidad que *sí* tuvieron cabida sobresalieron dos: la radical y la carrancista.

Radical es la palabra perfecta para designar a los artífices de los artículos 3.°, 27, 123 y 130. Radical viene de *raíz;* aquellos constituyentes eran radicales en doble sentido: querían partir desde la raíz de los problemas y arrancar su raíz, si era necesario.

A los mejores de ellos los impulsaba un profundo humanitarismo, el deseo de «anteponer la condición y el mejoramiento de los más al de los menos, y la creencia de que no se conseguiría ese fin sin la iniciativa y el sostén activo de la Revolución hecha ya gobierno». Desconfiaban de las leyes liberales porque, a su juicio, habían servido casi siempre para disimular privilegios y opresión.

Para hacer justicia, para justificar el derramamiento de tanta sangre, para asegurar que el siguiente congreso no revirtiera los nuevos postulados, había que partir de la raíz. ¿Pero de cuál raíz? Entonces se oyó la voz de Andrés Molina Enríquez, eterno predicador de una vuelta al verdadero molde de la vida mexicana: la época colonial. A partir de ese origen, la Constitución de 1917 desplazó a la era liberal: una nueva teoría de la propiedad confería a la nación el antiguo dominio del rey sobre suelos y subsuelos; y una nueva legislación otorgaba al Estado, frente a la religión católica, los poderes casi omnímodos del Real Patronato. Los latifundios, los privilegios extranjeros en materia de subsuelo, el clero y sus derivaciones económicas, políticas y educativas, eran los males que la nueva legislación arrancaba de raíz.

Para el artículo 123 no se partió de la raíz sino de los

vientos de justicia social que soplaban desde hacía décadas en Occidente. Lo más notable fue que en febrero de 1917 no había tenido lugar aún el primer gran cambio institucional e irreversible nacido de la ideología socialista: la Revolución rusa. Así, quizá sin advertirlo, los constituyentes radicales del 17 se habían adelantado en el asalto del siglo XX al bastión liberal del siglo XIX.

Así como «radical» es la palabra perfecta para describir la actitud de muchos jóvenes constituyentes, «liberal» es un término insuficiente y, en cierto modo, equívoco para describir la ideología de los diputados carrancistas. Ningún concepto único expresa su actitud. Si los radicales atesoraban como valores supremos la justicia social y la igualdad material, los carrancistas buscaban fines distintos y no siempre compatibles con aquéllos: la plena independencia nacional, el fortalecimiento orgánico de los poderes públicos, la autonomía municipal y las libertades individuales.

El ideólogo principal del nacionalismo y la independencia fue el propio Carranza. Aquel emotivo discurso de 1916 en Querétaro, enraizado a su vez en la sensibilidad coahuilense, «sensibilidad de frontera», había sido casi una confesión:

«…las naciones débiles han tenido y tienen el derecho de ser respetadas. Tenemos que probar que … sabremos conservar nuestra independencia aun cuando nuestra nación sea débil … debemos demostrar que tenemos el poder suficiente para restablecer solos la paz en nuestra República … A conservar ante todo la integridad de la nación y su independencia … aspira la Revolución actual…».[60]

La autonomía municipal constituye otro aporte de Carranza a la Constitución, aporte tan personal como su afirmación nacionalista o más. La vieja tradición de los municipios españoles sobrevivía aún en Coahuila. El mismo y

su familia la habían ejercido puntualmente en años menos turbulentos. Ningún otro presidente mexicano defendería el municipio como Carranza. *El Pueblo*, órgano oficial, se hacía eco de sus creencias: «El ayuntamiento libre será el camino al municipio libre, y el municipio libre se convertirá en el almácigo de ciudadanos, de una gran patria libre, fuerte y culta».

El tercer aporte constitucional del grupo carrancista se inspiró en un distinguido intelectual porfiriano: Emilio Rabasa. En *La Constitución y la dictadura* (1912), Rabasa había dictaminado una relación causal entre el utopismo liberal de la Constitución de 1857 y la dictadura porfiriana. Para Rabasa, muchos de los males de México provenían de haber querido adoptar un código de democracia pura en un país sin cultura democrática. Carranza lo creía a pie juntillas: «Las costumbres de gobierno», afirmaba, «no se imponen de la noche a la mañana; para ser libre no basta quererlo, sino que es necesario también saberlo ser».[61]

Para Carranza, los pueblos latinoamericanos necesitaban «todavía de gobiernos fuertes, capaces de contener dentro del orden a poblaciones indisciplinadas, dispuestas a cada instante, y con el más fútil pretexto, a desmanes». No bastaba, a su juicio, que el gobierno respetase la ley. Madero había probado hasta el martirio que no sólo de derecho vivía el hombre:

«Si, por una parte, el gobierno debe ser respetuoso de la ley y de las instituciones, por la otra debe ser inexorable con los trastornadores del orden. El poder legislativo, que por naturaleza propia de sus funciones tiende siempre a intervenir en las de los otros, estaba dotado en la Constitución de 1857 de facultades que le permitían estorbar o hacer embarazosa y difícil la marcha del poder ejecutivo, o

bien sujetarlo a la voluntad caprichosa de una mayoría fácil de formar en las épocas de agitación, en que regularmente predominan las malas pasiones y los intereses bastardos».

De ahí también su actitud frente al zapatismo. Para Carranza, escribe Womack, «los zapatistas no eran sino forajidos del campo, peones advenedizos que nada sabían de cómo gobernar». Ningún cambio desde abajo era admisible:

«Las facciones que después de la derrota del huertismo han combatido al gobierno constitucionalista», decía Carranza. «Se han distinguido, a la vez, por su falta de orden, o lo que es lo mismo, por la ausencia completa de la ley, por la carencia de toda clase de respeto al derecho ajeno».

La referencia a Juárez no acercaba mayormente a Carranza en ese momento al pensamiento liberal. Su concepto de democracia era muy distinto al del liberalismo constitucional clásico. «En México», escribe Arnaldo Córdova, «la democracia significaba conciliación, de ningún modo —como en Europa— discordia por el poder; no era una conquista que había que arrancar al Estado, sino objetivo que sólo a través del Estado podía realizarse.» Carranza describió mejor que nadie esta curiosa acepción mexicana de democracia:

«La democracia, la única que puede establecer la concordia en todas las clases sociales, por la armonía de todos los intereses, sobre la base de la independencia de todos los hombres y especialmente de los miembros de un mismo cuerpo político y de la perfecta igualdad entre ellos, no es, no puede ser otra cosa, en esencia y en verdad, que el gobierno de la razón alta, profunda y serena, que palpando las pulsaciones de la vida de la nación y observando atentamente su historia y sus necesidades y tendencias, busca fórmulas adecuadas para establecer y conservar el equilibrio en sus fuerzas vitales, medidas salvadoras para remediar males que

amenazan su existencia o la hacen difícil y desgraciada, y reformas útiles para levantar su espíritu y ennoblecer su voluntad, despertando y fortificando sentimientos de piedad para los desvalidos, de liberación para los que sufren por las injusticias sociales y de fraternidad y simpatía para todos. Por esta razón, la democracia sincera y rectamente vista y honradamente practicada no debe buscar la mayoría en compromisos de partidarismo, cualquiera que sea su origen y el nombre con que se le ampare, sino en la representación de todas las clases y de todos los intereses legítimos».[62]

Sin ser radicales, Carranza y su grupo habían partido también, en cierta medida, de la raíz colonial. Salvo la independencia nacional —ideal de los insurgentes que recorre los siglos XIX y XX de la historia de México sin solución de continuidad—, los conceptos carrancistas de municipio autónomo y Estado poderoso, patriarcal y benefactor, provenían de la cultura política ibérica.

De la conjunción del pensamiento radical y el carrancista nació el nuevo Estado mexicano; enraizado en la tradición pero abierto a la modernidad. Ninguno de los dos grupos tenía dudas sobre la legitimidad; «La voluntad popular», escribe Córdova, «se había fijado en la Constitución y de ésta había pasado al Estado, de manera que la voluntad del Estado era al mismo tiempo la voluntad del pueblo». Situado por encima de los grupos sociales, dueño de un poder no soñado siquiera por don Porfirio, el nuevo Estado asumía frente a sí, por vocación propia, una inmensa encomienda histórica: guiar a la nación por la ruta de un progreso justo, igualitario e independiente.

En Querétaro se habían consumado las bodas del siglo XX con el pasado colonial. La nueva Constitución auspiciada por Carranza había tendido el puente entre aquellos siglos.[63] Pero

NOTAS

57. Orozco, pp. 45-46.

58. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México, 1969), p. 181.

59. Manuel Gómez Morín, *1915* (México, 1926), p. 20.

60. «Lo que dijo el 2 de enero en Querétaro el Sr. Carranza», en Palavicini, pp. 257-260.

61. Ibíd.

62. Córdova, p. 244.

63. Hilario Medina, «Emilio Rabasa y la Constitución de 1917», en *Historia Mexicana,* vol. X, n.° 38 (México, oct.-dic. 1960), pp. 177-195.

En mayo de 1917 el Primer Jefe se convirtió en presidente constitucional. Durante tres años de ceremonioso gobierno no habría paz en los frentes militares ni en los sociales, ni en la diplomacia internacional ni en las conciencias. La Revolución no había concluido. Aunque la mayoría de los gobernadores electos en 1917 sería gente de su confianza, las elecciones no fueron «un día de campo». Hubo tensión en muchos estados y efímeras rebeliones en dos de ellos: Coahuila, claro está, y Tamaulipas. En las elecciones para diputados y senadores de 1918, Carranza vio declinar su estrella: no pudo ni intentó, realmente, controlarlas.

Conocía las prácticas porfirianas de «arrendar» a la caballada, y aunque las empleó aquí y allá contra la prensa o la oposición, no tuvo la constancia del viejo dictador. En México no había democracia, opinó Cumberland, «pero lo sorprendente no era que Carranza esquivara la Constitución, sino que no fuese más hostil en favor de su propio poder y el de sus amigos». Quizá no resultase tan sorprendente: por más que sus críticos lo viesen como tal, Carranza no era un dictador.

El panorama económico no podía ser más desastroso. Sin crédito externo o interno, con una enorme deuda de casi setecientos millones de pesos, poco podía hacer el gobierno más allá de cubrir su insaciable presupuesto militar. El desempleo aumentaba y sólo el 12 por ciento de las minas estaba en operación. 1917, el año de la Constitución, fue terrible en el campo mexicano: la pérdida de cosechas de subsistencia y la imposibilidad de importar grano provocaron hambre. Tampoco faltaron otras maldiciones bíblicas: la peste y la guerra.[64]

El país seguía siendo un vasto campamento rebelde. En las

montañas de Morelos, Zapata continuaba su tenaz revolución. En Veracruz, con el propósito de regresar a los tiempos de su tío, operaba Félix Díaz. En Oaxaca, inspirados también por el recuerdo porfiriano y por un antiguo autonomismo, actuaban Guillermo Meixueiro y José María Dávila. En la Huasteca, alrededor de Tampico y Tuxpan, el general Manuel Peláez seguía protegiendo a las compañías petroleras de toda interferencia central. En San Luis Potosí, el enemigo eran los hermanos Cedillo, y en Michoacán una hiena nacida hombre por equivocación: Inés Chávez García. En Chihuahua merodeaba la pesadilla mayor, el rebelde de leyenda: Villa; sus hachazos espaciados pero certeros cimbraban el viejo tronco del «árbol don Venus».

En sus tres años casi exactos de gobierno constitucional, Carranza logró reducir sólo a algunos jefes menores y a dos luminarias: Felipe Ángeles, juzgado y fusilado el 26 de noviembre de 1919, y Emiliano Zapata, muerto por traición, en abril de ese mismo año. Implacable con sus enemigos, Carranza pensó quizá que seguía los pasos de Juárez. Se equivocaba en los medios y en los fines. Al restaurar la República, Juárez había decretado una amplia y generosa amnistía. El alumno, en este sentido, resultó inferior al maestro. La historia se lo reclamaría, y con razón.

Los acontecimientos que desencadenó Carranza al abrir aquella caja de Pandora siguieron su curso. En febrero de 1918, sólo 97 comunidades habían recibido tierras. Carranza tenía serias dudas sobre la efectividad económica y social del nuevo artículo 27 en su parte agraria. Sería el primero, no el último presidente en tenerlas. Para dictaminar en firme sobre la situación, envió a Pastor Rouaix a viajar por la República y observar el problema *in situ*. Del viaje nació una iniciativa que no llegaría al Congreso, pero que reflejaba la desilusión carrancista con las medidas radicales que, según el propio

Carranza, habían rebasado «las fronteras de nuestro medio socia1»: pugnaba por la pequeña propiedad, negaba la propiedad comunal y las dotaciones gratuitas. El sueño de Carranza eran las granjas y colonias agrícolas, y su ideal inmediato, como buen norteño, ver al campesino mexicano convertido en un parvifundista emprendedor. No sorprende que hacia el final de su periodo se devolvieran algunas haciendas y se hubiesen entregado sólo doscientas mil hectáreas.

En la cuestión obrera la pauta de conflicto no se repitió. Carranza puso oídos sordos a la presión patronal, que lo incitaba a emplear «mano dura», y respetó varios movimientos de huelga. A un político de su sagacidad no podía escapársele la fuerza real de los obreros y la conveniencia de restablecer con ellos el pacto de 1915. Quizá por eso apoyó al gobernador de su propio estado, Gustavo Espinosa Mireles, para organizar en mayo de 1918 un congreso obrero con representación nacional. De aquel congreso nació, para bien, la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), la primera gran central obrera de nuestra historia, antecedente —pero no pariente— de la actual CTM. El ganancioso, sin embargo, no fue Carranza sino el habilísimo Obregón: con la vista fija en la silla presidencial, firmó un pacto secreto de apoyo con el secretario de la CROM —Luis N. Morones— y su apretada camarilla, denominada Grupo Acción. Cuando cayó Carranza, en mayo de 1920, el movimiento obrero mostraba un balance positivo: no se había reglamentado el artículo 123, pero la presencia de los obreros en la vida política mexicana era ya un hecho irreversible.

Los párrafos del artículo 27 relativos al subsuelo fueron materia permanente de controversia. Carranza, el más radical de los nacionalistas, hubiese querido reglamentarios a toda

prisa, pero las circunstancias internacionales no lo favorecían. Al entrar en la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos requería una vía expedita al petróleo mexicano, y así lo hizo ver, anclando en varias ocasiones barcos de guerra frente a Tampico. Por otra parte, el Departamento de Estado siguió insistiendo en el carácter confiscatorio de los decretos carrancistas y el «bolchevismo» del artículo 27. Pretendía así la completa derogación del nuevo cuerpo legal, la vuelta sin cortapisas al *statu quo ante.* Nada más alejado del pensamiento de Carranza. El 19 de febrero de 1918 emite un nuevo decreto que define regalías, contratos e impuestos, y reglamenta los permisos obligatorios de exportación. Las compañías terratenientes quedaban en condición de concesionarias. La historia se repite: Washington truena, Carranza persiste.

Se ha ponderado mucho, aunque nunca suficientemente, la gallardía internacional de Carranza, en particular frente a Estados Unidos. De principio a fin resguardó los intereses de México con una obstinación que en su momento pareció ceguera o rigidez, pero que, bien vista, fue una mezcla afortunada de firmeza y ductilidad. Entre los muchos recursos de la diplomacia carrancista, se contó la que en inglés se denomina *brinkmanship* y que en castellano significa habilidad para llevar el regateo en provecho propio hasta el filo del precipicio, sin caer en él. Durante aquellos tres años de tormenta interna y externa, varios grupos oficiales y empresarios de Estados Unidos pugnaban sin tapujos por retirar el reconocimiento al gobierno de Carranza, presionar para derrocarlo y hasta intervenir militarmente. (Esta fue, por ejemplo, la posición del Comité Fall en el Senado norteamericano.) Por otra parte, el presidente Wilson representaba casi siempre la vertiente conciliadora o blanda: aunque no comprendía a Carranza, se preciaba, con razón, de

no haber empleado en gran escala su fuerza militar contra México. Uno de los grandes aciertos de Carranza consistió en explotar las contradicciones internas entre estos bloques, grupos o personas en el poder de Norteamérica. Dividió y venció.

Con ser elevada, su lección mayor no la dio en el terreno intelectual: la impartió en el campo de la moralidad. No lo conmovían las amenazas ni los mimos. Siguió fiel a la pauta de los primeros años. Una y otra vez el Departamento de Estado amagó con medidas violentas y en ocasiones, como en el caso de la Expedición Punitiva, las cumplió. Ante ellas Carranza reaccionó con apego a postulados jurídicos de convivencia y respeto internacionales. Cuando los norteamericanos intentan no con el palo sino con el pan, Carranza se mantiene imperturbable. Los deseos de aquéllos por acudir en «auxilio y redención de su postrado país» eran, a su juicio, la otra cara de una misma moneda intervencionista. Carranza no cayó en provocaciones ni las hizo. La cosecha fue generosa: no cedió ni cambió en términos de legislación, evitó una auténtica intervención e introdujo nuevas reglas del juego en las relaciones de México con gobiernos, compañías o particulares del exterior. Y todo ello en plena Primera Guerra Mundial, de la cual Estados Unidos emergería más poderoso que nunca.[65]

Se ha dicho también que, como contrapeso a la presión e influencia norteamericanas, Carranza coqueteó más de la cuenta con Alemania. El coqueteo existió, pero menos de la cuenta. Carranza esperó ayuda de Alemania antes, durante y después de la guerra mundial, pero no al grado de renunciar a la neutralidad mexicana en la guerra ni de embarcarse en aventuras riesgosas para México o en actitudes provocativas frente a Estados Unidos o los aliados. Otro gobernante

distinto de Carranza hubiese escuchado a las sirenas del «telegrama Zimmermann», culminación de una serie de intentos por involucrar a México en una guerra con Estados Unidos para disuadir a éste de entrar en el conflicto europeo. A la letra, el famoso telegrama decía:

«Tenemos intenciones de comenzar la guerra submarina ilimitada el l.° de febrero. Con todo, se intentará mantener neutral a Estados Unidos. En caso de que no lo lográramos, proponemos a México una alianza bajo la siguiente base: dirección conjunta de la guerra, tratado de paz en común, abundante apoyo financiero y conformidad de nuestra parte en que México reconquiste sus antiguos territorios en Texas, Nuevo México y Arizona. Dejamos a Su Excelencia el arreglo de los detalles.

»Su Excelencia comunicará lo anterior en forma absolutamente secreta al presidente tan pronto como estalle la guerra con Estados Unidos, añadiendo la sugerencia de que invite al Japón a que entre de inmediato en la alianza, y al mismo tiempo sirva de intermediario entre nosotros y el Japón.

»Tenga la bondad de informar al presidente que el empleo ilimitado de nuestros submarinos ofrece ahora la posibilidad de obligar a Inglaterra a negociar la paz en pocos meses. Acúsese recibo.

»*Zimmermann*».

Según Friedrich Katz —autor de una obra magistral sobre la vida exterior de México entre 1910 y 1920: *La guerra secreta en México*—, el telegrama Zimmermann constituía una «engañosa maniobra en gran escala para inducir a Carranza a efectuar un ataque contra Estados Unidos». Aunque el Servicio de Inteligencia británico lo reveló prematuramente, es dudoso que Carranza lo hubiese aceptado: si algo

caracterizaba al viejo presidente era la prudencia.[66] Las concesiones que dio a los alemanes —cuya labor de infiltración, propaganda y espionaje en esos años fue activa y exitosa— se comprenden no a la luz de la simpatía o la sumisión, sino a la del necesario equilibrio frente a un vecino imperioso. Así también se explica otra de las campanadas internacionales de Carranza: su acercamiento a los países latinoamericanos.

A fines de 1916, un delegado diplomático norteamericano expresó una opinión que aún ahora parece increíble: «Los mexicanos hablan como si su país estuviera completamente hecho, y fuera un Estado soberano altamente desarrollado, tratando en un plan de igualdad con las naciones de la Tierra».

Al finalizar el periodo carrancista la fórmula *como si* se había transformado definitivamente en *debido a que;* el *fuera* se volvió *es.* Carranza había afirmado la soberanía nacional y la independencia —dos ideales nacidos en el siglo XIX— tornando irreversibles para México cuatro postulados de convivencia internacional que desde entonces se conocieron como la Doctrina Carranza. Juárez, en su momento, había proclamado: «Entre los individuos como entre las naciones el respeto al derecho ajeno es la paz». En este caso, el discípulo Carranza vindicó con creces el postulado del maestro:[67]

«Que todos los países son iguales; deben respetar mutua y escrupulosamente sus instituciones, sus leyes y su soberanía;

»que ningún país debe intervenir en ninguna forma y por ningún motivo en los asuntos interiores de otro. Todos deben someterse estrictamente y sin excepciones al principio de no intervención;

»que ningún individuo debe pretender una situación mejor que la de los ciudadanos del país a donde va a establecerse, ni

hacer de su calidad de extranjero un título de protección y de privilegio. Nacionales y extranjeros deben ser iguales ante la soberanía del país en que se encuentran;

»que las legislaciones deben ser uniformes e iguales en lo posible, sin establecer distinciones por causa de nacionalidad, excepto en lo referente al ejercicio de la soberanía».

Con los artículos que tocaban la delicada cuestión religiosa, Carranza fue particularmente cauto. Desde el principio se negó a ponerlos en vigor, pero en algunos estados los gobernadores se impacientaron. El primer brote ocurrió en Jalisco a mediados de 1918. Ante la restricción oficial a los ministros religiosos, se organiza un vasto y efectivo boicot comercial. En previsión de mayores problemas, el gobierno revoca el decreto correspondiente y vuelve la paz. Carranza propone de inmediato dos iniciativas de reforma a la Constitución: un nuevo artículo 3.° y cambios tolerantes y conciliadores al artículo 130.

El 21 de noviembre de 1918 el *Diario Oficial* publicó la iniciativa de reforma al artículo 3.°. Por primera vez predomina entonces en Carranza el espíritu liberal del siglo XIX. Al citar el artículo 3.° comenta:

«Tratada así la garantía, su evidente forma restrictiva y su espíritu… no se acomodan a la amplitud filosófica en que se ha de externar el derecho de libertad de enseñanza, ni se hallan acordes con las necesidades reales y menos aún en armonía con el medio para el cual se legisla».

La iniciativa comprendía un detallado recorrido histórico con el objeto de mostrar que ni en tiempos de «avasalladora teocracia» ni en épocas de predominio liberal se habían insinuado siquiera prohibiciones a la libertad de conciencia como la que sancionaba el artículo 3.° de la última Constitución. Además de esta razón histórica argüía otras: el

temor infundado a la libertad, la necesidad de «no coartar la voluntad familiar respecto de la enseñanza de los hijos», el «sentir franco y general del país … en favor de la más sincera tolerancia»… El argumento mayor era premonitorio de la inminente guerra de los cristeros.

«Si en las leyes perdurase el espíritu parcial que se observa en el artículo tercero… se correría grave riesgo de prolongar la irritación característica de las contiendas de religión, que tan funestas han sido en el Viejo y en el Nuevo Mundo…»

El nuevo artículo 3.° que proponía Venustiano Carranza era el siguiente:

«Es libre el ejercicio de la enseñanza, pero ésta será laica en los establecimientos oficiales de educación, y laica y gratuita la primaria superior y la elemental que se imparta en los mismos. Los planteles particulares de educación estarán sujetos a los programas e inspección oficiales».

En su exposición de motivos para reformar el artículo 130, Carranza se mostró igualmente claro. Recordó un elogio de Mata en el Constituyente del 57 a la libertad de conciencia y argumentó que el artículo contradecía «la jurisprudencia nacional, escrupulosa en mantener la diferencia entre la jurisdicción del Estado y la jurisdicción religiosa», y declaró con todas sus letras:

«…medio siglo después de las Leyes de Reforma, aparecería extemporáneo e incompatible con la tolerancia y la cultura ambiente … traspasar la línea frente a la cual se detuvo en medio del hervor de las pasiones el presidente Lerdo de Tejada».

La iniciativa de ley de Carranza proponía derogar los párrafos séptimo y octavo del artículo 130 (la determinación por las legislaturas de los estados del número máximo de ministros de culto y el requisito de ser mexicano por

nacimiento para ejercer el ministerio, respectivamente) y reformaba el párrafo decimosexto en el sentido de que la adquisición de los bienes del clero por particulares se rigiese según las disposiciones del artículo 17 de la propia Carta Magna. Para su decepción, como en el caso del problema agrario, sus proyectos no encontraron eco: las legislaturas locales y dos tercios del Congreso los rechazaron.[68]

Algunos historiadores han atribuido al presidente Carranza una «marcha atrás» en política social: freno a la reforma agraria, freno relativo al movimiento obrero, freno a los artículos 3.° y 130. En realidad, su actitud es congruente antes, durante y después del congreso constituyente. Los jóvenes radicales lo habían vencido, mas no convencido. Los nuevos artículos, que a su juicio hubiesen requerido un proceso de maduración, formaban parte ya de la nueva Carta, pero ésta no era inmodificable y menos con los poderes que ella misma reservaba al poder ejecutivo. Por diversas razones, discutibles aunque nunca triviales, Carranza pensó que la nueva legislación era errónea, e intentó oponérsele y reformarla. Al hacerlo, cabe recordar, utilizó vías políticas y legales. No objetaba la necesidad de reformas sociales. Objetaba la forma y el *tempo* en que se habían impuesto. Estimaba contraproducentes ambos.

Algunos años más tarde, Manuel Gómez Morin escribía un párrafo que reflejaba la verdadera actitud de Carranza ante la legislación radical: «Elevar a precepto legal lo que es un ideal trascendente provoca a menudo la imposibilidad de realización de ese mismo ideal».

Carranza se opuso a algunos aspectos agrarios del artículo 27 y, en su totalidad, a los artículos 3.° y 130, justamente porque pensaba que al ponerlos en práctica bloquearía la realización de los ideales de justicia y libertad que los

sustentaban. Quizá entonces dudó de su concepto de democracia. Si democracia era, en esencia, «el gobierno de la razón alta, profunda y serena que … observando … sus necesidades busca fórmulas adecuadas … medidas salvadoras … y reformas útiles», ¿quién aseguraba que el criterio utilizado en esa observación y esas decisiones fuera el de «la razón alta, profunda y serena»? De pronto percibió que su puente entre siglos había olvidado la tierra firme del siglo XIX. Pero era tarde para tender nuevos puentes. La fuerza de la tradición colonial «anudada» al ímpetu moderno devastaba el islote liberal que don Venustiano Carranza, finalmente, reconoció como el propio.

NOTAS

64. Jean Meyer, *La Revolución mexicana* (México, 1991), pp. 94-95.

65. María Eugenia López de Roux, «Relaciones México-norteamericanas, 1917-1918», en *Historia Mexicana,* vol. XIV, n.° 55 (México, ene.-mar. 1965), pp. 445-468; Freeman, «EE.UU. y las reformas de la Revolución mexicana, 1915-1928», en *Historia Mexicana,* vol. XIX, n.° 74 (México, oct.-dic. 1969), pp. 189-227.

66. Friedrich Katz, *La guerra secreta en México,* 2 vols. (México, 1984), vol. II, pp. 37-74; Yolanda de la Parra (comp.), «México y la primera guerra mundial», en *Nuestro México* (México, 1983), n.° 8.

67. Lorenzo Meyer, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores,* 8 vols. (México, 1991), vol. VI, pp. 39-41.

68. Ulloa, «La Constitución…», pp. 452-453, 462-465.

Al acercarse las elecciones presidenciales de 1920 Carranza era, más que nunca, un hombre rebasado. Una nueva ideología y una nueva actitud con raíces en el pasado y en el futuro lo habían sobrepasado en 1917. Después, las circunstancias se le vinieron encima: levantamientos, fermentos políticos, inquietud social, desastre económico, epidemias, hambre, boicots, huelgas… La caballada estaba más alborotada que nunca y el viejo presidente no tenía posibilidades ni tiempo para arrendarla. Para colmo, de modo y en medida sin precedente, buena parte de la nueva clase política usufructuaba los puestos públicos como propiedad privada. «“El Viejo” no roba, pero deja robar», se llegó a decir. Mientras que Vasconcelos ideó el despectivo «carranclán», el pueblo —que había inventado ya el vocablo para designar a los constitucionalistas: «consusuñaslistas»— discurría ahora el neologismo «carrancear» como sinónimo de robar. Carranza no fue insensible al desprestigio moral y la sangría económica. Para contrapesar ambos fundó la Contraloría General de la Nación. Esfuerzo inútil. A pesar de su honradez personal, en la mente de muchos mexicanos humildes su figura quedó asociada a la corrupción.

«La Revolución es la Revolución», había dicho Luis Cabrera: Carranza lo creía también. Difícil definida, difícil embridarla. Quizá por eso no pretendió una acción moralizadora a ultranza. En su cautela había asimismo un dejo de fatalidad, la sensación de que la lucha no sólo significaba cambio sino también fango: botín, ambición, depredación. Quedaban todavía demasiados frentes inciertos como para seguir abriendo nuevos.

Con todo, precisamente en medio del acoso, Carranza abre el último de sus frentes: pensando quizá en la defensa civilista

de Juárez en 1871 contra la «odiosa banderola del militarismo», decide incluir en la historia de México un capítulo a la vez deseable y prematuro: el fin del militarismo. Aquel viejo sagaz sabía que un nuevo Díaz sonorense aguardaba su turno en la presidencia con credenciales no inferiores a las que tenía Porfirio en su momento. Sabía perfectamente el desenlace de aquella historia. Y sin embargo insiste. A Blasco Ibáñez, que por entonces preparaba su libro *El militarismo mexicano*, le confía su propósito:

«El mal de México ha sido y es el militarismo. Sólo muy contados presidentes fueron hombre civiles. Siempre generales, ¡y qué generales!… Es preciso que esto acabe, para bien de México; deseo que me suceda en la presidencia un hombre civil, un hombre moderno y progresivo que mantenga la paz en el país y facilite su desarrollo económico. Hora es ya de que México empiece a vivir como los otros pueblos».[69]

Sí, hora en el tiempo de lo moral, mas no en el de lo político. Carranza cometió un doble error de índole política: dar la espalda a Obregón —el triunfador militar del movimiento armado— y promover la candidatura del embajador en Washington, Ignacio Bonillas. Su designación resultó tan disparatada que la opinión pública, según cuenta Blasco Ibáñez, la tomó a chunga:

«Entre las canciones nacidas en la capital de España que ruedan por los teatros y *music-halls* de todos los países americanos de lengua española, hay una que se ha hecho popularísima. Es la historia de una pastorcita abandonada y vagabunda que ignora dónde nació y cuáles fueron sus padres, que no puede decir nada de su origen y sólo sabe que su apodo es “Flor de Té”. El maligno público de México bautizó inmediatamente al candidato de Carranza, venido del

extranjero, y que nadie sabía quién era ni adónde podía ir: "¡Viva Bonillas! ¡Viva Flor de Té!"».

El poder real no lo ostentaba ya Carranza, y mucho menos el pobrecito «Flor de Té», sino el compacto grupo sonorense que desde el cuartelazo de Huerta y el Plan de Guadalupe había desempeñado un papel decisivo en la Revolución. Nadie dentro del grupo objetaba la preminencia de Obregón: el caudillo indiscutido, el vencedor de Villa, «el hombre más popular y temido», según Blasco Ibáñez. Su proyecto era claro: «Si no consigo que me elijan presidente», proclamaba Obregón a diestra y siniestra, «será porque no quiere don Venustiano. Pero antes de que el viejo barbón falsee las elecciones, me levantaré en armas contra él».[70]

En abril de 1920 el grupo sonorense lanza el Plan de Agua Prieta, desconoce al gobierno y reinicia por su cuenta la Revolución. Pero la gente tiene el presentimiento de que ésta será la más breve de las revoluciones.

Martín Luis Guzmán encontró el adjetivo perfecto para calificar el fin de Venustiano Carranza: ineluctable.[71] No era sólo el repudio general a «Flor de Té» o la estrella ascendente de Obregón y su grupo. Bien vista, aquélla era la última de una serie de derrotas que habían comenzado mucho antes: en el congreso constituyente de Querétaro. Nuevas generaciones tocaban ruidosamente a la puerta del poder. ¿Cómo detenerlas? ¿Cómo convencerlas de que una vez más, como en 1911, 1913 o 1915, el viejo patriarca tenía toda la razón? Imposible. Carranza lo entendió bien pero no cedió: representaba la legalidad. Inconmovible, impasible, volvió seguramente a su libreto juarista y emitió un manifiesto «claro, terminante» y digno:

«Se equivocarían completamente quienes me supongan capaz de ceder bajo la amenaza del movimiento armado, por

extenso y poderoso que sea. Lucharé todo el tiempo que se requiera y por todos los medios posibles… Debo dejar sentado, afirmado y establecido el principio de que el poder público no debe ya ser premio de caudillos militares cuyos méritos revolucionarios no excusan posteriores actos de ambición».[72]

«Nada superaba en él a su obstinación», agrega Martín Luis Guzmán, «nada a su incapacidad de reconocer sus errores. Pudiendo rectificar, ni un momento pensó en hacerlo.» Pero ¿por qué rectificar? La lógica que para entonces guiaba los pasos de Carranza no era política sino puramente jurídica y moral. No se trataba ya de salvar vidas, y menos aún —como le confió a Roque Estrada— su vida; se trataba de salvar principios. Tenía el deber de conservar la legalidad obedeciendo, antes que a la estrategia, al destino. Su fin era ineluctable, justamente porque lo había asumido con libertad. A un grupo de generales que lo visitan el 21 de abril de aquel año de 1920 —entre ellos Jacinto B. Treviño y Francisco J. Múgica— les advierte: «Nada ni nadie me harán retroceder en mi camino, pues no tengo más punto de vista que someter a los alzados por medio de las armas o caer luchando en la contienda… Desde el año de 1913 tengo prestada la vida».[73]

No es casual que durante su última noche en la ciudad de México releyera una de sus biografías favoritas: *Belisario (Bélisaire)*, del autor francés Jean François Marmontel (1723-1799). Aquel extraordinario general romano de principios del siglo VI había emprendido campañas comparables sólo a las de Alejandro Magno y Julio César. Durante treinta años ininterrumpidos había vencido a los moros y vándalos en África, a los ostrogodos en Italia, a los persas en Asia, a los hunos en Constantinopla. Gracias a Belisario, el emperador Justiniano había podido consolidar el Imperio bizantino y la

fe cristiana. Pero, según Marmontel, había sufrido un terrible fin: ofuscado por la envidia, el emperador Justiniano dejó ciego a Belisario con hierros candentes en una prisión. Convertido en paria, Belisario no abjuró de su fe ni de su emperador. A la plebe indignada le respondía: «¿En qué país no se ve siempre a los hombres de bien víctimas de los malvados?». A su propia hija la consolaba con tonos dignos de Epicteto: «Privándome de la vista no han hecho más que lo que iba a hacer la vejez o la muerte». «Quien se da todo entero a la patria», afirmaba Belisario, «debe suponerla insolvente, porque lo que expone por ella, en realidad, no tiene precio.»[74]

En la virtud estoica de aquel general romano dúctil a la fatalidad encontró Carranza su último perfil y su consuelo. Para sorpresa de sus allegados y colaboradores, cuando por fin decide abandonar la capital y emprender la marcha hacia Veracruz lo hace del modo más inconveniente, mudando en una inmensa caravana de 60 vagones a los poderes públicos: su gente, archivos, armas y haberes. Sus movimientos, casi deliberadamente pausados ahora, no los dicta ya el instinto de supervivencia sino la voluntad de legar un testimonio: «La historia reconocerá el móvil patriótico de mis actos y juzgará de ellos. Procedo como creo mi deber en bien del país».

Nunca como en aquel trance se vio a sí mismo Carranza como personaje de un drama histórico. Y una vez más su sabiduría histórica acierta: lo era. Fernando Benítez, a quien debemos una espléndida novela histórica sobre la caída de Carranza, pone en boca del «Rey Viejo» una última lección:[75]

«No hay un gran mexicano que no haya sido un fugitivo. Los mejores han vivido errantes, no una semana o dos, sino años enteros, y al final ellos fueron los victoriosos. Cobre usted ánimo. Nada se nos da regalado. Todo hay que conquistarlo con fe y con sacrificio. ¿Recuerda usted a Juárez?

Durante meses anduvo en el desierto metido en un coche desvencijado, traicionado por sus amigos más íntimos. Y venció. Nosotros venceremos también si sabemos endurecernos contra la adversidad».

Hermosa interpretación, pero romántica e inverosímil, al menos para ese momento de la vida de Carranza. Lo más probable, a juzgar por múltiples testimonios, es que para ese tiempo don Venustiano hubiese perdido la fe. No por eso cedió al abatimiento ni infundió dubitaciones a los suyos. Pero tampoco esperanza. Quizá entonces recordara su actitud ante el sacrificio de su hermano Jesús, y no dudó, ni por un instante, de haber actuado conforme al deber.

El gobierno trashumante de Carranza sufrió su primer revés militar en la Villa de Guadalupe. No sería el último. A partir de allí, escribe Martín Luis Guzmán, «cada kilómetro suscitaba temores nuevos, cada estación suscitaba mayores amenazas». El 14 de mayo se entabla en Aljibes un tiroteo sangriento contra las fuerzas de Guadalupe Sánchez que, como la gran mayoría de los generales, le había dado la espalda al régimen constitucional. En plena balacera, el general Urquizo llega hasta la plataforma del carro presidencial donde Carranza, sentado, tranquilo e «impertérrito», observaba el desorden y el pánico. Una y otra vez Urquizo intenta persuadirlo de que salga y escape. Carranza se niega. Había en su actitud algo de reto al destino: «No se movía del sillón en que reposaba; ni un músculo de su rostro se contraía … algunos proyectiles rebotaban siniestramente en el tren … y otros en el barandal dorado de la plataforma».

Por fin, accediendo a un ruego de Murguía, Carranza baja y monta con parsimonia un nuevo caballo. (Dos días antes habían matado el suyo en Rinconada, mientras lo montaba.)

Acosada por todos los flancos, la caravana se deshace. «Era como el resto de un naufragio.» Cortado el avance hacia Veracruz, la menguada comitiva de Carranza decide cambiar el rumbo: primero trataría de cruzar la Sierra de Puebla, para de allí seguir hacia Hidalgo, Querétaro, la Huasteca potosina y finalmente el norte. Sólo un puñado de generales lo acompañan: Mariel, Murguía, Urquizo, Barragán. Otros, como Iturbe, Aguilar y Diéguez, le son fieles, pero se hallan lejos. Ante el naufragio, Carranza no se inmuta: como nunca, muestra calma, fortaleza, orden.[76]

El 20 de mayo, después de seis días de larga y penosa caminata, la caravana de cien hombres —varios de ellos civiles— atraviesa el río Necaxa, pasa Patla y llega a las inmediaciones de La Unión, donde se les presenta el general Rodolfo Herrero, antiguo rebelde pelaecista que semanas antes se había acogido a la amnistía del gobierno carrancista.

La obsequiosidad de Herrero y el aval insospechable de Mariel, que lo conocía, persuaden a Carranza de seguir hasta Tlaxcalantongo. En aquella ranchería debían pernoctar el 20, hasta recibir noticias de Mariel, quien se adelantaría a Villa Juárez a fin de averiguar la actitud de los jefes Hernández y Valderrábano, y, de hallarla positiva, franquearía un trecho más de ruta hacia el norte.

Ya en Tlaxcalantongo, Herrero escolta a Carranza hasta la choza que lo albergaría esa noche. Carranza, en atención a sugerencias de Herrero, ordena a Murguía que disponga guardias. A la una de la madrugada, so pretexto de que a un hermano suyo lo han herido en un lugar cercano y reclama su atención, Herrero sale de Tlaxcalantongo. Al enterarse, Barragán, Cabrera y Aguirre Berlanga expresan su desconfianza al presidente. Pero Carranza está dispuesto a encarar un desenlace definitivo, la salvación o la muerte: «Lo

que ha de suceder que suceda. O nos va muy bien o nos va muy mal en esta campaña. Digamos como Miramón en Querétaro: "Dios esté con nosotros en estas veinticuatro horas"».

En el jacal del presidente duermen su secretario Pedro Gil Farías, Mario Méndez, los capitanes Octavio Amador e Ignacio Suárez y, cerca de él, el ministro de Gobernación, Manuel Aguirre Berlanga. En el vértice de la choza de madera opuesto a la puerta, Carranza —cosa extraña en él— no logra conciliar el sueño. Hacia las tres de la madrugada un enviado de Mariel le comunica a Murguía que Hernández y Valderrábano son fieles y la ruta del día siguiente queda abierta. Murguía envía, con un oficial apellidado Valle, la buena noticia al presidente. Acompañado de un indio que lo alumbra, Valle da el mensaje a Carranza, quien lo lee y comenta: «Ahora sí, señores, podemos descansar». Sólo veinte minutos habían transcurrido cuando, de súbito, en medio de la oscuridad y la lluvia, comenzó el clamor de voces y estrépito de disparos.[77]

NOTAS

69. Blasco Ibáñez, pp. 36-37.

70. Ibíd., pp. 69-86; Matute, pp. 156 y 163.

71. Martín Luis Guzmán, *Muertes históricas* (México, 1959), p. 29.

72. Venustiano Carranza, «Manifiesto a la nación», en *La Prensa,* 18 may. 1920 (San Antonio, Texas).

73. Miguel Gil, «Tengo la vida prestada desde 1913, contestó don Venustiano Carranza», en *La Prensa,* 27 jul. 1943 (San Antonio, Texas).

74. Rubén García, «El romano Belisario, figura eterna. Lectura de don Venustiano Carranza», en *El Demócrata Sinaloense,* 16 feb. 1950 (Sinaloa); Entrevista del autor con Rafael Carranza (México, mar. 1985).

75. Fernando Benítez, *El rey viejo* (México, 1959), pp. 95-110.

76. Ramón Beteta, *Camino a Tlaxcalantongo* (México, 1961) pp. 43-72.

77. Francisco L. Urquizo, *Asesinato de Carranza* (México, 1959), pp. 99-105; Guzmán, *Muertes…*, pp. 83-88.

Misterio en Tlaxcalantongo

Sobre lo que ocurrió a partir de ese instante hay varias versiones. Una de ellas, la más popular, se debe al general Francisco L. Urquizo. En su libro *Asesinato de Carranza*, Urquizo omite al oficial Valle y sostiene que el portador del mensaje de Murguía al presidente, era precisamente un indio: «El indio, lejos de quedarse, como se le indicaba, se fue sin duda en busca de Herrero, que seguramente a esas horas estaría ya a las orillas del poblado, para notificarle quizá el lugar exacto en que se alojaba el señor Carranza; pues probablemente quiso cerciorarse primero del sitio preciso en que dormía el presidente, antes de atacarlo, y no errar el golpe».

«A los pocos minutos era rodeada la choza del señor Carranza y se rompía violentamente el fuego sobre sus endebles paredes de madera. El presidente desde un principio recibió un tiro en una pierna y trató de incorporarse inútilmente para requerir su carabina. Al sentirse herido dijo al licenciado Aguirre Berlanga, que estaba a su lado: “Licenciado, ya me rompieron una pierna”. Fueron sus últimas palabras. Otra nueva herida recibió quizá y su respiración se hizo fatigosa, entrando en agonía. Después penetraron al jacal los asaltantes y le remataron a balazos.»

Urquizo no presenció la escena; dormía en otra choza. Salvó la vida en la balacera y sólo pasados tres días supo de la muerte de Carranza. La descripción de su libro corresponde, según explica, a la de los testigos presenciales, pero lo cierto es que las versiones de estos testigos —Ignacio Suárez, Aguirre Berlanga y Octavio Amador— fueron distintas de la suya.

En su libro *Carranza, forjador del México actual* (publicado tardíamente en 1965), Suárez describe así la escena:

«Ya en la meseta, amparados por la neblina y la fuerte

lluvia, avanzaron pecho a tierra deslizándose como reptiles por el piso lodoso, silenciosamente, y así fue que el primer grupo alcanzó la parte posterior del alojamiento, directamente al ángulo suroeste del jacal donde descansaba el señor presidente (lugar opuesto a la entrada), y poniéndose en pie lanzaron sus gritos de "¡Viva Obregón! ¡Viva Peláez! ¡Muera Carranza!", descargando sus armas directamente sobre dicho ángulo, donde, repetimos, estaba el señor Carranza, de fuera para adentro y de arriba hacia abajo. Años después, antes de que la acción del tiempo destruyera el jacal, se observaban (testimonios de vecinos que allí habitaron en 1920) las perforaciones en la pared de madera delgada, ocasionadas por los proyectiles».

La declaración de Aguirre Berlanga, en cambio, fue dada días después de lo sucedido:

«…y como a las tres y cuarto de la madrugada del 21 llegó un oficial del general Murguía con un correo que traía un oficial del general Mariel, en el que daba cuenta de que la comisión que había ido a desempeñar estaba arreglada satisfactoriamente; Mariel había salido de La Unión a Xico a ver si era posible una ruta expedita hacia el norte; al leer esa comunicación, el presidente les dijo: "No había conciliado el sueño". Momentos después apagó él mismo la vela (el señor Carranza) y todos durmieron profundamente. Como media hora después fueron unas tremendas descargas de fusilería que los despertó en completa zozobra, llenando a todos de pavor por lo inesperado, pues que [en] esa ocasión tenía[n] plena confianza; inmediatamente después de las primeras descargas, dijo el señor presidente: "Licenciado, me han quebrado una pierna, ya no puedo moverme", contestándole: "¿En qué puedo servirle, señor?", pero nada respondió, ignorando si oiría sus palabras, pues las descargas de fusilería continuaban con intensidad, así como los gritos de "Muera

Carranza", "Sal, viejo barbas de chivo", "Ven para arrastrarte" y otras insolencias y blasfemias; todo el asalto del jacal se desarrolló en unos siete u ocho minutos, se abalanzaron los asaltantes sobre el jacal diciendo: "Salgan" y el capitán Amador les dijo: "No tiren, estamos rendidos", insistiendo en gritar que "salieran" y entraron ellos con la carabina en la mano y con la luz encendida, apuntando al pecho de los de adentro; el señor Carranza no moría aún, pero ya no volvió a hablar, teniendo sólo estertor; que inmediatamente fueron desarmados de sus pistolas y de las dos carabinas que únicamente había y eran de los señores Farías y Méndez; que el señor Carranza no tenía carabina; que el salvarse todos fue porque parece que el blanco objetivo principal fue el señor Carranza, que estaba bien localizado por los asaltantes».[78]

La declaración de Octavio Amador, contemporánea también del suceso, coincide con la de Aguirre Berlanga y añade un dato de interés sobre los asaltantes: «El capitán Garrido intimó rendición preguntando por el presidente y al saber que estaba herido dijo que iban a llamar un doctor. Como no lo hubo, dijo que procurarían curarlo. Luego se oyó un ronquido grueso…».

Amador, Suárez y Aguirre Berlanga no vieron a los asaltantes «penetrar en el jacal y rematar a Carranza a balazos». Aguirre Berlanga no se refiere explícitamente más que a la bala que hirió al presidente en una pierna. Sólo Suárez afirma que los balazos que mataron a Carranza vinieron de fuera de la choza. Esta versión es, sin duda, muy probable.

Hay bases, sin embargo, para considerar una hipótesis alternativa. Todo ocurre tal como Suárez y Aguirre Berlanga lo narran, hasta el disparo que rompe la pierna de Carranza. En aquellos minutos de estruendo, lluvia y oscuridad, el

presidente, sabiéndose perdido y acarreando desde hacía tiempo un ánimo fatalista, prefiere morir de propia mano. Se pone los anteojos. Toma su pistola Colt .45. Con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda apunta el cañón a su pecho. Dispara tres veces. Sigue el estertor y sobreviene la muerte.[79]

Esta versión —la cual, antes que disminuir, acrecienta la altura moral e histórica de Carranza— fue, por supuesto, la que sostuvo Herrero.[80] Pero desechando en principio la declaración de Herrero, quedan, no obstante, seis indicios de verosimilitud:

1) *Testimonio del embalsamador*

El doctor Sánchez Pérez, quien embalsamó el cadáver de Carranza, declaraba el 3 de junio de 1920 haber encontrado en él cinco heridas de bala. Tres se localizaban en el tórax, una en la pierna y otra, más sorprendente: «Por último advertí otra herida producida por arma de fuego con orificio de entrada en la cara dorsal de la primera falange del dedo índice izquierdo y con orificio de salida por la cara palmar del mismo e hiriendo la cara palmar del dedo pulgar de la misma mano». ¿Cómo explicar, si no es con la hipótesis alternativa, esta herida? ¿Qué otro proyectil sino una bala cercana de pistola pudo producir una herida sangrienta?

2) *Tamaño de las balas*

Aunque nunca se efectuó una autopsia formal del cadáver, los orificios de la camisa y camiseta de Carranza parecen ser de pistola, no de carabina como las que, según todas las declaraciones, portaban los asaltantes.

3) *Vaguedad en las declaraciones de Aguirre Berlanga*

En el acta, Aguirre Berlanga había dicho: «Que no afirma ni niega que el señor Carranza se haya disparado a sí mismo, pero en todo caso no cree el declarante que haya cometido tal

acto». No negar, en este caso, significaba conceder la posibilidad.

4) Falta de refutación de la hipótesis alternativa

En los días que siguieron a la muerte de Carranza, varias personas atestiguaron expresamente contra la hipótesis del suicidio. Murguía y Barragán niegan la hipótesis por una misma razón: el número de balas y los lugares que interesaron. Urquizo no se refiere al hecho porque, como Murguía y Barragán, no lo presenció. Por su parte, Aguirre Berlanga no cree en la hipótesis alternativa porque «la oscuridad no permitía “ver ni a una cuarta distante de los ojos”». En la misma sesión, Aquiles Elorduy —integrante de una comisión investigadora formada en aquellos días— habla de «un centinela» que minutos antes de la balacera, «so pretexto de dar parte de “sin novedad”», había ido al jacal para advertir la posición de Carranza; explica que el cuerpo tenía «siete balazos» y niega la hipótesis alternativa porque «cuando acontece un hecho de esa naturaleza, todos los que lo saben lo gritan a voz en cuello».

Ninguna de estas afirmaciones constituía una refutación suficiente. Murguía y Barragán no mencionan específicamente el número ni el lugar en que se alojaron las balas, pero tal falta de datos no desmiente la hipótesis alternativa. Quizá la versión de Aguirre Berlanga, más que rebatir, confirme la hipótesis: ¿no sería que debido a la oscuridad, Carranza, siempre débil de la vista, usó de sus dedos para apuntarse él mismo? El testimonio no presencial de Elorduy es inexacto en cuanto al número de balazos (fueron cinco y no siete) y en otro punto: según testimonios de Suárez y Murguía, quien visitó la choza era el oficial Valle acompañado de un indio, no «un centinela». Su misión consistía en dar a Carranza un mensaje crucial, no un «sin

novedad». En cuanto a la aceptación espontánea y a voz en cuello del hecho, al parecer ocurrió, como puede verse en el inciso siguiente.

5) *El telegrama y el acta*

Anexas a la investigación de los sucesos de Tlaxcalantongo, que quedó en poder del entonces ministro de Guerra, Plutarco Elías Calles, hay varias copias fotostáticas de un telegrama manuscrito fechado el 21 de mayo, dirigido al general Francisco de P. Mariel y firmado por Paulina Fontes, Manuel Aguirre, Pedro Gil Farías, H. Villela, Ignacio Suárez, José J. Gómez y Francisco Espinosa: «Mi general, hemos tenido conocimiento que avanza usted con su gente a combatir al general Herrero. Le participo que el señor presidente se suicidó hoy en la madrugada y que todo el resto de los que le acompañábamos estamos prisioneros del señor general Herrero; por lo tanto le rogamos no nos ataque usted porque peligran nuestras vidas».

En la caja fuerte del juzgado donde en junio de 1920 se ventilaban los hechos, se conservaba un acta similar firmada por las mismas personas:

«Los suscritos hacemos constar que el señor presidente de la República, señor don Venustiano Carranza, según es de verse por la herida que presenta en el lado izquierdo de la caja del tórax, se dio un balazo con la pistola que portaba. El examen o autopsia indicará que el calibre de la bala corresponde al de su pistola, por lo que se deduce que él se privó de la vida. El combate fue de noche y durante él fue herido en una pierna. También hacemos constar que todos los que hemos sido hechos prisioneros hemos sido tratados con toda clase de garantías y consideraciones, compatibles con la situación en que nos encontramos. Hacemos constar que el jefe de las fuerzas que ocuparon el pueblo de

Tlaxcalantongo es de filiación obregonista y quien hizo el ataque obedeciendo órdenes del general Manuel Peláez».

Ambos documentos fueron redactados cuando los firmantes eran prisioneros del general Herrero, por lo que, en el juicio, Aguirre Berlanga declaró haberlos firmado «en son de protesta». No obstante, Octavio Amador confesó a Elorduy que «todos firmamos el telegrama voluntariamente, porque no nos obligó Herrero». Según el propio Amador, Mariel habría leído el telegrama —redactado por el mismísimo Aguirre Berlanga— sin aceptar petición, por lo que antes de liberar a los prisioneros Herrero ordenó levantar el acta para salvaguardar su responsabilidad. Por otra parte, Aguirre Berlanga admitía «entender» que Herrero y Fontes «idearon la estratagema [del telegrama] para evitar los propósitos de Mariel». Fontes, director de los Ferrocarriles, no declaró en el juicio, pero el 10 de junio de 1922 escribió en privado a Adolfo de la Huerta —entonces en Nueva York— su versión de los hechos, una versión idéntica a la que en esos mismos días, y en privado también, escuchó el propio De la Huerta de labios de Barragán:

«…cuando se nos incorporaron los señores licenciado Aguirre Berlanga, Mario Méndez, Pedro Gil Farías, mayor Octavio Amador y capitán Ignacio Suárez, quienes pernoctaron en la misma choza que el extinto presidente, nos dijeron que éste había sido herido en una rodilla por una bala enemiga, y que, después de decir que tenía una pierna destrozada, se disparó tres tiros con su propia pistola, tiros estos que le ocasionaron la muerte y uno de ellos que le lesionó el índice y el pulgar de la mano izquierda con la que se supone que sostenía contra su pecho el cañón de su arma. Al día siguiente, cuando en Xicotepec encontré al señor general Barragán… *me confirmó la versión*, *diciéndome haberla oído… del señor licenciado Aguirre Berlanga*».

6) *Los propósitos de Herrero*

¿Tenía Herrero la intención de matar a Carranza? El general Basave y Piña, su enlace con Obregón, le había insistido en «capturar a Carranza y a la parvada de bandidos que lo seguía». A juzgar por los testimonios presenciales, los asaltantes gritaban todo género de palabras soeces a Carranza pero buscando siempre que «saliera». Amador, como se recuerda, sostuvo que el capitán Garrido, de las fuerzas de Peláez y Herrero, «intimó rendición», entró a la choza y al advertir la agonía de Carranza «ofreció un médico». En fin, según el propio capitán Amador Herrero, Herrero «se indignó» al enterarse de la muerte de don Venustiano.

La actitud inmediatamente posterior de Herrero no fue la de un magnicida sino la de un rebelde que, «salvando a la patria», había cumplido con su deber. Con ese ánimo, el 23 de mayo se incorporó en Coyutla a las fuerzas del general Lázaro Cárdenas. Juntos hicieron el viaje a la capital para entrevistarse con el ministro de Guerra, Plutarco Elías Calles, a quien Herrero rindió su informe y entregó la pistola de Carranza.

El tribunal que juzgó los hechos en 1920 dejó en libertad a Herrero, pero no dictaminó sobre la hipótesis del suicidio ni ordenó —extrañamente— la exhumación del cuerpo para efectuar una autopsia formal. En enero de 1921 la Secretaría de Guerra dio de baja a Herrero, equiparando su traición a la de Guajardo contra Zapata, pero los sonorenses volverían a utilizar oficialmente los servicios de Herrero en dos ocasiones: contra los delahuertistas en 1923 y contra los escobaristas en 1929. En 1937, Lázaro Cárdenas lo dio de baja en forma definitiva. Herrero murió de muerte natural en 1964. Siempre negó que hubiera habido un asesinato.

De propósito se ha omitido aquí, aparte de la versión de

Herrero, la de su lugarteniente Miguel B. Márquez. Ambas, desde luego, proponen la hipótesis alternativa. Márquez, por lo demás, incurre en el significativo error de decir que fueron dos y no tres los disparos en el tórax.

Al describir, en *Muertes históricas*, los momentos finales de Carranza, Martín Luis Guzmán cuidó cada letra, pero sin echar, *sólo al parecer*, su cuarto a espadas:

«Alargó don Venustiano el brazo para coger sus anteojos y ponérselos; mas al punto, sintiéndose herido, se empezó a quejar. Le preguntó Aguirre Berlanga, que también se había incorporado:

»—¿Le pasa a usted algo, señor?

»—No puedo levantarme; tengo rota una pierna.

»Suárez y Amador ya estaban de pie. Armados de sus pistolas intentaron salir. Frente a la puerta no había nadie; el ataque parecía venir sólo de la parte de atrás. Por un momento *los disparos fueron tan próximos que dos de ellos parecieron producirse en la choza misma.* Se volvió Suárez. A tientas llegó hasta don Venustiano y le pasó un brazo por la espalda, para levantarlo y ayudarlo a salir. Quiso hablarle, quiso animarlo, pero advirtió entonces que del cuerpo que tenía sujeto no salía ya más que un estertor».

Otros tres autores, éstos sí en absoluto sospechosos de anticarrancismo, admitieron con el tiempo, de una manera más o menos privada, la hipótesis alternativa. Bernardino Mena Brito la creía «muy posible» porque «sería una demostración de machismo del viejo». Luis Cabrera concedió la posibilidad y se preguntó: «¿Qué cosas tan graves le afligirían en sus últimos momentos que le obligaron a tomar tan extrema resolución?». José Rubén Romero indignó a tirios y troyanos sosteniendo, él sí abiertamente, la idea del suicidio.[81]

El museo de la Casa de Carranza guarda las balas encontradas en el cuerpo de Madero. ¿Por qué las conservó Carranza? Quizá porque eran el símbolo de un destino y un desenlace pasivo que siempre quiso esquivar. Varias veces señaló que regresaría a la ciudad de México vencedor o muerto.

Con todo, el enigma persiste. ¿Cuál es la hipótesis válida? ¿Murió Carranza balaceado desde afuera del jacal o —lo que es más probable—, viéndose herido e inmovilizado, tuvo el valor de apurar el cáliz tomando al destino literalmente en sus manos, para ser muerto pero no vencido?

En cualquier caso murió con una dignidad comparable a la de Miramón en Querétaro. Herrero, en cambio, no lo enfrentó como el pelotón en el Cerro de las Campanas, sino emboscado en la noche y el engaño.

Frente a su féretro abierto, rumbo al Panteón de Dolores, mujeres del pueblo se postraban llorando: «Ha muerto nuestro padre». Sin querer, lo expresaban todo en una palabra: aquel viejo tenaz había ejercido desde el pasado una severa e inteligente paternidad sobre la Revolución. Vestigio de otra sensibilidad y otro tiempo, finalmente hombre de la Reforma, Carranza había encauzado una lucha social que sin él acaso hubiese desembocado en un caos interminable. Puente entre siglos, Carranza llevó la historia mexicana a una orilla que no estaba en su libreto, una orilla más compleja pero también más sensible al dolor humano.

NOTAS

78. Josefina E. de Fabela, «Testimonios sobre los asesinatos de don Venustiano Carranza y Jesús Carranza», en Fabela, *Documentos históricos…* (México, 1971), vols. XVIII y XIX, 28, Legajo sobre la muerte de Venustiano Carranza, Archivo Plutarco Elías Calles (APEC).

79. Fabela, *Documentos…*, p. 76; Francisco A. Serralde, *Los sucesos de Tlaxcalantongo y la muerte del ex-presidente de la República,* C. *Venustiano*

Carranza, amparo promovido por el defensor de Rodolfo Herrero contra los actos del presidente de la República y de la Secretaría de Guerra (México, 1921).

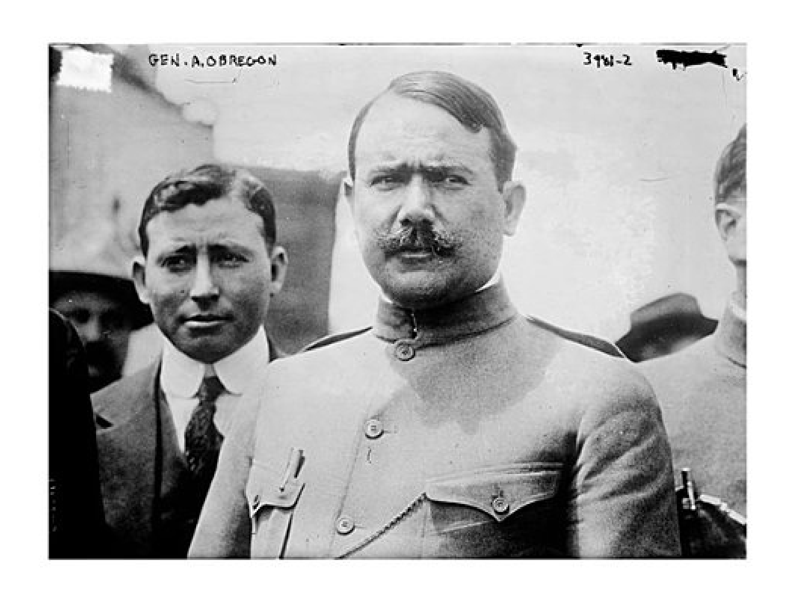
80. Miguel Márquez, *El verdadero Tlaxcalantongo* (México, 1941), pp. 157-165.

81. Enrique Krauze, «La noche de Tlaxcalantongo», en *Vuelta,* vol. X, n.° 111 (México, feb. 1986).

V
El vértigo de la victoria
Álvaro Obregón

Porque dentro de la hueca corona
que ciñe las mortales sienes del monarca,
la muerte tiene su corte…

Shakespeare, *Ricardo II* (III, 2)



«La personalidad guerrera del jefe sonorense se destacaba como en perfil. Se le veía provisto de una actividad inagotable, de un temperamento sereno, de una memoria prodigiosa.» (Martín Luis Guzmán)

Anónimo, *El general Álvaro Obregón*, 1915. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

«En mi casa éramos tantos hermanos que, cuando había queso *gruyère*, a mí sólo me tocaban los agujeros.» Esta anécdota, una de las mil que solía contar, o inventar, el general Obregón, refleja con cierta precisión su origen. Alguna vez en la familia de Francisco Obregón y Cenobia Salido el queso *gruyère* había alcanzado para todos. Pero además de tener dieciocho bocas que alimentar, la política y la naturaleza no les habían sido propicias. En 1867 el gobierno liberal confiscó buena parte de las propiedades de la familia a causa de las simpatías que un socio de don Francisco había mostrado por el imperio de Maximiliano. Un año después, una terrible inundación se encargó de confiscar el resto. Para el año de 1880, cuando muere el padre y nace Álvaro, el último de los hijos, la hacienda de Siquisiva, reducto de la familia, estaba en plena decadencia.[1]

Los primeros años de aquel benjamín transcurren en Siquisiva. Además de la madre, lo crían tres hermanas, maestras de profesión, que nunca se separarían de él: Cenobia, María y Rosa. De niño aprende las faenas agrícolas y convive con los indios mayos. Uno de sus hermanos, José, dirige una escuela en Huatabampo. Álvaro cursa allí su educación elemental. Le atraen los libros y los poemas, pero la necesidad y una innata energía lo sacan de la escuela y lo arrojan a la vida.

A partir de la adolescencia, aquel muchacho se vuelve monedita de oro. Es bueno para todo y de todo aprende un poco. A los trece años es autoempleado: cultiva tabaco e instala una pequeña fábrica de cigarrillos llamada La América; forma con miembros de su familia una orquesta de la que es una especie de maestro de ceremonias; aprende fotografía y carpintería, pero pronto descubre su gran habilidad para la

mecánica. En 1898 trabaja de tornero en un ingenio de Navolato. Poco después es el mecánico as en el ingenio Tres Hermanos, propiedad de sus tíos Salido, prósperos hacendados de la región del Mayo, hermanos de su madre y muy cercanos a la tríada «científica» que gobernaba Sonora: Izábal, Torres y Corral.[2] Hacia 1904 prueba suerte como vendedor ambulante de calzado, y ese mismo año inicia, sin mucha fortuna, su carrera de agricultor. Después de algunos fracasos como aparcero debidos a las inoportunas inundaciones, en 1906, ya casado desde 1903 con Refugio Urrea, compra al gobierno federal una pequeña finca a la que le pone el nombre de La Quinta Chilla.[3]

En 1907, a los veintisiete años de edad, Álvaro Obregón empieza a ver claro su futuro económico. El garbanzo que cultiva en La Quinta Chilla lo va sacando poco a poco de la quinta chilla. Sin embargo la naturaleza es adversa en otro sentido, muy trágico: dos de sus cuatro hijos, entre ellos su primogénito, mueren a corta edad, y ese mismo año muere también su mujer.[4]

En 1909, viudo y con dos hijos pequeños —Humberto y Refugio, a quienes atienden las tres hermanas mayores que habían cuidado de él—, Álvaro Obregón da su primera gran campanada: inventa una máquina cosechadora de garbanzo que al poco tiempo se produce en serie y se vende a todos los agricultores de la región del Mayo. Cuando en 1910, con motivo de las fiestas del Centenario, Obregón hace su primer viaje a la ciudad de México, podía sentir el orgullo legítimo de su ya no tan modesta prosperidad.

El afán por levantar nuevamente la maltrecha economía de su familia fue sin duda la idea dominante en la vida temprana de Obregón, pero este esfuerzo no lo volvió un ser amargo. Al contrario: a una inteligencia creadora y despierta y una gran

habilidad mecánica, se asociaba en Obregón un atributo genial: la memoria. Era capaz, por ejemplo, de recordar el orden completo de una baraja dispuesta al azar, con sólo ver las cartas una vez. En Navolato se había convertido en el más temible jugador de póquer, adivinador profesional de las mentes ajenas, a quien el dueño del ingenio le pagaba por no jugar.

Pero este hombre expansivo y trabajador, ingenioso e ingeniero por naturaleza, en quien todos reconocían prendas mentales extraordinarias, ocultaba una vertiente oscura, una estela de muerte.

Algo, quizá el fallecimiento de su padre cuando Álvaro contaba apenas unos meses, debió de impresionarlo hasta tal grado que llegó a la edad de cinco años sin hablar absolutamente nada, ni siquiera monosílabos. Aquel niño, que callaba y grababa todo en su memoria, reprimía una tensión que brotó por primera vez cuando una amiga de su madre lo llamó despectivamente «chango», a lo que el pequeño Álvaro respondió con humor y agresividad diciéndole «vieja loca». Los años pasaron con más alegrías que tristezas, pero, ya adolescente, Álvaro tuvo una nueva llamada dolorosa y extraña que lo marcó. Su hermana mayor, Rosa, la recordaba con una íntima tortura:

«Teniendo Álvaro como quince años, trabajaba en una hacienda de nuestro hermano Alejandro, situada como a treinta leguas de Siquisiva. Ambos dormían en una misma pieza, y una noche, estando ya dormidos, Álvaro despertó sobresaltado y quejándose en forma angustiosa. Alejandro despertó, y al darse cuenta de lo que le pasaba, se apresuró a preguntarle, azorado, la causa de aquello. Álvaro, ya vuelto en sí, le dijo que acababa de tener un horrible sueño en que había visto muerta a nuestra madre. La impresión de Alejandro fue

terrible. Con todo, trató de serenarse y de calmar a Álvaro, diciéndole que eso no pasaba de ser una pesadilla y que continuara durmiendo. Pero Álvaro ya no pudo dormir y el resto de la noche lo pasó en vigilia. Al amanecer, escucharon el galope de un caballo que se acercaba a la casa de la hacienda. ¿Pero qué sucedía? Era, nada menos, un enviado especial que llegaba a darles la triste noticia de que nuestra madre había fallecido en Huatabampo esa misma noche. Álvaro jamás olvidó esa pesadilla. Cada vez que la contaba se ponía sumamente nervioso y…».[5]

Rosa Obregón no agregó más, pero aquel «y…» hubiese confirmado, seguramente, la presencia obsesiva de la muerte en la vida y sueños de Álvaro Obregón.

El 23 de febrero de 1909 Obregón escribió un poema titulado «Fuegos fatuos», en el que se perciben ecos de las *Coplas* de Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / qu'es el morir; / allí van los señoríos / derechos a se acabar / e consumir. // Allí los ríos caudales, / allí los otros medianos / e más chicos, / allegados, son iguales / los que viven por sus manos / e los ricos».

Si se deja a un lado todo juicio literario y se piensa en la tragedia familiar del hombre que lo escribía, «Fuegos fatuos» revela dos rasgos perdurables: un alma quebrada por la muerte y desdeñosa de la vida:

Cuando el alma del cuerpo se desprende
y en el espacio asciende,
las bóvedas celestes escalando,
las almas de otros mundos interroga
y con ellas dialoga,
para volver al cuerpo sollozando;
sí, sollozando al ver de la materia

la asquerosa miseria
con que la humanidad, en su quebranto,
arrastra tanta vanidad sin fruto,
olvidando el tributo
que tiene que rendir al camposanto.
Allí donde «el monarca y el mendigo»
uno de otro es amigo;
donde se acaban vanidad y encono;
allí donde se junta al opulento
el haraposo hambriento
para dar a la tierra el mismo abono;
allí todo es igual; ya en el calvario
es igual el osario;
y aunque distintos sus linajes sean,
de hombres, mujeres, viejos y criaturas,
en las noches obscuras
los fuegos fatuos juntos se pasean.[6]

NOTAS

1. José Rubén Romero, *Álvaro Obregón: aspectos de su vida* (México, 1976), pp. 3-7; Héctor Aguilar Camín, *Saldos de la Revolución: Cultura y política de México, 1910-1980* (México, 1982), p. 60; Entrevista del autor con Hortensia Calles, viuda de Torreblanca (México, 1985).

2. Legajo Obregón, Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca (en adelante APEC); Hernán Rosales, «La niñez extraordinaria del general Obregón», en *El legionario* (México, 1928), p. 16; Linda B. Hall, *Álvaro Obregón: poder y revolución en México, 1911-1920* (México, 1985), p. 28.

3. Juan de Dios Bojórquez, *Obregón: apuntes biográficos* (México, 1929), p. 12.

4. Richard H. Dillon, «Del rancho a la presidencia», en *Historia Mexicana*, vol. VI. n.° 22 (México, oct.-dic. 1956), pp. 256-269; Bojórquez, *Forjadores de la Revolución mexicana* (México, 1960), pp. 3-13.

5. Legajo Obregón. en APEC; Rosales, 16-17.

6. Álvaro Obregón, en «Personajes notables de la Revolución», carpeta 3, n.° 499,

Centro de Estudios Históricos de México. CONDUMEX.

«Estoy acostumbrado a luchar contra los elementos naturales: las heladas, el *chahuixtle*, la lluvia, los vientos, que llegan siempre inesperadamente. ¿Cómo va a ser difícil para mí vencer a los hombres, cuyas pasiones, inteligencia y debilidades conozco? Es sencillo transformarse de agricultor en soldado.»[7] Estas palabras de Obregón a Juan de Dios Bojórquez describen con claridad su situación en 1912, al inicio de la rebelión orozquista, pero no en 1910, cuando estalla la revolución de Madero. No: no había sido tan sencillo transformarse de agricultor en soldado. Su experiencia de lidiar con la naturaleza lo ayudaba, pero su prosperidad reciente, sus pequeños hijos y hasta una no muy velada simpatía por don Porfirio lo disuadieron de incorporarse a la lucha inicial. Su sobrino Benjamín Hill, y como éste casi todos sus futuros compañeros de lucha, se lo reprocharían siempre acusándolo de advenedizo. Pero quien más se lo reclamaría sería él mismo. En 1917, en el prólogo a su apoteótico y no muy legible *opus: Ocho mil kilómetros en campaña*, Obregón se atreve a confesar, con todas sus letras:

«Entonces el partido maderista o antirreeleccionista se dividió en dos clases: una compuesta de hombres sumisos al mandato del Deber, que abandonaban sus hogares y rompían toda liga de familia y de intereses para empuñar el fusil, la escopeta o la primera arma que encontraban; la otra, de hombres atentos al mandato del miedo, que no encontraban armas, que tenían hijos, los cuales quedarían en la orfandad, si perecían ellos en la lucha, y con mil ligas más, que el Deber no puede suprimir cuando el espectro del miedo se apodera de los hombres. A la segunda de esas clases tuve la pena de pertenecer yo».[8]

Se necesitaba valor para confesar, así fuera en plena

victoria, su pretérita cobardía. El caso es que al triunfar el maderismo, y no antes, Álvaro Obregón se sube al carro de la Revolución. Su primera estación política fue la de presidente municipal de Huatabampo. Después de perder las elecciones para una diputación suplente al congreso local, Obregón hace sus pinitos en política: su oponente tiene de su lado a la población urbana del distrito, pero Obregón pacta con varios hacendados y con Chito Cruz, gobernador de los mayos, y logra que peones e indios voten por él. De todas formas, el resultado parecía incierto. Sólo el apoyo de Adolfo de la Huerta, para entonces ya maderista prominente, inclina la balanza a su favor.

Las pequeñas obras de riego y educación que intenta en 1911 apenas presagian su inminente ascenso. En abril de 1912, con la rebelión orozquista, llega su segunda oportunidad, la de ser más maderista que los maderistas originales. Esta vez no la dejaría escapar. En un santiamén reúne un cuerpo personal de trescientos hombres e integra el Cuarto Batallón Irregular de Sonora, bajo el mando del general Sanginés.[9]

En unos cuantos días Obregón deja atónitos a sus jefes. Desobedeciendo órdenes —como Porfirio Díaz—, discurre maniobras de atracción, sorpresa y doble envolvimiento que le valen jugosos botines y ascensos automáticos. El mismísimo Victoriano Huerta, al conocerlo, dice: «Ojalá que este jefe sea una promesa para la patria».[10] En un momento de la lucha, Obregón encuentra un cauce militar a su ingenio mecánico: desoyendo a sus superiores, que preferían el uso de trincheras colectivas, discurre, y en cierta medida inventa, que cada soldado cave su «lobera» individual, con ventajas de costo, tiempo y seguridad. Dos años más tarde, en la Primera Guerra Mundial, los ejércitos emplearían ese mismo

método.[11]

El coronel Obregón había roto el tabú, había probado el fuego fatuo de la guerra que, a fin de cuentas, a sus ojos, se asemejaba al de la paz. La muerte había dejado de ser sombra o estela para volverse presencia cotidiana, casi compañera.

En diciembre de 1912, el coronel Obregón pide su baja del ejército y vuelve a sus actividades agrícolas. La paz bucólica le dura dos meses. En febrero de 1913, un cuartelazo derriba al presidente Madero. Sin chistar, Obregón ofrece sus servicios al gobernador Maytorena, que por esos días pide licencia y viaja a Estados Unidos. El gobernador interino, Ignacio Pesqueira, designa a Obregón jefe de la sección de Guerra y le permite entrar en campaña. El 6 de marzo de 1913, sale de Hermosillo con órdenes de apoderarse de los tres bastiones principales en la zona norte del estado: Nogales, Cananea y Naco.

Entre marzo de 1913 —cuando entabla sus primeras batallas fronterizas— y agosto de 1914 —en que entra a la ciudad de México al mando de un ejército invicto— Obregón despliega sus inmensas dotes naturales en una empresa más exigente que la cosecha de garbanzo. A cada paso lo sigue la fortuna, pero una fortuna escudada en el cálculo y la observación. En unos días doblega a los federales Kosterlitsky, Moreno y Ojeda. Su objetivo es avanzar hacia el sur y tomar Guaymas. Pero Obregón no es Villa: en vez de cargar, atrae, y, buscando alejar al adversario de su base de operaciones en aquel puerto, lo «obliga a distraer fuerzas en la protección de sus comunicaciones a retaguardia y lo hostiliza en combates parciales para causarle desgaste moral antes de presentarle batalla».

En mayo de 1913, después de una acción de doble envolvimiento concertado, derrota a Medina Barrón en Santa

Rosa. Días más tarde, tras realizar un estudio meticuloso del terreno y planear geométricamente cortes y bloqueos, hace trescientos prisioneros en Santa María y captura toda la artillería del enemigo. Sus lugartenientes más cercanos son Manuel Diéguez, Salvador Alvarado, Juan Cabral y Benjamín Hill. Todos habían sido maderistas de la primera hora, y algunos —como Diéguez— hasta precursores de la Revolución en Cananea, pero ahora se cuadraban, no siempre de buena gana, ante la autoridad legítima de Obregón.[12]

Entonces, por primera vez, lo conoce el gran observador psicológico de la Revolución: Martín Luis Guzmán. Su estampa, como todas la suyas, aunque reticente, es memorable:

«La personalidad guerrera del jefe sonorense se destacaba como en perfil. Se le veía provisto, primeramente, de una actividad inagotable, de un temperamento sereno, de una memoria prodigiosa —memoria que le ensanchaba el campo de la atención y le coordinaba datos y hechos—, y muy pronto se percibía que estaba dotado de inteligencia multiforme, aunque particularmente activa bajo el aspecto de la astucia, y de cierta adivinación psicológica de la voluntad e intenciones de los demás, análoga a la que aplica el jugador de póquer. El arte bélico de Obregón consistía, más que todo, en atraer con maña al enemigo, en hacerlo atacar, en hacerle perder valentía y vigor, para dominarlo y acabarlo después echándosele encima cuando la superioridad material y moral excluyera el peligro de la derrota. Acaso Obregón no acometiera nunca ninguna de las brillantes hazañas que ya entonces habían hecho famoso a Villa: le faltaban la audacia y el genio; carecía de la irresistible inspiración del minuto, capaz de animar por anticipado posibilidades que apenas pueden creerse, y de realizarlas. Acaso tampoco aprendiera

jamás a maniobrar, en el sentido en que esto se entiende en el verdadero arte de la guerra —como lo entendía Felipe Ángeles—. Pero su modo de guerrear propio, fundado en resortes de materialismo muy concreto, lo conocía y manejaba a la perfección. Obregón sabía acumular elementos y esperar; sabía escoger el sitio en que al enemigo le quedaran por fuerza las posiciones desventajosas, y sabía dar el tiro de gracia a los ejércitos que se herían a sí mismos. Tomaba siempre la ofensiva; pero la tomaba con métodos defensivos. Santa Rosa y Santa María fueron batallas en que Obregón puso a los federales —contando con la impericia de los jefes de éstos— en el caso de derrotarse por sí solos. Lo cual, por supuesto, era ya signo evidente de indiscutible capacidad militar».[13]

Con buena lógica, Obregón no ataca Guaymas: le pone sitio con una fracción de sus fuerzas y sigue su avance hacia el sur. El 20 de septiembre de 1913 Venustiano Carranza en persona lo designa comandante en jefe del cuerpo del Ejército del Noroeste, con jurisdicción sobre Sonora, Sinaloa, Durango, Chihuahua y Baja California.[14] Dos meses más tarde, en una acción ejemplar de mando, organización de fuerzas, apoyo de fuegos y aprovechamiento del terreno, secundado en forma sobresaliente por Ramón Iturbe, Obregón toma Culiacán. Durante la refriega lo hieren en una pierna, pero se burla de su lesión.[15] Seguirían, a partir de entonces, casi cinco meses de inactividad bélica en su zona, tiempo que el Primer Jefe dedica a la organización política y militar de la Revolución, y que Obregón emplea, entre otras cosas, en apartar de Carranza al único militar que podía hacerle sombra: Felipe Ángeles.

A Villa, sus hombres lo seguían por convicción y apego a su persona, a su carisma, por el vértigo de «la bola» y, a veces

también, por ver qué pescaban del río revuelto. A Obregón sus tropas no lo siguen por motivos mágicos, sino contantes y sonantes. La revolución sonorense es, más nítidamente que las otras, una empresa. Las tropas, en las cuales se destacan por su bravura los batallones de indios yaquis, dependen, para la subsistencia, más de un salario que de un botín. Obregón, que conocía a los indios desde su infancia y había enganchado mayos para fines electorales en 1911, logró incorporar a su ejército varios miles de yaquis a cambio de un pacto: después de la victoria obtendrían satisfacción a su antiquísima demanda de tierras. Obregón no sería el único jefe sonorense reclutador de yaquis, pero sí el principal, el más astuto y quien más provecho militar y psicológico les sacaría.

En abril de 1914 se reinicia la marcha. Mientras Villa deslumbra a la prensa nacional y extranjera con sus cargas anibalianas, en la costa del Pacífico Obregón avanza desplegando un arma de efectividad superior: el ingenio. En mayo de 1914, en la costa de Topolobampo, amenazada por el cañonero federal *General Guerrero*, ocurre un hecho notable. Por primera vez en la historia militar del mundo, el piloto Alberto Salinas, del ejército de Obregón, vuela en el biplano *Sonora* y ataca al cañonero adentrándose dieciocho kilómetros en el mar, a novecientos metros de altura.[16]

En mayo de 1914, distanciado ya de Villa, Carranza ordena a Obregón apresurar su marcha hacia el sur. Obregón bloquea Mazatlán, como lo había hecho con Guaymas, y sigue a Tepic, donde con ayuda de Lucio Blanco corta las vías del ferrocarril Guadalajara-Colima y aísla así a los sitiados en aquellos puertos. A principios de julio amaga simultáneamente posiciones al sur de Guadalajara y a la propia ciudad. En una batalla que conjuga sorpresas, flexibilidad y racionalidad, derrota a los federales en Orendáin, causándoles ocho mil

bajas y apoderándose de 16 piezas de artillería, cinco mil fusiles, 18 trenes y 40 locomotoras. Días después, con la aguililla de general de división concedida por Carranza, Obregón barre territorio rumbo a la capital. El 1.° de agosto llega a Teoloyucan, donde el día 13, sobre la salpicadera de un auto, firma los famosos tratados. Dos días más tarde, al mando de dieciocho mil hombres, entra a la ciudad de México.[17]

Casi cuarenta años antes, los azorados catrines de la capital habían visto el desfile de los «torvos» y «siniestros» juchitecos del ejército personal de Porfirio Díaz. Ahora, no menos aterrados, contemplaban el desfile de los ejércitos norteños. Habían esperado la «invasión de cincuenta mil hombres vestidos con piel de tigre, feroces y hambrientos como lobos». La realidad fue un poco menos patética. Junto a los rancheros y mineros ataviados con su clásico sombrero de fieltro, sus pantalones caqui y polainas de vaqueta café, venían los yaquis, a «cuya bravura indudablemente se han debido los triunfos de los rebeldes de Sonora». Unos entraron tocando sus pequeños tambores; otros, escribe Jorge Aguilar Mora,

«traían todavía la indumentaria con la que habían salido de Sonora: los mismos pantalones cortos de manta, los mismos huaraches, las mismas camisas bordadas, las mismas cintas de sujetarse el cabello. Algunos se habían acostumbrado a las botas y otros habían aceptado el sombrero tejano, sin renunciar por supuesto a sus atuendos. Todos venían armados con carabinas Winchester 30-30 y aprovisionados con varias cananas de parque bien surtido; y ninguno había dejado su arco, su carcaj, su honda y su cerbatana, objetos pavorosos para el civilismo de los capitalinos».[18]

NOTAS

7. Bojórquez, *Forjadores…*, p. 17.

8. Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña* (México. 1973), pp. 4-5.

9. Ramón Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres* (México, 1938), p. 182.

10. Obregón, p. 21.

11. Puente, pp. 181-183.

12. Obregón. p. 57-79; Francisco J. Grajales, «Las campañas del general Obregón», Prólogo a Obregón, *Ocho mil kilómetros…*, pp. XLVIII-LVI.

13. Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente* (México, 1966), p. 83.

14. Obregón, p. 83.

15. Guzmán, p. 84.

16. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista,* 2 vols. (México, 1946), vol. 1, p. 487.

17. Diego Arenas Guzmán, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan* (México, 1955), pp. 168-170.

18. Jorge Aguilar Mora, *Un día en la vida del general Obregón* (México, 1982), pp. 14 y 16.

Aunque temblaba al ritmo de los tamborines yaquis, la ciudad de México temía mucho más la amenaza del «Atila del Sur»: Emiliano Zapata. De ahí que muchos viesen como una bendición relativa que un hombre «blanco», aunque no barbado, fuese el primero en «tomarla». No faltó, en efecto, quien comparara a Álvaro Obregón con Hernán Cortés. Pero las esperanzas de los catrines se esfumaron muy pronto. Obregón no venía como mensajero de paz sino de venganza. ¿Por qué?

A diferencia de Villa, que tenía una relación puramente irracional con la muerte —la de los demás, más que la suya—, Obregón parecía haber concertado desde el principio un doloroso pacto con ella. No había abandonado «las delicias del hogar», como él decía, por el gusto festivo de incorporarse a «la bola», por convicciones democráticas o sociales profundas, ni siquiera por un cálculo pragmático. Un destino ineluctable lo había arrancado de aquellas «delicias».

Al tomar la decisión de incorporarse a la lucha como líder, había dispuesto con plena conciencia una suerte de cesión de su vida por adelantado. No jugaba con la muerte, pero la toreaba con indiferencia y desdén. En la campaña de occidente se había arriesgado varias veces hasta extremos de temeridad: no llevaba arma, no se inmutaba si una granada caía a unos cuantos metros de donde se encontraba, se aventuraba en travesías marinas, y cuando por fin, como en Culiacán, lo herían, reaccionaba, según recuerda Martín Luis Guzmán, «burlándose de sí mismo porque las balas no parecían tomarlo demasiado en serio: "Me hirieron, sí; pero mi herida no pudo ser más ridícula: una bala de máuser rebotó en una piedra y me pegó en un muslo"».[19]

Nada más significativo de ese pacto de Obregón con la

muerte que las frases que solía emplear en sus manifiestos. Al iniciarse el movimiento constitucionalista, habla de los huertistas como de una «jauría» y agrega esta imagen: «Saciemos su sed de sangre hasta asfixiarlos con ella».

El 17 de noviembre de 1914, cuando el rompimiento entre Carranza y la Convención es definitivo y en el horizonte apunta ya la guerra civil, Obregón hace un llamado a «los verdaderos hijos de la patria, que despreciando de nuevo la vida» refrendaban, como él lo hacía, el pacto con la muerte. El 4 de diciembre, después de salir de la ciudad de México —que ocuparían por unos meses las fuerzas de la Convención—, vuelve a utilizar la palabra clave, tinta de todos los pactos mortales: «¡Siempre será poca la sangre que un pueblo derrame en defensa de sus libertades!».

Pero ¿quién era el culpable del pacto?, ¿a quién cobrárselo? «Todos los que andamos en este asunto», le había dicho alguna vez Obregón a Carranza, «lo hacemos por patriotismo y por vengar la muerte del señor Madero.» Al oírlo, Carranza debió de quedar desconcertado. Para él la contienda significaba mucho más que una *vendetta* y mucho más amplia que un «asunto de patriotismo»; era una causa histórica parecida a la de Juárez, que involucraba a la nación por entero: su soberanía, sus leyes, su orden interno, su destino. Tampoco Zapata peleaba por venganza y patriotismo vago, sino por «matriotismo»: el de la tierra. Muchos otros jefes revolucionarios tenían razones o justificaciones más o menos complejas: idealistas, sociales, morales, pragmáticas, festivas.



«Recorría la nación entera. Conversaba con todos. Hablaba de rectitud y de moral. Todos sus partidarios lo secundaban abiertamente.» (E.K.)

Agencia Casasola, *El general Álvaro Obregón al regresar victorioso de la campaña contra Adolfo de la Huerta*, 1924. © Núm. de inventario: 5654. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Para Obregón la cuestión era, en cierta forma, sencilla: la Revolución no era asunto de teorías sino de guerra.[20] A los tres días de su llegada a la capital, Obregón acude al Panteón Francés para rendir homenaje a Madero, el apóstol por el que su conciencia le reclamaba no haber luchado. Junto a la tumba, frente a los diputados del bloque renovador, que a sus ojos se habían portado cobardemente cuando el sacrificio de Madero, entrega su pistola a María Arias —mujer que protestó en público por los acontecimientos de febrero de 1913— con estas palabras desafiantes: «Entrego mi pistola a María Arias, el único hombre que hubo en la ciudad de México cuando el cuartelazo de Huerta».[21]

Parecía que Obregón, al castigar la cobardía de la ciudad de México, castigara su propia duda inicial de 1910 y de ese modo lavara su error. Parecía que la ciudad hubiese sido la elegida para pagar el inmenso costo moral de aquel pacto suyo con la muerte. Por eso, además de las responsabilidades objetivas de la capital, que en efecto existían, Obregón había venido a castigar a «la tristemente célebre ciudad de México», y en ella sobre todo al clero, a la clase burguesa y a los extranjeros. Su memoria constituía la mejor aliada de su venganza: en Tepic había sido objeto de un ataque del diario *El Hogar Católico*. Como muchos lugartenientes del constitucionalismo, Obregón estaba en la inexacta idea de que el clero fue apoyo importante para Huerta y un cáncer histórico en la vida nacional. Con esos antecedentes, su decisión es inmediata: primero impone al clero un pago de medio millón de pesos, destinados a la Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo; más tarde encarcela y expulsa de la capital al vicario general Paredes, junto con 167 curas.[22]

A los ricos de la ciudad les fue peor. Obregón recordaba que empresarios como Pugibet —dueño de la cigarrera El

Buen Tono— habían aplaudido a Huerta como el salvador de la patria. En respuesta, impuso una contribución extraordinaria, exigible a nacionales y extranjeros, sobre capitales, predios, hipotecas, profesiones, ejercicios lucrativos, derechos de patente, agua, pavimento, atarjeas, carruajes, automóviles de alquiler y particulares, bicicletas, etc. A los acaparadores los trató aún con mayor dureza: so pena de confiscación, les dio cuarenta y ocho horas para entregar el 10 por ciento de sus mercancías de primerísima necesidad: maíz, haba, petróleo, manteca, velas de sebo y carbón.

No fue más blando con los extranjeros: recordaba que casas como la Wagner Levien y Sucs. habían aportado dinero a Manuel Mondragón. Al enterarse del impuesto extraordinario, varios negociantes se reúnen en el teatro Hidalgo. De pronto aparece el general Obregón y les advierte que no quedarán exentos de la observancia de las leyes mexicanas: «Así ya no tendremos que cuadrarnos ante cualquiera que fume opio o masque tabaco … El hambre de nuestro pueblo no traspasará nuestras fronteras».

Afuera del recinto una triple valla de soldados, con cartucho cortado, escolta a Obregón, quien además de exigir medio millón de pesos en gravámenes, impone a los extranjeros un tributo moral: barrer las calles.[23]

En medio de la tensión anticlerical y xenófoba, no faltó, por fortuna, un momento chusco. Se cuenta que en una de las juntas a las que citaba Obregón para forzar la circulación de los billetes carrancistas, un comerciante español tomó la palabra (la escena debió de ocurrir en febrero de 1915; la ciudad había sido ocupada ya por las tropas villistas y zapatistas):

«—Considere *usté*, señor general, que estos billetes hoy tienen un valor y mañana no lo tienen, porque entran unos y

son buenos, pero entran otros y ya no valen los billetes de las tres caritas.

»El general Obregón escuchó la protesta con asombro y preguntó:

»—Óigame usted, ¿cómo que billetes de “tres caritas”? Dirá usted billetes de “dos caritas”, el señor Madero y don Abraham González, porque “tres caritas” no los hay.

»—Cómo no, señor general, ¡tres caritas! La del señor Madero, la de don Abraham González y la carita que nosotros ponemos cuando los recibimos y cuando nos dicen que no valen. ¡Dígame usté si no son “tres caritas”!».

Obregón festejó la ocurrencia y dejó ir al gracioso, no sin advertirle que, de seguir hablando sobre los billetes de «tres caritas», mandaría aprehenderlo por falsificador. En ningún momento fue más clara su valentía que al enfrentar a Villa en septiembre de 1914. Por voluntad propia se mete en la boca del lobo, y no una sino dos veces. Acude en plan de conciliación, pero también para ver de cerca de su potencial enemigo. Lo observa, lo estudia, lo mide. Villa despliega ante él su poderío militar y Obregón aprovecha para fotografiar ese despliegue en la memoria. Cuando sobreviene el primer conato de fusilamiento, Obregón juega póquer con su vida y manipula a su enemigo, pidiéndole, casi como un favor, que proceda a fusilarlo. Aquel póquer —más bien ruleta rusa— siguió por algunos días, sin que Obregón bajara sus cartas ni su vista. Cuando el cónsul norteamericano en Chihuahua le franquea una salida a El Paso, Obregón se niega por dignidad… y por temeridad. Villa lo deja irse, pero lo hace regresar. Obregón sólo le pide a su custodio, José Isabel Robles, que interceda ante Villa para evitar «que se me insulte y se me ultraje… [quiero] que me fusile sin detalles humillantes».[24]

Villa lo deja irse de nuevo, y otra vez intenta traerlo de regreso. Esta vez, sin duda, quiere «enfriar» al «compañerito». Obregón hubiese enfrentado con entereza su muerte durante el póquer, pero una vez concluido el juego, debió de pensar que aquel ir y venir era humillante. Cuando se entera de la orden, se baja del tren, y a la pregunta: «¿Qué va usted a hacer, mi general?», responde: «Morir matando».[25]

Con ayuda de la diosa Fortuna, y de Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles —ya entonces grandes admiradores de su hombría—, por esta ocasión salva la vida sin «morir matando». La muerte seguía sin tomarlo en serio.[26]

NOTAS

19. Guzmán, p. 84.

20. Entrevista del autor con Hortensia Calles, viuda de Torreblanca (México, 1985); Guzmán, pp. 81-82.

21. Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana (1913-1914)* (México, 1961), pp. 244-245.

22. Francisco Ramírez Plancarte, *La dudad de México durante la revolución constitucionalista* (México, 1941), pp. 61-63.

23. Bertha Ulloa, «La encrucijada de 1915», en *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1914-1917,* 23 vols. (México, 1979), vol. V, pp. 34-35; Aguilar Mora, p. 24; Hall, pp. 108-119.

24. Obregón, p. 207.

25. Ibíd., p. 210.

26. Ibíd., pp. 212-216.

Hacia la victoria… y la desesperanza

Desde octubre de 1914, cuando asiste a las sesiones del Congreso de Aguascalientes, Obregón construye una sólida plataforma política y militar; pero no hay motivo para dudar de su afán conciliatorio. Obregón no quiere precipitar la guerra civil. De ahí que, con astucia, sin definirse, navegue por más de un mes entre las dos corrientes de legitimidad: la Convención y el preconstitucionalismo carrancista. Cuando a mediados de noviembre de 1914 llega la hora de la verdad, ha hecho buenos amigos en las filas de la Convención (Cosío Robelo, Robles), ha cautivado a algunos villistas y a no pocos zapatistas. Su indecisión aparente no revela, quizá, sino un gran sentido de la oportunidad. No ha perdido tiempo torturándose por ideas o convicciones: lo ha empleado en observar a los próximos enemigos y en adivinar sus pasos.

A la audacia personal y la claridad estratégica, Obregón aunó muy pronto un verdadero golpe de genio en el reclutamiento militar y político. Si en Sonora había reclutado a los yaquis ofreciéndoles tierras a cambio de colaboración, ¿por qué no intentar lo mismo con el grupo homólogo de los yaquis en el ámbito urbano: los obreros? Sin percatarse, quizá, de la enorme trascendencia histórica de su decisión, y pasando sobre la voluntad del Primer Jefe, que desconfiaba de la clase proletaria, Obregón buscó la ayuda administrativa de Alberto J. Pani y la flama oratoria de Gerardo Murillo, alias «Doctor Atl», y en unos meses logró que la Casa del Obrero Mundial, en votación tal vez no mayoritaria pero efectiva, abjurara de sus evangelios anarcosindicalistas y pactase con el constitucionalismo para combatir la «reacción» villista y zapatista. Desde su llegada a la capital en agosto de 1914, Obregón había entregado a la Casa el convento de Santa Brígida y el Colegio Josefino, además de regalarle el oído con

veladas, discursos, promesas y apoyo económico. El 17 de febrero, ya podía cantar victoria. Con la formación de los Batallones Rojos se agenciaba un apoyo militar considerable, pero proporcionaba a Carranza algo mucho más importante: el halo de legitimidad de la clase que, según la ideología socialista, heredaría el futuro: la clase proletaria.[27]

A principios de 1915 Obregón vence con facilidad a los zapatistas en Puebla, pero no se hace ilusiones. Sabe que el enemigo principal señorea casi todo el territorio: Villa anda por Guadalajara y llegará al Bajío; Ángeles ocupa Saltillo y desde allí domina el noreste; Calixto Contreras y Rodolfo Fierro permanecerán en occidente, mientras que «el Compadre» Urbina merodea por Tamaulipas y San Luis Potosí. Obregón aprecia la fuerza enemiga pero también aprecia su fragmentación.

Sabe que, si pelea en el Bajío, la fuente de aprovisionamiento villista estará a 1.500 kilómetros de distancia. Siempre ha pensado que a Villa hay que vencerlo en el centro. Ángeles, que piensa del mismo modo, se cansa de persuadir a su jefe de no morder el cebo. A principios de abril de 1915, Fortunato Maycotte, lugarteniente de Obregón, ha reparado las vías del ferrocarril que cruzan la zona de los futuros combates. La vía de aprovisionamiento desde Veracruz permanece fluida y a salvo del acceso zapatista. Llega el momento del primer combate de Celaya.

Villa supera a Obregón en armamento, equipo y municiones. Su táctica, como siempre, será la carga brutal. Obregón busca economizar fuerza y material. Su táctica, como siempre, será la atracción y la resistencia. El 6 de abril se abre el fuego. La situación favorece en un principio a los villistas, tanto que a las once de la mañana del día 6 Obregón telegrafía al Primer Jefe, con su estilo habitual, en el que no

podía faltar una incitación a la muerte:

«A esta hora habremos tenido dos mil bajas. Asaltos del enemigo son rapidísimos. Esté usted seguro de que mientras me quede un soldado y un cartucho, sabré cumplir con mi deber y consideraré como una ventura que la muerte me sorprenda abofeteando al crimen».

Una vez más toreaba a la muerte, pero la fortuna y la estrategia le favorecían. Hacia la una de la tarde del día 7, los villistas habían efectuado más de treinta cargas de caballería sin poder doblar las trincheras de Obregón, quien dos horas después informaba a Veracruz: «El enemigo hase replegado varios kilómetros, dejando el campo regado de cadáveres… Hanse encontrado más de mil cadáveres y número considerable de heridos».

Las pérdidas de Villa en aquel primer combate alcanzarían los cinco mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; pero la hecatombe vendría una semana después. Para la segunda batalla de Celaya, Obregón pudo contar con cinco mil hombres de refuerzo. Su táctica no varió: había que esperar el ataque de Villa en una posición defensiva que circunvalara la plaza de Celaya, y mantener una importante reserva fuera de la línea de circunvalación para tomar la ofensiva cuando el ejército atacante se hubiera desgastado material, física y moralmente en el grado justo para derrotarlo. En aquella ocasión decisiva, Obregón despliega todas sus cualidades: bravura, creatividad, energía, organización, fe y hasta humor.[28] «Villa», comenta a sus soldados, «es como el Calendario de Galván: ofrece lumbre y echa agua». El 15 de abril, un día después de iniciado el combate, Obregón rinde a Carranza el parte oficial de su victoria:

«Satisfáceme comunicar a usted que, en una extensión de

más de doscientos kilómetros cuadrados, que ocupó el campo donde se libró la batalla y que están tintos en sangre de traidores, el ejército de operaciones que me honro en comandar acaba de izar el estandarte de la legalidad. Doroteo Arango (alias Francisco Villa), con 42 de sus llamados generales y con más de treinta mil hombres de las tres armas, tuvo la audacia de atacar esta plaza, defendida por nosotros … El enemigo generalizó, desde luego, su ataque, extendiéndose en círculo de fuego, en una línea de veinte kilómetros. Los asaltos eran continuos y desesperados, entrando en actividad todas las unidades que traía a su mando Doroteo Arango; prolongándose así el combate por espacio de treinta y ocho horas, al cabo de las cuales ordené … un movimiento envolvente [que] empezó a desorientar al enemigo por completo: las cargas de caballería que dábamos sobre su flanco, y el avance de la infantería, por su flanco y frente, comenzó a determinar su derrota, emprendiendo la fuga a la 1.15 p.m., cuando ya nuestros soldados estaban sobre sus trincheras … Hasta estos momentos, estimo que las bajas del enemigo pasan de catorce mil, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Las bajas nuestras no llegan a doscientas … En nombre de este ejército de operaciones, felicito a usted por este nuevo triunfo. Respetuosamente,

»general en jefe

»Á1varo Obregón».[29]

Aunque los contrincantes vuelven a medirse en otros puntos del Bajío (Trinidad, León) y más tarde en Aguascalientes, el ejército villista está herido de muerte física y moral. Obregón lo sabe, pero, extrañamente, comparte la herida de su víctima. Acaso nunca sintiera de un modo tan agudo el vértigo de la victoria, la fatuidad de la vida. Una vez más toma la pluma para describir un fuego fatuo:

He corrido tras la Victoria
y la alcancé:
pero al hallarme junto a ella,
desesperé.
Los rayos de su divisa
alumbraban en redor,
de los muertos, la ceniza;
de los vivos, el dolor.

En otro poema, tan defectuoso o más, si cabe, pero igualmente revelador, Obregón quiere evocar la claridad del alba, el vuelo de los pájaros, los colores del paisaje, las montañas que «meditan» y hasta el perfume de las flores —todos los tópicos de la naturaleza—, pero los contrasta con una imagen obsesiva:

Mas el hombre alelado ni tan siquiera advierte
que está muy cerca el ojo del fusil de la muerte.

En la cresta triunfal de una ola de sangre, la propia y la ajena, Álvaro Obregón añora secretamente la muerte. Ningún triunfo lo reconcilia con la vida. Ahora más que nunca la desprecia.

A principios de junio Obregón acampa en la hacienda de Santa Ana del Conde, en Guanajuato. Sin medir los riesgos, acompañado por el general Francisco Serrano, el coronel Piña, los tenientes coroneles Jesús M. Garza y Aarón Sáenz y los capitanes Ríos y Valdés, se dirige a las trincheras del frente. Una lluvia de granadas cae sobre ellos y una sorpresa aún más dolorosa… y esperada:

«Faltaban unos veinticinco metros para llegar a las trincheras, cuando, en los momentos en que atravesábamos un pequeño patio situado entre ellas y el casco de la hacienda, sentimos entre nosotros la súbita explosión de una granada,

que a todos nos derribó por tierra. Antes de darme exacta cuenta de lo ocurrido, me incorporé, y entonces pude ver que me faltaba el brazo derecho, y sentía dolores agudísimos en el costado, lo que me hacía suponerlo desgarrado también por la metralla. El desangramiento eran tan abundante que tuve desde luego la seguridad de que prolongar aquella situación en lo que a mí se refería era completamente inútil, y con ello sólo conseguiría una agonía prolongada y angustiosa, dando a mis compañeros un espectáculo doloroso. Impulsado por tales consideraciones, tomé con la mano que me quedaba la pequeña pistola Savage que llevaba al cinto, y la disparé sobre mi sien izquierda pretendiendo consumar la obra que la metralla no había terminado; pero mi propósito se frustró, debido a que el arma no tenía tiro en la recámara, pues mi ayudante, el capitán Valdés, [la había vaciado] el día anterior, al limpiar aquella pistola. En aquel mismo momento, el teniente coronel Garza, que ya se había levantado y que conservaba la serenidad, se dio cuenta de la intención de mis esfuerzos, y corrió hacia mí, arrebatándome la pistola, en seguida de lo cual, con ayuda del coronel Piña y del capitán Valdés, me retiró de aquel sitio, que seguía siendo batido vigorosamente por la artillería villista, llevándome a recargarme contra una de las paredes del patio, donde a mis oficiales les pareció que quedaría menos expuesto al fuego de los cañones enemigos. En aquellos momentos llegó el teniente Cecilio López, proveedor del cuartel general, quien sacó de su mochila una venda, y con ella me ligaron el muñón».[30]

En suma, aquella mañana del 3 de junio de 1915 el general Obregón, saciado de valentía, presa del vértigo de la victoria y anegado, ahora sí, en su propia sangre, quiso poner fin a la fatuidad de vivir; no lo consiguió. El dedo índice disparó el gatillo, pero el azar le negó la bala.

NOTAS

27. Jean Meyer, «Los obreros en la Revolución mexicana: los batallones rojos», en *Historia Mexicana,* vol. XXI, n.° 81 (México, jul.-sept. 1971), pp. 5, 7-12, 31; Ulloa, pp. 107 y 114.

28. Hall, pp. 115-130.

29. Obregón, pp. 328-329.

30. Ibíd., pp. 371-372.

Al final de sus ocho mil kilómetros de campaña (85 contra Orozco, 3.498 contra Huerta y 3.644 contra Zapata, Villa y la Convención), lo sorprende otra cara, más dulce y adormecedora, de la fatuidad: la fama. De pronto comprendió que no muy lejos, casi al alcance de la mano, lo esperaba la silla presidencial. Ningún caudillo le hacía sombra, ni siquiera el Primer Jefe, a quien por lo pronto guardaría lealtad, pero a sabiendas de que podría separársele en cualquier momento sin afectar un ápice su prestigio. Era el hombre fuerte de México, el triunfador de la Revolución. En 1917 tenía sólo treinta y siete años, los mismos que Porfirio Díaz en 1867, al triunfo de la República. Y como Porfirio frente a Juárez, sintió que el triunfo era más suyo que de Carranza.[31]

Para Obregón, el paralelismo con Díaz no era del todo inconsciente, pero como hombre práctico no solía guiarse por la conciencia histórica. A diferencia de Díaz, Obregón no abandonó de inmediato su puesto de mando ni hizo manifestación alguna de desinterés político. Como secretario de Guerra del gobierno preconstitucional de Carranza, continuó su labor de empresario militar: inició censos militares, reorganizó la administración y los servicios médicos, abrió la Academia del Estado Mayor, la Escuela de Medicina Militar, el Departamento de Aviación y una escuela de pilotos, y puso las fábricas de municiones bajo el control del ejército. Se proponía crear un ejército profesional, libre de caciques y caudillos.[32]

A principios de 1917 se discute en Querétaro la nueva Constitución. Era el momento cumbre de Carranza, pero Obregón, con buen sentido político, decide robarle un poco de cámara. Aprovecha la oportunidad para separarse públicamente del carrancismo —todavía no de Carranza— y

ceñirse un halo de temeridad ideológica. En los momentos culminantes del congreso, cuando se debate, por ejemplo, el artículo 3.° o el 27, Obregón se hospeda en Querétaro y recibe la visita de los legisladores radicales. Juan de Dios Bojórquez, Rafael Martínez de Escobar, Jesús Romero Flores y hasta don Andrés Molina Enríquez lo consultan. Invariablemente, Obregón apoya las medidas más extremas. Ningún riesgo lo arredra: ni Estados Unidos ni la guerra civil. A su aura de triunfador invicto y mártir se aúna la del caudillo más radical de la Revolución.[33]

Poco tiempo después de la jura de la Constitución, recién casado en segundas nupcias con María Tapia, Obregón dimite de la cartera de Guerra y se retira a La Quinta Chilla, que, por supuesto, ya no lo era tanto. Como Porfirio cultivaba cañas en su hacienda de La Noria, Obregón cultiva garbanzo en la suya; pero, a diferencia del caudillo oaxaqueño, nada lo impacienta. «Tengo tan buena vista», bromearía años después con sus amigos, «que desde Huatabampo alcancé a ver la silla presidencial.»[34] Los desórdenes fisiológicos que debió de causar su mutilación lo impelían a comer en exceso. Obregón engordó, encaneció, se abotagó. Jorge Aguilar Mora explica el proceso:

«Después de la amputación, comenzó a sufrir trastornos reales e imaginarios, y aprovechaba cualquier ocasión, que de preferencia coincidiera con alguna diligencia de sus negocios, para visitar hospitales norteamericanos. La preocupación por su salud se volvió obsesión y anotaba mentalmente todos los cambios que se producían día a día en su cuerpo. A medida que aumentaba la agudeza de su auscultación, iba confundiéndose más y más con la mirada escrutadora de los otros. A los cuarenta años, cinco después de su mutilación, era ya un hombre viejo».[35]

Pero junto con él engordó su bolsillo. En unos años, La Quinta Chilla pasó de 180 a 3.500 hectáreas, sembradas en su mayor parte de garbanzo. En 1917 Obregón funda la Sociedad Agrícola Cooperativa, que pronto vincula a todos los garbanceros de Sonora y Sinaloa. Su objetivo era múltiple: facilitar el financiamiento, el almacenaje, la distribución y la venta del producto; crear estaciones experimentales para mejorarlo, evitar los costos de intermediación y presentar ante los mercados extranjeros un frente común para proteger el precio. Los resultados no se hicieron esperar. En 1918 el precio se duplicó y el general Obregón se hizo de buenos cincuenta mil dólares.

En La Noria, Porfirio Díaz fingía disfrutar la vida del campo. En Sonora, Obregón disfrutaba realmente su retorno a las labores agrícolas. Había integrado su vida con su trabajo personal e independiente y se sentía orgulloso de haber triunfado también en esa batalla: «El trabajo más penoso», solía decir, «está lleno de placer y de materiales para el mejoramiento propio… el trabajo honrado es el mejor de los maestros y la escuela de las penalidades es la más noble escuela». En aquella espera de dos años, mirando de reojo desde su hacienda la silla presidencial, Obregón avanzó con celeridad en la construcción de un pequeño emporio: cría ganado, exporta cueros y carne, adquiere acciones mineras, abre una oficina comercial de importaciones y exportaciones y emplea a mil quinientos hombres.[36]

Fue seguramente su época más feliz. Todo el mundo quería estar con el triunfador valiente y atractivo, el conversador ameno de clarísima inteligencia. Era natural que comenzase a mostrar signos de egolatría:

«Con frecuencia hablaba de él mismo, de su personalidad, de sus triunfos, de sus victorias, sin modestia ni recato

algunos. Desde obrero de Navolato, pequeño agricultor y presidente municipal de Huatabampo, se había elevado por su propio esfuerzo hasta jefe de la nación mexicana. Sus éxitos nunca interrumpidos lo envanecieron extraordinariamente, al grado de pretender criticar las campañas de Foch, e Hindenburg y de Ludendorff que figuraron en la guerra europea, y con especialidad las operaciones militares que se desarrollaron frente a Verdún».

Se trataba, con todo, de una egolatría sin patetismo, sin solemnidad, porque Obregón, muy en el fondo, no se tomaba en serio. No había abandonado su convicción sobre la fatuidad de todo lo humano pero, bendecido por la fortuna, habitaba la ribera sonriente de esa convicción: el humor. Bromista, guasón, chocarrero, alegre, ingenioso, dicharachero, socarrón, chistoso, aun payaso. Pulsó todos los registros del humor, menos la ironía.[37]

Vale la pena —es decir, vale la risa— recordar algunas de sus ocurrencias. Era, por ejemplo, experto en respuestas rápidas y juegos de palabras:

«A unas damitas, en una fiesta:

»—Mi general, ¿gusta usted una copita?

»—Gracias, no tomo.

»—Un cigarrito.

»—Gracias, no fumo.

»—Ay, mi general, usted no toma, no fuma, no nada.

»—No: nada sí».

Se sabía de memoria —¡qué chiste!— cuentos de todos sabores y colores. Creaba situaciones absurdas, festejaba, y memorizaba, los chistes ajenos y —cualidad suprema— sabía burlarse de sí mismo. A Blasco Ibáñez, a quien le concede una entrevista en 1919, le refirió esta anécdota:

«A usted le habrán dicho que soy algo ladrón. Sí, se lo habrán dicho indudablemente. Aquí todos somos un poco ladrones. Pero yo no tengo más que una mano, mientras que mis adversarios tienen dos… ¿Usted no sabe cómo encontraron la mano que me falta? Después de hacerme la primera cura, mis gentes se ocuparon en buscar el brazo por el suelo. Exploraron en todas direcciones, sin encontrar nada. ¿Dónde estaría mi mano con el brazo roto? “Yo la encontraré”, dijo uno de mis ayudantes, que me conoce bien; “ella vendrá sola. Tengo un medio seguro.” Y sacándose del bolsillo un azteca… lo levantó sobre su cabeza. Inmediatamente salió del suelo una especie de pájaro de cinco alas. Era mi mano que, al sentir la vecindad de una moneda de oro, abandonaba su escondite para agarrarla con un impulso arrollador».

Con su memoria prodigiosa solía crear situaciones cómicas o inverosímiles. Las más sencillas consistían en repetir fielmente una secuencia de naipes, lo accidentado de una carretera o cualquier sucesión de objetos. Pero había otras más divertidas. Cuenta Miguel Alessio Robles que un buen día Obregón escuchó a José Rubén Romero recitar un soneto que acaba de componer:

«Al terminar José Rubén Romero de recitar sus versos, le dijo Obregón con su gracia natural:

»—Hace mucho tiempo que yo sabía de memoria esos versos —y comenzó a recitarle el mismo soneto que acababa de escuchar él por vez primera.

»A José Rubén Romero lo colocó en un predicamento tremendo. Se puso de todos colores y no sabía cómo salir de esa situación.

»—¿Cómo va a ser posible que usted recite de memoria ese soneto, si nunca lo he dado a la publicidad? —interrogó el

distinguido escritor, cohibido y un poco apenado.

»—No habrá dado usted a la publicidad ese soneto, pero su autor sí, y la prueba de ello es que yo lo leí en una revista y me gustó tanto que me lo aprendí de memoria. —Y volvió el presidente de la República a recitarlo en medio del asombro del poeta.

»Al despedirse, Obregón le dijo:

»—No se marche usted apenado. Es que yo tengo la facultad de retener en la memoria todo y al estar recitando usted su soneto, me lo aprendí».[38]

Podría parecer extraño, a primera vista, que el mismo hombre que jugaba póquer con la muerte se solazara haciendo bromas hasta consigo mismo. En el fondo no había contradicción. El doctor Ramón Puente, ese fino observador de los caudillos, lo describió con acierto:

«…es alegre, bromista, desconcertante, porque nadie vislumbra la línea en que coincide en su alma la comedia con la tragedia. Cuando ésta llega, viene inesperada, aplastante, y, sin embargo, parece no dejarle rastros de amargura, obra con la inconsciencia del río que lo mismo descuaja los árboles en sus días de creciente, que refleja apacible el paisaje en sus días de quietud».

La broma y la muerte juntas, como en la sonrisa de una calaca mexicana, son dos formas de escapar a la tensión de la vida, de llenar su vacío, de resolver la fatuidad. Con la vida habría que hacer todo, menos tomarla en serio. Martín Luis Guzmán describió, en pocas palabras, el fondo de su alma. Su viñeta puede parecer cruel:

«Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar

frente a un público: carecía de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante».[39]

Lo que no comprendió Martín Luis Guzmán fue la raíz de esa actitud. Obregón no actuaba siguiendo un plan premeditado y maquiavélico. Actuaba por convicción: él podía ser un farsante, pero la vida era sólo el linde incierto entre la comedia y la tragedia. Era, en el sentido directo de la palabra, una farsa.

NOTAS

31. Entrevista del autor con Miguel Palacios Macedo (México, 1973).

32. Hall, pp. 151-156.

33. Ibíd., pp. 163-183.

34. Romero, pp. 40-42.

35. Aguilar Mora, 54.

36. Aguilar Camín, 23-24; Hall, 31.

37. Oswaldo Burgos, «Los cuentos del General Obregón», en *Revista de Revistas,* 11 abr. 1926 (México), p. 17; F. González Guerrero, «Enciclopedia mínima: la memoria del general Obregón», en *El Universal Gráfico,* 19 feb. 1929 (México), página editorial; Miguel Alessio Robles, «La figura de Obregón», en *Novedades,* 22 jun. 1941 (México).

38. Miguel Alessio Robles, «Obregón: su vida y su carácter», en *El Universal,* 4 may. 1937 (México).

39. Guzmán, p. 85.

Todos con el triunfador

A principios de 1919 Obregón comienza a cosechar un producto más importante que el garbanzo: la unánime popularidad que lo llevará a la presidencia. Carranza es el primer enemigo de su posible elección. A los ojos del «Viejo», a Obregón le falta comprensión de los grandes problemas nacionales, le falta un programa de gobierno y, lo que es peor, le faltan las virtudes del buen gobernante. Es un militar, y el designio del presidente es acabar, de una buena vez, con el militarismo. En enero, Carranza se manifiesta públicamente contra los «lanzamientos prematuros» y la «efervescencia política». En marzo, Luis Cabrera ataca en la prensa a Obregón. En abril, Obregón les responde con un seudónimo; a Cabrera le lanza un dardo: «Nunca creen lo que dices porque nunca dices lo que crees»; a Carranza, otro: «El país y yo creemos que de acuerdo a usted nada que lo halague es prematuro y nada que lo afecte es oportuno».

A mediados de 1919 Obregón creía que la presión popular haría ceder al «Viejo». No tardaría en desengañarse ni tampoco en tomar la ofensiva. En junio se autopostula candidato, lanzando un «Manifiesto a la nación». En agosto concierta un pacto secreto con la cúpula de la recién fundada CROM, denominada Grupo Acción, según el cual, de llegar a la presidencia, se comprometía entre otras cosas a crear un Departamento de Trabajo autónomo, designar un ministro de Industria y Comercio afín a esa organización y promulgar la Ley del Trabajo. Así, una vez más repetía la estrategia que le sirvió para formar los batallones yaquis y rojos.

En noviembre realiza una serie de giras triunfales. Gozaba de tal popularidad que hasta Palavicini, uno de sus archienemigos, lo consideraba el candidato más viable. El tono de su campaña era triunfalista, pero tenía razones para

serlo. Si había triunfo contra la naturaleza, la lluvia, el *chahuixtle*, los vientos y sobre Orozco, Huerta, Zapata y Villa, ¿cómo no iba a desplazar, hasta por la buena, a su exjefe Carranza?:

«…no descansó un solo momento. Observaba los planes de sus enemigos para desbaratarlos. Pronunciaba discursos, daba conferencias en las cámaras de comercio, publicaba declaraciones, movía a todos sus partidarios. Atrevido, valiente, hacía cabalmente todo lo contrario de lo que su adversario quería que hiciera. Era dueño absoluto de sus acciones … Organizaba partidos y clubes. Recorría la nación entera de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad. Conversaba con todos. Muchas veces abandonaba el vagón de primera en que viajaba para ir a charlar con el pasaje de segunda y de tercera. Así crecía y avivaba más su popularidad, no solamente con sus discursos, en los cuales hablaba de rectitud y de moral; sino codeándose con las multitudes, con todos sus conciudadanos. Él no tenía más afán que aparecer como un enemigo abierto del régimen del presidente Carranza. Todos sus partidarios lo secundaban abiertamente. En ese punto no había discrepancia alguna».

Ni en ese ni, aparentemente, en ningún otro. Todas las maniobras le resultaban: hasta las del enemigo. El Senado puso en entredicho su investidura militar, con lo cual, lejos de perjudicarlo, lo benefició. Ahora podía presentarse como lo que había sido en el origen: un civil al que el destino convirtió en militar. Así conservó las ventajas del aura militar sin sus inconvenientes.[40]

Por momentos, aquella sucesión presidencial debió de parecerle casi un juego. Una mañana, cuenta Alessio Robles, Obregón salió muy temprano de la casa en que se hospedaba:

«—No tardo —me dijo—, regreso a desayunarme con

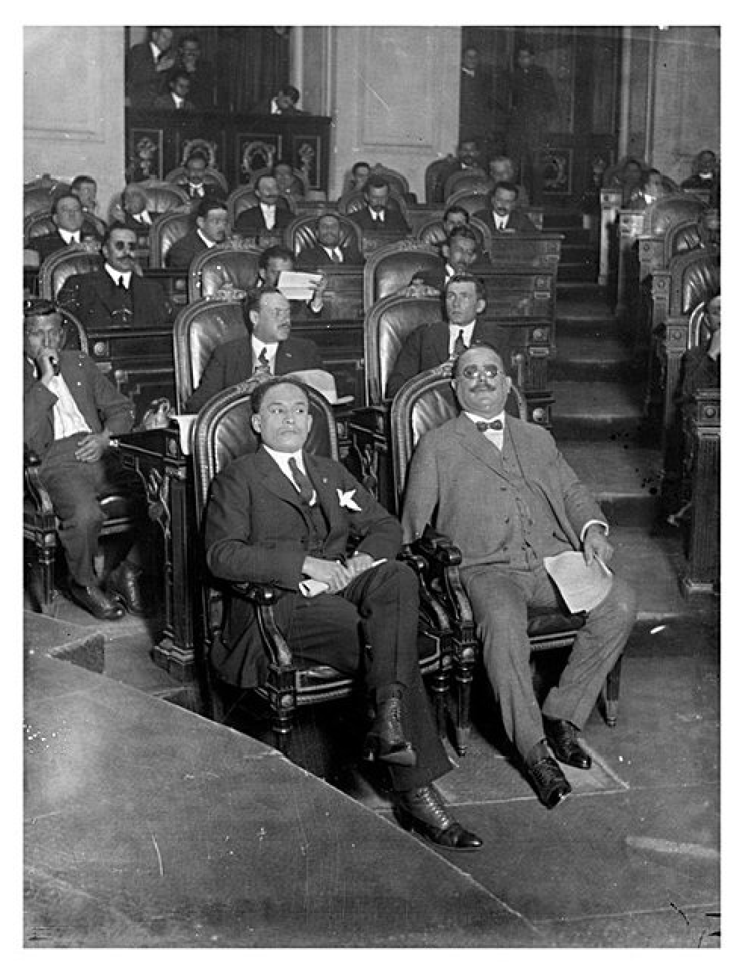
usted. Si vienen algunos amigos, que me esperen.

»Antes de una hora, ya estaba de regreso el general Obregón. Llegaba con los periódicos del día en su mano. Radiante de felicidad. Su rostro sanguíneo, la nariz chata, los grandes ojos verdes llenos de luz, con la frente ancha y despejada.

»Al instante comenzó a contarme que había llegado hasta la puerta de honor del Palacio Nacional, que el automóvil lo había dejado más lejos, y se fue a estacionar frente a la guardia del presidente Carranza. Contó que todos los soldados se le habían cuadrado marcialmente, y que llamó a un papelero para comprarle los periódicos de la mañana: *El Universal*, *Excélsior*, *El Monitor Republicano* y *El Heraldo de México* y, que, como el muchacho no traía cambio de un peso —feria, como se dice en el norte, calderilla, como se dice en España— los soldados se apresuraron a pagar los veinte centavos que importaban los cuatro periódicos.

»—Le hubiera usted dejado el peso al muchacho —contesté yo apresuradamente.

»—No —dijo el general Obregón—, yo quería saber si la misma guardia del presidente Carranza me era hostil. Pero me convencí de lo contrario».



«Obregón no era un hombre sensible a las ideologías. Sus ideas sociales y políticas eran eminentemente prácticas.» (E.K.)

Agencia Casasola, *El presidente Álvaro Obregón en la Cámara de Diputados*, 1924. © Núm. de inventario: 41703. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

En enero de 1920 el barco de la legalidad representado por el presidente Carranza hace agua por todas partes y, como sucede en esos casos, casi todos lo abandonan. Con Carranza estaban los principios; con Obregón y la dinastía sonorense, los intereses, la juventud y el poder. De nada sirve el cónclave de gobernadores que se orquesta para desacreditar a Obregón. En San Luis Potosí éste declara que ver a los gobernadores de Guanajuato o Querétaro —leales a Carranza— preparar un programa para garantizar el sufragio es como ver a los criminales en las Islas Marías estudiando un programa para garantizar la propiedad y prevenir el robo.

La tensión se convierte en represión. En abril el gobierno tiende a Obregón una celada. Lo cita a declarar en el juicio que se le sigue a un militar, de apellido Cejudo, a quien supuestamente se le han encontrado instrucciones de levantamiento que comprometen a Obregón.[41] Este acude a la ciudad pero evade la celada. Disfrazado de ferrocarrilero y con la ayuda de uno de verdad —Margarito Ramírez— escapa en un tren hacia el sur. En Guerrero lo espera un gobierno «obregonista de hueso colorado» y dispuesto a romper el pacto federal. Al ver al jefe de Operaciones Militares, Fortunato Maycotte —su antiguo lugarteniente en la batalla de Celaya—, Obregón se cuadra y dice: «Soy su prisionero», pero Maycotte le responde: «No: usted es mi comandante».[42]

El 20 de abril Obregón lanza desde Chilpancingo un manifiesto en que acusa a Carranza de pretender imponer a un candidato impopular —Bonillas— y apoyar la campaña con dineros públicos. Desde ese momento se ponía a las órdenes de De la Huerta, «el ciudadano gobernador constitucional del estado libre y soberano de Sonora, para apoyar su decisión y cooperar con él hasta que sean depuestos los altos poderes». El 23 de abril los sonorenses lanzan el Plan

de Agua Prieta. Cinco semanas más tarde el jefe supremo del ejército liberal constitucionalista, Adolfo de la Huerta, asumiría la presidencia interina de la República.[43]

Al mismo tiempo que por la lucha militar, México había transitado por una revolución no menos profunda y quizá más trascendente: una revolución de ideas. Nuevas concepciones sobre la propiedad, el problema agrario, las relaciones obrero-patronales, el papel político de la Iglesia, el carácter del Estado en la economía, etc. Aunque inconforme con buena parte de la nueva legislación, Carranza sabía que la Constitución del 17 constituiría en la vida nacional un parteaguas semejante a las Leyes de Reforma. Por su parte, Obregón, que en Querétaro había defendido los artículos radicales, no hace mención de ellos, ni de la nueva Carta, en su manifiesto del 1.° de junio de 1919. A diferencia de Carranza y de los legisladores a los que había apoyado, Obregón no es un hombre sensible a las ideologías. Sus ideas sociales y políticas son eminentemente prácticas.[44]

Para Obregón, según se desprende del manifiesto, no había sino un problema básico en el país: buscando el poder y la riqueza, los caudillos del partido liberal se habían vuelto vehículos de la reacción. Se corría el riesgo de que esos nuevos intereses materiales bloqueasen «los principios avanzados de la lucha, sobre todo el sufragio efectivo». Peligraban la paz y los logros de la Revolución por «*no permitir al país librarse de sus libertadores*».

La gran frase corrió como reguero de pólvora, pero el manifiesto iba más lejos. Para librar al país de sus libertadores, Obregón propone «un camino que rompe con todas las fórmulas y moldes». Emulando, sin saberlo, a Napoléon III, convoca una suerte de plebiscito nacional en tomo a él y se lanza al «tablado político» por sí mismo y sin

compromisos: como un deber y un sacrificio sentidos auténticamente. Al hacerlo no ofrece un programa social, que a fin de cuentas no es sino «prosa rimada», sino un propósito moral y político: depurar el gobierno y defender la libertad de sufragio. Al referirse al problema económico del país, su interés primordial, como se sigue del texto, es dar garantías y confianza al inversionista extranjero. El manifiesto concluía con un llamado a la ciudadanía para integrar el Gran Partido Liberal.

En sus discursos de campaña Obregón reveló un pragmatismo similar.[45] Para triunfar, el país y sus hombres sólo requerían la conjunción de tres factores: oportunidad, esfuerzo y técnica en el esfuerzo. De esta actitud, típica de cualquier empresario moderno, se desprendía un ideario particularmente ayuno de ideología.

Tenía mala opinión de los latifundistas; pero no les achacaba abuso, injusticia o explotación, sino algo peor a su juicio: improductividad. Su atraso, su ánimo rutinario, su afán proteccionista les había quitado toda posibilidad de competir en el extranjero. Eran, en suma, malos empresarios.

«Es indudable que la verdadera igualdad, como la anhelaríamos o la anhelamos, no podría realizarse en toda la amplitud del concepto de la palabra, porque en la lucha por la vida hay hombres más vigorosos, hay hombres más inteligentes, hay hombres más acondicionados, preparados física e intelectualmente mejor que los demás, y ésos, indudablemente, son los que tendrán que sacar mayores ventajas a sus esfuerzos en la lucha por la vida; pero sí es necesario, y eso sí lo podríamos realizar, que los de arriba sientan más cariño por los de abajo; que no los consideren como factores de esfuerzo a su servicio únicamente, sino como cooperadores y colaboradores en la lucha por la

vida…»[46]

El papel social del gobierno debía limitarse, pues, a «lograr el equilibrio entre los factores de la producción… salvar al capital garantizando los derechos del obrero… ser el fiel de la balanza». Frente a Estados Unidos, Obregón consideró necesario cambiar de actitud:

«…en lo sucesivo, México no será un problema para los demás pueblos de la Tierra, ni mucho menos para el gobierno vecino de los Estados Unidos; México, en lo futuro, no ejecutará un solo acto que esté en pugna con la moral y con el derecho; y ningún pueblo que se llame civilizado podrá exigirnos que nos apartemos de esa línea de conducta … Nosotros respetaremos los derechos de todos y cada uno de los ciudadanos nacionales y extranjeros que existan en nuestra República; y cuando nosotros probemos con hechos que sabemos seguir esa política, tendremos derecho a exigir para nosotros también el respeto de todos los demás pueblos de la Tierra».[47]

Aunque aquello sonaba un poco a *mea culpa*, en realidad era el anzuelo conciliador para que el inversionista norteamericano viniese a arriesgar su «capital honesto» junto a los mexicanos, sin buscar ventajas extralegales o monopolios.

Como se ve, Obregón no pronunció una palabra de radicalismo ideológico. Algunos malpensados comenzaron a identificar en sus ideas rasgos de otros tiempos. Su programa buscaba la pacificación definitiva del país y la modernización agrícola e industrial. ¿No había declarado Obregón que su gobierno haría más administración que política? ¿No le había confiado a Lucio Blanco en 1914 que ellos serían «los nuevos científicos»? ¿No había escrito sus *Ocho mil kilómetros en campaña*, como su oaxaqueño antecesor, extrayéndolos casi

por entero de su memoria? Pero no hacía falta maliciar tanto. El propio Obregón lo pregonaba: «El único pecado de don Porfirio… fue envejecer».[48]

NOTAS

40. Álvaro Matute, «La carrera del caudillo», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols. (México, 1980), vol. VIII, pp. 65-77; Hall, pp. 203-231.

41. *Crónica ilustrada. Revolución mexicana,* 6 vols. (México, 1966-1972), vol. VI, pp. 157-164.

42. Entrevista del autor con Miguel Palacios Macedo (México, 1973).

43. Matute, pp. 92-102.

44. Narciso Bassols Batalla, *El pensamiento de Álvaro Obregón* (México, 1970), pp. 45-52.

45. «Manifiesto del general Álvaro Obregón, con el cual inició su campaña electoral para la presidencia de la República, 1 junio 1919», en Obregón, *Ocho mil kilómetros…,* pp. 550-564.

46. Matute, pp. 33-41.

47. Bassols Batalla, pp. 45-52; Matute, pp. 30-41.

48. Entrevista del autor y Jean Meyer con Miguel Palacios Macedo (México, 1974).

Reconstrucción educativa

El breve interinato de Adolfo de la Huerta fue un periodo más importante de lo que se ha creído. Entre otras cosas, el suave presidente logró la pacificación general por métodos civiles: Villa, Pablo González, los jefes zapatistas que quedaban, Félix Díaz, Manuel Peláez, Juan Andreu Almazán, Marcelo Caraveo…, uno a uno fueron deponiendo las armas por la buena. La Revolución no tenía enemigo al frente. Había llegado la hora de convertir en realidad el título de un libro notable escrito por Salvador Alvarado: *La reconstrucción de México*. El propio Alvarado viajó a Estados Unidos para anunciar el advenimiento de la paz. Otro signo de los tiempos lo constituyó el regreso de muchos exiliados por la Revolución. Uno de ellos fue la mejor contratación de De la Huerta y un legado inapreciable para el gobierno de Obregón: José Vasconcelos.

Vasconcelos era dos años menor que Obregón: en 1920, al llegar a México para encargarse de la rectoría de la universidad, tenía treinta y ocho años. En los últimos años del régimen porfiriano había formado parte de un grupo de filósofos, escritores y humanistas llamado el Ateneo de la Juventud, entre cuyos miembros se contaban personas que ya en 1920 gozaban de cierta notoriedad: los escritores Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, el filósofo Antonio Caso y el pintor Diego Rivera. Maderista de la primera hora, Vasconcelos se había rebelado contra Huerta y había ocupado en 1914 la cartera de Educación en el efímero gobierno de Eulalio Gutiérrez. En 1915 salió a un largo destierro que lo llevó a Europa, Sudamérica y Estados Unidos. De pronto, al caer su odiado régimen «carranclán», José Vasconcelos regresa con un proyecto casi mesiánico para el país.

Como rector de la universidad durante el periodo de De la Huerta, Vasconcelos inventa el lema «Por mi raza hablará el espíritu»; pero muy pocos advierten la implicación casi religiosa de sus palabras y la dimensión de su proyecto. Obregón lo escucha y lo apoya. Al hacerlo, y por ese solo hecho, marca su distancia histórica y moral con Porfirio Díaz, quien nunca confió en ningún intelectual, ni siquiera, enteramente, en Justo Sierra. A los pocos días de inaugurar su régimen, Obregón crea la Secretaría de Educación Pública y federaliza su ámbito de acción. Gracias a su simpatía e interés, Vasconcelos pudo realizar una obra educativa y cultural que aún ahora, de muchas formas, sigue presente.[49]

Uno de los capítulos de aquella aurora educativa fue la creación de escuelas rurales, técnicas, elementales e indígenas. A guisa de soldados de moderna cruzada, la Secretaría envió a los sitios más apartados a varios cientos de maestros misioneros. En Teotihuacán, por ejemplo, el antropólogo Manuel Gamio inauguró una «escuela integral» que buscaba guiar la vida de los campesinos sin desarraigarlos.[50]

Pero la escuela era sólo un capítulo. Otro, muy brillante, fue el desarrollo de las bellas artes. En tiempos de Obregón, México vivió un verdadero renacimiento de los valores nacionales, una vuelta múltiple y generosa a todos los orígenes: el pasado indígena y el español, la Colonia y la provincia. Abundaron los bailables, los orfeones y todo tipo de festivales musicales. En 1921, el mismo año de su muerte, Ramón López Velarde escribe *La suave patria*. Y también en 1921, a iniciativa de Vasconcelos, los pintores Diego Rivera, José Clemente Orozco, Jean Charlot, Fermín Revueltas, David Alfaro Siqueiros y Roberto Montenegro, entre otros, se adueñan de los muros de varios venerables edificios coloniales para expresar el evangelio social de la Revolución.

Daniel Cosío Villegas, uno de los escuderos intelectuales de Vasconcelos en aquella cruzada de la cultura y la educación, escribiría mucho tiempo después, con nostalgia:

«Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron a millares, y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar donde descansar y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos camerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro propio estímulo y nuestro propio deleite. Entonces el teatro fue popular, de libre sátira política, pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones».[51]

Por desgracia, los tiempos no propiciaban la nueva evangelización educativa con que soñó Vasconcelos. Ya en 1923, el horizonte incierto de la elección presidencial inquietaba la vida pública y bloqueaba de muchas maneras el difícil trabajo de organizar la educación. Vasconcelos, que en 1922 había recorrido triunfalmente Latinoamérica llevando un mensaje de ejemplaridad mexicana, sentía que comenzaba a arar en el mar. Por lo demás, al propio Obregón le asaltaban dudas sobre la eficacia del proyecto educativo. Le parecía absurdo que Vasconcelos editase a los clásicos mientras el

pueblo carecía de identidad no sólo nacional sino regional y hasta local.

Con todo, a despecho de sus desavenencias, el «pacto» entre Obregón y Vasconcelos resultó inmensamente fructífero. En dos años escasos México ganó confianza en sí mismo, aprecio por sus raíces y reconocimiento internacional. A la vera de Vasconcelos, en aquella Secretaría se formó toda una generación de artistas y escritores que formaría a su vez a nuevas generaciones. Gracias a ese pacto se dio el primer impulso a la nueva industria editorial. Pero, sobre todas las cosas, se abrió un camino de creatividad y reconstrucción que pronto inspiraría otros empeños nacionales.

NOTAS

49. Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana. El caudillismo,* 3 vols. (México, 1977), vol. II, pp. 121-134.

50. Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas* (México, 1966), pp. 140-141; Ernest Gruening *Mexico and its heritage* (Londres, 1928), pp. 518-520.

51. Cosío Villegas, pp. 141-142.

Difícil conciliación

Los otros aspectos del régimen obregonista fueron menos luminosos. Una vida política bronca y encrespada hacía difícil la reconstrucción. En cada uno de los frentes sociales y políticos abiertos por la Constitución de 1917 existía un clima de violencia que Obregón no siempre pudo paliar. Factor importante de tensión fue la actitud de la CROM. Su líder, Luis N. Morones, pretendió hacer efectivas una por una las cláusulas de su pacto de 1919 con Obregón. A pesar de tener representantes en puestos significativos de la administración, Morones y su Grupo Acción buscaron ampliar su influencia pública y, en gran medida, lo consiguieron. Hacia 1923, recurriendo menos a procedimientos lícitos que a la violencia, la CROM había doblegado a la más seria de sus competidoras, la CGT, de filiación anarquista, y había vulnerado casi todos los núcleos restantes de poder, con excepción del ejército: el periódico de oposición *El Universal*, los partidos Liberal Constitucionalista, Nacional Agrarista y Cooperatista; la Iglesia, y hasta la escuela preparatoria. Al finalizar el régimen de Álvaro Obregón, estaba claro que la CROM había expandido su poder y escapado del control presidencial para refugiarse en un nuevo pacto, aún más ambicioso que el de 1918, con el futuro presidente: Plutarco Elías Calles.[52]

En términos de política social, Obregón se apegó más que Carranza al texto constitucional. Durante su periodo se repartieron 921.627 hectáreas, casi cinco veces más que durante los regímenes de Carranza y De la Huerta juntos. El artículo 123 siguió, como otros, sin reglamentarse, pero Obregón no contravino sus disposiciones más importantes. En el Distrito Federal empezó a concederse el descanso dominical con goce de sueldo, funcionaron parcialmente las juntas locales de conciliación y se respetó el derecho de

huelga siempre y cuando los demandantes perteneciesen a la CROM. (En otros casos, como ocurrió con la huelga ferrocarrilera, la represión no se hizo esperar.)[53]

Con la Iglesia el tono de las relaciones fue también de tensa conciliación. Obregón felicitó al nuevo papa Pío XI en 1922, y en privado insistía en la «complementariedad» del programa revolucionario y el católico. Pero el horno no estaba para bollos. La Iglesia se hallaba en general muy lejos de resignarse a los artículos 3.° y 130 de la Constitución y algunos obispos combatían la entrega de tierras o la sindicalización obrera secular. Los choques entre cromistas y miembros de la Acción Católica de la Juventud Mexicana (la ACJM) se convirtieron en noticia cotidiana. El suceso más grave ocurre cuando el delegado apostólico Filippi acude al Cerro del Cubilete a consagrar a Cristo Rey: el pueblo se postra a sus pies, pero el gobierno le aplica el artículo 33. Con todo, para quien tuviese dos dedos de frente, era claro que Obregón, pese a sus despliegues jacobinos de 1914 y 1915, no compartía del todo la ideología anticlerical de Plutarco Elías Calles, su ex ministro de Gobernación (que para entonces había renunciado con vistas a su próxima elección). En 1924 llega a México un nuevo delegado apostólico.[54]



«…es alegre, bromista, desconcertante, porque nadie vislumbra la línea en que coincide en su alma la comedia con la tragedia.» (Ramón Puente)

Agencia Casasola, *El presidente Álvaro Obregón y su esposa, ca*. 1922. © Núm. de inventario: 66503. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

La verdadera obsesión del presidente era otra: lograr el reconocimiento del gobierno norteamericano. En las Fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia que organiza en 1921 hay, claro, un toquecillo de nostalgia porfiriana —después de todo, Obregón había estado en la capital en septiembre de 1910—, pero también un motivo diplomático: aislar a Estados Unidos de otras naciones que habían reconocido al régimen de Agua Prieta. Obregón no transige ante las amenazas más burdas que condicionan el reconocimiento a la derogación del artículo 27 o a la firma de un tratado de amistad y comercio. Sin embargo, cede prendas no menos importantes: en 1921 la Suprema Corte falla en favor de la Texas Oil, sentando un precedente de no retroactividad en la aplicación del artículo 27; en 1922 Adolfo de la Huerta, ministro de Hacienda, firma el famoso convenio De la Huerta-Lamont, por medio del cual México reconocía una deuda de 1.451 millones de dólares con el Comité Internacional de Banqueros. Pero el régimen norteamericano exige más, y en 1923 se llevan a cabo las Conferencias de Bucareli, al cabo de las cuales Obregón obtendría dos cosas: el reconocimiento de Estados Unidos y la fama de «entreguista».[55]

En esencia, los Tratados de Bucareli contenían dos pactos. Por el primero, los dos países se comprometían a formar dos comisiones mixtas de reclamaciones: una por daños sufridos por personas físicas y morales norteamericanas en el periodo revolucionario; otra por daños mutuos causados a partir de 1868. Por el segundo, el poder ejecutivo mexicano se obligó a no dar acción retroactiva al artículo 27 en materia de petróleo y a indemnizar en efectivo a los norteamericanos por toda expropiación agraria que tuviera otro objeto que la dotación ejidal, o que, persiguiendo ese fin, excediera las 1.755

hectáreas.[56]

Años después, el joven jurista Antonio Gómez Robledo resumiría en una frase la crítica histórica al segundo pacto:

«El pacto extraoficial petrolero es violatorio de la Constitución mexicana, cuyo artículo 27, al nacionalizar sin taxativas toda mezcla de carbono e hidrógeno yacente bajo el suelo nacional, no autoriza a las leyes orgánicas a reconocer los supuestos derechos adquiridos y crear las llamadas concesiones confirmatorias. En la parte agraria, el privilegio especial otorgado a los norteamericanos no necesita comentario».

Los defensores de Obregón argumentarían, en cambio, que el presidente no modificó el artículo 27 ni ató de manos a los futuros gobiernos para reiniciar su reglamentación y puesta en práctica. La verdadera urgencia de Obregón era otra: el reconocimiento aseguraba que ningún levantamiento contra su régimen contaría con armas norteamericanas. Y a esas alturas del año 1923 en el horizonte se presagiaba ya la tormenta.

El Partido Liberal Constitucionalista, formado por el sonorense Benjamín Hill —muerto en condiciones misteriosas al principio del gobierno de Obregón— y varios otros liberales de buena cepa (Manuel García Vigil, Fernando Iglesias Calderón, Rafael Martínez de Escobar y José Inés Novelo), había librado hasta 1922 una batalla tan espléndida como infructuosa para instaurar en el país una democracia plena. El PLC pugnaba por la descentralización del poder, el sufragio efectivo, la total división de poderes, y había llegado a soñar con un régimen parlamentario. Más temprano que tarde, con ayuda de la CROM y de los demás partidos de la Cámara, Obregón logra dispersar a los peleceanos que habían impulsado su candidatura a la presidencia. En 1923, cuando

es claro que Obregón favorece la candidatura de Calles, el Partido Cooperativista propone la de De la Huerta y recoge algunas de las propuestas del Liberal Constitucionalista. Un sector de la opinión pública sintió que Obregón incurría en una imposición política similar a la que había criticado en Carranza. Vasconcelos expresaría años más tarde ese desánimo:

«Los antecedentes, las capacidades de aquel presidente singular reclamaban una solución más alta: entregar nuestra obra al pueblo, para que en su seno se salvase creciendo, o bien, para que diluida, desintegrada, se perdiese con honra. Una convención electoral legalmente constituida sin duda habría encontrado una solución patriótica, mediante la candidatura de un ciudadano respetable, ajena a camarillas y ambiciones. Un jefe así escogido habría conquistado el apoyo de la nación y la confianza de obregonistas y revolucionarios de toda modalidad. Desgraciadamente, en vez de los ciudadanos, se movilizaron los cuarteles. La corrupción y la espada desataron sus furores, corrió sangre a raudales, sangre equivocada y también sangre noble…».

El ciudadano respetable en quien había pensado Vasconcelos era, por supuesto, Vasconcelos mismo, pero la dinastía sonorense prefirió desintegrarse en la violencia que ceder el poder. «Sobrevino la hecatombe», añadiría Vasconcelos, «y la vida política del país dio un salto atrás pavoroso.»

Un salto a la guerra. A fines de 1923 estalla la rebelión delahuertista. Con la muerte, en 1922, de Murguía y Lucio Blanco y el asesinato de Villa en julio de 1923, habían desaparecido tres de las mayores amenazas reales o potenciales para el régimen. No obstante, quedaba una larga fila de generales que soñaban con un cañonazo de más de

cincuenta mil pesos: la silla presidencial. En la rebelión delahuertista, que involucró a más de la mitad del ejército contra Obregón, muchos de estos generales vieron la oportunidad de acercarse a la preciada silla.[57] Otros, más nobles, como diría Vasconcelos, se levantaron por vergüenza democrática.

Obregón proclamaba estar de plácemes: «Ya me estaba aburriendo del empleíto».[58] Mientras los rebeldes se hacen fuertes en Veracruz y Jalisco, el presidente se marcha al Bajío. Pronto se entera de la defección de García Vigil con su Plan de Oaxaca. Muchos de sus antiguos compañeros de armas militan en contra suya. Cesáreo Castro y Fortunato Maycotte —su compadre— se enfrentarán a sus fuerzas en Esperanza, Veracruz. Salvador Alvarado, Buelna, Enrique Estrada y Diéguez harán lo propio en Ocotlán, Jalisco, contra los generales Amaro, Serrano, Calles, Ortiz, Cárdenas, comandados por el propio Obregón. «Los delahuertistas me sacaron de Celaya», comenta el presidente, «pero ya verán que yo los sacaré de Veracruz.»

Y en efecto, los sacó. Después de la batalla de Esperanza, los delahuertistas se repliegan a Yucatán y salen al exilio. En Ocotlán la lucha fue aún más terrible, según recuerda uno de los personajes más violentos de la época, el general Roberto Cruz:

«Nadie dio cuartel. Fue una batalla fiera en la que se disputó, primero el río y más tarde cada pulgada de terreno, como si fuese el último baluarte. Cómo quedaron muertos regados por todos lados. Vi muchos cadáveres. Vi también cabezas que nadaban en el río, como troncos, como inmensos frutos caídos de no sé dónde».[59]

En lo personal, Obregón había vuelto a su antiguo oficio. Tornó a arriesgar la vida propia y a disponer de la ajena, aun

la de sus antiguos amigos. Salvador Alvarado muere asesinado a quemarropa por un subordinado que lo traiciona en la población de Frontera, en Tabasco, no muy lejos de Yucatán, donde había instaurado su breve laboratorio socialista. Manuel Diéguez, el viejo luchador de Cananea, escapa con sus hombres desde Jalisco y cruza Guerrero, Oaxaca, Chiapas, hasta caer preso. Telegrafía a Obregón recordando los tiempos en que peleaban juntos; éste le responde que su falta de vergüenza sólo puede compararse a su miedo de morir. Diéguez cae fusilado.[60] Pero una muerte aún más terrible le espera a Fortunato Maycotte. Una tremenda cacería que incluye patrullas y buques lo persigue por Puebla, Morelos, Guerrero, Oaxaca y la Mixteca. En Puerto Escondido su sed lo delata. Obregón, por supuesto, tampoco lo perdona. La clemencia nunca había sido su fuerte.[61]

La rebelión dejó un saldo de siete mil muertos. Al finalizar su periodo, Obregón le confió a algún admirador: «Voy a salir por la puerta grande del Palacio Nacional, envuelto en la consideración y el cariño de mi pueblo».

Quizá para entonces se equivocaba. En 1920 había entrado «envuelto» en la unanimidad, pero cuatro años después la opinión sobre su gobierno se había dividido. El propio Obregón tal vez admitiera, en su fuero interno, que el paso de militar a presidente había sido más difícil e incierto que el de agricultor a militar. En su haber podía ostentar la obra educativa, ciertos avances fiscales y hacendarios, un tono tensamente conciliatorio con la Iglesia y un apoyo moderado a las demandas obreras y campesinas. Pero a su cargo los enemigos señalaban la transacción con Estados Unidos, la centralización política, el ahogo de los partidos en la Cámara y la traición a su propio manifiesto de junio de 1919. Y no

faltaba quien le atribuyera el deseo de repetir la maniobra que Porfirio Díaz urdió en 1880: imponer a su compadre Manuel González para luego reelegirse *ad aeternum* o, como el mismo Obregón diría, hasta cometer el pecado de envejecer.

Miguel Palacios Macedo, uno de los jóvenes que participaron destacadamente en la rebelión delahuertista, comentaría cincuenta años después que la Revolución mexicana había sido finalmente un movimiento histórico «abortado»: «Aquellos hombres sólo querían mandar».

Quizá tenía razón. Se cuenta que el propio Obregón contestó alguna vez a un paniaguado que lo felicitaba por su aspecto sano, robusto y fuerte: «Claro, mi amigo, pues no es lo mismo ser mandado que estar mandando».

NOTAS

52. Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, «Estado y sociedad con Calles», en *Historia de la Revolución…,* pp. 57, 58, 77-80; Marjorie Ruth Clark, *Organized labor in México* (Chapel Hill, North Carolina, 1934).

53. David C. Bailey, «Obregón, México's accomodating president», en Douglas Richmond y George Wolfskill (comp.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist views of the leaders* (Austin, 1979), pp. 87-89; J.F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución, 1*919-1936 (México, 1977), pp. 97-101.

54. Robert E. Quirk. *The Mexican Revolution and the Catholic Church. 1910-1929: An ideological study* (Indiana, 1973), pp. 119-137; Jean Meyer, «El conflicto entre la Iglesia y el Estado, 1926-1929», en *La Cristiada,* 3 vols. (México, 1980), vol. II, pp. 110-140, 304-320.

55. Antonio Gómez Robledo, *Los convenios de Bucareli ante el Derecho Internacional* (México, 1933), pp. 204-207.

56. Dulles, pp. 158-171; Bassols Batalla, pp. 66-73.

57. Dulles, pp. 108-115, 117, 173-188, 228; Miguel Alessio Robles, «Obregón y De la Huerta», en *Senderos* (México, 1930). pp. 167-173.

58. Joaquín Piña, «¡Ya me estoy aburriendo!, dijo Obregón», en *Así,* 7 sept. 1941 (México).

59. Julio Scherer, «Roberto Cruz en la época de la violencia», en *Excélsior,* jul. 1961 (México), pp. 6 y 8.

60. Dulles, pp. 254-255.

61. Entrevista del autor con Miguel Palacios Macedo (México, 1973).

Convocación a la muerte

Igual que en 1917, al terminar su periodo presidencial Obregón regresó a Náinari —su propiedad en la región del Yaqui—, y como entonces, volvió a sus afanes agrícolas con ímpetus mayores. Ahora no se trataba de construir un emporio sino un imperio. Con la ayuda no muy *sancta* del novísimo Banco Nacional de Crédito Agrícola, compró buena parte de las tierras de la compañía Richardson y amplió sus negocios hasta abarcar los siguientes giros, además de su habitual cosecha de garbanzo y algodón: irrigación del valle del Yaqui, molino de arroz en Cajeme, empacadora de mariscos, fábrica de jabón, venta de materiales de construcción y equipo agrícola, oficina comercial de exportación e importación, granja, plantíos de tomate, importación de henequén, estación agrícola experimental, mejoras al puerto de Yávaros en el río Mayo, distribuidora de autos, fábrica de bolsas de yute…

Lo cierto, sin embargo, es que Obregón fue mejor vendedor y productor que administrador. Era caudillo de los negocios, no frugal empresario. Buena parte de ese crecimiento lo habían financiado préstamos californianos y nacionales.[62] Fue su última etapa de bromas y felicidad, de tregua al lado de su esposa, sus hijos pequeños y grandes, en la quietud de una vida familiar que sinceramente apreciaba como valor sin mancha.

Quizá por eso cuando un embajador que lo visitaba le preguntó, al verlo vestido de agricultor, si estaba disfrazado, Obregón le respondió así: «No, embajador. Allá, en la presidencia, fue donde anduve disfrazado».

La respuesta, claro, era también un disfraz. Tenía tan buena vista que desde el Náinari vigilaba la silla presidencial.[63] Pero quería y no quería volver a ocuparla. A un amigo le confió:

«Antes me llamaron para carne de cañón, ahora me llaman para carne de crisis». La frase expresa el arco completo de la vida de Obregón tal como él lo concebía. Su ascenso había sido siempre vertiginoso: en sus primeros pasos como mecánico inventor, en su invicta carrera militar, en su emporio agrícola y hasta en su carrera presidencial, que ya presagiaba los pasos de don Porfirio. Pero ¿había elegido su destino?, y si lo había elegido, ¿dejaba por eso de ser un destino de fatuidad, marcado en cada cuestión, desde la niñez hasta la última batalla, por la mueca de la muerte? La silla presidencial le atraía, mas no por el poder, y menos aún por los programas de reconstrucción económica y social que podía emprender desde ella, sino por el aura de deber y sacrificio que la rodeaba.

En abril de 1926 a nadie se le ocultaban las intenciones del gran «Manco de Celaya». Pasa temporadas cada vez más largas en la capital y frecuentemente se aloja en el Castillo de Chapultepec. «No es Calles el problema», escribe el viejo liberal Antonio Villarreal a José Vasconcelos, «es Obregón: usted no se imagina la ambición que hay en ese hombre. Ríase de don Porfirio.» No será hasta octubre de 1926, luego de varias sesiones tormentosas, cuando la cámara de Diputados y la de Senadores aprueben la reelección de Obregón.

Pero esta vez las ambiciones presidenciales del sonorense toparían con una impopularidad generalizada y dos candidaturas contrarias: primero la del general Arnulfo R. Gómez, y tiempo después, la de su «dedo chiquito», Pancho Serrano.

De octubre de 1926 a abril de 1927 Obregón prueba una vez más el viejo sabor de la guerra. Al mando de quince mil hombres, cierra el último capítulo de un conflicto centenario: la guerra del Yaqui. Se trataba, según sus propias palabras, de

«una brillante oportunidad para acabar con una vergüenza para Sonora».[64]

En mayo de 1927 inicia su campaña presidencial, apoyado por buena parte del ejército y el Partido Nacional Agrarista, pero con el repudio de la poderosa CROM y de un sector de la opinión pública. Finalmente doblegaría a la CROM y pasaría sobre la opinión, pero antes necesitaba deshacerse de sus contrincantes. Su estrategia la advertía Gómez, quien por esas fechas comentó al diplomático francés Lagarde que Obregón tenía «un desequilibrio mental» cercano a la «megalomanía» y trataría de precipitar los hechos: «Es una pelea a muerte en la cual uno de los dos tendrá que morir».[65]

El primero en morir no sería Gómez ni Obregón, sino Serrano. Junto con el viejo general Eugenio Martínez, Gómez y Serrano habían planeado aprehender a Obregón, Amaro y Calles el 1.° de octubre en Balbuena. Martínez delata los planes. Serrano sale de la capital hacia Cuernavaca, donde Antonio Villarreal le avisa que en unos momentos será capturado. Serrano duda, se confía y cae preso. En compañía de un grupo de sus simpatizadores, el general Fax lo acribilla a mansalva en Huitzilac. Al poco tiempo, en Veracruz, Arnulfo Gómez correría la misma suerte. De aquellos sucesos Martín Luis Guzmán extrajo el tema de *La sombra del caudillo*. Manuel Gómez Morin, en Londres por aquellos días, escribió a un amigo mexicano estas líneas dolorosas:

«A tres columnas, en primera plana de hoy, el *Times* da la cruel noticia. La gente comenta con repugnancia… Desde acá México es algo oscuro y sangriento. Pienso en aquellas noches terribles del Bajío en agosto. La tierra y el cielo se juntaban en una densa oscuridad que los relámpagos mismos no podían atravesar. El alma se ensombrecía también y no quedaba un solo punto de luz. Noches enteras en que se perdía la

esperanza de la aurora. Mi México, mi pobre México».

La guerra civil de la dinastía sonorense parecía no tener fin. En el baño de sangre muy pocos hablaban ya de los ideales de la Revolución. La violencia política parecía mucho más desnuda, dolorosa, cruel y arbitraria que la violencia social de 1910 a 1920. En la Revolución había existido un propósito, una interpretación y hasta cierta poesía. En cambio la violencia por el poder no tenía más que un nombre: asesinato.

Obregón no fue insensible a esta degradación. La vivió, estrictamente, como una caída. El sangriento escenario comenzó a pintarse de negro y Obregón volvió a convocar a los espíritus de su propia muerte, a atraerlos como en las grandes batallas.

Quizá entonces recordara el destino terrible de tantos compañeros de armas, amigos, enemigos, amigos convertidos en enemigos. Quizá entonces, al ver su muñón desnudo, metáfora de su propia grey decapitada, recordó a su entrañable lugarteniente Jesús M. Garza, el hombre que le había salvado la vida cuando él mismo se la quería quitar.

Un nuevo vértigo debió de recorrerlo al pensar en la tragedia de aquel hombre vital que había sido Garza, en su gran amor por la mujer con quien finalmente se casó pero con la cual no pudo vivir en la paz porque la guerra y el alcohol habían desgarrado su alma. Garza, que lo salvó del suicidio, se había suicidado. ¿Qué mayor señal de que el círculo de tiza de la muerte lo encerraba también a él?

En noviembre de 1927 un ingeniero católico apellidado Segura Vilchis atenta contra la vida de Obregón arrojando una bomba a su auto. El general no se inmuta y, sonriendo, acude horas después a su diversión favorita: una corrida de toros. (Días más tarde Segura Vilchis morirá fusilado junto con los hermanos Pro, uno de ellos sacerdote, que

supuestamente habían atrapado en el complot.) En enero de 1928 Lagarde, el diplomático francés, acota en un informe, precavidamente: «Esto sucederá, si es que Obregón llega con vida a la presidencia». La gente en la calle usa frases similares. En Orizaba, bastión cromista, ocurre un nuevo atentado que vuelve a dejarlo impávido. Una noche, en la casa de su antiguo secretario Fernando Torreblanca, Obregón escucha disparos y comenta a su hijo Humberto: «No eran para mí».[66] Charlaba poco, ya no bromeaba ni exhibía su antigua locuacidad. Aunque tenía cuarenta y ocho años de edad, parecía notablemente más viejo. El horizonte vital se cerraba y él, de alguna manera, lo sabía, lo esperaba. Quizá hasta oscuramente, desde hacía tiempo, lo deseaba como un alivio al vértigo sangriento, insoportable y fatuo de la victoria. «Viviré hasta que haya alguien que cambie su vida por la mía…»[67]

Héctor Aguilar Camín, el excelente historiador de los sonorenses, recobró una de las últimas imágenes de Obregón, hacia mayo de 1928, en el Náinari:

«En el calor abrasante de mayo el general invicto —manco, entrecano y ya presidente reelecto— hace cuentas y expide mensajes desde el pequeño despacho adornado por el orgullo agrícola de una gran mazorca de maíz cosechada en sus tierras. Afuera ladran y aúllan, tan obsesiva como inusitadamente, sus perros de campo. Obregón pide al chofer que los calle y el chofer sale a callarlos, pero los perros siguen ladrando. Ordena que se les dé de comer y les dan, sin que cesen los ladridos. “¡Denles carne fresca!”, grita por la ventana el general, pero la carne fresca tampoco los calma. Enervado y ansioso, al cabo de una hora de ladridos, el último caudillo de la Revolución mexicana cree ver en la tenacidad de la jauría un augurio formal de su destino. “Sé lo que quieren esos

perros", dice sombríamente a su chofer: "Quieren mi sangre"».[68]

El 17 de julio de 1928 su taquígrafo personal escribe con tinta roja una nota de alerta en su agenda. Obregón no la percibe o no quiere percibirla. Toda su vida ha sido una alerta. En el restaurante La Bombilla un grupo de simpatizantes le ofrece un banquete. Alguien comenta: «Mira al general, ¿en qué estará pensando? Parece que ve hacia el infinito». Su asesino se acerca para enseñarle un boceto de retrato y Obregón accede a que le haga uno. Instantes después, mientras los cancioneros entonaban la inocente canción del «Limoncito», José de León Toral decide cambiar su vida por la del invicto triunfador de la Revolución.[69]

Al poco tiempo se juzgó y ejecutó a Toral. Era muy distinto a su víctima: delgado, oscuro y tembloroso. Casi una sombra. Sobre aquel intercambio mortal, Obregón tenía escrito, desde 1909, su epitafio:

> … y aunque distintos sus linajes sean …
> en las noches obscuras
> los fuegos fatuos juntos se pasean.

NOTAS

62. Legajo Obregón-Calles, 103-HL-22, 102-C50, 42-F-12, en Presidentes, Archivo General de la Nación de México (México, D.F.); File 812.00 Sonora, 812-001055-23, Department State Records (Washington, D.C.), dic. 1924-jul. 1928; Bassols Batalla, pp. 45-52.

63. Romero, pp. 40-42.

64. Jean Meyer, pp.129-131.

65. «Compte rendue d'une conversation de M. Lagarde avec le general Arnulfo Gómez», en Très Secret dossier, Correspondencia Diplomática Francesa (París), 29 jun. 1927, B-25-1, pp. 211-214.

66. Mario A. Mena, *Álvaro Obregón: historia militar y política* (México, 1960), pp. 118-124.

67. Entrevista del autor con Hortensia Calles, viuda de Torreblanca (México, 1985).

68. Aguilar Camín, pp. 57-59.

69. *lbid.,* p. 58; Bassols Batalla, pp. 99-123; Mario A. Mena, pp. 118-123; Jean Meyer, pp. 265-269.

VI
Reformar desde el origen
Plutarco Elías Calles

Su nacimiento fue irregular, de ahí que amara apasionadamente el orden, lo inviolable, lo que debe y no debe hacerse.

Thomas Mann,
Los diez mandamientos de Moisés



«Su temperamento era introvertido, serio, reflexivo, racional y congruente. Su gruesa voz inspiraba respeto. Era y parecía fuerte, ecuánime e inflexible.» (E.K.)

Anónimo, *El presidente Plutarco Elías Calles*, 1925. National Photo Company Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Linaje perdido

«Elías» no era sólo un apellido en el estado de Sonora: era la divisa de una gran dinastía terrateniente que en sus múltiples ramas llegaría a poseer 250.000 hectáreas y a fundar otros troncos, no menos ilustres y poderosos: los Pesqueira y los Salido. El padre fundador, Francisco Elías González de Zayas, oriundo de La Rioja, España, había llegado a fines del siglo XVIII y se había dedicado con gran éxito a la minería en Álamos y Arizpe. Su único hijo, José Francisco, recibió en herencia el amplio valle de San Pedro Palominas, que permaneció en abandono durante la primera mitad del siglo XIX, hasta que pasó a manos de su bisnieto, el coronel liberal José Juan Elías Pérez. Los tiempos, sin embargo, no eran propicios para hacer fructificar aquellas treinta mil hectáreas y otras haciendas menores propiedad de la familia. El coronel Elías, que en 1857 se había destacado en la batalla contra el filibustero norteamericano Henry A. Crabb, muere en 1865 tras un combate contra las fuerzas imperialistas de Maximiliano. Su esposa, Bernardina Lucero, quedaría a cargo de ocho hijos pequeños.[1]

A partir de la muerte del coronel, la familia Elías Lucero enfrenta épocas difíciles. Plutarco, el hijo mayor, entonces de apenas dieciséis años, estudia leyes y hace una modesta carrera política, primero, en 1872, como diputado al congreso local por el distrito de Ures, y dos años después como prefecto de Guaymas. Pero su verdadera ocupación, abrumadora, es la de albacea de una herencia familiar mermada día con día por la desatención, los ataques apaches y el abigeato. En 1882, luego de desprenderse del rancho San Rafael del Valle, la familia Elías Lucero poseía aún 34.000 hectáreas en San Pedro Palominas y otras 39.000 divididas en varias haciendas, pero la Ley de Baldíos del año siguiente

vuelve a mermar su patrimonio: sólo entre 1883 y 1884 pierde más de veinte mil hectáreas por inactividad. Al terminar el siglo, la Cananea Copper Ca., la enorme empresa del coronel Greene, completa el desmembramiento comprando buena parte de San Pedro Palominas.

Sólo dos de los hijos del coronel Elías no pudieron abrirse un camino de reconstrucción familiar. Del pequeño Abundio, raptado por los apaches, no volvió a saberse. Plutarco, el mayor, inicia desde muy joven una honda caída en el agobio y el desánimo. Nunca se casó. En 1872, en Ures, procrea un hijo con Lydia Malvido: Arturo. Cuatro años más tarde, en Guaymas, se une temporalmente con María de Jesús Campuzano y tiene dos hijos: Plutarco, nacido el 25 de septiembre de 1877, y María Dolores. No tardaría en abandonar Guaymas y establecerse en San Pedro Palominas, dejando a sus hijos a la buena de Dios (en el que no creía). La economía familiar se le había venido encima como avalancha que nunca pudo detener. Desde joven encontró el mejor refugio en el alcohol.[2]

En cambio, tres de sus hermanos, Rafael, Alejandro y Manuel (nacidos en 1853, 1861 y 1862 respectivamente), levantarían cabeza. Alejandro llegaría a ser excelente administrador en Guaymas. En ausencia de Plutarco, él bautizó al pequeño Plutarco más de un año después del nacimiento de éste. Por su parte, Manuel regresa desde muy joven a San Pedro Palominas y se dedica a criar ganado, a plantar frutales y a vender vino y abarrotes. En 1893 adquiere extensos terrenos en el municipio de Fronteras. En 1894 se une con Francisca Pesqueira, con quien tiene un hijo y tres hijas, para los que construye en 1902 una espléndida casa en su hacienda de Fresnos. A principios de siglo, además de sus labores agrícolas, Manuel criaba ganado en grande, poseía

una agencia aduanal en Douglas, Arizona, y comercios en Fronteras. Era la imagen misma de la estable prosperidad.

El otro hermano de Plutarco, Rafael, tuvo una vida casi legendaria, digna de una película de John Ford. En vez de regresar a San Pedro Palominas, cruza de muy chico la frontera hacia California. Pasa un tiempo en San Francisco; trabaja en una mina de plata en Baja California; en Pinos Altos, Chihuahua, lo contrata un minero inglés primo de la reina Victoria. En 1880, con un buen bagaje de aventuras y experiencias, regresa a San Pedro y se dedica a exportar leña a Bisbee, Arizona. Conoce tiempos de cosecha y tiempos de sequía. En 1885 se acerca al célebre indio Gerónimo y presencia mutilaciones de apaches y cristianos. En 1895 se casa con Celsa Pesqueira y procrea tres hijos y una hija. Como el de su hermano Manuel, su ascenso económico es vertical: en lugar de vender su porción de San Pedro Palominas, permuta una parte por un rancho estupendo, San Rafael. Con el tiempo seguiría dando pruebas de su inmensa vitalidad: morirá en 1953, a los cien años.

El pequeño hijo de Plutarco Elías Lucero, nacido en Guaymas, no supo de la saga triunfadora de sus tíos hasta 1896, cuando a los diecinueve años de edad los visitaría. Su madre muere en 1880 y él queda a cargo de su tía materna María Josefa Campuzano y del esposo de ésta, Juan Bautista Calles, con quienes se muda a Hermosillo, donde cursa su educación básica. Aunque su abuela Bernardina ve un poco por él, su padre casi no se entera y menos se ocupa de su crianza. Juan Bautista, comerciante en licores y abarrotes, y en cuya familia había varios maestros de escuela, es quien lo cuida y educa; y de él, en una transferencia natural, Plutarco hereda el apellido Calles.[3]

Hacia 1887 el gobernador de Sonora, Ramón Corral, lleva a

cabo una profunda reforma de la educación. Su primer paso es trasladar al estado maestros de las afamadas escuelas normales de Xalapa y México, educados todos según el novísimo método pedagógico de Enrique Rébsamen. Así llegan a Sonora Vicente Mora (discípulo directo de Rébsamen), José Lafontaine (francés experto en mineralogía, gramática y matemáticas), Carlos María Calleja (autor del *Cálculo razonado mental y escrito)*, el aritmético Fernando F. Dworak y Benigno López y Serra (director del semanario *Evolución).* Todos estos profesores ocuparían puestos directivos en las principales escuelas primarias para varones del estado y en una prestigiada institución fundada por Corral en 1889: el Colegio de Sonora.

El auge de una educación fundada en la razón positiva y la ciencia era, desde luego, un signo de los tiempos y una moda traída —como todas en aquel entonces— de París. Pero en Sonora la iniciativa pedagógica del gobierno tenía otros motivos inmediatos: la competencia reciente y agresiva de la educación católica.[4] Ya desde los tiempos de la Reforma, el obispo Pedro Loza y Pardavé había mostrado su espíritu combativo, pero en 1887, precisamente cuando Corral introduce sus reformas, el nuevo obispo —Heriberto López de la Mora—, sin renunciar a la enseñanza de teología, metafísica y ética, importa las nuevas técnicas e instrumentos científicos de París y funda el Seminario Conciliar. Paradójicamente, esta fundación comprobaba, como ningún otro hecho, el carácter lejano y tardío de la acción católica en Sonora. (El Concilio Tridentino había ordenado la creación de estos seminarios desde el siglo XVI.) Como reacción casi natural, a los pocos meses las primeras biblias y propaganda protestantes comienzan a aparecer en Hermosillo. En enero de 1888, el obispo amenaza con excomulgar a quienes concurran a escuchar las herejías y blasfemias protestantes o

se atrevan a leer el diario *Nuevo Independiente.*

El joven Plutarco Calles sigue los cursos especiales para maestros que imparte en 1888 el profesor Benigno López y Serra en la Academia de Profesores. Observa de cerca el conflicto educacional entre la Iglesia y el gobierno. Es, por convicción, festivamente ateo. («De niño, cuando fui monaguillo», recordaría decenios más tarde, «me robaba la limosna para comprar dulces.») La profesión que escoge, la de maestro, es una de las más prestigiadas en aquella sociedad remota y poco poblada. Sin contacto real con el humanismo europeo o la Ilustración, muy lejos de las verdaderas corrientes literarias y espirituales del siglo, la pedagogía parecía en Sonora el principio y el fin del saber humano; suerte de religión laica —clara, disciplinaria, racional y metódica— en la que se vindicaba un cientismo abstracto y casi literario, ajeno a la práctica experimental, pero no exento de cierto rigor formativo.[5]

Uno de los primeros productos de la nueva pedagogía sonorense es Plutarco Calles, inspector, en 1893, de las Juntas de Instrucción Pública en Hermosillo, profesor en la Escuela n.° l para Varones y ayudante de párvulos en el Colegio de Sonora un año después. En esa institución y en ese año conoce a Adolfo de la Huerta, originario de Guaymas, como él, y con quien sostiene este diálogo revelador:

«—Me dicen, Plutarco, que usted es de Guaymas.

»—Sí, soy de Guaymas.

»—¿De qué familia?

»—De la mía».[6]

En 1897, a los veinte años de edad, regresa precisamente a Guaymas, donde un año después imparte clases en el quinto año de la Escuela n.° 1, edita la *Revista Escolar* y dirige la escuela de la Sociedad de Artesanos «El Porvenir». Ha vuelto

a ver a su fantasmal padre y ha adoptado ya su verdadero apellido, pero sin renunciar al «Calles». Ese año, el padre lo saca de Guaymas —«porque el cabrón anda muy enamorisqueado»— y lo lleva a Arizpe. Al poco tiempo se regresa a Guaymas, desorientado y ya un poco alcohólico, como su padre. De entonces data un poema suyo, prescindible para la historia de la literatura guaymense pero revelador de un profundo conflicto de identidad. Su título es «Duda», y en alguna de sus estrofas se lee:

… las claridades
de mi alma y mi conciencia
en noche has convertido,
espectro aterrador.
Y dejas mi cerebro
en caos convertido
y dejas a mi alma
en medio del dolor.

El caos y el dolor tenían doble origen: la ilegitimidad y el desorden, ambos causados por su padre. Plutarco Elías Calles era ilegítimo para la sociedad en la medida en que su padre jamás se casó, sin embargo lo era más aún ante la religión; de ahí, quizá, que su manera de disolver la ilegitimidad fuese negar la potestad religiosa.[7] El otro factor, el desorden paterno, se había traducido en un permanente abandono, pero de sus consecuencias profundas el joven Elías Calles apenas comenzaba a percatarse.

En 1899 el caos empieza a disolverse. Plutarco toma un camino distinto del de su padre: se casa, por lo civil únicamente, con Natalia Chacón, y un año después comienza a procrear una extensa familia. Por cerca de dos años se desempeña, sin fortuna, en varios empleos: además de

maestro es tesorero municipal del puerto de Guaymas (que deja de ser por un supuesto faltante), inspector general de educación (que deja de ser por otro supuesto faltante) y administrador del hotel México, propiedad de su medio hermano Arturo Malvido Elías (puesto que abandona al incendiarse el hotel). En 1902 decide hacerse labriego.

«Más tiene el rico cuando empobrece…», y a su padre le quedaban todavía unas nueve mil hectáreas en Santa Rosa, cerca de Fronteras. En 1903, la Secretaría de Fomento le otorga los documentos de adjudicación correspondientes. Plutarco Elías Calles planta trigo, papa y maíz, buscando remolcar, a destiempo, la economía paterna y viendo, con afecto pero con una secreta envidia, la próspera estabilidad de sus tíos y primos.

La suerte no le sonrió. El labriego Calles —recuerda Jesús Cota Mazón, que lo conoció entonces— se encontraba muy pobre «por no saber sembrar y todos los años perdía». La maquinaria agrícola que empleaba «para el servicio del negocio tampoco servía». En 1906 le escribe a su cuñada:

«Tantas noches de no dormir bien no es para estar del todo contento, sin embargo soy muy testarudo y yo nunca paro de golpear hasta no salir con la mía. Este año tengo una siembra que si la logro, me repongo del todo, y si no, jamás le daremos de nuevo».

En la agricultura, jamás le dio de nuevo. En 1906 solicita, sin éxito, una concesión minera. Ese año lo visita en Santa Rosa su amigo Santiago Smithers y lo persuade de encargarse de la gerencia del molino harinero Excélsior que había adquirido en Fronteras. Calles acepta. Cuatro años más tarde, en 1910, el Banco de Sonora embarga el molino. Calles tiene la oportunidad de sembrar un «ejido» de once mil hectáreas vecino a Fronteras que el gobierno le había concedido un año

antes, pero prefiere iniciar en Guaymas un nuevo negocio con Smithers: Elías, Smithers y Compañía, compra-venta de pasturas, semillas y harinas. En el almacén de aquel negocio se llevaron a cabo algunas reuniones del maderismo guaymense, con el que Calles simpatizaba. Tampoco faltaron allí las sesiones espiritistas a las que varios sonorenses eran aficionados. En abril de 1911 el negocio cierra. Por un momento, Elías Calles desfallece y vuelve al alcohol, pero «no deja de golpear hasta no salir con la suya». No tenía, en efecto, otra salida. Para 1911 habían nacido ya sus hijos Rodolfo, Plutarco, Natalia, Hortensia y Ernestina. Sin embargo, algo más urgente lo llamaba: construir, con disciplina pedagógica, una vida opuesta a la de su padre.[8]

NOTAS

1. Gerardo Sisniega (ed.), *Una página de historia de México* (México, 1934), pp. 6-7; «Semblanza del coronel Juan José Elías», en «Elías, Legajo Genealogía», 18-40, en Archivo Plutarco Elías Calles (en adelante APEC); Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada* (México, 1977), pp. 180182.

2. Carlos Macías Richard, *Vida y temperamento de Plutarco Elías Calles, 1877-1920* (México, 1995), p. 37; James Officet, «Los hijos de Pancho: la familia Elías, guerreros sonorenses», en *XIX Simposium de Historia de Sonora, Memoria* (Hermosillo, 1984), p. 336; Ramón Puente, *Hombres de la Revolución. Calles* (Los Ángeles, 1933), pp. 11-14.

3. Macías Richard, pp. 45-47.

4. Ibíd., pp. 56-58; Luis Méndez Preciado, *La educación pública en Sonora, 1900-1970* (México, s.f.), p. 40; Gustavo Rivera, *Breve historia de la educación en Sonora* (Hermosillo, s.f.), p. 210.

5. Macías Richard, p. 58; Juan G. Amaya, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes peleles derivados del callismo* (México, 1947), p. 389.

6. Roberto Guzmán Esparza, *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado* (México, 1957), p. 389.

7. Macías Richard, pp. 71-72.

8. Ibíd., pp. 77-94, 103, 109-118.

En septiembre de 1911, en Agua Prieta, sin abandonar su nuevo comercio —pequeño almacén en el que había de todo: maquinaria, abarrotes, vinos—, el maestro Calles estrena profesión: el gobernador, José María Maytorena, lo nombra comisario.[9] A su ya acumulada aunque no muy fructífera experiencia de empresario, maestro y labriego, se aunaba ahora un trabajo de control político y hasta policíaco, parecido al de los famosos *sheriffs* de Arizona. La responsabilidad principal del «Viejo», como sus amigos le decían, era mantener el orden y administrar la justicia y la aduana.[10] Muy pronto comienza su labor de limpia: reorganiza la cárcel y la sede de la comisaría, crea un salón escolar y mantiene a raya a algunos rebeldes. Los cónsules del gobierno maderista en Douglas y Laredo lo acusan ante Maytorena de conspirar contra el régimen; pero Maytorena, que lo sabe enérgico, disciplinado y de una pieza, lo apoya. Su comportamiento durante la rebelión orozquista le da la razón.

Al sobrevenir la Decena Trágica, Calles no vacila. La indecisión nunca ha sido rasgo suyo. Después de poner un telegrama al gobernador Maytorena en el que lo llama a rebelarse, instala a su familia en Nogales y coordina cuanto antes el reclutamiento de voluntarios en Douglas. Tan temprano como el 5 de marzo de 1913, y al mando de un pequeño regimiento que le reconoce «su calidad de intelectual mejor preparado para organizar las fuerzas y dirigirlos a todos», Calles entra al país y proclama: «Son preferibles las tempestades que provoca la rebelión popular a las consecuencias de una paz sostenida por los fusiles de una dictadura militar».[11]

El mando general del ejército sonorense estaba a cargo de Álvaro Obregón. En el norte, el jefe de operaciones era Juan

Cabral; en el centro, Salvador Alvarado, el buen amigo de Calles; en el sur, Benjamín Hill. Ya con el grado de teniente coronel, Calles ocupa Agua Prieta, y el 16 de marzo emprende su primera acción de guerra: la toma de Naco. Obregón había desautorizado la maniobra, pero su telegrama llegó tarde. La acción fracasa. Calles permanece en Nogales organizando el abastecimiento de armas mientras Obregón comenta: «Calles no se acerca al peligro, va a pedirle chinche a Arnulfo Gómez para que lo ayude».[12]

En agosto de 1913 el gobernador Maytorena regresa de su licencia y reclama el mando. Los jefes del movimiento que habían reaccionado de inmediato contra Huerta reprobaron desde el principio aquel exilio para el que Maytorena invocaba razones de salud, pero que ellos atribuían a la indecisión y aun a la cobardía. Con la llegada de Maytorena, Calles está a un paso de dejar el mando, pero lo salvan su tenacidad y la llegada de Venustiano Carranza a Sonora. En octubre apunta ya el distanciamiento entre Carranza y Maytorena, y se ahonda más cuando el Primer Jefe nombra secretario de Guerra a Ignacio Pesqueira, gobernador interino. El 1.° de diciembre Calles recibe su ascenso a coronel. Se le ve muy cerca de Carranza. Entre ambos fluye una corriente de simpatía mutua. No es casual: los dos son tenaces, reconcentrados, reflexivos, disciplinados, enérgicos.[13]

Mientras Maytorena se inclinaba cada vez más a aliarse con su compadre Pancho Villa y defender así la soberanía de su estado, en marzo de 1914 el coronel Plutarco Elías Calles es designado comandante militar de la plaza de Hermosillo y jefe de las fuerzas fijas de Sonora. Todas las semillas de la guerra civil, o cuando menos las de la anarquía, estaban plantadas y ni uno ni otro lo ignoraban. Calles no pierde instante en minar el poder del rival: le cierra un diario, le

quita su guardia personal y escribe a Carranza: «Tenga usted confianza en mis actos y en mi adhesión». Maytorena, sin embargo, no se cruza de brazos. Con apoyo de sus jefes yaquis —proletariado militar de la zona— hostiliza a Calles hasta provocar su repliegue al norte del estado.

En junio de 1914 Villa y Obregón, cada quien en su corredor, se apuntan grandes victorias. Carranza sabe que el rompimiento con Villa —y seguramente con Maytorena— llegará tarde o temprano. De ahí que reciba con particular agrado las continuas muestras de adhesión de Calles, y atienda la sugerencia que le hace Alvarado sobre la necesidad de mantenerlo fijo en el bastión sonorense. En el efímero acuerdo al que Maytorena y Obregón llegan en agosto de 1914 en presencia de Villa, Obregón accede a incorporar a sus fuerzas las de Calles y a trasladar a Chihuahua las de Maytorena. Al cabo de un mes, Villa y Maytorena rompen definitivamente con Carranza, lo que vuelve a fortalecer a Calles, que de modo incidental visita al Primer Jefe en la ciudad de México durante las fiestas patrias.

A fines de septiembre de 1914, Calles regresa a Sonora y pasa por Agua Prieta. De lejos, ve a su padre: sentado en una poltrona y entre tragos de mezcal, platica con un muchacho. Este, muchos años después, recordaba las palabras del viejo Plutarco:

«—…aquél es Plutarco… Se cree gran cosa porque es coronel. Chiflaron a don Porfirio y ahora creen que van a ganar la Revolución… pero no van a ganar nada, les van a pegar —continuó después de echarse un pistito.

»Recuerdo que el coronel Calles iba muy apresurado. Pasó, vio a su padre sentado y lo saludó de lejos alzando el brazo derecho. Don Plutarco le correspondió y se fue levantando de su asiento lentamente, mirándolo alejarse. Noté que se

emocionó… casi le rodaban las lágrimas al viejito mientras se sentaba de nuevo en su poltrona y volvía al pisto».[14]

El viejo murió tres años después, en Agua Prieta. Había terminado viviendo entre un hotel y el hospital. Las enfermeras le sacaban las botellas de licor escondidas bajo las almohadas.[15]

El 1.° de octubre se inicia en Naco el enfrentamiento definitivo entre callistas y maytorenistas. Estos, diez mil hombres y los imprescindibles yaquis, ponen cerco a Naco por el larguísimo lapso de 107 días. Calles y Benjamín Hill, con sólo ochocientos hombres, organizan ejemplarmente la resistencia. Hacen instalar todos los servicios bajo tierra, construyen alambrado y trincheras, prevén todos los detalles: provisiones, transportes, armas, teléfono, alumbrado, agua, etc. La ciudad queda inexpugnable por sur, este y oeste. Por el norte lindaba con la frontera norteamericana.[16]

Después de resistir victoriosamente en Naco, el general brigadier Elías Calles permanece en Agua Prieta adiestrando brigadas y viendo acción intermitente contra fuerzas maytorenistas, durante el año 1915, en Fronteras, Moctezuma, Gallardo, Anivácachi y Paredes. El 4 de agosto de 1915 Carranza lo designa gobernador interino y comandante militar del estado de Sonora. Aunque de inmediato pone manos —e ideas— a la obra de gobierno, que es, ahora lo sabe, su auténtica vocación, todavía debe enfrentar un último problema, mucho más temible que los yaquis de Maytorena.

En 1.° de noviembre de 1915 un reportero norteamericano se acerca a Pancho Villa:

«—General Villa, ¿atacará usted Agua Prieta?

»—Sí, y los Estados Unidos si es necesario… Pancho Villa peleando, sí, peleando duro, tal vez más duro que nunca.

»—¿Y cuándo?

»—Eso es cosa mía.

»—¿Cuántos cañones trae?

»—Cuéntelos cuando estén rugiendo».[17]

El parte oficial que Calles rinde el día 4 para informar a la superioridad de su victoria es un ejemplo de orden y claridad intelectual: ideas generales, condiciones del enemigo, detalles topográficos, análisis de las condiciones propias, alternativas, ejecución del plan, órdenes, mapas y resultados. En esencia, los dieciocho mil soldados de Villa se habían estrellado contra el cuidadoso emplazamiento de minas, alambrados, fosas y atrincheramientos dispuestos por Calles, que resistió con menos de la cuarta parte de hombres; 223 villistas quedaron muertos en las afueras. Calles escribió a Obregón: «El jefe de las fuerzas asaltantes no llevó a la práctica sus altisonantes promesas de la víspera».[18] Días después, en el pequeño pueblo de San José de la Cueva, Villa asesinaba a mansalva a todos los varones, incluido el cura. Entre ellos había varios de apellido Calles. Aunque el sonorense no olvidó el agravio, para él lo de Agua Prieta se había sellado completamente.[19] Para Calles era el fin de la Revolución armada y el comienzo de su revolución personal, de su dictadura pedagógica.

NOTAS

9. Ibíd., pp. 134-135.

10. Ibíd.; Guzmán Esparza, pp. 24-26.

11. Macías Richard, pp. 159-160.

12. Ibíd., pp. 162-163; Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña* (México, 1973), p. 40.

13. Ibíd., pp. 80-82; Aguilar Camín, pp. 54-59; Macías Richard, pp. 169 y 180.

14. Macías Richard, p. 183.

15. Armando Elías Chomina, *Compendio de datos históricos de la familia Elías* (Hermosillo, 1986), p. 158.

16. Ibíd., p. 184; Plutarco Elías Calles, *Informe relativo al sitio de Naco, 1914-1915*

(México, 1932), pp. 1-28.

17. Alberto Calzadíaz, «El fin de la División del Norte», en *Hechos reales de la Revolución,* 8 vols. (México, 1982), vol. III, pp. 98-107.

18. Elías Calles, *Informe relativo …*

19. Legajo «Ángela Encinas, viuda de Calles, 1917-1924», en APEC.

El mismísimo día en que tomó posesión de la gubernatura de Sonora, Calles dio a conocer su amplio programa de gobierno, prueba de que había aprovechado todos los resquicios de inactividad para pensar en la «revolución de ideales y las reformas hacia el progreso» que ahora presentaba al pueblo. Después de asegurar que respetaría las garantías individuales y las libertades políticas —guiño al Primer Jefe—, adelantaba sus proyectos. Como el buen profesor que en el fondo seguía siendo, reformaría antes que nada la *instrucción pública*, abriendo escuelas en todos los lugares de más de 500 habitantes, obligando a las compañías mineras o industriales a instalar escuelas e instaurando, por su parte, un sistema de becas, bibliotecas, gabinetes, escuelas normales y de adultos, etc. Como buen comisario que había sido, reformaría la *justicia*, promoviendo una nueva legislatura civil y penal. Como no tan buen labriego que había sido, pero que sentimentalmente seguía siendo, reformaría la *agricultura*, principal elemento de riqueza nacional por «la abundancia de ríos y la bondad de las tierras»; promovería mejores sueldos, así como la subdivisión de las grandes propiedades, y crearía un banco agrícola oficial del estado de Sonora. Y su proyecto no quedaba allí: abriría caminos nuevos, conservaría los antiguos, favorecería la competencia comercial en beneficio del consumidor, propondría un nuevo régimen fiscal, crearía instituciones de beneficencia, inculcaría hábitos de aseo mediante conferencias públicas y además impulsaría el mutualismo entre los obreros.[20]

Cuatro días después de tomar posesión, suelta la primera bomba: un decreto que, de haberse cumplido al pie de la letra, hubiese llevado a su padre a la tumba dos años antes de tiempo. El decreto prohibía la importación, venta y

fabricación de «cualquier cantidad» de bebidas embriagantes. La pena era de cinco años, pero a fin de demostrar que iba en serio, el gobernador Calles ordenó el fusilamiento de un infeliz borrachín en Cananea.[21] En el alud de decretos, pronto se mezclaron otros de clara intención moralizante: suprime el usurario contrato de retroventa, prohíbe los juegos en que medien apuestas y autoriza a la policía a aprehender no sólo a los tahúres sino a los mirones; concede amnistía a los seguidores del «felón Villa» y clausura las «planchas» (sitios de tortura) en las penitenciarías.[22]

La moralización tenía que llegar a la política y la historia. En 1916, Calles priva de la ciudadanía a las «tribus errantes y las de los ríos Yaqui y Mayo entretanto conserven la organización anómala que hoy tienen sus rancherías y sus pueblos». En otro decreto, hace pasar al dominio público todos los bienes de quienes hubieran prestado apoyo moral o material a Orozco, a Huerta o al gobierno de la Convención. Para depurar el servicio público, en mayo de 1916 distribuye entre los empleados públicos un cuestionario con preguntas como ésta:

«¿Cuál fue la injerencia que usted tomó en la lucha política sostenida por el general Plutarco Elías Calles contra José María Maytorena cuando dicho militar estuvo en la capital del estado procurando combatir la traición maytorenista?».[23]

Todas las promesas de su programa de gobierno se tradujeron, casi de inmediato, en decretos. Se ordenaba una vasta creación de escuelas, se establecía el catastro, se publicaba una completísima Ley Orgánica de los Tribunales del Estado, se fijaba el sueldo mínimo para jornaleros y peones y, como gran novedad compulsiva, se declaraba de utilidad pública la explotación de todas las fuentes productivas del estado (minas, industrias, terrenos) que

permaneciesen inactivas. Una cuidadosísima Ley de Ingresos para el año 1916 apareció el 31 de diciembre del año anterior. El rubro más atendido sería el de Instrucción Pública (el 22 por ciento). Cuando, en mayo de 1916, ocupa por unos meses la Jefatura de Operaciones Militares del estado, y Adolfo de la Huerta se convierte en gobernador interino, Calles tiene en su haber 56 decretos: había emitido casi seis por mes.[24] Un año más tarde, el 25 de junio de 1917, toma posesión como gobernador constitucional, puesto que ocupa casi de modo permanente (con un breve paréntesis en 1918, cuando deja el poder a Cesáreo G. Soriano) hasta mayo de 1919, fecha en que Carranza lo designa secretario de Industria, Comercio y Trabajo. (En enero de 1920 renunciaría al cargo para incorporarse a la campaña política de Álvaro Obregón.)

Si hubo quien dijera que del decreto al hecho había mucho trecho, muy pronto se tragó sus palabras. No sólo promulgó en su periodo cinco grandes leyes reglamentarias (la de Juntas de Conciliación y Arbitraje, la de Indemnizaciones, la de Administración Interior del Estado, la de Trabajo y Previsión Social, y la Ley Agraria), sino que sus hechos fueron tan firmes como sus dichos. Basten algunos ejemplos. Habiendo promulgado una Ley Obrera, combate férreamente toda agitación: expulsa del estado a varios simpatizantes de la organización anarquista IWW (International Workers of the World) y ordena el fusilamiento de un viejo luchador social: Lázaro Gutiérrez de Lara. A los yaquis, «rémora fatal para el adelanto del estado», los combate sin tregua, pero lo mismo a las compañías norteamericanas Wheeler y Richardson, que acaparaban tierras inactivas. Una de sus medidas más radicales, de hecho sin precedentes en todo el país, fue expulsar de Sonora a todos los sacerdotes católicos, sin excepción.[25]

Pero su obra más personal no es destructiva sino pedagógica: inaugura la Escuela Normal para Profesores (enero de 1916), organiza un congreso sobre pedagogía (junio de 1916), abre 127 escuelas primarias y, en el mismo periodo preconstitucional, concibe un proyecto que le es entrañable: las escuelas Cruz Gálvez de Artes y Oficios para los huérfanos de la Revolución. Hacia agosto de 1917 circuló en Sonora un manifiesto, «Por la redención de la raza», firmado por el general Calles, en el que explicaba el sentido de esa obra y solicitaba cooperación para ampliar su labor: se trataba de construir dos grandes edificios —uno para señoritas, otro para varones— por medio de suscripción pública:

«Hace menos de dos años, en 1915, fundé la Escuela de Artes y Oficios para Huérfanos, que hoy lleva el nombre de "Cruz Gálvez", impulsándome a ello las repetidas observaciones que al recorrer los distintos puntos del estado pude recoger en cuanto al número verdaderamente crecido de niños huérfanos o abandonados que encontré en casi todos los lugares. Todos esos niños, privados de todos los auxilios tanto morales como materiales, y entregados a una vida miserable y dolorosa, estaban necesariamente destinados a sufrir las eventualidades y vicisitudes consiguientes a su miseria y falta de educación, y probablemente también destinados, en gran parte, a engrosar el contingente ya demasiado numeroso proporcionado al crimen por el alcohol y tantos otros factores antisociales.

»Vivamente sentí desde luego la necesidad de contrarrestar tan grave peligro, no sólo como un sentimiento elemental de piedad, sino como un acto de defensa colectiva y como un deber sagrado de reparación de la misma sociedad, cuya imperfecta organización no en poca parte contribuye a producir semejantes males. Concebí así la idea de crear un asilo que, además de arrebatar a la indigencia y sin duda a la

corrupción a aquellos seres infelices e inocentes, pudiera convertirlos en elementos de orden y de progreso devolviéndolos más tarde a la misma sociedad ya hombres, aptos para el trabajo y moralmente fuertes y sanos».

La raíz personal es evidente: funda las escuelas Cruz Gálvez —llamadas así en honor de un lugarteniente suyo, caído en campaña— para prevenir y reparar en la sociedad el abandono que él mismo había sufrido. De ahí que en el decreto número 12, que anunciaba la creación de las escuelas, advirtiese que en ellas se protegería «a todos los huérfanos en general» y sin distinción de partidos políticos.

Hacia 1920, aquellas dos escuelas contaban ya con sendos edificios. El de varones albergaba a 468 alumnos, todos internos. El de señoritas, a 396 alumnas, entre ellas las propias hijas de Calles. Se cursaban seis años de primaria y enseñanza industrial. Los hombres aprendían oficios como la carpintería, la agricultura o la mecanografía. En la primera se formó una banda de música; en la segunda, una orquesta. Al referirse al gobernador, todos, ellos y ellas, le decían «Papá Calles».[26]

Por su parte, «Papá Calles» —a diferencia siempre de su pobre padre que, aunque alcohólico y desobligado, había sido, según recuerda Hortensia Calles, simpático e inteligente— nunca desatendió a sus niños, empezando por los propios, incluido Manuelito Elías Calles Ruiz, nacido, como él, fuera de matrimonio a mediados de 1920. Repitiendo la historia del padre, la corregía. En cuanto a los huérfanos de las Cruz Gálvez, la prueba de su devoción está en una carta del 7 de noviembre de 1919, enviada desde la ciudad de México al director de *sus* escuelas:

«Muy estimado amigo y compañero:

»No puede usted imaginar el placer que me ha

proporcionado con su apreciable de fecha 17 del próximo pasado de octubre, en la que me informa del triunfo obtenido por la orquesta de niñas de la escuela Cruz Gálvez, en la velada que tuvo verificativo en el teatro Noriega, la noche del 12 del mismo mes, con motivo de la celebración de la Fiesta de la Raza.

»Los éxitos y los fracasos que tengan en las escuelas Cruz Gálvez los considero como míos, y gozaré con los primeros y sufriré con los segundos; así es que su carta ha venido a proporcionarme un momento de satisfacción en esta vida de lucha, y más he apreciado su noticia por ser la primera que me viene de Sonora, y que se relaciona con los trabajos de la escuela que tanto quiero.

»Tiene usted razón en asegurar que nuestra orquesta sinfónica es la primera en la República, pues no hay otra igual y ojalá llegue a ser la primera de la América, para orgullo de Sonora.

»Yo soy profano en materia de música, y tal vez por esto, o por el cariño que siento para mi escuela, la orquesta de la ópera me parece menos dulce, menos impresionante a la formada por nuestras niñas. Aplaudo sus entusiasmos; la obra de usted es meritoria, pues la música es un factor valiosísimo para formar almas buenas. Siga usted adelante sin desmayar; yo tengo la firme creencia que encontrará usted apoyo en el actual gobernador, nuestro amigo el señor De la Huerta. No hay día en que no esté mi pensamiento con ustedes, y me complace en tener sus noticias; así es que espero no se olvidarán de mí y estaré dispuesto a ayudarlos en todo lo que me sea posible…

»Con recuerdos cariñosos para todas las niñas, quedo su amigo y compañero que lo aprecia.

»General Plutarco Elías Calles».

Se ha dicho, y con razón, que el gobierno de Calles en Sonora fue un laboratorio político que anticipaba su actitud como presidente. Se ha dicho también, con menos razón, que el motivo profundo de Calles al emitir ese alud de leyes y decretos, y al forzar su cumplimiento, fue fundar otra vez la historia, como si el mundo recomenzara. Calles, es cierto, funda escuelas; pero su acción no tiene, como tendrá la de Vasconcelos, una raigambre apostólica. Calles no busca convertir ni salvar en el sentido trascendente de ambos términos. Es el maestro en el poder que, aprovechando toda la experiencia práctica acumulada —su ilegitimidad, su abandono, su vida de maestro, empresario, labriego, administrador, comerciante y comisario— busca *re-formar*, desde el origen, a la sociedad. Calles no funda de nuevo el mundo; no clausura su pasado, sino que lo integra racionalmente y lo devuelve, purificado e imperioso, a la sociedad.

NOTAS

20. Legajo «Decretos y circulares … vol. I, 1-24, en APEC; Puente, pp. 106-108; Macías Richard, p. 192.

21. Puente, p. 106; John F. W. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución. 1919-1936* (México, 1977), p. 121.

22. Legajo «Recopilación de materiales históricos de Sonora», vol. I, s.p., en APEC.

23. Ibíd.

24. Legajo «Decretos y circulares», vol. II, 140, en APEC.

25. Legajo «Arzobispos», en APEC; Puente, pp. 106-108; Claudio Dabdoub, *Historia del valle del Yaqui* (México, 1964), p. 415.

26. Legajo «Escuela industrial Cruz Gálvez», 31 ago. 1917, en APEC; Macías Richard, pp. 193-195.

Turco, severo y mental

Plutarco Elías Calles fue secretario de Gobernación durante casi todo el periodo presidencial de Álvaro Obregón. Su temperamento era casi el opuesto al de su jefe. Este es expansivo, jovial, intuitivo, nervioso, sanguíneo, contradictorio; aquél, por el contrario, introvertido, serio, reflexivo, aplomado, racional, congruente. Su gruesa voz inspira respeto. Es y parece fuerte, ecuánime e inflexible. A veces sonríe, pero casi nunca ríe. Su cara, como la razón, es simétrica. Hasta el furibundo Bulnes se pliega ante su catadura: «El general Calles tiene buen físico de dictador… su carácter es de dominador de fieras y pisoteadar de sapos…».[27] El encargado de la legación francesa en México escribe: «Es realista y frío, de espíritu claro y voluntad firme».[28] Por momentos su ceño adopta un aire casi siniestro. Uno de sus contemporáneos hace esta descripción:

«Es hombre corpulento, ancho de hombros y de actitud sombría. Bien podría uno decir: he ahí un bloque de granito humano. Su cara es dura, ajada, de rasgos agresivos; máscara de bronce que raramente se relaja. Sus ojos son pequeños, hundidos y sin expresión. Su pelo negro ya tiene toques de gris y su bigote recortado parece fuera de lugar en una cara tan severa».

Una de sus mayores cualidades como político es el silencio, que dio origen a una conseja popular: «En el hablar es parco / Plutarco». El silencio y la mirada. Calles no ve: taladra. «Con una mirada», decía Indalecio Prieto, «le hace a uno su biografía.»[29]

En circunstancias distintas de las que el país vivió entre 1920 y 1928, Calles y Obregón hubiesen chocado. Pero la historia y la política, más que la simpatía o la amistad, los unieron. De nuevo Ramón Puente, el espléndido biógrafo de

la Revolución, describe mejor que nadie la extraña dualidad:

«No hay manera de quebrantar esa dualidad. Calles comprende a fondo el espíritu de Obregón. Todo su instinto de psicólogo y toda su práctica pedagógica parece haberlos dedicado a sondear ese espíritu. Lo entiende y lo sobrelleva como a un niño; lo penetra y lo domina como a un hombre. Y todo ese conocimiento, oculto tras del más completo hermetismo; y todo ese poder, disimulado bajo la discreción más perfecta.

»Obregón no llega nunca a conocer a Calles. No es su especialidad sondear almas. Es astuto, desconfiado, memorista para no olvidar ningún detalle, de viva percepción y de acción decisiva, pero no es profundo. A veces se pone la máscara de un actor para conseguir despistar, pero no tiene máscara auténtica: es indiscreto con las pupilas y la boca. Por mucho que escudriña no traspasa el hermetismo de Calles. Toda su desconfianza se queda ante el dintel de un misterio, o ante la vacilación de una duda».[30]



«Es hombre corpulento, ancho de hombros y de actitud sombría. Su cara es dura, ajada, de rasgos agresivos; máscara de bronce que raramente se relaja.» (Un contemporáneo)

Anónimo, *El presidente Plutarco Elías Calles el día de su toma de posesión, lo acompaña el presidente saliente Álvaro Obregón*, 30 de noviembre de 1924. National Photo Company Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

En el fondo, Obregón desprecia a Calles porque la vara con que mide a los hombres es puramente militar. Calles es para él «el general menos general entre los generales». En el fondo también, Calles tiene en menos a Obregón porque la vara con que mide a los hombres es ante todo mental. No se hubiese atrevido a emitir un juicio sobre Obregón, pero debió de pensar que carecía de programa. Con todo, siempre se necesitaron mutuamente y guardaron las formas y la cordialidad.[31] En una sola cosa se parecían mucho: ambos eran devotos de la vida familiar.

A mediados de 1923 Calles se retira una temporada a la hacienda de Soledad de la Mota, en Nuevo León, propiedad de su hijo Plutarco. Allí se solaza inaugurando una escuela y dando la primera lección. Se sabe ya el elegido para suceder a Obregón y se aparta para reflexionar sobre lo que será su gobierno. (Esos repliegues pensativos serían una constante en años posteriores.)

A pesar de las adhesiones que logró, su origen irregular sigue dándole —¡a sus cuarenta y seis años! — dolores de cabeza. Algunas personas le atribuyen origen musulmán, otras corren el rumor de que tiene sangre siria. Por eso en Sonora le llaman «el Turco». Para los mexicanos, todos los de levante son turcos. Sea cierto o no el rumor, Calles exhibe rasgos orientales. El rumor llegó a la difamación. Calles aparecía como «descendiente vergonzante de un camellero turco». ¿Por qué no respondió a los ataques con una declaración tajante y sobria? Quizá por no darle más importancia o por no caer en la provocación. O porque no tenía él mismo una idea clara de su linaje más allá de su abuelo liberal. O, lo más probable, por negarse a revelar, a esas alturas, la ilegitimidad e irregularidad religiosa y social de su origen.[32]

Antes de asumir la presidencia de la República, entre agosto y octubre de 1924 Calles viaja por Europa con parte de su familia. Uno de sus propósitos es internarse en el sanatorio Grunewald para tratarse de los agudos dolores de una pierna heredados del largo sitio de Naco. Ya en 1921 había visitado las clínicas Mayo, en Rochester, para curar una «ataraxia locomotriz». Pero su objetivo político no es menos importante: estudiar la organización política, económica y social de Europa; en particular, de la Alemania socialdemócrata regida por Friedrich Ebert. Hasta entonces se consideraba a sí mismo socialista. Había sido el gran apoyo y consejero del gobernador socialista de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto. Su viaje a Europa lo volvería más ingeniero social que socialista.

En Alemania se acercó a industrias y cooperativas y pidió copia de cada instrumento de trabajo. Al poco tiempo, en su escritorio hojeaba, debidamente traducidos, documentos como éstos: «El reajuste de fincas rústicas en Prusia para su mejor explotación», «Carreras domésticas para las campesinas de Prusia», «Cooperativas agrícolas y crédito rural en Europa», «La organización Raiffeisen» (cajas de ahorro). Sobre trabajo y organización industrial pidió estatutos, libretas de trabajo, talonarios y vales de toda índole, además de obras de interés general. Leyó *Los consejos obreros en las industrias* y estudios sobre sociedades de consumo. En Hamburgo, Calles aprovechó también su pedagógica visita para declarar que México abriría los brazos a los inmigrantes europeos, incluidos expresamente los judíos.[33] Su mensaje traspasó las fronteras de Alemania y llegó hasta algunas pequeñas ciudades polacas.

De Alemania se dirigió a Francia, donde Edouard Herriot, primer ministro radical socialista, lo recibió con honores.

Quizá hubiese querido viajar a la Inglaterra de J. Ramsay McDonald, pero se conformó con enterarse detenidamente del movimiento laborista. Simpatizaría a tal grado con éste que, años más tarde, en ocasión de una gran huelga, les enviaría doscientos mil dólares a los mineros del carbón, por cuenta del gobierno mexicano. Hubiera querido visitar también la Italia de Mussolini; no lo hizo, pero tomó buena nota del ascenso político de las masas. Así explica José C. Valadés su empeño en tomar posesión en el Estadio Nacional.

De Europa pasó a Estados Unidos, donde visitó al presidente Coolidge y asistió a un banquete en su honor organizado por la AFL (American Federation of Labour), en el que habló el famoso líder Samuel Gompers. Seguramente en Estados Unidos adquirió una obra que devoró: *Las utilidades de la religión*, del autor norteamericano Upton Sinclair. Sus primeras líneas eran elocuentes: «Este libro es un estudio del culto de lo sobrenatural, desde un nuevo punto de vista, como una fuente de ingresos y un escudo para el privilegio».[34]

«El Turco» tomó posesión el 1.° de diciembre de 1924. Guiado por su larga y difícil experiencia vital, y después de observar con detenimiento la organización social europea, estaba seguro de conocer su lección. Ahora buscaría aplicarla.

NOTAS

27. Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México* (México, 1970), p. 20; 24 dic. 1925, file n.° 812, 6863 (Washington D.C.), Department of State Records (en adelante DSR).

28. Perier a Poincaré, 29 abr. 1924, n.° B-25-1, Correspondencia Diplomática Francesa, París.

29. Juan de Dios Bojórquez, *Calles* (México, 1925), pp. 67-77.

30. Puente, p. 81.

31. Ibíd., pp. 139-143; Calles a Obregón, 25 jul. 1925, Legajo «Obregón», en APEC.

32. José C. Valadés, *Historia general de la Revolución mexicana* (México, 1967), p.

370.

33. Legajo «Inmigración judía», en APEC.

34. Hermann Benzing, *Investigación sobre el viaje del general Calles a Alemania* (México, mecanografiado), p. 12.

Fase constructiva

«A mi juicio, y lo digo con toda buena fe», explicó Calles días después de tomar posesión, «el movimiento revolucionario ha entrado en su fase constructiva.» En los dos primeros años de su gobierno (1925-1926) ése fue, en efecto, su rasgo característico: repetir en el ámbito nacional, pero ahora ampliada y enriquecida, la labor de su anterior gubernatura sonorense. Uno de los primeros «frentes» de acción fue el bancario y fiscal. Lo comandaba el ministro de Hacienda, Alberto J. Pani, con quien colaboraba muy de cerca un joven brillante que había sido ya, durante el gobierno de Obregón, subsecretario de Hacienda y agente financiero del gobierno mexicano en Nueva York: Manuel Gómez Morin.[35] El 7 de enero de 1925 se apuntan un primer logro: la nueva Ley General de Instituciones de Crédito, que reforma la antigua ley limantouriana de 1897. Cinco días más tarde, se funda la Comisión Nacional Bancaria.[36] En agosto se reúne la primera Convención Nacional Fiscal. En ella, Gómez Morin explica la filosofía económica del régimen.

«Después de tantos años de depresión económica, después de haber sufrido las consecuencias de una economía manejada sin concierto, la República empieza a ver claro su porvenir económico. La estabilización de un régimen político, la posibilidad de que este régimen organice una economía que en siete meses es ya más importante que la que el otro régimen organizara en treinta años, la eficacia con que esa economía se empleará en unos cuantos días más para fundar el crédito público en México, las indiscutibles ventajas que se seguirán en el desarrollo del mercado de los productos nacionales con el hecho de que haya una institución que organice y controle el crédito, todo esto nos autoriza para pensar que México está en una nueva era de prosperidad

económica.»

Y en efecto, días después, el l.° de septiembre, se realiza uno de los viejos sueños acariciados por todos los gobiernos mexicanos desde el de Porfirio Díaz: el banco único de emisión, el Banco de México. Gómez Morin, coautor principal de su ley y organización, escribía arrobado a su escéptico amigo José Vasconcelos:

«El Banco ha sido un éxito completo y entró, como dicen, con el pie derecho. El consejo es absolutamente independiente… ¿No le parece admirable que haya sido posible fundar el Banco con sólo diez meses de ahorro?».[37]

A Vasconcelos, por supuesto, no le parecía admirable, pero el tiempo le daría la razón a Gómez Morin. El Banco de México comenzó a operar en medio de la suspicacia general, con muy pocos bancos asociados, acosado por el recelo de la mayoría de las instituciones bancarias de la República y por la plaga de los generales que acudían a sus oficinas a pedir préstamos directos. Gómez Morin, presidente del Consejo de Administración, sabía que los primeros años serían cruciales, y optó conscientemente por una política conservadora: emitió cantidades muy reducidas de billetes, admitió que el Banco operase por un tiempo como un banco comercial más, fortaleciendo su crédito y persuadiendo poco a poco a los otros bancos de las ventajas de la asociación; concedió algunos créditos personales y sobrepasó el límite de sus préstamos al gobierno, pero junto a estas desviaciones avanzó profundamente en su consolidación. En su informe anual de marzo de 1928, Gómez Morin le profetizaba, con razón, una existencia larga y fructífera.

El 1.° de febrero de 1926, el gobierno de Calles dio otro paso en el frente de reconstrucción crediticia: fundó el Banco Nacional de Crédito Agrícola. Su creador, Gómez Morin,

consideraba el nuevo establecimiento «una de las cosas más grandes que se han hecho en toda la Revolución». En él, Calles veía reflejadas las ideas que había traído de Alemania sobre sociedades cooperativas y cajas de ahorro Raiffeisen. La institución debía funcionar, de hecho, como un banco que refaccionara a las sociedades regionales y locales de agricultores y promoviera una gran descentralización agrícola.[38]

En 1927 se habían formado ya 378 sociedades locales que contaban con diecisiete mil miembros. El Banco Nacional de Crédito Agrícola funcionaba con dinamismo pero acosado por la misma plaga del Banco de México: los generales. Para su desgracia, no se defendió como aquél: abundaron los llamados «préstamos de favor» a varios generales, y a uno sobre todo: Álvaro Obregón.[39] Años después, al reflexionar sobre el destino irregular de la institución que fundó, Gómez Morin seguía pensando que el régimen tutelar por el que había optado era el correcto, y que la falla había sido otra muy diferente:

«Fue demasiada confianza en los hombres y un olvido completo del servilismo, de la cobardía o de la simple fuerza de las circunstancias que obligan en México a la gente a callarse cuando debieran rebelarse, o decir sí cuando debieran decir no».

En otros frentes de la vida material, el régimen callista avanzó con igual celeridad: Pani racionalizó los presupuestos, introdujo una enmienda al servicio de la deuda externa y mantuvo las inversiones productivas (bancos, irrigación, caminos) y sociales (educación, salubridad) en el nivel más alto que podía. Era una pena, sin duda, y Calles y Pani lo entendían así, que el ejército se llevase el 33 por ciento del pastel cada año. Pero los tiempos parecían exigirlo.

Los transportes eran un frente decisivo. Se dividían en dos partes: los ferrocarriles heredados del pasado y las carreteras que había que heredar al futuro. Para resolver de un plumazo el complejo problema de los ferrocarriles, abrumados por una deuda inmensa, Pani discurrió su devolución a manos privadas, con lo que restaba la deuda ferrocarrilera —cerca de cuatrocientos millones de dólares— a la deuda nacional. El problema, por desgracia, tenía otras ramificaciones. En el papel, la empresa había visto crecer desde 1910 su volumen de carga, sus ingresos y el número de pasajeros, pero estaba muy lejos de alcanzar el 65 por ciento con que —en el mismo periodo— se había incrementado su planta de obreros y el 225 por ciento de aumentos salariales. El problema financiero consistía en el exceso de personal, pero cualquier intento por resolverlo supondría pérdidas no de dinero sino de vidas. La operación, tal como se planteó al principio, tuvo que cancelarse.[40] Y sin embargo, en otro ámbito, el gobierno de Calles se apuntó un gran logro: la terminación del Ferrocarril Sudpacífico, que unía Nogales, Hermosillo, Guaymas, Mazatlán, Tepic y Guadalajara.

En el proyecto carretero casi todo fue miel sobre hojuelas. Al principio de su régimen, Calles convoca a una junta de gobernadores en la que se decide la construcción de diez mil kilómetros de carreteras en apenas cuatro años. En septiembre de 1925 se crea la Comisión Nacional de Caminos, que trabaja con eficacia. El 19 de septiembre del año siguiente se inaugura la carretera México-Puebla, de 135 kilómetros, que debía seguir hasta Veracruz. Ese mismo año se abre la de Pachuca, que en el futuro entroncaría con la carretera Panamericana, cuyo punto de partida sería Nuevo Laredo. El 11 de noviembre de 1927 el turista capitalino puede ya ir a Acapulco recorriendo 462 kilómetros. La fiebre carretera se contagió a otros lugares. En Veracruz, por

ejemplo, se concluyó el camino de San Andrés Tuxtla a Catemaco. Al final de su periodo, Calles podía estar satisfecho. Aunque la meta de diez mil kilómetros había resultado más que utópica, se completaron cerca de setecientos kilómetros de carreteras varias y sin mucho costo para el erario: el impuesto sobre la gasolina autofinanciaba, en buena medida, los proyectos.[41]

Otro de los frentes principales de reconstrucción fue la irrigación. En enero de 1926 Calles expide la Ley Federal de Irrigación; pretende, por supuesto, aumentar la superficie irrigada, pero con ella busca también favorecer la pequeña propiedad y la colonización. Se creó la Comisión Nacional de Irrigación y se invitó expresamente a colonos de Hungría, Italia y Polonia. Los colonos recibirían dirección y consejo de expertos encargados de las granjas experimentales que se establecerían en cada caso. Hacia 1928 el gobierno de Calles había invertido veintiocho millones de pesos en varias presas. No en todas tuvo éxito, pero nadie podía negarle, al menos, el mérito de ser el iniciador. Junto a los bancos, las carreteras y las presas, que deberían impulsar el campo hacia la modernidad, Calles promovió un cuarto elemento, entrañable para él: la escuela. La labor educativa tenía varios niveles. En el primero estaba la escuela rural, y el nuevo apóstol de ellas era Moisés Sáenz, pastor protestante educado primero en Xalapa y más tarde en la Universidad de Columbia, que soñaba con hacer de la escuela el motor vital de la comunidad. Los libros clásicos y las Bellas Artes, instrumentos educativos del proyecto de Vasconcelos, cedían paso a un concepto más práctico y útil: higiene, deportes, oficios. Calles resumía así el nuevo espíritu de las cuatro mil escuelas rurales que estaban en operación:

«Para el plan de trabajo dictado para las escuelas rurales se

ha querido conseguir que la escuela rural llegue a ser el centro y origen de actividades sociales benéficas a la comunidad, siempre del todo alejadas de la política electoral o personalista, y que los conocimientos que los alumnos adquieran… les abran nuevos horizontes de una vida mejor para la adquisición de habilidades manuales y espirituales que se traduzcan en aumento de su capacidad económica».

Los resultados efectivos de las escuelas rurales no fueron tan satisfactorios como esperaban sus inspiradores. Faltaba quizá espíritu apostólico en los maestros, pero sobre todo faltaba *pertinencia* en la labor educativa. Era absurdo, por ejemplo, enseñar a bordar grecas a campesinos que por siglos habían practicado el arte multicolor del bordado. La modernización, por lo demás, parecía encontrar barreras casi infranqueables. El propio Sáenz lo admitía con honestidad: «La vida cuaja en moldes viejos. El débil reflejo de la escuela se pierde en la penumbra del subconsciente».

En la ciudad de México, el régimen callista introdujo varias novedades educacionales: se abrieron las primeras escuelas secundarias, se consolidó un Departamento de Enseñanza Técnica e Industrial, y, por primera vez, se difundieron por radio clases prácticas de toda índole. En la capital se instituyó también la Casa del Estudiante Indígena, para lo que, en principio, se trasladaron a aquélla doscientos indígenas monolingües. «Lo que yo propongo», explicaba Calles, «es ofrecer al indio la oportunidad de que se convierta en hombre verdadero.» De aquellos estudiantes se esperaba que regresaran a su tierra para transmitir todo lo «verdadero» que aprendieran en la ciudad: español, geografía, historia, deportes, higiene… Para decepción del régimen, al terminar los cursos ninguno volvió al terruño, y la Casa cerró sus puertas en 1932 sin percatarse de que, monolingües o no, aquellos estudiantes habían sido siempre «hombres

verdaderos».

Entre todos los proyectos educacionales, Calles tenía una «niña de sus ojos»: las escuelas centrales agrícolas. No era el único que fincaba en ellas una gran esperanza. El joven Daniel Cosía Villegas, estudiante de agronomía en Cornell, pensaba que de ellas habría que «esperar la salvación de la patria». Su creador era un ingeniero agrónomo costarricense avecindado en México desde tiempos de la Revolución: Gonzalo Robles. Además de tener notable preparación teórica, Robles había viajado por el mundo entero —con excepción de África tomando notas sobre el desarrollo agrícola: Carranza lo había mandado a observar ranchos al sur de Estados Unidos, y Obregón a tierras más lejanas: Europa, Asia y América Latina. En Bélgica estudió la integración de sistemas comunicantes entre escuelas, bancos y cooperativas agrícolas. En Argentina observó el funcionamiento de empresas agrícolas e industriales. Era natural que Calles le otorgara, a su regreso, «derecho de picaporte».

El 16 de marzo de 1926 se expide la Ley de Escuelas Centrales Agrícolas y Bancos Ejidales. Aunque la politización terminaría por mermar sus beneficios y desvirtuar su sentido original, en 1927 se habían abierto ya en Durango, Hidalgo, Guanajuato y Michoacán escuelas dotadas de edificios, quinientas hectáreas con huertas y viñedos, establos y radio. Ese mismo año había 675 alumnos inscritos. Los bancos asociados contaban ya con 19.218 miembros y se habían formado 276 cooperativas.

En cierta ocasión, al inaugurar una de estas escuelas centrales, el presidente Calles y un periodista norteamericano miraban bailar a una pareja de jóvenes. «He ahí la materia prima de la cual estamos modelando el nuevo México», le explicó, y señalando a unos peones que se escondían a lo lejos

agregó: «Esa pareja representa la evolución de aquellos tipos primitivos que ves allá». Más tarde, al clavar los ojos en la guardia de honor formada por estudiantes vestidos de caqui, emocionado, el exlabriego y exmaestro terminó por resumir su filosofía agrícola-educacional:

«Esto es lo mejor que se puede contemplar en México, pues esos muchachos son hijos de peones que viven en chozas de paja, duermen en el suelo y andan descalzos todo el año. Las nuevas instituciones agrícolas permitirán a la nueva generación que se libere de esa esclavitud. Los colegios agrícolas constituyen, pues, el frente en mi guerra contra el arado de madera y todo lo que representa».

La fase constructiva tuvo otros frentes: modernización del ejército, elaboración de los primeros contratos-ley en la industria textil, leyes y campañas de salud pública, proyectos de vivienda, exaltación del deporte, guerra al alcoholismo, depuración de la estadística nacional y, de nuevo, como en Sonora, un alud de leyes como la petrolera, la forestal, la postal y las de extranjería, comunicaciones, colonización, pensiones civiles, migración, etc. El cuerpo de leyes más importante para Calles se elaboró en su periodo, pero entraría en vigor tiempo después. Se trataba de un nuevo código civil, al que llegaría a nombrársele Código Calles. Su propósito, explicaba el presidente, consistía en:

«Socializar en cuanto fuese posible el derecho civil preparando el camino para que se convierta en un derecho privado social… extender la esfera del derecho del rico al pobre, del propietario al trabajador, del industrial al asalariado, del hombre a la mujer… [derogar] todo cuanto favorece exclusivamente el interés particular con perjuicio de la colectividad…».

En una de sus cláusulas, el código borraba definitivamente

la diferencia entre hijos legítimos y naturales: reformaba desde el origen.[42]

La gran novedad del periodo de Calles fue la ampliación del papel económico del Estado. El régimen porfiriano había intervenido ya en la economía, pero no con un sentido social. «¿Quiénes podían tender la mano a la pobre gente?», preguntó Calles a aquel reportero, y él mismo contestó: «una sola agencia: el gobierno.»

El más serio historiador del periodo callista, Jean Meyer, escribe: «Principal instrumento de capitalización de los recursos financieros, poder regulador, principal interlocutor con los grupos internacionales, el Estado con Calles se presenta inevitablemente como único intérprete del interés público, y empieza a definirse en esos años como una institución *sui generis*, con responsabilidades económicas directas y muy amplias…». A falta de una clase social que remolcara el país hacia el progreso material, el Estado tenía que tomar la iniciativa creando bancos, presas, caminos, escuelas, leyes e instituciones para la sociedad. En la práctica, el conflicto de fondo estaría en esa pequeña preposición: *para.*

La biografía de Calles no determinó estas tendencias, pero sí les dio un perfil peculiar. La fase constructiva de la acción estatal callista tuvo fe en la escuela práctica y el trabajo agrícola como motores del progreso, de la «evolución». Eran los mismos motores que, a juicio de Calles, habían impulsado su personal evolución. Cincuenta años después, al reflexionar sobre esa etapa, Gonzalo Robles decía:

«Todas aquellas iniciativas parecen un fracaso si se les ve con microscopio. Pero si alejamos la vista podemos ver que han dejado un sedimento que fructifica. El progreso avanza por aluviones».

En el frente externo, sobre todo en la relación con Estados

Unidos, Calles dio la espalda a los Tratados de Bucareli e intentó volver a las posiciones de Carranza, que no eran otras que el apego a la Constitución. En la Cámara se discuten varios proyectos reglamentarios sobre petróleo. El más radical se debe a Morones, zar de la CROM e influyentísimo ministro de Industria, Comercio y Trabajo; el más suave lo patrocinan Pani, ministro de Hacienda, y Aarón Sáenz, secretario de Relaciones. Las compañías petroleras se oponen a cualquiera de ellos, pero temen que se expida el primero. El embajador norteamericano, un halcón apellidado Sheffield, se muestra aún más pesimista: cree que México será, o es ya, el segundo país bolchevique de la Tierra: *Soviet México*.

El 12 de junio de 1925, el secretario de Estado, Kellogg, lanza la primera amenaza del periodo:

«Este gobierno continuará apoyando al de México solamente mientras proteja las vidas y los intereses americanos y cumpla con sus compromisos y obligaciones internacionales. El gobierno de México está ahora a prueba ante el mundo».[43]

Un año después, rotas las relaciones entre el gobierno y las empresas, se expide el reglamento petrolero. De haber contado sólo la opinión de los petroleros, los colonos norteamericanos o Sheffield, Estados Unidos hubiese invadido México. Pero otras fuerzas presionaban en Washington, junto a los intelectuales, la prensa y los demócratas del Congreso: el comercio y los banqueros, que sin ser hermanas de la caridad, favorecían un arreglo pacífico.

El 10 de noviembre de 1926 *The New York Times* anuncia que el momento de romper con México ha llegado. A la querella petrolera se agrega ahora un choque internacional: México y Estados Unidos apoyan fuerzas políticas opuestas en Nicaragua. Estados Unidos prefiere a Díaz, México se

inclina por el liberal Sacasa, y no sólo con palabras, como recuerda el general mexicano Escamilla Garza:

«El general Calles mandó dos expediciones a Nicaragua, una por el Pacífico y otra por el Atlántico. Yo iba al mando de tres barcos, el *Foam*, *La Carmelita* y el *Johnson*. Nos fuimos costeando para eludir a los barcos gringos. Luego de Puerto Cabeza acabalé quinientos hombres, la mayoría mexicanos. La otra expedición la encabezaba el general Irías. Después de 56 combates y escaramuzas, llegamos a los arreglos de Tipitapa con los americanos cuando ya casi tenían sitiada a Managua. Eran mis segundos los alemanes Federico Messer y Adolfo Miller».[44]

Para colmar el plato de quienes temían el avance del «*Soviet México*», llega Alejandra Kolontai, primera embajadora soviética en México. Sus primeras palabras debieron de causar un síncope a Sheffield: «No hay en todo el mundo dos países con más afinidad que el México moderno y la nueva Rusia».[45]

En enero de 1927 el gobierno cancela los permisos a las compañías petroleras remisas a cumplir con el nuevo reglamento. El presidente Coolidge sostiene que al *Soviet México* —sentado desde antes en «el banquillo de los acusados»— le puede suceder lo mismo que a Nicaragua. El editorial del *New York Times* comenta las palabras «acto poco amistoso», con las que el Departamento de Estado se ha referido a la actitud mexicana frente a Nicaragua:

«Estas son unas de las palabras más graves del vocabulario diplomático. Jamás se usan oficialmente si no es como fórmula de la más extrema advertencia oficial y generalmente como preludio de un ultimátum, un rompimiento de relaciones o la guerra misma.»[46]

La diplomacia mexicana no reacciona con bravatas sino

con malicia: propone el arbitraje internacional de La Haya y cosecha simpatías en el Congreso norteamericano, donde cuenta la opinión favorable a México de los senadores Borah y La Follete.[47]

Arturo M. Elías, el medio hermano del presidente y activísimo cónsul general en Nueva York, informa que, por consejo de los escritores amigos de México, Carlos y Ernesto (Carleton Beals y Ernest Gruening), México debería emitir una declaración en defensa del derecho que asiste a ambos países de favorecer en Nicaragua el gobierno que cada uno considere democrático. La declaración funciona. Sólo un norteamericano de cada cuarenta —comenta *The Washington News*— quiere la guerra con México. Kellogg deja de usar el término bolchevique para referirse a México. A mediados de enero de 1927, en sus telegramas a Calles, el cónsul Elías emplea una palabra prematura: triunfo.[48]

En marzo de ese mismo año, el embajador mexicano Manuel Téllez viaja alarmado de Washington a México; pero precisamente cuando la situación se creía perdida y Calles contraamenazaba con un «incendio que ilumine hasta Nueva Orleans», la tensión se desvanece, gracias, en parte, a una estupenda maniobra de contraespionaje. Los hombres de Morones interceptan en la embajada norteamericana documentos en los que se menciona una futura intervención. A los pocos días, sometido en el interior a fuegos cruzados, el secretario Kellogg admite en público el robo de esos trescientos documentos y baja el tono. Las compañías siguen solas su desafío a Calles, que no duda en cerrar los pozos. Sheffield deja la embajada. Parecía el triunfo de México. Lo era, pero sólo parcialmente.[49]

Calles comprendió que no podía, en esas circunstancias, aplicar estrictamente la Ley Petrolera: no habría

retroactividad. La Corte concede amparo a varias compañías. Coolidge instruye al próximo embajador, Dwight Morrow: «Manténganos alejados de una guerra con México». El 29 de septiembre de 1927 Calles y Coolidge inauguran una línea telefónica directa. A fines de octubre llega Morrow. Sabe bien, porque su amigo el famoso periodista Walter Lippmann se lo ha advertido, que en México no hay bolchevismo. Sus ideas, su táctica y, sobre todo, su actitud serían opuestas a las de Sheffield. Conciliar racional y cortésmente, evitar la prepotencia e identificarse un poco con las gentes y la cultura del país. Astucia y respeto.[50]

De golpe y porrazo, Morrow, miembro de la casa J.P. Morgan, se colocó en el centro de la vida económica y política de México. Trabajó cerca del nuevo ministro de Hacienda, Luis Montes de Oca. Estudió los presupuestos y concertó una total reestructuración de la deuda externa, a fin de que México pudiese capitalizarse y crecer. En el conflicto petrolero, medió con Calles para que los fallos favorables a las compañías sentasen jurisprudencia y para reformar los artículos más delicados de la Ley Petrolera. Y como gesto de buena voluntad, logró que visitara México Charles Lindbergh, el famoso piloto que, en su *Spirit of Saint Louis*, había cruzado por vez primera el Atlántico.[51] «Lindy», el «Embajador del Aire», llegó a la ciudad de México entre vítores y develó en el Parque México de la colonia Hipódromo una placa alusiva que aún se conserva.

¿Había perdido Calles la partida? Sí, si se le juzga anacrónicamente, desde la perspectiva, muy distinta, de 1938. No, si se advierte la dificultad de sus circunstancias. En 1927 México sufría la caída vertical de los precios internacionales de sus principales productos (petróleo, metales industriales, plata) y una gravísima crisis interna: el conflicto religioso.

Calles debió de considerar que México corría el riesgo de perder territorio. Su contrincante no era un hombre con sentido social como lo sería Roosevelt, sino Coolidge, quien proclama que «el negocio de Norteamérica son los negocios». Sería distinto tratar con un gobierno posterior a la crisis del 29; el de ese momento estaba en el ápice de la prepotencia y la fuerza.

Pero Calles ganó acciones más importantes, quizá, que la batalla del petróleo. Hizo que frente a México, al menos, Estados Unidos retirara la amenazada de invasión; disolvió el espantajo del *Soviet México*; redujo la dureza y la histeria de la diplomacia norteamericana. Ganó hasta donde podía ganar.

NOTAS

35. Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos,* 2 vols. (México, 1950), vol. II, pp. 67-68; Entrevista del autor con Manuel Gómez Morín (México, 9 jun. 1971); Calles a Obregón, 2 feb., 1 abr. 1925, Legajo «Obregón», en APEC.

36. Gómez Morín a Vasconcelos, 1 mar. 1926, Archivo Manuel Gómez Morín (en adelante AMGM).

37. Gómez Morín a Vasconcelos, 11 sept. 1926.

38. *El crédito agrícola en México, estudio sobre su establecimiento y análisis de su funcionamiento hasta* 1931. *Bases para su organización de acuerdo con el estado actual del crédito agrícola,* 1-3, 21-41, en AMGM; Manuel Gómez Morín, *El crédito agrícola en México* (Madrid, 1928), p. 11.

39. Palacios Macedo a Gómez Morín, 6 ene. 1925, Archivo Miguel Palacios Macedo (AMPM).

40. Correspondencia Diplomática Francesa, 28 ago. 1926, n.° B-25-1 (París).

41. Alexander B. Dye, «Railways and revolution in México», en *Foreign Affairs,* ene. 1927, vol. II, pp. 321-324.

42. Daniel Cosío Villegas, «La riqueza de México», en *La Antorcha,* 30 may. 1925 (México); *Saturday Evening Post,* 26 feb. 1927, pp. 77-78.

43. Legajo «Correspondencia oficial entre el gobierno mexicano y el gobierno de los Estados Unidos de América, respecto de las leyes de la fracción primera del artículo 27 constitucional mexicano», 1926, Archivo Histórico-Diplomático Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

44. «Entrevista con el general Escamilla Garza», en *Excélsior,* 13 mar. 1972 (México).

45. *El Universal,* 24 dic. 1926 (México).

46. Sheffield Papers, 28 jun. 1926, 12 feb. 1927; Schoenfeld a Sheffield, 19 feb. 1927; Howard Taft a Sheffield; *Boletín del Archivo General de la Nación* (México, 1979), tercera serie, 43-45; «Declaraciones del general P.E. Calles, presidente de la República, al *New York Times»,* en *The New York Times,* 6 ago. 1925 (Nueva York).

47. Jean Meyer, «Estado y sociedad con Calles», en *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1924-1928,* 23 vols. (México, 1981), vol. XI, p. 25.

48. Legajo «Elías Arturo», ene. 1927, en APEC.

49. «Memorandum of meeting at Mr. Lamont's house at 9:30 a.m., 31 March 1927, in which the Mexicans Mr. Tellez, Mr. Lamont, Mr. Negrete, Mr. Prieto and V.M. (Vernon Monroe) were present», Dwight Whitney Morrow Papers, Amherst College (Amherst).

50. Meyer, «Estado y sociedad con Calles», en *Historia de la revolución…,* pp. 37-38.

51. Lamont Papers, feb.-abr. 1927; «Memorandum of the conversation held when Pani and Negrete dined with Morrow on Tuesday evening, 23 February 1927, 19 March 1927», Morrow Papers.

No fue 1925 un año de paz en el frente religioso, que cumplía más de una década en continua agitación. El 21 de febrero, con el auspicio de la CROM, se crea la Iglesia Católica Apostólica Mexicana; la encabeza «el Patriarca» Pérez, quien por un tiempo oficia en el templo de la Soledad. No era nuevo el propósito de crear una Iglesia mexicana al margen de Roma. Ya Ocampo lo había pensado. Lo nuevo era intentarlo en ese momento, cuando los poderes de la Iglesia y el Estado se enfrentaban con tirantez sin precedentes en todos los ámbitos abiertos por la Constitución del 17. Había campesinos que rechazaban las tierras que se les repartían y agraristas que exigían la apostasía para entregar una parcela. El auge del sindicalismo católico choca violentamente con la CROM. Pero el mayor conflicto sigue residiendo, por supuesto, en los artículos 3.° y 130. La Iglesia no los admite ni olvida los actos que en contra suya y de sus símbolos se habían perpetrado durante la Revolución. El gobierno callista, por su parte, se propone reglamentar e imponer el cumplimiento estricto de la Constitución. En 1925 la tensión entre los dos poderes crece en muchos estados. En mayo, una mujer apellidada Jáuregui, a quien se atribuye fanatismo desequilibrado, atenta contra la vida del presidente. Con todo, pese a la creación de la Liga Nacional de la Defensa de la Libertad Religiosa, nadie entrevé con claridad lo que vendría.

Es 1926 el año del rompimiento. Durante todo 1925 Calles había esperado que los gobernadores se apegasen al texto constitucional, pero la discrecionalidad que observó terminó por decidirlo a tomar medidas más severas. En enero, pide al Congreso poderes extraordinarios para reformar el código penal, e introduce en él disposiciones sobre el culto. El 4 de febrero aparecen en *El Universal* declaraciones del arzobispo

Mora y del Río contrarias a los artículos 3.°, 50, 27 y 130 de la Constitución. La Liga lo aplaude, pero el presidente no: «¡Es un reto al gobierno y a la Revolución!», le comenta a Roberto Cruz. «No estoy dispuesto a tolerarlo. Ya que los curas se ponen en ese plan, hay que aplicar la ley como está.» Aunque Mora y del Río desmiente al reportero de *El Universal* y sostiene que aquellas declaraciones habían sido anacrónicas, Calles no cede: ordena a todos los gobernadores la inmediata reglamentación del artículo 130, lo que provoca clausura de escuelas, expulsión de sacerdotes extranjeros, motines, manifestaciones, choques… Se llega otra vez a extremos patéticos: el general Eulogio Ortiz fusila a un soldado por descubrirle en el cuello un escapulario.[52]

Lagarde, el representante diplomático francés, observa los hechos de cerca y comienza a informar a su gobierno:

«De febrero a mayo el presidente, sobreexcitado por la actitud antipatriótica que atribuye al clero y que relaciona con la política amenazadora de Washington, actúa con extremado rigor… perdiendo toda moderación, no ve en la resistencia opuesta a la ley otra cosa que la obra de viejas beatas, de curas sediciosos…».[53]

Mientras el Vaticano aconseja moderación, los obispos dividen sus opiniones entre la dureza y la pasividad. En una carta pastoral solicitan que el gobierno de Calles siga los pasos del de Carranza y se avenga a reformar los artículos 3.° y 130. Calles responde a Mora y del Río: «Quiero que entienda usted, de una vez por todas, que la agitación que provocan no será capaz de variar el firme propósito del gobierno federal… No hay otro camino… que someterse a… la ley».[54]

El 2 de julio, el *Diario Oficial* publica la Ley Calles que reforma el código penal e incluye en él delitos relativos a la enseñanza confesional y cultos. El artículo 19, el más

delicado, volvía obligatoria la inscripción oficial de los sacerdotes para que pudieran ejercer su ministerio.

La respuesta es inmediata. La Liga organiza con eficacia un boicot económico en varios estados. Por su parte, los obispos emiten una pastoral colectiva que anuncia la suspensión de cultos a partir del momento en que la Ley Calles entre en vigor. El halcón Sheffield, alarmado, informa a Kellogg:

«El presidente se ha vuelto tan violento sobre la cuestión religiosa que ha perdido el dominio de sí mismo. Cuando se ha tratado el asunto en su presencia, su rostro se ha encendido y ha golpeado la mesa para expresar su odio y hostilidad profunda a la práctica religiosa».[55]

El conflicto iba en escalada. Calles declara que, «naturalmente», no piensa suavizar siquiera las reformas y adiciones al código penal. Confiaba —según le dijo entonces a Lagarde— en que «cada semana sin ejercicios religiosos haría perder a la religión católica el dos por ciento de sus fieles».[56]

«Creo», declaró por esos días, «que estamos en el momento en que los campos van a quedar deslindados para siempre; la hora se aproxima en la cual se va a librar la batalla definitiva; vamos a saber si la Revolución ha vencido a la reacción o si el triunfo de la Revolución ha sido efímero.»[57]

Lo creía de verdad. Para Lagarde, Calles abordaba «la cuestión religiosa con un espíritu apocalíptico y místico… [como] una lucha entre la idea religiosa y la idea laica, entre la reacción y el progreso». El 31 de julio los fieles se arremolinan en las iglesias en toda la República. Era el último día de cultos.

El 21 de agosto, Calles sostiene una larga entrevista con Leopoldo Ruiz, obispo de Michoacán, y Pascual Díaz, obispo de Tabasco y secretario general del Episcopado mexicano. En ese momento, los obispos muestran una actitud de conciliación y aun de cierta humildad. Calles es lacerante,

áspero; sus breves respuestas son siempre imperativas. Su visión del papel del clero en la historia de México es absolutamente negra, sin resquicios, de ahí que no conceda un solo punto a los obispos ni les lance, como le pedían, «una tabla para salvarnos». La entrevista se inició tocando, desde luego, el problema: la reglamentación de los artículos 3.° y 130, y en particular el espinoso tema del registro oficial de sacerdotes:

«CALLES: El gobierno de México por ningún motivo faltará al cumplimiento de las leyes y esas presiones que están buscando en nada nos importan … estamos resueltos a mantener la dignidad nacional a costa de lo que venga … ¿Qué menos puede exigir el representante legítimo del pueblo, como es el gobierno, que saber quiénes están administrando sus bienes?… Irremisiblemente tendrán que sujetarse.

»RUIZ: Contra los dictados de nuestra conciencia.

»CALLES: Sobre los dictados de la conciencia está la ley.

»DÍAZ: Yo entiendo por conciencia lo que nos dicta nuestro sentimiento y entiendo por ley un ordenamiento de la razón. Por consiguiente, cuando mi conciencia me dice que una ley está contra la razón tengo el derecho de seguir el dictado de mi conciencia y no sujetarme a esa ley.

»CALLES: Leyes son las que están consignadas en los códigos y tienen que ser respetadas, tienen que ser obedecidas …

»DÍAZ: La ley … puede reformarse … con su apoyo …

»CALLES: No soy yo quien va a resolver el asunto; es de la competencia de las Cámaras y con toda sinceridad les digo que yo estoy perfectamente de acuerdo con lo que marca esa ley que ustedes tratan de reformar, puesto que satisface mis convicciones políticas y filosóficas».[58]

La dura conversación tomó otros derroteros. Calles dijo que, «con toda franqueza», creía que el clero mexicano había evidenciado estar siempre del lado del opresor, que los misioneros católicos, en siglos, no habían hecho nada por auxiliar a los pobres. Los obispos sostenían razonamientos contrarios que Calles desechaba en primera instancia. Aunque indicó que «los actos de conciencia se juzgan en el curato», su argumento para no conceder una suspensión temporal en la aplicación de la ley era un argumento de conciencia: «No está de acuerdo con mi carácter decir algo que yo no siento. No puedo engañar al pueblo». Pero su verdadera convicción era política:

«No se hagan ilusiones; les repito que están perdiendo a los campesinos. Todas las agrupaciones de campesinos de la Revolución han protestado su adhesión a mi gobierno con motivo del último conflicto religioso y considerado a los sacerdotes como sus enemigos».

Los obispos buscan que Calles disimule, a la manera porfiriana, la operación de la ley. Había presidentes municipales que se sentían ya con el derecho de nombrar o remover sacerdotes. «¿De dónde viene el poder del sacerdote?», preguntó Díaz, a lo que Calles respondió: «Para el gobierno no tiene importancia el poder a que usted alude ni lo reconoce». Si las leyes iban contra la jerarquía de la Iglesia y los obispos pedían tolerancia, Calles «debía advertirles» que la ley no reconocía ninguna jerarquía y él «no podía tolerar nada». Sus palabras finales fueron un reto:

«Yo les voy a demostrar que no hay problema, pues el único que podrían crear es lanzarse a la rebelión y en este caso el gobierno está perfectamente preparado para vencerlos. Ya les he dicho a ustedes que no tienen más que dos caminos: sujetarse a la ley… o lanzarse a la lucha armada y tratar de

derrocar en esta forma al actual gobierno».[59]

Al despedirse, los obispos declararon que no fomentaban ninguna rebelión. Pero no necesitaban fomentarla. Días después los cristeros contradirían las ilusiones de Calles.

Calles, según Lagarde, sentía un odio personal hacia el clero y la religión. Odio, en todo caso, que no comparte la familia Elías. Por esas fechas, su tío Alejandro le escribe para preguntarle si no juzga inconveniente que los restos de su padre Plutarco se depositen en unas «gavetas» que ha hecho el tío Rafael en su rancho San Rafael. En realidad, las gavetas estaban dentro de un altar construido por el tío para albergar los restos de la familia. La sacristía tenía ornamentos de oro y un Cristo de madera labrada que el coronel José Juan Elías —abuelo del presidente— le había regalado a su mujer, Bernardina Lucero.

La Iglesia había agotado las instancias, pero faltaba ver la reacción popular. Calles espera suprimir el «fanatismo» del pueblo cortándolo de raíz; sin embargo, un sector del pueblo campesino en el occidente de México se levanta en armas. La «causa», como ellos mismos decían, era clara: luchaban por la apertura de cultos, luchaban —como ha demostrado magistralmente Jean Meyer— por defender la religión.

La guerra de los cristeros se prolongaría por casi tres años, durante los cuales el ejército federal, modernizado por el general Amaro, descubre tardíamente la importancia de una buena caballería en un país sin carreteras y donde regiones enteras resultaban inaccesibles a la infantería. Sin organización central hasta que la Liga envía al general Enrique Gorostieta, los cristeros practican una guerra de guerrillas similar a la zapatista y no menos efectiva. En el momento de los arreglos con Roma en junio de 1929 —en los que también interviene Morrow— habría cerca de cincuenta

mil cristeros alzados en armas. Otros veinticinco mil habían muerto en combate. Aquella guerra no sólo costaría a México, en total, setenta mil vidas; sobrevendría, además, una caída fulminante de la producción agrícola (el 38 por ciento entre 1926 y 1930) y la emigración de doscientas mil personas. «Fue», en palabras de Luis González, «una guerra sangrienta como pocas, el mayor sacrificio humano colectivo en toda la historia de México.»

En marzo de 1927 Calles empieza a ceder. Sigue creyendo que el movimiento cristero es minoritario, pero no puede cerrar los ojos a los costos de la guerra. Obregón intercede y busca una solución que haga posible la paz sin desprestigiar al régimen. En cierto momento Calles baja la guardia: es junio de 1927. A cambio de atenuar la legislación petrolera ha logrado ya que Estados Unidos modifique su actitud. Ahora había que ceder en el frente religioso. Calles libera a varios militares y tolera el culto en casas particulares. Quizá había sido demasiado optimista al pensar que la Iglesia perdería el 2 por ciento de fieles cada semana. Su salud flaquea una vez más al grado de confiar su alivio al curandero más esotérico: «el Niño Fidencio». Para colmo de males, en esa fecha lo embarga una gran sombra: la muerte de su mujer.[60]

En octubre llega Morrow y se forma una imagen de la situación: «El país se halla completamente trastornado. Los pobres no tienen casi otra cosa que el consuelo de la Iglesia y no habrá paz verdadera ni progreso de no llegarse a un arreglo». De inmediato se hace cargo de la situación. Redacta él mismo las cartas de avenimiento entre Calles y el padre Burke —un norteamericano católico con plenos poderes de negociación— y propicia la entrevista de ambos en San Juan de Ulúa, al cabo de la cual Calles expresa a Burke: «Ojalá su visita marque una nueva era para la vida y el pueblo de

México».[61] La fecha: marzo de 1928.

Aunque la firma de los arreglos se retrasa hasta junio de 1929,[62] las condiciones estaban dadas un año antes. El asesinato de Obregón a manos de un militante católico demora la solución. Roma, mientras tanto, niega que el Papa hubiese impartido la bendición a los cristeros. Pero, con Roma o sin ella, éstos continúan librando su guerra: la «causa» seguía viva, los cultos permanecían cerrados.

¿En qué medida incidió la psicología del presidente Calles en el conflicto con la Iglesia? El conflicto estaba allí. El no lo había inventado. Y estaba allí, latente, no sólo en la historia mexicana a partir de los Borbones, sino en la historia europea desde la Edad Media. En Francia, la querella más notable ocurrió con Felipe el Hermoso; en Inglaterra, con Enrique VIII. Era la disputa centenaria entre el poder espiritual y el secular. «La Iglesia y el Estado», escribe Jean Meyer, «exigen el monopolio del carisma … la guerra tenía que ser total porque ambos pretenden el dominio universal.»

Calles, en efecto, no inventa un conflicto que se hunde en la historia; pero es, sin duda, su catalizador principal. Toda su biografía apunta hacia el rompimiento. Acaso por borrar de una vez y para siempre el cuerpo de doctrina que lo había condenado a la ilegitimidad, buscó una solución tan radical como la que había impuesto en Sonora al expulsar a todos los sacerdotes. Se ha dicho que Calles, al no lograr la súbita reconstrucción del país, canalizó su decepción abriendo el frente religioso. Esta actitud fortuitamente vengativa no concuerda con su naturaleza. Calles aborda el problema religioso por una frustración personal que lo lleva al convencimiento de que la religión católica es la fuente principal de atraso en el pueblo mexicano. Para avalar su fe, en su archivo guardaba unas cartas de amor escritas desde

Aguascalientes en abril de 1913 por el obispo Ignacio Valdespino —radicado anteriormente en Hermosillo— a una dama sonorense, y otros documentos que involucraban a sacerdotes del Seminario Conciliar en cuitas amorosas. Para Calles, como para muchos otros revolucionarios, estas actitudes constituían la prueba definitiva del envilecimiento histórico del clero.

Quiso, en efecto, «extirpar» la fe católica de México. No es un nuevo Savonarola que buscara un cristianismo más puro, más cercano a los orígenes. Tampoco un romántico del ateísmo que, como Ignacio Ramírez, declarase que Dios no existía. Calles no disfruta la blasfemia ni inventa contraliturgias. Es un profesor sonorense que no entiende ni respeta ni justifica al «México viejo», donde los hombres no son «verdaderos hombres». Sin saberlo, Calles es sólo un sacerdote de una fe como cualquier otra: la del progreso y la «evolución». Un reformador imperioso y racional al que, muy en el fondo, mueve una pasión absolutamente ciega, irracional: la de negar el pecado de origen… de su origen.

El complejísimo periodo presidencial de Calles tuvo muchos protagonistas políticos: los generales, los cromistas, los agraristas, los gabinetes. ¡Había ocho mil partidos políticos en la República! Las luchas políticas tejieron una madeja casi inextricable en todos los niveles: nacional, estatal y local. Pactos, rompimientos, amenazas, enfrentamientos, campañas, peculados, escamoteos, bravatas, balaceras, motines. La vida política de México rebasaba violentamente los ámbitos formales del Parlamento, las reuniones de gabinete o la prensa, y se colaba a las cantinas, los burdeles y los casinos. Martín Luis Guzmán recobró fielmente apenas una parte y un momento de aquel mundo que anda todavía en busca de su escritor.

¿Qué decir de los generales? Quizá la mayoría apoye a Obregón antes que a Calles, pero optará por ambos en el caso de una aventura que pretenda destronarlos. Almazán, Cárdenas y, sobre todo, Amaro son los divisionarios más creativos entre los fieles al régimen. Otros, no menos fieles, tienen un matiz macabro: Claudio Fox, Roberto Cruz, Eulogio Ortiz. Otros más dominan feudos: Urbalejo (Sonora), Caraveo (Chihuahua), Cedillo (San Luis Potosí), Ferreira (Jalisco). Los más cercanos a Obregón y Calles desde la época revolucionaria son, respectivamente, Panchito Serrano y Arnulfo R. Gómez. De ahí que el aborto de su rebelión los envenenara a todos.





«Era un reformista severo y violento. Para él la política era riesgo, vicisitud, contingencia y, por lo tanto, responsabilidad.» (E.K.)

Agencia Casasola, *El presidente Plutarco Elías Calles con militares*, 1927. © Núm. de inventario: 66745. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

«La Revolución ha sentido instintivamente la necesidad de escogerlo como su jefe, mientras cuajan las instituciones todavía tiernas de la época constructiva de la Revolución.» (Editorialista del Partido Nacional Revolucionario)

Agencia Casasola, *Plutarco Elías Calles con el presidente Emilio Portes Gil*, ca. 1927. © Núm. de inventario: 66748. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Morones es otro personaje en busca de biógrafo. Sus francachelas en una casona de Tlalpan, sus enormes anillos de brillantes, las mujeres enjoyadas y los suntuosos Packard negros son sólo parte de la historia. El resto corresponde a sus batallas contra la CGT, la Iglesia, los agraristas de Soto y Gama, los ferrocarrileros afiliados al Partido Comunista y la prensa. Su pecado mayor pudo ser —como piensa Fidel Velázquez— haber pretendido la presidencia de la República sin conformarse con la presidencia de los obreros, pero también hay que reconocer que, sin el antecedente piramidal de la CROM moronista, no se entiende la CTM.[63]

Con palabras, acciones o pistolas, todos alimentaban el México bronco. Era quizá la estela natural de la Revolución, pero su razón de fondo es otra: a falta de instituciones políticas que, democráticamente o no, resolviesen el problema de la sucesión presidencial de modo pacífico y legítimo, el país estaba condenado a una violencia bianual. Si cada periodo presidencial duraba cuatro años, el ciclo se repetiría como con Obregón y ahora con Calles: dos años de trabajo y dos de violencia. Para colmo, en 1926 todo presagiaba la vuelta de Obregón y el sacrificio del lema maderista que había iniciado la Revolución.

La extraña muerte del general Ángel Flores en abril de 1926 inicia el rosario.[64] A raíz de la frustrada rebelión, seguirían Serrano, Gómez… En total, 25 generales y 150 personas fusiladas sin juicio previo. Según el general Roberto Cruz, jefe de la Inspección de Policía del Distrito Federal (algo así como el zar del México bronco), «es posible que Calles haya estado influenciado por Obregón» al consentir esos hechos de violencia; de no mediar Obregón, quizá hubiese exiliado a los rebeldes. (Es un hecho que Serrano, antes de morir, pidió hablar con él.) En cambio no cabe duda del papel que jugó

Calles en la muerte de los hermanos Pro —uno de ellos sacerdote—, implicados en el atentado del ingeniero Segura Vilchis contra Obregón. El testimonio, inobjetable, es de Roberto Cruz:

«—Esos individuos son implacables en sus procedimientos. Ahora fue el general Obregón, mañana seré yo, después usted. Así es que dé las órdenes correspondientes y proceda a fusilarlos a todos.

»Otro silencio en el despacho presidencial. Largo, intenso. Nuevamente los ojos del general Calles en los míos, inquisitivos e imperantes al mismo tiempo.

»Le dije yo entonces, con todo el respeto debido, que si no le parecía más conveniente que los consignáramos a las autoridades judiciales, a un tribunal.

»—¡No! —respondió.

»Ahí quedó esa palabra, vibrante, única, momentáneamente absoluta.

»—Hay que cortar el mal a tiempo, general Cruz. Ejecútelos, y en cuanto esté cumplida la orden, venga a darme cuenta de ella».

«Qué carácter de hierro el de Calles», recordaba Cruz en 1961; «no había en el gobierno, no digamos alguien que se negara a obedecerlo o que sólo se enfrentara con él por una cuestión de principio, sino ni tan sólo uno que se resistiera a una de sus decisiones. Era absoluto y resolvía en todo definitivamente.»[65] A juicio de Martín Luis Guzmán, Calles «no era sanguinario en la medida en que no le gustaba matar, pero al mismo tiempo no le inquietaba y disponía con una indiferencia suprema de la vida de los demás».[66]

NOTAS

52. Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución mexicana* (México, 1964), pp.

23-24; Valadés, *Historia general…*, vol. VIII, pp. 15-25; R. Treviño, *Frente al ideal, mis memorias* (México, s.f.). p. 40.

53. «Lagarde M., Ernest, Chargé d'Affaires de la Républiquc Française, à Son Excellence M. Aristide Briand, 18 sept. 1926», Correspondencia Diplomática Francesa (París), Carpeta 105, p. 87

54. *Excélsior,* 4 feb. 1926 (México).

55. «Ambassador Sheffield file», n.° 812/404/578, Department State Records (DSR) (Washington).

56. Lagarde, Ernest, 18 sept. 1926, Correspondencia Diplomática Francesa (París), carpeta 105, pp. 54 y 87.

57. *El Universal,* 30 jul. 1926, 22/24 ago. 1926 (México); *Excélsior.* 22/24 ago. 1926 (México).

58. Legajo «Arzobispos», 21 ago. 1926, en APEC; «Morrow a Clark», 19 ago. 1928, en John J. Burke's Diary, DSR (Washington), 812/404/931/G/12.

59. Ibíd.*; Excélsior,* 2 jul. 1943 (México).

60. Monseñor Mora al obispo de Roma, 27 may. 1927, Archivo de la Compañía de Jesús; «Algo muy importante debe saberse», manuscrito (México, s.f.), Archivo Vita-México, Centro de Estudios sobre la Universidad, AHUNAM.

61. Entrevista con Martin Trischler (Havana, s.f.); Morrow a Robert E. Olds, 21 feb. 1928 (Havana), en Morrow Papers, Amherst College; Morrow a Clark, 19 oct. 1928, en John J. Burke's Diary, file n.° 812/404/931/G/12, en DSR.

62. *Excélsior,* 29 jun. 1929 (México).

63. *Diario de Debates de la Cámara de Diputados. XXXIII Legislatura,* 8 oct. 1928 (México), pp. 35-36; Ernest Gruening, *Mexico and its heritage* (Londres, 1928), pp. 372-375.

64. «Reports from reliable source indicate that General Angel Flores died of arsenic poisoning», 9 abr. 1926, microfilm n.° 812/00, 156, en DSR.

65. Julio Scherer, «Roberto Cruz en la época de la violencia», en *Excélsior,* jul. 1961 (México).

66. Ibíd.

La gran reforma política

Cualquier cosa podía suceder después del asesinato de Obregón, el 17 de julio de 1928; la más obvia, quizá, un golpe de Estado con el pretexto de una supuesta complicidad del régimen callista con el magnicida. Aunque la muerte de Obregón flotaba en el ambiente antes de ocurrir, la reacción pública ante ella fue de sorpresa, desconcierto y, por momentos, de histeria. El país no estaba más pacificado. En el occidente, los cristeros seguían su revolución. ¿Qué iría a ocurrir?

Calles conservó la cabeza fría. Nunca como entonces brillaron sus prendas específicas: la severidad, la reflexión, la entereza de carácter. Cada paso que dio, o que permitió, tuvo un toque de sabiduría. Por principio de cuentas dejó que fluyera el coraje de los obregonistas, esquivándolo en lo personal y derivándolo hacia dos presas naturales: Morones, el jerarca de la CROM, a quien muchos atribuían la factura intelectual y política del asesinato; y Toral, cuya investigación quedó en manos de los amigos de su víctima. Por otra parte, en el mismo mes de julio, Calles reunió a los 30 generales más connotados para solicitar su unidad y proponer que el presidente interino fuese un civil. Aunque ya desde entonces algunos divisionarios tramaban rebelarse, la celeridad con que actuó Calles y su ascendiente difirieron, cuando menos, el golpe.

«Alas y plomo»», decía Antonio Caso, son las prendas de todo hombre cabal. «Alas y plomo» caracterizaron a Calles en ese momento delicadísimo del país, porque además de maniobrar con autoridad y destreza, discurrió que era el momento adecuado para introducir una gran reforma política. Para presentarla a la nación, escogió su informe final del l.° de septiembre y lo revistió —en sus propias palabras—

de una particular gravedad y solemnidad.

Su discurso fluyó claro y contundente, con esa voz ronca que lo caracterizaba. Con Obregón se había ido el último caudillo: «No hay personalidad de indiscutible relieve, con el suficiente arraigo en la opinión pública y con la fuerza personal y política bastante para merecer por su solo nombre y su prestigio la confianza general». Era una desgracia, pero también, en cierta forma, una bendición.

«No necesito recordar cómo estorbaron los caudillos, no de modo deliberado quizás, a veces, pero sí de manera lógica y natural siempre, la aparición y la formación y el desarrollo de otros prestigios nacionales de fuerza, a los que pudiera ocurrir el país en sus crisis internas o exteriores, y cómo imposibilitaron o retrasaron, aun contra la voluntad propia de los caudillos, en ocasiones, pero siempre del mismo modo natural y lógico, el desarrollo pacífico evolutivo de México como país institucional, en el que los hombres no fueran, como no debemos ser, sino meros accidentes sin importancia real, al lado de la serenidad perpetua y augusta de las instituciones y las leyes.»[67]

El propio Calles no se ve a sí mismo como un caudillo, pero más adelante advierte que «habría podido —de no prohibírselo su conciencia— envolver en aspiración de utilidad pública una resolución de continuismo». No lo ha hecho y, «a riesgo de hacer inútilmente enfática esta declaración solemne», manifiesta: «Nunca, y por ninguna consideración y en ninguna circunstancia, volverá el actual presidente de la República mexicana a ocupar esa posición».

En esta condena absoluta del reeleccionismo —en el que se sella, en definitiva, el ideal maderista— Calles finca su nuevo proyecto: México tiene, de pronto, una «oportunidad quizás única en muchos años», oportunidad que

«debe permitirnos, va a permitirnos, orientar definitivamente la vida política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar de una vez por todas de la condición histórica del "país de un hombre" a la de "nación de instituciones y de leyes"».

La segunda parte del discurso, poco recordada por los historiadores, no es menos reveladora. Calles propone, con todas sus letras, la apertura política a las derechas; habla de invitar a «la reacción política y clerical» al Parlamento, para entablar allí «la lucha de ideas», sin la cual la familia revolucionaria corría el riesgo de perder vitalidad y degenerar en una lucha de facciones. La reacción podía significar una «tendencia moderadora». Su «presencia en las Cámaras», concluía Calles, «no ponía en peligro el predominio de una Revolución que había triunfado ya en las conciencias y que por eso mismo podía abrirse a una lucha de la cual la beneficiaria final sería la nación».[68]

La opinión pública quedó aún más sorprendida. Calles renunciaba al caudillaje y al hacerlo restaba toda legitimidad a cualquier otro intento de vindicarlo. Frank Tannenbaum expresó con claridad el mérito histórico de Calles:

«Supo utilizar ese momento de tensión, de porfía, para tender un puente entre la tradición del caudillaje y la democracia política. El momento tenía toda la tensión de la tragedia implícita, porque la lógica de la tradición política no admitía otra salida que la tiranía o la convulsión. Que no ocurriera ni una ni otra cosa constituye un positivo mérito de Calles, y debe reconocerse como el principio del cambio en la atmósfera política que, desde entonces, ha traído al país una paz relativa».

Su siguiente acierto paralelo fue el favorecer la elección de Emilio Portes Gil como presidente interino. Portes Gil,

abogado tamaulipeco, era un político joven pero experimentado, con base propia de poder (el Partido Socialista Fronterizo), con prestigio de hombre radical, sin ligas con el callismo, aunque tampoco obregonista puro. Hombre, en suma, inobjetable, que a los ojos del obregonismo —la fuerza política del momento— tenía una ventaja adicional: era enemigo acérrimo de Morones. Su periodo cubriría del 1.° de diciembre de 1928 al 5 de febrero de 1930.[69]

Una vez solucionado el problema del interinato y amortiguada la reacción al magnicidio, Calles puso alas a su gran proyecto institucional: la creación del Partido Nacional Revolucionario. Como presidente del comité organizador, desde fines de noviembre, lo secundaban, en este caso, el propio presidente Portes Gil, el «obrecallista» Luis L. León, los callistas Manuel Pérez Treviño y Melchor Ortega y el obregonista Aarón Sáenz, entre otros. En diciembre, a los pocos días de la toma de posesión, Morones rompe lanzas contra Portes Gil. En un teatro de la ciudad, Roberto «el Panzón» Soto presenta la obra *El desmoronamiento.* Calles no hace por censurarla ni mete las manos para evitar el desmoronamiento no teatral sino político de su antiguo aliado, que parecía no entender las nuevas reglas del juego. Desde ese instante hasta la llegada de Cárdenas al poder en 1934, el movimiento obrero pasaría por un vaivén de desintegración moronista-integración lombardista, ajustando sus cuentas internamente, casi sin ligas o influencias en la esfera del poder.

Muy pronto, Calles percibe que su sitio no está en el trabajo político directo sino en una especie de silla arbitral. El 8 de diciembre de 1928 deja la presidenta del comité organizador del PNR:

«Tal vez no sea yo el indicado para cumplir esa obra… para facilitarla debo retirarme absolutamente de la vida política y volver… a la condición del más obscuro ciudadano, que ya no intente ser, ni lo será nunca, factor político…».

Durante los tres meses que median entre la renuncia de Calles y la primera convención del Partido Nacional Revolucionario en Querétaro, donde se nominaría al candidato presidencial, el partido une fuerzas, se identifica con la nación, diseña estatutos centralistas y elabora una ideología no clasista y abierta en la que caben «la acción radicalista, la organización centralista y aun la evolución moderada». Para competir con el obregonista Aarón Sáenz, quien durante todo el trayecto piensa que tiene la victoria en la bolsa, Calles se saca de la manga a un «viejo revolucionario», el ingeniero michoacano Pascual Ortiz Rubio, a la sazón embajador de México en Brasil. Aunque Ortiz Rubio, coetáneo de Calles, había sido, en efecto, maderista, constitucionalista y constituyente, gobernador de Michoacán (1917) y secretario de Obras Públicas al principio del régimen de Obregón, había permanecido fuera del país por años largos y decisivos, y carecía de toda base política propia. Así y todo, la competencia se entabla en el seno del PNR y a última hora Calles la decide a favor de Ortiz Rubio.[70]

El obregonismo civil estaba casi vencido, pero el verdadero triunfador no era Ortiz Rubio sino el PNR, que por primera vez dirimía la sucesión. Con todo, los sucesos no iban a desarrollarse muy felizmente. En esos mismos días estalla la última rebelión de generales, encabezada por Gonzalo Escobar y a la que secundan, entre otros, los divisionarios Manzo, Topete, Aguirre, Cruz, Iturbe, Yocupicio, Fox, Urbalejo y Caraveo. El plan de la rebelión, Plan de Hermosillo, lo redacta un civil, Gilberto Valenzuela.

Para Calles es la primera prueba militar de trascendencia nacional sin la sombra protectora de Obregón. Portes Gil lo designa secretario de Guerra y Marina. Cuenta con los agraristas armados de Adalberto Tejeda en Veracruz y de Saturnino Cedillo en San Luis Potosí. Amaro, convaleciente de una herida accidental que le costaría un ojo, no participa, pero sí Almazán y Cárdenas. Calles tiene una ventaja adicional, fruto de su política externa: el apoyo absoluto del gobierno norteamericano, que embarga todo tipo de armamento para los rebeldes, se niega a recibir a sus enviados y vende al gobierno de Portes Gil millones de cartuchos, armas de todo tipo y hasta aviones, por un valor cercano a los quinientos mil dólares. Al cabo de unas semanas, las fuerzas federales sofocan la rebelión. El saldo para los rebeldes es desastroso: mil muertos, dos mil heridos, dos mil desertores y 47 generales muertos o depuestos. Para Calles y su proyecto de institucionalización supuso una victoria notable: no sólo triunfaba por la razón, sino además por la fuerza. En su mensaje del 1.° de septiembre de 1928 se había constituido en «fiador de la conducta notable y desinteresada del ejército» y había advertido a los generales contra el acto «inexcusable y criminal» de pretender el poder por medios distintos de «los que la Constitución señala». Al sobrevenir el acto «antipatriótico y desleal», contra el que había predicado, el fiador cobra su parte. Es, como nunca antes, el «hombre fuerte de México».[71]

En junio de 1929 Calles pronuncia otro discurso en el que, con todas sus letras también, se refiere al «fracaso político de la Revolución». A su juicio, la Revolución había triunfado ya en el ámbito económico y social, pero «en el campo meramente político, en el terreno democrático, en el respeto al voto, en la pureza de origen de personas o de grupos electivos, ha fracasado la Revolución».

Al partido, y no al Ejecutivo, le corresponde «reparar los errores que la Revolución haya cometido en materia política». Pero no sólo al partido: también a la oposición. La Revolución debería pasar a las Cámaras y abrirlas, como preveía su mensaje septembrino, a «la reacción», respetando, en particular, el voto y «todo triunfo legítimo de contrarios en política»:

«Sólo entonces, cuando el Partido Nacional Revolucionario se resuelva a no permitir que se escojan arbitrariamente o que se autoseñalen sus hombres, y busque en el pueblo mismo la real opinión revolucionaria que respalde a elementos de fuerza popular, y cuando ese Partido Revolucionario no sólo no acepte servir como medio o vehículo de imposición, sino luche y proteste contra las oposiciones de las camarillas dentro de su seno, y cuando por esta conducta la conciencia revolucionaria del país esté también satisfecha en el terreno político, como lo está ahora en el campo de la reforma social, sólo entonces podremos decir que hemos hecho triunfar integralmente, en las conciencias de la familia revolucionaria, a la Revolución mexicana».[72]

El único candidato de la oposición era José Vasconcelos, que ya entonces desplegaba por todo el país una de las más notables y generosas campañas democráticas de la historia mexicana. Con sus «batallones» de estudiantes universitarios y con la simpatía de las clases medias, los intelectuales y aun los obreros del noreste del país, Vasconcelos intentaba volver a las raíces maderistas de la Revolución y abrir el paso a una democracia pura. En su discurso de 1928, Calles había invitado a la oposición a la lucha de ideas en el Parlamento, pero también había insinuado que el poder seguiría siendo de la Revolución. Manuel Gómez Morin, aquel joven que había participado en la reconstrucción económica de Calles y lo

conocía de cerca, entendió que se abría la oportunidad de fundar un partido alternativo al PNR que, desde el inicio, entablara con él la «lucha de ideas». La avenida política que abría Calles no conducía al poder sino a una competencia —desigual, pero competencia al fin— con el poder. El 3 de noviembre de 1928, días antes de que Vasconcelos iniciase su campaña, Gómez Morin le escribe:

«No creo en grupos de carácter académico; pero tampoco creo en clubes de suicidas. Y no porque niegue la eficiencia del acto heroico de un hombre que se sacrifica por una idea, sino porque creo que el sacrificio que realizaría un grupo o un hombre, por definición selectos, metidos precipitadamente a la política electoral y sacrificados en ella, no sería el sacrificio por una idea, sino el sacrificio de la posibilidad misma de que la idea se realice en algún tiempo.

»Cierto que públicamente y del modo más oficial posible se ha hecho un llamado ahora para iniciar una nueva vida democrática, legal, luminosa y todo lo demás. Pero ese llamado no es la cosa misma y todavía pasará algún tiempo antes de que esa cosa se convierta en realidad. Justamente, para que esa realidad llegue, será necesario que la buena intención o la sinceridad del llamado se apoyen en organizaciones selectas, capaces de adquirir o de desarrollar fuerza bastante para imponer los nuevos principios en un medio que está absolutamente corrompido. Y si el llamado hecho no es sincero ni de buena fe, con más razón se necesita para hacer una vida democrática en México la organización durable y el trabajo permanente de grupos que pueden adquirir fuerza bastante para imponerse al medio corrompido y a la deslealtad del llamado mismo.

»En los dos casos, pues, es indispensable, sobre todas las cosas, que se procure la formación de grupos políticos bien

orientados y capaces de perdurar».[73]

Para desgracia de su vida política y la del país —aunque para fortuna de la literatura mexicana—, Vasconcelos desoyó a Gómez Morin. En su campaña apostaría el todo por el todo. Su temperamento y hasta cierto misticismo —oaxaqueño al fin— lo apartaban de las soluciones fragmentarias. Gómez Morin esperaría diez años para fundar una organización política que, de haber nacido en 1929 y bajo el caudillaje moral de Vasconcelos, hubiese sido distinta de la que finalmente fue.

A mediados de 1929, Calles declara creer que «el porvenir de México está garantizado» y se va por casi cinco meses a Europa. Mientras tanto, en el preciso instante en que los cristeros iban a vincularse con el vasconcelismo, Portes Gil firma arreglos con la Iglesia que ponen fin a la guerra. (Roberto Cruz resumiría los arreglos con humor: «Que violen la Constitución, pero poquito. Y que nosotros nos hagamos tontos, poquito también…».)[74] La autonomía universitaria, el incremento del reparto agrario, la instalación de la comisión obrero-patronal que comenzaría a redactar —por fin— la Ley Federal del Trabajo, fueron otros importantes campanazos del presidente interino.

La lucha política se concentraba en las campañas de Ortiz Rubio y Vasconcelos. En ellas el PNR hizo sus pinitos en tecnología electoral, ciencia en la que a partir de allí se ha especializado. Por un lado expande a todo el país su maquinaria, ya desde entonces ligada al gobierno; por el otro, deja caer sobre los vasconcelistas los primeros golpes represivos: *El Nacional Revolucionario*, órgano del partido, proclama que «no se gobierna un país con enseñanza literaria … el PNR no distribuye *La Ilíada* … sino treinta y cinco millones de hectáreas»; llovieron insultos contra «el pedante»

Vasconcelos y «los intelectuales, homosexuales, burgueses, estudiantes, feministas y fanáticos» que lo acompañaban. Pronto los hechos reemplazaron a las palabras: boicots, disolución de mítines por la fuerza, atentados y, finalmente, asesinatos. El joven vasconcelista Germán del Campo murió acribillado en la calle, y meses después de las elecciones, en marzo de 1930, tuvo lugar la sangrienta matanza de vasconcelistas en Topilejo.[75] En noviembre de 1929 Pascual Ortiz Rubio había sido declarado triunfador en unas elecciones que, de haber sido limpias, con toda probabilidad hubiese perdido. Por su parte, Vasconcelos, decepcionado de un pueblo que no había defendido su voto como en 1910 y convencido de que su derrota se debía a la alianza antinacional del «Procónsul» Morrow y «la Plutarca» Calles, salió al más largo, doloroso y fructífero de sus exilios.

Despejado el campo electoral, quedaba el botín político de las Cámaras y, a partir de él, de todas las ramificaciones del poder. Desde mayo de 1929, dos campos se deslindaban claramente: los «blancos», partidarios de Ortiz Rubio, y los «rojos», de Portes Gil. Entre los primeros estaban Fernando Medrano, Ignacio de la Mora y Arturo Campillo Seyde. Entre los segundos había desde gente de macabra celebridad, como Gonzalo N. Santos, hasta callistas puros, como Melchor Ortega. Aunque no faltaron todas las variedades de la violencia física o política, comparada con el palenque parlamentario de 1920 a 1928, la nueva efervescencia era ordenada. No había varias tendencias centrífugas, sino sólo dos: la roja y la blanca. Pero la gran novedad era que sobre ellas existía un instituto político con vida y autoridad propias que difería con su sola existencia todo rompimiento y tiraba de las riendas si los ánimos se desbocaban. Y no menos novedoso era que sobre ese instituto y sus mediadores (Luis L. León, Manlio Fabio Altamirano, Manuel Pérez Treviño)

imperaba un árbitro supremo: Calles. De pronto, en unos meses, la política mexicana había construido un andamiaje de instancias.

En diciembre de 1929, después de mil maromas, albazos y negociaciones, los blancos ortizrubistas ganaban electoralmente el primer *round*, que debía darles mayoría en la Comisión Permanente de la Cámara y en la Comisión Instaladora del Congreso que sesionaría del l.° de enero al 31 de agosto de 1930.[76] Pero entonces llega Calles. *El Nacional Revolucionario* lo recibe con estas palabras:

«El general Calles es ahora el centro de la mirada de todos los partidos, es el apoyo más serio del nuevo presidente, es la cohesión de todos los grupos revolucionarios, es, en una palabra, la garantía de que la Revolución no será dividida en muchas piezas y no será presa fácil de los enemigos de ella… Calles está en un lugar en que puede salvar a la Revolución amenazada de dividirse, en que puede señalar orientaciones firmes, en que puede contener el desorden y prevenir la anarquía».

Calles calibra la situación e inclina la balanza hacia el lado de los perdedores. El PNR utiliza contra los blancos un arma mortal: la expulsión. Cuando el 5 de febrero de 1930 Ortiz Rubio toma posesión de la presidencia, todo el mundo entiende que el bloque dominante en el Congreso será rojo, que los bloques no desaparecerán pero se someterán para siempre, estatutariamente, al Comité Ejecutivo Nacional del PNR y que éste, a su vez, acatará las órdenes o las «orientaciones» de Calles. El editorialista del PNR describía la situación tal como era: «La Revolución ha sentido instintivamente la necesidad de escogerlo como su jefe, mientras cuajan las instituciones todavía tiernas de la época constructiva de la Revolución».

En el instante en que aborda su automóvil para salir del Estadio, donde ha prestado juramento, el presidente Ortiz Rubio sufre un atentado. Este anticlímax inicial sería presagio de su régimen. Toda clase de chistes circularían sobre la debilidad del hombre a quien se apodaba «el Nopalito» (por ser, supuestamente, un baboso). Desde la casa de la colonia Anzures, donde vivía el «oscuro ciudadano» Calles, se veía el Castillo de Chapultepec y la gente comenzó a maliciar. «Allí vive el presidente, pero el que manda vive enfrente.» Esta vez la conseja popular era injusta: el que mandaba vivía enfrente, pero Ortiz Rubio no se dejaría mandar. No fue «un pelele». Según Tzvi Medin —autor de *El minimato presidencial*, excelente historia política del maximato—, el esquema del maximato establecía un doble tren de mando. Por un lado, político: Jefe Máximo - PNR - bloques en la Cámara - presidente; por el otro, administrativo: Jefe Máximo - gabinete - presidente. Ortiz Rubio no discutía la preeminencia del Jefe Máximo, pero en ambos trenes intentaría —sin éxito— colocar a la institución presidencial en el sitio inmediato posterior a Calles.

En el primer caso su pelea duró seis meses. Por indicación suya, Basilio Vadillo ocupa la presidencia del PNR. Meses después lo sustituye Portes Gil, que de abril a octubre ve subir su estrella política. La pugna entre blancos y rojos, constante en todo el periodo, parece resuelta definitivamente a favor de los rojos. En ese instante el oráculo vuelve a hablar, pide la unión y «quema» a Portes Gil bloqueándole la llegada a la gubernatura de Tamaulipas y enviándolo de embajador a Francia. Dos días después de la renuncia de Portes Gil, el 10 de octubre de 1930, el gobernador de Michoacán, Lázaro Cárdenas, el joven lugarteniente de Calles en Agua Prieta a quien tanto quería el Jefe Máximo, le escribe a éste:

«…la agitación política del momento convencerá a usted de

lo indispensable que es aún su intervención y la inconveniencia de su alejamiento del país, porque no está aún cuajada otra personalidad que tenga ascendiente sobre políticos y militares. Los enemigos de la Revolución y otros malos elementos hacen labor de zapa y sólo usted puede serenar la situación y evitar un nuevo desastre en el país. Afortunadamente está usted en condiciones de imponer el orden y hacer que todos nos dediquemos a desarrollar una labor constructiva agrupándonos con usted alrededor del señor presidente de la República para fortalecer su investidura y hacer triunfar de la intriga la obra de la Revolución, obra de usted puesta en manos del Primer Magistrado de la nación».[77]

Cárdenas permanece al mando del PNR hasta agosto de 1931. Como Almazán y Amaro, ministros del gabinete de Ortiz Rubio, se propone modificar en un término la fórmula del maximato, fortaleciendo al presidente sobre los políticos profesionales del PNR (Pérez Treviño, Santos, Carlos Riva Palacio, etc.) y las Cámaras, pero la correlación general de fuerzas y la inestabilidad en el otro tren de mando se lo impiden. En agosto de 1931 Cárdenas sale a ocupar la Secretaría de Gobernación, y Manuel Pérez Treviño la presidencia del PNR. El ciclo se completaba: de Vadillo (propuesto por Ortiz Rubio) a Pérez Treviño (brazo incondicional de Calles). El PNR quedaba firmemente en manos del Jefe Máximo. El presidente perdía su primera pelea.

Aunque Ortiz Rubio llevaría a cabo varias obras importantes (la Ley Federal del Trabajo, la Doctrina Estrada, por ejemplo, y, como dato curioso, el Zoológico de Chapultepec), su valiente resistencia a plegarse al segundo tren de mando (Jefe Máximo — gabinete — presidente) absorbió mucho de su tiempo. Desde un principio había

cedido a la imposición callista varias carteras, sobre todo la de Portes Gil en Gobernación. En sus *Memorias*, Ortiz Rubio explica las circunstancias:

«…tenía que proceder de acuerdo con Calles, *de facto* dueño de la situación, como he explicado antes, o me resolvía a romper con él abiertamente, entrando en una lucha cuyas graves consecuencias finales no eran fáciles de prever. Comprendo que los dos caminos eran malos, pero el que menos provocaría agitaciones armadas, tan perjudiciales para el país, era el primero, y me decidí a seguirlo…».[78]

Pero una cosa era seguirlo y otra, muy distinta, permitir que Calles gobernara a sus anchas al gabinete. La fiesta se desarrolló en cierta paz por algún tiempo. Aunque Ortiz Rubio se deshizo del callista Carlos Riva Palacio, Calles se cobró con el mayor de todos los ortizrubistas: Hernández Cházaro. El panorama mejoró con la salida de Portes Gil del PNR y la presencia conciliadora de Cárdenas. Con todo, en el transcurso de 1931 Calles empezó a temer, quizá con fundamento, una posible alianza entre Ortiz Rubio y Amaro, y decidió impedirla. Su maniobra fue punto menos que maquiavélica: amagar con una crisis en el PNR «por las inconsecuencias del presidente», y provocar una renuncia masiva en el gabinete que acarrease la de Amaro. A los pocos días renuncian los generales Almazán (regresa a Nuevo León), Cárdenas (va de nuevo a Michoacán), Cedillo (vuelve a San Luis Potosí), Amaro (se refugia desde entonces en el Colegio Militar) y tras ellos, meses después, Aarón Sáenz, Genaro Estrada y Luis Montes de Oca.

Ortiz Rubio —son sus propias palabras— «había dejado al general Calles la total responsabilidad de sus actos y lo facultaba para que procediera en la forma que lo considerase conveniente». ¿Había triunfado Calles? Medin da la respuesta:

«En la crisis de octubre de 1931 quedó de manifiesto que el Jefe Máximo había triunfado, pero que el mecanismo político del maximato había fracasado. Las constantes crisis, y la necesidad de prescindir de los cauces del mecanismo político del maximato e imponer directamente la presencia del mismo Jefe Máximo en el gabinete a cargo de la Secretaría de Guerra y Marina, fueron prueba patente de que el maximato, en tanto intento por dar respuesta a la necesidad de formalizar un mecanismo político, había fracasado a pesar de que el Jefe Máximo había triunfado».

Sin espacio de maniobra, el 2 de septiembre Ortiz Rubio renuncia: «Salgo con las manos limpias de sangre y dinero, y prefiero irme y no quedarme aquí sostenido por las bayonetas del ejército mexicano».

Es natural que en sus *Memorias* Ortiz Rubio se refiriese con amargura a la «dictadura poco disimulada» de Calles. Pero por debajo de la inestable y, en apariencia, caótica superficie de la política, el país había avanzado hacia la vida institucional. La no reelección se había establecido en forma definitiva, y aunque «vivía enfrente» el que mandaba, no lo hacía de modo directo, como tirano. Ni siquiera como dictador «a la Porfirio Díaz». Gobernaba en un marco de gran tolerancia ideológica, a través de una no tan «tierna» institución, el PNR, que en menos de cuatro años de vida había logrado su consolidación y su predominio sobre la vida parlamentaria, electoral y, en general, política del país. No era la democracia, pero estaba menos alejada de ella que todos los regímenes anteriores desde el de Porfirio Díaz, con excepción del de Madero; y con la ventaja sobre éste de una estabilidad a prueba de cañonazos, reales o de cincuenta mil pesos.

Según Rafael Segovia —uno de los principales estudiosos de este periodo—, el PNR cumplió ante todo con la máxima de

Bertrand de Jouvenel: «Las revoluciones o sirven para centralizar y concentrar el poder, o no sirven para nada». Por su parte, don Daniel Cosío Villegas —crítico severo de la política mexicana— sostenía que las tres «importantisímas funciones» del PNR en 1929 habían sido las de «contener el desgajamiento del grupo revolucionario» (cosa que no habían logrado los liberales en 1867, los constitucionalistas en 1914 ni los propios sonorenses en 1923), «instaurar un sistema civilizado de dirimir las luchas por el poder y dar alcance nacional a la acción politicoadministrativa para lograr las metas de la Revolución mexicana». Su conclusión era sencilla y definitiva: «La creación de un partido político nacional, revolucionario y aun "oficial" o semioficial, correspondió a genuinas y grandes necesidades generales».[79]

La institución aglutinadora estaba allí para quedarse. Ahora sólo hacía falta que *cuajase* —como le decía Cárdenas a Calles en octubre de 1930— una «personalidad que tenga ascendiente sobre políticos y militares», un presidente que removiese civilizadamente al Jefe Máximo de sus dos trenes de mando (Jefe Máximo - PNR - Cámaras presidente, y Jefe Máximo - gabinete - presidente), para colocarse en su lugar. Pero Calles no iba a regalar graciosamente su jefatura. En la esencia política de su idea estaba el precio, contenido en una sola palabra: legitimidad.

NOTAS

67. *El Universal,* 19 jul. 1928 (México); Jean Meyer, *La Cristiada,* 3 vols. (México, 1971), vol. II, pp. 144-150; Discurso del 1 de septiembre de 1928 en Legajo «Discursos varios», y Legajo «Calles, Informes de gobierno», en APEC.

68. Ibíd.

69. Portes Gil, pp. 61-62; *El Universal,* 21 ago. 1928, 5 sept. 1928, 7 sept. 1928 (México).

70. *Excélsior,* 2 dic. 1928 y 4 ene. 1929 (México); Portes Gil, pp. 228, 230; *Diario de Debates…,* sept. 1928; José C. Valadés, «A Sáenz se lo llevaron al baño», en *Todo.* 9

dic. 1937 (México); *El Universal,* 14 oct. 1928 (México); Pani, vol. II, p. 111.

71. *Boletín del Archivo General de la Nación de México* (México, 1979), pp. 73-76.

72. Ibíd.

73. Gómez Morín a Vasconcelos, 2 ene., 3 nov. 1925, 10 jun., 8 oct. 1926, 16 oct., 3 nov. 1928, en AMGM.

74. Meyer, *La Cristiada…,* vol. II, pp. 339-340.

75. José Vasconce1os, *El proconsulado* (México, 1939), pp. 173, 178, 184, 187, 188, 279; John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de* 1929 (México, 1970), pp. 116-130.

76. Pascual Ortiz Rubio, *Memorias* (Morelia, 1981), pp. 209-211.

77. Cárdenas a Calles, 10 oct. 1930, en Legajo «Cárdenas», APEC.

78. Pascual Ortiz Rubio, *Memorias* (Morelia, 1981), pp. 215 y ss.

79. Danie1 Cosío Villegas, *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio* (México, 1974), pp. 35-50.

Mientras cuajaba el futuro, Jorge Cuesta —el ensayista político más lúcido de los años treinta— escribía: «Calles no está ya en el poder, pero el poder sigue estando en Calles». El nuevo presidente no fue un presidente sino un administrador. Subalterno de Plutarco Elías Calles en aquellos tiempos revolucionarios de Sonora, y, al igual que Calles, oriundo de Guaymas, Abelardo Rodríguez había hecho breve carrera militar hasta que la suerte le deparó una lotería: la segunda zona militar en Baja California Norte. Aprovechando la era de la prohibición en Estados Unidos, Abelardo había amasado una buena fortuna. En octubre de 1931, Calles, secretario de Guerra, lo llama para nombrarlo subsecretario. Al renunciar Ortiz Rubio, Abelardo ocupa la presidencia interina.

En su *Autobiografía*, Abelardo Rodríguez explica el sentido de su desempeño:

«Insisto en que nunca fui político y en que si acepté el cargo de presidente sustituto de la República fue porque tenía la seguridad de nivelar el presupuesto y poner en orden la administración del gobierno. Para lograrlo, me propuse permanecer al margen de la dirección política, dejando esa actividad en manos de políticos».

Su gestión probó ambas cosas: era buen administrador y dejaba «la política en manos de los políticos». A veces esta división del trabajo imponía un precio a la dignidad personal y presidencial, pero Rodríguez estuvo casi siempre dispuesto a pagarlo.[80]

En el periodo de Abelardo Rodríguez hubo varios hechos importantes: la creación del Departamento Autónomo de Trabajo, la promulgación del salario mínimo federal, la fundación de Nacional Financiera, la compañía Petromex (antecedente de Pemex), el Banco Nacional Hipotecario y de

Obras Públicas, etc. En el ámbito político hubo algunos movimientos de gabinete pero ninguno que condujese ni por asomo a una Crisis. El secreto, claro, era la falta de tensión entre el Jefe Máximo y el presidente. Una de las tácticas más socorridas de Calles o, mejor dicho, una de las expresiones del maximato fue la distancia física que solía tomar respecto del Poder… para resaltar su poder. No sólo viajó en dos ocasiones, por largos periodos, a Europa; además se retiraba por temporadas a sus diversas fincas y negocios. A Soledad de la Mota y al ingenio azucarero de El Mante ya no iba tanto; desde su segundo matrimonio, en 1930, con Leonor Llorente, su lugar preferido era la quinta Las Palomas, en Cuernavaca. Pero no abandonaba su rancho Santa Bárbara, donde tenía un gran establo, una espléndida granja avícola y una escuela, fundada por él, a la que acudía un estudiante por cada estado de la República. Si lo que necesitaba era distancia, había dónde escoger: El Sauzal, rancho que pertenecía a Abelardo Rodríguez, o El Tambor, junto al mar, propiedad de su hija Alicia. Cuando buscaba aguas medicinales, su lugar favorito era Tehuacán.

Entre 1930 y 1935, los políticos mexicanos de relieve practicaron dos deportes: la caminata a las fincas del Jefe Máximo para pedir su «orientación y consejo», y el golf, al que el general Calles se había aficionado en Cuernavaca.

Desde aquellos retiros Calles movía las piezas del tablero nacional. Calles tiene voz y voto en todos los ámbitos del gobierno. «Si examinamos los sucesos políticos desde que Calles abandona la presidencia», escribía por entonces Cuesta, «vemos aparecer a Calles frecuentemente al frente de tal organismo administrativo, de tal programa económico, o de tal manifestación política del país; a cada paso [Calles] reclama su autoridad». Así ocurría, de hecho, desde 1929. En el periodo de Portes Gil, Calles había sido presidente de la

Junta Reorganizadora de los Ferrocarriles Nacionales. Allí había propuesto y llevado a cabo medidas tan severas como la baja de sueldos y el despido de diez mil obreros. En julio de 1931 Calles persuade a Ortiz Rubio de nombrar a Calles director del Banco de México; en su brevísima gestión, Calles da curso a la promulgación de tres reformas bancarias que incluyen una nueva Ley General de Instituciones de Crédito, mediante la cual el Banco de México se convierte, por primera vez, en un verdadero banco central.[81] De septiembre de 1933 a enero de 1934 ocupa por última ocasión un ministerio: el de Hacienda.

Pero más importantes que sus gestiones fueron sus opiniones sobre los grandes problemas nacionales. Acerca del movimiento obrero no tuvo que externar muchas. Mientras se completaba el desmoronamiento de Morones y la CROM, y se afianzaba la Confederación General de Obreros y Campesinos Mexicanos (fundada en octubre de 1933, y del líder marxista que sucedería a Morones en popularidad e influencia, Vicente Lombardo Toledano), el movimiento obrero había perdido peso político. Quizá por eso, en aquel periodo Calles se limitó a emitir algunas críticas, como la de julio de 1933 a los ferrocarrileros, que —a su juicio— no entendían los problemas de la empresa. Cuando en 1934, con vistas a la sucesión presidencial, la presión sindical y obrera aumenta de modo acelerado, Calles reprueba lo que llama «la agitación». Sus condenas tienen sin cuidado al nuevo liderazgo obrero. Calles gobierna el aparato político, pero descuida a los cuadros sindicales, y más todavía a sus bases. Se lo cobrarían muy pronto y muy caro.

Sobre el problema de la tierra tuvo varias intervenciones decisivas. De su segundo viaje a Europa, a fines de 1929, regresa con la convicción de que en la política agraria nacida

del artículo 27 hay serios inconvenientes. En marzo critica el reparto «que tanto mal está causando a la economía nacional». En junio de 1933, luego de un tercer viaje a Europa, se convence de que el ejido lleva al país a la ruina. En su opinión había que acabar con el reparto ejidal y buscar no sólo la certidumbre jurídica en el campo, sino la eventual promoción del ejidatario a ranchero.

Las opiniones de Calles son órdenes… pero no siempre. En su momento, Ortiz Rubio había detenido, en efecto, el reparto en varios estados, y algunos lo dan por terminado; sin embargo, las demandas campesinas y la presión agrarista —de los líderes y de sus bases— no desaparecen por ensalmo, ni siquiera del Jefe Máximo. Según datos fidedignos de Lorenzo Meyer, para 1934 la reforma agraria había beneficiado, con la entrega de once millones de hectáreas, a la cuarta parte de la fuerza de trabajo campesina —un millón de personas—; pero fuera del estado de Morelos, la hacienda, que legalmente había desaparecido a raíz de la Constitución de 1917, permanecía prácticamente intacta. En 1930, el 78 por ciento de la superficie agrícola privada correspondía a cerca de tres mil quinientas explotaciones mayores de 4.000 hectáreas, es decir, a las haciendas. Tres años más tarde, a pesar de sus propias convicciones y las de Calles sobre el problema, Abelardo Rodríguez siente la presión política e intensifica la entrega. Aunque el agrarismo radical de Adalberto Tejeda decae, el agrarismo moderado cuenta con muchos adeptos dentro del régimen o en sus márgenes: sobre todo con Lázaro Cárdenas. Por más que «el pie veterano» insistió —con Calles — en el fracaso económico, la improductividad, la sangría presupuestal, el paternalismo y otros inconvenientes del reparto ejidal, el problema existía. Y también existían las haciendas para resolverlo.

Sobre el progreso político, Calles siguió lanzando ideas e

impulsando reformas. Después de la renuncia de Ortiz Rubio pensó, con acierto, que la política de «carro completo» (ganar a como dé lugar todas las elecciones) había enrarecido la atmósfera e impedía la promoción de jóvenes políticos: «Falta material humano», dijo; y, contra la opinión de quienes viajaban en el carro, introdujo en marzo de 1933 la «no reelección» en la vida parlamentaria nacional. Un año después el PNR había extendido alrededor de un millón trescientas mil credenciales.

Además de beber más de la cuenta y jugar fanáticamente póquer hasta el amanecer, Calles mueve piezas en todos los tableros políticos. Las relaciones con Estados Unidos no le quitan el sueño: entre 1928 y 1934 cosecha los frutos de su acuerdo con Morrow. El problema petrolero persiste, ahora bajo la forma de una baja de producción, pero no provoca una crisis diplomática ni remotamente cercana a la de 1927. Pese a que hay graves problemas de desempleo debido a la repatriación masiva de mexicanos, a raíz del *crack* del 29, la presión social no adopta formas violentas.

Entre 1924 y 1928 la política social había sido elemento central de su gobierno. Durante el maximato, Calles se involucra poco en ello. Su obsesión es la reforma política. Por lo demás, a sus cincuenta y siete años de edad, se siente agotado. Sus achaques de hígado y columna lo ponen en cama por largos días. En noviembre de 1932, su segunda esposa había muerto de un penoso cáncer, dejándole dos hijos y la melancólica certeza de que su vida no volvería a ser completa. Así, en plena gloria, se abría paso en él la idea de una hora cumplida: la suya y la de la Revolución. Simbólicamente, se crea entonces una comisión que recabaría fondos para convertir la inacabada estructura del viejo palacio legislativo de don Porfirio en el Monumento a la Revolución.[82]

Un frente interno permanece abierto en Calles: la cuestión religiosa. Por esos días estrechó sus ligas con el más fanático de los antifanáticos: el gobernador de Tabasco, Tomás Garrido Canabal, quien solía saludar a sus guardias con las palabras «Dios no existe». No podía forzar de nueva cuenta la inscripción de sacerdotes o el cumplimiento riguroso del artículo 130, pero quedaba el artículo 3.°, relativo a la educación. Otros proyectos habían avanzado hacia su reforma en un sentido distinto al que imaginaba Calles. Desde principios de 1931, por ejemplo, un sector de la izquierda sindical, representado por Lombardo Toledano y varios grupos académicos y oficiales, proponían la adopción de una «educación socialista». El 20 de julio de 1934, en la piadosa capital de Jalisco, da su famoso «Grito de Guadalajara»:

«La Revolución no ha terminado … Es necesario que entremos en un nuevo periodo, que yo llamaría periodo revolucionario psicológico: debemos entrar y apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud, porque son y deben pertenecer a la Revolución … porque el niño y el joven pertenecen a la comunidad… [y la Revolución debe] desterrar los prejuicios y formar la nueva alma nacional».[83]

Surgía, de nuevo, su voz interior de maestro que intentaba, por última vez, la reforma desde el origen: desde el alma nacional, desde la psicología, desde los niños.

De inmediato lo secundan los gobernadores jacobinos y los partidarios de la reforma socialista al artículo 3.°. Finalmente en octubre de 1934, días antes de la toma de posesión del nuevo presidente, Lázaro Cárdenas, se reforma el artículo 3.°:

«La educación que imparta el Estado será socialista y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará

sus enseñanzas y actividades en forma que permitan crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social».[84]

La nueva redacción contenía un leve tinte de *laicismo callista* pero, contradictoriamente, su carga mayor era dogmática y religiosa. Se trataba, decía Cuesta, de encomendar a la escuela una misión que corresponda en forma íntegra a la ley.[85]

Si Calles buscaba incitar nuevamente al clero, lo consiguió. Un dignatario eclesiástico criticó el intento «bolchevique» de penetrar en «el santuario de la conciencia». Y entre los campesinos de occidente, las declaraciones desatan una contienda, mucho más grave para el gobierno: la segunda Cristiada.

En cuanto al aspecto propiamente educacional de la reforma al artículo 3.°, ¿estaba Calles de acuerdo con ella, con su formulación, con su objetivo de ganar «las conciencias» de la niñez para el socialismo? Según Cuesta, que veía en Calles la encarnación de la Revolución mexicana, la nueva redacción no sólo no coincidía con el pensamiento de Calles sino que lo contradecía:

«…lo que se pretende es que, con el laicismo, desaparezca el objeto natural de la escuela para convertirla otra vez en culto de lo sobrenatural a la sombra de un socialismo astral y tenebroso; y que "el socialismo de la Revolución mexicana" consiste exactamente en un deseo de que los revolucionarios mexicanos no se priven de las prácticas y las creencias religiosas; pero es absolutamente seguro que no podrá buscarse un apoyo en el pensamiento del general Calles para este socialismo tan extraordinario».

Por la misma razón, Cuesta pensaba que el Plan Sexenal, ideado en principio por Calles pero modificado en un sentido

socialista por una nueva generación de ideólogos radicales, era un «Plan contra Calles»: un intento de sustituir una vida revolucionaria «liberadora de la realidad» por una camisa de fuerza ideológica, por un ideal burocrático. A juicio de Cuesta, el Plan oponía una serie de nuevos dogmas al significado práctico de la Revolución: «La Revolución no es un conjunto de creencias individuales, no es un canon eclesiástico, no es una doctrina infalible y sagrada, sino la experiencia revolucionaria de la sociedad como libre y radicalmente se produce en su seno».

Las reflexiones de Cuesta tocaban el meollo del conflicto histórico que, muy pronto, retiraría a Calles de la vida nacional. En el ámbito obrero, agrario, intelectual y dentro del propio gobierno, se abría paso una nueva actitud ante la política, cuyo rasgo más notorio era justamente el dogmatismo socialista al que se había referido Cuesta. No era sólo una tendencia mexicana, sino un signo de la época. Después de la Depresión de 1929 y el ascenso de Hitler al poder, Occidente buscaba nuevas creencias que explicasen y justificasen la crisis del capitalismo y fueran, al mismo tiempo, un bastión contra el nazismo. El socialismo y muchas veces el comunismo colmaron el hambre de fe en el advenimiento de una sociedad sin clases.

«Dentro de los gobiernos de la Revolución», escribía en octubre de 1933 Lombardo Toledano, «ha habido y hay hombres que creen en que la Revolución no se ha hecho todavía y en que debe hacerse.» Calles tenía un concepto distinto de la Revolución. Convenía en que sus fines de mejoramiento social y económico, político y moral, estaban lejos de haberse colmado, pero dudaba de las recetas ideológicas. A pesar de su radicalismo, Calles era un reformista severo y violento, no un revolucionario en el sentido marxista del término. Para él la política era riesgo,

vicisitud, contingencia y, por lo tanto, responsabilidad. La política pertenecía más al reino del carácter que al de las ideas. Y más al de las ideas que al de las ideologías. Los nuevos hombres que tocaban a la puerta del poder no pensaban así: eran nuevos clérigos del socialismo.

NOTAS

80. Abelardo Rodríguez, *Autobiografía* (México, 1962), pp. 145-146; Tzvi Medin, *El minimato presidencial, historia política del maximato (1928-1935)* (México, 1982), p. 184.

81. Rodríguez, pp. 159-160; Francisco Javier Gaxiola, *El presidente Rodríguez (1932-1934)* (México, 1938), pp. 115 y 121; Lorenzo Meyer, «Inicios de la institucionalización. La política del maximato», en *Historia de la Revolución…,* vol. V, n.º 12, p. 168.

82. Lorenzo Meyer, p. 167.

83. Ibíd., p. 178.

84. Victoria Lerner, «La educación socialista», en *Historia de la Revolución…,* vol. VI, n.º 17, p. 58-60.

85. Jorge Cuesta, «El comunismo en la escuela primaria», en *El Universal,* 29 sept. 1933 (México).

El suave parricidio

El ambiente electoral comenzó a alborotarse a principios de 1933. Siguiendo el efectivo método de 1929, Calles dejó que la lucha se polarizara en dos bandos: el de los «cardenistas» y el de los «pereztreviñistas». A mediados de 1933 los contendientes dejan sus puestos: Cárdenas, la Secretaría de Guerra; Pérez Treviño, la presidencia del PNR. Al primero lo apoyan nutridos grupos en las Cámaras y la recientemente creada Confederación Campesina Mexicana. Al segundo, la vieja guardia callista. A siete largos meses de la convención del PNR en Querétaro, parecía que la contienda depararía muchas sorpresas. De pronto, el 7 de junio, el oráculo Calles habló en favor de Cárdenas. Pérez Treviño no tuvo más remedio que retirar su candidatura.

¿Cómo explicar la decisión de Calles? Con Pérez Treviño hubiese asegurado, de antemano, el maximato institucional. ¿Por qué esquivó esa vía? Los historiadores han aportado todo tipo de explicaciones, desde la puramente personal, que atribuye la decisión a la influencia de Rodolfo Elías Calles sobre su padre, hasta la puramente impersonal, en la que el «ascenso de las masas» tuerce el brazo del Jefe Máximo. La realidad participó de ambas. En la decisión de Calles debió de contar tanto su antiguo vínculo, casi paternal, con Cárdenas, al que consideraba «su hechura», como el reconocimiento de los grupos sociales y políticos —sobre todo los del agrarismo moderado— que Cárdenas representaba. Pero quizá incidió también un factor más digno que la conseja familiar o el cálculo de poder: la responsabilidad. Aunque Calles sabía que Cárdenas podía no serie incondicional, sabía también que era el más «cuajado» del elenco revolucionario. A pesar de su juventud —en 1933 contaba apenas treinta y siete años—, Cárdenas tenía en su haber una larga carrera militar contra

las fuerzas de Zapata, Villa, Peláez, los yaquis, Carranza y De la Huerta. Tenía, además, una respetable carrera política: gobernador de Michoacán, presidente del PNR, secretario de Gobernación y secretario de Guerra y Marina. Es imposible que «el Viejo» (Calles) pasara por alto su actitud de moderada independencia durante el gobierno de Ortiz Rubio; y sin embargo, a sabiendas de los riesgos, optó por una sucesión dinámica. Prefería el riesgo y la apertura al sometimiento y la inmovilidad. Además, «el Viejo», sin estarlo tanto, se sentía como tal. Había vivido en la cresta de la ola por más de veinte años, y en una perpetua tensión desde la infancia. Al revés que a Porfirio Díaz, el paso del tiempo y el gusto por el poder no lo rejuvenecían. Estaba cansado.[86]

Al tomar posesión de la presidencia, en diciembre de 1934, Cárdenas había limitado, de entrada, los dos «trenes de mando»: el Jefe Máximo tenía un dominio más simbólico que real; el gabinete era mixto (callista y cardenista); el PNR y las Cámaras parecían callistas, sin embargo un presidente decidido a serlo podía cambiarlas a su favor con sólo colocarse en la posición del Jefe Máximo. El trabajo, sabía Cárdenas, no era imposible pero llevaría tiempo. Había que reestructurar el aparato militar y ponerlo a su favor, asegurar el apoyo de las organizaciones de masas y desvincularse cada vez más claramente, con hechos y palabras, de la tutela innecesaria del Jefe Máximo.

Un factor más ayudó en el proceso: la mala salud de Calles. El 11 de diciembre de 1934 vuela a Los Ángeles para someterse a una intervención quirúrgica de la vesícula. Sufría dolores intensos. Convaleciente y debilitado, declara que México está «satisfecho con la administración del presidente Cárdenas». De regreso a México no vuelve a la capital, sino a El Tambor, donde permanece varios meses. Hasta allá llegan

los peregrinos políticos con noticias frescas. Algunas, como el renovado enfrentamiento religioso, le complacen; no así las demás: reprobaba la ola de huelgas y las declaraciones de algunos miembros del gabinete según las cuales México se encaminaba hacia la dictadura del proletariado. Cárdenas lo trata con respeto, le pide consejos en materia hacendaria e insiste en que su presencia en la capital es necesaria. Pero la agitación laboral alarma a Calles tanto como los pronunciamientos públicos del presidente: «Debemos combatir al capitalismo», decía Cárdenas, «a la escuela liberal capitalista, que ignora la dignidad humana de los trabajadores».

Por fin, en mayo de 1935, «el Viejo» regresa a la ciudad de México. Su primera declaración es de abierto apoyo a Cárdenas: «Tengo un completo optimismo en lo que se refiere a la situación general del país, y una confianza absoluta en que el gobierno de la República resolverá debidamente los problemas que se le presenten».

Entre todos los problemas del gobierno cardenista, el más urgente era desmontar las últimas trincheras del maximato. La oportunidad se presentó a los pocos días, cuando Calles concedió al senador Ezequiel Padilla una de sus habituales entrevistas. El 12 de junio de 1935, los capitalinos leyeron en primera plana:

«Este debe ser un momento de cordura. Hace seis meses que la nación está sacudida por huelgas constantes, muchas de ellas enteramente injustificadas. Las organizaciones obreras están ofreciendo en muchos casos ejemplos de ingratitud. Las huelgas dañan mucho menos al capital que al gobierno porque le cierran las puertas de la prosperidad. De esta manera las buenas intenciones y la labor incansable del señor presidente están constantemente obstruidas, y lejos de

aprovecharnos de los momentos actuales, tan favorables para México, vamos para atrás, para atrás, retrocediendo siempre; y es injusto que los obreros causen este daño a un gobierno que tiene al frente a un ciudadano honesto y amigo sincero de los trabajadores, como el general Cárdenas».[87]

Aquello fue el detonante de la crisis. Cárdenas pidió la renuncia de su gabinete —compuesto hasta entonces, parcialmente, por adictos a Calles— y atribuyó la agitación política a los grupos despechados que buscaban la división y el medro.

Sobre los problemas de trabajo y los movimientos huelguísticos, Cárdenas estimaba, a diferencia de Calles, que eran consecuencia natural de una lucha legítima de intereses y que «resueltos razonablemente, dentro de un espíritu de equidad y justicia social», contribuirían a hacer más sólida la economía nacional. En el fondo, Cárdenas los azuzaba. El ataque final del presidente contra el ya casi ex Jefe Máximo no se hizo esperar:

«Creo tener derecho a que la nación tenga plena confianza en mí y a que el grupo revolucionario se revista de la necesaria serenidad y continúe colaborando con el Ejecutivo en la difícil tarea que se ha impuesto. A tal fin, exhorto a todos los hombres de la Revolución para que mediten honda y sinceramente cuál es el camino del deber».

Era el rompimiento. El 16 de junio Calles lamenta que a sus palabras, pronunciadas con «sello de la mejor buena fe, en bien del país y del gobierno, se les haya dado una interpretación torcida». Y finalmente proclama: «Me retiro definitivamente de la política». Sus allegados le reprochan —con suavidad— que no dé pelea al presidente, pero Calles insiste en que «el único responsable de la marcha política y social de la nación es el presidente». En el Zócalo de la capital,

los contingentes obreros apoyan ruidosamente a Cárdenas.[88] En las Cámaras se produce un cambio vertiginoso de chaquetas: los callistas de ayer se vuelven cardenistas de hoy. Mientras tanto, en su hacienda de Santa Bárbara, «el Viejo» hace maletas, no para conspirar sino para ir a Hawái.

La querella se había decidido mucho antes. La verdad es que, con alguna ambigüedad, el propio Calles había contribuido de mil maneras a decidirla en favor del presidente; pero en la secuencia del incruento drama faltaba un episodio. A fines de 1935, Calles regresa a la ciudad de México para defender públicamente a su régimen, acosado por una campaña de críticas. Era, en sus propias palabras, un acto de dignidad. La tensión entre callistas y cardenistas se prolongó, con cierta violencia, por cerca de cuatro meses, hasta que Cárdenas tomó la decisión histórica de romper radicalmente con Calles sin atentar contra su vida.

Calles fue desterrado por Cárdenas el 9 de abril de 1936. Días antes, el periodista José C. Valadés había visitado al solitario Jefe Máximo en su hacienda de Santa Bárbara. Lo encontró en cama. Calles se declaró enemigo jurado del comunismo, criticó a la República española y expuso su visión de Marx:

«Para Marx no existe el individuo y, por lo tanto, no existe la libertad. Y ¿puede existir algún hombre, algún pueblo, que no ame la libertad? Marx hace del individuo una pieza de una gran máquina que se llama Estado. El Estado rige, el Estado manda, el Estado domina; para el Estado, el hombre no es nada».[89]

José C. Valadés le recordó su pasado socialista, a lo cual Calles respondió:

«El Estado socialista de que he hablado no es el Estado marxista. Siempre he creído en la necesidad de que el Estado

sea el protector de las clases débiles. Más todavía; considero que es deber del Estado desempeñar esa labor de protección. Mi punto de vista puede ser más claro si digo que la plusvalía debe ser repartida equitativamente; pero entre la intervención del Estado en el reparto equitativo de la plusvalía y el de la intromisión del Estado en todos los aspectos de la vida moral y material del hombre y de la sociedad hay una gran diferencia. Por otra parte, el Estado socialista de que hablo no es el Estado que va a negar la libertad. El fin de la libertad es el fin de la iniciativa individual; y ésta significa progreso del hombre y de los pueblos. El Estado socialista de que hablo no es el que acabará con la propiedad privada. Yo diría que ese Estado ha sido idealizado por nuestro país exclusivamente para nuestro país, que por sus condiciones geográficas, étnicas y morales, solamente necesita un progreso en su economía, pero un gran respeto a sus libertades».[90]

Para su desgracia, Calles no podía erigirse legítimamente en defensor de las libertades. Había sido un gran reformador, pero no un libertador. De ahí que para enfrentar el ascenso ideológico del marxismo no tuviese más remedio que deslizarse suavemente al precipicio contrario: el de las simpatías fascistas.

«Nuestros políticos», le había dicho Calles a Valadés, «carecen de principios; abandonan a sus jefes y amigos… ¡Son tan pocos los hombres leales!… La política, amigo, es una cloaca; siempre lo ha sido.»

Con esa convicción y «el espíritu templado contra la ingratitud y la mezquindad», Plutarco Elías Calles vivió alrededor de cinco años en San Diego, California. Su hija Hortensia hace recuerdos, de los que entresaca éstos:

«Todo tenía la casa; tenía batería de cocina, lavadora, aparatos para la limpieza, cortinas, ropas de baño y recámara,

una vajilla fina y otra para el diario. Era de dos pisos y tenía un balconcito enfrente. La dirección de la casa es la calle Upas con número 1212. Es una callecita corta frente al parque. Pues nosotros nos cambiamos así como si hubiéramos llegado a una *suite* de hotel, ahí vivimos todo el tiempo, pero en los veranos, como a mi papá le gustaba nadar, rentamos una casa en Del Mar en seguida de un lugar que se llama La Jolla y nos pasábamos tres meses del año ahí y así lo hicimos todos los años que estuvimos en San Diego. A mi papá le fascinaba el mar, se bañaba dos veces diarias. Se levantaba, desayunaba muy ligero y como a las once ya estábamos en la playa. Comíamos y dormíamos una siesta y como a las cinco de la tarde volvíamos a la playa».[91]

Aunque hubiese preferido disfrutarla en Cuernavaca, por fin le había llegado la legítima jubilación. El exilio acentuó aún más sus rasgos de gravedad, melancolía y estoicismo, pero el entorno californiano lo animaba. Allá volvió a sus viejas aficiones campiranas: visitó con frecuencia granjas, ranchos y cultivos, paseó por huertas y jardines, se admiró ante el *self-service* y pensó que todo ello podría introducirse en México con provecho. De México sabía lo necesario, pero guardó una distancia ya no sólo física sino, además, moral: la responsabilidad del país, que por cerca de diez años había recaído sobre sus espaldas, era ahora del único Jefe Máximo posible: el presidente. Como símbolo perfecto de su retiro, tuvo en San Diego varias reuniones con José Vasconcelos.[92] No sólo la edad y la lejanía los vinculaba, también la desilusión de la política y hasta las convicciones ideológicas. Después de acudir al sepelio de Calles, en octubre de 1945, Vasconcelos recordaba:

«…reanudamos nuestra amistad en el destierro. Calles me dijo: "Usted es el hombre que más ataques me ha lanzado,

haciendo burla hasta de mi nombre al llamarme 'la Plutarca'; pero si usted hubiera estado en mi lugar, en el gobierno, hubiera tenido que hacer lo que yo hice; no se podía hacer otra cosa para gobernar por encima de ese grupo de militares viles, ambiciosos, venales y cobardes". Y tal vez Calles tenía razón».

En marzo de 1941, durante la Segunda Guerra Mundial, el presidente Ávila Camacho pensó que era el momento de la unidad nacional e invitó a Calles a regresar a México. Calles accedió. Días después apareció en el balcón del Palacio Nacional flanqueando a Ávila Camacho junto con todos los otros expresidentes.

Sus últimos cuatro años los pasó, como el Cándido de Voltaire, cultivando el jardín de su quinta Las Palmas en Cuernavaca. Allí fue el labriego exitoso que en su juventud no pudo llegar a ser. Plantó flores y árboles frutales. De cuando en cuando jugaba golf, muchas veces solo. Seguía hablando con tonos e inflexiones de maestro, pero, paradójicamente, no confió a nadie sus últimos pensamientos. ¿En qué cavilaba durante sus largas y melancólicas caminatas mañaneras? Es difícil saberlo con certeza. Sobre sus noches, en cambio, el archivo de Calles —amorosamente custodiado y ordenado por su hija Hortensia— atesora un material sorprendente: el testimonio del espiritismo que Calles abrazó en sus últimos años.[93]

A partir de mediados de 1941, hasta su muerte, en octubre de 1945, Calles acude religiosamente, una vez por semana, al Círculo de Investigaciones Metapsíquicas de México. A las sesiones espiritistas asistían con regularidad personalidades políticas como Luis Morones, Juan Andreu Almazán, Ezequiel Padilla y el futuro presidente Miguel Alemán. En el libro de protocolos de la institución y en el archivo personal

de Calles, se conservan decenas de minutas de las sesiones en las que el general Calles era asediado por los espíritus del círculo, que no dejaban de transmitirle mensajes de paz, flores, perfumes, palmadas, poemas y señales de toda índole.

El 26 de diciembre de 1943, el espíritu guía del círculo se apareció y dijo:

«El general Plutarco Elías Calles fue y sigue siendo un patriota. Nunca ha estado tan preparado como ahora. Más comprensivo a los problemas del país y de la humanidad. Día a día se acerca la hora en que nuestra pobre y desafortunada patria ocurra a su experiencia y sabiduría. Nadie mejor que este hombre recio de carácter y perfeccionado por los años podrá ayudar a la patria sin egoísmo y vanidades».[94]

Meses antes de morir, el propio Calles testimoniaba su devoción por «el Ser Supremo». Durante sus últimos días fue intervenido quirúrgicamente. Sus compañeros del círculo —vivos y espirituales— admiraban que la «firmeza de sus convicciones en el momento de mayor peligro … había puesto una enorme montaña de fe en su corazón».

Calles murió el 19 de octubre de 1945. Días después, su hijo Rodolfo afirmaba haber recibido mensajes directos de su padre. Su vida en esos momentos se concretaba a «conocer los diferentes planos del espíritu», a viajar y platicar con almas conocidas, como la de don Venustiano Carranza, que «aún no podía olvidar sus amarguras» a pesar de las amplias conversaciones que el «pobre viejo» sostenía con el propio Calles y con Obregón (es decir, con sus espíritus). Pero su mayor alegría era confirmar a Rodolfo en las sagradas doctrinas a las que se había acogido al final de su vida:

«Si alguna vez he sentido deseos de que los míos se formen una fe en nuestro mundo es hoy que puedo informarles que la continuación de la vida es una realidad».

Cabe conjeturar que, en su vejez, el rostro simétrico y adusto de Calles se suavizó muchas veces y sonrió con indulgencia y piedad al considerar las paradojas de su existencia. Había querido reformar desde el origen su historia y la del país extirpando en ambas lo impuro y lo irregular, imponiendo «el orden, lo inviolable, lo que debe y no debe hacerse».

Había querido desterrar la fe y entronizar la razón. Al final del camino entrevió que había sido sólo un creyente más, un creyente en la razón, y entrevió también que la razón no lo colmaba. Quizá comprendió que no está en el hombre la posibilidad de reformar desde el origen. Y entonces, ante una mesa en las tinieblas, tomado de otras manos devotas e inquisitivas, descubrió la fe en la fe.[95]

NOTAS

86. Entrevista de1 autor con Hortensia Calles, viuda de Torreblanca (México, 26 jun. 1985).

87. «Patrióticas declaraciones del general Plutarco Elías Calles», en *Excélsior,* 12 jun. 1935 (México).

88. John W.F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)* (México, 1977), pp. 580-593.

89. Legajo «José C. Valadés», en APEC.

90. Ibíd.

91. Entrevista del autor con Hortensia Calles, viuda de Torreblanca (México, 26 jun. 1985).

92. Vasconcelos, *La Flama* (México, 1959), pp. 460-468.

93. Entrevista de1 autor con Hortensia…; José González Ortega, «Calles en la intimidad», en *Hoy,* 19 oct. 1946 (México), p. 26.

94. Legajo «Comunicaciones del más allá», en APEC.

95. Véase «Una ventana al mundo invisible», en *Antorcha* (México, 1960), pp. 31 y 81; Gutierre Tibón, «Gog y Magog. La conversión de1 general Calles. El padre Heredia, espiritista», en *Excélsior,* 20 oct. 1958 (México), p. 6.

VII
General misionero
Lázaro Cárdenas

El buen rey no excluye de su palacio al pobre ni al desamparado; presta atento oído a las quejas de todos, no domina a sus súbditos como esclavos, les gobierna como hijos.

Padre Juan de Mariana (siglo XVII)



«…pintan a Cárdenas como un San Francisco de Asís, pero eso es lo que menos tenía; no he conocido ningún político que sepa disimular mejor sus intenciones y sentimientos… era un zorro.» (Gonzalo N. Santos)

Anónimo, *El presidente Lázaro Cárdenas, ca*. 1936. National Photo Company Collection. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

Del regazo a la Revolución

Jiquilpan, Michoacán, 1908. Un grupo de parroquianos juega billar haciendo honor al nombre del establecimiento que los acoge: Reunión de Amigos. Es una tienda de abarrotes que vende algo más valioso que abarrotes y semillas: esparcimiento para las penas del alma y hierbas milagrosas para las del cuerpo. Su propietario, don Dámaso Cárdenas Pineda, vivía entre la bohemia y la bonhomía. Como su padre, el mulato Francisco Cárdenas, y como muchas familias jiquilpenses, había intentado dedicarse a la rebocería. Alguna vez fue también mesonero y comerciante en pequeño. Pero en 1906 decide instalar, en uno de los recintos de su casa, esta suerte de refugio donde no falta la farmacopea. De ella extrae don Dámaso las recetas que suministra a la gente humilde que lo visita y venera con devoción casi religiosa.[1]

En la espaciosa casa familiar, dotada del habitual huerto rodeado de arcadas, oficia otra persona: su mujer, doña Felícitas del Río Amezcua. Originaria del aledaño pueblo de Guarachita —siempre receloso y en pleito con la inmensa hacienda de Guaracha—, doña Felícitas proviene de una familia de mayor lustre y recursos que la de don Dámaso. Con sus ojos dulces y profundos, ayudada por su cuñada Ángela, que ha quedado muda desde hace algún tiempo, y por la nana Pachita, doña Felícitas vigila con piedad cristiana los pasos de su numerosa prole: Margarita, Angelina, Lázaro, Josefina, Alberto, Francisco, Dámaso y José Raymundo. Mientras las mujeres dan la mano en el hogar y los más pequeños crecen, el hijo mayor, Lázaro de apenas trece años, ha abandonado en el cuarto grado la escuela oficial que dirige don Hilario de Jesús Fajardo. Allí ha aprendido que «el árbol es el mejor amigo de los niños, los cobija con su sombra, da salud y frutos y enriquece a los países», pero su aprendizaje en materias

librescas ha dejado que desear. Habrá que buscarle un trabajo de provecho. No será difícil. Ha heredado los mejores rasgos de sus figuras tutelares: la bonhomía del padre, la piedad de la madre, el silencio expectante, como de esfinge indígena, de la madrina Ángela.

Un año después: 1909. El joven Lázaro Cárdenas ingresa como «meritorio» en la mesa segunda de la Oficina de Rentas de Jiquilpan. De oficio en oficio perfecciona la hermosa caligrafía «izquierdilla» que usará toda la vida. Su seriedad en el trabajo no es ajena por completo a cierta ambición material: ha visto y envidiado los caballos de lucir de algunos amigos. Muy pronto complementa sus modestos ingresos con la paga de aprendiz en la imprenta La Económica que ha instalado don Donaciano Carreón en el mismo edificio en que se encuentra la Administración de Rentas. Allí aprende a lavar formas, limpiar máquinas y «parar» textos lo mismo para folletos oficiales que para devocionarios. Injustos reveses de fortuna lo separan de la Oficina de Rentas pero, al poco tiempo, la misma fortuna le depara un suceso inverso: se vuelve socio de la imprenta.

El administrador de La Económica recordaría muchos años más tarde «al muchachito aquel por quien no daba ni cuartilla … siempre callado, serio, atento». Don Donaciano Carreón lo había visto en muchas ocasiones con «el mentón sobre la mano y los codos sobre la mesa, reflexionando con … mutismo». Alguna vez que una pequeña compañía de teatro se presentó en Jiquilpan, el pequeño Lázaro había intervenido como actor sólo para ganarse el apodo de «el Mudo». No es casual que aquel talante reservado hallase expresión muy temprana en un diario personal al que podía confiar sus vagas sospechas de una futura grandeza. «Mire usted, Florentinita», reveló Lázaro años después a la mujer de Carreón, «yo de chico me soñaba militar entrando a una población después de

haberla tomado por las armas, montando un caballo retinto.» Las primeras notas del *Diario* son de mediados de 1911. Al año, Lázaro confiesa: «Creo que para algo nací… Vivo siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama. ¿De qué modo? No lo sé».

A la premonición sigue un sueño: «una noche borrascosa por las montañas», se ve a la cabeza de una tropa numerosa «liberando a la patria del yugo que la oprimía», y se pregunta: «¿Acaso se realizará este sueño?… ¿De qué pues lograré esta fama con que tanto sueño? Tan sólo de libertador de la patria. El tiempo lo dirá».[2]

Para entonces la Reunión de Amigos se ha disuelto. Víctima de un mal de la vista para el que su farmacopea no indica el remedio, don Dámaso ha clausurado desde 1910 negocio y tertulia. Un año después, a los cincuenta y ocho años de edad, muere, dejando a la familia en una situación que dista mucho de desahogada. La parentela de doña Felícitas y algunos buenos amigos, como el señor Múgica, de Zamora, se prestan a auxiliarla. Las circunstancias la obligan a «coser ajeno» y recrudecen sus accesos de «paroxismo». Para colmo, Dámaso, su hijo, se fuga temporalmente de la casa, pero en todo momento su apoyo mayor será el adusto Lázaro, a quien los hermanos menores verán desde entonces como un padre. De hecho, José Raymundo, el benjamín, le dirá «papá».

En junio de 1913 la Revolución entra en Jiquilpan. Pedro Lemus, lugarteniente de José Rentería Luviano, ocupa la ciudad y encarga a la imprenta La Económica la publicación de un manifiesto. Lázaro y sus socios lo acatan. Días más tarde una columna de rurales repele a Lemus y recupera Jiquilpan. Los huertistas acuden a la imprenta, vuelcan las cajas, confiscan los impresos y queman el archivo.[3] A mediados de aquel mes, obedeciendo los deseos de la madre

(que temía, quizá con razón, por su vida), el joven Cárdenas sale de la ciudad «a pie», según recuerda en su *Diario*, para refugiarse en la hacienda de La Concha, en Apatzingán, de donde era administrador su tío materno. No sería pequeña la sorpresa de doña Felícitas al enterarse, al poco tiempo, de que su amado Lázaro había terminado por refugiarse no con el tío sino con la Revolución.[4]

Un buen día de julio de 1913 Lázaro Cárdenas exhibió su hermosa letra izquierdilla ante García Aragón y relató seguramente su experiencia como impresor, oficinista y escribiente, todo lo cual le valió la incorporación al estado mayor del jefe como capitán segundo encargado de la correspondencia.[5] «En esta columna», escribiría con el tiempo en su *Diario*, «[era] más palpable el sentido agrarista de la lucha armada.» Dos meses después Lázaro sufre su primera paliza a manos del general huertita Rodrigo Paliza. El joven capitán segundo —a quien desde entonces acompañaría la buena suerte escapa en las ancas del caballo de Ernesto Prado, futuro cacique que reclamaba la devolución de la tierra usurpada a las comunidades indígenas de la cañada de Chilchota. Junto al puntual aprendizaje de las formas militares bajo el mando disciplinado, exigente, pero comedido, de García Aragón, el silencioso Lázaro presencia actos que revelan, en la guerra, un sentido más allá de la guerra, como aquella indeleble entrevista de García Aragón con Casimiro López Beca, caudillo de los indígenas de Cherán levantado contra la compañía extranjera que explotaba los bosques de la comunidad gracias a un concesión leonina.[6]

La guerra, con sus palizas y enseñanzas, tomaría nuevo curso para Lázaro en octubre de ese año. Mientras García Aragón optaba por internarse en Guerrero para unir sus fuerzas a las de Ambrosio Figueroa (el acérrimo enemigo de

su compadre Zapata), el joven escribiente Cárdenas se integra a la columna de Martín Castrejón, con quien los sustos están a la orden del día: combates, balaceras, corretizas. Desde Apatzingán le llegan las primeras insinuaciones del indulto, que rehúsa.

Hacia noviembre de 1913 las endebles fuerzas de los «fronterizos» situados en Michoacán vuelven a dispersarse. Esta vez el joven Lázaro deja cananas y carrilleras y decide volver con su madre a Jiquilpan. El encuentro es breve porque el exescribiente está fichado. A los pocos días parte rumbo a Guadalajara, donde vive cinco meses en el anonimato. Ha podido más la preocupación materna que las incipientes aspiraciones de revolucionario. En marzo de 1914 Lázaro trabaja de acomodador de botellas en la cervecería La Perla, de Guadalajara. En mayo, la nostalgia por la madre lo lleva de nuevo a Jiquilpan. «Mi madre me esperaba en la puerta», escribe en sus *Apuntes*, «tenía un rosario en la mano, "bien, madrecita", y me abrazó.» Por desgracia, la consigna en su contra en la Prefectura no ha desaparecido. Se esconde, primero en su casa y luego en la huerta de unos amigos. Es aprehendido y escapa gracias a la ayuda de los muchachos Medina, que le cubren las espaldas. Las peripecias, que tienen a doña Felícitas «con el Jesús en la boca», no terminan sino hasta finales de junio de 1914, cuando los revolucionarios triunfantes toman plena posesión de la zona.

Un año después del incidente de la imprenta, en que la Revolución había tocado literalmente a su puerta, Lázaro podía presentir que aquellos sueños vertidos en su *Diario* empezaban a configurarse vagamente: por devoción a la madre, por responsabilidad de jefe de familia, por carecer del temple guerrero —nunca por cobardía— había intentado esquivar la Revolución. Era inútil. Como un nuevo llamado del destino, el 23 de junio sirve de enlace entre las fuerzas de

los jefes revolucionarios Morales y Zúñiga, este último antiguo lugarteniente de García Aragón. Por fin se pliega a un destino casi explícito: en vísperas de las intensas y decisivas batallas del Ejército Constitucionalista contra los federales en la región tapatía, decide integrarse definitivamente a la Revolución. Ante los desplantes violentos de Zúñiga (estuvo a punto de fusilar a un sacerdote «por bonito y por cabrón»), doña Felícitas le ruega con «lágrimas en los ojos… no hagas eso tú». No lo disuade de su decisión, pero graba en él un mensaje permanente contra los excesos sanguinarios de la guerra.[7]

El 8 de julio de 1914 Lázaro Cárdenas comanda el tercer escuadrón del 22.° Regimiento de la división de caballería, incorporada —bajo el mando de Lucio Blanco— al cuerpo del Ejército del Noroeste. Aquel escuadrón es el primero en entablar combate en Atequiza, Jalisco, con las fuerzas del general José María Mier. La invicta división de Álvaro Obregón continúa su marcha hacia la ciudad de México. Uno de los anónimos testigos de la firma de los Tratados de Teoloyucan es el capitán Cárdenas. Momentos después, también es uno de los primeros soldados en ocupar la capital. El 19 de septiembre le llega un merecido ascenso a mayor. A los dos meses, cuando en el horizonte apunta claramente la guerra civil entre Carranza y la Convención, el mayor Cárdenas, aún bajo las órdenes de Lucio Blanco, marcha hacia Real del Oro, Acámbaro y Aguascalientes, con destino final en Sonora.

Después de llevarlo como testigo y actor por los escenarios y momentos decisivos de la Revolución, el azar deposita al jiquilpense, con su 22.° Regimiento de caballería, en territorio del general Plutarco Elías Calles, cuyas fuerzas tenían asiento en Agua Prieta, Sonora. Allí, en la mañana del 28 de marzo de

1915, el duro, estricto y lúcido exprofesor de Guaymas estrecha por primera vez la mano cordial del joven de apenas diecinueve años que, ya con el grado de teniente coronel, comandaba el regimiento «michoacanojalisciense». Una corriente de mutua simpatía recorrió los dos semblantes: el maestro Calles andaba siempre en busca de discípulos, el joven Cárdenas —desde la muerte del bueno de don Dámaso y de todos sus jefes revolucionarios— era un militar en busca de padre.[8]

A partir de mayo la guerra adquiere una presencia más viva y cotidiana: exploraciones, acosos, nobles encuentros con el enemigo. El 17 de julio en Anivácachi, al mando de sólo quinientos hombres, Cárdenas logra evitar que lleguen refuerzos para un enemigo cuatro veces más numeroso. Dos días más tarde toma Naco en forma casi incruenta y hace desaparecer, por orden de Calles, todo el alcohol.

A mediados de septiembre al joven teniente coronel le tienden una emboscada en Santa Bárbara. Resiste el ataque de ochocientos hombres de infantería —incluyendo efectivos yaquis— por más de tres días sin tregua y sin víveres. En esa batalla muere Cruz Gálvez, el lugarteniente a cuya memoria dedicará Calles las escuelas que fundaría poco después como gobernador de Sonora.[9]

Ante tal despliegue de valor, Cárdenas recibió el grado de coronel. Quizá supo también que, en el informe que rindió al general Obregón, Calles se refería a él como un «bravo jefe». El 1.° de noviembre Cárdenas —a quien el jefe Calles comenzó a llamar «Chamaco»— tiene a su cargo el primer sector en la defensa de Agua Prieta. Las fuerzas villistas se estrellan irremisiblemente contra la población pertrechada. El día 5, en Gallardo, encuentra un buen cañoncito y trescientos caballos semimuertos…: los restos del villismo derrotado.[10] Al

día siguiente conoce al general Obregón. A fines de aquel año, reducida ya en Sonora la fuerza enemiga, hojea con orgullo filial la *Revista Ilustrada*, cuya página central narra «la admirable defensa de Agua Prieta». Tres fotografías ilustraban el reportaje: la de Obregón, la de Calles y la suya. ¿Recordaría entonces sus sueños de 1912? Quizá, pero sus preocupaciones eran muy distintas. En la primera oportunidad que se presenta tras la derrota villista, el coronel Cárdenas regresa a Jiquilpan. Unos días le bastan para disponer cambios radicales en la vida familiar: la madre enferma se mudaría a Guadalajara. Los hermanos mayores —Dámaso, Alberto y Francisco— se incorporarían a su estado mayor; José Raymundo estudiaría en California. En marzo de 1916 regresa a Sonora, donde interviene en algunas escaramuzas contra los yaquis y se admira del dinamismo reformador de su general—maestro—padre Calles. No tarda en solicitar su baja para atender «asuntos de familia que le urgen», aduciendo que «gustoso volverá a estos campos a luchar contra el invasor». Calles concede el permiso, pero lo retira casi de inmediato. Hay un enemigo de mayor cuidado que el invasor y cuya eliminación es más urgente que cualquier asunto de familia: Pancho Villa en su madriguera de Chihuahua.

A principios de 1917, el 22.° Regimiento de Lázaro Cárdenas, bajo el mando del general Guillermo Chávez, entabla varios combates con las bandas de Villa. En San Francisco, Durango, la lucha se libra contra el mismísimo Villa, convertido nuevamente en temible bandolero. Casi todo aquel año se agota en la búsqueda infructuosa del guerrillero. En San Fermín, el 28 de octubre, la columna de Cárdenas se emplea en una acción desigual, con resultados desastrosos. Comenzaba a quedar claro que la prenda mayor de Cárdenas como militar no era la astucia sino el arrojo.

Al cabo de un mes, el joven coronel parte hacia Michoacán. Ha solicitado y se le ha concedido el permiso de combatir a los feroces bandidos que asuelan su estado natal. En el trayecto se detiene en Guadalajara, sólo para encontrar moribunda a doña Felícitas. «Tuvo aliento de esperar mi llegada», escribiría en su *Diario*.[11] Antes de su muerte, que ocurrió el 21 de junio de 1916, ella tuvo aliento también para encargarle que cuidara a la pequeña Alicia, la hija que Cárdenas acaba de procrear con una mujer norteña.

La pérdida de su madre, «mujer idolatrada» —como decía la letra de una de sus canciones preferidas—, debió de inyectarle rabia en su combate con los tres azotes de Michoacán: Jesús Cíntora, que operaba en la región de Balsas y Tierra Caliente; José Altamirano, merodeador de las ciudades del centro, y el más sanguinario de todos, Inés Chávez García, que asesinaba a cuchillo a sus prisioneros y se solazaba contemplando las violaciones que perpetraba su chusma. Por desgracia para Cárdenas, tampoco aquí la rabia y el valor se tradujeron en victorias y sí estuvieron, en cambio, a punto de costarle la vida.

El 24 de julio de 1918 enfrenta a Altamirano en una comarca muy peligrosa, propicia para las emboscadas. Ha medido mal el terreno y sus efectivos. Su tropa queda destrozada, los sobrevivientes se desbandan y él mismo debe huir buscando la vía del ferrocarril. Con todo, hacia fines de 1918 Chávez y Altamirano habían muerto.[12]

Del inicio de 1919 hasta mediados de 1920, fiel a su constante movilidad, Cárdenas muda de escenario. Los combates son ahora en las Huastecas, donde, a las órdenes de un general muy cercano a Calles, Arnulfo R. Gómez, asume el mando del sector de Tuxpan. Los enemigos son menos temibles que los pelones federales, los zapatistas, Villa, los

yaquis o los bandoleros de Michoacán: el general Blanquet, que cae al poco tiempo, y el general Peláez, consentido y consentidor de las compañías petroleras. El tiempo transcurre: en relativa calma hasta que, en abril de 1920, el coronel Cárdenas secunda el movimiento de Agua Prieta, encabezado por sus antiguos jefes sonorenses, contra la «imposición carrancista». Según otros biógrafos no menos rendidos, Cárdenas emite en Gutiérrez Zamora un manifiesto en que desconoce a Carranza e impone préstamos forzosos a los ricos de Papantla para ayudar a la causa.

A mediados de mayo, Cárdenas se entera de que la maltrecha columna del presidente Carranza se interna en la zona que comanda. El 20 de mayo, un día antes de cumplir los veinticinco años y ya con el grado de general brigadier, marcha hacia la Sierra de Puebla para interceptar la columna. Su cometido es capturar al presidente, pero el caudal del río El Espinal le impide el paso. Cuando al fin la creciente cede, llega a Coyutla, ignorante de los sucesos de Tlaxcalantongo. El 23 de mayo las fuerzas del general Herrero —que días antes había recibido comunicaciones de Cárdenas instándolo a la sublevación— ven destacarse al frente de la comitiva que los acoge a «un apuesto joven de veinticuatro a veinticinco años, que demostraba ser un magnífico jinete». El 25 de mayo Cárdenas y Herrero entran festivamente a Papantla. Un día después, el general Calles, ministro de Guerra en el gabinete provisional de Adolfo de la Huerta, encomienda a su fiel «Chamaco» acompañar a Herrero hasta la ciudad de México para rendir testimonio de los sucesos de Tlaxcalantongo. Camino a México, pensó quizá en las mil peripecias que el destino le había deparado; en los diversos enemigos, escenarios, situaciones; en sus sueños de adolescente que poco a poco se perfilaban. Sin embargo, a pesar de los riesgos en que por su arrojo imprudente había incurrido y de la

suerte de haberlos superado, Cárdenas no valoraba aún su prenda más valiosa y extraña: su buena estrella. Si El Espinal hubiera acarreado un caudal menor, ¿cómo hubiese enfrentado el joven brigadier al anciano presidente?

NOTAS

1. Lázaro Cárdenas, «Apuntes 1913-1940», en *Obras,* 4 vols. (México, 1972), vol. 1, pp. 5, 6, 9.; José Romero, *Lázaro Cárdenas. Su niñez y juventud hasta la época actual a través de mis recuerdos* (México, 1933), p. 13.

2. Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, *Se llamó Lázaro Cárdenas* (México, 1995), p. XI; William C. Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano* (México, 1959), p. 13.

3. Cárdenas, vol. I, p. 15.

4. Ibíd., pp. 17-18.

5. Ibíd., p. 20.

6. Ibíd., p. 23.

7. Ibíd., p. 51; *Excélsior,* 15 nov. 1935 (México), 3a. sec., 1.

8. Cárdenas, vol. I, pp. 171-172.

9. Legajo «Escuela Cruz Gálvez (1917-1928», en Archivo Plutarco Elías Calles (APEC).

10. Plutarco Elías Calles, *Partes oficiales de la campaña de Sonora rendidas por el general Plutarco Elías Calles, gobernador y comandante militar del estado de Sonora, al* C. *general Álvaro Obregón, jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste* (México, 1932), pp. 50, 62, 71, 92.

11. Cárdenas, vol. I, p. 142.

12. Ibíd., 149; Djed Bórquez, *Lázaro Cárdenas (líneas biográficas)* (México, 1933), p. 86.

Humanismo militar

A mediados de junio de 1920 Cárdenas vuelve a su terruño como flamante jefe de operaciones militares y, por unos días, como gobernador sustituto. El resto del año se le va en mediar en los conflictos electorales de su estado. Contienden para la gubernatura varios candidatos: Manuel Ortiz, Porfirio García de León —a quien apoya la legislatura de Morelia— y el artífice ideológico de la Constitución del 17, antiguo amigo de la familia Cárdenas: el general Francisco J. Múgica. El tiempo alcanza apenas a Cárdenas para promulgar una ley de salario mínimo y encarrilar a su amigo en la gubernatura.

A fines de 1921 se designa a Cárdenas jefe de operaciones militares en el Istmo. La región vivía días inciertos y el gobierno requería tropas leales y eficientes. En Tehuantepec, Cárdenas acentúa gustoso el rasgo que su amigo Múgica llamaría «anarquía amorosa». Además de ganarse la voluntad de las lindas tehuanas con su buen trato, se acerca a los comerciantes, vecinos y empleados de la zona, desde Oaxaca a Puerto México, quienes *motu proprio* solicitan el ascenso de Cárdenas por su «labor pacificadora». En esos días inicia la construcción de un hospital militar y escribe al general Calles pidiéndole el puesto de comandante del Resguardo de Salina Cruz para una persona de su absoluta confianza: su hermano Francisco. Y Calles, como era su costumbre tratándose del «Chamaco», da curso a la recomendación.

En 1922 sigue la eterna mudanza. Ahora Cárdenas vuelve a Michoacán. Su amigo Múgica ha entrado en conflicto directo con el poder central. Sus medidas radicales, entre las que descuellan un incipiente reparto de tierras, un anticlericalismo fiero y una avanzadísima Ley del Trabajo, atizan el fuego hasta hacerlo lindar con la guerra civil. El ministro De la Huerta sugiere «la resurrección de Lázaro»

como única vía para solucionar el problema, pero el presidente Obregón tiene otras ideas. A mediados de 1923 Cárdenas pasa de la jefatura militar del Bajío a la de Michoacán. Meses después recibe instrucciones de custodiar a Múgica hasta la ciudad de México. En el trayecto lo sorprende un telegrama de Obregón: «Suyo de hoy, enterado que el general Francisco J. Múgica fue muerto al pretender ser libertado por sus captores».[13] Imposible acatar la orden: Cárdenas no se da por enterado y propicia la escapatoria de su amigo.

A fines de 1923 estalla la rebelión delahuertista. Obregón manda a Cárdenas hostilizar la retaguardia de uno de los generales más brillantes de la Revolución: Rafael Buelna, «el Granito de Oro», que actuaba a las órdenes del general Enrique Estrada. El 12 de diciembre Cárdenas sigue con sus dos mil jinetes las huellas de Buelna que, más avanzado, prepara un movimiento de atracción. Las instrucciones de Obregón han sido claras: hostilizar, no atacar. Pero en Huejotitlán Cárdenas cae en la trampa, y es derrotado y herido.

Al recibir la noticia de que Cárdenas estaba herido, Buelna envió al general Arnáiz en su busca. Los biógrafos Nathaniel y Silvia Weyl narran la escena:

«El general derrotado estaba tendido en un pequeño catre de campaña, tras de una cerca de piedra, demudado, cubierto de sangre. Sin lanzar queja alguna, se apretaba el vientre, donde tenía terrible herida.

»—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —interrogó Cárdenas, interrumpiendo a Arnáiz.

»—Con el general Arnáiz —contestó éste.

»—Perdone, compañero, que me encuentre en esta situación, pero creo que estoy bien… —dijo Cárdenas,

haciendo un visible esfuerzo por incorporarse.

»—Es cosa que todos lamentamos, mi general —agregó Arnáiz.

»—Gracias, quisiera hablar con Buelna antes de morir. Quiero que como soldado y como caballero me prometa que mi gente será respetada. Todos no han hecho otra cosa que cumplir con su deber y con mis órdenes. Yo soy el único responsable; y adviértale que dispone de mi vida».

Los designios de Buelna y de su jefe Estrada eran otros. El primero dispuso que Cárdenas fuese transportado cuidadosamente desde la cumbre del cerro donde se hallaba hasta el cuartel general, donde recibiría atención médica, para luego trasladarlo a la capital de Jalisco.

Al llegar a Guadalajara, Cárdenas fue internado en el hospital del doctor Carlos Barriere, donde recibió el cuidado del doctor Alberto Onofre Ortega. Este médico, masón (como ya lo eran el propio Cárdenas y su contrincante Buelna), atribuía la salvación de Cárdenas justamente a los sentimientos de solidaridad masónica. Lo más probable es que en la actitud de Estrada y Buelna hayan influido motivaciones más llanamente humanitarias. Conocían la nobleza de Cárdenas, su repulsión hacia los excesos sangrientos, su limpia trayectoria, su juventud. ¿Quién no lo quería? No sólo el general Calles le envía «un saludo cariñoso lleno de satisfacción por saber que se encuentra bien»: en la convalecencia se entera de que las señoras devotas de Jiquilpan, creyéndolo muerto, habían «organizado rogativas públicas para que resucitase».[14] A poco tiempo la suerte cambia de pronto los papeles y Cárdenas puede disponer en Colima de la vida de Estrada. No lo hace, desde luego, sino que paga la deuda franqueándole la salida al exilio. Igual hubiese hecho con el malogrado Buelna de haber estado en

sus manos. ¿Conoció Obregón los actos nobles de aquel subordinado, a quien consideraba «cumplido pero incompetente»?[15]

Jiquilpan lo recibió de plácemes y Cárdenas correspondió —en su carácter de jefe de operaciones en Jalisco— con la creación de una escuela y el hermoseamiento de la plaza. El 24 de marzo había ascendido a general de brigada.

El 1.° de marzo de 1925, a sabiendas de que la inminente Ley del Petróleo provocaría reacciones imprevisibles de las compañías petroleras, el presidente Calles designa a su fiel «Chamaco» jefe de operaciones militares en las Huastecas y el Istmo, con cuartel general en Villa Cuauhtémoc, Veracruz. Allí permanecería tres años. Al poco tiempo recibe una noticia que lo entusiasma: su viejo amigo el general Múgica, separado por un tiempo del ejército, se ha asociado con Luis Cabrera para explotar una pequeña concesión petrolera en la zona. Llegaría a Tuxpan a mediados de 1926.

Calles había sido el maestro militar y político de Cárdenas, que admiraba en aquél su fortaleza, su claridad de propósitos pero, sobre todo, su reformismo radical en la gubernatura de Sonora. Lo había visto discurrir y poner en vigor un alud de decretos: agrarios, laborales, fiscales, anticlericales, jurídicos, antialcohólicos, educativos, nacionalistas, socialistas. Sin embargo, ocupado con el trajín de la guerra, Cárdenas había carecido de maestro ideológico. Lo encontró en Múgica: nuevo regalo de la Providencia.

Once años mayor que Cárdenas y nativo de Tingüindín, Múgica era un hombre de pequeña estatura, ágil, nervioso y fuerte. Tenía algo de ardilla en la expresión. Había llegado hasta el nivel de teología en sus estudios como alumno externo en el seminario diocesano de Zamora, pero «causas justificadas» obligaron al rector Leonardo Castellanos a

expulsarlo. Después de asimilar hasta el tuétano el ideario social cristiano, gracias a la prédica del padre Galván, Múgica había decidido en algún momento cambiar el credo cristiano por el socialista. La Revolución le cae de perlas: es firmante del Plan de Guadalupe, participa en el primer reparto de tierras (que ejecutó Lucio Blanco, en la hacienda de Los Borregos), se integra al gobierno de Carranza en Veracruz, ensaya medidas radicales en Tabasco y —en su hora cumbre — es, junto con Andrés Molina Enríquez, el alma ideológica de los artículos radicales de la Constitución de 1917. Su radicalismo anticlerical hacía palidecer al de los sonorenses — que ya era decir— y llegó, como se ha visto, a malquistarlo con Obregón.[16]

Este hombre singular, no desprovisto de talento literario, era, según se recordará, viejo conocido de la familia Cárdenas. Al reencontrar a su joven amigo, y en los muchos viajes que emprenden juntos por el Pánuco hasta Tampico, por San Luis, Tuxpan, El Tajín o Tierra Blanca, Múgica tiene oportunidad de devolverle los varios favores que había recibido de él en aquella azarosa gubernatura michoacana. Lo hace sometiéndolo a un aleccionamiento convincente: «el socialismo como doctrina adecuada para resolver los conflictos de México». Múgica no comparte con Cárdenas su pasión por Baudelaire o su pasmo luego de visitar a la viuda del poeta Othón. Quizá tampoco lee en voz alta las páginas más literarias de su *Diario*, las espléndidas acotaciones sobre la Huasteca de naturaleza africana: insectos, plantas, huapangos, santuarios, costumbres.[17] Aplaude, eso sí, la «anarquía amorosa» de Cárdenas; como él, se enamora de bellezas «esbeltas, blancas, cimbradoras»; y cada vez que puede señala a su pupilo los estragos de la religión.

Hacia 1926, y gracias a Múgica, Cárdenas leía a Gustave Le

Bon y a un autor un tanto más conocido: Karl Marx.[18] También su jefe de Estado Mayor, Manuel Ávila Camacho, le proporcionaba lecturas de la Revolución francesa. Pero ningún libro se equiparaba al privilegio de tener a la mano al primer ideólogo de la Revolución.

Con todo, su aprendizaje mayor en la región no vino sólo de la lectura de textos ideológicos ni de la prédica de Múgica, sino de la observación directa del comportamiento de las compañías petroleras que hacían alarde de contar «con apoyos poderosos», sintiéndose en «tierras de conquista». Defraudaban al fisco haciendo uso de instalaciones subterráneas conectadas al puerto. Nada bueno habían dejado en los lugares de explotación: ni una escuela, ni un teatro, ni un hospital. Sólo yermos.[19] A los pocos días de la llegada de Cárdenas a la zona, habían tratado inútilmente de sobornarlo con cincuenta mil dólares y un lujoso Packard a la puerta.[20] De todo ello y más hablaban Cárdenas y Múgica en sus recorridos por la zona. Múgica se dolía de la suerte de Cerro Azul: «Maravilla de la tierra mexicana que enriquece a otras tierras». Cárdenas le relataba el conflicto que había tenido que sortear días después de su arribo a Villa Cuauhtémoc.

El incidente había ocurrido en mayo de 1925. Dos sindicatos se disputaban el contrato de la Huasteca Petroleum Co.: el Sindicato Único, patrocinado por la empresa, y el del Petróleo, de origen y dirección independientes. En una riña intergremial había perdido la vida un miembro del sindicato libre. A instancias de la empresa, el presidente Calles manda al general Cárdenas dar a ésta toda clase de garantías. El sindicato agraviado declara un paro. Días después, en conferencia con el presidente, Cárdenas sostiene que «el mayor número de agremiados los tiene el Sindicato Petrolero», y que sus «directores», aunque «incompetentes

para dirigir la cuestión social … han obrado de buena fe». En cambio, en los del Sindicato Único «se respalda a la compañía para contrarrestar las peticiones de los del Petróleo». Para zanjar la pugna, Calles propone volver al *statu quo* anterior, el arbitraje federal y la posible fusión de los dos sindicatos, pero Mister Green, director de la compañía, se opone a los tres puntos. Su oferta es indemnizar, de acuerdo con la ley, a los obreros huelguistas que considere necesario. El presidente contrapropone en términos suaves, que incluyen alguna sanción a los rijosos del Sindicato Único, previo arbitraje del general Cárdenas. El conflicto termina por resolverse parcialmente tiempo después, sin la satisfacción de ninguna de sus partes ni la intervención federal.

Cárdenas acariciará desde entonces la idea de expulsar a las compañías petroleras del suelo mexicano y abolir la existencia de aquel «Estado dentro del Estado».

NOTAS

13. Armando de Maria y Campos, *Mágica, Crónica biográfica. (Aportación a la historia de la Revolución mexicana)* (México, 1939), p. 202.

14. Townsend, p. 38; Bórquez, pp. 87 y 88; Alfredo Ávila y Valencia, «Cuando nos íbamos a quedar sin presidente», en *Mujeres y Deportes,* 12 oct. 1935 (México).

15. Victoriano Anguiano Equihua, *Lázaro Cárdenas. Su feudo y la política nacional* (México, 1951), p. 7.

16. Maria y Campos, pp. 12, 15-16, 40, 52, 85, 87, 106.

17. Anguiano Equihua, p. 47.

18. *Excélsior,* 15 nov. 1935 (México), 3a. sec., 1.

19. Cárdenas, vol. I., pp. 389.

20. Townsend, pp. 44-45.

Michoacán: ensayo de un gobierno

La distinción de Octavio Paz entre revuelta, rebelión y revolución tuvo en México una confirmación geográfica y cultural: el Morelos zapatista aportó la revuelta, el reclamo violento del subsuelo indígena, la voz del pasado. El norte aportó la rebelión, la imposición igualmente violenta de un proyecto moderno, la voz del futuro. Pero fue Michoacán, asiento del México viejo, el estado que convirtió la lucha en «un cambio brusco y definitivo de los asuntos públicos». «Ungida por la luz de la idea», escribe Paz, «la Revolución es filosofía en acción, crítica convertida en acto, violencia lúcida.» Dos michoacanos típicos, un ideólogo y un político, transformaron revuelta y rebelión en revolución: Francisco J. Múgica y Lázaro Cárdenas. Del primero fue la idea, la crítica, la filosofía, la luz y la lucidez. Del segundo, los actos plenos e irreversibles.

Michoacán no había sido teatro siquiera secundario de la lucha militar, pero desde principios del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX había sido escenario mayor de otra querella: la de las ideas y las conciencias. «Morelia la doble», escribía en 1927 Múgica, «heroica en tu plebe, reaccionaria en tu élite.» No sólo en Morelia sino en todo Michoacán la gente creía y asumía la dualidad. «Católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de época terciaria» se odiaban los unos a los otros, pero no con buena fe. Ambos igualmente celosos, anverso y reverso de la misma moneda, disputaban, con odio teológico, sobre cuestiones de este mundo.

En cuestiones de ideología social, los católicos habían tomado la iniciativa desde principios del siglo XX. La encíclica *Rerum Novarum* de León XIII prescribía salarios justos, asociaciones mutualistas, cajas de ahorro y subdivisión de la propiedad agraria. En 1906, en la piadosísima ciudad de

Zamora tiene lugar un congreso sobre agricultura en que sacerdotes y terratenientes deliberan sobre estos temas. Siete años más tarde se celebra la Gran Dieta de la Confederación de Círculos Obreros de México, organización fundada en 1912 que a la sazón contaba ya con 50 agrupaciones y 15.339 miembros. Allí se oyeron discursos y reivindicaciones del obrero junto con anatemas al individualismo liberal y al socialismo. «La hartura de democracia tiene embriagado al pueblo mexicano», manifestó un prelado, pero sus efectos nocivos no podían compararse a los del «monstruo que clava sus garras en el corazón de la Patria… el terrible azote… el cáncer: el socialismo.» «Los socialistas», decía la prédica, «con astucia infernal pretenden pervertir el entendimiento del pueblo con funestos errores y corromper su corazón con el odio de clases… [lo representan] maestros con pretensiones de redimir a la humanidad.»[21] En los años veinte, los obispos michoacanos pasarían de modo aún más vigoroso a la acción: organizan reuniones sobre temas agrarios, fundan sindicatos, revitalizan su sistema escolar.

El lado opuesto, el del «monstruo», no es menos activo, proselitista e intolerante. Muchos de los militantes en el gobierno radical de Múgica habían vivido en Veracruz hacia 1915. Uno de ellos recuerda su experiencia:

«Pronto hicimos contacto con demagogos y agitadores del puerto. Herón Proal, un sastre remendón que, andando el tiempo, llegó a ser famoso líder local… nos relacionó con ellos y con toda una serie abigarrada de extranjeros que llegaban al país de contrabando. En su taller, que frecuentemente visitábamos, conocimos toda una colección de tipos terribles: anarquistas, nihilistas, ateos, etcétera, procedentes de Italia, Cuba, Cataluña y principalmente de Rusia».

Con su pequeño ejército de jóvenes radicales, pero sin una base social que lo sustentara, en su breve gestión como gobernador del estado Múgica había intentado el reparto de tierras y la emisión de una avanzada Ley del Trabajo. Los fervorosos vecinos de la zona se enteraron de que una labor «desfanatizadora» estaba siendo activada oficialmente por el gobierno de Múgica. Por si fuera poco, en diciembre de 1922 un líder vinculado al Partido Comunista, Primo Tapia, funda la Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de la Región de Michoacán. Su objetivo es un agrarismo radical.[22] Aunque Tapia caería asesinado en abril de 1926, la agitación —del campo y la ciudad, agraria y sindical—, azuzada muchas veces por maestros y líderes mugiquistas, siguió hasta confundirse con una efervescencia mucho más grave y generalizada: la de la Cristiada. En Michoacán, en suma, la querella entre la Iglesia y el Estado no era sólo cuestión de ideas sino de bases sociales que las apoyaran. La Iglesia hablaba de grey; el Estado, de masas.[23]

En este escenario de la más antigua e intensa guerra ideológica, con el águila de general de división en el quepis y con escasos treinta y dos años, Lázaro Cárdenas inicia su gira como candidato único a la gubernatura. El primero en enterarse de sus impresiones fue el mentor ideológico, don Francisco J. Múgica:

«Aquí me tiene ya con la capa en la mano esperando la embestida del mejor Miura… El teatro estaba lleno y parece pude hacer una exposición de las tendencias de mi candidatura; creo que al estar hablando bailaba la pierna que descansaba pero me dio valor recordar a Mirabeau».

¡Hasta citas de la Revolución francesa! El mentor no podía estar más satisfecho del pupilo. No habían perdido el tiempo en «Tuxpan de ideales»; de ideales socialistas,

constitucionalistas, radicales y anticlericales, por supuesto.

En su manifiesto al pueblo de Michoacán, emitido desde Villa Cuauhtémoc, en Veracruz, Cárdenas había declarado: «resolver el problema de la tierra es una necesidad nacional y un impulso al desarrollo agrícola». Desde entonces prometía acometer esta labor «sin vacilaciones». Impulsaría además, «vigorosamente», la instrucción pública; y desarrollaría «una acción muy activa para lograr el exterminio de los rebeldes fanáticos».

La palabra «exterminio» era una concesión al furibundo Múgica. Para alcanzar en la práctica los ideales de Tuxpan que, desde luego, no objetaba, había que proceder positivamente y crear «una organización campesina … un solo frente … que responda … en la lucha social». ¿Era Cárdenas plenamente consciente de la polarización ideológica en su estado? Quizá no, pero no tenía que serlo para actuar al respecto. Los odios teológicos le eran ajenos porque su talante no conocía el odio —aunque sí la envidia y el resentimiento— y porque carecía de sensibilidad y gusto por las ideas de cualquier índole, no se diga las teológicas. Su lugar específico de nacimiento lo liberó también, inadvertidamente, de aquellos extremos: Jiquilpan había sido hasta cierto punto, en palabras de Luis González, «la oveja descarriada de la diócesis de Zamora», la oveja burocrática, liberal, urbana, política de un entorno profundamente católico. Y aunque suene paradójico, las herejías anticatólicas no partían de Jiquilpan. Para ser fanáticamente radical, tenía que haber sido fanáticamente fanático, y ese privilegio estaba reservado a los oriundos de Zamora, Cotija, Sahuayo o Tingüindín…, como el exseminarista Múgica. El celo de Cárdenas era otro, complementario: traducir en política concreta —de grey, de masas— la doctrina de Múgica.

La fuente mayor de su experiencia política no fue derivada sino directa. Aun sin formularlo, presentía que su trayectoria sintetizaba a la Revolución. La Revolución así, sin más; la expresada en los artículos 3°, 27, 123 y 130. Había en aquel Cárdenas candidato a gobernador un doble sentido —filial y paternal— con respecto a esos ideales: era el legítimo heredero de Calles, de Múgica, de la generación iniciadora de la Revolución. Pero era también el responsable del cumplimiento de sus postulados: había luchado por ellos casi desde la adolescencia.

A la conciencia de encarnar una síntesis se aunaba en Cárdenas un sentido de mando legítimo y casi ilimitado. ¿Cómo no iba a tenerlo si había combatido, en sincronía, a federales, pelones, huertistas, zapatistas, villistas, yaquis, bandidos, alzados; si había sido testigo de Teoloyucan y de la recuperación de la capital por el constitucionalismo; si por un capricho de la fortuna se había librado de ser el apresor de Carranza; si había caído gravemente herido en Huejotitlán sólo para ser salvado, con nobleza y reconocimiento, por sus adversarios?

Sin embargo, aquel sentido casi ilimitado y providencial de mando no se traduciría, en su caso, en actitudes personales de violencia radical. Cárdenas lamenta la «fanatización» del pueblo. Su estilo es otro: la bonhomía de su padre herbolario, la suavidad de su madre, la paciencia indígena de su tía Ángela. También su visión de los problemas sociales llega a ser un tanto diferente de la de su mentor: menos profunda, pero más serena, equilibrada, amplia. No hay en Cárdenas un exseminarista, azote de las sotanas: hay un reformador firme y marcial como Calles, un convencido de sus ideales como Múgica, un implacable manipulador de masas, todo ello enmarcado por un temple humanitario y hasta dulce: el político perfecto.

El 18 de enero de 1929 el general Múgica, director de la Colonia Penal de las Islas Marías, recibe una invitación girada por instrucciones del gobernador Cárdenas para asistir al Congreso de Unificación Obrera y Campesina que tendría lugar a fines de ese mes en Pátzcuaro. Múgica se había enterado ya de la activísima labor de pacificación desplegada por su discípulo y amigo en la zona cristera desde el mes de septiembre de 1928, en que Cárdenas ocupa la gubernatura. Ahora veía con agrado —y quizá con nostalgia— que Cárdenas había experimentado en cabeza ajena: la suya. No se repetirán los errores tácticos del mugiquismo en 1921. Esta vez el gobernador revolucionario crearía desde el principio su brazo político. Jóvenes maestros que eran a su vez viejos mugiquistas, varios miembros del Partido Comunista y de la desbandada liga de Primo Tapia auxiliarían en la integración política e ideológica de la nueva organización: Gabino Vázquez, Ernesto Soto Reyes, Alberto Coria, Antonio Mayés Navarro. Bajo el lema de «Unión, tierra, trabajo», y con el gobernador Cárdenas como presidente honorario, nacía la poderosa CRMDT, Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo.



«Había que llevar la misericordia a sus límites humanos. Por eso recogió y nutrió en su propia casa de México a dieciocho niños.» (E.K.)

Agencia Casasola, *Lázaro Cárdenas en una comida con niños de una casa-hogar, ca.* 1934-1940. © Núm. de inventario: 463185. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Su programa agrario y obrero iba apenas adelante de lo dispuesto ya en la Constitución y en la Ley del Trabajo aprobada en tiempos de Múgica: resolución amplia del problema de tierras, mayor agilidad en los trámites, establecimiento de bancos de refacción, jornada laboral de ocho horas, salario mínimo de 1.50 pesos, asistencia médica y escuelas obligatorias en las haciendas. En caso de reajustes, la confederación formaría consejos para trabajar y administrar por su cuenta los centros paralizados. La conclusión sí rebasaba los límites constitucionales: «Sólo una transformación del sistema capitalista existente proporcionará al obrero su emancipación de la condición de paria».[24]

La grey social de la CRMDT la formaban empleados más que obreros: vendedores de lotería, choferes, boleros, mozos y meseros. Los maestros, agrupados en el Bloque Estatal de Maestros Socialistas de Michoacán, tuvieron desde el principio un papel dirigente. Las mujeres y los jóvenes estaban representados también por sus respectivos bloques, pero el núcleo central de la CRMDT lo constituyeron los agraristas.[25] Cuatro años después de su fundación, la poderosa organización contaba con cuatro mil comités agrarios y cien mil miembros. Era, en la historia del país, la primera organización de masas *inducida* por el gobierno y ligada verticalmente a él.

La CRMDT fue, desde su inicio, un apéndice del gobierno. Este la financiaba con partidas que no se registraban en los libros oficiales. Una de las formas innovadoras de ayuda estatal consistió —además de ponerle casa— en «proporcionar el transporte, regularmente por tren de hasta 14 vagones, para el traslado de todas las delegaciones estatales». Los ayuntamientos proporcionaban el hospedaje.

Hacia 1930, un año después de su fundación, la conseja oficial excluía de hecho a cualquier otra organización representativa de los obreros y campesinos: la CRMDT era la «única institución que respondía a los anhelos de los trabajadores michoacanos». Al frente de los comisariados ejidales no había más ley que los confederados. «El fortalecimiento de la CRMDT», escribe Maldonado, «la llevó a ocupar el 95 por ciento de los puestos de elección popular, desde presidentes municipales, encargados del orden, diputados federales y locales, hasta jueces menores de instancia.» En 1931, el gobierno estatal dio un paso más, definitivo en el fortalecimiento de su brazo político: «Dentro de comunidades agrarias no podrá legalmente constituirse sindicato, ya que éste tiene por objeto la defensa económica y social de los trabajadores contra el capitalista. Los ejidatarios [en cambio] trabajan y administran por sí mismos los ejidos». En reciprocidad con este inmenso apoyo oficial, la CRMDT trabajaba activamente en la fundación de sindicatos y la «organización y transformación ideológica del campesino para que solicitaran tierras… apoyando las medidas legislativas del general Cárdenas».

El poder público tenía otro vértice: el gobernador. En Michoacán, Cárdenas comenzó a labrar para sí un prestigio mesiánico. Allí donde su brazo político —la CRMDT— agitaba, manipulaba, removía, Cárdenas acudía con el bálsamo de su presencia. Victoriano Anguiano, joven abogado exvasconcelista, hijo de un rico cacique indígena de San Juan Parangaricutiro muerto en 1928 por los cristeros, solía acompañarlo en sus giras por los pueblos indígenas, arengando a éstos en su lengua nativa: el purépecha.

Todos los pueblos de Michoacán fueron testigos de su peregrinaje. Era campechano, cordial, afectuoso, atractivo, sedoso, y, sobre todo, activísimo. Estampa típica: en Turicato

hay fiesta por la visita del gobernador. Sones de la tierra, corridos, orquesta típica lugareña, ricas corundas, saboreo de chorupos, plática con los maestros, saludos a los adultos, caricias a los niños. La simpatía del gobernador no desciende nunca a lo chocarrero. Tienen un sentido estricto, casi litúrgico, de la solemnidad, como lo prueba su atuendo: no se disfraza de campesino, lleva siempre traje oscuro. Era hombre serio y que infundía respeto. Su principal virtud —herencia de la muda y santa madrina Ángela— es saber escuchar:

«Este es mi deber y tengo que cumplirlo. Defraudaría las esperanzas de toda esa gente que ha venido desde tan lejos a plantearme sus problemas, si yo turnara sus asuntos a un ayudante. Aunque no siempre pueda darles satisfacción, sé que se sentirán contentos con haberme hablado personalmente».

¿De dónde ha sacado Cárdenas el sentido paternal y misericordioso del poder? Luis González (oriundo de la misma zona y profundo conocedor así de la mentalidad michoacana como de la vida del general Cárdenas) piensa que el origen está en su trato desde tiempos infantiles con los sacerdotes de pueblo. Su figura no se diferencia mucho de la del minucioso padre Othón, fundador de San José de Gracia, que lo mismo construyó «el curato, la escuela y el templo» que «trajo maestros, acarreó artesanos, usó la representación teatral y otros medios para consolidar la doctrina cristiana en la feligresía; visitó a la gente, vapuleó a los borrachos y jugadores; trató y contrató con los campesinos sobre tierras y ganados». Tampoco se distingue la figura de Cárdenas de la de otro cura de San José: Federico González, que igualmente fracciona tierras y atiende la escuela como introduce en el pueblo variedades mejoradas de maíz, fruticultura, agua, árboles de ornato y diversiones charras. El sacerdote como gestor no sólo de la salvación espiritual sino del bienestar

material de la comunidad. Algo tenía Cárdenas también de la constante movilidad que el famoso obispo Cázares había impuesto a los sacerdotes de su jurisdicción. Aquellos curas recordaban en cierta manera a los misioneros del siglo XVI, pero su carácter era menos evangélico, más práctico. Fue entonces, seguramente, cuando los indígenas tarascos, de vida intacta desde tiempos de Vasco de Quiroga, pusieron al gobernador el sobrenombre perfecto: «Tata Lázaro».

El poder paternalista tenía, por desgracia, otra vertiente: la del sentido absoluto. Cárdenas se mostraba casi impermeable a la crítica. Lo caracterizaba un orgullo exacerbado. «Era muy difícil que reconociera sus equivocaciones, aun cuando pasado algún tiempo las aceptara»:

«Cárdenas intervenía», recuerda Anguiano, «en todos los ámbitos de la administración pública, mezclándose en las atribuciones de los poderes judicial y legislativo. En su afán de escuchar y atender a todo ser humilde que se acercaba a plantearle sus querellas o sus problemas, se enteraba de las cuestiones judiciales y ofrecía que había pronto y eficaz remedio a la queja que se le alzaba, y daba o mandaba instrucciones a las autoridades judiciales. A los componentes de la cámara local de diputados los trataba como simples empleados, aniquilando toda iniciativa que pudieran tener. Se limitaban a votar sin discusiones los decretos o leyes que les mandaba».[26]

En el campo político-electoral se reflejaba este mismo criterio. Los miembros de la CRMDT, sus fundadores, dirigentes o personas completamente identificadas con ella tenían preferencia para los puestos de elección popular. Excepto cuando el gobernador quería proteger a alguna gente con una curul, pues entonces, aunque no fuera de los jerarcas de la Confederación, se le aceptaba, habilitándosele las ideas

revolucionarias de que podía carecer.

Durante los cuatro años del gobierno del general Cárdenas, la cámara local de diputados la integraron casi los mismos individuos. Es decir, como los diputados duraban dos años en el ejercicio de sus funciones, los que entraron con él en septiembre de 1928 se reeligieron en 1930. En la primera legislatura figuró su hermano Dámaso, quien fue designado gobernador interino en 1929, cuando el general Cárdenas fue nombrado jefe de la columna del noroeste para combatir la rebelión escobarista.

Por lo que respecta a los diputados locales y federales, tenían también preferencia como candidatos los protegidos y amigos del gobernador y los líderes de la Confederación, sin tomar en cuenta a los otros sectores sociales que constituyen el pueblo en su totalidad. A algunas personas que ni siquiera eran de los distritos (o, siéndolo, nunca habían radicado en ellos, y desconocían por completo sus problemas y necesidades) les tocaba la gracia de una diputación federal.

Por lo que respecta a los municipios, se cubría la fórmula de que las organizaciones intervinieran de alguna manera en la elección de regidores. Pero los líderes mayores y menores, y sus incondicionales, eran realmente los que tomaban las decisiones; la verdadera mayoría o masa de trabajadores no estaba en condiciones de deliberar para hacer selecciones y consentían a los municipales que salían indicados.

Debido a la división reinante en la mayoría de los municipios, a las pugnas intergremiales o a la necesidad de que una persona «revolucionaria» y con energía ayudara a realizar las ideas centrales del gobierno, se acudió a la medida de mandar presidentes municipales de nombramiento, que muchas veces no sólo no eran del municipio, sino ni siquiera del estado.

Se registraba así el fenómeno de que las divisiones y luchas entre los grupos imponían, como garantía o remedio a las graves consecuencias que generaban, la solución de mandar una persona extraña y ajena a los bandos en contienda para que ejerciera el gobierno municipal.

¿Conocía Cárdenas los excesos de prepotencia y arbitrariedad que cometían los líderes confederados? Seguramente, pero debió de considerarlos un mal menor. Antes que velar por la libertad electoral o la división de poderes en cualquier nivel, el Estado tenía una misión revolucionaria y tutelar. Cárdenas mismo lo resumió así en su último informe de gobierno:

«No es posible que el Estado, como organización de los servicios públicos, permanezca inerte y frío, en posición estática frente al fenómeno social que se desarrolla en su escenario. Es preciso que asuma una actitud dinámica y consciente, proveyendo lo necesario para el justo encauzamiento de las masas proletarias, señalando trayectorias para que el desarrollo de la lucha de clases sea firme y progresista».[27]

Se trataba formalmente del Estado previsto en la Constitución de 1917, aunque muy distinto en la práctica del que había previsto Carranza o del que construían los sonorenses Calles y Obregón. En su lógica política —que no en sus fines— se acercaba más al paternalismo integral de Porfirio Díaz, pero los tintes radicales y las estructuras integristas con que los dotó Cárdenas sólo eran imaginables en una región de raíces y tensiones religiosas tan profundas como Michoacán. La Iglesia llevaba siglos congregando —integrando— a su grey en todo el país: en la vida material y la espiritual, en el ámbito local y el regional, en el campo y el círculo obrero. Pero en el corazón del México viejo, su

presencia era más viva y global que en otras regiones. Debido a esa cercanía con la Iglesia, el nuevo edificio político que construía Cárdenas tenía por fuerza que subrayar los elementos de conflicto y competencia con aquel otro Estado. Y, lo que es más notable, aun de modo inconsciente tenía que imitarlo. El Estado como Contraiglesia.

Estrechamente ligado a los dos vértices —el frente único de trabajadores y el poder ejecutivo—, un tercer vértice completaba el esquema, el brazo sacerdotal: los maestros. Así como la Iglesia daba enorme importancia a sus escuelas y seminarios, a sus plegarias y homilías, el nuevo Estado se empeñaría vigorosamente en una educación social que permitiera a «los niños convertirse en verdaderos seres humanos, en hombres de empresa y de acción». «El gobierno», decía Cárdenas, «considera como asunto de inaplazable solución orientar, precisa y uniformemente, la educación pública en consonancia con las necesidades colectivas y los deberes de solidaridad humana y… de clase que se impone en la etapa actual». Había que «socializar la escuela» bajo normas cooperativas y sindicales, imbuir en niños y adultos sentimientos de fraternidad y solidaridad, dejar a un lado —en palabras de Cárdenas— «los conocimientos inútiles y quintaesenciados transmitidos dogmática y cruelmente». El brazo político, la CRMDT, declaraba: «Sólo el suministro de una educación adecuada logrará liberarlos de la acción de los curas y sustraerse del yugo capitalista». Los maestros, en suma, debían convertirse en agentes del cambio social, en portadores de «la nueva ideología revolucionaria».[28]

El gobierno de Cárdenas dedicó casi la mitad de su no muy abultado presupuesto a fomentar la educación y, con la promulgación de la ley reglamentaria, en breve tiempo logró

que varias decenas de negociaciones y haciendas abrieran escuelas. Entre 1928 y 1932 se crearon, en conjunto, 472 escuelas. Para «modificar la actitud espiritual de los individuos, para que se desplace de una vez por todas el fanatismo». Cárdenas concentró sus esfuerzos a partir de 1929 en la antigua zona cristera: Coalcomán, Apatzingán, Tierra Caliente.

Las misiones culturales —calcadas de los maestros «saltimbanquis» inventados por Vasconcelos— no se preocupaban ya por distribuir *La Ilíada* o los *Diálogos* de Platón. Su cometido principal era «desfanatizar y «desalcoholizar». Lo intentaban como los curas, mediante pequeñas representaciones teatrales. Esta obra se complementaba con clases de jabonería, conservación de frutas y fomento deportivo.[29]

En recuerdo quizá de su mentor político —el presidente Calles—, que en Sonora había creado las escuelas prácticas Cruz Gálvez para varones y señoritas, Cárdenas fundó en Morelia la Escuela Técnica Industrial Álvaro Obregón y la Josefa Ortiz de Domínguez; como en sus homólogas sonorenses, en las michoacanas se enseñaba toda suerte de oficios: talabartería, forja, zapatería, carpintería… En la zona cristera de Coalcomán y en el pueblo indígena de Paracho el gobierno intentó también, con regular éxito, la apertura de este tipo de centros.

La capacitación ideológica de los maestros era un punto clave para el buen resultado de la cruzada. Desde el inicio de su gestión, Cárdenas había separado a la Normal de Maestros de la Universidad Nicolaíta, subordinando aquélla al poder ejecutivo. En excelentes pupitres elaborados por los reos de las Islas Marías, los maestros leían autores de «reconocido prestigio e ideología revolucionaria». La Escuela Normal se

hizo mixta —para horror de los mojigatos— y de ella comenzaron a salir los bien remunerados cuadros para la CRMDT.

Además de maestros, los maestros eran sobre todo agentes de cambio revolucionario, expertos en asuntos sindicales y cooperativistas. «Dábamos», recuerda uno de ellos, «cátedra de civismo avanzado… así empezábamos a organizar, a aconsejar mejor dicho, a los peones a que se organizaran y pidieran tierras y se iban creando ejidos». Los centros de enseñanza eran «focos de fermentación ideológica» donde se distribuían las grandes ediciones de propaganda socialista financiadas por el gobierno. A menudo, los maestros tenían que acudir armados a las haciendas porque los hacendados y sus guardias no se cruzaban de brazos a escuchar sus prédicas.

Los esfuerzos positivos de alfabetización y enseñanza técnica dieron mejores frutos que los empeños por desfanatizar y desalcoholizar. El caso de Tzurumútaro, donde el profesor Múgica Martínez participó con la comunidad en la quema de santos, fue sin duda excepcional. Más generalizada fue la experiencia del profesor Corona Núñez, que trabajó en la escuela de Apatzingán en 1930: terminó por admitir los pobres resultados de la campaña contra la embriaguez. «La gente», escribió, «era muy dada al alcohol, además la mayoría estaba siempre amancebada y había gran cantidad de adulterios, siempre se encontraban borrachos y con la mujer de otro».[30]

No sólo el alcohol, el fanatismo y los hacendados dificultaban la labor de los maestros revolucionarios; también los maestros no revolucionarios: «Cárdenas encontró», escribe Weyl, «que una gran proporción de los maestros se conducían en forma absolutamente neutral con respecto a la religión en los salones de clase y se negaban a adoctrinar a los

educandos con teorías revolucionarias». Ante esa situación, la CRMDT decidió llevar a cabo una depuración ideológica dentro del ámbito normalista para excluir a todos los maestros que carecían de una «ideología avanzada». Así llegó a crearse una «comisión depuradora» encargada de investigar la posición ideológica de todos los maestros. En su último informe de gobierno, Cárdenas dirigió a los equivocados un suave anatema por no haber alcanzado «ni la influencia ni la consideración que debe a su ministerio», y defendió al maestro como «guiador social»:

«…el encauzador que defienda los intereses y aspiraciones del niño proletario en el calor de la lucha social, porque tanto como saber modelar en forma integral las aptitudes y funciones espirituales del niño, interesa el encarrilamiento legal de poderes en la conquista cada vez más firme y dignificante de los derechos del trabajador».[31]

Frente a la Universidad Nicolaíta, el gobernador mostró inicialmente recelo. Pensaba, sin duda, que era encarnación de los «conocimientos inútiles y quintaesenciados», prueba viva de la «mezquindad y egoísmo de las clases cultas». Múgica le había aconsejado socializar las profesiones, pero por lo pronto Cárdenas decidió socializar con los alumnos. La idea surtió efecto.

En su último informe de gobierno, Cárdenas también se refirió a la alianza del poder político con el estudiantil.

«Ni engreídos con el poder, ni egoístas, los hombres de la Revolución tienden fraternalmente la mano a los universitarios para mostrarles cuál ha sido el camino que ya se recorrió y cuáles los campos que debe seguir cultivando la humanidad en constante lucha por su mejoramiento.»

Entre esos campos estaba el problema agrario. Cárdenas propició la creación de un instituto de investigaciones sociales

y económicas con el fin de mejorar científicamente los procedimientos del reparto agrario. Había que incrementar la producción agrícola, pero limitar la «plétora» inútil de profesionistas. Por eso Cárdenas destruyó la autonomía de la educación superior, aunque, según Weyl, le dio un giro científico para contribuir a la reconstrucción técnica del país.

También el arte debía servir a los propósitos pedagógicos. En Jiquilpan se levantó, al poco tiempo, la estatua de don Hilario de Jesús Fajardo, aquel maestro merced a quien el gobernador había adquirido la devoción por los árboles. El pintor Fermín Revueltas recibía la encomienda de pintar dos murales en el Palacio de Gobierno: *Encuentro de Hidalgo y Morelos en Charo e Indaparapeo* y *Celebración del Primer Congreso Constituyente en Apatzingán*. Y desde la hermosa finca Eréndira que poseía en Pátzcuaro, Cárdenas podría contemplar la inmensa figura de Morelos que se erigía ya en la isla de Janitzio. Nuevas greyes, nuevos sacerdotes, nuevos seminarios, nuevo Evangelio, nuevos santos, nuevos símbolos sobre una misma mentalidad.

No contento con la casi absoluta pacificación de la zona cristera a partir de los arreglos de 1929 y la reapertura de las iglesias, Múgica incitaba en enero de 1930 a su querido «cabecilla» para que exterminara cualquier presencia del clero: «…mientras estos individuos queden en sus puestos en donde agitaron y revolucionaron, serán ellos los vencedores y no nosotros».

Desde los últimos meses de la guerra cristera —los primeros de su gubernatura—, la táctica de Cárdenas había sido la opuesta. En vez de colgar cristeros, procuraba convencerlos, amnistiarlos, presionarlos. Así había logrado la rendición del líder Simón Cortés, en diciembre de 1928. En Aguililla, Cárdenas había convencido al padre Ríos de

treparse en un avión y gestionar la rendición de las tropas alzadas. Un hermoso testimonio popular recuerda los afanes de Cárdenas y su carácter, muy claro, de guardián sacerdotal:

«Cárdenas entregó el templo del Sagrado Corazón. Era teatro, allí estaba Hidalgo, Morelos y Benito Juárez en bulto. Y como el padre Ceja era amigo de Cárdenas…

»El general le dijo al padre Ceja:

»—Cejita, te vaya entregar tu templo. Pero ¿cómo le vamos a hacer para los héroes que tenemos ahí de la patria?

»Entonces el padre se aflige y luego el que venía de asistente o compañero del general dijo:

»—Yo me encargo, yo le prometo que no sufren un desperfecto».

Fomentó ampliamente la masonería, creando «el Gran Rito Nacional, logia herética que habría de manejar con fines políticos». Quería «emancipar a los obreros y sus familias para que, sin las tenazas del fanatismo confesional, puedan adentrarse en los planos de sus luchas clasistas con plena libertad espiritual». A su cercano lugarteniente Ernesto Soto Reyes le confesó alguna vez: la desfanatización «no interesa, lo que me preocupa es la cuestión social». Con todo, a mediados de 1932 Cárdenas introduce la ley reglamentaria del artículo 130 constitucional y limita a tres el número de ministros «de cualquier culto» en cada uno de los 11 distritos.[32] ¿Por qué lo hace? Desde las Islas Marías, Múgica brinca de satisfacción: «incontrastable esfuerzo su gobierno para colocar entidad michoacana a la altura de estados más cultos y revolucionarios». Pero las razones de Cárdenas han sido otras: sus medidas agrarias… con la Iglesia habían topado. El sólo reaccionaba en represalia.

Ante su propio decreto, la actitud personal del gobernador era de tolerancia. Por desgracia, el gobernador no tenía el don

de la ubicuidad. Los maestros del brazo político —la CRMDT— actuaban también, pero de modo agresivo. A ellos sí les importaba, ante todo, la desfanatización, y Cárdenas los dejaba hacer. En varias ocasiones la sangre llegó al río. En el pueblo indígena de Cherán; una Semana Santa, el choque entre fanáticos desfanatizadores y fanáticos produjo más de treinta muertos e incontables heridos.[33]

Uno de los maestros radicales de la CRMDT, Salvador Sotelo, recordaba muchos años después: «Teníamos que representar un radicalismo, pues estaba muy metida la fama de los que se creyeran comunistas». En su desempeño como maestro en Ario hacia 1930, Sotelo tañía las campanas para desfanatizar y suministrar «sacramentos socialistas»: «Recibe la miel que la laboriosa abeja, símbolo del obrero, extrae el néctar de las flores, para que tu vida sea placentera».[34] Diez años más tarde, desaparecida —por orden del presidente Cárdenas— la CRMDT, el profesor Sotelo se sentiría abandonado, traicionado: «Antes la fama de comunista … pero no es posible … Ahora yo he sacado en consecuencia que la ideología del pueblo es de ser muy adherida a la religión católica».

Entre 1917 y 1928 los gobiernos de la Revolución habían entregado en Michoacán 131.283 hectáreas a 124 pueblos. En sus cuatro años de gobierno, de septiembre de 1928 a septiembre de 1932, Cárdenas rebasó esas cifras: repartiría 141.663 hectáreas ociosas. Durante su gestión expidió una ley de tierras ociosas destinada «a aliviar la presión de solicitudes», otra de expropiación por causa de utilidad pública y una más sobre contratos de arrendamiento en las comunidades indígenas.[35]

Mientras el Jefe Máximo declaraba en México que el ejido había fracasado, Cárdenas afirmaba: «No hay fracaso ejidal; lo

que falta es que los campesinos cuenten con mayores elementos para cultivar la tierra … el ejido … será la base de la prosperidad del país».[36]

Los primeros en oponerse a la política agraria del gobernador fueron, por supuesto, los hacendados. A la mayoría no le asistía la razón, pero le sobraban los recursos: salvaguarda de tierras fértiles, buenos abogados, guardias blancas, sindicatos blancos, fraccionamientos simulados o preventivos, etc. Cuando la Cámara de Comercio, Agrícola e Industrial le pide en 1930 el cese del reparto, Cárdenas responde —siempre firme pero comedido— que faltaba aún mucho por dotarse y conmina «a los propietarios de dar facilidades al gobierno … convencidos de que no existe otra solución al problema agrario en Michoacán y en la República entera».

Tan enérgica o más que la de los hacendados fue la oposición generalizada de los sacerdotes. Un caso extremo: el padre Trinidad Barragán, de Sahuayo, imploró en público a Dios que «la tierra se tragara a los agraristas». Con todo, había otros sacerdotes contrarios al reparto ejidal —no al fraccionamiento— por razones menos viscerales. En San José de Gracia, por ejemplo, desde 1926 el padre Federico González había realizado por su cuenta el fraccionamiento en parcelas de la hacienda El Sabino:

«El padre Federico», escribe Luis González, «no considera herejes ni impíos ni malvados a los agraristas; no juzga al agrarismo desde un punto de vista religioso; lo condena apoyado en razones de índole económica y social. Basado en la corta experiencia de la vida ejidal en su pueblo y en los lugares próximos a él y en las opiniones adversas a la reforma agraria que propala la prensa periódica, no cree en la eficacia del ejido; lo considera causa de tres males mayores: la

disminución de la productividad en las pequeñas propiedades; el mal uso de la tierra por parte de los ejidatarios y la división social que acompaña y sigue al reparto… Se erige, pues, en apóstol de la pequeña propiedad. Congrega a su alrededor y unifica a cuatrocientos propietarios con el fin de contener el avance del agrarismo en la región de San José. Su lucha es contra el agrarismo, no contra los agraristas; a favor del parvifundio, no de la hacienda. Si presta su apoyo a los medianos propietarios es porque sabe que sus hijos serán pequeños propietarios».[37]

Lo más extraño de todo, a los ojos de Cárdenas, debió de ser la oposición de los propios peones acasillados al reparto. «La acción política del gobernador», escribe un estudioso del periodo, «aunque beneficiaba a las masas campesinas, no tuvo eco en todas ellas.» En Sahuayo, población de ocho mil habitantes, había 15 agraristas. En Jacona, el agrarista Martín Rodríguez tuvo que traer gente fuereña para que aceptase las tierras. En Zacán, un testigo recordaba el día en que «los del gobierno» se habían apersonado para el reparto:

«Nosotros no habíamos pedido eso del ejido, ni sabíamos qué era eso. Por eso cuando llegaron los del gobierno pensamos que otra vez andaban buscando cristeros y no les creíamos nada y no queríamos aceptar lo del ejido… Pero ellos ahí estuvieron hable y hable, cantándola finito, que si el gobierno era esto, que si el gobierno era esto otro… Hasta dos o tres días se quedaron y nos dejaron los papeles».[38]

Pero el caso tal vez más dramático para Cárdenas fue el de la enorme hacienda de Guaracha, contra la que habían litigado sus propios antepasados maternos del pueblo de Guarachita. Las primeras solicitudes de tierra en Guaracha las hace un grupo de «norteños» llegados a la zona a raíz de la crisis del 29. Aunque los peones de Guaracha piden en masa

que se castigue a los fuereños solicitantes, el 23 de julio de 1931 se publica en el periódico oficial la solicitud de dotación de ejidos a los vecinos de Guaracha. Por esos días se aparece en la hacienda el mismísimo gobernador. Heriberto Moreno,[39] autor de un estudio ejemplar sobre la hacienda de Guaracha, recogería muchos años después los testimonios de primera mano:

«Vino a un convivio y les habló que qué era lo que querían; pero como aquí todos éramos católicos, rehusaron a ese reparto de tierras, sin saber si serían beneficiados o no… La gente lo trató bien pues en realidad la gente no sentía odio… el pueblo aclamó mucho a don Lázaro… nomás se trataba de don Lázaro y la gente estaba quieta… Frente a él no se vido *[sic]* ninguna manifestación mala… [aunque era natural que] toda la gente que trabajaba a gusto tenía que estar disconforme con la proposición, con lo que venía a ofrecer él».

«Alguien recordaba», apunta Moreno, «que don Lázaro no quiso probar alimento.» Mientras él les hablaba sobre la conveniencia del reparto —advirtiéndoles que, de no aceptarlo, tendrían que trabajar como jornaleros para los peones de los alrededores que ya estaban solicitando tierra—, la multitud en los pórticos gritaba: «Nosotros no queremos tierra sino culto». Corre la leyenda de que la vida de Cárdenas pendió de un hilo. No hay duda de que salió contrariado, pero no derrotado. La demanda de tierras firmada por el puñado de agraristas siguió su curso.

Antes de que, por el censo oficial, se comprobara que la abrumadora mayoría de los habitantes de Guaracha se oponía al reparto, la Comisión Agraria había recibido 27 pliegos con mil firmas censurando al zapatero Abel Prado —líder de los agraristas— y a sus 16 amigos:

«Los agraristas no son ni seis y se dedican a otras cosas que no son la agricultura… los que aparecen como agraristas son comerciantes, arrieros, zapateros… ¿no tenemos derecho a ser escuchados y atendidos? ¿No es la voz del pueblo… a quien se debe escuchar?».

Era la voz del pueblo pero, a juicio de la autoridad, la voz estaba equivocada o, peor aún, manipulada por el capellán y el hacendado. ¿Se oponían al reparto por miedo o por convicción? Lo cierto es que se oponían. El caso se prolongó hasta que en 1935 Cárdenas visitó, ya como presidente, el pueblo vecino de Totolán. Hasta allí llegaron los agraristas:

«Ya fuimos a Totolán, Isaac Canela, Antonio Andrade y otros. Pensamos presentarnos primero a don Dámaso, que acompañaba a su hermano… Toda la gente de Totolán parecía que nos quería comer con los ojos… No nos dejaban pasar las mujeres… Entramos… Iba yo hasta temblando… Ya le hablamos al general. Estuve a ofrecerles toda la tierra para no agarrarles ni un metro y no quisieron…

»Y uno gritó:

»—Sí, general; y hasta lo querían matar.

»Entonces ya me animé y dije:

»—Esas gentes, como su ejército a usted, general, le son fieles a su patrón… Como el combate que tuvo usted con Buelna acá para el lado de Colima, que murieron al lado de usted todos los oficiales… Así considere esa gente que son muy ignorantes y no saben.

»Entonces le habló don Dámaso… Mandó llamar a un ingeniero.

»—Dale ejido a Guaracha… ¿Cuántos habitantes son?

»—Cerca de ochocientos padres de familia.

»—Dales para trescientos cuarenta o trescientos

cincuenta… ¡Vete; ya hay ejido!

»No hubo censo, no hubo política, no hubo nada; nada más una palabra de don Lázaro».

Todavía —agrega Moreno— cuando, el día 21 de octubre de 1935, se presentó

«una nueva solicitud de dotación de tierras, bajo el nombre de "Tenencia Emiliano Zapata", fue difícil completar el número sugerido por "el General" en Totolán. Aún para esa fecha los "acasillados" se hallaban bajo el imperio de la duda y el temor de las amenazas… ¿Nunca habrían deseado ni llegarían nunca a desear una tierra que siempre fue del amo? El caso es que ninguno de sus antepasados había perdido el mínimo pedazo de tierra frente a la hacienda. Nadie jamás había transmitido, con la protesta por el despojo sufrido, el coraje por el rescate. No podían poseer una tierra que había pasado a ser, en su inmensidad, la medida de su mundo laboral, social, religioso y, para algunos, hasta físico. ¡Qué difícil hubiera sido que aspiraran a poseedores estos poseídos por la tierra!».

La actitud de algunos se explica quizá con otra pregunta: ¿poseer una parcela ejidal era, en verdad, poseer la tierra?

Las tierras que finalmente tocaron a la gente de Guaracha no fueron las mejores. Algunos prosperarían, otros no. Con los «tiempos nuevos» vendrían nuevos males: el abuso del crédito y el endeudamiento, la desigualdad entre ejidatarios como consecuencia del acaparamiento de parcelas, el cierre del molino de la hacienda, el desaliento, la emigración. Cuando crecía la Laguna de Chapala, la gente dejaba que el agua inundara las tierras de la exhacienda. En los «tiempos viejos», recordaban los ancianos, la reacción había sido distinta: la gente ponía diques y costales. Con todo, el ejido crecería. Pronto estarían las escuelas, los transportes, las

clínicas y el ajetreo para probarlo.

A fines de 1913, en una de sus primeras correrías revolucionarias, Cárdenas había asistido a una entrevista de su jefe, el exzapatista Guillermo García Aragón, con el cacique indígena de la zona de Cherán, Casimiro López Leco. Tuvo entonces la primera noticia de los contratos leoninos celebrados por las comunidades propietarias de los montes con el norteamericano Santiago Slade. Bajo presión y amenaza de los prefectos porfiristas, los representantes indígenas habían cedido su inmensa riqueza forestal por 99 años a precios ridículos.[40] Veinticinco años después, al llegar al poder, Cárdenas rescató de manos extranjeras esa riqueza y la devolvió a sus dueños.

Sentía amor auténtico por los indígenas. Según su propio testimonio, nacía del cariño por su madrina, Ángela, cuya madurez realzaba de modo dramático sus rasgos indígenas. Como gobernador no escatimaba tiempo para escucharlos, aconsejarlos y tratar de dirimir sus diferencias. Ya para finalizar su gestión, escribe a Múgica desde Paracho:

«Siento no poder permanecer mayor tiempo aquí. Pasaría con gusto un año. Ojalá y el gobernante entrante tuviera en su programa dedicar todo el segundo o tercer año de su gobierno estableciéndose en Paracho. Sería de enorme beneficio para la clase indígena, que tiene serios problemas como es la falta de enseñanza agrícola y su desarrollo industrial. Voy a dejar iniciada esta obra y la recomendaré con todo calor».

Por esas fechas la Estación de Cultura en Carapan había sido atacada con piedras y armas de fuego por indígenas que temían el atropello a sus costumbres. Al llegar Cárdenas, la plaza enmarcaba un espectáculo extraordinario:

«…se destacaban los colores intensos de los rebozos azules,

morados o de otros tonos chillantes que enmarcaban los rostros morenos con los vientos albísimos de las *guares* [señoras] y *yuritzquiris* [doncellas]; y de las fajas bordadas de estambres que ciñen sobre la cintura de las mujeres, los rollos de paño de lana auténtica, plisada, que llevan como enaguas… Los hombres estoicos y reservados parecían estar rememorando las gloriosas épocas del esplendor del Tiriácuri en el Imperio purépecha. Me encargó el señor gobernador les explicara que habían sido engañados por quienes les dijeron que aquellos misioneros de la cultura iban a quitarles la religión católica. Y les hiciera ver las enseñanzas que iban a impartirles a niños y adultos, para que vivieran mejor y con menos insalubridad y miseria. Comencé mi arenga en español, pero bien pronto me di cuenta que echaba agua al mar. Entonces comencé a explicarles en nuestro dulce y armonioso idioma purépecha y el efecto fue mágico. Los rostros se transformaron en gestos de confianza, miradas de comprensión y sonrisas de reconocimiento… Y claro que entendieron y aceptaron mis explicaciones; y la reserva, la duda y la desconfianza, con que ven siempre las gentes que descienden de las culturas pre-colombinas a los mestizos, los blancos y sus acciones, se convirtieron en alegría ingenua y confianza plena».[41]

Anguiano se engañaba un tanto: no era sólo el dulce idioma purépecha lo que disolvía la reserva, la duda, la desconfianza, sino la mirada sincera del hombre a su lado: «Tata Lázaro».

Como buen discípulo del presidente Calles, el gobernador Cárdenas medía el progreso en metros lineales, cuadrados y cúbicos. Ejemplo de lo primero fue la extensa red de carreteras y caminos que inauguró e inició. Su orgullo, claro, lo constituía la ruta México-Guadalajara, que tocaría también Zitácuaro, Ciudad Hidalgo, Zinapécuaro, Pátzcuaro, Zamora,

Jiquilpan. En su periodo se abrieron las rutas de Morelia a Huetamo, Quiroga a La Huacana y Uruapan a Coalcoman, con brecha hacia Balsas. Se proyectó además el tren Uruapan-Zihuatanejo y se terminaron campos de aterrizaje en varias ciudades.

Desde las Islas Marías, Múgica redactaba —con regular ortografía— su felicitación al exdiscípulo:

«Incisto *[sic]* en serle fiel a mi divagado cabecilla y no obstante su silencio ya largo le escribo en momentos en que seguramente se encuentra lleno de legítima satisfacción viendo que sus distritos del estado se comunican mediante la carretera de su iniciativa y tesón. Créame que yo estoy gosando *[sic]* interiormente tanto como usted, pues comprendo el emporio de riquesa *[sic]* y más que todo el boquete que abrimos a nuestras doctrinas y tendencias estableciendo fácil comunicación con gentes que hasta ahora contaban con sólo la aparente abnegación del cura que sentaba sus reales en la misma naturalesa *[sic]* bravía, aislada e inclemente de ellos».



«… la cordialidad con que trataba a los indígenas. Los tomaba de la mano y los hacía erguirse para que lo vieran de frente. Quería atender todas las peticiones y resolver las necesidades de los pueblos.» (Victoriano Anguiano)

Agencia Casasola, *El presidente Lázaro Cárdenas en un mitin con campesinos, ca*. 1938. © Núm. de inventario: 6385. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

¡Asfalto contra los curas! En su carta, Múgica no mencionaba los grandes avances de Cárdenas en metros cuadrados y cúbicos: desecación de aguas pantanosas, bordos en Chapala, calzada sobre Cuitzeo, encauzamiento del Duero. De haberse enterado les habría encontrado, sin duda, una utilidad doctrinal.

El 9 de abril de 1932 «el cabecilla» escribía al exiliado:

«Mi propósito [es] dedicarme, al terminar mi periodo de gobierno, [a] ayudar a la Confederación de Trabajadores de Michoacán a su desarrollo económico a base de un mejor sistema de trabajo elegido y a conseguir la mejoría del salario. Me propongo quedar con la Confederación un año inmediatamente después del próximo septiembre. Y sobre este plan de carácter económico hablaré a usted próximamente para oír su opinión autorizada. Porque estimo que los organismos deben tener por objeto no únicamente contenerse con lo exiguo que hoy tienen, sino realizar una acción de mejoramiento práctico, aplicando una acción uniforme de todos los miembros confederados para que en esta forma vean prosperidad en los ejidos y mejoría en los salarios. Y la organización de trabajadores de Michoacán, que ha reunido en su seno una mayoría, necesita orientación y un plan de trabajo en el que obtengan resultados satisfactorios y no negativos».

Esta vez don Juan Gene Mu (seudónimo de Múgica) emitió una opinión enteramente práctica, nada doctrinal. Sentía «el placer de ver idealizar» a su exdiscípulo, y le diría por qué:

«…cada día que pasa me confirma más en la idea de que el mando es una necesidad ingente en nuestro medio político y social, sin esta condición nadie vale nada en México, así sean claros los antecedentes y halagadoras las circunstancias, pero la verdad brutal, tajante, incontrovertible es que sin el mando

todo valimiento vale pelos —y perdóneme la frase tan vulgar en esta carta tan seria.

»Si usted tiene pues, que de hecho sé que lo tiene, empeño en salvaguardar los ideales de la Revolución y de conservar por lo menos algunas de las organizaciones de manifestación que han logrado crearse, llenas de dificultades y restricciones, conserve usted el mando militar».

Cárdenas siguió al pie de la letra el excelente consejo. Daba en el blanco, además, porque entre todos los problemas que tenía ante sí sobresalía entonces el de la sucesión. El candidato natural a sucederlo, el hombre que aseguraba la continuidad de su programa, era Ernesto Soto Reyes, personaje central en la CRMDT y presidente del comité estatal del PNR (Partido Nacional Revolucionario). Lo apoyaba Múgica, quien desde principios de año también se apoyaba discretamente a sí mismo (¿debía escribir una carta abierta a los amigos que lo proponen?, pregunta a Cárdenas). En todo caso, su recomendación al amigo es evitar la imposición y acudir al plebiscito interno.

«Pero el gobernador», escribe Anguiano, «tenía otros designios. En lugar de escoger como sucesor uno de sus incondicionales o adictos, que seguramente hubieran contado con el formal asentimiento de la CRMDT para dar la impresión de que la voluntad de la mayoría de obreros y campesinos lo escogían, determinó que lo sucediera en el poder un hombre completamente alejado del movimiento social extremista y sectario que él había prohijado y desarrollado; que por su situación personal y su grado en el ejército, era de sentido común advertir que no sería un sujeto pasivo y sumiso a los deseos e intereses directos o indirectos del gobernador y del organismo que había creado y que consideraba su obra maestra y muy amada. Fue así como se

sacó de su tranquila y severa vida militar al general de división don Benigno Serrato.»[42]

«La sucesión de usted», escribe contrariado Múgica al enterarse, «será funestísima para todo lo que significa impulso popular societario y económico». ¿Qué hilos extraños habían movido a «la Esfinge de Jiquilpan»? ¿Respeto al principio de no reelección, así fuera a trasmano; deseo de resaltar su obra, imposición del Jefe Máximo, marcha atrás? Ninguna conjetura extirpaba el desconcierto.

Cabe una más. En los meses del «destape» michoacano, Cárdenas no se encontraba en su mejor momento político. Su gubernatura se había interrumpido varias veces: a principios de 1929, para combatir en Sonora la rebelión escobarista; de noviembre de 1930 a agosto de 1931, para ocupar la presidencia del PNR; de agosto a noviembre del mismo año, para cubrir la cartera de Gobernación. Aunque de todas esas encomiendas había salido airoso y en buena relación con tirios y troyanos, a mediados de 1932, con el «destape» presidencial a unos meses de distancia, su situación era incierta. Todo parecía indicar que los políticos callistas —no necesariamente Calles— dudaban de su lealtad.

En agosto de 1932 Cárdenas se cura en salud: envía a Calles copia de una nota anónima en que se le inculpa de entregar armas a los campesinos y preparar un levantamiento general. El 30 de agosto Calles lo tranquiliza… un poco: «Repítole una vez más que [el] concepto [que] tengo de usted es muy elevado, estando seguro siempre será usted mi mejor amigo».

El breve periodo de ostracismo que Cárdenas sufrirá al dejar la gubernatura —los dos últimos meses de 1932— confirmaría un tanto sus sospechas: se le envía a la zona militar de Puebla porque alguien, quizá Melchor Ortega, le «calentaba la cabeza» al Jefe Máximo. Su único consuelo de

aquellos días —no pequeño, por cierto— sería el amor de Amalia Solórzano, la guapa joven de Tacámbaro con quien se casa en septiembre de 1932.[43]

En tales circunstancias, su lectura política fue sensata y su margen de maniobra reducido. Serrato no sería su incondicional, pero como antiguo compañero de armas desde 1913, lo sabía pundonoroso, honrado y sincero. A sus ojos tenía, además, la prenda mayor: era militar, y si no podía imponer a un cardenista, podía en cambio tratar de imponer al cardenismo: Victoriano Anguiano sería secretario general de Gobierno y la amada CRMDT seguía más fuerte que nunca.

«A Cárdenas no le gustó mucho no ser el Jefe Máximo», comentaba decenios después Manuel Moreno Sánchez. Aunque Cárdenas había recomendado a Anguiano que se fuera con Serrato «y no le hiciera caso ni a él ni a sus amigos», la amputación de su brazo político —la CRMDT— y la consecuente declinación de su línea política no estaba en sus planes. Quizá ocurrió —como sospechaba Gonzalo N. Santos — que Melchor Ortega, el archienemigo de Cárdenas, hombre poderoso en La Piedad, «le volteó a Serrato».[44] En todo caso, las fricciones entre el brazo político de Cárdenas y el gobierno de Serrato comenzaron al día siguiente de la toma de posesión.

Según la versión cardenista, Serrato fue un lacayo múltiple: de Calles, de los hacendados, del clero; un reaccionario que desató la cacería de brujas contra los líderes sindicales de la CRMDT, el esquirolaje, las detenciones, la represión, los asesinatos de líderes (hubo 40 en su periodo). La versión serratista —que compartirían con Anguiano los jóvenes exvasconcelistas refugiados en Morelia: Manuel Moreno Sánchez, Salvador Azuela, Rubén Salazar Mallén, Carlos

González Herrejón, Ernesto Carpí Manzano— tiene siempre a Serrato por un hombre moderado, «sin goznes», que creía en la necesidad de «una nueva etapa de organización y aprovechamiento, según leyes económicas y sociológicas, de los jalones revolucionarios marcados por Cárdenas». ¿Cuál de las dos versiones se acerca a la verdad?

El predominio, aún vigente, de las visiones históricas intracardenistas dificulta el deslinde. Los estudios sobre el tema siguen adoleciendo de una múltiple carencia de principio: la CRMDT, aunque antidemocrática, fue un avance de la Revolución; el sector del pueblo que la rechazó estaba equivocado, manipulado, amenazado, fanatizado; el gobernador Serrato «se pasó de ingenuo» por querer «gobernar con todas las de la ley», es decir, por creerse gobernador. Ante estos razonamientos, conviene dar voz a la versión opuesta. Quizá el sector del pueblo que rechazaba los métodos y las ideas de la CRMDT no estaba tan equivocado o, estándolo (cuestión de valores), era la mayoría (cuestión de democracia). Quizá el gobernador Serrato entendió que en la acción magisterial, sindical, agrarista y desfanatizadora del régimen que lo había precedido existía una buena dosis de violencia contra el pueblo que, con los mejores propósitos, se buscaba proteger y ayudar. En este sentido apunta el testimonio insospechable de Manuel Moreno Sánchez:

«Como magistrado del Tribunal Superior de Michoacán constaté casos de líderes que cobijados bajo el paraguas de la CRMDT cometían asesinatos. Recibí presiones para su absolución. Duró mucho tiempo la impunidad de aquellos líderes… ¡El ideal zapatista en esas manos!».

La más grave carencia de principio ha sido creer que la vocación equivale a la realidad, que el Estado existe para procurar el bien de la sociedad y no para promoverse a sí

mismo; más aún si en su cúspide gobierna un hombre bueno. Pero una lectura desapasionada del ensayo michoacano de Cárdenas sugiere conclusiones distintas: Cárdenas, que perseguía sus propios fines, se apoyó en los líderes de la CRMDT. Estos, a su vez, repitieron con el pueblo. La prueba está en la disolución de la CRMDT en 1938: Cárdenas la parió porque como gobernador la necesitaba. Cárdenas la mató porque estorbaba a su gobernador Gildardo Magaña. La CRMDT, en suma, fue ante todo un instrumento político. ¿Quién hizo el papel de villano: Serrato, que la combatió, o el padre, que la mató?

El comportamiento de los dos líderes a lo largo de su querella fue mucho más claro y digno que el de sus seguidores. Cárdenas buscó, cuando menos en dos ocasiones, pactar con Serrato. Siendo ya ministro de Guerra (marzo de 1933) y por lo tanto reivindicado plenamente en su poder, propuso que la CRMDT fuese serratista y cardenista: mitad y mitad. Serrato no aceptó, quizá porque confiaba en el triunfo de los suyos en elecciones abiertas. En una visita a Morelia a fines de 1933 (Cárdenas era ya el candidato oficial a la presidencia de la República), los líderes de la CRMDT humillaron públicamente a Serrato. Cárdenas los dejó hacer… hasta un punto. Conocía a su enemigo.

A la hora buena, Serrato prueba su valentía caminando solo por las calles de Morelia entre la muchedumbre hostil. También a la hora buena, Cárdenas prueba su bonhomía, ajustada a las circunstancias: ambos militares llegan a un acuerdo sobre la composición de las cámaras locales y federales.

Meses más tarde, ya en plena gira presidencial, Cárdenas invitó a Serrato a Yucatán. Moreno Sánchez viajó con él. Los vio caminar juntos y solos por tres cuartos de hora. Los vio

despedirse con marcado afecto. «¿No quiere usted saber lo que hablamos?», inquirió Serrato a su joven amigo. «Pues parece que nuestros problemas han terminado. Seré presidente del PNR.»

El 1.° de diciembre de 1934, durante el «besamanos» en Palacio Nacional que siguió a la toma de posesión, Anguiano vivió una escena esperanzadora: el abrazo entre Cárdenas y Serrato.

El sábado 2 de diciembre Serrato salió del aeropuerto de Balbuena hacia Ario de Rosales, en Michoacán, en un avión semejante al *Spirit of Saint Louis*, la famosa nave de Lindbergh. El experto piloto que la manejaba tenía siete mil horas de vuelo. Llegaron sin novedad a su destino. El lunes siguiente a las ocho de la mañana Anguiano estaba ya en Balbuena para recibir de nueva cuenta a Serrato, que visitaría a Calles en Cuernavaca. Pero Serrato nunca llegó: el avión sufrió un oportuno accidente al salir de Ario.

Un exsecretario del general Miguel Henríquez Guzmán asegura haber oído a su jefe quejarse de la ingratitud de Cárdenas cuando en 1952 no apoyó su candidatura a la presidencia. Le «debía» la desaparición de Serrato. El presidente Adolfo Ruiz Cortines comentó también alguna vez que el último asesinato político en la historia contemporánea de México había sido el de Serrato. Aunque las versiones fuesen correctas, la trayectoria moral de Cárdenas, antes y después de los hechos, disuelve toda sospecha. Pero una cosa fue Cárdenas y otra, muy distinta, los cardenistas.

NOTAS

21. Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* (México, 1995), pp. 156 y 158.

22. Legajo 818-N-12, Sección Presidentes: Obregón-Calles, en Archivo General de la Nación (México); O. Ambriz, A. León G., *et al.*, *Historia del agrarismo en*

Michoacán (México, 1982), pp. 185-190.

23. Jean Meyer, *La Revolución mexicana* (Madrid, 1973), pp. 141-169.

24. Jesús Múgica Martínez, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo* (México, 1982), pp. 81-82.

25. Ibíd., pp. 35, 162-163; Manuel Diego Hernández, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo* (México, 1982), p. 35.

26. Anguiano Equihua, pp. 45 y 46.

27. Cárdenas, «Informe de gobierno», 1 sept. 1932, mecanografiado (Morelia).

28. Townsend, p. 74; Antolín Piña Soria, *Cárdenas socialista* (México. 1935), p. 92.

29. Nathaniel y Silvia Weyl, «La reconquista de México (Los días de Lázaro Cárdenas)», en *Problemas agrícolas e industriales de México* (México, 1955), p. 310.

30. Ibíd., pp. 213-224.

31. Cárdenas, «Informe de gobierno»…

32. Froylán Manjarrez y Gustavo Ortiz Hernán, *Lázaro Cárdenas. 1. Soldado de la Revolución. 2. Gobernante. 3. Político nacional* (México, 1933), p. 77.

33. Anguiano Equihua, pp. 51-54.

34. Jesús Tapia Santamaría, *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano* (Morelia, 1986), p. 214.

35. Ibíd., p. 127.

36. Manjarrez y Ortiz Hernán, p. 64.

37. González y González, pp. 244-245.

38. César Moheno, *Las historias y los hombres de San Juan* (México, 1985), p. 145.

39. Heriberto Moreno, *Guaracha. Tiempos viejos, tiempos nuevos* (México, 1980).

40. Moheno, p. 119.

41. Anguiano Equihua, pp. 39, 40, 44, 45.

42. Ibíd.

43. Townsend, pp. 69 y 70; Gonzalo N. Santos, *Memorias* (México, 1984), pp. 571-598.

44. Santos, p. 287.

Zorro con sayal

Para calibrar el extraordinario aprendizaje político de Lázaro Cárdenas entre 1928 y 1932 basta recordar que alternó su intensísima gestión en Michoacán con altos puestos federales. Aprendió a navegar en todas las aguas hasta convertirse en un piloto supremo. El testimonio de Gonzalo N. Santos —que como político «a la mexicana» no cantaba mal las rancheras— viene al caso:

«Los cardenistas profesionales pintan a Cárdenas como un san Francisco de Asís, pero eso es lo que menos tenía; no he conocido ningún político que sepa disimular mejor sus intenciones y sentimientos como el general Cárdenas … era un zorro».[45]

Ante las quejas lastimeras de Cárdenas por las intrigas que padecía en «esta urbe de chismografía y egoísmos», Múgica adoptaba, una vez más, el tono sereno del maestro:

«La intriga acaba por envenenar el ambiente de las personalidades y la calumnia siempre deja algo. Estas dos miserias son generalmente hijas de la envidia y no hay que olvidar que esta vil pasión es capaz de llevar muy lejos a quien las alimenta con un señuelo vislumbrado y aparentemente tangible. ¿Consecuencia? Desconfiar un poquito, ver con mayor cuidado y cautela todas las cosas y, si es preciso, repeler la agresión sin olvidar que la mejor defensa estriba en estudiar al enemigo para combatirlo en su propio terreno; pues tampoco creo justo dejar un campo que, aunque no se disputa ni se desea, es el campo del justo quilate y valor acrisolado».

Noble prédica, pero ¿la necesitaba Cárdenas? Probablemente, a esas alturas —octubre de 1929—, fuera ya más zorro que Múgica.

En el fondo, Cárdenas detesta a los políticos profesionales —como Gonzalo N. Santos—; sin embargo, nunca se malquista con ellos. Por el contrario: todos parecen quererlo. Cuando Calles comenta con Santos la posible designación de Cárdenas para la presidencia del recién fundado PNR, el potosino responde que le parece una gran medida, dada la popularidad que gozaba el personaje entre diputados y jefes políticos.

Cárdenas ocupó la presidencia del PNR de noviembre de 1930 a agosto de 1931. Desde el primer momento empieza a trabajar: reorganiza *El Nacional*, diario del partido; crea la Confederación Deportiva Mexicana, inaugura el desfile deportivo del 20 de noviembre, inicia una campaña antialcohólica, acude personalmente a socorrer a las víctimas de un fuerte terremoto en Oaxaca, entabla una polémica con Luis Cabrera en la que invita a «los grupos conservadores o aquellos que son francamente reaccionarios a organizarse políticamente y medir sus fuerzas a todo lo largo del curso de nuestra vida nacional, con la organización política de la Revolución». El sentido de su gestión es «dar al PNR un carácter más señalado de organización popular».

En el conflicto entre el Jefe Máximo y el presidente Ortiz Rubio, Cárdenas se inclinó —como siempre, con firmeza y comedimiento por el respeto a la investidura presidencial. Su salida del PNR estuvo, cuando menos formalmente, relacionada con aquel problema. Ortiz Rubio había decidido que el mensaje presidencial de septiembre de 1931 tuviese lugar en el Estadio Nacional. Los diputados del bloque a que pertenece Santos se sienten «ninguneados» e impugnan al presidente. Cárdenas lo apoya y —siempre con la venia del Jefe Máximo— renuncia.

Su nuevo puesto, casi inmediato, es la Secretaría de

Gobernación. Duraría en ella menos de dos meses (28 de agosto-15 de octubre de 1931). Puso su mayor empeño en reconciliar al Jefe y al presidente. Empeño inútil. «Lo que ocurría en realidad», apuntaría en su *Diario*, «fue que el propio general Calles no logró disciplinar las ambiciones del grupo que se consideraba presidenciable y hacían política debilitando al gobierno del presidente.» La querella se resuelve temporalmente con la renuncia en bloque de los militares del gabinete. La medida, propuesta por Cárdenas, inmoviliza para siempre al aliado mayor de Ortiz Rubio, el poderoso Joaquín Amaro, y refrenda el poder de Calles. A mediados de octubre de 1931 Cárdenas regresa a su patria chica guardándose sus impresiones sobre el maximato. En septiembre de 1932 Ortiz Rubio renuncia finalmente a la Primera Magistratura. La versión final que de él dio Cárdenas le fue, como es natural, favorable.

Del 1.° de noviembre al 31 de diciembre de 1932, Cárdenas mora en el purgatorio político: desde las cumbres de su gubernatura y los elevados puestos en el partido y el gabinete, ha descendido a la comandancia militar de Puebla.

Ese limbo político debió de serle tan molesto como las fiebres palúdicas que lo tiraron en cama unas semanas. No obstante, tuvo tiempo para favorecer el reparto ejidal en Atencingo, la gran propiedad del autoplagiado norteamericano William Jenkins.

El 1.° de enero se le abrió el cielo: fue nombrado secretario de Guerra y Marina en el gabinete del presidente Rodríguez. Como hechos positivos estableció la soberanía mexicana sobre las Islas Revillagigedo, encargó 15 navíos para la armada a la República española, soñó con «un instituto nacional en el que se inculque la obligación del servicio colectivo y se forme el carácter que sirva para encauzar a la

población mexicana por senderos más humanos».

Al aproximarse el momento del «destape», el 30 de mayo de 1933 el presidente Rodríguez envió a su Jefe Máximo un memorándum revelador. Había visitado Michoacán y «logrado que desaparecieran» las diferencias entre Cárdenas y Serrato. En seguida anotaba los puntos claves:

«II. Quise aprovechar los días que estuve con el general Cárdenas para observarlo íntimamente y conocer su manera de pensar, y he llegado al convencimiento de que no tiene un temperamento radical y que su actuación en el gobierno de Michoacán fue precisa y necesaria, tomando en cuenta que a ese estado no había llegado propiamente la Revolución en uno de sus aspectos principales y que era necesario por todos conceptos implantar ahí la reforma agraria. Las condiciones especiales en que se desarrolló la actuación del general Cárdenas en Michoacán, principalmente por la causa apuntada, hicieron que tolerara ciertas actividades, pero estoy seguro de que es un hombre respetuoso de la ley, animado de buena fe y deseoso de realizar una obra nacionalizada y constructiva.

»III. Considero, por otra parte, que el general Cárdenas no tiene ambiciones personales, pues en reiteradas ocasiones me ha manifestado que no tiene aspiraciones a llegar a la presidencia de la República y que se encuentra perfectamente satisfecho colaborando conmigo en el puesto de secretario de Guerra y Marina y que es, y así lo creo yo, un elemento disciplinado no solamente dentro de la Revolución sino dentro de su organismo político que es el PNR.

»IV. Además de las cualidades a que me he referido, tengo la convicción de que el general Cárdenas es un hombre honrado, pero al mismo tiempo reconozco dos graves defectos: primero que se deja adular por personas interesadas,

y segundo que es afecto a dar oído a los chismes».

Nunca tuvo Cárdenas mejor abogado. (Santos —siempre venenoso— explica que Rodríguez detestaba a Pérez Treviño, el contrincante de Cárdenas, por haber sido novio de su esposa.) Según testimonio de Múgica, el presidente Rodríguez sugirió primero que nadie al general Calles la idea de que Cárdenas fuera el candidato. El 3 de junio de 1933 Calles contestaba el memorándum de su «querido Abelardo», expresando su acuerdo y respaldo a la candidatura.

Más allá de todas las especulaciones sobre la influencia de las estructuras políticas, sociales, económicas o astrales de la decisión de Calles, los protagonistas cercanos se explicarían el «destape» en términos de simple y llano afecto, de confianza simple y llana. Según Santos, fue Rodolfo Elías Calles quien sacó el sí a su padre. Para Múgica, «un hijo de Calles actuó en el seno de la cámara de Diputados… y un grupo de diputados lanzó la candidatura». Pascual Ortiz Rubio había oído alguna vez estas palabras en boca del Jefe Máximo: «quiero a Cárdenas como a un hijo». Fue, por lo visto, un cónclave de hijos, reales y simbólicos. Calles no eligió a Cárdenas: le heredó.

Entre junio de 1933 («el destape») y diciembre (la protesta en Querétaro como candidato del PNR), Cárdenas comparte largos días con Calles en El Sauzal, El Tambor y Tehuacán. Su actitud denota aquiescencia. Pero algunas minucias inquietan al Jefe Máximo: Cárdenas no lo secunda en sus pasatiempos, ni en la bebida, ni en tertulia. ¿Lo secundaría a la larga en las ideas y los actos? ¿Se apegaría al Plan Sexenal que oficialmente se preparaba?

La amplitud de la gira política de Cárdenas sólo es comparable a la que Madero emprendió antes de la Revolución. La inicia el 1.° de enero en Michoacán. Allí

declara, con todas sus letras, que como presidente hará «lo que hice al recibir el gobierno de Michoacán»: crear «un frente único de trabajadores». En Veracruz alienta los planes proletarios porque le recuerdan los de Michoacán. En Chiapas escribe en sus *Apuntes:* «Iniciaré el desarrollo del sureste llevando el ferrocarril que unirá el Istmo con Campeche y aprovechando la energía eléctrica de los ríos». Campeche lo enamora, pero su anhelo es «que las clases trabajadoras tengan abiertas francamente las puertas del poder». En Yucatán advierte al buen entendedor: «…el postulado agrario se cumplirá muy pronto en este estado … Las tierras deben dárseles para que ustedes mismos [los campesinos] sigan cultivando el henequén». En Tabasco se arroba ante la obra de Garrido Canabal:

«…un verdadero laboratorio de la Revolución mexicana, en el que el espíritu y las costumbres del pueblo tabasqueño, subyugado ayer por el fanatismo y el vicio del alcohol, se han transformado hoy en dignidad personal, felicidad doméstica, en conciencia colectiva libre de mitos y mentiras».

En Veracruz predica de nueva cuenta uno de sus dos ideales claves: «La división de los trabajadores de Veracruz es muy notoria… unirlos igual que a todos los del país será mi más empeñosa tarea». En Oaxaca visita la zona mixe, que deja en él una impresión imborrable:

«Jaquila Mixes, 1.600 m de altura. Tiene caídas de agua para dotárseles de una instalación hidráulica para luz, molino, sierra, etc. No lo olvidaré. Es de justicia que estos pueblos indígenas tengan mayor atención, trayéndoles beneficios que no son costosos y sí de gran importancia para su educación y desarrollo económico».

Tenía razón Gonzalo N. Santos: Cárdenas era un zorro, pero un zorro con sayal franciscano.

El 1.º de mayo, Día del Trabajo, insiste por la radio en su proyecto unificador:

«No se trata aquí de pseudocooperativismo burgués… sino de un cooperativismo genuino que acabará con la explotación del hombre por el hombre, y la esclavitud del maquinismo sustituyéndolas por la idea de la explotación de la tierra y de la fábrica por el campesino y el obrero».

Ese mismo día, como un buen augurio para su proyecto, nace su hijo Cuauhtémoc.

En junio inicia su gira por los estados del norte. Curiosamente, allí sus labios y su pluma casi enmudecen. Cárdenas se siente ajeno al paisaje físico y humano. Hidalgo, San Luis Potosí, Zacatecas, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango, le merecen sólo pequeñas notas: una mención al abandono en que están los tarahumaras, otra a los braceros. Mientras el general Eulogio Ortiz le muestra el bonito latifundio con que la Revolución le había hecho justicia, Lázaro Cárdenas apunta, desde el fondo mismo de su ser colectivo, gregario, antiindividualista: «Nuestro pueblo presenta un mosaico de criterios. Trataremos de fundirlo en un solo».[46]

En octubre respira nuevamente: está en Jiquilpan. Piensa regresar a México pasando a caballo por la Mixteca oaxaqueña que tanto lo ha impresionado: «Tengo interés de saludar a los pueblos en la parte montañosa de esa zona».

«La campaña electoral de Cárdenas», escribe Luis González, «fue un viento incesante.» Los números impresionaban: en siete meses, 27.609 kilómetros (11.827 en avión, 7.294 en ferrocarril, 7.280 en automóvil, 735 en barco, 475 a caballo). Pero más impresionante aún que este inmenso despliegue de energía fue la simplicidad, la sinceridad de su mensaje explícito: «Crear el frente único de trabajo» y «activar las

dotaciones a que tienen derecho los pueblos». En suma: extender a México, por sobre un Plan Sexenal que no lo limitaba, su ensayo michoacano.

NOTAS

45. Ibíd., pp. 511 y 519.

46. Cárdenas, «Apuntes…», vol. I, pp. 287-292, 294, 298.

Aquí manda el presidente

Como presagio simbólico de que los tiempos cambiarían, el presidente Lázaro Cárdenas tomó varias pequeñas decisiones iniciales: dispuso la instalación de un hilo telegráfico directo para que el pueblo presentara sus quejas al Ejecutivo, abrió las puertas de Palacio Nacional a todas las caravanas de campesinos e indígenas que quisieran verlo, mudó la residencia oficial del suntuoso Castillo de Chapultepec a la modesta residencia de Los Pinos[47] —bautizada así por su esposa Amalia— y soltó este comentario a Luis L. León, director de *El Nacional:* «Mira, Luis, es muy conveniente que desde hoy, cada vez que en *El Nacional* se mencione el nombre de mi general Plutarco Elías Calles, procuren quitarle el título de Jefe Máximo de la Revolución».

En el gabinete compartían puestos los callistas de hueso colorado con los fieles cardenistas. Con otros puestos menores o en curules de la Cámara, Cárdenas premiaría la lealtad de muchos michoacanos que alguna vez lo ayudaron: Ernesto Prado, el líder de la Cañada de los Once Pueblos, y Donaciano Carrión, su jefe en la imprenta de Jiquilpan, fueron diputados; Francisco Vázquez del Mercado, jefe de Obras Públicas de su gobierno en Michoacán, dirigiría la Comisión Nacional de Irrigación; Gabino Vázquez, su gobernador interino, pasaría al Departamento Agrario; Soto Reyes, Mora Tovar y Mayés Navarro, puntales de la CRMDT, entrarían a las Cámaras, etc. El pequeño ejército de los puestos subalternos, tan importante como el gabinete, fue cardenista desde un principio.

Pero si se querían emprender cambios menos simbólicos era de todo punto indispensable asegurar la lealtad del ejército. Hasta hace unos años se pensó que Cárdenas había desplazado a Calles solamente por un acto personal de

convicción y valor. Sin negar estos ingredientes subjetivos, la excelente investigadora Alicia Hernández ha sacado a la luz los movimientos subterráneos que permitieron tal cambio.

En la fase final de *La mecánica cardenista* —título de la investigación— Cárdenas abre un vasto proceso de incorporación de fuerzas resentidas, relegadas, doblegadas por la dinastía sonorense: el «grupo Veracruz» de carrancistas (Cándido Aguilar, Heriberto Jara, Soto Lara); exvillistas, como Pánfilo Natera; exzapatistas, como Gildardo Magaña, y, desde luego, el gran exiliado en su tierra: don Juan Gene Mu.

Después de la atroz poda de generales sonorenses ejecutada durante la década de los veinte por ellos mismos, quedaban, por supuesto, muchos generales, pero sólo tres de auténtica consideración: Joaquín Amaro, Saturnino Cedilla y Juan Andreu Almazán. El primero no se recupera —ni se recuperará— de la caída política de 1932, que lo relega al puesto casi académico de director del Colegio Militar. Al segundo, gran cacique de San Luis Potosí, Cárdenas lo haría secretario de Agricultura en la primera oportunidad. El tercero, resentido con los sonorenses, se entretiene en la zona militar de Nuevo León haciendo espléndidos negocios de la construcción de caminos.

A los pocos meses Cárdenas coloca «en disponibilidad» al ministro de Guerra y lo sustituye con el fiel general Algueroa, quien muere pronto. El puesto queda vacante. Cárdenas deja como subsecretario encargado del despacho al más incondicional y antiguo de sus lugartenientes: Manuel Ávila Camacho. El cargo clave de inspector general del ejército lo ocupa Heriberto Jara. La prensa apenas anota otro pequeño cambio: todas las compras del ejército deberán hacerse por conducto de la Intendencia General. Con esto se daba un golpe mortal a la autonomía económica de las jefaturas.

Porque es ahí, en las jefaturas, donde se requiere el manejo más fino. Cárdenas no pierde tiempo. En la delicadísima Sonora cambia de inmediato al callista Medinaveytia y lo acerca a la Primera Zona; mete a Eulogio Ortiz como pieza transitoria, y en mayo de 1935, al sobrevenir la ruptura con Calles, termina por colocar a ambos «en disponibilidad». En Jalisco instala al anticallista Guerrero; en Guanajuato, al zapatista Castrejón; en Durango saca a Carlos Real Félix y pone al carrancista Jesús Agustín Castro; en Coahuila, feudo de su opositor Pérez Treviño, coloca a Andrés Figueroa, y más tarde a un amigo de Múgica: Alejo González. ¿Resultado? Cuando el Jefe Máximo volvió en sí, el mapa militar del país era cardenista. La desmilitarización no paró allí: entre 1935 y 1938 —explica Alicia Hernández—, además de los generales expulsados o los que gozaban de una «licencia forzosa», 91 de los 350 generales se hallaban «en disponibilidad».[48]

El segundo, tercer y cuarto poderes resintieron también, muy pronto, la acción del Ejecutivo. En diciembre de 1934 Cárdenas presentó personalmente al Congreso de la Unión la iniciativa para reformar por segunda vez la organización del poder judicial, acabando con la independencia de origen y suprimiendo la inamovilidad. En vez de la duración indefinida de los magistrados de la Corte, el presidente estatuyó que éstos duraran en su cargo seis años: los mismos de su gobierno. El legislativo, por su parte, no sufrió más que un golpe, eso sí, contundente: el desafuero de diputados y senadores callistas por «incitación a la rebeldía y maniobras sediciosas». La prensa disfrutó una gran libertad a todo lo largo del periodo cardenista; pero en los inicios de su gobierno, Cárdenas propició cambios que, al menos potencialmente, la limitaban. Un reportero estrella de la época, Federico Barrera Fuentes, los narra:

«Muy sutilmente deja que desde su gobierno se vayan materializando las restricciones que para la libertad de prensa había anunciado Juan de Dios Bojórquez, secretario de Gobernación. El 17 de febrero se modifica la Ley General de Vías de Comunicación en sus artículos 530, 541 y 543 y aunque oficialmente se aclara que en nada se afecta la libertad de expresión consagrada en el artículo 7.° de la Constitución, quedará prohibido el transporte de aquellas publicaciones "que denigren a la nación o al gobierno"… Bassols empleó a las fábricas de papel de San Rafael para cometer el atraco sobre *La Prensa* y ordenó que el Banco de México pagara un adeudo de dicho periódico quedándose, como era natural, con las facturas. Se promovió la demanda judicial continuando San Rafael sirviendo como marioneta… De ese lío surgió —a propuesta de don Agustín Arroyo Ch.— la idea de organizar la PIPSA [Productora e Importadora de Papel], que empezó a funcionar en octubre del mismo año».

Otra innovación: el propio Arroyo Ch. sería el director del nuevo Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad.

Pero la palanca fundamental de cambio fue todo menos subterránea: la agitación obrera. Al franco ascenso de la CGOCM (Confederación General de Obreros y Campesinos de México), capitaneada por el intelectual Vicente Lombardo Toledano, se sumaba el fortalecimiento aún más sólido de la Federación de Trabajadores del Distrito Federal, a cuya cabeza actuaban los famosos «Cinco Lobitos»: los exlecheros Fidel Velázquez y Alfonso Sánchez Madariaga, y tres exchoferes: Fernando Amilpa, Jesús Yurén y Luis Quintero. Estas organizaciones, junto a los ferrocarrileros, los petroleros y mineros, los electricistas, telefonistas, telegrafistas, transportistas, etc., iniciaron, apoyaron o, en algunos casos, amagaron con una actividad huelguística sin precedente. Hubo más de quinientas huelgas en el país entre diciembre de

1934 y mayo de 1935.[49] El secretario de Educación Pública, Ignacio García Téllez, llegó a afirmar que México se encaminaba «hacia la dictadura del proletariado».

El presidente, por su parte, tenía objetivos distintos: matar tres pájaros de un tiro. Con su franca aprobación de la ola huelguística, pastoreaba a las masas obreras hacia la unificación que tan claramente había previsto en la campaña; la agitación, por otro lado, daría pie a un cambio en las reglas del juego entre patrones y obreros a favor de los más débiles y con la protección estatal; con el tiempo, en fin, la gran movilización obrera podía ser la base inexpugnable del Ejecutivo para desembarazarse del Jefe Máximo. Que Cárdenas conocía y sabía manejar a las masas y los líderes era cosa clara para cualquiera que se hubiese asomado a su gestión michoacana. Cualquiera, menos los despistados sonorenses y sus paniaguados. Hacia principios de abril de 1935 Aarón Sáenz escribe a Calles:

«A mi regreso platiqué muy ampliamente con el señor presidente y puedo decirle que lo encuentro muy bien: sereno, oyendo con interés lo que le conversé y con profunda atención respecto a sus consejos. Creo que usted tiene razón en esperar que sus cualidades morales son valiosas y que será muy fácil lograr buen resultado y camino conveniente. Le preocupa su opinión sobre los aspectos sociales y creo que está lejos de él una solución distinta de la que la Revolución debe dar a los problemas. Se muestra deseoso de que usted regrese en mayo, pues desea tener oportunidad de conversar, y lo encuentro animado del propósito de buscar aquel camino que realice el programa de la Revolución dentro de las directrices del Plan Sexenal y conforme a la voz autorizada de la experiencia. Sin duda sigue el señor presidente pensando en que la Revolución debe seguir su obra en beneficio de las

clases laborantes; pero está consciente de que es el gobierno quien debe señalar rumbos y está prevenido respecto a los que pudieran presentarse como logreros en la agitación, procurando la satisfacción de sus apetitos y el predominio de sus intereses personales».

«La situación calmada», agregaba Sáenz, «todo será útil y fructuoso.» Lo que no veía Sáenz era para quién.

El presidente Cárdenas, por su parte, quería atraer a Calles hacia la capital. El 17 de abril le pide que regrese. Había problemas monetarios que requerían su consejo: «¿Para cuándo lo tendremos a usted por acá? No vaya a esperar llegue la temporada de los moscos ni a exponerse a quedar varado por las lluvias, como nos sucedió el año pasado en el camino del Tambor a Navolato».

Por fin, el 2 de mayo Calles y Cárdenas se abrazan en Balbuena. Por un tiempo, todo es cordialidad. El 8 de junio se reúnen a comer.

«En ese lapso», recuerda Barrera Fuentes, «sí hablaron de política y Cárdenas le dijo que ante la actitud que habían tomado los obreros y la división en las Cámaras haría luego una declaración para meter a todos en cintura. Calles le sugirió: "Señor presidente: durante su campaña electoral la bandera que enarboló fue la obrerista y no conviene que haga usted esas declaraciones. Permita usted que yo las haga haciendo un llamado a todos para cancelar la agitación y la división en el Congreso".»[50]

Cárdenas lo permitió de mil amores. El martes 11 de junio se publican las declaraciones que Calles hizo a un grupo de senadores y que había recogido también Ezequiel Padilla; habla de las divisiones, la agitación, la necesidad de tranquilidad que tiene el país, de la ingratitud de las organizaciones obreras: «vamos para atrás». El presidente le

había pedido a Luis L. León no publicarlas en *El Nacional*, pero los otros periódicos las difundieron. Uno de ellos anunció en el cintillo: «Patrióticas declaraciones del general Plutarco Elías Calles». Cárdenas se toma largos días para contestar. Es seguro que observa las reacciones de simpatía hacia Calles. En el instante justo, rompe: acerca de él no se deslizaría el chiste sobre Ortiz Rubio: «Aquí vive el presidente, pero el que manda vive enfrente»:

«Cumplo con un deber al hacer del dominio público que, consciente de mi responsabilidad como jefe del poder ejecutivo de la nación, jamás he aconsejado divisiones —que no se me oculta serían de funestas consecuencias— y que, por el contrario, todos mis amigos y correligionarios han escuchado siempre de mis labios palabras de serenidad, a pesar de que determinados elementos del mismo grupo revolucionario (dolidos, seguramente, porque no obtuvieron las posiciones que deseaban en el nuevo gobierno) se han dedicado con toda saña y sin ocultar sus perversas intenciones, desde que se inició la actual administración, a oponerle toda clase de dificultades, no sólo usando de la murmuración, que siempre alarma, sino aun recurriendo a procedimientos reprobables de deslealtad y traición. En este sentido, mi conciencia no me reprocha nada que pudiera significar, de parte mía, la menor provocación para agitar o dividir al grupo revolucionario. Refiriéndome a los problemas de trabajo que se han planteado en los últimos meses y que se han traducido en movimientos huelguísticos, estimo que son la consecuencia de intereses representados por los dos factores de la producción y que, si causan algún malestar y aun lesionan momentáneamente la economía del país, resueltos razonablemente y dentro de un espíritu de equidad y de justicia social, contribuirán con el tiempo a hacer más sólida la situación económica, ya que su correcta solución

traerá como consecuencia un mayor bienestar para los trabajadores, obtenido de acuerdo con las posibilidades económicas del sector capitalista».

En un santiamén, las masas obreras salen a la calle pidiendo la cabeza de Calles. De inmediato, también Cárdenas pidió la renuncia de su gabinete. Con la aquiescencia de Cárdenas, los renunciantes fueron en grupo a Cuernavaca a visitar al ex Jefe Máximo. Los recibió en pantuflas. Juan de Dios Bojórquez le dijo que las cosas tenían compostura, pero Calles lo interrumpió. Raúl Castellano vivió la escena:

«No, Juan de Dios, esto no tiene remedio, porque situaciones como la que tenemos no se prenden con alfileres. Desgraciadamente el presidente Cárdenas me ha interpretado mal y como ya tomó él sus decisiones, no está en mis manos cambiar nada de lo que él ha dispuesto».

Los dimitentes salieron despacio y calladamente. El capítulo se cerraba. El presidente integró su nuevo gabinete: Eduardo Suárez ocuparía Hacienda; Silvano Barba González, Gobernación; Andrés Figueroa, Guerra; Rafael Sánchez Tapia, Economía; Francisco J. Múgica, Comunicaciones; Vázquez Vela, Educación; Saturnino Cedillo, Agricultura. De golpe y porrazo se había desembarazado de Calles y de todos los callistas, incluyendo a su propio candidato a la presidencia, el peligrosísimo Tomás Garrido Canabal y sus «Camisas Rojas», Tratando de reavivar los tiempos de la violenta desfanatización, Garrido había propiciado masacres de católicos y estudiantes. Con la salida del tabasqueño a Costa Rica como representante oficial, Cárdenas daba el primer carpetazo a la política anticlerical que, muy en el fondo, sobre todo después de los fracasos desfanatizadores en Michoacán, no era la suya.

Faltaba una poda: la de los gobernadores. Entre 1935 y 1936

se declaran desaparecidos los poderes, se nulifican las elecciones o se conceden licencias forzosas en 14 estados. Según Pablo González Casanova, fue Lázaro Cárdenas quien utilizó con mayor frecuencia la facultad extraordinaria de la desaparición de poderes. En tres estados los cambios resultan espectaculares: Coahuila, coto de Pérez Treviño; Nuevo León, donde se declara nulo el triunfo de Plutarco Elías Calles hijo, y Guanajuato, feudo de Melchor Ortega. La operación estaba, pues, casi concluida.

El 22 de diciembre de 1935 Cárdenas confía a su querido *Diario* (te lo digo *Diario* para que te enteres Historia):

«No debe expatriarse al general Calles y menos en el actual momento, ya que el propio general Calles y su grupo no son problema para el gobierno ni para las organizaciones de trabajadores; deben permanecer dentro del territorio nacional para que aquí mismo sientan el peso de su responsabilidad histórica.

»El distanciamiento definitivo con el general Calles me ha deprimido; pero su actitud inconsecuente frente a mi responsabilidad me obliga a cumplir con mis deberes de representante de la nación. Durante el tiempo que milité a sus órdenes me empeñé siempre por seguir sus orientaciones revolucionarias; cumplí con entusiasmo el servicio, ya en campaña o actuando en puestos civiles. De su parte recibí con frecuencia expresiones de estímulo. Recuerdo que en 1918 durante la marcha que hacíamos con la columna mixta expedicionaria de Sonora, destinada a la campaña en Michoacán, en contra de Inés Chávez García, reunidos Paulina Navarro, Rodrigo M. Talamantes, Dizán R. Gaytán, Salvador Calderón, Manuel Ortega, José María Tapia y yo —reunidos, decía—, alrededor del catre en que descansaba el general Calles (que venía acompañándonos desde Sonora

para seguir él a la ciudad de México), le decíamos al escuchar sus ideas sociales: "Mi general, usted está llamado a ser una de las figuras principales en los destinos de la nación", y nos contestó: "No, muchachos, yo seré siempre un leal soldado de la Revolución y un amigo y compañero de ustedes. En la vida, el hombre persigue la vanidad, la riqueza o la satisfacción de haber cumplido honrada y lealmente con su deber; sigan ustedes este último camino"…

»¡Qué sarcasmo tiene la vida! ¡Cómo hace cambiar la adulación el pensamiento sano de los hombres! Veremos al terminar mi jornada político-social qué camino seguí, de los que nos señalaba en 1918 el general Calles. Señalando con el ejemplo la ruta a seguir se llegará fácilmente hasta el fin.

»Ha tenido la Revolución hombres que no resistieron ante la tentación de la riqueza; explotaron su posición en el poder; se volvieron mistificadores de la idea; perdieron la vergüenza y se hicieron cínicos. Sin embargo para sus adeptos siguen siendo redentores de las masas».

En 1936 Cárdenas cambia de opinión. El 9 de abril envía a Calles al exilio. El acto recibió un apoyo entusiasta. Con su magistral operación quirúrgica —y con la ayuda de un Calles enfermo, cansado y debilitado políticamente— Cárdenas había depuesto para siempre al poder tras la Silla. Lo había hecho, además, no a la manera sonorense —por y con sus pistolas—, sino a la suave manera michoacana: nada contra la vida, algo, eso sí, contra la libertad de residencia, que es un poco distinto.

El cambio propició otros muchos cambios: fin de la hegemonía militar, fin de las querellas de bloques en las Cámaras, centralización política en manos del Ejecutivo, domesticación de los otros poderes, ascenso de la política de masas y de un Estado corporativo que ya se apuntaba en la

gestión de Cárdenas en Michoacán. Ese gigantesco relevo histórico significó también un relevo de generaciones: entró al escenario público la generación constructora que había vivido sólo como testigo de la Revolución. Pasó a retiro la generación propiamente revolucionaria.[51] El epígono de la primera tenía la virtud de haber participado activamente en la lucha. México cambió en 1935.

Cárdenas era un hombre sensible a los símbolos. Al sentirse firme en la Silla, apuntó en su *Diario*:

«8 de febrero de 1936.

»Hoy expedí la Ley de Indulto para todos los procesados políticos, civiles y militares, cuyo número pasa de diez mil personas, que han tomado parte en rebeliones o motines en administraciones pasadas. El espíritu de esta ley es liquidar las divisiones entre los mexicanos y a la vez dar mayor confianza al país, que facilite el desarrollo de nuevas fuentes de trabajo».[52]

Llegaron a México Porfirio Díaz hijo, Adolfo de la Huerta, Enrique Estrada, Juan Sánchez Azcona…, centenares de exiliados de la Revolución. Uno de ellos, Rafael Zubarán Capmany, comentó: «Cárdenas tienen el corazón de Madero y el carácter de Carranza. He hablado largamente con él. Es un hombre».

Al asumir el gobierno de Michoacán, su táctica y programa habían sido lo mismo: fortalecerse políticamente para impulsar después sus reformas sociales. En Michoacán, sin embargo, no había tenido que desplazar a algún pequeño Calles. Ya como presidente, la maniobra le había tomado un año, la sexta parte de su periodo. A partir de 1936 podía dedicar sus energías a apoyar paralelamente sus dos ideales: el frente único del trabajo y el reparto de la tierra.

Para dejar claro que su propósito principal era concentrarse

en los artículos 27 y 123, no tanto en el 3.° y menos en el 130, declaró en febrero de 1936: «El gobierno no incurrirá en el error, cometido por administraciones anteriores, de considerar la cuestión religiosa como problema preeminente … No compete al gobierno promover campañas antirreligiosas…».

Los profesores, que en Michoacán habían sido la punta de lanza desfanatizadora, recibieron una consigna distinta: «De aquí en adelante no deberán concentrarse sobre la gran causa de la reforma social únicamente».

El 30 de marzo de 1936 los feligreses de San Felipe Torresmochas agreden con armas y piedras a la misión cultural. Un maestro cae asesinado. Interviene la fuerza pública. Al enterarse Cárdenas, llega al pueblo en un santiamén. Entra al pueblo y los sacerdotes «condenan el acto criminal». En privado comenta: «Me cansé de cerrar iglesias y de encontrar templos siempre llenos… el consuelo está en abrir escuelas». El episodio lo convence de una vez para siempre: había que dar marcha atrás en la política anticlerical. Así se aplacaría también al poderoso cabildeo católico en Washington. La persecución no desapareció por ensalmo, pero amainó drásticamente.[53] Como signo de los nuevos tiempos, el cielo dispone la muerte de Pascual Díaz —el arzobispo que protagonizó la Cristiada— y el Vaticano cubre la vacante con Luis María Martínez, el conciliador michoacano amigo de Cárdenas.

Junto a la desfanatización —que ahora, en el ámbito nacional, tocaba a retiro— el gobernador Cárdenas había impulsado decididamente la educación. Como presidente, actuó en consecuencia pero en un tono menor. Durante todo su periodo la querella en torno a la educación socialista estuvo a la orden del día, muy ligada a la oratoria de la época:

congresos, debates, polémicas, textos doctrinales, agitación universitaria, discursos de Lombardo Toledano, amenazas, homenajes a Lenin, el aniversario de la Revolución rusa elevado a fiesta nacional en el calendario de la Secretaría de Educación; confusión en los programas, los maestros, los padres y los niños; dudas sobre cuál sería el sentido «racional y exacto del universo» al que crípticamente se refería el nuevo artículo 3.°, mítines, fundación de la Universidad Obrera, obreros vestidos de universitarios, universitarios vestidos de obreros, nuevos discursos de Lombardo Toledano…, kilómetros de tinta y bla-bla-bla. Desde el punto de vista de una posible sociología del conocimiento, no es casual que naciera una estrella: Cantinflas. En su espléndido libro sobre *Los días del presidente Cárdenas*, Luis González transcribe uno de los discursos del cómico:

«A nadie pudo haber escogido Lombardo mejor que a mí para solucionar la solución del problema… Como dije, naturalmente, si él no puede arreglar nada y dice mucho, a mí me pasa lo mismo… ¡Y ahora voy a hablar claro! ¡Camaradas! Hay momentos en la vida que son verdaderamente momentáneos… Y no es que uno diga, sino que hay que ver. ¿Qué vemos? Lo que hay que ver… No digamos… pero sí hay que comprender la psicología de la vida para analizar la síntesis de la humanidad, ¿verdad? Yo creo, compañeros, que si esto llega… porque puede llegar y es muy feo devolverlo… Hay que mostrarse como dice el dicho… Debemos estar todos unidos para la unificación de la ideología emancipada que lucha… ¡Obrero!, proletario por la causa del trabajo que cuesta encauzar la misma causa… Y ahora, ¡hay que ver la causa por la que estamos así! ¿Por qué han subido los víveres? Porque todo ser viviente tiene que vivir, o sea el principio de la gravitación, que viene a ser lo más grave del asunto…».

En Palacio, por contraste, vivía el hombre a quien ya se

apodaba «la Esfinge de Jiquilpan». Podía detener la persecución religiosa pero no el bla-bla-bla ni la educación socialista. En el fondo, veía a ésta como un objetivo menor. La Revolución consistía en cambiar la realidad, no en cambiar la conciencia sobre la realidad. Los frentazos en el ensayo de Michoacán no habían pasado inadvertidos.

Junto al nuevo rumbo, el nuevo estilo. Una amplia entrevista de primera plana publicada con lujo de fotos el 8 de septiembre de 1935, presentaba a Cárdenas tal como quería aparecer y casi tal como era: «ni el juego, ni la vida nocturna… seducen a nuestro actual presidente». No va a fiestas, no le gusta el protocolo, «jamás la aurora lo encontró dormido», es incansable, vital, andarín, no tiene guardias. Ha cerrado casinos y prohibido el jai-alai, pero le gustan los «deportes» campiranos.

Su alimentación es frugal:

«Su plato favorito, al menos cuando estaba en Michoacán así era, es la "morisqueta", un arroz desflemado que preparan los arrieros para su urgente apetito, al borde del camino, en un pequeño socavón calentado con leña, en el que ponen una bolsa de lienzo, llena con el arroz mojado y sazonado con sal».

Le gustan los caballos, tiene varios y muy buenos. Le gustan los ranchos, tiene algunos y muy buenos. Le gustan las mujeres, y las malas lenguas le atribuyen amoríos. Desde niño ha sido fiel a un amor: «Durante más de una hora», recordaba García Tellez, «juntamos tierra y apagamos el fuego. Amaba tanto al árbol como odiaba la tala. Amaba la sombra, todo lo que es un árbol, hasta un ataúd».

Nunca, ni siquiera en su toma de posesión, usó esmoquin. Casi siempre vestía de traje oscuro. Era cortés en extremo: «Señor licenciado, yo le suplico… ¿podría usted tomarse la molestia…?». Despachaba en Palacio Nacional por dar

dignidad a los asuntos de Estado. «Su mirada era dulce y muy humana», recuerda Raúl Castellano, su fiel y caballeroso secretario particular; «auxiliaba a las gentes con una gran delicadeza. Siempre se le vio tranquilo y nada nervioso.» La única crítica *personal* que se le hacía desde entonces, de modo persistente, era el nepotismo: protegía con cierta exageración a sus hermanitos que también se apellidaban Cárdenas pero no eran Cárdenas.

NOTAS

47. Townsend, pp. 97 y 101.

48. Alicia Hernández, «La mecánica cardenista», en *Historia de la Revolución mexicana. Período 1934-1940,* 23 vols. (México, 1979), vol. XVI, pp. 101 y 102.

49. Hernández, pp. 128 y 129; Anguiano Equihua, pp. 56-60.

50. Federico Barrera Fuentes, «Memorias de un reportero», en *Excélsior,* 1984-1985.

51. González y González, pp. 143 y 154.

52. Cárdenas, vol. I, p. 366.

53. Townsend, p. 117.

Su doble proyecto avanzaba. En febrero de 1936 se crea el frente único del trabajo que tanto había pregonado, una especie —sólo una especie— de CRMDT nacional: la CTM. Al consolidar la nueva organización, Cárdenas la utilizó en algunos casos como brazo político y sindical en la promoción de su siguiente objetivo: la reforma agraria integral.

Para los «revolucionarios de entonces» el ejido había sido un expediente limitado. En su informe del 1.° de septiembre de 1935 Lázaro Cárdenas caracterizó el sentido original de la reforma diciendo que se trataba de dar al campesino «algo así como un écuaro o pegujal complementario del salario». Cárdenas, el «revolucionario de ahora», piensa distinto:

«Por el hecho de solicitar ejidos, el campesino rompe su liga económica con el patrón, y en estas condiciones, el papel del ejido no es el de producir el complemento económico de un salario… sino que el ejido, por su extensión, calidad y sistema de explotación debe bastar para la liberación económica absoluta del trabajador, creando un nuevo sistema económico-agrícola, en un todo diferente al régimen anterior… [Serviría] para sustituir el régimen de los asalariados del campo y liquidar el capitalismo agrario de la República».[54]

Así, al concepto de justicia —«remediar en lo posible las desigualdades»— se aunaba el concepto económico y productivo. Había también un objetivo político más oculto: la reforma agraria quiso, ante todo, destruir la hacienda y el poder político de los hacendados. Muchos de ellos eran «revolucionarios» convertidos en latifundistas. El proyecto de reforma agraria de Cárdenas se resume en una palabra: amplitud.[55] De *ámbito:* no sólo afectaría la zona cerealera sino literalmente todo el país; de *método:* aparte de la dotación y la

restitución, se recurriría a la colonización interior, el fraccionamiento y la apertura de nuevos centros de producción agrícola (de hecho estos tres últimos procedimientos se aplicarían en una gran porción de los 18.352.275 de hectáreas que, entre 1.020.594 campesinos, Cárdenas reparte en su periodo); amplitud *jurídica:* reconocimiento de los peones acasillados como sujetos de reparto, facilidad de ampliaciones, extensión de radios a los que afectaría, nueva Ley de Expropiación por Causa de Utilidad Pública; de *recursos:* creación del Banco de Crédito Ejidal, aumento de recursos al Departamento Agrario; pero, sobre todo, amplitud de *concepto:* el Estado ofrecería planes, organización, crédito, investigación, enseñanza, comunicaciones, servicios, deportes, administración honrada, riego.

Entre octubre de 1936 y diciembre de 1937 —como bien señala Luis González— Cárdenas se concentró en sus «jornadas agraristas». Arreglados los asuntos políticos en la «urbe de chismografía, egoísmo y corrupción», podía salir al campo, donde «todo era puro», «vivir», en sus palabras, «junto a las necesidades y angustias del pueblo para encontrar con facilidad el camino para remediarlas». Ver las cosas en concreto, una por una, no andarse por las ramas o tras escritorios o entre papeles u oyendo a los «sopas de letras». El intelectual Daniel Cosío Villegas recordaba un «espectáculo común y corriente de la época»:

«[Un] ejido solicitaba del Banco Ejidal un préstamo, el consejo de administración estudiaba los antecedentes y lo concedía. Entonces mi general Cárdenas se trepaba en el avión con el director del Banco de Crédito Ejidal, que era un ingeniero de tipo muy indígena, muy pintoresco, y metían las bolsas de dinero en un avión chiquito, que era lo único que podían usar, descompensando el peso del avión, sin averiguar

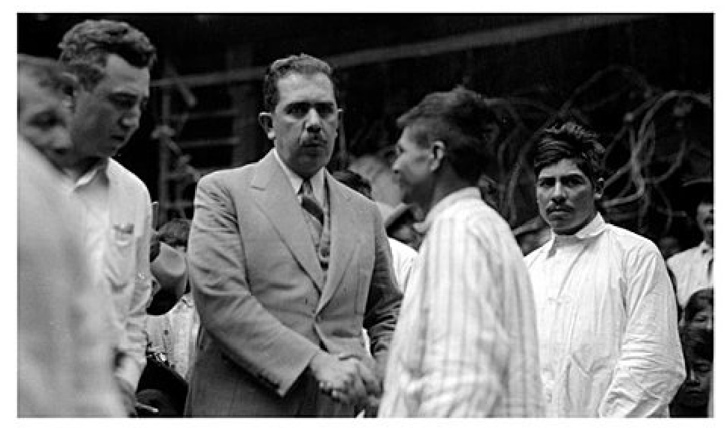
siquiera si el avión podía sostener el peso, en fin, poniendo la vida en peligro. Pero era la única concepción que Cárdenas tenía: llegar al pueblo que había solicitado y decir: “Ustedes mandaron este papel, aquí están los pesos”. Este acto de sacar las bolsas de dinero y decir: “A ver, ¿dónde están los jefes de familia?” y repartir los pesos… yo tuve la impresión, cuando veía hacer estas cosas a Cárdenas, de que estaba haciendo demagogia, porque ciertamente nada le puede convencer [más] a un indio mexicano que resolverle sus problemas de ese modo tan material, tan visible. ¡Nada de papeles, ni de cheques, ni bancos, aquí está el negocio! Y, sin embargo, [eso representaba] con el tiempo… la negación de todo lo que es una organización».

Así fue como Cárdenas había llegado a la meca misma del agrarismo mexicano: Anenecuilco. Francisco Franco —heredero de la confianza de Zapata y de los documentos antiquísimos del lugar— había enviado al presidente una carta en que relataba los atropellos e injusticias de que era víctima el pueblo por parte de un grupo de generales a los que la Revolución «había hecho justicia»:[56]

«El 29 de junio de 1935», relata Mario Gil, «el presidente Cárdenas se presentó en el pueblo, y en un acto público y solemne expropió a los generales y entregó a sus dueños, los indios de Anenecuilco, las tierras de Zacuaco tal como se hallaban en esos momentos [en vísperas de cosecha], así como toda la maquinaria agrícola de la cooperativa. Dijo Cárdenas en esa ocasión que devolvía esas tierras como un homenaje histórico al pueblo iniciador de la revolución agraria. El gobierno indemnizó a los generales y les entregó otra hacienda en Tamaulipas».

En octubre de 1936 Cárdenas dio el primer gran paso: el reparto de La Laguna. Nadie hasta entonces se había atrevido

a tocar, o siquiera a pensar en tocar, las regiones agrícolas verdaderamente modernas del país. El emporio algodonero de La Laguna sería el botón de muestra: las 220.000 hectáreas de riego pertenecían a un grupo no muy numeroso de grandes y medianos latifundistas, entre los cuales estaban los generales «revolucionarios» Pablo Quiroga, Eulogio Ortiz, Carlos Real y Miguel Acosta. Tres grandes empresas extranjeras controlaban en buena medida el movimiento económico de la zona: Lavín (española), Purcell (inglesa) y Tlahualilo (francesa). En diecisiete años de explotación los hacendados habían ganado 217 millones de pesos y reinvertido sólo una parte mínima. La clave del negocio lagunero estaba en las inciertas avenidas del Nazas: Únicamente los fuertes capitales podían arriesgarse a plantar sin recoger, de ahí que los latifundistas viesen siempre con recelo el proyecto oficial de construir la presa El Palomito. Temían, con razón, que al regular y tener seguro el suministro de agua, el gobierno los expropiaría.





«Sentía amor auténtico por los indígenas. Como gobernador no escatimaba tiempo para escucharlos, aconsejarlos y tratar de dirimir sus diferencias.» (E.K.)

Agencia Casasola, *El presidente Lázaro Cárdenas conversa con campesinos, ca*. 1937. © Núm. de inventario: 52300. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

«Al menos mi tiempo tengo para darles.» (Lázaro Cárdenas)

Agencia Casasola, *El presidente Lázaro Cárdenas con maestros rurales, ca*. 1937. © Núm. de inventario: 52780. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Un buen día de otoño llegó a la comarca Lagunera el famoso Tren Olivo del presidente. El ingeniero Vázquez del Mercado (director de la Comisión Nacional de Irrigación), el doctor Parres y el joven ingeniero Adolfo Orive Alba (jefe del Departamento de Ingeniería de la Comisión) habían estudiado los últimos detalles de la presa, cuya construcción se habían comprometido a apoyar financieramente los latifundistas a cambio de evitar cualquier reparto. Los hacendados, plenos de confianza, disponen para el presidente una gran comilona. Mientras las nubes se apilan presagiando un chubasco, el presidente los hace esperar. Al Tren Olivo sólo suben y bajan filas de campesinos. Pasan las horas. Los veinte o treinta potentados sacan sus paraguas y ven partir el tren sin haber podido hablar con el presidente. El acuerdo firmado por los latifundistas con Vázquez del Mercado carecía de valor: el ingeniero se había extralimitado.

La CTM y el Partido Comunista habían trabajado sindical y políticamente la región. Cuando Cárdenas llegó, el terreno estaba abonado para el reparto. Permaneció en la zona cerca de dos meses vigilando en persona la dotación. Cuando le tocó su turno, el general Eulogio Ortiz alzó los hombros y pronunció una frase célebre: «La Revolución me dio la tierra y la Revolución me la quita». Cárdenas apunta: «Debería haber expresado: "Durante la Revolución la adquirí y hoy la devuelvo al pueblo"».[57]

La entrega tuvo muchos instantes emotivos. El 10 de noviembre Cárdenas exclama: «Todo aquel que haya trabajado la tierra en base a salario… venga a contar con su sitio en el ejido». Diez días después, en el aniversario de la Revolución, un exvillista le entrega su vieja carabina 30-30 a cambio de un arado de hierro. Cárdenas, conmovido, le dice: «Que estos actos sirvan para la felicidad del pueblo mexicano

y para mantener la paz en la nación».

«En toda esa campaña cívica del presidente agitador», recuerda Hernán Laborde, «se destacó su interés por los problemas del hogar y la familia, su ayuda a las mujeres y los niños. Con él iba el molino de nixtamal, la máquina de coser, el brasero, el lavadero. Y la escuela rural y los servicios médicos, de salubridad e higiene. Y la cooperativa de consumo. Las madres de familia se acercaron confiadas. Se reunió con ellas en Santa Lucía, en Las Vegas, en Gilita, en La Luz… Las estimuló a organizarse en ligas femeniles. Porque —diría en su mensaje del 30 de noviembre— "la mujer lagunera es una esperanza para el México del porvenir". Y en una extraordinaria fotografía de entonces aparece Cárdenas de pie, la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, la derecha cruzándole el pecho, confeti en la cabeza y en la cara una sonrisa de muchacho feliz, mientras un grupo de campesinas lo rodea y un chiquillo casi se le recuesta en un brazo.»

El 28 de noviembre se había dotado ya a 28.503 campesinos con 243.341 hectáreas. Las cifras finales serían 37.753 ejidos, 447.516 hectáreas. En diciembre de 1936 Cárdenas apuntaba:

«Si se cuida la organización del ejido como ahora se ha planeado, es posible que los ejidatarios logren absorber toda la tierra que hoy queda bajo su jurisdicción. Lo ideal habría sido dejar en La Laguna un solo sistema de tenencia: el ejidal; pero no hubo posibilidades para llevar de otras zonas campesinos para aumentar la extensión de las tierras ejidales. Por hoy se da el impulso mayor que ha sido posible en favor del campesino y de la economía del país. Sigo sosteniendo que el ejido hará que se cultiven más tierras y con mayor éxito».

El novedoso sistema al que se refería Cárdenas era el ejido colectivo. La idea de su introducción fue seguramente de

Lombardo Toledano. Muchos años después, en 1961, Cárdenas admitiría: «Tierras como La Laguna y otras zonas se dieron aun sin el deseo de los dirigentes de los propios campesinos, que preferían seguir la lucha manteniendo el sindicato en las haciendas agrícolas». Pero la idea de Cárdenas era liberar al campesino, no favorecer a los sindicatos.

A los cinco años del experimento colectivo, visitó la zona Marte R. Gómez, nuevo ministro de Agricultura. Halló varios problemas: el rendimiento del sector privado superaba en mucho al del ejidal; el Banco Ejidal no recobraba sus créditos: había franca animosidad entre los ejidatarios y los burócratas del banco; «se hicieron», apuntó Gómez, «negocios sucios, corrompiendo inclusive a socios, delegados y jefes designados por campesinos»; el banco había dispuesto una compra inútil de semillas y animales; el reparto se había hecho con excesiva premura, dando lugar a un auténtico «rompecabezas territorial».

Con todo, el panorama no era tan desolador. En los primeros años del experimento se habían puesto las bases de un desarrollo más firme. Había un alto grado de mecanización, un aumento general de prestaciones a expensas del Estado —medicina, agua, servicios, higiene—, reparto modesto de utilidades, incremento en la superficie regada por los ejidatarios, nuevas sociedades, nuevos créditos, nueva y mayor población.

Aunque al poco tiempo se abandonaba el sistema colectivo, las conclusiones de Marte R. Gómez eran sensatas:

«Esta situación se ha venido transformando a medida que el campesino adquiere una conciencia más clara de la situación y comienza a sentirse verdadero propietario de su tierra. Ya se piden créditos para construir habitaciones, para

perforar norias destinadas al abastecimiento de agua potable de los núcleos organizados, para la construcción de bodegas, etc. Los "limos" humanos que el Nazas arrastró principian a sedimentarse.

»La nación, en resumidas cuentas, puede confiar en que la obra de La Laguna no camina hacia un despeñadero. La región se reorganiza, su prosperidad se establece y su optimismo renace. No se trata de un optimismo ilusorio que alimenta la ceguera de un fanatismo de reformador social. Es una prosperidad que se finca en las riquezas de la tierra, en la laboriosidad y en el espíritu de empresa de los hombres de La Laguna».

A su regreso de La Laguna, con la emoción de haber dado el primer paso, el decisivo, Cárdenas se dispone a resolver el problema agrario de Yucatán.

Hacia 1935, le había solicitado a Daniel Cosío Villegas un estudio de la zona. Las conclusiones del economista fueron desalentadoras: poco podía hacerse para elevar siquiera en lo mínimo el nivel de vida de los campesinos yucatecos, atados al cultivo de una fibra sin presente ni futuro. Cárdenas, por supuesto, desechó esas conclusiones. A su juicio la solución estaba en repartir la tierra y crear modalidades pertinentes en los sistemas de producción.

Yucatán era, en verdad, una zona trágica de México. El recuerdo de la pasada y efímera bonanza, y hasta las sombras del luminoso pretérito maya, volvían aún más tenebroso el horizonte. Los hacendados de la «casta divina» llevaban años infringiendo las disposiciones agrarias. La defensa de los hacendados asumía formas múltiples. Mientras organizaban asesinatos y choques sangrientos, azuzaban a los peones contra los ejidatarios.

«Hacían cortes excesivos en los planteles, abandonaban las

diferentes operaciones del cultivo, no sembraban para reponer los planteles en vías de agotamiento, rehusaban alquilar sus equipos de desfibre y, en muchos casos, los desmantelaban. En su mayor parte, los patrones se acogieron al amparo contra la ley de arrendamiento forzoso de los equipos.»

En el primer año de la administración cardenista, el gobernador López Cárdenas —enemigo declarado de la hacienda— reparte las primeras 2.041 hectáreas *sembradas* de henequén, amplía el reparto de ejidos y ocupa máquinas desfibradoras. Entre tanto, en México, Cárdenas encarga a otro economista —menos empírico y aguafiestas que Cosío Villegas— la elaboración de un nuevo estudio sobre la región. Su propósito era dar de golpe toda la tierra a los campesinos, abriendo una nueva etapa de prosperidad con justicia. Enrique González Aparicio ajusta sus conclusiones a esa convicción, que también es la suya.

El gobernador López Cárdenas tenía un proyecto distinto: a su juicio, la pequeña propiedad debía extenderse a 300 hectáreas (no a 150, como dispondría Cárdenas); por otra parte sugería que el Banco Agrícola y la Comisión Agraria se abstuvieran de desplegar actitudes patronales. Los propios yucatecos podían resolver el problema, con paso firme y gradual, si el gobierno central los escuchaba. Extrañamente, a pesar de la animosidad abierta entre López Cárdenas y los hacendados, el presidente Cárdenas no se entendió con él. En su libro *Revolución contra la Revolución*, López Cárdenas escribiría:

«…habiendo expuesto mis puntos de vista al presidente y a las demás personas que por parte del gobierno federal iban a intervenir en las juntas, me hice sospechoso de estar al servicio de los latifundistas. Recuerdo algunas de las palabras

del presidente de la República en este sentido: "Ya basta de decir 'estamos viendo', 'estamos observando', 'estamos estudiando'; ya me cansé de que todo se arregle por los henequeneros con cheques para los gobernadores"».

Todo el mundo en Yucatán, empezando por el líder nato de los henequeneros, Rogelio Chalé, sabía que López Cárdenas era incapaz de transar con los hacendados. La única explicación de la actitud de Cárdenas es la impaciencia: le urgía entregar toda la tierra, y pronto. Las minucias de la voluntad local le tenían sin cuidado. López Cárdenas renunció a mediados de 1936.

El 1.° de agosto de 1937 Cárdenas llega a Mérida por ferrocarril. El día 3, acompañado por el nuevo gobernador, Palomo, desde un balcón del Instituto Literario de Mérida habla ante la multitud congregada.

Miles de peones mayas, con banderas tricolores y rojas y mantas alusivas, lo escuchaban con ardor. A los hacendados, el presidente les hizo saber que su decisión de entregar la tierra era irrevocable. Más adelante, en el mismo discurso, los exhortó a que «tomando ejemplo en el estoicismo de nuestra raza maya, que pacientemente ha resistido largos años la miseria y el abandono… antes que sentirse deprimidos, se dediquen a nuevas actividades seguros de que el gobierno les prestará su más franco apoyo, ya que el gobierno reconoce de su deber aprovechar las capacidades de todo el pueblo para el mayor desarrollo de la economía nacional».[58]

El «proyecto Yucatán» incluía, para el futuro cercano, la fundación de un instituto agrícola henequenero, estudios de laboratorio, de comunicaciones, de salubridad. El Banco Ejidal prestaría dinero sin interés por el tiempo que fuera necesario. Por lo pronto había ya treinta y cinco millones de pesos disponibles. «Cuando los ejidatarios de Yucatán digan

que no es necesaria la presencia del Banco», explicaba Cárdenas, «podremos cantar victoria, pues ello será un signo del triunfo absoluto de ustedes. Y la posibilidad de trasladar los elementos económicos del banco a otras zonas.»

Los hacendados, por supuesto, no dormían. La Asociación Defensora de la Industria Henequenera, eficazmente secundada por el *Diario de Yucatán*, forcejeaba. En una entrevista de última hora, cinco de sus afiliados —entre ellos un Molina, un Cásares, un Cámara, los apellidos inevitables— intentaron conmover a Cárdenas. El presidente escuchó tranquilo el alegato y repuso, según la versión de *El Nacional:*

«"Han hablado ustedes de que les son insuficientes 150 hectáreas para sus negocios; en este caso, tomando en cuenta su propia afirmación, ¿qué cantidad vamos a admitir que necesite un campesino cuya familia tiene de ocho a diez miembros? Los campesinos, al igual que ustedes, son mexicanos y padres de familia." Y concluyó: "Queremos ver a todos los campesinos de Yucatán con mejores vestidos, alimentación, habitaciones, diversiones y medicinas; no macilentos como ahora…"».

Buen deseo de Cárdenas, no realizado todavía. Pero el 20 de agosto, una ley del gobierno del estado declaraba de utilidad pública la inmovilización de todo el equipo industrial de las fincas, con sus máquinas, sus implementos, sus útiles, sus animales, sus vías y plataformas. Había que asegurar los equipos para la ejecución del acuerdo del día 8. Y el 22, ante la mesa de peones del municipio de Abalá, Cárdenas y Palomo iniciaban en la finca Temozón —tierra de Mena y Sosa— la ejecución del acuerdo. Con los hombres, las mujeres —descalzas, de terno blanco y rebozo— y los niños acuclillados, a la clásica manera india. Las banderas y las mantas: «Comisariado Ejidal de Temozón», «Frente Único Pro

Derechos de la Mujer», «Molino de Nixtamal», «Liga Femenil Mena y Sosa»… Entonces, el jefe del Departamento Agrario tomó la palabra: «El señor presidente de la República y el gobernador del estado … dan posesión de ejidos a esta zona de Abalá, que entre sus poblados tienen incluido a Temozón».

En ese instante se daban en Abalá, en Tixkobob, en Muna, en Ekmul, en Dzidzantún, en Seyé, en Tekantó, etc., 23.500 hectáreas de henequén y 66.700 de tierras incultas, para 8.408 jefes de familia pertenecientes a 70 núcleos de población ejidal. Y del 22 de agosto al 16 de septiembre se despacharon noventa y tantos expedientes con dotaciones para más de 330 núcleos de población, que se agruparían finalmente en 272 ejidos. En total, 360.000 hectáreas —90.000 de ellas con henequén— para 34.000 ejidatarios. Quedaba en poder de los trabajadores del 60 al 65 por ciento del henequén yucateco… Todo ello en veintitrés días.

En México, Luis Cabrera publica un trabajo sobre «el ensayo comunista» de Cárdenas en Yucatán. Los «revolucionarios de entonces» lo aplauden. Los de ahora no. Hasta el escéptico Cosío Villegas escribía, esperanzado:

«Esta obra necesita de una planeación inteligente, un esfuerzo constante y enérgico, un entusiasmo fervoroso y desinteresado… una total desvinculación de la política, esa acción disolvente que establece la división entre las gentes, pugnas entre los poblados y odios entre los administradores del ejido».

Por desgracia, en el Gran Ejido yucateco faltarían uno a uno esos ingredientes. El gobernador Canto Echeverría procuró disminuir la influencia del nuevo patrón —el Banco Ejidal—, cuyo comportamiento era tan rígido e impersonal como el de los hacendados (aunque mucho más corrupto). En abril de 1938 se crea la empresa centralizadora Henequeneros

en Yucatán, se expide una Ley de Expropiación de Equipo de Desfibre y Empaque, y un Código de Defensa Social que sanciona todo acto contra los plantíos. Un año después, explica Laborde, a Cárdenas le echan en cara la «miseria, hambre, inquietud y descontento» que priva en la zona. Los campesinos protestan de forma airada, exigen más anticipos sobre las cosechas, truenan contra la Comisión Agraria y contra el gobernador, preguntan dónde se han quedado los treinta y cinco millones prometidos. Gabino Vázquez sugiere a Cárdenas olvidarse del ejido colectivo. El presidente lamenta: «¿Qué nos ha pedido Yucatán que no le hayamos dado?».

A juicio de Laborde, la falla era de planeación: de los 272 ejidos, sólo diez recibieron dotaciones correctas. Todos los demás grupos ejidales —262— carecían de condiciones suficientes para el buen cultivo, y la explotación del henequén les resultaba difícil y antieconómica. Marte R. Gómez visita la zona en 1941. Sus impresiones son muy distintas a las de La Laguna. En declaraciones a la prensa afirma que

«…las medidas agrarias con las que se pensó encontrar solución para los males del campesino yucateca no han dado todavía ningún fruto consistente… el ejidatario yucateco sigue viviendo… como en tiempos de los hacendados y en varias regiones percibe un ingreso inferior al que podía obtener bajo el régimen de la explotación privada del henequén…».

Debido a la forma de organización y administración de Henequeneros de Yucatán, el ejidatario «ni siquiera se siente un productor independiente; en su fuero interno se considera el asalariado de un gran latifundio, al que ni siquiera es justo llamar gran ejido henequenero». Años después, el mismísimo exgobernador Palomo escribía que el reparto había sido

«antieconómico» por razón de su paternalismo. «A los ejidatarios se les ha considerado menores de edad. Esta minoría ciudadana debe eliminarse y dar derecho a que vendan y compren parcelas sin que se les autorice a sobrepasar los límites de la propiedad privada.»

Un dirigente de izquierda, un agrónomo oficial y un exgobernador coincidían en admitir *a posteriori* el fracaso. Quienes acertaron a tiempo fueron los anarquistas de la antigua CGT. Se habían opuesto originalmente al reparto porque «convertía al campesino en apoyo corporativo del Estado, verdadero promotor y beneficiario de la reforma».

«La Esfinge de Jiquilpan», se guardó de confiar sus impresiones ni siquiera a su *Diario*. Seguía pensando, al parecer, que el sistema de reparto había sido correcto y justo, que la falla residía en el poco espíritu revolucionario de los representantes oficiales encargados de ponerlo en práctica.

En su primer viaje a Yucatán, yendo en auto con el gobernador Palomo se le había visto tender un billete a un pedigüeño que saltó al estribo: «Tome la mitad y dele el resto a otro tan necesitado como usted». En su segunda y última visita como presidente, sus actos de caridad fueron más frecuentes. Cuando menos, «eso podía dar».

Los críticos atribuían por entero a Cárdenas el fracaso del «experimento realizado en la carne viva de un pueblo, a impulso tal vez de sentimientos generosos, pero con ligereza e imprevisión culpables». Olvidaban quizá que las condiciones anteriores al experimento eran igualmente desesperadas. No advertían que desde tiempo inmemorial, siglos antes de que Cárdenas existiera, lo que había estado experimentando en la carne viva de un pueblo era una conjunción cruel de la historia y la naturaleza, invisible para los economistas, pero evidente para un poeta.

Octavio Paz vivió durante algunos meses de 1937 en Yucatán. Impresionado por la miseria de los campesinos mayas, atados al cultivo y las vicisitudes del henequén, escribió:

«El gobierno», recuerda Paz, «había repartido la tierra entre los trabajadores pero la condición de éstos no había mejorado: por una parte, eran (y son) las víctimas de la burocracia gremial y gubernamental que ha sustituido a los antiguos latifundistas; por la otra, seguían dependiendo de las oscilaciones del mercado internacional. Quise mostrar la relación que, como un verdadero nudo estrangulador, ataba la vida concreta de los campesinos a la estructura impersonal, abstracta, de la economía capitalista. Una comunidad de hombres y mujeres dedicada a la satisfacción de necesidades materiales básicas y al cumplimiento de ritos y preceptos tradicionales, sometida a un remoto mecanismo. Ese mecanismo los trituraba pero ellos ignoraban no sólo su funcionamiento sino su existencia misma».

El reparto del valle de Mexicali, en cambio, resultó un éxito. Tres compañías norteamericanas habían creado un circuito económico cerrado: la Colorado River Land Co. rentaba la tierra, la Imperial Irrigation District proporcionaba el agua, y la Anderson Clayton financiaba a los agricultores. Era urgente destruir tal circuito, no sólo por tratarse de empresas extranjeras, sino por el peligro de que en un futuro no lejano Estados Unidos retuviera el agua en su valle Imperial desecando la zona mexicana. Con la posesión plena del valle, México podría —según propuesta de Adolfo Orive Alba— negociar un canje de aguas.

Por brechas de Sonora y Baja California, sudoroso y extenuado, llegó Cárdenas a Mexicali. Antes de entrar se cambió de atuendo, como hacía siempre, en respeto al lugar

que visita y a su propia, solemne, investidura. «Cárdenas ofreció las tierras», recuerda Orive Alba, «pero nadie quería recibirlas. La gente lo trataba con frialdad. Tuvo que recurrir a peluqueros, mozos y *croupiers.»* Dos años después, quienesquiera que hubieran sido los beneficiarios, Orive Alba los vio recibir a Cárdenas como un «ídolo popular». Los ejidatarios habían pedido la división de sus ejidos en parcelas individuales y el gobierno se lo concedió. «Míralo, tócalo», decían las madres a sus niños: «Es el que nos dio la tierra.»

En el valle del Yaqui el reparto corno una suerte ambigua. La margen izquierda del río se entregó a ejidatarios blancos y mestizos que muy pronto alcanzaron cosechas sin precedente. Se dio el caso de que una sola cosecha de arroz sobre 10.000 hectáreas produjera 1.200.000 pesos a los 2.200 ejidatarios. La historia en la margen derecha fue distinta. Las 17.000 hectáreas de riego, y las 400 sin él, que Cárdenas dio —devolvió— a los indios yaquis no elevaron un ápice su antigua y recelosa condición de postergados. Cárdenas les promete canales, implementos, pies de ganado, pero sus primeros y buenos deseos, por limitaciones económicas o burocráticas, no se cumplen.

En varios de sus continuos viajes por el campo se hacía acompañar de dos escritores norteamericanos que querían y defendían a México: Waldo Frank y Frank Tannenbaum. El primero fue con Cárdenas hasta la recién descubierta tumba de Monte Albán y escuchó las explicaciones del arqueólogo Alfonso Caso. El segundo, que prefería los viajes más propiamente campiranos, a lomo de mula o a pie, escribió: «Uno siempre se imagina a Cárdenas rodeado del pueblo. Adondequiera que iba las multitudes se le acercaban y se apretaban junto a él tratando de permanecer a su lado, de tocarlo… Atraía al pueblo como un imán». La misma estampa mesiánica de Michoacán se extendió a lo largo y

ancho del país. Eran idénticos el afecto, la compasión, el trato personal, la suave cordialidad, el modo de apelar a las emociones, el gusto por los hechos concretos, la solemnidad y, sobre todo, la capacidad de escuchar: «al menos paciencia tengo para darles». Una hermosa palabra resume su actitud: misericordia.

Pero aquella misericordia no era desesperada. La movía una fe casi terca en la bondad de su obra. Meses antes del reparto de Atencingo, había apuntado en su *Diario* una nota reveladora de esa fe. Cárdenas veía lo que quería ver:

«Comprobamos una vez más la diferencia social que existe entre un poblado ejidal y una hacienda. Mientras que en el primero los campesinos paseaban alegres con sus familias y otros se divertían en el deporte, en la hacienda de Atencingo presentaban los campesinos un estado deprimente: grupos alcoholizados nos revelaron que la acción moralizadora no puede entrar en la hacienda… urge convertir en ejido este latifundio».

En 1938 el presidente escribe una carta a sus viejos conocidos, los señores Cusi, dueños de dos haciendas en muchos sentidos ejemplares: Lombardía y Nueva Italia. Reconoce que han sido «buenos hacendados», pero les advierte la inminencia del reparto. En noviembre los campesinos reciben las haciendas completas: tierra, edificios, maquinaria, ganado, plantíos de limones. Esta vez no se podía fallar: era la hacienda sin hacendado. En pocos experimentos puso Cárdenas una mayor fe personal.

En un excelente estudio basado, sobre todo, en entrevistas de los años sesenta, la antropóloga Susana Glantz narró la suerte de Nueva Italia, muy distinta de la que había soñado Cárdenas.

Con objeto de no desmembrar la unidad productiva, se

integró a los 1.375 campesinos, dueños por vía ejidal de las 32.196 hectáreas, en cinco núcleos y una sociedad colectiva de crédito ejidal. Muy pronto los vecinos de uno de esos núcleos exponen: «Nosotros deseamos ser dueños de nuestro éxito o de nuestro fracaso. Pues de ninguna manera nos hemos convencido de que estando dentro de la sociedad podamos prosperar».[59]

Cárdenas deniega la petición. Por un tiempo —el que dura el primer ciclo— los ejidatarios están de plácemes. En el momento del reparto los campos estaban sembrados: los buenos resultados y el poco esfuerzo los engañan. Poco después se distribuyen utilidades inexistentes; crecen en forma vertical los créditos, que no se pagarán (Cárdenas los condona en 1944); aparece la corrupción en las sociedades y el banco. Un testigo recordaba:

«Era un relajo, como que nadie sabía muy bien para dónde jalar… de la noche a la mañana querían que uno supiera de todo: que sembrar, que limpiar canales, que ver el ganado y cuánto hay. En la hacienda un peón salía a sembrar o echar agua, espantar patos o cargar, pero no hacía de todo. Antes uno sabía a qué atenerse, no [como] después, [que] se volvió un embrollo».[60]

Las utilidades —reales o ficticias— de los primeros años se gastaron del modo más extravagante: un estadio, o una piscina que tiempo después quedaría vacía. En 1941 los cinco núcleos se separaron para ser dueños de «su éxito o fracaso». La historia no terminaría allí. Cárdenas seguiría en contacto con la región hasta bien entrados los años sesenta: nunca se conformó con que la niña de sus ojos fuese distinta de la de sus sueños.

Dos anécdotas indigenistas: en Tajimaroa, los indios se comieron el semental de raza fina que les había regalado

«Tata Presidente». En Tetelcingo, «el general les dio un par de puercas de cría para que las rifaran entre el vecindario. El ganador de una de las marranas no la quiso por grande. La segunda murió entre chillidos pocos días después y la gente fue invitada a la fiesta». Todo fue un poco así.

La misma realidad aguafiestas deforma el limpio proyecto de Cárdenas para los indígenas. Sin desarraigados ni modificar sus tradiciones, Cárdenas intenta ofrecer vías de mejoramiento que los alejen de la abulia, la enfermedad, la miseria, el alcohol y el fatalismo secular. Funda en diciembre de 1935 el Departamento de Asuntos Indígenas. Idea una cruzada de salud, educación y pan: casi siempre en el papel, se integran brigadas de maestros, agrónomos, médicos, artistas y trabajadores sociales, se construyen escuelas e internados, palancas de progreso que finalmente no llegan, llegan con cuentagotas, cuando llegan nada cambian, o cambian, muchas veces, para mal.

En junio de 1939 visita a los indios yaquis. Les ofrece crear almacenes, construir puentes y casas, mediar para que los ocho pueblos establezcan sus jurisdicciones. Sólo se niega a edificarles los templos que también le piden.

En un informe del Banco Agrícola publicado en 1943 se afirmaba que de las cuatrocientas mil hectáreas en su poder, los yaquis cultivan sólo dos mil.

«No es exacto», pensaba Cárdenas, «que el indígena sea refractario a su mejoramiento ni indiferente al progreso. Si frecuentemente no exterioriza ni alegría ni pena, ocultando como una esfinge el secreto de sus emociones, es que está acostumbrado al olvido.» Cárdenas los visitó, los exaltó y honró, puso a su disposición una limitada oferta estatal con escasos resultados. A fin de cuentas se conformó con dar lo único que dependía directamente de él: su atención, su oído,

su persona.

Desde el punto de vista económico —nacional, regional, local, ejidal, individual— la gigantesca operación del reparto agrario estuvo lejos de colmar las aspiraciones del presidente Cárdenas. El súbito incremento en el gasto público, el déficit continuado de 1937 y el sobregiro de 87.600.000 pesos contra el Banco de México alimentaron el alza de precios a la que, por otra parte, contribuía también una pronunciada caída de la producción y la productividad agrícolas. En febrero de 1938 Miguel Palacios Macedo, consejero del Banco de México, sometió a las autoridades respectivas un memorándum en donde señalaba el núcleo del problema:

«Importa sobre todo suprimir los fenómenos de economía deficitaria que vienen produciéndose y agravándose con frecuencia e intensidad alarmantes y que en síntesis consisten en que el país parece empeñado en llevar un "tren de vida" que no guarda relación con la economía nacional y con la necesidad de formar los capitales requeridos por su desarrollo económico».

En términos políticos, en cambio, la reforma había tenido un éxito redondo. La clase hacendada desapareció del mapa y la palabra hacienda pasó a los manuales de historia. Los logreros de la Revolución, que desde los años de lucha «se» habían impartido justicia adjudicándose bonitos latifundios, tuvieron que ganarse la vida por medios diferentes. Por otra parte, la reforma agraria cardenista fortificó políticamente al Estado. Había desaparecido el «amo» o el «patrón», pero lo sustituía una inmensa red burocrática que iba desde el comisario ejidal hasta las oficinas del Departamento Agrario.[61] Obviamente, Cárdenas no había previsto ni deseado tal desenlace. Su ideal, como escribe Tannenbaum, era otro:

«…una nación mexicana basada en el gobierno autónomo e independiente de los pueblos, en la cual se asegurara a cada individuo su propio ejido, quedara libre de la explotación y participara activamente en los problemas de su comunidad».[62]

En el esquema de Cárdenas había un supuesto que fallaba: la transparencia de las autoridades. El ejido vinculaba al campesino con el Estado más que con la tierra. El paternalismo se tradujo muchas veces en sujeción. En vez de hombre libre, con frecuencia el campesino se tornó capital político.

Pero quedaba un objetivo más: la simple y llana justicia. Cárdenas quiso, y en su medida lo consiguió, dignificar a los humildes. Nadie mejor que Luis González ha descrito el sentido original y profundo de aquella obra:

«Se trataba de librar a los pobres del campo de los malos modos, de la conducta errática, de la reacción imprevisible de muchos patrones, dándoles tierras y haciendo ejidos que las autoridades les ayudarían a cultivar y administrar sin el fin ulterior, por parte del gobierno de entonces, de convertirlos en sirvientes del Estado. Aquélla fue una ejidización puramente humanitaria».

La confrontación de los frutos y los sueños no avivó la sensibilidad autocrítica del presidente. A su juicio, la reforma agraria era un proceso largo y lento, con «desajustes» inevitables. «Seguiremos adelante», declaraba en diciembre de 1938, «hasta que todas las necesidades del pueblo estén satisfechas… sea como fuere, la producción agrícola actual es muy superior a la de 1910.» Al menos en esta aseveración, se equivocaba.

El reparto de la tierra fue uno de los pilares permanentes en el credo de Cárdenas. Al final de su periodo pareció admitir fisuras, no meros «desajustes», en su política agraria. Luis

González recuerda una anécdota que así lo sugiere. El presidente visita San José de Gracia, donde lo recibe con todos los honores el padre Federico González, el mismo que había combatido del lado de los cristeros y contra el agrarismo en los tiempos en que Cárdenas era gobernador. Hablan largamente, solos. El padre le muestra los buenos resultados que había dado en San José el fraccionamiento de la hacienda El Sabino en 300 parcelas individuales: la gente mejoraba sus terrenos, poseía animales, producía leche. Nadie olvidaría las palabras de Cárdenas al padre:

«Si hubiera visto lo que ahora veo, se hubieran hecho las cosas distinto. Esto es lo que hubiera querido hacer en todo México. No se puede hacer todo lo que se quiere. Los ingenieros no eran gentes de campo, no estaban enterados de cómo se podían hacer las cosas. Si en cada lugar hubiese alguien como usted…».

La anécdota es reveladora en dos sentidos. Cárdenas admitía que «las cosas» podían haber sido hechas de modo distinto y con mejores resultados. Esto explica la desaceleración del reparto a partir de 1938, la invención de los certificados de inafectabilidad, su respeto creciente por la auténtica pequeña propiedad (él mismo poseía un puñado de ellas). Por eso cuando un vecino de San José le demuestra que se ha invadido su pequeña propiedad, ahí mismo, sobre un papel, Cárdenas ordena la restitución. Pero hay un sentido más que se desprende de sus palabras: a su juicio, el pueblo, cualquier pueblo, necesita al padre que diga y haga lo que en verdad conviene. Así, un acto en favor del pueblo efectuado con la más pura convicción de justicia, pero sin consultarlo, es no sólo antidemocrático, sino injusto en principio y, muy probablemente, en sus resultados.

NOTAS

54. Leonel Durán, *Lázaro Cárdenas. Ideario político* (México, 1972), pp. 130 y 131; Marte R. Gómez, «Los problemas de la Región Lagunera», en *El Nacional,* 29 mar. 1941 (México), pp. 24 y 29.

55. Durán, pp. 143-146.

56. Cárdenas, vol. I, p. 360.

57. Ibíd.

58. Durán, p. 154.

59. Susana Glantz, *El ejido colectivo de Nueva Italia* (México, 1974), pp. 101 y 102.

60. Ibíd., p. 107.

61. Gómez, pp. 24 y 29.

62. Frank Tannenbaum, «Lázaro Cárdenas», en *Historia Mexicana,* vol. X, n.° 2 (México, oct.-dic. 1960), pp. 332-341.

La CTM no es la CRMDT. En Michoacán apenas existía la clase obrera. En el México de 1936 la clase obrera nacional no necesita que el mandatario la invente. Los 350.000 agremiados de la nueva organización tienen cuando menos dos décadas de fogueo en la lucha sindical. La relación entre la CTM y el gobierno será mucho más equitativa que la de sus homólogos en el periodo de Michoacán.

El beneficio inmediato que los obreros obtienen de su vínculo con el Estado es un nuevo y perdurable *modus operandi* con la clase patronal. Cuando en febrero de 1936 Cárdenas acude personalmente a Monterrey, no pretende —aunque así parece— que las fábricas pasen a manos de los obreros. Su gobierno no era comunista —como los patrones voceaban—, ni lo movía el oro ruso. Cierto, alentaba las huelgas políticas de «solidaridad», pero todo el despliegue no tenía más sentido que el de establecer las reglas del juego entre «los factores de la producción» y entre éstos y el gobierno, tal como quedaron expresadas en los famosos 14 puntos publicados por *El Nacional* el 12 de febrero de aquel año. Se destacan los primeros nueve:

«l. Necesidad de que se establezca la cooperación entre el gobierno y los factores que intervienen en la producción para resolver permanentemente los problemas que son propios de las relaciones obrero-patronales dentro de nuestro régimen económico de derecho.

»2. Conveniencia nacional de proveer lo necesario para crear la Central Única de Trabajadores Industriales que dé fin a las pugnas intergremiales, nocivas por igual a obreros, patrones y al mismo gobierno.

»3. El gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social.

»4. Seguridad de que las demandas de los trabajadores

serán siempre consideradas dentro del margen que ofrezcan las posibilidades económicas de las empresas.

»5. Confirmación de su propósito, expresado anteriormente a los representantes obreros, de no acordar ayuda preferente a una determinada organización proletaria, sino al conjunto del movimiento obrero representado por la Central Unitaria.

»6. Negación rotunda de toda facultad a la clase patronal para intervenir en las organizaciones de los obreros, pues no asiste a los empresarios derecho alguno para invadir el campo de acción social proletario.

»7. Las clases patronales tienen el mismo derecho que los obreros para vincular sus organizaciones en una estructura nacional.

»8. El gobierno está interesado en no agotar las industrias del país, sino en acrecentarlas, pues aun para su sostenimiento material, la administración pública reposa en el rendimiento de los impuestos.

»9. La causa de las agitaciones sociales no radica en la existencia de núcleos comunistas. Estos forman minorías sin influencia determinada en los destinos del país. Las agitaciones provienen de la existencia de aspiraciones y necesidades justas de las masas trabajadoras, que no se satisfacen, y de la falta de cumplimiento de las leyes del trabajo, que da material de agitación».[63]

La CTM sufrió altibajos los primeros años. Los comunistas se doblegan ante la fuerza de Fidel Velázquez y sus compañeros «Lobitos». En junio de 1936 se retiran de la organización los mineros y metalurgistas, un año después los electricistas. Para 1937, según datos del Partido Comunista, sólo quedan en la CTM el 44,3 por ciento de los agremiados originales.

En agosto de ese año, Cárdenas —es decir, el Estado—

comienza a pasar la cuenta: «…pedimos a las organizaciones obreras … por conducto de sus centrales, cooperación consistente en que antes de ir nuevos movimientos a huelgas, busquen arreglos…».

Había que dar «preferencia» al problema de Yucatán y solidarizarse con los campesinos. Poco a poco regresan todas las agrupaciones desertoras. Los comunistas reciben la visita del líder internacional Earl Browder que, ante el ascenso fascista en Europa, ordena la «unidad a toda costa».[64] Es el momento cumbre de la política de frente popular. Cárdenas no sólo cree en ella y la estimula: la encarna, y la capitaliza para el Estado.

Para el Estado, no para la CTM. En una decisión fundamental, desde febrero de 1936 Cárdenas bloquea la sindicalización campesina bajo la CTM aduciendo que «incubaría gérmenes de disolución». En agosto de 1938, dirigida por el honrado Graciano Sánchez, crea una organización *ad hoc:* la Confederación Nacional Campesina. (Con idéntico espíritu corporativo, alienta la integración oficial de las Cámaras de Comercio e Industria.) Todavía más: para no dejar todos los huevos sólo en la canasta cetemista, mantiene con vida a la CGT y la CROM.[65] El equilibrio llega al extremo con el generoso asilo a León Trotsky. Diego Rivera se lo había solicitado en La Laguna, a fines de 1936. Trotsky llega a Tampico en enero de 1937. Los comunistas y la CTM trinan. Los primeros no cejan, los segundos se pliegan. Así, con una suprema política de «divide y vencerás», el Estado cardenista se consolidaba como el protagonista de la vida nacional.

En 1936 las huelgas no habían sido desacertadas ni antipatrióticas. Para 1939, sí. El sentido de fondo es idéntico: el Estado vela por la nación, es tutor y árbitro, es el supremo

juez.

La aparente «línea dura» con los obreros desde 1938 tiene como origen la tabla de prioridades nacionales a cargo del Estado. Pero quizá otro factor influyó también: el fracaso de la administración obrera de los ferrocarriles. Los años treinta fueron en todo el Occidente una era de experimentación. El New Deal, en particular, tuvo ese sentido. Roosevelt solía decir: «Escoja un método y pruébelo. Si falla, admita su error francamente y trate con uno nuevo. Pero sobre todo: pruebe siempre». El New Deal cardenista tuvo también ese carácter de continua experimentación. Luis Cabrera dio con la palabra clave: ensayo. Cárdenas ensaya la entrega de la administración ferrocarrilera a los obreros. Su triunfo, explica Arturo Anguiano, habría dado «un jalón hacia el socialismo». Su fracaso obligaría al repliegue y a la búsqueda franca de una nueva vía: el capitalismo industrial bajo la tutela, regulación y arbitraje del Estado.

En febrero de 1937 el ingeniero Antonio Madrazo, presidente ejecutivo de los Ferrocarriles Nacionales, había emitido un memorándum aterrador. Las continuas peticiones sindicales paralizaban a la empresa; de cada peso que ingresaba, 55 centavos se dedicaban a sueldos; la productividad decrecía; con frecuencia se amenazaba a los buenos operarios con la cláusula de exclusión. En junio, Cárdenas expropia la empresa y crea el Departamento Autónomo de los Ferrocarriles Nacionales, constituido en un patrimonio nacional sin propósito de lucro. Menos de un año después, en abril de 1938, entrega la administración y explotación de la empresa al Sindicato de Ferrocarrileros. Nace así la administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales de México.

Entre agosto de 1938 y marzo de 1940 tienen lugar seis

graves choques de trenes de pasajeros y centenares de accidentes menores. El 3 de julio de 1939, el licenciado Agustín Leñero, secretario particular de Cárdenas, dirige al presidente un telegrama en torno a las causas de los accidentes, donde le dice que la casi totalidad de éstos son atribuibles al relajamiento de la disciplina laboral y al caos organizativo imperante en el sindicato.

Al poco tiempo, atendiendo a las sensatas sugerencias de su ministro de Hacienda, Eduardo Suárez, Cárdenas se dispone a aceptar el repliegue del ensayo sindicalista.

«No debe extrañar que el régimen facilite la unión de las clases trabajadoras, así manuales como intelectuales, alrededor del Partido. La administración actual, que es consecuencia del movimiento revolucionario, reconoce su obligación de reunir a los grupos dispersos para que no actúen anárquicamente.»

En la médula del nuevo proyecto estaba el credo colectivista de Cárdenas y su desdén por el «individualismo anárquico»: «El colectivismo», sostenía, «no está reñido con la democracia. No sólo eso, sino que en la propia organización colectivista se practican las reglas de la democracia».

El credo colectivista de Cárdenas, como cualquier otro credo, era impermeable a los datos incómodos de la realidad. «Lo que hasta el presente se ha hecho», comenta a Regino Hernández Llergo, «está bien hecho, y no hay de que arrepentirse. Nada hay que rectificar». El joven crítico Rubén Salazar Mallén escribió a principios de 1939 que el país vivía, en lo político, «un nuevo porfirismo»:

«Aquí el ejercicio de la democracia es una triste mascarada… un embuste peor que la usurpación mendaz del nombre del pueblo… ¿Qué líder representa al pueblo, a una fracción del pueblo siquiera? La carne de sindicato es carne

esclava».

«Los malos líderes», respondería Cárdenas, «son golondrinas que no hacen verano.» Pero tal vez Salazar Mallén tenía razón. Treinta años después del inicio de la Revolución un nuevo padre integral había vuelto a la vieja receta de Alamán, Molina Enríquez y Porfirio Díaz: México como un edificio corporativo.[66] La Revolución sólo había dado una composición social al diseño. «Los mexicanos», escribe Arnaldo Córdova, «fueron incapaces de percibir el gigantesco proceso de corporativización que el cardenismo estaba llevando a término.»

NOTAS

63. «De la alocución del Centro Patronal de Monterrey, Nuevo León, sobre la acción gubernamental y la lucha obrera», en *El Nacional,* 11 feb. 1936 (México).

64. Hernández, pp. 157-162.

65. Ibíd., pp. 164 y 165.

66. Ibíd., pp. 182-184.

Por un sano nacionalismo tecnocrático

Cárdenas no había olvidado su experiencia en la Huasteca veracruzana, en «Tuxpan de ideales». El trance de aquella remota huelga lo había marcado: la prepotencia de las compañías petroleras, sus evasiones fiscales, la pobreza de la zona, la división entre los obreros, la final aquiescencia del presidente Calles. Los petroleros constituían un Estado dentro del Estado mexicano.

Desde principios de su gestión, el presidente da indicios de endurecimiento frente a las compañías petroleras. El 1.° de septiembre de 1935 declara:

«La aplicación de la Ley del Petróleo de 1925, en lo que a concesiones ordinarias se refiere, ha demostrado no responder al principio fundamental del artículo 27 constitucional. En efecto, permite la incorporación de enormes extensiones de terreno sin trabajar».[67]

Los hechos se suceden en un continuo *crescendo.* En 1936 se publica la Ley de Expropiación por Causa de Utilidad Pública, pero el embajador Josephus Daniels recibe seguridades por parte del presidente de que no se aplicará en los casos del petróleo y las minas. A mediados de año, los dieciocho mil obreros del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República mexicana emplazan con éxito a las compañías a la firma del primer contrato colectivo de trabajo. A principios de 1937 el secretario de Comunicaciones, Múgica, elabora un proyecto en donde se vuelve a estipular lo que él mismo había impulsado veinte años antes en Querétaro: los yacimientos pertenecen a la nación. Según Lorenzo Meyer —autor de un libro clásico sobre el conflicto petrolero—, Cárdenas niega que se pretenda afectar derechos adquiridos y congela el proyecto de su mentor. Con todo, crea la Administración Nacional de Petróleo.[68]

A mediados de 1937 surge, de nueva cuenta, un problema laboral. El presidente y los ministros Múgica y Suárez niegan repetidamente que el gobierno abrigue el propósito de nacionalizar. Con el reparto agrario en su punto culminante, la necesidad, por el contrario, era de recursos. Cárdenas, no obstante, escribe para sí en junio de 1937: «Toda la industria del petróleo debe venir a manos también del Estado para que la nación aproveche la riqueza del subsuelo que hoy se llevan las compañías extranjeras. Para ello seguiremos otro procedimiento».[69]

La Junta de Conciliación y Arbitraje declara que entre las empresas y el sindicato existe un conflicto económico, por lo que, de acuerdo con el derecho laboral, se designa una junta de peritos dictaminadores. Bajo la dirección del Efraín Buenrostro, Mariano Moctezuma y Jesús Silva Herzog, los peritos emiten finalmente un documento de 2.700 cuartillas con 40 conclusiones desfavorables a las compañías. Uno de los peritos que intervino en el estudio, el contador Alejandro Hernández de la Portilla, recuerda que las compañías abundaban en recursos de adulteración de cuentas: el ocultamiento de utilidades por medio de gastos y sueldos inflados era sólo uno de ellos. El veredicto no dejaba dudas: podían pagar los veintiséis millones de pesos que los obreros exigían, no sólo los doce que estaban ofreciendo.

Las compañías —explica Meyer— no se enfrentaban ya al sindicato o a la CTM, sino al gobierno. Cárdenas expuso a Daniels que en adelante la fijación de impuestos y salarios se haría con intervención oficial. Era el desenlace natural de aquel peritaje. Por su parte, las compañías buscan refutar el informe elevando al mismo tiempo su oferta a veinte millones.

Entre agosto y octubre de 1937 se celebran varias

entrevistas entre el presidente y los petroleros. Estos optan por su consabida línea dura. «La reacción del presidente no fue clara: escuchó, ofreció mediar. En cambio, la respuesta de la Standard Oil en noviembre fue del todo clara: "No podemos pagar y no pagaremos".» Su cálculo era simple: el gobierno no se atrevería a ir más lejos; carecía de personal para manejar la industria, de mercados para colocar los productos y de recursos para financiarse. Para sorpresa general, en esos días el gobierno toma una medida sin precedente: cancela una concesión de 1909 a la Standard Oil, con lo cual rasgaba el tabú de no tocar las concesiones confirmatorias.

La siguiente jugada de ajedrez consiste en buscar la división. El gobierno concede a El Águila —compañía angloholandesa— una concesión en Poza Rica a cambio de la aceptación en sus términos del artículo 27 y una participación de entre el 15 y el 35 por ciento de la producción. A fin del año, Castillo Nájera —el embajador de México ante Washington— busca un acuerdo general de sociedad con las empresas norteamericanas, aduciendo la expansión de El Águila. Finalmente, la maniobra se frustra con ambas.

El 18 de diciembre, la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje emite su fallo: las compañías deberían pagar 26.332.752 pesos a los obreros y dar trabajo a 1.100 empleados de confianza.[70] Las compañías reclaman denegación de justicia. Para ellas, se trata del contrato «más extremista que jamás se hubiera dado a trabajadores en cualquier industria de cualquier país». El 29 solicitan el amparo a la Suprema Corte de Justicia. Las reservas del Banco de México se desploman.

«La esencia misma del poder», apunta Meyer, «estaba en juego.» El 1.° de marzo de 1938 la Corte falla contra las

compañías: la fecha límite para el pago de los veintiséis millones sería el 7 de marzo. A todo esto, el gobierno de Washington ha reaccionado con desusada prudencia. Es cierto que Morgenthau —secretario del Tesoro— se niega a convenir con México un arreglo de compra de plata a largo plazo, pero en el otro lado de la balanza está el embajador Daniels. «No es un amigo de las compañías», explica Meyer, «sino un auténtico exponente de la política del "buen vecino".»

Cárdenas había tenido una junta con Armstrong, el representante de las compañías. En ella había rehusado bajar la cifra, pero abría la puerta a otro tipo de concesiones. El 8 de marzo, en una nueva y candente reunión con el presidente, la oferta oficial es aún mejor: con el pago de los veintiséis millones, el gobierno se comprometía a la reglamentación del laudo para evitar posteriores dificultades. Silva Herzog escuchó el diálogo que siguió a esta idea:

«—¿Y quién nos garantiza que el aumento será sólo de veintiséis millones?

»—Yo lo garantizo.

»—¿Usted? (*Sonrisas.*)

»—(*De pie.*) Hemos terminado».

En verdad habían terminado. El día 9 Cárdenas apunta:

«Soy optimista sobre la actitud que asumirá la nación en caso de que el gobierno se vea obligado a obrar radicalmente. Considero que cualquier sacrificio que haya que hacer en el presente conflicto lo hará con agrado el pueblo.

»México tiene hoy la gran oportunidad de liberarse de la presión política y económica que han ejercido en el país las empresas petroleras que explotan, para su provecho, una de nuestras mayores riquezas, como es el petróleo, y cuyas empresas han estorbado la realización del programa social

señalado en la Constitución Política, como también han causado daños las empresas que mantienen en su poder grandes latifundios a lo largo de nuestra frontera y en el corazón del territorio nacional, y que han ocasionado indebidos reclamos de los gobiernos de sus países de origen.

»Varias administraciones del régimen de la Revolución han intentado intervenir en las concesiones del subsuelo, concedidas a empresas extranjeras, y las circunstancias no han sido propicias, por la presión internacional y por problemas internos. Pero hoy que las condiciones son diferentes, que el país no registra luchas armadas y que está en puerta una nueva guerra mundial, y que Inglaterra y Estados Unidos hablan frecuentemente en favor de las democracias y de respeto a la soberanía de los países, es oportuno ver si los gobiernos que así se manifiestan cumplen al hacer México uso de sus derechos de soberanía.

»El gobierno que presido, contando con el respaldo del pueblo, cumplirá con la responsabilidad de esta hora».[71]

Todo se precipita. El día 15 la Junta Federal apremia a las compañías el cumplimiento. El 16 las declara en rebeldía. (Armstrong comenta: «No se atreverán a expropiarnos».) Todavía el 18 de marzo hay una junta con el presidente en la que las compañías aceptan el pago de veintiséis millones, pero objetan otras prestaciones. Demasiado tarde. Al día siguiente, a las once de la noche, en Los Pinos, Cárdenas apunta los acontecimientos memorables:

«A las 22 horas de ayer, 18 de marzo, dirigí en Palacio Nacional un mensaje a la nación, participándole el paso trascendental que da el gobierno de México, reivindicando la riqueza petrolera que explotaban empresas extranjeras.

»He hablado al pueblo pidiendo su respaldo, no sólo por la reivindicación de la riqueza petrolera, sino por la dignidad de

México que pretenden burlar extranjeros que han obtenido grandes beneficios de nuestros recursos naturales, y que abusan considerándose ajenos a los problemas del país.

»Con voluntad y un poco de sacrificio del pueblo para resistir los ataques de los intereses afectados, México logrará salir airoso; y para ello confío en la comprensión y patriotismo de todos los mexicanos.

»Hoy podrá la nación fincar buena parte de su crédito en la industria del petróleo y desarrollar con amplitud su economía».[72]

El 20 de marzo era domingo. Una comitiva de amigos cercanos acompañó al presidente a una excursión al Nevado de Toluca. Nadó solo en el agua helada de una de las lagunas. Nadar en el volcán… Raúl Castellano pensó que el acto era una metáfora puntual de los acontecimientos que el presidente había vivido.

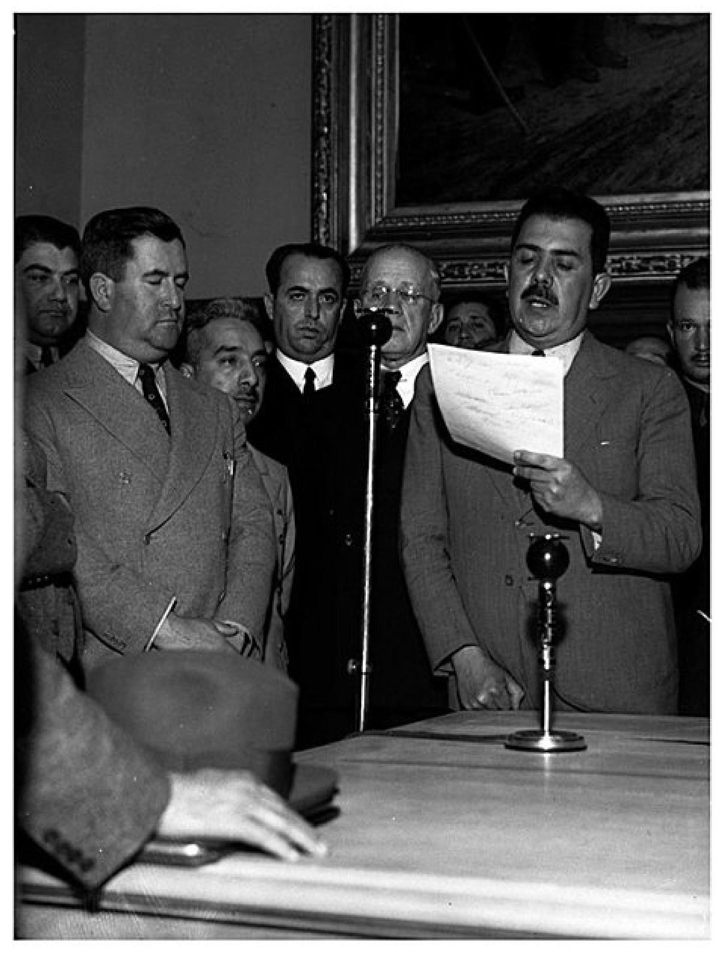
Doscientas mil personas aclamaron al presidente en el Zócalo. Serían legendarias las colas de gente de todas las clases sociales que en Bellas Artes contribuyeron al pago de la deuda con lo poco o mucho que tenían: joyas o guajolotes. Veinte mil estudiantes de la recelosa UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) lo vitorearon. El rector, Luis Chico Goerne, exclamó: «Presidente de mi patria: he aquí el alma y la carne joven de México. Están contigo porque tú estás con el honor».[73] El presidente tomó la bandera de la universidad y la ondeó con emoción varios minutos.

Las compañías petroleras concertarían un amplio y efectivo boicot comercial contra México, que se vio obligado a vender su petróleo a los países del Eje o a idear difíciles operaciones de trueque. No faltaron desde luego los embargos, ni la escasez de refacciones incluso en industrias que nada tenían que ver con el petróleo, ni las campañas de desprestigio, ni los

escritores a sueldo que llevaban por el mundo la visión de un «México que robaba lo que se pusiese al alcance de la mano». Por su parte, el gobierno inglés puso al mexicano una nota denigrante que provocó la suspensión de relaciones. Con el gobierno de Estados Unidos no dejó de haber tensión, pero para Washington los riesgos de un enfrentamiento eran mayores que los posibles beneficios. La entrada de Estados Unidos en la guerra finiquitó, de hecho, el conflicto. La actitud de ambos presidentes —Roosevelt y Cárdenas—, tanto como el cuadro internacional, había contribuido al arreglo:

«Es típico de Cárdenas», notó Frank Tannenbaum, «el que, a través de todas aquellas conmociones, haya sabido conservar la cabeza. No profirió ninguna maldición contra el pueblo americano; no denunció todos los días al gobierno americano; no insultó al secretario de Estado; no ridiculizó al presidente de Estados Unidos. Muy al contrario, siguió siendo amigo de Josephus Daniels y una vez hizo notar: "Tuve mucha suerte en ser presidente de México cuando Roosevelt era presidente de los Estados Unidos"».[74]

El artículo 27 de la Constitución se cumplía por fin en letra y espíritu. México fue más México a partir de ese momento.



«…dirigí en Palacio Nacional un mensaje a la nación, participándole el paso trascendental que da el gobierno de México, reivindicando la riqueza petrolera que explotaban las empresas extranjeras.» (Lázaro Cárdenas)

Agencia Casasola, *El presidente Lázaro Cárdenas leyendo el decreto de expropiación petrolera*, 18 de marzo de 1938. © Núm. de inventario: 50838. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Los observadores cuidadosos notaban un cambio en el Cárdenas posterior a la expropiación petrolera con respecto al de los primeros años. «Su reserva inicial», escribe el corresponsal del *New York Times*, «se ha convertido en una actitud de holgada confianza. Ha ido desarrollando gradualmente una brillante personalidad que contrasta de modo radical con su anterior retraimiento.» Luis González advierte otra faceta de cambio: Cárdenas se volvió un poco tecnócrata. Parecía que la afirmación personal y nacional de la expropiación hubiese cegado en él todas las fuentes íntimas de carencia, desigualdad o resentimiento. La clave ahora era construir.

Una expresión de esa nueva actitud fue su impulso a la asistencia pública y la salud. Meses antes había creado ya la Escuela Normal de Educación Física, la Secretaría de Asistencia Pública, el Departamento de Asistencia Infantil, el Hospital de Huipulco y el servicio médico obligatorio. En 1939 funda la Liga Mexicana contra el Cáncer. Como se ha vuelto un espléndido nadador, contrae una marcada fe en el deporte, que le vale las más desternillantes críticas de los escritores mojigatos:

«Tal ha sido el fanatismo sectario del general Cárdenas que no ha desaprovechado ocasión para combatir el catolicismo. Ha difundido los deportes, no tanto por lo que favorecen el desarrollo físico, cuanto por alejar a los que los practican del cumplimiento de los deberes religiosos del domingo y para que las mujeres pierdan el pudor».

Con la salud, la técnica. En tiempos de Cárdenas se funda el Instituto Politécnico Nacional. Sus aulas debían albergar a un nuevo tipo de universitario, como aquellos que había previsto en los cafés de la Universidad Nicolaíta: técnicos identificados con la realidad económica y social mexicana. En octubre de

1939 esta identificación comienza a adquirir formas concretas. Cárdenas echa a andar el proyecto de industrialización nacional. En unos cuantos días abate los gravámenes a la exportación de utilidades, los impuestos a las importaciones, la renta y el timbre. Se fomentaría con decisión a las industrias nuevas.

La cronología de las instituciones que creó y de las leyes que promulgó indica también un tránsito de lo campirano a lo urbano, de la impartición de justicia a la creación de riqueza. De 1935 datan el Departamento de Caza y Pesca, el Forestal, el de Asuntos Indígenas. De 1936, los Almacenes Nacionales de Depósito. En 1937 nacen el Banco Nacional de Comercio Exterior, el Banco Nacional Obrero de Fomento Industrial y la Nueva Ley de Seguros. En 1938 se crean los Talleres Gráficos de la Nación y la Comisión Federal de Electricidad. Se expide el Estatuto de los Trabajadores del Estado y la muy importante —y poco respetada— Ley de Responsabilidades de Funcionarios Públicos. En 1939, año en que se pone en marcha el fomento de la industria, se crea también la Comisión Nacional de la Habitación. Un rasgo más del mismo tránsito es el incremento de la inversión en la infraestructura. Cárdenas gasta doce veces más que su antecesor en carreteras y aumenta en treinta millones de pesos al año la partida dedicada al riego.

Si se piensa en términos de la Constitución, para 1940 el cuadro de actitudes presidenciales era aproximadamente el siguiente: respeto absoluto de los artículos sobre libertades; vista gorda con el 130; menos socialismo y más técnica con el 3.º; plena vigencia del 123, siempre bajo la vigilante tutela del Estado, que entonces prescribía una era de industrialización para el país y de unidad entre los factores de la producción. Finalmente, cumplimiento estricto del artículo 27, primero —de 1936 a 1937— en sus postulados agrarios, pero cada vez

con mayor hincapié en su aspecto nacionalista.

Una carta de Cárdenas a Efraín Buenrostro, secretario de Economía Nacional hacia marzo de 1940, expresa esta faceta de reivindicador nacionalista. Su credo desde los tiempos michoacanos había tenido dos pilares: el reparto ejidal de la tierra y la organización de las clases trabajadoras en un frente único bajo el manto corporativo del Estado. Ahora tenía un pilar más:

«Para el desarrollo de la costa de Michoacán, sigo pensando en la explotación de los yacimientos de fierro de Las Truchas, que desde luego podía iniciar el gobierno en una forma modesta con objeto de ir llamando la atención sobre la importancia de esa zona, que hoy se encuentra sin ninguna comunicación carretera y de población por falta de actividad.

»Al efecto, considero que bastará, por lo pronto, con un modesto taller de fundición que cuente con un pequeño horno para lingotes que los habitantes de la región de La Mira están dispuestos a manejar con tal de contribuir al desenvolvimiento de aquella importante región».

NOTAS

67. Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)* (México, 1972), p. 310.

68. Weyl, p. 282.

69. Cárdenas, vol. I, p. 371.

70. Meyer, *México y los Estados Unidos…*, pp. 319-329.

71. Cárdenas, vol. I, p. 387.

72. Ibíd., p. 390.

73. Salvador Mendoza, *La doctrina Cárdenas* (México, 1938), pp. 145-149.

74. Tannenbaum, p. 338.

Puerto de libertad

En uno de los pasajes de su libro *Homage to Catalonia*, George Orwell se refiere a los buenos cartuchos mexicanos que el escritor solía dejar en reserva para cuando llegase el momento de la lucha. Leyéndolo, es imposible no conmoverse ante la actitud solidaria del gobierno mexicano con la República española.

El 15 de septiembre de 1936, Cárdenas da el grito en el Zócalo y agrega: «Viva la República española». No eran simples palabras: el deseo cristalizaría en ayuda. El 7 de junio de 1937 llega a México un grupo de niños huérfanos de la guerra. Cárdenas apunta:

«La traída a México de los niños españoles huérfanos no fue iniciativa del suscrito. A orgullo lo tendría si hubiera partido del Ejecutivo esta noble idea.

»Fue de un grupo de damas mexicanas que entienden cómo debe hacerse patria y que consideraron que el esfuerzo que debería hacer México para aliviar la situación de millares de huérfanos no debía detenerse ante las dificultades que se presentasen».

Dos años más tarde desembarcan treinta mil republicanos. Algunos círculos profascistas hablaban de la temible inmigración «comunista». Lo cierto es que esa corriente significó una inmensa capitalización cultural y económica. Gracias al apoyo de Cárdenas a una propuesta de Daniel Cosío Villegas, México abrió sus puertas a la crema y nata de la élite intelectual y científica de España, que trajo desde su llegada beneficios extraordinarios al país. En 1939 —para mencionar una sola institución de las que se formaron con el concurso español— se crea la Casa de España en México, que al poco tiempo se convertiría en El Colegio de México. Todo el que recuerde las desesperadas muchedumbres republicanas

en los muelles españoles con la vista fija en el mar, temiendo el ataque de los franquistas en cualquier momento, debe sentirse orgulloso de que México se convirtiera en su puerto de salvación. Hecho tan significativo como el asilo a Trotsky, el profeta desterrado a quien ningún país quería acoger. México fue —o, más bien, ha seguido siendo— sinónimo de refugio para los perseguidos de otras tierras.

Cárdenas lo expresó mejor que nadie: «No hay antipatía o prejuicio en nuestro país contra ningún país o raza del mundo».[75]

Cada paso de la política exterior cardenista fue congruente con esta actitud moral: su condena de la invasión fascista italiana a Etiopía; la censura al Japón en el conflicto sinojaponés; la orden a la Delegación Permanente de México en la Sociedad de Naciones para asumir en Ginebra la defensa de los judíos perseguidos por los nazis; la protesta, en fin, contra la invasión alemana de Checoslovaquia, Bélgica, Holanda, y la soviética de Finlandia.[76]

El sentido de libertad que Cárdenas proyectaba a su política exterior tuvo traducciones concretas y palpables en la vida política interior. José Alvarado —el fino periodista— escribió: «Durante los seis años que estuvo en el Palacio Nacional, su obra fue discutida libremente en toda la República y su régimen fue objeto de ataques rudos y violentos». Nunca hubo represalias.

Quiso que su sexenio fuese muy distinto al de los sonorenses, manchados de sangre. Lo consiguió. La muerte de Saturnino Cedillo —el último rebelde militar en la historia del México contemporáneo— no puede achacarse al presidente. Había ido personalmente a San Luis Potosí para procurar disuadirlo.[77] Su lugarteniente Pedro Figueroa recuerda sus instrucciones:

«El general no quiere que matemos a nadie. Desea que no haya derramamientos de sangre. Este movimiento rebelde podía haberse terminado en una hora; pero se ha prolongado algunos días debido a que el general Cárdenas ha dado órdenes expresas de dejar en libertad a los prisioneros, y no sólo eso: darles dinero para que regresen a sus casas y a su trabajo».

Nada lo encolerizó tanto en su sexenio —escribió su hagiógrafo Townsend— como la muerte violenta de Cedillo en enero de 1939.

Al generoso derecho de asilo, que confirmaba al país como un coto de libertad, y a la irrestricta independencia de la crítica se aunó el respeto a la libertad de creencia. Los empañó, es verdad, el dogma de la educación socialista impuesto a los niños en contra del auténtico laicismo. Con todo, Cárdenas tenía razón. Luego de los desfanatizadores años veinte, «no había problema religioso en México»:

«Naturalmente, en todos los países existen varias tendencias en pro y en contra de las creencias y prácticas religiosas, pero por lo que concierne a las leyes y al gobierno mexicanos, existe completa libertad religiosa en nuestro país».

Una de las mayores paradojas de aquel sexenio fue la convivencia de un Estado corporativo con las más amplias libertades cívicas. Esta sería, desde entonces, una de las paradojas centrales y, en cierta forma, afortunadas de la vida mexicana. En un político paternal como Cárdenas, la convivencia se explica: el padre domina pero tolera y aun alienta la libertad natural de los hijos.

NOTAS

75. Durán, p. 326.

76. Lorenzo Meyer, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores,* 8 vols. (México, 1991), vol. VI, pp. 183-189.

77. Cárdenas, vol. I, pp. 369-370.

Paradojas y sucesión

Negar que Cárdenas terminó su periodo presidencial en medio de una notoria, que no generalizada, impopularidad, sería querer tapar el sol con un dedo. Más temprano de lo que hubiera querido, en 1939 se desató la carrera de la sucesión y con ella un alud de críticas.

Muchas de ellas eran risibles. Había que frotarse los ojos, por ejemplo, después de leer las opiniones de Carlos Pereyra: «El Estado Mayor bolchevique, compuesto de mexicanos enviados a Rusia … la colectivización de la tierra. Rusia en todo».[78] La iracundia de los círculos clericales los llevaba a creer que Cárdenas había sido tan perseguidor como Calles. Hasta hombres sensatos como Manuel Gómez Morin criticaban «la conducta absurda» de México en Ginebra… y la que siguió en el problema de los refugiados «permitiendo que los funcionarios mexicanos se convirtieran en agentes… de facciones que nos son extrañas».

Las clases altas lo llamaban «el Trompudo» y recitaban estos versos:

Un presidente obcecado
de proletaria manía
es peor que un chivo enjaulado
en una cristalería.
Paloma viajera,
as de peregrinos,
que vas recorriendo
todos los caminos,
comes en cuclillas,
duermes en el suelo,
aunque los rancheros

te tomen el pelo.
Ya no nos des patria,
ya no nos redimas,
ya no nos prometas
cosechas opimas.
Y si has de hacer algo en
nuestro favor,
córtale las uñas
a tu ilustre hermano.
De Lombardo y Dámaso
líbranos, Señor.

Con la fundación, en 1939, del Partido de Acción Nacional, Manuel Gómez Morin echó su cuarto a espadas. Sus discursos críticos fueron, por lo general, inteligentes y matizados. Admitía la «rectitud de intención en casos corno la colectivización agraria y el sindicalismo burocrático», confrontaba las intenciones con los resultados y hallaba a éstos «lamentables o, en el mejor de los casos, nulos». A su juicio, la acción agraria estaba inspirada en «un falso y artificioso concepto de lucha» contrario a «las condiciones humanas de vida, la libre organización y los medios técnicos que se habían introducido en la agricultura moderna en todo el mundo, menos en México». Contra la opinión de Cárdenas, que defendía la colectivización agraria porque a ella tendían las condiciones climáticas de cada región y porque había que evitar el «individualismo anárquico», Gómez Morin pensaba:

«¿Por ventura en los demás países donde existen unidades de irrigación, de clima o de cultivo —y existen en todo el mundo— ha sido necesario imponer las formas de colectivización? ¿Se ha comprobado en alguna parte que la libertad responsable de trabajo y de asociación produzcan un

individualismo anárquico, pugna entre los trabajadores, desperdicio de energías y abatimiento en la producción? No. Eso existe precisamente donde las formas naturales y debidas de la propiedad, del trabajo libre y responsable, de la asociación autónoma y de fin técnico, se reemplazan por la coacción, el favoritismo, la burocracia y el propósito político, como sucede precisamente cuando se quiere introducir la colectivización».

De la sindicalización burocrática no tenía mejor opinión: a las organizaciones obreras se las había «envenenado de política y de fines, tácticas y objetivos que no [eran] suyos». Del PRM escribió: «…es una patraña de partido que no tiene un solo miembro voluntario». El mayor pecado del régimen, concluía Gómez Morin, era su «confusión mental y moral». Años después resumiría sus ideas: «En Cárdenas, en su gobierno, había una mezcla de mesianismo, de sentido de justicia para los desvalidos y creo que de sincero deseo de progreso de México, con una ideología socialistoide, un gran apetito de poder y una fuerte dosis de desprecio a la comunidad».

La tenue franja de los intelectuales democráticos y liberales apenas salió a la palestra porque, de tan tenue, era casi inexistente. En el clima de tensión ideológica que prevaleció durante toda la década de los treinta, era muy raro el que navegaba con éxito entre Escila y Caribdis, entre fascismo y comunismo. Uno de esos extraños equilibristas fue Cosío Villegas. Se cuidó de publicar sus equilibradas opiniones, pero no de formularlas.

«El equipo de gobierno de Cárdenas es el peor que ha tenido cualquier presidente revolucionario: un grupo de abogaditas de provincia, sin ideas. Cárdenas no tuvo un consejero inteligente, exceptuando Suárez, el secretario de

Hacienda; todos los demás eran gentes atropelladas, muchas veces deshonestas, simplemente demagogos, etc. Esta es una cosa incuestionable … Cárdenas fue un hombre realmente notable pero incapaz de tener nociones generales sobre las cosas. De allí ese afán de ver las cosas con sus propios ojos, esa perpetua movilidad en que se encontrara … Es incuestionable que Cárdenas era un hombre singular en el sentido de que era una persona poco cultivada, no inteligente, incapaz de treparse a lo que es una concepción de un problema. Daba un tratamiento casuístico a los problemas: caso por caso aislado, y a una serie de problemas inconexos, que no están empotrados en un plan, en una idea general. Eso era muy de Cárdenas. Cárdenas era un hombre que quería que se hicieran las cosas, que tenía una repugnancia particular a ver los antecedentes. Yo tenía una gran admiración por el sentido populista de Cárdenas … Es incuestionable que el gobierno de Cárdenas fue desgobernado, pero de grandes impulsos generosos, todos ellos con finalidades de carácter incuestionablemente popular, de favorecer a la gente pobre…»

Otro observador mesurado e inteligente fue Manuel Moreno Sánchez. Ya dijimos que había vivido en Michoacán durante el conflicto entre Serrato y Cárdenas. Llevaba dos años rumiando sus impresiones. Su conclusión muestra el desconcierto que le causaron las paradojas de Cárdenas. Tres paradojas, cuando menos:

«En Cárdenas hay a la vez la semblanza de un presidente tolerante y equitativo y la sombra de un cacique que lo quiere resolver todo sin pensar en la estructura constitucional, sin división de poderes, sin legislativo ni judicial… Estuvo siempre con los pobres y él mismo no ha sido pobre, ni sus parientes y amigos… Ciertamente es un destructor, porque todo revolucionario ha nacido para derribar; pero si no pudo

hacer obras para el desarrollo material, nadie puede negarle su obra principal: haber acentuado el cambio moral del pueblo humilde. Con Cárdenas muchos parias han sabido que eran hombres».

Pocos críticos exploraron la mayor paradoja de todas: el modo en que la terca realidad distorsionó los empeños celestiales del «General Misionero» o, peor aún, el modo en que empeños celestiales infligieron dolor en la terca realidad. Paradoja para teólogos, no para intelectuales.

Al acercarse las elecciones de julio de 1940 apareció en un diario de la capital un corrido del pueblo al presidente Cárdenas:

Tú que eres un hombre bueno,
líder de las democracias,
evítale a tu país
nuevas y grandes desgracias.
Nadie se habrá de acordar
del petróleo y algodón
si deshaces el pastel
que ya hornea la imposición.
El pueblo te ha ovacionado
y por doquier te ha seguido:
correspóndele a ese pueblo
quitando tanto bandido.
La gloria de ser un hombre
puro y sincero en la historia
la tienes hoy en las manos;
haz bendita tu memoria.
Arroja el lastre que sobra;
mete en cintura a Graciano,

despierta al dormido Jara
y enmudece a Toledano.
Y si tal conducta sigues
y a tu nación obedeces,
la Historia, que no es ingrata,
te lo pagará con creces.
Oye la voz de tu pueblo,
y escucha bien lo que dice,
y si tal haces verás
¡cómo el pueblo te bendice!

Cárdenas ofreció elecciones limpias y pacíficas. La carrera se había iniciado con un tumulto de presidenciables: Adalberto Tejeda, Amaro, Sánchez Tapia, Magaña, Castillo Nájera, Múgica, Ávila Camacho, Almazán. La elección lógica de Cárdenas era Múgica. «Nadie sabe lo que pesa el saco sino el que lo lleva», comentaba Cárdenas años después. ¿Qué tanto pesaba Múgica? En opinión de Raúl Castellano, Cárdenas descarta a Múgica por considerarlo «excesivamente radical… sé que no se detiene y desgraciadamente va a fracasar y echar a perder lo poco que se ha logrado». Silvano Barba González escuchó del presidente una frase similar: «Múgica pierde el control de sí mismo con frecuencia. Usted puede imaginar lo que haría siendo presidente». De nuevo, como en 1932, Cárdenas opta por un militar moderado, aunque esta vez incondicional. Frente a la «reacción fascista», que según Lombardo provocaría Múgica, se decide por su antiguo y fiel lugarteniente: Manuel Ávila Camacho?[79] Al renunciar a su precandidatura, Múgica critica a los políticos parásitos que bloquean la expresión genuina del pueblo. Por su parte, Ávila Camacho se apresura a proyectar una imagen apacible, y lanza un mensaje de unidad nacional en días de

guerra mundial: «El Partido de la Revolución Mexicana promete a la nación entera que a la conclusión de la lucha electoral no habrá ganadores ni perdedores, sino mexicanos, todos de la misma familia». El periodista José C. Valadés recoge de Ávila Camacho tres palabras que se recordarán todo el sexenio: «Yo soy creyente».



«…entusiasmaba su extraordinaria capacidad de trabajo; su voluntad inquebrantable de redimir a los desvalidos; su simpatía profundamente humana y su temperamento revolucionario.» (Victoriano Anguiano)

Agencia Casasola, *El presidente Lázaro Cárdenas con campesinos, ca*. 1936. © Núm. de inventario: 51902. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

En el lado opuesto sólo queda un gallo, pero de espolones: Juan Andreu Almazán. En sus discursos agota todo el arsenal verbal de la «Revolución de entonces». Condena a los líderes, la colectivización, la educación socialista, el ejido, «nueva encomienda». Pugna por las pequeñas granjas individuales y la autonomía municipal. En todo momento invoca a su remoto líder, el general Zapata. Es partidario de los aliados y las libertades. Tiene el apoyo de varios veteranos —«cartuchos quemados»— y otros grupos menos inocuos: obreros petroleros en Tampico y Veracruz, ferrocarrileros despechados. En cambio, los fuertes núcleos del sinarquismo campesino —unión católica nacida en 1937 que rechazaba por entero la Revolución mexicana— no intervienen en su favor. Entre los «cartuchos quemados» está Diego Rivera. A su juicio, el 80 por ciento del electorado votará por Almazán y no por los dirigentes del PRM, que representan «el fascismo bajo una máscara socialista».

«Oiga, mire eso», exclama un personaje de Azuela frente a la manifestación almazanista en la capital, «ni siquiera cuando triunfó Madero hubo cosa igual, hay doscientas cincuenta mil gentes.» La popularidad de Almazán era evidente, pero la flamante maquinaria del PRM no iba a perder sus primeras elecciones. La CTM y el ejército colaboraron con diligencia en la manipulación de las urnas. «Del campo», escribe Luis González, «en donde por otra parte no tenía arraigo Almazán, vino un millón de votos hechos por unas diez mil personas [en favor del candidato oficial].» Cárdenas había prometido elecciones limpias y pacíficas. Fueron sucias y sangrientas. El Colegio Electoral tuvo la «desfachatez» de publicar estas cifras: 15.101 votos por Almazán, 2.476.641 por Ávila Camacho.

El 1.° de diciembre de 1940 Cárdenas apunta: «Me esforcé

por servir a mi país y con mayor empeño al pueblo necesitado. Cancelé muchos privilegios y distribuí en buena parte la riqueza que estaba en pocas manos».[80]

Palabra por palabra, decía la verdad.

NOTAS

78. Carlos Pereyra, «El último capítulo de la historia de México», en *La Nación,* 11 dic. 1942 (México).

79. Hernández, pp. 198-200.

80. Cárdenas, vol. I, p. 443.

Hacia 1940, la palabra *Revolución* —así, siempre con mayúscula— había adquirido su significado oficial y definitivo. No era ya la Revolución de un líder o caudillo. En términos ideológicos, la Revolución representaba un proceso histórico unitario, amplio, permanente. Incluía no sólo al movimiento armado de 1910 a 1920 sino a la Constitución de 1917, así como a la posterior transformación social e institucional inspirada en ella. Con todo, para la gente del común, la Revolución tenía una significación distinta. No pertenecía al orden humano sino al natural o divino: había sido un cataclismo de proporciones cósmicas y orígenes telúricos, como un terremoto, una sequía o una erupción. En todo caso, un hecho más allá de la historia que, para bien o para mal, había cambiado la historia de todos. Desde cualquier perspectiva, México tuvo un antes y un después de la Revolución.

En el sagrado altar de la Patria —donde los mexicas, los insurgentes, los liberales de la Reforma habían encontrado reposo y gloria— un nuevo elenco de santos laicos había entrado a galope: los caudillos de la Revolución. Al calendario patriótico se agregaron los días que conmemoraban los natalicios, las muertes y las hazañas de aquellos hombres. En su honor se rebautizaron ciudades, pueblos, calles y escuelas. Las querellas y odios que los habían separado en vida (al grado de matarse unos a otros), terminaron por parecer meros accidentes frente al mito fundador que los unía: la Revolución, madre generosa, los reconciliaba a todos.

En su primera década (1910-1920), el saldo sangriento se debió sobre todo a la confrontación física entre las facciones en guerra (y a sus repercusiones en la población civil). Los muertos en combate fueron aproximadamente 250.000. Otras causas adicionales, no ajenas a la violencia circundante,

fueron las epidemias de tifo e influenza y la hambruna. Juntas provocaron la muerte de otras 750.000 personas. Buena parte de la élite porfiriana (políticos, intelectuales, sacerdotes, soldados, empresarios) desapareció en el exilio o la muerte. En el momento álgido de 1915 casi no hubo maestros universitarios. Cerraron minas, haciendas, fábricas. El sistema bancario y monetario colapsó por entero. Sacrificado por el hambre, la sequía, la necesidad o la muerte, desapareció probablemente la mitad del inventario ganadero. El sistema ferroviario —máximo orgullo de don Porfirio— sufrió un daño del que jamás se recuperó. Sólo las compañías petroleras permanecieron intactas en su santuario de Veracruz, protegidas por jefes revolucionarios locales.

La segunda etapa de la Revolución (1920-1935) se caracterizó por una violencia más compleja: étnica, política, religiosa y social. Los «broncos» jefes sonorenses entablaron una guerra feroz contra los indios yaqui y contra los campesinos católicos del Centro y Occidente de México, en la llamada Guerra Cristera. Y con el mismo denuedo, estos jefes pelearon entre sí. El objetivo de la violencia étnica fue desterrar de una vez por todas la resistencia de siglos que los yaquis habían desplegado en defensa del Valle que, en sus propias palabras, «Dios les dio». Los sonorenses lo lograron de manera más expedita que Porfirio Díaz. (Y así pagaban la lealtad de los indómitos yaquis al ejército de Obregón durante la lucha armada.) Mientras tanto, la guerra civil entre los propios sonorenses retrotraía al país a una etapa de inestabilidad similar a la que había padecido en las décadas posteriores a la Independencia. Cada región tenía su caudillo o cacique, su dueño local de vidas y haciendas, soñando con ocupar la silla presidencial.

Plutarco Elías Calles había cerrado la violenta década de los veinte con dos soluciones destinadas a perdurar: la fundación

del PNR —el partido de Estado— y el arreglo con la Iglesia que puso fin a la Guerra Cristera. Pero la violencia social persistió en muchos lugares. Antes del arribo de Cárdenas al poder, los diputados de los diversos bloques dentro del propio PNR se mataban alegremente en casinos, burdeles y hasta en el propio recinto del Congreso. Aún en tiempo de Cárdenas, los miembros de la vieja CROM peleaban en las calles contra la nueva CTM, de orientación socialista. A mediados de los treinta, este combate sindical tenía un fuerte sustento ideológico: la confrontación entre el concepto sonorense de Revolución (basado en el progreso económico promovido por el Estado, orientado a la propiedad privada, antirreligioso y cercano, por momentos, al fascismo) y el concepto Cardenista (atento a la justicia social tutelada por el Estado, orientado a la propiedad colectiva, tendiente a adoptar doctrinas socialistas cercanas, por momentos, al comunismo). El triunfo de Cárdenas sobre Calles en 1935 y la claridad de sus opciones sociales (al margen de sus resultados) detuvieron la matazón. Sin embargo, las elecciones de 1940 no serían pacíficas. Hubo docenas de muertos y centenares de heridos. México siguió siendo tristemente fiel al estereotipo que lo pintaba como «el país de las pistolas», aunque comparado con los horrores que viviría Europa en el lustro siguiente, la violencia mexicana era, en verdad, juego de niños.

Junto a las balas, la Revolución había traído consigo logros materiales reales y tangibles. Cualquiera que hubiese vivido las Fiestas del Centenario en 1910 —y todos los mayores de cuarenta años tenían edad para recordarlas— podía apreciar los inmensos cambios. Ahora había miles de escuelas, innumerables servicios públicos, una amplia red de carreteras e importantes obras de irrigación. La hacienda —esa centenaria institución cuasi feudal— había desaparecido. Los gobiernos de la Revolución —el de Cárdenas, más que

ninguno— habían distribuido el 15 por ciento del territorio nacional (alrededor de 26 millones de hectáreas) entre 1,81 millones de campesinos. Y aunque la propiedad privada prevalecía en zonas del país, hacia 1940 la mitad de la población rural formaba parte de la nueva clase de ejidatarios. Había 20.000 ejidos, 900 de los cuales eran colectivos. Criticado por muchos, a menudo por los propios campesinos, el ejido representaba una auténtica revolución en la propiedad de la tierra.

En 1910, la exigua clase obrera apenas conocía el ejercicio de su libertad sindical. Estallar una huelga era un acto ilegal, temerario y —ante las buenas conciencias— irrespetuoso, que por lo común terminaba en un baño de sangre. Treinta años después, gracias al artículo 123 constitucional y a la política laboral de Calles y Cárdenas, los obreros habían alcanzado una posición no sólo legal y legítima sino visible, fuerte e influyente. La CTM comenzaba a integrar a toda la clase obrera. En suma, había ocurrido una genuina revolución en los derechos laborales.

En la vieja batalla por la soberanía del subsuelo, Cárdenas obtuvo el primer triunfo resonante del nacionalismo mexicano en el siglo XX: la expropiación de las compañías petroleras en marzo de 1938. Y hubo muchas otras conquistas sociales, culturales y educativas. Pero cabía preguntarse si esas conquistas habían valido el derramamiento de sangre. ¿La construcción compensaba la destrucción? Los muertos no tenían voz para responder. La mayoría sobreviviente (los «pacíficos» que habían transitado por los años violentos como azorados espectadores) no se hacía preguntas sobre la legitimidad del gobierno. La daba por hecho. En cuanto a los propios revolucionarios —participantes, simpatizantes, generales, políticos, profesionistas, intelectuales— es claro que se hacían preguntas, emitían juicios, pero aún los

disidentes se sentían parte de *la Revolución*, proceso histórico que los rebasaba, los trascendía. Los culpables eran siempre los otros, los malos revolucionarios, los que habían violado y traicionado a la Revolución, los que la habían corrompido y abandonado a su suerte. Más allá de esos disensos internos, la Revolución, esa promesa inmensa, estaba viva y vigente.

La legitimidad del nuevo Estado no provenía de las urnas electorales (aunque formalmente hubiese elecciones) sino de las legendarias balas de la lucha armada. Del famoso lema de Francisco I. Madero «Sufragio efectivo, no reelección», el Estado revolucionario había omitido la primera parte pero respetaba escrupulosamente la segunda. Porfirio Díaz se había reelecto en siete ocasiones. Parecía difícil romper esa norma después del asesinato de Obregón, ocurrido en 1928, durante su intento de reelegirse. Con el tiempo se vio que la ruptura del tabú era imposible: la «no reelección» había llegado para quedarse.

El Estado revolucionario no sólo tenía fortalezas recientes sino también remotas. En particular durante el periodo de Cárdenas, combinó elementos del antiguo espíritu misionero de la Iglesia con rasgos de la Corona española: protectora, corporativa, paternal. El Estado no bendecía a los individuos sino a los individuos organizados en grupos (uniones, sindicatos, ejidos) a quienes tutelaba, vigilaba y juzgaba; el Estado ofrecía la buena nueva de su evangelio social en los murales de los edificios públicos (como la Iglesia había plasmado el suyo en los muros de templos y parroquias). También la salud y el bienestar terrenal del pueblo (vieja tarea de la Iglesia) formaban parte de su responsabilidad. Fue así como la Iglesia Católica, vista siempre como la enemiga de la Revolución, siguió imprimiendo secretamente su profunda huella en el Estado nacido de la gran convulsión.

En la práctica, la Reforma Agraria se volvió un instrumento de control social y político del Estado sobre los campesinos, pero su vocación moral —como tantos rasgos de la Revolución— tenía raíces cristianas. Hacia 1921, Vicente Lombardo Toledano, líder obrero que en los años treinta derivaría al marxismo, publicó un panfleto titulado *El Reparto de la tierra no se opone a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo y la Santa Madre Iglesia*. El texto contenía amplias citas del Viejo y Nuevo Testamento, los Padres de la Iglesia y la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII. Diego Rivera lo ilustró. En la portada aparecía un campesino indígena, su mujer y su pequeño hijo en brazos, su arado y su tierra, e iluminando la escena desde los cielos, rodeado del esplendor, el propio Jesucristo.

En sus murales de la Secretaría de Educación Pública, sobre todo los ejecutados durante el periodo del ministro José Vasconcelos (1921-1924), Rivera representó a la Revolución como una luminosa redención. En su visión de la Historia —que llegaría a ser la oficial— la Revolución se miraba en el espejo de la era prehispánica: una Arcadia arrasada por la oscuridad absoluta de la Conquista, tiempo de persistente esclavitud social y religiosa. La nueva luz revolucionaria era una vuelta a la Arcadia o una arcadia moderna. Había traído consigo la distribución de la tierra, la presencia gloriosa e invencible de los obreros en huelga y la cruzada de la educación. Quizás el mejor ejemplo de este espíritu es el célebre cuadro de *La maestra rural* impartiendo clases a niños, mujeres y ancianos, mientras un guardia montado en su caballo vela la escena. Fuera de aquel recinto, en años posteriores, Rivera pintó la figura de Zapata ya sea vivo (apuesto, vestido de manta blanca, noble como su caballo blanco, cuyas correa detiene suavemente) o enterrado en su sudario, germinando como el maíz, alimento milenario de los

mexicanos.

Rivera no vivió la Revolución. Pasó la década violenta en París. En cambio José Clemente Orozco, el otro gran muralista, acompañó a las tropas carrancistas en 1915 donde presenció escenas dantescas. De esa experiencia (y de su temple osco, escéptico, iracundo, anarquista) Orozco extrajo una visión directa y desgarrada, no ideológica, de la Revolución. Con mayor sutiliza que Rivera, Orozco pintó en los muros de la Escuela Nacional Preparatoria una visión distinta de la Conquista: Hernán Cortés y la Malinche, como el Adán y Eva de México. Ambos hieráticos y desnudos, tomados de la mano. Él dominando la escena, firme e implacable, ella obedeciendo con reticencia, seria y desolada. A sus pies yace una tercera figura: el indio muerto. El México mestizo nace de esa conjunción, de esa unión, de ese asesinato, de ese pecado original. En otra imagen adyacente, un fraile franciscano abraza a un indio emaciado, arrodillado, al que supuestamente salva. Pero no lo salva: lo posee hipnóticamente, ojo con ojo, vaciándole el alma para trasmitirle la nueva fe. En otro mural (en el paraninfo de la Universidad de Guadalajara) Orozco plasma a un Hidalgo (muy similar al histórico) presa de un frenesí destructivo que incendia, con una tea justiciera, el orden de su tiempo, hecho de figuras que se apuñalan unas a otras. En cuanto a la Revolución, Orozco la pinta tal como la vio: «farsa, drama, barbarie». En los murales y pinturas de Orozco la luz no es pura y radiante como en el cielo cristiano de Rivera que transfigura los protagonistas de la Revolución en santos laicos. En la paleta de Orozco no hay luz. Lo que hay son las sombras fluctuantes de la historia que, con frecuencia, reflejan el rojo y el negro del Purgatorio y el Infierno.

En Rivera, la condición humana no es el tema central. La Historia la ha alterado introduciendo un halo de serenidad y

justicia: precisamente la imagen idealizada que el Estado Revolucionario tenía de sí mismo, de su misión y sus logros. El idealismo sentimental habla de manera directa a través de los colores y las formas, ambos prodigiosos. No es exagerado decir que el Estado revolucionario se veía a sí mismo como un mural de Diego Rivera. Y se aferraría a esa visión cuando las circunstancias no eran ya, ni remotamente, las promisorias que rodearon al pintor en los años veinte.

En Rivera casi no hay atisbos de tragedia y desesperanza, o los hay sólo en tiempos remotos. En cambio en Orozco, la muerte (en sus variedades más enredadas, descarnadas y arbitrarias) ocupa el centro de su óptica revolucionaria. Los cuerpos se desploman majestuosamente en las trincheras, como estatuas que vuelven a la vida sólo para hallar la muerte. Una «trilogía revolucionaria» —eco sacrílego de la Santísima Trinidad— se integra con un obrero enceguecido por la bandera roja que ondea sobre su rostro, un viejo arrodillado implorando misericordia en la más absoluta desesperación y otro personaje deforme, mutilado, que es sólo risa absurda y muñones inútiles. Orozco no dispone los cuchillos y fusiles sirviendo a las masas apacibles con el orden y concierto de un cuadro florentino. Las armas no descansan, las armas se agitan, golpean y desgarran a las figuras que representan, perturbando todo posible balance en el espectador.

La cultura y las artes de México se inclinaron por la visión de Orozco, más que la de Rivera. Los grandes novelistas de la Revolución —Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, José Vasconcelos— escribieron, como el pintor Orozco, la agonía de la Revolución: sus verdades oscuras, no sus luces de artificio. En los años siguientes no faltarían artistas y voces oficiales que siguieran la idílica escuela de Rivera, pero la cultura real de México sería casi siempre crítica, una imagen en negativo del Estado revolucionario. Y sería crítica por una

razón fundamental: salvo raras excepciones, el mundo del pensamiento, el arte y la cultura se desarrollaron en libertad.

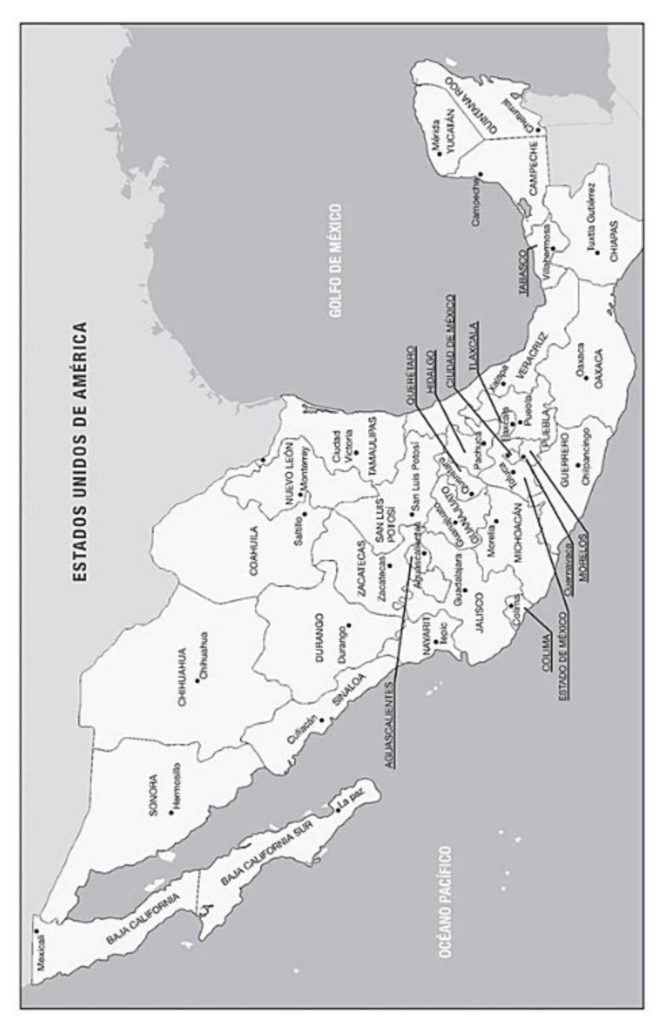
Con la gravitación del pasado indígena y virreinal (su presencia social viva, sus formas de gobierno, sus mentalidades), con el legado de las querellas ideológicas del siglo XIX y una herencia violenta a flor de piel, el Estado moderno lograba consolidarse. Y necesitaba hacerlo, porque el mundo había entrado en el torbellino de la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de la lucha armada, México había vivido mirándose a sí mismo, en la meditación de sus heridas y esperanzas. Pero como había ocurrido tras las guerras del siglo XIX, el péndulo de la historia estaba por oscilar nuevamente, atento esta vez al llamado del futuro.

En la experiencia política del país, la sucesión presidencial había sido siempre un periodo neurálgico. Por escoger al candidato erróneo en 1920, Carranza había enfrentado una rebelión militar y había pagado con su vida. Al optar por Calles en lugar de De la Huerta, Obregón había desatado una guerra civil entre los caudillos sonorenses. Por faltar —entre otras cosas— al precepto maderista de la «no reelección», Obregón fue asesinado en 1928.

Calles, el Jefe Máximo de la Revolución, fue la figura predominante del país sobre tres presidencias sucesivas hasta que la cuarta, la de Lázaro Cárdenas, lo envió al exilio. En 1939, Cárdenas tuvo que ejercer la más delicada encomienda en esa extraña cuasi monarquía sexenal que comenzaba a ser México: ungir a su sucesor. Su decisión no sólo desconcertó a muchos revolucionarios —incluidos, por supuesto, los partidarios del radical Francisco J. Múgica— sino a intelectuales sensatos e informados, como Daniel Cosío Villegas:

«Mi decepción llegó, no en el periodo de Cárdenas, sino en

la sucesión de Cárdenas. Cuando yo me di cuenta de que Cárdenas apoyaba a Ávila Camacho, que era indiscutiblemente de temperamento y de tendencia conservadora, supe que la Revolución mexicana iba a dar la vuelta … Cárdenas podía haber inventado a un hombre que hubiera proseguido su obra, no frenado. Pero el giro hacia Ávila Camacho representó un cambio de rumbo.»



México en la actualidad

El acto de «destapar» al candidato por parte de Cárdenas implicaba una cesión real de poder. Cárdenas retuvo su autoridad moral hasta su muerte en 1970, entre otras cosas debido a esa renuncia a la perpetuación: él, que había desplazado sin sangre a Calles, no iba a convertirse en un nuevo «Jefe Máximo». Pensó que había llevado el programa de la Revolución a sus últimas, posibles consecuencias, pero con realismo y humildad sopesó las tensiones que ese mismo proceso había generado y tomó la ruta que consideró responsable. Su instinto político le decía que era en extremo peligroso estirar la cuerda de las reformas a riesgo de romperla precipitando al país en una nueva guerra civil. Años después, escribiría en su diario:

«El señor general Múgica, mi muy querido amigo, era un radical ampliamente conocido. Habíamos sorteado una guerra civil y soportábamos, a consecuencia de la expropiación petrolera, una presión internacional terrible. ¿Para qué un radical si yo ya dejé un instrumento revolucionario? … A nuestra salida del poder los obreros estaban organizados; los campesinos también y la Reforma Agraria se encontraba en marcha … los miembros del ejército habían sido incorporados al partido de la Revolución. ¿Era éste, o no, un instrumento de progreso para que México continuara su liberación? De lo que haya ocurrido después no soy yo quien vaya a calificarlo; me siento perfectamente limpio.»

Estaba convencido de que México necesitaba paz. Paz para asimilar el vértigo social en que había vivido por treinta años. Paz para instrumentar juiciosamente el «instrumento revolucionario». Paz, sobre todo, para conducir al país en la nueva coyuntura internacional: «quería que hubiera paz en el país y el que podía asegurarla en una época conflictiva como

la que el mundo comenzó a vivir por la Segunda Guerra Mundial era Manuel Ávila Camacho».

Las disputadas elecciones de 1940 debieron confirmar a Cárdenas lo atinado de su diagnóstico. Las clases medias apoyaron a Juan Andreu Almazán, candidato del Partido de Unificación Nacional, cuya promesa era cesar la era de agitación social e ideológica, supuestamente característica de Cárdenas. Las fuerzas reunidas en torno al «instrumento revolucionario» apoyaron a Ávila Camacho. El día de las elecciones, los grupos armados del PRM provocaron choques sangrientos. Hubo al menos treinta muertos y ciento cincuenta heridos. En un momento, Cárdenas pareció dispuesto a admitir la derrota de Ávila Camacho, pero «el instrumento» cerró filas y proclamó la victoria del candidato oficial con un margen de votos difícil de creer. Para decepción de sus fervientes seguidores, Almazán se exilió en La Habana y al poco tiempo declaró que no encabezaría una nueva revolución.

Las elecciones de 1940 habían colocado al país al borde del abismo. ¿Adónde lo habría llevado Múgica?, pudo haberse preguntado Cárdenas, cuando el 1 de diciembre de 1940 puso la banda presidencial en los hombros de su lugarteniente de toda la vida, el cortés y conciliador, Manuel Ávila Camacho.

I
Manuel Ávila Camacho
El presidente caballero



Agencia Casasola, *Manuel Ávila Camacho*, *ca*. 1941. © Núm. de inventario: 53626. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

La sucesión presidencial era la prueba de fuego en la vida política de México. Por equivocarse de candidato en 1920, Carranza provocó una rebelión y pagó el error con su vida. Por escoger a Calles y no a De la Huerta en 1924, Obregón desató la guerra civil entre los sonorenses. Por olvidar el precepto maderista de la «no reelección», Obregón fue asesinado en l928. El Jefe Máximo vio desfilar a tres presidentes nombrados por él, hasta que el cuarto, Cárdenas, lo mandó al exilio. En 1939 era Cárdenas quien debía ejercer el más delicado de los arbitrios presidenciales. Su elección desconcertó a muchos partidarios de la Revolución, no sólo a los radicales, amigos de Múgica, sino a observadores ponderados, como el intelectual Daniel Cosío Villegas, cuyo ojo crítico vigilaría el sexenio desde el primero hasta el último día:

«Mi decepción llegó, no en el periodo de Cárdenas, sino en la sucesión de Cárdenas. Cuando yo me di cuenta de que Cárdenas apoyaba a Ávila Camacho, que era indiscutiblemente de temperamento y de tendencia conservadora, supe que la Revolución mexicana iba a dar la vuelta … Cárdenas podía haber inventado a un hombre que hubiera proseguido su obra, no frenado. Pero el giro hacia Ávila Camacho representó un cambio de rumbo».[1]

No era fácil «inventar» candidatos. Muchos años más tarde, Cárdenas mismo reveló los motivos de su decisión:

«… el señor general Múgica, mi muy querido amigo, era un radical ampliamente conocido. Habíamos sorteado una guerra civil y soportábamos, a consecuencia de la expropiación petrolera, una presión internacional terrible. ¿Para qué un radical si yo ya dejé un instrumento revolucionario? … A nuestra salida del poder los obreros

estaban organizados; los campesinos también y la Reforma Agraria se encontraba en marcha … los miembros del ejército habían sido incorporados al partido de la Revolución. ¿Era éste, o no, un instrumento de progreso para que México continuara su liberación? De lo que haya ocurrido después no soy yo quien vaya a calificarlo; me siento perfectamente limpio».[2]

Para Lázaro Cárdenas, el acto del «destape» era la cesión real del poder. Podía conservar un poder moral —y de hecho lo conservó, inmenso, hasta su muerte en 1970—, pero no era él, que había liquidado al maximato, quien iba a convertirse en un nuevo «Jefe Máximo». Sintió que había llevado hasta sus últimas consecuencias el programa social de la Constitución, y, sin embargo, calibró con realismo y humildad las tensiones que esa misma aplicación había creado. Su instinto político le decía que no podía estirar más la cuerda de las reformas, pues corría el riesgo de romperla y de sumir al país en una nueva guerra civil. Así arribó a la convicción de que México necesitaba paz. Paz para asimilar el vértigo en que había vivido durante treinta años, paz para decidir cómo habría que usar el «instrumento revolucionario», y paz, sobre todo, porque las circunstancias externas lo reclamaban. A su amigo y colaborador, el ingeniero Adolfo Orive Alba, le confió años después: «… quería que hubiera paz en el país, y el que podía asegurarla en una época conflictiva como la que el mundo comenzó a vivir por la segunda guerra mundial era Manuel Ávila Camacho».[3]

En las disputadísimas elecciones de 1940, Cárdenas debió de ver confirmado su diagnóstico. Las clases medias del país apoyaron al general Juan Andreu Almazán, el hombre que, al frente del Partido Revolucionario de Unificación Nacional, prometía poner fin a la agitación social e ideológica del

cardenismo. Por su parte, las fuerzas organizadas por «el instrumento revolucionario» apoyaron a Ávila Camacho. El día de las elecciones, las bandas organizadas por el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) provocaron sangrientos zafarranchos: hubo por lo menos treinta muertos y más de ciento cincuenta heridos. Cárdenas, al parecer, estuvo dispuesto a admitir el triunfo de Almazán,[4] pero el «instrumento» cerró sus filas y se decretó el triunfo del candidato oficial por un margen inverosímil, Almazán se marchó a La Habana y, para desazón de sus seguidores, al poco tiempo declaró que no encabezaría una nueva revolución.

Las elecciones habían llevado al país al borde de un nuevo abismo. ¿Adónde lo habría llevado Múgica?, pudo pensar Cárdenas, con alivio, mientras el primero de diciembre de 1940 cedía la banda presidencial a Ávila Camacho, su lugarteniente de toda la vida, el suave y conciliador personaje oriundo de Teziutlán.

Santa Eufrosina

Enclavada en la Sierra Norte de Puebla, colindante con Veracruz, en un marco de abundancia y belleza natural circundado por diversas culturas indígenas, rica en árboles frutales y semillas (desde frijol hasta café), dotada de una generosa mina de cobre descubierta en 1890 por el empresario italiano Vincenzo Lombardo Catti, la ciudad de Teziutlán era un pequeño espejo de progreso porfiriano. Un almanaque poblano informaba en 1897: «Teziutlán es plaza mercantil de importancia, con mucha frecuencia visitada por agentes viajeros de casas comerciales no sólo del país sino extranjeras … Cuenta con varias casas que giran fuertes capitales haciendo sus compras en gran escala a las principales plazas de Europa y los Estados Unidos».[5]

En la clase media de aquel puerto interior de quince mil habitantes crecía, a principios de siglo, la numerosa familia de Manuel Ávila Castillo y Eufrosina Camacho Bello. Al primogénito, de nombre Maximino, nacido en 1891, siguieron ocho hijos: María, Manuel, Miguel, María Antonieta, Ana María, Rafael, Luis Gabriel y Eulogio. Manuel nació el 25 de abril de 1896, precisamente el año en que Porfirio Díaz se reelegía por cuarta ocasión, y dos años antes de que el ferrocarril llegara a Teziutlán.[6]

Maximino y Manuel cursaron sus estudios primarios en el Liceo Teziuteco, un colegio laico que proporcionaba conocimientos prácticos y que comenzaba a gozar de buena fama en la región; hasta él llegaban hijos de las colonias francesa e italiana establecidas en la cercana tierra caliente de Veracruz y, desde luego, los ricos de Teziutlán, como Vicente Lombardo Toledano, el nieto mayor de don Vincenzo, cuya familia pasaba las vacaciones de verano en el lugar turístico de moda durante el Porfiriato: el lago de Chapala, en el remoto estado de Jalisco. El joven Lombardo acompañaba a su padre a surcar el lago en los dos vapores de la familia, o a cazar venados, jabalíes y otros animales de caza mayor por los alrededores de Teziutlán.[7] La vida de sus condiscípulos Ávila Camacho era mucho más modesta. Antiguo capataz y administrador de haciendas en la zona veracruzana, don Manuel Ávila Castillo se dedicaba a la arriería, y en esos menesteres que requerían prolongados viajes se hacía acompañar sobre todo por su hijo mayor, mientras Eufrosina atendía al resto de la familia.

Durante la primera década del siglo, la fortuna de los Ávila Camacho dio un vuelco. La llegada del ferrocarril a Teziutlán redujo el número de clientes de los arrieros. Pero lo más grave fue el accidente que sufrió don Manuel Ávila Castillo en uno

de sus viajes. Las consecuencias del percance fueron minando su salud, hasta el punto de verse obligado a dejar el negocio en manos de su esposa y sus hijos mayores. Doña Eufrosina tomó el timón de la familia y se apoyó en Maximino y en Manuel, quien por entonces había terminado sus estudios básicos en el liceo. Maximino fue arriero, vaquero de algunas haciendas, agente de correos y hasta vendedor de máquinas de coser Singer.

La Revolución trastocó la vida teziuteca. Los caminos se volvieron peligrosos y el comercio disminuyó. La nave de los Lombardo se fue a pique: la mina cerró por largo tiempo y don Vincenzo murió en su natal Settimo Torinese pensando que la vida en México había sido un sueño y pidiendo a los hijos: «… denme noticia de los trabajos de la mina y fundición que son todos nuestros pensamientos».[8] También el negocio de los Ávila Camacho desapareció. La Revolución se convirtió, de pronto, en la única opción vital para aquellos jóvenes. Cuando don Manuel Ávila Castillo falleció, en 1916, sus dos hijos mayores andaban ya en las filas revolucionarias, Maximino desde 1911 y Manuel desde 1914.[9]

Con su prole a cuestas, y como muchas otras mujeres de aquellos tiempos, doña Eufrosina se las ingenió para ganarse la vida: montó una tienda en Puebla entre 1916 y 1919, se mudó a la ciudad de México donde compró camiones de pasajeros; vivió en Morelia y, más tarde, en Sayula (Jalisco). El itinerario no era caprichoso: correspondía al de Maximino y Manuel. Doña Eufrosina apelaba con frecuencia a las autoridades en turno para hacer recomendaciones relativas a sus hijos o pedir licencias. Por fin, a finales de los veinte, regresó a su amada Teziutlán, donde puso su casa frente a la iglesia del Carmen, en el barrio del Carmen, como fiel devota de esa virgen. Compró propiedades en el centro y en las

«goteras» o afueras de la población, y adquirió un camión de volteo que fue contratado para construir el camino de Teziutlán a la costa. El saldo económico de la Revolución no había sido malo, pero el vendaval se había llevado a su esposo y a dos de sus hijos, Eulogio, el menor, y Miguel, muerto por la fiebre de influenza en 1918. Se dice que cuando murió, en 1939, hizo jurar a sus hijos que jamás perseguirían a la Iglesia.[10]

Maximino y su hermano

Los tiempos violentos se avenían bien con el carácter de Maximino, a quien un compañero de juventud recordaba como un «muchacho travieso, inquieto, mordaz, sentimental a su modo y ante todo aventurero».[11] En 1912, acosado por las apreturas familiares, tuvo la osadía de escribir varias cartas al presidente Madero. En marzo le ofrecía sus servicios para formar un cuerpo de voluntarios en un plazo de quince días. En junio le pedía que le encomendara «cualquier comisión … aun en extremo peligrosa». Al no resolverse afirmativamente sus peticiones, en noviembre informaba al presidente que había resuelto entrar en el Colegio Militar, pues «tenía verdaderos deseos de ser soldado». Sus últimas comunicaciones eran angustiosas: ya no solicitaba empleo, sino «una corta cantidad cada mes para sostener a su hermanito y pagarle su instrucción».[12]

Aparentemente, Maximino ingresó por unos meses en la Escuela Nacional de Aspirantes. Alrededor de la Decena Trágica desertó, para luego incorporarse a las fuerzas del general Gilberto Camacho, en la región poblana. Entre 1913 y 1920 participó del lado constitucionalista en diferentes hechos de armas en Puebla, Oaxaca y Veracruz, ascendió hasta el grado de coronel de caballería y formó parte, en calidad de vocal propietario, de dos consejos de guerra. En

1920 secundó la rebelión de Agua Prieta y se incorporó a la brigada del general Lázaro Cárdenas. En 1924 participó en la defensa de Morelia contra las fuerzas delahuertistas y fue ascendido en virtud de su «comportamiento heroico». Años más tarde, tuvo mando de tropa y combatió con particular ferocidad a los cristeros en una amplia zona que iba desde Calvillo (Aguascalientes) hasta San Juan de los Lagos (Jalisco) y tocaba parte de Zacatecas y Coahuila.[13]

En su hoja de servicios militares no constaban otros trabajos «paramilitares», como su participación en la macabra matanza de estudiantes vasconcelistas en Topilejo en 1929. Hacia los años treinta, Maximino gravitaba ya, fuertemente, sobre la política de su estado. En alianza económica con algunos multimillonarios como William Jenkins, llegaría a amasar una fortuna compuesta de ranchos ganaderos y agrícolas y soberbias «quintas» (como se les llamaba a las mansiones de descanso en la época).[14] Asociado con el hábil político poblano Gonzalo Bautista, ocupó la gubernatura del estado en 1937. Su íntimo amigo, el no menos temible cacique de San Luis Potosí, Gonzalo N. Santos, lo describiría años más tarde: «En Puebla el mando lo tenía el gobernador del estado, general de división Maximino Ávila Camacho, digo el mando y no el gobierno, porque mandaba en la zona militar, en la jefatura de Hacienda, en los telégrafos, en el correo, en la superintendencia de los ferrocarriles, y en el episcopado».[15]

Santos —que era el menos santo de los hombres— decía que Maximino era «fiero». Lo mismo pensaban las almas piadosas de Puebla, que temblaban al oír su nombre. Una familia de inmigrantes que vivía en la calle de 5 de Mayo escondía a las jóvenes hijas de hermosos ojos verdes, no fuera a raptarlas Maximino.[16] No sólo las mujeres le temían; también los obreros. Reprimidos con frecuencia sus

movimientos de huelga, en 1937 tenían prohibido manifestarse con esos «trapos inmundos» (las banderas rojinegras). Hay testimonios de que a sus subalternos en el gobierno de Puebla no sólo los regañaba: los fueteaba. Cuando Maximino chasqueaba los dedos, los ricos de Puebla acudían presurosos. «Con Maximino no se jugaba», decía Santos.

Manuel era la copia fiel de Maximino… al revés. Aunque su hoja de servicios en el ejército no consigna su incorporación formal sino hasta el año 1919, hay indicios creíbles de su actividad militar al lado de su hermano. Pero, a diferencia de Maximino, a Manuel no le apasionaban las armas. Aunque parece haber intervenido en acciones contra los ejércitos de la Convención de Aguascalientes y, particularmente, en la toma de Puebla por parte del ilustrado general sonorense Salvador Alvarado a principios de 1915, sus servicios se orientaron más al orden administrativo. Gracias a una modesta formación de tenedor de libros, fue secretario de la Comisión Local Agraria de Puebla y pagador de la División de Oriente. En 1919 conoció en la Huasteca a un joven general, coetáneo suyo, hombre suave y humanitario que sería su hermano sin serlo: Lázaro Cárdenas.[17]

Manuel fue, desde entonces, el hombre de confianza de Cárdenas, el jefe de su Estado Mayor. Por donde lo llevó el azar de la guerra lo siguió: por las Huastecas, a punto de cazar a Carranza; por Michoacán, salvando la vida del radical gobernador Múgica; por el Istmo, Jalisco y el Bajío. No obstante, durante la rebelión delahuertista, acaecida en 1924, no estaba con Cárdenas en el frente de batalla, sino en un hotel de Morelia; allí, despachando como pagador del ejército, fue apresado por el general Enrique Estrada, quien derrotó a Cárdenas y, acto seguido, le salvó la vida. Para respiro de

doña Eufrosina, que vivía en Morelia, Estrada mostró la misma generosidad para con su hijo Manuel.[18]

Al mediar los años veinte, Manuel tuvo problemas con los altos mandos del ejército: a juicio de una comisión revisora, no podía demostrar su ingreso en la Revolución, ni sus empleos anteriores, como tampoco su actuación en la lucha y en el ejército antes de 1919, por lo que se recomendaba «no reconocérsele personalidad militar alguna». Quizá la intervención de Cárdenas ante Calles salvara del brete a su compañero. En todo caso, al estallar la guerra de los cristeros, los militares tenían tareas de mayor apremio que la revisión de expedientes.[19]

Ya con mando de tropa, según consta en su hoja de servicios, Ávila Camacho combatió a los cristeros. Pero la palabra «combatió», en su caso, es equívoca. Su arma era la persuasión. Se decía que en Atotonilco el Alto y Sayula «se conquistó el cariño de sus enemigos pues era noble y magnánimo con los espías, a los que daba oportunidad de salir del sector militar y asentarse en otra ciudad».[20] Precisamente en Sayula conoció a Soledad Orozco y allí se casó con ella, en rigurosa ceremonia religiosa. La gente comentaba que Ávila Camacho era «buenísimo». No sólo tenía prohibido a sus hombres abusar de los cristeros, sino que, de hecho, había llegado con ellos a una especie de *modus vivendi* para evitar enfrentamientos y ganar tiempo. En abril de 1927, al principio de la guerra, cuando sus tropas tomaron el pueblo de Pihuamo, en Jalisco, mandó llamar a los jefes cristeros y les propuso una amnistía. Por tres años persistió en su oferta de paz, hasta que los arreglos entre la Iglesia y el Gobierno favorecieron una salida pacífica.

Cuando los jefes cristeros recibieron órdenes de licenciar a sus tropas, decidieron enviar a José Guízar Oceguera a

parlamentar con Ávila Camacho. La escena se desarrolló en uno de los viejos pueblos de la Meseta Tarasca por donde había andado el oidor y obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga, quien fundó hospitales, urbanizó poblaciones y fue un gran defensor de los indios, que lo bautizaron «Tata» [Papá] Vasco:

«Guízar Oceguera pidió que a los soldados cristeros de Cotija se les permitiera asistir armados "a una misa en honor de la virgen de San Juan del Barrio", petición que, para su sorpresa, fue aceptada por el general Ávila Camacho; pidió también que se les dejaran sus pistolas a oficiales y jefes argumentando que podrían necesitarlas, también se le concedió; solicitó que no les quitaran sus caballos a los combatientes, solicitud aceptada; pidió que se les dieran diez pesos a cada soldado, a lo que el general Ávila Camacho contestó que no tenía ni dinero ni autorización para hacerlo, explicando Guízar Oceguera que era conveniente dárselos para evitar que robaran por necesidad; sugirió que el dinero se obtuviera "del administrador de la hacienda de Santa Clara y de los ricos de la región que se beneficiaban con la paz", sugerencia que el general Ávila Camacho puso en práctica».[21]

En los años treinta, el Jefe Máximo Calles le encomendó la 29 Jefatura de Operaciones, con sede en Tabasco, tierra del más furibundo anticatólico nacido en México, Tomás Garrido Canabal. Comparado con este cacique y gobernador, el general Calles era un dechado de piedad. Cada día ordenaba Garrido a sus lugartenientes y servidores públicos que lo saludaran marcialmente con el grito de «Dios no existe», a lo que él contestaba: «Ni ha existido». Se dice que a uno de sus hijos le puso por nombre Luzbel. (Graham Greene escribiría *The Power and the Glory*, basado en estos años de fanatismo desfanatizador en Tabasco.) Era natural que este

endemoniado entrara en conflicto con el morigerado hijo de doña Eufrosina. En alguna ocasión quiso sobornarlo, y en otra, intentó apresar a dos jóvenes, pistola en mano, en la propia sede de la Jefatura Militar. «¿Cómo iba yo a entregárselos para que los sacrificara?», recordaba Manuel, años después. «¡Cualquiera que sea el motivo de esta persecución», le dijo, «vergüenza debía darle a usted andar en estas tareas siendo gobernador!» Una vez más, la persuasión funcionó: «… tengo la seguridad de haber logrado, por medio de varias pláticas sucesivas, iniciar un leve cambio en Garrido».[22]

En 1933, con el ascenso de su amigo Cárdenas a la candidatura presidencial, la estrella de Manuel Ávila Camacho subió a alturas que probablemente él, en su fuero interno, no deseaba. Ocupó el puesto de oficial mayor, más tarde fue subsecretario de Guerra y Marina y, a partir de diciembre de 1937, secretario de la Defensa Nacional. A principios de 1939, su hoja de servicios consigna la solicitud de una licencia ilimitada para dedicarse a asuntos de «carácter particular y político». No eran otros que contender por la presidencia de la República.[23]

«Manuel es un bistec con ojos», debió de gritar Maximino cuando, en su despacho de la gubernatura de Puebla, se enteró por su íntimo amigo, «el pelón tenebroso» Gonzalo N. Santos, que el presidente Cárdenas y un importante grupo de gobernadores apoyaban a su hermano:

«Yo soy el mayor de la familia, a todos los he formado desde niños. A Manuel, de chico, lo hacía "jinetear" un burro bronco y le regalaba una peseta … yo lo hice soldado cuando yo ya tenía años de militar … yo soy el gobernador de Puebla, que era un nido de alacranes y que ahora tengo perfectamente controlado … aquí no hay más voz que la mía».[24]

Maximino, que tenía derechos de primogenitura sobre la familia Ávila Camacho, creía tener derechos de primogenitura sobre la «familia revolucionaria». Ésta, sin embargo, optó no por la fiera sino por el hombre que con el tiempo sería conocido como «el Presidente Caballero».

«Era un hombre 100 por ciento ponderado, en sus actos, en sus decisiones», recordaba medio siglo después el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal. Había conocido a Ávila Camacho no en un campo de batalla, sino en un *court* de polo, deporte favorito de este último. Ya entonces, le llamaron la atención los rasgos de su carácter: «… muy estable, no se alteraba, escuchaba, tenía paciencia, no daba resoluciones precipitadas, sino siempre sensatas».[25] Otros testimonios dan fe de su comedimiento: recibía a las personas de pie y «siempre envolvía sus deseos en corteses expresiones». Vestía de modo discreto, sin pretensiones: chamarra, saco *sport*. Viajaba en su coche con un solo ayudante. «Estaba muy enamorado de su esposa, doña Soledad», recordaba Adolfo Orive Alba, el joven director de la Comisión Nacional de Irrigación, que solía acompañarlo a visitar pueblos y esbozar pequeños proyectos de irrigación. El matrimonio no tuvo hijos, pero sí un amor que al propio Orive le llamó la atención: «… para el general, conocer a una actriz de las de moda entonces —María Félix, Sofía Álvarez, Dolores del Río—, sería como conocer una fotografía, le gustaban, pero de lejos, como figuras desconocidas».[26]

En el otro extremo del planeta estaba Maximino. Tenía «arrestos de dictador». Ya siendo su hermano presidente de la República, un buen día tomó por sus pistolas la Secretaría de Comunicaciones, despidió al secretario y se sentó en la silla sin haber rendido primero protesta ante el presidente. Aunque Manuel lo toleraba con prudencia, como quien

maneja lumbre en un depósito de combustibles, lo cierto es que Maximino desplegó por la ciudad de México las tres ominosas «a» de su carácter: arrogante, atrabancado, altanero. Podía ser volcánico, irascible y majadero, pero también apasionado y sentimental. Fueron famosos sus romances con actrices entonces famosas. Hacia 1945, rondaba su casa la tonadillera española y bailarina de flamenco Conchita Martínez. «Maximino», recuerda Santos (para quien ser «borracho, parrandero y jugador» no era un defecto sino una cualidad), «se había encaprichado con ella, y como el marido de Conchita había dado algunas muestras de "incomprensión", Maximino le mandó dar una paliza y lo expulsó del país, quedándose con la guapa española.»[27] Maximino, incidentalmente, se casó dos veces, tuvo hijos dentro y fuera del matrimonio. Uno de ellos, Eulogio, terminó viviendo con Manuel y Soledad.[28]

Una de las pasiones de Maximino era vestir bien. El sastre que lo atendía desde sus años de gobernador en Puebla, judío originario de Varsovia, recordaba:

«Llegaba el general en su Packard negro, inmenso, y se estacionaba enfrente. Era la hora de mi siesta, pero yo —no faltaba más— subía la cortina y lo atendía. Lo flanqueaban varios pistoleros. En el coche venía una mujer, era la rejoneadora Conchita Cintrón. El general ponía su pistola en el probador (estorbaba para la prueba) y luego, con el dedo índice, recorría todos los cortes ingleses de la estantería. "Quiero un traje gris, uno claro, otro oscuro, de rayitas, de mascota, desde aquél, hasta éste." Podían ser diez trajes a la vez. Cuando se los probaba, me abrazaba diciéndome: "Pídame lo que sea, maestro, una gasolinería, por ejemplo". Por supuesto que nunca le pedí nada. Me pagaba bien y era bueno conmigo».[29]



Agencia Casasola, *Maximino Ávila Camacho observa una fotografía de su hermano, el presidente Manuel Ávila Camacho, ca*. 1940-1945. © Núm. de inventario: 113236. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Un día olvidó su pistola, cuya cacha estaba recamada de piedras preciosas. Al buen sastre casi le da un infarto. ¿Qué hacer con esa «cosa»? Habló inmediatamente con «mi general» y éste envió a sus pistoleros a recogerla. Al hijo del sastre, que le llevaba los trajes, le daba una jugosa propina que le duraba un mes. Así era Maximino.

Los dos hermanos compartían lo que podría llamarse una cultura ranchera: poseían ranchos, les gustaban las canciones rancheras, los chistes rancheros, la comida ranchera. A Maximino lo apasionaban los toros. Se decía que de joven había viajado a España para hacerse torero profesional. Era dueño de la plaza El Toreo, que se hallaba en el barrio de la Condesa y con la que había realizado pingües negocios. Manuel, en cambio, adoraba los caballos. Circulaban conmovedoras anécdotas sobre los caballos que había tenido. Uno de sus amigos más queridos, el veracruzano Justo Fernández, yerno de Maximino, recordaba: «Su afición coincidía con [la de] todos los jefes militares de aquella época, porque la Revolución se hizo a caballos y al ferrocarril le llamaban caballo de hierro … Como él fue dragón de caballería, siendo presidente le dio gran impulso al deporte hípico … al final de su vida tenía dos caballos árabes y una yegua, la *Aurora*».[30]

En tiempos de Ávila Camacho, por iniciativa suya y en terrenos que habían pertenecido a La Herradura, se construyó el Hipódromo de las Américas, a donde, ya como presidente, acudía a ver los *derbies* en un palquito construido para él. Mientras «el fiero» Maximino echaba bala en sus francachelas, quizás el mayor placer de su hermano, «el Presidente Caballero», consistía en cabalgar lentamente en su rancho: «… ahí se estaba con su esposa, viendo las labores agrícolas que se hacían … A cinco kilómetros de La

Herradura, le gustaba ver qué obras de irrigación se podían hacer, qué manantial, qué pequeña corriente, qué pequeño río se podía utilizar».[31]

Un rasgo vinculaba a los hermanos: la salud endeble. Había diabetes en la familia. Manuel sufrió un infarto durante la campaña presidencial y otros dos durante la presidencia. Por su parte, a principios de 1945, cuando ya apuntaba a la carrera presidencial para la cual quería hacer valer, de nuevo, sus derechos de primogenitura, Maximino «entregó su alma al Señor». El 17 de febrero de ese año asistió a un mitin en su honor en Atlixco. Después de los discursos, siguió una comida multitudinaria, pero Maximino comenzó a sentirse mal y decidió retirarse sin haber probado, al parecer, los alimentos. Murió en su casa de Puebla, a las siete de la noche. Siendo la malicia una enfermedad mexicana, no faltó quien asegurara que sí había probado la comida y que ésta contenía algo más que condimento.

Tiempos de guerra

A principios de los años cuarenta, frente a un puesto de periódicos situado en el centro de la ciudad de México, un ciudadano cualquiera podía distinguir los dos diarios más leídos e independientes: *Excélsior* (con sus tres ediciones) y *El Universal*. Junto a ellos, *El Nacional* y *El Popular*, ambos oficiales aunque de distinta jurisdicción, ya que el primero, de izquierda y nacionalista, dependía del gobierno, y el segundo, de la CTM (Confederación de Trabajadores de México). Entre las revistas destacaban *Hoy* y, de menor penetración, *Todo, Futuro* (fundada por Lombardo Toledano), *Sucesos*, *Tiempo* (de Martín Luis Guzmán, fundada en 1942) y *Mañana*. ¿Qué elementos de juicio sobre la guerra proporcionaban esas publicaciones a ese ciudadano?

Hasta la invasión de Checoslovaquia, en marzo de 1939, *El*

Universal mantuvo una actitud de germanofilia moderada, y creyó sinceramente que el Pacto de Múnich deshacía los entuertos territoriales creados por el Tratado de Versalles y evitaba una guerra en la que «doce, quince o veinte millones de las juventudes de los pueblos europeos quedarían tendidas en los campos de batalla».[32] Para el diario, la ventaja adicional del acuerdo consistía en aislar a la URSS, país de filiación «asiática» cuya revolución había sido obra de «judíos». Como tantas otras voces en Occidente, *El Universal* llegó a la verdad demasiado tarde. Perdió las esperanzas con la invasión nazi a Checoslovaquia de marzo de 1939 y no se sorprendió ya del pacto entre Stalin y Hitler. Cuando en 1941 Hitler lanzó la Operación Barbarroja contra Moscú, *El Universal* declaró: «En la guerra que ahora desgarra al totalitarismo, acaso está la salvación de la humanidad».[33]

La edición principal de *Excélsior* mantuvo, a lo largo del segundo lustro de los treinta, una actitud similar a la de su antiguo competidor. No faltaban, desde luego, los comentarios editoriales en favor de la democracia como «régimen equitativo, de tolerancia, de civilidad y de paz verdadera», pero el énfasis crítico se cargaba más sobre «la farsa trágica del comunismo» que sobre la «dictadura fascista». A raíz de Múnich, *Excélsior* editorializó: «Apenas pudo rehacerse el movimiento sudetino por obra de la energía titánica de Hitler y la incomparable disciplina del pueblo alemán, los oprimidos de Checoslovaquia sintieron que podían contar con un protector poderosísimo y reclamaron su derecho».[34] Seis meses después, *Excélsior* corrigió, también tardíamente, su entusiasmo por el «bien inestimable» de la política de Chamberlain: «Checoslovaquia ha desaparecido del mapa … Las democracias no tienen más que un solo deber … ir a la guerra, si es preciso, contra el fascismo y contra el comunismo, en defensa de su soberanía como

naciones libres».[35] A raíz del pacto, su opinión ya no variaría: «Bolchevismo y fascismo son hojas de la misma mata, e ingenuo el que crea que, en materia totalitaria, los totalitarismos no se entienden».[36]

La edición *Ultimas Noticias de Excélsior* incluía con frecuencia una sección muy leída y comentada: *Perifonemas*. Su anónimo autor escribió:

«[Hitler] es el iracundo, el guerrero cuya voz el mundo escucha. Sus palabras son dignas de meditación ponderada, contundentes como martillazos pero claras y luminosas como la razón más depurada, sin demagogia, pero dotadas del más auténtico patriotismo, sin cobardía, pero dotadas hasta la médula de voluntad de paz, de una paz duradera».[37]

Frente a Hitler, la brújula de la izquierda fue *precisa.* Cuando sobrevino la invasión de Checoslovaquia, el editorial de *El Popular* señaló:

«Dijimos hace meses, cuando lo de Múnich, que el plan de conquistas y absorciones fascistas no estaba completamente realizado con la anexión de la zona sudetina. La traición de Chamberlain y Daladier dio a Hitler pacíficamente el derecho de hacer pedazos a Checoeslovaquia … El nazismo encamina sus pasos a otras tierras de otros continentes».[38]

El diagnóstico de *El Popular* no podía ser más exacto: «Se prepara la guerra más cruel de todos los siglos». El momento desconcertante para *El Popular* llegó con el pacto entre Stalin y Hitler. Los titulares del 23 de agosto de 1939 hablan por sí solos: «RESONANTE TRIUNFO DE LA URSS EN BENEFICIO DE LA PAZ MUNDIAL», «EL EJE FASCISTA, DE HECHO, ANULADO POR EL CONVENIO». La convicción antinazi de *El Popular* duró mientras así lo quiso su matriz en Moscú. Cuando el pacto se rompió, en 1941, *El Popular* adoptó, con *notoria incoherencia*, la causa de los aliados.

Entre las publicaciones políticas semanales de aquel

momento, ninguna tenía el público de la revista *Hoy*. Su simpatía por el Eje era menos moderada que la de los diarios. En *Hoy* publicó José Pagés Llergo varios reportajes desde Alemania y Japón que se hicieron célebres: «Tuve el honor de ser el primer periodista que habló con Hitler en los últimos tres años», recordaba poco tiempo después. En una larga reseña de un libro contra Hitler, Pagés lo comparó con Napoleón y Julio César, y apuntó:

«Hitler es el hombre del destino para Alemania … un cerebro de intuiciones prodigiosas … como Napoleón, es un realista de pura cepa, odia las ficciones y las farsas … no obstante sus ratos de ira, su excesivo egoísmo y sus anomalías fisiológicas, Hitler tiene respuestas violentas pero geniales … [su] mirada da escalofríos … es un iluminado genial».[39]

Las actitudes de las revistas políticas frente al Eje oscilaban entre la simpatía y la franca adhesión. En este extremo incurrió *Timón,* la efímera revista financiada por los alemanes que dirigió nada menos que el viejo y amargado José Vasconcelos. El proceso interior que llevó a uno de los hombres más extraordinarios de la cultura de habla hispana a abrazar la causa de Hitler sigue siendo un misterio.

«Hitler, aunque dispone de un poder absoluto», escribió Vasconcelos, «se halla a mil leguas del cesarismo. La fuerza no le viene a Hitler del cuartel, sino del libro que le inspiró su cacumen. El poder no se lo debe Hitler a las tropas, ni a los batallones, sino a sus propios discursos que le ganaron el poder en democrática competencia con los demás jefes y aspirantes a jefes que desarrolló la Alemania de la postguerra. Hitler representa, en suma, una idea, la idea alemana, tantas veces humillada antaño por el militarismo de los franceses y la perfidia de los ingleses.»[40]

Al entrar en juego un conjunto tan explosivo de «antis»

(anticomunismo, antiamericanismo, antisemitismo, antiliberalismo), el resultado no pudo ser sino una literatura del odio.

Pero el odio ideológico que conduce a la ceguera frente a la realidad no era exclusivo de las revistas de derecha. También la izquierda intelectual incurrió en actitudes de fanatismo. Este fue el caso de la revista política *Combate,* que dirigía Narciso Bassols. En calidad de representante de México ante la Liga de las Naciones, Bassols condenó la invasión de Abisinia por parte de Mussolini. De vuelta en México, escribió artículos que denunciaban el Pacto de Múnich calificándolo de «infamia» y «capitulación». De pronto, el cuadro se le complicó: ¿cómo interpretar el Pacto Molotov-Von Ribbentrop? Bassols, como casi toda la izquierda, lo justificó y lo apoyó. Roto el pacto germano-soviético, Bassols dio con una explicación ingeniosa: vivimos «dos guerras en una», se pierde el camino «si se quiere asimilar y confundir dos cosas tan distintas como son, por una parte, el choque armado interimperialista que estalló en septiembre de 1939, y por otra, la guerra de defensa, no imperialista, justa, que sostiene el país soviético a partir del 22 de junio último». Alemania, decía Bassols, es sólo la «avanzada bárbara del capitalismo decadente». La URSS, en cambio, «es, por su estructura económica y social, una fuerza de paz en el mundo».[41]

La prensa y los intelectuales tomaban posiciones extremas en la derecha y en la izquierda, pero lo hacían con plena conciencia. Hitler había dado muestras suficientes —en sus actos, sus discursos y sus escritos— de sus propósitos genocidas. Hacía apenas unos meses que Trotsky había revelado en México los crímenes de Stalin. Pero aquel imaginario lector de la prensa mexicana que en tiempos de

guerra se detenía frente a un puesto de periódicos, carecía de los elementos necesarios, no ya para adivinar —algo imposible, que ni el *Times* de Londres hizo—, sino para apreciar con alguna claridad y equilibrio la terrible desgracia que ocurría. La prensa, polarizada en extremos ideológicos irreductibles, se los había negado.

Frente a los hechos, el gobierno cardenista había mostrado mucha mayor serenidad, espíritu de justicia y sentido de la realidad. México protestó contra la invasión italiana a Etiopía, apoyó como ningún otro país la causa republicana contra Franco, defendió en Ginebra la causa de los judíos, condenó la invasión de China por parte de los japoneses y fue, además de la URSS, el único país que repudió el *Anschluss* austriaco de Hitler. Esta coincidencia con la URSS de Stalin no implicó connivencia alguna. Para Cárdenas, la persona humana estaba por encima de las ideologías y los poderes: por eso otorgó asilo a Trotsky y a otros perseguidos. *El Nacional* reflejó con fidelidad esta postura. El 22 de mayo de 1940, Cárdenas escribió en su diario personal: «Alemania está desarrollando una propaganda activísima y busca por todos los medios hacer adeptos a su causa. Su campaña de expansión, como todo atropello a cualquier país, está en pugna con los sentimientos del pueblo mexicano».[42]

Para situarse más allá del fascismo y el comunismo, en una zona de relativa libertad, México necesitaba ante todo una actitud de ponderación y cautela. Conforme avanzó la guerra, Cárdenas pudo confirmar el acierto de su decisión sucesoria: aquéllas eran, justamente, las cualidades específicas de Manuel Ávila Camacho. No en balde habían compartido la vida militar, cientos de días y noches con el enemigo o su sombra enfrente. La zozobra de aquella Revolución construyó su amistad. La zozobra de la segunda guerra mundial la

consolidaría.

Aunque al estallar la guerra el gobierno mexicano se declaró neutral, para 1941 demostró que su posición era definitivamente contraria a las potencias del Eje y favorable a los Estados Unidos. El 17 de julio de ese mismo año, el gobierno norteamericano dio a conocer una lista con los nombres de cerca de mil ochocientas personas y compañías a las que suponía relacionadas con Italia y Alemania, e incluía algunas empresas e individuos de nacionalidad alemana residentes en México. El gobierno de Ávila Camacho suspendió las relaciones comerciales con Alemania, a la vez que retiraba a los cónsules mexicanos acreditados en ese país. Al mismo tiempo ratificó a las representaciones diplomáticas de los países invadidos, lo que significaba desconocer las conquistas alemanas.

En su respuesta al informe presidencial de septiembre de 1941, Alejandro Carrillo —secretario de Lombardo Toledano y líder de la diputación obrera— justificó la necesidad de cooperar con los Estados Unidos: ambos países, argumentaba, estaban «obligados a caminar juntos no sólo por razones geográficas, sino también por razones de gran responsabilidad histórica en bien del hemisferio occidental y en bien de los pueblos de todos los continentes».[43] Fue la primera declaración pública oficial en que se afirmaba tajantemente la necesidad de cooperación bilateral.

El 30 de octubre de 1941, el gobierno promulgó reformas y adiciones a los artículos 129 y 145 del Código Penal: el primero incluía sanciones para quien alterara el orden interno o proporcionara información a un gobierno extranjero en tiempos de paz; en el segundo se preveía el delito de disolución social. Ambos servirían también para combatir a los grupos políticos opositores al régimen revolucionario.

Tras el ataque japonés a Pearl Harbor, México rompió relaciones diplomáticas y consulares con el Eje y favoreció la solidaridad continental, concediendo permiso a barcos y navíos de cualquier país americano para fondear en aguas y puertos mexicanos. El mismo decreto autorizaba al ejecutivo a permitir, en caso de urgencia notoria, el tránsito por territorio nacional de fuerzas pertenecientes a otras repúblicas de América. Simultáneamente, el presidente Ávila Camacho tomó las primeras medidas de colaboración militar con los Estados Unidos. El 10 de diciembre se creó la Región Militar del Pacífico, que reunía bajo un mando único las zonas militares de Baja California Norte y Sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán, Guerrero, Oaxaca, Istmo de Tehuantepec, Chiapas y las zonas navales de Acapulco y La Paz. El mando de la región fue asignado al general Cárdenas.[44]

En colaboración con el ejército, la Secretaría de Gobernación procedió a concentrar a los alemanes, japoneses e italianos que residían en las costas y en las fronteras, para ubicarlos en ciudades del interior, arrestando, de paso, a algunos presuntos espías alemanes y japoneses (se detuvo a Georg Nicolaus y a Karl Hellerman, de quienes se sospechaba eran agentes de la Gestapo, y al japonés doctor Tsum; todos ellos fueron enviados a campos de concentración en los Estados Unidos). Otros posibles agentes, considerados menos peligrosos, fueron internados en varios lugares: en las Islas Marías, en una hacienda ubicada en el Estado de México, en Temixco, Morelos, y en el fuerte de Perote (Veracruz).

México entró en la guerra el 23 de mayo de 1942. Era la primera vez que el país se involucraba en una guerra mundial. El pretexto fue lo de menos: el ataque a los buques petroleros *Faja de Oro* y *Potrero del Llano* en el Golfo de México. La razón de fondo traslucía gran coherencia y realismo: reanudar

la sensata trayectoria internacional del país en los años treinta y apoyar a los Estados Unidos.

Una encuesta de la revista *Tiempo* reflejaba la titubeante actitud de la opinión pública frente a esta decisión,[45] pero poco a poco la aguda germanofilia de las clases medias (reflejo del tradicional antiyanquismo) fue cediendo el paso a una moderada simpatía por la causa aliada. Por primera vez desde la instauración de la política del «buen vecino», el panamericanismo ganó algunas conciencias. Un atisbo de auténtica solidaridad recorrió el continente. Más importante que el encuentro de Roosevelt y Ávila Camacho en la ciudad de Monterrey (en abril de 1943), fueron las simpáticas caricaturas de Walt Disney sobre charros mexicanos, bailarines cariocas y gauchos argentinos, o la discreta introducción del americano amable en las películas del cine mexicano, personaje promovido en esa época por Hollywood. Pero nada contribuyó tanto al interés por la causa aliada como la victoria conseguida con un adarme mexicano. A mediados de 1944, México envió a un grupo de pilotos a la guerra del Pacífico. Era el Escuadrón 201, que luchó en las islas Filipinas, Luzón y Formosa, se ganó el aprecio del general MacArthur y sufrió cinco bajas. Acabada la guerra, fue recibido en medio de una apoteosis: se hicieron películas sobre aquellos herederos de la «estirpe egregia de los caballeros águila».

Unidad nacional

La guerra polarizaba las opiniones en la prensa y nublaba las mentes de los intelectuales que, con muy pocas excepciones, optaban por el fascismo o el comunismo. El frente interno de México estaba también dividido en bandos irreconciliables. En los estados occidentales, la vieja herida del movimiento cristero no sólo no cicatrizaba sino que se abría

de nuevo con el sinarquismo, organización armada cuyo designio, apoyado por decenas de miles de campesinos, era acabar con «las tendencias ateas y comunistas». En el otro extremo, con una militancia exigua pero un fanatismo similar, el Partido Comunista denunciaba sin tregua las «tendencias fascistas y falangistas» y se congratulaba de la muerte de ese «aliado objetivo» del nazifascismo que supuestamente había sido León Trotsky. La intolerancia religiosa y el extravagante dogmatismo del artículo 3.º de la Constitución, que desde la reforma de 1934 prescribía la «educación socialista», constituían, a los ojos de la Iglesia y los fieles de clase media y alta, un agravio imperdonable. Por añadidura, en los círculos politizados de estas clases sociales, las sangrientas elecciones de 1940 habían dejado una estela de desencanto: la gente desconfiaba de Ávila Camacho (chiste: «¿En qué se parece Ávila Camacho al *income tax?*: En que es un pinche impuesto»);[46] pero despreciaba a Almazán: a su regreso a México, lo abucheaban e insultaban en los cines.

El movimiento obrero vivía también un momento de efervescencia ideológica. A partir de los años veinte, los sindicatos se habían convertido en el factor decisivo de poder y legitimidad, pero en los años cuarenta su destino político no estaba claro. La CTM, de tendencia oficialista, se consolidaba paulatinamente, pero el sindicalismo moderado de izquierda era igualmente poderoso y buscaba un mayor margen de independencia con respecto al gobierno. Y estaban también los sindicalismos de corte anarquista y comunista, que operaban con eficacia y desenvoltura. En el campo, la situación no era menos tensa: mientras los ejidatarios del país se acostumbraban a vivir en la nueva circunstancia de la reforma agraria, los pequeños y medianos propietarios (y los no pocos grandes que restaban) buscaban métodos legales y extralegales para defender su patrimonio.

Un primer indicio conciliatorio por parte de Ávila Camacho fue la integración plural del gabinete. Había cardenistas, callistas y un grupo naciente: los avilacamachistas. Entre todos éstos sobresalía el secretario de Gobernación, Miguel Alemán Valdés, de 40 años de edad. Ávila Camacho lo había conocido en 1938, en San Luis Potosí, durante la rebelión cedillista. Alemán era entonces gobernador de Veracruz y no tardó en «echarse a la bolsa» al general, que lo adoptó sin reservas como hijo político (curiosamente, hasta doña Eufrosina llegó a querer mucho a Alemán, porque le recordaba a Miguel, su hijo muerto en 1918). Alemán había dirigido la campaña pro Ávila Camacho y había empleado buenas y malas mañas para sacar adelante la elección. Entre otros avilacamachistas, destacaban el secretario de Asistencia, doctor Gustavo Baz (veterano zapatista, cirujano eminente); el de Agricultura y Fomento, agrónomo Marte R. Gómez (veterano de las legendarias comisiones agrarias en el Morelos zapatista y, en los años veinte, subdirector del Banco Nacional de Crédito Agrícola, director de la Escuela de Agricultura de Chapingo, secretario de Agricultura); el regente del Departamento del Distrito Federal, licenciado Javier Rojo Gómez (hombre fuerte del estado de Hidalgo), y el director de la Comisión Nacional de Irrigación, ingeniero Adolfo Orive Alba (a cargo de varias presas en los años treinta, miembro de la Comisión de Aguas del Río Colorado). Estaban también los cardenistas García Téllez, en Trabajo, y Sánchez Pontón, en Educación; así como el callista Ezequiel Padilla, en Relaciones Exteriores.

Otro signo de los nuevos tiempos fue la voluntad personal de autocontención que demostró Ávila Camacho. Cuando, en el marco de la guerra, decretó la suspensión de garantías individuales, casi de inmediato procedió a reglamentarlas mediante un estatuto que la Procuraduría General de la

República debía revisar de modo permanente. En 1934 Cárdenas había suprimido tranquilamente la inamovilidad de los ministros de la Suprema Corte de Justicia, disponiendo que el periodo de los jueces coincidiera con el sexenio. En 1941, Ávila Camacho promulgó una reforma que restablecía la inamovilidad. Para integrar la Suprema Corte, pidió y siguió el consejo de Luis Cabrera, conocido opositor del cardenismo. Los ministros elegidos fueron personas probas y aun independientes. En la lista de candidatos a la Suprema Corte de Justicia que envió al Senado, Ávila Camacho incluyó al licenciado Teófilo Olea y Leyva, quien había participado activamente en la campaña almazanista.

Se trataba de pequeños pasos republicanos en un marco general de centralización política. Literalmente «a empujones», el PAN comenzó a romper —a rasguñar apenas — el monopolio político del partido oficial. Con los gobiernos de los estados, Ávila Camacho rompió la pauta de Cárdenas, que en su sexenio había removido al menos a diez gobernadores callistas. Alguno pidió licencia, otro sufrió la revocación de sus poderes, otro más renunció, dos fueron asesinados; pero lo cierto es que Ávila Camacho procuraba intervenir lo menos posible en el ámbito estatal. Cuando el procurador de la República, José Aguilar y Maya, apresó a un diputado local de Guanajuato violando el fuero respectivo, el presidente estuvo a punto de despedirlo.

El paso decisivo hacia la «unidad nacional» lo dio el presidente en septiembre de 1942, cuando convocó a todos los expresidentes a aparecer unidos junto a él el 15 de septiembre. Sobre un gran templete construido para la ocasión en el Zócalo de la capital, aparecieron Abelardo L. Rodríguez, Pascual Ortiz Rubio, Adolfo de la Huerta, Emilio Portes Gil, sin faltar, a izquierda y derecha de Ávila Camacho,

respectivamente, Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles.[47] «¿Cómo está, mi general»?, debió de preguntar Cárdenas. «Bien, mi general», contestó sin duda Calles. Tres años más tarde, a la muerte de este último, Cárdenas anotaría en su diario: «Al regresar del exilio, el general Calles me saludó con nobleza».[48] «El Presidente Caballero» había logrado el pequeño milagro.

Más que una bella frase, un estado de ánimo frente a las potencias del Eje, un acto de equilibrio en su gabinete o un acto simbólico con los expresidentes, para Ávila Camacho la «unidad nacional» era la pauta del sexenio. Ningún presidente de México se había atrevido a declarar públicamente su filiación religiosa. Acaso por cumplir un último deseo de doña Eufrosina, por inclinación propia, por astucia política (o por las tres razones juntas), en 1940 Ávila Camacho había confesado a la revista *Hoy:* «Soy creyente … pero ser católico no es ser clerical, ni fanático. Soy católico por origen, por sentimiento moral».[49] Nadie leyó las salvedades, sólo la afirmación. «La frase conquistó muchísimo», recordaba su sobrina.[50] Para la izquierda, aquella declaración era un error: no cabía mostrarse tolerante con quienes «formaban en los niños y en la juventud una conciencia contrarrevolucionaria».[51] Pero la opinión, en su conjunto, la recibió con alivio: representaba el principio de reconciliación entre el Estado revolucionario y la Iglesia católica. El alto clero respondió a esa declaración en voz del arzobispo Luis María Martínez, quien instruyó a la grey: «… es deber de los católicos, como ciudadanos, cooperar sincera y eficazmente con el gobierno».[52]

«Tú violas la Constitución un poquito», habría dicho el Estado. «Yo me hago de la vista gorda con los artículos anticlericales de la Constitución», habría respondido la

Iglesia. Las procesiones y manifestaciones religiosas volvieron a salir a la calle. En 1945, en el marco del 50 aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe, se inauguró el Congreso Mariano Interamericano. Como Carmelita y el obispo Gillow en tiempos de don Porfirio, así doña Soledad y el arzobispo Luis María Martínez tenían acceso al oído del presidente.

El sinarquismo, con su organización secreta y sus tesis místicomilitares, dio algunos golpes, como las «tomas» algo más que espectaculares de Morelia y Guadalajara en 1941. Para frenar su avance y lograr su cooperación en tiempos de guerra, el gobierno le cedió la colonia María Auxiliadora en Baja California. Esta concesión al grupo encabezado por Salvador Abascal ahondó las pugnas internas del sinarquismo y por lo tanto consiguió debilitarlo. Al final del sexenio, el talante conciliador de Ávila Camacho logró aún más: encauzar el sinarquismo hacia la acción política dándole registro como partido político. Con todo, las células irreductibles dentro de la Iglesia no dejaron de operar: el 10 de abril de 1944, un teniente de filiación católica extremista apellidado De la Lama y Rojas disparó contra el presidente Ávila Camacho y, al fallar, le dijo: «no pude, por desgracia, cumplir mi misión» (quien sí pudo cumplir la suya fue Maximino: probablemente fue él quien ordenó la ejecución del fallido magnicida).[53] Al margen de este y otros incidentes, las reformas conciliadoras seguirían siendo la pauta en el más antiguo y espinoso de los problemas mexicanos.

La izquierda, por supuesto, consideraba errada o por lo menos excesiva esta nueva política de conciliación, pero no estaba sola en sus reparos. También las solitarias voces liberales temían la reaparición de la Iglesia en la vida política de México. En un ensayo que levantaría ámpula, escrito al

final del sexenio, Daniel Cosío Villegas advirtió sobre el peligro de un arribo de las derechas al poder. En esas circunstancias, «la mano velluda y macilenta de la Iglesia se exhibiría desnuda, con toda su codicia de mando, con ese incurable oscurantismo para ver los problemas del país y de sus hombres reales».[54]

Como prueba adicional de buena fe (y de fe sin más), el gobierno reformó el controvertido artículo 3.º constitucional. Ocurrió en un momento tardío del régimen (diciembre de 1945) y a esa reforma contribuyó no poco la presión y las ideas del Partido Acción Nacional (PAN). Para Manuel Gómez Morin, ésta era una batalla personal. Entre 1933 y 1934, cuando el Estado impuso la educación socialista, Gómez Morin era rector de la Universidad. Aquéllos habían sido tiempos de intensa radicalización, en los que el gobierno llegó al extremo de cortar el presupuesto universitario y amenazar con el cierre de una institución que consideraba «elitista, superflua y reaccionaria». Mientras el rector Gómez Morin ejercía una cuidadosa administración de los exiguos recursos públicos que quedaban y echaba a andar una exitosa campaña para allegarse fondos privados, miles de estudiantes y decenas de profesores defendieron la libertad de cátedra en jornadas memorables para la Universidad. Acaso la polémica más importante del siglo XX mexicano haya sido la que protagonizaron entonces Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, aquél defendiendo la libertad de pensamiento e investigación, éste proponiendo la adopción del materialismo histórico como la verdad científica y revelada.

La lucha universitaria de 1934 era un antecedente claro de la fundación del PAN, pero faltaba dar la batalla por la educación. El PAN la dio en la prensa y la Cámara, con el apoyo de la Iglesia y la Unión Nacional de Padres de Familia.

No era ajeno a esa presión el relevo del primer secretario de Educación —el cardenista Sánchez Pontón— por el moderado Octavio Véjar Vázquez, ni la subsiguiente remoción de éste por el poeta Jaime Torres Bodet (secretario particular de Vasconcelos en 1921). Las enmiendas definitivas, si bien no cumplieron todas las expectativas del PAN (que se hubiese ido al extremo opuesto, suprimiendo la obligatoriedad del laicismo), sí abolieron la cláusula «socialista» y «desfanatizante»: la educación pasó a ser «democrática y nacional». «La reforma», recordaría Torres Bodet en sus *Memorias*, «se proponía suprimir un alarde político manifiesto: que la educación mexicana era socialista. ¿En qué parte de nuestro territorio se daba, en verdad, esta educación? … Ni siquiera en los libros de propaganda los fanatismos se combaten con fanatismos.»[55]

En su momento, Ávila Camacho le comentó a Torres Bodet que en su negociación directa con los diputados y senadores había contado con el eficaz apoyo de un brillante intelectual: nada menos que su paisano Vicente Lombardo Toledano. A Narciso Bassols, redactor del artículo original en 1934, el presidente no lograría convencerlo, pero el puesto público que ocupaba no daba pie a una oposición extrema: desde 1944 fungía como embajador de México en la URSS.

La presencia de Torres Bodet en Educación fue un nuevo eslabón en la cadena de la «unidad nacional». No sólo había que superar las querellas ideológicas de los años treinta, sino volver a los contenidos indiscutibles de la Revolución. El más ecuménico de todos era la educación. Y ¿quién mejor que un secretario de Vasconcelos para llevarla a cabo? En su paso por la secretaría, Torres Bodet retomó la idea vasconceliana de la alfabetización y emprendió una intensa campaña dirigida a niños y adultos: capacitó al magisterio, revisó planes de

estudio, rehizo textos escolares, imprimió diez millones de cartillas de alfabetización, impulsó la iniciativa privada en la construcción de escuelas (se construyeron 588). Los resultados, desgraciadamente, fueron exiguos: en 1940, la población mexicana mayor de seis años era de 12.900.000 habitantes, más de la mitad de la cual era analfabeta. Para 1946, al terminar el periodo de Ávila Camacho, sólo se había logrado alfabetizar a un millón de personas.

En su balance de 1946, Cosío Villegas lamentaba el relajamiento de la «tensión evangélica» de los años veinte y comparaba la trayectoria de la educación con la de «quien en su momento de gloria la personificó». Como Vasconcelos, la educación «ha terminado por ser caóticamente inconsistente, más aparente que real … y ha fracasado en conquistar a la juventud».[56]

La unidad nacional incluía al mundo de la cultura. Vasconcelos, que gracias a los buenos oficios del «Presidente Caballero» había aceptado la dirección de la Biblioteca Nacional, debió ver con simpatía los esfuerzos de «Jaimito» (Jaime Torres Bodet), su antiguo subalterno. Por lo demás, «el Maestro de América», junto con sus viejos compañeros del Ateneo de la Juventud (Antonio Caso y Alfonso Reyes) y con otros mexicanos distinguidos (los pintores Orozco y Rivera, el músico Carlos Chávez, el cardiólogo Ignacio Chávez, el escritor Mariano Azuela, entre otros), había fundado en 1943 El Colegio Nacional, institución copiada del Collège de France con la que el gobierno reconocía a sus sabios. Como corolario natural, el gobierno estableció en 1946 los Premios Nacionales de Artes y Ciencias.

En aquel clima de distensión interna, surgieron varias instituciones de estudio e investigación científica, no pocas revistas y casas editoriales, casi todas de alta calidad y

perdurables. Sus fundadores pertenecían a la generación de 1915.

Al terminar el periodo del «Presidente Caballero», varios de estos personajes tendrían al menos un instituto, una escuela, una revista, una editorial, en su respectivo haber. En sus *Cuadernos Americanos*, el economista Jesús Silva Herzog llevaba a cabo un esfuerzo complementario al de Daniel Cosío Villegas en la editorial Fondo de Cultura Económica. Significativamente, otro hombre de la generación de 1915, el rector de la Universidad y eminente arqueólogo Alfonso Caso, promulgó en 1945 la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1943 se fundó también una excelente institución académica: el Tecnológico de Monterrey.

La cultura católica, después de casi un siglo de retraimiento, experimentó un renacimiento notable. Dos humanistas, los hermanos Méndez Placarte, fundaron la revista Ábside; Gómez Morin creó la editorial Jus y el padre Ramón Martínez Silva inauguró la Universidad Iberoamericana. En el ámbito científico, Luis Enrique Erro fundó y dirigió en 1941 el observatorio astronómico de Tonantzintla. El propio presidente Ávila Camacho podía sentirse miembro legítimo de esta generación de 1915 gracias a la fundación del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Aunque Gómez Morin lo había esbozado en 1927, sólo ahora cristalizaba. Ávila Camacho no era médico, pero, como buen paciente, se supo rodear de buenos médicos que resultaron espléndidos fundadores. Al final del sexenio, funcionaban ya dos clínicas del IMSS que, aunadas a los flamantes institutos nacionales de Cardiología (fundado por el doctor Ignacio Chávez en 1944), de Nutrición (fundado por el doctor Salvador Zubirán en 1946) y al Hospital Infantil creado en 1942 (una de las muchas obras del doctor Gustavo Baz, secretario de

Salubridad y Asistencia), sentaban las bases de un nuevo sistema de salud y asistencia social.

En un ámbito menos olímpico que el de la cultura, el del movimiento obrero, «el Presidente Caballero» trató en vano de estrechar los lazos de «amor y concordia» (como él mismo afirmaba, no sin cursilería). La unidad, en sentido estricto, parecía imposible. La carestía de la vida, que en la ciudad alcanzó momentos críticos, provocó protestas de los trabajadores. Por otra parte, había demasiados factores ideológicos en pugna. La izquierda ortodoxa del Partido Comunista seguía las directrices de Moscú. Persistía la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), al igual que la anarquista CGT (Confederación General de Trabajadores). En la izquierda sindical que operaba dentro de la CTM y permanecía aliada al gobierno, seguía teniendo gran influencia Vicente Lombardo Toledano, pero su involucramiento en la Central de Trabajadores de la América Latina (CTAL) favoreció desde 1941 el ascenso de Fidel Velázquez, líder moderado de una ideología camaleónica, que ya había probado su eficacia al desplazar a los comunistas de la dirección de la CTM en 1937.

Con ayuda de su paisano Lombardo Toledano, Ávila Camacho logró acuerdos importantes. En diciembre de 1941, el proletariado nacional «pedía» al presidente que «señalara las tareas que le corresponden … para resolver del mejor modo la crisis que pesa sobre nuestro pueblo».[57] El «mejor modo» fue la creación, en junio de 1942, de un consejo obrero nacional que optó por «evitar enfrentamientos» y dar su «apoyo total al gobierno». El 7 de abril de 1945 la CTM firmó un Pacto Obrero-Industrial que prescribía la cooperación entre patrones y trabajadores para lograr la «revolución industrial» de México.

Hubo ocasiones en que el presidente intervino de manera directa para calmar los ánimos y conciliar los intereses. Así ocurrió con una de las empresas públicas más conflictivas del país, los Ferrocarriles Nacionales. El gobierno se debatía entre dos opciones: cumplir con los deseos del combativo gremio de los ferrocarrileros, que tenía una propensión natural hacia una concepción socialista de la economía, o modernizar en el sentido capitalista una empresa estatal sobresaturada de personal, descapitalizada e improductiva. En tiempos de Ávila Camacho, el problema tan sólo se difirió. Cuando las elecciones entre tres grupos opositores (independientes, comunistas y progobiernistas) dieron el triunfo a los primeros, la animosidad de los perdedores orilló al presidente a sentarlos ante una mesa y a aplicar su conocido método de persuasión para formar un comité ejecutivo de coalición. A pesar de los buenos oficios, el comité no funcionó. Un intento por parte de la gerencia de ajustar el contrato colectivo se topó con la natural resistencia de los líderes independientes, a quienes el siguiente sexenio depararía sorpresas desagradables.[58]

El crítico Cosío Villegas opinó que el movimiento obrero había

«llegado a depender de un modo tan completo de la protección y el apoyo oficiales, que se ha convertido en un mero apéndice del gobierno. [Este] maridaje [era] perjudicial a ambos cónyuges … al gobierno le ha impedido resolver problemas de tanta importancia para la economía general del país como el de los ferrocarriles y el petróleo, problemas cuya solución, por otra parte, le hubiera dado prestigio y una autoridad de que tanto necesita; a la organización obrera, la ha envilecido y degradado».[59]

Baluarte inmaculado de las instituciones

Hacia 1950, Daniel Cosío Villegas hizo un estudio sobre lo que llamó el «trasfondo tiránico» de América Latina. Según sus cifras, de los veinte países que formaban la región, siete «vivían bajo un régimen tiránico indudable», nueve transitaban por una situación política a tal grado precaria que cualquier pequeño empujón podría precipitarlos «a la tiranía sin embozo», y sólo cuatro (México, Guatemala, Cuba y Uruguay) «vivían a flote, pero no inmunes» al militarismo, el más tradicional de los males políticos latinoamericanos. El tiempo demostraría muy pronto que el único país inmune al militarismo, además de Costa Rica, era México.[60]

Desde cualquier ángulo que se viera, la desmilitarización de México era un fenómeno tan admirable como misterioso, sobre todo si se contrastaba con el trasfondo militar de su historia. Con la excepción notoria de dos breves interregnos —la República Restaurada: 1867-1876, y los quince meses del maderismo—, el país, desde su independencia, había sido gobernado principalmente por militares. Entre 1910 y 1920 había vivido una experiencia revolucionaria única en América Latina, obra también de generales que no solían aceptar fácilmente su retiro del poder. Para sostener a los treinta y cinco mil hombres de caballería y a los treinta y un mil de infantería que en tiempos de Calles combatían a los cristeros, el gobierno gastaba el 30 por ciento de su presupuesto, más del triple que lo destinado a educación (9 por ciento).[61] Muchos otros países latinoamericanos manejaban una proporción más sensata: Argentina (17 por ciento, 20 por ciento), Uruguay (15 por ciento, 14 por ciento). Pero a partir de entonces, el descenso relativo del presupuesto dedicado al ejército había sido constante. Cárdenas lo bajó al 19 por ciento; Ávila Camacho al 14 por ciento (a pesar de la guerra), y los futuros presidentes lo llevarían hasta el 6 por ciento.[62] Paralelamente, el número de puestos que en cada gabinete se

otorgaban al ejército disminuyó también. ¿Cómo se explicaba el tránsito pacífico del poder militar al civil?

A diferencia de los ejércitos argentinos, peruanos o chilenos, el ejército mexicano posrevolucionario carecía de tradición. Para los hijos de las clases altas en esos países, criollos en su mayoría, la carrera de las armas no era por fuerza una vía de acceso al poder, sino un signo de prestigio que solía transmitirse de generación en generación. En México, los vaivenes del siglo XIX habían modificado esa situación: el ejército criollo de Iturbide y Santa Anna no tenía muchas glorias de las qué envanecerse: había perdido la guerra contra los Estados Unidos y la guerra de Reforma, y había sido cómplice de la Intervención. Sus adversarios liberales no eran militares de carrera sino advenedizos con talento militar, muchos de ellos mestizos, como Porfirio Díaz. Fueron estos militares los que cosecharon las victorias históricas de la Reforma, el 5 de mayo o el 2 de abril. Cuando llegó al poder, Díaz instituyó la política del «pan o palo» con sus antiguos compañeros de armas y, con el paso de los años, fue consolidando de nuevo un ejército profesional. En los años finales del porfirismo, cuando los veteranos habían muerto, los jóvenes generales se formaban en Saint Cyr, tenían un colegio suntuoso y se daban el lujo de patentar armamento. Pero se trataba de un ejército más vistoso que eficaz. Madero lo conservó casi intacto, y esa sola medida le costó la presidencia y la vida. Con excepciones notables, como la de Felipe Ángeles, los altos oficiales de este ejército llegaron al poder con Victoriano Huerta y fueron liquidados por la Revolución constitucionalista.

Los nuevos generales revolucionarios, geniales algunos de ellos, eran, de nueva cuenta, militares advenedizos y como tales se comportaban. Antiguos maestros de escuela, agricultores, empleados públicos, contadores, soñaban con

bajarse del caballo, quitarse las charreteras militares y encabezar un orden civil. Otros le tomaron más gusto a la profesión de las armas. Terminada la etapa militar, unos (los parecidos a Manuel Ávila Camacho) y otros (los semejantes a su hermano Maximino) se convirtieron en los dueños indisputados del país.

Obregón pertenecía a la segunda especie. Su fuerza era tal que, pasando por encima del dogma mayor de la Revolución —la no reelección—, había pretendido emular a don Porfirio. No dudó en eliminar a buena parte de los generales que lo habían secundado en los años de lucha, incluso a sus lugartenientes más cercanos. De haber alcanzado la reelección, es probable que hubiese permanecido en el poder por algunos lustros, fincando una nueva tradición militarista. Su asesinato cambió el cuadro.

Calles formaba parte de la primera especie. Su genio específico era la política. Se sentía cómodo en su atuendo de civil. Su discurso sobre el paso de «la era de los caudillos a la era de las instituciones» enfiló al país, a mediano plazo, hacia la solución que Carranza había querido imponer prematuramente en 1919. El solo hecho de que los generales —muy mermados ya, es verdad, pero poderosos aún— se avinieran a poner las pistolas sobre la mesa, y a convenir en reglas ordenadas de acceso al poder, suponía un avance notable de autolimitación. Un paso previo al civilismo.

Cárdenas avanzó un trecho más en esa dirección. Militar pundonoroso pero sin mayor brillo ni talento, en sus apuntes personales había consignado con desaprobación las borracheras, juergas prostibularias, aprehensiones injustas, plagios, fusilamientos y robos cometidos por los militares en los tiempos de la lucha armada. La violencia de cualquier índole le parecía repugnante. Al llegar al poder, acentuó aún

más la supeditación política de los militares. Colocar a Calles en un avión en lugar de ponerlo frente a un pelotón de fusilamiento fue, en términos simbólicos, un acto de civilidad que hubiera sido impensable en los años veinte.

Cuando Cárdenas ordenó el ingreso masivo del ejército en el PRM, los militares no chistaron. La docilidad militar no sólo se explica por el triunfo paulatino de la tendencia civilista entre los caudillos. Tenía también orígenes demográficos. Muchos de los representantes de la generación revolucionaria (nacida entre 1875 y 1890) habían muerto durante la Revolución o en las sucesivas «limpias» de los años veinte. Otros vivían en el exilio. El resto sobrevivía, pero con las fuerzas muy menguadas por el cansancio y la edad. El hecho mismo de que el presidente fuese un hombre más joven que ellos —como lo era Cárdenas— marcaba un límite simbólico a las ambiciones de los generales más viejos, a quienes la opinión bautizaría entonces como «los cartuchos quemados». Aunque los más radicales se sintieron molestos porque Cárdenas había «destapado» a un hombre «chiquito» y «recién llegado», en la mayoría de los casos se abstuvieron o «se alinearon»: no apoyaron significativamente a la oposición de izquierda (Múgica) ni a la de derecha (Almazán).

La generación militar de Cárdenas había intervenido en la Revolución de manera tardía y en mandos menores, o se había incorporado al ejército en los años veinte; en él vieron acción contra las diversas «infidencias» de aquellos años. Muchos se habían vuelto políticos, y como tales se les reconocía, pues una vez cambiada la casaca militar por el traje de civil, era difícil volverla a vestir. El caso típico era el del propio general Juan Andreu Almazán, convertido desde hacía tiempo en próspero contratista de caminos. Consumado el fraude en su contra, fueron los civiles, más que los militares, quienes estuvieron dispuestos a levantarse en armas junto a

él; pero, arriesgándose al escarnio público, Almazán hizo un servicio más al civilismo en México: renunció a la vía violenta.

En tiempos de Ávila Camacho, una nueva oficialidad estaba en ascenso. Caso emblemático fue el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, aquel compañero de polo del presidente. Nacido en 1906, había participado en diez acciones de guerra durante los años veinte, pero toda su trayectoria —y hasta su doble título de general y licenciado— denotaba una tendencia hacia la vida civil. Su tesis de licenciatura versó sobre «El estatuto militar: el ejército como un servicio público». Medio siglo después recordaba:

«Cuando yo fui cadete había clases en las que aprendí virtudes militares … pero les faltaban fundamentos filosóficos, teóricos … yo los adquirí en la Universidad, en la Escuela de Leyes, tuve maestros como Antonio Caso … así me preparé y logré un cambio. El general Ávila Camacho mandó traducir un libro sobre virtudes militares y le puso un prólogo. A veces negaba audiencia y nos poníamos a platicar de enseñanza moral».

Durante la campaña electoral de 1940, la afinidad moral entre el caballero militar y el militar abogado surtió efectos:

«Almazán era de ideas fascistas, un peligro para México … en esa época empezaron los almazanistas a hacer propaganda en el ejército … Yo ya me había recibido de abogado, daba clases de moral militar y civismo en el Colegio Militar, incluso contribuí a hacer el nuevo programa de estudios, y me fue fácil organizar un grupo que abarcó … generales de división, jefes de corporación y corporaciones enteras … Fue el grupo Morelos, con él contrarrestamos la acción de Almazán en los cuarteles y salimos adelante».[63]

En la presidencia de Manuel Ávila Camacho, la

supeditación militar cerró su ciclo. En su discurso inaugural indicó con toda claridad el nuevo rumbo:

«Todo intento de penetrar la política en el recinto de los cuarteles es restar una garantía a la vida cívica y provocar una división de los elementos armados … Necesitamos engrandecer nuestras fuerzas armadas como un baluarte inmaculado de las instituciones».[64]

Por un nuevo ucase del presidente, los militares salieron del PRM, regresaron a los cuarteles y se abstuvieron de mezclarse —salvo algunas excepciones— en política.

Para asegurar que el «ejército favorezca siempre al gobierno, defienda las instituciones y sea leal», el gobierno empezó a discurrir toda suerte de medidas: en terrenos de La Herradura donados por Ávila Camacho, el ejército inició la construcción de un moderno edificio sede y del Hospital Central Militar; se apoyó a las escuelas militares de medicina e ingeniería; continuó la construcción de las escuelas llamadas «Hijos del Ejército» iniciadas por Cárdenas, y se creó un fondo de ahorro con el que se crearía un banco del ejército y de la armada. Otro género menos honorable de apoyo a los altos mandos fue el otorgamiento de jugosas concesiones, como, por ejemplo, el manejo de gasolinerías.

«Pa' los toros del Jaral, los caballos de allá mesmo», decía un refrán popular. Éste fue, justamente, el caso notable de los generales revolucionarios mexicanos, de Calles, pero sobre todo del dueto Cárdenas-Ávila Camacho. Cambiaron por cuenta propia la política de las armas por las armas de la política y, cosa aún más extraordinaria, legaron esas armas a una generación de civiles. Su mayor lección fue poner límites a su propio poder, salir del escenario histórico a tiempo. Sus sucesores, los universitarios en el poder, se beneficiaron de esa decisión pero, llegado el momento, carecerían de la visión

y la grandeza de aplicársela a sí mismos.

«El Alazán Tostado»

Algunos generales se hicieron fuertes en estados o regiones y construyeron férreos cacicazgos que el gobierno no combatió sino que utilizó en provecho propio. «Tú me obedeces, yo te protejo», ésa era la regla de oro. Cárdenas no había tenido más remedio que usar el palo contra el general Cedillo, pero al presidente Ávila Camacho sólo le tocó repartir el pan. En esto, como en muchas otras cosas, las prácticas de los gobiernos de la Revolución se ajustaban a la tradición porfiriana.

El ejemplo más acabado de esta práctica fue Gonzalo N. Santos, heredero del cacicazgo de los Cedillo en San Luis Potosí. Miembro fundador (credencial número 6) del PNR; organizador profesional de campañas electorales victoriosas por la buena o por la mala; militar, diputado, senador según la ocasión, Santos había acumulado al amparo de la Revolución decenas de miles de hectáreas. Tenía bajo su mando directo a doce mil hombres armados: «sus huastecos». Por testimonio propio (al final de su vida, cosa rarísima entre los políticos mexicanos, compuso sus regocijantes, macabras y no mal escritas *Memorias*), se sabe que sus matones profesionales lo acompañaban dondequiera que él fuese. Si un cura predicaba contra él, tranquilamente lo balaceaba. Si unas tierras le gustaban, acudía a ver al dueño para que pusiera precio. Si éste se negaba o mostraba dudas, Santos se alzaba de hombros: «Que su viuda decida».

A cambio de la impunidad en su territorio, Santos prestaba grandes servicios a «la Revolución». En las elecciones de 1929, un periódico de la ciudad informaba: «Cuando se hallaban más de dos mil personas, dos camiones cargados de esbirros del PNR empezaron a disparar sobre la multitud con

ametralladoras Thompson». Hubo muertos y heridos, pero para Santos, que dirigía la operación, aquello había sido sólo una «descarga al aire para que huyeran las codornices». Durante la campaña de Ávila Camacho, Santos desempeñó varias tareas, desde procurar el acercamiento de viejos líderes revolucionarios hasta dispersar «codornices» con sus Thompson. En sus memorias narra «las sangrientas elecciones de 1940» sin sombra de cinismo, con absoluta candidez y sinceridad, como si se tratase de una campaña militar. Dos extractos:

«Arremetimos contra esa casilla a pistolazo limpio y como hubo algunos que dispararon contra los nuestros les contestamos en forma enérgica a balazo limpio. Recogimos todas las ánforas que ya estaban repletas de votos almazanistas, las quebramos y nos llevamos todos los papeles, actas, boletas, etcétera, dejando hecha añicos la mesa de casilla y dispersando a los almazanistas … Yo les dije a los escrutadores: "A vaciar el padrón y rellenar el cajoncito a la hora de la votación, no me discriminen a los muertos pues todos son ciudadanos y tienen derecho a votar"».[65]

Cuando su compadre Ávila Camacho llegó al poder, Santos cobró sus servicios de dos maneras: en efectivo y en especie.

«—Mire, compadre —le habría dicho al presidente—, para que no crea usted que yo me hago del rogar para todo, le voy a pedir que me compre mi rancho Tres Filos, que está en el municipio de Tamuín, son diecisiete mil hectáreas que compré a unas viejitas norteamericanas que lo habían heredado y que viven en Estados Unidos.

»—Que la Secretaría de Agricultura y Ganadería compre diez mil hectáreas y las otras siete mil las voy a regalar dividiéndolas en pequeñas propiedades; póngale precio, compadre —me dijo don Manuel.

»—Quinientos mil pesos —le contesté.

»Él me dijo:

»—De aquí váyase a ver a Marte R. Gómez y que tramite el pago inmediatamente.

»Y así fue.»[66]

Hacia el año de 1943 el cobro se realizó en especie. Santos iba a ser gobernador de su estado por un periodo de tres años, los que señalaba la Constitución. Pero sus planes eran más ambiciosos. En presencia del ministro de Gobernación, Miguel Alemán, escuchó el dictamen que el secretario de éste, Rogerio de la Selva, había preparado sobre el caso:

«—No puedes ser electo legalmente por seis años, porque el Congreso no tiene tiempo de reformar la Constitución cuando va a ser electo el mismo día que lo vas a ser tú.

»Yo le contesté, en presencia de Alemán:

»—Éstas son muy pocas dificultades para un hombre de carácter; las convocatorias para elecciones en San Luis Potosí van a ser dos, primero se elegirán los diputados y después vendrá la elección de gobernador cuando ya los diputados hayan reformado la Constitución para ampliar el periodo.

»Alemán le dijo a De la Selva:

»—Ya no estés cavilando ni entretengas a Gonzalo, vamos a "darle tormento" a la Constitución y que su periodo sea de seis años.

»Y así fue. La Constitución no se quejó de haber recibido tormento».[67]

Su «mandato» —como se le llamaba, cómicamente, a ese poder absoluto— no sólo duró los seis años de su gubernatura. En San Luis Potosí no se movía una mosca sin el permiso de Santos. Desde su rancho El Gargaleote, Santos mandó «al que le siguió, y al que siguió al que le siguió».

¿Quién tenía los pantalones para oponerle resistencia? Era «“el Alazán Tostado”: primero muerto que cansado».

Como otros caciques en diversas regiones del país, y a diferencia de Maximino, Santos sobrevivió muchos años aferrado a su feudo, pero su misma excentricidad, como la de Maximino, denotaba un anacronismo. En el México de la posguerra, en un mundo de aviones y automóviles, los caciques regionales y los caballos alazanes comenzaban a ser piezas de museo.

Ganado político

Para los críticos de la reforma agraria, no había misterio alguno en su fracaso económico. En las crudas palabras de Miguel Palacios Macedo, los campesinos eran «el ganado político» de la Revolución.[68] Resultaba penoso ver a los hombres y mujeres del campo acarreados desde sus pueblos para desfilar, antes de las elecciones de 1940, en apoyo de Ávila Camacho. «Viva el que dijimos endenantes», gritaban algunos que ni siquiera sabían el nombre del candidato.

Tras el reparto masivo e indiscriminado de Cárdenas, el problema se había agravado hasta convertirse en el más doloroso y urgente del país. Aunque confiaba en el ejido como la salida económica de México, en el fondo Cárdenas había concebido el reparto de la tierra en términos de humanitarismo religioso: como una vasta restitución moral a los mexicanos pobres. Poco a poco, él mismo había tomado conciencia de que la entrega por sí sola no bastaba para lograr una mínima prosperidad. Pero nunca pudo (o quiso) ver el vicio jurídico y político escondido en su diseño. El ejidatario, en efecto, no podía legalmente vender, hipotecar, rentar o comerciar de ningún modo con su tierra. Si dejaba de trabajarla dos años, la perdía. Su suerte quedaba en manos del comisario ejidal, que podía quitarle la parcela en cualquier

momento, incluso inventando cualquier cargo. El ejido había liberado al peón de la hacienda; sin embargo, su generoso espíritu tutelar había reproducido, en la práctica, las mismas paradójicas iniquidades de las Leyes de Indias.

Y, sin embargo, había un consenso en favor de la tutela. Una vez repartida la tierra, el problema era de «visión … de técnica, de consistencia y honestidad».[69] Había faltado una estrategia de reforma agraria que la llevase a cabo escalonadamente, primero en las zonas de cultivos industriales y luego en las más pobres, las cerealeras. Había faltado técnica porque no se había hecho esfuerzo alguno por averiguar qué cultivos y métodos podían sortear las desfavorables condiciones del suelo mexicano. Había faltado consistencia, entre otras cosas, porque «las dotaciones no han sido dictadas por la prudencia ni la necesidad sino por el afán de pasar por el mayor repartidor de tierras». La labor educativa pudo y debió hacerse alrededor de los ejidos, al igual que las obras de salubridad, riego, asistencia. «En cuanto a la honestidad… ¿sería preciso hablar?»[70]

Planteada así, una nueva administración de reforma agraria —visionaria, técnica, consistente y honesta— aún podía resolver el problema. Pero Manuel Gómez Morin pensaba que el mal era más profundo y residía en el concepto político del ejido. En el fondo de la tutela estaba el control. Con el objeto de mantener controlada a la población campesina para fines de perpetuación política, el gobierno negaba al campesino la propiedad de la tierra. En la práctica, los «derechos ejidales» de los campesinos significaban poco: si legalmente no poseían la tierra que trabajaban, no era de extrañar que no se animaran a invertir en ella. Quienes en realidad controlaban la tierra no eran los campesinos sino los comisarios ejidales: hacían favores a los campesinos a cambio

de apoyo político para el partido en el poder. La otra pinza era el crédito. Los bancos agrícola y ejidal no eran bancos: utilizaban el dinero de la tesorería federal para controlar al campesino por esa vía, aunque perdieran anualmente la quinta parte de sus operaciones. A juicio de Gómez Morin, se necesitaba nada menos que una revolución moral en el campo mexicano, el arribo de tutores honestos y desinteresados que aportaran implementos, créditos y enseñanzas prácticas a los campesinos sin restarles libertad, sin atarlos al carro del PRM: «Los explotan», sostuvo siempre, «los "muerden", los multan, les dan alcohol, los "acarrean" a mítines del partido. Es una grande reservación de indios todo el país, en manos de un departamento del interior, que es el gobierno federal, que no tiene encima ningún vigilante».[71]

El gobierno de Ávila Camacho percibió algunos de estos problemas y, desde los primeros días, optó por cerrar parcialmente la válvula: de las 17.890.000 hectáreas de Cárdenas, repartió sólo cinco millones. Mientras que los trámites ejidales se volvieron más lentos y difíciles, la parcelación privada y la emisión de certificados de inafectabilidad a la pequeña propiedad se realizaron con mayor fluidez. Al final del periodo, el PAN sometió un proyecto para reintroducir en la Constitución la figura del «amparo agrario», proyecto que el Congreso desechó.

Como sus antiguos jefes sonorenses, Ávila Camacho volvió a privilegiar la irrigación, pues la consideraba la palanca del desarrollo agrícola en un país árido como es México. Al concluir la guerra, el gobierno dedicaba el 15 por ciento de su presupuesto a la irrigación. Sin descuidar las obras de pequeña irrigación, durante el sexenio se construyeron 35 obras de gran irrigación, en su mayoría localizadas en las zonas potencialmente productivas del centro y norte del país.

El total de hectáreas de riego nuevas y mejoradas (549.129) rebasó la superficie irrigada por todos los gobiernos anteriores.[72] Animado por este impulso, así como por las medidas de rectificación agraria y la expansión de la demanda externa, el sector privado del campo, el de los «rancheros», acrecentó su producción de cultivos comerciales como las frutas y las legumbres.

Las opiniones sobre el problema del campo mexicano siguieron dividiendo a los mexicanos. Los viejos revolucionarios vivirían siempre en la convicción de que el ejido, más allá de sus limitaciones, había liberado al campesino. Si no lo había hecho más rico, al menos lo había hecho más digno.

«El hacendado», señalaba Marte R. Gómez a un crítico del ejido, «movía a sus peonadas para que se encaminaran a los campos de cultivo entonando el "Alabado" … al dueño de la hacienda había que besarle la mano y decirle "Tata" o por lo menos hacerle una profunda reverencia con el sombrero en la mano … los adeudos se heredaban de generación en generación … no había escape posible, porque el que nacía en la hacienda, aunque legalmente no era su esclavo, sí era su siervo.»

La reforma agraria había cambiado de raíz esos usos coloniales:

«Compare usted fotografías de principios de siglo con otras de nuestros días —fiestas, desfiles, manifestaciones— y verá usted que salvo contados lugares, el campesino de México usa ya pantalón de mezclilla y calza zapatos de suela gruesa, que su mujer va más o menos bien trajeada y calzada. Si una mayoría de nuestros campesinos son ejidatarios, y si el ejido ha servido para hacer desaparecer de nuestra indumentaria el calzón blanco y el huarache, ya es mucha ganancia».[73]

La titulación individual de las parcelas que pedían los críticos se topaba con argumentos de índole tutelar: ¿qué harían los campesinos con ellas? Las venderían al primer postor, se propiciaría con ello una vuelta al latifundismo, los campesinos se volverían de nueva cuenta jornaleros en la que había sido su tierra. La reforma agraria no había resultado una panacea, pero cualquier regreso al pasado parecía peor.

A juicio de Cosío Villegas, que no en balde había estudiado economía agrícola en Cornell, la reforma agraria, ese sacramento del credo revolucionario, también estaba en crisis:

«La verdad es que se encuentra en la peor condición posible: ha sido lo bastante recia en su faena destructiva para concitar en su contra todo el odio y la saña de quienes la sufrieron … pero en el aspecto constructivo su éxito no ha sido lo bastante transparente para mantener inquebrantable la fe de quienes esperaban de ella la felicidad terrenal de diez o doce millones de mexicanos».[74]

Brega de eternidad

El periodo de Ávila Camacho marcó el principio de un proceso largo, penoso y lento como el caminar de una tortuga: el ascenso del Partido Acción Nacional. La proximidad de sus miembros a la jerarquía católica, la simpatía de muchos de ellos por el régimen de Franco y su inicial reticencia al ingreso de México en la guerra, volvían sospechosas sus credenciales democráticas. Pero, con todas sus limitaciones, el PAN descendía legítimamente de los dos grandes movimientos democráticos del siglo XX en México: el maderismo y el vasconcelismo.

Gómez Morin había trabajado desde 1927 para constituir un grupo político independiente. En 1929, predicaba inútilmente a Vasconcelos:

«… improvisar un grupo para jugar su destino como grupo histórico y el destino individual de sus componentes como hombres, en el albur de las primeras elecciones que se presenten, me parece indebido por temerario. En cambio, sí se puede hacer una gran labor si llega a constituirse firmemente un grupo que entre de lleno a la política con toda actividad y con todo valor, pero sin que necesite escoger desde luego a un hombre para presidente».[75]

El rectorado de Gómez Morin en la Universidad había tenido el mismo objetivo: formar un grupo capaz de organizarse y sobrevivir en un marco político hostil y en vistas a una victoria a largo plazo. A la postre, resultó que muchos de los fundadores del PAN habían sido estudiantes en aquella universidad de 1934, acosada por el Estado y la educación socialista.

En su origen, el PAN congregó tanto a maderistas como a huertistas, a intelectuales y financieros, pero su cuerpo básico lo integraban profesionistas independientes de clase media. La autonomía económica sería decisiva para la supervivencia del partido. «Todos tuvimos que seguir trabajando, fue un principio que … todos consideraran la labor política como un dato más en la agenda de todos los días: atender a los hijos, ir a su casa, trabajar y hacer política.»[76] Se trataba de una especie de apostolado. Era tal el predominio del PRM (jamás había perdido una presidencia, una senaduría, una diputación, una gubernatura, una presidencia municipal), que pensar en el poder parecía imposible, impensable: «Cuando fundamos Acción Nacional, dijimos que no era una tarea de un día sino brega de eternidad. Y que se requería una labor que en latín se dice muy bonito: *instauratio ab imis fundamentis,* una instauración desde los cimientos mismos».[77]

El funcionamiento interno del PAN se ajustó desde un

principio a las reglas normales de un partido moderno: formación de comités en toda la república, filiación voluntaria e individual, discusión abierta, celebración de asambleas y convenciones con votaciones democráticas. La plataforma básica del PAN consistía, entre otros puntos, en reformar los «textos persecutorios» (artículos 130 y 3.º), y el artículo 115, «para alcanzar la autonomía municipal; una reforma agraria sobre bases no partidistas, creación de la propiedad familiar de los ejidatarios, crédito agrícola sin compromisos de sujeción política; pequeña irrigación, rendición de cuentas públicas, ley de servicio civil, reforma electoral, libertad de sufragio».[78] El primer número de la revista *La Nación* —dirigida por el periodista Carlos Septién García y publicada de manera ininterrumpida desde entonces — empezó a circular el 18 de octubre de 1941.

En 1943, el PAN participó por primera vez en las elecciones legislativas con 50 candidatos a diputados. Argumentando el triunfo de 21 de ellos, procuró defender su caso ante el Colegio Federal Electoral, que comenzó sus audiencias el 4 de agosto. Aquel día, los representantes del PAN notaron que la puerta de acero se encontraba cerrada… para ellos. Tras mostrar sus credenciales, los miembros del PRM entraban tranquilamente. De pronto, se desató la «batalla de los empujones»: mientras los diputados del PRM se abrían paso a codazos, a los del PAN se les empujaba para afuera. A la postre, el Colegio Electoral otorgó todas las diputaciones al PRM. Ninguno de los candidatos panistas ocupó curul en la XXXIX Legislatura.

En 1944, el PAN desarrolló una intensa campaña para la gubernatura de Aguascalientes. Alegando fraude, el candidato Aquiles Elorduy pidió al Congreso local la nulidad de las elecciones y la intervención de la Suprema Corte. No obtuvo

respuesta. El siguiente episodio ocurrió en 1945, en la ciudad de León. El PAN había realizado una vigorosa campaña y estaba convencido de haber ganado por lo menos algunos puestos menores. El PRM declaró la victoria de todos sus candidatos. Hubo una manifestación masiva en la plaza principal. Intervino el ejército. El saldo fue de trescientos heridos y más de cuarenta muertos. Acción Nacional envió inmediatamente una nota a la Suprema Corte de Justicia, solicitando su intervención en el caso. El 7 de enero de 1946, por primera (y última) vez en su historia, la Corte acordó por veinte votos contra uno investigar los hechos. Al día siguiente el presidente Ávila Camacho solicitó a la Comisión Permanente la «declaración de desaparición de los poderes» del estado de Guanajuato, con lo cual cayó el gobernador, Ernesto Hidalgo.[79]

De particular importancia para la historia política del país serían las iniciativas sobre reforma electoral que presentó el PAN en 1942 y 1945. Su empeño fue la integración de órganos electorales independientes del gobierno. Aunque la CTM declaró que debía «continuar en vigor la ley electoral, ya que garantiza la existencia de regímenes revolucionarios que propician, en proceso evolutivo, el ejercicio de los derechos cívicos», el 6 de diciembre de 1945 la Secretaría de Gobernación envió al Congreso una nueva Ley Federal Electoral que incorporaba las propuestas del PAN, entre ellas la exigencia de membresías estrictas en los partidos políticos, la creación de una comisión federal (ya no local o municipal) de vigilancia electoral y de un consejo del padrón electoral. Pero los nuevos órganos electorales, sin excepción, siguieron siendo monopolio exclusivo del partido en el poder.[80]

En 1946, el PAN postuló a ciento diez candidatos; se reconoció la victoria de cuatro de ellos. Esos diputados

presentaron cerca de ochenta iniciativas diversas sobre banca central, educación, política monetaria, la necesidad del amparo agrario, la organización de la democracia, el sistema electoral, la reorganización de los ferrocarriles, la irrigación:

«Muchas de esas iniciativas no fueron ni siquiera dictaminadas», recordaba Gómez Morin. «No lograron que en los tres años se dictaminaran. Otras sirvieron de base a iniciativas que el gobierno presentó, más o menos cambiando la redacción … a lo cual nosotros no nos opusimos; no nos interesaba quién presentaba la iniciativa, siempre que se hicieran las cosas».[81]

El propio Gómez Morin fue uno de los candidatos derrotados. Había contendido por el distrito de Parral, en Chihuahua, su lugar natal. Los cantineros partidarios del PRM irrumpían en sus mítines poniendo a todo volumen sus «ruidolas» (en otros lugares se usaban tamborazos, mariachis, animales, bocinas y, eventualmente, balazos). En la Cámara, los adversarios de Gómez Morin argumentaron que no era mexicano porque su padre había nacido en España. El cargo era improcedente, porque la Constitución otorgaba la nacionalidad a todos los nacidos en México, pero Gómez Morin se defendió con un largo alegato jurídico y moral. De pronto, desde las tribunas, un diputado exclamó que ya se callara, que había excedido su tiempo. Gómez Morin respondió:

«—¿Está usted muy cansado, señor diputado?

»—¡Sííí!

»—¡Viera usted qué cansado está el pueblo de México!».[82]

La crítica acerba de Cosío Villegas alcanzó también al PAN. Su líder, viejo amigo de Cosío desde los años de la Preparatoria, tenía el «mérito indudable» de haber sido «el primero en sacudir la apatía política característica del

mexicano», pero, fuera de ese triunfo moral, casi nada le concedía. Los panistas carecían de atractivo popular, pertenecían a lo más granado de la sociedad, rondaban la penumbra de las iglesias, representaban «intereses plutocráticos bien deleznables». Acción Nacional, proseguía Cosío, «no cuenta ahora ni con principios ni con hombres y, en consecuencia, no podría improvisar ni los unos ni los otros … su escasa actividad se ha gastado en una labor de denuncia; pero poco o nada ha dicho sobre cómo organizaría las instituciones del país».[83]

La cercanía del PAN con la Iglesia despertaba al jacobino que Cosío llevaba dentro. Había en el PAN, es verdad, una corriente autoritaria casi indistinguible del sinarquismo; pero había sobre todo hombres y principios. Era un partido político, no una organización religiosa. Los abogados panistas habían despertado fugazmente de su sueño al más servil de los poderes de la Unión. Lo cierto es que Cosío Villegas, gran lector, no leyó sus numerosas iniciativas.

Ventanas al mundo

La alianza militar con los Estados Unidos favoreció el arreglo de la espinosa cuestión petrolera, la reanudación de las habituales compras de plata (suspendidas a raíz de la expropiación) y la cancelación casi total de los intereses de la añeja deuda con el Comité de Banqueros, que databa de 1921. México comenzó a dar un salto cualitativo en su economía, sobre todo en el ámbito industrial. La protección arancelaria y los estímulos crediticios y fiscales fueron factores que incidieron en el proceso. La nueva consigna era fabricar en el país lo que antes se importaba. Mientras Europa y los Estados Unidos dirimían el destino del mundo, México, proveedor tradicional de materias primas y metales preciosos, tuvo un modesto despegue en áreas como la fundición, los productos

metálicos, textiles, alimenticios, químicos, electrodomésticos, los muebles y la industria de la construcción. Entre los empresarios que experimentaron un auge en esa época estaban Manuel Suárez, compadre del presidente, dueño de la compañía de asbestos y techos Eureka, y Aarón Sáenz, presidente de la Asociación de Banqueros y propietario de varios ingenios azucareros. Otras empresas se hallaban en pleno desarrollo, entre ellas Altos Hornos, Hojalata y Lámina, Celulosa y Derivados, Industria Eléctrica de México (IEM Westinghouse), Sosa Texcoco, Cementos Anáhuac, la planta de celulosa de Loreto y Peña Pobre, etcétera. Cabe destacar dos hechos importantes relacionados con el sector industrial: la creación de la Canacintra (Cámara Nacional de la Industria de la Transformación) y la aprobación de la Ley de Cámaras de Industria y Comercio en diciembre de 1941.

Paralelamente, se consolidaron nuevos bancos para competir con los establecidos desde antes de la era porfiriana (Nacional, 1884; De Londres y México, 1864) y grandes tiendas departamentales como El Puerto de Liverpool. Debido a los capitales que se refugiaban en el país, México acumuló entonces una importante reserva, pero no pudo usarla para importar bienes de producción y refacciones indispensables. Uno de los efectos negativos de esta circunstancia fue la inflación de casi 100 por ciento en el lustro completo de la guerra.[84]

Cuatro «industrias sin chimeneas» ilustran el despegue de las empresas mexicanas en tiempos de la guerra: el turismo, los libros, la radio y el cine. Para el mexicano de clase media (los ricos seguían yendo a Nueva York), hacer turismo tenía cierto tono de bautizo: bañarse en los manantiales sulfurosos de Cuautla (Agua Hedionda), sumergirse en las aguas medicinales del gran hotel Peñafiel de Tehuacán o en las de

San José Purúa. A veces también consistía en caminar por los jardines Borda de Cuernavaca, las callejuelas de Guanajuato o sentarse en el quiosco de alguna ciudad colonial. Sólo algunos se aventuraban a tomar el avión o recorrer las brechas que conducían a Acapulco. Desde los años cuarenta, el puerto de esta ciudad se volvió el lugar de la luna de miel por excelencia. No lejos del viejo aeropuerto estaba el hotel Papagayo, propiedad de Juan Andreu Almazán (su «premio de consolación», decían algunos). Un magnate norteamericano llamado Blumenthal que oficiaba en el lujoso bar Ciro's del hotel Reforma en la ciudad de México, abrió en Acapulco el soberbio hotel Casablanca, que al concluir la guerra comenzó a recibir estrellas de Hollywood. El turismo, como tantas otras actividades en México, tenía desde entonces un caudillo, en este caso Miguel Alemán, secretario de Gobernación. Veía en esa actividad una mina de oro para el desarrollo del país y, desde luego, para el suyo propio.

El caudillo editorial de México fue Daniel Cosío Villegas. Nacido en 1898, en los años veinte había formado parte de la cruzada educativa de Vasconcelos. Más tarde, en tiempos de Calles, la había abierto al mundo. Estudió economía en Harvard, economía agrícola en Cornell e hizo cursos en la London School of Economics. En 1929 regresó a México y fundó, junto con su contemporáneo Jesús Silva Herzog, la Escuela Nacional de Economía. En los años treinta, tras un intento infructuoso por embarcar a editoriales españolas en la traducción y publicación de textos de economía, creó una casa editorial que estaba llamada a desempeñar un papel central en el desarrollo intelectual de Iberoamérica: el Fondo de Cultura Económica.

El Fondo comenzó sus operaciones, lentamente, en 1934. Aquellos fueron años cruciales para Cosío Villegas, porque el rompimiento entre Calles y Cárdenas estuvo a punto de

favorecerlo con la Secretaría de Relaciones Exteriores. La maledicencia de algún conocido, la imprudencia de otro y el poderoso azar lo privaron del puesto público que anhelaba. Tal vez su temple crítico —expuesto ya, para entonces, demasiadas veces en la palestra pública— fue el factor decisivo que suscitó la desconfianza entre los políticos. En todo caso, en 1936 Cárdenas lo envió a una especie de exilio: le confió la embajada de Portugal. Al poco tiempo de su arribo, estalló la guerra civil española. En 1937 Cosío Villegas se estableció en España, donde concibió la idea de proponer al presidente Cárdenas dar asilo a la crema y nata de la intelectualidad española. Muy pronto comenzaron a llegar a México poetas, ensayistas, editores, pintores, historiadores, filósofos, lingüistas, científicos de toda índole y especialidad. La lista sería inmensa. Algunos nombres: los filósofos María Zambrano, José Gaos, Eduardo Imaz, Joaquín Xirau; el sociólogo José Medina Echavarría; los historiadores Ramón Iglesia, José Miranda y Rafael Altamira. Eran los «transterrados», que dejarían una huella profunda en la vida cultural y académica de México.

El florecimiento de este proceso de «transtierro» ocurrió en tiempos de Ávila Camacho. Con la «mano de obra» intelectual de los españoles, Cosío Villegas expandió de inmediato el horizonte del Fondo convirtiéndolo, por un tiempo al menos, en la editorial más importante de habla hispana. En el punto crítico de la segunda guerra, mientras en España y aun en Sudamérica languidecía la actividad intelectual, México se volvió la capital editorial de Iberoamérica. Con el sello del Fondo, comenzaron a aparecer y a circular a lo largo de la América española traducciones de autores clásicos en todas las disciplinas, que tardaron años en ver la luz en lenguas distintas a las originales. Un solo ejemplo entre cientos, casi todos notables, fue la obra *Economía y*

sociedad de Max Weber, cuya parte principal tradujo Medina Echavarría mucho antes de su aparición en inglés. Paralelamente, Cosío Villegas viajó por toda América Latina abriendo sucursales y contratando autores para escribir diversos estudios monográficos sobre sus respectivos países. Era, en cierta forma, un cumplimiento del viejo sueño bolivariano en el ámbito de los libros.

Complementando la labor editorial del Fondo de Cultura Económica con trabajos docentes y de investigación académica, otra institución fundada por Cosío Villegas y Alfonso Reyes dio abrigo a los «transterrados»: El Colegio de México. Por largas décadas fue, junto con la Universidad, el lugar de encuentro entre las nuevas generaciones intelectuales mexicanas y los maestros españoles. La historia, la sociología, la filosofía, la lingüística y otras disciplinas se cultivaron en esas aulas, salones y bibliotecas. Y, para completar el paisaje, en las márgenes literarias de estas instituciones culturales se dio una confluencia particularmente creativa.

Ya desde tiempos de Cárdenas, pero con mayor desenvoltura y libertad en los tiempos de Ávila Camacho, los escritores mexicanos que desde hacía años buscaban salidas al cerrado e intolerante nacionalismo cultural crearon, junto con sus colegas españoles, revistas literarias de primer orden, entre las que destacaron *Taller* y *El Hijo Pródigo*. En los cafés del centro de la ciudad de México comenzó a reproducirse el ambiente cultural de Madrid de la generación del 98. Cualquier tarde en el café París, se formaba la «peña» donde discutían acaloradamente los españoles José Bergamín, Juan Gil-Albert, Juan Larrea, León Felipe, José Moreno Villa (entre muchos otros), y escritores mexicanos de diversas generaciones, como Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta —quien murió por aquel entonces— y un joven poeta que había viajado a España para incorporarse a la causa republicana:

Octavio Paz. A veces acudían también refugiados de otros países y otras tradiciones: el surrealista Benjamin Péret, el trotskista Victor Serge. México, la ciudad del águila y la serpiente, respiraba los primeros aires de genuino cosmopolitismo cultural.

Gracias al esfuerzo de los grandes empresarios culturales mexicanos como Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog (que por esos años fundó también la muy difundida revista *Cuadernos Americanos)* y al fermento espiritual español —eco venturoso del siglo XVI, siglo de misioneros—, la cultura mexicana comenzaba a buscar un lugar, *su* lugar, en el mundo. Lo mismo en la literatura que en la pintura, en las ciencias sociales que en las humanidades, la doble consigna era certera: asimilar lo antes posible la cultura universal y reelaborar, a partir de esa asimilación, los materiales propios.

El caudillo de la radio mexicana era un empresario de origen vasco: Emilio Azcárraga Vidaurreta. Nacido en Tampico en 1895, había estudiado en los Estados Unidos. Fue agente viajero, representante de empresas zapateras, distribuidor de automóviles y concesionario de la compañía RCA Victor. En 1927 estableció una compañía grabadora de discos y editó un exitoso catálogo de canciones mexicanas. Tres años más tarde fundó la estación matriz XEW, que tendría repetidoras en varias ciudades del país. En 1938 creó la XEQ y, tras ella, una red de estaciones hermanas. La W se había anticipado cuando menos diez años al espíritu de «unidad nacional». En 1938, al estrenar sus cien mil watts de potencia, la escuchaban las señoras ricas en el exclusivo fraccionamiento de Las Lomas Heights, los muchachos de clase media en la colonia Condesa, el carpintero en una accesoria del centro de la ciudad, los chicos de la vecindad. Un antiguo anuncio decía: «De Sonora a Yucatán se usan sombreros Tardán». Esos sombreros gozaban de gran

aceptación, pero lo notable era que el anuncio se escuchara de Sonora a Yucatán. Las melancólicas canciones yucatecas empezaron a sonar en los desiertos de Sonora. México se enteró de que era un mosaico musical.

Al atardecer, tanto en Veracruz que en Acapulco, Oaxaca o Monterrey, madres e hijas se daban cita frente a la consola de radio para escuchar *La hora íntima,* con el compositor romántico más famoso de México, Agustín Lara. Sólo algunos niños participaban en el programa de *Los niños catedráticos,* pero muchos más escuchaban los *Cuentos del tío Polito* y las filosóficas canciones de un genio cuya zoología musical era contemporánea a Walt Disney: Gabilondo Soler, apodado «Cri Cri, el Grillito Cantor».

La radio ofrecía también programas cómicos (el «Panzón Panseco» con Cuca «la Telefonista»), series *(La sombra*, *Anita de Montemar*, *El monje loco*) y de concurso *(La hora de los aficionados*, con Yadira Jiménez; el programa del «Doctor I.Q.»: «¿Abajo a mi derecha?: Aquí tenemos una dama, doctor»). Los sábados por la noche, las familias seguían por la radio los triunfos y derrotas de famosos boxeadores como Juan Zurita y Luis Villanueva, «Kid Azteca». Los domingos a mediodía, padres e hijos estaban pendientes del partido de *soccer* entre los mexicanos del Atlante y los españoles del Asturias, transmitido con pasión por Julio Sotelo. El beisbol tenía, por supuesto, su público radiofónico, sobre todo en la región del Golfo de México, donde destacaban los grandes peloteros cubanos (Ramón Bragaña, Lázaro Salazar, Silvio García y Martín Dihigo, entre otros), y los magníficos peloteros norteamericanos de color (como Joshua Gibson y Raymond Dandridge) tuvieron la generosa cabida que se les negaba en su propio país. Por la tarde, no se perdían la recreación pormenorizada de la corrida de toros en la voz de Paco Malgesto. Con su cadencia «hooonda y profuuuunda»,

una tarde de febrero de 1946 transmitió la inauguración de la Plaza México con un cartel histórico: Luis Castro, «el Soldado»; Manuel Rodríguez, «Manolete», y Luis Procuna.

En los años cuarenta, México se convirtió en el puente musical de América Latina. Cuando don Pedro de Lille abría la programación diciendo: «XEW: La voz de la América Latina desde México», la frase, más que un eslogan, era una realidad. Una gama enorme de géneros populares pusieron música en los ambientes urbanos y provincianos del país. Cada género tuvo uno o varios intérpretes que la radio difundió por todos los rincones y lanzó hacia los «países hermanos» del sur. Huapangos, sones jarochos y de mariachi, canciones rancheras, valses istmeños y trovas románticas yucatecas competían con piezas provenientes del Caribe —boleros, rumbas, danzones, claves— y con los ritmos norteamericanos del momento. Panamericanismo musical: en México y desde México uno podía escuchar el *Chatanooga choo choo* con Glenn Miller, la *Oración caribe* con Toña «la Negra», el tango *Volver* con Carlos Gardel, un valsecillo peruano, una samba brasileña, una cueca chilena, sin olvidar la tradicional copla española. En estrecho y amoroso maridaje con la radio, la industria cinematográfica tuvo un notable desarrollo, orientado a la exportación. El paso del micrófono al cine era inmediato: casi todos los galanes eran *crooners* (Fernando Fernández, Ramón Armengod), cantantes (Emilio Tuero, «el Barítono de Argel»; Pedro Vargas, «el Tenor Continental»), o, al menos, locutores (Arturo de Córdova).

Cualquier extranjero que pisaba México por primera vez percibía cuatro cosas extraordinarias: el trato cortés de la gente, su devoción religiosa, el cielo azul y la afición universal por la música, que la radio extendió al sur de la frontera.

México se volvió sinónimo de su música y sus actores. El

mercado latinoamericano compraba por adelantado todo lo que procedía del país que vivía la «época dorada» de su cine. La década anterior había preparado el terreno. Allí estaban ya los temas explorados por el caudillo fílmico, Fernando de Fuentes: la amarga remembranza de la Revolución *(Vámonos con Pancho Villa*, 1935, y *El compadre Mendoza*, 1933), el exitoso melodrama ranchero *(Allá en el Rancho Grande*, 1936), el incipiente sondeo de temas urbanos *(La casa del ogro*, 1938). Allí estaban también los gérmenes de un *star system:* los hermanos Soler, Joaquín Pardavé y, sobre todo, Mario Moreno, «Cantinflas», quien en 1940 rodó su película definitoria, verdadera contribución mexicana a la picaresca mundial: *Ahí está el detalle*. Pero faltaba el impulso económico, y éste llegó con la guerra.

La oficina del coordinador de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado otorgó un apoyo privilegiado a dos medios que consideró estratégicos para un país de poquísimos lectores como era México: la radio y el cine. A partir de 1942 fluyeron el capital, el equipo, los convenios, los intercambios y las becas a técnicos por cuenta de Hollywood o Washington. La 20th Century Fox donó equipo de sonido a los estudios Clasa, la RKO apoyó en la construcción de los estudios Churubusco (fundados por Azcárraga en 1944). El impulso externo puso en marcha al inversionista mexicano, tanto privado como público. Con apoyo del Banco Cinematográfico (fundado en 1942) se crearon varias compañías, en las que no sólo invirtieron los empresarios Gregorio Wallerstein y Alfredo Ripstein, sino hasta el mismísimo Maximino Ávila Camacho. Los resultados estaban claros: de 29 largometrajes en 1940, se pasó a 82 en 1945.

Con el ingreso del país en la guerra, la imaginación nacionalista se desató: los mexicanos descubren nidos de espías japoneses y alemanes o mueren en la lucha. *Escuadrón*

201 (1945) inventaba acciones bélicas del célebre grupo para afianzar el sentimiento patriótico: un refugiado español (Ángel Garasa) moría en el aire defendiendo la nueva patria que años antes le había abierto los brazos.

La retracción de la industria en Europa y los Estados Unidos favoreció la consolidación de un *star system* mexicano que alcanzó niveles de leyenda en el mundo de habla española. Mientras la atormentada Lupe Vélez se suicidaba en Hollywood, Dolores del Río regresaba a México, dejando atrás a su amado Orson Welles, para interpretar papeles de un indigenismo romántico, salidos, diríase, de un mural de Diego Rivera. Pero sin duda los artistas más célebres de aquella época —pareja fílmica en *El peñón de las ánimas* (1942) y pareja real una década después— fueron María Félix y Jorge Negrete. Tras su papel en *Doña Bárbara* (novela del venezolano Rómulo Gallegos, adaptada por él mismo al cine), la bellísima María sería conocida en todos los países de habla hispana como «la Doña». A Jorge Negrete, «el Charro Cantor», se le recibiría de manera apoteóstica en Madrid, La Habana o Buenos Aires.[85]

Ha muerto la Revolución mexicana

Jorge Negrete, el cantante consentido de doña Soledad Orozco de Ávila Camacho, representaba al México ranchero que tanto amaba el presidente: era el prototipo nacional. Pero aquella estentórea afirmación del México ranchero, aquellas canciones en que «el Charro Cantor» exclamaba «¡Yo soy mexicano, mi tierra es bravía!» y, recorriendo las ferias pueblerinas, besaba muchachas, ladeaba su sombrero «de plata bordao», echaba balazos en las cantinas, aquel personaje, en suma, no representaba el futuro sino el pasado.

El mexicano de las ciudades, aun el mexicano de medios modestos, no se veía ya reflejado en la imagen del charro; no

obstante, amaba esa desvaneciente estampa de sí mismo: por eso le dedicó un largo y romántico adiós. No es casual, en este sentido, que las peleas de gallos, la máxima diversión popular durante siglos, cedieran su sitio por esos años a la lucha libre.

El campo estaba pasando de moda. México estaba lejos de ser un país urbano. De hecho, el 65 por ciento de los mexicanos vivía en el campo. Sin embargo, en las élites rectoras se gestaba una mutación fundamental, un cambio de paradigma: de lo rural a lo urbano, del campesino al obrero, de lo agrícola a lo industrial. El proceso se evidenciaba en la política y en los negocios. La vieja élite revolucionaria había tenido empresas agrícolas: Obregón plantó garbanzo; Calles tuvo ingenios; Cárdenas, ranchos agrícolas; Ávila Camacho, ganaderos. La joven generación que llegaba al poder provenía de la provincia, pero había adoptado una óptica económica distinta: parte de su dinero procedía de la urbanización de haciendas arruinadas.

Significativamente, durante esos mismos años en el cine se puso de moda el género de la nostalgia porfiriana. Un cómico notable, Joaquín Pardavé, interpretaba a «don Susanito Peñafiel y Somellera», amigo y servidor de don Porfirio. En torno a él, la trama reconstruía las atmósferas porfirianas: la bohemia literaria y artística, el teatro de revista, la música de zarzuela, las modas y la vida cortesana. «¡Ay, qué tiempos, señor don Simón!», decía la letra de una pegajosa melodía. Encantados con el nuevo género, los ricos antiguos (pocos) y nuevos (muchos) comenzaron a asumir su posición social, y con una ostentosa naturalidad que no se veía en México desde hacía muchos años: suntuosos bailes de «Blanco y Negro» en el viejo Country Club de la ciudad de México, fundado por la colonia inglesa en 1905, nuevas secciones de Sociales en los periódicos… El clima moral estaba cambiando, y se asemejaba cada vez más al del régimen que la Revolución

había depuesto.

¿Era el México porfiriano que renacía de sus cenizas? No. Era más bien la Revolución que, al bajarse del caballo, se subía al coche (Packard, de preferencia), y ya a bordo de él pensaba que, después de todo, «el orden, la paz y el progreso» no eran fines tan deleznables. Las élites rectoras del país, al margen de ideologías, aprobaban el cambio. Sostenían que el país no podía estancarse. Tal vez por eso hasta los comunistas apoyaron la candidatura presidencial del hombre a quien Vicente Lombardo Toledano bautizó como «el Cachorro de la Revolución»: Miguel Alemán Valdés.

Meses antes del «destape», «el Alazán Tostado» había recibido la encomienda de ablandar a Maximino y persuadirlo de que Alemán era «el bueno». El «fiero» cacique tronó contra su hermano, reclamó sus derechos a ocupar la «Silla» amada por todos, juró matar al «facineroso de Alemán», amenazó con armar un «sainete mundial», pero en eso se atravesó la misteriosa comilona en Atlixco: Maximino descansó en paz, y con él muchos mexicanos. Otros miembros del gabinete aspiraron a «la grande», pero «el Presidente Caballero» los disuadió por las buenas. El general Miguel Henríquez Guzmán, antiguo compañero de Cárdenas, quiso continuar el linaje militar cuando menos un sexenio, pero Ávila Camacho estaba decidido a entregar el poder a los civiles. Sólo el secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla, se indisciplinó y lanzó su candidatura fuera del partido oficial. Por su parte, el PAN ofreció la candidatura a Luis Cabrera, quien declinó por razones de edad.

Para el primer domingo de julio de 1946, día en que se llevaron a cabo las elecciones, el partido oficial había estrenado nombre: ya no se llamaba PRM sino PRI, Partido Revolucionario Institucional. Una vez más, hubo

zafarranchos y muertos, pero no alcanzaron las proporciones de 1940. La propaganda oficial que pintaba a Padilla como un aliado de los norteamericanos surtió efecto: su popularidad no podía compararse con la de Almazán. Sin embargo, el PRI no quiso correr riesgos, y para remachar el triunfo puso en marcha novedosas técnicas de fraude electoral que se volverían tradicionales. Las cifras finales fueron: Alemán, el 77,9 por ciento; Padilla, el 19,33 por ciento.[86]

Fue en aquel mes de noviembre de 1946, en medio de la euforia generalizada por el arribo del «Cachorro», cuando Daniel Cosío Villegas escribió su ensayo «La crisis de México». Lo publicó a principios del año siguiente, en la afamada revista de ideas que desde México se distribuía hacia toda América Latina: *Cuadernos Americanos*.[87] Dio la nota disonante de la fiesta. Cosío Villegas decretaba nada menos que la muerte de la Revolución mexicana:

«México viene padeciendo hace ya algunos años una crisis que se agrava día con día; pero como en los casos de enfermedad mortal de la familia, nadie habla del asunto, o lo hace con un optimismo trágicamente irreal. La crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido. Y, como de costumbre, los grupos políticos oficiales continúan obrando guiados por los fines más inmediatos, sin que a ninguno parezca importarle el destino lejano del país».

Cosío hablaba de la Revolución como un hecho histórico y un programa nacional que, tras corresponder «genuina y hondamente a las necesidades del país», se encontraba ahora *in articulo mortis*. Describió minuciosamente, uno por uno, sus propósitos originales —el impulso democrático, la vocación popular de justicia social y mejora económica en el campo y la ciudad, el afán nacionalista, la cruzada educativa

—, explicando en cada caso el modo en que habían sido desvirtuados o abandonados.

«Todos los revolucionarios fueron magníficos destructores, pero resultaron inferiores a la obra que la Revolución necesitaba hacer», afirmaba Cosío: Madero destruyó el porfirismo pero no construyó la democracia, Calles y Cárdenas destruyeron el latifundio pero no crearon la nueva agricultura mexicana. Incluso el nacionalismo mexicano había sufrido una extraña transformación. En tiempos de Vasconcelos «los festivales de música y danza no eran curiosidades para los ojos carnerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro propio estímulo y beneficio». Del espíritu apostólico original de la educación casi nadie se acordaba.

Pero la Revolución no debía ser un ciclo histórico cerrado. «El único rayo de esperanza —bien pálido y distante, por cierto— era que la propia Revolución depurara a sus hombres y reafirmara sus principios», decía Cosío. México había encontrado su camino en la Revolución; abandonarlo no era sólo un error, era un suicidio:

«Si no se reafirman los principios, sino simplemente se les escamotea; si no se depuran los hombres, sino simplemente se les adorna con ropitas domingueras o títulos… ¡de abogados! entonces no habrá en México regeneración, y, en consecuencia, la regeneración vendrá de afuera, y el país perderá mucho de su existencia nacional a un plazo no muy largo.»[88]

Se desató una jauría. Alguien lo llamó «el enterrador de la Revolución». El secretario particular del nuevo presidente le habló para amenazarlo. Marte R. Gómez escribía a un amigo, consternado por el ensayo: «Afortunadamente ni Cosío Villegas ni México agonizan … México se despertará con el

tónico vientecillo de un fresco mañanero y se pondrá a caminar. Hará nuevas carreteras, más presas, otras escuelas».[89]

En público, el secretario de Gobernación le perdonó la vida: «… en México, señores, ningún heterodoxo será perseguido».[90] Ese perdón, desdeñoso de sus ideas y de la angustiosa advertencia que había proferido, le dolería «más que la cárcel o la muerte». De la *Historia del pueblo de Israel* de Renán, Cosío copió una cita: «Los espíritus estrechos acusan siempre a los clarividentes de desear las desgracias que anuncian. El deber de Casandra es el más triste que puede caer sobre los amigos de la verdad».

Al poco tiempo, solicitó a la Fundación Rockefeller una beca para estudiar el tránsito del porfirismo a la Revolución y así comprender el tránsito de la Revolución al neoporfirismo.

Después del «Cachorro de la Revolución», el hombre más feliz de México era el presidente Ávila Camacho. Su estilo personal había dado buenos resultados: paz con el exterior, orden en el interior, progreso en las ciudades. Una sensata política de conciliación presidía las relaciones con la Iglesia. En lo personal, sintió quizá la satisfacción adicional de dejar un legado. Como el viejo fundador de una empresa familiar que cede el control al hijo universitario, Ávila Camacho legaba el poder a su hijo simbólico. «¡Qué bueno que los universitarios lleguen ahora a la presidencia!», comentó el penúltimo día de su sexenio a Torres Bodet. «Pertenezco al ejército, y lo quiero mucho. Pero ha pasado ya para México la época de los generales. Estoy seguro de que los civiles acertarán en el cumplimiento de su deber.»[91]

Ávila Camacho y Alemán

«eran hombres muy parecidos», recuerda un inteligente político veracruzano, amigo de ambos; «tenían una enorme

amistad … Pasaban temporadas en La Herradura montando a caballo, las esposas —doña Cholita y doña Beatriz— eran muy amigas, inclusive el señor presidente Ávila Camacho fue compadre del licenciado Alemán. Tengo entendido que él y doña Cholita bautizaron al último hijo del licenciado Alemán, a Jorgito».[92]

Y como emblema de los nuevos y neoporfirianos tiempos, el general y el licenciado se reunían también en el campo, pero no en el campo de batalla, ni entre campesinos, sino en el campo de golf.

NOTAS

1. Entrevista con Daniel Cosío Villegas, México, D.F., 1971, en Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual* (México, 1980), p. 92.

2. «Roberto Blanco Moheno entrevista al general Lázaro Cárdenas», en *Impacto* (México), 22 mar. 1961.

3. Entrevista con Adolfo Orive Alba, México, D.F., 4 sept. 1992.

4. Información proporcionada por Luis González y González.

5. José Mendizábal, *7° Almanaque de efemérides del estado de Puebla para el año de 1898* (México, 1897), pp. 121-125.

6. Entrevista con Rafael Ávila Núñez, Teziutlán, Puebla, 14 oct. 1994.

7. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana* (México, 1985), p. 28.

8. Ibíd., p. 32.

9. «José C. Valadés entrevista al general Maximino Ávila Camacho», en *Hoy* (México), 22 may. 1943.

10. Entrevista con Rafael Ávila Núñez, Teziutlán, Puebla, 14 oct. 1994.

11. Luis Audirac, *Se hizo de noche* (México, 1946), p. 54.

12. Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana, 5 tomos* (México, 1965), t. 3, pp. 346-347 y 496-497; «José C. Valadés entrevista al general Maximino Ávila Camacho».

13. «Antecedentes militares del extinto general de división Maximino Ávila Camacho», Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, México.

14. Uno de sus hijos aseguró en 1947 que la fortuna de su padre, que habría muerto sin testar, era de casi ciento veinticinco millones de pesos. *Tiempo* (México), 31 ene. 1947.

15. Gonzalo N. Santos, *Memorias* (México, 1984), p. 678.

16. Testimonio de Eugenia Kleinbort, residente en Puebla.

17. Alfredo Kawage Ramia, «Partió hace veinte años», en *Siempre!* (México), 20 oct. 1975; Fernando López Portillo, «Memorias», en *El Universal* (México), 27 abr. 1957.

18. Alfonso Taracena, *La Revolución desvirtuada, 8 tomos* (México, 1971), t. 8, pp. 42-43.

19. Gustavo Abel Hernández y Armando Rojas Trujillo, *Manuel Ávila Camacho. Biografía de un revolucionario con historia*, 2 vols. (Puebla, 1986), vol. 1, p. 86.

20. Ibíd., p. 74; José Altamirano, *La personalidad del general Manuel Ávila Camacho* (México, 1940), pp. 57-59.

21. Hernández y Rojas, *Manuel Ávila Camacho…*, pp. 74-76.

22. Antonio Lomelí Garduño, *Semblanza espiritual de Ávila Camacho (recuerdos de una gira electoral)* (México, 1957), pp. 67-69.

23. «Antecedentes militares del extinto general de división Manuel Ávila Camacho», Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, México.

24. Santos, *Memorias,* p. 647.

25. Entrevista con Alfonso Corona del Rosal, México, D.F., 6 mar. 1992.

26. Entrevista con Adolfo Orive Alba, México, D.F., 4 sept. 1992.

27. Santos, *Memorias,* p. 835.

28. *Tiempo* (México), 31 ene. 1947.

29. Testimonio de Saúl Krauze.

30. Entrevista con Justo Fernández, México, D.F., oct. 1992.

31. Entrevista con Adolfo Orive Alba, México, D.F., 4 sept. 1992.

32. *El Universal* (México), 1 oct. 1938.

33. *El Universal* (México), 25 jun. 1941.

34. *Excélsior* (México), 2 oct. 1938.

35. *Excélsior* (México), 22 mar. 1939.

36. *Excélsior* (México), 25 ago. 1939.

37. *Últimas Noticias de Excélsior* (México), 29 abr. 1939.

38. *El Popular* (México), 18 mar. 1939.

39. José Pagés Llergo, «Yo hablé con Hitler», en *Hoy* (México), 18 nov. 1939.

40. José Vasconcelos, «La inteligencia se impone», en *Timón* (México), vol. II, n.º 16, 8 jun. 1940, p. 9.

41. *Combate* (México), 7 jul. 1941.

42. Lázaro Cárdenas, *Obras*, t. 1, *Apuntes 1913-1940* (México, 1986), p. 439.

43. *El Nacional* (México), 2 sept. 1941.

44. Blanca Torres Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana*, 23 vols., *México en la Segunda Guerra Mundial*, vol. 19 (México, 1979), pp. 65-80; José Luis Ortiz Garza, *México en guerra* (México, 1989).

45. *Tiempo* (México), 29 may. 1942.

46. Taracena, *La Revolución desvirtuada*, p. 211.

47. Entrevista con Justo Fernández, México, D.F., oct. 1992.

48. Lázaro Cárdenas, *Obras*, t. 2, *Apuntes 1941-1956* (México, 1986), p. 191.

49. «José C. Valadés entrevista al presidente electo Manuel Ávila Camacho», en *Hoy* (México), 21 sept. 1940.

50. Entrevista con Alicia Ávila Camacho de Fernández, México, D.F., oct. 1992.

51. James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral* (México, 1969), pp. 333-336.

52. Pablo Serrano Álvarez, *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el Bajío. 1932-1951*, 2 vols. (México, 1992), vol. 2, p. 21.

53. José C. Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana,* 10 vols. (México, 1985), vol. 10, pp. 74-75.

54. Daniel Cosío Villegas, «La crisis de México», en *Cuadernos Americanos* (México), año 6, vol. XXXII, n.º 2, 1947, pp. 29-51.

55. Jaime Torres Bodet, *Memorias. Años contra el tiempo* (México, 1969), p. 334.

56. Cosío Villegas, «La crisis de México», p. 37.

57. Wilkie y Monzón, *México visto en el siglo XX*, p. 336.

58. Luis Gómez Z., *Sucesos y remembranzas*, 2 vols. (México, 1979), vol. 1, pp. 227-241 y 298-310.

59. Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía…*, p. 148.

60. Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, 2 vols. (México, 1966), vol. 1, p. 251.

61. Jean Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana*, 23 vols., *Estado y sociedad con Calles* (México, 1977), vol. 11.

62. Enrique Krauze, Jean Meyer, Cayetano Reyes, *Historia de la Revolución Mexicana*, 23 vols., *La reconstrucción económica* (México, 1977), vol. 10, pp. 70-82.

63. Entrevista con Alfonso Corona del Rosal, México, D.F., 6 mar. 1992.

64. «Mensaje del presidente Manuel Ávila Camacho el 1.° de diciembre de 1940», *El Nacional* (México), 2 dic. 1940.

65. Santos, *Memorias,* pp. 709-710.

66. Ibíd., p. 757.

67. Ibíd., pp. 768-769.

68. Entrevista con Miguel Palacios Macedo, México, D.F., sept. 1973.

69. Cosío Villegas, «La crisis de México», p. 132.

70. Idem.

71. Wilkie y Monzón, *México visto en el siglo* XX, pp. 148-155.

72. Adolfo Orive Alba, *La irrigación en México,* Juan Grijalbo, México, 1970, pp. 85-92.

73. Marte R. Gómez, «Los problemas de la región Lagunera», *El Nacional,* México, 29 de mar. de 1941.

74. Cosío Villegas, «La crisis de México»…, en *op.cit.,* pp. 27-28.

75. Krauze, *Caudillos culturales…*, p. 274.

76. Wilkie y Monzón, *México visto en el siglo XX*, p. 186.

77. Ibíd., p. 204.

78. Ibíd., pp. 217-223.

79. Luis Calderón Vega, *Memorias del PAN*, 3 vols. (México, 1992), vol. 1, pp. 176-182; Juan Molinar Horcasitas, *El tiempo de la legitimidad* (México, 1991), p. 37.

80. Franz A. von Sauer, *The Alienated «Loyal» Opposition* (Nuevo México, 1974), pp. 98-115; Donald J. Mabry, *Mexico's Acción Nacional. A Catholic Alternative to Revolution* (Nueva York, 1973), pp. 30-45.

81. Wilkie y Monzón, *México visto en el siglo* XX, p. 186.

82. Calderón Vega, *Memorias del PAN*, p. 223.

83. Cosío Villegas, «La crisis de México», p. 40.

84. Torres Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana,* pp. 153-184.

85. Carlos Martínez Assad, «El cine como lo vi y como me lo contaron», en Rafael Loyola, coord., *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40* (México, 1990), pp. 339-360.

86. Luis Medina, *Historia de la Revolución Mexicana*, 23 vols., *Civilismo y modernización del autoritarismo*, vol. 20 (México, 1979), pp. 81-91.

87. Cosío Villegas, «La crisis de México», pp. 29-51.

88. Idem.

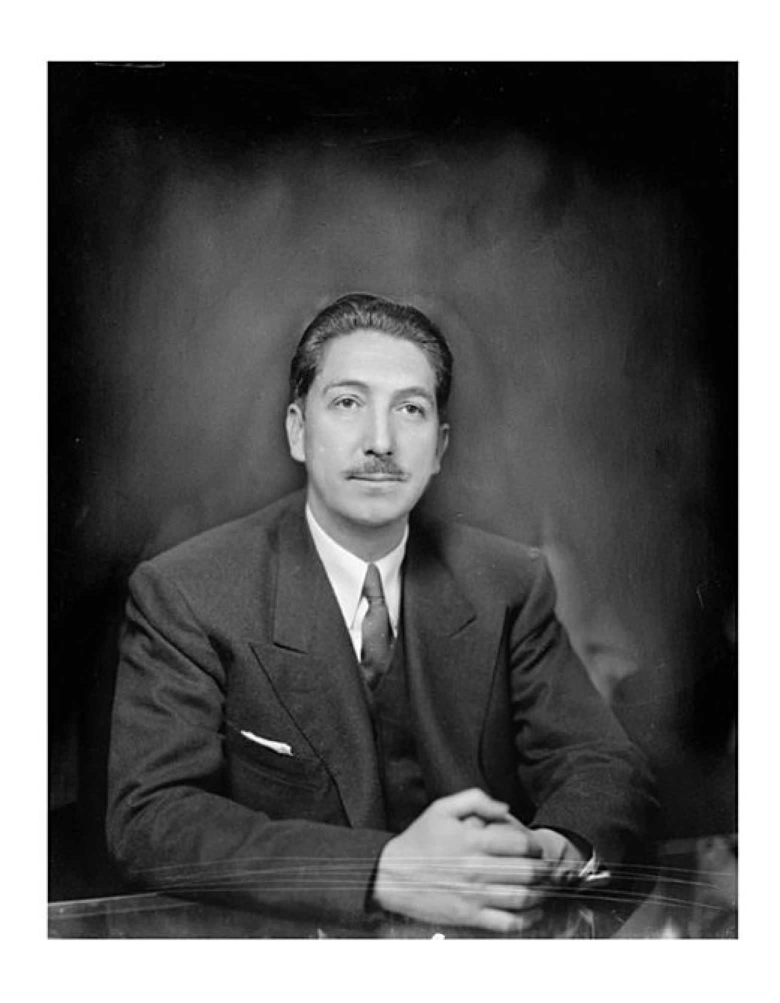
89. Marte R. Gómez a José María González de Mendoza, 28 abr. 1947, en Marte R. Gómez, *Cartas de Marte R. Gómez. Vida política contemporánea*, 2 vols. (México, 1978), vol. 1, p. 781.

90. Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía…*, p. 156.

91. Torres Bodet, *Memorias. Años contra el tiempo,* p. 442.

92. Entrevista con Marco Antonio Muñoz, México, D.F., 3 nov. 1992.

II
Miguel Alemán
El presidente empresario



Harris & Ewing, *El presidente de México, Miguel Alemán Valdés, ca*. 1950. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

El 17 de mayo de 1947 se estrenó en el teatro de Bellas Artes la pieza *El gesticulador,* del dramaturgo Rodolfo Usigli. El público la acogió con gran interés, pero el gobierno reaccionó con violencia: hubo suspensión de funciones y ataques pagados en la prensa. Aunque Usigli la había escrito, premonitoriamente, en 1938, y publicado en la revista literaria *El Hijo Pródigo* en 1943, ningún director se atrevía a ponerla en escena. El miedo estaba justificado: reflejando por primera vez en la literatura mexicana el lenguaje real de la política, la obra no sólo denunciaba la muerte de la Revolución —que en esos mismos días documentaba Cosío Villegas—, sino su transfiguración en la mentira de su existencia perenne, institucional.

El personaje central de la trama, César Rubio, es un mediocre profesor de historia de la Revolución mexicana, que se ha mudado al norte del país en busca de mejor fortuna. Lo acompañan su mujer, Elena, y sus hijos, Julia y Miguel. Recién llegados, reciben fortuitamente la visita de un profesor de historia de la Revolución mexicana de la Universidad de Harvard, dedicado a investigar la biografía del verdadero precursor de la Revolución, un general llamado también César Rubio. Mientras conversa con su colega americano, el profesor mexicano concibe la idea de ostentarse frente a aquél como el verdadero César Rubio. A sabiendas de que el general murió asesinado y que casi no quedaban sobrevivientes que lo recordasen, convence al «gringo» de su versión: en un último acto de abnegación, desilusionado por el derrotero moral de la Revolución, él, César Rubio, había decidido perderse en el anonimato hasta que ahora, treinta años más tarde, revela su identidad.

La noticia aparece en el *New York Times.* Las fuerzas

políticas del Estado se acercan a Rubio con veneración. Un anciano combatiente, casi ciego, lo reconoce conmovido. El pueblo lo aclama. Algunos le piden que se lance de inmediato para contender por la gubernatura del estado contra el general Navarro, típico cacique revolucionario que se ha perpetuado en el poder. Ante la mirada impotente de Elena, que en privado lo conmina a renunciar a la farsa y a abandonar el lugar, el profesor César se transfigura: sabe que él no es el verdadero César Rubio, pero siente que lo es o que debe serlo. Su máscara se funde con su cara. La identidad individual se disuelve. La verdad es lo de menos. La mentira se vuelve más real que la verdad. Su mentira revitalizará a la verdad de la Revolución:

«El gran político», les dice a sus seguidores, que lo escuchan arrobados, «viene a ser el latido, el corazón de las cosas … es el eje de la rueda; cuando se rompe o se corrompe, la rueda, que es el pueblo, se hace pedazos; él separa todo lo que no serviría junto, liga todo lo que no podría existir separado. Al principio, este movimiento del pueblo que gira en torno a uno produce una sensación de vacío y de muerte; después descubre uno la función de ese movimiento, el ritmo de la rueda que no serviría sin eje, sin uno. Y se siente la única paz del poder, que es moverse y hacer mover a los demás a tiempo con el tiempo. Y por eso ocurre que el político es, en México, el mayor creador o el destructor más grande».

Aparte de su mujer, que se pliega dolorosamente a la mentira, sólo una persona sabe la verdad: su contrincante, el corrupto general Navarro. Miguel escucha a escondidas cómo Navarro trata a su padre con desdén: «No sé cómo has tenido el descaro, el valor de meterte en esta farsa … te llamas César y te apellidas Rubio, pero eso es todo lo que tienes de general». No obstante, el profesor no se arredra:

«Puede que yo no sea el gran César Rubio. Pero, ¿quién eres tú? ¿Quién es cada uno en México? Dondequiera encuentras impostores, impersonadores, simuladores; asesinos disfrazados de héroes, burgueses disfrazados de líderes; ladrones disfrazados de diputados, ministros disfrazados de sabios, caciques disfrazados de demócratas, charlatanes disfrazados de licenciados, demagogos disfrazados de hombres. ¿Quién les pide cuentas? Todos son unos gesticuladores hipócritas».

Navarro era nada menos que el asesino del general Rubio. Cuando el profesor le revela su conocimiento de este secreto, Navarro se da cuenta de que su denuncia pública es imposible. Cada uno sabe la mentira del otro. El pueblo debía decidir en un plebiscito por cuál de los dos optaría, pero antes de que esto ocurra, unos pistoleros a sueldo de Navarro asesinan a Rubio. Navarro finge consternación y declara al pueblo:

«César Rubio ha caído en manos de la reacción en defensa de los ideales revolucionarios. Yo lo admiraba … Estaba dispuesto a renunciar a su favor porque él era el gobernante que necesitábamos. *(Murmullo de aprobación.)* Pero si soy electo, haré de la memoria de César Rubio, mártir de la Revolución, víctima de las conspiraciones de los fanáticos y los reaccionarios, la más venerada de todas … La capital del estado llevará su nombre, le levantaremos una universidad, un monumento que recuerde a las futuras generaciones. *(Lo interrumpe un clamor de aprobación.)…*»

«¡Es usted repugnante!», le dice Miguel en otra escena a Navarro. «Y hace de México un vampiro … pero no es eso lo que me importa … es la verdad, y la diré y la gritaré.» Jura que encontrará pruebas de que su padre no era un héroe y Navarro es un asesino. Éste no se inmuta.

«—¡Viva Navarro! —clama el pueblo al verlo.

»—¡No, no muchachos! —les responde—. ¡Viva César Rubio!»

Miguel exclama una sola palabra: «¡La verdad!»

La verdad es que la Revolución había muerto, pero la realidad es que no podía morir. La rueda de la política, que «lo concatena todo» alrededor del político, «que es su eje», necesita a la Revolución para continuar el movimiento, para construir, para destruir. Por eso el profesor disfrazado y el asesino disfrazado se complementan. Ambos alimentan el mito de la Revolución: uno muere reencarnándola y el otro —su asesino— la honra. Sólo Miguel «quiere la verdad para vivir», sólo él tiene «hambre y sed de verdad» y siente que se asfixia en esa «atmósfera de mentira», pero su destino es salir del cuadro, huir en la escena final: «Se cubre un momento el rostro con las manos y parece a punto de abandonarse, pero se yergue. Entonces toma, desesperado, su maleta … El sol es cegador. Miguel sale, huyendo de la sombra misma de César Rubio, que lo perseguirá toda la vida».[1]

En 1947, México había entrado en la zona incógnita de la mentira institucional. Justo Sierra había escrito a don Porfirio en 1899: «… vivimos en una monarquía con ropajes republicanos».[2] Tenía razón, pero lo cierto es que Porfirio Díaz mentía poco. No disimulaba el ejercicio de su poder absoluto, monárquico, y tampoco simulaba que México fuese ya la república representativa, democrática y federal que consignaba la Constitución. Su secreto no estaba en la simulación, sino en una especie de tutela o salvaguarda histórica sobre el país, hasta que éste asumiera por sí mismo la Constitución. En su entrevista con Creelman había declarado sin ambages: «… hemos conservado la forma de gobierno republicano y democrático; hemos defendido y

mantenido intacta la teoría; pero hemos adoptado en la administración de los negocios nacionales una política patriarcal, guiando y sosteniendo las tendencias populares».[3]

La Revolución, considerada en su conjunto, tampoco simuló. Continuó tan monárquica como el porfirismo —o más—, y tan poco republicana, representativa, democrática y federal como aquél, pero las profundas reformas que introdujo en la vida del país fueron «revolucionarias» en el sentido verdadero de la palabra. Madero no simuló su ideario democrático, y de hecho, murió por sostenerlo. Zapata no mintió en su voluntad de reivindicación agraria, y de hecho, también murió por sostenerla; Villa no fue un justiciero falso, ni Carranza un disfraz de primer jefe constitucionalista. Quizás Obregón había sido sólo un militar sin ideología revolucionaria, pero tampoco fingía tenerla y permitió que Vasconcelos revolucionara la educación. Calles, por su parte, cambió en mucho la vida social, económica, política del país, y llevó su espíritu revolucionario al extremo de pretender acabar con la religión católica; podía acusársele de todo menos de ser un impostor de la Revolución. En cuanto a Cárdenas, su reforma agraria, su política obrera, la expropiación petrolera y la integración de las masas trabajadoras al PRM lo acreditaban como un revolucionario no sólo en el sentido mexicano sino incluso en el socialista, tan influyente en su época. Equivocada en muchos aspectos, destructiva en varios otros, la Revolución mexicana había sido un movimiento auténtico, no un disfraz de revolución.

A partir de 1940 y con el paso del tiempo, las metas de la Revolución se borraron sin haber sido resueltas. La misma indignada reacción oficial contra el ensayo de Cosío Villegas probaba el acierto de su diagnóstico. Prescribía Cosío «una depuración de los hombres y una reafirmación de los

principios»;[4] la salida práctica que encontró «la familia revolucionaria» fue distinta: depuró, en efecto, a sus hombres, abriéndoles las puertas a una nueva generación de jóvenes abogados, pero ésta, una vez en el poder, cambió radicalmente los principios originales simulando que, al hacerlo, los cumplía.

«La política lo relaciona a uno con todas las cosas originales», había dicho César Rubio; en su transfiguración, «se sabe la causa y el objeto de todo; pero se sabe a la vez que no puede uno revelarlos. Se conoce el precio del hombre.»[5] El presidente es el propietario de la verdad y de los hombres. Es él quien decreta qué y quién es, o no es, revolucionario. Por eso, en 1946, el partido que llevaba al poder al nuevo presidente de México había cambiado de nombre y se daba el lujo (o incurría en el *lapsus* freudiano) de adoptar uno que en sí mismo implicaba una contradicción en los términos y, por ello, una mentira, pero una mentira asumida como verdad: el PRI, «Partido Revolucionario Institucional».

En el eje del poder, en 1946, y como en tiempos de don Porfirio, como en tiempo de los *tlatoanis* o los virreyes, estaba el nuevo presidente. A su alrededor giraba la rueda, que es el pueblo. El eje se movía y movía al pueblo. Era «el mayor creador y el destructor más grande». Como el César Rubio, representaba el papel de un revolucionario muerto, pero terminó por creer y sentir que gracias a él, y en él, la Revolución vivía. La rueda del poder se volvió una fiesta de disfraces; algunos se disfrazaban por cinismo, otros por inconsciencia o por albergar la sincera convicción de que su disfraz no era tal. La rueda creció hasta casi abarcar al país entero. La Revolución había muerto, pero en el Zócalo, frente al balcón presidencial, la multitud clamaba: «¡Viva la Revolución!»

Perseguido por la sombra de su padre —el falso revolucionario César Rubio—, Miguel dedicaría su vida a la búsqueda de la verdad. Algunos, muy pocos, mexicanos, la buscarían con él. Perseguido por la sombra de su padre —el verdadero revolucionario Miguel Alemán González—, el nuevo presidente, Miguel Alemán Valdés, instauraría el régimen de una revolución simulada: la «Revolución Institucional». La mayoría de los mexicanos se avendría por propia voluntad a él. Sectores muy amplios prosperarían bajo su sombra. La historia verdadera de cómo esa mentira se volvió realidad es más dramática que la de César Rubio.

A salto de mata

«El Cachorro de la Revolución» no era sólo una afortunada frase de campaña. En el caso de Miguel Alemán Valdés, era el sello mismo de su destino. Su padre había sido el general Miguel Alemán González, uno de los precursores de la Revolución, hombre que en vida no había hecho otra cosa que seguir haciendo la Revolución.

Año de 1906. Escenario general: el estado de Veracruz. «Sólo Veracruz es bello», dice una de las infinitas frases que los veracruzanos pronuncian agradeciendo a Dios la bendición de haber nacido en un lugar dotado de todas las riquezas naturales imaginables. Escenario concreto: la región tropical del sur del estado. Cercana a la cuenca del río Coatzacoalcos y los afluentes del Papaloapan, rodeada de lagunas donde los niños pescaban mojarras con la mano, poseedora de una flora lujuriosa de la que echaban mano los célebres brujos del lugar, la zona de los Tuxtlas era famosa por su belleza, por sus plantaciones de tabaco y café, y por la proclividad de sus hombres a «venadear» al prójimo a la primera provocación… o un poco antes. Escenario específico: el pueblo de Sayula. Allí vivía Alemán González, personaje de novela.

Nacido en los inicios de la década de 1880, Alemán González fue sobrino de un poderoso cacique de la región, pero él no poseía mayor fortuna. Antiguo telegrafista y supervisor en el tendido de rieles del Ferrocarril Interoceánico, contaba al menos con una tienda de abarrotes; sin embargo, le apasionaba devorar la literatura revolucionaria del proscrito PLM (Partido Liberal Mexicano), y conspirar contra el gobierno del dictador Díaz. Un obrero oaxaqueño llamado Hilario C. Salas lo había acercado al movimiento anarquista de los Flores Magón y muy pronto participó junto con él en la rebelión de las vecinas comunidades indígenas popolocas contra el gobierno.[6] El motivo: la cesión de sus tierras a la compañía inglesa Pearson. Acayucan, donde vivían los padres de Alemán, era el centro neurálgico de la conspiración. El estallido ocurrió el 23 de septiembre de 1906. Aunque contaban con simpatizantes en varios pueblos de la región, los revolucionarios fracasaron. Algunos de sus líderes terminaron en los húmedos calabozos de la antigua prisión de San Juan de Ulúa.[7]

Tanto él como su mujer, Tomasa Valdés, estaban casados en segundas nupcias. Con ella procrearía dos hijos: Miguel, el primogénito, nacido en Sayula en 1900, y Carlos. El hijo de su primer matrimonio, Antonio, vivía con ellos. En la escuela de Sayula el mobiliario era muy pobre: los niños Alemán se sentaban en cajas donde venía el jabón Octagón.[8] Cuando tenían que ir a comunidades cercanas, o a Almagres por donde pasaba el tren, lo hacían por caminos de herradura, en mulas. El chico Miguel recordaría muchos años después que sus huaraches, de piel muy tosca, le lastimaban mucho: «…para que se ablandaran tantito, para mojarlos tantito, los orinaba».[9]

Cuatro meses antes de estallar la revolución maderista,

Alemán dejó a la familia a cargo de sus padres en Acayucan y se fue de nuevo a los balazos con su amigo Cándido Aguilar. Al poco tiempo, doña Tomasa se mudó con los hijos a la casa de los abuelos maternos, en Oluta. La extensa familia de los Valdés tenía allí pequeños negocios agrícolas y ganaderos y fabricaba «jabón prieto». «Hacían ese jabón con la grasa de la res», recuerda una maestra del lugar; «era un jabón muy suave que ocupaba toda la gente».[10] Mientras tanto, en Ciudad Juárez, el maderismo triunfante otorgaba a Miguel el grado de teniente coronel.

De regreso en Acayucan como jefe del Cuerpo de Voluntarios, Alemán disfrutó —o, más bien, padeció— unos meses de paz, hasta que el golpe de Victoriano Huerta lo devolvió a su querencia natural, la de las armas. En 1913 suscribió, junto con su jefe Salas, la «Proclama de los Tuxtlas» y formó parte de la columna mixta Morelos. Miguel, su hijo de trece años, ayudaba a su madre guiando viajeros de Ojapan a Acayucan o repartiendo leche a caballo en todo el municipio, pero ocasionalmente asistía también a su padre. Junto con su hermano Antonio, el muchacho solía hurtar cartuchos a los soldados federales acantonados en la zona. Metida en botes lecheros, discretamente escondida entre los mangos y las guayabas, aquella provisión llegaba a su padre en la sierra.[11]

A las órdenes de Cándido Aguilar, Alemán es ascendido en 1914 a jefe de Armas de Puerto México y participa en varias acciones en Puebla y Tlaxcala. En 1915, mientras su familia se refugia en Orizaba, Alemán conoce su porción de gloria: participa con bravura en las grandes batallas de Celaya. Obregón le encomienda el resguardo de la línea telegráfica y del ferrocarril de Hidalgo a Querétaro, así como la importante Jefatura de Plaza en Pachuca. En 1916, ya con el grado de

general concedido por Carranza, combate a Peláez, el cacique a sueldo de los petroleros. De pronto, una orden superior lo traslada a Tuxtepec, en Oaxaca, adonde va molesto. La considera una degradación. Hay quien lo vincula entonces con Félix Díaz, que no dejaba de tramar su propia revolución. Misteriosamente, por un tiempo, el general Alemán queda en disponibilidad, pero en 1919 funge como jefe de la Guardia Civil en la región de Córdoba.[12]

En 1920, se ha mudado con su familia a la ciudad de México. Los sonorenses desconfían de él y lo mantienen vigilado. En 1921 Alemán González publica un largo manifiesto en el que llama a levantarse en armas contra el régimen y que en su parte medular decía: «Obregón no es más que un usurpador altanero que nos precipita al abismo, y la mayor afrenta que pueden tener aquellos que aún conserven rasgos de patriotismo y de vergüenza, es el servir de sostenes a un tirano que encarna todas las vilezas concebibles y que es el verdugo y afrenta de la patria».[13]

En 1922 Alemán huye a San Antonio, a compartir el exilio con su amigo Cándido Aguilar, pero al poco tiempo aparece de nuevo, no en la capital sino en la sierra veracruzana, levantado en armas contra el gobierno y al lado del fiel carrancista Francisco Murguía. Al estallar la rebelión delahuertista, cuyo bastión principal fue Veracruz, el general Alemán se mantiene alzado, pero no toma el partido de los rebeldes.

Su hijo Miguel ha interrumpido sus estudios de preparatoria en la ciudad de México para estar cerca de él y, no sin correr algunos riesgos, auxiliarlo en lo posible. En un momento, ambos sostienen una conversación decisiva, en la que el padre le hace ver «la conveniencia de que reanudara sus estudios y eligiera una profesión más estable que las

armas».[14]

En abril de 1924 el general, al ver sus tropas en estado lamentable, decide volver al redil poniéndose a las órdenes de Plutarco Elías Calles, entonces candidato a la presidencia.[15]

Un año después, Alemán es electo diputado a la Legislatura local por San Andrés Tuxtla. Parecía su adiós a las armas, pero la estabilidad no era lo suyo. En 1927 se lanza de nueva cuenta a la oposición. Esta vez su antirreeleccionismo apunta contra Obregón, y su jefe es el general Arnulfo R. Gómez, antiguo hombre de confianza de Calles. En Xalapa lo encuentra su hijo Miguel, pasante ya de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. El destino del padre parece ineluctable. Desaforado de su puesto y tras el asesinato de Gómez, Alemán vive a salto de mata, en la sierra. En marzo de 1929 se suma a la rebelión nacional del general Gonzalo Escobar, que en Veracruz secunda un antiguo enemigo de Alemán, compañero ahora del mismo bando: el general Jesús M. Aguirre.

El 9 de marzo, el general Alemán toma por asalto la capital del estado. Las fuerzas federales reaccionan y lo persiguen. «Mi padre», recordaría medio siglo después el licenciado Alemán, «no consideró siquiera la posibilidad de una capitulación, por más que sus enemigos le ofrecieron, según parece, la garantía del indulto.»[16]

El 20 de marzo ocurrió el desenlace: «… lo rodearon aquí, por San Juan Evangelista, en un lugar que se llama Mata de Aguacatillo … Allí lo rodearon y le echaron lumbre pero no lo agarraron vivo. Mató primero al general que andaba con él, Brígido Escobedo, y después se suicidó».[17]

El grupo H-1920

Bajo el manto protector de Cándido Aguilar, la familia del general Alemán se refugió en el Hotel Español de Orizaba.

Mientras su madre atendía un estanquillo, el cachorro del general cursó los estudios primarios en la escuela Modelo y, más tarde, en el Joaquín Oropeza, colegio inspirado en los métodos que el pedagogo suizo Enrique Rébsamen había introducido en Xalapa a fines de siglo. Acostumbrado a ganarse la vida desde muy niño, el muchacho llevó a la práctica los rudimentos mercantiles que aprendía en el colegio: organizó la compraventa de botellas vacías e inauguró el primer mercado escolar de canicas. Estaba rezagado con respecto a sus compañeros, pero la irregularidad era consecuencia natural de la vida gitana que les daba don Miguel.

En 1920, el joven Miguel ingresa en la Escuela Nacional Preparatoria. «El Cachorro» tiene frente a sí a los grandes maestros del Ateneo de la Juventud. Es el momento cumbre de Vasconcelos: «… impetuoso hasta la violencia, tenía la fuerza de un huracán que estremecía las conciencias donde se presentase». Antonio Caso, el «egregio maestro … daba rienda suelta a su elocuencia». «Sumamente serio y retraído, Ramón López Velarde daba la impresión de hallarse fuera de lugar.» El joven maestro Vicente Lombardo Toledano, imprimía un tono de homilía cristiana a su curso de ética.[18]

Sobre sus compañeros de banca, «el Cachorro» tiene un múltiple ascendiente. Es mayor que todos ellos, cinco años en algún caso. Pero además tiene un temperamento desbordado: como la tierra de donde viene, la riqueza le corre en la sangre; es simpático, amiguero, risueño, hiperactivo; está ansioso por emprender cosas por su cuenta. Ama a su padre pero resiente la zozobra permanente de la casa y el diferimiento continuo de sus estudios. De hecho, en 1923 no tiene más remedio que interrumpirlos de nuevo.

Los largos meses de 1923 en que trabaja como empleado de

la compañía petrolera El Águila en Coatzacoalcos no son tiempo perdido. Todo lo contrario: «el Cachorro» aprende inglés y pasa del departamento postal al de exploración, donde se hace amigo de un geólogo norteamericano apellidado Pike. Tras un riesgoso intento de persuadir a su padre para que se acogiese a la amnistía, «el Cachorro» regresa a la ciudad de México y se matricula en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, que dirige Manuel Gómez Morin.

Ahora sus maestros son algunos de los famosos Siete Sabios de México: el propio Gómez Morin, en derecho público; Lombardo Toledano, en derecho industrial; Alfonso Caso, en filosofía del derecho; Alberto Vásquez del Mercado, en derecho mercantil. Otro miembro de la generación de 1915, Daniel Cosío Villegas, le enseñó sociología. En aquellas aulas universitarias se estaba formando una nueva generación.

De acuerdo con la caracterización de Ortega y Gasset, era la generación que *consolidaría* la Revolución. La mayoría de sus miembros carecía de memoria porfiriana, pues habían nacido en la Revolución. Hijos intelectuales de la generación de 1915, hijos biológicos de la generación revolucionaria, eran herederos por partida doble y como tal actuaron en la vida pública. Su líder y hombre representativo fue el hijo del general: Miguel Alemán junior.

Alemán quiere hacer la Revolución (como la generación de su padre), pero no con las armas o en la oposición, sino con las obras y dentro del régimen (como la generación de 1915). Su misión desde 1924 es integrar en un grupo compacto a sus amigos. Con Antonio Ortiz Mena (jefe de redacción), Agustín Millán y Héctor Pérez Martínez, funda el periódico literario *Eureka*. «Nuestra presencia obedece a una necesidad espiritual y a un anhelo de acción», proclamaba el primer

número; «ir a la vanguardia siempre, agitando el gonfalón revolucionario.»[19] Aunque *Eureka* se quejaba de «la fragmentación estudiantil», el «nosotros» de estos jóvenes se fraguaba a una velocidad sorprendente. No es casual: toda la vida estudiantil ocurría en un pequeño perímetro del centro de la capital. Escuelas, casas de estudiantes, escritorios públicos, bibliotecas y la propia Secretaría de Educación eran parte del mismo barrio. La Preparatoria, donde Orozco pintaba por aquella época sus murales, ocupaba el viejo colegio jesuita de San Ildefonso. Cruzando la calle se hallaba la Escuela Nacional de Jurisprudencia. A dos cuadras, en el antiguo Palacio de la Inquisición que daba a la plaza de Santo Domingo, la Escuela Nacional de Medicina. Un poco más retirada, en el mismo edificio de la escuela de minería construido por Tolsá, la Escuela Nacional de Ingeniería. «Todos nos conocíamos», recuerda Antonio Martínez Báez, «teníamos bachilleratos comunes y algunos de nosotros estudiamos cursos libres de la Universidad.»[20]

«Alemán era muy conocido por su condición de veracruzano y por lo bromista; se especializaba en ser bañador: desde el segundo piso bañaba a los estudiantes que pasaban y algunas veces a los profesores; era muy agradable.»[21] Parecía tener una idea muy clara de su destino generacional y sabía imbuirla en sus «compañeros de banca». La lista de sus amigos era interminable. Sus dotes de liderazgo se afinaban y acentuaban. En septiembre de l927, propuso a la vieja guardia de la preparatoria, el grupo H-1920, firmar un pacto notable:

«dispuestos, y así lo juramos por lo más sagrado, a ayudarnos en la lucha tremenda de la vida y a no escatimar un solo átomo de fuerza para levantar a aquél a quien el destino le sea adverso o se vea en un momento dado urgente de

ayuda. Muchos de nosotros, y tenemos fe en ello, llegaremos a ocupar prominentes lugares en nuestra vida social o política, ellos quedarán obligados para ayudar a aquellos que lo necesiten del grupo. Constituirán el grupo H-1920 solamente los que formaron parte de él en el año de 1920, al hacer sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria de esta capital. Quedan los componentes de este grupo obligados a prestar, cualquiera que sean los medios, ayuda, al serle pedida por uno de sus miembros. Aquel que pudiendo prestar dicha ayuda y se niegue a hacerlo, previo estudio y aprobación del grupo, será expulsado aplicándosele el castigo que sea determinado por la mayoría de los miembros del grupo. Aquel que no desee seguir formando parte del grupo, deberá expresar sus motivos, según los cuales se aceptará o no la renuncia en reunión especial del grupo; pero si la causa de excluirse del grupo es la de eludir la ayuda a los demás, será severamente castigado, con el agravante de faltar al compromiso sellado por el honor».[22]

El adjetivo «tremenda» debió ser de Alemán. El grupo no se constituía para servir al país o al prójimo, sino a sí mismo. La amistad, entendida así, como un pacto de ayuda práctica, sería la norma de su conducta. El concepto de generación, que Gómez Morin había empleado con un sentido idealista y moral, adquiría entre sus discípulos una connotación pragmática. Alemán, que había perdido ya a su hermano Antonio y tenía a Carlos enfermo, había constituido una hermandad política.

En esos días de 1927, la efervescencia estudiantil subía de tono. En Oaxaca se reunía el IV Congreso de Estudiantes, encabezado por uno de los futuros líderes estudiantiles del vasconcelismo, Alejandro Gómez Arias. Se formó el Centro Nacional de Estudiantes Antirreeleccionistas que apoyaba a

los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano contra Obregón. El nombre de Miguel Alemán Jr. apareció en la lista fundadora. Su lucha coincidía con la del padre, que estaba a punto de volver a la carga en la Huasteca veracruzana. Pero aquella filiación oposicionista sería fugaz. Al año siguiente, cuando el vasconcelismo despierta el ánimo cívico de las clases medias en el país, Alemán, ya recibido de abogado, permanece lejos de Vasconcelos: «… nuestra generación se mantuvo entre extremos, asumiendo los ideales revolucionarios, pero confiriéndoles un sentido más acorde a la tan deseada pacificación del país».[23]

A sabiendas de que el general podía requerirlo en cualquier momento, y a cargo ya, en gran medida, de su madre solitaria y de su hermano Carlos (muchacho triste y «encogido», que estudiaría odontología en Guadalajara), Miguel «doblaría años» y terminaría la carrera de leyes en 1928. El 29 de junio de 1928, el joven Alemán se recibió de abogado. Su tesis sobre «Las enfermedades y riesgos profesionales» era producto de un buen trabajo de campo en las minas de Real del Monte, en Pachuca, donde con frecuencia se contraía la silicosis. Dos semanas más tarde, Obregón fue asesinado. Al año siguiente, el padre de Alemán se suicidaría en Mata de Aguacatillo. ¿No había sido su vida un suicidio eterno y postergado?, ¿o una ruleta de la muerte? En los oídos del flamante abogado resonaban las palabras del general: «… vuelve a los estudios, elige una profesión más estable que las armas». ¿No era ésta una receta aplicable al país entero?

De los negocios a la política

Ya como abogado, trabajó por un tiempo en Las Choapas (Veracruz), litigando a favor del sindicato petrolero. Muerto el padre, regresa a México y trabaja en el despacho de su tío paterno, el político don Eugenio Méndez. A principios de

1931 se casa con Beatriz Velasco, hija de una familia acomodada de Celaya, y entra en el gobierno como abogado auxiliar de la Secretaría de Agricultura y Fomento, donde más tarde ocupó la dirección del Departamento Forestal. Al ponerse en marcha las Juntas Federales de Conciliación y Arbitraje, renuncia a la burocracia y se dedica a litigar. Había abierto un despacho con sus amigos Gabriel Ramos Millán, Manuel Ramírez Vázquez y Rogerio de la Selva en la calle de Humboldt. Su especialidad era el derecho laboral, que entonces se llamaba derecho industrial. Alemán defendía trabajadores y representaba sindicatos: los mineros de Real del Monte y los petroleros de El Águila. También empleaba sus buenos contactos con políticos veracruzanos para acercarse a sindicatos transportistas.[24]

Pero el «gusanito» de la política no lo dejaba. ¿Por qué iba a dejarlo? Era el hijo del precursor de la Revolución en Veracruz y su destino era seguir haciendo la Revolución… por otros medios. Lo alentaban los viejos amigos de su padre, como Cándido Aguilar y Eugenio Méndez. «Llegaba a verlo el licenciado Alemán, con su portafolio, con sus trajecitos corrientes. Todavía estaba muy pobre.»[25] Sobre el bando a seguir nunca tuvo dudas: había ingresado en el PNR, el Partido Nacional Revolucionario, en 1929. En 1932, mientras nace Miguel, su primogénito, el licenciado lanza su candidatura a la diputación por Coatzacoalcos. Por influencias de los Franyutti (ricos terratenientes de la región desde el siglo XVII), el PNR opta por un pariente de ellos. Alemán se pliega:

«… mis esfuerzos quedaban neutralizados privándome, acaso, de un primer triunfo en las lides electorales; había hipotecado mi casa, vendido algunos de los muebles y empeñado hasta un fino reloj que me obsequiaron, todo ello

para reunir fondos con los cuales solventaría la campaña. Tuve además la amarga experiencia de verme amenazado por Felipe Fernández —llamado “el Tigre”—, un asesino a sueldo bien conocido en la región, quien se jactaba de haber ultimado a veintiocho personas … La decisión del partido estaba tomada».[26]

De esa experiencia extrajo una lección: para hacer política debía, primeramente, hacer dinero. A la par de los litigios laborales, y sin contradicción ideológica alguna, el despacho se dedicaba a hacer negocios. La exportación de frutas a Holanda, la explotación de una mina de plata en Taxco, la fabricación de sidra o la explotación de madera fueron las aventuras primerizas que terminaron mal. De pronto aquello fue jauja gracias a una idea de Ramos Millán: la urbanización. Fraccionamientos México, nueva compañía del grupo de amigos, se dedicaba a comprar grandes terrenos colindantes con la ciudad y pertenecientes a viejas haciendas arruinadas, abandonadas o en peligro de expropiación. A los miembros de la antigua aristocracia porfiriana les urgía vender, aunque fuera barato, para cambiar de giro en negocios urbanos. Los jóvenes abogados vieron la oportunidad y con el apoyo de militares poderosos consiguieron créditos blandos. Las primeras aventuras inmobiliarias tuvieron lugar en los intrincados terrenos de Cuernavaca, que los jóvenes abogados urbanizaron con el apoyo del general Ávila Camacho, a quien cedieron un buen lote. Más tarde abarcaron la amplia zona de los llanos de Anzures —cerca de donde vivía el Jefe Máximo —, hasta la hacienda de los Morales, propiedad de don Carlos Cuevas. El rancho de Polanco se convirtió en un lujoso barrio residencial. En un extremo del bosque de Chapultepec, con vista al castillo, el licenciado Alemán y sus amigos construyeron soberbias residencias de tipo californiano. En esos años adquirió también, a un precio muy bajo, el rancho

Los Pirules en el norte de la capital, que con el tiempo se convertiría en la populosa Ciudad Satélite. Aquella actividad profesional, según dijo, le había proporcionado «la seguridad necesaria para proseguir libre de presiones mi carrera política».[27]

Por aquella época, don Eugenio Méndez comentaba a un paisano suyo: «[Miguel Alemán] será el mejor político veracruzano de la historia».[28] Lo estaba demostrando. En 1933, Alemán dirige la campaña de Cárdenas por Veracruz. Un año más tarde, en reciprocidad, Cárdenas pretende nombrarlo ministro de la Corte; pero debido al impedimento de la edad, Alemán se conforma con la magistratura del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales. En aquella «sala laboral» duraría poco tiempo. Con el propósito de revitalizar los cuadros del PNR, Alemán y sus socios se integran a la agrupación Socialistas Veracruzanos, a través de un manifiesto representativo del lenguaje político revolucionario:

«Es una apremiante obligación de los elementos con ideología avanzada y adecuada preparación que estén interesados en el futuro del estado de Veracruz, que de una vez por todas asuman la responsabilidad histórica del momento en que viven, aprestándose valientemente a la lucha, para conseguir que los anhelos de la clase proletaria sean una realidad benéfica y efectiva».[29]

Con el apoyo directo de Cándido Aguilar y del secretario del presidente, Luis I. Rodríguez, en 1936 Alemán se postula para senador por su estado. En esos días, el Café Tacuba es escenario de un ruidoso crimen: los pistoleros de un cacique veracruzano entran tranquilamente en aquel céntrico restaurante y asesinan al candidato a gobernador que hacía mancuerna con Alemán, el licenciado Manlio Fabio

Altamirano.

Adalberto Tejeda, exgobernador y hombre fuerte del estado durante todo el régimen sonorense, era una especie de Múgica veracruzano: como muchos de sus paisanos liberales, detestaba a los «ensotanados». El amigable embajador norteamericano, Josephus Daniels, había comentado al presidente Cárdenas que «los mexicanos éramos muy malos vendedores, porque nuestra vitrina ante el mundo era Veracruz y allí no existían libertades y garantías, sobre todo la libertad de conciencia». El problema terminaría pronto, respondió Cárdenas, «porque iba a llegar al gobierno de Veracruz un joven liberal, pero hombre sin prejuicios para nadie, respetuoso de todos: el licenciado Miguel Alemán».[30]

El primero de diciembre de 1936, el licenciado Miguel Alemán toma posesión de su nuevo cargo. Sabe que Veracruz tiene el 92 por ciento de la operación petrolera del país y en su discurso sugiere ya la futura expropiación, no sólo del petróleo sino de la industria eléctrica: «… ahora, después de largos años angustiosos, podremos rescatar, en toda su extensión, el suelo de México; en toda su profundidad de riqueza, nuestro subsuelo; y en toda la longitud, sus corrientes, las caídas que son la fuerza hidráulica; energía en los *[sic]* dinamos para fábricas, y calor y luz en los hogares y en los talleres».[31]

Integra su gabinete con «compañeros de banca». Evidentemente, la amistad que los unía desde la escuela de jurisprudencia gravitó en forma decisiva sobre estas designaciones. Quiere «modernizar la administración pública».

Su objetivo de fondo es desechar las viejas pasiones revolucionarias que perdieron a su padre, y consolidar una labor constructiva. Por eso emite una nueva ley inquilinaria

(el tema había sido la causa de agitación revolucionaria en el puerto desde hacía veinte años). Por eso también, con la venia del presidente Cárdenas, pone fin a veinte años de tensión religiosa en su estado: concede de buena gana la reapertura de las iglesias y pide al obispo Guízar y Valencia: «… la única cosa que le suplico es que no lo hagan con escándalo, sino con decencia y decoro». Otro de sus triunfos es la unificación campesina. Los tiempos de Tejeda se habían caracterizado por el habitual enfrentamiento de ligas agrarias «rojas» (radicales, inducidas por el gobierno, algunas con tendencia comunista), blancas (defensoras de la propiedad grande y pequeña) y a veces hasta amarillas (de un reformismo moderado). Pero en 1936 la reforma agraria cardenista desalentaba en sí misma las causas de la agitación. Había campesinos sin tierra, pero había tierra suficiente para los campesinos. Sin enemigo al frente (Tejeda era el nuevo embajador de México en Francia), Alemán procedió con rapidez. El 27 de marzo de 1937 reunió a una multitud de campesinos en el estadio de beisbol de Xalapa. Se trataba de elegir un nuevo comité para la Liga Campesina:

«Como no llegaban a un acuerdo las planillas» recordaba Alemán, «prolongándose durante varias horas las deliberaciones en torno a la integración del comité que presidiría la liga, don Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario, anunció que los cargos serían asignados en proporción directa al número de votantes registrados. Sabiéndose derrotado, el candidato de la Liga Roja [Carolino Anaya] exhortó a sus exaltados simpatizantes para acatar la resolución y, en gesto conciliador, me dio un abrazo cordial al que seguiría el intercambio de banderas entre todas las agrupaciones, símbolo vivo y elocuente de la tan deseada unificación campesina».[32]

A raíz de la expropiación petrolera, Cárdenas recibió del gobernador Alemán el apoyo más decidido: no sólo hizo declaraciones inmediatas, sino que viajó a México y encabezó un bloque de gobernadores que avalaron la decisión presidencial, y mostró firmeza en exigir la entrega de las instalaciones por parte de la compañía. A pocos sorprendió que Ávila Camacho lo designara coordinador de su campaña y que, como corolario, lo integrara a su gabinete encomendándole la Secretaría de Gobernación.

El impulso al turismo, la cinematografía y la regeneración penitenciaria fueron las caras amables de su gestión en esa secretaría. El acoso a periodistas independientes fue uno de sus lados oscuros: cuando Miguel Palacios Macedo publicó una serie de artículos críticos sobre la política inflacionaria del régimen en *El Universal,* el director del diario recibió una atenta llamada de Alemán para invitar al colaborador a no seguir colaborando.[33] También en este aspecto, la vuelta a los usos porfirianos era patente.

Gracias a la muerte sospechosa, pero en todo caso oportuna, de Maximino Ávila Camacho, la vía quedaba abierta para que Alemán fuese el primer presidente civil de la Revolución mexicana. Había, sin embargo, varios obstáculos. La embajada norteamericana, siempre tan perceptiva, favorecía al secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla, y desconfiaba de Alemán por considerarlo atado a sus apoyos sindicales en la izquierda, en particular a Vicente Lombardo Toledano. La revista *Time* publicó el artículo «Ayudado por la muerte», en el que se hacía una maliciosa referencia a las muertes que habían precedido el ascenso de Alemán: Manlio Fabio Altamirano y Maximino Ávila Camacho. Pasarían varios meses hasta que en marzo de 1946, en una entrevista confidencial con Guy Ray, primer secretario

de la embajada norteamericana en México, Alemán aclaró sus intenciones: Lombardo no impondría a nadie en su gabinete; su gobierno solicitaría apoyo tecnológico norteamericano para la rehabilitación de los Ferrocarriles Nacionales y el desarrollo de Pemex; la ayuda para industrializar a México provendría de los Estados Unidos, no de Gran Bretaña, y menos de Rusia. El compromiso de Alemán debió impresionar al Departamento de Estado, porque al poco tiempo el atolondrado embajador Messersmith era sustituido por Walter Thurston.[34]

Quedaban otros escollos. En la apacible ciudad de Tehuacán, rodeada de manantiales, tres generales revolucionarios hablaban de la sucesión presidencial. Eran el presidente Ávila Camacho, el general Cárdenas y Cándido Aguilar. Cárdenas se oponía en principio a la candidatura de Alemán. Aguilar argumentaba a su favor, arguyendo que con ella se cumplía el designio civilista que le costó la vida a Carranza y, por otro lado, «pues es hijo del general Miguel Alemán que peleó en la Revolución por una causa noble».[35] Estas razones lo convencieron… a medias. El presidente Ávila Camacho tenía la última palabra y su decisión era no sólo transferir sino heredar el poder.

Ávila Camacho convenció al jefe del Departamento Central, el hombre fuerte de Hidalgo, Javier Rojo Gómez, para que retirara su candidatura. Con mayor dificultad, logró lo mismo con el general Miguel Henríquez Guzmán, al que Cárdenas discretamente favorecía con vistas a un albazo de la derecha. Quedaba Padilla, quien decidió seguir en la carrera a través de un nuevo partido, el Demócrata Mexicano. Mañosamente, la propaganda alemanista lo presentó como un candidato de esposa francesa (los Couttolenc, de origen francés, llevaban un siglo viviendo en México).

La campaña de Alemán no tenía precedentes. Madero había hecho giras predicando su apostolado democrático. Cárdenas había recorrido a caballo cientos de poblaciones escuchando las quejas de los campesinos. Pero «el Cachorro» era otra cosa:

«Alemán arrolla, a bordo de camiones de redilas, rodeado de muchachas y con el mejor eslogan de su campaña en su sonrisa juvenil, natural, contagiosa, optimista y jamás borrada. La Revolución se ha bajado del caballo para abordar, en público, los camiones de redilas rebosantes de chicas preciosas, flamantes adelitas de la primera generación de los hijos de la Revolución; y, en privado, los Cadillacs de largas colas o los Packards … Mientras, Alemán repasa al país que ya conoce bien desde el arranque provinciano y pobre, en una campaña alegre, a los acordes de *La bamba*, segundo himno nacional, durante siete años».[36]

La «cargada» —término clave en el vocabulario político mexicano— es total. Al «carro» de Alemán se suben obreros (camioneros, electricistas, tranviarios, maestros, litógrafos), agrupaciones femeninas, burócratas, diputados, un frente socialista de abogados, gobernadores, legislaturas, intelectuales comunistas y, desde luego, la CTM, en cuyo seno había pronunciado un primer discurso: «… los trabajadores deben tener conciencia de que las exigencias desproporcionadas redundan en contra de ellos mismos. El país reclama la industrialización».[37]

Lombardo, el intelectual que lo escuchaba en el desaparecido teatro Iris, pensaba quizá que Alemán convergía con su peculiar concepción de la historia de México. La Revolución había liquidado la etapa semifeudal, pero no había desarrollado un capitalismo pujante, etapa previa al socialismo. Había que apoyar a la burguesía nacionalista para

alcanzar ese estadio y de allí saltar a la venturosa realidad que sólo existía en la URSS, aquella «tierra del porvenir» que Lombardo había visitado por primera vez en 1936 y a la cual volvería con frecuencia, siempre arrobado por sus logros. Pero el universitario Alemán era tan socialista como Lombardo proyanqui. Tenía otros planes en mente. Aplicaría su convicción capitalista al país, no como un medio sino como un fin.

Sus amigos, más amigos que nunca, pensaban en el capitalismo del país… y en el de sus personas. ¿No lo merecían? Con el epónimo de su generación, con el líder del grupo H-1920, habían llegado a la cumbre tras muchos años de colaborar fielmente con los generales. Habían actuado por las buenas, no como los universitarios Vasconcelos y Gómez Morin, que quisieron formar una base electoral independiente del Partido de la Revolución Mexicana y por eso fracasaron. Por las buenas, no como Lombardo Toledano, que desde la izquierda ejercía una permanente presión ideológica sobre la Revolución mexicana. Por las buenas, no como el heterodoxo Cosío Villegas, solitario y resentido. Por las buenas, organizando mesas redondas para estudiar la solución de los problemas nacionales: en León la industria del zapato; en Acapulco el turismo; el azúcar en Cuernavaca; el petróleo en Ciudad Madero (Tamaulipas). Por las buenas, señores, por las buenas, como el amigo Fernando Casas Alemán recomendaba a los periodistas tras el triunfo de su candidato en las elecciones de julio de 1946: «El primero de diciembre quebraremos la piñata. A ver qué nos toca».[38]

Les tocó la colación completa. Los sonorenses y Cárdenas habían compuesto sus gabinetes con una alta proporción de personas de clase humilde. Con Alemán, la gente de clase media y alta desplazó por entero a la de clase baja. El

reclutamiento de sus amigos y maestros fue, en verdad, impresionante: al menos once de los viejos compañeros de banca de Alemán llegaron a tener altos puestos públicos.[39] Otros amigos no obtuvieron puestos sino contratos oficiales y toda suerte de oportunidades, lícitas e ilícitas, para prosperar económicamente. Aquel pacto de ayuda mutua firmado en el despacho de Humboldt en 1927 se cumplía con creces. La «amificación» que Andrés Molina Enríquez había ponderado tanto en Porfirio Díaz reapareció modernizada en el sexenio de Alemán.

«Estamos haciendo patria»

Desde el momento en que se cruza la banda presidencial, Alemán toma decisiones que definen ya su política. Ha prometido la modernización de México por la doble vía del crecimiento industrial y el incremento de la producción agrícola; sus actos inmediatos lo respaldan. Una de sus primeras medidas consiste en reformar la legislación agraria de Cárdenas, el artículo 27 en particular, introduciendo —como sugería el PAN en un proyecto rechazado inicialmente por la Cámara— el amparo para propiedades agrícolas o ganaderas que tuviesen ya, o estuviesen en posición de tener, certificados de inafectabilidad. En esencia, la reforma protegía a la propiedad privada de cualquier amenaza de expropiación y fijaba las superficies máximas de pequeña propiedad de acuerdo con los diversos cultivos y condiciones: cien hectáreas en el caso de tierras de riego, trescientas hectáreas para cultivos comerciales como el azúcar o el plátano, quinientas hectáreas para las zonas ganaderas. El cambio devolvió la seguridad y la confianza al pequeño propietario, pero se topó con la acerba crítica de la izquierda oficial (cardenista, lombardista) y con la crítica independiente.

«Es una cosa curiosa que la institución de la inafectabilidad

la creara el general Cárdenas», señalaba el eminente constitucionalista Antonio Martínez Báez, secretario de Economía de Alemán. «Cárdenas hacía muchas veces esas compensaciones fuera de la ley … El pecado de Alemán no fue jurídico, sino político.»[40] Pero Alemán no sintió que pecaba: estaba dispuesto a probar que su «teoría de la abundancia» funcionaba. Pasó por alto las críticas, aseguró el apoyo de la Confederación Nacional Campesina (para entonces enteramente servil al poder presidencial) y echó a andar el más ambicioso proyecto de crecimiento agrícola de la historia mexicana.

El subdirector del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, Antonio Ortiz Mena (amigo de Alemán desde los tiempos de *Eureka* y vecino suyo, además de buen abogado y mejor financiero), percibió con claridad los resortes íntimos en la actitud del presidente. Alemán

«proyectaba la noción veracruzana de riqueza a todo el país … Con él se inició la transformación del campo, su orientación productiva … El campo estaba muy rezagado tecnológicamente. No nos preocupábamos por la productividad … entonces se empezó a buscar la manera de producir más … y así aumentar el ingreso del campesino … se empezaron a usar semillas mejoradas, la fertilización, los pesticidas».[41]

La inversión del gobierno en el campo con respecto a la inversión total bruta subió del 12 por ciento en el sexenio de Ávila Camacho al 20 por ciento en el de Alemán. Buena parte de ella se destinó a llenar de presas las zonas potencialmente productivas del país, aquellas que ya practicaban, o estaban en condiciones de practicar, una agricultura capitalista y moderna: los estados norteños de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Tamaulipas y Baja California. El ingeniero

Adolfo Orive Alba no sólo continuó a cargo de la irrigación, sino que su comisión se convirtió en la Secretaría de Recursos Hidráulicos:

«Con el esfuerzo de veinte años, se había puesto bajo riego una superficie de 575.000 hectáreas. El señor presidente Alemán, en su solo sexenio, puso en operación otras 575.000 hectáreas de riego … no había un solo estado de la nación en que no hubiera una obra hidráulica en construcción, ya sea de riego, o para aportar agua potable a alguna de las poblaciones de México, grande, mediana o pequeña».[42]

La irrigación fue el capítulo más importante, pero no el único: se importaron treinta mil tractores; con el apoyo de la fundación Rockefeller se desarrollaron nuevas variedades de trigo y maíz; se creó la Comisión del Maíz (a cargo del viejo «cuate» de Alemán, Gabriel Ramos Millán, a quien se le llamó «el Apóstol del Maíz»), que distribuyó con eficacia las semillas mejoradas; se profesionalizó el manejo del Banco de Crédito Agrícola, canalizando sus fondos de manera preferencial a la pequeña propiedad; se abrieron al cultivo varias zonas de colonización; se creó en 1947 la compañía estatal Guanos y Fertilizantes, e inspiradas en la Tennessee Valley Authority de la era de Roosevelt, se crearon las comisiones para el desarrollo de la cuenca del río Papaloapan y la del Tepalcatepec.

Los resultados no se hicieron esperar. La tasa de crecimiento agrícola en el sexenio fue del 8 por ciento, 2,8 por ciento más alta que la del Producto Interno Bruto. El valor de la producción en varios cultivos comerciales se incrementó de manera impresionante: entre 1946 y 1952 (año de sequía), el principal producto de exportación, el algodón, subió de 80 a 199 millones de pesos; el café pasó de 78 a 283 millones de pesos; el jitomate, de 78 a 179; el azúcar, de 159 a 292; el trigo,

de 139 a 375 (en 1951 había llegado a 442). Los dos productos más preciados para la población desde tiempos prehispánicos (el maíz y el frijol) se comportaban de forma similar: de 680 a 1.600 millones de pesos, y de 94 a 180 millones, respectivamente. La agricultura alimentaba a las ciudades y quedaba un remanente de exportación. El aporte de los productos agrícolas, con respecto al total de exportaciones, subió del 44,3 al 55,7 por ciento. Aunque el algodón predominaba en la lista, la oferta mexicana era notablemente variada.[43]

El expresidente Cárdenas reprobaba los cambios en la legislación agraria. Pensaba que propiciaban de nueva cuenta la concentración de la tierra en pocas manos. No le faltaba razón: muchos políticos, utilizando su propio nombre o el de familiares, amigos o prestanombres, acapararon tierras y se beneficiaron del crédito y la infraestructura: la gente los comenzó a llamar «agricultores nailon». Un día, al pasar enfrente del latifundio de los Pasquel en Ciudad Valles, Cárdenas ve un letrero que dice: ÉSTA ES UNA PROPIEDAD PRIVADA, y el general apunta en su diario: «afectable». Con todo, institucional siempre, Cárdenas no lleva su disgusto al punto del rompimiento. Cuando a principios del sexenio sobreviene la severa epidemia de fiebre aftosa que atacó a buena parte del ganado mexicano, Alemán procura que Cárdenas dirija la campaña. Había dos posiciones encontradas frente al problema: el rifle sanitario recomendado imperiosamente por el gobierno norteamericano —e instrumentado con rigor por el mexicano— o la vacunación. Cárdenas favorecía el segundo recurso y rechazaba la intervención yanqui en el asunto. Por ello no aceptó la encomienda, pero al poco tiempo recibió una oferta que, dada su vocación humanitaria, no podía rechazar. Alemán le encarga un plan para el desarrollo de la cuenca del río Tepalcatepec. Aquella tierra caliente

michoacana le atraía: «… en ella pasé mis primeros años de revolucionario. Lo insalubre de la zona y las condiciones precarias en que viven los campesinos me obliga a convivir con ellos».[44] Al poco tiempo, Cárdenas somete a Alemán su proyecto y éste lo nombra vocal de la Comisión del Tepalcatepec.

Lo cierto es que el éxito económico del esquema alemanista fue su mejor argumento. De los 934 ensayos de explotación agrícola colectiva registrados en 1940, en 1950 sólo restaban 688: muchos habían cerrado o adoptaban pautas de producción individual, como ocurría en Nueva Italia. En los ejidos era clara la tendencia a la renta de parcelas y otras formas disfrazadas de la producción mercantil. El presidente empresario realizaba el sueño de los sonorenses: crear la agricultura moderna mexicana. Lo que aquellos generales no pudieron imaginar —y quizás hubiesen reprobado— es que la agricultura llegara a subsidiar algún día el nuevo paradigma de riqueza mexicana: la industrialización centralizada en la ciudad de México.

Alemán dijo alguna vez, tal vez seriamente, que quería que «todos los mexicanos tuvieran un Cadillac, un puro y un boleto para los toros». En su sexenio se consumieron muchos puros, se llenaron domingo a domingo las plazas de toros y se vendieron, si no veinticinco millones, algunos cientos de Cadillacs. Se decía que Alemán «enseñó a México a pensar en millones», y que en su tiempo «había paz, había tranquilidad, había fuentes de trabajo». Ambas cosas eran ciertas. Alemán cambió la escala de la economía y muchos mexicanos se beneficiaron con ello.

Alemán dotó a la industria de infraestructura eléctrica, energética, de comunicaciones y transportes; la trató como la niña de sus ojos. «En el periodo inicial de la posguerra»,

recordaba un importante empresario mexicano,

«el gobierno empezó a ayudar a las empresas con leyes impositivas, impuestos a la importación, fondos de inversión en la Nacional Financiera, y se asociaba como inversionista si dichas empresas no tenían el capital suficiente, como sucedió con la industria siderúrgica. Fue un gran esfuerzo para ayudar al sector privado, y la política iniciada por el presidente Alemán persistió hasta los años setenta».[45]

La industria creció a un promedio del 7,2 por ciento anual. En 1940 había trece mil establecimientos industriales en México, el 65 por ciento de los cuales se dedicaba a la producción de alimentos y de textiles. En 1950 eran ya setenta y tres mil, y aquella proporción había bajado al 48 por ciento.[46] Las áreas más dinámicas eran las de productos químicos, celulosa y papel, y siderurgia. La política de sustitución de importaciones tomó carta de naturalización. ¡Hasta surgió la fábrica de refrescos Jarritos para competir con la Coca-Cola! Muchas de las empresas importantes del país se fundaron entonces: Condumex (conductores eléctricos), ICA (la mayor constructora del país), Grupo Chihuahua (celulosa), Telesistema Mexicano, Industrias Ruiz Galindo, Industrias Resistol, Industrias Nacobre. La inversión extranjera (norteamericana sobre todo) fluyó hacia diversas áreas: se abrieron fábricas textiles, huleras, químicas. Aunque la industrialización alemanista privilegiaba la zona centro del país, y en especial la capital, irradió riqueza a la provincia. Se crearon empresas como TAMSA en Veracruz (fabricantes de tubos de acero); Sosa Texcoco, y Celulosa de Chihuahua.[47]

El carácter deficitario de este crecimiento, el hecho de que las nuevas industrias importasen más de lo que exportaban, era visto como un fenómeno natural de despegue. Pocos imaginaron entonces que se volvería crónico. La gran

mayoría de estas inversiones tenía, además, un rasgo en común: se localizaban en la ciudad de México. Esta centralización debió de llamar la atención de los planificadores de la época, pero lo cierto es que también se le veía como un hecho natural. Lo que ocurría, en el fondo, es que *el nuevo paradigma, antes que industrial, era urbano, y urbano, por antonomasia, de la ciudad de México*. El moderno sueño reforzaba un resabio antiguo de imperialismo azteca y español. La ciudad de México volvía a ser, como en tiempos de los aztecas, el «ombligo de la luna». Desde sus industriosas alturas (temporalmente subsidiadas por la producción del resto del país, sobre todo la agrícola, pero también la minera y la petrolera), el progreso se derramaría, supuestamente, hacia todo el país. Había algo monstruoso en el concepto de subir insumos a dos mil metros de altura en el centro del país para transformarlos y surtir al país entero. Casi nadie imaginaría tampoco que ese subsidio se volvería no sólo permanente sino exponencial.

En tiempos de Alemán, los negocios medianos se volvieron grandes y los pequeños, medianos. «Los alemanistas se apoderaron de México, pero lo hicieron crecer», recordaba un joven industrial que desarrolló su empresa en esos años. El caso de este joven es emblemático. Había estudiado ciencias químicas en la Universidad, pero no quería ser burócrata ni técnico asalariado, sino ganarse la vida por su cuenta. Con una vieja máquina Chandler de pie, abrió una imprenta en una accesoria. De pronto, la política de sustitución de importaciones tocó a su puerta. Su nicho particular en las artes gráficas era la fabricación de carteles, boletos, etiquetas para medicinas y, en especial, cajas plegadizas para cosméticos. La guerra civil española y la guerra mundial habían propiciado el desarrollo de industrias nativas, con capital español en su mayoría. Al cabo de la guerra

comenzaron a arribar marcas francesas (y en los años cincuenta, norteamericanas), pero las barreras arancelarias volvían prohibitivos los precios de importación. Decidieron fabricar sus productos en México y cubrir el creciente mercado interno. Aquel industrial viajó a los Estados Unidos para comprar maquinaria usada. Al finalizar la época de Alemán, contaba ya con cinco máquinas de *offset* y una planta propia. Para el muro de la entrada, discurrió una idea «revolucionaria»: encargar a Fanny Rabel, discípula de Diego Rivera, un mural con una alegoría de la imprenta: en el campo, al aire libre, una maestra rural enseña a leer a un grupo de humildes campesinos; a su lado, el joven empresario, su socio y sus obreros, trabajan en su máquina Chandler; dos niños vocean unos diarios en los que se leen las frases «Todo México debe saber leer», «La imprenta al servicio de la cultura»; a lo lejos, en un extremo, casi imperceptible, aparece el humo de la ciudad.

También en aquel mural había una involuntaria simulación. Todo era muy hermoso, pero todo era mentira. La fábrica estaba en la ciudad de México, no en el campo; la maestra que enseñaba el *abc* a los campesinos era en realidad una muy citadina secretaria; la fábrica producía cajas plegadizas para cosméticos, no cartillas de alfabetización; la imprenta no estaba al servicio de la cultura, sino de los perfumes Yardley, Jean Patou o Emir. Cuestión de paradigmas, pero el joven empresario se sentía revolucionario.

«ESTAMOS HACIENDO PATRIA», anunciaban los letreros en las muchas obras públicas que se hicieron durante el sexenio de Alemán. Era la época de «las grandes realizaciones». La industria de la construcción tuvo un desarrollo sin precedente. Las carreteras se volvieron lo que los ferrocarriles en el Porfiriato: el símbolo del progreso. Se construyeron más

de once mil kilómetros en el sexenio. La de Cuernavaca, primera supercarretera, con carriles separados de ida y vuelta; la de México a Ciudad Juárez; la de Acapulco, con un modesto puente (que parecía impresionante) sobre el río Mezcala. Significativamente, Alemán realizó también importantes obras ferrocarrileras, como la que, cruzando el desierto de Altar en Sonora, vinculó a Baja California con el resto del país. Cuando Alemán inauguró la vía, no cortó un listón sino una cadena con soplete, para simbolizar lo arduo de la tarea cumplida.

La fiebre constructora incluyó otros ámbitos, además del de las presas y carreteras. Se terminó la obra titánica de conducción de aguas desde la laguna del río Lerma hasta la ciudad de México (en su remate, Diego Rivera realizó una escultopintura de Tláloc, el dios azteca de la lluvia). Se inauguró la moderna red de aeropuertos (México, Acapulco, Tijuana, Ciudad Juárez, entre otras ciudades).

El turismo era una actividad prioritaria para Alemán. Antes de su gestión, Acapulco era poco más que un risueño y tranquilo puerto enmarcado por el viejo fuerte de San Diego, testigo mudo del siglo XVII, cuando, repleta de sedas, especias y porcelanas, llegaba a Acapulco la Nao de China. Había unos cuantos hoteles de tradición española o estilo colonial californiano (se les llamaba «cocacoloniales»), playas con palapas y sillas de madera, barcazas de pescadores en el mar. Alemán lo «revolucionó». Construyó el aeropuerto, urbanizó (con abuso sobre los campesinos, según se decía) la bahía aledaña a Puerto Marqués, y amplió la gran calzada panorámica que circunda a la bahía, accediendo, sin demasiado rubor, a que la bautizaran Costera Miguel Alemán. En su periodo, y con el impulso que Alemán continuó prestándole en los años cincuenta, Acapulco comenzó a llenarse de modernos hoteles y un ambiente cada vez más

internacional que presagiaba la época del *jet set*.

Nueva grandeza mexicana

Más de tres siglos después de que el poeta Bernardo de Balbuena escribiera su *Grandeza mexicana* (1604), otro poeta, Salvador Novo, hizo una descripción literaria de la ciudad de México denominada *Nueva grandeza mexicana* (1947). El paralelo profético se justificaba: si hay una metáfora del proyecto alemanista, de su indudable grandeza, pero también de su megalomanía, ese espejo fiel es la ciudad de México.

La urbanización de la ciudad revelaba la impronta de cada periodo político. Los sonorenses levantaron edificios públicos y escuelas, y propiciaron la apertura de nuevos barrios o colonias residenciales. El maximato y el cardenismo alentaron apasionadamente la construcción de viviendas obreras. En 1940, México era todavía una apacible ciudad de 1.757.530 habitantes, en un país de más de veinte millones de personas. Una célebre línea recogida por Alfonso Reyes bastaría para describirla: «México era la región más transparente del aire».

Siguiendo una pauta centrífuga inaugurada desde el Porfiriato por las familias ricas, a partir de los años veinte y a lo largo de los treinta, la «gente decente» de clase media abandonaba sus viviendas en el centro de la ciudad (que poco a poco se llenó de arrabales y vecindades) para mudarse a las nuevas colonias de la periferia. Los ricos que provenían de tiempos porfirianos vivían, por lo general, en la colonia Juárez o en Las Lomas. Los nuevos ricos creados a partir de la Revolución (incluidos los sonorenses Obregón y Calles), preferían la Roma, la Condesa o Lindavista. En los años cuarenta, la clase media vivía en la Roma Sur, Polanco, la Condesa, la Hipódromo o, tal vez un poco más al sur, en la naciente Del Valle o en el antiguo Tlacopac. En los viejos pueblos del valle de México, como Tacubaya, Coyoacán, San

Ángel, Tlalpan, Mixcoac (dotados cada uno de su cultura y tradiciones), se respiraba aún el aire provinciano que habían conservado a través de los siglos.

De pronto llegó Alemán. La fisonomía de la ciudad cambió vertiginosamente y para siempre. Sus tres millones de habitantes vivían experiencias nuevas: el tráfico, el primer rascacielos, prodigio de ingeniería hidráulica en una zona de alta y severa sismicidad y un subsuelo blando. Pero, sobre todo, las nuevas avenidas, brazos que partían de la ciudad habitada hacia los extremos del valle, absorbiendo los viejos pueblos y cruzando llanos deshabitados. Sólo Alemán podía tener la mentalidad visionaria para entubar el Río de la Piedad y construir la primera vía rápida, dotada de pasos a desnivel (Viaducto Miguel Alemán, 1950), abrir la avenida División del Norte o prolongar la ya muy larga avenida de los Insurgentes hasta la Ciudad Universitaria, que se construía a pasos agigantados en los pedregales del sur.

México contaba ya, desde el principio de los tiempos, con una sólida tradición urbanista. Aztecas, españoles y mexicanos habían sido grandes arquitectos e ingenieros. Alemán encauzó esa tradición contagiando su audacia a su propia —y muy nutrida— generación de arquitectos. En 1949 se estrenó en la ciudad de México la primera vivienda vertical del país, el multifamiliar Miguel Alemán. Fue obra de Mario Pani. El proyecto original preveía la construcción de doscientas viviendas. Pani, no obstante, propuso construir mil viviendas en el mismo y reducido terreno y se asoció con el joven ingeniero Bernardo Quintana, reciente fundador de la empresa constructora más importante de México, la ICA. El multifamiliar contaría con mil ochenta departamentos y sería notable por hacer realidad las propuestas de Le Corbusier antes de que éste terminara de construir la unidad de Marsella (1946-1952).

Cobijada muchas veces por el dinero público, la arquitectura privada se contagió del vértigo constructor. Grandes almacenes o tiendas departamentales norteamericanas, como Sears y Woolworth, construyeron sus sedes en la calle comercial de los Insurgentes; aparecieron los primeros edificios de (y con) estacionamiento; una novedad más del periodo fue la apertura de la colonia residencial Jardines del Pedregal de San Ángel. Aquella vastísima extensión de lava, producto de la erupción del volcán Xitle hace dos mil años, parecía destinada a permanecer como una rareza natural en el valle de México, un paisaje lunar de exuberante vegetación (pirules, palos bobos, diversas variedades de cactus) habitado sólo por iguanas y víboras de cascabel. En la mente de su creador, el arquitecto Luis Barragán (inspirado por el pintor de los volcanes mexicanos, el extravagante «Dr. Atl»), las formaciones rocosas se volvieron acantilados, islas floridas entre jardines. En el Pedregal los políticos alemanistas construyeron mansiones. Significativamente, dos senadores del PRI y futuros presidentes de la república fincarían en aquella zona: Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz. El Pedregal era, a no dudarlo, la colonia de la «Revolución Institucional».

Si la nueva ciudad de México era el espejo del alemanismo, la Ciudad Universitaria fue el espejo de ese espejo. En un terreno volcánico localizado en el Pedregal de San Ángel, con la participación de varios arquitectos (casi todos de la generación de Alemán), se construyó un inmenso conjunto en el que destacaban varios edificios: la Biblioteca Central, de Juan O'Gorman; los frontones, de Alberto T. Arai; el Pabellón de Rayos Cósmicos, de Félix Candela, y el estadio, en el que Augusto Pérez Palacios aprovechó una concavidad en el terreno para rodearla con un terraplén de tierra (técnica con que se construían las presas) y adaptar su obra a los conos

volcánicos del valle que se miran desde las graderías.

Con un costo aproximado de veinticinco millones de dólares, la Ciudad Universitaria era el monumento del presidente a su régimen. De ahí que, para culminarla, en el centro de la inmensa explanada erigiera una estatua. Representaba, naturalmente, al presidente Miguel Alemán.

La empresa del poder

El «milagro político de México» maravilló hasta 1968 a propios y extraños. Se dice que De Gaulle lo consideraba notable, que algunos gobiernos africanos enviaron especialistas para analizarlo con miras a adoptarlo, que era la envidia de los «gorilas», los dictadores militares latinoamericanos. No faltaron profesores norteamericanos que terminaron por ver en él lo que los políticos querían que se viera: no una simulación sino una excéntrica democracia revolucionaria de partido único. Pasada la euforia, cuando el milagro había mostrado sus vastas limitaciones, un joven ingeniero mexicano (consultor de empresas, poeta y ensayista por añadidura), Gabriel Zaid, la definió con precisión: «El sistema político mexicano es la mayor empresa moderna del genio mexicano».[48] El sistema tenía raíces «castellanas y moriscas, rayadas de azteca», ancestros liberales (Juárez y Porfirio), padre sonorense (Calles), padrino michoacano (Cárdenas), pero como empresa fue obra del presidente empresario: Miguel Alemán Valdés.

El sistema político mexicano difería de las dictaduras comunes y corrientes de América Latina. El mexicano es un régimen institucional y, por ello, más moderno. Se fundamenta en la investidura de la presidencia (en la silla presidencial), no en la persona de un tirano que ha irrumpido en la escena política e instaurado un régimen de excepción ligado a su carisma o a su fuerza. El principio cardinal de la

«no reelección» es otro rasgo moderno. Rige para la presidencia, las gubernaturas, las presidencias municipales, las diputaciones y senadurías, tanto federales como estatales. Es el dogma intocable que resguarda efectivamente al país contra la permanencia de un hombre en el poder y aun contra su influencia dominante y prolongada.[49]

El sistema mexicano se diferencia de los regímenes totalitarios por otro aspecto moderno y particular de México: el respeto, no total pero sí amplio, de las libertades cívicas. El terror y los métodos de represión masiva fincados en la hegemonía ideológica de una raza, credo o doctrina no forman parte de la mentalidad mexicana, inoculada desde tiempos del mestizaje contra esa versión de la intolerancia.

La tradición política de México influía también de manera positiva: el gobernante debía inspirar respeto y hasta temor, pero al mismo tiempo tenía que ser, o al menos parecer, patriarcal, como antes de la Independencia, y tolerante y liberal, como en la tradición del siglo XIX. Aunque la nación se subordinaba al presidente y el presidente no se subordinaba a nadie, existían amplios márgenes de autonomía en la vida económica, social, religiosa y cultural. La política era coto exclusivo de la llamada «familia revolucionaria»; sin embargo, con el paso de los decenios, diversos episodios y circunstancias la forzarían lentamente a coexistir con grupos independientes y opositores. No era una dictadura ni un régimen totalitario. Tampoco era una república, representativa, democrática y federal, como prescribía la Constitución. No faltó quien notara la similitud entre el sistema político mexicano y el sistema político porfiriano. Con la gran salvedad de la «no reelección», ése era, en efecto, el verdadero antecedente. Cosío Villegas acuñaría otra larga expresión: «Monarquía sexenal absoluta hereditaria por vía

transversal», frase exacta que sin embargo dejaba de lado el respeto formal a las formas constitucionales y la simulación de fe revolucionaria. Quizá fue José Vasconcelos quien mejor describió este régimen autoritario indefinible: «porfirismo colectivo».[50]

Si la clave del contrato social porfiriano radicaba en la vinculación personal de cada grupo social con don Porfirio (lo que Molina Enríquez llamó la «amificación» de México), la clave del contrato social revolucionario —explica Zaid— estaba en una reedición aumentada y mejorada del método porfiriano del «pan o palo». El supuesto, que llegó a contar con un gran consenso, era que todos los individuos y grupos podían ascender —o, por lo menos, no perder la esperanza de ascender— en la escala económica y social, a condición de hacerlo amigablemente, por dentro del sistema, y no independientemente, por fuera del sistema. Zaid detectó una similitud entre el funcionamiento del sistema mexicano y las grandes corporaciones burocráticas, como la General Motors. La empresa mexicana proporcionaba una gama amplísima de servicios a la sociedad (seguridad, estabilidad política, paz, crecimiento económico, obras públicas, infraestructura, educación, salubridad y asistencia, seguro social, etcétera); pero su objetivo principal era coordinar el poder en el país.

En su concepto, existía en México un «dinámico mercado de compraventa de obediencia y buena voluntad». Desde arriba y como en cascada, el poder centralizado subastaba, otorgaba concesiones y contratos, prebendas y plazas públicas al postor que le ofreciese los mejores paquetes de clientes. «La esencia de ese contrato social, el bálsamo que apacigua los ánimos, concilia los espíritus y resuelve las contradicciones, es el dinero estatal.» «La política no consiste en ganar votaciones públicas, sino ascensos internos.» Los votantes, supuestos

dueños de la corporación, pierden el control frente a los funcionarios, quienes, para todos los efectos prácticos, son los verdaderos dueños. Éstos, a su vez, dependen de la voluntad del «señor presidente», que es, a un tiempo, presidente del consejo de administración y director ejecutivo, por seis años, de la empresa.[51]

Con la creación del PNR, Calles había disciplinado a los generales y caciques regionales, ofreciéndoles el «pan» del poder cada seis años, pero amenazándolos con el «palo» a la menor disidencia. (Erróneamente, Calles quiso absorber con violencia a su único competidor: la Iglesia. La trató a palos y provocó que los campesinos le respondieran de la misma forma.) Cárdenas, por su parte, abandonó la peregrina idea de acabar con la Iglesia (ni «pan» ni «palo»), dio al «instrumento» (como él lo llamaba) la definitiva rectoría económica del país y la propiedad del petróleo, y fortaleció al PNR integrando en él directamente, como ejércitos políticos de reserva, a las masas campesinas y obreras, a los burócratas y los militares. Ávila Camacho completó el ciclo ofreciendo el «pan» de la conciliación a la Iglesia, apartando definitivamente a los militares y subordinando a los caciques. Pero faltaba el empresario joven que pusiera en marcha el «instrumento». El edificio estático orientado al pasado azteca, Habsburgo, Borbón —obra de caudillos, jefes y generales—, debía convertirse en una corporación dinámica orientada al futuro —obra de universitarios—. El presidente empresario que modernizó el edificio y dinamizó el «instrumento» fue Miguel Alemán.

La empresa dio un uso moderno a un expediente antiquísimo: lo que Octavio Paz llamaría «la transmisión del arquetipo azteca de poder político». En muchos aspectos, Porfirio Díaz —y antes que él, Juárez— se había comportado

como un *tlatoani*; era considerado, tratado y temido como tal. Pero su permanencia en el mando terminó por identificar el poder con su persona, no con su investidura. A despecho de su respeto por las formas republicanas, siguió siendo el caudillo, el hombre fuerte al margen de la ley, el que hacía la ley e imponía su ley: «don Porfirio» antes que «el señor presidente». Con el sistema se consolidó «la secreta supremacía del modelo azteca». Ambos, el *tlatoani* y el presidente, se amparan siempre en la legalidad. Su poder es absoluto, casi sagrado, pero no reside en su persona sino en su investidura. «El *tlatoani*», agrega Paz, «es impersonal, sacerdotal e institucional.»[52]

El momento cumbre, la prueba de fuego del sistema, tenía lugar cada seis años: la sucesión presidencial. Los aztecas habían desarrollado un complejo sistema de sucesión que, por los medios más misteriosos, llegó casi intacto al México del siglo XX. Se trata del «tapadismo». Un cónclave de nobles y jefes militares deliberaba en secreto sobre el nombre del elegido al trono. Éste permanecía oculto hasta que el grupo de notables lo «pepenaba». (Según otras fuentes, el *tlatoani* anterior, antes de morir, lo había designado.) En todo caso, ocurría el develamiento, el «destape», y el elegido podía mostrarse al fin «delante de la gente … todos lo miraban».[53]

Porfirio Díaz había ensayado con éxito el método en la persona de su compadre Manuel González (presidente por cuatro años, entre 1880 y 1884), pero después no tuvo necesidad de utilizarlo: cada cuatro años Díaz fue el «tapado» de sí mismo. Ya en la era revolucionaria, Carranza murió por «destapar» equivocadamente a Bonillas (1920), y Obregón por querer seguir los pasos de don Porfirio (1928). Calles pudo destapar con absoluta tranquilidad a Cárdenas (1934), pero a Cárdenas le costó trabajo hacer lo propio con Ávila

Camacho (1940), cuyo destape estuvo a punto de provocar una nueva revuelta. Todavía en 1946, el destape de Alemán acarreó algunos problemas, pero en 1952 empezó a ajustar claramente sus reglas hasta alcanzar, hacia 1958, un refinamiento azteca.

Una vez destapado, el elegido recorre todo el país en una larga campaña presidencial. Simula denodadamente que va en busca de votos, pero en realidad busca convalidar simbólicamente la legitimidad del destape, hacer *como* si el voto popular fuera el que cuenta. La mentira democrática es necesaria para que la rueda del poder siga girando. Su campaña es una peregrinación cívica para que el pueblo vea y reconozca al destapado. Lo acompaña una caravana de aspirantes a puestos públicos. Sus jóvenes oradores son «jilgueros» que cantan los primores de la Revolución mexicana. En cada lugar se le recibe con bombo y platillos, se echa la casa por la ventana, se organizan festejos, mesas redondas, discursos. El candidato escucha peticiones y quejas, recibe cartas, hace promesas: escuelas, drenaje, caminos. Ordena a sus secretarios que tomen nota. Aunque dice que necesita del voto popular, en realidad no lo necesita porque, gracias al voto del «Gran Elector» —el presidente saliente—, las elecciones están ganadas de antemano. Nadie se engaña sobre el resultado.

Por lo demás, la apatía y la ignorancia fueron los mejores aliados del sistema. Hacia 1952, hay diez millones de electores posibles, pero de ellos sólo votaban dos (básicamente los votos cautivos de campesinos y obreros, y un pequeño margen de votos conscientes, a veces opositores, de clase media). Los demás se abstenían o incluso ignoraban el significado de los comicios. La verdadera esencia del sistema radicaba en la cultura política tradicional, premoderna, de la mayoría de los mexicanos, según la cual *los políticos son los*

dueños legítimos no sólo del poder sino del país. Por eso los políticos, y muy en especial el presidente de la República, actúan con impunidad casi absoluta.

En suma, el sistema político mexicano era una edición funcional y moderna de un modo muy antiguo de coordinar el poder. Poniendo «vino viejo en odres nuevos», la corporación moderna operaba al servicio de un producto centenario: el mando patriarcal de los soberanos, la obediencia filial de los gobernados. Y, sin embargo, a pesar de que «el mercado de la buena voluntad» pagaba mucho más que el de la libertad, la subordinación no era universal. El sistema imperaba sobre el país, pero el país no era el sistema.

Apoyado y legitimado por la maquinaria electoral del PRI, el presidente regía de manera directa —además de su propio ámbito burocrático-ejecutivo y el de la ciudad de México (nombraba al regente de la capital como miembro de su gabinete)— la vida de los grandes poderes subordinados. Éstos eran de tres tipos: formales, corporados y reales. Los poderes formales eran el legislativo, el judicial, los gobiernos estatales y municipales. Los poderes corporados estaban en su mayoría dentro del PRI, en sus sectores obrero, campesino y popular. Los poderes reales tenían armas y gente armada: los caciques y el ejército.

En una zona gris, independientes pero desconectados entre sí y siempre bajo el control al menos potencial del presidente y sus tentáculos, habitaban otros poderes: la prensa, la Iglesia, los empresarios, los intelectuales, la Universidad Nacional, las universidades estatales y otros institutos de educación superior, incluyendo en todos ellos al cuerpo docente y al estudiantado.

En la zona negra de la oposición, porfiaban los demócratas, los valientes, los irreductibles, los iluminados y, a veces, los

locos: la oposición de derecha e izquierda, y los opositores liberales e independientes.

«Las que usted guste, señor presidente»

Por un sexenio, el presidente gozaba de un poder absoluto. El que entraba le debía el puesto al que salía. El que salía, se iba de manera impune e inmune: el que entraba le cubría las espaldas. El presidente entrante podía ejercer con toda largueza el nepotismo, pero no al extremo de legar la silla presidencial a sus hijos biológicos o sus hermanos (el ejemplo de Maximino estaba claro). Los elegidos provenían de un clan distinto; no carnal sino político. Debían ser miembros de la «familia revolucionaria».

En su origen, la «familia revolucionaria» había sido una cofradía cerrada de generales empistolados rodeados de «tinterillos» que escribían discursos y «jilgueros» que los pronunciaban. A partir de la corporación, en la etapa «institucional», la «familia revolucionaria» pulió sus maneras y se amplió. De hecho, cualquier joven de provincia con inteligencia, astucia, aspiraciones y los debidos contactos, podía incorporarse a la familia a través de sus múltiples avenidas —el partido, el sindicato, la escuela, el municipio— y, desde allí, comenzar a trepar hasta la cúspide de la corporación. A la pregunta: ¿qué quieres ser de grande?, once de cada diez niños mexicanos respondían: presidente de la República. Sentarse en la silla presidencial, cruzarse en el pecho la banda tricolor, ha sido siempre la forma mexicana de alcanzar la gloria. Al preguntársele, ya en su vejez, si en alguna ocasión había soñado con ser presidente, Daniel Cosío Villegas, el más crítico de los intelectuales mexicanos, contestó de manera terminante: «… nunca, jamás, en ningún momento … dejé de querer ser presidente».[54]

Por mero formulismo o retórica, al presidente de México se

le llamaba «primer mandatario de la nación». Ése era su carácter legal, pero en realidad los presidentes no obedecían a otro mandato que el de sí mismos: no eran mandatarios sino soberanos. La Constitución de 1917 propició esta concentración ilimitada de poder: radicó la soberanía sobre el suelo, el subsuelo, las aguas y los cielos en la nación; ésta, a su vez, la delegaba en el Estado, que la transmitía al gobierno, que finalmente la depositaba en el presidente. El único control posible que llegaba a ejercerse sobre un presidente en funciones (además del que provenía del exterior), era el que el propio presidente, por temperamento, convicción o por lo que se llamaba «austeridad republicana», consentía en ejercer sobre sí mismo.[55]

Miguel Alemán decidió tantear por su cuenta los límites del poder presidencial y encontró que, entre los límites externos (el poder de los Estados Unidos, por ejemplo) e internos (el límite sagrado de la «no reelección»), podía hacer, como se decía en tiempos virreinales, «su real gana». Igual que aquellos remotos antecesores, los presidentes de México podían disponer de los bienes públicos como bienes privados, *como patrimonio personal:* repartir dinero, privilegios, favores, puestos, recomendaciones, prebendas, tierras, concesiones, contratos.[56] Los sonorenses (incluidos Obregón y Calles) se volvieron grandes empresarios agrícolas y hacendados. Para desarrollar sus empresas agrícolas contaban con el generoso apoyo de los nuevos bancos oficiales a través de lo que eufemísticamente se llamó «préstamos de favor». «La Revolución», solían decir algunos generales, «nos hizo justicia.» La reforma agraria de Cárdenas —dueño a su vez de algunos ranchitos— frenó pero no erradicó la práctica.

Las historias populares en torno a la corrupción alemanista llenarían volúmenes. Muchos amigos de Alemán, fuera y

dentro del gobierno, se acogieron con gusto a la oferta de «pan» presidencial y se hicieron ricos gracias a concesiones oficiales, no necesariamente ilegales, pero muchas veces inmorales. Se creó una mentalidad monopólica y concesionaria. Un vendedor de automóviles lograba que el gobierno le comprara sus unidades de manera unilateral y sin competencia. Los funcionarios que previamente poseían empresas lograban que el gobierno les comprase grandes partidas, y quienes no tenían empresas las fundaban para surtir o servir a sus ministerios en condiciones y precios fijados por ellos mismos. Un subdirector médico del Seguro Social estableció *ad hoc* un negocio de medicinas. Si el gobierno anunciaba un proyecto de construcción, los funcionarios organizaban, ellos mismos o por interpósitas personas (llamados «prestanombres»), la compra de terrenos aledaños a la zona del proyecto y posteriormente la desarrollaban a precios inflados. El contrabando tolerado, los préstamos de favor y el tráfico con los bienes incautados en la guerra a propietarios italianos o alemanes fueron otras variedades de esta peculiar forma de capitalización colectiva que, si bien tenía antecedentes coloniales, era obra de la «Revolución Institucional».[57] Con pocas excepciones, la crítica a la corrupción del régimen permaneció en los ámbitos privados. No podía ser de otra manera, porque el régimen era intolerante con la crítica pública. Al terminar el sexenio, muchos de los «trinquetes» o malos manejos aparecerían publicados en libelos y folletos, pero sin que se siguiera juicio alguno contra los posibles infractores y sin que se aportaran, a menudo, pruebas fehacientes. Tal vez el caso más sonado de corrupción en la época fue el que, según versiones publicadas con posterioridad, involucró la cuestión petrolera. A sabiendas del inminente arreglo con la compañía El Águila, Alemán y sus amigos habrían adquirido a precios bajos parte

de las devaluadas acciones de la compañía. Cuando el gobierno aceptó pagar a El Águila algo más de mil millones de pesos en quince anualidades, el grupo de Alemán redondeó el gran negocio.[58]

Es cierto que los generales revolucionarios se habían enriquecido gracias a sus puestos: Obregón, Calles, Cárdenas y Ávila Camacho poseían ranchos que no hubiesen podido adquirir únicamente con sus sueldos de militares. Muchos de los generales de la Revolución (famosos y oscuros) «cobraron» sus servicios haciéndose por la fuerza de las viejas haciendas porfirianas.[59] Pero la escala a la que el grupo H-1920 llevaba el proceso era algo nunca visto. El ensayista francés Jean-François Revel, «comisionado por la prestigiosa revista *Esprit* para preparar un artículo sobre la democracia mexicana», escribiría horrorizado (con el seudónimo de Jacques Severin): «Uno puede hacer todos los negocios que quiera en México, a condición de "ponerse de acuerdo" antes con el gobernador del estado o con alguna personalidad federal importante. Siempre se puede "interesar" a los políticos; México es, para los hombres de negocios, un paraíso».[60]

Los nuevos ricos se comportaban como tales: construían mansiones de película, organizaban bacanales romanas, el dinero fluía a raudales, la ostentación llegaba, sin recato ya, a las páginas de los periódicos. Jorge Pasquel, uno de los amigos de infancia de Alemán, aduanero poderoso, gran contrabandista y dueño de vastos latifundios, andaba con la célebre actriz María Félix. Ella recuerda en sus memorias:

«Cuando me hizo la corte estaba en la cumbre de su poder, porque su amistad con el presidente le abría todas las puertas, dentro y fuera de México. Cuando hice la película *Maclovia* en los lagos de Michoacán, me llenó de atenciones. Una vez le

dije por teléfono que se había acabado el hielo en el hotel de Pátzcuaro donde estaba hospedada con todo el equipo de filmación y a la mañana siguiente me mandó un hidroavión con un refrigerador. Le di las gracias impresionada y él quiso mandarme todos los días el hidroavión con manjares y golosinas. Era un lujo excesivo que contrastaba con la pobreza del lugar, y entonces le pedí que en vez de enviarme caviar y langostas, llenara el hidroavión con sacos de maíz, arroz y frijol para repartirlos entre los indios de Janitzio».[61]

«Vivimos en el cieno», declararía en 1952 Lombardo Toledano, mil veces arrepentido de haber destapado al «Cachorro»:

«… la mordida, el atraco, el cohecho, el embute, el chupito, una serie de nombres que se han inventado para calificar esta práctica inmoral. La justicia hay que comprarla, primero al gendarme, luego al ministerio público, luego al juez, luego al alcalde, luego al diputado, luego al gobernador, luego al ministro, luego al secretario de Estado…»[62]

Lombardo no dijo «… luego al presidente de la República», pero no hacía falta. De todos era sabido que el presidente seguía haciendo o haría negocios desde la política y que adquiría o expandía su participación en empresas de aeronáutica, telefonía, construcción, urbanística, siderurgia, tubería, televisión y, desde luego, en su ámbito consentido: la hotelería y el turismo en general. Y dado que el mismo presidente hacía negocios con el poder, la permisividad se extendió como en cascada a la corporación entera. Por lo demás, el gusto por los ranchos y las haciendas no descendió.

El ciudadano común toleraba la universalidad de la mordida porque o bien creía que los políticos eran *dueños* del poder y podían hacer su «regalada gana», o bien porque sabía que contra el uso impune del poder no había recurso eficaz.

Muy pocos advertían entonces que sólo el ejercicio real, no simulado, de la democracia y la división de poderes podía revertir la corrupción. La gente humilde de la ciudad se vengaba asistiendo al teatro Follies a reír con los *sketches* políticos del cómico Jesús Martínez «Palillo», «flagelador de los inverecundos», fustigador de «los políticos inmorales, pulpos chupeteadores del presupuesto nacional». Lo que no podía decirse por escrito y en público, se hacía público a través de las cadenas del rumor, como estos versos contra Alemán y su grupo, compuestos luego de que dejó la presidencia:

Alí Babá con sus cuarenta ratas
ha dejado a este pueblo en alpargatas.
Pero el sultán se siente muy feliz
gastando sus millones en París.
Si un nuevo sol en las alturas brilla,
¡maldito sea el sultán y su pandilla![63]

Que Alemán gustara de los deportes como el beisbol (había sido *pitcher* en una «novena» o equipo de Coatzacoalcos) no tenía nada de particular, pero no resultaba fácil conciliar sus discursos revolucionarios con su pasión por el golf. Junto con sus amigos construyó el Club de Golf México en el sur de la ciudad. En el bar Hoyo 19, un mural lo inmortalizaba con su atuendo de rigor y una cachucha característica. Hay quien sostiene que alguna vez tiró un «par de campo», pero los viejos *caddies* recuerdan una anécdota que lo desmiente: Alemán pega un tiro *(drive)* raso y malo («toppea» la pelota, como se dice), pero el compañero a su lado exclama: «¡Ésas corren, licenciado!». Desde entonces, todos los golfistas de México utilizan la expresión.

Alemán «chorreaba encanto», exclamaban sus amigos y

mascullaban sus enemigos. «Siempre andaba sonriendo», recordaba un paisano suyo; tenía «una sonrisa patentada».[64] «A todo mundo buscaba encantar», señalaba otro político novel en esos años.[65] Lo cierto es que Alemán, «aquel hombre de la sonrisa eterna», era irresistible. Prestaba una cortés atención a quien debía, cuando debía, cuanto debía. Encantaba sobre todo a las damas. El pueblo le endilgaba romances con todas las actrices de moda, hasta con la mismísima María Félix, de quien se decía que había construido un pasadizo subterráneo desde su casa en Polanco hasta la residencia oficial en Los Pinos. (El romance más conocido de Miguel Alemán fue con la guapísima brasileña Leonora Amar, con la que se paseaba por los aeropuertos del mundo muy poco tiempo después de dejar la silla presidencial.)[66] «Él no fumaba, ni bebía, pero todo lo demás sí», afirmaba uno de sus médicos.[67] Pero más allá de sus pasiones deportivas y eróticas, era el poder lo que lo atraía. El poder era el verdadero negocio, la mayor industria nacional. Por eso, hacia 1950, intentó retenerlo de varias maneras.

Algunas de ellas fueron simbólicas. Aspiró a ser académico de la lengua, y por supuesto lo logró. Quiso ser doctor *honoris causa* de la Universidad, y por supuesto lo logró (aunque algunos decían que el suyo era un doctorado *ignoramus causa).* Tuvo la manía de poner su nombre a todas las obras públicas que inauguraba (plazas, escuelas, avenidas, hospitales); pero al final de su régimen hizo algo nunca visto en el país desde los tiempos de otro presidente veracruzano: descubrir él mismo su estatua en la Ciudad Universitaria, como lo hizo Santa Anna con la estatua ecuestre que se hallaba en la antigua Plaza del Volador.

Puertas adentro, sólo un obstáculo le impedía perpetuarse en el poder y volver, ahora sí plenamente, a los buenos

tiempos porfirianos: el incómodo precepto de la «no reelección». En 1951, el quinto de gobierno, todo parecía posible. Se había organizado una campaña nacional para glorificar a Alemán. La CTM lo nombraba «Obrero de la Patria»; en la asamblea del PRI, el senador poblano Gustavo Díaz Ordaz proponía (y fue aceptado) que el ideario del Partido se enriqueciese con el «pensamiento del presidente Alemán». En ese ambiente de exaltación y utilizando como pretexto —según Lombardo— que la guerra de Corea anunciaba la inminencia de una nueva guerra mundial, Alemán sondeó seriamente, a través de su secretario particular, Rogerio de la Selva, la posibilidad de reelegirse o, cuando menos, de prorrogar su «mandato». Acaso lo hubiera logrado, de no ser por la decidida oposición de los viejos generales revolucionarios. Ávila Camacho se opuso a lo que con su acostumbrada caballerosidad formulaba como el «torpe intento de los falsos amigos del licenciado Alemán». Cárdenas le comentó a Gonzalo N. Santos: «Pobre licenciado Alemán, rodeado de tanto indeseable. Te autorizo para que digas tú, donde quieras y ante quienes sean, que el general Ávila Camacho y yo estamos completamente unidos y que nos opondremos tenazmente … a la reelección».[68] Pero ninguno de los generales reaccionaría con mayor vehemencia que el viejo padrino político de Alemán, el amigo de su padre, el hombre que había cobijado a la familia Alemán desde el remotísimo año de 1915: Cándido Aguilar.

A principio del sexenio, Alemán había nombrado a Aguilar vocal ejecutivo de la Comisión Nacional Campesina y le puso despacho en el Palacio Nacional, cerca de su propia oficina. El general, apasionado agrarista, comenzó a tomarse en serio su función, cosa que naturalmente lo enfrentó con algunos amigos de Alemán, en particular con el senador y coronel Carlos I. Serrano, que despojó a unos campesinos por los

alrededores de Matamoros. Al poco tiempo, Alemán pidió la renuncia de su querido «jefe». Meses más tarde, el general Cándido Aguilar desbarató —según testimonio de su yerno, el doctor Justo Manzur— un intento de Cárdenas por derrocar a Alemán con un golpe militar. De ser verdad, éste habría sido el enésimo servicio del viejo general al «Cachorro» Alemán. Pero en agosto de 1950 se disgustaron nuevamente:

«Se andaba haciendo propaganda para reelegir a Alemán. Y en Yucatán, entre los ejidatarios, pronunciaron discursos proponiendo la reelección de Alemán. Entonces el general Aguilar fue a hablar con él y le dijo:

»—Te va a costar la vida…

»Alemán le dijo:

»—No, general, yo no pienso reelegirme.

»Y aprovechó estas palabras el general Aguilar y fue al periódico y dijo:

»—Yo acabo de hablar con Alemán y dice que no se va a reelegir.

»Y ¡pum!, se derrumbó la reelección».[69]

Bloqueada la alternativa de la reelección o la prórroga, quedaba buscar la reelección disfrazada que paralelamente se estaba tramando: ceder el poder a uno de los amigos que le debían todo, el regente de la ciudad, Fernando Casas Alemán, famoso por la suntuosidad oriental de su casa y a quien algunos llamaban «el Príncipe Idiota».[70] Tan seguro estaba Casas Alemán de ser el candidato, que mandó imprimir toneladas de propaganda. Hasta el semanario *Newsweek* daba su «destape» por un hecho. No está claro por qué falló el intento. Al parecer, en el propio círculo íntimo de Alemán había divisiones y no faltó quien vetara a Casas Alemán. Pero

un hecho decisivo fue la actitud de Lázaro Cárdenas, que, a juicio del expresidente Ávila Camacho, era la «reserva moral de México».[71] Cárdenas repitió el amago de 1946: prestó un apoyo simbólico a la candidatura de Miguel Henríquez Guzmán, formalizada desde principios de 1951. El apoyo simbólico se limitó a la presencia ostensible de su familia en el grupo de Henríquez: su cuñado ocupó un puesto en la campaña, mientras que Amalia, su mujer, y su hijo Cuauhtémoc, repartían volantes u octavillas en los mítines de Henríquez. El propio Cárdenas anotó en su diario el sentido de su jugada. Cuando en marzo de 1951 recibe la visita de Henríquez, le dice: «A la representación nacional sólo se llega por uno de dos caminos, por voluntad unánime del pueblo, a tal grado que el gobierno se vea obligado a reconocer el triunfo, o cuando el gobierno simpatiza con la candidatura en juego, siempre que no haya oposición mayoritaria».[72]

Cárdenas esperó pacientemente a que el «henriquismo» creciera. La «voluntad unánime del pueblo» no se inclinaba por Henríquez, pero «dándole tiempo al tiempo» Cárdenas forzó un destape distinto al que hubiese preferido Alemán. El presidente debió comprender entonces que tampoco la reelección *por interpósita persona* le estaba dada y optó por su secretario de Gobernación, un civil de sesenta años de edad, Adolfo Ruiz Cortines. En ese momento, utiliza los oficios del ingeniero Adolfo Orive Alba —el miembro del gabinete más cercano a Cárdenas— para visitar al general en Michoacán y convencerlo para que apoye al candidato oficial. No sin renuencia, «dejándose querer», Cárdenas acepta entrevistarse con el candidato. Su hijo y su esposa dejan de asistir a los mítines henriquistas. En Jiquilpan, lugar natal de Cárdenas, el propio Henríquez se echa la soga al cuello y «desmiente que cuente con el apoyo de Cárdenas». Habiendo bloqueado la reelección real o virtual de Alemán, Cárdenas se plegaba a la

«institucionalidad».[73]

Los límites internos estaban claros. El presidente no podía reelegirse él, ni reelegirse a través de parientes o de amigos tan cercanos que fuesen, más que parientes, cómplices. El primer mandamiento del poder en México estaba escrito: «Cederás el poder al terminar tu sexenio».

Quedaba probar la gloria externa. «Ser superior por sus merecimientos así como por sus loables esfuerzos pacifistas», «gran ciudadano de América, orgullo de México», no podía menos que aceptar que su nombre se propusiera para el Premio Nobel de la Paz. En el Senado, la moción se votó por unanimidad.[74] Aquel año, por desgracia, el jurado de Oslo informó que había veintisiete candidaturas y finalmente declaró vacante el premio. Al enterarse, el presidente Alemán repitió quizá la escena palaciega de la que los maledicentes hablaban tanto en la calle:

«—¿Qué horas son, Rogerio?

»—Las que usted guste, señor presidente».[75]

Maquinaria electoral

«Eran otros tiempos», explicaba Alemán, muchos años después, a los animados asistentes a una comida, y procedió a narrar con lujo de detalles su contribución a la maniobra electoral de 1940. Era el jefe de la campaña de Ávila Camacho. Sabía que la ciudad de México era abrumadoramente almazanista. «Estas elecciones no se pueden perder», le había dicho a su candidato. «Proceda usted», habría contestado «el General Caballero». Entonces Alemán puso en marcha un dispositivo militar de toma de casillas similar al de Gonzalo N. Santos. Emplazó su cuartel general en un taller de alquiler de coches, donde concentró soldados, máuseres, pistolas y metralletas. Cuando llegaban noticias de que una casilla había sido «tomada» por almazanistas —la de la calle de Cozumel,

por ejemplo—, el licenciado Alemán enviaba brigadas con la consigna de robar las urnas sin miramientos, llegando a utilizar de modo preventivo o efectivo las metralletas. «Misión cumplida», le habría dicho al jefe. «Así se ganaron las elecciones … el premio fue la Secretaría de Gobernación … eran otros tiempos.»[76]

Antes del nacimiento del PNR, en 1929, las sucesiones presidenciales se resolvían a balazos. Ya en tiempos del PNR, pero antes de la institucionalización del sistema político mexicano, las elecciones corrían el riesgo de que se establecieran rivalidades entre los revolucionarios, hecho que generalmente volvía a conducir a los balazos. Vasconcelos tenía más cartas revolucionarias que su rival Ortiz Rubio, Almazán había participado en más batallas que su oponente Ávila Camacho. La diferencia entre ganadores y perdedores residía en que los primeros pertenecían al partido de la Revolución; en ambos casos la victoria fue más que dudosa y costó mucha sangre. No fue sino hasta la tercera transformación del partido en 1946 (la que dio lugar al nacimiento del PRI), cuando la recurrencia a los balazos fue mucho menor. El secreto estaba en que el PRI había desarrollado una compleja, original y maquiavélica tecnología de control electoral.

La vieja ley electoral carrancista de 1916 disponía que las casillas pertenecían a los ciudadanos que llegasen primero a ocuparlas, lo cual convertía a la casilla en un bastión de poder. Muchos de los terribles incidentes de 1940 provenían de esta disposición: había que tomar las casillas antes que el enemigo, desplazarlo de las casillas que hubiera tomado, apoderarse por la fuerza de las urnas o, por lo menos, intimidar a los votantes de oposición. La nueva ley de 1946 encomendaba el control de las elecciones y de las casillas a comités distritales de

vigilancia controlados a su vez por el gobierno. Fue entonces, en las elecciones que llevaron al triunfo a Alemán, cuando en verdad comenzó la era moderna del partido de la Revolución.

Los métodos desafiaban la imaginación y abarcaban todos los pasos del proceso electoral, desde sus prolegómenos hasta el último minuto del conteo. Meses antes del primer domingo de julio (día en que cada seis años se celebra la elección para «la grande», es decir, para la presidencia), se celebra un empadronamiento amañado y selectivo: se segrega del padrón a los sospechosos de simpatizar con la oposición y se privilegia a los miembros del PRI. Se niega la entrega de credenciales a electores independientes y se les suplanta por electores simulados a quienes se provee de «credenciales provisionales». Todos los burócratas y gran parte de las organizaciones oficialistas de obreros y campesinos reciben la consigna de votar masivamente por el candidato oficial, a riesgo de perder respectivamente (método del «palo») sus puestos, empleos o tierras, o con la promesa (método del «pan») de acrecentarlos. Muchas veces estos votos se depositan como relleno días antes o después de la elección, en urnas separadas que se integran al conteo final. Grandes camiones de línea acarrean campesinos desde lugares remotos para votar, portando boletas previamente señaladas a favor del PRI, en una casilla que no corresponde o ya se encuentra cerrada.

El «sufragio efectivo», parte primera del lema maderista, se desvirtúa de mil maneras: si una casilla va mal, brigadas de choque la asaltan, roban las urnas, amenazan a los votantes, expulsan con la frecuente ayuda de la policía a los representantes de otros partidos y, ocasionalmente, recurren a los balazos. Un acta se pierde, un fotógrafo que saca imágenes del fraude es golpeado por pistoleros, las urnas están llenas antes de que empiece la votación, hay incontables casos de

personas registradas tres o cuatro veces, otros traen consigo cincuenta o cien boletas de elector y pagan gente para que entre a votar varias veces. Días más tarde, mientras ocurre el conteo, los medios de información reciben la consigna de adelantar el triunfo del candidato oficial.

En las elecciones de 1952, contendieron contra el candidato oficial Ruiz Cortines tres aspirantes principales: el general Miguel Henríquez Guzmán, el licenciado Efraín González Luna (por el PAN) y Vicente Lombardo Toledano, por el Partido Popular, que había fundado en 1948. Según *El Popular*, órgano de Lombardo, las irregularidades electorales de 1946 se repitieron en 1952, con modalidades nuevas o renovadas: en varias fincas de Tlalpan se encontraban grupos de campesinos acarreados del estado de Morelos «para formar grupos de choque» en las elecciones; se presentaban votantes con botones amarillos, contraseña convenida para que los responsables de la casilla los dejaran votar varias veces; albañiles de la Ciudad Universitaria y trabajadores de transporte y limpia del Departamento del Distrito Federal viajaban en peñas o «porras volantes» a votar sin credencial ni padrón; los propios presidentes de casilla robaban las urnas; se instalaban casillas clandestinas; en San Luis Potosí, sostenía Lombardo, «hasta los niños de las escuelas primarias fueron obligados a votar, y en la capital de ese estado las fuerzas armadas votaron varias veces»; los empleados de la compañía oficial de subsistencias populares, CEIMSA, fueron «llevados el día anterior a las bodegas de la compañía en Peralvillo, donde bajo amenaza de gente del PRI se les obligó a llenar boletas en favor del candidato de dicho partido».[77] Para asegurar el triunfo, con remache del proceso, siempre quedaba el último recurso, el de la violencia, que en 1952 volvió a utilizarse con liberalidad similar a la de 1940. Al otro día de las elecciones el gobierno lanzó a la policía montada

contra los manifestantes henriquistas en el Hemiciclo a Juárez. Hubo escenas de brutalidad y un número de muertos que permanecería indeterminado porque, según ciertas versiones, habrían sido incinerados.

«El PRI es un organismo de legitimación electoral», admitía Antonio Mena Brito, un antiguo militante del PRI, director de Acción Juvenil del Partido en los años cincuenta. Lo había sido desde su origen, pero Cárdenas le había dado un poder real: la integración orgánica de las masas obreras y campesinas como fuerzas eventuales de choque. El PRI alemanista conservaba el diseño corporativo pero lo ponía al servicio de su maquinaria electoral. «En los meses anteriores a "la grande"», recuerda Mena Brito, «el PRI era el consentido.» Tenía todo el apoyo en especie, y a veces en efectivo, del gobierno. «Bastaba una tarjeta del PRI para que lo recibiera a uno cualquier secretario de Estado. A mí me preguntaban "¿qué quieres? ¿papel?". Y me lo daban. Me invitaban a comer, a cenar. Pero, al concluir el periodo de las elecciones, el PRI se volvía una especie de mendigo del poder público.» Años más tarde, el presidente López Mateos (1958-1964) le diría a Mena Brito, por entonces senador de la República, que el lapso entre una «grande» y la siguiente, «es la etapa en la que el PRI tiene que inventar su trabajo».[78]

Uno de los trabajos que «inventaba» era la fabricación de la retórica revolucionaria. Pasada la «grande», en abril de 1947, el general Rodolfo Sánchez Taboada, activo presidente del PRI, dio a conocer su plan de acción: «… ilustrar al pueblo sobre el contenido de la Constitución … emprender una campaña en pro del respeto y la obediencia a la ley … orientación cívica del pueblo para orientar la responsabilidad del ciudadano …»[79] En el primer Comité Ejecutivo Nacional del PRI (instalado el 5 de diciembre de 1946), había dos

futuros presidentes de México: el segundo secretario, Adolfo López Mateos, que muy pronto pasaría a ocupar su curul en el Senado, y un joven licenciado de veintiséis años, Luis Echeverría, a quien se encargaría la Secretaría de Prensa. Entre sus funciones estaba la organización de los juegos florales de la Revolución, el primer concurso de oratoria del PRI y un certamen sobre historia de la Revolución mexicana.

Sánchez Taboada y los jóvenes licenciados que lo rodeaban quisieron instituir elecciones primarias en el partido. Para ello alentaron a la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (la CNOP), que debía representar a la clase media, y probaron la fórmula en algunos estados, pero los sectores campesino y obrero hicieron abortar el intento. A partir de entonces, el «reparto del queso» electoral para el poder legislativo en los niveles federal, estatal y local se hizo mediante representación corporativa y no individual, en asambleas a puerta cerrada. Los sectores del PRI, en especial el sector obrero, sabían que contaban con una parte del queso, pero la última palabra en ésa y en todas las cuestiones electorales la tenía el dueño del queso y del cuchillo: el presidente de la República.

El general Sánchez Taboada nunca tuvo dudas de que el presidente era el dueño del PRI, pero las circunstancias que rodearon al «destapamiento» de Ruiz Cortines seguramente se lo confirmaron. Un testigo presencial de los hechos le narró a Cosío Villegas su versión. Sánchez Taboada comía con sus amigos en el Restaurant Tampico del centro de la ciudad.

«Quería que, en cuanto se recibiera de la presidencia el nombre del ungido, todos se pusieran a trabajar en su destapamiento oficial. Se acabó el almuerzo, vino el café, la copa de coñac, y la buena nueva no llegaba. Otro café, otro

coñac, y ¡nada! Pero a las dos horas llegó el primer telefonema: nada se había decidido aún. A la hora siguiente, otro telefonema: seguía el examen reñido de los posibles candidatos. A la tercera llamada, Sánchez Taboada regresó a la mesa malhumorado por la larga espera … y exclamó: "¡Ahora resulta que hasta el viejito Ruiz Cortines quiere ser presidente!" Y a la media hora escasa [vino la confirmación]. Sánchez Taboada comunicó la noticia a sus comensales sin otro comentario que un "a trabajar muchachos".»[80]

Vendría la campaña, los discursos, los volantes u octavillas, las manifestaciones, la «cargada». La maquinaria electoral se ponía en marcha. Había llegado la hora de «la grande».

La marcha de la obediencia

Ávila Camacho había logrado la subordinación definitiva de los dos grandes poderes reales al sistema: los caciques y el ejército. Si Gonzalo N. Santos había soñado con ocupar un puesto en 1940, en 1946 entendió que el plazo que le pedía Alemán para nombrarlo miembro de su gabinete era ficticio: «En política, lo que se aplaza no se verifica».[81] Aunque Santos, como muchos otros caciques, conservó su feudo intacto muchos años, el levantamiento armado de un cacique contra el gobierno resultaba ahora impensable.

En lo que al ejército respecta, en su sexenio Alemán no hizo sino completar la obra de su predecesor: fundó el Banco del Ejército y la Armada (9 de mayo de 1947), creó la primera colonia urbana militar, rejuveneció los altos mandos, modificó la división territorial militar y —acto político supremo— se dio el lujo de designar como secretario de Defensa a Gilberto R. Limón, hombre que formaba parte de las fuerzas que sitiaron al general Miguel Alemán González hasta orillarlo a la muerte en 1929. De la célebre frase de don Porfirio: «En política no tengo ni amores ni odios», el

presidente Alemán cumplía puntualmente con la segunda parte.

Alemán heredó de sus dos antecesores la obediencia de los campesinos incorporados en el PRI. No obstante las protestas de los viejos generales revolucionarios que hacia final del sexenio trabajaban en la formación de un nuevo partido (el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, PARM), Alemán no varió un ápice su política agraria y contó con el apoyo —a veces sólo tácito, pero no menos eficaz— de la Confederación Nacional Campesina. Por lo demás, en el interior del PRI, las nuevas generaciones de políticos hacían esfuerzos por formar otros «paquetes» que hicieran contrapeso a obreros y campesinos, grupos obedientes de clase media para ofrecerlos a las autoridades. La variedad corporativa de los tiempos coloniales reapareció en la estructura del PRI con las siglas más variadas. Alguien formaba un paquete con mujeres profesionistas, otro con arquitectos revolucionarios, otro con autores musicales.

La integración subordinada del sector obrero fue infinitamente más compleja, y de hecho nunca se logró del todo. Calles, Morones, Cárdenas y Lombardo habían utilizado a los obreros como ejércitos sociales de reserva. Los obreros eran cada vez más conscientes de esa fuerza y algunos de sus líderes pensaron que México podía convertirse en un Estado sindical o corporativo, encabezado por los obreros o, más bien, por los líderes de los obreros. Si Alemán quería crear las bases de una economía de mercado regulada por el Estado, tenía que sentar nuevos precedentes y hacerlo frente a las dos grandes empresas estatales: Petróleos Mexicanos y Ferrocarriles Nacionales.

«No deben realizarse paros ilícitos», había advertido con toda claridad Alemán el primero de diciembre de 1946, en su

discurso de toma de posesión.[82] Unos días más tarde, recibe la primera amenaza de paro por parte del sindicato petrolero. Su respuesta es inmediata: la madrugada del 19 de diciembre los soldados ocupan las instalaciones de la refinería de Atzcapotzalco y las gasolinerías. La distribución y expendio de gasolina no paró un solo día. Para los líderes se trataba de una agresión. Para los alemanistas, era una acción necesaria.

«Desgraciadamente», recordaba Marco Antonio Muñoz, gobernador de Veracruz entre 1950 y 1956, «los líderes se habían convertido en abusadores … acostumbraban hacer paros ilegales de la noche a la mañana … ¿cómo íbamos a fomentar y fortalecer la economía de un país que estaba sujeto al capricho de sus líderes? Tuvo que constreñírseles … Cuando un grupo quiere romper el orden, el gobierno pone el orden y lo hizo el presidente Alemán, haciendo sentir que la paz pública está sobre un grupo.»[83]

En una comida de amigos en que estaba con ánimos de hablar claro, Alemán narró las entretelas del caso. Antes del paro había instruido a Antonio Bermúdez, el hábil y capaz director de Petróleos Mexicanos, para que concediera al sindicato un aumento de salario del 10 por ciento, con opción de subir al 15 por ciento. Los líderes lo rechazaron: querían varios puntos más. Luego de la intervención del ejército, las partes habían vuelto a la mesa de negociación. Ahora eran los líderes quienes aceptaban el 15 por ciento, pero la empresa se bajó de nueva cuenta al 10 por ciento original. Los líderes no tuvieron más remedio que aceptar. Tuvo lugar una comida de reconciliación a la que asistió el presidente. Ya con copas, los líderes comentaron:

«—Pero si nada más lo estábamos calando, señor presidente».

»A lo que Alemán contestó, entre burlas y veras:

»—¡Pues ya me calaron, hijos de la chingada!»[84]

También la acción de Alemán había calado hondo en el ánimo de los sindicatos de industria más poderosos del país, que «pusieron sus barbas a remojar». En marzo de 1947, la mayoría de ellos abandona la CTM (telefonistas, mineros, petroleros, telegrafistas, tranviarios, electricistas, obreros del cemento) y trabajan junto con los siempre combativos ferrocarrileros en la integración de una nueva central independiente del régimen, la Confederación Única de Trabajadores, CUT. Cuenta con un contingente aproximado de doscientos mil obreros. El caudillo de la nueva organización en ciernes es el líder de los ferrocarrileros Luis Gómez Z. Días antes había contendido para encabezar la CTM, pero la alianza de Lombardo Toledano y Fidel Velázquez lo había neutralizado.[85]

Mermada pero no vencida, apoyándose en multitud de sindicatos pequeños y en el reclutamiento al vapor de burócratas y organizaciones campesinas, la CTM capea el temporal y cambia su lema: en lugar del socialista «por una sociedad sin clases», adopta el nacionalista «por la emancipación de México». Lombardo inspira el cambio, pero desde mediados de 1946 ha anunciado su propósito de formar un partido político independiente del gobierno, el Partido Popular. Fidel Velázquez había prometido apoyarlo, pero a los pocos meses la alianza entre el obrero y el intelectual se rompe con un anuncio histórico: ningún obrero de la CTM podía pertenecer a otro partido que no fuera el PRI. Menos aún a un partido de «comunistas» como el que pretendía formar Lombardo. La ruptura de Lombardo con la CTM, en noviembre de 1947, propiciaría que comenzara a fraguarse el pacto entre el gobierno y la organización sindical más importante de México.[86]

El movimiento obrero tendría un caudillo suprasexenal, un Porfirio Díaz de la clase trabajadora: Fidel Velázquez. Nacido en 1900 en San Pedro Atzcapotzaltongo (Estado de México), en su niñez había trabajado en el campo. Ya en la ciudad de México, fue aprendiz de carpintero. Trabajador de la compañía lechera El Rosario, creó en 1924 la Unión Sindical de Trabajadores de la Industria Lechera. Hacia 1929, su radio de acción se había ampliado de manera notable: dirigía la Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal, afiliada a la poderosa CROM de Morones. Desde entonces fungía como el representante mayor del grupo de líderes conocido como «los Cinco Lobitos»: Amilpa, Yurén, Sánchez Madariaga, Quintero y Velázquez. En los años treinta, se desligó poco a poco de la CROM de Morones (que se desmoronaba tras el asesinato de Obregón) y se acercó a la CGOCM de Lombardo Toledano. Con él, fundó la CTM en 1936 y segregó a los comunistas en 1937. En tiempos de Ávila Camacho, mientras Lombardo viajaba por América Latina como secretario de la CTAL, Velázquez afianzaba su liderazgo en la secretaría general de la CTM. Cuando en 1947 Lombardo intentó separar a la CTM del PRI y atraerla a su nuevo Partido Popular, los «Lobitos» y el viejo lobo Fidel se negaron a acompañarlo en la aventura.[87] Desde entonces, la clave del éxito de Fidel Velázquez consistiría en tener una idea precisa de los límites de su poder. A diferencia de Morones, secretario de Industria y Trabajo de Calles que había soñado con ser el presidente de los mexicanos, Velázquez se conformó con ser el presidente vitalicio de los obreros mexicanos. A diferencia de Lombardo Toledano, que con frecuencia supeditó la práctica sindical a la teoría marxista (y quiso también ser presidente), Fidel era un ave rara, un camaleón ideológico; daba pasos a la izquierda o a la derecha, según conviniera mejor a su encomienda específica:

la *intermediación* entre el gobierno y los obreros. Muchos intelectuales y líderes de izquierda lo consideraban un manipulador de la clase obrera, un «lacayo de los intereses del gobierno aliado a los empresarios». Pero su permanencia en el poder sindical durante más de medio siglo (en 1997 seguía en esa posición, tan campante) sugiere que su desempeño había sido notable. En el interior de su pirámide sindical, Fidel Velázquez reproducía la consigna porfirista del «pan o palo». En la CTM todo se toleraba, todo salvo la independencia de los sindicatos, cuyos movimientos más leves debían contar con la aprobación del «compañero Fidel». Sus célebres anteojos negros, el laconismo de su hablar entre dientes, su finísima ironía, pertenecen a la leyenda política de México. Para muchos, Fidel sería el político mexicano más importante de los últimos cincuenta años. Para él, Alemán merecía ese título.

A mediados de 1948 se anunció una devaluación de casi el 100 por ciento. Los sindicatos de industria fundaban la CUT. Los campos se definían. Del lado del presidente estaba fundamentalmente la CTM, columna vertebral del PRI que moderaba sus demandas en nombre de la «unidad nacionalista». También con el régimen, pero al margen de la CTM, estaban varias antiguas organizaciones obreras como la CROM, la CGT, los sindicatos textiles (agrupaciones que, en total, reunían quinientos mil obreros). Frente al presidente, o luchando por un margen de independencia, estaba la CUT, además de una nueva agrupación sindical formada por Lombardo (ambas contaban en total con trescientos mil obreros). Entonces sobrevinieron hechos definitorios. Alemán no esperó a que el sindicato de la otra gran empresa estatal —los ferrocarriles— lo calara: él se adelantó a calarlos.



Anónimo, *Miguel Alemán con Vicente Lombardo Toledano y Fidel Velázquez*, mayo de 1945. Archivo General de la Nación

Desde principios de 1948, en la secretaría general del Sindicato de Ferrocarrileros había sucedido a Luis Gómez Z. un personaje pintoresco, Jesús Díaz de León, a quien apodaban «el Charro» por su folclórica costumbre de asistir a las asambleas con esa vestimenta. Una vez en la silla de montar sindical, «el Charro» ejecutó, con apoyo oficial y policiaco, una suerte riesgosa: se dio un autogolpe de mano desplazando a los miembros de su propio comité ejecutivo afines a Gómez Z. y a la tendencia comunista. Gómez Z. fue acusado de fraude, perseguido y encarcelado. A los seis meses salió libre, sin que pudiese probarse que había desviado dinero de los ferrocarrileros para la fundación de la CUT; sin embargo, carecía ya de medios para influir en la marcha del sindicato. En privado, Alemán lo llamó para aconsejarle que no agitara más. Por unos años, Gómez Z. cambió de oficio y se dedicó a lo que todos se dedicaban: a los negocios. Vendió automóviles. «Mi éxito se acrecentó cada día», recuerda en sus memorias, «y mis ingresos fueron siendo [*sic*] importantes, lo que me permitió vivir con holgura y pude satisfacer ciertas excentricidades como la de iniciarme en el golf.»[88] En cuanto a Díaz de León, a partir de entonces, a todo líder obrero que se vende se le ha llamado y se le sigue llamando en México «líder charro».[89]

Durante el sexenio tuvieron lugar algunas huelgas (Altos Hornos, Compañía de Luz, Ford Motor Company) que las instancias oficiales declararon inexistentes. Ante la derrota de la CUT, se intentó crear la nueva Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), pero la Secretaría del Trabajo le negó el registro. Con todo, en 1952 nacería otra central, la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, o CROC. El presidente terminó su periodo con la misma inflexible decisión con que lo empezó: «… no deben

realizarse paros ilícitos». Por eso, ante la llamada «marcha del hambre» de los mineros despedidos por la empresa minera de Nueva Rosita (Coahuila), quien tuvo que intervenir para calmar los ánimos obreros sin necesidad de cesión alguna por parte de la empresa fue el general Cárdenas.

Las reglas que regirían el juego por medio siglo estaban claras: con el gobierno, «pan»; contra el gobierno, «palo». Significativamente, en diciembre de 1951, los petroleros regresaban a la CTM. Tras ellos, una larga marcha obrera volvería al redil. La CTM designó a Alemán «primer obrero de la patria» y «secretario general honorario».

«En México no hay sindicalismo, sino corporativismo dirigido» escribía, con exageración, Jean-François Revel (alias «Jacques Severin»).[90] Si todos los líderes de la CTM hubiesen sido «charros», la CTM no hubiera sobrevivido, porque los obreros, con toda su sumisión, no los habrían tolerado. Los sucesivos «palos» dados por Alemán habían sentado las bases del pacto y trazado los límites de maniobra, pero sin una amplia y variada oferta de «pan» por parte del gobierno a los líderes, y de éstos a los obreros, cualquier arreglo se hubiera desmoronado. El primer «pan» consistía en una pequeña tajada de poder político en la cámara de diputados y, eventualmente, en la de senadores (Fidel Velázquez fue senador por el Distrito Federal entre 1946 y 1952). El segundo «pan», el de los líderes a los obreros, consistía en lograr para ellos una tajada del pastel económico nacional mediante la presión sindical a las empresas.

Los obreros de aquella empresa litográfica eran un buen ejemplo. Estaban afiliados a un antiguo sindicato fundado en 1920 y perteneciente a la CTM: la Unión de Artes Gráficas. En la fábrica había elecciones internas para designar delegados y subdelegados. Estas elecciones eran genuinas. El

sindicato, a su vez, también celebraba comicios periódicos para renovar su comité ejecutivo o, en su caso, para reelegirlo. En la vida sindical, a diferencia de la política, no operaba el dogma de la «no reelección», lo cual podía tener sus inconvenientes, pero permitía un conocimiento mayor entre los líderes y sus representados. Las elecciones internas en el sindicato eran reales, tan reales que a veces terminaban a balazos o con uno de los dos contendientes entre rejas.

En el local sindical, por la tarde, el comité ejecutivo atendía a los obreros en mil y un asuntos: despidos, permisos, solicitudes de ascenso, quejas sobre malos tratos, préstamos en efectivo, recomendaciones a parientes o amigos, uniformes del equipo de futbol, festivales del día del litógrafo, asistencia a una misa por la inauguración de una fábrica, otorgamiento de créditos para la compra de una vivienda, etcétera. En una gran antesala con retratos del señor presidente y de los héroes de la patria, muchos esperan al líder. Lo esperan horas enteras, porque el líder no tiene límite de tiempo en su agenda. Los afiliados son miles, pero escucha y habla con cada uno personalmente, a cada uno lo conoce por su nombre. El líder es el patriarca de la organización, un pequeño Fidel Velázquez, el presidente de la República en miniatura.

Las negociaciones con la empresa no se simulan. Cada dos años hay aumentos de salario y revisión del contrato colectivo, pero el sindicato presiona constantemente para subir el tabulador. Es verdad que los patrones sostienen pláticas secretas con los líderes en un discreto restaurante de la ciudad; es verdad que los líderes a veces —no siempre— reciben «mordidas»; pero las maniobras a espaldas de los obreros tienen un límite, porque éstos no aceptarían migajas y porque existe oposición dentro del sindicato. Si una planilla opositora se enterara de arreglos turbios, no dudaría en denunciarlos ante las autoridades de la CTM ni en llegar, de

ser preciso, al juez de jueces, al mismísimo «compañero don Fidel», que para todos tiene la puerta abierta.

El sindicato, a cambio de su papel de intermediario entre los obreros y los patrones, exige fidelidad total. Contra el obrero siempre pende la llamada «cláusula de exclusión» por medio de la cual un sindicato puede despedir al trabajador (cosa que a la empresa le es imposible, a menos que pague una indemnización de tres meses y algunos días por año de antigüedad). La empresa no puede contratar a ningún trabajador de manera independiente. Todas las contrataciones deben hacerse por medio del sindicato. Si un trabajador no cumple con las exigencias gremiales (asistir al desfile obrero del primero de mayo, votar por el PRI cada seis años, acudir a un mitin político), puede recibir una severa reprimenda. En los casos de burócratas, la reprimenda suele llegar al despido.

Muchos obreros de esa fábrica habían llegado del campo y sentían que el paso a la industria y la ciudad significaba un progreso indudable con respecto a la vida de sus padres. Nunca pierden el vínculo con sus pueblos, desde ellos reciben cartas y hacia ellos mandan dinero. Hay quien pide permiso cada año para ausentarse unos meses y sembrar sus «tierritas», no vayan a querer despojarlo del ejido. Pero la mayoría se arraiga definitivamente en la ciudad. Alguno ha comprado ya «un terrenito», otro está pagando su departamento de vecindad o posee una flamante «carcacha». En su «humilde casa», como ellos dicen, pueden encontrarse casi todos los instrumentos modernos comprados por ellos a plazos: lavadora, refrigerador, plancha, radio. La vida era dura para aquellos obreros en tiempos de Alemán, pero sin necesidad de comprobarlo con estadísticas, sabían que su situación era mejor que la de la gran mayoría de los mexicanos.

La frase correcta de Revel (Severin) debió ser: «En México hay sindicalismo real y corporativismo dirigido».

Los subordinados

En el siglo XIX, según estudios de Gabriel Zaid, los presidentes de México gobernaban con cuatro ministros: el de Guerra y Marina, el de Justicia, el de Relaciones Interiores y Exteriores, y el de Hacienda. Con don Porfirio aumentó el dinero destinado a la cartera de Fomento, al grado de absorber el 23 por ciento del presupuesto. Con el Estado revolucionario, el fomento se volvió más importante que el gobierno. En el periodo de la «Revolución Institucional» (1946-1970), casi todo el gabinete llegaría a ser de fomento, con decenas de secretarías, departamentos y comisiones dedicados a administrar operaciones mineras, agropecuarias, petroleras, industriales, comerciales, educativas, de comunicaciones y transportes, asistenciales, bancarias, hospitalarias, etcétera. Entre 1935 y 1946, el presupuesto destinado a las actividades de fomento alcanzó el 56 por ciento y llegó al 66 por ciento una década más tarde. Ya fuera para el fomento o para el gobierno, las llaves del presupuesto las tenía una sola persona: el señor presidente.[91]

Por fortuna para el país, Alemán afianzó una práctica que seguirían a pie juntillas todos los presidentes hasta 1970: ceder la llave a quienes verdaderamente sabían cómo, en qué medida y cuándo usarla: los secretarios de Hacienda y los directores del Banco de México. Se trataba de una regla no escrita de la administración pública desde tiempos de don Porfirio: la autonomía del sector hacendario y financiero. Por dieciocho años, Limantour había dirigido la economía de México con excelentes resultados para la economía y las finanzas del país. Los sonorenses (1920-1934) siguieron la receta: sus hombres de confianza, en diversos periodos,

fueron Pani, Gómez Morin y Montes de Oca. Cárdenas y Ávila Camacho tuvieron como secretario de Hacienda a Eduardo Suárez (1935-1946). Alemán tuvo a Ramón Beteta en Hacienda y a Carlos Novoa en el Banco de México. Ambos desempeñarían bien su papel, superado por las administraciones siguientes hasta 1970.

En tiempos de Obregón, el presidente nombraba personalmente incluso a los maestros de la Universidad. Al establecerse el sistema político mexicano, el presidente en turno llegaría a nombrar secretarios, subsecretarios, oficiales mayores, senadores, diputados, jueces, magistrados, gobernadores, el regente del Distrito Federal, secretarios de gobierno, embajadores y uno que otro presidente municipal. Todos tenían un objetivo común: «quedar bien con el jefe», para empezar, quedar bien con el jefe inmediatamente superior y, en último término, con el jefe de todos los jefes: el Señor Presidente. Como es natural, la «empleomanía», ese mal endémico del país que había denunciado el doctor José María Luis Mora en el siglo XIX, siguió siendo una enfermedad nacional. Muchos mexicanos soñaban con tener «chamba» en alguna de las múltiples estribaciones burocráticas del poder ejecutivo, ganar dinero, subir escalones y sentir que su progreso personal era el progreso de la patria. No es casual que un viejo amigo de Alemán que había vivido siempre gracias a los puestos públicos —César Garizurieta, «el Tlacuache», fundador con Alemán de la agrupación Socialistas Veracruzanos—, acuñara una de las frases más célebres del diccionario político mexicano: «Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error». Hombre coherente, cuando años después se quedó sin trabajo, «el Tlacuache» se sintió a la intemperie y se suicidó.

Se fue recreando en el país una cultura cortesana. En vez de dirimir en la plaza pública los problemas nacionales, la

familia revolucionaria solía lavar los trapos sucios en casa y recurría a la intriga palaciega, la penumbra, el cuchicheo, la puñalada trapera. Los periódicos informaban poco y mal, de ahí que el medio específico de información política fuera el rumor. Un entretenimiento nacional —además del futbol, los toros, la lucha libre y el box— era adivinar lo que pasaba por la mente del hombre que despachaba en el viejo palacio de los virreyes.

La silla presidencial era una, pero quien se sentaba en ella tenía dos funciones: presidir el gobierno y ser jefe de Estado. La primera implicaba una gama inmensa de atribuciones y el uso discrecional de enormes recursos económicos. La segunda llevaba consigo todo un boato ceremonial. Como en la época porfiriana, el presidente ostentaba el poder supremo de la nación y oficiaba como supremo sacerdote de la patria. El mes de septiembre, «mes de la patria», era el más activo. Mientras en la calle aparecían los vendedores de banderitas nacionales, el presidente cumplía con varias actividades. El día primero leía su informe de gobierno en el Congreso (adonde Alemán llegó, en 1951, luego de cruzar una serie de arcos triunfales, como solían hacerlo los virreyes novohispanos). Nadie lo interrumpía ni interpelaba. Un diputado del PRI le contestaba cada año con un elogio de los «logros alcanzados por la presente administración». El 13, rendía honores a los Niños Héroes de Chapultepec. El 15, daba «el Grito» en el Zócalo.

Hacia 1954, un joven poeta fascinado, intrigado, asqueado por el despliegue de poder alemanista, escribió un poema que expresaba el pasmo de muchos mexicanos frente al gran tótem, viviente y sexenal, que los había gobernado:

> Yo soy el Excelentísimo Señor Presidente don Fulano de Tal

Y cuando la tierra trepida
y la muchedumbre muge
agolpada en el Zócalo
y grito «¡Viva México!»
por gritar «¡Viva yo!».[92]

El poder recaía en la investidura presidencial, no en la persona del señor presidente; pero el poder era tan absoluto que los rasgos específicos de la persona se trasmitían por fuerza a la vida política del país. El temperamento, el carácter, las simpatías y diferencias, la educación, las experiencias *personales* del presidente, daban a cada gobierno un sello peculiar. La psicología presidencial influía, no siempre de manera negativa, en el destino nacional. El fenómeno, ciertamente, no era privativo de México. En cualquier tiempo y país, el gobernante determina con su personalidad la vida política. No obstante, al menos en las democracias occidentales, la división de poderes, la prensa y otras formas del escrutinio público han propiciado el ejercicio institucional, no personal, del poder. En México, los valladares que separan la biografía presidencial de la historia nacional son muy débiles. Bien vistos, los presidentes del México institucional eran herederos naturales de Santa Anna, Juárez, Porfirio Díaz, Madero, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas, hombres que habían enlazado su vida con la de México reduciéndola por momentos, para bien o para mal, a una biografía del poder.

«A los ojos de la opinión nacional», escribía Cosío Villegas, «nada hay tan despreciable como un diputado o un senador … han llegado a ser la medida de toda la espesa miseria humana.»[93] Apenas exageraba. De la gran tradición parlamentaria del México liberal pocos se acordaban. Nada tenían que ver los diputados de «ahora» con los de «antes»:

los que se envolvían en la bandera nacional en la caótica Convención de Aguascalientes en 1914 o los utopistas radicales del Constituyente de 1917. Ni siquiera con los diputados que en los salvajes veintes resolvían las diferencias a balazos. Al disolver «por sus pistolas» la legislatura callista e imponer una a su medida, Cárdenas había dado el tiro de gracia al Congreso. Así, ya en 1940, los diputados y senadores habían vuelto a la ortodoxia porfiriana: formaban un club de amigos del presidente.

El paso del tiempo acentuó aún más la docilidad del Congreso. Muy rara vez se dio el caso de que un «representante» representara a su distrito o los senadores a su estado. Los diputados hacían campaña cada tres años, y los senadores, cada seis: pronunciaban discursos, recibían peticiones, hacían promesas. Pero todos sabían que se trataba de un ritual. Una vez electos, apenas volvían a pararse por allí, porque su puesto no lo debían a la elección de los votantes sino a la voluntad del Gran Elector que había «palomeado» o señalado previamente su nombre en la lista de «aspirantes». Cuando en 1943, celebradas ya las elecciones legislativas, la autoridad modificó su decisión de apoyar al candidato triunfador de Oaxaca y se inclinó a última hora por otro «más influyente», el desairado subió a la tribuna y se suicidó.[94]

Parte del problema debía atribuirse al texto constitucional, que extendió el principio de la «no reelección» a los legisladores, impidiendo así la relación entre los ciudadanos y su supuesto representante. Sea como fuere, el paso de los diputados o senadores por la Cámara baja o alta era eso, un paso, un escalón hacia las alturas de la administración pública, un lugar donde había que hacer méritos para seguir subiendo.

Las dos primeras obligaciones de los diputados, según la

Constitución, consistían en hacer una revisión de la cuenta pública del año anterior, que «no se limitará a investigar si las cantidades gastadas están o no de acuerdo con las partidas respectivas del presupuesto, sino que se extenderá al examen de la exactitud y justificación de los gastos hechos y a las responsabilidades a que hubiese lugar», y a «examinar, discutir y aprobar el presupuesto del año fiscal siguiente, y decretar los impuestos necesarios para cubrirlo». Ninguna legislatura se tomó en serio estos preceptos. Por lo general, los diputados aprobaban los presupuestos al vapor, con modificaciones intrascendentes (generalmente hacia arriba), y se hacían de la vista gorda cada vez que el presidente gastaba más de lo debido.[95]

La conformación del Congreso reflejaba el reparto de puestos al interior del PRI. Desde tiempos del PRM se estableció un sistema de cuotas que el PRI mantuvo: tantos diputados para el sector obrero, tantos para el campesino, unos pocos para el popular. A los senadores los elegía el futuro presidente. Alemán, por ejemplo, consintió en que el senador por Puebla para el sexenio 1946-1952 fuese Gustavo Díaz Ordaz, a pesar de que ya había sido «destapado» otro candidato, y de que el grupo político que apoyaba a Díaz Ordaz había trabajado para el entonces finado Maximino Ávila Camacho. Alemán conocía el trabajo de Díaz Ordaz como diputado en la legislatura de 1943 a 1946, y por eso accedió. Por su parte, Díaz Ordaz le devolvió con creces el favor: entre sus servicios destaca su defensa del régimen ante los ataques por su «pretendida» inmoralidad, y la propuesta para la concesión del Premio Nobel de la Paz al presidente.

Aunque no faltaban momentos de discordia interna entre los sectores del PRI representados en las Cámaras, la pauta general para diputados y senadores era abstenerse de

proponer iniciativas de ley y votar «en bloque», «al vapor», «con dispensa de trámites» a favor de las que presentara el ejecutivo. El pueblo empezó a identificar a los diputados —si es que los identificaba— con la imagen de un brazo levantado que dice «sí».

A aquel observador francés de la revista *Esprit* le llamó la atención la extraña ceremonia «republicana» del primero de septiembre de 1951, en la que el Congreso de la Unión escuchó el informe presidencial. Salvo el dato de los arcos triunfales, el acto se repetía año tras año:

«… después de pasar bajo los arcos de triunfo, erigidos para la ocasión entre su residencia y el Congreso a expensas de diversos estados y sindicatos, el presidente lee a los diputados su informe, que es una larga enumeración de los beneficios de que ha cubierto a la nación a lo largo del año. Todas las estaciones de radio del país difunden su informe y el día es feriado para permitir que el pueblo lo escuche. Al final, los diputados aplauden, felicitan al presidente y le aseguran su apoyo total».[96]

Al observador se le habían pasado algunos detalles: al informe —rito imperial por excelencia— acudían, además de los diputados y senadores, representantes de las «fuerzas vivas» de México: el gabinete en pleno, los ministros de la Suprema Corte, los gobernadores, el ejército, los líderes sindicales, campesinos, juveniles y empresariales, y un buen número de invitados especiales (a la Iglesia se le excluía siempre). Asistían también representantes de los medios de comunicación y los miembros del cuerpo diplomático. La respuesta al discurso, a cargo de algún diputado del PRI, era invariablemente una alabanza. (Cuando en 1945 el diputado Herminio Ahumada tuvo la osadía de mencionar la palabra «Dios» en su respuesta, para luego fustigar a los «falsos

revolucionarios», señalar el «retraso político de México» y admitir «la tragedia de la democracia mexicana», se le condenó a la hoguera: fue destituido.) El presidente salía del recinto en un coche descubierto (Cadillac, de preferencia), en medio de una lluvia de confeti (cortesía del PRI). Una valla de seis mil soldados escoltaba su paso. Quinientas mil personas —muchas de ellas acarreadas para la ocasión por el PRI— le lanzaban vítores. Luego venía el «besamanos»: todos los invitados hacían cola para saludar al presidente en el Palacio Nacional.

Por lo que al comportamiento de los diputados y senadores oficiales respecta, el veredicto de Cosío Villegas era sin duda exacto: «… los congresos revolucionarios han sido tan serviles como los del porfirismo».[97] El poder legislativo era un poder simulado. Y, sin embargo, la entrada de la oposición panista a la Cámara de Diputados en 1946 marcó una pequeña diferencia: al menos cuatro de los casi ciento cincuenta diputados alzaban la mano… para votar en contra.

Frente a la larga lista de atropellos cometidos por el poder ejecutivo en la era revolucionaria, la Suprema Corte de Justicia registraba un solo caso de renuncia: la de Alberto Vásquez del Mercado, en mayo de 1931. El entonces presidente Ortiz Rubio se había tomado la libertad de expulsar del país al famoso intelectual Luis Cabrera por haber criticado su gobierno. Los mismos ministros que habían guardado silencio en la Corte, mientras Vásquez del Mercado leía su renuncia, lo felicitaban en privado.[98]

De nueva cuenta, el texto constitucional se pronunciaba en contra de la independencia. La Constitución de 1917 descartó por completo el sistema de elección popular de los ministros implantado por la de 1857, y encomendó a las dos Cámaras reunidas la designación de la Corte. A partir de 1923, se

aprobó también el principio de la inamovilidad. Por desgracia, a sugerencia de Calles, en 1928 se encomendó al presidente la designación de los ministros con la aprobación del Senado (que, siendo servil al presidente, se avendría siempre a sus propuestas). En 1934, Cárdenas suprimió tranquilamente la inamovilidad y dispuso que el periodo de los jueces coincidiera con el sexenio. Cada presidente tendría su corte (en el doble sentido de la palabra).

Las sensatas reformas de Ávila Camacho y su espíritu de autocontención no devolvieron a la Corte el legendario prestigio de la época de la República Restaurada (1867-1876), única etapa (además de la aurora de Madero) en que el país llegó a ensayar una auténtica división de poderes. A pesar de que sus ministros gozaban de buen salario e inamovilidad, la Corte no participó en ningún juicio de interés nacional, no intentó modificar el estatus que la ataba al ejecutivo, ni discurrió nuevos planteamientos constitucionales para afianzar su poder específico y defender de manera expedita las garantías individuales. Tuvo varias oportunidades de hacerlo. Los atropellos electorales contra candidatos a diputados del PAN en 1946 y 1949 llegaron a la Corte ampliamente documentados. Bastaba aplicar el párrafo tercero del artículo 97 constitucional, que permitía a la Corte practicar una investigación si estimaba que se habían atropellado las garantías individuales. El PRI propuso la supresión del párrafo debido a que «ponía en peligro la autonomía y dignidad» de la Corte al «mezclarla en contiendas políticas». El PAN, por el contrario, sugirió que el artículo se reglamentara, debido a que no se actuaba con la debida presteza y eficacia, e incluso algunos magistrados ponían trabas para dar cabida a una investigación. Un ministro, Fernando de la Fuente, tuvo el valor de declarar:

«Si a la Corte se le cercena el poder político que le otorga el

artículo 97 constitucional, queda reducida a un tribunalito de casación y dejará de ser el Alto Tribunal, el custodio de la Constitución, sus fallos no serán respetados por ninguna autoridad … y el caciquismo quedará libre enteramente para cometer sus desmanes y oprimir al pueblo».[99]

Finalmente el artículo quedó sin modificación ni reglamentación.

El ingreso de una mujer al Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal (María Lavalle Urbina) fue un progreso simbólico que palidecía, sin embargo, ante las omisiones y silencios de la Corte. Cuando el ministro Luis G. Corona lanzó un juicio vitriólico sobre «el jardín en que Alemán y su gobierno convirtieron el Pedregal de San Ángel» y aludió a las obras de la Ciudad Universitaria como un «mausoleo bajo el cual estaba enterrada la dignidad mexicana», la revista independiente *Siempre!* lo criticó con el artículo: «Habla usted un poco tarde, señor Corona». Tenía razón: el magistrado arriesgaba su crítica seis meses después de la salida de Alemán.[100] La Suprema Corte, en efecto, se había convertido en un «tribunalito de casación». El poder judicial, en su conjunto, era un poder simulado.

En tiempos de don Porfirio era normal que en cada estado se repitiera la experiencia federal: un Porfirio vitalicio para México, un «porfirito» vitalicio para cada estado. En la Revolución se crearon feudos estatales que tardaron décadas en desaparecer. En la tradición porfiriana, Calles propuso a los caciques dos alternativas: «pan o palo». Algunos optaron por el palo, se levantaron en armas y terminaron «empujando margaritas» en el camposanto. Otros, los más, se avinieron al nuevo juego del Partido Nacional Revolucionario: renunciaron a usar las armas para llegar a los puestos públicos. Fue así como muchos «generalotes» llegaron a ser

respetables gobernadores o impusieron gobernadores «peleles».

Para minar aún más el poder de los estados frente a la federación, Cárdenas quitó a varios gobernadores callistas. Alemán no se quedó atrás, sobre todo con los militares. En los primeros ocho meses de su gobierno fueron cambiados, por diversas causas, diez gobernadores. El caso más escandaloso quizá fue el del general Marcelino García Barragán, gobernador de Jalisco. En 1946 había cometido el pecado de ser henriquista (volvería a cometerlo en 1951-1952), y en febrero de 1947 le faltaban menos de dos semanas para entregar el poder a su sucesor. Como queriendo subrayar dónde estaba el poder, Alemán indujo su destitución y el nombramiento de un gobernador interino. García Barragán interpuso un recurso en la Suprema Corte, pero ésta, manidamente, dilató su consideración hasta el momento en que el gobernador había sido desaforado.[101]

El pretexto era lo de menos, las fórmulas legales sobraban (desaparición de poderes, desafuero, renuncia, licencia ilimitada, sustitución, interinato); lo importante para el presidente entrante era desplazar a los gobernadores problemáticos heredados del saliente, no sólo por un asunto de lealtad y control político sino de reparto del queso. El sucesor de Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, solía explicar así la lógica de los nombramientos presidenciales: «Los gobernadores y los senadores son del presidente; los diputados federales son de los sectores del PRI; los diputados locales son de los gobernadores y los presidentes municipales son del pueblo».[102]

El sistema podía tolerar que el pueblo se equivocara al elegir algún presidente municipal de la oposición; o que, por excepción, un gobernador no tuviera más remedio que

admitir un diputado local ajeno al PRI; ya en el colmo, podía incluso soportar la presencia de cuatro diputados del PAN en la Cámara. Pero ¿que uno de los 64 senadores o uno de los 31 gobernadores (nombrados todos por el presidente) fuesen ajenos al PRI? Eso jamás.

El municipio era una institución de abolengo en España y México. La primera decisión de Hernán Cortés al desembarcar definitivamente en costas mexicanas fue crear el ayuntamiento de la Villa Rica de la VeraCruz. Esta célula de democracia local había operado con cierta eficacia durante la Colonia, inclusive en zonas indígenas. La legislación federalista y liberal del siglo XIX adoptó de buena gana al municipio, que conservó su prestigio y eficacia aun en tiempos porfirianos. De hecho, los grandes jefes revolucionarios, Obregón y Carranza, habían sido presidentes municipales. Ningún otro presidente defendió al municipio libre como Carranza. Gobernar por varios años a Cuatro Ciénegas había sido su mejor escuela para gobernar a México: «El municipio libre», proclamaba *El Pueblo*, periódico carrancista, «se convertirá en el almácigo de ciudadanos, de una gran patria, libre, fuerte y culta.»[103]

La realidad fue distinta a los sueños. Por un lado, persistía la viejísima práctica de los cacicazgos. El hombre fuerte de la región ponía y quitaba presidentes municipales a su arbitrio o se erigía él mismo presidente municipal. Pero llegaban a ser tan magras las partidas presupuestales dedicadas a los municipios que en muchos casos personas honestas se negaban a ser elegidas o, ya en el puesto, preferían no tomar posesión so pena de ir a la cárcel. El sueldo del secretario de Hacienda podía ser miles de veces más alto que el de un regidor de hacienda municipal y cientos de veces mayor que el presupuesto de todo un municipio pobre.[104]

El federalismo y el municipio libre, consignados en la Constitución, eran sistemas simulados. El poder ejecutivo subordinaba a los gobernadores y a los ayuntamientos de mil formas, sobre todo una: por el presupuesto. La comparación histórica entre los ingresos federales, estatales y municipales sería el desmentido más claro a la teoría federalista y municipal de los gobiernos «emanados» de la Revolución. En 1950, al gobierno federal le correspondía el 78,3 por ciento de los ingresos; a los estatales, el 18,4 por ciento, y a los municipales, el 3,3 por ciento.

El centralismo de la federación se manifestaba en la creciente suplantación por parte de ésta de funciones que teóricamente hubiesen pertenecido al municipio: la construcción de caminos, mercados, rastros y hospitales, la introducción de agua potable y hasta las obras de embellecimiento. Todas pasaban a cargo de secretarías, agencias o programas federales. Para colmo, las constituciones de por lo menos trece estados facultaban a los gobernadores a deponer al personal de los ayuntamientos. En suma, la frase de Ruiz Cortines era exacta, salvo en su afirmación final: los presidentes municipales no eran del pueblo sino de los gobernadores y, por extensión, de los presidentes.[105]

En la era de la «Revolución Institucional», el PRI ganó también, si no todas, casi todas las presidencias municipales. Los candidatos que comenzó a postular el PAN sufrían un auténtico viacrucis, ya no para ganar sino para llegar sanos o hasta vivos al día de las elecciones. En 1947, por ejemplo, el diputado del PRI Enrique Bravo Valencia advirtió a su público en Zamora (Michoacán):

«No podemos permitir que el PAN vuelva a ganar en las elecciones municipales próximas. El PRI es el partido del

gobierno, el partido oficial, y por lo tanto el partido único … El gobierno les dio las tierras y les hizo los sindicatos, y por lo tanto ustedes deben ser del partido del gobierno. Si sabemos que ustedes se hacen de Acción Nacional, el gobierno les quitará las tierras y los echará de los sindicatos».[106]

El primer caso de una administración panista ocurrió cerca de allí y en ese año. Fue en Quiroga (Michoacán). Los volantes de propaganda habían surtido su efecto: «Si quieres un hogar, hazlo en tu municipio».

«Hasta el día en que entró el presidente municipal de Acción Nacional, desde el tiempo de don Vasco de Quiroga», recordaba Gómez Morin, «no se había hecho una obra de agua; por primera vez se llevó agua entubada, y el ayuntamiento no hizo más que traerla cuatro kilómetros. ¿Con qué fondos? No le había dejado el estado ni un centavo al municipio, y menos en manos de un presidente municipal del PAN. Éste llamó a los vecinos y les dijo: vamos a cooperar todos … Y desde entonces tienen agua entubada en Quiroga.»[107]

Desde el periodo de Alemán hasta 1970, la oposición obtendría nuevos triunfos: cerca de cuarenta presidencias municipales de un total posible —en cuatro sexenios— de veintisiete mil.

Los no tan subordinados

Como en un sistema político solar, tres anillos giraban en torno del sol presidencial y de su maquinaria electoral: los poderes subordinados (formales, reales y corporados), los no tan subordinados (la prensa, la Iglesia, los empresarios, la Universidad, los intelectuales) y los casi imperceptibles planetas que lo circundaban a lo lejos y en la oscuridad, con ninguna o muy poca subordinación: la oposición de izquierda y derecha. Es natural que un observador venido de una

galaxia democrática (como fue el caso del ensayista de *Esprit*, Revel [Severin]), juzgara el panorama con los ojos de un astrónomo o un astronauta … y a veces con la perplejidad de un astrólogo.

Para los escasos mexicanos que a principios de los años cincuenta leían periódicos de manera regular, era cosa común y corriente aceptar que la prensa no informara con veracidad, ponderación e independencia sobre los hechos y los hombres de la política, sino que, por el contrario, sirviese como caja de resonancia o, peor aún, como comparsa del gobierno. El lector podía enterarse con detalle sobre el crimen pasional de la noche anterior; los resultados del beisbol de las Grandes Ligas; la crónica pormenorizada de la corrida de toros; la guía del buen católico, sus misas y santorales; las carteleras de cines y espectáculos; las fiestas y los bailes de «los 300 y algunos más» (como se llamó una columna de Sociales que apareció en la época). Podía incluso estar al día de las últimas corrientes culturales de Occidente, gracias a excelentes suplementos literarios. Éstos eran una tradición desde hacía algunas décadas y secundaban la labor de varias revistas literarias que circulaban entre las minorías cultas del país. Si se interesaba por el arte, la radio, el cine, las ciencias o las humanidades, el lector contaba con decenas de publicaciones periódicas, algunas de ellas de calidad comparable a las homólogas en Europa o los Estados Unidos *(Trimestre Económico, Cuadernos Americanos, Historia Mexicana, Problemas Agrícolas e Industriales de México).* Pero si lo que buscaba eran la verdad informativa y la opinión desinteresada sobre la realidad nacional, tenía que acudir a una prensa no escrita: la del chisme, la conseja y el rumor.

Acostumbrado a *Le Monde* o *L'Humanité*, se entiende que Revel juzgase con severidad el panorama mexicano:

«Se puede muy bien leer la prensa mexicana durante meses sin encontrar el menor artículo que ataque verdaderamente al gobierno. El respeto zalamero del mundo oficial, la más llana aceptación de sus declaraciones más insignificantes, la ausencia de cualquier investigación independiente, de cualquier reportaje sincero sobre la realidad del país caracterizan al conjunto de los periódicos. Su tiraje, por lo demás, es insignificante. México es una ciudad de dos millones de habitantes y los diarios de información política, seis o siete, tiran en total alrededor de trescientos mil ejemplares. El tiraje del conjunto de los diarios de provincia no pasa tampoco de trescientos mil. Eso da seiscientos mil lectores de diarios e información política en un país de veinticinco millones de habitantes.

»Y sin embargo, los periódicos son grandes negocios, y los directores de los periódicos, potentados de las finanzas. Un periódico vive de la publicidad comercial, de los artículos pagados, del chantaje (todas las grandes empresas son de algún modo extorsionadas: "La Coca-Cola es nociva"; tal o cual marca de cigarros es "mala para la vista"), pero sobre todo de la política: se trata de entrar en el juego de quienes están en el poder, y a cambio, asociarse a los negocios seguros que son privilegio de los círculos políticos.

»Eso por lo que toca a los propietarios de los periódicos. En cuanto a los periodistas que escriben en sus órganos, sus salarios son miserables. Algunos de ellos son por eso empujados a buscar otras entradas de las que corresponden a la caja del periódico, y puede decirse que, en ese medio, la honestidad es tanto más meritoria en la medida en que no paga.

»Un diario matutino se compone en México de cuarenta a cincuenta páginas: veinte están enteramente cubiertas de

publicidad; diez, por las secciones sociales, espectáculos y deportes; entre seis y diez, por inmensos desplegados en tipografía comercial: son mensajes de diversos organismos, estados, sindicatos, cámaras de comercio o grupos privados, dirigidos a los poderes públicos para felicitarlos, pedirles un favor, desearle un buen cumpleaños al presidente, etcétera.

»Todo lo cual se paga. Lo demás, entre cinco y seis páginas, da la línea oficial, destaca si es posible el acontecimiento que el gobierno desea que se resalte: generalmente, una inauguración, un viaje oficial, son los que merecen un titular de ocho columnas en primera plana. Desde el punto de vista internacional, se reproducen textualmente los despachos de las agencias, que siguen estrictamente la línea de Washington.

»De modo que la prensa forma parte del sistema gubernamental, entre cuyos primeros beneficiarios están los propietarios de periódicos. Además, el gobierno dispone, en último caso, de una medida radical: se reserva el monopolio de la importación y reparto de papel. Por ello los periódicos están constantemente en relación con una institución gubernamental de crédito, Nacional Financiera, con la que todos están más o menos endeudados.

»Así, la prensa está encadenada de cien maneras y, por otra parte, soporta alegremente sus cadenas».[108]

Y sin embargo, a pesar del carácter oficioso de los principales diarios de la ciudad de México *(Excélsior, El Universal, Novedades),* y aun del oficial *El Nacional*, la prensa mexicana no caía en los extremos dogmáticos de los diarios en los países comunistas o fascistas. ¿Qué clase de prensa era entonces? ¿Cómo explicar su condición?

Siempre alerta, Daniel Cosío Villegas, incómodo cometa en aquel sistema, aportó una definición precisa: «Es una prensa libre que no usa su libertad».[109] El fenómeno le parecía

especialmente doloroso, porque estrenando en esos años su nueva «casaca» de historiador del México moderno y contemporáneo, Cosío Villegas vivía sumergido en un mundo político e intelectual mucho más afín a su temple y a sus convicciones de liberal del siglo XIX. Con nostalgia y fascinación por aquellos tiempos en que México se había acercado, como en ningún otro momento, a la apariencia de una democracia occidental, Cosío hojeaba los cientos de periódicos políticos (doctrinarios, satíricos, analíticos, literarios, católicos, conservadores, liberales) que cruzaron la época de la Reforma e Intervención, y en algunos casos sobrevivieron hasta 1896, año en que Porfirio Díaz prohijó el establecimiento del primer diario industrial del país: *El Imparcial*. En el primer caso, el periodismo no era ni podía ser un negocio sino «una extensión de la actividad del hombre de letras». El periodista fundaba un diario para expresar y defender una doctrina, y hallaba en la libertad de expresión su razón de ser y la condición de su éxito. Pero con el advenimiento de *El Imparcial*, las cosas cambiaron debido a tres factores que, en el fondo, seguían operando en el México alemanista: el régimen de Porfirio Díaz era dictatorial, los fundadores del diario eran sus amigos, y la suya era una empresa netamente industrial para la cual la libertad de expresión y su defensa no resultaban ya requisitos de éxito.

Si el poder legislativo era, en el mejor de los casos, sólo «un censor silencioso y potencial» del ejecutivo; si el judicial se reducía a administrar la justicia rutinaria en los conflictos entre individuos, pero «vacilaría en sostener una opinión adversa al ejecutivo cuando un acto de éste estuviera en conflicto con otro poder de la Unión y aun con un simple particular», entonces México necesitaba con urgencia que el llamado «cuarto poder» ejerciera su papel histórico, como lo había hecho en el siglo XIX y, por momentos, en el tiempo de

Calles y Cárdenas, cuando los propios *Excélsior* y *El Universal* habían representado un periodismo crítico, independiente y hasta de oposición. En la era de Alemán, esos resabios de independencia tendían a desaparecer. Alemán mismo había ejercido sutiles censuras a la prensa en su gestión como secretario de Gobernación. Siendo presidente, recobró el patrón de relación porfirista, completándolo con nuevos candados:

«La prensa sabe que no puede en verdad oponerse al gobierno porque éste tiene mil modos de sujetarla y aun de destruirla; sabe más, muchos de esos medios podrían tener una apariencia jurídica impecable y hasta cierto punto elegante. Piénsese, por ejemplo, en una restricción de papel fundada en la escasez de divisas; en una elevación inmoderada de los derechos de importación al papel o la maquinaria; en la incitación a una huelga obrera y su legalización declarada por los tribunales del trabajo, en los cuales el voto del representante gubernamental resulta decisivo, etcétera».[110]

A mediados de 1951, ocurrió «etcétera» gracias a una efímera revista de oposición. Se llamaba *Presente,* la hacía Jorge Piñó Sandoval a la cabeza de un grupo de periodistas independientes. Durante treinta y seis semanas, en editoriales y caricaturas, *Presente* se dedicó a criticar la corrupción en el régimen de Alemán: señaló por su nombre y apellido a los «tanprontistas», que «tan pronto» ocupaban los puestos públicos, se compraban o construían mansiones de ensueño que la propia revista reseñaba con detalle. *Presente*, como es natural, no tenía anuncios, pero contaba con la aceptación del público lector. Fue tal su éxito que era imposible encontrar un número en los puestos a las cuántas horas de haber salido. Para domar a Piñó, el gobierno intentó varios métodos de

control indirecto: suprimió las entregas de papel, entregó remesas de un papel finlandés mucho más caro que obligaba a subir el precio, estorbó cualquier relación profesional de los colaboradores de *Presente* con el gobierno (por ejemplo, el trabajo literario de la escritora Margarita Michelena en el programa radiofónico oficial *La hora nacional).* Cuando estos métodos de disuasión fallaron, el gobierno pasó a su último recurso: el «palo». Como en los viejos tiempos en que la policía de Porfirio Díaz allanaba la imprenta de los Flores Magón, así la policía del régimen revolucionario-institucional irrumpió en el local de *Presente* —cuando estaban en circulación los números 8 y 9 de la revista—, y destruyó su equipo, obligando al cierre; sin embargo, llegó a publicarse hasta el número 23. Escondido y temeroso de seguir la suerte de un periodista recientemente muerto a balazos, o de otro encarcelado, Piñó emigró a Argentina. Al poco tiempo, y a expensas del presidente, Piñó Sandoval regresó. Como en el caso de los obreros petroleros, y acudiendo a la consabida técnica del halago, Alemán logró que el periodista se aviniera a recibir el «pan» y evitar el «palo»: al cabo del tiempo, Piñó producía noticiarios cinematográficos para el gobierno.

Poco antes de estos hechos, cuando ya la espada de Damocles pendía sobre *Presente,* Alemán discurrió otra de sus grandes inauguraciones. No se trataba de un edificio o una carretera, sino de una ceremonia que en el contexto inmediato tomaría un tinte cercano al cinismo: el «día de la libertad de prensa». En teoría, el gobierno honraba a los sucesores de los grandes periodistas del siglo XIX. En la práctica, el gobierno exigía entonces, y exigiría año tras año, el refrendo de una subordinación maquillada de independencia. Así pudo constatarlo días más tarde el periodista José Pagés Llergo: «Lo que *Hoy* ha dicho del actual régimen, le habría costado un dolor de cabeza dicho bajo otro

gobierno. Es más, considero que ningún gobierno se habría manifestado no sólo respetuoso, sino tan amigable y auxiliador de la prensa como el actual».[111]

Pagés no tardó mucho en arrepentirse de sus afirmaciones. Él mismo sería tácitamente corrido de su revista por publicar una fotografía que mostraba al yerno del expresidente Alemán clavando los ojos con deseo sobre los pechos desnudos de una modelo francesa, mientras su mujer —Beatriz, hija consentida del exmandatario mexicano— veía con enojo a su esposo. La consigna a la prensa estaba dada: «… que escriban lo que les dé la gana mientras no toquen ni al presidente de la República ni a la Virgen de Guadalupe».

Era mejor atenerse al «pan» que provocar el «palo», como admitía implícitamente el gran novelista de la Revolución, Martín Luis Guzmán, fundador en 1942 y director desde entonces de la revista *Tiempo*. Cuando en mayo de 1952 el gobierno reprimió severamente una concentración de henriquistas en el Hemiciclo a Juárez, Martín Luis Guzmán se negó a publicar otra versión distinta de la gubernamental. «Tengo atribución», les habría dicho a sus colaboradores, «para mutilar y deformar la verdad si eso conviene a los objetivos políticos que *Tiempo* persigue.» Los principales redactores presentaron su renuncia colectiva.

Era «una prensa libre que no usaba su libertad», porque cobraba por no usarla. La venta de periódicos al público era una meta secundaria: el verdadero cliente era el anunciante público, es decir, el gobierno, con sus inserciones pagadas o con noticias que se pagaban por «debajo de la mesa». También estaba el anunciante privado, es decir, el empresario, que muchas veces prosperaba gracias a concesiones gubernamentales y que por ello no tenía el más mínimo interés en que su periódico atacara al gobierno. O era «una

prensa libre que no usaba su libertad», porque si un periodista hacía uso de ella con sentido crítico podía costarle, en último extremo, la vida.[112]

Era una prensa económicamente próspera y técnicamente moderna, pero su fortaleza no se manifestaba en la devoción por ninguna causa.[113] Podía combatir con denuedo al comunismo (de hecho, éste era uno de sus «caballitos de batalla» en los años cincuenta), pero no advertía —o simulaba no advertir— la paradoja de su propia situación: el hecho de que en México la libertad de prensa fuese más teórica que real, un menguado cuarto poder, no tan subordinado al primero como los diputados, senadores, militares, caciques, obreros sindicalizados y ejidatarios, pero subordinado al fin. Si la nueva consigna era «contra el presidente nada, nunca», la misma concentración de poder en el presidente significaba, en los hechos: «con el presidente todo, siempre».

Pocas cosas desconsolaban más al liberal puro y hasta anacrónico que era Cosío Villegas como la comparación entre dos viejos adversarios: la prensa y la Iglesia. Mientras uno había perdido su entraña moral, el otro la fortalecía y se fortalecía. ¿Por qué la prensa no ejerce la libertad que le permite su situación de hecho legal? Aquí es donde el contraste con la Iglesia resultaba esclarecedor:

«La Iglesia sabe, como la prensa lo sabe, que el gobierno es un adversario todopoderoso; ha tenido la experiencia —que la prensa jamás ha tenido— de haber sido objeto de vigilancia y de una persecución que en más de una vez ha sido hecha con las armas, con fusiles y cañones. La Iglesia católica sabe más todavía: mientras la prensa está amparada por la ley suprema del país, porque en la Constitución está consignada la garantía de la libertad de pensamiento, esa misma ley le prohíbe a la Iglesia muchas cosas: adquirir bienes raíces,

mantener congregaciones religiosas, enseñar, hasta que sus miembros anden por las calles vestidos con sus hábitos. Pero la situación de hecho en los últimos veinticinco años es la de una gran tolerancia, la de un verdadero disimulo de las autoridades oficiales. La Iglesia católica, contra la experiencia y contra la ley, aprovechando una mera situación de hecho, la misma exactamente que existe en cuanto a la prensa, trabaja febril y resueltamente para afianzar su posición y lograr sus fines: el número de congregaciones ha crecido, como han aumentado las escuelas primarias, secundarias y aun de instrucción superior; su riqueza es grande, se manifiesta en impresionantes construcciones y obras materiales de todo género; y su presencia y su influencia son generales».[114]

Descontando el ímpetu jacobino, Cosío Villegas no exageraba. En 1945, al cumplirse el 50 aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe como reina de México, Cosío Villegas había aconsejado poner coto a la tolerancia con la Iglesia, institución intolerante por excelencia. Nadie lo había escuchado.

La política de conciliación entre la Iglesia y el Estado era una realidad sin marcha atrás que la Iglesia aprovechaba para recomponer, en una escala relativamente inferior y a través de interpósitas personas, su antigua riqueza y, sobre todo, para afianzar sin mayores trabas sus ámbitos específicos: la labor pastoral y la educación. Sólo la represión contra los sinarquistas y panistas de León (Guanajuato) en 1945 empañaría una convivencia pacífica que estaba llamada a ser no sólo definitiva sino cordial. En las antípodas de aquellos furibundos radicales de los años veinte y treinta, los suaves licenciados de la generación alemanista consentían de buena gana en que sus familias acudieran a misa, sus esposas ayudaran pecuniariamente a la Iglesia y sus hijos se educasen

en los prestigiados colegios confesionales de los hermanos maristas o las monjas del Sagrado Corazón.

Adicionalmente, en la época de Alemán la Iglesia puso en marcha una campaña de moralización en el Distrito Federal: «… las censuras que hacía la Iglesia de las películas, los espectáculos y las revistas las hacía en unas hojitas, fue de orden nacional y fueron muy eficaces».[115] Y no es casual: según el censo de 1950, el 90 por ciento de los mexicanos se declaraba católico. Era tal la fuerza de la Iglesia en la opinión que bastaba una campaña periodística de desprestigio contra una importante marca de jabón acusándolo de «protestante», para que las ventas de ese producto se desplomaran. En ese caso, la solución de la compañía fue envolver todos sus jabones con el retrato del Papa, pero cuando el anatema caía no sobre una empresa «protestante» sino sobre los propios protestantes, los resultados eran menos incruentos.

Así y todo, el país vivía un clima general de tolerancia religiosa. Sólo en el Distrito Federal circulaban 55 publicaciones católicas, 35 protestantes y siete de otras religiones, incluidos dos periódicos en yiddish. El sistema político subordinaba con más o menos naturalidad a buena parte de los mexicanos, pero de aquellas vagas tentaciones totalitarias de los años veinte y treinta, cuando Calles predicaba la necesidad de «apoderarse de las conciencias infantiles», no quedaba rastro. La libertad de conciencia, como otras muchas libertades cívicas que los liberales de 1857 habían dejado impresas en la Constitución, seguían plenas y vigentes. A diferencia de muchos países de Europa y Asia, la historia había vacunado a México contra casi todas las variedades de la intolerancia extrema, incluida la religiosa.

El propio Cosío Villegas lo había comprendido así en un ensayo previo donde se dolía de la escasa o nula contribución

de México, y en general de los países latinoamericanos, a la civilización y la cultura occidentales, salvo en un aspecto: ser «albergue acogedor de todo perseguido, de todo inconforme». A pesar de que la vida política mexicana había sido siempre «ingrata y tornadiza», la libertad era real y las leyes «jamás tuvieron un sentido opresivo permanente».[116]

Los empresarios más poderosos de Monterrey tenían una vieja deuda flotante con Manuel Gómez Morin. Una deuda no económica sino moral. En su papel de abogado corporativo, los había rescatado de la posible quiebra a que los orillaba el *crack* de 1929. Pero cuando en los años cuarenta Gómez Morin intentó cobrar a sus amigos y socios comprometiéndolos en el PAN, éstos se rehusaron. Aunque habían tenido desavenencias verdaderamente serias con Cárdenas en 1936, y habían resistido con dificultad la centralización sindical de la CTM en los años cuarenta, cuando llegó la oportunidad de convertir su bien ganada independencia económica con respecto al centro en una militancia política abierta, la decisión casi unánime fue negativa. El presidente Alemán, por su parte, sabía que Monterrey había sido desde finales del siglo XIX la ciudad de vanguardia en la industrialización del país, y se avino desde luego a la designación de un gobernador que contaba con las simpatías de aquellos empresarios.[117]

Si esto ocurría con los empresarios más libres del país, los que acababan de fundar en 1943 el Instituto Tecnológico de Monterrey, los que debían su crecimiento al esfuerzo propio en la fabricación de vidrio, acero, hojalata y lámina, cerveza, empaques de cartón, corcholatas o chapas, celulosa y derivados, camiones, dos periódicos independientes y modernos, y otras centenas de ramos industriales (en los cuarenta se establecieron en Monterrey ciento cincuenta

empresas industriales al año), ¿qué insubordinación cabía esperar de los textileros poblanos, acogidos a los altísimos aranceles? ¿Y cuál de los empresarios capitalinos beneficiados con los apoyos múltiples que daba el gobierno? Muy poca, restringida a asuntos de estricta política fiscal, industrial, comercial o bancaria, pero en todo caso mayor a la de los nuevos empresarios surgidos por las mil vías de acceso directo o indirecto al dinero estatal.

En tiempos de Alemán se fundaron muchos negocios concesionarios del gobierno, a los que acompañó, necesariamente, una mentalidad oficialista. Ya sea que proviniesen del sector de la vieja clase capitalista porfiriana que había alcanzado a salvar parte de su patrimonio rural convirtiéndolo en urbano, o que representaran al nuevo empresariado nacido en tiempos de la Revolución o, con mayor razón, al grupo de políticos al que «la Revolución le había hecho justicia», los empresarios del alemanismo sabían que su gran cliente, a veces su único cliente, era el gobierno. ¿Qué sentido posible tenía hacer política de oposición contra el régimen que había llevado la Revolución a las empresas o, mejor aún, que había hecho de la Revolución una gigantesca empresa de promoción industrial y control político? Ningún sentido.

Ser rico y ser de oposición parecía una locura sólo digna de los abogados idealistas del PAN y de una extraña y romántica variedad: la de un puñado de «millonarios marxistas» que tenían por sacerdote a un hombre de moral rígida e impecable, el intelectual jacobino más puro del siglo XX en México, Narciso Bassols.

La integración de la Universidad a los propósitos y las tareas del Estado había sido total en tiempos de los Habsburgo y aun después, en la época borbónica. Existía un

consenso unánime sobre las fuentes de legitimidad del Estado, el alcance de su poder, su responsabilidad de asegurar justicia e igualdad. De las aulas universitarias salían los cuadros intelectuales que servían al monarca en materias humanas y divinas. En México, la Universidad Pontificia, fundada por el virrey Velasco en el siglo XVI, había cerrado sus puertas tras el primer embate de la legislación liberal, hacia 1833, pero, en las fiestas del Centenario, Justo Sierra la reinauguró en su versión laica. Era una más de las muchas formas en que el pasado del Virreinato reaparecía en el mundo moderno. Para aquel sumo sacerdote de la «religión de la patria», la Universidad Nacional debía suplantar a su homóloga colonial y católica en un ámbito moderno y cívico: ser el surtidor de la inteligencia al servicio del Estado, constituirse, según palabras de Sierra, en el «cerebro de la nación».

La Universidad estuvo a punto de desaparecer hacia 1917. Se la veía como un resabio elitista del pasado porfiriano. Sus defensores en ese momento fueron los llamados Siete Sabios. En el centro del mito universitario que se estaba gestando había una premisa que con el tiempo se volvería axioma: sólo el paso por la Universidad (y no cualquier universidad sino *la* Universidad Nacional) daba las credenciales necesarias para aspirar al poder. En la apertura de cursos en 1918, Manuel Gómez Morin y Vicente Lombardo Toledano hablaron de una deseable «sofocracia» y formularon la profecía política de la Universidad:

«Soñamos con la realización del pensamiento del maestro … la ciencia protegiendo a la patria. Soñamos con la Universidad centro y guía de la evolución de nuestro pueblo. La misión de la Universidad consiste en preparar ese grupo superior por su buena cultura y su moral superior. De ellos ha

de depender … la grandeza y poderío del país».[118]

El mito cristalizó en la persona y la obra de José Vasconcelos. En 1920, el filósofo exiliado regresaba a México llamado expresamente por los militares que, faltos de letras, lo requerían para ser el rector de la Universidad y convertirla en «centro y guía» de la evolución nacional. Con la antorcha de Justo Sierra, el nuevo sacerdote de la patria acuñó el epígrafe perfecto para expresar la vocación misional de la Universidad: «Por mi raza hablará el espíritu». Meses después, en un movimiento natural, el rector de la Universidad pasó a regir la educación federal y en 1929 contendió en las elecciones para regir a la nación entera. «Por encima de todo», sostenía Vasconcelos, «hacía falta que el país designase para su gobierno a los mejores, no a los peores, como venía haciendo; a los ilustrados, no a los palurdos».[119]

En el fondo, algunos militares se sentían beneficiarios temporales del poder: sabían que a la larga debían cumplir el ideal de Juárez, Madero y Carranza, y entregar el mando a los civiles, en particular a los civiles supuestamente preparados para el poder, a los egresados de la Universidad. En 1929, apoyado por los estudiantes universitarios y sectores amplios de las clases medias urbanas, Vasconcelos sintió que podía acelerar este desplazamiento por la vía de los votos y sin necesidad de pedir permiso a los generales. Había que «echarlos» sin miramientos, convocar a un plebiscito instantáneo para librar al país de la «camarilla que viene explotando a la Revolución». La respuesta no se hizo esperar: los militares emplearon la violencia física y el fraude electoral. Si alguna vez iban a dejar el poder a los universitarios, tenía que ser a los universitarios que ellos eligieran, en el momento que ellos eligieran y, sobre todo, por las buenas.

Como Calles, muchos militares revolucionarios habían sido

maestros; otros resentían el no haber podido educarse suficientemente; la mayoría respetaba a los universitarios, no al grado de entregarles de inmediato el poder, y ni siquiera un poder (y un presupuesto) tan sustancial como el que ejerció el mismo Vasconcelos, pero sí lo suficiente para confiarles labores técnicas y, en su caso, subsecretarías o ministerios completos. La excepción fue Cárdenas. Desconfiaba de los universitarios, y aunque no los marginó del gobierno, hizo que compartieran su gabinete y sus puestos medios con amigos suyos, gente modesta de Michoacán.

En los años treinta, con el ascenso de la política de masas y la ideología socialista, la Universidad tuvo un periodo de fricción con el gobierno. Era el castigo por su apoyo al vasconcelismo. Aunque la institución había logrado su autonomía en 1929, esta condición de independencia legal la puso en graves aprietos. En 1933 el gobierno interpretó la autonomía en sentido estricto: cerró las llaves del presupuesto. No se trataba tanto de acabar con la Universidad como de transformarla —según las ideas de Lombardo Toledano, convertido ya para entonces, plenamente, al marxismo— en una *nueva* universidad, donde todas las enseñanzas se impartieran de acuerdo con el dogma del socialismo científico. La labor del rector Gómez Morin salvó la autonomía financiera y académica de la Universidad, que por unos años se convirtió en un islote de independencia crítica frente al gobierno.

El distanciamiento entre la Universidad y el gobierno no destruyó el mito. De hecho, ocurrió lo contrario: la relativa insubordinación de la Universidad subió, por así decirlo, su cotización en la bolsa de valores de la política mexicana. Ávila Camacho lo entendió así: integró su gabinete con una proporción mayor de universitarios y en 1945 dio a la Universidad el equivalente a su constitución, su Ley Orgánica,

que entre otras cláusulas dejaba la designación del rector al arbitrio de una junta de gobierno integrada por los propios universitarios.

Si Cárdenas era el poseedor del mito revolucionario, Alemán se apoderó del mito universitario. Desde su campaña colocó a la Universidad en el centro de su proyecto: los grandes problemas nacionales debían ser discutidos, dictaminados y, más tarde, resueltos por universitarios. ¿Qué esperanza podía tener un general casi iletrado de conservar el poder en un país moderno? Ninguna. ¿De qué servían sus horas de combate frente a las horas de estudio de un universitario? De nada. Si el 48 por ciento de los miembros del gabinete de Cárdenas tenían título universitario, con Alemán la proporción llegó al 75 por ciento. Ingenieros, arquitectos, médicos, cumplían por fin el sueño de «sofocracia» de los Siete Sabios. Los acaudillaba la nueva casta divina, los elegidos entre los elegidos, los abogados egresados de la Universidad.[120]

La buena estrella de Miguel Alemán se notaba hasta en el calendario. En septiembre de 1951, a unos meses de inaugurar la casa del mito universitario, el espacio sagrado del México moderno —la Ciudad Universitaria—, se cumplieron 400 años de la fundación de la Universidad por el virrey Velasco. Alemán invitó a los universitarios extranjeros a conmemorar con grandes fastos el acontecimiento. «Los intelectuales del mundo entero vienen a rendir homenaje a la Universidad de México», proclamaron los periódicos. «Cuando el bisonte recorría todavía las planicies de Missouri, en México se fundaba la Universidad», recordó el rector Luis Garrido en su discurso. Ahora los universitarios alemanistas que se consideraban revolucionarios, resultaban herederos de una tradición cuatro veces centenaria.

A partir de entonces, la carrera de Alemán se convertiría en el paradigma de los universitarios mexicanos: en vez de: «Por mi raza hablará el espíritu», el epígrafe podía ser: «De las aulas al poder». Una frase común de la época en la Facultad de Leyes decía así: «Aquí se estudia para presidente». ¿A qué universitario en sus cinco sentidos podía ocurrírsele ejercer la oposición?[121] A ninguno. Lo que había que ejercer era la oratoria patriótica, porque a través de ella un joven podía incorporarse al «carro» de la política. Cuando llegó el momento de mudarse a la Ciudad Universitaria, los estudiantes les llevaron serenata a las viejas escuelas en el centro. Atrás habían quedado los motines estudiantiles, una tradición mexicana desde la época de don Porfirio. El propio Alemán había sido testigo en 1929 del fervor de sus amigos vasconcelistas, pero ahora toda la política que hacían los estudiantes era universitaria.

En su periodo no faltaron los disturbios, sobre todo en las universidades de provincia, las que no eran la Universidad. Justamente en aquella remota comida de amigos, Alemán hacía memoria («¿Se acuerda usted?») con uno de los líderes estudiantiles que le habían causado problemas pero que, con los años, había llegado a gobernador de su estado. Alemán lo había mandado llamar preguntándole qué quería: dinero, una beca, un viaje… Sin corromperse, desde luego, el joven escogió las tres cosas. Pasó largos meses en Europa a cargo del presupuesto. Cuando, en alguna remota capital europea, se le acabó el dinero, acudió al consulado mexicano, escribió al presidente y de inmediato recibió su dinero contante y sonante.[122]

Como un signo de los tiempos, el fervor estudiantil se había vuelto deportivo. Una estruendosa multitud llenó el estadio de la Ciudad Universitaria para ver el juego entre los dos

colosos del deporte estudiantil por excelencia, el futbol americano colegial. Eran rivales «a muerte» desde finales de los treinta: los burros blancos del Politécnico (uniforme guinda y blanco) y los pumas de la Universidad (uniforme azul y oro). Ganaron los pumas. Cesó el «güélum», la porra del Politécnico. Se oyó el repetido estruendo de la «goya», universitaria. En el crepúsculo, las tribunas del lado universitario se llenaron de antorchas. Testigos mudos y orgullosos, rodeando la inmensa explanada, los edificios del *campus* universitario parecían centinelas de una imponente ciudad prehispánica. A lo lejos, los volcanes se integraban al paisaje. El cielo era transparente. A la salida, los universitarios podían ver la estatua del Santo Patrono de su ciudad: Miguel Alemán, vestido con toga de doctor *honoris causa*.

Todos los universitarios eran mexicanos, pero sólo veinticinco mil mexicanos de una población de veinticinco millones tenían títulos universitarios.[123] Casi todos los intelectuales eran universitarios, pero sólo unas decenas de universitarios eran intelectuales. Para distinguir a los intelectuales no había mejor método que el tautológico: intelectuales eran… los que los demás consideraban intelectuales. Los médicos, ingenieros y, sobre todo, los abogados universitarios incorporados al gobierno no eran intelectuales: pertenecían al estamento social de los «universitarios», grupo destinado a cobrar una influencia creciente, hasta el punto de dominar la vida pública mexicana. Intelectuales eran los hombres de libros que opinaban por escrito y con crédito público sobre asuntos de interés general.[124]

Intelectuales habían sido casi todos los hombres de la Reforma. Quizá por eso, el filósofo Antonio Caso había escrito que «parecían gigantes». Habían ejercido el poder

durante la década fugaz de la República Restaurada, con excelentes resultados para la historia cívica y moral del país. Según Cosío Villegas, eran «fiera, altanera, soberbia, insensata, irracionalmente independientes».[125] Muy pocos en la historia posterior merecerían esos adjetivos.

Tras su golpe de Estado de 1876, Porfirio Díaz había reconstruido el cuadro virreinal. El intelectual volvió a incorporarse orgánicamente al Estado. Incluso hombres visceralmente críticos, ácidos casi, como Francisco Bulnes, habían rendido sus armas intelectuales al régimen para trabajar «por dentro» en la «construcción nacional». Generaciones enteras de escritores políticos reales o potenciales usaron la pluma para escribir poesía, historia, novela, para frecuentar libremente todos los géneros, salvo el coto vedado de la crítica política. Imperceptiblemente, se fue creando entre los intelectuales un sentimiento de dependencia con respecto al poder. En su diario personal, donde se atrevía a formular las mayores críticas, el novelista Federico Gamboa apuntaba hacia 1895: «¿Por qué quiero a fuerza vivir con empleo del gobierno? ¿Por qué no aprendí otras cosas? … Es el viejo pacto tácito: nosotros contamos enteramente con el gobierno para vivir, y todos los gobiernos, desde los virreinales hasta nuestros días, cuentan con que nosotros contemos con ellos».[126]

Don Porfirio, en suma, tenía a los intelectuales «colgados de las tripas». El consenso porfirista entre los intelectuales se mantuvo hasta los últimos años del régimen, cuando aparecieron las voces disonantes. Tan necesarias eran que Francisco I. Madero, el caudillo democrático de la Revolución, no encontró mejor manera de subir al escenario histórico que poner su verdad por escrito y publicarla en un libro.

Durante la Revolución, los intelectuales desempeñaron un papel más que desangelado. Porfirio Díaz les había dado pequeñas chambas, puestos secundarios, becas y subvenciones, pero el nuevo régimen de Madero rechazó esas prácticas paternalistas y dejó a muchos sin trabajo. El resultado previsible fue el apoyo mayoritario de los intelectuales a Victoriano Huerta. No es paradoja menor que el gabinete con más peso intelectual de la historia mexicana (después de la República Restaurada) haya sido el de Huerta. Al caer su régimen, en julio de 1914, hubo una auténtica caravana de intelectuales rumbo al exilio: los porfiristas (Bulnes, Pereyra, Rabasa) y los huertistas (entre ellos varios miembros del Ateneo de la Juventud) se refugiaron en los Estados Unidos o en Europa. Algunos murieron allá; otros, como Alfonso Reyes, se volverían exiliados profesionales.

En tiempos de la lucha, todos los generales revolucionarios tuvieron cerca de sí a su grupo de «licenciaditos» que escribían discursos, redactaban planes, leyes y proclamas. No eran propiamente intelectuales sino universitarios con ambiciones políticas. Algunos se acercaban a la Revolución movidos por una pasión auténtica de redención popular. Fue el caso del abogado y periodista revolucionario Octavio Paz Solórzano, hijo del abogado y periodista Ireneo Paz: desde 1914 fungió como representante oficial de Emiliano Zapata en los Estados Unidos. Su amigo, el abogado anarquista Antonio Díaz Soto y Gama, era un ideólogo tardío del zapatismo, que, por su parte, no necesitaba ideólogos para formular sus demandas de tierra y libertad. Lejos de México, el mayor intelectual anarquista, Ricardo Flores Magón, languidecía en prisiones norteamericanas.

Entre los intelectuales que por convicción se habían incorporado a las facciones revolucionarias, sólo dos alcanzarían puestos de mando: Luis Cabrera, ideólogo de

Carranza que contaba con el apoyo de una eminencia gris, Andrés Molina Enríquez, y José Vasconcelos, secretario de Educación en el gabinete del efímero presidente de la igualmente fugaz Convención de Aguascalientes. Martín Luis Guzmán, prosista finísimo, había tenido menos suerte: fue por un tiempo secretario de Francisco Villa, y como tal hubiera pasado desapercibido de no ser porque años después publicó *El águila y la serpiente*.

«Salvo José Vasconcelos», explicaba Cosío Villegas, «primero como rector de la Universidad y después como secretario de Educación, ningún intelectual mexicano gozó de la plena confianza de un jefe revolucionario, ni alcanzó fuerza política directa o propia, como lo atestigua el hecho de que Vasconcelos resultara a poco un contendiente serio a la presidencia de la República.»[127]

En efecto, mientras Gómez Morin se avino a crear las instituciones económicas del nuevo régimen, había sido el querido y joven «Morincito», el consentido de Calles; pero cuando, a raíz de la matanza de Huitzilac, Gómez Morin se separó voluntariamente de los sonorenses, se afilió al vasconcelismo, fue rector de la Universidad y fundador del PAN, se convirtió en un intelectual «reaccionario». El caso de Lombardo Toledano, tan distante en lo ideológico, no era distinto en la práctica. Cárdenas había confiado en él hasta el punto de permitirle fundar la CTM, nada menos, pero nada más. Cárdenas no permitió que los campesinos formaran parte de la central obrera y mucho menos habría discurrido dar al ideólogo una tajada mayor de poder: se había convertido en un intelectual «comunista». El propio Cosío Villegas era el ejemplo mejor del intelectual marginado: gozaba de un gran ascendiente moral, pero vivía hundido en la impotencia política. «Hubiera podido prestar algún servicio

o una utilidad que no me fue posible prestar», pensaba en su vejez, «pero no hay que olvidar que yo siempre he tenido una *n* de *no* en la frente, que nunca he sido un *yes man*.»[128] Y, sin embargo, agregaba con razón, pensando en las muchas instituciones públicas y empresas culturales y sociales que su generación había fundado con apoyo estatal, «yo no vacilaría en decir que sin nuestro concurso el México de hoy no sería lo que es hoy, o que habría llegado allí pero bastante más tarde».[129]

Si habían fracasado en ejercer el poder, ¿hubieran podido ejercer el poder de la crítica? Vasconcelos era, una vez más, el ejemplo que debía seguirse. En su exilio de 1925 a 1928, y siguiendo la pauta de Madero en *La sucesión presidencial*, Vasconcelos era considerado por muchos mexicanos como la conciencia moral del país. Semana a semana publicaba en *El Universal* artículos que literalmente incendiaban el ánimo de los estudiantes y las clases medias lectoras en el país. Con esa plataforma moral, había vuelto a México y lanzado su candidatura presidencial. Dueño del poder de la crítica, quiso pasar de la crítica al poder, y fracasó. Durante su siguiente y largo exilio de diez años, había escrito, además de varios tratados filosóficos, los cuatro tomos de sus encarnizadas memorias: *Ulises criollo*, *La tormenta, El desastre* y *El proconsulado*. Su éxito de ventas no tendría parangón con ningún otro autor en la historia de México. Seguía siendo la conciencia moral de México. Nadie ocuparía ese sitio por varias décadas. La fuerza moral de Gómez Morin y Lombardo Toledano no partía ni desembocaba en la obra escrita: ambos creyeron mucho más en la acción política directa, la formación de partidos con bases independientes de poder. A corto plazo fracasaron.

Pero si uno no podía, o no quería, convertirse en

conciencia moral del país a través de una obra escrita, podía seguir el ejemplo de Alfonso Reyes, quien, fuera de México también, en puestos diplomáticos en Europa o Sudamérica, construía su riquísima obra literaria. Fue precisamente Reyes quien, ya desde 1923, había advertido a Cosío Villegas que «entendía y aplaudía el entusiasmo y la decisión de convertirnos en hacedores de un México nuevo; pero si entre nosotros había gente de talento y con vocación literaria, a la larga beneficiaríamos más al país con la pluma que con la pala».[130]

Sólo Cosío Villegas siguió la sugerencia… veinticinco años más tarde, cuando, convencido de que los gobiernos revolucionarios desestimaban su intervención y consejo, hizo incursiones en el género del ensayo político y, más tarde, en la historia. A pesar de tener talentos literarios reales, los principales miembros de la generación de 1915 siguieron obsesionados por «la pala». ¿Hubiesen hecho más Gómez Morin y Lombardo Toledano con la pluma que con la pala? Cosío Villegas terminó por creerlo así. El tiempo los había convertido a todos en «actores mudos e inmóviles», sólo la obra escrita personal los hubiera salvado.

En tiempos de Miguel Alemán, los principales intelectuales del Ateneo habían muerto (Caso, Henríquez Ureña), vivían en un retiro epicúreo (Reyes), místico (Vasconcelos), o seguían activos, como Martín Luis Guzmán, ejerciendo un periodismo moderno pero al servicio del gobierno. Algunos de sus antiguos discípulos, los intelectuales de la generación de 1915, vivían al margen del gobierno, «mudos e inmóviles» o enfrentados con él de manera más o menos infructuosa. En 1948 Lombardo fundaba el Partido Popular; lo secundaba otro intelectual de izquierda, Narciso Bassols: en el otro extremo ideológico, Gómez Morin seguía siendo presidente

del PAN; entre Escila y Caribdis navegaba Cosío Villegas. Sus nuevos ensayos políticos, que como secuela a «La crisis de México» publicaba en la excelente revista *Cuadernos Americanos,* le ganaban el aprecio de una minoría intelectual en México y América Latina, pero no llegaban, como aquellos remotos de Vasconcelos en los años veinte, al gran público. Cuando por excepción publicaba en un diario un ensayo sobre los desconcertantes paralelos entre el neoporfirismo alemanista y el porfirismo original, nadie protestaba, porque su prestigio y honradez lo volvían casi intocable; aunque había otra razón de más peso: en plena borrachera del triunfalismo, ¿a quién le importaban las profecías y críticas de un señor *n* con la de *no* en la frente?

Fuera de esos casos, la relación entre el poder y los intelectuales (jóvenes y viejos) había vuelto a los viejos y sonrosados tiempos de don Porfirio. «Chambas y más chambas» era la consigna. Emulándose a sí mismos, emulados por una corte de copistas, convertidos en iconos nacionales, los muralistas Rivera y Siqueiros (Orozco había muerto) seguían contando con el generoso patrocinio estatal mientras pintaban los muros de edificios públicos y privados, hoteles, teatros, retratos de artistas y damas de sociedad. Los poetas —incluido el grupo los Contemporáneos, que habían regresado al presupuesto— tenían chambas ocasionales en varias secretarías, pero, siguiendo los pasos de Jaime Torres Bodet, convergían de manera progresiva en la de Relaciones Exteriores. En 1950, además del propio Torres Bodet (a la sazón secretario general de la UNESCO), trabajaban en ella, entre otros: el poeta José Gorostiza (que hasta 1949 había sido director general del servicio diplomático); el mismísimo Rodolfo Usigli, autor de *El gesticulador*, que se desempeñaba como segundo secretario de la embajada de México en París, y un poeta de treinta y seis años llamado Octavio Paz, tercer

secretario de la misma embajada, que por esos días publicaba en la editorial de *Cuadernos Americanos* uno de los libros más importantes del siglo XX mexicano: *El laberinto de la soledad*.

Justo Sierra había dado becas, chambas, subvenciones, apoyos de toda índole a los intelectuales y artistas a través de la Universidad, el Departamento de Bellas Artes y el Museo Nacional. Miguel Alemán siguió la receta. Los arquitectos tuvieron su sexenio dorado con la ola de obras públicas, y en especial la Ciudad Universitaria. En el nuevo Instituto de Bellas Artes hallaron cabida los artistas plásticos, los músicos, los poetas y demás artistas. En el Instituto Nacional Indigenista o el de Antropología, bajo la estrecha supervisión de su fundador, el arqueólogo Alfonso Caso, trabajaban los antropólogos, arqueólogos e historiadores. Los sueldos de la Universidad eran pequeños, aunque no despreciables. Lo mismo cabía decir de las becas de investigación que daba El Colegio de México, que además financiaba buenos viajes de posgrado a París, donde el gobierno alemanista había promovido la primera exposición artística internacional del país y abierto la Casa de México. Si un intelectual era comunista, había pasado años confinado en las Islas Marías, tenía talento y se llamaba José Revueltas, encontraba cerradas las puertas del gobierno, pero podía escribir argumentos para el cine. Si todo eso fallaba, siempre quedaba la salida modesta del periodismo cultural.

El régimen de Alemán, en suma, había logrado en seis años lo que Porfirio en treinta: la subordinación indirecta de los intelectuales, «agarrados por las tripas». Como entonces, los intelectuales consintieron en el sacrificio de su libertad política, lo cual podía tener consecuencias desastrosas en términos políticos y morales. Pese a todo, muchos intelectuales podían repetir, legítimamente, la frase de Cosío Villegas: sin su concurso, aquel México moderno no hubiese

llegado a donde estaba. Por lo demás, la subvención estatal les permitía seguir trabajando en lo más preciado: la obra personal.

Los no subordinados

A años luz del círculo mágico de la subordinación (donde habitaban los poderes reales, formales y corporados), más allá del anillo concéntrico de la subordinación relativa (en el cual giraban los planetas de la prensa, la Iglesia, los empresarios, la Universidad, los estudiantes y los intelectuales), sobrevivían los seres más extraños del sistema político mexicano. No eran grupos políticos o personas insubordinadas sino, sencillamente, no subordinadas.

Hacia la derecha ideológica del sistema, el gobierno reprimió al sinarquismo (canceló su registro y de hecho volvió ilegal su actividad política), pero no tuvo más remedio que tolerar la perseverante y pacífica actividad del PAN. En 1949, al cumplirse los primeros diez años de la fundación de su partido, Gómez Morin dejó la presidencia. Mantenía, desde luego, la convicción de que «el corazón de los problemas nacionales es de índole política», pero consideraba que la primera fase del partido había concluido. El régimen alemanista había hecho suyas muchas de las iniciativas panistas (sobre todo en el ámbito económico) y otras se irían incorporando a través de los años (o de las décadas, como sería el caso de las reformas políticas y electorales). Los nuevos tiempos exigían un cambio de estrategia. Fue entonces cuando Gómez Morin acuñó una fórmula que se haría famosa: «Hay que mover las almas», es decir, conquistar el compromiso político de la gente en estados y municipios.[131]

Si el PRI seguía ganando «de todas, todas», el PAN tenía la ventaja de poseer una paciencia casi religiosa: «… pueden derrotarlo en una y otra ocasión», observaba un periodista de

la época, «eliminar de la Cámara a sus líderes más respetables, acusarlos de reaccionarios. No importa. Acción Nacional continúa en pie y progresa».[132] Para el PAN, en efecto, los atropellos electorales eran «el pan nuestro de cada día»: en Zacoalco (Jalisco), en 1951, un grupo de propagandistas del PAN fue detenido «por instrucciones del señor presidente de la República», que supuestamente declaraba «anticonstitucional» toda actividad política de oposición; un año más tarde, en Oaxaca, el candidato panista a la presidencia, Efraín González Luna, sufrió el boicot de sus mítines y el encarcelamiento de sus simpatizantes; en Toluca, los taxistas de la ciudad tocaron las bocinas de sus autos hasta acallar al candidato del PAN; en Puebla, el candidato a diputado por el segundo distrito electoral, Guillermo López Guerrero, amaneció asesinado. Cuatro o cinco curules en el palacio legislativo cada tres años y una o dos presidencias municipales cada sexenio parecían una magra cosecha frente a aquellos sacrificios y humillaciones, pero los panistas no cejaban. Estaban convencidos de que sembraban para el futuro.[133]

En su último discurso ante la Asamblea General del PAN, Gómez Morin resumió el espíritu de su partido con palabras que resonarían por muchos años en la memoria de una nueva generación de militantes:

«La ciudadanía demostró … su creciente decisión de crear la impetuosa corriente … de limpieza y de autenticidad en la vida nacional … Sólo un comentario puede hacerse de esta conducta de la ciudadanía, el mismo que viene resonando desde los tiempos del Cid en la historia de nuestra estirpe, como tremenda constancia de la deserción de la autoridad y como estímulo y mandato, simultáneamente, para la lucha obligatoria de salvación: ¡Oh, Dios, qué gran pueblo, si

hubiese gran señor!»[134]

Hacia la izquierda del sistema político, no había un planeta sino un conjunto de minúsculos asteroides: los grupos de izquierda. El más antiguo era el Partido Comunista, fundado por el activista hindú Roy en los remotos tiempos de Venustiano Carranza. Minoritario, combativo, honesto, disciplinado, asido fanáticamente a su ideología, en treinta años había sufrido todos los vaivenes: poderoso en tiempos de Obregón y Calles, proscrito con violencia durante el maximato, influyente en ámbitos sindicales y agrarios en tiempos de Cárdenas, declinante con Ávila Camacho. Aunque en 1946 apoyó la candidatura de Alemán, una vez en la «Silla» el presidente empresario le deparó la misma suerte que al sinarquismo, su homólogo opuesto en el espectro ideológico: canceló su registro. Muchos comunistas pasaron el sexenio de Miguel Alemán en la cárcel.

No todas las desgracias que cayeron sobre los hombres de izquierda en México fueron responsabilidad del gobierno. Casi desde de su fundación, el Partido Comunista Mexicano comenzó a reproducir fielmente las actitudes intolerantes de su casa matriz: en México, como en la Unión Soviética, se practicaron expulsiones, excomuniones, anatemas, persecuciones, delaciones, todo en nombre de la verdad revelada por Marx. El asesinato de Trotsky (perpetrado en la ciudad de México por un agente de Stalin) y el Pacto Molotov-Von Ribbentrop, fueron piedras con las que tropezaron muchos comunistas incapaces de justificar doctrinal o moralmente esos actos. Con todo, a pesar del acoso exterior y las purgas interiores, el PC sobrevivía en la clandestinidad o la cárcel en espera de tiempos propicios.

Por lo demás, en tiempos de Alemán, el comunismo conservaba cierto prestigio en algunos ámbitos estudiantiles,

universitarios y sindicales. En México, como en toda América Latina, la propia URSS mantenía un halo de atrayente misterio que hasta un liberal puro como Cosío Villegas reconocía en 1947: «… la Unión Soviética es el caso moderno único de un país que ha emprendido y logrado obras materiales y espirituales de grandes proporciones, atacándolas de un modo decidido e inteligente, y obteniéndolas con sacrificios espeluznantes, pero deliberados».[135]

Cuando, en 1951, el poeta Octavio Paz, residente entonces en París, quiso publicar noticias sobre los campos de concentración soviéticos, nadie en México se atrevió a hacerlo porque nadie le creyó. Tuvo que publicar su escrito en la revista *Sur* de Argentina. Los datos eran convincentes, pero el propio Paz, que desde joven había empeñado su fe en la revolución socialista, y había vivido en España la guerra civil, se apresuró a concluir: «Es inexacto … decir que la experiencia soviética condena al socialismo … Los crímenes del régimen burocrático son suyos y bien suyos, no del socialismo».[136]

La alta cultura mexicana comenzaba a ser, mayoritariamente, de izquierda.

En los cafés del centro de la ciudad se oían todas las voces de izquierda imaginables: desde los marxistas-leninistas hasta los cardenistas nacionalistas, pasando por los socialistas, trotskistas, anarquistas, etcétera. Marxistas ortodoxos eran el pintor David Alfaro Siqueiros (que había comandado tropas en la guerra civil española) y los agresivos líderes ferrocarrileros Valentín Campa y Hernán Laborde. Comunistas heterodoxos eran el escritor José Revueltas (que vivía el marxismo con el espíritu de un mártir cristiano en las catacumbas) y el pintor Diego Rivera (expulsado del PC por alojar en su casa a Trotsky). Marxistas convencidos pero no

afiliados a Moscú eran los antiguos redactores de la revista *Combate*, adinerados muchos de ellos y seguidores todos de Narciso Bassols: Víctor Manuel Villaseñor, Ricardo J. Zevada, entre otros. Pero quizás el hombre de mayor prestigio en la izquierda mexicana de entonces era el gran líder, orador, filósofo, editor y maestro Vicente Lombardo Toledano, cuya ideología era una extraña y original síntesis de marxismo y nacionalismo: México alcanzaría el socialismo, pero su acceso debería ser gradual, apoyado por grupos progresistas de la burguesía nacionalista y, ante todo, decididamente antiimperialista.

Varios de estos hombres organizaron a principios de 1947 unas «mesas redondas marxistas» cuya conclusión se acercó a las teorías de Lombardo: había que llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democrático-burguesa como paso previo para instaurar el socialismo en México. En términos políticos, las mesas aceleraron la creación de un nuevo partido político, el homólogo del PAN en la izquierda. Años atrás, en 1943, Narciso Bassols había fundado con sus amigos una efímera Liga de Acción Política. Por su parte, y como extensión de su Universidad Obrera, Lombardo Toledano había creado la Liga Socialista Mexicana. En plena campaña de Alemán, e influido acaso por el ejemplo de su antiguo condiscípulo Manuel Gómez Morin, Lombardo gestó la idea de fundar «un nuevo órgano de combate», el «verdadero partido de la Revolución». En 1948 nacería el Partido Popular, un

«partido de masas para defender la independencia nacional, elevar la vida del pueblo y promover e impulsar la verdadera industrialización del país … Un partido democrático, nacional, revolucionario, antiimperialista, integrado por obreros, campesinos, intelectuales progresistas y otros

núcleos de la pequeña burguesía de la ciudad y el campo».[137]

La apuesta original de Lombardo consistía en atraer a la CTM hacia el Partido Popular. Ideólogo e idealista antes que líder práctico, Lombardo desestimó el pragmatismo político de los «Cinco Lobitos». Aunque su antiguo discípulo, Fidel Velázquez, siguió admirándolo y llamándolo «maestro», la CTM prohibió a sus miembros la afiliación a cualquier otro partido que no fuese el partido oficial. A Lombardo le ocurría con los obreros lo que a Gómez Morin con los empresarios: ni unos ni otros acompañaron a los intelectuales en la aventura de crear una base política independiente del sistema. Los dejaron solos, como pequeños e inofensivos asteroides alrededor del sol.

El Partido Popular contaba, no obstante, con un apreciable contingente de líderes, campesinos y obreros que habían seguido a Lombardo a lo largo de su brillante trayectoria, pero su fuerza inicial residía sobre todo en los intelectuales. Por desgracia para el PP, también en su seno se presentó muy pronto la enfermedad crónica de la izquierda mexicana: el «divisionismo», y no por razones banales: por un lado, pesaba la gran personalidad del caudillo intelectual Lombardo, hombre intachable de izquierda, pero proclive a tender puentes de colaboración, o al menos de comunicación profesoral, con el gobierno; por otro lado, estaba el ala radical que representaba Narciso Bassols, impermeable a toda componenda, así pareciera menor.

En las primeras elecciones legislativas en que participó (las de mediados de sexenio en 1949), el PP se dividió. El gobierno le reconoció una curul. Ese mismo año, el partido postuló a un candidato en verdad popular para la gubernatura de Sonora, pero el gobierno se negó a reconocer su triunfo. Indignado ante el fraude, Bassols declaró que el PP no podía

aceptar, como el PAN, los «mendrugos de tres o cuatro curules» que aventaba el gobierno. Lombardo, en cambio, adoptó una postura conciliadora que determinó de inmediato la salida de Bassols y su grupo: «No he tenido ni tengo», escribía Bassols, por aquellos días, «la menor confianza en el respeto al voto … vivimos … el más completo desdén para el sufragio». Tiempo después, en una conferencia sobre «el problema político de la Revolución mexicana», Bassols pronunció una de las condenas más severas contra el sistema que Alemán había perfeccionado:

«… la consecuencia … más grave de la prolongación de la situación electoral actualmente existente no es tan sólo la de falsificar los resultados de la elección … sino que toda la vida política del país está ya viéndose envenenada, paralizada, sofocada … el propio aparato de mistificación del fenómeno electoral no tiene más camino que la inacción, no tiene más vida política que la que lo lleva a no hacer política».[138]

Lombardo tenía una concepción ambigua de la democracia. Su ideología marxista le murmuraba al oído izquierdo que la «democracia burguesa» era tan sólo una «máscara» (Lenin había usado otra esdrújula: cáscara) que, tras la igualdad abstracta de los individuos, regía la explotación de la clase capitalista sobre el proletariado. Pero la práctica política de muchos años le susurraba en el otro oído algo distinto: en México, admitía Lombardo, «los votos nunca se cuentan». A su juicio, el país padecía una «dictadura unipersonal».

Lombardo Toledano contendió para la presidencia en las elecciones de 1952. Aunque fue víctima de atropellos electorales, no vaciló en acercarse a Ruiz Cortines y, tras una reunión secreta, congratularse de que éste asumiera el compromiso de corregir el rumbo de la Revolución mexicana. Para entonces, no era secreto ya que el Partido Popular

recibía algún apoyo presupuestal del gobierno. La suerte posterior del PP estaba echada: oponiéndose selectivamente a las acciones del PRI que consideraba retrógradas o apoyando las que consideraba progresistas, el partido se convirtió en una oposición leal de izquierda. La selectividad en cada caso estaba, como tantas cosas en México, en manos de un solo hombre, en este caso de Lombardo Toledano.

Entre los muchos generales no subordinados que en 1952 apoyaron la candidatura de Miguel Henríquez Guzmán, estaban dos viejos divisionarios de inmenso prestigio moral: Francisco J. Múgica y Cándido Aguilar. Cuando la policía montada del gobierno dispersó con lujo de violencia un mitin de henriquistas en la Alameda de la capital, dejando un saldo de varios muertos, ambos generales sufrieron persecución. El mexicano no era, ni remotamente, un régimen de terror, pero la vieja lección porfiriana volvía por sus fueros: «pan o palo», la insubordinación se pagaba con la cárcel y a veces con la vida. Múgica se salvó del acoso de la Dirección Federal de Seguridad escapándose en la cajuela de un coche. Aguilar sufrió un arresto de cuarenta días en Veracruz. Meses antes le había escrito una carta a su protegido de toda la vida, el presidente Alemán:

«Tu gobierno ha tenido muchos éxitos pero también varios errores; el más grave de ellos quizás es el de haber tolerado que muchos de tus colaboradores aprovecharan el poder para enriquecerse. Estas fallas o errores te serían dispensadas ante la posteridad si, pasando sobre mezquinos intereses de grupo o de amigos, te colocaras a la altura de los grandes patriotas y estadistas e implantaras en México la democracia que aún no hemos podido realizar después de cuarenta años de lucha».[139]

El hombre a quien Aguilar quería convertir en el «padre de la democracia mexicana» consentía en el atropello electoral y

físico a los partidarios de un grupo político registrado y legal. Abrigando un agravio profundo contra Alemán, Aguilar no quiso volver a verlo. Sólo en la antesala de la muerte —recuerda el doctor Justo Manzur Ocaña, médico de Aguilar— la voluntad del viejo carrancista flaqueó:

«… estaba yo en la puerta del cuarto cuando llegó Miguel Alemán. El general estaba muy extenuado ya. Entré y le dije:

»—Señor, ahí está el licenciado Alemán que quiere saludarlo. ¿Le digo que pase o que no pase?

»—Dile que pase.

»Ya pasó. Yo entré primero y vi cómo Alemán le abrió los brazos. Le dijo:

»—Jefe, jefe —y se acercó a abrazarlo. Se reconciliaron. Y murió a los pocos días, el 20 de marzo de 1960».[140]

«El Cachorro de la Revolución» había completado el ciclo de vuelta al origen: la «política integral» de «paz, orden y progreso» había sido restaurada. ¿Qué faltaba en el esquema alemanista? Una sola subordinación: la del humor popular.

Desde los años veinte, en modestas carpas de barriada y teatros de revista, el pueblo se divertía escuchando los chistes políticos de doble sentido y las parodias de cómicos célebres como Roberto «el Panzón» Soto; Armando Soto la Marina, «el Chicote»; Mario Moreno, «Cantinflas» y, a partir de los años cuarenta, Jesús Martínez, «Palillo».[141] «Para el público mexicano», decía Soto, «el chiste político es la única forma de demostrar su civismo, desgraciadamente, renegando de todo lo que sea gobierno.» Calles los había sufrido y tolerado, Cárdenas les había dado teatro propio, Ávila Camacho había temblado ante las burlas contra su hermano Maximino, pero los había respetado. En 1946, la sátira política estaba más viva que nunca.

Cuando los universitarios de Alemán llegaron al escenario político, dispusieron la censura en el escenario teatral. Los libretos debían obtener el visto bueno de las autoridades de Gobernación, que acudían a fiscalizar cada función. «Una vez», recuerda «Palillo», «soy llevado ante el jefe de la Policía. Me habla. No le contesto y me pega dos bofetadas. No me quedó más recurso que aventarle escupitajos. Sangrando me volvieron a meter al calabozo.» No sería la última vez. En tiempos de Alemán, «Palillo» salía al escenario con un amparo en el saco para evitar las detenciones.[142]

El 20 de julio de 1948, día en que en el teatro Lírico se estrenaba la obra *El cuarto poder*, el jefe de la Oficina de Espectáculos ordenó la clausura del lugar porque sospechaba que habría «alusiones políticas» contra el presidente Alemán. En protesta contra la medida, todos los teatros de la ciudad cerraron sus puertas. Volverían a abrirlas eventualmente y «Palillo» seguiría fustigando en escena a «los políticos inmorales, pulpos chupeteadores del presupuesto nacional», pero se había sentado el precedente: bienvenido el chiste político, siempre y cuando no aluda al primer mandatario de la nación. Desde entonces, el chiste político comenzó a abandonar poco a poco las carpas y los teatros para refugiarse en los ámbitos privados: los cafés, las calles, las conversaciones telefónicas y las alcobas.

Míster Amigo

Si el Departamento de Estado norteamericano tenía algunas dudas sobre la veracidad en las intenciones conciliatorias y cooperativas de Alemán con respecto a los Estados Unidos, los primeros actos del presidente las habían disipado. En tiempos de Alemán, la relación entre los dos países había adoptado tonos de luna de miel.

En marzo de 1947, y por primera vez en la historia, un

presidente norteamericano visitaba la ciudad de México. No era cualquier fecha. Un siglo atrás, en marzo de 1847, las tropas de Winfield Scott bombardeaban Veracruz y meses después combatían a los soldados mexicanos en Chapultepec. Ahora el presidente Truman visitaba Chapultepec para rendir homenaje y depositar una ofrenda floral en el monumento a los Niños Héroes.

Los tiempos, qué duda cabe, habían cambiado. El olvido era más ancho que la memoria. La animosidad del mexicano hacia el gringo se había vuelto más legendaria que real. Los primeros agravios históricos, la intervención y la posterior pérdida de más de la mitad del territorio original de México, eran hechos poco vigentes. A pesar de los monumentos, las estatuas, los libros de texto y los discursos políticos que la recordaban, la invasión era un suceso distante, sepultado por otros terremotos sociales que ocurrieron tras ella, como la guerra de Reforma, la Intervención francesa y, sobre todo, la Revolución mexicana. A la lejanía temporal de aquella malhadada guerra se aunaba la falta de una memoria viva. Los territorios que el país perdió se hallaban, en su momento, poco poblados. Por ello no fueron escenario directo de pasiones nacionalistas similares a las que acababan de desgarrar la vida europea.

La historia que siguió a la invasión separó profundamente a los dos disímbolos países, pero no volvió a enfrentarlos en una querella mayor. Mientras que Europa y sus colonias modificaban incesantemente sus fronteras, el mapa de América permanecía casi intacto. Grandes imperios coloniales desaparecieron o estallaron en pequeñas e inestables naciones. Otros engulleron el espacio de minorías raciales o religiosas que, aferradas a sus irredentos territorios, esperaron pacientemente izar de nuevo sus banderas nacionales. Estos reacomodos no fueron característicos del

Nuevo Mundo y menos aún de América del Norte. Desde mediados del siglo XIX, pese a que hubo algunos momentos de tensión, México y los Estados Unidos se concentraron en sí mismos. Las redes del ferrocarril propiciaron el tránsito creciente y espontáneo de personas, bienes y servicios, pero no tendieron un verdadero puente sobre el río Bravo. De un lado quedó la debilidad desconfiada, del otro la fuerza desdeñosa. Y, en medio, se extendía un desierto de ignorancia, recelo e incomprensión mutua, pero no de violenta enemistad.

«La sangre pudo haber llegado al río», como reza la expresión, en muchas ocasiones. Si no llegó fue merced a la diosa Fortuna, al buen juicio de muchos gobernantes mexicanos y la sabiduría de algunos gobernantes norteamericanos. Si en la guerra de Intervención, entre 1862 y 1867, hubiese ganado Francia, si los confederados hubiesen triunfado sobre los yanquis … quizá la guerra del 47 no hubiese sido la última.

Por suerte, además de la Fortuna, la diplomacia mexicana hizo su parte. Se dice que Porfirio Díaz fue el autor de la frase «Pobre México, tan lejos de Dios, tan cerca de Estados Unidos». Sea cierta o falsa la atribución, Díaz manejó las relaciones con el inmenso cuidado de quien domestica una fiera: cumplió sus compromisos financieros, cabildeó sutilmente en Washington, fortificó sin aspavientos la frontera y, sobre todo, diversificó calladamente los vínculos mexicanos hacia los otros puntos cardinales: reconcilió a México con Europa, lo acercó a Centroamérica, abrió una ventana a Japón.

La Revolución mexicana no puede explicarse sin la influencia norteamericana en el ámbito diplomático, militar, político, financiero, etcétera. La lección fue siempre clara:

ganó quien contó con el apoyo de Washington. Lo notable es que esta dependencia no se tradujera en sumisión ni en agresividad excesiva. A partir de entonces, la norma a lo largo del siglo había sido una prudente distancia, como la que estableció Venustiano Carranza. El más nacionalista de los presidentes mexicanos no podía satisfacer los deseos de las compañías petroleras, porque hacerlo implicaba una enmienda a la Constitución, lo cual a su vez supondría la destrucción de la propia Revolución. Pero, al mismo tiempo, no comía lumbre: desoyó a las sirenas del famoso telegrama Zimmerman, en el que Alemania prometía a México nada menos que la reintegración del territorio anexado en 1847.

También la buena diplomacia norteamericana había hecho su parte. Las crisis entre los dos países habían acaecido aproximadamente cada diez años. Del lado mexicano pendía siempre el temor a una represalia militar y la resentida memoria sobre el papel del embajador norteamericano Henry Lane Wilson en el asesinato del mayor demócrata de la historia mexicana, Francisco I. Madero. Del lado norteamericano, el conflicto se centraba en el artículo 27 de la Constitución: las consecuencias de este artículo en la propiedad del suelo y el subsuelo para las compañías y ciudadanos establecidos en México antes de la Revolución, se consideraban no sólo expropiatorias sino violatorias del derecho internacional.

En 1917, algunos sectores conservadores de la sociedad norteamericana presionaban a Washington para que se desatase una intervención en toda regla, pero Carranza tuvo la suerte —que acaso no calibró en toda su dimensión— de tener un hombre de principios en la Casa Blanca. Wilson se rigió más por un imperativo moral que por los dictados de las compañías o una anacrónica hambre territorial. En un discurso dirigido a los editores mexicanos en julio de 1918,

declaró:

«Establezcamos una garantía común de independencia política e integridad territorial que firmaremos todos [los países de América]. Convengamos en que si alguno de nosotros, Estados Unidos incluso, viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los demás, todos ellos pueden saltar sobre Norteamérica. Ofrecemos prendas de que llegaremos a un arreglo en virtud del cual quedaréis protegidos de nosotros».[143]

En 1927, Calles estaba convencido de que los Estados Unidos invadirían de nuevo el país. Estaba dispuesto a quemar los pozos petroleros. Un émulo de Lane Wilson, el embajador Sheffield, predicaba entonces la intervención contra el «Soviet Mexico». Por fortuna prevaleció el buen juicio. El cambio de actitud se debió en gran medida a la influencia de algunos escritores norteamericanos, entre ellos Walter Lippmann, Carleton Beals, Ernest Gruening y Frank Tannenbaum.

Con su diplomacia respetuosa y su estilo de acercamiento personal, Morrow había hecho maravillas. Tras su partida, llegó un embajador igualmente sensible: Josephus Daniels. ¿Había en Daniels, y en el propio Roosevelt, deseos de contrapesar el papel que habían desempeñado en la fugaz intervención de los *marines* en Veracruz en 1914? El caso es que al sobrevenir la expropiación petrolera de 1938, al margen de las naturales tensiones diplomáticas, Roosevelt se negó a convertir el asunto en un *casus belli*. Suficiente problema tenía con el verdadero caso de guerra que se preparaba en Europa.

La cooperación de México con los Estados Unidos en la guerra mundial resultó el mejor antídoto contra los mutuos recelos. De un plumazo, en tiempos de Ávila Camacho se

habían resuelto los litigios agrarios y petroleros. Todo estaba preparado para la gran reconciliación.

En mayo de 1947 Alemán visitó Washington. La última vez en que un mandatario mexicano había visitado Washington había sido el año de 1836, cuando el expresidente Santa Anna, tomado preso después de su debacle texana, escuchó el discurso admonitorio de Andrew Jackson. Juárez había vivido desterrado en Nueva Orleans y, ya como presidente, en la guerra de Reforma, hizo escala en esa misma ciudad antes de establecer su gobierno en Veracruz. También en Nueva Orleans, Porfirio Díaz y Carmelita habían pasado su luna de miel, pero ya en la presidencia la única visita de Díaz a los Estados Unidos fue el encuentro con Taft en El Paso. Madero había estudiado en los Estados Unidos y pasado meses exiliado en San Antonio y la propia Nueva Orleans, pero como presidente no viajó a ese país. En plena revolución constitucionalista, Carranza se había demorado largos meses en cruzar la Sierra Madre Occidental, y hubiera cruzado a nado el océano Atlántico, todo, antes de pisar el territorio de los hombres que habían arrebatado Texas a su amada Coahuila. Aunque Obregón, Calles y los presidentes del maximato y Cárdenas visitaron alguna vez los Estados Unidos, no fue nunca estando en funciones. (Sólo Calles acudió como presidente electo.) De joven, Cárdenas pasó quizá la frontera por unas horas, pero una visita a Washington le hubiera parecido una traición a la patria. Y aunque el encuentro entre Roosevelt y Ávila Camacho en la ciudad mexicana de Monterrey era ya un augurio de cordialidad, el tabú seguía en pie.

La visita de Alemán lo rompió. Se le recibió con grandes honores. En su discurso en el Congreso se refirió a la «fe absoluta en la democracia y el amor esencial a la libertad» que vinculaba a los dos países. En un acto inusitado desde tiempos

de Porfirio Díaz, Alemán invitó al capital norteamericano a invertir en México y logró que el gobierno norteamericano se abriera a la posibilidad de apoyar proyectos de infraestructura que presentara su contraparte mexicana. Sobre el espinoso caso de una posible vuelta de las compañías petroleras a México, Alemán fue muy claro: una participación general de las empresas extranjeras en la propiedad y explotación del petróleo mexicano estaba fuera de discusión ya que la ley la prohibía, pero su gobierno estaba dispuesto a otorgar permisos de perforación y exploración.

Truman estaba empeñado en apoyar el desarrollo de México. Las dificultades que encontró en el camino se allanaron con la guerra de Corea. Por primera vez desde tiempos de don Porfirio, los Estados Unidos abrieron una línea de crédito de ciento cincuenta millones de dólares a México (que el país podía utilizar en el desarrollo de su planta petrolera), prestaron cincuenta y seis millones adicionales para la reestructuración de los ferrocarriles y firmaron un acuerdo migratorio, todo ello sin que México tuviese que firmar un convenio militar (como otros países latinoamericanos) o formar parte del bloque anticomunista que los Estados Unidos integraban en América Latina. El súbito deshielo en las difíciles relaciones de los vecinos valía la pena. Alemán merecía el título de «Míster Amigo».[144]

El profeta gringo

En 1951, cuando el régimen de Miguel Alemán se encontraba en el ápice de la gloria, cuando cada día se inauguraban nuevas obras públicas con su nombre y se hablaba a media voz de su posible reelección, cuando el gobierno mexicano daba la espalda a la comunidad rural y adoptaba decididamente el paradigma de una nación urbana e industrial, cuando el sistema político subordinaba por

medio del «pan y el palo» a casi toda la sociedad, cuando México vivía su primera luna de miel con los Estados Unidos tras un siglo de amargas desavenencias, salió a la luz la traducción castellana de un libro que indignaría a toda la clase política e intelectual… salvo al joven agrónomo Edmundo Flores y a Daniel Cosío Villegas. Su autor era un viejo amigo de México, quizás el mayor que ha tenido entre los norteamericanos: Frank Tannenbaum. Su título, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread* (1950).

«Si este … libro de Tannenbaum nos da la impresión de *final*», escribió Cosío Villegas, «… es porque a estas alturas México no engaña a nadie … como alguna vez engañó al propio Tannenbaum y a tanto extranjero buscador de pueblos valerosos, capaces de atacar con soluciones propias sus problemas y hasta señalar rumbos a otros países más desdichados».[145]

Ningún norteamericano había recorrido, estudiado, comprendido a México como él. Lo había hecho durante más de veinticinco años. Tannenbaum no era sólo un historiador, como Prescott; un periodista, como John Reed; un escritor, como Jack London. Era todo eso y más: un filósofo social cuya trayectoria política, formación intelectual y actitud moral le habían dado ojos privilegiados para entender la Revolución mexicana.

Formado desde muy joven en la escuela anarquista de Piotr Kropotkin, discípulo muy querido de la madre del anarquismo norteamericano, Emma Goldman, en 1914 Tannenbaum había encabezado, a sus veinte años de edad, a una multitud de desempleados en la toma pacífica de la iglesia de San Alfonso, en Manhattan. Tras un sonado juicio, se le condenó a cumplir un año de prisión. A su salida de la cárcel se matriculó en la Universidad de Columbia, donde obtuvo

los más altos grados. Tres campos de interés absorberían su tiempo, todos ligados íntimamente al sufrimiento humano: la situación de las cárceles, el drama de los negros en los antiguos estados esclavistas del sur y el movimiento sindical. Sobre esos temas escribiría a lo largo de los años varios libros (algunos célebres como *Slave and Citizen*, publicado en 1946 y a raíz del cual el dueño de los Dodgers contrató al primer negro en el beisbol de las ligas mayores: Jackie Robinson). Pero la mayor pasión de Tannenbaum, el lugar histórico donde creyó que podría realizarse su utopía, fue México.[146]

Desde su primera visita al país, en 1922, Tannenbaum se enamoró de México porque creyó ver en los postulados sociales, económicos y educativos de la Revolución mexicana nada menos que la realización del viejo sueño de solidaridad anarquista. Además de publicar varios ensayos encomiásticos en revistas norteamericanas, y al tiempo en que recorría a lomo de mula el país entero recogiendo datos para un libro sobre la revolución agraria en México (publicado en 1929), Tannenbaum ejerció un intenso cabildeo ante las autoridades norteamericanas en favor de la política revolucionaria.[147] Lector atento y sensible de Molina Enríquez, en su libro *Peace by Revolution* (1933) Tannenbaum delineó una interpretación de la Revolución mexicana que se volvería canónica. Vería ésta como una gesta popular anónima llevada a cabo contra las haciendas y el poder central por parte de decenas de pueblos libres cuya vocación centenaria era permanecer fieles a su cultura, a su identidad, a su tierra. En esencia, la suya era una interpretación zapatista. Publicadas en 1933, esas ideas constituían una profecía y una justificación de la política agraria radical que llevaría a cabo Cárdenas.

Como es natural, Tannenbaum no sólo fue un partidario decidido de Lázaro Cárdenas sino su amigo personal y su

representante oficioso ante el Departamento de Estado norteamericano. Su tenaz defensa de México, sobre todo en el caso de la expropiación petrolera, le valió la suspicacia del FBI: Edgar Hoover le seguiría la pista por décadas hasta completar un grueso expediente; sin embargo, nunca pudo probar su supuesta filiación comunista.

Hacia los años cuarenta, el entusiasmo de Tannenbaum por la Revolución mexicana —o, más bien, por su desenlace— había decaído. Un honrado ejercicio autocrítico lo llevó a publicar en 1948, en la revista *Foreign Affairs,* un largo ensayo donde advertía sobre los inmensos riesgos de lo que él llamaba «el gobierno personal en México»: «… el gobierno en México es el presidente, no hay otra forma de decirlo», explicaba, señalando la fragilidad intrínseca de un sistema que, si bien provenía de estructuras mentales muy antiguas, en la práctica se traducía en costos inmensos para la población. La concentración de poder en una sola persona traía consigo, inevitablemente, una creciente ineficiencia, arbitrariedad, despilfarro, servidumbre y corrupción.[148]

Sin embargo, hacia mediados de siglo Tannenbaum seguía creyendo que México podía corregir el camino volviendo al origen campesino de la Revolución. El populismo de Tannenbaum era todo menos primitivo. De hecho, fue muy poco comprendido entre sus propios amigos mexicanos. Había una diferencia profunda entre el agrarismo mexicano y la lectura agraria de Tannenbaum. Los agraristas ponían el acento en el ejido, institución tutelar de raigambre colonial que a despecho de sus fines humanistas se había vuelto un instrumento de control estatal. Tannenbaum, por su parte, seguía fiel al esquema de su padre intelectual, Kropotkin: veía a México como una posible constelación de pequeñas comunidades rurales creativas, autosuficientes, pero sobre

todo autónomas y libres.

Desde 1928 Tannenbaum había enviado a su amigo y viejo condiscípulo, el subsecretario de Educación, Moisés Sáenz, cinco mil cuestionarios para ser repartidos entre los maestros en otros tantos pueblos de México. Se proponía obtener una fotografía estadística de la vida material en el campo y así diagnosticar vías de mejoramiento práctico para la comunidad rural que, en opinión de Tannenbaum, fue siempre la célula fundamental de la vida mexicana. Le respondieron 3.611 maestros. La muestra era más que representativa: englobaba a 1.877.313 personas, el 17 por ciento de la población rural en 1930.

Tannenbaum no veía a los campesinos como parias pobres y aislados: había que *interpretar* su pobreza y aislamiento en términos de los propios campesinos. La gente del campo no se dedicaba sólo a la agricultura: vivía inmersa en una cultura material y espiritual considerablemente autárquica pero compleja, rica y variada. Sus nociones del bien y el mal, su sentido de lo bello, lo bueno, lo justo, desafiaban las estadísticas; no obstante, había otras facetas que cabía medir. Aquel estudio, completado en 1933 y publicado en 1946 en *Political Science Quarterly* con el título «Technology and Race in Mexico», daba fundamento científico a sus interpretaciones sobre México.[149]

Molina Enríquez revisitado: el México indígena, más pobre y aislado, tendía a *escaparse* hacia el México mestizo. Los pueblos mostraban su notable fortaleza histórica: muchos habían retenido sus tierras comunales y practicaban una economía autárquica no monetaria. Dependían del mercado parroquial, que podía estar a unos cuantos kilómetros del lugar, pero no dependían del mercado nacional. El 54,3 por ciento de los pueblos no poseía arados de acero; sin embargo,

en casi todos había vacas, cerdos, pollos, caballos y otros animales domésticos; el 80 por ciento carecía de comunicación alguna con el exterior (tren, teléfono, correo, telégrafo, carretera); el 50 por ciento no contaba con bestias de carga y los hombres seguían llevando sobre sus hombros el producto de su trabajo; casi el 100 por ciento carecía de profesionistas (médicos, abogados); el 49 por ciento no contaba con carpinteros; el 52 por ciento vivía sin albañiles. Un pequeño dato llamó la atención de Tannenbaum. El 90,5 por ciento de los pueblos poseía un equipo moderno: la máquina de coser. Se trataba de una auténtica revelación, como explicaba en su libro final sobre México. Kropotkin revisitado: en *Mexico: The Struggle for Peace and Bread,* Tannenbaum llegaba a la conclusión natural de que había que apoyar la economía parroquial y multiplicar los objetos útiles como la máquina de coser.

Su análisis se apartaba de las visiones convencionales, tanto las oficiales como las de oposición. Ambas partían de una premisa *agriculturalista* del campo mexicano: ver al campo sólo como proveedor de la ciudad. Para Tannenbaum, en cambio, la comunidad rural mexicana no era un escalón en la pirámide de ascenso social en México, ni las pequeñas localidades eran colonias de productores agrícolas domiciliados ayer para producir hoy alimentos y emigrar mañana. Habían estado allí, en el mismo lugar, por siglos, y su vocación era permanecer allí, en el mismo lugar, por siglos. Su cultura era mucho más que agricultura: «La cultura peculiar de la "localidad" comprende costumbres familiares y matrimoniales, régimen municipal, jerarquías sociales especiales, festividades, Iglesia y organización religiosa, creencias, supersticiones y tabúes, artes particulares, cantos, danzas y música. Así ha sido siempre».[150]

El equilibrio de estas localidades había sido trastocado por primera vez en el porfirismo. Tannenbaum concebía la Revolución mexicana como un movimiento conservador y espontáneo de estos pueblos para recobrar sus tierras y defender sus formas de vida. La buena política revolucionaria había entendido este mensaje y en un principio se había volcado al campo para proveerlo de tierra, libertad, alfabeto y enseñanzas prácticas. Lo correcto hubiera sido continuar el empeño: desplegar una labor educativa alrededor de los ejidos, enviar al campo una multitud de extensionistas, proveer animales, herramientas, semillas, medios de transporte baratos. Pero a partir de los años cuarenta, y sobre todo en el régimen de Alemán, el paradigma cambió del campo a la ciudad, de lo agrario a lo agrícola y de allí a lo industrial, provocando la decepción del filósofo social, amigo de México.

Mexico: The Struggle for Peace and Bread aportaba una visión integral de México: su pasado, presente y futuro. Sus capítulos históricos y su recuento de la Revolución mexicana reafirmaban las tesis de *Peace by Revolution,* pero introducían el desconcertante elemento político que había faltado en aquel libro, demasiado optimismo. Un solo ejemplo: en 1933 Tannenbaum confiaba en la democracia social del movimiento obrero y campesino. En 1950 veía en ambos poderes oficialistas una representación de los antiguos estamentos coloniales regidos paternalmente por la Corona. Pero su tesis principal, resumida por Cosío Villegas, era más dolorosa: México había «errado el camino», y en la situación actual «no puede jugar con éxito la carta del grande, del fuerte, del rumboso, sino la del alerta, del modesto, del equilibrado; … jugar aquélla lo ha metido en una ratonera sin salida, y … aun jugando a la segunda, la salida no es tan ancha ni el camino tan llano».[151]

El problema número uno de México era la división entre los dos Méxicos: el parroquial y el moderno. Por un lado, estaba el país rural, pues la mayor parte de la población vivía en comunidades pequeñas como las que respondieron a la encuesta. De hecho, según el censo de 1950, el 63 por ciento de los mexicanos vivía en comunidades de menos de cien habitantes. Por otro lado, estaba el México que buscaba quemar etapas e industrializarse. ¿Podría lograrlo a la velocidad y con los resultados que se esperaban? Tannenbaum lo dudaba, y su duda irritó al lector mexicano. Casi todo conspiraba, a su juicio, contra el proyecto de crecimiento acelerado por la vía industrial. Dos fuerzas naturales trabajaban calladamente en su contra: la erosión de los suelos y el crecimiento demográfico. México no debía olvidar nunca que era un país pobre, sin agua, con sólo el 15 por ciento de superficie cultivable. El desierto avanzaría inexorablemente, secando un suelo incapaz de mantener a una población que, a fin de siglo, podía alcanzar la cifra de sesenta millones de habitantes. La producción y la productividad del campo, incluso en cultivos como el maíz o el trigo, permanecían estacionarios. La minería daba muestras de agotamiento, mientras que los yacimientos petroleros (exiguos, al parecer) eran incapaces de suplirla como fuentes de divisas. ¿De dónde iba a sacar México los once mil millones de dólares que necesitaba para rehabilitar a los ferrocarriles, levantar su industria petrolera, ampliar considerablemente su red de carreteras, construir obras de riego, aeropuertos, puertos, para mejorar la salubridad? Sólo podía sacarlos de la inversión extranjera, pensaba Tannenbaum, como en el Porfiriato: «… sin ese capital México hubiera continuado siendo un país completamente primitivo». Pero era dudoso que la inversión fluyese en esas proporciones, que fuese bienvenida, o que, aun viniendo,

pudiera mantenerse productiva y pagarse a sí misma.

El libro mostraba algunas fallas. Tannenbaum no podía prever el potencial petrolero de México. Acaso su limitación mayor, apenas señalada por los críticos, era su base de datos, extraída casi toda del censo de 1940. Su análisis no daba cuenta del impacto de la política alemanista en varios ámbitos de la economía. Tannenbaum no podía ignorar que la nueva industria, en especial la manufacturera, mostraba índices notables de crecimiento y una apreciable capacidad exportadora. Pero era allí, justamente, adonde apuntaban sus mayores críticas. ¿A qué costo social se industrializaba México? Citaba el caso de la industria textil. Al abrigo de una alta muralla arancelaria, se estaba creando una alianza monopólica de los tres beneficiarios del proyecto alemanista a costa de la mayoría de la población: «Nos encontramos aquí con lo que casi resulta ser una conspiración de unos pocos propietarios, cien mil obreros y unos pocos funcionarios gubernamentales, para proveer a la gran masa de la población de la sencilla indumentaria que con tanta urgencia necesitan, a un costo excesivamente elevado».[152]

La situación no era privativa de los textiles. Una pequeña clase obrera privilegiada que no abarcaba más del 20 por ciento de la población se estaba desarrollando sin conexión alguna con la masa del pueblo. El cuadro, apuntaba Tannenbaum, contenía «todos los elementos de la tragedia, y los líderes sindicales mexicanos no pueden soslayar las consecuencias que van implícitas en este programa». El apoyo integral del gobierno a la industria no lo impresionaba mucho más. Una política industrial que elevaba el costo de la vida para toda una nación en beneficio de una minoría era, por lo menos, dudosa:

«Económicamente, el abismo entre la población urbana y la

rural continúa abierto, y acaso el problema es tan serio como era antes, aunque se halla encubierto por el esfuerzo general de reconstrucción del programa revolucionario. Vendrá un día, sin embargo, en que la Revolución estará superada y el cisma interno se revelará con claridad y seguirá siendo tan irremediable en sustancia como antes era».[153]

Lo que el México moderno tenía que ofrecer al México parroquial era muy poco. Excepto los artículos industriales a bajo precio (vestidos, zapatos), la industria no estaba orientada hacia la gran masa de consumidores pobres del campo. ¿No había allí una oportunidad para las máquinas de coser y sus sucedáneos? Tannenbaum lo creía así, y de esa convicción extrajo sus conclusiones definitivas:

«Sería infinitamente mejor para México … que volviera sus ojos a Suiza o Dinamarca, tomándolos como modelo, más que a Estados Unidos, y tratase de hallar la solución, sobre una base local, parroquial, en miles de pequeñas comunidades, adaptando a ellas todo cuanto la ciencia y la técnica moderna puede ofrecer para así satisfacer las necesidades de una pequeña colectividad, sin hacerlas cada vez más dependientes de un mercado nacional. No constituye ventaja alguna inundar estas pequeñas localidades con productos deficientes, de manufacturas que trabajan a elevado costo, cuando pueden hacer la mayoría de las cosas que necesitan en sus propios pueblos y en los de las cercanías, con sus propias manos, con sus propias técnicas, y hacer productos sólidos, hermosos y útiles. Nada se consigue destruyendo la comunidad rural mexicana. Es la cosa mejor que México posee; allí están su fortaleza y su resistencia. La Revolución probó hasta la saciedad dicho aserto.

»Lo que México necesita es enriquecer sus comunidades locales para lograr una producción agrícola cada vez más

amplia, y aumentar la variedad y calidad de los bienes producidos por las artesanías locales, en cantidad suficiente para las necesidades domésticas, y, además, para la exportación. *México necesita realmente una filosofía de cosas pequeñas*».[154]

En el fondo de aquel libro *final* de Tannenbaum, resonaba aquel texto escrito por López Velarde el año de su muerte, pocos meses antes del primer viaje de Tannenbaum por México: ambos recelaban de la patria «pomposa y multimillonaria», ambos predicaban en favor de una patria «menos externa, más modesta y probablemente más preciosa».

De pronto, el amigo se volvió examigo. Para los economistas su nombre era tabú. Cuando Tannenbaum vino a México para charlar con sus conocidos en el restaurant típico Tampico, sufrió un desaire generalizado: casi nadie se presentó. En 1956, los estudiantes de derecho de la UNAM lo repudiaron y su revista *El Estudiante* lo tachó de *non grato*. De la derecha, el centro y la izquierda llovieron los anatemas. La suya era una «novela difamante», un texto «demagógico», una obra de «clara estirpe enajenante que nos niega capacidad de ver nuestras propias cosas con la debida perspectiva», un libro escrito desde un «mirador imperialista», una «utopía bucólica … que nos condena para siempre a vivir en la miseria, en la insalubridad y en la ignorancia, porque la evolución económica del mundo enseña que sólo las naciones que se industrializan llegan a ser ricas, sanas y cultas». Un prestigiado economista de izquierda, Manuel Germán Parra, se tomó el trabajo de escribir un libro para refutar a Tannenbaum. Con innumerables tablas y gráficas, pretendía revertir la tesis estudiando el desarrollo industrial de los Estados Unidos en el siglo XIX. ¿No habían pasado de la

economía rural a la industrial, del campo a la ciudad? Las «leyes generales» del desarrollo histórico mostraban que México había tomado la dirección correcta. ¿Iba México a lograr su crecimiento aferrado a sus artes y oficios folclóricos? Y en un párrafo largo y cruel, citando hasta el absurdo decenas de productos artesanales que México podría supuestamente cambiar por productos industriales, Parra preguntaba: «¿Vamos a comprar motores de combustión interna con jícaras de Uruapan?»[155]

Más que una reducción al absurdo de la tesis de Tannenbaum, Parra incurría en un sofisma. Para proveer a los pueblos de los implementos modernos que pudieran hacer más fácil su vida diaria no hacían falta grandes inversiones, sino inversiones pertinentes basadas en una lectura adecuada y respetuosa de la cultura parroquial. Para equipar a sus comunidades locales con máquinas de coser y otros sucedáneos, México no necesitaba volverse una potencia industrial. Por lo demás, Tannenbaum insistía en que sus ideas no significaban una condena del nuevo proyecto industrial, sino una advertencia razonada sobre sus dificultades.

Su mayor defensor abierto fue Daniel Cosío Villegas. Cinco años antes, él mismo había sufrido la condena universal por sostener ideas de alguna manera similares. Desde 1940 consideraba que la riqueza legendaria de México era precisamente eso, una leyenda, y que el país debía optar por un futuro modesto y equilibrado, viviendo a tercias partes de su agricultura, su industria y su minería. El libro de Tannenbaum caía «como bomba en esta atmósfera de optimismo infantil», a pesar de que era

«la historia, después de todo conocida, de cuándo y por qué este país sin ventura ha vagado como alma en pena antes de

hallar su camino; por qué lo encontró con la Revolución; y por qué, falto de hombría, abandonó la solución penosa, pero firme y segura, por la brillante y fácil, a pesar de la falsedad que denunciaba a leguas su propio oropel».[156]

En su defensa de Tannenbaum, Cosío Villegas postuló su teoría pendular de la historia de México. Desde su Independencia, el país había buscado afanosamente las dos grandes metas del mundo occidental: libertad política individual y bienestar material general. Incapacitado para alcanzar ambos al mismo tiempo, había alternado los periodos de libertad sin progreso con periodos de progreso sin libertad. En uno y otro caso, la exacerbación de una de las metas había conducido a la Revolución. Sin progreso pero con libertad, la República Restaurada había caído en manos del dictador. Sin libertad pero con progreso, el México porfiriano había estallado en pedazos. La moraleja era clara: el país debía procurar un moderado avance en ambos sentidos, sin dejar que uno prevaleciera sobre otro. Pero, ¿cuál era la situación del país en 1951?

La peor imaginable, pensaba Cosío Villegas. Por un lado, México no optaba por la vía del progreso, porque el proyecto alemanista no buscaba el *bienestar material general* sino una variedad restringida y particular: el crecimiento industrial, que privilegiaba —como señalaba atinadamente Tannenbaum — a la triple casta de los funcionarios, los obreros y los empresarios: «Así una tesis fascinadora por su contenido de evidente justicia social se transforma en una tesis económicamente discutible, social y políticamente repugnante». Este agostamiento del proyecto económico entrañaba un peligro grave, pero no tanto como el otro, el peligro moral que a Tannenbaum parecía habérsele escapado y que Cosío Villegas formuló en clarísima alusión al

presidente empresario, Miguel Alemán:

«… el tan decantado progreso material y no sólo el minúsculo industrial, es usado como chorro de luz que se arroja a los ojos del pueblo para cegarlo deslumbrándolo, e impedirle así ver sus propias llagas … ¡sus llagas políticas! Es más, el gobernante cuyo programa es exclusivamente de progreso material, declara que es tan esencial a la dicha del pueblo, que mide y refleja tan esplendorosamente la pujanza de la patria, que, para dárselo, principia por pedir orden, trabajo, disciplina y acaba por exigir acatamiento ciego y servil, la sumisión abyecta de todo el país. Exige más ese gobernante: el reconocimiento de que es obra personal suya todo ese progreso material, hecho, no con el dinero personal del gobernante, sino del país; no con las manos del gobernante, sino con las del obrero mexicano; y a un costo que, de conocerse a ciencia cierta, produciría un vértigo mortal. Exige, pues, que cada una de las obras lleve su nombre propio para que las generaciones futuras lo vean en todas partes, como a Dios».[157]

Ni libertad política individual, ni bienestar material general. Para Frank Tannenbaum y Daniel Cosío Villegas, México había perdido el camino y volvía a vagar como alma en pena. El tiempo, desafortunadamente, les daría en mucho la razón.

NOTAS

1. Rodolfo Usigli, «El gesticulador», en *El Hijo Pródigo* (México), año 1, n.º 4, jul. 1943, pp. 236-251.

2. Justo Sierra a Porfirio Díaz, nov. 1899, en Justo Sierra, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados* (México, 1978), pp. 96-97.

3. José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz* (México, 1921), p. 365.

4. Daniel Cosío Villegas, «La crisis de México», en *Cuadernos Americanos* (México), año 6, vol. XXXII, n.º 2, 1947, pp. 29-51.

5. Usigli, «El gesticulador», pp. 236-251.

6. Leonardo Pasquel, *La Revolución en el estado de Veracruz*, 2 vols. (México, 1971), vol. 1, p. 85; Octaviano R. Corro, *General Miguel Alemán: su vida revolucionaria* (Xalapa, 1945); Rafael Gallegos Llamas, *Matiz de un revolucionario, 1900-1929* (México, 1976).

7. Entrevista con Pablo Vidaña, Sayula, Veracruz, 1 oct. 1994.

8. Idem.

9. Idem.

10. Entrevista con Rita Alafita de González, Oluta, Veracruz, 16 jul. 1994.

11. Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios* (México, 1987), pp. 34-35.

12. Pasquel, *La Revolución en el estado de Veracruz;* Corro, *General Miguel Alemán…;* Gallegos, *Matiz de un revolucionario…*

13. Archivo Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca (en adelante APEC), gav. 72, Tejeda, Adalberto (ing. y cor.), exp. 26, leg. 2/15, inv. 5558.

14. Alemán, *Remembranzas y testimonios,* p. 76.

15. APEC, gav. Miguel (gral.), exp. 166, inv. 166.

16. Alemán, *Remembranzas y testimonios*, p. 103.

17. Entrevista con Rafael Barreiro Gutiérrez, Acayucan, Veracruz, 16 jul. 1994.

18. Alemán, *Remembranzas y testimonios,* pp. 62-64.

19. Ibíd., p. 60.; entrevista con Antonio Ortiz Mena, oct. 1987.

20. Entrevista con Antonio Martínez Báez, México, D.F., 3 nov. 1992.

21. Idem.

22. Alemán, *Remembranzas y testimonios,* pp. 56-57.

23. Ibíd., p. 82.

24. Entrevista con Ramiro Leal Domínguez, Acayucan, Veracruz, 16 jul. 1996; testimonio de Eduardo Turrent Rozas.

25. Entrevista con Justo Manzur Ocaña, Córdoba, Veracruz, 22 jun. 1994.

26. Alemán, *Remembranzas y testimonios,* p. 125.

27. Idem.

28. Testimonio de Eduardo Turrent Rozas.

29. Alemán, *Remembranzas y testimonios,* p. 139.

30. Entrevista con Marco Antonio Muñoz, México, D.F., 3 nov. 1992.

31. Alemán, *Remembranzas y testimonios*, p. 150.

32. Ibíd., p. 158.

33. Entrevista con Miguel Palacios Macedo, México, D.F., jul. 1973.

34. Luis Medina, *Historia de la Revolución Mexicana*, 23 vols., *Civilismo y modernización del autoritarismo*, vol. 20 (México, 1982), pp. 81-84.

35. Entrevista con Justo Manzur Ocaña, Córdoba, Veracruz, 22 jun. 1994; entrevista con Marco Antonio Muñoz, México, D.F., 3 nov. 1992.

36. Carlos Loret de Mola, «Fue símbolo del sistema», en *Excélsior* (México), 14 may. 1983.

37. Blanca Torres Ramírez, *Historia de la Revolución mexicana*, 23 vols., *Hacia la utopía industrial* (México, 1984), vol. 21, pp. 25-26.

38. Entrevista con Justo Manzur Ocaña, Córdoba, Veracruz, 22 jun. 1994. La fórmula «por las buenas» es de Gabriel Zaid.

39. Roderic Ai Camp, *Los líderes políticos de México. Su educación y reclutamiento* (México, 1983), pp. 164-177.

40. Entrevista con Antonio Martínez Báez, México, D.F., 3 nov. 1992.

41. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., 3 nov. 1992.

42. Entrevista con Adolfo Orive Alba, México, D.F., 4 sept. 1992.

43. Torres Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana,* pp. 144-145; *Estadísticas históricas de México,* 2 vols. (México, 1985).

44. Lázaro Cárdenas, *Obras*, t. 2, *Apuntes 1941-1956* (México, 1986), vol. 2, p. 268.

45. Entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D.F., 9 sept. 1992.

46. Torres Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana,* p. 107.

47. Camp, *Los líderes políticos de México…;* Elvira Concheiro *et al., El poder de la gran burguesía* (México, 1979); Robert J. Schafer, *Mexican Business Organizations: History and Analysis* (Nueva York, 1973).

48. Gabriel Zaid, *El progreso improductivo* (México, 1979), p. 222.

49. Octavio Paz, *Posdata* (México, 1970), pp. 136-139.

50. Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano* (México, 1978), pp. 22-67.

51. Zaid, *El progreso improductivo*, pp. 216-224; Zaid, *La economía presidencial* (México, 1987), pp. 149-170, y *La nueva economía presidencial* (México, 1994), pp. 30-33 y 53-56.

52. Paz, *Posdata,* pp. 136-139.

53. Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl* (México, 1980), pp. 293-299.

54. Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual* (México, 1980), p. 282.

55. Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar* (México, 1974), pp. 7-14.

56. Octavio Paz, *El ogro filantrópico* (México, 1979), pp. 85-100.

57. Adolfo León Osorio, *El pantano. Apuntes para la historia. Un libro acusador* (México, 1954), pp. 77-80; *Presente* (México), 7 jul. 1948 y 11 ago. 1948; *Proceso* (México), 23 may. 1983.

58. Mario Gill, *Pistolerismo y otros reportajes* (México, 1985), pp. 117-119, y Adolfo León Osorio, *El pantano…*, pp. 77-80.

59. Hans Werner Tobler, «Las paradojas del ejército revolucionario: su papel social en la reforma agraria mexicana. 1920-1935», en *Historia Mexicana* (México), vol. XXI, n.o 81, jul.-sept. 1971, pp. 38-79.

60. Jean-François Revel («Jacques Severin»), «Démocratie mexicaine», en *Esprit* (París), n.º 5, may. 1952, pp. 783-809.

61. María Félix, *Todas mis guerras*, 3 vols. (México, 1993), vol. 2, p. 60.

62. *El Popular* (México), 5 may. 1952.
63. Osorio, *El pantano…*, pp. 64-66.
64. Entrevista con Hesiquio Aguilar, México, D.F., 13 jul. 1994.
65. Luis M. Farías, *Así lo recuerdo* (México, 1992), p. 247.
66. «The Domino Player», en *Time,* 14 sept. 1953, pp. 28-31; Osorio, *El pantano…*, p. 59.
67. Entrevista con Carlos Soto Máynez, México, D.F., 11 jul. 1994.
68. Gonzalo N. Santos, *Memorias* (México, 1984), p. 863.
69. Entrevista con Justo Manzur Ocaña, Córdoba, Veracruz, 22 jun. 1994.
70. Osorio, *El pantano…*, p. 26; Daniel Cosío Villegas, *La sucesión presidencial* (México, 1975), pp. 16-17.
71. *Siempre!* (México), 20 oct. 1955.
72. Cárdenas, *Apuntes…,* vol. 2, p. 452.
73. Entrevista con Adolfo Orive Alba, México, D.F., 1989.
74. *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados* (México), 30 ago. 1952.
75. Entrevista con Fernando Román Lugo, México, D.F., 15 mar. 1994.
76. Testimonio de Augusto Elías Paullada.
77. Vicente Lombardo Toledano, «El fraude electoral más burdo habido desde 1910 hasta hoy. En la maniobra se usaron todos los procedimientos conocidos hace 50 años», en *El Popular* (México), 7 jul. 1952; «El partido oficial tiene todo preparado para hacer el fraude», en *El Popular* (México), 5 jul. 1952; «Coacción del PRI contra los empleados de CEIMSA», en *El Popular* (México), 6 jul. 1952.
78. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 7 jun. 1995.
79. Medina, *Historia de la Revolución Mexicana,* pp. 176-185.
80. Cosío Villegas, *La sucesión…,* pp. 14-15.
81. Santos, *Memorias,* p. 861.
82. Miguel Alemán Valdés, «Discurso de toma de posesión», en *50 años de El Universal* (México, 1986), pp. 80-84.
83. Entrevista con Marco Antonio Muñoz, México, D.F., 3 nov. 1992.
84. Testimonio de Augusto Elías Paullada.
85. Luis Gómez Z., *Sucesos y remembranzas*, 2 vols. (México, 1979), vol. 1, pp. 303-310.
86. Medina, *Historia de la Revolución Mexicana*, pp. 112-134.
87. Entrevista con Fidel Velázquez, México, D.F., 1995.
88. Gómez Z., *Sucesos y remembranzas,* vol. 1, pp. 323-333 y 441; entrevista con Luis Gómez Z., México, D.F., 1995.
89. Medina, *Historia de la Revolución Mexicana*, pp. 164-168.
90. Revel (Severin), «Démocratie mexicaine», pp. 783-809.
91. Zaid, *La economía…,* pp. 11-30.
92. Jorge Hernández Campos, «El señor presidente», en Gabriel Zaid, comp.,

Ómnibus de poesía mexicana (México, 1989), p. 600.

93. Cosío Villegas, «La crisis de México», en *Extremos de América* (México, 1949), p. 23.

94. Luis Calderón Vega, *Memorias del PAN*, 3 vols. (México, 1992), vol. 1, p. 111.

95. Zaid, *El progreso…*, p. 232.

96. Revel (Severin), «Démocratie mexicaine», pp. 783-809.

97. Cosío Villegas, «La crisis de México», p. 22.

98. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana* (México, 1985), pp. 285-286.

99. Calderón Vega, *Memorias del PAN,* vol. 2, p. 56.

100. «Habla usted un poco tarde señor Corona», en *Siempre!* (México), vol. 1, n.º 5, 25 jul. 1953, pp. 8-9.

101. Medina, *Historia de la Revolución Mexicana,* pp. 95-111.

102. Juan José Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines* (Xalapa, 1990), p. 66.

103. Enrique Krauze, *Biografía del poder. Venustiano Carranza. Puente entre siglos* (México, 1987), p. 127.

104. Zaid, *El progreso…*, p. 331.

105. Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México, 1967), pp. 31-36.

106. Calderón Vega, *Memorias del PAN,* vol. 2, pp. 71-72.

107. James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo* XX. *Entrevistas de historia oral* (México, 1969), p. 201.

108. Revel (Severin), «Démocratie mexicaine», pp. 783-809.

109. Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, 2 vols. (México, 1966), vol. 1, p. 328.

110. Ibíd., p. 333.

111. Rafael Rodríguez Castañeda, *Prensa vendida. Los periodistas y los presidentes: 40 años de relaciones* (México, 1993), p. 18.

112. Zaid, *La nueva economía…*, pp. 75-76.

113. Cosío Villegas, *Ensayos…*, vol. 1, pp. 328-335.

114. Ibíd., pp. 334-335.

115. Entrevista con el obispo Adolfo Hernández Hurtado, México, D.F., 27 mar. 1993.

116. Daniel Cosío Villegas, *Ensayos…*, vol. 1, p. 281.

117. Roderic Ai Camp, *Los empresarios y la política en México. Una visión contemporánea* (México, 1995), pp. 233-239.

118. «Discurso de Manuel Gómez Morin en la apertura de cursos de la Universidad Nacional, 1918», en Krauze, *Caudillos culturales…*, p. 84.

119. Zaid, *El progreso…*, p. 255.

120. Camp, *Los líderes políticos…*, pp. 40-46.

121. Zaid, *El progreso…*, pp. 253-278.

122. Testimonio de Augusto Elías Paullada.

123. George S. Wise, *El México de Alemán* (México, 1952).

124. Gabriel Zaid, «Intelectuales», en *Vuelta* (México), vol. 14, n.º 168, 1990.

125. Daniel Cosío Villegas, *La Constitución de 1857 y sus críticos* (México, 1980), p. 120.

126. Zaid, *El progreso…,* p. 266.

127. Cosío Villegas, *Ensayos…,* vol. 2, p. 155.

128. Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía…,* p. 289.

129. Ibíd., p. 286.

130. Cosío Villegas, *Ensayos…,* vol. 1, p. 21.

131. Calderón Vega, *Memorias del PAN,* vol. 1, p. 27.

132. Ibíd., p. 24.

133. Ibíd., vol. 3, pp. 59-60, 142-143 y 261-262.

134. «Informe a la VIII Convención Nacional de Acción Nacional, rendido el 16 de septiembre de 1949», en Manuel Gómez Morin, *Diez años de México. Informes del jefe de Acción Nacional* (México, 1950), pp. 286-287.

135. Cosío Villegas, *Ensayos…,* vol. 1, p. 169.

136. Octavio Paz, «Los campos de concentración soviéticos», en *Sur* (Buenos Aires), n.º 197, mar. 1951.

137. Vicente Lombardo Toledano, «La perspectiva de México. Una democracia del pueblo», en *Problemas de Latinoamérica* (México), vol. 2, n.º 3, 15 abr. 1955, p. 73; Medina, *Historia de la Revolución Mexicana,* pp. 120-121; Tzvi Medin, *El sexenio alemanista* (México, 1990), pp. 67-80; Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán* (México, 1967).

138. Narciso Bassols, *Pensamiento y acción* (México, 1967), p. 186.

139. Justo Manzur Ocaña, *La revolución permanente. Vida y obra de CándidoAguilar* (México, 1972), p. 276.

140. Entrevista con Justo Manzur Ocaña, Córdoba, Veracruz, 22 jun. 1994.

141. Armando de Maria y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana* (México, 1956), pp. 383-385.

142. Matilde Kalfon, «Jesús Martínez *Palillo,* qué bonita es la nostalgia», en *Rino* (México), n.º 8, ene.-feb. 1992, pp. 19-25.

143. Enrique Krauze, *Textos heréticos* (México, 1992), pp. 127-138.

144. Torres Ramírez, *Historia de la Revolución mexicana,* pp. 155-176.

145. Daniel Cosío Villegas, «El México de Tannenbaum», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México* (México), vol. 3, n.º 4, oct.-dic. de 1951, p. 157.

146. Charles Hale, «Frank Tannenbaum and the Mexican Revolution», en *Hispanic American Historical Review* (Durham, N.C.), vol. 75, n.º 2, may. 1995; Entrevista con Estelle T. Rothman, 30 abr. 1983.

147. Correspondencia Tannenbaum-Kellog, feb.-mar. 1926, National Archives Washington, D.C., United States Department of State, 711.12/685.

148. Frank Tannenbaum, «Personal Government in Mexico», en *Foreign Affairs* (Nueva York), vol. 27, n.º 1, oct. 1948.

149. Frank Tannenbaum, «Technology and Race in Mexico», en *Political Science Quarterly* (Nueva York), vol. LXI, 1946.

150. Frank Tannenbaum, «México. La lucha por la paz y por el pan», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México* (México), vol. 3, n.º 4, oct.-dic. 1951, p. 102.

151. Cosío Villegas, «El México de Tannenbaum», p. 157.

152. Tannenbaum, «México. La lucha por la paz y por el pan», p. 111.

153. Ibíd., p. 125.

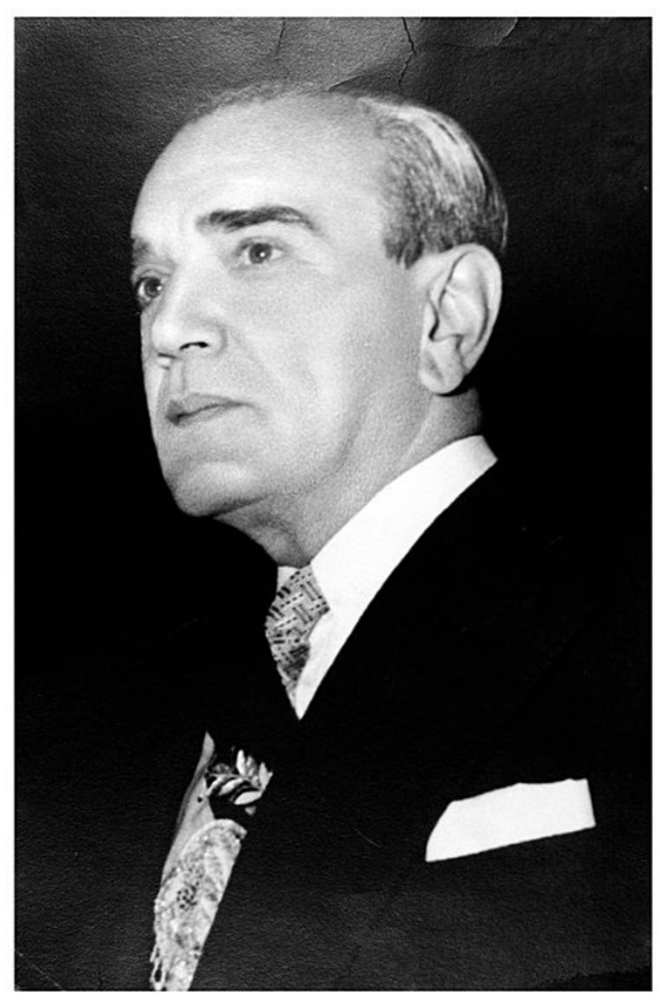
154. Ibíd., p. 132.

155. Manuel Germán Parra, «México. La lucha por la independencia económica», *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* México, vol. 3, n.º 4, oct.-dic. 1951, p. 282.

156. Cosío Villegas, «El México de Tannenbaum», p. 157.

157. Ibíd., p. 158.

III
Adolfo Ruiz Cortines
El administrador



Anónimo, *Adolfo Ruiz Cortines*, 1957. Archivo General de la Nación

El primero de diciembre de 1952, día en que cada seis años se verifica el cambio de poderes, la perenne sonrisa de Miguel Alemán desapareció de su rostro. Era costumbre que el presidente entrante recibiera del saliente la banda presidencial, tomara la protesta de rigor y pronunciara su discurso inaugural. En el caso de Obregón a Calles, de Cárdenas a Ávila Camacho, de Ávila Camacho a Alemán, la ceremonia había tenido un carácter cordial: el entrante alababa al saliente y delineaba su programa de gobierno. Pero esta vez el nuevo presidente se salió del libreto: una vez puesta la banda presidencial, pronunció un discurso que por su tono era ya una corrección del triunfalismo alemanista, pero cuya conclusión no dejó lugar a dudas. Señalando repetida y admonitoriamente a Alemán con el dedo, empleó palabras graves: «… no permitiré que se quebranten los principios revolucionarios ni las leyes que nos rigen … seré inflexible con los servidores públicos que se aparten de la honradez y de la decencia».[1] Algunos testimonios coinciden en que Alemán «odió» desde ese momento «al viejo».[2]

Era la primera, sorprendente señal de que el péndulo del poder oscilaba. Seguirían muchas más. En su gabinete, Ruiz Cortines no llamó de manera exclusiva o preponderante a los jóvenes ni a los universitarios. Lo integró con personas experimentadas, ajenas casi todas al expresidente, mayores que Alemán, aunque no tan grandes como el propio Ruiz Cortines. A lo largo de la campaña corrían toda clase de chistes en torno a su edad. Se decía que había «escapado de los sarcófagos faraónicos», y cuando acudió a felicitarlo el legendario sargento De la Rosa (pintoresco personaje de ciento doce años, último sobreviviente de la guerra de Intervención), se dijo que «el presidente recibió a uno de sus

nietos».[3] Originario de Veracruz, donde el humor es una segunda naturaleza, Ruiz Cortines no se inmutaba: «… no me eligieron para semental sino para presidente».[4] Lo cierto es que no era particularmente viejo —tenía sesenta y dos años—, pero comparado con «el Cachorro Alemán», que no había cumplido aún los cincuenta, parecía un anciano. Por lo demás, ningún presidente de la Revolución, ni siquiera el viejo prototípico Venustiano Carranza, se había sentado en la venerada «Silla» después de los sesenta años.

Con los amigos —y tenía muchos y buenos, sobre todo entre sus compañeros de dominó en su natal Veracruz— Ruiz Cortines fue implacable. Siguió practicando con ellos su juego favorito, pero les negó puestos, dinero y prebendas, y, llegado el caso, les obligó a hacer verdaderos sacrificios. A uno de los más cercanos, su consejero José Rodríguez Clavería, le pidió que, para trabajar en el gobierno, vendiera las acciones que poseía en varias empresas.[5] A otro viejo compañero que se le acercó en un acto público, le leyó las intenciones y, abriéndole los brazos, le dijo en voz alta: «No te imaginas la necesidad que tenía de un saludo desinteresado. Todos vienen a pedirme algo».[6]

Al día siguiente de anunciar su gabinete, publicó la lista completa y detallada de sus bienes patrimoniales: una casa en la ciudad de México, un rancho en copropiedad con un amigo en Veracruz, unos ahorros más bien modestos, un Lincoln 1948, el coche de su mujer y su mobiliario. El valor total era de treinta y cuatro mil dólares. Acto seguido, exigió que la totalidad de los doscientos cincuenta mil empleados públicos hicieran lo propio, con la clara advertencia de que esas declaraciones patrimoniales se verificarían de inmediato y al finalizar el sexenio. Cuando la Secretaría de Hacienda le envió un cheque de cuatro mil dólares para sus «gastos especiales»,

Ruiz Cortines lo devolvió argumentando que con su sueldo le bastaba. A principios de 1953 los concesionarios de automóviles quisieron seguir la costumbre de regalar al presidente un coche último modelo, pero Ruiz Cortines declinó la oferta. Su esposa, doña María Izaguirre, tenía un ascendiente enorme sobre él, pero no al grado de persuadirlo para que le permitiera conservar los trescientos regalos que llegaron a su casa en el día de su cumpleaños: la primera dama debió conformarse con los que provenían de los antiguos amigos, ni uno más.[7]

Había algo teatral en ese despliegue de honestidad. ¿Cuándo se había visto, por ejemplo, que un policía de tránsito (de los llamados «mordelones» en México, por ser el símbolo mismo de la pequeña corrupción), parara al chofer del presidente por dar un giro prohibido en U? Nunca, pero más allá de su calculada excentricidad, estos actos enviaban un mensaje claro a los burócratas y al público: Ruiz Cortines era el presidente y no toleraría la deshonestidad y el despilfarro.

Al poco tiempo, pasó de los actos simbólicos a los prácticos. Ordenó la suspensión de todos los pagos a los contratistas del gobierno con el objeto de revisar el estado de cada proyecto. En un caso, la Secretaría de Comunicaciones informó que se había recibido una factura por una carretera de ciento veinte kilómetros que sólo existía en esa factura. Ruiz Cortines ordenó que se multase al contratista con el triple del valor que pretendía cobrar. Con los «tanprontistas» del alemanismo fue implacable: de un plumazo acabó con el monopolio de distribución petrolera que tenía Jorge Pasquel y con el de los transportes, que había reportado a su dueño, el exdirector del Seguro Social, varios millones de dólares.[8]

Mientras algunos órganos de la prensa se lanzaban sobre el

expresidente Alemán con una saña que jamás exhibieron mientras éste estaba en funciones, Ruiz Cortines trazaba su proyecto de gobierno. No se trataba de corregir el rumbo impuesto por su antecesor, sino de «consolidarlo» en un marco de «honestidad, decencia y moralidad». Alemán no se había equivocado en los fines sino en los medios o, más precisamente, en la forma de usarlos. A sabiendas ya de los treinta y cinco millones de dólares que el régimen de Alemán había girado contra el presupuesto de ingresos de 1953,[9] Ruiz Cortines señaló la existencia de varias obras públicas inauguradas pero inconclusas. «Somos todavía un país muy pobre», dijo en su primer informe de gobierno, el primero de septiembre de 1953, y aportó un alud de datos incómodos: el 42 por ciento de los mexicanos eran analfabetos, diecinueve millones de campesinos vivían al margen del progreso, el 60 por ciento de la población percibía apenas la quinta parte del ingreso nacional, en los últimos diez años la población había aumentado en seis millones de personas, buena parte de las cuales no encontraba más salida que cruzar la frontera como «espaldas mojadas». México necesitaba absorber productivamente a esa población y para ello era imprescindible alimentarla. «Es indispensable que nuestros recursos —tan limitados aún— sean empleados con tanta atingencia y honradez que beneficien a la colectividad y en un plazo lo más corto posible.» Para entonces, Ruiz Cortines había discurrido ya la intervención marginal de una agencia oficial en el mercado de las subsistencias populares, como el frijol y el maíz. Era la forma de ganar la «batalla contra los hambreadores».[10]

Para conjurar la «crisis de México», en 1946 Daniel Cosío Villegas había pedido una depuración de los hombres y una renovación de los principios políticos, sociales, nacionalistas y educativos de la Revolución, que él consideraba

abandonados.[11] Frank Tannenbaum predicaba la corrección del modelo industrializador y una vuelta a los principios agrarios que representaba Cárdenas.[12] El presidente Ruiz Cortines no podía convenir con las visiones de aquellos dos profetas. Aunque pertenecía a su generación (de hecho era mayor que ambos, había nacido en diciembre de 1889), políticamente formaba parte de la «Revolución Institucional» y, en consecuencia, no pensaba en la Revolución como un ciclo cerrado o en crisis, menos aún como un programa agotado o muerto. Todo lo contrario: a su juicio, la Revolución estaba tan viva y vigente como en 1910, pero necesitaba, en efecto, una vasta depuración de sus hombres. Nada había en su plan sexenal que significara una rectificación hacia las políticas sociales de los años veinte y treinta, o contradijera los fines propuestos por Alemán. Sólo los hombres y las formas habían fallado.

El primer hombre que había fallado en términos morales era el propio Alemán. Tal vez Ruiz Cortines hubiese podido actuar en contra de él, o ejercer mayor presión legal e incluso penal sobre sus amigos. Prefirió no hacerlo, y con su decisión sentó una nueva norma del sistema político mexicano: los expresidentes son jurídicamente intocables. Lo que no podía asegurarse era la buena imagen del expresidente en la opinión pública y la prensa. Con Ruiz Cortines la prensa se sintió libre para servir como válvula de escape a los agravios morales del ciudadano común. Hasta un general del PRI se atrevió a denunciar que Alemán y sus amigos habían drenado al país con ochocientos millones de dólares.

Viajando por Europa con la actriz brasileña Leonora Amar, o cruzando en su yate la bahía de Acapulco, la sonrisa volvió poco a poco al rostro de Alemán. Sabía que todos los expresidentes pasaban por un purgatorio, y si bien era cierto

que un sector de la opinión lo criticaba, en otros ámbitos contaba con gran popularidad. Quizás entendió desde entonces que jamás tendría el único poder específico reservado a los expresidentes, el del ascendiente moral, que Cárdenas ejercería hasta la muerte. Pero Alemán podía en cambio dedicarse a los negocios y al desarrollo del turismo mexicano que tanto le interesaba. Ruiz Cortines, que le llamaba «el Magistrado», comentaba con sorna: «"El Magistrado" es un turista nato». Nunca se hablaron de «tú», nunca rompieron la barrera del «usted».

En el fondo, poco había cambiado: el sistema político creado por el genio político y empresarial de Miguel Alemán entraba en una segunda etapa, con sus poderes —los subordinados igual que los no (tan) subordinados— cada vez más subordinados. Era sólo un cambio en la cúspide: el creador de la empresa había dejado el sitio al contador de la misma. Pero dada la gran concentración de poder en manos del presidente, las consecuencias prácticas del nuevo estilo fueron varias. Lo cual lleva de la mano a la pregunta: ¿quién era, de dónde había salido Ruiz Cortines?

Custodiando el tesoro

El Tren Olivo que en mayo de 1920 conducía las huestes errantes de Venustiano Carranza hacia Veracruz contenía nada menos que ciento cincuenta millones de pesos oro: el tesoro nacional. Cuando la caravana del antiguo «Primer Jefe» llegó a la estación de Aljibes y don Venustiano tomó el camino de la sierra de Puebla que lo conduciría a la muerte, un joven agregado civil, adscrito con el grado de mayor a las tropas rebeldes de su concuño, el general Jacinto B. Treviño, se hizo cargo de escoltar el tesoro y entregarlo notarialmente al nuevo presidente de México, don Adolfo de la Huerta. Era su tocayo, Adolfo Ruiz Cortines.

Muy «catrín» con su pulcro traje claro de verano y su sombrero de carrete, con aquellos profundos ojos negros y las tupidas cejas que denotaban su ascendencia andaluza, el pintor David Alfaro Siqueiros lo describía como un «embrión de *dandy* porteño».[13] Siendo joven, en los prostíbulos de las calles de Bravo, en Veracruz, se le conocía como «el Faquir»,[14] y en el salón Villa del Mar, donde se bailaba danzón, como «el Cintura Brava».[15] Bueno para la copa sin ser borrachín, bueno para el beisbol sin ser una estrella, su pasión era compartir con tres amigos una mesa en el portal del Diligencias, el café más típico de Veracruz, y pasar las horas absorto en ese curioso juego de la adivinación, el disimulo, la estadística y el azar llamado dominó.

Adolfo no era un hombre de estudios, pero sí de números. Hijo póstumo de Adolfo Ruiz Tejeda, debía sus pocos años de estudio en la escuela Amiga y el Instituto Veracruzano a la protección de su madre, doña María Cortines, a un tío materno que fue como un padre adoptivo, don Gabriel Cotera, y a un circunspecto cura jesuita llamado Jerónimo Díaz, que le enseñó el esmero formal del lenguaje. Impelido a trabajar, dejó la escuela muy joven y aprendió a conciencia la teneduría de libros. Si había un lugar en México donde aquel oficio era útil, ese lugar era Veracruz, el puerto comercial por excelencia. A los quince años, Adolfo ingresó como ayudante de contador en la empresa del español Julián Aragón.

Entre 1912 y 1914 los datos se vuelven borrosos. Las biografías «oficiales» de Ruiz Cortines dicen que viajó a la ciudad de México, donde lo sorprendió la Decena Trágica. A partir de la caída de Madero, se relacionó con el ingeniero Alfredo Robles Domínguez —quien había sido mediador entre Madero y Zapata—, bajo cuyas órdenes entró por la vía civil a la Revolución. Sin embargo, en 1937, cuando su estrella

política comenzó a ascender en Veracruz, y, más tarde, en 1952, cuando resultó candidato a la presidencia, surgieron versiones comprometedoras. Se afirmaba que Ruiz Cortines había permanecido en Veracruz, y que hacia 1914 trabajó en la Aduana, al servicio de las tropas norteamericanas. La firma de un tal Adolfo Ruiz C. entre los pagadores que sirvieron a las fuerzas de ocupación provocaría ataques terribles contra su homónimo a lo largo de su vida política.

De lo que no cabe ninguna duda es de que, en 1915, cuando Venustiano Carranza estableció su gobierno en el puerto de Veracruz, Adolfo Ruiz Cortines ingresó como oficial en las filas constitucionalistas al mando del general Jacinto B. Treviño y marchó a combatir a las tropas villistas en la batalla del Ébano, en San Luis Potosí. A los veinticinco años contrajo tifo y se casó casi *in articulo mortis* con su primera mujer, Lucía Carrillo. Este matrimonio estrechó la relación de Adolfo con Treviño, quien estaba casado con la hermana mayor de Lucía. Al lado de su concuño, Ruiz Cortines haría una efímera carrera militar-administrativa entre 1915 y 1920.[16]

Sus jefes sucesivos fueron el propio Robles Domínguez, Heriberto Jara y Jacinto B. Treviño; su función principal, la de pagador del ejército con grado de capitán segundo. Aunque vio muy cerca las balas en la batalla del Ébano, su trabajo fue estrictamente contable: «… no estorbaba a los oficiales ni a las soldaderas», recuerda Gonzalo N. Santos, quien combatió en esa misma batalla; «tenía mucho sentido comercial y mucha práctica administrativa … se sujetaba estrictamente al sueldo que se había impuesto».[17] Su momento de gloria llegó en mayo de 1920: fue la marcha de regreso desde Aljibes a la capital custodiando el tesoro público en el Tren Olivo.

Por el brevísimo tiempo en que Treviño es secretario de

Industria y Comercio, su concuño Ruiz ocupa la secretaría particular. Siempre entre papeles, más tarde trabaja en la comisión revisora de hojas de servicio militar, en la oficina de reorganización de los Ferrocarriles Nacionales y en el ayuntamiento del Distrito Federal. Al poco tiempo, se da de baja del ejército y encuentra su ámbito natural, tan natural que permanecerá en él hasta 1935: el naciente Departamento de Estadística Nacional. Un joven maestro recién llegado de Harvard recuerda una escena: «Durante tres meses continuos, y de lunes a viernes, di el curso de estadística, al que asistía con una puntualidad religiosa, sentado en la primera fila y tomando extensas notas, don Adolfo Ruiz Cortines.»[18]

Aquel profesor era Daniel Cosío Villegas. «México necesita suplir con el trabajo tesonero y multiplicado de sus hijos los bienes que la naturaleza le negó», diría Ruiz Cortines en su discurso de toma de posesión en 1952.[19] Acaso sin recordarlo, estaba repitiendo la sombría visión de Cosío Villegas en 1925. El maestro abrigó esperanzas de que su antiguo alumno lo llamara para formar parte del gabinete. No lo hizo, aunque en el último año de gobierno le encomendó una misión que lo volvió una pequeña celebridad internacional: la representación mexicana en el Ecosoc, la Comisión Económica y Social de las Naciones Unidas. Por su parte, Ruiz Cortines aprovechó sus clases al grado de convertirse muy pronto en una de las mayores autoridades mexicanas en estadística.

«Era afecto siempre a citar estadísticas de todo: tal año había tantos automóviles en la ciudad de México y teníamos tantos kilómetros de ferrocarriles … de todo daba estadísticas», recordaba su amigo Hesiquio Aguilar.[20] A principios de los años treinta, Ruiz Cortines cimentó su prestigio en una Convención Nacional de Migración y con la

publicación de varios artículos técnicos en la revista *Crisol*, órgano de expresión del Bloque de Obreros Intelectuales (BOI), fundado en 1922 por el sonorense Juan de Dios Bojórquez.[21] Escritos sin el menor vuelo literario —aunque limpios de retórica—, propuso en ellos tesis que sonaban extrañas para la época pero que el tiempo justificaría con creces: la deseable autonomía política del Departamento de Estadística, la necesidad de descongestionar las grandes ciudades (en tiempos en que el Distrito Federal apenas tenía 1.225.000 habitantes), la importancia de crear una conciencia demográfica en el país. «La tesis de que México debe aumentar su densidad de población, ¿será conveniente?», se preguntaba en mayo de 1932. «No es la cantidad sino la calidad lo que hace a un pueblo o Estado moderno.»[22] Malthusiano sin citar a Malthus y en un país católico donde este tema ha sido casi siempre un tabú, Ruiz Cortines pensaba que el aumento desorientado de la población podría desembocar en «graves perturbaciones sociales».[23] Su ciclo de estadígrafo de tiempo completo concluyó en 1935, cuando el VII Congreso Científico Americano premió su trabajo «Necesidad de una sabia política de población».

A la no muy tierna edad de cuarenta y cinco años comenzó su carrera política. El puesto exigía todas las habilidades: oficial mayor del Departamento del Distrito Federal. Ahí, opina Aguilar, «empezó a desarrollar sus cualidades, sus dotes políticas, que fueron formando su experiencia, una experiencia enorme como yo creo que ningún político de los que han actuado en México en el presente siglo la tuvo».[24] Además de los asuntos administrativos, técnicos y políticos de rigor, en el Departamento del Distrito Federal había que lidiar con 73 organizaciones de burócratas. El encargado de «torear a esos tigres», como él mismo decía, era Ruiz Cortines: «sentencioso en sus expresiones, con un dejo de amargura

que manifestaba vistiendo siempre de negro», recordaba un testigo, «todos salíamos satisfechos de las pláticas con don Adolfo, aunque los asuntos quedaran “para estudiarlos”, porque el hombre tenía un gran don de gentes».[25] Precisamente en el Departamento del Distrito Federal (del cual dependía el Tribunal Superior de Justicia) conoció y trabó amistad con «el Magistrado» Miguel Alemán.

En 1936, Ruiz Cortines fue el precandidato oficial perdedor para la gubernatura por Veracruz. Al año siguiente contendió con éxito para la diputación por Tuxpan. Cuando el gobernador Alemán pidió licencia para dirigir el Comité pro Ávila Camacho, Ruiz Cortines se encargó de manejar los dineros de la campaña, cosa que hizo con disciplina y honradez. Al poco tiempo se fue a la Secretaría de Gobierno de Veracruz con la encomienda de vigilar los pasos del manirroto gobernador Casas Alemán, y a partir de diciembre de 1940 se desempeñó como oficial mayor de Gobernación, hasta que en abril de 1944 alcanzó la gubernatura de su estado natal. A todas luces se estaba volviendo uno de los administradores públicos más solventes del país.

Comisionado por Ávila Camacho para asistir a la toma de posesión de Ruiz Cortines, Jaime Torres Bodet observó en el personaje rasgos desusados para la época:

«Lo encontré en una sala pequeña, con muros de escasa altura; más despacho que sala y, realmente, más vestíbulo que despacho. Una lámpara eléctrica proyectaba su luz anémica sobre una mesita de pino, barnizada de rojo oscuro, un rimero de libros y una máquina de escribir. Toda la austeridad del personaje [que habría de ser tan célebre] brillaba en aquella sombra».[26]

Como gobernador, Ruiz Cortines administró con discreción y eficiencia. Formó su gabinete con veracruzanos,

no como Alemán, que había llamado a universitarios «fuereños». Mediante comisiones creadas *ex profeso,* mantuvo a raya la corrupción y duplicó los fondos fiscales. Había quien le llamaba «el estudiante» porque, en vez de pronunciarse de inmediato sobre los problemas, procuraba hacer que antes se estudiaran,[27] pero en el ámbito político logró que su lema «unidad veracruzana» —homólogo al de Ávila Camacho en el ámbito nacional— se convirtiera en realidad. Su moralidad personal era tan famosa como su afición al dominó, que seguía practicando religiosamente en el portal del Diligencias. Cuando en el hotel de Fortín de las Flores se le ofreció una *suite* de cien pesos, prefirió una recámara simple de veinticinco. La más celebrada y perdurable de sus ideas fue la creación de las juntas de mejoramiento moral, cívico y ciudadano:

«Se le ocurrió que pidiendo la cooperación ciudadana se podían hacer muchas cosas, y comenzó diciéndoles: organícense en juntas de vecinos, en grupos para las obras más urgentes … el gobierno no puede solo … cooperen con trabajo, con materiales … por cada peso que ustedes pongan y administren, el estado coopera con otro peso … Fue un gran acierto … en Veracruz las juntas no han desaparecido nunca».[28]

Sus prendas, de por sí poco usuales, parecieron aún más extrañas en el sexenio de Alemán, época en que, a la muerte del primer secretario de Gobernación designado por «el Cachorro» —Héctor Pérez Martínez—, Ruiz Cortines pidió licencia en su estado y ocupó la secretaría. No entró por recomendación de Alemán sino por la de Ávila Camacho, que lo estimaba.[29] Compró una casa en San José Insurgentes, un barrio conservador de clase media; la decoró sin candiles, porcelanas ni tapetes persas, y allí vivió con su segunda mujer.

Solía verse a la pareja caminando sola y sin guardias por las calles, conversando con la gente.

El simple hecho de que Ruiz Cortines fuese desde entonces sujeto de incontables anécdotas sobre su sencillez, solvencia y honradez es sintomático de lo extraña que esa conducta parecía en un ambiente público donde la corrupción, el desorden y el despilfarro se daban por descontado. Él era distinto, y procuraba proyectar una imagen inmaculada, quizá porque venía de muy lejos y muy atrás. Había visto partir a Porfirio Díaz y había conocido a Carranza. Había recorrido sin mayores pretensiones, con la mirada atenta y la mayor cautela, el México bronco de los generales empistolados. Quizá por la lentitud con que había construido su carrera política, o por la conciencia de ser un hombre mayor —mayor incluso que Ávila Camacho y Cárdenas—, se habían pronunciado en su carácter los rasgos de un hombre grave: «Serio en el humorismo, sonriente en la seriedad, incrédulo ante el elogio y con la capacidad de discernir … la rendija —para otros imperceptible— que media siempre entre lo que parece ya cierto y lo que, en efecto, lo es».[30]

Cuando los jóvenes universitarios se arrojaron con voracidad sobre la piñata de la Revolución, Ruiz Cortines, en silencio, reprobaba sus excesos. «Hay que tragarse muchos sapos en esto de la política», comentaba.[31] Desde la penumbra, su táctica fue esperar con humildad y escepticismo a que ocurriera lo inesperado. Y lo inesperado ocurrió. Cuando el dominó de la política le deparó las fichas de un juego perfecto, cuando supo que era el «tapado», reaccionó como era natural: con un par de amigos tomó unos tacos en un expendio del centro y se metió a ver una película en el cine Metropolitan.[32]

El «viejito» sería presidente. No había llegado para innovar

sino para afianzar, consolidar y, sobre todo, cuidar un legado histórico del que se sentía depositario. Con métodos de estadígrafo, moral espartana y malicia de jugador de dominó, seguiría repitiendo su instante de gloria en la Revolución: seguiría custodiando el tesoro de la nación. Como dato significativo, en sus giras presidenciales no solía ir en avión o en coche sino en tren, pero no cualquier tren sino aquel mismísimo Tren Olivo que había custodiado en mayo de 1920. Veinte kilómetros por hora era una marcha lenta, pero Ruiz Cortines no tenía prisa: había tardado casi medio siglo en escalar hasta la presidencia, su investidura lo reclamaba y, ventaja adicional, en el compartimiento del tren se podían organizar buenas partidas de dominó.[33]

El inspector y la investidura

«Ahora vamos a la labor de inspector», le dijo varias veces el presidente a Antonio Ortiz Mena (director del Seguro Social), pidiendo que lo acompañase muy temprano a la calle del Factor, sitio donde tradicionalmente se concentraban las panaderías y los expendios de tortillas. A la hora en que los distribuidores comenzaban su venta, el presidente «les caía» de sorpresa, averiguaba los precios y pesaba los productos en una pequeña báscula que guardaba en el coche. Así verificaba que la relación entre costo, producto y precio fuera la justa.[34]

Cárdenas había entregado tierras como panes, aunque el efecto práctico de la entrega fuera reducir la oferta de pan. Alemán pensaba más en los toros, los puros y los Cadillac que en los panes. Careciendo del temple mesiánico del primero y de la megalomanía del segundo, Ruiz Cortines concebía su trabajo simplemente como el de un buen administrador: poner orden, cuantificar necesidades, establecer prioridades, delegar en personas competentes, llevar seguimiento del proceso, verificar resultados. Su gestión se caracterizó por la

atingencia de sus medidas y la sensatez de sus proyectos. Él mismo se describió con su solemnidad característica: «ni caudillo, ni hombre único, ni salvador ni verdugo: servidor».[35]

En 1954, Ruiz Cortines tuvo que pagar la factura de la aceleración económica alemanista: en Semana Santa devaluó el peso de 8,50 a 12,50 por dólar. Era claro que la nueva paridad estaba subvaluada, pero Ruiz Cortines decía que «no quería pasarse el sexenio devaluando».[36] Pensó que se sostendría muchos años y el tiempo no lo desmintió: hasta 1976 no se produciría una nueva devaluación.

En lo que al campo respecta, se preocupó por la producción de alimentos básicos e intensificó selectivamente las obras de irrigación e infraestructura. Tanto o más que Alemán, Ruiz Cortines tenía la convicción de que el reparto agrario por sí mismo no resolvía el problema de la miseria campesina. Conocía los datos estadísticos de primera mano y sabía que quedaban pocas tierras en verdad aprovechables para repartir. Por ello en su sexenio la dotación ejidal se redujo a tres millones y medio de hectáreas. No obstante, cuando se presentó la oportunidad de expropiar un latifundio real, como por ejemplo, el de los herederos de W. R. Hearst en Sonora, lo hizo sin aspavientos; de manera inmediata, pero concertada.[37]

Las escuelas, que solían construirse a la orilla de las carreteras para que el turista comprobara de manera tangible el progreso del país, comenzaron a erigirse en los poblados mismos. Una de sus buenas ideas fue la llamada «marcha al mar». De acuerdo con sus viejas teorías demográficas, una de las ventajas de México estaba en sus dos largos litorales. El país podría redistribuir su pauta de población si lograba desarrollar sus puertos pesqueros, turísticos y de cabotaje. Sus proyectos se fundaban en la experiencia: apreciaba la

importancia de los puertos por provenir de uno. También en Veracruz había comprobado la eficacia de los médicos familiares y trató de instituirlos en el Seguro Social. El director de ese instituto recordaba:

«… teníamos que equilibrar el Seguro sin subir las cuotas. Fue la instrucción que me dio don Adolfo. Que no hubiera dispendio del gasto de médico y medicinas, y que hubiera un uso adecuado de los recursos de pensión … Al mismo tiempo, la instrucción de don Adolfo fue que lleváramos el Seguro a todo el país y además iniciáramos el Seguro Social para campesinos».[38]

Para el trabajo mayúsculo de regente de la ciudad de México, Ruiz Cortines optó por Ernesto P. Uruchurtu, sonorense de gran carácter que de inmediato actuó con eficacia y honestidad: lo mismo reparaba drenajes, tendía nuevas calles y construía mercados, que cerraba burdeles o imponía rígidas normas de moralidad (rayando por momentos en la intolerancia puritana) en centros nocturnos, teatros y publicaciones periódicas. «Palillo» siguió arriesgándose con sus *sketches,* pero, astutamente, el Departamento del Distrito Federal limitaba los horarios y empujaba las carpas fuera del centro de la ciudad. «No conozco un acto de deshonestidad que pudiera atribuírsele», comentaba Uruchurtu muchos años más tarde a propósito de Ruiz Cortines. «En su vida era honesto y, como consecuencia, la administración pública lo fue: el colaborador sigue al jefe.»[39]

Otros capítulos acertados de su administración: el crecimiento de los salarios reales de los trabajadores, el financiamiento de las obras petroleras, logrado con emisiones de bonos y sin contratar deuda externa (al finalizar su sexenio, en 1958, Ruiz Cortines dejó una deuda de sesenta y

cuatro millones de dólares); la puesta en marcha de una exitosa campaña nacional para la erradicación del paludismo; la creación de juntas de mejoramiento cívico y moral en todo el país, similares a las veracruzanas; el fomento activo del ahorro nacional desde la niñez; la fundación de un Instituto Mexicano de Vivienda; el establecimiento de una Comisión de Inversiones que aconsejaba sobre la conveniencia y productividad de las mismas. Ninguno de estos proyectos significó un crecimiento desproporcionado del sector público a expensas del privado. Como buen comerciante, Ruiz Cortines tenía una fe axiomática en el mercado, aunque también creía firmemente en la necesidad de evitar los abusos de los comerciantes. Tenía una preocupación especial por el abasto popular, que se reflejó en el apoyo a CEIMSA —antecesora de la Conasupo— y en el combate a quienes especulaban con los productos básicos. Muchos de sus proyectos se truncaron en sexenios posteriores cuando el estilo personal de los presidentes en turno cambió. Pero, en términos generales, la ética de Ruiz Cortines en el ámbito económico privó sobre la de Alemán y Cárdenas en la administración pública de México hasta 1970.

A lo largo del sexenio, la inspección tocó zonas de corrupción o de intereses creados. No encarceló a los corruptos, pero no cesó de acosarlos. Un caso entre varios fue la compañía inmobiliaria que unos militares influyentes habían establecido en la frontera de Baja California. Para esquivar el artículo constitucional que impide a extranjeros poseer propiedades en un margen de 20 a 50 kilómetros en las fronteras, habían recurrido a la figura del fideicomiso, que les daba la posibilidad práctica de vender terrenos por noventa y nueve años. De Cárdenas a Alemán, el fideicomiso fue respetado, pero al llegar Ruiz Cortines la situación cambió, como recuerda su subsecretario de Gobernación, Fernando

Román Lugo:

«Era muy desconfiado, don Adolfo. En ese caso me encargó la revisión del decreto. Le fui a decir que eso era inconstitucional … Que así empezó Texas, le dije yo. Y don Adolfo, que era muy perspicaz, muy ágil, me dijo: "Usted me responde de que se hagan las cosas y ya no quiero saber nada de este asunto" … Los generales me vinieron a ver, para darle "una vueltecita". "No, yo no sé de vueltas" … Pues total, pasó el gobierno de don Adolfo, y se ha vuelto a hacer aquello».[40]

Era un «apasionado agarrado», comentaba David Alfaro Siqueiros.[41] «En esto de la "fierrada", Ruiz Cortines era más duro que la cantera de Chiluca», recordaba Gonzalo N. Santos.[42] Discurrió los métodos más ingeniosos para moderar el gasto. En su escritorio había lápices de cuatro colores. A quienes le venían a pedir una ampliación presupuestal los recibía con amabilidad y «palomeaba» la solicitud con un color distinto según el tanto por ciento de descuento que el encargado de egresos tenía que aplicar: si era rojo, la petición se aprobaba al 100 por ciento; si era verde, se reducía al 50 por ciento.[43]

En la tradición burocrática española era lo que se llamaba un consumado «papelista». Sobre su mesa colocaba los asuntos en distintos montones de papeles, según la importancia: los urgentes, los postergables (había quien decía que sólo los movía de lugar indistintamente). Apuntaba todo en una libreta y le dio gusto saber que Abraham Lincoln hacía lo mismo.[44]

En lo económico, el administrador custodiaba el tesoro nacional inspeccionando los dineros, los productos y los servicios que se ofrecían al público consumidor. En lo político, el administrador custodiaba el tesoro nacional respetando y haciendo respetar lo que él llamaba «la

investidura presidencial» y, en general, todas las formas de la liturgia cívica. Educado en tiempos porfirianos, Ruiz Cortines participaba, ejercía y promovía, con un fervor anacrónico y desusado, lo que Justo Sierra llamó «la religión de la patria». En su primer informe de gobierno, interrumpido decenas de veces por los «nutridos aplausos» de los miembros del poder legislativo y los representantes de los otros poderes subordinados, que lo ovacionaban de pie, expresó:

«Incesantemente hemos pugnado por infundir en la conciencia cívica el culto permanente a los campeones de nuestra nacionalidad, de nuestras luchas libertarias y de nuestro beneficio colectivo … Es resolución inquebrantable del gobierno que en todo el país se acreciente dicho culto, al igual que el del símbolo patrio, la bandera nacional».[45]

La resolución tuvo su efecto. Muchos niños de aquella época escuchaban a las diez de la noche cada domingo *La hora nacional.* Aunque había sido instituida durante el cardenismo, en tiempos de Ruiz Cortines adquirió un formato dramático. Con el fondo musical del *Huapango* de José Pablo Moncayo —una de las composiciones más célebres del nacionalismo musical mexicano—, una voz grave se oía a lo lejos: «Soy el pueblo, me gustaría saber». Enseguida se narraban y representaban cuadros históricos, hechos heroicos, vidas ejemplares de los grandes liberales y revolucionarios: Guillermo Prieto interponiendo su cuerpo entre los soldados conservadores y Juárez, exclamando: «¡Alto, los valientes no asesinan!»; Vicente Guerrero rechazando el indulto que a través de su padre le ofrecían los españoles con la frase: «La patria es primero»; el viejo profesor de literatura Erasmo Castellanos Quinto, cruzando la Plaza Mayor en plena Decena Trágica, para dar su clase en la Preparatoria. A las once de la noche, los niños apagaban la

radio creyéndose nuevos Cuauhtémoc.

Por formación política y por edad, Ruiz Cortines se fusionó del culto patriótico liberal del siglo XIX con el culto revolucionario del XX: vinculó los dos panteones en uno. De la estirpe temperamental de Juárez y Carranza resultó, según concepto de un alto funcionario del PRI en esos años, «el más grande oficiante del poder que hemos tenido».[46] «En su tiempo», decía su colaborador Gilberto Flores Muñoz, «no hubo más pontífice que él ni más Iglesia que la suya. Ofició a solas.»[47] Ceremonioso en extremo, pocas cosas le gustaban más que escuchar sermones patrios pronunciados por jóvenes oradores o acuñar él mismo frases de bronce, destinadas a la eternidad. ¡Lo que hubiera dado por un apotegma como el de Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz»! Se tuvo que conformar con frases como: «No siembro por mí, siembro por México», o llamadas al «trabajo fecundo y creador».

Ese mismo priísta recuerda una escena emblemática. Ruiz Cortines visita el estado de Chihuahua. Lo recibe el gobernador Teófilo Borunda. De inmediato le pregunta: «¿Dónde está el mausoleo de nuestro padre Hidalgo?» (Hidalgo, recuérdese, murió fusilado en Chihuahua.) Ambos acuden al antiguo templo de San Francisco. El presidente exige la presencia de los representantes del poder legislativo, judicial y municipal. Se toma la foto. «Ahora sí», comenta, «vamos a la política.»[48]

Algo similar ocurrió en San Luis Potosí, donde el que mandaba de verdad no era el gobernador sino el eterno cacique Gonzalo N. Santos. Amigo íntimo de Ruiz Cortines desde el remoto 1915 en El Ébano, había esperado inútilmente a que su compadre —que lo era— le diese un puesto. Cuando el Tren Olivo llegó a San Luis, antes de abrir las puertas el presidente indicó: «Primero el gobernador». Su

«hermano Gonzalo» tuvo que esperar.[49]

Cuidaba la investidura presidencial hasta en los más pequeños detalles, por ejemplo el lenguaje. Si por excepción —veracruzano malhablado al fin— se le escapaba una mala palabra, de inmediato corregía: «… dicho sea con perdón a la investidura».[50] Su obsesión por las formas de expresión llegaba al grado de tener siempre cerca de sí un diccionario para corregir las imperfecciones gramaticales de sus interlocutores.[51] «Costal de mañas», usaba el lenguaje también como arma diplomática, ya sea para alabar —Santos lo llamaba «tío Coba»— o para desorientar al interlocutor. Su atuendo (traje serio y la famosa corbatita de moño) constituía una función más de la investidura: «Era enemigo desde su juventud de toda ostentación y pecaba de austero», escribe Santos.[52] Pero lo principal era la gravedad que imprimía a su papel. Un testimonio sorprendente en este sentido proviene de uno de sus más enconados enemigos políticos, el líder del sindicato de maestros, Othón Salazar, quien a fines del sexenio, a raíz de una importante huelga de su gremio, sufrió la persecución del régimen:

«La respuesta que dio don Adolfo fue más o menos así: "El gobierno de la República ha hecho todo lo posible por atender las necesidades de los educadores, hemos hecho lo que permite el presupuesto, espero que ustedes sigan en el camino del patriotismo" … Yo vi en don Adolfo grandeza personal. A mí me impresionó desde que dejó su despacho para venir a hablar con nosotros. Yo le vi solemnidad en su paso, y a la hora que habló también. Me impresionó el sentido de grandeza personal».[53]

Subordinación (casi) universal

Ruiz Cortines era exigente con el idioma en todos los aspectos de su administración, menos en el principal: el de la

verdad política. Mejor dicho, era extremadamente riguroso y hasta elegante en la formulación de la mentira que desde 1946 se había apoderado de la vida política mexicana. En su largo discurso de toma de posesión dijo que el respeto recíproco entre los tres poderes de la Unión y los de los estados, así como el fortalecimiento de la organización municipal, «vigorizarán la vida institucional», pero renglones adelante hablaba de la vida política mexicana calificándola de paraíso terrenal: «… la libertad, la democracia y la Revolución son los ejes de nuestro desenvolvimiento».[54] Allí no había artimañas ni matices lingüísticos que valieran.

En tiempos de Ruiz Cortines el sistema político mexicano vivió su periodo de apogeo. En este sentido, la identidad de propósitos entre «el Magistrado» Alemán y el austero burócrata que lo sucedió era completa y total. Con un añadido paradójico: la honestidad y el severo estilo personal de Ruiz Cortines no sólo contribuían a afianzar su ascendiente moral, sino que volvían aún más sagrada la ya de por sí sacralísima institución presidencial.

El sistema operó con mayor eficacia que en tiempos de Alemán. A su función de maquinaria electoral, el PRI aunó otra, muy acorde con el estilo de don Adolfo: los servicios de retórica oficial. Bastaba oír los discursos del presidente del PRI, el general Gabriel Leyva Velázquez, para comprobarlo. En la II Asamblea Nacional Ordinaria exclamó:

«Señores delegados: muy cerca de aquí, en el Palacio Nacional, está gobernando a la nación un ciudadano ejemplar, un hombre pleno de patriotismo y virtud, el señor presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines … el Partido de la Revolución proclama con orgullo que el pueblo es su guía, la Constitución su lema y Adolfo Ruiz Cortines su bandera».[55]

Con los poderes reales, el presidente dio una vuelta más a la tuerca. Igual que en el caso de Alemán, en el gabinete de Ruiz Cortines sólo dos puestos de un total de 17 fueron ocupados por militares,[56] pero la proporción del presupuesto destinado al ejército se redujo respectivamente del 9,7 por ciento al 8 por ciento.[57] Algo más debía hacerse, sin embargo, con los «cartuchos quemados», esos viejos generales que habían participado en la Revolución e insistían en que Alemán había traicionado los principios revolucionarios. Una parte de estos militares mantenía una actitud arisca. Tal era el caso de Henríquez Guzmán y sus seguidores (Marcelino García Barragán, Celestino Gasca, Francisco J. Múgica, entre muchos), vinculados en la Federación de Partidos del Pueblo. No conformes con los resultados de la elección de 1952 ni con la represión que habían sufrido, seguían jugando con la idea de un levantamiento. De hecho, en enero de 1954, un supuesto grupo armado henriquista asaltó un cuartel militar en Ciudad Delicias (Chihuahua), lo cual daría pie a que el gobierno decretara la disolución de la Federación. Con estos «cartuchos» no había cuartel. Se les expulsó del PRI, se les relegó con licencia del ejército o se esperó pacientemente su muerte. El henriquismo se desvaneció poco a poco, pero favoreció la radicalización posterior de algunos de sus militantes más jóvenes, como fue el caso del líder agrario de la zona zapatista de Morelos, Rubén Jaramillo.

Otros «cartuchos quemados» se avinieron con gusto a una solución distinta: formar su propio partido político, el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, PARM. Entre sus fundadores, además del exconcuño de Ruiz Cortines, Jacinto B. Treviño, estaba el general Juan Barragán, que años después recordaba el curioso origen de su organización:

«Siendo presidente de la república don Adolfo Ruiz

Cortines, este ilustre mandatario concibió la idea de que nos agrupáramos todos los revolucionarios sobrevivientes del movimiento en sus diferentes etapas … y fuéramos al mismo tiempo testigos de la obra de la Revolución mexicana, vigilantes de su cumplimiento, con la autoridad moral necesaria para en un momento intervenir en su defensa … tuvimos el honor de que fuera el propio presidente Ruiz Cortines quien nos otorgara el registro».[58]

Se trataba, pues, de un invento del presidente, que acaso pretendía con ello contrapesar la influencia del único militar que desde hacía años contaba con verdadera autoridad moral: Lázaro Cárdenas. Si bien permanecía a cargo de la comisión del Tepalcatepec, y a pesar de su silencio público de esfinge, Cárdenas todavía se erguía como una figura disidente en los márgenes del sistema, pero sin salirse nunca de él. Quizás Ávila Camacho, que murió apaciblemente en 1955, podía haber desarrollado más su propio ascendiente, pero su propio talante reservado y modesto se lo impidió.

Con los diversos caciques que sobrevivían (Bonifacio León en Nuevo León; Leobardo Reynoso en Zacatecas; Dámaso Cárdenas, hermano de Lázaro, en Michoacán; Cándido Aguilar en alguna zona de Veracruz, y, claro está, Gonzalo N. Santos en San Luis Potosí), Ruiz Cortines siguió la pauta de contemporizar sin enfrentarse a ellos. Dichos caciques habían prestado gran apoyo en la campaña presidencial de 1952 frente a los generales «henriquistas». No había razón para combatirlos. De hecho, «los aquietó a todos», recuerda Hesiquio Aguilar, «a todos los atrajo, los tuvo en calma y los hizo colaboradores del gobierno … los combatió sin rifle, digamos que a sombrerazos».[59] Con respecto a Gonzalo N. Santos, cuando Ruiz Cortines, pese a su antigua lealtad, no le ofreció más que la conflictiva embajada en Guatemala, Santos

se indignó; el presidente tuvo que soportar el vendaval de improperios que el cacique le soltó y, según cuenta el propio Santos, finalmente lo mandó a «seguir gobernando su califato en San Luis Potosí».[60]

Los poderes formales lo fueron tanto o más que en la época alemanista. Los diputados de la legislatura 1952-1955 aprobaron 49 proyectos enviados por el Ejecutivo, 29 por unanimidad y 20 por mayoría. En promedio, únicamente el 3 por ciento de los votos fueron en contra de las propuestas del ejecutivo. En la legislatura siguiente (1955-1958) se aprobaron 37 proyectos, 23 por unanimidad y 14 por mayoría relativa. En este caso, el promedio de votos en contra subió al 5 por ciento. La Suprema Corte de Justicia tuvo un comportamiento más digno: amparó al 41 por ciento de los quejosos contra actos del Ejecutivo, si bien estos casos fueron de poca monta.[61]

Los procedimientos de selección de los legisladores adoptaron un tinte decididamente porfiriano. Un nuevo líder de los ferrocarrileros había sucedido, en elecciones democráticas, al «Charro» Díaz de León: era un rielero de cepa, David Vargas Bravo. Al poco tiempo de llegar a su puesto y tras hacer limpia con los pistoleros y adláteres del «Charro», Vargas se entrevistó con el presidente para proporcionarle nombres de ferrocarrileros que podían ser candidatos a diputados. Vargas le dio una lista de diez, pero Ruiz Cortines le dijo: «No, pollito», como se refería a los jóvenes, «no es tan grande el pastel, elige cinco». Así llegaron los elegidos por Vargas a las diputaciones federales. En otra ocasión, el presidente le dijo: «Usted va a ser senador por San Luis Potosí». Vargas respondió que, si bien era oriundo de San Luis, había salido a los cinco años y que por tanto nadie lo conocía. Además, no pertenecía al PRI. «Nada de eso es

problema», respondió el presidente, «ya se encargará Gonzalo, ya le hablará.» Y así fue: Santos proveyó la documentación requerida. «No hice campaña ni nada», recordaba muchos años después Vargas, «fui senador porque el presidente me nombró y ya.»[62]

Tiempo después, Vargas tuvo una amarga experiencia por tomarse en serio su función de senador. Cuando se discutía la ampliación de sanciones a los accidentes por imprudencia en las vías férreas, defendió a su gremio con tal vehemencia que el líder del Senado —José Rodríguez Clavería— lo llamó a un lado y le dijo: «Ya nos tienes hasta el gorro… O te largas a la chingada o te atienes a las consecuencias». Vargas tuvo que salir de México por algunos años. El «charrismo» volvería al Sindicato Ferrocarrilero en la persona de Samuel Ortega.[63]

Otro caso representativo fue el del líder estudiantil de Jalisco, Carlos Ramírez Ladewig:



Anónimo, *Adolfo Ruiz Cortines, en gira por Chiapas, ca*. 1957. Archivo General de la Nación.

«No me lancé yo como diputado ni me lanzó el partido. Me escogió el presidente Ruiz Cortines … En la Cámara, sin tomar la opinión de los diputados, nos enteramos por la prensa de que "los representantes del pueblo" habíamos señalado como nuestro futuro líder al señor Rosendo Topete Ibáñez … Con cada nuevo acto en la Cámara, la impresión inicial que tuve acerca de lo que somos los diputados tomó perfiles más claros y precisos. El nombramiento de comisiones, donde los más rebeldes apenas si se atreven a murmurar; la elección de secretarios y la elección de presidente de la Cámara una vez al mes, espectáculo vergonzoso que como martirio chino se repite una y otra vez; los "debates" de la Cámara con una supuesta oposición tan indigna como la imposición, y, por último, las votaciones que acaban con las ilusiones de participación libre que uno pudiera tener, todo termina por sepultarlo a uno en la indignidad».[64]

Con los gobernadores, la pauta siguió siendo la misma que con Alemán: removerlos a discreción. En el primer año de su gobierno, Ruiz Cortines contaba con siete gobernadores «propios» frente a los veintidós de Alemán. El primero en caer fue Tomás Marentes, de Yucatán; en aquella época se sospechaba que la Secretaría de Gobernación no era ajena a los disturbios ocurridos en el estado —insubordinación de la legislatura local, movimientos estudiantiles y protestas de grupos henequeneros—, que culminaron con la caída del gobernador en junio de 1953. Mediante los métodos usuales de la remoción, la desaparición de poderes, la renuncia inducida, los gobernadores alemanistas fueron cediendo uno a uno su lugar a los ruizcortinistas, que a finales del sexenio eran 28 de un total de 29.[65] En instancias extremas, se echaba mano del ejército para inducir el cambio o, como mínimo, se

enviaba a un alto funcionario de la Secretaría de Gobernación para que hiciera ver al gobernador la necesidad de su renuncia. Tal fue el caso, en Tabasco, del licenciado Manuel Bartlett, a quien el oficial mayor de Gobernación, el enérgico Gustavo Díaz Ordaz, indujo a dimitir.[66] Los legisladores se avenían con gusto a ser utilizados por el presidente en la danza de los gobernadores. Cuando se logró la caída de Alejandro Gómez Maganda, gobernador de Guerrero, el senador Jesús Yurén —uno de los «Cinco Lobitos» de la CTM — declaró: «… ésta es una clarinada para que los gobernadores … ajusten sus actos a las normas que inequívocamente ha trazado el jefe de la nación».[67]

Ésa era, bien vista, la mejor definición del presidente: el «jefe de la nación». Por eso era el mejor y único elector: «Ruiz Cortines nunca fue partidario de dejar a las bases que decidieran sobre los hombres para los cargos de elección popular. Sostenía que siempre se ve mejor desde arriba para escoger a los hombres y que una objetiva e imparcial auscultación daba siempre con el hombre adecuado».[68]

A la semana de tomar posesión, Ruiz Cortines envió al Congreso la iniciativa por la que se otorgaba el voto universal a las mujeres. Se aprobó, como no podía ser menos, por unanimidad. Pero no dejaba de ser paradójico que el mismo presidente que promovía esa reforma tuviera tan baja opinión de los electores. Cuando una mujer chiapaneca lo increpó preguntándole por qué había designado a Efraín Aranda para gobernar ese estado, Ruiz Cortines respondió: «Porque si los dejo a ustedes elegir se agarran de las greñas».[69]

En su abono, hay que decir que para los llamados «puestos de elección popular» —que, en realidad, eran «puestos de elección presidencial»— Ruiz Cortines no eligió a sus amigos. Una anécdota célebre:

«Tenía un amigo veracruzano con el que se llevaba mucho. Este amigo era medio vaquetón. Un día fue a decirle que quería su apoyo para ser diputado del estado de Veracruz.

»—Eso se tiene que decidir allá en tu pueblo, anda ve y trabaja.

»El amigo replicó:

»—¿Me quieres decir que vaya para allá y trabaje?

»—Así es.

»El amigo pensó que "estaba hecho". Vino la decisión y el PRI local nominó a otro. Días después llegó muy triste a ver a don Adolfo, y cuando éste lo vio entrar, don Adolfo, muy triste también, le abrió los brazos:

»—Dame un abrazo, perdimos».[70]

Los campesinos incorporados orgánicamente al PRI a través de la Confederación Nacional Campesina no tuvieron mayores márgenes de maniobra. Cruelmente, siguieron siendo el «ganado político» del PRI. Cualquier observador objetivo de una gira presidencial lo comprobaba. A la plaza mayor de cada pueblo o ciudad llegaban los campesinos en camiones. Negarse a acudir les podía costar la tierra. Si acudían, se les prometía una torta, un refresco, unos pesos. Se les proveía de mantas o carteles y cuidadosamente se les instruía sobre lo que tenían que gritar cuando el personaje político apareciera en el estrado. (Lo mismo ocurría en el acto de votar: sus votos se llenaban de manera colectiva.) Cuando los oradores pronunciaban sus discursos, se escuchaban loas a la intervención de los campesinos en la Revolución y numerosas menciones a Zapata, cuyos ideales seguían «vigentes» en el PRI, partido que, según sus voceros e ideólogos, era «resultado de nuestras necesidades sociales y económicas» y estaba animado «por ese criterio unitario y rector que ofrece la Revolución mexicana, sostenedora

incansable de anhelos libertarios y de justicia social».[71]

La Confederación Nacional Campesina (CNC) apoyó «con místico fervor» las iniciativas rurales del presidente Ruiz Cortines, y a cambio obtuvo algunas concesiones: los poseedores de certificados de inafectabilidad ganadera tuvieron que entregar un porcentaje de sementales a los ejidos, los adeudos de algunos campesinos con el Banco Ejidal fueron condonados, se eliminó a los intermediarios en la venta de productos de los candelilleros, se promovió la electrificación de algunos municipios ejidales y la contratación colectiva en varios ingenios.[72] Era el antiguo método de dar «pan», que surtía efecto en todos los ámbitos políticos del país, pero que en el caso de los campesinos resultaba barato. Su misma dispersión geográfica tornaba innecesaria una inversión mayor. Sólo cuando surgía un auténtico líder campesino, el sistema reaccionaba recurriendo al otro extremo de la fórmula porfiriana: la represión, el «palo». En ese caso estaba el pundonoroso líder Jacinto López, entre cuyas acciones estuvo la invasión de varios latifundios encubiertos legalmente como pequeña propiedad en Sonora, Coahuila, Nayarit, Colima y Baja California. López sufrió varias veces el encarcelamiento, pero su cercanía al Partido Popular de Vicente Lombardo Toledano favoreció el éxito de algunas de sus iniciativas. Por contraste, desde abril de 1954 el líder cañero Rubén Jaramillo se encontraba huyendo en la sierra de Morelos, perseguido por la policía del estado. Francisco Martínez de la Vega, un honrado periodista liberal, escribió: «… los motivos de Jaramillo pueden localizarse en este sistema ya tradicional de "carro completo" … que permite a los caciques brutales, primitivos y sanguinarios hacer lo que quieren, por espíritu partidista, por complicidad o por defender un principio de autoridad».[73]

El otro gran ámbito corporado, el de los obreros, parecía destinado a seguir las pautas de subordinación. Con una novedad: Ruiz Cortines actuó de inmediato para curar algunas heridas infligidas por Alemán. Los mineros de Nueva Rosita (Coahuila), que en 1951 habían sido despedidos sin miramientos, pudieron integrarse a los trabajos de la presa Lázaro Cárdenas que estaba a cargo del propio general. Tras la devaluación de 1954, la CTM hizo un emplazamiento a huelga general para conseguir el 24 por ciento de aumento en los salarios de sus agremiados. La negativa por parte del gobierno y la industria hubiese llevado a una crisis general, pero el sistema sabía muy bien sus límites y dejó el arreglo de la cuestión en manos de Adolfo López Mateos, el hábil y simpático secretario del Trabajo que en once días resolvió cinco mil emplazamientos a huelga. Los aumentos fluctuaron entre el 10 y el 16 por ciento, y en apariencia todos quedaron contentos, sobre todo el presidente, que acuñó entonces una de sus frases: «México al trabajo fecundo y creador».

A fines del periodo de Alemán, se había creado la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, la CROC, que, dirigida por Luis Gómez Z., vinculaba organizaciones independientes de la CTM. Su formación no minó mayormente el poder de la CTM, que en 1955 llevaría la voz cantante en la integración de un nuevo Bloque de Unidad Obrera (BUO), al cual se adherirían nada menos que sus dos rivales históricas, que para entonces habían visto pasar sus mejores años: la anarquista CGT y la CROM del viejo líder Luis N. Morones.

A juzgar por la incidencia de las huelgas (que se mantuvieron en un nivel anual inferior a las doscientas durante el periodo de 1953 a 1957),[74] parecía el mejor de los mundos posibles. Sólo en algunos ámbitos corporados del

sistema empezaban a aparecer notas disonantes. En julio de 1956, el gremio de los maestros se movilizó en todo el país demandando un incremento de salarios. Acaudillada por los líderes Othón Salazar y Encarnación Pérez, la sección IX del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación tomó una medida que tendría fuertes repercusiones en los terremotos obreros que sacudirían al sistema en el año electoral de 1958: se separó del sindicato regenteado por la CTM.

José Pagés Llergo, aquel periodista que había sido expulsado de la revista *Hoy* por publicar las miradas lascivas del yerno de Alemán, reunió a un buen equipo de periodistas y creó en 1953 una revista destinada a perdurar como su nombre: *Siempre!* Su fórmula era similar a la de la extinta *Presente,* pero más imaginativa. Aparecía cada jueves y congregaba autores de la más diversa y aun opuesta filiación política: desde el líder de izquierda Lombardo Toledano hasta el exsecretario de Instrucción Pública del régimen de Victoriano Huerta, el escritor conservador Nemesio García Naranjo. Muchos de sus colaboradores habían participado en la campaña presidencial de Vasconcelos en 1929; entre ellos, Alejandro Gómez Arias destacó por su apoyo. En un país ajeno a la discusión política abierta, *Siempre!* hizo el pequeño milagro de constituirse en una especie de plaza pública donde cada autor exponía su punto de vista sobre los hechos políticos del momento.

El ensayista Gabriel Zaid tenía diecinueve años cuando los primeros números de *Siempre!* llegaron a su natal Monterrey: «Recuerdo la irritación de un amigo: “¡Qué se pongan de acuerdo! No puede ser que en cada vuelta de hoja haya opiniones tan opuestas”. Me llamó la atención el comentario, porque nunca había visto ese criterio implícito de unidad, hasta entonces, [criterio] que *Siempre!* … rompía y mi amigo

lo hacía explícito».[75]

La diversidad fue un criterio que imperó desde el primer número: «En la derecha tradicionalista, en el centro que aspira al equilibrio moderado, en la izquierda impaciente y apasionada, vive y alienta el pensamiento mexicano».[76] *Siempre!* se leía en muchos sitios, pero había uno donde se volvió lectura obligada: las peluquerías. En México no había discusión pública abierta, y por ello personajes como los peluqueros o los ruleteros (llamados «libres») eran los únicos que podían hablar con todos los estratos y comportarse como ciudadanos cabales. *Siempre!* fue el vehículo de la pluralidad.

En *Siempre!* se leyeron las invectivas más feroces y fundamentadas contra el despilfarro y la corrupción alemanista: «El alemanismo es la apoteosis, la cumbre de la burocracia … es una fórmula práctica para utilizar los recursos del poder en beneficio de un grupo», escribió Martínez de la Vega.[77] «¿No es posible que entre treinta millones de mexicanos haya algunos que piensen que se llegó en el lujo y en el derroche a la insolencia, que hubo fortunas súbitas, ostentación sin límites, abusos, cursilería, rapiñas?», apuntó Rafael Solana.[78] Frente al régimen de Ruiz Cortines, *Siempre!* tuvo una actitud de apoyo moderado, como en el caso de la devaluación de 1954, que el editorial de la revista vio como «el pago de cuentas de la etapa alegre y de febril derroche que se proclamó como prosperidad».[79] Al sobrevenir los conflictos obreros de 1958, el apoyo se confirmó: con todo su bien ganado prestigio, la línea editorial de *Siempre!* tomó el partido de la empresa y del presidente y criticó «la insolente, radical actitud de los trabajadores». En el fondo, seguía operando el primer mandamiento de la prensa mexicana, acuñado en tiempos de Alemán: «… no tocarás ni al presidente de la República ni a la Virgen de Guadalupe».

Las procesiones en honor de la Virgen de Guadalupe se sucedían de manera cada vez más libre y creciente. La mismísima primera dama encabezaba el patronato de ayuda a las obras de la Basílica de Guadalupe y sin mayor problema aceptó posar en la inauguración de la corona colocada en el pórtico de la Basílica, donde se leía la tradicional inscripción del papa Benedicto XIV sobre la Patrona de México: «No hizo igual con ninguna otra nación».

La Iglesia católica seguía su larga marcha en la recuperación del tiempo perdido: construía nuevos templos y en sus escuelas acogía contingentes cada vez más decididos de la clase media y alta. Cuando un inspector de la Secretaría de Educación visitaba por esos años un aula de un colegio confesional, descubría invariablemente la imagen del santo mayor del panteón laico de México: Benito Juárez. Acto seguido, cuando el inspector salía, la maestra quitaba la imagen de aquel hereje, colocaba la del Sagrado Corazón de Jesús, y explicaba a sus fieles discípulas cómo el tal «don Burrito» Juárez se asaba en los infiernos.

Interpelado alguna vez por su antiguo jefe Treviño sobre la que éste consideraba escandalosa influencia del clero en la vida pública, Ruiz Cortines le respondió con palabras que don Porfirio hubiera hecho suyas: «… en las próximas elecciones el clero nos va a ayudar … además, no sacarán candidato para la presidencia».[80]

Nota de color: el día de las elecciones de 1958, una peregrinación de fieles que se dirigía a la Basílica de la Virgen de Guadalupe fue desviada para votar en un grupo de casillas particularmente conflictivas cercanas a esa zona. Por lo visto, en tiempos de Ruiz Cortines hasta la Virgen simpatizaba con el PRI.[81]

Los otros pequeños poderes no (tan) subordinados

estuvieron muy cerca de la domesticación. Los empresarios seguían de luna de miel con el régimen. Por su parte, aunque no ocupaban todos los altos puestos en el gabinete presidencial, los universitarios seguían escalando la pirámide burocrática que partía de la Ciudad Universitaria y llegaba a las altas estribaciones de la burocracia. Los intelectuales, como de costumbre, siguieron integrados al mundo oficial, ya sea en secretarías como la de Educación o Relaciones, ya en el Departamento de Bellas Artes, ya en instituciones como la Universidad y El Colegio de México. Los viejos de la generación de 1915, como Bassols y Cosío Villegas, seguían manteniendo puntos de vista críticos con respecto al rumbo político y social del país; sin embargo, el hecho de que ambos hubiesen aceptado encomiendas oficiales (el primero, fugazmente, de asesor, al principio del régimen; el segundo en el Ecosoc) era un síntoma del adormecimiento político general. Hasta los aguerridos muralistas —Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros— se habían aquietado: el primero pintaba retratos de las damas más ricas de México, el segundo pintaba murales históricos en el recinto oficial del castillo de Chapultepec.

Los estudiantes ocasionaban de vez en cuando algún «borlote». En 1956, el Instituto Politécnico Nacional tuvo un problema con la administración de los dormitorios. Ruiz Cortines tomó cartas en el asunto y llegó al extremo de ordenar la intervención del ejército para desbaratar aquel «germen de disolución». Lo cierto es que, a todo lo largo del sexenio ruizcortinista, el ánimo estudiantil fue más bien festivo. La gran rivalidad estudiantil seguía siendo deportiva, con los «clásicos» de futbol americano Poli-Universidad. Por lo demás, las puertas del PRI estaban siempre abiertas para los jóvenes que quisieran «servir a la patria».

En 1958, los estudiantes protestaron por el alza del

transporte público. Un testigo de calidad fue Carlos Monsiváis:

«… se integró la Gran Comisión y se decomisaron los autobuses suficientes para convertir a la Ciudad Universitaria en un cementerio impresionante … los estudiantes cuidaban celosamente la C.U., formaban patrullas y brigadas … veían el nacimiento de un gobierno juvenil que desde el Pedregal dispensaría justicia en un país corrupto … En verdad, el carácter del movimiento era esencialmente lúdico. Las manifestaciones eran enormes y vociferaban y participaban los maestros y los sindicatos».[82]

Aquel movimiento estudiantil tuvo un final digno de la apacible época en que se inscribía: la comisión se entrevistó con el presidente, que los amonestó con su proverbial gravedad. En respuesta, los estudiantes no reaccionaron como los «rebeldes sin causa» que parecían. Al contrario: dedicaron una «goya» en su honor.

En los años cincuenta, el PAN dio un viraje notorio hacia posiciones que lo acercaban aún más a la Iglesia. Gómez Morin seguía siendo su líder moral, pero ya no su presidente. En 1956 el cargo lo ocupó Alfonso Ituarte, antiguo miembro de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, cuyas posiciones prevalecieron sobre el ala civil del partido, representada por hombres más afines a Gómez Morin, como Adolfo Christlieb Ibarrola. Incapaz de conseguir el respaldo de los empresarios mexicanos que apoyaban sin gran reticencia al sistema, el PAN gravitaba hacia la derecha cediendo posiciones a personas que no distinguían la actividad religiosa de la política o que, más bien, supeditaban la segunda a la primera buscando la salvación del alma. Christlieb los bautizó como «el grupo de piadosos», «meadores de agua bendita», frases crueles que, sin embargo,

probaban la pluralidad interna del partido.[83]

En las elecciones a diputados de 1955, el PAN sólo obtuvo el 8 por ciento del total de votos en el país. En la ciudad de México la proporción fue mucho mayor: llegó al 43 por ciento.[84] Un año más tarde, en Ciudad Juárez tuvo lugar una controvertida elección. Contendían, por el PAN, Alfonso Arronte y, por el PRI, René Mascareñas. Con la anulación de los resultados de una casilla en la que el PAN tenía una ventaja de 1.200 votos, se logró el triunfo del candidato del PRI. Ante las imputaciones de fraude que hizo el PAN en Ciudad Juárez, Ruiz Cortines comentó: «… jamás permitiré que una ciudad con ese nombre esté en manos de la reacción».[85]

No todos los empresarios se subían al barco de la Revolución. Precisamente en Chihuahua, la tierra de Gómez Morin, un empresario textil nacido en 1919, liberal, preocupado por los problemas sociales, insobornable y quijotesco, llamado Luis H. Álvarez, ingresó en esos años en el PAN. Había dirigido la Cámara de Comercio y la Asociación Cívica de Ciudad Juárez, y en 1956 lanzó su candidatura para gobernador. Para sorpresa del candidato oficial y del sistema, Álvarez alcanzó un alto número de votos y, a raíz de los consabidos fraudes, discurrió la idea de marchar hacia la capital del país encabezando una caravana de protesta. Fue, de hecho, su precampaña presidencial, porque en 1957 Álvarez resultó candidato opositor a la presidencia.

En 1958, Álvarez sufrió amenazas de muerte y atentados contra su vida. *La Nación* —el órgano informativo del PAN— calificó los comicios de «gigantesca maniobra del gobierno», en la que reaparecieron los ya tradicionales métodos del PRI: electores con varias credenciales agotando en unas cuantas

horas las boletas disponibles en las casillas, brigadas de «turistas» votando de casilla en casilla, reparto de credenciales el día de la elección, clausura de casillas sin previo aviso y apertura en lugares inhóspitos, casillas donde se vota sin credencial, expulsión de representantes de la oposición en las casillas, brigadas de choque de la CROC que atemorizan a los votantes…[86]

En el nuevo Congreso instalado en septiembre de 1958, los líderes priístas se declaraban tolerantes hacia «los llamados partidos de oposición», entes que no querían mencionar siquiera por sus siglas o su nombre, en especial el PAN, al cual consideraban un partido «débil», «minoritario», «sin líderes», «desvinculado de las grandes masas», «sin programa», ni «conocimiento de la realidad nacional», «conservador» caracterizado por «cierta vanidad y cierto señoritismo». Imposible compararlo con el PRI, el partido de la «mística patriótica», que no sólo había adquirido «flexibilidad» sino que ahora hasta «admitía la labor opositora».[87]

En las elecciones de 1958, el sistema concedió graciosamente al PAN seis diputaciones. La asamblea del partido decidió que los seis diputados se abstuvieran de integrarse al Congreso. Christlieb escribió: «Acción Nacional no vende su primogenitura temporal y moral en la política mexicana por el mísero plato de lentejas de unas dietas congresionales».[88] Sin embargo, cuatro de los seis diputados se negaron a renunciar a sus curules y fueron expulsados del partido, que vivió un momento de desánimo. Era difícil luchar contra el sistema, sobre todo contra un presidente como Ruiz Cortines que, aunque inmaculado en lo personal, defendía el sistema como si fuera un nuevo «tren olivo» de la política nacional. Además, el viejo abrigaba por el PAN un

desprecio que rayaba en burla: llamaba a sus partidarios «místicos del voto».[89]

Abajo los charros

La noche del 28 de julio de 1957, un violento terremoto sacudió la ciudad de México y derribó el símbolo mismo de la patria: el dorado Ángel de la Independencia. Los incrédulos ciudadanos recorrieron el Paseo de la Reforma para ver los pedazos desperdigados en el asfalto. Un año después sobrevino otro terremoto, no telúrico sino sindical, el primero que pondría a prueba la fortaleza de ese edificio hecho para la eternidad llamado sistema político mexicano.

En abril de 1958, el gobierno reprimió violentamente una manifestación del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM). Al poco tiempo, además del «relajo contestatario» de los estudiantes, tuvo que enfrentar otros movimientos sindicales: electricistas, telegrafistas, petroleros y, el más poderoso de todos, el ferrocarrilero. La pauta en varios casos fue la misma: ante las manifestaciones obreras que cruzaban las calles de la ciudad y llegaban al Zócalo, el gobierno recurría a los «granaderos», las fuerzas policiacas que las disolvían a golpes de macana.

¿Por qué la conjunción de movimientos en 1958? La razón era clara: porque el sistema tenía una falla política de origen localizada justamente en el sexto año de gobierno. Una vez «destapado» el sucesor, en plena campaña presidencial y antes del primer domingo de julio en que se llevan a cabo las elecciones, el presidente saliente asistía a la disminución ineluctable de su poder frente al poder creciente —pero aún no absoluto— del hombre que lo sucedería. En esa zona gris del calendario político mexicano, aunque el entrante y el saliente fueran los mejores amigos, se vivía una situación confusa, una especie de diarquía que podía favorecer el

reacomodo de otros poderes ávidos de ganar posiciones para el sexenio siguiente. Esto lo entendieron varios líderes sindicales y actuaron en consecuencia. Sabían que Ruiz Cortines no querría arriesgar su imagen histórica echando a perder un sexenio casi incruento con una represión mayor de última hora. Sabían también que el próximo presidente, el secretario de Trabajo Adolfo López Mateos, carecía aún legalmente del poder ejecutivo para tomar decisiones. En ese intersticio actuaron, y lo hicieron con eficacia. Sus respectivos movimientos no terminarían con porras al presidente.

El maestro Othón Salazar, líder de la fracción disidente del magisterio, recordaba muchos años más tarde el avance «terrible» del «charrismo» en la época de Ruiz Cortines:

«El "charrismo" creado por Miguel Alemán se convirtió con el tiempo en estructura del Estado … Como los sindicatos pasaron a ser entidades controladas y dirigidas por el gobierno, entonces los sindicatos, sus líderes, dejaron de representar los intereses de los trabajadores y dejaron por lo tanto de defender los intereses de los miembros de los sindicatos».[90]

Salazar, que reconocía la «grandeza personal» de Ruiz Cortines, no afirmaba que en aquella época el país viviese un régimen de opresión sindical, pero las «estructuras "charras"» impuestas por el régimen, «con la ayuda del ejército y los tribunales y con el dinero de la burocracia», justificaban con creces el intento de introducir márgenes de independencia en la viciada relación entre los obreros y el gobierno.

El primero de septiembre de 1958, día de su último informe de gobierno, Ruiz Cortines se enfrentaba a la insurgencia obrera en varios frentes, sobre todo el de la enseñanza y el ferrocarrilero. A tres meses de dejar la presidencia, señalaba que el gobierno haría uso de su «máxima energía» contra los

trabajadores que en sus protestas alterasen el orden público. Cinco días más tarde cumplía su advertencia en la persona de Salazar:

«Nosotros fuimos detenidos el día 6 por la mañana, cuando nuestros compañeros se encontraban en el monumento a la Revolución. En el caso mío, la policía judicial llegó a apresarme a mi casa. Fingieron que eran padres de familia; cuando vieron que eso no resultaba aventaron la puerta atropellando a mis hijos, a mi familia. Se metieron hasta donde yo estaba y en camisa fui detenido, llevado durante cuatro días, sin que nadie supiera de mí. Yo mismo no sabía dónde estaba, porque me llevaban vendado de los ojos. Fue entonces cuando yo recibí un trato de prepotencia, de humillación, de la policía y los judiciales, y fue entonces cuando experimenté el simulacro de que uno va a morir. Pero yo traía muchas reservas interiores, mis maestros me habían formado un interior que me protegía contra el miedo y aun cuando la muerte impone, yo me hacía a la idea de que las lecciones que recibí del maestro Modesto Sánchez me ayudaban a recordar a los grandes hombres de México, que no temblaron cuando su vida estaba en peligro. Mientras tanto, la batalla campal cubría el monumento a la Revolución, Buenavista, la Alameda, y de ahí a los cuatro días en los cuales sólo comí dos bolillos y dos vasos de agua. Entonces recorrimos las caballerizas hasta que me dijo uno de los agentes, que sería el más inhumano: "Prepárese, maestro, y sepa lo que le espera". Me llevaban a presentarme a la Procuraduría. Todavía fui encerrado en un cuartito, pero con esperanza de vivir».[91]

Salazar saldría de la cárcel y volvería a entrar: «… en las siete veces que yo caí en prisión jamás hubo golpes. Lo único que hubo es tortura psicológica». Años atrás, su sección había

sido —en sus palabras— «una isla democrática en la mar de sindicalismo “charro”», pero en 1958 su movimiento se convirtió en el centro de donde emanaban las luchas sindicales independientes. «El gobierno estaba muy preocupado … porque el Movimiento Revolucionario del Magisterio había alentado al movimiento ferrocarrilero.»[92]

La operación política y represiva con respecto al sindicato de maestros estuvo dirigida desde un principio por el secretario de Educación. La responsabilidad directa pasó a la Secretaría de Gobernación, y en particular al hombre que desde su llegada a ese ministerio había mostrado dotes supremas para actuar con resolución y «sin considerandos». No era, por cierto, el débil ministro Ángel Carvajal, ni su subsecretario, Román Lugo. Era un político entre oaxaqueño y poblano, formado en la dura escuela de Maximino Ávila Camacho. Le decían «el jefe Chiringas» (por aquello de «Si te mueves, te chingas»).[93] Se trataba del licenciado Gustavo Díaz Ordaz, el oficial mayor de la secretaría, para quien Ruiz Cortines era «el maestro», con una diferencia esencial: el viejo decía que «en política, la línea más corta entre dos puntos es la curva».[94] Su discípulo tenía otra idea: «En política, la mejor línea es la línea dura».[95]

A las malas condiciones salariales y las exiguas prestaciones que los ciento diez mil obreros de los ferrocarriles padecían, a diferencia de los principales grupos obreros del país, se sumaba el agravio de que eran ellos quienes debían tolerar al sindicato «charro» por excelencia, el que provenía del golpe de 1948. Aunque el «Charro» Díaz de León no se hallaba ya al frente del sindicato, sus sucesores cargaban, hasta cierto punto, con el estigma de la ilegitimidad. En 1958, los dos grupos golpeados por la imposición de Díaz de León interpretaron la coyuntura como una oportunidad de lograr

mejores percepciones para los trabajadores del riel y revertir el agravio de 1948. Eran los independientes, reunidos en el llamado «grupo Hidalgo 96» de Gómez Z., y los de izquierda, que gravitaban alrededor del Partido Comunista, el Popular y el Partido Obrero y Campesino (creado por disidentes del PC como Valentín Campa y Hernán Laborde).

En la gerencia de Ferrocarriles Nacionales, Ruiz Cortines había puesto a un veracruzano inflexible, ordenado, corajudo, disciplinado y disciplinario, dispuesto a lograr a toda costa la modernización de la empresa: Roberto Amorós. Según Antonio Ortiz Mena, Amorós era un «prusiano» que solía quedarse a dormir en las oficinas y cuya rigidez «abrió paso a Vallejo».[96] Frente a él, en el extremo opuesto del espectro político, surgió el líder obrero Demetrio Vallejo. Nacido en 1910 en El Espinal, un pueblo de Tehuantepec (Oaxaca), Vallejo había contribuido en Veracruz a la formación del Sindicato Petrolero y a la Federación de Trabajo de la región del sur. Este sindicalista de la estirpe (y el estado) de los Flores Magón, miembro del sindicato ferrocarrilero desde 1934, formó parte en 1958 de una comisión disidente que se resolvió a exigir mejoras en las prestaciones y un aumento del salario muy superior a los 200 pesos que pedía el sindicato «charro» y a los 180 que estaba dispuesto a conceder Amorós: exigía 350 pesos mensuales.

A principios de junio de 1958, Vallejo presionó a la empresa convocando paros de dos horas en el sistema ferroviario del país. En términos generales, los trabajadores respondieron a su llamado, mostrando su repudio a la representación sindical «charra». El 26 de junio, en una asamblea, uno de los oradores se atrevió a pronunciar palabras mayores y a revelar de paso que los fines del movimiento rebasaban las demandas salariales y de

prestaciones: «Ya no queremos líderes, los líderes son inútiles pues ya no luchan por mejorar la situación de los trabajadores, sino para alcanzar intereses bastardos, diputaciones y senadurías … los líderes son traidores al movimiento obrero proletario … Fidel Velázquez … es el más grande entreguista de la causa de los trabajadores».[97] Ese mismo día, empezaron a llegar informes sobre la revocación de comités ejecutivos en diez secciones del sindicato en el país.

Faltaban unos cuantos días para «la grande», la elección presidencial de 1958. Era fundamental que el país estuviera en paz. La comisión —que había desplazado de hecho al sindicato— había bajado la cifra mágica a 250 pesos, pero los paros continuaban: ahora eran de ocho horas. El 30 de junio, el presidente Ruiz Cortines intervino. Salomónicamente logró que los ferrocarrileros aceptaran la media entre su oferta original y la de los obreros: 215 pesos. Las elecciones se llevaron a cabo en calma. «Por lo que respecta a los intereses nacionales», apuntaba *Siempre!*, «causa una profunda satisfacción que al amparo del señor presidente se haya levantado la suspensión de los servicios ferroviarios que tan grave perjuicio venía causando al país.»[98] Con ésta era la tercera vez, en los últimos meses, que el presidente Ruiz Cortines intervenía con su autoridad moral para poner fin a graves situaciones.

Como consecuencia natural del triunfo, la comisión forzó la realización de elecciones para remover al comité «charro»: «… seguiría en pie de lucha hasta lograr la auténtica depuración sindical».[99] Los obreros desfilaban en las calles con simulacros de ataúdes de Samuel Ortega, el líder del sindicato que había sido postulado para la senaduría por Tlaxcala. En agosto, al tiempo que la iniciativa privada exigía

la intervención de la fuerza pública y la prensa reprobaba los paros, el gobierno se decidió a repetir la maniobra realizada por Alemán con los petroleros en diciembre de 1946: envió al ejército a ocupar las instalaciones, arrestó a más de doscientos ferrocarrileros, y dio a conocer un supuesto documento subversivo, hallado en el local de la sección 17, en el cual se hablaba de un gran pacto obrero entre ferrocarrileros y maestros, telegrafistas y petroleros. Para «acabar con el espinoso asunto», comentaba la página editorial de *Siempre!*, se había requerido la «intervención enérgica de las autoridades».[100] Con el objeto de dejarle a Vallejo una salida para negociar con él sobre presión, el gobierno no tocó a este líder, quien de inmediato se sentó a la mesa con Amorós.

Con el apoyo de los grupos agraviados desde 1948 —incluido el de Gómez Z.—, Vallejo negoció con más fuerza de la que imaginaba el gobierno y logró que la empresa concediera la celebración de elecciones sindicales para las cuales él mismo contendería como candidato a la secretaría general. Éstas se llevaron a cabo limpiamente y dieron el triunfo a Vallejo por un margen superior al 50 por ciento.

El 27 de agosto tomó posesión el nuevo comité ejecutivo. «Este sindicato será apolítico, absolutamente apolítico», declaró Vallejo, explicando que los trabajadores quedarían libres para pertenecer al partido que eligiesen.[101] Parecía el presagio de una auténtica democracia sindical, pero la actitud que inmediatamente adoptó con respecto a sus antiguos aliados dejaba traslucir algo distinto: Vallejo confirmó la cláusula de exclusión aplicada contra el grupo Hidalgo 96 en 1948. Paralelamente, algunas secciones denunciaban la práctica de «salvajes purgas llevadas a cabo contra los colegas que no habían secundado los paros».[102] La Junta de Conciliación y Arbitraje recibió demandas contra Vallejo por

despido injustificado de empleados. Para Gómez Z., la vinculación del movimiento vallejista al Partido Comunista, al Partido Obrero Campesino y al Popular no dejaba lugar a dudas. Se trataba de un movimiento «absolutamente político … tenían la absurda pretensión de convertir todo el sindicato en partido comunista».[103]

Una de las primeras medidas de Vallejo consistió en separar al sindicato ferrocarrilero del Bloque de Unidad Obrera, el BUO. Era un precedente peligrosísimo para Fidel Velázquez, un paso que podría derivar en una nueva estampida de sindicatos de la CTM, parecida a la de 1947. Significativamente, a todo lo largo del conflicto, los sindicatos de la industria privada permanecían bajo el control del sistema, quizá porque gozaban de salarios y prestaciones incomparablemente mejores que los del sector público, escenario de la insurgencia sindical. Estaba claro que el gobierno del «agarrado» Ruiz Cortines había llevado a extremos el ahorro presupuestal. En todo caso, Fidel Velázquez no esperó más y, con su acostumbrada malicia, pasó al ataque: «más papista que el Papa», como reza el refrán, pidió un aumento de 25 por ciento general para los sindicatos de la CTM, y dio un giro ideológico a la izquierda. De pronto, declaró que la justicia social era «un mito en México»: en ningún país del mundo la distribución de la riqueza era «tan injusta como en el nuestro»; las utilidades de sólo veinticinco empresas eran «superiores a todo el presupuesto federal»; todos los controles de precios eran «absolutamente ineficaces».[104] El gobierno, a su vez, concedió un aumento salarial. Había que llegar en paz al primero de diciembre, día de la toma de posesión del nuevo *tlatoani*. Acosado por las escisiones internas y por una prensa hostil, que lo veía como peón de una «conjura roja»,[105] Vallejo se avino a suspender su política de paros y a aceptar las

condiciones salariales propuestas por la empresa, en espera de «calar» al nuevo presidente y avanzar hacia un sindicalismo diferente del impuesto por el sistema. La pregunta era: ¿un sindicalismo independiente o un sindicalismo partidario de izquierda?

Viraje hacia la izquierda

En 1954, la cadena de periódicos García Valseca voceaba el comienzo de una campaña de desprestigio contra Cárdenas: «Tepalcatepec, barril sin fondo». Al poco tiempo, un cura del pueblo de Arteaga, enclavado en la zona, salió en defensa del «Tata»:

«Sin que don Lázaro tenga necesidad de trabajar, sudando a chorros, materialmente, bajo el sol abrasador y agobiante del plan de la Tierra Caliente o en la abrumadora temperatura de las orillas del Balsas o en el aplastante calor del Bajío, yo lo he visto, yo lo he acompañado, casi a regañadientes, por la tortura del clima y por las graves molestias de tanto bicho, atender, con franciscana paciencia, al pobre y al enfermo, preguntar cómo está la vaca, cuántos puerquitos tuvo la cerda, cómo crece la milpa, si las palmeras ya están sentadas en banco, si la mujer y los chilpayates no se han enfermado. Por mi conducto, don Lázaro ha mandado enfermos a hospitales de primera clase, muchos de ellos necesitando atención médica y medicinas de miles de pesos y, gracias a Dios y a la generosidad de don Lázaro, estos enfermos han encontrado alivio y han podido seguir trabajando para no ser carga a sus familiares. Por mi mano han pasado centenares de árboles frutales regalados por don Lázaro a campesinos pobres con la única mira de que tengan algo más con qué vivir más humanamente. Y este cura de aldea los ha repartido a nombre de don Lázaro».[106]

La campaña no surtió mayor efecto. Cárdenas siguió a la

cabeza de la comisión. Era ya un mito viviente, mediante su pertinaz y misericordioso apostolado mataba dos pájaros de un tiro: ayudaba en la práctica a los campesinos más pobres y se labraba día a día su prestigio político. Gozaba de tal fama entre los campesinos que en alguna gira por la sierra de Puebla, en que acompañó a Ruiz Cortines, un campesino comenzó un discurso con estas palabras: «Señor presidente de la República Lázaro Cárdenas y demás personas que lo acompañan».[107]

A veces sus ayudas no lo eran tanto. En Nueva Italia, por ejemplo, sobrevino en 1956 el reparto individual, voluntario y unánime, de las parcelas y del ganado y, al poco tiempo, la entrada de compañías transnacionales con nuevos y jugosos cultivos. ¿Pensó Cárdenas que hubiese sido mejor dejar la tierra en manos de los hacendados mexicanos? Quizá no, aunque hay quien asegura haberlo visto llorar ante el fracaso de su sueño. El pobre balance final de muchos de sus experimentos agrarios no parecía manchar, ante sí mismo ni ante los demás, la pureza de sus intenciones.

Tal vez fue el dudoso saldo histórico de la reforma agraria lo que, en el fondo y por compensación, contribuyó a la paulatina radicalización de Cárdenas hacia la izquierda. En 1939, Vicente Lombardo Toledano aconsejaba a su joven amigo, el ingeniero Adolfo Orive Alba, que no hablase con Cárdenas en términos ideológicos porque a Cárdenas le incomodaban: «… es un hombre de izquierda, no un marxista-leninista».[108] Diez años más tarde, en medio de la euforia alemanista que reprobaba, en un marco internacional de guerra fría y en tiempos del ascenso de Mao al poder, confiaba a su *Diario*: «Sólo la cultura socialista hará de México y de los demás países “coloniales” naciones verdaderamente libres y justas».[109]

La guerra de Corea acrecentó aún más su acendrado antiimperialismo: «… es la aventura más torpe y desastrosa emprendida por el gobierno norteamericano. Venciendo, su derrota moral está anticipada». En 1954, en pleno macartismo, el general pudo agregar un agravio más a la cuenta: el golpe contra Jacobo Arbenz, el presidente de Guatemala que pretendía realizar en su país una gestión inspirada en Cárdenas. A su amigo Tannenbaum le comentó: «Guatemala será la víctima esta vez».[110] Ese mismo año, Cárdenas escandalizaba a la opinión oficial asistiendo al velorio de Frida Kahlo, ceremonia que pasó a la historia no sólo por la celebridad de la pintora sino porque su féretro, colocado en el recinto oficial del Palacio de Bellas Artes, terminó cubierto por la bandera de la hoz y el martillo.

A mediados de 1956, Cárdenas se entrevistó con el presidente Ruiz Cortines. Entre los puntos que tocan, su *Diario* consigna uno realmente histórico: «Transmití la solicitud de un grupo de cubanos que con el doctor Fidel Castro Ruz fueron detenidos varios días por la policía y notificados que debían marcharse del país quince días después, en cuya solicitud piden al gobierno de México que se les conceda su permanencia por carecer de relaciones para que se les admita en otros países».[111]

El presidente accede. Cárdenas había conocido a Castro apenas dos días antes: «Es un joven intelectual de temperamento vehemente, con sangre de luchador».[112] Ambos ignoraban quizás el camino que se abría con aquel encuentro. Sin la intercesión de Cárdenas, Castro hubiese tenido que abandonar México y la Revolución cubana habría tenido un destino más azaroso. Ese mismo año Cárdenas recibió el premio Stalin de la Paz.

La trayectoria de Cárdenas era un ejemplo extremo, pero

representativo del viraje de la clase política e intelectual del país hacia posiciones de izquierda. Era de esperarse que los izquierdistas tradicionales extremaran sus ideas y actitudes. Pero también en ámbitos menos comprometidos, o del todo ajenos a la política y las ideas comunistas, se dio el corrimiento a la izquierda.

En la Secretaría de Relaciones, por ejemplo, el ambiente se volvió francamente contrario a los Estados Unidos y buena parte de la imaginación diplomática consistía en discurrir formas, estrategias, discursos destinados a contrapesar la influencia del poderoso vecino del norte. En su encuentro con Eisenhower en 1953, durante la inauguración de la Presa Falcón, Ruiz Cortines leyó un texto de carácter defensivo en el que mencionaba el apotegma juarista sobre el respeto al derecho ajeno. Parecía una nueva puesta en escena de la tensa entrevista Díaz-Taft de 1909. Pero en vez del suntuoso banquete con vajillas de oro y plata y cocinero extranjero con que Díaz agasajó a Taft, el parco Ruiz Cortines sirvió a su homólogo norteamericano un sencillo refrigerio con refrescos y bocadillos. El encuentro fue tan austero que el brindis se hizo con agua. Alguien ofreció a Eisenhower algo de beber. Al ver que Ruiz Cortines bebía un vaso de agua, pidió lo mismo. Hizo una broma al decir: «Bueno, brindemos con aguas internacionales».[113]

En abril de 1954, los secretarios de Relaciones Exteriores de los países americanos asistieron en Caracas a la X Reunión Interamericana. Los Estados Unidos presionaban para que los gobiernos latinoamericanos combatieran el comunismo. Los delegados mexicanos (el secretario Luis Padilla Nervo, el subsecretario José Gorostiza, y Roberto Córdova) se opusieron argumentando que el mejor antídoto contra el comunismo era el progreso económico. Durante la visita de

Richard Nixon a México, ante su insistencia casi obsesiva en hablar sobre el peligro comunista, Ruiz Cortines lo subió a un carro y lo llevó a las ciudades perdidas cercanas a la residencia oficial de Los Pinos: «Mire usted, señor vicepresidente, ése es el *ismo* más difundido en México, "el hambrismo", y ése es el que me interesa erradicar para que no se den los *ismos* que a ustedes les preocupan».[114]

No sólo el mundo oficial dio un viraje a la izquierda. También lo dieron los intelectuales jóvenes que postulaban la necesidad de que México optara por una «tercera vía» en su política internacional y su proyecto social. Al desatarse la Revolución húngara de 1956, el director de Organismos Internacionales de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el poeta Octavio Paz, propuso que México abriera sus puertas a la inmigración de refugiados húngaros, pero de manera paralela recomendó el reconocimiento de la China maoísta. Ninguna de ambas cosas se hizo. Paz había denunciado desde 1951 la existencia de campos de concentración en la URSS y había dejado atrás sus ilusiones sobre la Revolución soviética, pero el acercamiento a los Estados Unidos le parecía imposible e indeseable. En suma, las élites mexicanas revivían la vieja frase atribuida a Porfirio Díaz: «Pobre México, tan lejos de Dios, tan cerca de Estados Unidos».

Sorprendentemente, hasta los liberales puros y anacrónicos como Daniel Cosío Villegas dieron pasos en la misma dirección. En un ensayo de 1947, Cosío había lanzado su profecía más notable:

«El día en que al amparo del disimulo gubernamental se lancen no más de cuatro o cinco agitadores en cada uno de los principales países latinoamericanos a una campaña de difamación, de odio, hacia Estados Unidos, ese día toda la América Latina hervirá de desasosiego y estará lista para todo.

Llevados por el desaliento definitivo, por un odio encendido, estos países, al parecer sumisos hasta la abyección, serán capaces de cualquier cosa: de albergar y alentar a los adversarios de Estados Unidos, de convertirse ellos mismos en el más enconado de todos los enemigos posibles. Y entonces no habrá manera de someterlos, ni siquiera de amedrentarlos».[115]

Cosío decía no compartir, «ni poder compartir, por razones hasta orgánicas, físicas, la fe, la teoría ni los métodos comunistas», pero en el balance histórico entre las dos grandes potencias en conflicto, se colocaba en una posición equidistante de ambas. Declaraba que la URSS era «la bandera del progreso social y político» para los pueblos latinoamericanos, como los Estados Unidos lo habían sido en el siglo XIX, con la diferencia de que la primera era mucho más avara que el segundo a la hora de compartir sus logros y riquezas. Consideraba lamentable que, en Brasil y Chile principalmente, se persiguiera a los comunistas, no sólo porque no existían argumentos morales definitivos contra la tesis y acción comunistas, sino porque los comunistas se habían fortalecido por las buenas, es decir, mediante métodos democráticos y no subversivos; porque habían logrado su influencia aprovechando las rencillas y la división entre conservadores y liberales, y porque, en fin, al culparlos de ser agentes de una fuerza antinacional, estos gobiernos no hacían otra cosa que acatar las órdenes de los Estados Unidos. Todo liberal genuino, decía Cosío Villegas, debería condenar la campaña anticomunista. Nada avanzarían liberales y conservadores si basaban toda su política en la componente negativa del anticomunismo.

En su ensayo *El comunismo en América Latina* (1953), insistió en que existían razones históricas y activas de enorme

peso que favorecían la instauración de algún régimen o regímenes comunistas en la América Latina: la desilusión ante las condiciones económicas y sociales de estos países, que hacía desesperar de las viejas soluciones del liberalismo económico; las hazañas rusas en la segunda guerra mundial, que despertaban admiración; la aparición de un nuevo tipo revolucionario, el revolucionario profesional que, callada pero efectivamente, iría labrando su empresa, y, en fin, la brecha de bienestar entre los países de esta región y los Estados Unidos que, aunada a la omnipresencia y al continuo desplante norteamericano al mostrar sus riquezas, era un factor que podía hacer brotar una «revolución nacionalista tardía» en cualquier momento.[116]

Quizá la lectura de ese ensayo hubiese beneficiado a los organizadores del seminario sobre «The Impact of Soviet Imperialism on the Free World», organizado en Washington en agosto de 1953 por la Universidad Johns Hopkins. Desafortunadamente para ellos, las referencias que en el texto hacía Cosío al «circo parlamentario de Pepín McCarthy»[117] le valieron interrogatorios en la aduana que consideró impertinentes, por lo que decidió regresar a México antes de leer su ensayo. Su nombre tardó muchos años en desaparecer de las listas negras.

Pese a todo, el resorte principal del viraje generalizado hacia la izquierda fue la insurgencia sindical. En su *Diario* —escrito para sí mismo y para la historia—, Cárdenas se sorprendía de la «frialdad del poder público» ante las manifestaciones obreras y se preguntaba: «¿Llegará a caer "el régimen de la Revolución" nuevamente en una dictadura más refinada que la que derrocó el movimiento de 1910?»[118] Los maestros le pedían que mediara en el conflicto, pero su intervención ante el presidente no evitó la actuación violenta

de la policía ni la aprehensión de sus líderes, acusados del delito de «disolución social», que databa de tiempos de Ávila Camacho. El director de Petróleos Mexicanos, Antonio Bermúdez, le confiaba en privado que los huelguistas tenían razón en sus demandas, pero los «granaderos» actuaban contra esos mismos obreros empleando gases y macanas. Cárdenas estaba convencido de que «los movimientos sindicales no representaban ataques directos al gobierno, sino peticiones sobre problemas concretos de carestía de la vida y de lucha por la renovación de directivas sindicales que no son de extrañar». Tampoco era de extrañar el pesimismo de Cárdenas. Desde comienzos de ese año turbulento, había escrito para sí:

«Los intelectuales y técnicos que han servido al régimen no han correspondido al ideario de la Revolución … La reforma agraria se ha quedado a medias … Los intelectuales y técnicos en los puestos han desviado la organización sindical hacia el sindicalismo "blanco" y han dejado que se imponga en los centros educativos particulares una educación sin una finalidad concreta para que la niñez y la juventud puedan formar una unidad para engrandecer a México. Todo esto revela falta de sentido revolucionario, falta de organización que encauce los logros que la Revolución mexicana conquistó con el sacrificio del pueblo. Lo que ocurre es que con el proceso que siguió a la Revolución, después del periodo preconstitucional, se entró al periodo de las "instituciones" y desde entonces las posiciones oficiales importantes han sido ocupadas por hombres con intereses creados que hacen la "contrarrevolución pacífica". En consecuencia, han faltado dentro de las propias administraciones del régimen elementos con mayor sensibilidad revolucionaria y que sean menos los elementos contrarrevolucionarios que niegan los derechos esenciales del pueblo».[119]

Octubre de 1958. Desde las ventanas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, frente a la antigua estatua del Caballito en el Paseo de la Reforma, dos escritores mexicanos observaban el paso de una manifestación sindical. De pronto, vieron cómo la policía se abalanzaba a golpe de macana sobre los obreros. Días después, una nueva manifestación de protesta pasó por el mismo lugar. La integraban estudiantes e intelectuales. Algunos lanzaban «mentadas de madre» al presidente. Los dos escritores decidieron incorporarse a la marcha. Eran Octavio Paz y Carlos Fuentes.[120]

El subsecretario José Gorostiza recriminó a Paz su actitud: «Está usted loco», le dijo. Esa misma noche, Paz redactaba con otros escritores un manifiesto de protesta. Era la primera reaparición colectiva de los intelectuales como un pequeño poder crítico frente al gobierno desde tiempos de Vasconcelos.

Era tal la pasión de Ruiz Cortines por el dominó que sus colaboradores temían jugar con él, no por las apuestas mínimas que se cruzaban sino porque el presidente se enojaba si el compañero cometía alguna pifia. Le encantaba el dominó porque se parecía a la política. Mejor dicho, le gustaba la política porque se parecía al dominó:

«En el dominó, como en la presidencia», sentenciaba, «no hay que hablar, es un juego de mudos. Las señas son recomendables si se hacen con discreción y elegancia. No admitir ni dar cachirules. Si el juego viene mal, desatiéndalo. De las mulas hay que deshacerse con rapidez y a los contrarios ahorcárselas sin piedad. Y no lo olviden: vale más un mal cierre que una pasada en falso».[121]

La sucesión de 1958 fue, para Ruiz Cortines, una hilarante partida de dominó político. Su estrategia consistió en disimular, ocultar, proteger a su candidato (Adolfo López

Mateos) y simular por separado con por lo menos tres de sus colaboradores, haciéndoles creer que optaría por ellos.

Al secretario de Agricultura Gilberto Flores Muñoz, Ruiz Cortines lo llamaba «Pollo». Ya muy cerca del destape, la mujer de Ruiz Cortines, doña María Izaguirre, presentaba a la «Nena» Izquierdo de Flores Muñoz como la futura primera dama.[122] En una ocasión, en presencia del propio Flores Muñoz, el presidente comentó al secretario de Hacienda, Antonio Carrillo Flores: «Mire, licenciado … quiero que ayude a mi buen amigo, el señor Flores Muñoz, a que no deje nada en su escritorio que le vaya a causar alguna molestia, no le vayan a revisar y haya quien lo critique». (Según otra versión, dijo: «Este "Pollo" debe estar limpio».) A la salida, Carrillo Flores felicitó a su colega y le recomendó que despachara todos sus asuntos oficiales y fiscales para cuando llegara el anuncio que seguramente le favorecería. Cuando resultó que el «Pollo» no era el tapado, Carrillo Flores recordó al presidente sus palabras y éste respondió que, precisamente porque no iba a ser el candidato, era importante que el «Pollo» dejara limpias sus cosas: «¿Cree que si fuera el presidente le iba a importar dejar algo? ¿Quién va a revisar al presidente?»[123] Años después, recordando ese episodio con aquel hombre «complicado» y «enervante» que era Ruiz Cortines, Flores Muñoz decía: «… el mundo del presidente era el cálculo y la maniobra. Sólo él entendía el alcance de sus metáforas».[124]

Con el doctor Morones Prieto se comportó de modo un poco más cruel. «No se vaya usted a envanecer», le dijo Ruiz Cortines desde el comienzo del régimen, «pero en usted vemos otro Juárez.» Morones pudo no creerle el paralelo con Juárez, pero a su amigo Gonzalo N. Santos le confió que «trae intenciones de largo plazo con nosotros». «Esto no es lógico,

doctor», le contestó el cacique, «Ruiz Cortines es un viejo astuto y muy tortuoso y quiere que yo lo aconseje y permanezca a su lado porque nos quiere joder a los dos juntos.» Ya cerca del destape, Morones le dijo a Santos: «Ayer estuve con el presidente y me estuvo dando consejos de cómo debía llevarse una campaña presidencial». Pero a Santos le parecía que había gato encerrado, y muy grande. Sabía que Ruiz Cortines «engañaba hasta al lucero del alba».[125]

El secretario de Gobernación, Ángel Carvajal, pensaba que sería el tercer veracruzano consecutivo en llegar a la presidencia. Ruiz Cortines le recomendaba posibles personas para ocupar el gabinete. Ingenuamente, Carvajal le llevó al presidente una maleta que contenía miles de telegramas de adhesión a su precandidatura. Ruiz Cortines le dijo:

«—¿Ya los leyó todos?

»—Sí, señor, ya todos los he leído.

»—Guárdelos, antes de quince días resolveremos este asunto. —Y agregó—: No se le vayan a perder los telegramas».[126]

Después del informe presidencial de 1957, Ruiz Cortines llamó al general Olachea Avilés, presidente del PRI. Un escritor cercano a Olachea recuerda la escena. Ruiz Cortines le dijo:

«—Mi general, analicemos. ¿A quiénes se menciona?

»—Pues, señor —dijo el general—, ahí está el licenciado Ángel Carvajal.

»—Bien —contestó el presidente—, ése es paisano nuestro. Lo queremos mucho. Lo conocemos mucho. No lo vamos a analizar porque lo conocemos de sobra. ¿Quién otro?

»—Señor, el señor Flores Muñoz.

»—¡Ah caray! Gallo de espolón muy duro. Muy amigo.

Muy trabajador. ¿Quién otro?

»—El señor doctor Morones Prieto.

»—¡Ah!, honesto como Juárez, austero como Juárez, patriota como Juárez, sí señor. ¿Quién otro?

»—El licenciado Uruchurtu.

»—¡Ah! —exclamó Ruiz Cortines—, ¡qué buen presidente sería los primeros dieciocho años! ¿Quién otro?

»—Señor, creo que son todos.

»—Oiga, ¿y López Mateos?

»Respuesta rápida de Olachea:

»—Está muy tierno, señor presidente.

»—De todas maneras se menciona. Mire, investigue usted, dicen que es protestante. Investigue si lo es. Bueno, lo dejaremos de primera lectura, mi general, seguiremos platicando.

»Sale el viejo como balazo, llega al partido, nos convoca a tres o cuatro, nos cuenta la entrevista y dice:

»—¡Es Morones Prieto! Austero como Juárez, patriota como Juárez, honesto como Juárez, ¡Morones Prieto!

»Salimos todos a contarlo, porque en esos casos nadie es discreto. Gonzalo N. Santos y Leobardo Reynoso, que estaban con Morones Prieto, saltaron: "¡Ya se nos hizo!" Mientras, Olachea, como buen militar, se puso a cumplir las órdenes recibidas. Agustín Salvat y René Capistrán Garza, que tienen ligas muy fuertes con la Iglesia, organizaron una cena con el señor Miguel Darío Miranda. Ahí el general Olachea, con una ingenuidad conmovedora, le pregunta al señor Miranda si López Mateos es protestante. Y el señor Miranda, hombre inteligente, le contesta que por una parte no lo sabe, y por la otra que tampoco le interesa porque "en México funciona muy bien la separación de la Iglesia y el Estado, y la Iglesia no

se mete en política”.

»Al poco tiempo, el presidente llama otra vez a Olachea y le dice:

»—Señor general. ¿Dónde nos quedamos?

»Olachea responde:

»—Señor, quiero informarle sobre lo de López Mateos.

»—¡Ah! —lo interrumpió—, ya no siga, general. ¡Ése es!

»Lo cual significa que Ruiz Cortines desde mucho antes había tomado su decisión, y que su juego era distraer a la gente para que no se le cargara a López Mateos».[127]

Ruiz Cortines destapó a López Mateos sin que ningún precandidato de la «familia revolucionaria» lo perturbara. En su caso no hubo disensiones como las de Almazán, Padilla o Henríquez. Dueño absoluto de la situación, se divirtió como un niño. «Quién iba a decirlo, ¿eh?, salió López Mateos», comentó en la mesa a varios jóvenes colaboradores que lo acompañaban en una gira por la provincia, como si la noticia que leía en los periódicos le sorprendiera. Cuando los corresponsales se le acercaban para preguntarle sobre el proceso de sucesión, contestaba: «¿Y yo qué sé?, yo andaba por aquí». Luis M. Farías, que fue testigo, escribiría años después: «… era un viejo muy inteligente en la política mexicana, a la antigua, muy buena».[128]

Se inclinó por López Mateos porque, ante todo, había sido un eficaz secretario de Trabajo. Aunque en el horizonte no asomaban aún las huelgas y manifestaciones de 1958, el presidente sabía que los obreros constituían un punto neurálgico del sistema. López Mateos contaba con el respaldo completo de ese sector. Según Antonio Ortiz Mena —el brillante secretario de Hacienda de los dos sexenios siguientes —, había otras razones de peso: «López Mateos no tenía

compromisos políticos, tenía un conocimiento del país muy vasto, era un hombre muy culto y simpático, carismático, y que no se dedicó a hacer política personalista».[129]

En el dominó de la sucesión presidencial Ruiz Cortines había ganado la partida: mudo a veces, parlanchín en otras, mañoso siempre, había desorientado a sus colaboradores para proteger su propio juego, ahorcar el de los contrarios sin piedad y cerrar la partida sacando la ficha clave en el momento adecuado. Pero en la dura partida de 1958, cuando sus adversarios no eran sus fieles colaboradores sino los ferrocarrileros, petroleros, maestros y estudiantes, el juego «vino mal» y no pudo «desatenderlo». Quiso «deshacerse de las mulas con rapidez y ahorcárselas a los contrarios sin piedad», pero tampoco pudo. Finalmente, tuvo que hacer honor a sus propias palabras: «…vale más un mal cierre que una pasada en falso». El sexenio cerró mal, pero el austero don Adolfo sabía que su honesta y eficaz administración no había pasado en falso por la historia del México contemporáneo.

NOTAS

1. «Discurso de Adolfo Ruiz Cortines al tomar posesión como presidente de la República», en *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados* (México), 1 dic. 1952.

2. Entrevistas con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994 y 7 jun. 1995.

3. Jorge Mejía Prieto, *Anecdotario mexicano. Ingenio y picardía* (México, 1986), pp. 135-140.

4. Juan José Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines* (Xalapa, 1990), pp. 31-32.

5. «The Domino Player», en *Time* (Nueva York), 14 sept. 1953, pp. 28-31.

6. Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines*, p. 67.

7. «The Domino Player», pp. 28-31.

8. Idem.

9. Idem.

10. «Primer Informe de Gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines», en *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados* (México), 1 sept. 1953.

11. Daniel Cosío Villegas, «La crisis de México», en *Cuadernos Americanos,* año 6, vol. XXXII, n.º 2, 1947, pp. 29-51.

12. Frank Tannenbaum, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread* (Westport, 1984), pp. 222-246.

13. David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo* (México, 1977), pp. 62-63.

14. Gonzalo N. Santos, *Memorias* (México, 1986), p. 886.

15. Entrevista con José Luis Melgarejo Vivanco, 22 ene. 1993.

16. Entrevista con los nietos de Adolfo Ruiz Cortines, 8 ene. 1993; entrevista con José Luis Melgarejo Vivanco, 22 ene. 1993; Santos, *Memorias,* pp. 884-885; Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines*, p. 37.

17. Santos, *Memorias,* pp. 885-886.

18. Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (México, 1977), p. 104.

19. «Discurso de Adolfo Ruiz Cortines al tomar posesión como presidente de la República», *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados* (México), 1 dic. 1952.

20. Entrevista con Hesiquio Aguilar, México, D.F., 3 feb. 1993.

21. Artículos de Adolfo Ruiz Cortines en *Crisol. Revista de Crítica* (México): «Nuestras reuniones de estadística», n.º 15, mar. 1930, pp. 186-188; «Conozcamos nuestra agricultura y nuestra ganadería», n.º 16, abr. 1930, pp. 258-262; «La sociedad gravita sobre un tercio de sí misma», n.º 24, dic. 1930, pp. 452-454; «Nuestra decantada criminalidad es un mito», n.º 26, feb. 1931, pp. 115-116; «Autonomía indispensable», n.º 33, sept. 1931, pp. 185-186; «Donde hay un pan, hay un hombre», t. VII, año IV, n.º 41, may. 1932, pp. 269-273; «La población y su política», n.º 44, ago. 1932, pp. 72-78; «México y la política de población», n.º 71, nov. 1934, pp. 265-272.

22. José Luis Melgarejo Vivanco, *Adolfo Ruiz Cortines* (Xalapa, 1980), pp. 106-107.

23. Adolfo Ruiz Cortines, «Donde hay un pan, hay un hombre», en *Crisol. Revista de Crítica* (México), t. VII, año IV, n.º 41, may. 1932, pp. 269-273.

24. Entrevista con Hesiquio Aguilar, México, D.F., 3 feb. 1993.

25. Gustavo de Anda, «Adolfo Ruiz Cortines», en *Mañana* (México), 12 dic. 1973.

26. Jaime Torres Bodet, *Años contra el tiempo. Memorias* (México, 1969), pp. 199-204.

27. Melgarejo, *Adolfo Ruiz Cortines,* p. 140.

28. Entrevista con José Luis Melgarejo, México, D.F., 22 ene. 1993.

29. Entrevista con Fernando Román Lugo, México, D.F., sept. 1992.

30. Torres Bodet, *Años contra el tiempo…*, pp. 199-204.

31. Julio Scherer García, *Los presidentes* (México, 1986).

32. Entrevista con Hesiquio Aguilar, 3 feb. 1993.

33. Ibíd.

34. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., nov. 1992.

35. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994; 7 jun. 1995.

36. Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines,* p. 145.

37. Olga Pellicer de Brody y Esteban L. Mancilla, *Historia de la Revolución Mexicana*, 23 vols., *El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador (México, 1988)*, vol. 23, pp. 226-227; «Rescató México el latifundio de Cananea: 261 mil hectáreas», *El Universal* (México), 22 ago. 1958.

38. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., 5 nov. 1992.

39. Entrevista con Ernesto P. Uruchurtu, México, D.F., nov. 1993.

40. Entrevista con Fernando Román Lugo, México, D.F., 15 mar. 1994.

41. Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo,* pp. 63-64.

42. Santos, *Memorias,* p. 825.

43. Luis M. Farías, *Así lo recuerdo* (México, 1992), pp. 74-76.

44. Entrevista con Luis Enrique Bracamontes, 12 may. 1993.

45. «Primer Informe de Gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines», en *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados* (México), 1 sept. 1953.

46. Entrevistas con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994 y 7 jun. 1995.

47. Julio Scherer, «Entrevista a Gilberto Flores Muñoz», en *Excélsior* (México), 14 may. 1975.

48. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994 y 7 jun. 1995.

49. Ibíd.*;* Santos, *Memorias,* pp. 895-897.

50. Scherer, «Entrevista con Gilberto Flores Muñoz».

51. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., 5 nov. 1992.

52. Santos, *Memorias,* pp. 823-824 y 890.

53. Entrevista con Othón Salazar, México, D.F., 3 may. 1993.

54. «Discurso de Adolfo Ruiz Cortines al tomar posesión como presidente de la República», en *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados* (México), 1 dic. 1952.

55. Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, *Historia de la Revolución Mexicana. El afianzamiento de la estabilidad política,* p. 39.

56. Jorge Alberto Lozoya, *El ejército mexicano* (México, 1976), p. 63.

57. Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México, 1967), pp. 202-203.

58. Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonios del proceso revolucionario de México* (México, 1987), pp. 268-269.

59. Entrevista con Hesiquio Aguilar, 3 feb. 1993.

60. Santos, *Memorias,* pp. 895-897.

61. González Casanova, *La democracia en México,* pp. 185-187.

62. Entrevista con David Vargas Bravo, México, D.F., ago. 1995.

63. Ibíd.

64. Citado en Gabriel Zaid, *El progreso improductivo* (México, 1979), p. 231.

65. González Casanova, *La democracia en México,* p. 34.

66. *Excélsior* (México), 22 may. 1954.
67. *El Nacional* (México), 22 may. 1954.
68. Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines*, p. 66.
69. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994, 7 jun. 1995.
70. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., 5 nov. 1992.
71. Antonio Mena Brito, «Acción política del PRI. Discurso pronunciado el 3 de octubre de 1958 en la Cámara de Senadores», en *Memoria del Senado de la República. 1958-1964* (México, 1964), p. 1439.
72. Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina* (México, 1968), pp. 212-213.
73. Francisco Martínez de la Vega, «Los motivos de Jaramillo», *Siempre!* (México), 3 abr. 1954, pp. 18-19.
74. González Casanova, *La democracia en México*, p. 184.
75. Gabriel Zaid, *De los libros al poder* (México, 1988).
76. *Siempre!* (México), vol. 1, n.º 1, 27 jun. 1953.
77. Francisco Martínez de la Vega, «Que sea un turista más en el mundo», en *Siempre!* (México), 1 ago. 1953, p. 24.
78. Rafael Solana, «Y perdona señor, nuestras burlas», en *Siempre!* (México), 27 jun. 1953, pp. 32-33.
79. «Escaparate de México», *Siempre!* (México), 24 de abr. de 1954, p. 6.
80. Jacinto B. Treviño, *Memorias* (México, 1961), pp. 263-264.
81. *El Nacional* (México), 5 jul. 1958.
82. Carlos Monsiváis, *Carlos Monsiváis* (México, 1966), pp. 40-41.
83. Alonso Lujambio, «El dilema de Christlieb Ibarrola. Cuatro cartas a Gustavo Díaz Ordaz», en *Estudios* (México), n.º 38, otoño 1994, p. 57.
84. González Casanova, *La democracia en México*, pp. 243-244.
85. Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines,* p. 141.
86. Lujambio, «El dilema de Christlieb Ibarrola…», p. 56.
87. Mena Brito, «Acción política del PRI», pp. 1440 y 1441.
88. Lujambio, «El dilema de Christlieb Ibarrola…», p. 55.
89. Testimonio de Juan José Hinojosa, militante histórico del PAN.
90. Entrevista con Othón Salazar, México, D.F., 3 may. 1993.
91. Ibíd.
92. Ibíd.
93. Entrevistas con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994 y 7 jun. 1995.
94. Farías, *Así lo recuerdo,* p. 76.
95. Entrevistas con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994 y 7 jun. 1995.
96. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., nov. 1992.
97. Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México. 1958-1959* (México,

1972), p. 116.
98. «Los ferrocarriles en turno», en *Siempre!* (México), 9 jul. 1953, p. 9.
99. Pellicer y Reyna, *Historia de la Revolución Mexicana. El afianzamiento…,* p. 185.
100. «Tortuguismo sobre ruedas», en *Siempre!* (México), 6 ago. 1958, p. 9.
101. *Excélsior* (México), 16 ago. 1958.
102. *El Nacional* (México), 14 sept. 1958.
103. Luis Gómez Z., *Sucesos y remembranzas* (México, 1979), vol. 1, pp. 455-483.
104. *El Popular* (México), 8 oct. 1958.
105. Pellicer y Reyna, *Historia de la Revolución Mexicana. El afianzamiento…,* p. 194.
106. Francisco Villanueva, «La obra de don Lázaro Cárdenas es digna de encomio», en *El Universal* (México), 15 ago. 1954.
107. Entrevistas con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994 y 7 jun. 1995.
108. Entrevista con Adolfo Orive Alba, México, D.F., mar. 1992.
109. Lázaro Cárdenas, *Apuntes* (México, 1973), vol. 2, p. 348.
110. Ibíd., pp. 402 y 561.
111. Ibíd., p. 646.
112. Ibíd., p. 647.
113. Ramón Beteta, «Conferencias en la cumbre», en *Novedades* (México), 2 nov. 1959.
114. Rodríguez Prats, *Adolfo Ruiz Cortines,* p. 29.
115. Cosío Villegas, «Rusia, Estados Unidos y la América Latina», en *Ensayos…,* vol. 1, p. 173.
116. Ibíd., pp. 153-181 y 293-312.
117. Cosío Villegas, «El comunismo en la América Latina», en *Ensayos…,* vol. 1, p. 304.
118. Lázaro Cárdenas, *Apuntes,* vol. 3, pp. 40-41.
119. Ibíd., pp. 33-34 y 46-47.
120. Entrevista con Octavio Paz, México, D.F., oct. 1995.
121. Ricardo Heredia Álvarez, *Anécdotas presidenciales de México* (México, 1974), p. 306.
122. Adrián Lajous, *Los presidenciables* (México, 1986), p. 60.
123. Idem; Santos, *Memorias,* p. 909.
124. Julio Scherer, «Entrevista a Gilberto Flores Muñoz», en *Excélsior* (México), 14 may. 1975.
125. Santos, *Memorias*, p. 900.
126. Ibíd., p. 909.
127. Jorge Hernández Campos, «Cómo se hace un presidente, de Ruiz Cortines a López Mateos», en *Excélsior* (México), 22 jul. 1974.

128. Farías, *Así lo recuerdo,* p. 74.

129. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., nov. 1992.

IV
Adolfo López Mateos
El orador



Agencia Casasola, *Adolfo López Mateos bajando de un avión*, 1958. © Núm. de inventario: 241831. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

El 17 de noviembre de 1957, un ajetreo inusitado despertó a los pacíficos habitantes de la Colonia del Valle, al sur de la ciudad de México. Estaban acostumbrados a las alegres muchedumbres que solían acudir cada domingo a mediodía al partido de futbol en el cercano estadio de la Ciudad de los Deportes, y que frecuentemente asistían también a la corrida de toros que tenía lugar horas después, a unos pasos, en la monumental Plaza México. Pero este domingo y estas masas eran algo distinto. No venían a corear los goles ni a gritar «óle». Venían «acarreados» de todos los puntos del país para apoyar, aplaudir, vitorear a don Adolfo López Mateos en su toma de protesta como candidato del PRI a la presidencia.

La operación se había realizado con puntualidad priísta. Los mil quinientos camiones, autobuses y coches que habían transportado a los «simpatizantes» desde sus lugares de origen esperaban fuera del estadio. Un testigo presencial describiría con arrobo casi extático la escenografía política:

«Atrás del estrado principal, en lo alto de las tribunas del estadio, un cartel de 30 por 15 metros presentaba, a la derecha, la imagen de don Adolfo Ruiz Cortines; a la izquierda, la del licenciado Adolfo López Mateos, y en medio, esta leyenda: "Democracia y justicia social", por cierto, lema del PRI. Los mástiles y los postes para el alumbrado eléctrico tenían bandas tricolores y distintivos de cartón del PRI, aparte de los altavoces del sonido local. Asimismo, en todo el desarrollo de la parte más elevada del estadio llamaban la atención muchísimos carteles.

»Algunos de éstos decían: "Ruiz Cortines y López Mateos, realizadores de la Revolución Mexicana", "Adolfo López Mateos es garantía de unidad y de trabajo", "El respeto a la Constitución y a la Ley Federal del Trabajo, con Adolfo López

Mateos".

»Globos de colores, inflados con gas, en poder de los asistentes, daban un aspecto pintoresco a la multitud inquieta. En serie, se lanzaban al aire grandes globos de papel que llevaban la efigie del licenciado López Mateos y las siglas de diversas organizaciones. Se repartieron además pequeños carteles con pie de palo, que decían: "Viva López Mateos", "Estamos contigo, López Mateos", o bien solamente "López Mateos", y viseras para protección contra los rayos solares. Sin interrupción, los sectores del PRI, los grupos regionales y las delegaciones coreaban porras en honor del licenciado López Mateos, y las ovaciones y otras muestras de entusiasmo eran delirantes cuando la Banda de Marina, al lado izquierdo del estrado principal, ejecutaba piezas populares.

»A las nueve horas, un conjunto de más de cincuenta charros en traje de gala formaron valla desde la entrada a la cancha del estadio hasta el pie del estrado principal. Al final, estaban quince ayudantes.

»Marcaban los relojes las nueve y media horas cuando el licenciado López Mateos apareció en la cancha. Entonces, como si hubiera estado contenida, se precipitó una ovación estruendosa. Vivas, porras, aplausos, gritos y música mezclados, dieron la bienvenida al distinguido ciudadano, quien sonriente y con la mano en alto saludaba y agradecía a sus partidarios tan caluroso recibimiento, al tiempo que avanzaba hacia el estrado principal. Ya en lo alto de éste, sin cesar de sonreír y de saludar, en redondo, esperó a que amainaran las demostraciones cariñosas y tomó su sitio».[1]

Impresionante, como en verdad lo era, aquel despliegue digno de los *tlatoanis* aztecas no representaba sino un capítulo intermedio de un vasto ritual de movilización política que había empezado días atrás, en el instante del

«destape», y no terminaría sino hasta trece meses después, el primero de diciembre de 1958, en la cordial ceremonia en que Ruiz Cortines, atento siempre a las formas, se despojaría de la banda presidencial y la colocaría, ostensible y tutorialmente, a su sucesor López Mateos.

Día tras día, hora tras hora, el precandidato había recibido la adhesión de «las fuerzas vivas» de México, que de pronto descubrían en él las mayores prendas y virtudes. La Confederación Nacional Campesina (CNC), por ejemplo, declaraba que tras la cuidadosa «auscultación» que había llevado a cabo (en una semana) entre comisarios ejidales, comités ejecutivos agrarios, comités regionales, ligas de comunidades y otros organismos, todos éstos se habían declarado a favor de la candidatura de López Mateos. De la misma opinión y, supuestamente, con los mismos procedimientos, se habían manifestado «arrolladoramente» las bases obreras y populares de la CROM, CROC, BUO, Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), CNOP y, desde luego, la CTM, cuyos mil quinientos delegados, representantes de 3.266 sindicatos y de dos millones de obreros, coincidían en la acertada elección del precandidato. También las organizaciones empresariales: Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), Confederación de Cámaras Industriales (Concamin), Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (Canacintra), Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), felicitaban al futuro presidente que había realizado una «trascendental labor» en la Secretaría del Trabajo. El 15 de noviembre, día en que la Asamblea Nacional del PRI lo nombraba su candidato oficial, López Mateos había alzado la voz como en sus mejores épocas de orador estudiantil: «El PRI es producto de nuestra historia, dentro de la cual está ubicado, y existe y lucha y se expresa

por voluntad de la absoluta mayoría del pueblo mexicano. Las grandes masas populares están con nosotros porque el PRI defiende y acrecienta sus derechos».[2]

El sábado 16 habían comenzado a llegar a su casa de la calle de San Jerónimo, número 217, gobernadores, líderes, periodistas, fotógrafos, camarógrafos, amigos de la infancia, compañeros de banca, todos deseosos de saludar, felicitar, abrazar, apapachar, tocar o siquiera ver al hombre que al día siguiente asumiría formalmente la candidatura del PRI. Días después, ya como candidato, López Mateos organizaría una defensa casi militar de su domicilio para contener a la manada de políticos que se abalanzaba sobre su casa en busca de puestos, prebendas o al menos promesas, y que alguien bautizó cer teramente como la «cargada de los búfalos».

Afuera, en el patio de la casa, un trío entonaba el corrido «Viva mi gallo», cuyo estribillo repetía:

Viva México querido
y Adolfo López Mateos.
Sus nombres queden unidos
del pueblo son los deseos.[3]

Por fin, aquel domingo 17 de noviembre, en el momento cumbre, López Mateos cumplió la ceremonia de rigor, y alzando el brazo derecho exclamó: «Sí, protesto». El estadio se caía de entusiasmo, pero su sonrisa, más dulce y genuina que la de Alemán, escondía sentimientos, preocupaciones y dolores que muy pocos advirtieron.

Era su primer vuelo de campaña. Lo acompañaba, entre otros colaboradores, ayudantes y oradores, Antonio Mena Brito, exlíder de las juventudes del PRI. López Mateos no se quitaba sus lentes negros. Se le veía cansado, agotado. «Se arrellanó en el sillón sin hablar con nadie», recuerda Mena, «y

nos dijo: "Vamos a lo barrido, a ver qué chingaos pasa"».[4] No ocultaba su miedo, su tensión interna y, menos aún, su dolor físico, esas persistentes migrañas que lo asaltaban de pronto y daban a su rostro una expresión de dureza tan distinta, tan opuesta a la plácida y noble sonrisa que por naturaleza lo caracterizaba. Por eso usaba anteojos oscuros.

Sería el primer presidente orador de la historia mexicana. Ninguno de los caudillos revolucionarios —no se diga Porfirio Díaz— había sido bueno para hablar: para eso, para echar frases bonitas, tenían a sus jilgueros, sus «picos de oro». Tampoco Ávila Camacho, Alemán y ni siquiera Ruiz Cortines, tan marmóreo en sus convicciones, habían tenido el don de la palabra: para eso, para mover montañas con el «verbo encendido», estaban los jóvenes egresados de la Facultad de Leyes, los émulos de Lombardo Toledano. Ahora la «Revolución Institucional» se daba el lujo de contar con un presidente orador, el mejor de todos en su juventud, pero López Mateos, extrañamente, no parecía disfrutar con plenitud su nueva posición. Conservaba intacto su estilo castelariano, tan brillante como anticuado: «… ¡aquí, frente al mar infinito, invitación perenne a la aventura…!»; pero a los jóvenes oradores que lo acompañaban les pedía: «Sea breve, a mí el calor me aplana».[5]

Ya en la presidencia, cuando el motor del avión que lo conducía a una de sus giras de trabajo falló de pronto, López Mateos recordó, modificándola levemente, una frase atribuida a Porfirio Díaz en un instante de peligro a bordo del Ferrocarril Mexicano: «Imagínese usted lo que ganaría la nación si el avión se cayera».[6] ¿Quería ser presidente? En un sentido sí, desde luego, como casi cualquier mexicano. Pero en un nivel más profundo, no. No estaba hecho para el poder sino para la bohemia, el arte, el amor y, desdichadamente,

para la enfermedad.

«Discurseando»

No se sabía a ciencia cierta su lugar y fecha de nacimiento, pero lo más probable es que el cuarto hijo del dentista Mariano López y la profesora Elena Mateos naciera en Atizapán de Zaragoza el 26 de mayo de 1909. Siguiendo el extraño denominador común de muchos presidentes de México (Juárez, Díaz, Obregón, Cárdenas, Ávila Camacho, Ruiz Cortines), también López Mateos perdió a su padre en la infancia. Provista de una insigne genealogía que comenzaba con su propio padre, el luchador y magistrado liberal José Perfecto Mateos, y la vinculaba con el periodista Francisco Zarco, el gran liberal Ignacio Ramírez y el escritor Juan A. Mateos, doña Elena carecía sin embargo de mayores medios económicos. Había publicado un libro de poesía *(Corazón de cristal),* pero ante las difíciles circunstancias y en plena Revolución tuvo que limitar su vocación literaria al acto de escribir suaves epístolas a sus hijos para no tener que reprenderlos en persona. La dirección de un asilo por el rumbo de la Tlaxpana, en la ciudad de México, y la ayuda de Mariano, su hijo mayor, le permitieron sostener a la familia, aunque no lo suficiente como para costear por sí sola la educación de Adolfo, que cursó la primaria becado en el Colegio Francés ubicado en la 4a. calle de Puente de Alvarado, número 94. Al parecer, la mayor afición de doña Elena era la ópera, a la que acudía puntualmente con sus hijos.

Entre 1923 y 1925, Adolfo estudió de manera irregular en la Escuela Nacional Preparatoria. En 1926 vivía ya en Toluca, donde ingresó como interno en el famoso Instituto Científico y Literario del Estado de México, hogar intelectual de Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano. No se distinguió en modo alguno por su aplicación. Muchas de las materias que

cursó fueron salvadas «a título de suficiencia», es decir, mediante exámenes extraordinarios. Las razones de su inconstancia no son en absoluto misteriosas: el joven López Mateos amaba demasiado la oratoria, el campismo y el amor.

«En el amor, como en el mar, se naufraga; seré yo como un náufrago en el inmenso mar de tu amor», le declaraba al oído o por carta Adolfo a su novia Celestina Vargas, que se derretía al oírlo. Setenta años después, aún recordaba ella lo «guapo» que era, las modulaciones de su voz y «aquella sonrisa perfectamente preciosa … aquella carcajada de hombre limpio» que tenía.[7] En 1925 conoció a la joven Eva Sámano, maestra de profesión y de religión protestante, con quien mantuvo un noviazgo que duró doce años y terminó en matrimonio gracias a la insistencia de doña Elena. Antes, durante y después, López Mateos tuvo amoríos.

Le gustaba el box, pero su afición predilecta era la caminata. En tiempos de estudiante y aún años después, subía al Nevado de Toluca y recorría a pie, semanalmente, el trecho de México a Toluca. En los últimos meses de 1926, participó en la caminata de un grupo estudiantil llamado «los Peteretes» que partió de la ciudad de México y llegó a Guatemala ciento treinta y seis días después, a fines de enero de 1927. «México unido alcanzará su destino», rezaba la manta que llevaban los andariegos como insignia, abanderada por el presidente Calles. Tras aquella proeza alguien puso a Adolfo el apodo de «el Guatemala».

No obstante, su don específico, muy apreciado entonces, era la oratoria. Hasta sus incidentales aventuras como maestro rural en Almoloya o en las brigadas educativas de alfabetización gratuita estaban relacionadas con esa vocación retórica. El periódico *El Universal* había inagurado en 1926 ciertos famosos concursos anuales de oratoria que eran el

sueño de todo estudiante de preparatoria o leyes. Desde muy joven, en Toluca, el joven Adolfo había mostrado notables cualidades para el género, pero fue a mediados de 1929, en el marco del Campeonato de Oratoria del Distrito Federal, que tenía lugar en el salón El Generalito de la Escuela Nacional Preparatoria, cuando su vocación se reveló: «Venimos a juzgar ahora, señores, la obra de la Revolución, pero no debemos hacerlo con el espíritu como con la palpitación del sentimiento».[8] Si bien en aquel certamen López Mateos obtuvo el primer lugar, su modesta apoteosis llegaría en junio de ese mismo año. «Su voz era robusta, su ademán, expresivo», comentaba Alejandro Gómez Arias, el mayor experto en oratoria de la época. «Lanzaba sus metáforas con pleno dominio. Sabía cómo provocar el entusiasmo del auditorio.»[9] En aquella ocasión habló del idioma castellano y dijo, transido de fervor: «… es lengua de bronce, lengua de campanas y de cañones, pero también es lengua de oro y de metal que ha traducido los éxtasis místicos y deliquios amorosos de una raza».[10] Aunque por una decisión al parecer arbitraria de los jueces se le dio el segundo lugar, sus compañeros lo pasearon en hombros.

Al poco tiempo, López Mateos puso sus dotes oratorias al servicio de una causa mucho más alta y riesgosa: la campaña presidencial de José Vasconcelos. Como otros jóvenes del momento, leyó la novela *Sasha Yeguilev,* del escritor ruso Leónides Andreiev, y se reconoció en la tragedia de aquel joven puro que ofrenda su vida para transformar a su país.[11] Formó parte del directorio estudiantil del Comité pro Vasconcelos y fue representante del Estado de México en la Convención Antirreeleccionista. En plena campaña, sus compañeros lo recordaban «valiente y combativo», subido en una caja de refrescos, perorando ante los obreros: «Peligra la

patria, sólo Vasconcelos puede salvarla».[12] En el punto crítico de la campaña, cuando su amigo Germán de Campo fue asesinado por los pistoleros del PNR, López Mateos estuvo a punto de experimentar en carne propia el destino de *Sasha Yeguilev*. El propio Vasconcelos lo reconocería años después: «Desde entonces recuerdo con precisión que no se ha borrado de mi mente la cabeza vendada, la noble cabeza herida de un joven que en aquel momento simbolizaba la patria entera: era la cabeza de Adolfo López Mateos».[13]

Tras las elecciones del 17 de noviembre de 1929 y la inmediata represión que sufrieron los estudiantes vasconcelistas, López Mateos partió a Guatemala, donde pasó unos meses. Nadie sabe qué hizo ni de qué vivió (corrieron versiones en el sentido de que trabajó como asistente del general Ubico, presidente de Guatemala). Al parecer, por un tiempo ejerció el periodismo en Tapachula. Regresó a México en 1930 y se matriculó en la Escuela de Economía, fundada recientemente por Cosío Villegas dentro de la Facultad de Jurisprudencia.

Marcados por el resentimiento, algunos de sus amigos se habían convertido (ésa es la palabra) al marxismo. Otros continuaban sus estudios o comenzaban a ejercer la abogacía en la provincia. Varios se integraron al gobierno del general Benigno Serrato, opositor de Cárdenas en Michoacán. López Mateos optó por incorporarse oscuramente al «carro» de la Revolución mexicana. Los contactos políticos del padre de su novia Eva lo habían vinculado tiempo atrás con el gobernador del Estado de México, el general Filiberto Gómez, pero en 1931 ocupaba ya el puesto de secretario particular del nuevo gobernador de aquella entidad, el fiel callista Carlos Riva Palacio. Allí volvería a ejercer sus dotes oratorias, sirviendo al mismo régimen que lo había herido en la cabeza y había

matado a su amigo Germán de Campo. Nunca olvidaría aquel bautizo de sangre: «"Yo pertenezco a una generación frustrada, amargada, la vasconcelista", explicaba siendo ya candidato a la presidencia. Pasaron muchos años para aceptar el golpe».[14]

¿Cuántos años? Quizá diez o doce, porque en su caso la vida transcurrió en el limbo de la burocracia. Participó en una efímera Unión de Estudiantes pro Obrero y Campesino, cursó varias materias como «asistente provisional» de economía y se aseguraba que se recibió de abogado, pero nadie vio jamás su tesis ni asistió a su fantasmal examen profesional. En 1935 trabaja de secretario del comité regional del PNR en el Distrito Federal, y con ese carácter organiza actividades sociales, competencias deportivas y lleva cientos de niños a caminatas por la sierra de Puebla. Son años sordos, de penuria económica y anonimato político. En 1937 se casa con Eva, y un año después logra que su maestro, el economista Enrique González Aparicio, lo designe interventor del Banco Obrero ante los Talleres Gráficos de la Nación. Allí, más que en la revista literaria de izquierda *Ruta* (de la que también es miembro, aunque sin publicar jamás un artículo), es donde López Mateos se siente en su medio: igualitario, cálido, cerca del pueblo. Siendo presidente, hacia 1959, un viejo maestro encuadernador apellidado Orduña, que trabajaba en una litografía, se preciaba de ser su gran amigo, su «gran cuate»: «tipo bien riata, a toda madre, así es Adolfo».[15] ¿Qué le quedó de aquella larga década? Quizá sólo la satisfacción de haber colaborado en la redacción del estatuto del ingenio de Zacatepec en la antigua zona zapatista de Morelos, o haber contribuido a la publicación de pequeños libros de divulgación histórica en la Editora Popular.

En 1941 le toca el puesto de director de educación

extraescolar y estética en la Secretaría de Educación. Tiempo después acude como orador a una comida en el Instituto Científico y Literario de Toluca. A ella asiste el hombre fuerte del estado, don Isidro Fabela, que al oírlo queda conmovido. Fabela era una figura extraña en el ambiente político mexicano: una suerte de cacique civil. Había sido un colaborador muy cercano de Carranza, y el que había inventado la expresión «el hombre de la barba florida» para referirse a don Venustiano. Tan sentimentales eran a veces sus discursos que sus antiguos compañeros del Ateneo de la Juventud acuñaron el verbo «fabeliar» para referirse al hablar meloso y alambicado. Y, sin embargo, Fabela era un hombre con virtudes sobradas. Dueño de un importante archivo histórico, escritor prolijo, hábil y gallardo representante de México ante la Liga de las Naciones, se había convertido en un notable internacionalista. En los años cuarenta era el político de confianza de Ávila Camacho en el revuelto Estado de México, donde un gobernador acababa de ser asesinado y el director del Instituto Científico y Literario se suicidaría un día antes de tomar posesión.

Adolfo López Mateos impresionó hondamente a Fabela. No sería la única vez que la oratoria de López Mateos cautivara a los hombres del poder. En un homenaje a Morelos en San Cristóbal Ecatepec, el mismísimo presidente Ávila Camacho lloraría al escucharlo.[16] Lo curioso del caso es que, en privado al menos, Adolfo no se tomaba muy en serio. En esa misma comida del instituto contó que, en la antigua Roma, los leones se negaban a comer a cierto mártir cristiano, lo olían y de inmediato se alejaban; no faltó quien viera en ello un milagro, pero pronto se supo la verdad: «¿Qué cosa es?», se preguntaban. «Es un orador.»[17]

Fabela adoptó políticamente a López Mateos y le enseñó

todos los secretos de la política tal como él la entendía: mezcla de oratoria, halago, suavidad, cortesía, la política resultaba una estribación de la diplomacia. Por «dedazo» de Fabela, López Mateos fue nombrado director del instituto, puesto para el que no se sentía capacitado y cuyas rencillas políticas lo llegaron a exasperar. La política dura y maniobrera, así fuera universitaria, no era lo suyo. Para arreglar los problemas recurría a otras tácticas, como recordaba uno de los alumnos de aquel plantel:

«Don Adolfo fue un hombre muy alegre, de corazón muy expansivo, siempre le gustó tomar algún vinillo. Aquí en Toluca había un lugar llamado La Miniatura donde hacían unos coctelitos muy sabrosos. No era cantina … Ahí nos encontrábamos a don Adolfo tomando sus coctelitos; incluso una vez, cuando ya nos identificaba, nos pagó la cuenta y nos dijo algo así: "Yo no los estoy comprando, muchachos; los problemas del instituto los resolvemos afuera, pero quiero invitarles el aperitivo ahora yo"».[18]

Uno de sus logros fue traer de visita al instituto a su antiguo condiscípulo y colega Manuel Bernal, llamado «el Declamador de América», locutor estrella de la XEW. Entre oradores, poesías y declamaciones se sentía a gusto, y entre amigos y amigas. Aunque carecía de particular elegancia y refinamiento, López Mateos era simpático, se comportaba con naturalidad, y resultaba muy atractivo a las mujeres:

«Algún día estando en el café Madrid había una mesera muy guapa de diecinueve o veinte años. Un día que estábamos tomando café se le acercó a Adolfo y le dijo: "Oiga, licenciado, tiene usted una boca tan extraordinaria que quisiera yo besarla". "Lo más sencillo", dijo Adolfo, se paró y le dio un beso de cinco minutos, pero delante de todo el mundo en pleno café, luego se volvió a sentar y siguió

tomando su café».[19]

Tras un par de años en el instituto, un nuevo «dedazo» de Fabela lo convierte en candidato a la senaduría federal suplente por el Estado de México (el senador propietario sería el propio Fabela). López Mateos se resiste: «… mi vocación no me llama hacia la política», confiesa entonces, «prefiero la vida tranquila del estudioso en el instituto a los azares de los fenómenos políticos para los que no me siento apto».[20] Pero la suerte estaba echada. El súbito nombramiento de Fabela como embajador de México en la Corte Internacional de La Haya lo enfila hacia la senaduría que dejaba vacante su tutor. Ahora sólo necesitaba la aprobación de su antiguo conocido de los alrededores de Santa María la Ribera, el hombre a quien su madre, doña Elena, llamaba «Miguelito»: el candidato Miguel Alemán. Alguna vez Alemán había gestionado la pensión a que tenía derecho doña Elena como hija de un prócer liberal. Mientras Adolfo lograba una audiencia con él, le comentaba a su primo, el extraordinario fotógrafo cinematográfico Gabriel Figueroa: «Pues ahí estoy, hermano, nada más discurseando. He hecho muchos discursos por todas partes, a ver cómo me va».[21] Al poco tiempo, y gracias a la intercesión del propio Figueroa y del cómico «Cantinflas», Alemán habría dicho, «López Mateos firme, entra de senador».[22]

No sin dificultades con algunos políticos locales que inventaron *ad hoc* que había nacido en Guatemala, López Mateos llegó a la senaduría. Ese mismo día, como si el destino le confirmara su vacilación y reticencia, rindió la protesta de rigor, e instantes después, en la propia Cámara, recibió la noticia de que en ese mismo momento su madre acababa de morir. «Eso lo impactó mucho», apuntaría su amigo Roberto Barrios, «siempre lo recordó.»[23]

El flamante senador por el Estado de México ejerció en su nuevo puesto sus cualidades y gustos específicos: hizo más diplomacia que política; asistió a varias conferencias y comisiones internacionales, probó sus dotes oratorias en la reunión de la UNESCO en 1947, asistió a la junta de cancilleres en los Estados Unidos y encabezó la delegación mexicana que acudió a la reunión el Ecosoc en Ginebra. Parecía haber alcanzado el sueño de un orador andariego, pero a sus más íntimos les confesaba: «Me halaga ser funcionario y poder servir a México. Pero cuánto añoro aquellos tiempos en que no era nada ni nada tenía … Los añoro con dolor en el alma … Pero ni modo».[24]

En 1951 vivió dos experiencias extremas: el suicidio de su hermana Esperanza y el «destape» de su buen amigo, el secretario de Gobernación Adolfo Ruiz Cortines. Esperanza había sido por muchos años la traductora al español de la obra del misterioso Bruno Traven. Enfermera titulada y laureada, activista social cercana a Lombardo Toledano, en su propia casa daba cama y comida a las mujeres de los obreros de Nueva Rosita que marcharon a la ciudad de México. Ese mismo año, en una excursión al Popocatépetl, sufrió un accidente a resultas del cual se quitó la vida. Traven, que por alguna razón había cedido a Esperanza todos los derechos de sus obras, no publicó a partir de entonces una línea más.

Algo debió compensar a Adolfo su entrada en el gabinete como secretario de Trabajo. «Me tocó bailar con la más fea»,[25] comentó a su primo Figueroa, que años después recordaba: «Adolfo fue muy buen secretario de Trabajo. Y aunque hubo muchísimos emplazamientos a huelga, él los resolvía rápidamente. Un día se sentó con los productores de zinc y no se levantaron … allí comían y todo. En alguna ocasión Sánchez Galindo le dijo: "Oiga, licenciado, yo lo he visto las

cuarenta y ocho horas aquí, sonriendo todo el tiempo. ¿Por qué es eso…?" Y Adolfo contestó: "Para eso me pagan, para atenderlos a ustedes"».[26]

Ruiz Cortines se fijó en él desde un principio: diplomático, conciliador, atractivo; tenía todas las prendas necesarias para lidiar con el asunto obrero, que claramente se perfilaba como el más espinoso de la agenda política. Y era además, para la delicia de Ruiz Cortines, un supremo orador. El 5 de febrero de 1957, día del centenario de la Constitución liberal, López Mateos pronunció un discurso que en realidad exaltaba a la Constitución social de 1917, pero que la clase política, siempre proclive a las frases redondas y hueras, festejó sobre todo por una línea: «La Constitución no es sólo nuestra ley, sino nuestro escudo y nuestra bandera».[27] El escéptico Cosío Villegas, que en 1930 había sido profesor de economía de López Mateos, lo reprobó tácitamente: ese año publicó una vindicación histórica de la Constitución de 1857, la que introdujo los derechos políticos que el sistema simulaba respetar pero en realidad conculcaba.

«Yo estoy encantado con la designación de un hombre inteligente y bueno»,[28] comentó José Vasconcelos, quien a sus 76 años —justicia poética— vivía para ver la exaltación de un vasconcelista a la presidencia de la República. Varios compañeros de aquella cruzada cívica ocuparían puestos importantes en el poder legislativo, pero estarían ausentes del ejecutivo. Era natural: López Mateos no quería exponerse a una nueva derrota poniendo a la romántica oposición a gobernar. Para románticos en el poder, bastaba con él mismo. Necesitaba un gabinete fuerte, que compensara sus propias limitaciones, su propia indisposición para las maniobras y las grandes tensiones. Sobre todo a fines de 1958, con los ferrocarrileros, los maestros, los petroleros y estudiantes

manifestando su descontento en las calles.

En el Departamento del Distrito Federal repetiría Uruchurtu, el regente de hierro. Para seguir conteniendo a las «cargadas de búfalos», nada mejor que un joven y dinámico secretario particular: Humberto Romero. Para controlar la inversión pública, se crearía la Secretaría de la Presidencia, a cargo del antiguo compañero de López Mateos en el Senado, Donato Miranda Fonseca. Hombres probados como Jaime Torres Bodet y Manuel Tello ocuparían carteras que ya habían ostentado años atrás: Educación y Relaciones Exteriores. El brillante ingeniero civil Javier Barros Sierra llegaría a la Secretaría de Obras Públicas. Un temible militar callista y viejo opositor de Cárdenas, el general Gómez Huerta, asumiría la jefatura del Estado Mayor Presidencial (ejército personal del presidente). Pero el edificio, en realidad, descansaría sobre dos pilares: el ministro de Hacienda y el de Gobernación. El primero, Antonio Ortiz Mena, venía precedido de una gran fama como director del Seguro Social; el segundo, Gustavo Díaz Ordaz, había sido compañero cercano y gran amigo de López Mateos en el Senado. Era el «jefe Chiringas» que actuaba «sin considerandos». Tenía fama de inteligente y duro.

Poco antes de la toma de posesión, López Mateos salió en camilla de un acto público. En la ceremonia, no paró de sentarse y levantarse, movía la mano, el brazo. A alguien le comentó: «¡Cómo me duele el brazo!» Al día siguiente, en la vieja casona de Bucareli, donde despachaba, Díaz Ordaz entendió que sería él, más que su amigo Adolfo, quien en verdad ejercería la presidencia política del país. Los problemas y las personas «llegarían a él y de él no pasarían», comentaba con Luis M. Farías, su director de Información: «De eso se trata, de que no molesten al presidente de la

República; así de sencilla es la cosa».[29]

El camino y el itacate

«Probablemente nunca ha habido una proporción tan grande del país satisfecha desde que Hidalgo dio el grito de rebelión contra España hace cerca de siglo y medio»,[30] apuntaba a mediados de 1958 el corresponsal del *Times* londinense, impresionado por los casi veinte años de paz doméstica, estabilidad política y los «inmensos progresos» económicos y culturales de México. Apenas exageraba. Al margen de sus distancias formales y morales con Alemán, el régimen de Ruiz Cortines había consolidado la empresa política creada por su paisano. Ahora tocaría a López Mateos pasar la primera gran prueba. Decenas de miles de obreros lo «calarían».

El sistema político y el movimiento vallejista parecían dos trenes destinados a chocar inexorablemente. El axioma número uno del sistema era la subordinación, sobre todo la de los obreros, para quienes, supuestamente, se había elaborado la avanzada legislación laboral. A los ojos del sistema, permitir la independencia de una rama sindical tan poderosa y combativa como la de los ferrocarrileros equivalía a descarrilar el tren de la Revolución. Tras el vagón de los ferrocarrileros podrían salir de la vía, en un éxodo loco, telegrafistas, maestros, tranviarios, telefonistas, electricistas, pilotos y aeromozas, estudiantes, campesinos… En suma, todas las «fuerzas vivas» que tan pacientemente se habían ido integrando al sistema, acogiéndose al «pan» y temiendo al «palo». Vallejo y su grupo representaban un problema para el sistema por su renuncia abierta a contentarse con el «pan», y su olímpico desdén, su temeridad casi, frente al «palo».

El lado vallejista no se caracterizaba tampoco por su flexibilidad. En el nuevo comité predominaban los miembros

del Partido Comunista y del disidente Partido Obrero y Campesino, además de algunos representantes del Partido Popular de Lombardo. «Los comunistas siempre han sido más amigos del camino que del itacate»,[31] escribiría años después, ingeniosamente, el líder ferrocarrilero Luis Gómez Z., que respetaba en ellos la firmeza ideológica y la rectitud. En tiempos de Ávila Camacho, Gómez Z. les había concedido puestos de dirigencia, y en los de Alemán había compartido con ellos el agravio del «charrismo» y la prisión. Pero ahora se habían convertido en enemigos irreconciliables. No los separaba sólo un estilo sindical sino una diversa concepción política y, en último término, histórica: Gómez Z. era hijo de la Revolución mexicana y se movía dentro de sus parámetros, igual que otros líderes opuestos a él pero independientes, como David Vargas Bravo. No pretendían llegar a la dictadura del proletariado, ni siquiera dominar ellos mismos la clase obrera mexicana, manejada con habilidad por Fidel Velázquez. Querían mandar sobre los ferrocarrileros, enriquecer su «itacate» con mejores salarios y prestaciones (y a veces, también, como en el caso de Gómez Z., engrosar el «itacate» de sus propias personas). Los comunistas, ayunos casi de «itacate» personal y sin ambiciones de engrosarlo, tenían los objetivos propios de su ideología. «Querían liquidar a la CTM y después quizá al gobierno», apunta Gómez Z.[32] «¡Querían tumbar al gobierno, ésa es la verdad!», recuerda David Vargas Bravo, quien reprobaba las purgas de corte soviético que los vallejistas ejercían sobre quienes se habían negado a secundar los primeros paros de 1958: «… todos los días iban golpeadores, se "enchapopotaba" a los obreros disidentes, se … [aplicó] el terror interno, había listas de proscripción como en la Revolución francesa».[33]

Años atrás, las diferencias entre los partidarios del «camino» y los defensores del «itacate» habían rozado la

comicidad. Gómez Z. recuerda cómo el agresivo líder Valentín Campa mandaba hacer especialmente, en la panadería cercana al local de la sección 15 del sindicato, unos bolillitos que no llegaban al peso requerido para mostrarlos a sus compañeros como prueba de la explotación de la clase obrera y la codicia de los hambreadores de la clase capitalista. *(¡Grandes vivas y abucheos!)* En esas mismas sesiones, que se desarrollaban en los altos del cine Briseño, se levantaba de su asiento Antonio Vega, gran orador, y exclamaba: «¡No se dejen engañar, compañeros!, las suelas de los zapatos del compañero Campa están llenas de agujeros, pero cuando sale de aquí y se va a su casa, se coloca la elegante capa dragona y va a las Lomas con sus queridas burguesas». *(¡Grandes vivas y abucheos!)*[34]

A principios de 1959, el pleito era infinitamente más serio. En ese momento, toda la tradición combativa de los ferrocarrileros se concentraba, enfrentada al gobierno. Ningún otro gremio obrero había participado en la Revolución como ellos. ¿Quién no recordaba que la Revolución se había hecho sobre rieles? Ferrocarrileros habían sido Rodolfo Fierro y varios de «los Dorados» de Villa; ferrocarrileros fueron quienes habían escoltado a Carranza en su éxodo hacia Veracruz; ferrocarrilero era Margarito Ramírez, quien había salvado la vida de Obregón. «Huevos, muchos huevos» les sobraban a los ferrocarrileros, como habían mostrado en 1958, cuando la inmensa mayoría apoyó a su líder Demetrio Vallejo, obrero igual que ellos. No era la ideología lo que los motivaba. «Los obreros no eran comunistas»,[35] recuerda Vargas Bravo. Los movía la fuerza de un líder honesto y combativo, la repulsa a los líderes «charros» y «peleles» del gobierno, la promesa de mejores salarios y prestaciones, y el vértigo de haber «doblado al gobierno».

Pero «huevos» no faltaban del otro lado. El presidente López Mateos viviría los acontecimientos con un dolor moral que se confundía con su intermitente dolor físico. No le faltaban «huevos», le faltaba estómago para resistir la tensión. Su sensibilidad bohemia estaba hecha para la diplomacia, no para la confrontación. Adelgazaría veinte kilos en esos meses. En cambio, su secretario de Gobernación planeaba con su paisano, el oaxaqueño Gilberto Suárez Torres, subprocurador general del Distrito Federal, «agarrar a los huelguistas por los huevos». «Nos jugamos nuestro destino y nuestra historia como país»,[36] advertía Díaz Ordaz. Fue entonces, recuerda Antonio Ortiz Mena, cuando «empezó realmente» el «momento histórico» de Díaz Ordaz. El propio Ortiz Mena lo oyó discurrir planes posibles: «… provocar una fricción con la guardia, forzar un estallido de violencia»,[37] ésas eran las únicas soluciones.

Desde principios de 1959, el sindicato vallejista actuó con inusitada desenvoltura. No sólo anunciaba un próximo emplazamiento a huelga para lograr el aumento de salarios, sino que opinaba públicamente sobre la marcha de la administración ferrocarrilera, proponía integrar un consejo con amplia participación obrera y emitía comunicados sobre la industria petrolera. Mientras la empresa se declaraba «totalmente incapacitada para resolver las demandas» que planteaba el sindicato,[38] una ola de solidaridad sindical comenzó a crecer y cernirse sobre la hegemonía de la CTM. Las denuncias de Fidel Velázquez sobre el «rojismo comunista» de los ferrocarrileros no impidieron la creación de grupos disidentes de depuración sindical entre los telefonistas, tranviarios, telegrafistas, petroleros. La prohibición de una manifestación en las calles de la ciudad que hubiese vinculado a todos esos grupos no persuadió a Vallejo de posponer la huelga que finalmente estalló a las

doce horas del 25 de febrero de 1959.

«¿Cómo la ve?», preguntó López Mateos a Vargas Bravo. «Si cede, pierde; es un pretexto», contestó el líder, a quien los vallejistas habían proscrito junto con todo su departamento de electricistas.[39] Sin embargo, la empresa y el sindicato se avinieron al arreglo: 16,66 por ciento sobre los 215 pesos, 62 millones de pesos para servicios médicos y medicinas, 30 millones de pesos para habitaciones destinadas a obreros que vivían a lo largo de las vías o en pequeños poblados, reincorporación de 315 cláusulas derogadas en tiempos del «charrismo», y la promesa por parte de la empresa de aumentar las tarifas con cargo a las compañías mineras extranjeras, «Victoria patriótica que se les debe reconocer»,[40] apuntó Lombardo Toledano en *Siempre!* Entre los estudiantes universitarios y las diversas corrientes de disidencia sindical, la noticia del triunfo provocó un enorme entusiasmo: «Cuando los vallejistas ganaron la primera huelga», recuerda Carlos Monsiváis, «fuimos a la estación de Buenavista. Llegó Othón Salazar con un grupo de maestros. Habló Vallejo; la banda tocó *La rielera* ("Yo soy rielera / tengo mi Juan / él es mi vida / yo soy su querer"); los ojos de todos los presentes estaban humedecidos».[41]

A los pocos días, los hechos tomaron otro signo. Por omisión en apariencia accidental, el sindicato había dejado fuera del arreglo a tres empresas: el Ferrocarril Mexicano, el del Pacífico y el Terminal de Veracruz. De nueva cuenta se interpuso un emplazamiento a una huelga, que la junta de conciliación declaró inexistente. Esta vez el paro total coincidiría con la Semana Santa y afectaría por ello a millones de vacacionistas. No hubo arreglo, y el miércoles 25 de marzo los obreros de dos empresas declararon la huelga.

Sin cerrar las vías de diálogo, el Jueves Santo el gobierno

encarceló a algunos dirigentes, y trece mil obreros de los ferrocarriles Mexicano y del Pacífico fueron despedidos. El 28, Sábado de Gloria, se llevaron a cabo pláticas conciliatorias entre Vallejo y Salomón González Blanco, secretario del Trabajo. El gobierno, que era el propietario de todo el sistema, accedía una vez más a homologar el aumento del 16,66 por ciento en las dos empresas litigantes. En un momento, se le ofrece a Vallejo la salida típica que había probado su eficacia con Ruiz Cortines: visitar al presidente López Mateos y llegar con él al arreglo. Pero el tozudo Vallejo ofende al presidente al argumentar que no puede acudir sin una grabadora, porque no puede actuar al margen del comité ejecutivo. Para colmo, el comité ejecutivo insiste en el paro total de los Ferrocarriles Nacionales en solidaridad con las dos empresas en conflicto. Todo lo cual precipitó el desenlace.

«Si el 28 de marzo por la mañana», reflexionaba Vallejo un año después, «se hubiera recomendado una retirada sin asegurar la reinstalación de los destituidos y la libertad de los detenidos de las secciones, la división sería un hecho … en esas condiciones la caída del comité ejecutivo general sería cuestión de horas o de días, por medio de otro “charrazo” con apoyo de los propios ferrocarrileros.»[42]

Cuatro años más tarde, volviendo sobre aquella crucial decisión del paro total de solidaridad, Vallejo cambiaba de opinión. «Lógico hubiera sido hacer una pausa», escribía, «reorientar y reorganizar las fuerzas, buscar la solidaridad militante de otras organizaciones obreras.» Ésa había sido su convicción personal; pero no actuaba solo, sino bajo las órdenes de tres partidos, el PC, el POCM y el PP.

«No me parece correcto ocultar que me di perfectamente cuenta, o cuando menos, intuí el peligro que entrañaba el acuerdo de los paros, pues sólo los ofuscados con la euforia de

los triunfos y los teóricos empedernidos del sindicalismo no se percataron de él. Sin embargo, y a despecho de esta certeza o intuición, no me opuse al acuerdo, porque sólo dos o tres de los integrantes del comité ejecutivo general y comité general de vigilancia y fiscalización no pertenecían a ninguno de los tres partidos, y como se me informó que era un acuerdo de éstos, me pareció, ante la gravedad de la situación, muy peligroso plantear las divergencias y tratar de imponer mi criterio a la mayoría, y por eso hice todo lo posible para que fueran los propios partidos los que hicieran la rectificación.»[43]

Tarde, y tras las rejas de la vieja prisión de Lecumberri, Vallejo se enteró de que la resolución para seguir el paro hasta sus últimas consecuencias había provenido sólo del PC y el POCM. El prudente Lombardo había recomendado aceptar las proposiciones del gobierno, lo cual hubiera cosechado «el aplauso de la opinión pública».

Con gran despliegue de violencia, a golpes de macana y bayoneta, en una operación relámpago que cubrió toda la República, la policía y el ejército y las corporaciones de agentes especiales apresaron a diez mil ferrocarrileros. Sólo en Guadalajara fueron mil quinientos, y ochocientos en la estación de Peralvillo. Se les confinó en las cárceles y el campo militar número 1. Hubo algunos muertos y escenas de sadismo: en Monterrey fue torturado y asesinado el líder Román Guerra Montemayor. Su cadáver, colocado en la vía de un tren, tenía los labios y las uñas pintados de colorado para evidenciar su filiación política y simular un crimen de homosexuales.

A la una de la mañana del domingo 29, David Vargas Bravo recibía una llamada de Díaz Ordaz. Lo quería ver «de inmediato» en Bucareli. Allí le informa lo que ocurrió: Vallejo está preso junto con todo su Comité Ejecutivo, lo mismo

todos los secretarios locales en toda la República. Vargas Bravo debía colaborar en la reanudación del servicio. En la puesta en marcha intervendría también Gómez Z., que ya se había entrevistado con el presidente y se hallaba en la misma oficina. A ambos les dijo: «Elijan ustedes al comité. De lo demás nosotros nos encargamos. Pónganse de acuerdo. Hoy mismo se reúnen. Será reconocido por la autoridad del trabajo». Paralelamente, el secretario les pidió que echaran a andar el servicio «contratando gente que aparentara una vuelta a la normalidad». Ese mismo día 29, como parte de la vertiginosa operación, la empresa anunció el cese de diez mil obreros, pero otras estimaciones elevarían la cifra a veinte mil.

Acto seguido, recuerda Vargas Bravo, «Gómez Z. y yo nos rifamos en mi oficina toda la República y al comité se le reconoció». En los dos días siguientes se rompió el paro. Con la participación de gente de Gómez Z. y de Vargas, se pusieron en marcha los famosos «trenes fantasma» que, escoltados por el ejército, pero sin carga ni pasajeros, simulaban ruidosamente la reanudación del servicio. Sin despachadores ni telegrafistas, los electricistas cercanos a Vargas Bravo «puenteaban las estaciones» y logaron que los confundidos huelguistas, en una proporción considerable, volvieran a sus puestos.[44]

Los presos no cabían en las cárceles del país. «Habían arreado con todo», recuerda Vargas Bravo. Díaz Ordaz le pidió que fuera a la prisión de Lecumberri y señalara a los que podían salir. Así lo hizo y liberó a casi la mitad de los encarcelados. El martes 31 de marzo la prensa mexicana anunciaba que, entre los ochocientos presos, se hallaban «ciento cincuenta fichados como agentes comunistas, incluso algunos ocupaban puestos en la dirección sindical, lo que es

sencillamente intolerable y no lo puede permitir México». Al día siguiente, la acusación era aún más precisa: los vallejistas buscaban «el derrocamiento del gobierno de la República y después dictar una nueva constitución … Vallejo ha incurrido en el delito de traición a la patria».[45]

Meses más tarde, 35 líderes del movimiento, incluidos Vallejo y el cerebro del movimiento, Valentín Campa, recibían condenas que fluctuaban entre 4 y 16 años de prisión. Se les acusaba, entre otras cosas, de violar el artículo 145 del Código Penal e incurrir en el delito de «disolución social», delito que Ávila Camacho había instituido para combatir a los fascistas en tiempos de la segunda guerra mundial y que en la práctica facultaba al gobierno para encarcelar a quien discrecionalmente considerara un enemigo de México. Los acompañaba un nuevo preso ilustre, tan supuesto «traidor a la patria» como ellos: el muralista David Alfaro Siqueiros. Luego de recorrer varios países de América Latina llamando a López Mateos «impostor» y «entreguista», Siqueiros fue aprehendido por el general Gómez Huerta, trasladado violentamente a la cárcel de Lecumberri y acusado del mismo delito de «disolución social». Tras las rejas pasaría casi todo el sexenio de López Mateos, hasta que, en julio de 1964, un decreto presidencial lo liberó.

En su reconsideración autocrítica escrita desde la cárcel de Lecumberri en 1964, el propio Vallejo apuntaba justamente a la diferencia entre teoría y práctica, sobre todo si la teoría era el marxismo-leninismo, y la práctica, el sindicalismo independiente:

«Ojalá que esta dolorosa experiencia sirva a los partidos revolucionarios, para que no intervengan directamente en las luchas sindicales, sino que se concreten al papel de modestos asesores cuando sean requeridos para ello, pero nunca se

conviertan en árbitros para decidir lo que se deba hacer en un problema dado, especialmente si las personas físicas que intervienen en la decisión no sean ellas mismas ejecutoras de éstas o las responsables directas de su resultado en la práctica, pues en todo tiempo deben ser los órganos responsables del sindicato los que decidan una u otra cosa».[46]

Los trenes de dos sistemas incompatibles habían chocado. El sistema político mexicano no podía tolerar un caballo de Troya en su rígida organización corporativa. El sistema ideológico del Partido Comunista y su homólogo disidente (el POCM) lo apostaba todo a la enésima e inútil «toma del Palacio de Invierno», o al menos a un ascenso ontológico de la conciencia de clase. ¿Podían haber llegado a un acuerdo? Difícilmente, porque se parecían demasiado. Los ligaba una intolerancia similar, un total analfabetismo democrático. Ambos habían sido responsables del choque, pero los crímenes y atropellos se cargarían, justamente, a la cuenta histórica del gobierno.

En medio quedaban los obreros, gente de «huevos», pero sobre todo gente que soñaba con un «camino» más libre y un «itacate» más lleno para llevar esa noche a la familia.

Primero palo, luego pan

La pauta se había trazado. Nada podía ni debía cambiar en el círculo mágico de los subordinados. El sistema había reaccionado con una dureza sin precedentes contra los beneficiarios reales o supuestos de la Revolución: los obreros. A partir de ese momento, los sindicatos rebeldes que quisieran «calar» al gobierno sabían a qué atenerse. A cada acción o amago de insurgencia correspondería una reacción mayor por parte de las autoridades. El sistema político en coro apoyaba las acciones del gobierno. En la Cámara, los diputados repudiaron a los «elementos extranjeros que la

dirección sindical mantuvo con ánimo de fortalecer el injusto movimiento que auspiciaba».[47] El poder judicial guardaba un circunspecto silencio. Los empresarios aprobaban con entusiasmo la medida. La Iglesia no abría la boca, pero respiraba con el golpe dado a los enemigos del cristianismo. Aun *Siempre!,* la revista menos subordinada entre los «no tan subordinados», criticó la «inconcebible ceguera» de Vallejo: «… puso al gobierno en una situación límite, que se hubiera convertido en un callejón sin salida de no resolverse como se resolvió». Sólo los intelectuales más jóvenes, los estudiantes más politizados y, desde luego, los débiles partidos de oposición (el PAN y el PPS) reprobaban la medida. En la misma revista *Siempre!,* un periodista lúcido y honesto, José Alvarado, lamentaba el creciente clima de intolerancia: profesar y manifestar con libertad un pensamiento político significaba correr «el riesgo de ser señalado como un peligroso enemigo de las instituciones y un inmundo portador de las peores ideas exóticas y los más pestilentes gérmenes de disolución social».[48]

A fines de 1959, el Congreso aprobó una reforma fundamental del artículo 123 de la Constitución. Se le añadía un apartado B: por el lado del «pan», elevaba los salarios, los días de descanso, vacaciones, sobresueldos, compensaciones y primas de los trabajadores al servicio del Estado; por el lado del «palo», ponía tales condiciones, ambigüedades y cortapisas al derecho de huelga que, de hecho, lo dejaba a discreción del gobierno en turno. Los empleados del Estado, además, no podían afiliarse a otra unión que no fuera la FSTSE. Para el caso de las empresas paraestatales (los ferrocarriles y petroleros caían en este rubro), el gobierno, es decir el presidente, se reservaba la regulación de sus relaciones laborales de acuerdo con el apartado A o B que le pareciera conveniente. La reforma provocó un diferendo

entre los dos pilares de la administración lopezmateísta. Según Ortiz Mena, el artículo 123 regulaba las relaciones entre los factores de la producción (capital y trabajo), por lo cual «el Estado no podía regirse como uno de ellos». La opinión del secretario Díaz Ordaz era distinta. Defendía a capa y espada el nuevo apartado B: «Vamos a dar mejor imagen política».[49]

Lo sorprendente es que, en ese contexto, quienes agitaban desde 1958 la bandera de la independencia sindical no se plegaran por entero. A la suspensión de labores por parte de los telegrafistas siguió el despido forzoso de sus dirigentes; a la repetida protesta de los maestros pertenecientes al Movimiento Revolucionario del Magisterio acaudillado por Othón Salazar, el gobierno respondió el 4 de agosto de 1960 dispersando una manifestación que salía de la Escuela Normal Superior mediante la policía montada, los granaderos y los judiciales. Los petroleros que protestaban frente al monumento a la Revolución fueron expulsados por los bomberos. Era la ley del Talión, de un lado las protestas, del otro las macanas y los gases lacrimógenos. Un irónico periodista, Renato Leduc, se burló de los criterios represivos del Departamento del Distrito Federal: si, «dada la tranquilidad que reina en la ciudad» y a pesar de la libertad específica consagrada en el artículo 9.° constitucional, se prohibían las manifestaciones, *contrario sensu* debían fomentarse y aun protegerse cuando en la ciudad reinase la intranquilidad.

El reconocimiento sindical de la Asociación de Pilotos Aviadores no impidió que, a la primera huelga, el gobierno aplicara una fórmula innovadora: la requisa. Medida sin fundamento constitucional, la requisa se mencionaba sólo en leyes de carácter secundario, como la Ley General de Vías de

Comunicación. Dicha ley preveía la intervención del gobierno en caso de que la seguridad, la tranquilidad o los servicios de primera necesidad estuvieran en peligro. El juicio quedaba siempre a criterio del gobierno, que dio a la ley una interpretación amplia y laxa y la aplicó con frecuencia. Cuando en 1962 los telefonistas que se hallaban en huelga sufrieron la requisa de sus instalaciones, las autoridades, en la mejor tradición de los monarcas Borbones, declararon: «… la requisa no está sujeta a ninguna consideración; se trata de un decreto presidencial, y un decreto no se discute, se acata».

Todas estas modalidades del «palo» hubiesen resultado ineficaces sin su generosa contraparte de «pan». Si bien es cierto que los conflictos sindicales ganaban las planas de los diarios, la callada labor de Fidel Velázquez al frente de la CTM era acaso más decisiva. Millones de trabajadores en empresas de la iniciativa privada se avenían de manera voluntaria y natural a los métodos pragmáticos del hombre que los representaba frente a las empresas y el gobierno, y que lograba para ellos un aumento constante en el «itacate». En cierta ocasión, el líder sindical preguntó a un presidente cuántos nombres de colaboradores recordaba. Fidel, por su parte, comenzó a recitar uno por uno, con todo y profesión, domicilio, etcétera, los nombres de trabajadores. Al llegar a trescientos, aquel presidente se dio por vencido.[50] Desde los tiempos de Alemán, las asambleas de la CTM lo reelegían periodo tras periodo. Muy pronto rompería la marca de Porfirio Díaz (treinta años en el poder), pero pocos se imaginaban que la doblaría.

Pese a todo, la inquietud sindical era un hecho y había que desfogarla. López Mateos comprendió que había que abrir la válvula y permitir el ascenso paralelo de nuevos líderes. En algunos casos, como el del electricista Rafael Galván, se

trataba de líderes amigos suyos, pero independientes de la CTM y simpatizantes de una ideología moderada de izquierda. El 4 de diciembre de 1961, el presidente en persona acudía a la instalación de una nueva central: la CNT, comandada por Galván. En otros casos, los líderes emergentes tenían una base propia, pero seguían vinculados a la CTM. Así ocurrió con el nuevo y carismático líder de los petroleros, Joaquín Hernández Galicia. «La Quina», ése era su apodo, puso orden en su agitado gremio llevando a extremos la consigna clásica del «pan o palo». Como un anuncio de los métodos que emplearía, al entrar en su puesto «la Quina» amenazó con la suspensión de los derechos sindicales a todo el que protestara. Con el tiempo, el sindicato acumularía un poder económico casi feudal en las regiones y empresas petroleras. Su munificencia con sus trabajadores llegaría a extremos de escándalo, pero el pago al sistema en términos de obediencia obrera parecía justificar la creciente factura. En cuanto al gremio más revolucionario de todos, el de los ferrocarrileros, el presidente optó por encargar al mismísimo Luis Gómez Z. el manejo de la empresa. López Mateos le decía «pariente» y apreciaba en tal grado su intervención en la puesta en marcha de los servicios en 1959 que, en 1963, le regaló la oportunidad de «destapar» al próximo presidente.[51]

Además del «pan» que los obreros obtenían a través de sus líderes cada dos años en la revisión de sus contratos colectivos, el gobierno se las ingenió para ofrecer nuevos «panes» directos e indirectos. En octubre de 1960 creó una nueva institución de seguro social para los trabajadores del Estado, el ISSSTE. En noviembre de 1962 modificó de nueva cuenta el artículo 123 constitucional, pero esta vez en un sentido que todos los trabajadores del país agradecieron: se introdujo el reparto de utilidades a los obreros, se legisló sobre los aumentos periódicos del salario mínimo, y se

introdujeron nuevas restricciones y aumentos a la indemnización que los patrones debían dar en caso de despido. Y junto al «pan», el techo: el gobierno de López Mateos construyó veinticinco mil apartamentos habitacionales en Nonoalco Tlatelolco y San Juan de Aragón. A mediados de 1962, durante la visita del presidente Kennedy y su esposa a México, los obreros de las artes gráficas tuvieron tres razones de júbilo: Kennedy visitó y oró en la Basílica de Guadalupe, Jacquie cautivó a todos con un discurso en español, y los dos presidentes inauguraron un gran complejo de edificios de apartamentos dotado de espacios para el deporte, la cultura y el entretenimiento: la unidad habitacional Presidente Kennedy.

Los empleados de aquella imprenta fundada en tiempos de Alemán recordarían siempre aquella experiencia.[52] Su líder, Antonio Vera Jiménez, colgaría orgullosamente de las paredes del sindicato una gran foto suya con López Mateos y Kennedy. La vida de los miles de obreros afiliados a su unión no había sufrido mayor sobresalto. Sus salarios y prestaciones aumentaban año con año. Seguían aportando puntualmente sus cuotas, seguían marchando frente a Palacio Nacional cada primero de mayo, seguían jugando *soccer* los domingos en la mañana, seguían acudiendo a los toros, a las luchas o al box, y en esos espectáculos les fascinaba descubrir de pronto, en las gradas y sin escolta, al mismísimo presidente López Mateos con sus cuates. Era éste un gran aficionado al box y partidario de un bravo peleador, casi homónimo suyo por el apellido y por el sitio de origen: «el Toluco» López. Aquellos obreros de las artes gráficas querían bien a su presidente: «¡Viva López Mateos!», gritaban de manera genuina y espontánea. Muchos de ellos, quizá la mayoría, ignoraban por completo lo que había ocurrido con los ferrocarrileros o lo atribuían a «cosas políticas» que no eran de su incumbencia. Si Campa y Vallejo,

con su sacrificio, habían querido elevar la conciencia de clase en México, habían fracasado.

En 1961 el ejecutivo envió al Congreso la iniciativa de una ley de seguridad social para las fuerzas armadas. Se aprobó, como siempre, por unanimidad. El ejército apreció esta señal de apoyo, pero nunca condicionó el suyo. Había asimilado plenamente la función que Ávila Camacho le había encomendado: ser el «baluarte inmaculado de las instituciones».

Además de intervenir con frecuencia en el problema obrero, el ejército fue requerido para «poner orden» en otros tres ámbitos conflictivos: el de una facción pequeña de la propia jerarquía militar, el de algunos *campus* universitarios y el de ciertos líderes campesinos que se rebelaban contra el pasivo servilismo de la CNC y seguían blandiendo la antigua y mítica bandera de Emiliano Zapata.

Un anciano revolucionario que había sido gobernador del Distrito Federal en tiempos de Obregón, el general Celestino Gasca, anunció con gran anticipación que se levantaría en armas para «derrocar al gobierno» el 15 de septiembre de 1961. Agradecido por la cortesía, con suficiente anticipación el ejército lo apresó a él y a sus allegados. En dos ciudades tradicionalmente católicas, Puebla y Morelia, el ejército patrulló las calles para «poner orden» entre las dos facciones políticas que se disputaban la vida política local: los estudiantes y maestros de izquierda, y las clases altas y medias ligadas a la Iglesia y los empresarios. En el caso de Morelia, un estudiante resultó muerto. Adicionalmente, a principios de los años sesenta, los batallones del ejército intervinieron para disolver varias manifestaciones de protesta contra dos gobernadores sucesivos en el más violento de los estados mexicanos: Guerrero. Los episodios se saldaron con decenas

de muertos. Esos zafarranchos, cuyo sangriento escenario fue la ciudad de Chilpancingo, constituirían la semilla de la que nacerían los movimientos guerrilleros campesinos que operarían en el estado de Guerrero desde mediados de los sesenta hasta fines de los setenta. Pero quizás el episodio individual de represión que dejaría una huella más profunda en la oposición fue el que se cometió contra el líder campesino de la región zapatista de Morelos: Rubén Jaramillo.[53]

Además de heredar el impulso social de Zapata, Jaramillo tenía una extraña particularidad: era pastor metodista. Solía interpretar como un iluminado el Sermón de la Montaña. Carlos Monsiváis, que escuchó sus discursos en la campaña henriquista de 1951, lo define como «hijo natural de Zapata e hijo espiritual de John Wesley».[54] En tiempos de Cárdenas, Jaramillo había propiciado la creación del ingenio de Zacatepec con la esperanza de que traería la prosperidad para los herederos históricos de Zapata, pero las administraciones, ineficaces y corruptas, desvirtuaron muy pronto esos sueños. Jaramillo, que predicaba entre los propios campesinos contra el alcohol y los vicios, no podía menos que asesorarlos legalmente y protegerlos contra los atropellos que sufrían, por eso formó un comité de defensa cañera. Su combatividad le ganó el acoso oficial al grado de obligarlo a huir al monte con un grupo de hombres.

Ávila Camacho trató de probar con Jaramillo los métodos de persuasión que tanto le habían servido con los cristeros. Habló con él, respetó su vida, le ofreció amnistía, tierras y dinero; sin embargo, fracasó, porque la querella de Jaramillo no era por la religión sino por la causa de la tierra asumida como religión. En 1946 se presentó como candidato libre a la gubernatura de Morelos. En 1951 se incorporó a la campaña

de Henríquez Guzmán. En los años siguientes combatió a varios caciques de la región y presionó con insistencia a las autoridades para que se llevara a cabo el reparto de las tierras de Michapa y El Guarín entre los miles de campesinos que tenían derecho a ellas. En lo personal, vivía con increíble modestia de sus tierritas y los vestidos que confeccionaba su mujer.[55]

El hombre que recabó todos estos datos y perfiló por vez primera la biografía del líder Jaramillo fue el escritor Carlos Fuentes. Visitó la región poco después del 23 de marzo de 1962, día en que, al parecer por órdenes del general Gómez Huerta, jefe de Estado Mayor presidencial, se cometió el crimen. Al poco tiempo, para sorpresa y disgusto de López Mateos, el dramático texto de Fuentes aparecía en la revista *Siempre!*, lo cual determinó el retiro de la publicidad oficial al órgano cada vez menos subordinado, cada vez más digno e independiente, de José Pagés Llergo:

«Los bajan a empujones. Jaramillo no se contiene; es un león del campo, este hombre de rostro surcado, bigote gris, ojos brillantes y maliciosos, boca firme, sombrero de petate, chamarra de mezclilla; se arroja contra la partida de asesinos; defiende a su mujer y a sus hijos, sobre todo al hijo por nacer; a culatazos lo derrumban, le saltan un ojo. Disparan las subametralladoras Thompson. Epifania se arroja sobre los asesinos; le desgarran el rebozo, el vestido; la tiran sobre las piedras. Filemón los injuria; vuelven a disparar y Filemón se dobla, cae junto a su madre encinta, sobre las piedras; aún vivo, le abren la boca, toman puños de tierra, le separan los dientes, y entre carcajadas, le llenan la boca de tierra. Ahora todo es rápido: caen Ricardo y Enrique acribillados; las subametralladoras escupen sobre los cinco cuerpos caídos. La partida espera el fin de los estertores. Se prolongan. Se

acercan con las pistolas en la mano a las frentes de la mujer y de los cuatro hombres. Disparan el tiro de gracia. Los bajan a empujones».[56]

Cinco mil campesinos habían acudido a su entierro protestante en Jojutla. En su reportaje, Fuentes rescató las expresiones de dolor, llenas de dignidad, de los campesinos de Morelos: «Nos han matado a los que eran las piernas y los brazos de los desamparados».

Sin que muchos lo advirtieran, estaba operándose un cambio cualitativo en un sector crucial de la sociedad: el de los estudiantes más politizados de clase media, los lectores de *Siempre!* y de la revista *Política,* más radical. Los fervorosos sesenta habían comenzado en México el primero de enero de 1959, con el triunfo, tan inesperado como esperanzador, de Fidel Castro. Durante todo el movimiento ferrocarrilero, una sensación festiva recorrió los aires y los *campus* universitarios, como si bastara la porfía revolucionaria para mover montañas y remover dictadores y dictaduras. «Vivir era acudir a las manifestaciones», escribiría en 1966 Carlos Monsiváis, estudiante universitario en esos años. «"¡Despierta, pueblo!" "¡Que despierte la conciencia popular!" "¡Granaderos asesinos!" En las manifestaciones se vaciaba orgásmicamente toda la intensidad que desde Calles sólo podía expresarse si era en apoyo del gobierno.»[57]

Tras la represión a los ferrocarrileros y los maestros, no había lugar ya para el puro «relajo» contestatario y las «goyas» al presidente. La política estudiantil salía de los *campus* del Politécnico y la Universidad y se comprometía con la política nacional. Monsiváis recuerda:

«El 4 de agosto de 1960 se organizó una gran manifestación que debía partir de la [Escuela] Normal. Desde las 8 de la mañana, la policía montada y toda suerte de policías secretas

rodearon el edificio. En el interior, una asamblea agitadísima. Unos cuantos intentamos convencer a los demás de la necesidad de quedarnos. Se aprobó la salida. La represión fue absoluta. La policía montada se lanzó con fervor contra la cabeza de la manifestación. Unos cuantos deseaban cantar el himno nacional, pero no había tiempo. Me refugié en un edificio y desde la azotea vimos la implacable, interminable cacería. Cuarenta estudiantes emboscados bajo un dragón chino fueron los primeros en caer. Los jóvenes de las [Escuelas] Vocacionales traían palos con clavos y cadenas, mas el intento de resistencia era a todas luces imposible».[58]

Empezó a configurarse un antagonismo radical entre dos prototipos: el granadero y el estudiante. Durante una embestida de los granaderos en el Zócalo, Monsiváis escuchó la arenga de una «compañera»: «… sacones, rastreros, enfréntense a los agentes de la burguesía». Por esas fechas, Monsiváis formó parte de un comité pro libertad de los presos políticos, hizo una huelga de hambre en Lecumberri y con varios compañeros se dedicó a repartir volantes, pintar paredes y, en una palabra, «agitar». Aunque no todos los estudiantes tenían una ideología de izquierda (de hecho, a lo largo del periodo, se intensificó paralelamente la antigua y poderosa militancia estudiantil de derecha que provenía de los treinta), una nueva interpretación de izquierda se arraigaba cada vez más en la conciencia estudiantil: el Estado mexicano «dizque revolucionario» era en realidad el vil testaferro de la burguesía y el imperialismo; frente a él se alzaba la clase obrera y campesina y sus voceros fieles: los estudiantes, los artistas y los intelectuales.

Algunos ingenuos pensaron que estaba cerca el fin del sistema político mexicano. En realidad se vivía el apogeo de su reinado. Al igual que en el caso de los obreros, el sistema

recurrió al «palo» contra los campesinos disidentes, aunque amplió considerablemente la oferta (real y demagógica) de «pan». En abril de 1959 creó el Fondo Nacional de Fomento Ejidal y, dos años más tarde, consolidó la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo), antigua CEIMSA, que aseguraba precios de garantía a los productos tradicionales del campo mexicano. Adicionalmente, López Mateos abrió nuevas tierras a la colonización, introdujo algunos proyectos medianamente exitosos de industrialización en el campo (Cordemex, en la región henequenera de Yucatán, fue uno de ellos) y, para no quedarse atrás del expresidente Lázaro Cárdenas, cuya irritante animosidad lo acompañó todo el sexenio, dio un nuevo impulso al reparto de tierras. Antes de Cárdenas se habían repartido siete millones de hectáreas; Cárdenas había llegado a la cifra de diecisiete millones de hectáreas, Ávila Camacho a cinco millones, Alemán a cuatro millones, Ruiz Cortines a tres millones; pero López Mateos alcanzó dieciséis millones de hectáreas. Hacia 1964 se había repartido el 25 por ciento del territorio nacional. Algo, no obstante, no cuadraba. Si el país tenía doscientos millones de hectáreas y sólo el 15 por ciento de ellas eran en verdad aptas para el cultivo, ¿qué clase de tierra había repartido López Mateos? Los montes y las peñas, dirían sus críticos.

Cuando finalizó su periodo presidencial, el saldo para López Mateos no podía ser más positivo. Mediante el uso resuelto del «palo» (por parte de su secretario de Gobernación, el ejército, el Estado Mayor presidencial y la policía), el apoyo de los poderes formales (legislativo y judicial) y mediante el suministro del «pan» (por parte de todas las agencias de la creciente oferta del poder ejecutivo), el sistema había pasado su primera gran prueba histórica. Durante las siguientes tres décadas, los obreros no sólo no

volverían a levantarse contra el sistema sino que lo defenderían en momentos de auténtica insubordinación social en sectores de la clase media; la CTM reafirmaría cada vez más su hegemonía; los comunistas no influirían ya en los sindicatos; Campa y Vallejo pasarían diez años irrecuperables en la cárcel, el primero pensando en el camino, el segundo en el «itacate». Y los campesinos no volverían, por largo tiempo, a tener líderes del corte de Jaramillo.

«Un solo camino: México», rezaba el inmenso letrero iluminado de la nueva Comisión Federal de Electricidad, compañía que López Mateos, haciéndose eco de la expropiación petrolera de 1938, nacionalizó con gran bombo y platillos en 1960, al conmemorarse los cincuenta años de la Revolución mexicana. Para los poderes subordinados del sistema (los reales, los formales y los corporados), el significado auténtico había quedado definitivamente claro: «Un solo camino: el PRI».

Primero pan, luego palo

A diferencia de Ruiz Cortines, que cambió a casi todos los gobernadores alemanistas, la era de López Mateos se caracterizó por una olímpica estabilidad. Sólo en Baja California, en San Luis Potosí y en el siempre bronco estado de Guerrero hubo problemas que se solucionaron con renuncias, revocaciones u otros métodos socorridos en esos casos. López Mateos había aprendido a la perfección la receta de su amigo y maestro: los gobernadores le pertenecían al presidente. El hombre que gobernó el estado de Campeche entre 1961 y 1967, el coronel José Ortiz Ávila, narró alguna vez sus indudables «méritos en campaña». Así está citado en Gabriel Zaid:

«Cuando el presidente López Mateos iba a rendir su primer informe de gobierno, [los diputados del PRI] Francisco Pérez

Ríos y Ortiz Ávila recibieron una encomienda: vigilar al panista [diputado de la oposición] Molina…

»“Yo”, recuerda Ortiz Ávila, “me puse a un lado de Molina y le dije: ‘Mire: yo ya no quiero bronca, pero si usted intenta interpelar al señor presidente, yo me lo sueno; usted me conoce’”, amagó Ortiz Ávila, al tiempo que, con su pistola bajo el brazo izquierdo y ocultada por el saco, apuntaba al diputado Molina. “Y el viejo”, prosigue Ortiz Ávila, “nada hizo. Se estuvo quieto como hasta las doce horas, en que me dijo: ‘Mire, diputado Ortiz Ávila: yo ya me voy. El presidente está diciendo puras pendejadas, no tiene caso oírlo’…”

»Posteriormente, López Mateos llamó a Ortiz Ávila y le dijo: “Abogado, así se maneja la política. La política debe hacerse con muchos sesos, pero si a los sesos les ponemos huevos, son más sabrosos …”

»Ortiz Ávila comenta: “Sí, creo que fue entonces cuando empecé a ganarme la gubernatura de Campeche”».[59]

Detrás de muchas gubernaturas del periodo pudo haber méritos similares, pero lo que ocurrió en San Luis Potosí, la tierra de Gonzalo N. Santos, es punto y aparte.

«La moral es un árbol que da moras o sirve para una chingada», decía Santos. Era una más de las ocurrencias verbales de aquel extraño personaje cuyas regocijantes y macabras memorias alcanzarían cierta dignidad literaria, pero cuyos desmanes no tenían comicidad alguna. San Luis Potosí era su coto de caza, su «califato», como cínicamente decía su amigo Ruiz Cortines. En ese feudo, el cacique imponía la «ley de los tres *ierros*»: «encierro, destierro y entierro».[60] Miles de anécdotas correrían sobre aquel viejo que «no necesitaba mandatarios para su estado, sino veladores». «Para robar nomás yo, tales por cuales», decía Santos cuando era gobernador. Y ya en el ocaso, se preguntaba: «¿Qué harán hoy

éstos con el dinero? En mis tiempos había poco y se hacía obra, ¡y todavía quedaba para robar!» En 1958, todavía le quedaba mucho. Su rancho El Gargaleote (donde vivía con doña Leola, su mujer, su familia y su guardia personal, entre ellos el famoso «Mano Negra», que jamás abandonaba a sus «muertitos» a menos de quinientos metros de la carretera) tenía una extensión modesta: sólo ochenta y siete mil hectáreas.

La situación política de San Luis Potosí resultaba más cruel si se le contrastaba con su gran historia liberal. El periodista Filomeno Mata, que entre encarcelamiento y encarcelamiento había publicado durante treinta años (los mismos que Porfirio Díaz estuvo en el poder) *El Diario del Hogar*, era potosino. Los principales caudillos del partido liberal, que constituyó la primera oposición seria al régimen de Díaz, fueron todos potosinos: Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera, Juan Sarabia… Madero llamó «Plan de San Luis» a su proclama revolucionaria publicada en San Antonio. Pero la Revolución triunfante había pagado mal a aquel estado precursor, condenándolo a sufrir dos cacicazgos sucesivos: el de Saturnino Cedillo y el del «Alazán Tostado», Gonzalo N. Santos.

A fines de los años cuarenta, el doctor Díaz Infante, rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP), decidió entregar a Santos una medalla de reconocimiento por haber otorgado durante su gobierno la autonomía a la institución. Un maestro de la escuela de medicina y miembro del consejo universitario, el oftalmólogo Salvador Nava, impugnó la decisión y se negó a firmar el acta oficial correspondiente, arguyendo que la autonomía universitaria había sido concedida desde 1923 por el gobernador Rafael Nieto. Santos no olvidaría la afrenta.

Los Nava eran una familia que contaba con cuatro médicos famosos y queridos en San Luis Potosí, comunidad que entonces tenía cien mil habitantes. Sus consultorios estaban llenos siempre de electricistas, ferrocarrileros, textileros, mineros, gente diversa y de todos los estratos sociales. Uno de los Nava, Manuel, vasconcelista en su juventud, ocupó la rectoría de la UASLP entre 1952 y 1958. Fueron años de penuria para la institución. En una entrevista que tuvo lugar en 1956, Santos manifestó al rector que no podía esperar mayor ayuda del gobierno federal porque éste tenía catalogada a la UASLP como «reaccionaria». Sólo con la renuncia de Nava, Santos se avenía a interponer su influencia ante las autoridades. Finalizada la entrevista, el rector hizo públicas las presiones que sufría la UASLP. Con ello logró la reelección, el apoyo entusiasta de la ciudadanía y, por supuesto, dar otra vuelta de tuerca a la malquerencia del cacique.

Manuel Nava murió sorpresivamente en 1958. Salvador, su hermano menor, tomó su estafeta y formó con unos amigos la Federación de Profesionistas e Intelectuales de San Luis Potosí (FPEI), que, junto con otras organizaciones (el Frente Reivindicador y la Alianza Cívica), aglutinó por primera vez la oposición contra Santos. Pretendían desplazar democráticamente al cacique: «Estuvimos analizando en muchas ocasiones la situación de atraso del estado de San Luis Potosí. Veíamos que todo dependía de la voluntad de una sola persona. Veíamos que todas las agrupaciones, todos los municipios se manejaban con incondicionales de Santos».[61] El grupo de Nava no simpatizaba con ningún partido, pero consideraba que les convenía luchar «dentro del PRI contra uno de sus miembros». En consecuencia, la FPEI se adhirió a la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), el brazo corporativo del PRI para todos

los sectores medios.

Las circunstancias, por lo demás, parecían propicias: «Nosotros sabíamos», recuerda Nava, «que el licenciado López Mateos había militado con el licenciado Vasconcelos en su campaña presidencial … Aunque no teníamos ninguna certeza y carecíamos de un contacto directo con él, creíamos y estábamos conscientes que no vería con buenos ojos al señor Santos aquí en San Luis».[62] Siempre se dijo que Santos había participado, o al menos orquestado, la balacera que segó la vida del joven vasconcelista Germán de Campo. Santos, por su parte, negó repetidamente su responsabilidad: «… un pinche muerto más o menos no me va a quitar el sueño».[63] Mucha agua había pasado bajo el puente desde aquel año de 1929, pero López Mateos, que nunca perdió su temple idealista, no había olvidado su experiencia en el vasconcelismo. Y cuando la olvidaba, las migrañas se lo recordaban: ¿provenían acaso de aquel golpe en la cabeza?

El primero de noviembre de 1958, a un mes de la toma de posesión de López Mateos, se constituía la Unión Cívica Potosina. Gonzalo N. Santos había realizado el milagro nunca visto: unificar al PAN, los sinarquistas, los comunistas, los profesionistas, y hasta algunos sectores del PRI… en su contra. Entonces surgió la idea de postular al doctor Nava como candidato a la presidencia municipal de San Luis Potosí: «Empezamos a recorrer todos los barrios de la ciudad; desplegados en los periódicos, mítines, volantes; y vimos cómo aumentaban los adeptos al movimiento nuestro».[64]

En unos días Nava consiguió el apoyo del 80 por ciento de los ferrocarrileros y varios otros contingentes obreros. El 19 de noviembre, un periódico local informaba sobre la existencia de «más de mil hombres armados para dar la batida final al cacicazgo de Santos» y pedía al gobierno federal la

abolición inmediata «del cacicazgo y sus residuos a fin de que el pueblo pueda elegir en absoluta libertad».[65] Durante el tradicional desfile del 20 de noviembre, Santos no se presentó y el pueblo lanzó huevos podridos al gobernador santista, Manuel Álvarez, quien huyó de la ciudad. En el quiosco de la plaza, ese mismo día, se levantó una horca (simbólica) para el gobernador y para el cacique, con una manta que decía «Asesino de estudiantes, Santos». El ejército intervino.

Indignados por el atropello, hartos de «Santos y su camarilla de pillos, bribones y asesinos»,[66] los ciudadanos de San Luis buscaron la intervención directa del secretario de Gobernación de Ruiz Cortines, Ángel Carvajal, quien alegó que no podía recibirles porque «ya estaba por salir». Quien tomó el toro por los cuernos fue el oficial mayor, que en unos días ocuparía la Secretaría de Gobernación: Gustavo Díaz Ordaz. Al entrevistarse con uno de los líderes del movimiento, el magistrado Franco Carreño, Díaz Ordaz le confesó que no hablaría con Nava y su grupo porque «eran sinarquistas». «¡No, señor!», respondió Carreño, «ni el sindicato ferrocarrilero, ni el minero, ni la CROC, ni la CNOP pertenecen a esos grupos, todos son gentes del PRI». Díaz Ordaz contestó que los sinarquistas ya se habían infiltrado.[67]

El día 26 la ciudadanía lanzó un ultimátum: «… si para mañana por la noche no declaran desaparecidos los poderes estatales, la huelga estallará». El mañana llegó y con él la huelga. La ciudad quedó paralizada y bajo control militar. Un manifiesto de los comerciantes recordaba una frase de campaña de López Mateos: «Los cacicazgos subsisten mientras el pueblo los tolera».[68]

Un día después de la toma de posesión del nuevo presidente, Díaz Ordaz se entrevistó con el doctor Nava. Le

dijo que respetaría el voto en las elecciones que se verificarían el día 7 de diciembre, pero pedía que se levantara el paro: «Doctor, ¿no le da vergüenza que el mismo día de la toma de posesión del nuevo presidente … la ciudad de San Luis esté con los brazos caídos? ¿No cree que es una mancha para tan digno acontecimiento?»

El día 4 había treinta poblaciones paralizadas en el estado de San Luis. El violento desalojo de militantes que el ejército practicó en el quiosco de la plaza de la capital se saldó con el encarcelamiento de cuatrocientos de ellos y la muerte de un niño. Llegó a la región un nuevo comandante de la XII zona militar, Alberto Zuno Hernández, cuyas primeras declaraciones constituían una advertencia terminante para Santos: «… el pueblo no debe enfrentarse al pueblo». Por fin se verificaron las elecciones: Salvador Nava obtuvo 26.319 votos; el candidato santista, sólo 1.683. El letrero «Esta casa votó por Nava» apareció en muchas ventanas. Los comercios anunciaban: «Compre aquí, somos navistas». Fidel Velázquez presidió un cambio de directiva local en San Luis, removiendo a los santistas. El 23 de diciembre, el Congreso reconoció el triunfo de Nava. La noche siguiente, los potosinos tuvieron la dulce experiencia de una Navidad en un municipio libre. La democracia había logrado un triunfo sin precedentes en la historia contemporánea de México.

Nava ejerció una administración transparente. «Durante quince años han dominado los hombres ineptos», sostenía, «los designados por el “Gran Elector” representando a la política de facción sin contactos con la ciudadanía.» Nava se propuso invertir los términos, y actuó con eficiencia y de cara a la ciudadanía. Cada semana informaba al pueblo por radio sobre el avance de las obras de su gobierno. Diariamente aparecía en las paredes del palacio municipal una lista pormenorizada sobre el uso de los dineros públicos. Al

concluir su primer informe de gobierno, Nava convocó a una reunión pública en la plaza de armas y frente a quince mil personas hizo repicar la nueva «campana de la libertad», fabricada con el bronce de las placas que el pueblo arrancó de escuelas, mercados, plazas, presas, calles en los que aparecía el nombre de Gonzalo N. Santos.

Desaforado el gobernador santista, ocupaba la gubernatura el periodista estrella de la revista *Siempre!*, Francisco Martínez de la Vega. Amigo antiguo de López Mateos, «don Paco» era un hombre de izquierda moderada que por eso mismo recelaba del popular alcalde de la capital del estado y lo identificaba con «corrientes tradicionalmente enemigas de los principios de la Revolución mexicana». Aunque estaba lejos de ser un hombre de derechas, Nava no ocultaba su filiación cristiana. En su gobierno había un abanico de representaciones. Cuando Díaz Ordaz le advirtió sobre el peligro de los comunistas, Nava le dijo que tenía que incluirlos (lo habían apoyado), si bien les encomendaría una labor en la que no les sería fácil provocar agitaciones: «la administración de los cementerios civiles».[69] Pero, más allá de las diferencias locales, el caso de San Luis preocupaba seriamente al cuartel central del sistema político: el PRI y Gobernación. La preocupación alcanzó niveles de alarma cuando, el 10 de enero de 1961, Nava renunció a la alcaldía para contender por la gubernatura del estado.

Nava creía que iba a ganar su postulación dentro del PRI. «En mi vida he pertenecido a un solo partido, que es el PRI», puntualizaba a fines de febrero de 1961. «¡No soy sinarquista!, ¡no soy comunista!, ¡jamás he pertenecido a Acción Nacional!» La vehemencia se debía a la intensidad paralela de los ataques que se le lanzaban desde el interior del propio aparato priísta, donde se le veía como un advenedizo. Por

esos días, en la sede del PRI en la ciudad de México, el presidente del partido, el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, sostenía una reveladora entrevista con Nava:

«—Doctor, usted no va a ser el candidato del PRI para la gubernatura de su estado.

»—General, usted se ha de estar equivocando de estado, porque en San Luis Potosí todavía no se realizan las convenciones del partido.

»—Pues no, doctor, con convenciones o sin convenciones, usted no será el candidato del partido, aunque las ganara … Porque además de tener el voto de las personas se necesita otra cosa.

»—¿Qué se necesita? ¿El beneplácito del presidente de la República?

»—No, doctor, al presidente no hay que meterlo en esto.

»—¿Entonces, se necesita el que usted dé su visto bueno?

»—Pongámonos que así sea, doctor.

»—Pues yo no acepto eso, porque usted no es el partido, el partido son sus miembros, y son de ellos los votos que busco.

»—Mire doctor, espérese, más adelante ya será otra cosa. Por lo pronto le ofrezco la diputación del primer distrito y el dinero que ha gastado en su campaña.

»—General, yo no ando buscando empleo. A mí me han llamado para que participe como candidato a gobernador porque me tienen confianza; y respecto a lo que usted me ofrece de dinero, eso es una ofensa, pues me califica igual a todos los que le hablan por teléfono para pedirle su apoyo para ser diputados. Además está pensando usted que yo le diga que gasté una cantidad mayor de la que se ha gastado para devolver parte de ella y quedarme con el resto. Así, general, que muchas gracias por haberme invitado a

almorzar. Me arrepiento de haber aceptado porque lo que usted me propone es un insulto».[70]

De regreso a San Luis Potosí, Nava expuso los hechos en un mitin en la plaza de armas. La respuesta popular fue «seguimos como independientes», y así se hizo. El PRI designó a Manuel López Dávila como su candidato a gobernador. El «movimiento navista» prendió en todo el estado y, naturalmente, comenzó a sufrir atentados. En mayo de 1961 murió asesinado el licenciado Jesús Acosta, coordinador de la campaña navista en la importante región huasteca de Tamazunchale. Por esos días llegaron a San Luis dos influyentes diputados y profesores priístas: Enrique Olivares Santana y Carlos Hank González. Tenían la misión de lograr «por las buenas» el retiro de la candidatura de Nava. Fue inútil. «¿No comprenden ustedes las consecuencias de todo esto, y lo que sucederá con ustedes?», preguntaron a los navistas, quienes, sin embargo, no preveían la respuesta oficial que siguió al vasto fraude electoral a principios de julio, que daría el triunfo al candidato del gobierno.

Entre julio y septiembre, los potosinos pusieron en marcha un vasto movimiento de resistencia civil. La ciudad fue ocupada por el ejército. El 20 de agosto, el comandante amenazó a Nava: «… se hará usted responsable único de las agitaciones, que serán disueltas con la energía necesaria». Se prohibió y reprimió toda manifestación pública. El 15 de septiembre, el gobierno central puso el colofón: emplazó provocadores en las azoteas, apagó a medianoche las luces de la ciudad, asesinó en las calles a varios ciudadanos. Los militares ocuparon la sede del comité navista. Al día siguiente, el doctor Nava y sus colaboradores más cercanos fueron llevados al campo militar número 1 y, posteriormente, a Lecumberri. El ejército allanó el local del periódico de

oposición *Tribuna* y destruyó los talleres. Se acusó a Nava del consabido delito de «disolución social», acopio de armas de fuego, incitación a la rebelión y otras faltas. Un mes después salió en libertad bajo fianza. Al regresar a San Luis formó el efímero Partido Democrático Potosino. Dos años más tarde, en febrero de 1963, el gobierno optó por un método de disuasión más directo: lo torturó físicamente.[71]

Nava no era comunista, ni sinarquista, ni panista, tampoco un priísta de corazón. Era un ciudadano que quiso ejercer la libertad política en su municipio y su estado, y se topó con los límites: encontró que ese ejercicio consagrado desde la Constitución de 1857 equivalía a incurrir en el delito de «disolución social». En 2.352 municipios teóricamente libres y los 32 estados supuestamente soberanos de la pretendida federación, sólo un partido tenía derechos históricos para gobernar: el PRI.

Nuestro general en La Habana

A fines de 1958, a sus sesenta y dos años de edad, el general Lázaro Cárdenas salía por primera vez en su vida del país. Por unos días hizo escala en Nueva York. Hombre de campo, los rascacielos lo impresionan mucho menos que Central Park:

«Unos cuantos parques arbolados … hacen contraste agradable frente a los bloques que la técnica humana ha construido para concentrar ahí su poderío económico, producto de la organización financiera internacional y del sudor de pueblos de éste y otros continentes a los que se ha limitado su desarrollo y que siguen viviendo precariamente».[72]

Su recorrido, como era de esperar en su caso, fue inmenso: ocho países occidentales, dos de Europa del Este (Polonia y Checoslovaquia), la URSS, China y Japón. Los países de Occidente le atraen poco. Cárdenas no es hombre de museos

y arte. Sus ojos reparan sólo en los paisajes: los olivos en Trevi, la «erosión» del suelo en la Tos cana. Tras su entrevista con Jruschov, su *Diario* recoge una opinión entusiasta del sistema soviético, con el que simpatizaba desde hacía décadas: «Ha sacado de la miseria al pueblo». Después de ver en Pekín los «avances» de la Revolución maoísta, apunta: «Cuando vi pueblos de otros continentes organizados socialmente, entonces he creído en la esperanza de los pueblos de nuestros continentes».[73] Una noticia recibida en Niza el primero de enero de 1959 acrecentó aún más su esperanza: el triunfo de Fidel Castro, aquel joven intelectual de «temperamento vehemente, con sangre de luchador» a quien había salvado de la deportación en 1956.

El 26 de julio de 1959, ante una eufórica manifestación de casi un millón de personas reunidas en la Plaza Cívica de La Habana, Fidel Castro arenga a la multitud. A su derecha, saludando a la multitud, está el general Cárdenas. La joven escritora mexicana Elena Poniatowska recogió la estampa:

«Después les habló Fidel con las manos en alto, el rostro sudoroso. (Muchos creen que se trata de un nuevo Cristo, pero en el fondo todos los grandes revolucionarios … tienen algo de Cristo …) ¡Los que quieran saber lo que es una verdadera democracia, que vengan a Cuba! *(Aplauso tronitruente … Dentro de un reducido espacio, Fidel camina de un lado para el otro como un león enjaulado …)* ¡Los que quieran conocer un país donde el pueblo lo es todo … los que invocando hipócritamente la palabra democracia nos calumnian, que vengan a Cuba para que sepan lo que es una democracia! *(Aplausos.)* Y una democracia tan pura y tan limpia engendra nuestra Revolución que nos recuerda las primeras democracias griegas … *(Ovación estrepitosa.)*»[74]

En medio del extenso discurso, la escritora fija su vista en el

admirado político mexicano: «Había tanta rectitud, tal sinceridad en este pueblo erguido frente a las tribunas, que Cárdenas, robusto y sano, el árbol más gallardo de México, se veía profundamente alterado … sus ojos con mil alfileres dentro … [al lado de Fidel] Cárdenas es todo fuerza contenida».[75]

El general y el comandante eran el centro de atención. Juntos recordaron quizá las peripecias de Castro en México a mediados de los cincuenta: el duro entrenamiento físico de sus hombres, impartido por el luchador profesional Arsacio Vanegas Arroyo; el acoso de los agentes batistianos, su detención, la intercesión de Cárdenas ante Ruiz Cortines, su libertad bajo fianza y, meses después, auxiliado por el hombre responsable del control político en la Dirección Federal de Seguridad mexicana, el capitán Fernando Gutiérrez Barrios, la salida desde el puerto de Tuxpan, a bordo del célebre barco *Granma,* que llevaría a los combatientes a las costas de Cuba, de allí a Sierra Maestra y de la sierra al poder. «Cárdenas es el padre de todo esto»,[76] comentó un periodista español.

Ya en el avión de regreso a México, la escritora habla con el general. En aquel «confesionario aéreo» (todos querían platicar con él), Cárdenas se veía rejuvenecido. «Castro es un hombre de gran fuerza y bondad, y todo lo que pasa en Cuba es alentador», comenta el general. «Castro no piensa más que en su pueblo.» En el futuro —que preveía luminoso— de Cuba, veía también un espejo de sus propios ideales para México. A su juicio, la reforma agraria mexicana no había fracasado: bastaba acrecentar el crédito ejidal de mil millones a cinco mil millones de pesos anuales para reavivarlo, además de proveer semillas, maquinaria, educación, salubridad, todo lo que ahora Cuba pondría en marcha en beneficio de los campesinos cubanos, los «guajiros». Por eso lo emocionaba

tanto haber escuchado en La Habana el grito de: «La reforma agraria va». Tenía fe en que la Revolución cubana indujera un proceso de corrección en México y se sentía con fuerzas para encabezarlo, ya no desde el poder sino desde una oposición tenaz e inteligente ejercida desde la margen izquierda del poder. «¿Y el comunismo?», preguntó Poniatowska, y añadió: «Todos dicen que el comunismo invade lentamente el Caribe…» El general, mal profeta, la atajó terminante: «No hay comunismo en Cuba, sino miseria».[77]

Al regresar a México, el expresidente Cárdenas y el presidente López Mateos sostuvieron una de las muchas entrevistas que jalonaron su conflictiva relación. Desde un principio Cárdenas se erigió en abogado moral de los presos políticos encarcelados por el régimen a raíz de los movimientos magisterial y ferrocarrilero. Una y otra vez a lo largo del sexenio, Cárdenas gestionó su libertad: «Es nocivo para el país», anotó a fines de 1959, «que para gobernar no se confíe en la fuerza moral de la investidura institucional y que se gobierne con temor recurriendo a la fuerza armada».[78] Una y otra vez el presidente se negó a liberarlos argumentando que Cárdenas estaba mal informado sobre los verdaderos fines de los presos. En 1960, al celebrarse con bombo y platillos los cincuenta años de la Revolución, Cárdenas escribió en sus *Apuntes*: «Qué contradicción y que sarcasmo, oír al secretario de Gobernación Díaz Ordaz … decir que están garantizados los derechos ciudadanos».[79]

En marzo de 1961, Cárdenas se erige en el personaje estelar en la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación y la Paz, cuyo objetivo era aglutinar las fuerzas nacionalistas, progresistas y antiimperialistas. «Su organización es lícita», declaró; «no lesiona los principios establecidos en la Constitución que rige

la vida del país. Será un organismo que contribuya a la realización de los postulados de la Revolución mexicana, consagrados en nuestra Constitución Política.»[80] Tras la Conferencia, Cárdenas orquestó una gira de proporciones inusitadas por Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Michoacán. En muchos ejidos encontraría mantas con leyendas que, a la distancia, no parecen demasiado espontáneas («Defendiendo al heroico pueblo cubano, luchamos también por el mexicano»), pero que lograron su objetivo de propaganda. «La campaña de Cárdenas», publicó *Time*, «ha tenido un profundo efecto en la política mexicana y ayuda a explicar la renuencia de México a unirse en cualquier acción contra Castro.» Por su parte, *Life* expuso que «la Conferencia Latinoamericana ha sido un alarde de la izquierda mexicana capitaneada por Cárdenas».[81]

En plena invasión de Playa Girón, Cárdenas decide viajar a pelear por Cuba. El vuelo no salió, por orden presidencial. A Cárdenas se le bajó, literalmente, del avión. Carlos Fuentes recordaría la secuela:

«El 17 de abril de 1961 Lázaro Cárdenas subió al toldo de un automóvil colocado en el centro del Zócalo y habló a los miles de manifestantes que se habían reunido para protestar contra la invasión de Playa Girón y ofrecer su apoyo a la Cuba de Fidel Castro. Se le había impedido a Cárdenas volar a Cuba y luchar físicamente contra la invasión. Ahora, durante treinta minutos, se le impidió, también, hablar; la ovación más larga que he escuchado recibió a este hombre que, veintitrés años antes, había proclamado la nacionalización del petróleo desde el balcón central de Palacio y [que] ahora, desde el nivel de la calle, defendía la independencia de una pequeña nación amenazada».[82]

Cárdenas habló, finalmente, y preguntó si el pueblo

mexicano se dejaría imponer una dictadura. «Otro "no" volvió a resonar cuando preguntó si el pueblo cubano podía ser de esclavos … Creo oportuno decirle a Estados Unidos que no mantenga más regímenes dictatoriales …» También dijo que «no vamos a resolver los problemas con gritos, con acciones aisladas sino con organización …» Pidió a los presentes, en particular a los jóvenes, «que se hagan oír … que hagan campaña contra el país que cree que con oro lo domina todo». ¿Qué se proponía Cárdenas lograr en México, a través de su apoyo incondicional a Cuba?[83]

El presidente López Mateos contenía apenas su rabia. Cárdenas actuaba con una desenvoltura política que rayaba en la insubordinación. «Se dice que los comunistas lo están encerrando a usted en una madeja peligrosa», le dijo López Mateos a Cárdenas.[84] Éste respondió que el único peligro real en América Latina no era el comunismo sino la miseria.[85] Lo sabía por experiencia: en su régimen había combatido la miseria y había mantenido a raya a los comunistas. Sin presidirlo («no puedo: soy expresidente»), contribuyó en agosto de 1961 a la fundación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), nuevo ensayo de unificación de los movimientos y personas de izquierda: lombardistas, expriístas, comunistas, trotskistas e intelectuales. «En realidad», escribe Cárdenas en sus *Apuntes*, con un toque de regocijo, «no simpatiza el licenciado López Mateos con esta organización de la cual formo parte.»

Según Daniel Cosío Villegas, que conocía como pocos los entretelones de la política mexicana, López Mateos quería que Cárdenas se levantara en armas de una vez por todas.[86] Cárdenas llevó su presión a tal extremo, que muchos lo imaginaron rompiendo en dos el tronco del sistema. ¿Se atrevería a hacerlo? Mientras la pregunta siguió en el aire,

Cárdenas disfrutó de su alianza con la joven generación intelectual de izquierda que, entusiasmada con la Revolución cubana y decepcionada del México alemanista, se acogía a la buena sombra del «árbol más gallardo de México», el símbolo de la Revolución que había que recuperar.[87]

Intelectuales comprometidos

El temple burlesco, ácido, irreverente, insatisfecho de la nueva generación intelectual confirmaba una vez más que la teoría generacional de Ortega y Gasset podía aplicarse a México con toda pertinencia. A la generación de 1915, fundadora del orden revolucionario (Gómez Morin, Lombardo y Cosío Villegas), había seguido la generación institucional, llamada por algunos generación de 1929, que con Alemán había consolidado el sistema político mexicano. De acuerdo con el ciclo orteguiano, la siguiente generación debía tener una vocación crítica, y claramente la tenía. Sin proponerse acabar con el orden revolucionario creado por los abuelos (al que veneraban como un pasado mítico), los jóvenes pondrían en tela de juicio la forma en que sus padres lo petrificaron, desviaron y corrompieron.

En octubre de 1945 organizaron un famoso Congreso de Crítica a la Revolución mexicana, cuyo resultado final fue un recuento de las promesas sociales incumplidas. Durante el régimen de Alemán, la generación fundó la revista que daría al grupo su nombre de pila: *Medio Siglo*. En ella intervinieron varios futuros personajes de la vida intelectual mexicana: entre otros Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo y Enrique González Pedrero. «Todos habíamos nacido», escribiría Fuentes, «cuando los cañones de la Revolución aún estaban calientes … viva la imagen de Cárdenas que les había dado honor y esperanza a todos los mexicanos.»[88]

En los años cincuenta, la generación de Medio Siglo rindió sus últimos tributos al nacionalismo revolucionario. Siguiendo la pauta de *El laberinto de la soledad* (la obra maestra del ensayista y poeta más admirado por esa generación: Octavio Paz), los intelectuales buscaron la piedra filosofal de la «mexicanidad» en la historia colonial y prehispánica y en la fenomenología de la vida cotidiana. De pronto, los más lúcidos descubrían que aquel dilatado proceso de inmersión, que provenía de los años veinte, corría el riesgo de varar en ensimismamiento, en solipsismo. Y siguiendo las ideas que el propio Paz agregaba a la segunda edición (1959) de aquel libro, descubrieron que los mexicanos eran, por primera vez en la historia, «contemporáneos de todos los hombres».[89]

Ser «contemporáneos de todos los hombres» significaba algo muy concreto: salir al encuentro de esos hombres, viajar. Tradicionalmente, las generaciones intelectuales mexicanas habían salido poco. Quienes viajaban o vivían largos periodos en el exterior (Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, el propio Reyes) lo hacían en condición de exiliados y cargando siempre, como escribió Reyes, «con la *x* en la frente». En los años cuarenta, siguiendo el ejemplo pionero de Cosío Villegas, algunos economistas habían cursado estudios en Inglaterra; pero, entre los intelectuales, fue Octavio Paz quien puso la «pica en Flandes», viviendo en los Estados Unidos (1943-1945) y Europa (1946-1953) y recorriendo profusamente los países de Oriente. A principio de los años cincuenta, varios exponentes de la generación alcanzaron a Paz en París y siguieron su ejemplo itinerante.

«París era una fiesta», había escrito Hemingway. Para los mexicanos, una fiesta intelectual. Asisten a cursos de historia, filosofía y sociología en la Sorbona, leen *Esprit* y *Les Temps*

Modernes, rondan los cafés existencialistas, siguen con avidez las grandes polémicas de la época entre Sartre, Merleau-Ponty, Breton y Camus. La propuesta de una libertad filosófica y literaria radical (Breton, Camus) o de un cristianismo de izquierda (Mounier) les atrae menos que la opción de Sartre, que por esos años comenzaba a derivar su personal existencialismo hacia la crítica social y el compromiso político con las luchas populares y anticoloniales. Cuando el escéptico rival de Sartre, el liberal Raymond Aron, publicó en 1956 *El opio de los intelectuales,* aludiendo a la ideología marxista que estaba de moda en los ámbitos intelectuales y académicos, los jóvenes mexicanos no lo leyeron o, si leyeron, lo reprobaron: fumaban ese mismo opio. Con todo, en la *Revista Mexicana de Literatura* editada en México a mediados de los cincuenta por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, el héroe intelectual era Albert Camus: «… matizar y comprender, nunca dogmatizar ni confundir». En términos políticos, la propuesta de la generación en los años cincuenta fue la «tercera vía»: «Ni Eisenhower ni Jruschov: nuevas formas de vida y comunidad humana».[90]

Desde un punto de vista político e intelectual, Cuba lo cambió todo. Justo en 1959, año en que morían varios de los grandes personajes de la cultura en la Revolución mexicana (Vasconcelos, Bassols y Reyes; Diego Rivera había muerto dos años antes), Cuba tomaba la iniciativa histórica del continente. Todo el espectro intelectual de México celebró el triunfo de Fidel Castro: desde el viejo derechista y antiyanqui Vasconcelos (que moriría en junio) hasta la eufórica constelación de corrientes de izquierda. El moderado liberal Cosío Villegas, asistía al cumplimiento de su profecía de 1947 y apuntaba: «dos rasgos [de la Revolución cubana], por encima de todos los demás, impresionan a la América Latina: son la resolución o firmeza, y una resolución y una firmeza

puestas al servicio de una buena causa».[91] El editorial de *Siempre!* festejaba «la desaparición de todas las dictaduras del continente y el triunfo de las fuerzas progresistas».[92] «A Fidel Castro Ruz lo han llamado comunista. Es ridículo el cargo», señalaba Carlos Loret de Mola, colaborador de *Siempre!,* y añadía: «Es un rebelde contra la tiranía, afianzado a la devoción por la libertad y la justicia». ¿Qué no se dijo entonces sobre la Revolución cubana? Era la síntesis de «todos los movimientos sociales latinoamericanos, desde Bolívar hasta Zapata», la aurora de América Latina, el inicio de una era de redención.



Agencia Casasola, *Adolfo López Mateos acompañado de una mujer durante su campaña electoral*, 1958. © Núm. de inventario: 243702. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

Para la generación de Medio Siglo, Cuba no fue un acontecimiento histórico sino casi una revelación religiosa. La prestigiosa *Revista de la Universidad,* dirigida por Jaime García Terrés, dedicó un número especial a la Revolución cubana con una gran fotografía de Fidel Castro (puño derecho en alto, puro en los dientes, metralleta en la mano izquierda, gran sonrisa) en la portada. Contenía una crónica de viaje del propio García Terrés, ensayos de Enrique González Pedrero y Carlos Fuentes, testimonios de la prensa extranjera, el célebre discurso de autodefensa «La historia me absolverá» que pronunció Castro ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba tras el frustrado asalto al cuartel Moncada en 1953, citas de otros discursos de Fidel Castro («El verdadero orden es el que se basa en la libertad, en el respeto, y en la justicia, pero sin fuerza»),[93] viñetas y fotos extraordinarias de los jóvenes barbudos que deslumbraban a sus coetáneos mexicanos, haciéndolos sentir incómodos con su vieja y enmohecida Revolución.

La coincidencia del ascenso cubano con la represión del movimiento ferrocarrilero subrayó aún más las diferencias entre las dos revoluciones. En 1960, al cumplir cincuenta años, la Revolución mexicana pareció más petrificada que nunca. ¿Cómo podía justificar ante sí misma la represión de los obreros? Un historiador moderado, Moisés González Navarro, escribió en 1960: «La Revolución mexicana atraviesa su periodo de Thermidor».[94] Los jóvenes intelectuales, que ya en los cincuenta habían criticado el abandono del legado de Cárdenas, no ven mayores diferencias entre Alemán, Ruiz Cortines y López Mateos. Piensan, y no les falta razón, que se trata de una hegemonía generacional, un alemanismo con diversos matices, y denuncian las aristas desagradables de los tres regímenes. Exhiben la ostentación de la burguesía, la

corrupción administrativa, la mentira en la prensa. Condenan el liderazgo de la CTM: para ellos no es más que «charrismo sindical». El modelo económico les parece reprobable porque olvida la justicia social. Y, por encima de todo, detestan la farsa del lenguaje oficial: «… la nueva literatura», escribe Carlos Fuentes, «opone el lenguaje de la pasión, de la convicción, del riesgo y de la duda a un lenguaje: el secuestrado por el poder para dar cimiento a una retórica del conformismo y del engaño».[95]

Siguiendo a Cárdenas, creen que la mejor forma de defender a la auténtica Revolución mexicana está en la defensa de la Revolución cubana. Cuando el conservador periódico *Novedades* despide a Fernando Benítez y a su equipo por defender a Cuba, la revista *Siempre!* los acoge y en ella Benítez funda el suplemento *La Cultura en México,* que será la principal plataforma intelectual de la década. Se harían famosos sus reportajes sobre «la cultura y la Revolución cubana», el viaje a China de Víctor Flores Olea, el recorrido por la URSS de Fuentes. A principios de 1962, el propio Fuentes cubrió la corresponsalía de la revista mexicana *Política* y del semanario *The Nation* en la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en Punta del Este (Uruguay), en la que se sostuvo la incompatibilidad del régimen cubano con la democracia y se votó su expulsión de ese organismo. Dos meses después de la reunión en Punta del Este, y siguiendo a Mills, Fuentes sacaba las conclusiones lógicas:

«La verdadera democracia representativa es la del socialismo, porque únicamente el socialismo puede, en un país subdesarrollado, realizar las transformaciones de estructura capaces de crear las condiciones reales de una democracia. Al determinar la incompatibilidad del único

gobierno latinoamericano que sí es compatible con la democracia concreta, los Estados americanos paradójicamente han declarado su propia incompatibilidad con el futuro y con la historia».

Los intelectuales consideran que su papel está ligado orgánicamente a los movimientos populares, por eso se afilian al Movimiento de Liberación Nacional (MLN), auspiciado por Cárdenas. Consideran que tienen el deber de expresar con claridad y pasión las necesidades del pueblo. Fuentes sintetizaría su programa: «La crisis de México se resume en un imperativo: continuar el proceso revolucionario mexicano; consumar, a partir de la realidad de hoy, la etapa revolucionaria incumplida y aplazada».[96]

A primera vista, parecía una reafirmación por parte de la generación de Medio Siglo de las tesis de Daniel Cosío Villegas y Frank Tannenbaum. Pero había diferencias fundamentales. Aquellos viejos admiraban el instinto popular de Cárdenas y condenaban el viraje histórico del alemanismo, pero no eran ideólogos, no escribían desde una perspectiva marxista, y muy pronto abrigarían serias dudas sobre el futuro de la Revolución cubana.

Al liberal Cosío Villegas le inquietaba la carga de resentimiento antiyanqui que mostraba Castro en sus discursos, no porque el historial norteamericano en Cuba desmereciera esa insistente deturpación sino por la inanidad o demagogia que contenían las escasas propuestas constructivas de Castro sobre Cuba. Por lo demás, agregaba Cosío, «desde el principio, el David llamó en su lucha al … Goliat ruso para luchar contra el Goliat norteamericano. Así, la gallardía del David se empequeñece sensiblemente».[97]

Por su parte, Tannenbaum, el anarquista clásico, el eterno defensor y amigo de Cárdenas, justificaba en un principio la

Revolución cubana con los mismos argumentos que había empleado para el caso mexicano. La concebía, además, como el natural y esperado estallido histórico de resentimiento contra los Estados Unidos por parte de los pueblos latinoamericanos. Demasiados errores se habían acumulado: entre otros, la «doble medida» de ser demócratas puertas adentro y apoyar a dictadores como Trujillo y Somoza; el frecuente maltrato a académicos o escritores liberales, a quienes se les negaba, por resabios del macartismo, la visa para entrar en el país; el racismo subyacente de los gringos hacia los latinoamericanos, considerados como gente inferior o «de color». Tannenbaum tuvo el arrojo de invitar a Fidel Castro a su seminario en la Universidad de Columbia, pero cuando éste tomó el camino comunista, Tannenbaum, el anarquista, lo abandonó. Recordando el desenlace feliz del caso petrolero mexicano, en el que él mismo había intervenido, Tannenbaum reprobaba la expropiación sin indemnización que el gobierno cubano practicó en la isla.

Tan lejos del anarquismo de las comunidades pequeñas como del liberalismo político, los miembros de la generación de Medio Siglo tenían por secundarios los valores de la Constitución de 1857: federalismo, libertades individuales, división de poderes, democracia. Su credo era una mezcla de cardenismo y socialismo: por un lado los temas tradicionales (cumplimiento de la reforma agraria, defensa de los recursos naturales); por otro, un temario de izquierda (robustecimiento del intervencionismo del Estado, sometimiento de la burguesía a los intereses nacionales, antinorteamericanismo militante). En teoría, la preocupación de todos era corregir la injusticia económica y social en México, atenuar la desigualdad y la pobreza, pero a diferencia de Cosío Villegas (que estudió varios años economía agrícola), o de Tannenbaum (que conocía el país a ras de

suelo), la nueva generación intelectual era enteramente urbana, carecía de experiencia práctica en la vida campesina u obrera, y tendía cada vez más a concebir los temas políticos del país y del mundo en términos abstractos e ideológicos.

Vista a la distancia, la entrega de la generación de Medio Siglo a la Revolución cubana parece excesiva. No lo fue en aquel momento. Casi todo el mundo intelectual de la América Latina compartía un ardor o, al menos, una simpatía por la Revolución cubana. En todas partes se percibía la solidaridad con Cuba, se repudiaba al imperialismo yanqui, se buscaba una salida propia hacia el socialismo o, como mínimo, hacia una economía mixta en la que el Estado tuviese una rectoría total.

Con el tiempo, los campos intelectuales de la izquierda mexicana comenzaron a deslindarse. Los más radicales, afiliados al Partido Comunista o a otras sectas de la izquierda revolucionaria, consideraban que la Revolución mexicana era un cadáver. Había sido la última revolución burguesa de la historia, una especie de Revolución francesa excéntrica y tardía que nada tenía que ofrecer al futuro socialista salvo el sacrificio. El atraso económico de México no servía ya como pretexto válido para retrasar el acceso al socialismo. Había que tirar al basurero los gradualismos. ¿No había probado ya Mao Tse-Tung que una sociedad campesina podía saltar las etapas previstas por Marx y acceder al socialismo por la vía rápida?

Aunque la simpatía que sintieron por Fidel Castro tardó largos años, y a veces decenios, en desvanecerse, los intelectuales de Medio Siglo corrieron sus posiciones hacia una izquierda moderada, no muy distinta de la que había predicado siempre Vicente Lombardo Toledano. Terminaron por creer que la Revolución mexicana se hallaba *in articulo*

mortis, pero no era todavía un cadáver. Podía reverdecer. Para recobrar su memoria, Fuentes escribió aquel célebre reportaje sobre la muerte del heredero de Zapata, Rubén Jaramillo. Y ese mismo sentido tuvo su acercamiento, y el de sus amigos, a Lázaro Cárdenas.

En una serie de conferencias sobre «Marxismo y liberalismo» que en 1960 impartió en la Universidad de México, el sociólogo norteamericano C. Wright Mills dijo que envidiaba la influencia política de los intelectuales en América Latina y la consideraba el único factor decisivo de transformación social en los países subdesarrollados. Mills tenía razón: en México, como en toda la América Latina, los intelectuales podían gozar, si se lo proponían, de una influencia pública inimaginable en los Estados Unidos y envidiable para sus académicos. En el ápice de su fama, la fuerza específica de Mills en los Estados Unidos no podía compararse con la de los intelectuales mexicanos, que «son como la conciencia libre del laico protestante, pero en la función pastoral del clero católico».[98] La generación de Medio Siglo, en particular, llegaría a ejercer una influencia colectiva que sólo Vasconcelos había tenido en lo personal. En las aulas universitarias, en sus revistas, libros y artículos, en mesas redondas, conferencias y cafés, educaron ideológicamente a la siguiente generación intelectual, que, completando el ciclo orteguiano, no tendría ya la vocación de criticar sino la de destruir el viejo orden revolucionario. Y también en esos años sesenta, que comenzaban a ser fervorosos, la generación de Medio Siglo preparó el escenario para el decidido viraje hacia el intervencionismo estatal que se daría en los años setenta y ochenta.

Sin leer a Marx, a Sartre o a Mills, Lázaro Cárdenas entendía muy bien la necesidad de una alianza con jóvenes

intelectuales. «Insisto en la gran responsabilidad de los elementos intelectuales y profesionistas del país», dijo a Fuentes; «deben interiorizarse de las necesidades del pueblo y ofrecer soluciones.»[99] Junto con el general, los jóvenes ideólogos presionarían al sistema político mexicano para empujarlo hacia la izquierda. En los años sesenta ya podían hacerlo: la Universidad, la prensa, y el creciente público lector de clase media que consumía sus libros, les permitían vivir con cierta independencia del sistema.

Pasos a la izquierda

A la famosa frase atribuida a Porfirio Díaz «Pobre México, tan lejos de Dios, tan cerca de Estados Unidos», en 1959 cabía agregar: «… y de Cuba». ¿Dónde estaba el justo medio entre el Goliat americano y el David cubano apoyado por el Goliat ruso? No había soluciones fáciles: secundar sin ambages la Revolución cubana provocaría una tensión insostenible con los Estados Unidos, con los empresarios y con la Iglesia mexicana; secundar sin reservas a los Estados Unidos, traería consigo una tensión insostenible con el gobierno revolucionario de Cuba, con los intelectuales y con otros sectores de izquierda, que podrían radicalizarse. El sistema político mexicano confió la delicada misión a la Secretaría de Relaciones Exteriores, dirigida en ese momento por el secretario Manuel Tello, el subsecretario José Gorostiza y, junto a ellos, un grupo notable de diplomáticos de carrera formados en una tradición que se remontaba a los tiempos de Juárez y Díaz, e incluso antes, a los años en que se acuñó el proverbio: «Un texano puede vencer cuando pelea con un mexicano, pero está perdido si parlamenta con él».[100]

En el caso de Cuba, el gobierno de México defendió con denuedo los tradicionales principios de la «no intervención en los asuntos internos de los países» y el «respeto a la

autodeterminación de los pueblos».[101] Si bien avaló (en la reunión de la OEA en 1960) la Declaración de San José, en la que se condenaba «la intervención o amenaza de intervención extracontinental en asuntos de las repúblicas americanas» (la URSS acababa de anunciar que apoyaría a la Revolución cubana), la delegación mexicana solicitó la inclusión de una reserva a su voto en el sentido de que la declaración «no podía interpretarse como una condena al pueblo cubano, cuyas aspiraciones de mejoramiento económico y social cuentan con la más viva simpatía del pueblo de México».[102] Cuando en junio de 1960, el presidente de Cuba, Oswaldo Dorticós, visitó México, López Mateos lo recibió con frases que equiparaban las dos revoluciones: «Nosotros, que hemos recorrido etapas semejantes, comprendemos y valoramos el esfuerzo de transformación que Cuba está llevando a cabo».[103] El presidente parecía dispuesto a robar las banderas de izquierda a Cárdenas, pero cuando el diputado Emilio Sánchez Piedras convirtió la solidaridad con Cuba en un ataque a los Estados Unidos, el Departamento de Estado mostró tal extrañeza que Tello, el secretario de Relaciones Exteriores, tuvo que recurrir a los modales republicanos y señaló que, «de acuerdo a nuestra Constitución», la dirección de la política internacional del país radicaba en el poder ejecutivo.[104]

Tras superar un temprano conflicto con Guatemala inducido por el Departamento de Estado norteamericano, el gobierno de López Mateos tendió siempre puentes a Eisenhower no sólo mediante la celebración de visitas recíprocas y reuniones interparlamentarias, sino apoyando en las Naciones Unidas la política internacional norteamericana en prácticamente todos los casos a excepción del cubano (ejemplo: México votó en contra del reconocimiento de China). En tiempos de Kennedy, las relaciones se hicieron

aún más fluidas. Pero no era sólo el proyecto de la Alianza para el Progreso, o la perspectiva de una futura visita de Kennedy a México lo que acortaba la distancia entre los dos gobiernos: era la definición comunista de Cuba la que, lejos de agravar el problema para México, le abrió el camino de la solución.

Tras la fallida invasión de Playa Girón, el gobierno mexicano comenzó a obstaculizar las manifestaciones públicas de solidaridad con Cuba, impuso severos controles policiacos a los pasajeros que iban o regresaban de la isla, confiscó materiales de propaganda y adoptó una actitud de tolerancia hacia los grupos empresariales y confesionales que llevaban a cabo una intensa campaña de desprestigio contra la Revolución cubana. A principios de 1962 se celebró en Punta del Este (Uruguay) la VII Reunión de Consulta de la OEA. Los Estados Unidos pretendían que los países miembros rompieran relaciones con Cuba y decretaran el bloqueo de la isla. El secretario Manuel Tello declaró:

«Parece, pues, indudable que existe una incompatibilidad entre la pertenencia a la Organización de Estados Americanos y una profesión marxista-leninista, como lo sería también con una profesión monárquica absoluta. Con la misma energía con que defendemos el derecho a la autodeterminación de los pueblos, del pueblo cubano por consiguiente, sostenemos que es inconciliable la calidad de miembro de nuestra organización con la adopción de un régimen cuyas características no son las de las democracias representativas».[105]

Sin embargo, a renglón seguido, México compensó a Cuba rechazando su expulsión mediante una argucia de procedimiento: la carta de la OEA no preveía la posibilidad de expulsar a un Estado miembro.

Ese mismo año, en ocasión de la llamada «crisis de los misiles» de octubre, México se sumó a la unánime resolución del Consejo de la OEA relativa al desmantelamiento y retiro de todas las armas nucleares instaladas en Cuba que tuvieran «capacidad ofensiva». Previamente López Mateos había declarado: «Estamos con las filas de la democracia; lucharemos por la paz y la libertad».[106] Pero, una vez más, la delegación mexicana introdujo una reserva: la resolución no debería tomarse como justificación para un ataque armado.

La pauta se repitió en noviembre de 1963, cuando el gobierno de Venezuela denunció el agresivo apoyo de Cuba a los grupos insurgentes venezolanos. En la reunión correspondiente, México advirtió que, en caso de que la mayoría de los miembros de la OEA exigieran el rompimiento diplomático y la imposición de sanciones al gobierno cubano, no las acataría. Según la tesis mexicana, la acción cubanano había llegado a constituir una violación de la soberanía venezolana ni de su integridad territorial. La IX Reunión de Consulta de la OEA, celebrada en Washington en 1964, obligaba a los países miembros que aún mantenían relaciones con Cuba a romperlas definitivamente. México rechazó la resolución correspondiente y mantuvo el vínculo diplomático y la conexión aérea con Cuba.

El gobierno de Kennedy comprendió muy pronto el sutil equilibrio de la política exterior mexicana. México no podía sumarse a la condena panamericana a Cuba por dos razones: el peso de la historia y los riesgos de la guerrilla. A partir de Juárez y su célebre apotegma «El respeto al derecho ajeno es la paz», a lo largo del régimen porfiriano, en la época del tozudo Carranza, en tiempos de Calles y Cárdenas, la obsesión del gobierno mexicano había sido proteger la soberanía del país (sus recursos naturales, su cultura y, en

última instancia, hasta su integridad territorial) de la influencia norteamericana. Todavía en 1927 Calles había temido una invasión de *marines*. Se habían diseñado doctrinas diplomáticas enteras para contrapesar al «gigante de al lado». Era difícil que el breve paréntesis del *New Deal* y el panamericanismo borraran de un plumazo la gravitación del pasado y la consecuente necesidad de una ideología nacionalista.

La otra limitación era más práctica e inmediata, y Venezuela la sentía en carne propia. Cuba comenzaba a exportar su revolución. Con el tiempo, surgiría la idea de crear en América Latina «uno, dos, mil vietnames». Ese sueño llevaría al «Che» Guevara a Bolivia. El ambiente político en México parecía propicio. Estaba abierta la herida de los ferrocarrileros, y en la agreste y paupérrima sierra de Guerrero comenzarían a brotar focos guerrilleros. En las universidades de los estados abundaban cada vez más los jóvenes impacientes que soñaban con «irse para la sierra». México tenía que comprar seguridad, y el precio, bien visto, no era excesivo. Frente a Cuba, tenía que ser la excepción a la regla. Podía hacerlo con naturalidad, porque precisamente en México, y gracias a México, Fidel Castro había preparado su revolución. Por lo demás, un factor no político sino moral, facilitó la postura de apoyo: la sincera simpatía inicial hacia una revolución que parecía hija de la libertad y la justicia, no del comunismo; de Martí, no de Marx.

En su visita a México en junio de 1962, Kennedy reconoció que los fines fundamentales de la Revolución mexicana eran los mismos que los de la Alianza para el Progreso: justicia social y progreso económico dentro de un marco de libertad tanto individual como política. Un año después, en una ceremonia que la prensa mexicana resaltó hasta el delirio, los Estados Unidos devolvieron a Mexico una pequeñísima franja

de territorio fronterizo, que se hallaba en litigio desde el siglo XIX, llamada El Chamizal. Ciento setenta y siete hectáreas de tierra desértica no acrecentarían gran cosa la riqueza nacional, pero eran una reivindicación arrancada a las entrañas del gigante. Cadáver o agonizante, la Revolución mexicana seguía ganando batallas.

Por su parte, Fidel Castro agradeció siempre la posición mexicana con respecto a su gobierno. En 1964 declaró:

«A México, al gobierno de México que ha mantenido la posición más firme, nosotros podemos decirle que nos inspira respeto, que con el gobierno de México estamos dispuestos a conversar y discutir, y … estamos dispuestos a comprometernos a mantener una política sometida a normas, normas inviolables de respeto a la soberanía de cada país y de no inmiscuirnos en los asuntos internos de ningún país».[107]

Ahora el viejo proverbio podía ampliarse. No sólo los texanos y por añadidura los norteamericanos, «estaban perdidos» si parlamentaban con los mexicanos: los cubanos también.

Silogismo fácil: si Cárdenas era revolucionario y Cárdenas había expropiado el petróleo, ¿qué debía hacer un presidente revolucionario además de repartir tierras (o puntas de cerros)?: expropiar una gran industria en manos extranjeras. Para fortuna de López Mateos, había un sector industrial en esas condiciones: el eléctrico. La ventaja con respecto a 1938 es que ambas compañías, la norteamericana, propiedad de Bond & Share, y la Mexican Light and Power Co., de propiedad belga, querían vender.

A raíz de los conflictos sindicales de 1959, el gobierno había prohibido el alza de tarifas que las compañías solían realizar en función de las inversiones. El presidente del Banco Mundial se quejó con el presidente López Mateos y calificó de

aberración la imposición de un tope de tarifas, pero sólo logró que éste lo echara literalmente de su oficina. (Por varios años, el Banco Mundial vetó a México.) En tales circunstancias, López Mateos pretendía expropiar, pero Antonio Ortiz Mena, su secretario de Hacienda, lo disuadió, aduciendo que era mejor «nacionalizar», es decir, negociar el arreglo pertinente en cada caso. La compañía norteamericana accedió a un arreglo ventajoso para México: vender sus activos, otorgar un plazo de quince años al 6 por ciento de interés y, por añadidura, invertir en México el producto de la operación. El caso belga requirió más imaginación financiera. Se colocaron las acciones gracias al crédito que México comenzaba a gozar en el mercado internacional. Así, el 27 de septiembre de 1960, a medio siglo del estallido de la Revolución, el gobierno tomaba pacífica posesión de la industria eléctrica con todo y su personal e instalaciones. Económicamente, la operación fue mucho más clara y barata que la expropiación petrolera. Políticamente, careció del dramatismo de 1938, pero reportó grandes dividendos: representaba la reivindicación de los recursos naturales, la bandera principal del cardenismo.[108]

Para doblegar a Cárdenas, había que imitar a Cárdenas, y revivir otros momentos de la obra revolucionaria. Por ejemplo, la de Vasconcelos, tan cercana al alma de López Mateos. Él mismo había editado libros de cultura popular en los años treinta. En febrero de 1959, y bajo la dirección de Martín Luis Guzmán, se creó la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, cuyo objetivo era editar y distribuir millones de textos únicos para los niños de las primarias mexicanas. Siguiendo también las huellas de Vasconcelos, el gobierno de su discípulo restauró la práctica de los desayunos escolares y puso en marcha un «plan de once años» para elevar el nivel educativo del país. Como un eco del entusiasmo ecuménico de la cultura en los años

veinte, proyectó e inauguró varios museos dignos de la historia mexicana: el de Historia Natural, el de la Ciudad de México, el del Virreinato (en el excolegio jesuita de Tepotzotlán) y, presidido por la inmensa mole del dios Tláloc de la lluvia, el extraordinario Museo Nacional de Antropología, en cuyas paredes se inscribió un llamado al mexicano a «mirarse con orgullo en el espejo de su pasado».

Nadie, ni siquiera el reacio general Cárdenas, podía negar la obra pública del régimen, que no sólo nacionalizaba empresas o alentaba un poco el viejo ímpetu educativo, sino que lograba avances en la salud: erradicó el tifo, el paludismo, la viruela, la fiebre amarilla, y construyó en 1961 un centro médico de nivel internacional. Por lo demás, no cabía duda de que el nombre de México repuntaba en la bolsa del crédito financiero y político del mundo. Los años de «orden, paz y progreso» que el país disfrutaba desde 1940 comenzaban a redituar, pero el proceso de reacreditación se aceleró con la diplomacia activa que realizó, personalmente, Adolfo López Mateos.

En la presidencia, su pasión andariega encontró un cauce creativo: sería el embajador de México en el mundo. Si Cárdenas no salió de México hasta cumplir sus sesenta y dos años, y añoraba siempre sus «caminitos de Michoacán», López Mateos aprovechó la presidencia para llevar su sonrisa cordial y la tradicional cortesía mexicana por los caminos del planeta. En octubre de 1959 viajó a los Estados Unidos y Canadá. Poco después, a Venezuela (donde sufrió un terrible ataque de migraña), Brasil, Argentina, Chile y Perú. En octubre de 1962 llegó a Oriente: la India, Japón, Indonesia y Filipinas. En el Pacífico lo sorprendió la «crisis de los misiles», pero confiaba en que el país permaneciera tranquilo, sin mayor agitación, gracias a los eficaces servicios de su

secretario de Gobernación, «Gustavito»[109] Díaz Ordaz. En Europa visitó Francia, Yugoslavia, Polonia, Países Bajos y la República Federal Alemana. En sus viajes lo acompañaban buena parte de su gabinete e invitados de la iniciativa privada. La gente celebró los frutos de las jornadas internacionales de su presidente: la recuperación del Chamizal, la postura en favor del desarme nuclear y, hacia el final del sexenio, la designación de México como sede de los Juegos Olímpicos de 1968. El pueblo, acostumbrado a las ausencias presidenciales, comenzó a llamarlo «López Paseos» o el «Golfo de México», pero no había auténtica reprobación en esos sobrenombres. Espontáneos y «acarreados» aplaudían al presidente cuando, desde el balcón de Palacio, tras uno de sus viajes, exclamaba con voz y gesto de orador, como si hubiese regresado de la batalla de las Termópilas: «¡Mexicanos, me reintegro a la patria, con la misma bandera…!» El entusiasmo (sin precedentes para un país volcado hacia adentro) de salir al mundo y recibir a los grandes estadistas alcanzó su apoteosis con la visita a México de Charles de Gaulle, cuyas palabras probaban que, en 1964, el país había vuelto a ganar un lugar modesto, pero visible y respetado, entre las naciones: «Francia admira a México por su estabilidad política, su desarrollo económico y su progreso social». Algo misterioso y extraordinario debía tener una «Revolución Institucional», diría De Gaulle, mientras recibía la entrega eufórica de un pueblo adorador de grandes líderes.[110]

«México no es un país neutral, sino independiente»,[111] proclamaba López Mateos, y la izquierda moderada de México no podía desechar por demagógicas esas palabras. El régimen había demostrado su independencia relativa en el caso de Cuba y en su cercanía a los países emergentes del Tercer Mundo (López Mateos admiraba a Tito). Tal vez por eso, y en vista del tenue rejuvenecimiento que fue la tónica del

régimen, el agudísimo instinto político del general Cárdenas llamó a retiro. «Al final se arreglaron», diría Antonio Ortiz Mena. Puesto a escoger entre la «institucionalidad» de una «Revolución» que él mismo había construido y la oposición inspirada en una revolución admirada pero ajena como era la cubana, Cárdenas optó por lo primero.

Para desconcierto de muchos miembros del MLN y aun de viejos compañeros de lucha, como Heriberto Jara, Cárdenas aceptó el puesto de vocal de la Comisión del Balsas que López Mateos le había ofrecido con insistencia. Jara impugnaba al expresidente porque el régimen no había excarcelado a los presos políticos. Cárdenas respondió que en la Comisión podía defender con éxito los codiciados yacimientos férreos de Las Truchas, en Michoacán. Por lo demás, sentía que el MLN había servido al propósito de empujar a la Revolución a la izquierda, pero no había cuajado como el grupo unificador de las distintas fuerzas «auténticamente revolucionarias» del país. Era hora de dejarlo a su suerte.

Con todo, su cooperación con el régimen fue condicional y ambigua. En diciembre de 1963, Cárdenas lamentaba en sus *Apuntes* el agotamiento político del sistema. No era la primera vez que lo hacía. Él mismo, durante su régimen, había sido todo menos un demócrata republicano, pero no veía mayor necesidad de autocrítica. Sus palabras se volvieron desusadamente duras y acertadas. Cárdenas se acercaba a la óptica de la democracia: «El proceso político … ha caído en una nueva dictadura que amenaza la paz interior del país si no cambia su estructura y abre paso a las nuevas generaciones que vengan a darle otras tónicas al ejercicio político del pueblo mexicano que luchó en la Revolución inicial por dos principios: sufragio efectivo y no reelección».[112]

Su cargo en el Balsas no le impedía realizar actos simbólicos

de oposición. Un 15 de septiembre asiste como un ciudadano más a la celebración del «Grito» de independencia en el Zócalo de la ciudad de México. Aquella noche llovía y algunos agentes de tránsito lo invitaron a pasar al Palacio Nacional. Cárdenas les agradece la deferencia, pero no acepta. En los días finales del sexenio, escribe al presidente una carta de la mayor claridad pidiendo una amnistía para los presos políticos: «Toda represión por causas ideológicas, políticas o sociales debilita la fuerza de las instituciones republicanas, democráticas y progresistas». Aunque algunos presos, entre ellos Siqueiros, salieron libres al concluir el periodo de López Mateos, la carta no obtuvo respuesta.

Para entonces, Cárdenas habría comprometido su apoyo al candidato presidencial Gustavo Díaz Ordaz. Al margen de las insalvables diferencias que lo habían separado de López Mateos, Cárdenas sabía que el apoyo al candidato oficial era una regla de oro en la «institucionalidad». Esta vez no la regateó. Por lo demás, las declaraciones del candidato en su gira electoral lo alentaban: «El problema del campo es el más angustiosamente grave en el horizonte de México … El simple reparto de los latifundios que aún quedan abiertos o simulados, ya no alivia la angustia de muchos millones de mexicanos».

El apoyo de Cárdenas al candidato Díaz Ordaz equivalía a una condena a muerte para el MLN (cosa que ocurrió en unos años) y ponía en serios predicamentos a la Central Campesina Independiente, fundada también a la sombra del «árbol más gallardo de México».

Así, mientras el PAN se acogía a una novedosa reforma política que creaba los «diputados de partido» (y gracias a la cual incrementó a veinte sus representantes en la Cámara de Diputados), la izquierda política volvía a su estado de

pulverización. Pero, en medio del naufragio de los partidos y las sectas, un poderoso sector seguía viento en popa: la izquierda cultural o intelectual.

Daniel Cosío Villegas, el hombre de las moralejas, extrajo la lección que correspondía al comportamiento de la izquierda y los intelectuales en el agitado sexenio de López Mateos. La preocupación central de Cosío era la salud política del país. Sabía que, con un gobierno cercano a la monarquía absoluta y sin contrapesos, «la paz, el orden y el progreso» eran tan endebles como en la época porfiriana. Por eso el país necesitaba una izquierda moderna e intelectuales independientes. El desempeño de ambos, por desgracia, le parecía insuficiente.

En «México y su izquierda», conferencia de 1963, Cosío señaló la dificultad que implicaba el carácter progresista de los gobiernos mexicanos para el desarrollo de una izquierda sana e independiente. El gobierno miraba constantemente hacia su hombro izquierdo, y en cuanto sentía una presión peligrosa, acostumbraba «dar pasitos» hacia ese rumbo. El sistema camaleónico desarmaba e incorporaba a la izquierda. Otro escollo residía en el hecho de que en México casi todos los intelectuales de izquierda han vivido del gobierno y a cambio de esa seguridad personal ceden, así lo admitan o no, buena dosis de independencia.

El panorama de las organizaciones no resultaba consolador. Un Partido Comunista pequeño, falto de ideas, aunque leal y disciplinado; un Partido Popular Socialista poco consistente, con ideas, pero cada vez más imbuido de una ideología netamente comunista, retrato fiel de su líder Vicente Lombardo Toledano. Un solo «leñador» era capaz de partir en dos al PRI y de acaudillar junto con su ala izquierda a toda la izquierda nacional: Lázaro Cárdenas. Pero Cárdenas no

estaba dispuesto a hacer leña del gobierno. México necesitaba con urgencia una izquierda madura, inteligente, responsable, para lo cual el crítico ofrecía su receta, más intelectual y moral que política:

«Evitar las reacciones "irracionales, superficiales y caprichosas" frente a los problemas del país … Dejar de ser candil en la calle y oscuridad en la casa: atender a los problemas mexicanos y discurrir soluciones concretas que parten del estudio de esta realidad, no copiar recetas ajenas ni esperar que los grandes líderes internacionales de la izquierda las envíen … Concretar su labor intelectual a un problema. Por ejemplo: el desarrollo económico y social de México o la racionalización del poder ejecutivo».[113]

El «vehementísimo deseo de poder» que mostraban los intelectuales mexicanos no alarmaba a Cosío Villegas. El mismo Cosío lo había sentido y padecido toda su vida. La cuestión en 1964 era averiguar si la política que hacía el intelectual era la correcta. «Hija clarísima de una amarga frustración, la política que hace este intelectual es la peor imaginable y posible: esporádica, negativa, sirve de música y acompañamiento a algún vivales que lo incita a "adherirse" a un homenaje o a una protesta.»[114] El hecho singular de que la Universidad desempeñara la «función necesaria y nobilísima de permitir a un grupo de hombres pensar y expresarse con independencia del gobierno»[115] no era apreciado suficientemente por el propio intelectual que habitaba en ella y de la que vivía confortablemente: en lugar de afianzarla, de promover en ella un pensamiento y una expresión «inteligentes, justos y desinteresados», había tolerado que se convirtiera no en una casa de estudios sino en «una tierra política de nadie donde todos meten la mano».

En definitiva, el intelectual cargaba con buena parte de

responsabilidad en su impotencia. No había demostrado tener muchas ideas originales sobre los problemas del país, y menos todavía tenerlas como verdaderas convicciones. Aun faltándole inteligencia e imaginación, «su acción política tendría algún sentido si contara con una fortaleza moral visible capaz de granjearle respeto público».[116]

Las ideas de Cosío apuntaban hacia una moraleja. No había mejor tarea para el intelectual mexicano que olvidar de una buena vez el sueño de convertirse en filósofo-rey, o de ejercer el papel de «eminencia gris» o ideólogo del poder. Lo mejor era ensayar la *terra incognita* de la crítica independiente.

«¿Por cuál camino, señor presidente?»

Dar «pasitos a la izquierda» significaba provocar de inmediato reacciones de la derecha, es decir, despertar la suspicacia de dos poderes «no tan subordinados» que podrían inquietarse hasta llegar a la amenaza de la insubordinación: los empresarios y la Iglesia.

Extrañamente, los severos «palos» que a diestra y siniestra repartió el régimen a los sindicatos insurgentes al principio del sexenio no bastaron para convencer a los grupos más poderosos de la iniciativa privada de que el sistema no toleraría la captura del movimiento obrero por parte de los comunistas. A la vista de la retórica revolucionaria del gobierno y por los elogios a la Revolución cubana, los empresarios sospechaban proclividades estatistas, socialistas y, en último término, comunistas en el presidente de la República. López Mateos, por su parte, incurrió en fórmulas verbales que parecían diseñadas para provocar las alarmas de la iniciativa privada. Una pauta de mutua desconfianza complicó las relaciones entre los dos poderes durante la primera mitad del sexenio.

El primer caso de litigio entre el gobierno y la iniciativa

privada ocurrió alrededor de los libros de texto únicos. El empresariado, en particular el de Monterrey, reaccionó ante lo que consideraba una intromisión inadmisible del Estado en el ámbito de la libertad que tenían los padres de escoger la educación conveniente para los hijos. No mucho tiempo después, en un discurso que provocó revuelo, el presidente calificó al régimen como «de extrema izquierda dentro de la Constitución».[117] Más que un lineamiento político real, la frase era una argucia retórica ante la izquierda que presionaba desacreditando a la vieja Revolución mexicana frente a su joven homóloga cubana. Era también, tal vez, una compensación retórica a los recientes encarcelamientos de líderes obreros. Pero la iniciativa privada lo leyó como una señal clara de un cambio de rumbo: ayer Cuba, mañana México.

Las consecuencias económicas de la incertidumbre no se hicieron esperar: bajaron las inversiones, salieron capitales, declinó el turismo. La compra de la industria eléctrica por parte del gobierno pudo verse todavía como un arbitrio político, pero la adquisición de las cadenas de cines no parecía tener otra justificación que la de obedecer a una política de expansión económica estatal. Cuando el presidente del PRI, el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, se propuso suavizar aquella frase, sólo logró complicar el cuadro: el régimen de López Mateos, dijo, no era de «extrema izquierda» sino de «atinada izquierda» frente a los problemas del país.[118] El secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, terció afinando aún más el concepto: se hablaba de izquierda en el sentido de «estar atentos a las necesidades y a los afanes de las grandes mayorías», ésa era y había sido «la esencia de la Revolución mexicana».[119] A la postre, ninguna explicación funcionó.

Aquello no era un divorcio, pero sí un distanciamiento. Por un tiempo abundaron los desplegados en los periódicos en los que las diversas organizaciones de la iniciativa privada alertaban al público sobre los peligros de una estatización de la economía que sería «totalmente nociva y desquiciante para México». Por fin, el 24 de noviembre de 1960, apareció en los periódicos un texto que resumía la postura de la iniciativa privada: «¿Por cuál camino, señor presidente?»

Suscribían el texto las grandes organizaciones de la iniciativa privada mexicana: industriales, banqueros, comerciantes y empresarios en general. Manifestaba, de entrada, la «positiva intranquilidad» con la que esos sectores veían el rumbo que tomaba la política económica y el gasto público. Concedían que las recientes adquisiciones de empresas privadas por el gobierno estaban «plenamente justificadas desde el punto de vista político», pero se preguntaban si la operación se detendría en la industria eléctrica o abarcaría nuevas áreas como la siderurgia, el azúcar o los transportes. «¿Es que nos encaminamos, a través del intervencionismo económico, hacia el socialismo de Estado?»,[120] se preguntaban los empresarios, señalando a continuación que el número de empresas de participación estatal en organismos descentralizados alcanzaba ya la cifra de trescientas ochenta. La experiencia exitosa de varios países industrializados —argumentaban— y los desastres recientes del peronismo argentino eran prueba evidente de que el camino que debería seguir México era el inverso del que el gobierno parecía dispuesto a tomar: vender, no adquirir empresas. El documento, escrito con comedimiento por un empresario con sólida formación filosófica, Juan Sánchez Navarro, reiteraba la «tradicional tesis de colaboración con el gobierno», pero al mismo tiempo lo emplazaba a responder con claridad a la pregunta que en su título formulaba.

El gobierno respondió de inmediato y con desusada amabilidad a través del secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena. El objetivo del régimen, explicó, era «favorecer el desarrollo económico del país sin competir con la iniciativa privada». Su intervención en algunas empresas había sido realizada a solicitud de los propios empresarios, para evitar quiebras y cierre de fuentes de trabajo. Los términos y el tono de la respuesta tranquilizaron los ánimos. Pero quedaba un capítulo pendiente: Cuba.

Con vistas a la reunión de la OEA en Punta del Este, y en acción conjunta con cuerpos representativos de la Iglesia, los empresarios presionaron públicamente al gobierno de López Mateos para que pronunciara sin ambages su condena al comunismo y al régimen «intervencionista y tiránico» de Fidel Castro. En Punta del Este, el canciller Tello se extrajo un as de la manga: si bien condenó al comunismo, no avaló la expulsión de Cuba.

Tras aquella declaración, los empresarios cambiaron su postura. La Concamin envió a López Mateos un mensaje en el que celebraba «la revitalización de la confianza de los hombres e instituciones de la iniciativa privada». La Asociación de Banqueros no se quedó atrás y afirmó: «… tenemos la absoluta seguridad de que el gobierno y la iniciativa privada estrecharán cada día más sus lazos». El recién creado Consejo Nacional de Hombres de Negocios —la cúpula de cúpulas de la iniciativa privada— respiró con alivio. Entonces «se inició nuevamente la industrialización sana del país, aunque todavía bajo el signo del proteccionismo», recordaba el fundador del organismo, Juan Sánchez Navarro.[121]

Las relaciones entre la iniciativa privada y el gobierno volvían a ser cordiales, tanto como en la época de Alemán. El

cambio se fincaba en las definiciones «claras» del gobierno con respecto a Cuba y a la izquierda radical del país, pero implicaba sobre todo un ajuste en la percepción que los empresarios tenían sobre los actos y las palabras de los gobernantes en turno. Un diálogo entre Juan Sánchez Navarro y Antonio Carrillo Flores ilustra a la perfección el nuevo entendimiento. Carrillo Flores, que había sido director de Nacional Financiera con Alemán, ministro de Hacienda con Ruiz Cortines, y a la sazón ocupaba la embajada de México en Washington con López Mateos, preguntó a su amigo y compañero de golf, Sánchez Navarro:

« —¿No tienen ustedes suficiente libertad?

»—Sí, pero está amenazada por el gobierno.

»—Deben ustedes distinguir las formas del contenido».[122]

Los empresarios no sólo comenzaron a distinguir el fondo de Adam Smith de las formas socialistas. Aprendieron a apreciar también el fondo y la forma, ambos certeros, de varias medidas económicas tomadas por el gobierno e instrumentadas por el notable secretario de Hacienda, Ortiz Mena.

Por iniciativa del gobierno y a menudo con participación estatal, surgieron varios proyectos viables e imaginativos: polos de desarrollo turístico, fomento de zonas fronterizas, integración de una marina mercante, industrialización del henequén en Yucatán, plantas petroquímicas, sustitución de importaciones en la industria automotriz… La buena administración pública mantenía la deuda externa en niveles mínimos; colocaba, por primera vez desde 1913, emisiones de obligaciones en el mercado europeo y norteamericano; respetaba escrupulosamente la autonomía del Banco de México, administrado a su vez, con pulcritud, por Rodrigo Gómez; y ejercía, en fin, una pragmática alternancia de

medidas keynesianas y monetaristas que, al cerrar el sexenio, logró niveles de crecimiento superiores al 10 por ciento con una inflación del 2 por ciento y un incremento neto de salarios del 6 por ciento anual. La tesis de que sólo la iniciativa privada podía manejar productivamente las empresas se veía atenuada, en los hechos y los números, por un grupo particularmente hábil y capaz de funcionarios cuyo éxito dependía, ante todo, de aquella vieja tradición porfiriana, respetada por todos los gobiernos revolucionarios: la autonomía del sector hacendario y financiero, la independencia de los sucesivos herederos de José Yves Limantour.[123]

Al final del sexenio, los empresarios no sólo afirmaban su subordinación política al presidente y al sistema sino que la veían como una bendición. «Que los políticos se ocupen de la política, nosotros nos ocupamos de la economía», era su convicción. Al fin y al cabo, decía un prominente banquero, «todos estamos en el mismo barco», «todos somos revolucionarios».

Cristianismo sí, comunismo no

La Iglesia reaccionó también contra la retórica izquierdista de López Mateos y la amenaza, real o imaginaria, de que México siguiera el camino de Cuba.

A finales de 1960, después de secundar a sectores influyentes de la iniciativa privada y asociaciones de padres de familia en su batalla contra la introducción oficial del libro de texto gratuito, la Iglesia comenzó a desplegar una intensa movilización pública. La Asamblea del Episcopado Mexicano, celebrada en México en octubre de ese año, aprobó un manifiesto en el que advertía al país sobre el peligro de caer víctima del comunismo. En abril de 1961, tras la invasión de Playa Girón, se organizó una campaña de «afirmación de

valores cristianos». En mayo, cincuenta mil personas se reunieron en la Basílica de Guadalupe. El pretexto era el aniversario de la encíclica *Rerum Novarum,* pero el motivo de fondo era otro, como describió en el semanario católico *Señal* el escritor Vicente Leñero:

«En la fachada una enorme imagen de la Virgen de Guadalupe, abajo, frente a la puerta, un estrado y un micrófono. Mantas, cartelones por todas partes en los que se condenaba al comunismo, en los que se repetía el lema definitivo: "Cristianismo sí, comunismo no", se repartían volantes, se entonaban himnos, se gritaba, había exaltación, entusiasmo».

Semanas después, diversas marchas del mismo género se llevaron a cabo en varias ciudades del país. «Una manifestación sin precedentes en los últimos años» tuvo lugar, según órganos de izquierda y derecha, en la piadosa y extremista ciudad de Puebla. En julio, esa misma ciudad fue escenario de un enfrentamiento entre estudiantes que marchaban en apoyo de Cuba y otra que se manifestaba contra el «ateísmo rojo». Mientras la tropa patrullaba las calles y sitiaba la Universidad Autónoma de Puebla, en las ventanas de las casas comenzaron a aparecer calcomanías o letreros autoadherentes con la frase consagrada: «Cristianismo sí, comunismo no», «Éste es un hogar decente, no se acepta propaganda protestante ni comunista». Coincidiendo con el movimiento, se formó un Frente Cívico Mexicano de Afirmación Revolucionaria. Lo integraban, «entre otras personalidades», varios exgobernadores y dos expresidentes: Abelardo L. Rodríguez y Miguel Alemán. Su propósito era defender «la nacionalidad de la infiltración de doctrinas extrañas a nuestra idiosincrasia».

Como en el caso de los empresarios, la definición del

gobierno con respecto a Cuba calmó los ánimos. México no se orientaba hacia la izquierda, ni siquiera hacia la «extrema izquierda dentro de la Constitución», sino a una reafirmación de su propio camino. El general Lázaro Cárdenas (esfinge que sólo hablaba como el oráculo, cuando la nación lo reclamaba) declaró: «… la presente es la hora de la unidad y de la cooperación sin reservas».

Parecía la vuelta a la paz porfiriana, al viejo y conocido rumbo de la conciliación. La Iglesia seguía fortaleciendo su estructura interna, ampliando su labor pastoral, absorbiendo áreas cada vez mayores de la educación privada, pero el cambio más importante no era del todo visible y tardaría algunos años en manifestar su creciente importancia. Una nueva generación de sacerdotes (educada, como siempre, en la Universidad Gregoriana de Roma o en el Colegio de Montezuma en los Estados Unidos, pero expuesta por primera vez a otras corrientes filosóficas occidentales en boga, como el marxismo, el existencialismo y el personalismo) se incorporaba a las labores sacerdotales, incluso en los niveles episcopales, con un espíritu distinto y aun opuesto al de sus predecesores. Marcados profundamente por los trabajos del Concilio Vaticano Segundo, convocado por Juan XXIII y al que varios de ellos acudieron, estos sacerdotes adoptarían su forma personal de *aggiornamento:* en un proceso de auténtica conversión, pasarían de la militancia cristiana de derecha —de corte cristero— a la militancia cristiana de izquierda, vinculada a las diversas variedades de la teología de la liberación. Como un signo de los tiempos, la orden aristocrática por excelencia, la de los jesuitas, modificaría radicalmente su orientación, abandonando la tradicional educación de las élites y optando por lo que se llamó la «opción preferencial por los pobres». El obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, sería por muchos años el

hombre representativo de esta nueva tendencia: habiendo abrigado convicciones conservadoras, tras el concilio adoptó posturas radicales que a la larga lo llevarían a alabar a Fidel Castro como a un nuevo Cristo. Sin llegar a esos extremos, en el norte del país, varios sacerdotes se acercaron con mayor sentido de responsabilidad social a los grupos y movimientos campesinos. En Monterrey, algunos sectores jesuitas se convertirían en el embrión de los movimientos guerrilleros de los años setenta. Finalmente, en el sureste del país, en la olvidada región de Chiapas, donde persistía una opresión social y racial no muy distinta a la de los tiempos coloniales, un nuevo obispo nacido en el Bajío, corazón mismo del México cristero, tomaba posesión de la antigua sede de Bartolomé de las Casas. Allí redescubriría, por cuenta propia, que los agravios contra los que había luchado cuatrocientos años atrás aquel fraile apasionado seguían vigentes. Su nombre: Samuel Ruiz.

Un dios enfermo

Se atribuye a López Mateos un cuento: «Durante el primer año la gente te trata como Dios y la rechazas con desprecio; en el segundo te trata como Dios y no le haces caso; en el tercero te trata como Dios y lo toleras con incredulidad; en el cuarto te trata como Dios y comienzas a tomarlo en serio; en el quinto te trata como Dios y no sólo lo crees: lo eres».

El saldo político del quinto año de gobierno le daba pie a sentirse Dios. Había pasado casi indemne una prueba de fuego. En el primer círculo del sistema, la subordinación se había reforzado: el ejército comprobaba su lealtad, los caciques pasaban a la historia, los obreros y campesinos se alineaban a la consigna del «pan o palo», los diputados, senadores, gobernadores y presidentes municipales seguían obedientemente subidos al «carro completo». En el segundo círculo parecía haber arrestos de insubordinación, pero a la

postre todo cambió para seguir (casi) igual: los empresarios reconciliados, la Iglesia tranquila, la prensa casi toda servil, muchos intelectuales afiliándose (de manera abierta o vergonzante) al PRI. En el tercer círculo, incluso el PAN parecía complacido con la reciente reforma electoral. Sólo en las nuevas zonas de la izquierda (la cultura, las universidades públicas y los sectores de la Iglesia comprometidos con la «opción por los pobres») se gestaba un movimiento opositor al sistema tan radical como el cristero o sinarquista, pero inspirado esta vez no en el grito de «¡Viva Cristo Rey!», sino en el triunfo de la Revolución cubana.

De todo ello, sin embargo, la economía del país no se daba por enterada: crecía sólidamente al 6 por ciento. En el exterior se hablaba del «milagro mexicano». Parecía el mejor de los mundos posibles, como ilustra uno de los chistes más populares del sexenio: «Cuando a López Mateos se le solicitan órdenes sobre la agenda del día, contesta: "¿Qué nos toca ahora: viaje o vieja?"» En muchos momentos, el chiste había correspondido a la realidad. Cuando no viajaba por los caminos del mundo, el presidente invitaba a algún amigo, abordaba su flamante Masseratti, y escapándose de su propio cuerpo de seguridad, a veces sin dinero en los bolsillos, corría a toda velocidad por las carreteras del país. Y cuando el Masseratti descansaba, el enamorado tomaba el turno: rompía vallas para saludar a guapas muchachas, sabía que el pueblo festejaba sus amoríos porque demostraban que «el presidente es macho», y en cierto momento tomó la decisión de casarse con la joven y guapa Angelina Gutiérrez Sadurní, hija de la clase alta mexicana.

Como Alemán, López Mateos intentó sin éxito que se le otorgara el Premio Nobel de la Paz. A diferencia de Alemán, intentó con éxito la concesión para México de los Juegos Olímpicos. Ya fuera del poder, el pueblo lo aplaudía y

aclamaba como uno de los suyos, y si no lo veía en el box o los toros, lo echaba de menos.

«Nadie ha sido tan universalmente estimado como el expresidente López Mateos», escribía a fines de 1965 el poeta Salvador Novo.[124] Tenía razón: a Cárdenas lo quería el pueblo campesino y obrero, pero no las clases medias; a López Mateos, terminó por quererlo casi todo el mundo. Su sexenio no había sido tan blanco como el de Cárdenas, ni tan honesto como el de Ruiz Cortines, pero fuera de los gremios sindicales y campesinos que había golpeado, la gente tenía poco que reprocharle. Como en aquel remoto certamen de oratoria de 1929, el presidente orador salía en brazos de la multitud. Su palabra, su sonrisa, su naturalidad, su temple bohemio, sentimental, igualitario, su calidad humana, la buena administración de su gabinete hacendario, los logros diplomáticos, el nuevo lugar de México en el mundo, los «viajes» que los mexicanos hacían en la persona de su presidente, las «viejas» que cortejaban por su mediación, le daban el campeonato presidencial.

Mientras tanto, en Palacio, se vivía una realidad distinta. Un gran amigo del presidente, Víctor Manuel Villegas, recuerda una conversación en los últimos días de su gestión. López Mateos lo recibió en bata, le enseñó su súbita calvicie, la forma en que la ropa le quedaba floja; «estoy jodido», le dijo. Estaba enfermo, muy enfermo. Lo había llamado para ofrecerle una beca con el sueldo de embajador; Villegas estudiaría en Europa el doctorado en arte que siempre había querido. Agradecido, Villegas celebró que pronto dejara la presidencia para poder «convivir con tus amigos y vivir lo que te tocó de vida», pero López Mateos lo atajó de manera inesperada: «Yo ya no tengo amigos, compadre, y tú ya no eres mi amigo… no lo eres porque yo ya no soy el hombre

que tú conociste, yo soy un hombre deformado. Hace seis años que casi no dialogo con nadie».[125]

Siempre se había sentido ajeno al poder, ajeno a sí mismo en el poder, por eso vivía huyendo. Ahora que se le abrían las puertas de la libertad, no podía recuperar al que había sido, y estaba enfermo. Villegas salió sin decir palabra y no lo volvió a ver.

A fines de 1965 le sobrevino un ataque cerebral. Sus médicos de cabecera habían atribuido los intensos dolores a un caso agudo de migraña, pero esta vez los neurólogos Patricio Beltrán Goñi y Gregorio González Mariscal corrigieron el diagnóstico: se trataba de un aneurisma cerebral. Pidieron la presencia de su maestro, el doctor Poppen de Boston, quien operó a López Mateos en el hospital Santa Fe de la ciudad de México el 26 de noviembre de 1965. Personas de las más diversas clases acudieron espontáneamente a las calles aledañas para informarse sobre la salud de su popular expresidente. Allí esperaron con zozobra y consternación el resultado y el pronóstico. La operación fue exitosa, el pronóstico, terrible: López Mateos no padecía uno sino siete aneurismas; su agonía sería lenta y dolorosa.[126]

Así ocurrió. La inmovilización de su cuerpo avanzó con rapidez. Primero el párpado izquierdo, luego una pierna y una mano, luego el pie derecho. Usó aparatos ortopédicos. Un ojo se le salió de la órbita. Debido a un trozo de carne mal deglutido, tuvieron que practicarle una traqueotomía; a consecuencia de ésta, aquel que había sido gran orador perdió el habla. Durante dos años vivió en estado vegetativo. Murió el 22 de septiembre de 1969, sumido en el silencio y el dolor, inconsciente del silencio y el dolor del país que había gobernado.

NOTAS

1. Armando de Maria y Campos, *Un ciudadano. Adolfo López Mateos* (México, 1958), pp. 69-70.

2. Ibíd., p. 72.

3. Ibíd., p. 67.

4. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994.

5. Idem.

6. Idem.

7. Entrevista con Celestina Vargas Bervera, Toluca, Estado de México, 21 sept. 1992.

8. Clemente Díaz de la Vega, *Adolfo López Mateos. Vida y obra* (México, 1986), p. 45.

9. De Maria y Campos, *Un ciudadano. Adolfo López Mateos,* p. 47.

10. Díaz de la Vega, *Adolfo López Mateos. Vida y obra*, p. 46.

11. Entrevista con Gustavo G. Velázquez, Toluca, Estado de México, 21 sept. 1992.

12. Entrevista con Antonio Armendáriz, México, D.F., ene. 1989.

13. Díaz de la Vega, *Adolfo López Mateos. Vida y obra,* p. 56.

14. Luis M. Farías, *Así lo recuerdo. Testimonio político* (México, 1992), p. 176.

15. Testimonio del maestro encuadernador Orduña.

16. Entrevista con Roberto Barrios, México, D.F., 13 sept. 1992.

17. Entrevista con Gustavo G. Velázquez, Toluca, Estado de México, 21 sept. 1992.

18. Entrevista con Alfonso Sánchez García, Toluca, Estado de México, 21 sept. 1992.

19. Entrevista con Víctor Manuel Villegas, Guanajuato, 23 nov. 1992.

20. Díaz de la Vega, *Adolfo López Mateos. Vida y obra,* p. 194.

21. Entrevista con Gabriel Figueroa, México, D.F., mar. 1992.

22. Idem.

23. Entrevista con Roberto Barrios, México, D.F., 13 sept. 1992.

24. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994.

25. Entrevista con Gabriel Figueroa, México, D.F., mar. 1992.

26. Idem.

27. «Discurso "La Constitución Mexicana de 1917", pronunciado por Adolfo López Mateos en el acto de la Asociación Nacional de Abogados y la Facultad de Derecho, el día 9 de febrero de 1955», en De Maria y Campos, *Un ciudadano. Adolfo López Mateos,* p. 330.

28. Entrevista con Antonio Armendáriz, México, D.F., ene. 1989.

29. Farías, *Así lo recuerdo. Testimonio político,* p. 194.

30. De Maria y Campos, *Un ciudadano. Adolfo López Mateos,* p. 234.

31. Entrevista con Luis Gómez Z., México, D.F., 17 sept. 1995.

32. Idem.

33. Entrevista con David Vargas Bravo, México, D.F., oct. 1995; Juan Sánchez

Borreguí, *Memorias personales y sindicales. La administración y el sindicato de los Ferrocarriles Nacionales de México* (México, 1982), pp. 172-200.

34. Entrevista con Luis Gómez Z., México, D.F., 17 sept. 1995.

35. Entrevista con David Vargas Bravo, México, D.F., oct. 1995; Sánchez Borreguí, *Memorias personales y sindicales,* pp. 172-200.

36. Testimonio de Gilberto Suárez Torres.

37. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, oct. 1995.

38. *La Nación* (México), 10 mar. 1959.

39. Entrevista con David Vargas Bravo, México, D.F., oct. 1995.

40. Vicente Lombardo Toledano, «El derecho a la huelga: la tranquilidad social», en *Siempre!* (México), n.º 298, 10 de mar. 1959; Luis Gómez Z., *Sucesos y remembranzas* (México, 1979), vol. 1, pp. 455-483.

41. Carlos Monsiváis, *Carlos Monsiváis* (México, 1966), p. 42.

42. Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero. 1958-1959* (México, 1990), pp. 146-147.

43. Gómez Z., *Sucesos y remembranzas*, vol. 1, p. 482.

44. Entrevista con David Vargas Bravo, México, D.F., oct. 1995.

45. *El Popular* (México), 1 abr. 1959.

46. Alonso, *El movimiento ferrocarrilero,* p. 163. El mismo texto se reproduce íntegramente en Gómez Z., *Sucesos y remembranzas,* vol. 1, p. 483.

47. «La Cámara fija su posición en el conflicto rielero», en *Siempre!* (México), n.º 303, 15 abr. 1959.

48. José Alvarado, «El crepúsculo, Vallejo y la poesía», en *Siempre!* (México), n.º 303, 15 abr. 1959.

49. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., oct. 1995.

50. Entrevista con Fidel Velázquez, México, D.F., 28 sept. 1995.

51. Entrevista con Luis Gómez Z., México, D.F., 17 sept. 1995.

52. La empresa se llamaba Etiquetas e Impresos, S.A., sus dueños eran Moisés Krauze y Alfonso Mann.

53. *Política* (México), 15 abr. 1961; Pellicer de Brody y Reyna, *Historia de la Revolución Mexicana. El afianzamiento…,* p. 61.

54. Monsiváis, *Carlos Monsiváis,* p. 21.

55. Entrevista con Carlos Monsiváis, México, D.F., oct. 1995.

56. Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano* (México, 1973), p. 118.

57. Monsiváis, *Carlos Monsiváis,* p. 42.

58. Ibíd., pp. 44-45.

59. En Gabriel Zaid, *El progreso improductivo* (México, 1979), p. 232.

60. Tomás Calvillo, *El navismo o los motivos de la dignidad* (San Luis Potosí, 1986), p. 27.

61. Ibíd., p. 33.

62. Entrevista con Salvador Nava, San Luis Potosí, jul. 1991.
63. Gonzalo N. Santos, *Memorias* (México, 1986), p. 399.
64. Calvillo, *El navismo o los motivos de la dignidad,* p. 36.
65. *Noticias* (San Luis Potosí), 19 nov. 1958.
66. *El Sol de San Luis* (San Luis Potosí), 21 nov. 1958.
67. Testimonio de Franco Carreño, en Calvillo, *El navismo o los motivos de la dignidad,* p. 43.
68. *El Sol de San Luis* (San Luis Potosí), 27 nov. 1958.
69. Entrevista con Salvador Nava, San Luis Potosí, jul. 1991.
70. Calvillo, *El navismo o los motivos de la dignidad,* pp. 71-72.
71. Diálogo y sucesos posteriores en entrevista con Salvador Nava, San Luis Potosí, jul. 1991; Calvillo, *El navismo o los motivos de la dignidad*, pp. 37-71.
72. Lázaro Cárdenas, *Apuntes. 1957-1966* (México, 1986), vol. 3, 1986, p. 57.
73. Ibíd., pp. 91, 102.
74. «Corresponsales extranjeros en Cuba», en *Revista de la Universidad de México* (México), vol. XIII, n.º 7, mar. 1959, p. 15.
75. Elena Poniatowska, *Palabras cruzadas* (México, 1961), pp. 26-40.
76. Ibíd., pp. 26-40.
77. Idem.
78. Cárdenas, *Apuntes. 1957-1966,* vol. 3, p. 123.
79. Ibíd., p. 163.
80. Ibíd., p. 191.
81. «Corresponsales extranjeros en Cuba», en *Revista de la Universidad de México* (México), vol. XIII, n.º 7, mar. 1959, p. 15.
82. Fuentes, *Tiempo mexicano, op. cit.,* p. 107.
83. Cárdenas, *Apuntes. 1957-1966,* vol. 3, pp. 125, 244.
84. Entrevista con Daniel Cosío Villegas, México, D.F., feb. 1972.
85. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., 9 feb. 1994.
86. Información proporcionada por Luis González y González.
87. Cárdenas, *Apuntes. 1957-1966,* vol. 3, p. 144.
88. Fuentes, *Tiempo mexicano,* p. 61.
89. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México, 1959).
90. Enrique Krauze, *Textos heréticos* (México, 1992), p. 31.
91. Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas* (México, 1966), vol. 1, p. 342.
92. Fidel Castro, *La historia me absolverá* (México, 1986), p. 62.
93. Carlos Fuentes, «América Latina y Estados Unidos», *Revista de la Universidad,* pp. 11-15.
94. Moisés González Navarro, «La ideología de la Revolución Mexicana», en *Historia Mexicana* (*México),* vol. X, n.º 40, abr.-jun. 1961, pp. 628-636.

95. Fuentes, *Tiempo mexicano,* p. 64.
96. Ibíd., p. 65.
97. Cosío Villegas, *Ensayos y notas,* vol. 1, p. 350.
98. Gabriel Zaid, «Intelectuales», en *Vuelta* (México), vol. 14, n.º 168, nov. 1990.
99. Fuentes, *Tiempo mexicano,* p. 98.
100. W.P. Webb, *The Texas Rangers. A Century of Frontier Defense* (Boston, 1935), p. 360.
101. Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México* (México, 1987), pp. 79-87.
102. Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico. 1776-1988* (México, 1989).
103. Olga Pellicer de Brody, *México y la Revolución Cubana* (México, 1973), p. 21.
104. *Tiempo* (México), 30 jun. 1960, pp. 10-12.
105. *Tiempo* (México), 7 jul. 1960, p. 12.
106. Vázquez y Meyer, *México frente a Estados Unidos*, pp. 206-207.
107. Pellicer de Brody, *México y la Revolución Cubana,* pp. 13-45.
108. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., oct. 1995.
109. Entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D.F., sept. 1995.
110. Cosío Villegas, *Ensayos y notas,* vol. 2, pp. 411-419.
111. Idem.
112. Cárdenas, *Apuntes. 1957-1966*, vol. 3, p. 465.
113. Cosío Villegas, *Ensayos y notas,* p. 167.
114. Ibíd., p. 163.
115. Ibíd., p. 166.
116. Ibíd., p. 167.
117. *El Universal* (México), 2 jul. 1960.
118. *El Universal* (México), 25 jun. 1960.
119. *El Universal* (México), 28 y 29 jun. 1960.
120. «¿Por cuál camino señor presidente?», en *El Universal* (México), 24 nov. 1960.
121. Entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D.F., sept. 1995.
122. Idem.
123. Entrevistas con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., feb. 1994 y oct. 1995.
124. Salvador Novo, «Cartas a un amigo», en *Hoy* (México), 24 nov. 1965.
125. Entrevista con Víctor Manuel Villegas, México, D.F., nov. 1992.
126. Testimonio del doctor Manuel Velasco Suárez.

V
Gustavo Díaz Ordaz
El abogado del orden



DAgencia Casasola, *El presidente Díaz Ordaz entre los oficiales del ejército durante el festival en honor a las fuerzas armadas*, 19 de noviembre de 1968. © Núm. de inventario: 622625. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MÉXICO.

La Revolución fue cruel con el estado natal de Porfirio Díaz. Como si hubiese querido tomar venganza de una hegemonía política sobre el país que databa de los tiempos de Juárez, condenó a Oaxaca a la incomunicación, cegó su comercio y castigó los movimientos «soberanistas» con que varios políticos y militares oaxaqueños intentaron reclamar la autonomía temporal del estado. Muchas familias oaxaqueñas emigraron. La decadencia no exceptuaba a los apellidos de gran prosapia liberal, como los Díaz Ordaz. Avecindados en la antigua villa de Tlacolula, cercana a la ciudad de Oaxaca y enclavada en el mismo valle, eran descendientes directos del diputado y gobernador liberal José María Díaz Ordaz, muerto en combate en las postrimerías de la guerra de Reforma y declarado en enero de 1860 «benemérito del estado y mártir de la libertad». Uno de sus primos, Julián Díaz Ordaz, había hecho fortuna. Casado con una mujer de ascendencia francesa, María de Jesús Redoné, poseía varios ranchos y propiedades (Don Pedrillo, Los Nogales, Rancho Blanco), pero sus hijos Julián, Edmundo, Ramón y Dolores pasarían tiempos difíciles. Sólo el primero conservaría algunos negocios, como la finca cafetalera Cataluña en Teotitlán del Camino. Dolores tomaría los hábitos de monja, Edmundo moriría asesinado en un asalto durante la Revolución y Ramón viviría en la zozobra cotidiana.[1]

Aunque algunos testimonios lo recuerdan como un hombre amable y hasta dado a la bohemia, la profesión específica de Ramón Díaz Ordaz requería sobre todo carácter: fue jefe político en varios municipios de Oaxaca —en la propia Tlacolula, en Ocotlán de Morelos, y quizás en Teotitlán del Camino—. A principios de 1911, ya en los estertores del régimen porfiriano, trabajaba como jefe rural y político de

San Andrés Chalchicomula, en el vecino estado de Puebla. Lo había designado uno de los gobernadores más duros del elenco porfiriano: Mucio Martínez. El triunfo del maderismo acabó con buena parte de la burocracia y provocó el regreso a Oaxaca de Ramón y su familia, compuesta por entonces de su mujer, la severa y piadosa maestra Sabina Bolaños Cacho, y tres hijos: Ramón, nacido en 1905; María, en 1908, y Gustavo, recién nacido el 12 de marzo de ese año. Con el tiempo, don Ramón y doña Sabina tendrían dos hijos más: Ernesto (1913) y Guadalupe.[2]

El bautizo de Gustavo tuvo lugar en Oaxaca. Su padrino fue don Alfredo Sodi, uno de los hombres más ricos de Oaxaca, que no sólo pagó la fiesta donde se escuchó el vals *Honor y gloria* sino que en algún momento socorrió a don Ramón dándole un empleo de tenedor de libros.[3] Los Díaz Ordaz vivían en Tlacolula, en una casa detrás del atrio de la parroquia local, en cuya capilla estaba enterrado el abuelo Julián, pero el vendaval de la Revolución los arrancó muy pronto de la casa familiar. Tlacolula, aquel gran centro comercial que durante el porfirismo exportaba maíz, estaba convirtiéndose en un páramo donde la gente «se alimentaba de raíces de plátano».[4] Los Díaz Ordaz emigran a la lejana Etzatlán (Jalisco), donde don Ramón acepta un empleo como administrador de la hacienda del Carmen. Allí sus hijos gozan, por momentos, de una vida campirana. Repuesto ya del tifo que llegó a contraer, Gustavo monta con frecuencia una yegua llamada *Casanga*.[5] Ramón, el mayor, de carácter romántico, parece optar por la carrera eclesiástica y los jesuitas le pagan un viaje de estudios a España. De pronto, los altibajos de la Revolución determinan un nuevo regreso a Oaxaca, donde la familia se asienta y permanece hasta 1931.

Entre 1922 y 1925, Gustavo termina su educación primaria

en una institución privada, el Colegio Pestalozzi, e ingresa a la escuela anexa a la Normal, ubicada en la calle de Macedonio Alcalá, donde se impartía una enseñanza preparatoria integral. En cierto momento, según recordaba muchos años después, «traté de entrar al Heroico Colegio Militar, pero desgraciadamente no pude conseguir la fianza».[6] Hacia 1926-1927, se incorpora al Colegio de Ciencias y Artes de Oaxaca, el mismo por donde habían pasado Juárez y Díaz. Todos sus condiscípulos lo recordarían como un estudiante serio, memorioso, metódico, y no exento de cierta defensiva arrogancia. Su cortesía es seca, cortante: no busca pleitos pero tampoco los rehúye. Sus maestros (Pedro Camacho, de latín y griego; Francisco Herrera Muzgo, de francés; José Barriga, de física y química; Manuel I. Mojardín, de historia de México, y Ramón Pardo, de doctrinas filosóficas) son casi todos disciplinarios. Uno de ellos, don Agustín Reyes, imparte clases de zoología y botánica, pero padece ceguera y por ello se vale de Gustavo para poner orden entre los jóvenes revoltosos.[7]

Al igual que en la capital y en otras partes del país, la oratoria juvenil estaba de moda. Gustavo no se sustrajo a ella. Alguno de sus amigos conoce al campanero que por la noche ilumina el camino con su lamparita hasta lo alto de la hermosa catedral de cantera verde. Allí, en las bóvedas, muy cerca de las torres chaparras construidas así para contrarrestar los frecuentes terremotos de la zona, los jóvenes se constituían alternativamente en oradores y auditorio. El héroe del momento es Vasconcelos, el filósofo oaxaqueño, el «Madero culto». Gustavo conoce el ascenso y la caída del vasconcelismo y participa un tanto de los gustos literarios de la época (las obras de Gorki, Andreiev, Julián Sigasugoitia arriban a la librería de don Julián S. Soto), pero su afición específica de aquellos años no parece apuntar hacia la política

de oposición.[8] A Gustavo «no le gustaban los relajitos», recuerda una de sus compañeras de la época, refiriéndose no sólo a los políticos sino a las fiestas que tradicionalmente se celebraban en el instituto. En los «viernes de la Samaritana», que tenían lugar cada año hacia fines de marzo, rara vez se le veía.

Su deber era el estudio, y su diversión, el basquetbol. Junto con sus amigos Brena Torres, José Huerta, Julio Glockner y Altamirano, forma un quinteto llamado Cronos, que solía practicar en las canchas del Llano, en las afueras de la ciudad. Apoyados en el «buen aro» de Gustavo, Cronos ganó el selectivo estatal y compitió, ya sin demasiado éxito, en el torneo nacional de la ciudad de México.[9]

Todos los testimonios coinciden en la penosa situación económica que atravesaba la familia Díaz Ordaz. La Revolución había arrasado o repartido las fincas de la familia. En un momento dado sufren la vergüenza de ser lanzados de su casa por atraso en el pago de la renta.[10] Un hermano de doña Sabina, el diputado y tesorero estatal don Demetrio Bolaños Cacho, los acoge en su casa a regañadientes. Cuando los personajes importantes de Oaxaca acuden a la casa, don Ramón y su familia pasan a un rincón de la cocina, donde no pueden ser vistos ni oídos.[11] Son, en el lenguaje despiadado de México, unos «arrimados». Gustavo viste de dril. Es pobre pero decente. Su futuro está en el estudio, y si no puede adquirir libros, los pide prestados y los lee en la propia librería de don Julián S. Soto, enfrente del instituto, o por las noches, a la luz de los focos de Palacio o de los faroles del Zócalo.[12]

A su regreso de España, donde pasó un tiempo en el seminario de los Paúles, el primogénito, Ramón, llegó a auxiliar a su familia. Poeta romántico, dueño ya de una

respetable cultura literaria, ocupa una cátedra vacante de latín. Los alumnos se burlan de su hablar mesurado, de su ceceante pronunciación, pero sobre todo de su facha, y de inmediato lo apodan «diente frío» debido a su enorme dentadura, saliente y al aire. En una ocasión, el estudiante Luis Guzmán es expulsado de la clase, pero permanece en el quicio de la puerta imitando a «diente frío». Su condiscípulo Gustavo Díaz Ordaz advierte la burla y se abalanza sobre él, golpeándolo con cólera.[13]

Aquella acción hubiese sido normal en cualquier circunstancia, pero no en la de la familia Díaz Ordaz. Gustavo no defendía a su hermano solamente; se defendía a sí mismo. Desde muy chico lo torturó la conciencia de su fealdad. «Mi abuela discriminaba a mi padre y favorecía a su hermano Ernesto», recuerda el hijo mayor de Gustavo.[14]

También Gustavo tenía los dientes grandes y salidos. Aunque era huesudo y flaco, según su propio testimonio, «sudaba como gordo».[15] Un viejo amigo de la familia, Urbano Deloya, apuntaría años después: «Creció acostumbrado a escuchar a doña Sabina: "¡Pero qué hijo tan feo tengo!" Todo eso lo acumuló en su vida».[16]

En aquellos años de Oaxaca, compensaba la zozobra y la fealdad con la dura aplicación al estudio. Sin embargo, como si la naturaleza se empeñara en probarle que la única ley era el desorden, el caos y el azar, un fortísimo terremoto derribó su casa el 14 de enero de 1931. Ya en 1924, a raíz de otro temblor, la familia había padecido un desastre similar. «Oaxaca se va a acabar», exclamaban sus aterrorizados habitantes, diezmados dramáticamente. En aquel año, la población de la ciudad de Oaxaca desciende de 29 mil a poco más de 12 mil. Muchas personas venden sus casas a precios irrisorios y emigran. Una de esas familias es la Díaz Ordaz.

Don Ramón y su hijo mayor permanecen por un tiempo en Oaxaca; pero doña Sabina se lleva a sus hijos a Puebla, donde, por consejo de una amiga oaxaqueña, piensa abrir una casa de estudiantes para ganarse la vida. Con el tiempo, la familia se reúne definitivamente en Puebla. Atrás y para siempre quedó Oaxaca, Tlacolula y la leyenda de la familia Díaz Ordaz, en cuyo tronco situaban algunos al conquistador Diego de Ordaz, compañero de Cortés y primer explorador del cráter del Popocatépetl, y al mismísimo cronista Bernal Díaz del Castillo. Enfrente quedaba el futuro amenazante, incierto.[17]

Gallo de espolones

A principios de los años treinta, Puebla seguía siendo una ciudad piadosa, la novia eterna y fiel de aquel remoto obispo de mediados del siglo XVII, Juan de Palafox y Mendoza, cuya férrea religiosidad la había marcado para siempre. En el siglo XIX Puebla se había distinguido por su temple católico y conservador; no obstante, no faltaban liberales en la historia poblana: de aquella ciudad había partido la insurrección contra Comonfort, mecha y presagio de la guerra de Reforma. Desde entonces, la tensión entre liberales y conservadores se dejaba sentir en Puebla con una intensidad sólo comparable a la otra gran sede episcopal de la provincia mexicana: Morelia, antes Valladolid. Ambas ciudades producían gente extremosa.

Había sido difícil introducir reformas revolucionarias en el estado. En 1924, el joven gobernador Lombardo Toledano intentó establecer los derechos de los trabajadores en una zona de alta densidad laboral (el grueso de las fábricas textiles de México se hallaba en Puebla desde mediados del siglo XIX), pero los empresarios protestaron ante el general Obregón, quien de inmediato depuso al sabio. A una situación similar se enfrentó el general Leonides Andreu Almazán, cuyos intentos de reforma agraria se toparon con la oposición de los

hacendados locales que, apoyados por el gobierno de Calles, forzaron su dimisión. Con la llegada de Lázaro Cárdenas al poder, las fuerzas progresistas del estado creyeron franco el camino a la gubernatura para un hombre cuyo ideario social era afín a Cárdenas, el profesor Gilberto Bosques. Pero el jefe de operaciones militares del estado, el general Maximino Ávila Camacho, no podía dejar pasar la oportunidad de volverse dueño indiscutible de su estado. En una de esas compensaciones políticas difíciles de entender que tenía Cárdenas, y a pesar de los incidentes de violencia provocados por Maximino antes, durante y después de las reñidas elecciones, el triunfo le fue concedido. Bosques y sus amigos normalistas tuvieron que emigrar del estado. Maximino hizo obra pública, pero mantuvo a raya las manifestaciones obreras.

«En esas condiciones», recuerda el historiador Gastón García Cantú, «se da una contradicción obvia en el país: mientras el inicio del gobierno de Cárdenas se significó por repartir la tierra, por el acceso a un diálogo con los trabajadores, en Puebla todo esto no sucedía… este infeliz estado cayó en una de las peores dictaduras que uno pudiera imaginar.»

Aun la cuestión religiosa, amainada en el resto del país, parecía viva en Puebla: mientras en algún convento de la ciudad las monjas permanecían escondidas, como en tiempos de los cristeros, en las calles las mujeres poblanas se manifestaban ardorosamente en defensa de la fe católica: «Puebla parecía detenida en el tiempo».[18]

En aquellos años, García Cantú conoció al estudiante Gustavo Díaz Ordaz que, aunque mayor que él, lo veía con cierta frecuencia y lo saludaba. «Gustavo era desde aquel tiempo un joven un poco retraído, hosco, pero aun así solía

bromear… Sobre todo de Gustavo recuerdo su voz. Era como si por su complejo de fealdad, por sus inseguridades… pusiera siempre su voz por delante, una voz grave, bien modulada, una voz cultivada con cierto esmero.»[19] Fue la voz, quizá, lo que echó por delante Gustavo para llamar la atención de Lupita, la bella hermana de su amigo Guillermo Borja, hijo del respetable abogado Ángel Borja Soriano. En casa de los Borja, Gustavo pedía prestados los libros que necesitaba, y a casa de los Borja llevó alguna vez serenata a la que sería su esposa, con el mismísimo doctor Ortiz Tirado, de visita en Puebla. Cinco años duraría el noviazgo entre aquella mujer de ojos verdes y el «patito feo» del grupo, que gracias a su tesón e inteligencia, y a pesar de las estrecheces económicas de su familia, alcanzaba siempre los primeros lugares en su carrera de leyes.[20]

Porque don Ramón, con todos sus esfuerzos, no podía más que «rascarle de todo un poco»: fue tenedor de libros en Las Fábricas de Francia e inspector de mercados. El pastel no alcanzaba. Su hijo Gustavo tenía que trabajar para costear sus estudios. En 1932 fue mensajero en el Departamento de Gobernación del estado. Más tarde fue meritorio y escribiente en juzgados menores, correccionales. Por algunos años, antes de recibirse, llegó a ser actuario o diligenciario de juzgado. Su función consistía en ejecutar en el exterior las órdenes o mandatos del juez, desde las más simples, como eran las notificaciones, hasta las más complicadas, como los desalojos por falta de pago (de renta, por ejemplo). Estos lanzamientos o deshaucios podían implicar verdaderos dramas: con ayuda de la policía, los diligenciarios solían romper cerraduras y sacar a la calle los muebles y pertenencias de los desahuciados, para después bloquear con nuevos candados los accesos a los locales desalojados.

A principios de 1937, caminando por la calle del Sagrario, detrás de la Catedral, el procurador de Puebla, don Jesús Sánchez Muñoz, interpeló a un grupo de pasantes de derecho entre los que se hallaba Díaz Ordaz. «¿Quieren puestos?», les dijo, «pues yo les doy puestos de agentes del Ministerio Público, pero con la condición de que dentro de tres meses se me reciban. Si no, en tres meses se acabó el empleo.»[21] Al licenciado Trinidad Torres, que vivió la escena, le tocó ir a Matamoros, y a Gustavo Díaz Ordaz, a Tlatlauqui, donde enfermó con cierta gravedad de escarlatina. Ya repuesto, va a Tehuacán como agente del Ministerio Público. Su función en este caso consiste en recibir querellas de personas agraviadas, determinar si hay delito que perseguir, investigarlo, organizar la averiguación previa, obtener del juez penal la orden de aprehensión, dirigir la captura (para lo cual la policía judicial está bajo sus órdenes) y presentar finalmente al delincuente ante el juez. Más tarde, en Tecamachalco, es juez penal de primera instancia. En este cargo, su función es impartir justicia en materia penal ordinaria (no federal). Los delitos que le correspondía juzgar iban desde los robos simples hasta los homicidios calificados.

Dueño ya de una respetable experiencia práctica como ejecutor perentorio de la ley y persecutor de delincuentes y delitos, Gustavo se recibe de abogado a los 26 años de edad, el 16 de marzo de 1937, con la tesis «El recurso de queja en el procedimiento civil». Después de la recepción, se acostumbraba dar una fiesta, pero las limitaciones económicas de Díaz Ordaz lo impidieron. Los amigos celebraron al nuevo abogado tomando una copa en la cantina del español Rogelio Eres, llamada La Gran Iberia, cuyo lema era «Para tortas y cocteles, Eres». Hubo guitarras y el festejado cantó.[22] Muchos años después, Díaz Ordaz recordaba la escena: tenía justo lo necesario para pagar las copas del

brindis con sus compañeros; por eso tembló cuando uno de los profesores pidió otra cosa, una sangría; un amigo tuvo que prestarle dos pesos para completar la cuenta.

Al poco tiempo, el novel abogado se casó con Lupita Borja en la parroquia de San Cristóbal de Puebla. La pareja rentó un pequeño departamento en la 5a. calle Oriente, no lejos de la casa paterna de la novia. Curiosamente, Gustavo preguntó a la casera, la señora Landa, si podía pagarle un mes por adelantado. «No es el trato», respondió ella, pero él insistió: «sí, así me tiene más tranquilo».[23] Habiendo sufrido el desahucio en Oaxaca y practicado seguramente él mismo desahucios en el juzgado, no quería padecerlos.

Aunque trabaja efímeramente en un despacho de abogado, Gustavo propende de manera natural al servicio público y al ejercicio de la autoridad. A principios de 1938, Maximino Ávila Camacho le echa el ojo y lo convierte en presidente de la Junta Central de Conciliación y Arbitraje. «Maximino le había medido los espolones», recuerda el político poblano Gonzalo Bautista O'Farrill, hijo del gobernador del mismo nombre que hizo escuela política en la turbulenta Puebla de aquellos años.[24] El doctor Bautista era un profesional de la política, el cerebro táctico al lado de Maximino, no su empleado servil sino el hombre que lo atemperaba, lo orientaba y sólo en último término, cuando las manos llegaban a las pistolas, se alzaba de brazos y lo dejaba hacer. Se necesitaba firmeza y autoridad para lidiar con la explosiva situación obrera en Puebla, sobre todo en Atlixco, convertido en campo de batalla de los partidarios de la Federación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (FROC) lombardista y los de la CROM moronista. Díaz Ordaz dudó en aceptar el puesto, porque carecía de experiencia, pero a Maximino nadie le decía que no. «Aprenda rápido», le dijo, y

el discípulo aprendió.[25] Su paso por la junta dejó huella: reglamentó los caóticos procedimientos, arrasó con los «coyotes» en los juzgados, mostró espíritu de equidad, favoreció unas veces a los cromistas y otras a la FROC y no dudó en dictar sentencias contra los patronos. «No es la presión la que habrá de darles la razón, sino el derecho», llegó a sentenciar a los trabajadores de Atlixco, lugar donde a menudo intervenía el ejército para poner orden entre los sindicatos opositores.[26]

Durante la campaña de Ávila Camacho en Puebla, Díaz Ordaz se distingue por momentos como orador, pero sobre todo como aprendiz de estratega. Es el momento en que Bautista le ve lo mismo que Maximino: es un gallo con espolones. Ambos debieron de ser un factor para alcanzar su siguiente escalón: la vicerrectoría de la Universidad de Puebla. El rector en turno, el prominente médico Alfonso Alarcón, pasaba la mayor parte del tiempo en su consultorio de la ciudad de México, por lo que Díaz Ordaz fungió de hecho como la máxima autoridad. Con el lema de «ayudar al que quiera estudiar»,[27] gobernó aquella casa de estudios con mano firme, sobre todo cuando detrás de los habituales conflictos de política estudiantil adivinaba la acción de «fuerzas extrañas».

En el mismo año de 1939, aquel gallo se vuelve magistrado y, más tarde, presidente del Tribunal Superior de Justicia del Estado. A los treinta años ha llegado a la cúspide de la pirámide judicial en Puebla. A principios de 1941 Maximino Ávila Camacho sale del poder y viaja por Europa. Lo sucede Gonzalo Bautista, que integra su gabinete con varios jóvenes amigos de Díaz Ordaz. Al regresar de su viaje, el cacique se entera de que el secretario de Gobierno de Bautista ha atacado a la Iglesia en un discurso y Maximino lo fuerza a removerlo.

Gustavo Díaz Ordaz llega entonces al tercer puesto político del estado: es secretario de Gobierno, dos escalones por debajo del cacique Ávila Camacho, un escalón por debajo del gobernador Bautista.

Gustavo es la cuña política entre los dos, pero los mantiene contentos. A Maximino lo convence su mano pesada y firme, a Bautista su inteligencia, memoria, puntualidad y capacidad de trabajo. De ambos aprende Gustavo. Durante poco más de dos años desempeña su trabajo con tal eficacia que el gobernador Bautista le vaticina que llegará a donde todos quieren llegar: a la presidencia de la República. En tiempos de guerra, mientras Bautista recorre los campos militares en Texas, Díaz Ordaz funge como gobernador de hecho. Desde la Universidad de Puebla, estaba acostumbrado a ser el primero con nombramiento de segundo. Son meses en que todos los burócratas poblanos están militarizados, llega a haber simulacros de guerra en el fuerte de Guadalupe, y unos letreros estremecedores aparecen en las bardas de la ciudad, mandados pintar por el gobierno del estado: «Por los hijos, la vida; por la Patria, los hijos».[28] Su autor era el secretario de Gobierno, don Gustavo Díaz Ordaz.

En 1942, don Maximino le ve espolones a su gallo para pelear en un palenque nacional: lo nombra diputado federal por el primer distrito de Puebla. Blas Chumacero, hombre fuerte de la CTM poblana y que controlaba el distrito, accede al arreglo. Cierto día de elecciones, siendo aún secretario de Gobierno, se hallaba encerrado en su despacho con su amigo y colaborador Herminio Vázquez:

«Era un domingo y no teníamos que hacer, nada más esperando los resultados de la elección. ¿Qué haremos? Y en eso Gustavo se fija que estaba en la pared un cromo de esos que había antes, un calendario de la Lotería Nacional, con la

imagen de la bandera con su asta, con unas nubes, el cielo y nada más. Entonces nos pusimos a recortarlo, a deshacerlo, y luego otra vez a juntarlo. Y así nos estuvimos toda la tarde».[29]

No se trataba de una ocurrencia de momento sino del pasatiempo preferido de Díaz Ordaz: armar rompecabezas. «Desde chico los hacía», recuerda su hijo. Escogía o mandaba comprar cromos bonitos (caballos corriendo, casas viejas) y en su taller particular de carpintería los pegaba sobre una tabla de madera triplay. Luego, volteando la tabla, viendo el reverso del dibujo, con una segueta y un martillito iba recortando pequeñas figuras de animales, pescados, etcétera… Finalmente las pulía. Luego desperdigaba el conjunto y pasaba horas poniendo orden en el caos de las piezas.[30] Aquella velada con Herminio Vázquez no había sido una excepción: «¡A ese grado llegaba su afición por los rompecabezas!», recordaba su asistente.

Su labor en la XXXIX Legislatura no pasa inadvertida. Cuando se discute el cambio de redacción en el artículo 3.° constitucional, Díaz Ordaz lo hace, como era su estilo, en términos tajantes. Su argumento textual fue que el ejecutivo de la nación tenía mayor autoridad moral que los representantes del sector obrero para proponer a la nación entera la nueva redacción.[31]

En 1945 el diputado se dispone a ascender otro escalón y llegar a la senaduría por su estado. Cuenta con el apoyo del presidente Ávila Camacho, a quien había conmovido en un discurso del 5 de mayo en Puebla, pero desconoce la postura que sobre él tendrá el candidato Alemán. Su protector, Gonzalo Bautista, no era precisamente amigo del candidato. No obstante, Bautista y Díaz Ordaz se entrevistan con Alemán en Tehuacán, y éste acepta la postulación de Díaz Ordaz porque lo había visto trabajar con denuedo en la

Cámara. Esta vez, sin embargo, Díaz Ordaz se toparía con la oposición directa del nuevo gobernador de Puebla, el ingeniero Carlos I. Betancourt, que en un clásico «madruguete» destapa a cierto coronel Linares. Sólo la intervención del candidato Alemán deshace el entuerto, retira al candidato de Betancourt y destapa la fórmula «Díaz Ordaz para senador propietario; Moreira, para senador suplente». Alfonso Moreira, hombre de Betancourt, ya en la Cámara seguiría molestando a Díaz Ordaz, hasta que un día éste le dio de trompadas advirtiéndole que, de seguir insistiendo, «se atuviera a las consecuencias». Desde entonces, Moreira guardó la compostura: sabía que su adversario era hombre de armas tomar.[32]

Lo era en sentido estricto, como ilustra un episodio que Díaz Ordaz narró alguna vez, con todo lujo de detalles, a su secretario, el joven abogado Urbano Deloya, condiscípulo de su hijo. Vivía entonces en una casa que estaba en la 9a. Sur y la 15a. Poniente. No vivía con lujo, pero tenía un billar, una pequeña cantina, una terracita donde le gustaba sentarse y un pequeño despacho con sus diplomas. Un día invitó a su mujer al cine. La película era *Adiós a las armas*, pero lo que esa noche le sucedió era el reverso del título. Comenzada la película, Díaz Ordaz adviritió que un hombre lo había seguido. Esperó unos momentos y ordenó a su mujer abandonar la sala y regresar con él a la casa. Con doña Lupe segura y debidamente armado, Díaz Ordaz salió sigilosamente por la parte de atrás de su domicilio:

«En la esquina de la casa estaba este tipo fumándose un cigarro. Se acerca sin que se dé cuenta, desenfunda Díaz Ordaz su pistola, se la pone en la espalda y le dice:

»—Ora sí, mi amigo, dígame qué quiere.

»—¡No, no, licenciado…!

»—¡Cómo que no, qué quiere, usted nos ha seguido, y usted está aquí parado en mi casa desde que yo llegué. Fuimos al cine, usted se metió al cine también, dígame usted quién es…!

»—Pues soy agente…

»—Agente de qué…

»—Soy agente de las Comisiones…

»—A ver la credencial…

»Y saca su credencial, y es agente de las Comisiones de Seguridad, que en esa época jefaturaba el terrible y temible don Alfonso Vallejo Aillón, que también despachaba con bastante frecuencia. Y que le quita el licenciado la credencial, y que le quita la pistola también. Entonces el tipo se vio inerme, y salió corriendo.

»Al día siguiente, muy temprano, Díaz Ordaz fue a ver al gobernador Betancourt con las pruebas en la mano. Atajando secamente las falsas muestras de afecto, fue al grano: "Ayer pasó esto, me estuvo siguiendo un individuo que es agente de las Comisiones de Seguridad. Aquí está su credencial y aquí está su pistola", y las puso sobre la mesa. "Vengo a advertirle que la próxima vez que me mande usted otra persona, no va a ser aquí donde le voy a regresar la pistola ni la credencial del que me mande usted a espiar, sino que en la tribuna del Senado voy a ofrecer la credencial y la pistola del espía… Así es que muchas gracias y es todo lo que le quería yo decir…"»

El atribulado Betancourt logró evitar que Díaz Ordaz abandonara el despacho de manera tan intempestiva, le juró que no era él sino Vallejo el responsable, lo invitó a su casa, abrió para él una caja de finísimas botellas de whisky, pero no logró su confianza. Díaz Ordaz, por su parte, había logrado algo más importante: el respeto y el miedo del gobernador.[33]

En la Cámara de Senadores, Díaz Ordaz formó un dúo con

un hombre que parecía su reverso exacto: Adolfo López Mateos. Uno era feo, hosco, cerrado, estudioso, detallista, áspero, sedentario, hombre de pocos amigos. El otro era guapo, simpático, abierto, bohemio, superficial, suave, andariego, hombre de muchos amigos… y amigas. Obviamente, se complementaban. A través del líder de la Cámara, el coronel Carlos I. Serrano, ambos eran el conducto del presidente Alemán con los senadores. López Mateos viajaba, daba discursos, era el embajador legislativo del régimen; Díaz Ordaz hacía el trabajo de «talacha», rutinario, era el abogado legislativo del sistema, pero con frecuencia subía al podio a defender su punto de vista, siempre con energía, a veces con crudeza.

Como todo senador, y en aquel régimen concreto, Díaz Ordaz fue un soldado del sistema, en particular del presidente. Aplaudió la candidatura de Alemán para el Premio Nobel, y negó que el agudo conflicto obrero de Nueva Rosita fuese algo más que un «problema interno entre dos grupos de trabajadores», si bien advirtió que el asunto estaba «quemándole las entrañas» a la organización obrera. Ante las críticas sobre la corrupción del régimen y el monopolio del PRI que el henriquista Antonio Espinosa de los Monteros se atrevió a verter en Washington, Díaz Ordaz tomó la palabra el 20 de diciembre con una actitud característica que bordeaba la intolerancia:

«… cuando un mexicano indigno asesta una puñalada trapera en el propio corazón de la Patria, entonces, el sentimiento del patriotismo, agudizado, se convierte en indignación … Nunca se había asentado México sobre bases más sólidas; nunca las finanzas del país habían estado más saneadas, ni nuestro crédito y nuestro prestigio habían sido mejor aquilatados fuera del país y mejor comprendidos dentro de nuestras propias fronteras … No existe en México

ningún partido oficial … El Partido Revolucionario Institucional ha sido el canal adecuado, el cauce ordenado y justo que la Revolución ha encontrado para organizar políticamente los esfuerzos de las masas mayoritarias del país … Si alguna vez han existido en México las libertades humanas … es ahora, y este hecho actualmente se traduce en actos concretos de gobierno y tolerancias, que se antojan a veces demasiado amplias, cuando se ataca, sin pruebas ni fundamento alguno, a hombres honorables y patriotas que han hecho de su vida un paradigma del pasado y el presente de nuestra República».[34]

No todo fue «talacha» en el Senado. En 1947 asistió en Lima a la Conferencia Internacional de Abogados. Junto con su amigo, «Adolfito», viajó en 1948 a Argentina, donde ambos conocieron a Perón. En 1951 asistió en San Francisco a la conferencia internacional sobre el Tratado de Paz con Japón. Los viajes despertaron en él un sentimiento iberoamericano. El 12 de octubre de 1948 fue el orador oficial en el Día de la Raza. Su pieza impresionó al auditorio. Muchos la recordaban en los años sesenta. Fuera de ciertos giros anacrónicos en su retórica, estaba escrita con cierto talento literario y a partir de buenas lecturas. El senador Díaz Ordaz, a no dudarlo, era un hombre inteligente.

Un año antes, su ambición había tenido un objetivo claro y natural: la gubernatura del estado de Puebla. A pesar de que don Manuel Ávila Camacho lo estimaba, el gobernador saliente Betancourt tenía otro candidato más afín al expresidente: su propio hermano, el general Rafael Ávila Camacho, quien tomaría posesión en febrero de 1951. Tras esa decepción, la vía de ascenso estatal estaba bloqueada para el senador. Sólo podía aspirar a trepar la pirámide federal. Con el empeño de siempre, se propuso trabajar en la campaña

de Ruiz Cortines. En uno de los discursos de la gira tomó la palabra y conminó a la multitud en términos desusados aun para el lenguaje autoritario de la política mexicana. Había que «apoyar a un eje central que ejerza el poder de manera absoluta porque no podemos pensar que cada quien tenga u obtenga su máximo universo de poder».[35] Cuando el candidato visitó Puebla, Díaz Ordaz viajó por carretera hasta el pueblo de Río Frío con la intención de darle la bienvenida, pero para su desgracia una patrulla de caminos chocó contra su coche ocasionándole una fractura en una pierna. Tras su traslado en ambulancia al hospital y ya convaleciente en su casa, el senador recibió la visita de don Adolfo Ruiz Cortines.[36] El afecto del candidato (a quien decía «maestro») no lo consolaba demasiado de sus molestias. Por un tiempo usaría muletas. Quizás entonces, mientras ejercía sus funciones como representante de la Cámara de Senadores ante la Comisión Federal Electoral, formuló para sí una antigua pregunta: «¿Alguna vez volveré a la paz de la provincia, a ser maestro en el viejo Colegio de Ciencias y Artes de Oaxaca o a mi viejo Colegio de Puebla? … creo que me será difícil dejar de ser provinciano». Sentía que el futuro, ese rompecabezas, siempre amenazado por el azar, la desgracia, el peligro, el desorden y la zozobra, lo arrojaría al cauce de la política federal.

«Sin considerandos»

«¿Qué se habrá creído este señor? Piensa que le voy a aceptar limosnas? No voy a sepultarme en ese puesto ratonero.»[37] «Adolfito» escuchaba pacientemente el desahogo de «Gustavito». Lo había ido a ver a Puebla, acompañado de Agustín Arriaga Rivera, joven que además de ser líder del PRI tenía la virtud de poseer un flamante Ford Crown Victoria. López Mateos lo sabía, y se hizo acompañar por él para, entre otras cosas, tripular el carro. Traía la encomienda de

convencer a su amigo para que aceptase la dirección jurídica de la Secretaría de Gobernación, pero era difícil. Con parsimonia, con bonhomía, con tranquilidad, López Mateos le insistía: «Gustavito, al presidente de la República nunca se le dice que no…» Díaz Ordaz se resistía. No podía ver al ministro Ángel Carvajal con quien tenía antiguas discrepancias. Por fin le dobló la mano. A regañadientes, Díaz Ordaz aceptó bajo la promesa de un rápido ascenso. Lupita les ofreció unas «chalupitas» y fue testigo del pacto. De regreso a México, tripulando extasiado aquel «verdecito», como le decía «Adolfito», comentó a su «joven amigo»: «Este Gustavito es muy inteligente, pero es muy corajudo. Me costó trabajo, como usted se dio cuenta, que aceptara. Y eso que el señor presidente me lo encargó mucho, porque él lo estima». Al poco tiempo, el 5 de febrero de 1953, el oficial mayor nombrado para el cargo, licenciado José María Ortiz Tirado, pasó a formar parte de la Suprema Corte de Justicia y Gustavito ocupó el puesto. Era su verdadera entrada en la política nacional.[38]

Entre sus primeras encomiendas durante el régimen de Ruiz Cortines, estuvieron los casos de dos gobernadores: la revocación de poderes de Alejandro Gómez Maganda en Guerrero (mayo de 1954) y la licencia de Manuel Bartlett Bautista en Tabasco (marzo de 1955). Si en los años treinta había practicado desahucios domiciliarios, ahora le tocaban los desahucios políticos. En ambos casos actuó con eficacia total, si bien en el segundo tuvo que padecer la picadura de una araña tropical que le hinchó la pierna y lo tuvo malhumorado e inmovilizado durante varios días. Al parecer, al regresar presentó su renuncia al presidente Ruiz Cortines, pero éste, desde luego, no se la aceptó: buen político, solía reconocer las prendas profesionales de sus subordinados.[39]

A mediados de los cincuenta, en el cenit del sistema, la política podía parecer casi aburrida. Además, Ruiz Cortines no delegaba con facilidad. Estas circunstancias propiciaron cierto relajamiento en la Secretaría de Gobernación. Se decía que el secretario Carvajal se escapaba al cine pero dejaba la luz prendida de su oficina para aparentar que trabajaba hasta altas horas de la noche. Se decía que tenía mala relación con el subsecretario Fernando Román Lugo. En medio de esa discordia, los asuntos terminaban por aterrizar en el despacho del oficial mayor. En 1956, cuando despuntaron los primeros problemas con la fracción disidente del sindicato de maestros, el secretario de Educación pasó la «papa caliente» al de Gobernación y éste lo remitió al hombre más eficaz y resuelto que tenía cerca: Díaz Ordaz. En el año crucial de 1958, destapado ya su amigo «Adolfito», Díaz Ordaz amonestó al líder de los maestros, Othón Salazar, con una dureza que lo sorprendió: «No se olvide», le dijo, «que el gobierno salta las trancas tan altas como se las pongan». «Yo no supe medir la dimensión de sus palabras», recordaba Salazar; «a los pocos días se desató la represión más brutal.»[40] Díaz Ordaz, oficial mayor, era ya, de hecho, el encargado del despacho en Gobernación.

Su arribo a la Secretaría de Gobernación fue como un terremoto. De inmediato y «sin considerandos», cesó al antiguo director de administración, Acosta Ralú. Como ráfaga atendió todos los asuntos (huelgas de telefonistas, planeación de estrategias para «agarrar por los huevos» a los ferrocarrileros, el cambio de gobernador en San Luis Potosí, la toma de posesión del gobernador de Chiapas). Tenía poca tolerancia con los subordinados que le parecían incompetentes. En diciembre de 1958, Luis M. Farías, recién nombrado director de información de la Secretaría de Gobernación, le avisó que se encontraba en las oficinas el

gobernador de Chiapas, Samuel León Brindis. Díaz Ordaz le dijo: «¿Qué? Le acabo de dar posesión ¿y ya está aquí? Dígale que si quiere me mande el sueldo … No, no le vaya a decir eso. Ése es tan burro que me manda el sueldo. Páselo». Díaz Ordaz lo regañó y el gobernador se fue. «¿Para qué cree que es gobernador?», le comentó Díaz Ordaz a Farías. «Para resolver problemas, no para venir a chismear aquí.»[41]

Su propósito de erigirse en valladar para «que no molesten al presidente de la República» era casi un acto de complicidad psicológica con su amigo «Adolfito»: al presidente no le interesaban los asuntos peliagudos ni el detalle; no rehuía tomar decisiones y ocuparse de los problemas en momentos álgidos, pero prefería el oropel, la oratoria, los viajes y las viejas, y para eso necesitaba a alguien que le «cuidara el changarro».[42] Nadie mejor que «Gustavito». Por su parte, Díaz Ordaz tomaba su encomienda con seriedad ejemplar, como su «maestro» Ruiz Cortines, pero sin su sentido del humor. No jugaba al dominó: ajustaba rompecabezas.

En todos los conflictos del sexenio de López Mateos, Díaz Ordaz tuvo una intervención directa. Si el presidente perdía veinte kilos, el «Flaco» o «Tribilín» (dos de sus apodos) se crecía. Fue el protagonista de la represión sindical, estudiantil, electoral, campesina. En el mapa político de México no volaba una mosca sin que su vuelo se registrara en la vieja casona porfiriana de Bucareli, donde Díaz Ordaz despachaba junto con su fiel subsecretario, Luis Echeverría Álvarez; su oficial mayor, el viejo sonorense Noé Palomares, y el hombre clave de la Dirección Federal de Seguridad, Fernando Gutiérrez Barrios.

De su omnipresencia política, Luis M. Farías narra un caso en verdad notable. El presidente viajaba por Asia. Hablaba por teléfono todos los días con el hombre que le atendía «el

changarro». Pero aquella vez el asunto ameritaba la alerta máxima. Se había desatado la «crisis de los misiles».

«Me habló Thomas Mann y me dijo:

»—Necesito ver al secretario de Gobernación.

»—Sí, muy bien.

»Le planteó el asunto al secretario diciéndole:

»—El presidente de los Estados Unidos quiere saber de qué lado está México.

»—Puede usted decirle al señor presidente Kennedy —dijo Díaz Ordaz— que nosotros hemos sido partidarios de que Cuba libre tenga sus armas defensivas; pero siempre que no haya armas ofensivas. En este caso tiene usted razón. Se trata de armas ajenas a Cuba, manejadas por los rusos, quienes aprovecharon el territorio cubano para amenazar a los Estados Unidos. Eso no se vale. Pueden amenazar a México o a cualquier otro país.

»Esa decisión la tomó él sin consultar al secretario de Relaciones Exteriores ni al presidente de la República. La tomó él solo, pues era necesario porque estaban pidiendo una definición clara y categórica y así la tomó. Llamó al presidente, que aterrizaba ese día en Hawai. Venía de regreso de Oriente. Allí le dijeron que el secretario de Gobernación estaba en el teléfono, que necesitaba hablar con él urgentemente antes de que lo entrevistara la prensa; se fue directo al teléfono. Terminando fue a la conferencia de prensa e hizo la declaración hecha previamente ante el embajador de los Estados Unidos por el secretario de Gobernación. Así es como debe ser. Aparece él contestando y no el secretario de Gobernación. El secretario hubiera quedado mal. Se hubieran preguntado por qué habló él y no el de Relaciones. El de Relaciones andaba con el Presidente.»[43]

Lejos de incomodarlo, al presidente le aliviaba la decisión de Díaz Ordaz. En Asia había sufrido fortísimos dolores de cabeza, pero sabía que en México estaba su amigo para evitárselos al país. Con López Mateos viajaba el industrial Juan Sánchez Navarro, que atestiguó la conversación. Años más tarde, el propio Sánchez Navarro le inquirió sobre el momento en que se había decidido por Díaz Ordaz. López Mateos le contestó: «Usted mismo fue testigo. Durante la "crisis de los misiles". Le encargué que me cuidara la tranquilidad del país, que no quería alteraciones del orden y cumplió a cabalidad. En menos de veinticuatro horas encerró a todos los líderes de izquierda. No se movió un alma. Entonces me dije: "Éste es el hombre"».[44]

«Mi personal fealdad»

Luis M. Farías, director de información de la Secretaría de Gobernación, venía de la radio, había sido locutor. Se esforzaba en lograr una buena imagen de su jefe. Desde el primer día de trabajo pidió a un fotógrafo oficial: «Tómale desde este ángulo y de este otro». Díaz Ordaz lo reprendió diciendo que él «no era Coca-Cola» y afirmó: «No tengo ángulo. Soy feo, así soy. Al secretario de Gobernación no sólo se le debe tener respeto sino un poco de miedo. Es saludable para el país. Soy lo suficientemente feo como para que me tengan miedo».

Farías recordó lo que dijo Cromwell cuando se presentó un pintor de la corte: «Pínteme como soy, con todo y verrugas.» A Díaz Ordaz le gustó el símil: «Sí, prefiero ser Cromwell a ser un niño bonito».[45]

No quería ser «un niño bonito», pero hubiera preferido ser o sentirse menos feo. Su madre se lo había recordado con dolorosa frecuencia, tanta que a sus propios hijos les había confiado la «discriminación» de la que había sido objeto.

Cansado de buscarle el ángulo, Farías mismo admitía que su jefe era «insignificante, feo, de dientes salidos, flaco tirando a chaparro». El periodista estrella de *Excélsior,* Julio Scherer, lo describiría así: «… dos esferas minúsculas por ojos, las pestañas ralas, la piel amarilla salpicada de lunares cafés, gruesos los labios y ancha la base de la nariz».[46] «El complejo de fealdad», apuntaría su secretario Urbano Deloya, «¡por Dios que ése era su problema!»

Para lidiar con ese problema desarrolló toda una batería de actitudes compensatorias y defensivas. La más obvia era el cultivo de sus pocas prendas físicas, la voz ante todo. El propio Farías atestiguó cómo, en la primera recepción a la que acudió con él, ese «hombre feo, flaco, desgarbado, sin chiste, se convirtió en una figura atractiva por lo bien que hablaba». Cuidaba esa cualidad desde hacía tiempo. Por eso se había aficionado a la guitarra. Sin verdadero estudio pero con buen oído y resonancia, cantaba viejas melodías mexicanas.

Otra táctica externa era la elegancia en el vestir. Compraba trajes hechos, finísimos, y mandaba hacer sus camisas con sus iniciales a la casa Sulka en Londres. Le obsesionaba vestirse bien, es decir, le torturaba el riesgo de vestirse mal: «Caray, ¡cómo se complica uno la vida!», le decía ya siendo presidente a su colaborador Herminio Vázquez, cuando trataba de combinar corbatas y trajes, «acuérdate cuando no teníamos más que un traje, a fuerza nos teníamos que poner ese saco y esa corbata. Ahora que tenemos tantos no se quita uno de preocupaciones».[47]

Su prenda mayor, por supuesto, era la agilidad mental y, muy en particular, una buena memoria. Ernesto P. Uruchurtu, que por dos años fungió como jefe del Departamento del Distrito Federal en su gobierno, lo recuerda como un «conversador ameno»: «su inteligencia le

quitaba lo feo».[48] Era como si, repudiado por la materia —por su propia materia—, Gustavo Díaz Ordaz hubiese sentido la necesidad de retraerse a la vida mental para acumular fuerza y dominar, desde allí, a la materia. Quizá por eso desde sus años de estudiante, y a todo lo largo de su carrera política, había desarrollado una retentiva prodigiosa, un archivo extraordinario de personas con todo y sus nombres, profesiones, problemas, debilidades. Tal vez aquella voluntad de dominio desde la mente explicaba su pasión por los rompecabezas, pasatiempo que nunca abandonó y siguió practicando en la presidencia. Todos los rompecabezas que le traían del extranjero los armaba en un santiamén. Cuantas más piezas tuvieran, mejor. Pero como ninguno tenía suficientes, prefería recluirse en su tallercito de carpintería doméstica, usar su segueta y hacerlos él mismo. Prefería deshacer la materia en un caos y jugar a rehacerla, una y otra vez, con el poder de su mente.

Sin embargo, sus escasas prendas físicas y sus poderosas facultades mentales no atenuaban por entero la imagen que le devolvía el espejo. Otra argucia compensatoria fue la neutralización. Le interesaba conocer los chistes sobre él que corrían en la calle: la gente decía que era «pura trompa y oreja», que le habían dado «hostias morelianas en su primera comunión», que «a López Mateos le iban a dar el Premio Nobel porque al fin, gracias a él, se había logrado encontrar el eslabón perdido», que «iba a cambiar la capital de México a Yucatán porque sólo allí le iban a decir “Adiós, lindo”»; Díaz Ordaz se resignaba y rumiaba el castigo con aparente buen humor y respondía con sus propias ocurrencias. En un banquete oficial con el presidente Johnson hizo una desusada mención a «su personal fealdad» y recordó uno de sus chistes más celebrados: «Alguien le dijo que los poblanos tenían fama de “dos caras” a lo que contestó: “¿Usted cree que si yo tuviera

otra cara, saldría a la calle con ésta?”» *(Risas generales)*. En otra ocasión, cuando alguien le mostró una caja de cerillos con su foto, dijo: «Son los primeros cerillos con boquilla». Durante la campaña, los muros de la ciudad de Tehuacán amanecieron tapizados con el lema que era de rigor sexenal: «Tehuacán con Díaz Ordaz». Al verlos, el futuro presidente comentó: «Debe saber horrible». ¿Disfrutaba de aquella retahíla de chistes? Seguramente no. «¡Haberme colado al Olimpo mexicano a pesar de la cara que tengo!», decía a sus amigos. Porque a pesar de admitir y bromear en público sobre lo que él mismo llamaba «su personal fealdad», la fealdad seguía allí, hecha consciente no tanto por los otros como por él mismo.[49]

Sin armonía ni belleza, el mundo físico no valía la pena. Había que retraerse al interior, a los espacios de soledad donde no se necesitan los amigos. «Mi papá no era muy amiguero», recordaban los hijos de Díaz Ordaz. Hombre de familia, protector de su mujer y sus tres hijos (Gustavo, Guadalupe y Alfredo), recelaba de la excesiva cercanía de los conocidos, e incluso de los parientes, sobre todo al llegar a la presidencia. No sólo eso: veía crecer día a día la cohorte de sus enemigos. Herminio Vázquez, su más cercano amigo, de pronto se vio en la necesidad de cambiar, aun en privado, el «Gustavo» por el «usted» y el tuteo por el «señor presidente», para escuchar a su vez el «señor Vázquez» en vez del habitual «Herminio».

«Yo creo que su mejor amigo realmente fue el licenciado López Mateos», explicaba su hijo Gustavo, pero ya en la presidencia comenzaron a ocurrir cosas raras entre «Gustavito» y «Adolfito». Aunque enfermo, a López Mateos se le ocurrió alguna vez deambular por la Alameda: un bolero lo reconoció, otros le pidieron autógrafos, y, a las puertas del

famoso restaurant Sanborns, no pudo entrar porque lo seguía una verdadera manifestación. Al enterarse de eso, Díaz Ordaz se enojó.[50] «Yo no voy a salir a la calle a buscar el aplauso», decía Díaz Ordaz. Tampoco incurriría en la costumbre de viajar: «Mira», le decía al «señor Vázquez», «se llama "sede" del poder ejecutivo porque es el lugar donde se dirigen al presidente, donde éste resuelve los problemas. Allí debe estar el presidente, porque allí es su sede…» Para salir, estaban los secretarios, y para el extranjero, los secretarios de Relaciones Exteriores y los embajadores. La moraleja era clara: no iba a ejercer, como su antecesor, una presidencia vacante y diplomática. Algo se había roto entre los dos al principio del sexenio. Daniel Cosío Villegas asistió a una comida en la que el presidente Díaz Ordaz y su esposa hicieron un desaire —no los saludaron— a López Mateos y doña Eva Sámano.[51]

La honradez personal y cierto desapego al dinero eran otras facetas de su desdén por el mundo de lo sensual. Desdén doloroso, forzado, porque aquella «persona discreta en extremo, que difícilmente se abría con alguien», pagaba físicamente su hosquedad. Aquella vida volcada hacia el interior se reflejó naturalmente, desde muy joven, en sus problemas gastrointestinales.

«Todas las cosas se las comía», recuerda Emilio Bolaños Cacho.[52] Pero no se refería a la comida sino a las preocupaciones. Aunque aquélla le encantaba. Ser poblano y abstenerse de comer era un anticipo del infierno. Desde tiempos coloniales, Puebla tuvo quizá la mejor y más variada cocina de México, pero don Gustavo Díaz Ordaz no podía entrarle con ganas al picante, a la sopa de fideos, a los moles, a las «pelonas», los «pambazos», los «molotes», las «gordas», y a la maravillosa dulcería poblana sin condenarse al infierno de la gastritis:

«En la campaña [presidencial] la comida era otro gran problema. Ese problema venía de que él sufría mucho del estómago. Yo desde que lo conocí, así era; no era cosa que él hubiera adquirido en el camino. Siempre padecía él de su estómago, y ésa era una de la causas por las que no era aficionado a la bebida, porque tomaba y le hacía daño. Puede decirse que ese problema le venía casi de nacimiento. Toda la vida tenía dolores, sobre todo estreñimientos. Sufría con su estómago de una manera terrible, de eso sí me acuerdo. Hasta ocho días tardaba él sin ir al baño, una cosa tremenda … Entonces todo lo que eran banquetes, y cosas por el estilo, a los cuales tenía que asistir forzosamente, nada más hacía como que comía, y en realidad no probaba nada. Eso «aparentar que comía» lo había aprendido muy bien él. Antes le gustaba mucho la comida mexicana, la poblana, pero para la campaña él estaba ya muy mal de su estómago. Entonces le tenían que hacer [especialmente] sus guisos: que sin grasa, que sin esto, que sin lo otro».[53]

Su gran cava con vinos finísimos, perfectamente catalogados, en la casa de la cerrada de Risco en el Pedregal, que adquirió en 1958; las cuarenta cajas de champán que había recibido de regalo; los mariscos, la tortuga caguama, los langostinos… Todo lo que le gustaba debía racionarlo. «Tardaré seis años en digerir los disgustos», comentaba a Vázquez. El aparato gástrico hablaba por él.

En el gabinete, el despacho y el taller podía recomponer el mundo, devolverle el orden, ajustarlo como un rompecabezas, digerirlo. Gracias al beisbol, en los años cincuenta descubrió los usos múltiples de las «tarjetitas». Escuchaba los partidos de las ligas mayores y llevaba él mismo en tarjetitas la tirilla de cada juego. Ya presidente, el «señor Vázquez» preparaba la ropa para cada gira de acuerdo con las

tarjetitas en las que previamente el señor presidente le señala: «… día tal, tal población, a tal hora, tal mitin, corresponde traje tanto, camisa tal, ropa interior, zapatos».[54] No podía haber errores ni cambios. «Él era un hombre que tenía un gran sentido del orden», recordaba Urbano Deloya, «era disciplinado, quizás hasta con cierta obsesividad.» Díaz Ordaz tenía unos cien pares de zapatos, porque para colmo padecía de los pies: se le formaban callosidades cuando jugaba al deporte presidencial por excelencia, el golf. «Tenía en su armario todos esos zapatos, metidos en cajas, donde en etiquetas ponía "Mocasín, negros", "Sport que compré en Los Ángeles", "Azules, para los pantalones azul claro", así todo, todo …»[55]

Si algo se salía de curso (una botella fuera de lugar, una tarjeta por otra, una declaración impertinente, una medida equivocada), don Gustavo exclamaba: «¡No puede ser, qué barbaridad!» y, «como león enjaulado», andaba «de un lado a otro dando vueltas a su oficina», sin «soltar de su ronco pecho todo lo que traía adentro». Al final, cuando fallaban los mecanismos de compensación, cuando la realidad se resistía al orden, cuando las piezas no ajustaban, cuando no podía «tragar» o digerir lo que traía adentro, siempre quedaba el último, infalible recurso: la violencia. «Cuando Díaz Ordaz se encerraba», recuerda Vázquez, «nadie lo había de molestar por ningún motivo. Hasta a la señora le daba miedo ir a decirle algo: "No, yo no le digo", decía ella, "ya sabe usted cómo es".»[56] Su rival en la carrera presidencial, Donato Miranda Fonseca, lo describiría a la perfección: «… era chispeante, conocedor, muy inteligente, pero era muy enojón … muy de malas. Cuando se enojaba, se enojaba, y desgraciadamente, pues cuando se enoja uno ya por sistema, pierde uno la ecuanimidad … Es el defecto que tenía el licenciado Díaz Ordaz».[57]

Al llegar a la presidencia de México, Gustavo Díaz Ordaz proyectó su condición personal a la vida política del país. «La presidencia de la República es una especie de exprimidor de naranjas», acostumbraba decir: «sólo deja el bagazo». Pensando en López Mateos, que salía «envejecido», Díaz Ordaz vivía la antesala del poder como una puerta al cadalso. Nunca un presidente de México se había sentado en la «Silla» presa de una angustia similar. Esa palabra lo obsesionaba: angustia. «Quiero que los poblanos me entreguen, a más de su voto, su corazón», había dicho a sus paisanos en la campaña, «para que cuando yo sufra las mayores angustias que puede soportar un hombre, y si he de ser presidente he de sufrirlas yo, sepa que el corazón de los poblanos está conmigo.»[58] Su hijo Gustavo recordaría cuando les contó del día en que se despidió de López Mateos y se quedó solo en el despacho en Palacio Nacional: «… le dijo adiós, se quedó ahí solo, dijo que es tremendo … esa angustia la vivió por seis años. Él vivió angustiado realmente hasta que salió».[59]

A fin de contener la angustia, afirmaría la investidura presidencial como ningún otro presidente del siglo XX. Díaz Ordaz no sólo hablaba, como Ruiz Cortines, de la «dignidad de la investidura» sino de la «majestad del cargo». Tenía un concepto casi teocrático de su posición: «… desde aquí es posible sentir cuando el pueblo está satisfecho, airado, exigente, solidario, indiferente o frío». Pero al mismo tiempo se sentía «dramáticamente solo»: «Una de las tareas más difíciles que enfrenta el hombre en el poder es la de encontrar entre la tupida selva la verdad». Únicamente Calles, obsesionado por reformar su origen ilegítimo, se le parecía. Sin embargo, a diferencia de Calles, Díaz Ordaz no era un visionario ni un reformador sino un hombre cuya idea fija era conservar a toda costa y «sin cambio alguno … los rumbos que tiene México» y sus propias actitudes: «… promovido a la

máxima responsabilidad, no voy a cambiar mi conducta». «Nos corresponde ser el macizo puente por el que han de pasar las nuevas generaciones», había dicho en 1960. Ya en la presidencia, su pensamiento no tiene sino dos polos: la fuerza, la gravedad, la autoridad, la investidura, la majestad que sólo él encarna y representa, y la amenaza de fuerzas oscuras, extrañas, que pretenden sembrar el desorden, la anarquía y el caos en el rompecabezas nacional.[60]

Solo, en Cuernavaca, Díaz Ordaz escribía personalmente todos sus discursos. Utilizaba una grabadora y una «baraja» de tarjetas. A través de los años, cada frase llevaba la impronta de su carácter y constituía, al mismo tiempo, una advertencia:

«… seamos tolerantes hasta el límite, pero seamos firmemente intransigentes en la defensa de los principios … nuestra sólida unidad revolucionaria nadie logrará destruirla … por sobre todas las cosas hay que salvar la integridad de las instituciones … cuando la ley deba aplicarse con rigor se aplicará con todo el que sea necesario».[61]

Éste es el hombre que «Adolfito» dejó en la presidencia para gobernar México en la más rebelde y libertaria de las décadas.

«¡Nadie tiene fueros contra México!»

«Díaz Ordaz era de línea dura… usaba el poder.»[62] Con estas palabras lo definía uno de sus más brillantes y ecuánimes colaboradores, el secretario de Hacienda Antonio Ortiz Mena. Desde el primer día quedó claro el nuevo estilo. Nada de formas ni de ceremonias, nada de preeminencias familiares ni de influencias personales: el desnudo y puro ejercicio del poder. Obligó a sus colaboradores a aprender de memoria cinco reglas: díganme la verdad; no me pidan disculpas; si violan la ley pues viólenla, pero que yo no me entere; cuidado con lo que me informen; no cambiaré el

gabinete, «no se cambia caballo a la mitad del río».[63]

A Miguel Alemán, en el momento de sentarse en la «Silla», lo habían «calado» los petroleros y se habían topado con el ejército. A Adolfo López Mateos, por su parte, lo habían «calado» los ferrocarrileros y se habían topado con Díaz Ordaz (y con el ejército). A Díaz Ordaz, en diciembre de 1964, ya no había sindicatos disidentes que lo «calaran». Sus dirigentes seguían presos en la cárcel de Lecumberri, acusados del delito de «disolución social». El «calado» vino por donde menos se esperaba, de un sector de la clase media profesional: el de los médicos.[64]

Frente a los sueldos y prestaciones que ofrecía el Instituto Mexicano del Seguro Social, las condiciones de los médicos del recién creado ISSSTE (Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado) y otras dependencias oficiales como la Secretaría de Salubridad y Asistencia, dejaban mucho que desear. Dentro del gremio, el grupo de los residentes e internos era el más explotado: sin ser empleados de planta sino meros «becarios», se les hacía trabajar tres días sin interrupción, con sueldos magros. Para colmo, a mediados de noviembre había corrido el rumor de que se les negaría la prestación tradicional de los días navideños en México: el «aguinaldo». Doscientos médicos residentes e internos del hospital 20 de Noviembre del ISSSTE habían decidido hacer presión con una huelga si sus condiciones económicas y de trabajo no variaban. La administración los destituyó. Esa misma noche se creó la Asociación Mexicana de Médicos Residentes (AMMR), que de inmediato redactó un pliego de cinco peticiones: recontratación de despedidos, conversión de la beca en contrato, contratación preferente de ex médicos residentes, participación activa en planeación y programas de enseñanza, solución a problemas prácticos de cada hospital:

alojamiento, alimentos, etcétera.

Se trataba de un «movimiento blanco», blanco hasta por el color de las batas con las que mil quinientos miembros de la AMMR desfilaron pacíficamente hasta el Zócalo, a pesar de que la Secretaría de Gobernación les había negado el permiso de manifestarse públicamente. Exigían una solución al pliego petitorio y una entrevista con el presidente. «Alrededor de mediodía», apunta un participante, «un comité de quince miembros fue invitado a entrar al palacio presidencial. Después de recibir breves instrucciones concernientes al protocolo, se pidió al grupo que asignara un portavoz que hablara por tres minutos. Díaz Ordaz escuchó y al final respondió: "No acostumbro recibir de primera intención a las comisiones que lo soliciten … nos extraña la forma en que plantean ustedes su problema … Como presidente de la República debo respetar mi investidura y hacerla respetar; cuidar de los asuntos graves del país y no de todos los asuntos del país"».

Su tono, recordarían los testigos, era «colérico, brusco, malhumorado … Nos regañó como a escolapios». Comentó que él «no era un agente del Ministerio Público asignado para oír quejas insignificantes».[65]

Después de escuchar el informe del comité que se había entrevistado con el presidente, la asamblea de la AMMR decide continuar la huelga y logra consolidar la organización en toda la nación, contando con la participación activa de representantes de cuarenta y seis hospitales en el Distrito Federal y los estados. De pronto, Rómulo Sánchez Mireles, nuevo director del ISSSTE, decreta el pago de aguinaldo a todos los residentes e internos de los hospitales de esa institución. No satisfecha, la AMMR pide la solución al pliego petitorio y vota a favor de una nueva huelga, que no se lleva a

cabo. El «movimiento blanco» se persuade de que el gobierno «estudia» con seriedad sus demandas.

El 18 de enero de 1965 nace una nueva organización: la Alianza de Médicos Mexicanos (AMM). La integran médicos de mayor renombre y antigüedad que la AMMR, menos radicales en sus posturas pero identificados con el mismo agravio:

«El gobierno e instituciones descentralizadas han invertido grandes sumas para proveer servicios de salud al pueblo; sin embargo [este dinero] ha sido asignado casi por entero a la construcción de edificios y a la compra de equipo e instrumentos, dejando el pago y los beneficios adicionales del personal médico prácticamente congelados».[66]

A pesar de sus advertencias iniciales, Díaz Ordaz concede una nueva entrevista. Frente a la AMM muestra una actitud más suave: «Si alguien les pusiera una pistola en el estómago y les pidiera su dinero, replicarían: "Por favor, baje la pistola para que pueda yo ver cuánto dinero tengo en el bolsillo"». Lo cierto es que no le faltaba información económica. Se negaba a «parecer obligado a hacer concesiones económicas ya que esto podía detonar una serie de otras huelgas», pero su resistencia, en el fondo, tenía un resorte personal: «… soy hombre que no acepta presiones».[67]

Un día después de la entrevista con el presidente (21 de enero), dos posiciones antagónicas surgen en la sesión de la AMM. Los médicos de la AMMR insisten en continuar la huelga; los de la AMM argumentan que debía concederse al presidente una oportunidad de demostrar su «buena fe». El día siguiente, el voto apenas mayoritario aprueba la continuación de la huelga. Por varios días se corta toda comunicación con el gobierno. Desconcertados, los dirigentes médicos deciden terminar la huelga creyendo que así

romperían la indisposición del gobierno. Los médicos se presentan a trabajar el 30 de enero. No obstante, el silencio gubernamental se extiende. El 15 de febrero, la AMMR, más radical, opta por decretar un paro nacional el 20 de febrero.

Dos días antes de que el paro estallara, y sin avisar previamente a los representantes de los médicos, el presidente Díaz Ordaz entregaba a la prensa una copia de un decreto dirigido ese día a la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Era su respuesta unilateral y definitiva al movimiento médico. Ordenaba algunos aumentos y establecía beneficios adicionales para los estudiantes-trabajadores. Los médicos «contrapropusieron» algunas modificaciones técnicas, casi formales, que el gobierno consideró razonables; no obstante, a juicio de éste, quedaba una objeción semántica: en vez de «contraproposición», la modificación debía ser llamada «interpretación del decreto presidencial». Si el presidente no era hombre que admitiese presiones, tampoco admitía «contraproposiciones»: como el Papa, debía ser, y parecer, infalible. Una comisión agradecida lo visitó a mediados de marzo. Parecía un final feliz, digno de las épocas de Ruiz Cortines: algo de pan, nada de palo. Pero Díaz Ordaz no era Ruiz Cortines. Las piezas médicas del sistema se habían desordenado. Había que ajustarlas. Él las ajustaría.

Actuó en dos direcciones: la presión sindical y el descrédito propagandístico. El hecho de que los médicos del ISSSTE fuesen «empleados de empleados» en el sector oficial volvía vulnerable su posición de regateo: debían incorporarse sindicalmente a la FSTSE, dependiente de la CTM y por lo tanto del PRI. Aunque la AMM resistió la presión y continuó siendo una asociación autónoma, no pudo evitar que un sector de los médicos, por genuina convicción o por presión, se alineara en las filas «gobiernistas». Paralelamente, la prensa, más subordinada que nunca al sistema, con la notoria

excepción de las revistas *Siempre!* y *Política* y del diario de izquierda moderada *El Día*, comenzó a publicar una serie de desplegados, unos firmados por los sindicatos del sistema, otros sin firma, en los que pintaba de rojo comunista al movimiento. Grupos o asociaciones fantasmas, como el Comité pro Defensa de la Dignificación de la Clase Médica o la Asociación Nacional de Profesionistas e Intelectuales, comenzaron a señalar a los disidentes como «casta privilegiada aparte del pueblo común», gentes que «acuchillaban por la espalda a la nación».[68] Corrieron falsos rumores sobre pacientes muertos por falta de atención médica. En este clima de tensión creciente, la combativa AMMR y la reticente AMM fijaron una nueva fecha de huelga: 20 de abril de 1965.

Para ese momento, el ánimo del presidente estaba totalmente envenenado. «No les era simpático … se sentía dolido», recuerda el doctor Gonzalo Bautista O'Farrill, hijo de su antiguo protector. Estaba convencido de que ciertos «intereses orquestados a larga distancia» movían las piezas médicas a voluntad, incitando al caos. A uno de sus allegados le confiesa que detesta «la censura por la censura misma. ¿Qué no son capaces de razonar equilibradamente? Si siguen por ese camino es que quieren llegar a la anarquía y eso no lo voy a permitir bajo ninguna circunstancia».[69] El presidente cerraba filas ante una petición que consideraba explosiva para el sistema: si cedía ahora a «la presión» de los médicos, mañana tendría que ceder a cualquier otro grupo de empleados o ciudadanos que, con las mismas «extrañas y sospechosas» tácticas (como manifestarse en la calle) y respondiendo a quién sabe qué «inconfesables y oscuros» intereses (supuestamente del KGB, pero también de la CIA), quisieran hacer al régimen demandas «improcedentes, imposibles» (como, por ejemplo, aumentos de sueldos y

prestaciones). El presidente no podía permitirlo. Estaba en juego su «investidura», la «majestad» de su cargo. El desorden podía fácilmente volverse un incendio: «… aunque gobernar no es imponer la voluntad del gobernante sobre el gobernado», decía entonces, «si eso se necesita para imponer el orden, así lo haré».[70]

Un ultimátum ponía a los médicos fecha perentoria para volver al trabajo; de no hacerlo, el 17 de mayo perderían sus plazas y sueldos. El sistema, que no admitía presiones, soltó sus mejores armas de presión: mítines obreros a los que asiste Díaz Ordaz, en los que se condena y amenaza a los médicos; inmensas manifestaciones en las cuales los barrenderos gritan consignas a cambio de una torta y un refresco. El presidente se niega a recibir a los médicos si éstos no levantan antes la huelga. Tras una última marcha al Zócalo, el movimiento cede y suspende la huelga. Díaz Ordaz sostiene una última entrevista con una comisión. El aumento de febrero no se había reflejado aún en las nóminas, pero el presidente pide que «tengan paciencia».[71] De los cinco puntos originales ni siquiera se habla. Días más tarde, al igual que ocurrió en febrero, el presidente lanza con tono triunfalista un nuevo decreto unilateral de aumento general, sin mención de los cinco puntos. La advertencia era clara: el presidente concede las cosas —si es que las concede— como una gracia que parte de él, nunca como algo que se conquista desde abajo. A su juicio, los médicos no tenían derecho a pedir lo que pedían, y menos a pedirlo de la manera como lo pedían. Si no se avenían a la gracia era porque tenían infiltraciones comunistas. En ese caso, había que poner orden mediante las fuerzas del orden.

Los médicos estaban cansados y divididos. En un momento dado, las fricciones entre los partidarios de la paz y los

partidarios de la huelga estuvieron a punto de convertirse en gresca. Días antes del primer informe presidencial, Rómulo Sánchez Mireles encabezó un contingente de granaderos que entró en el hospital 20 de Noviembre y ordenó a todo el personal que desocupara el edificio en menos de diez minutos. En poco tiempo, bajo el mando del coronel Alberto Gallegos, personal médico militar empezó a proporcionar servicios mínimos y atenciones urgentes en el hospital. Los casos delicados fueron enviados en ambulancias al Hospital Militar, en las afueras de la ciudad.

Los médicos esperaron todavía con interés una reacción de última hora desde la presidencia. Pero el asunto estaba zanjado. En el informe presidencial del primero de septiembre, Díaz Ordaz evaluó las demandas del movimiento médico y argumentó las razones del gobierno para actuar como lo había hecho. Previsiblemente, repitió su fórmula favorita: «El desorden abre las puertas a la anarquía o a la dictadura». El mayor aplauso se lo llevó la condena a los médicos:

«Ya están dándose pasos en conexión con las diferentes fechorías que se han estado cometiendo, que puede incluir homicidio por omisiones en el servicio, asociación delictuosa, intimidación de funcionarios, abandono de empleos, y resistencia de particulares… procederemos en forma prudente pero vigorosa contra los responsables.»[72]

No quería recordar sus tiempos de agente del Ministerio Público en Tlatlauqui y Tehuacán, pero como presidente aplicaba la misma lógica tajante a los problemas políticos: «… o nos vamos por el camino que nos señala el derecho, o aceptamos la anarquía». Algunos médicos fueron arrestados, otros despedidos. Habiendo recibido un curso intensivo de política a la mexicana en menos de doce meses, los médicos

que pudieron volver se incorporaron a sus puestos el lunes 6 de septiembre de 1965. En sus consultorios recordaron por mucho tiempo las palabras del presidente: «Cuando pequeños grupos, olvidándose del deber moral de salvaguardar al sistema y proteger al sistema, que a su vez a ellos los ampara, se separan de las normas legales, perjudican su propia causa y fortalecen a los enemigos de nuestro progreso».

Esos grupos, había advertido Díaz Ordaz, eran «lisa y llanamente contrarrevolucionarios, cuando no deliberadamente antimexicanos». Así, el presidente equiparaba de manera lisa, llana y deliberada el sistema con México, México con la investidura presidencial, y ésta con el hombre que decidía qué grupos o personas tenían derechos, cuáles y cómo debían manifestarlos, quiénes eran revolucionarios y quiénes no, quiénes mexicanos y quiénes antimexicanos: Gustavo Díaz Ordaz.

Desde los tiempos broncos de la Revolución, el carisma era una cualidad que escaseaba en las filas del sistema. Alemán tenía una gran sonrisa y López Mateos una inmensa simpatía, pero el carisma en México tenía que poseer cierta aura de violencia. No bastaba la buena facha, la buena voz o la facilidad oratoria: se necesitaba «algo más», un fuego o, al menos, el rescoldo de un fuego juvenil. Eso es precisamente lo que tenía Carlos A. Madrazo. Nacido en Tabasco en 1915, ahijado político del furibundo persecutor de curas Tomás Garrido Canabal, había sido «camisa roja» en los años treinta, había sufrido un periodo de cárcel en los cuarenta y alcanzado la gubernatura de su rico estado en la época de López Mateos. A los cincuenta años de edad era el nuevo presidente del PRI.

En su breve discurso de toma de posesión (el 6 de diciembre de 1964) Madrazo señaló con claridad singular las

«fallas» de su partido:

«Yo no sé si en este puesto voy a durar un minuto, una hora o una vida; lo único que sé es que vengo aquí a cumplir con mi deber y luchar porque este organismo interprete realmente los anhelos del pueblo, practique la autocrítica como único medio de vigilar conductas y evitar errores; que no se convierta en una agencia de colocaciones políticas, ni postule candidatos salidos de las filas de nuestros enemigos simplemente porque así lo ordenan intereses creados, y mantenga una posición vigilante en cuanto a la conducta de los funcionarios públicos surgidos en su seno».[73]

Madrazo proponía nada menos que una reforma democrática dentro del sistema político mexicano. En vez de que los candidatos debieran su puesto al elector inmediatamente superior (el presidente municipal al gobernador, el gobernador al presidente de la República y, en última instancia, el presidente de la República a su antecesor), Madrazo quería establecer una competencia similar a la de cualquier partido en una democracia moderna: elecciones internas, crítica y autocrítica entre diversas opciones y plataformas. Electos por las bases y no por sus superiores (o por intereses regionales, nacionales, caciquiles, sindicales), el PRI se volvería un partido de afiliaciones individuales, no de intereses corporativos. Las consecuencias morales de todo ello para el gobierno podían ser insospechadas: «Cuando hay una corriente de opinión que vigila a un funcionario», explicaba Madrazo, «éste se siente responsable ante ella. Procura cumplir. Sabe que su carrera política depende de sus actos y se esfuerza por ser brillante… por ser honorable».[74]

Madrazo sólo descubría algo archisabido de la democracia. A sabiendas del fracaso con que había concluido un intento previo de democratización en el partido a mediados de los

cuarenta, y aunque era obvio que su proyecto amenazaba el *modus operandi* del sistema, probó el método de la elección «de abajo hacia arriba» en la mayoría de los 2.328 municipios del país. «En todas partes renació la esperanza cívica», recordaba tiempo después. «Los intereses creados fueron hechos a un lado, aparecieron nuevos valores.»[75] En Baja California, Chihuahua, Durango y Aguascalientes, el nuevo PRI de Madrazo lograba, según se decía, «revivir la fe popular en los principios de la Revolución».[76]

Madrazo recorría el país para explicar la «nueva tónica». Pronunciaba fogosos discursos y prometía señalar a los «indeseables» que, dentro del PRI, se oponían a las reformas. Antes de que lo hiciera, comenzaron a levantarse escollos en el camino. El diputado Alfonso Martínez Domínguez acaudillaba la propuesta de permitir la reelección de diputados, a la que Madrazo se oponía, entre otras cosas porque difería la nueva democratización del poder legislativo. En una conversación con el presidente, Madrazo se quejó de la «nutrida campaña de prensa mantenida en su contra con fondos del gobierno», pero el presidente mostró «una faz impenetrable».[77] Finalmente, la asamblea del PRI votó contra el proyecto reeleccionista, pero avivó los enconos internos contra Madrazo.

En noviembre de 1965 se produjo un previsible enfrentamiento político entre Madrazo y el gobernador de Sinaloa, Leopoldo Sánchez Celis. En las elecciones internas del PRI en dos importantes municipios (Rosario y Culiacán) Madrazo detectó irregularidades que obligaban a anularlas: «casillas instaladas maliciosamente, suplantación de las personas encargadas de conducir la elección, coacción y amenaza sobre los votantes, "acarreo" masivo de votantes, falsificación de formas y actas» y un largo etcétera.[78] Más que

una autocrítica del PRI, las quejas de Madrazo recordaban las eternas denuncias del PAN. El PRI acusó al gobernador de propiciar las anomalías a favor de su candidato:

«Lo sucedido en las elecciones internas de Culiacán pone de manifiesto que … existen todavía, no sólo fuera sino también dentro del partido, personas y grupos que, ciegos ante los signos de los tiempos, se resisten a admitir que el anhelo de hacer evolucionar a nuestro instituto no es impostura ni trampa ni quimera, sino convicción, demanda y compromiso».[79]

El gobernador Sánchez Celis contraatacó. Aunque reconoció que pudo haber «errores», como en otros casos y entidades, declaró que los ataques en su contra «quizá sean cosa de Madrazo, por su inmadurez política. El sistema de Madrazo no es una novedad. Operó en 1946 y 1947 y provocó una tremenda división. El partido no está preparado para ello».[80]

Al sobrevenir las elecciones municipales en Culiacán, el candidato de Sánchez Celis corrió como «candidato independiente» y, por supuesto, ganó. El gobernador se salía con la suya, dejando a Madrazo en una situación absurda: ¿pertenecía o no al PRI el candidato triunfante? Madrazo prometió trabajar por la unidad del partido, pero era claro que sus días estaban contados.[81]

Presintiendo el fin del experimento, la corriente renovadora que existía dentro del PRI señaló los riesgos. Si Madrazo caía, se perdería con él la posibilidad de revitalizar al PRI, de convertirlo en un partido auténtico, no en la «agencia electoral del gobierno», función ya «inoperante en la realidad mexicana». Por otra parte, la derrota de Madrazo bloquearía la apertura del PRI a la nueva izquierda independiente, que crecía en influencia. La revista *Política*, que siguió de cerca los

avatares del conflicto, apuntaba que la campaña contra Madrazo era «sucia, pero lógica: quienes la realizan son todos aquellos que durante años han gozado de privilegios caciquiles».[82]

En esos días, *Siempre!* publicó en su portada una caricatura que se haría célebre: el presidente Díaz Ordaz observa con preocupación, detrás de una cortina, a un niño, con la cara de Madrazo, que está desarmando un muñeco que decía PRI. La caricatura correspondía a la realidad. Madrazo tenía las simpatías de los jóvenes reformadores dentro de su partido, pero no las que en verdad contaban: las del presidente. Gonzalo Bautista O'Farrill, senador por Puebla, recordaba:

«… sentí a Madrazo un poquito anticipado, todavía no experimentaba nuestro país la politización necesaria para que pudiera lograrse un avance así … nos espantamos los priístas, había pugnas muy fuertes entre nosotros mismos porque en el plan de ganarse la simpatía de las infanterías de la base, empezaban a hablar mal de los aspirantes a la misma posición política y resultaba un arma para la oposición».[83]

Tras una entrevista con el presidente, de la que «Madrazo salió cariacontecido y desconcertado»,[84] se producía la «conmoción política»: Madrazo renunciaba en favor del doctor Lauro Ortega. Su discurso final tuvo un tono y contenido de dignidad desusados en el PRI: seguía creyendo en el camino de la democracia interna por el que esa misma Asamblea lo había «juramentado». Días después, comentaba *Política*, el doctor Ortega vio llegar a su despacho el usual desfile de «políticos, líderes sindicales y aspirantes a cargos públicos que se inclinaban ante él en caravanas suplicantes y nada versallescas». La experiencia de Madrazo demostraba definitivamente la relación de propiedad entre el presidente y su maquinaria electoral, el PRI.

Si el presidente del PAN, Adolfo Christlieb Ibarrola, había concebido algunas esperanzas en el avance de la democracia durante el régimen de Gustavo Díaz Ordaz, en dos años las perdió. A fines de diciembre de 1966, enviaría al presidente una carta reveladora de su estado de ánimo.[85] No encontraba quién asumiese la responsabilidad de resolver los asuntos legislativos iniciados por su partido en la Cámara; estos asuntos, o bien se los estudiaba «indefinidamente» (y dos años habían sido insuficientes para ello) o bien eran apaleados por la mayoría del PRI y pasaban, sin pena ni gloria, al olvido. En cuanto al prometido respeto a los triunfos electorales, Christlieb aportó pruebas irrefutables de que habían existido irregularidades en varios distritos de Nuevo León. En el PAN se vivía una suerte de clima «pírrico», la sensación de que las pequeñísimas concesiones de la nueva legislación no eran sino formas de distracción para ocultar la permanencia de los viejos métodos.

Para las elecciones intermedias del sexenio, el PAN cubre por primera vez el 99 por ciento de los distritos electorales. El 27 de junio de 1967, cinco días antes de los comicios, Christlieb vuelve a dirigirse al presidente, esta vez para quejarse de la propaganda ilegal del PRI en los medios de comunicación (radio y televisión). El PAN había confiado en la «palabra dada» por el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, en el sentido de que no habría tal propaganda; sin embargo ese hecho, junto con otros de diversa índole sucedidos anteriormente en análogas circunstancias, lo colocaba en una situación muy difícil ante quienes dudaban de la posibilidad misma de «tratar con el gobierno sobre un mínimo común de valores humanos, entre los que no está excluida la lealtad del adversario»: «Ningún avance objetivo ha habido en los procedimientos para estas elecciones, ni durante los tres años transcurridos desde las últimas

federales. Ningún avance ha habido en materia de elecciones locales. Ni siquiera el padrón electoral y la credencial de elector … resisten análisis primarios».[86]

Las elecciones arrojaron resultados ambiguos. Por un lado, hubo «pan» para el PAN: el 11,3 por ciento de los votos, 19 diputados de partido y triunfos en 8 municipios (todos en Sonora); por primera vez en la historia se concedía un triunfo en la capital de un estado, Hermosillo y, meses después, otro, en Mérida.

Pero junto al «pan», el «palo»: el fraude en otros municipios y otras medidas. Por esos días, el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, informaba al de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, que por instrucciones del presidente había que enviar auditorías a «los riquitos de Mérida», para que «piensen en sus intereses» y dejen de apoyar al PAN. A los pocos días, el presidente comentó a Ortiz Mena que había que tener cuidado con las auditorías, porque «daban elementos a los ataques de la oposición». Ortiz Mena se extrañó: «¿no eran instrucciones de usted las que me transmitió el licenciado Echeverría?» Díaz Ordaz le comentó que él «no sabía nada».[87] Finalmente, el PAN gobernó por tres años el municipio. Unas personas que visitaron Mérida en 1970 observaron que la famosa «ciudad blanca» había adquirido un aspecto sucio. No había empleos ni servicios municipales. La razón era clara: el gobierno estatal y federal habían cerrado las llaves del presupuesto al presidente municipal (panista), Víctor Manuel Correa Rachó.

Tras el proceso electoral de 1967, Christlieb pide una audiencia con Díaz Ordaz, pero el presidente, como había dicho a los médicos, debía respetar y hacer respetar su investidura y no podía atender todos los problemas del país. El presidente del mayor —y, para todos los efectos prácticos,

único— partido de oposición en México, podía y debía esperar. Christlieb esperó, y no semanas: meses. A principios de 1968 invocó una parábola del Evangelio de San Lucas para hacerse escuchar. La audiencia nunca llegó. El diálogo se había roto. La leal estrategia de Christlieb había fracasado. En las elecciones municipales y legislativas de Baja California, celebradas en junio de 1968, el PAN fue objeto de fraudes escandalosos en las dos ciudades principales del estado: Mexicali y Tijuana, y en ocho distritos electorales. Aislado en su propio partido, Christlieb renunció a la presidencia en septiembre de ese año.

No se podía tratar con el gobierno «sobre un mínimo común de valores humanos, entre los que no está excluida la lealtad del adversario». En Gustavo Díaz Ordaz se daba una extraña dicotomía moral: «O nos vamos por el camino que nos señala el derecho», repetía incesantemente, «o aceptamos la anarquía». Los fraudes electorales, ¿correspondían al camino del derecho? La actitud de Christlieb, su paciencia de Job, la respetuosa corrección de sus cartas, ¿daba paso a la anarquía?

Nunca se había respirado un clima de subordinación semejante en el país. La del primer círculo era total y completa: el ejército en pleno, los miles de sindicatos oficiales, las organizaciones campesinas (salvo la muy debilitada Confederación Campesina Independiente, CCI), los 29 gobernadores, los casi 2.328 presidentes municipales, los diputados (excepto un puñado de «diputados de partido»), todos los senadores, los magistrados, todos se cuadraban ante el señor presidente. Pero en tiempos de Díaz Ordaz, varios protagonistas del segundo círculo pasaron de hecho al primero.

Satisfechos con un presidente que había tenido el valor de

declararse públicamente anticomunista, y beneficiarios principales de una gestión económica no sólo responsable y honesta sino también brillante (la que desarrollaba en Hacienda Antonio Ortiz Mena), los empresarios, nacionales o extranjeros, habían olvidado sus dudas de principios de los años sesenta: ahora sabían por qué camino iba el señor presidente y lo seguían sin reticencias. La Iglesia, al menos su alta jerarquía, aprobaba también la posición ideológica de Díaz Ordaz frente al marxismo y veía con buenos ojos las manifestaciones privadas de devoción del presidente y su familia: regalo de un coche último modelo al obispo de Puebla, bendición papal en la boda de su hijo Gustavo, piedad de doña Guadalupe. Si Díaz Ordaz ejercía el poder con un sentido casi teocrático inspirado en sus remotos héroes oaxaqueños (sobre todo Juárez, pero también Díaz), su actitud hacia la Iglesia parecía más una reminiscencia del conservadurismo poblano. La Iglesia, por su parte, le correspondería con creces: en 1968 haría la primera declaración histórica en favor de la Revolución mexicana.

La prensa oficiosa se volvió francamente oficial. Los defectos que había señalado Cosío Villegas desde tiempos de Ruiz Cortines se habían acentuado: la prensa no sólo no usaba su libertad sino que la ponía a disposición del poder. En tiempos de Díaz Ordaz floreció una práctica corrupta que arraigaría profundamente en el campo periodístico mexicano: el llamado «chayote» o «embute», que no era otra cosa que un cheque o dinero en efectivo que la oficina de la presidencia entregaba a los reporteros o periodistas que cubrían la fuente presidencial y que podía alcanzar cifras de varios ceros. «Si no te corrompe, acéptalo», dijo alguna vez un periodista a otro, mostrando de paso que el concepto mismo de corrupción se había corrompido.

A mediados de 1966 ocurrió un incidente chusco pero

ilustrativo. En la primera plana de *El Diario de México* aparecieron dos fotografías: una del presidente, otra de dos mandriles. Por un error, en apariencia involuntario, el pie en la foto de Díaz Ordaz decía lo siguiente: «Se enriquece el zoológico. En la presente gráfica aparecen algunos de los nuevos ejemplares adquiridos por las autoridades para divertimento de los capitalinos… Estos monos fueron colocados ayer en sus respectivas jaulas».[88]

Días después, el periódico anunciaba en su cabeza de primera plana: «El presidente Díaz Ordaz ordena la muerte de *El Diario de México*» y en el cintillo: «Un error de imprenta origina la grave determinación».[89] Los demás diarios guardaron absoluto silencio y, presumiblemente, reforzaron su equipo de correctores. Tiempo después, la revista *Política* desapareció también. Se le venía aplicando un encarecimiento unilateral de papel, pero a principios de 1968 pagó muy cara una portada de 1963 que Díaz Ordaz no había olvidado. En ella, el entonces secretario de Gobernación aparecía con un letrero: «No será presidente».

El presidente actuaba con mano dura, pero cuando era objeto de críticas tenía la piel suave y sensible. Tomaba las cosas «a pecho» y confundía la crítica pública con el ataque privado. En una comida organizada por la revista *Siempre!*, el presidente increpó al poeta y periodista Renato Leduc, quien lo había criticado a propósito del conflicto médico: «¿Cómo es posible, Renato, que insistas en atacarme? ¿No te he ayudado yo bastante?». Leduc bajaba la cabeza. Admitía que Díaz Ordaz le había ayudado en algún problema que Leduc tuvo con la Secretaría de Gobernación. Pero el presidente se ensañaba con él, una y otra vez: «entonces dime ¿por qué carajos insistes en atacarme?» Leduc no tuvo más remedio que responder: «Porque soy un hijo de la chingada».[90]

En ese mismo año de 1965, la editorial más prestigiada de México, el Fondo de Cultura Económica, publicó el libro *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis. El presidente se indignó porque, a su juicio, la obra exageraba y distorsionaba la realidad mexicana, pero sobre todo porque era una editorial del Estado la que la daba a la luz. En realidad, el Fondo era desde su remoto origen, en 1934, un fideicomiso que, si bien vivía en gran medida del dinero oficial, gozaba de una bien ganada autonomía en sus decisiones internas. Nunca antes un presidente había considerado necesario bajar a las cocinas de la vida cultural y ejercer vetos o censuras de ninguna índole, menos editorial, pero Díaz Ordaz no podía aceptar que se difundiera la cara fea de México, un país en pleno desarrollo que se preparaba para ser la capital olímpica del mundo en octubre de 1968. Una mención ponderada a la pobreza estaba bien en los informes presidenciales del primero de septiembre, para que transidos de piedad y misericordia, los diputados del PRI aplaudieran el gran corazón del patriota presidente. Pero no una editorial del Estado, dirigida para colmo por un extranjero. ¿No existía por ventura un mexicano capaz de dirigirla?

Don Arnaldo Orfila Reynal, en efecto, era argentino de origen, pero dirigía la institución desde 1948. La literatura mexicana tenía una deuda impagable con Orfila. Editor de gran imaginación y dinamismo: había publicado a Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Juan José Arreola, editaba la obra completa de Alfonso Reyes, descubría a varias promociones de ensayistas, novelistas y poetas, introducía clásicos como Heidegger y Lévi-Strauss. Pero ahora se topaba con un presidente que consideraba la obra de Lewis una denigración.

Díaz Ordaz pidió «al extranjero» que renunciara. Orfila, que consideraba no haber cometido ningún error que

ameritase la dimisión, pidió ser cesado e indemnizado conforme a la ley. Así lo hizo el gobierno, no sin antes promover una demanda contra Orfila por parte de un antiquísimo organismo cultural, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que se prestó tristemente a la maniobra. Fuera del Fondo, Orfila —entonces un hombre de casi setenta años— aprovechó las circunstancias para atraerse las simpatías del mundo intelectual y cultural de México y fundar con su propia indemnización y otros donativos una editorial independiente y de hecho opositora al régimen: Siglo XXI Editores.[91]

Un destino similar tuvo el prestigioso médico cardiólogo Ignacio Chávez, rector de la Universidad Nacional. En 1965, un movimiento estudiantil se fraguaba en la Facultad de Derecho. Algunos de sus líderes tenían filiaciones de izquierda. El presidente consideraba que el rector mostraba excesiva tolerancia hacia esos grupos; así pues, más valía cortar por lo sano. Él mismo comentaba en privado el paralelismo entre la situación de la Universidad y la del Fondo de Cultura Económica. Y aunque siguió teniendo muestras privadas de simpatía hacia el rector y llegó a ofrecerle la embajada en Francia, en términos políticos lo abandonó a su suerte. Tras la vejatoria toma de la rectoría —hecho inusitado en la historia de la Universidad—, Chávez renunció.

El nuevo rector era un hombre culto, melómano apasionado y gran ingeniero civil: Javier Barros Sierra. Sus relaciones con Díaz Ordaz no eran precisamente cordiales. En alguna ocasión, frente al umbral de una puerta, Díaz Ordaz le cedió el paso con estas palabras: «Primero los sabios», a lo cual Barros Sierra respondió: «De ninguna manera: primero los resabios».[92] En una de sus primeras reuniones se discutió

la construcción de escuelas universitarias en unas tierras pertenecientes al llamado Ejido de Oro, en los límites del Distrito Federal con el Estado de México. El comentario de Díaz Ordaz al proyecto lo decía todo: «Si hay problemas, ¿qué policía deberá intervenir, Javier?»[93]

«En todo joven hay una materia esencialmente limpia, generosa, idealista», diría Díaz Ordaz, pero los sabía siempre inquietos y revoltosos, los sentía desordenados por naturaleza, los imaginaba piezas de fácil manipulación para los «agitadores venidos de fuera». Pensar en ellos era pensar en conflictos y, consecuentemente, en policías.

El primer brote de rebeldía estudiantil surgió en la ciudad de Morelia. Al igual que los movimientos de la ciudad de México en los años cincuenta, su móvil declarado parecía nimio: el alza en los transportes. Pero el gobierno federal creyó advertir la mano negra de la agitación comunista. ¿No eran comunistas muchos de los maestros en la Universidad nicolaíta? De pronto, un estudiante guerrerense afiliado al PRI, llamado Everardo Rodríguez Orbe, resultó asesinado. En desplegados de prensa, el gobierno culpó a los «agitadores profesionales coludidos con extranjeros»,[94] pero en realidad los victimarios habían sido policías vestidos de estudiantes. El gobernador en turno era Agustín Arriaga Rivera (aquel hombre que acompañó a López Mateos a ver a «Gustavito» en su Ford «verdecito»). En su recuento de los hechos, el disparo que mató al estudiante fue accidental: «… entonces, como una tradición de sangre que ha sido muy movida en Michoacán en las épocas del anarquismo estudiantil, agarran los estudiantes el cadáver y lo pasean por Morelia, presentándolo como víctima del gobierno».[95]

Los hechos ocurrían el 2 de octubre de 1966. Una inmensa manifestación estudiantil cruzó la ciudad. La seguirían otras

cuyo utópico objeto era exigir la «desaparición de poderes en el estado». Un emisario del presidente intentó conciliar: al gobierno no podía sometérsele, menos aún por presión. El comité de huelga persiste en su demanda. «Entonces Díaz Ordaz», recuerda Arriaga, «actuó como solía, con reacciones violentas.» Ordenó *in situ* a Echeverría que se pusiera de acuerdo con el subsecretario de la Defensa, general Gastélum, para enviar tropas a Morelia y matar así dos pájaros de un tiro: acabar con el alboroto estudiantil y «poner en su lugar a este … Arriaga». El gobernador entendió que su «destino político estaba perdido». Aunque tenía la situación bajo su control, vio la llegada de los paracaidistas el 6 de octubre y su desfile nocturno, con tambores, por la ciudad. Al poco tiempo sobrevino la ocupación militar de la Universidad.[96]

Era extraño ver al comandante de la operación, el general José Hernández Toledo, vestido con casco y uniforme de campaña, entrando con fusil al hombro en el claustro universitario, como si estuviera en Vietnam. Era triste, recordaba Jaime Labastida, presidente de la Federación de Profesores, «ver allanado por primera vez al colegio fundado por Vasco de Quiroga, el más antiguo en funciones del continente americano, del que había sido rector Hidalgo y alumno Morelos, el que guardaba la gran biblioteca particular y el corazón de Melchor Ocampo». Parecía una escena de algún «gorilato latinoamericano», pero ocurría en México. El ejército, apunta Labastida, «no encontró ni siquiera piedras, menos armas o cocteles molotov que pudieran sugerir la "terrible conjura" que en su interior, supuestamente, "se fraguaba"».[97]

Durante el movimiento, los estudiantes guardaron una compostura ejemplar: pasaban cerca de los soldados sin tocarlos. Ese mismo día, el ministro de Defensa, Marcelino

García Barragán, llamó por teléfono al gobernador y le dijo que tenía instrucciones de que, «aprovechándose la fuerte militarización en Morelia, debía hacerse una limpia de las casas de estudiantes». Había que dar la lista de esas casas al comandante de la zona militar (el general Ireta, político michoacano muy viejo, que había sido gobernador y llevaba casi quince años como comandante de zona). «Entonces», recuerda Arriaga, «el general Ireta llegó conmigo realmente muy impactado y me dijo: "¿Ya sabe usted la orden que me han dado?", "Sí, mi general". "Déme usted la lista".»[98] Con ella el ejército realizó la limpia, el desalojo, el desahucio de las casas de estudiantes. Fue un milagro que no hubiera más muertos.

Finalmente, el movimiento fue derrotado. Se cerró la Escuela de Altos Estudios, donde se impartía una mezcla de ciencia y marxismo. Algunos líderes terminaron en prisión, otros se escondieron o salieron de la ciudad. Un año después, la operación se repitió en la Universidad de Sonora. En su informe del primero de septiembre de 1967, Díaz Ordaz hizo una mención implícita de ambos sucesos. No quería «un México en el que se levanten barricadas», pero ante los amagos de intimidación, el gobierno no podía mostrar tolerancia: se había «protegido el régimen jurídico» con medidas legales de orden público, limitadas a «lo estrictamente indispensable … hubiéramos preferido no tener que recurrir a extremos legales, pero hubiera sido peor vernos obligados después a obrar con mayor energía».[99] Un año antes, en el mismo foro, había pronunciado las palabras clave de su gestión: «… ni pretendidos rangos sociales e intelectuales, ni posiciones económicas, ni edad, ni profesión u ocupación, otorgan inmunidad. He de repetir: ¡Nadie tiene fueros contra México!»[100]

Era una amenaza clara a la clase media universitaria, la única que podía esgrimir aquellos «pretendidos rangos», y en especial a los jóvenes. Años antes, la amenaza se había cumplido en las personas de los obreros y campesinos de oposición y los candidatos políticos independientes como el doctor Salvador Nava. En el régimen de Díaz Ordaz, el cumplimiento había sido a costa de los médicos, los priístas renovadores, los panistas, los periodistas críticos, las revistas de oposición, un editor y un rector respetados internacionalmente, y miles de estudiantes en dos universidades de provincia.

«No ejercer el poder que la ley confiere al gobernante es tan nocivo como abusar de él», afirmaba ahora el presidente, en su informe de 1967, persuadido como nunca, en su fuero interno, de que la frase «¡Nadie tiene fueros contra México!», equivalía a decir «¡Nadie tiene fueros contra mí!»

Sierras cortadas por innumerables barrancas, cañadas y fallas geológicas; lechos de ríos sin agua; montañas cubiertas por una insalvable maleza agreste; hogar de indígenas mixtecos, nahuas y tlapanecos que hasta 1963 no supieron lo que era una carretera; una tierra caliente infernal, vecina a Michoacán, y con los mismos problemas de altísima criminalidad; la costa chica y la costa grande, en las que vivía gran número de descendientes de los antiguos esclavos negros que, durante la época colonial, habían logrado escapar de las plantaciones azucareras aledañas: ése era el estado de Guerrero.

A la geografía seguía la historia. Sobre una base demográfica escasa y dispersa, la evangelización de Guerrero había sido más tenue que en otros enclaves de México. El establecimiento tardío del obispado de Chilapa (1817) no pudo lograr ya la aculturación plena que los frailes

franciscanos, agustinos, dominicos, jesuitas, o los sacerdotes seglares habían conseguido en el corazón de Michoacán, Puebla o Oaxaca. En las postrimerías del siglo XVIII, un oficial de la Corona sostenía que los habitantes de esa zona «son muy insolentes, atrevidos, groseros y llenos de defectos; no tienen residencia fija, ni reducción de pueblos, ni formalidades de república, ni sociedad civil … En doce años que he tenido el encargo de recaudar alcabalas, ni con auxilio de las justicias, ni de ningún otro modo pude cobrar ese real derecho».

El estado de Guerrero debía su nombre, por supuesto, al héroe de la Independencia, pero el sentido etimológico respondía fielmente a su destino, porque ese estado había sido, en efecto, un incesante teatro de la guerra. Casi todos los lugartenientes de Morelos, el propio Guerrero y su sucesor, Juan Álvarez —el caudillo de la Revolución de Ayutla que derrocó a Santa Anna—, hasta los hermanos Figueroa de Huitzuco, que antecedieron a Zapata en el levantamiento de 1910, todos eran oriundos de Guerrero.

Un diccionario histórico y geográfico compilado por el exgobernador del estado, Héctor F. López, constataba casi en cada página una historia macabra de violencia debida, sobre todo, a litigios de poder y de tierras. La historia política de Guerrero seguía siendo una secuela de despojos, golpes, desafueros, desconocimientos, derrocamientos, divisiones dirimidas a balazos o, peor aún, a machetazos. Desde el 27 de octubre de 1849, día en que Guerrero se erigió como estado, hasta 1942, año en que López publicó su libro, solamente *un* gobernador había terminado su periodo constitucional: Rodolfo Neri.

Cárdenas había tratado de inducir la concordia ejidal en aquella zona brava de Atoyac de Álvarez, donde tras las

matazones «sólo quedaban “los de pecho”».[101] Sus buenas intenciones no modificaron la cultura de la violencia y el vicio. Con una población rural en sus tres cuartas partes, y la mayoría analfabeta, sólo rebasado por Chiapas en el nivel de salarios, y situado en antepenúltimo lugar con respecto al desarrollo industrial o red de carreteras, el estado de Guerrero seguía siendo en los años sesenta una tierra donde sólo regía la ley del machete. Con esa historia y esa realidad a cuestas, y con el antecedente de la Revolución cubana, que bajó de la sierra al poder, apenas sorprende que dos grupos guerrilleros hubiesen subido «a la sierra» para hacer la Revolución. Los acaudillaban dos profesores guerrerenses, egresados de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa: Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas.

Henriquista a principios de los cincuenta, Vázquez Rojas había militado en todas las filas de la oposición de izquierda: el Movimiento Revolucionario del Magisterio, el Movimiento de Liberación Nacional, la Confederación Campesina Independiente. Organizó la Liga Agraria Revolucionaria del Sur Emiliano Zapata, fue líder del Comité Cívico Guerrerense y en dos ocasiones presenció en Chilpancingo la matanza de civiles por tropas. En noviembre de 1966, Vázquez había creado ya el Consejo de Autodefensa del Pueblo, de claro perfil marxista y guerrillero, pero fue aprehendido y trasladado a la cárcel de Iguala. En abril de 1968, un comando lo liberó y el profesor se refugió en la sierra. El primero de agosto de ese año circulaba entre los estudiantes de la capital un volante firmado por él. Los llamaba a prepararse para la lucha armada.

Lucio Cabañas era de extracción muy humilde. Su familia no practicaba el comercio sino el trueque. Acostumbrado a padecer la ley del machete desde pequeño (su padrastro y

protector fue asesinado), Cabañas viajó por el país y se involucró en la defensa de los campesinos guerrerenses contra compañías madereras y cafetaleras. Junto con Vázquez Rojas, había participado en la Asociación Cívica Guerrerense; pero después, según recuerda un testigo, «fueron como dos ríos que naciendo en la misma fuente siguieron por rumbos distintos, cada cual en su lucha armada. Parece que Cabañas acusaba a Vázquez Rojas de dogmático». En el mismo año de 1967, tras un mitin en Atoyac, que fue reprimido por la policía motorizada, Cabañas subió a la sierra y se convirtió en rebelde. Fueron «años de luchas, de zozobras, de constantes vigilias armas en mano, seguido por no más de dos centenas de campesinos decididos a vencer o morir».[102]

Precisamente allí, en la sierra de Guerrero, hubieran querido estar con sus armas en la mano los jóvenes estudiantes guerrilleros que en septiembre de 1965 habían decidido emular el asalto al cuartel Moncada. El escenario de esta versión mexicana fue el cuartel Madera, en Chihuahua, pero la suerte del grupo armado (Arturo y Emilio Gámiz, Salomón y Antonio Gaytán, y Pablo Gómez Ramírez, entre otros) fue muy distinta de la de Fidel Castro y sus combatientes. El gobernador de Chihuahua fue muy claro al ordenar que enterraran a los guerrilleros sin ataúd: «Era tierra lo que peleaban, ¿no? ¡Pues denles tierra hasta que se harten!».[103]

En la cárcel de Lecumberri, otros guerrilleros mexicanos y extranjeros discutían interminablemente sobre la forma que debía adoptar la revolución futura: había trotskistas como Adolfo Gilly, guevaristas como Víctor Rico Galán, maoístas, etcétera. Los separaban las tácticas y las interpretaciones, pero los unían la pasión revolucionaria, el odio al imperialismo y el capitalismo, y una ideología que provocaba en Occidente un

fervor sólo comparable al de los años treinta: ese remedo de religión y ciencia, el marxismo.

«Todo es posible en la paz»

En las calles había paz. Una paz sustantiva, impuesta a discreción por el presidente mediante dosis variables de «pan y palo». También había orden, un orden real, alimentado por el vago temor a un presidente que actuaba «sin considerandos». Ambos, la paz y el orden, se fundaban en el progreso, un progreso tangible que aun los críticos acerbos no tuvieron más remedio que reconocer.

Buena parte del éxito económico radicaba en el respeto irrestricto del presidente Díaz Ordaz a la autonomía de Antonio Ortiz Mena, su secretario de Hacienda, y en dos instituciones clave —el Banco de México y Nacional Financiera—, capitaneadas respectivamente por los mismos directores de tiempos de López Mateos, Rodrigo Gómez y José Hernández Delgado. La continuidad en la política económica de los dos sexenios fue un factor decisivo en su buen rendimiento. El proyecto para el desarrollo económico y social delineado en 1966 preveía ocho metas: alcanzar un crecimiento de por lo menos el 6 por ciento anual; otorgar prioridad al sector agropecuario; impulsar la industrialización; atenuar los desequilibrios regionales; distribuir más equitativamente el ingreso nacional; mejorar la educación y los servicios sociales y asistenciales; fomentar el ahorro interno; mantener el tipo de cambio, y combatir las presiones inflacionarias. Si bien los objetivos sociales del plan quedaron claramente a la zaga de las expectativas, la gestión del gobierno de Díaz Ordaz en el ámbito de la economía fue ejemplar.

De puertas adentro, el país vivía el cenit de la confianza económica; de puertas afuera, atraía de nueva cuenta, como

en tiempos porfirianos, la atención del inversionista extranjero. En 1970, al concluir el periodo de su virtual «presidencia económica», Antonio Ortiz Mena podía sentirse satisfecho. A pesar de las presiones inflacionarias que padeció el país en varios momentos, la inflación promedio fue del 2,6 por ciento, menor a la de los Estados Unidos en el mismo periodo. El tipo de cambio era idéntico al de 1954: 12.50 pesos por dólar. El Fondo Monetario Internacional utilizaba el peso como «moneda de reserva» en sus programas de estabilización. Los aumentos salariales rebasaban el 6 por ciento anual en términos reales y algo más en términos de dólares. En diez años se duplicaron. No había desequilibrios en la balanza de pagos. El producto interior bruto, que había llegado al 11 por ciento en 1964, creció uniformemente en el sexenio, llegando al 7 por ciento promedio (en 1968 alcanzó el 8 por ciento), es decir, poco menos que el doble del crecimiento demográfico. En el ciclo de Ortiz Mena, el producto per cápita pasó de 300 dólares en 1958 a 700 en 1970. En el mismo periodo, las reservas internacionales del país se duplicaron también: de 412 millones a 820 millones de dólares.[104]

Aunque no se desterró la corrupción, el control presupuestal, incluso en las empresas paraestatales, fue más estricto. Las inversiones públicas realizadas (por ejemplo en zonas y proyectos de atractivo turístico, comercio exterior, vivienda, productos artesanales) resultaron, por lo general, productivas. El manejo de la deuda pública externa fue objeto de inmenso escrúpulo, como recuerda Ortiz Mena:

«Tuvimos mucho cuidado de que el dinero del exterior se usara exclusivamente para proyectos que generaran las divisas suficientes para cumplir con la obligación que estábamos contrayendo … Pedir prestado dinero al exterior para

equilibrar el presupuesto significa gravar a las generaciones futuras, quienes van a pagar con su trabajo el dinero que se malgastó … Nosotros tuvimos muchísimo cuidado en evitarlo».[105]

En 1970 la deuda externa era apenas de 4.263 millones de dólares. «Una cantidad absolutamente manejable», agrega Ortiz Mena, «y toda etiquetada: para qué se había pedido prestado y en qué lo habíamos invertido.»

No por casualidad la fórmula «el milagro mexicano» comenzó a convertirse en un eslogan convencional, aceptado en ámbitos académicos nacionales y extranjeros. México, se decía entonces, no pertenecía aún al primer mundo, pero estaba en la etapa de despegue que lo llevaría hacia él.

Curioso puerto de llegada para la Revolución mexicana: «Paz, orden y progreso», la trilogía porfiriana. Como en tiempos de Porfirio Díaz la paz volvía a ser el tema central de México. Alguien pensó entonces que la palabra «paz» debería presidir la simbología de los próximos Juegos Olímpicos organizados por México para 1968 (y a los que Díaz Ordaz se había opuesto en un principio, por considerarlos excesivamente onerosos). El emblema sería la «paloma de la paz», que aparecería en anuncios espectaculares en las principales calles del país. De manera simultánea, se acuñó un lema que pareció feliz aunque, sin advertirlo, encerraba una gran ambigüedad: «Todo es posible en la paz».

Retrato de un rebelde

No es difícil imaginárselo. Hubo muchos como él. Tendría la edad del sistema político mexicano. Habría nacido a mediados de los cuarenta, a principios de la era de Alemán. No era sólo producto y beneficiario del sistema. Ser universitario de clase media equivalía a ser el hijo pródigo de México.

Habría estudiado en la venerable Escuela Nacional Preparatoria. De allí provendrían sus primeros contactos con la política. Un amigo le habría regalado *Escucha yanqui!* de C. Wright Mills, diciendo: «en Cuba la regla es todos pobres pero todos iguales». Otro le habría recomendado la lectura de Lombardo Toledano en *Siempre!* Alguien más traía bajo el brazo un explosivo número de *Política*. En las clases de filosofía, un profesor lo iniciaría en la obra de Sartre, que por entonces transitaba (venturosamente, según el maestro) del asfixiante existencialismo a la esperanza marxista. Pero no dejaba de sentir vergüenza de clase: ¿qué había hecho, qué haría en el futuro, por los desheredados de su país?

De la preparatoria habría pasado a la UNAM, tal vez a una facultad técnica. El rector era el doctor Chávez. Gustavo Díaz Ordaz acababa de tomar posesión del poder ejecutivo. A diferencia de las facultades del área humanística, las escuelas técnicas se preciaban de ser «apolíticas». En realidad, muchos de sus maestros profesaban opiniones de derecha en el espectro político universitario y algunos estudiantes pertenecían a una combativa organización anticomunista: el MURO. Pero el ánimo estudiantil de aquellos años era menos político que festivo. En 1965, aquel estudiante habría sido víctima de las tradicionales, crueles e inocentes «perradas», y en 1966 sería a su vez victimario de varios «perros» indefensos. Era, todavía, la edad de la inocencia.

Un pequeño sector de su escuela mantenía contactos con las facultades políticas por excelencia: Ciencias Políticas, Economía, y Filosofía y Letras. Por mediación de ellos, aquel joven tendría acceso a un nuevo universo intelectual. El marxismo estaba de moda. A diferencia de lo que ocurría en los años treinta, no se trataba de una moda política o sindical sino académica. El auge del marxismo provenía de las universidades, los periódicos, revistas, editoriales y cafés de

París. Para Sartre, ídolo intelectual de esos años, el marxismo era «el horizonte insuperable de nuestro tiempo». Los maestros de las facultades humanísticas pertenecían a la generación de Medio Siglo: sartreanos y marxistas, habían estudiado en la Sorbona o en la Escuela de Altos Estudios en París, habían ido a Cuba, habían escrito sobre Cuba y creían firmemente en un futuro socialista para México. El joven no estaría muy de acuerdo con las pasiones intelectuales y políticas de aquellos revolucionarios de pizarrón. Se inclinaba más por la literatura de Camus que por la de Sartre. No creía del todo en el paraíso socialista de Cuba.

Acababa de fundarse Siglo XXI Editores, que traducía al castellano el catálogo marxista de la editorial francesa Maspero. En la pequeña biblioteca de aquel joven comenzarían a apilarse obras como la antología *Los marxistas*, de C. Wright Mills, publicada en la hermosa colección de la editorial Era; los *Manuscritos económico-filosóficos* del joven Marx, editados en España por Alianza Editorial. Hasta las viejas ediciones soviéticas de la obra temprana de Marx y algunas antologías de Lenin tendrían su nicho en aquel diván. Lo cierto, sin embargo, es que el marxismo doctrinario le aburriría. Nunca pasaría de los primeros capítulos de *El capital*. Nunca leería los discursos de Fidel Castro ni soñaría con viajar a Cuba. En cambio, le apasionarían los destinos de los revolucionarios rusos: la biografía de Trotsky escrita por Isaac Deutscher sería un libro de cabecera.

En 1967 comenzó a circular con el pie de imprenta de Era la obra de un filósofo de la Escuela de Frankfurt que predicaba una suerte de mesianismo social mediante una síntesis de marxismo y psicoanálisis: Herbert Marcuse. El joven habría devorado literalmente *El hombre unidimensional* de Marcuse (traducido por Juan García Ponce). Lo llenaría de notas y apostillas, tomaría apuntes, vería en esas páginas una

profecía de inminente cumplimiento que cabía en una frase del propio Marcuse, tomada de su antiguo colega y amigo, Walter Benjamin: «Sólo gracias a aquellos que no tienen esperanza nos es dada la esperanza». Si México y América Latina parecían no tener esperanza, esa sola condición los convertía en la tierra prometida de una futura liberación.

Construir el futuro, redescubrir al indio, liberar al obrero. Esas frases expresaban la ilusión juvenil de la época, un idealismo vago y sentimental que sólo en casos excepcionales se traducía en actos prácticos. El mundo era blanco y negro. De un lado los explotados, los «condenados de la tierra» (en la frase de Franz Fanon); del otro los explotadores, los patrones, lacayos todos del imperialismo yanqui. Cuando el «Che» Guevara murió en Bolivia y Siglo XXI publicó su diario, todos los jóvenes querían emularlo. Era el icono de todas las paredes, el símbolo del hombre nuevo, incorruptible. Entonces se pusieron de moda las canciones de protesta latinoamericanas. Todos repudiaban la guerra en Vietnam y a los «gorilas» de Centroamérica.

Al margen de esos fervores de la imaginación, aquel joven hallaría un verdadero placer intelectual en la lectura de la literatura mexicana y el *boom* latinoamericano. Leería con devoción *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, disfrutaría intensamente *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, y se deslumbraría con las misteriosas páginas de Juan Rulfo. Cuando «Zavalita», el personaje central de *Conversación en la Catedral,* de Mario Vargas Llosa, se pregunta «¿Cuándo se jodió el Perú?», el joven transferiría la pregunta a México para responder de inmediato: con la corrupción alemanista. Ahí estaba la obra de Oscar Lewis para demostrarlo, o la película *Los olvidados* de Luis Buñuel. Un amigo le habría dicho: «Cárdenas fue el último presidente que gobernó para los pobres». Entonces pensaría que desde 1940 la Revolución

mexicana había sido traicionada.

Cotidianamente leería *El Día*, periódico de izquierda, el único relativamente independiente de la capital. Semana a semana comenzaría a leer el suplemento cultural de *Siempre!: La Cultura en México*. Allí escribía el joven escritor que todos admiraban: Carlos Monsiváis. Sus textos y sus programas en Radio Universidad no sólo eran críticos sino regocijantemente iconoclastas, verdaderos «pitorreos» de la verdad y el lenguaje oficiales. En la precoz *Autobiografía* que escribió a sus veintiocho años (1966), Monsiváis calificaba la Revolución mexicana de fenómeno no histórico sino cinematográfico. En cuanto a los héroes revolucionarios, agregaba Monsiváis: «no niego su grandeza … pero los siento irremediablemente en poder del lenguaje oficial, sacros, resguardados de mi admiración por un regimiento de historiadores o de granaderos. En todo caso me quedan demasiado lejos, en plenos llanos de la abstracción».[106]

Aquel joven tendría más que ver con sus coetáneos de París, Varsovia, Berlín o California que con la generación de sus padres. En cada canción de los Beatles se vería retratado. «Mis viejos son unos asnos y mis maestros también», decían algunos.[107] En todo caso, los padres eran «la momiza» que no entendía nada y se escandalizaba con las «melenas» o las «greñas» de los hombres y las minifaldas de las mujeres. La píldora había provocado una revolución sexual. En los cincuenta, el ideal amoroso entre los jóvenes era la pareja formada por Rock Hudson y Doris Day. En los sesenta, los besitos candorosos y las manos sudadas en el cine pasaron a la historia. Lo nuevo era el «faje con la novia» y algo que provocaba el horror de los «rucos [viejos]»: el sexo prematrimonial. Algunos exploraron zonas en verdad peligrosas: las drogas en grandes *happenings* o pequeños

grupos, los hongos alucinógenos de Huautla. La Zona Rosa de la ciudad de México parecía una sucursal de los cafés existencialistas de París.

Aquellas desordenadas lecturas marxistas no habrían convertido a aquel joven en un militante, menos en un creyente, ni siquiera en un «compañero de viaje». Participar de la cultura de izquierda predominante en el mundo occidental, era algo muy distinto a pertenecer a la izquierda política o partidaria. Un libro de Octavio Paz publicado en 1967, *Corriente alterna,* contribuiría a fijar la actitud de ese joven. Paz distinguía entre tres tipos históricos: revuelta, rebelión y revolución. La revuelta, decía Paz, es popular, instintiva, vive «en el subsuelo del idioma» y de las sociedades, surge de pronto con violencia telúrica, como el zapatismo en México; la rebelión es «individualista, solitaria, minoritaria», el rebelde se levanta contra la autoridad, es desobediente e indócil; la revolución «es palabra intelectual y alude a sacudimientos de los pueblos y las leyes de la historia… Ungida por la luz de la idea, es filosofía en acción, crítica convertida en acto, violencia lúcida». El perfil de nuestro joven, correspondería, claramente, al segundo, al rebelde.

La rebeldía era la marca distintiva de aquella generación. Quizás aquel joven habría sido más libresco que el promedio de sus amigos y conocidos, pero tenía en común con ellos una misma vocación parricida. Lo importante era negar, no afirmar; criticar más que proponer. Había que ser «contestatario» y atacar al *establishment,* aunque cada uno interpretara esas palabras como mejor le conviniera.

La rebeldía juvenil tenía un blanco preferido: el sistema político mexicano. Pese a que la información sobre los movimientos ferrocarrilero, magisterial, estudiantil y médico

era tal vez pobre y esquemática, los jóvenes sabían que el gobierno de México, y en particular el presidente Díaz Ordaz, era represor. Del PRI sólo conocían la omnipresente propaganda, y les provocaba una náusea peor que la sartreana. El lenguaje oficial les merecía todos los adjetivos derogatorios del diccionario: intragable, falso, solemne, anacrónico, autocomplaciente, demagógico, vacío. Para cada protagonista colectivo del sistema, los jóvenes de los sesenta tenían un adjetivo definitorio: ejército, miedo; obreros, «charrismo»; campesinos, explotados; diputados, peleles; gobernadores, impuestos; presidentes municipales, inexistentes; prensa, vendida; empresarios, explotadores; Iglesia, fanática; PPS, gobiernista; PAN, reaccionario. Sobre sí mismos, los estudiantes tenían una opinión, si no mesiánica, al menos elevada. Una canción de protesta latinoamericana que se puso de moda en 1968 los describía bien: «Que vivan los estudiantes porque son la levadura/ del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura…»

Capitalismo, imperialismo, colonialismo eran las palabras malditas. Socialismo y revolución, las sagradas. Libertad y democracia conservaban su naturaleza noble y pura, pero carecían de un peso tangible. Los acontecimientos mundiales y nacionales de 1968 cambiarían los términos: la invasión soviética a Praga, apoyada por Fidel Castro, no vindicaría al capitalismo, pero sí devaluaría ante muchos jóvenes el prestigio de las voces «revolución» y «socialismo». Sólo quedarían la democracia y la libertad, precisamente los valores que el movimiento estudiantil mexicano impregnaría de significación.

Cuando llegaron a México las primeras noticias de la rebelión estudiantil en Europa y los Estados Unidos, decenas o quizá centenas de miles de jóvenes mexicanos semejantes al personaje imaginario pero típico antes descrito presintieron

que se acercaba su hora. Una minoría entre ellos, la de los líderes con formación y militancia comunista, soñaba con la «filosofía en acción», la «violencia lúcida», la revolución. En un apasionante folleto de Carlos Fuentes *(París, 1968),* algunos anticiparon el estallido de libertad que vendría.

Un fantasma de rebeldía recorría el mundo. ¡Estudiantes de todos los países, uníos! ¡No tenéis nada que perder salvo el tedio! Aquellos jóvenes unidos por la misma formación y aspiraciones estaban a punto de convertirse en los protagonistas anónimos de una experiencia luminosa y terrible: el 68 mexicano.

«¡México, libertad!»

Todo comenzó el 22 de julio con una gresca, semejante a tantas otras, entre dos grupos de estudiantes: los alumnos de las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional y los de la preparatoria Isaac Ochoterena, afiliada a la UNAM. Los hechos ocurrían en el escenario histórico de La Ciudadela, antigua fábrica de tabaco de fines del siglo XVIII convertida en cuartel, que durante la Decena Trágica había alojado a los rebeldes antimaderistas Mondragón y Félix Díaz. En represalia a los ataques politécnicos, alumnos de la Ochoterena apedrean el día siguiente la Vocacional 2. Intervienen los granaderos. Hay enfrentamientos entre esos dos grupos extraños entre sí, antitéticos: granaderos y estudiantes.

En unos días se forma y crece la ola de protesta contra los evidentes excesos de la policía. El 26 de julio dos manifestaciones paralelas marchan por las calles cercanas al centro de la ciudad. La de los Estudiantes Democráticos, de filiación comunista, conmemora el asalto de Fidel Castro al cuartel Moncada. La convocada por la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos sólo se propone protestar contra los

abusos de la autoridad. En cierto momento, las dos manifestaciones se encuentran. Un miembro del Partido Comunista asegura que en los botes de basura de la zona se habían colocado, convenientemente, piedras. Alguien, de pronto, propone pisar un territorio sagrado, intacto: «¡Al Zócalo!» La policía montada intercepta a los estudiantes con lujo de violencia.

Durante los días siguientes, el gobierno apresa a buena parte del comité central del Partido Comunista. También hay presos entre los estudiantes. Mientras los preparatorianos ocupan varios de sus planteles y decretan paros indefinidos, la Escuela Superior de Economía del Politécnico se declara en huelga. Todos exigen «¡Alto a la represión!» y «¡Castigo a los responsables!» En el corazón de la capital se suspende el tránsito y se cierran los comercios. Los estudiantes incendian autobuses, los policías arrojan gases lacrimógenos. Una semana después de iniciarse el conflicto, se habla ya de cuatrocientos lesionados y mil detenidos.

Durante su gira por la costa del Pacífico, acompañado por, entre otros, sus secretarios de Defensa y Obras Públicas (Marcelino García Barragán y Gilberto Valenzuela, respectivamente), el presidente Díaz Ordaz recibe una llamada de su secretario de Gobernación, Luis Echeverría. Le describe una inminente «hecatombe».[108] Díaz Ordaz lo deja hacer. A raíz de la conversación, el ejército interviene de manera dramática: montados en tanques ligeros y jeeps, soldados de la Primera Zona Militar reciben la orden de entrar a la Preparatoria 1, la de San Ildefonso. Un bazucazo destruye la gran puerta de madera labrada del siglo XVIII, que daba acceso principal al edificio por la calle de Justo Sierra (fuentes oficiales afirmaron que la puerta se destruyó sin detonantes). La presencia del ejército y la dureza de la acción

punitiva convierten el problema, en su origen, local y policiaco, en un asunto de seguridad nacional. En una conferencia de prensa, el regente Corona del Rosal declara que existe un «plan de agitación y subversión perfectamente planeado *[sic]* … en mi opinión se trata de elementos del Partido Comunista».[109] Por su parte, el secretario Echeverría condena los «intereses mezquinos e ingenuos, muy ingenuos, que pretenden desviar el movimiento ascendente de la Revolución mexicana».[110]

En un mitin que tiene lugar en la explanada de la Universidad, el rector Javier Barros Sierra iza a media asta la bandera nacional y pronuncia un discurso de protesta contra la ocupación de los planteles universitarios por el ejército, ya que las preparatorias pertenecen a la Universidad. Al día siguiente, el propio Barros Sierra llama a los universitarios a «contribuir fundamentalmente a las causas libertarias»[111] y toma la decisión sin precedente de encabezar una marcha de poco más de cincuenta mil personas que avanzaría unos kilómetros por la calle de Insurgentes, doblaría en la avenida Félix Cuevas y regresaría a la Universidad.

En esa marcha se escuchó por primera vez el lema mil veces repetido en el 68: «Únete pueblo». Desde los edificios multifamiliares construidos por Miguel Alemán, las familias aplaudían a los estudiantes y al valeroso rector que los encabezaba: «¡Bravo muchachos!», «¡Síganle!», «¡Estamos con ustedes!» A unas cuantas cuadras de esa escena, hacia el norte, en el Parque Hundido, esperaban los granaderos. Debían impedir que la marcha se desviara hacia el Zócalo. Las tradicionales porras universitarias (las «goyas») escuchadas fuera de los estadios deportivos, se volvían gritos de inspiración en una batalla cívica. De vuelta a la Universidad, los manifestantes cantaron el himno nacional.

No era, por supuesto, la primera manifestación estudiantil multitudinaria en la ciudad de México. Las había habido desde el vasconcelismo. Lo inusitado era que un hombre del sistema, el rector, tomara al pie de la letra la autonomía de la Universidad y acaudillara una marcha ordenada y pacífica para protestar contra el allanamiento de la Preparatoria. Los jóvenes rebeldes experimentaban una indefinible sensación de libertad, el vértigo de pisar terreno prohibido. Un inmenso «No» envolvía a los manifestantes, partía de sus voces, de sus pasos, estallaba en el cielo; un «No» contra la autoridad. El aire era más ligero y transparente. Se respiraba de otro modo. Al poco tiempo, surgió la frase perfecta para designar lo que ocurría: «Ganar la calle».

En Guadalajara, el presidente Díaz Ordaz pronunció un primer discurso sobre los hechos. Lamentaba las «algaradas», los «deplorables y bochornosos acontecimientos» y pedía, poniéndose a sí mismo como ejemplo, hacer a un lado «el amor propio que tanto estorba para resolver los problemas». «Una mano está tendida: es la mano de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida ha sabido ser leal. Los mexicanos dirán si esta mano queda tendida en el aire.»[112] Educados en la cultura contestataria de los sesenta, impermeables al discurso oficial, los estudiantes rebeldes despreciaron las palabras del presidente. En los muros de la ciudad aparecieron repetidamente estas palabras de burla: «Que le hagan la prueba de la parafina a la mano tendida». Los estudiantes sostenían que en las refriegas había habido muertos. El gobierno lo negaba de manera rotunda. La mano quedó tendida. Había concluido la etapa formativa del movimiento estudiantil.

En los primeros días de agosto se constituyó el Consejo Nacional de Huelga (CNH) con representantes de casi todas

las escuelas de educación superior de la capital y buena parte de las del país. Poco después nació la Coalición de Maestros, que apoyaba al Consejo. Vinculaba a todos el llamado «Pliego petitorio» publicado el día 4, que constaba de seis puntos: *1)* cese de los jefes de la policía, *2)* desaparición de los cuerpos represivos, *3)* deslinde de responsabilidades, *4)* indemnización a los deudos de los estudiantes muertos, *5)* derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal que se refieren a la disolución social, y *6)* libertad de los presos políticos.

Los estudiantes tenían que calibrar la fuerza de su movimiento. El 13 de agosto la capital de México contempló un espectáculo nunca visto: algo más de cien mil estudiantes marcharon desde el Casco de Santo Tomás, sede del Politécnico, hasta el Zócalo. La «calle se ganó cuando entramos al Zócalo el martes 13 de agosto porque se rompió un tabú», recordaba Salvador Martínez della Roca, «el Pino», líder del Comité de Lucha por la Facultad de Ciencias. Sin armas, las frases que los estudiantes acuñaban eran palabras armadas: «México libertad, México libertad». Se gritaban consignas pedagógicas e inocentes: «Libros sí, bayonetas no», o «Libros sí, granaderos no». Las mantas y carteles decían: «Al hombre no se le doma, se le educa», «Éstos son los agitadores: ignorancia, hambre y miseria». «Pueblo mexicano», decía un volante, «puedes ver que no somos unos vándalos ni unos rebeldes.» En el Zócalo hubo discursos contestatarios. Eduardo Valle, líder de la Escuela de Economía de la UNAM, dijo que el movimiento tenía un carácter de lucha popular, señaló que la estabilidad política de México era falsa y llamó caduco al régimen.[113]

Del mismo modo en que inventaron sus lemas, a tientas fueron descubriendo, conquistando un terreno casi

desconocido en México: el de una democracia directa. Cada escuela o facultad aportaba al menos un líder: en el Consejo Nacional de Huelga se llegó a contar con aproximadamente doscientos cincuenta representantes, casi todos entre los 22 y 26 años de edad. Los líderes convocaban sin cesar asambleas en sus propias escuelas y llevaban la voluntad de sus «bases» a las asambleas generales. En ambos foros, se deliberaba abiertamente y todas las resoluciones se sometían a votación. La propaganda oficial veía en esas reuniones conciliábulos revolucionarios. La apreciación era fundamentalmente exagerada.

Los estudiantes no estaban armados ni planeaban estarlo. Uno de los líderes (tal vez infiltrado por el gobierno) propuso alguna vez la creación de cuerpos de protección llamados «columnas de seguridad», pero el CNH rechazó la idea con indignación: la creación de tales columnas hubiese dado al gobierno un argumento irrefutable para reprimir. Por otra parte, ciertamente muchos líderes visibles e influyentes tenían o habían tenido alguna relación con el Partido Comunista o con las proliferantes sectas de la izquierda: eran o habían sido «pescados» (del Partido Comunista) «mamelucos» (maoístas), «troskos» (miembros de la IV Internacional Trotskista) y hasta «anarcos» (anarquistas). Sin embargo, del total de los líderes del CNH, sólo el 10 por ciento estaba afiliado a algun partido, y algunos de ellos rompieron con su partido al calor del conflicto: no podían aceptar «la línea» de sus burocracias. En el movimiento había católicos, panistas, incluso curas. La gran masa de jóvenes rebeldes tenía un simple entusiasmo libertario, similar al de sus congéneres en Europa o los Estados Unidos. Actuaba movida por las emociones más que por las ideas o las ideologías.

El debate en las asambleas tenía un contenido práctico o, como rezaba la palabra mágica de entonces, «concretito». A

veces «se aventaban peroratas de más de una hora sobre Althusser, Marx y Lenin», recuerda «el Pino», «pero no decían lo que a la raza le interesaba. Qué vamos a hacer mañana. ¡Puras jaladas!»[114] Ni siquiera un gran veterano de la izquierda como el escritor Pepe Revueltas, lograba despertar la pasión revolucionaria en los jóvenes. «El Moncada empezó con mucho menos», predicaba Revueltas a los estudiantes que lo frecuentaban (Roberto Escudero, Luis González de Alba, Manuel Aguilar Mora), pero su influencia en el movimiento fue casi simbólica. Era un «ruco» venerable, pero «ruco» al fin.

«Un día Revueltas intentó leerle al CNH lo que era su proyecto socialista, que se llamaba democracia cognoscitiva. Nadie ahí sabía qué era muy claramente la democracia, pero lo cognoscitivo nadie, absolutamente nadie. Pepe llevaba un fólder de 60, 80, 100 cuartillas … El resultado fue que lo bajaron al minuto y medio a chiflidos. Además decían "y este viejito barbas de chivo, ¿de qué habla?" … Al minuto y medio de Marx y quien sabe qué otros nombres desconocidos empezaron los murmullos y Pepe estaba abajo.»[115]

Tampoco en las facultades técnicas mandaba la generación de los «rucos», aunque fueran revolucionarios puros. El doctor Eli de Gortari era muy querido en Ciencias (había sido protagonista central en el conflicto estudiantil de la Universidad Michoacana en 1962), pero el liderazgo lo detentaba un carismático joven que iba en silla de ruedas: Marcelino Perelló. En el repleto auditorio de Ingeniería, entre voces que pedían la vuelta a clases y otras que exigían la huelga eterna, hablaba Heberto Castillo. Prestigioso maestro en el ámbito de la ingeniería civil, había inventado y patentado una fórmula de cálculo estructural llamada «tridilosa», pero su pasión era la política de izquierda. Había

formado parte del Movimiento de Liberación Nacional y había asistido en l967 a la reunión tricontinental de movimientos de liberación en Cuba, la OLAS. Los estudiantes de ingeniería ignoraban que la palabra OLAS tuviera una acepción distinta a la marina. Respetaban a «Heberto», pero seguían a un orador fogoso y joven: Salvador Ruiz Villegas.

Algo del pasado vasconcelista debía flotar en el aire, porque esos jóvenes redescubrieron una vieja práctica de 1929, las brigadas:

«En las escuelas», explica Salvador Martínez della Roca, «nos organizábamos en la siguiente forma: al terminar las asambleas nos reuníamos en tres salones y nos poníamos de acuerdo sobre los lugares a que debía dirigirse cada brigada, nos repartíamos los botes para colectar el dinero y la propaganda que necesitábamos. Es interesante señalar que para esos días se repartían aproximadamente seiscientos mil volantes diarios y juntábamos de mil a dos mil pesos diarios. Además en los mítines relámpago ya no sólo hablábamos nosotros, sino que invitábamos al pueblo a tomar la palabra. Con su lenguaje claro, franco y decidido, nos decían que estaban con nosotros. Ésa fue la época de oro del movimiento, del 12 al 27 de agosto».[116]

Aunque salían de las escuelas a visitar barrios, fábricas y algunos pueblos, el verdadero escenario del movimiento era el *campus* universitario y politécnico. En aquella «época de oro», predominaba el tono festivo y deliberante: se encendían fogatas, se cantaban canciones de la guerra civil española, algunos aprovechaban la explanada de la Ciudad Universitaria para organizar «cascaritas» de futbol… La Universidad se había convertido en un ágora inmensa. Frente a un sistema que obligaba a obedecer por las buenas («pan») o por las malas («palo»), los estudiantes proponían todos los

sinónimos de la palabra diálogo: discutir, deliberar, disentir. Al contrario que en el PRI, en el movimiento se discutía entre iguales, todo se sometía a votación. «De todo se nos podía acusar, pero no de que no consultáramos; era tanta consulta lo que nos hacía lentos.»[117] Esa exacerbación casi ridícula del espíritu parlamentario era la respuesta natural a la asfixia política que imponía el sistema, a la ausencia total de verdadera discusión pública en México.

El corazón del movimiento era precisamente su carácter público. Los estudiantes salían a la plaza pública, buscaban público, discutían públicamente sus ideas, hacían públicas sus propuestas. Para todo ello, contaban con un arma fundamental: el mimeógrafo. Luis González de Alba recordaba: «… toda la noche tirado en un pasillo de Ciudad Universitaria donde dormía, oía yo el ruido del mimeógrafo imprimiendo volantes». De la profusión de esos volantes provenía una de las leyendas negras que caería sobre el movimiento: ¿de dónde podían sacar tanto dinero? No resultaba difícil refutar el cargo. Para empezar, el dinero no era tanto ni tenía por qué serlo. Los únicos gastos reales eran papel y tinta, y ambos salían de los inventarios y equipo de las propias escuelas, de las colectas públicas o «boteos», y de las cuotas que bastaban y sobraban para los pocos desplegados que el CNH publicaba en algún periódico y hasta para los gastos de comida.

A mediados de agosto el CNH instó al gobierno a «responder públicamente» al pliego petitorio. Los estudiantes querían entablar un «diálogo público» con el régimen: «… la línea invariable de este consejo consiste en responder públicamente a todas las cuestiones que se relacionan con este movimiento … remarcamos que la forma pública de establecer diálogo tiene ventajas como es la participación

masiva y democrática de todos». Los estudiantes insistían en defender el aspecto público del movimiento por dos razones: de prestarse a componendas privadas o por «debajo de la mesa», como las hacía el gobierno, hubiesen perdido de inmediato el apoyo de sus bases; y, además, la insistencia tenía un elemento más sutil: en el carácter no público, más bien privado, secreto, casi mafioso, estaba una de las claves del sistema político mexicano. Someter la verdad oficial al escrutinio público era «encuerar al PRI» o, al menos, tocar su talón de Aquiles. De ahí que el gobierno se negara a enviar representantes al debate público que tuvo lugar en la Ciudad Universitaria el martes 20 de agosto. En él hablaron representantes de la Coalición de Maestros, varios líderes del CNH, un miembro de la Asociación de Padres de Familia del IPN, otro de la UNAM, un campesino de Morelos, y el líder de las juventudes del PAN, Diego Fernández de Cevallos, quien señaló: «… el movimiento tocó al fin uno de los tabúes de México: el del presidencialismo».[118]

Heberto Castillo propuso aquel día la transmisión de un programa de televisión en el que varios maestros universitarios explicaran al público las razones del movimiento. Para sorpresa general, el programa se realizó al día siguiente en el espacio de una serie llamada *Anatomías,* que conducía Jorge Saldaña. El propio Castillo habló en él, con toda libertad y gran mesura: «… el movimiento estudiantil no tiene propósitos de subversión del orden institucional. Los líderes estudiantiles están dispuestos a entablar un diálogo con las más altas autoridades». Aquella noche los estudiantes soñaron con la *v* de la victoria.

El 22 de agosto, los diarios de la capital informaban sobre la entrada de los tanques rusos a territorio checoslovaco y el aplastamiento de la «primavera de Praga». Era doloroso ver el

rostro deshecho de Dubcek, leer sus forzadas retractaciones, mirar las caras de aquellos jóvenes frente a los tanques. Era un alivio volver los ojos a México: no había tanques en las calles sino indicios de respeto y conciliación. El secretario de Gobernación llamó por teléfono al CNH y transmitió la disposición oficial al diálogo. Los jóvenes tenían tal obsesión por el carácter público del diálogo, que en la Asamblea se discutió interminablemente sobre el punto bizantino de si las llamadas telefónicas que el gobierno hacía al CNH eran o no eran públicas.[119] La resolución fue negativa: no era pública una llamada telefónica, las autoridades debían manifestar su voluntad de cara a la opinión. Pese a todo, la comunicación no se rompió. De hecho, siempre hubo comunicación entre varios líderes individuales y funcionarios del gobierno. El CNH pidió los nombres de los participantes y exigió de nueva cuenta que el debate tuviese un carácter público. Por su parte, y a pesar de que por esos días se acrecentaba en la prensa el alud de desplegados oficiosos contra el movimiento estudiantil, la Secretaría de Gobernación mantenía un contacto escrito y telefónico; era el CNH el que ponía las condiciones, no el gobierno. Se supo que los participantes oficiales en el diálogo serían el propio Echeverría, los procuradores de la República y del Distrito, y el ministro de Educación, el escritor Agustín Yáñez. Heberto Castillo exigió más: debían estar presentes la radio, la televisión y los periódicos.

El 27 de agosto el movimiento estudiantil llegó a su apogeo y, a la vez, por sus excesos verbales, provocó su caída. Una imponente manifestación llegó al Zócalo. Ahora los gritos habían cambiado: «¡No queremos Olimpiadas, queremos Revolución!», «No queremos el informe, sólo queremos la verdad». Los granaderos eran objeto de escarnio: «Vacune a su granadero». Algunos grupos sólo pedían «Respeto a la

Constitución», pero otros, exaltados, lanzaban desafíos: «Nos levantaremos cuando nos dé la gana». El blanco de las mayores invectivas fue el presidente Díaz Ordaz. Se gritaba a coro: «Díaz Ordaz buey, Díaz Ordaz buey, Díaz Ordaz buey, buey, buey» o «Ho Ho Ho Chi Minh, Díaz Ordaz, chin, chin, chin»; se cantaba con una tonada de «Cri Cri»:

Di por qué, dime Gustavo,
di por qué eres cobarde,
di por qué no tienes madre,
dime Gustavo por qué.

En las bardas, en los postes, hasta en las propias paredes del Palacio Nacional, se pegaron efigies del «Che» junto a profusas mentadas a Díaz Ordaz. Alguien pintó una ecuación: GDO = DOG. Un cartel delineaba el perfil del presidente en el de un orangután.[120]

A las ocho de la noche comenzó el mitin. Roberto Escudero, de Filosofía, embistió contra la «tiranía, la dictadura y la injusticia» y exigió que el gobierno compareciera ante el pueblo. Mientras algunos estudiantes entraron a la Catedral y, con permiso de las autoridades de la Mitra, tocaban a vuelo las campanas, los oradores exigieron la libertad de los presos políticos y arremetieron contra los diputados, los líderes «charros», la prensa vendida; leyeron también un mensaje que les había enviado Vallejo desde la cárcel. El mitin se había transformado en una asamblea popular. A cada pregunta de los oradores, el público coreaba el estruendoso «Sííííí». Faltaba definir el lugar del diálogo público. De inmediato surgieron gritos: «¡Zócalo, Zócalo, Zócalo!» En algún momento se le exigió al presidente que enfrentara a la multitud. Las voces corearon palabras hirientes: «¡Sal al balcón, chango hocicón!»[121]

La desafiante asamblea emplazaba al gobierno a sostener el

diálogo el primero de septiembre a las diez horas, una hora antes del informe. Durante el mitin, los estudiantes izaron en una de las astas del Zócalo una bandera rojinegra (que luego arriaron) y, finalmente, decidieron dejar una guardia que se proponía permanecer en el Zócalo hasta la siguiente asamblea, prevista para el primero de septiembre. El mitin terminó a las diez menos veinte de la noche. «El país fue nuestro», recordaría muchos años después el carismático líder de Chapingo, Tomás Cervantes Cabeza de Vaca.[122]

«El país fue nuestro»: en efecto, eso parecía, pero no lo era. Aquella noche del 27 de agosto, aquella borrachera de júbilo contestatario, aquella explosión de energía parricida, aquella caricatura de la revolución instantánea, aquella desacralización colectiva de los símbolos patrios y nacionales, la bandera suplantada, las campanas tocando a vuelo en la Catedral, un amago de quemar las puertas de Palacio, las pintas y la cara del «Che» Guevara en sus muros, no les serían perdonadas.

Las mentadas, las palabras sucias y soeces, tocaban una fibra sensible en Díaz Ordaz, porque reflejaban sus propios modales en el ámbito cotidiano y político. Ricardo Garibay, autor favorito de Díaz Ordaz que muy pronto se volvería —según testimonio del propio Garibay— su escritor a sueldo, dejó testimonio del «habla tabernaria» y la «bronquedad iracunda del idioma» con que Díaz Ordaz humillaba a sus subordinados, incluyendo, por supuesto, a sus ministros.[123] Pero sobre todas las cosas no toleraba la burla a la investidura presidencial. Y más que eso, las frases e imágenes crueles, que multiplicaban hasta el infinito la llaga mayor, original: la «fealdad personal» del «Señor Presidente».

Piezas de una conjura

Para el presidente, el movimiento estudiantil no era sino el

último y más complejo rompecabezas en una larga serie que había comenzado con los movimientos sindicales de fines de los años cincuenta y prolongaba con los sucesivos conflictos de su propio sexenio: médicos, estudiantes, guerrilleros. Todos tenían, a su juicio, un denominador común: eran producto de una conjura comunista. «Estaba convencido», recuerda el líder empresarial Juan Sánchez Navarro, «de que había un complot internacional e internamente apoyado por los grupos de extrema izquierda para cambiar toda la sociedad mexicana bajo el impulso de las doctrinas marxistas, y él tenía horror a que eso sucediera en el país.» El propio Sánchez Navarro, visitante asiduo a la residencia oficial de Los Pinos, le llevó un folleto revolucionario escrito por «Dani el Rojo» que circulaba entre los estudiantes. Díaz Ordaz se impresionó. Esa prueba avalaba una vez más su hipótesis. Llamó a su colaborador y cercano amigo Jesús Reyes Heroles, intelectual, ideólogo y por esos días director de Pemex, y le dio instrucciones de imprimirlo y repartirlo para que se viera hasta qué punto la «basura internacional estaba provocando la crisis».[124]

En sus memorias —inéditas hasta la fecha—, Díaz Ordaz dejó testimonio detallado de otras piezas de información conspiratoria que tenía por irrefutables. La participación de grupos trotskistas —los «troskos»— en la caída del doctor Chávez era una de ellas. El movimiento estudiantil de octubre de 1966 en Morelia era otra: ¿no había encontrado el general José Hernández Toledo en la Universidad nicolaíta un «verdadero arsenal»? Otra pieza importante era la asistencia de varios representantes mexicanos —entre ellos Heberto Castillo— a la conferencia tricontinental en Cuba en 1967. En sus memorias, Díaz Ordaz señala: «Fue el primer caso que llegó a nuestro conocimiento de que se había resuelto abiertamente impedir la realización de los Juegos Olímpicos

en México».[125]

Uno de los participantes en la citada conferencia, Gilberto Rincón Gallardo, aseguraría años después que tales propósitos no existieron. Lo cierto es que la tricontinental se proponía objetivos distintos y más ambiciosos. Concebida por el «Che» Guevara (que en los días de la conferencia se hallaba entrenando guerrillas en Angola con el entonces gran aliado de Cuba, Jonas Sabimbi), buscaba exportar activamente la revolución a los países subdesarrollados, en particular a la América Latina. «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución», decía el «Che». Con el apoyo teórico de Franz Fanon y Régis Debray, la tricontinental logró que prendieran los primeros focos guerrilleros en África y América Latina. Pero curiosamente, y a despecho de algunos discursos encendidos de los delegados mexicanos, el gobierno de Cuba trató de manera distinta el caso de México. Castro no podía ni quería olvidar la negativa de México a votar la expulsión de Cuba de la OEA y el mantenimiento irrestricto de relaciones oficiales. Se podía promover la Revolución en toda la América Latina, salvo en el país desde donde Castro había comenzado su aventura revolucionaria. Sencillamente, no le convenía.[126]

Otra pieza central: la intervención del Partido Comunista Mexicano en una reunión de Sofía, Bulgaria, en 1967. De acuerdo con la información de Díaz Ordaz, el dirigente del PC, Arnoldo Martínez Verdugo, habría traído de Bulgaria la consigna explícita de enfrentar a las juventudes comunistas (CNED) contra la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) y de azuzar de diversas formas el descontento estudiantil, todo con el propósito de obstruir la celebración de las Olimpiadas. Ya desde septiembre de 1967, pensaba el presidente, la consigna se había puesto en práctica

en una «marcha de la libertad» organizada por el CNED.[127]

El presagio más inmediato y evidente de la conjura era, por supuesto, la Revolución de mayo en París. Ante la profusión de fotos, lemas, panfletos que llegaban a su poder, el presidente escribió: «… ya tienen sus centavitos y los están gastando». La revuelta le provocaba tanta repulsa como las frases que los estudiantes parisinos pusieron de moda. Sobre aquella célebre que equiparaba el amor con la revolución, escribió: «¿Harán tan mal el amor como hacen la revolución? Los compadezco».

En esos días, el presidente consultó con el regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal, sobre la posibilidad de que una rebelión similar estallara en México. Corona del Rosal respondió que el jefe de la policía, el general Cueto Ramírez, consideraba que no sucedería nada; pero Díaz Ordaz lo contradijo: «Dile a Cueto y tú toma nota que no es cierto lo que está pensando, que sí va a suceder». En varias reuniones dispuso la compra de material militar adecuado: escudos, guantes, «armas defensivas». Ordenó un viaje a Tokio para adquirir equipamiento a los experimentados japoneses. «Se me está ocurriendo una idea» , le comenta a Corona: «haga usted unos tanquecitos, agarre todas las patrullas, blíndelas con unas placas de acero simplemente. Es todo, y éntrele.» Para sorpresa y molestia del presidente, el general no «le entró» y la «ocurrencia» de los jeeps la resolvió el secretario de la Defensa, el general Marcelino García Barragán.[128]

Una vez estallado el conflicto, Díaz Ordaz siguió mirándose en el espejo de Francia. Las mismas fuerzas internacionales de izquierda que habían actuado contra Francia apuntaban sus baterías hacia México. «Se salvó De Gaulle, pero hundió a Francia», le decía a su antiguo colaborador Luis M. Farías, líder de la Cámara; «nosotros aquí tenemos que salvar ante

todo el sistema.»[129] A mediados de agosto, Daniel Cosío Villegas recibió una carta personal del presidente. Cosío había empezado a colaborar semanalmente en *Excélsior* y su primer artículo analizaba el movimiento estudiantil a la luz del precedente francés. Díaz Ordaz lo felicitaba: un hombre como Cosío Villegas, «tan preocupado por nuestra juventud y que todavía repara en los riesgos que corrí, es un hombre a quien puedo explicarle … por qué México no esperó, para actuar, a estar de verdad al borde de la guerra civil».[130]

El presidente se refería a la toma de la Preparatoria por el ejército. Cosío Villegas había señalado que la intervención del ejército, solicitada por De Gaulle, había sido «en el claro y terminante entendimiento de que no dispararía sobre los estudiantes». Aunque toda la prensa francesa había informado de los hechos, Díaz Ordaz creía refutarlo dudando que Cosío hubiese estado presente en las conversaciones. Tal vez esa parte del precedente francés —la reticencia total de disparar— le imponía limitaciones que estorbaban a su hipótesis de una inminente «guerra civil». En todo caso, intentó justificar frente a Cosío Villegas, quizás el intelectual más independiente y de mayor prestigio, el uso del ejército: «Dudo también que usted conozca realmente cuáles fueron las condiciones en que intervino el ejército mexicano. Sí hay un hecho evidente: en México ni del ejército ni de la policía hubo un solo disparo contra los estudiantes y no hubo un solo muerto». Francia, continuaba, no se recuperaría en siete años de las pérdidas económicas que había ocasionado el movimiento estudiantil; México, en cambio, había evitado «perder su solidez económica [y quizás algo más]», si bien agregaba: «en nuestra mano no estuvo evitar que se deteriorara la imagen de la nación».[131]

Para evitar el descrédito económico y mantener la imagen

de la nación, Díaz Ordaz confió en su brillante ministro de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, quien había vivido de cerca los acontecimientos de París. Mientras recorría los bancos europeos con los que México contrataba créditos, Ortiz Mena presenció el ataque al «franco fuerte», vio cómo De Gaulle, negándose a devaluar salió de París, convocó al referéndum, y astutamente, según Ortiz Mena, lo perdió, salvando su imagen histórica, pero dejando a Pompidou el peso de la devaluación y el hundimiento económico. En México —pensaba el ministro, al igual que el presidente— la meta era la misma: crear un conflicto económico, provocar la pérdida de confianza y, en último término, devaluar. Él mismo creía en la existencia de una organización que estaba «manejándolo todo». La profusión de volantes diarios le parecía una prueba palmaria.

Ortiz Mena volvió a Europa con el doble propósito de infundir confianza en el exterior y proyectar en el interior la confianza del exterior. Después de firmar en el Louvre el crédito para la construcción del Metro de la ciudad de México, unos periodistas franceses le preguntaron:

«—¿Qué nos dice de la revolución en México?

»—Nosotros no tenemos ninguna revolución —contestó—. Ustedes sí la tuvieron. Aquí millones de obreros declararon la huelga general; en México ningún sindicato, ninguna organización campesina apoya al movimiento».

En Suiza, el mercado financiero más difícil, Ortiz Mena colocó una emisión de bonos. «México se graduaba en crédito», recordaría mucho después.[132] En Washington, durante una reunión a la que asistieron los representantes de los «diez grandes», el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, Ortiz Mena explicó el programa económico de México y dio seguridades sobre su solidez. El frente

externo estaba asegurado. Quedaba el interno.

El presidente no hablaba de «guerra civil» en sentido figurado. En cierto momento, le comentó al profesor Víctor Gallo: «Este movimiento que no tiene ahora una raíz popular, me preocupa porque puede salir al campo, ahí donde hemos fallado. Si sale al campo, será una catástrofe, porque las condiciones del campesino están como para que tome la actitud de establecer una revolución armada».[133] Para evitarlo, antes que la fuerzas de la persuasión, estaban las del orden. La posibilidad de un diálogo personal se le había cerrado en el momento mismo en que los estudiantes habían dejado su «mano tendida». Que le pidieran hacerse la «prueba de la parafina» le dolía, pero no le sorprendía: «… yo en lo personal, infiero», escribiría con su habitual sarcasmo, «ya tenía las incrustaciones de la pólvora en la piel de la mano porque había disparado personalmente la pistola para asesinar estudiantes».[134]

En sus memorias, Díaz Ordaz consigna varios párrafos de elogio y comprensión a sus propias fuerzas, las policiacas, y una reprobación sin cortapisas a los estudiantes, a quienes llama «los contrarios». «Desde pequeños aprendemos a odiar a la policía»; el batallón de granaderos está compuesto por sólo «quinientos o seiscientos elementos … que duermen poco», y para defenderse se proveen a sí mismos de «tubos y varillas», «tienen la ventaja sobre los estudiantes de ser hombres hechos y derechos, curtidos por el trabajo, fuertes, rudos, ¡lo que sea de cada quien!» En las «manos contrarias», las de los estudiantes, había pistolas sustraídas de las armerías del centro. Aunque estaba dispuesto a «aceptar honradamente que hicieron poco uso de ellas, al principio», la acción militar contra la Preparatoria le parecía justificada. El ejército entró «empujando con un camión». El famoso «bazucazo» era «un

invento», lo mismo que los «muertos y heridos». No era invento, en cambio, el «arsenal bastante importante» que se encontró.[135] Díaz Ordaz no lo detalla en sus memorias, pero el general José Hernández Toledo, que encabezó la operación, informó sobre el arsenal hallado: diez bombas molotov, dos botes de gasolina, una botella de ácido, una botella de gasolina, una botella de amoniaco.

Cada día se agregaban nuevas piezas al rompecabezas. Todas ajustaban. ¿Quién proveía la información sobre ellas? Habiéndose negado desde un principio a acercarse de manera personal a los estudiantes para no «poner en riesgo la investidura presidencial»,[136] y dado su carácter naturalmente hosco y retraído, Díaz Ordaz dependía de la información que le proporcionaban sus propias fuentes políticas, en particular las dependientes de la Secretaría de Gobernación: la Dirección Federal de Seguridad y la División de Investigaciones Políticas y Sociales. La prensa extranjera hubiese aportado una visión adicional, pero el presidente no sabía idiomas, no se interesaba en consultarla y se resentía de las noticias adversas a su gestión. Quedaba la prensa nacional, pero Díaz Ordaz la consideraba no sólo miope sino tuerta: «La diferencia entre los políticos y los periodistas es que ellos ven todo con un ojo, nosotros con dos». Por lo demás, aunque se subordinaran al Ejecutivo, los periodistas le parecían «mendigos, embusteros y agazapados chingaquedítos, sabemos cómo aceitarles el hocico».[137] Solía distribuir las cartas que le llegaban en dos paquetes, anotando con su puño y letra «adhesión» o «solidaridad» en unas, y «gobernación» en otras. Las segundas, adversas o críticas, pasaban al secretario de Gobernación. A las opiniones de los intelectuales en la prensa les aplicaba el mismo criterio: a favor o en contra. No buscaba comprender el fenómeno sino sumar fuerzas. En esas circunstancias, el presidente valoraba

especialmente los informes de sus propios agentes: «… ¡claro que el gobierno tuvo infiltrados en el movimiento, todos los que pudo… [así] anticipamos atentados contra servicios telefónicos, eléctricos y contra las instalaciones petroleras».[138]

Para cada pregunta, hallaba una respuesta, unas veces tranquilizadora, otras inquietante. ¿Cuántos asisten a las manifestaciones? «Yo deseaba saber la verdad», decía Díaz Ordaz, y, con mapas, sus expertos le demostraron que, calculando tres personas por metro cuadrado, no podían ser más de quince mil o dieciséis mil.

«¿Quiénes nutren las manifestaciones? ¿Quiénes las dirigen ocultos? ¿Quiénes lo aprovechan?» El presidente recabó la información. Lo dirigían «grupos comunistas internacionales, no hay la menor duda de ello, no actuaron siquiera con discreción [sino] descaradamente». El movimiento no era más que «un contubernio asqueroso» de conspiradores infiltrados. Había cubanos, soviéticos, agentes de la FBI, el MURO, el Opus Dei y el PAN, pero «los responsables eran los grupos de izquierda, el Partido Comunista, la IV Internacional Trotskista, el Partido Obrero Campesino; la Tricontinental: no figuraban en la dirección, pero dieron lineamientos … En aquella época todavía operaban muy solidarios los prosoviéticos y los promaoístas».

Tras ellos venía «la masa», «los de siempre». Era «inconcebible utilizar a los estudiantes contra uno de los más bellos eventos del mundo … los Juegos Olímpicos».[139] Díaz Ordaz no concedía a los estudiantes ninguna capacidad de discernimiento, ningún mérito, ninguna generosidad. Sus agravios eran invenciones. El presidente no se hacía preguntas sobre ellos, sólo respuestas: en el mejor de los casos, eran «idealistas» equivocados, «carne de cañón» manipulada por las figuras tutelares y venenosas de sus

maestros. Garibay, que pasaría muchas horas con él luego del movimiento, recogió en notas el concepto que Díaz Ordaz tenía sobre la juventud: «¿Juventud? Esos hijos de la chingada no son juventud ni son nada. Parásitos chupasangre. Pedigüeños, cínicos, analfabetas … ¡Carroña! Y ni siquiera tienen huevos para enfrentarse de veras, para dar lo que llaman su batalla. ¡Su batalla! ¡Hijos… ! ¡Hijos… !»[140]

Entre los posibles aprovechados estaba el PAN: un «barboncito» de Acción Nacional (Diego Fernández de Cevallos) había «tratado de meterse», pero sus discursos «no penetraron»: «… frente a un grupo de diez [mil] o quince mil muchachos acelerados, los discursos de Acción Nacional resultaron … totalmente desabridos». Ciertos intelectuales «simpatizantes» de los políticos que «sonaban» para la carrera presidencial habían participado en el movimiento para «quemar» desde ahí a sus contrincantes; «qué ingenuos», apuntó el presidente. En fin, hasta los jesuitas habían tratado de pescar en río revuelto: alguien informó a Díaz Ordaz de un sacerdote que había cedido el púlpito a un joven agitador.

¿De dónde sacaban los estudiantes sus «enormes sumas»? Según unos informes, en la reunión comunista en Sofía los agitadores habían recibido la consigna de apoyarse en fondos de la embajada cubana, pero el grueso del dinero provenía de «los propios fondos del subsidio de la UNAM». Los exfuncionarios del gobierno de López Mateos, resentidos con Díaz Ordaz, engrosaban simplemente la bolsa. Sólo así se explicaba que los estudiantes pudiesen financiar sus volantes, panfletos, las «planas y planas» que publicaban en los periódicos, las «pintas», los viajes y los quinientos megáfonos flamantes (con costo total de 2.500 a 3.000 pesos) que exhibían en sus manifestaciones. Algunos estudiantes «cobraban por las mañanas en la embajada de Cuba y la [de

la] URSS, y en la tarde en la de los Estados Unidos», «otros nomás en un solo bando».[141]

Buena parte de estos datos eran falsos, algunos ostensiblemente falsos; muchos no podrían comprobarse; sólo una parte menor correspondía a la realidad. La intervención parcial del PAN era cierta, lo mismo que las simpatías de algunos jesuitas. Pero ambos casos correspondían a una adhesión libre y genuina, no a un cálculo mezquino de posiciones políticas. Las manifestaciones eran mucho más concurridas que los cálculos oficiales: rebasaban las cien mil personas. El dinero no había corrido a raudales. El subsidio de la Universidad no se empleaba para apoyar el movimiento. Tanto en términos económicos como en términos políticos o ideológicos, los estudiantes y sus líderes eran mucho más autónomos de lo que el presidente creía. Los cimientos de toda su argumentación —la conjura comunista— se venían abajo: desde un principio, el movimiento rebasó a los grupos organizados de izquierda que quisieron manipularlo. Es cierto que algunos líderes conspicuos —Raúl Álvarez Garín y Gilberto Guevara Niebla, entre otros— provenían de las Juventudes Comunistas, pero el sentido libertario de la rebelión estudiantil divergía de los objetivos revolucionarios tradicionales sostenidos por el programa comunista. De haber tenido pruebas sobre cualquiera de los hechos que creía irrefutables (el cobro en las embajadas, por ejemplo, comprobable con una simple fotografía a distancia), es obvio que el gobierno las hubiese exhibido por todo el mundo. Si no lo hizo es porque no las tuvo. Eran piezas que ajustaban en el rompecabezas de la conjura, pero piezas inventadas. Un simple cotejo de la prensa, por ejemplo, hubiese desmentido aquella pretendida profusión de «planas y planas». Sin embargo, el presidente no tenía la voluntad de comparar sus datos con otras fuentes o hipótesis, o no veía la

necesidad de hacerlo.

Por lo demás, su estado de ánimo acentuaba la confusión. El 19 de agosto, confía a un amigo: «… vivo en medio de un inmenso océano de problemas». El 23 escribe una segunda carta a Cosío Villegas. Se describe a sí mismo como «un hombre angustiado que quisiera satisfacer a todos pero que sabe la imposibilidad de lograrlo, y que se enfrenta a diario al dilema de decidir qué debe defenderse y qué debe sacrificarse». Era «extraordinario su estado de angustia», advirtió el profesor Víctor Gallo. La convergencia de estos testimonios sobre la angustia del presidente es sumamente extraña, porque justo en aquel momento se discutían las modalidades del debate público. El ministro de Gobernación se había comunicado por teléfono con el Comité Nacional de Huelga y, aunque su propuesta se había rechazado por no considerarse «pública», el acercamiento entre las partes era real y tangible. Todos lo consideraban así, por lo visto; todos menos el presidente: «¿Quieren hacer creer … que un anónimo empleado … habló por teléfono diciendo sí?» A un «llamamiento serio», el gobierno hubiera contestado mediante «declaración oficial y de funcionario responsable».[142] Al parecer, nunca se enteró de que la llamada telefónica había existido en verdad.

Durante la manifestación del 27 de agosto, cuando los estudiantes le pedían a gritos y con insultos que saliera al balcón, el presidente no se hallaba en Palacio Nacional. La información que recibió sobre los hechos no «le endulzó el oído», pero incluyó al menos un episodio imaginario, el extraño caso de «la bandera rojinegra en la Catedral». «Tras enterarme», recordaba, «no salía de mi asombro … ¿Reto a quién?» Hizo largas reflexiones sobre la nueva pieza conspiratoria: «¿a la policía y las fuerzas armadas?, no; ¿al

gobierno?, no veo por qué, hubieran escogido el Palacio Nacional, el monumento a la Independencia, el hemiciclo a Juárez … ¿Al clero? ¡Claro! … involucrar al clero … Nuestros informantes vieron [cómo] … abriéndose paso a punta de pistola», los estudiantes colocaban la bandera rojinegra en el astabandera de la catedral.

Sólo así se explicaba Díaz Ordaz que, durante el desfile del 16 de septiembre, «en sagaz medida preventiva, la Mitra no había querido poner la bandera tricolor donde hace unos cuantos días había estado la bandera rojinegra». La teoría era perfecta, la pieza encajaba, salvo por un hecho: todo el mundo (menos el presidente) sabía que era falsa. Los estudiantes habían entrado en la Catedral (sin pistola), subido a las torres (con permiso del sacerdote) y repicado las campanas (se tomaron fotos); pero no pusieron la bandera rojinegra en el asta de la Catedral sino en una de las del Zócalo (se publicaron fotos en los periódicos).

Según Díaz Ordaz, en aquella asamblea del 27 de agosto, Heberto Castillo se había afianzado como «la autoridad máxima, indiscriminada, casi intocable». No por casualidad lo empezó a llamar «el presidentito». A Heberto Castillo le atribuía la ocurrencia de apoderarse del Zócalo y convertirlo en un campamento «con el propósito de molestar al presidente en sus entradas y salidas y provocar a la guardia … En lugar de informe constitucional, el diálogo, ahora en el Zócalo … naturalmente no se lo permití.» Díaz Ordaz había imaginado ya la escena que sucedería a semejante diálogo: «Y en este ambiente de desaforados, el presidente de la República sentado en el banquillo de los acusados, contestando preguntas y aguantando injurias y burlas. Después vendría la presión física para que firmara algún documento».[143]

«A Díaz Ordaz pueden atacarle lo que quieran», comentó el

presidente a un amigo, «mentarle la madre o matarlo. Pero que no sienta yo que tocan a México, porque la respuesta no tendrá límite ni fin.»[144]

«El Palacio Nacional es el símbolo de nuestra nacionalidad», le escribía indignado el procurador Julio Sánchez Vargas, quien había visto ese «asiento del jefe del Estado pintado con símbolos de un guerrillero latinoamericano». Lo cierto es que no sólo sus colaboradores sino muchos ciudadanos de buena fe, coincidieron con Díaz Ordaz en su convicción de que el 27 de agosto los estudiantes habían cometido una profanación. El presidente no albergaba ya ninguna duda, el rompecabezas estaba completo, se había «tocado a México». Antes, en algún rincón de su alma, hubiera querido hablar con los jóvenes. Quizá por eso se encerró un buen rato con el hijo de su subdirector de Prensa, Fernando M. Garza. Hubiera querido persuadirlos como lo persuadiría a él, pero su concepto del rango y de la investidura se lo había impedido. No había querido correr el riesgo de que «le faltaran al respeto».[145] Tras las injurias de que había sido objeto el 27 de agosto, no le cabía duda de que tenía razón. Había que responder de inmediato. Y la respuesta no debía tener «límite ni fin».

Recordando ese episodio crucial del movimiento, una maestra normalista conjeturaba: «Yo creo que si el presidente sale al balcón, y le hace frente a la multitud, a pesar de las porras injuriosas, los insultos, la violencia, los "mueras" … hubiera ganado a muchos compañeros». Quizá la maestra tenía razón. En México, país de símbolos, un gesto podía haber cambiado todo. Entre los estudiantes se decía: «López Mateos sí hubiera salido al balcón». «El que detenta el poder está siempre obligado a ser el más generoso», opinaba un alumno de Leyes. Lo mismo opinaban muchos escritores y

editorialistas, como, por ejemplo, Alejandro Gómez Arias, el legendario líder vasconcelista, que pedía al presidente «palabras de concordia». Díaz Ordaz no podía hacerle caso: no era López Mateos, no creía en los gestos sino en los actos resolutivos. Lo guiaba una profunda convicción: «Existe la necesidad imperiosa de mantener íntegramente el principio de la autoridad».[146]

El principio de autoridad

«Fueron desalojados», anunciaba *El Universal* el 28 de agosto. A partir de la madrugada y en una operación relámpago en la que intervinieron camiones blindados, la policía había dispersado a los tres mil manifestantes que hacían guardia en el Zócalo. El centro de la capital se volvió el escenario de un violento zafarrancho entre policías y estudiantes. «La corretiza tras los estudiantes por parte del ejército continuó hasta El Caballito», apuntaba un reportero, «donde a una camioneta de la Universidad los soldados, a culatazos, le rompieron los cristales y posteriormente golpearon a sus ocupantes, en su mayoría mujeres.» En algunos casos la persecución llegó hasta la Ciudad Universitaria. Por la mañana, nuevos contingentes policiacos patrullaron la zona, para proteger una manifestación de burócratas organizada por el gobierno a fin de efectuar un «desagravio a la bandera». Durante esa manifestación tienen lugar nuevos enfrentamientos entre la policía y los estudiantes. También algunos burócratas acarreados al Zócalo se rebelan y son atacados por el ejército. Según varios testimonios, se producen muertos que la prensa no con-signa. Aquella mañana, catorce tanques acometen a la muchedumbre. La lucha se generaliza. Desde los edificios, la gente lanza a los soldados botellas, macetas, basura. Los jóvenes increpan a los tanques: las imágenes de Praga se reproducían en México.[147]

Ese mismo día declaró a la prensa el secretario de la Defensa: «Nosotros hicimos una revolución para derrocar una dictadura y destruir una usurpación. No queremos ni aceptamos otra dictadura …»[148] Estas palabras no las pronunciaba un militar cualquiera: Marcelino García Barragán era uno de los últimos sobrevivientes activos de la Revolución. Había sido henriquista, había sufrido un humillante desafuero como gobernador de Jalisco, pero por encima de todas las prendas humanas ponderaba la lealtad, en este caso la lealtad a las instituciones y, sobre todo, a la más alta de todas: la presidencial. «Tenemos la visión de que el pueblo nos apoya, porque está cansado contra los alborotadores», agregó.

En los días siguientes, los signos de endurecimiento aumentaron: el asalto y los golpes con macana a Heberto Castillo, los tanques apostados en las afueras de la Universidad y el Politécnico, la aparición de agentes provocadores armados, a veces enmascarados, que golpean estudiantes con garrotes, macanas, tubos y varillas de acero. El día 31, la Vocacional 7 del IPN sufre un ataque por parte de doscientos individuos armados que golpean a los estudiantes y los suben a camiones de redilas. La policía había recibido una consigna muy clara: «el desorden en la vía pública se castigaría con la detención y consignación ante las autoridades». La orden se cumplió sistemáticamente en varios puntos de la capital.[149]

En su despacho de Palacio, el presidente tenía una versión no sólo diferente sino inversa. «Los motines, abusos, incendio de camiones, toda clase de desmanes, seguían perpetrándose.» «Bajaba la moral de la policía que seguía negándose a intervenir en condiciones de inferioridad, frente a núcleos mejor armados y de mucho mayor número.» Por todo ello «se

tomó la decisión de dotar de armas a los cuerpos policiacos, [lo cual] revitalizó la moral». Como era de esperar, «la policía se puso revanchista». A renglón seguido, Díaz Ordaz recordaba las continuas manifestaciones que llegaban «por semana» al Zócalo. Eran «ordenadas en general», concedía, sin ver la contradicción con sus líneas inmediatamente anteriores.[150]

En realidad, esos días no hubo manifestaciones en el Zócalo. Desde la mañana del 28 de agosto, el CNH comprendió el costo de los excesos verbales y simbólicos del día 27. De inmediato reiteró su disposición al diálogo y ofreció explicaciones: no había ordenado las pintas ni el izamiento de la bandera rojinegra; el repique de campanas se había hecho con anuencia del sacerdote Jesús Pérez. Mientras se reponía de las dos heridas de ocho y cuatro centímetros que tenía en la frente, Heberto Castillo suavizaba su posición: ahora, «más que nunca», convenía el diálogo, pero ya no era necesario que «se transmitiera por radio y televisión, como circo romano». Por su parte, el 31 de agosto, un día antes del informe presidencial, el CNH reiteraba su voluntad de «dialogar pacíficamente, sin la presión de las fuerzas del ejército y la policía», y lanzaban una rama de olivo al presidente:

«Inclusive durante la celebración de los XIX Juegos Olímpicos, nos comprometemos a barrer las calles todos los días … a servir como porteros, como intérpretes … Antes que estudiantes en una lucha para lograr mayor libertad y democracia, somos mexicanos … No estamos contra las Olimpiadas, queremos que México cumpla dignamente con su compromiso internacional».[151]

Ahora eran los estudiantes quienes, no sin cierta ambigüedad, tendían la mano. El primero de septiembre, en

su informe al Congreso, el presidente diría si esa «mano quedaba tendida en el aire».[152]

«La injuria no me ofende, la calumnia no me llega, el odio no ha nacido en mí.» Un aplauso de treinta y seis segundos rubricó esas palabras del presidente. ¿Decía la verdad? El discurso parecía una parábola perfecta del «pan o palo». Aunque ofrecía razones para no derogarlos, abriría un debate nacional sobre las reformas de los artículos 145 y 145 bis; aunque negaba que existiesen «presos políticos», consideraría sin «presiones ilegítimas» la liberación de algunos de ellos. Pero situando los hechos en el «marco de las informaciones internacionales sobre amargas experiencias similares», llegaba a la conclusión de que sólo ante la fuerza «cesaron o disminuyeron los disturbios». Acto seguido, hacía un largo recuento de los daños, saqueos, destrozos, molestias, incomodidades, trastornos económicos sufridos por la sociedad por obra de los estudiantes, y agregaba: «… tantas mujeres soezmente vejadas que además de sufrir la propia vergüenza, han llenado de indignación a un padre, a una madre, a un hermano, a un hijo, y que pudieron haber sido la esposa, la madre, la hermana o la hija de quienquiera de los mexicanos».

Luego de puntualizar las atribuciones que la Constitución le otorgaba como presidente para usar la fuerza, hizo un elogio a los «modestos, heroicos “juanes” del ejército» y concluyó con una clara amenaza: «Sé que millones de compatriotas están decididamente en favor del orden y en contra de la anarquía … No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos».

El 3 de septiembre, el CNH discute el informe y da a la luz

sus opiniones. No se refieren a los puntos del «Pliego petitorio». Tampoco responden a las infundadas imputaciones que les hacía el presidente (nadie, salvo el mismo Díaz Ordaz, atribuyó a los estudiantes el delito de violación o estupro. De haber existido las mínimas pruebas o testimonios, la prensa oficiosa las hubiera exhibido profusamente). El propósito del CNH es ampliar sus tesis críticas hasta abarcar el sistema político entero:

«En México se ha totalizado a tal extremo el sistema de opresión política y de centralismo en el ejercicio del poder, desde el nivel del gendarme hasta el presidente, que una simple lucha por las mínimas libertades democráticas (como la manifestación en las calles y pedir que sean liberados los presos políticos) confronta al más común de los ciudadanos con el aplastante aparato del Estado y su naturaleza de dominio despótico, inexorable y sin apelación posible».

Ahora la discusión tomaba otro cariz y cambiaba de nivel: pasaba de lo emocional a lo intelectual y de allí a lo político. «Hace cincuenta años que el gobierno monologa con el gobierno», decía Roberto Escudero en espera aún de que el tan esperado diálogo se produjera en efecto, fuera franco, público, y ante toda la nación.[153] Las críticas al «viejo sistema obsoleto» llamaron la atención del más viejo crítico del sistema, Cosío Villegas, que comenzaba a inclinarse a favor de los estudiantes. «México está viviendo de ideas viejas en un mundo nuevo», escribió el 13 de septiembre, «y como no hay vida pública en México, como la máxima sabiduría política es el silencio, los hombres públicos se han hecho pequeños y misteriosos». Todo el asunto aburría a los jóvenes, que habían dejado «de divertirse con aquel circo político». No había más que un remedio, el mismo que proponían los estudiantes: «Hacer pública la vida pública del país».[154]

Habían sido días de tensión y espera. El CNH comenzaba a calibrar la gravedad de su posición: ahora insistía tenazmente en el diálogo, aseguraba que no habría insultos, ni siquiera porras. Hasta consideraría que el diálogo fuera por escrito. El rector había hecho una llamada a los estudiantes para el retorno a clases. Ahora el CNH convocaba, una nueva manifestación que tendría lugar el viernes 13 de septiembre y proyectaba ceremonias para celebrar la independencia el día 15 en la Ciudad Universitaria y el IPN. Debilitado, el día 13 el movimiento daría una nueva batalla cívica que permanecería en el recuerdo de muchos: la llamada «manifestación del silencio».

Arriba, un helicóptero volaba casi a ras de las copas de los árboles. Abajo, doscientos mil jóvenes marchaban con tela adhesiva en la boca. Luis González de Alba lo describiría en un párrafo memorable:

«Finalmente, a la hora señalada, se inició la marcha en absoluto silencio… Apenas salidos del Bosque, a unas cuadras de iniciado el recorrido, las columnas empezaron a engrosarse. Todo el Paseo de la Reforma, banquetas, camellones, monumentos y hasta árboles, estaba cubierto por una multitud que en cien metros duplicaba el contingente inicial. Y de aquellas decenas y después cientos de miles sólo se oían los pasos. El silencio era más impresionante que la multitud. Si los gritos, porras y cantos de otras manifestaciones le daban un aspecto de fiesta popular, la austeridad de la silenciosa era semejante a la de una ceremonia solemne. Entonces, ante la imposibilidad de hablar y gritar como en otras ocasiones; al oír por primera vez claramente los aplausos y voces de aliento de las gruesas vallas humanas que luego se unían a nuestro contingente, surgió el símbolo que pronto cubrió la ciudad y aun se coló a los actos públicos, la televisión, las ceremonias oficiales: la "V" de

¡Venceremos! Hecha con los dedos, formada con los contingentes en marcha; pintada después en casetas de teléfonos, autobuses, bardas. En los lugares más insólitos, pintado en cualquier momento, brotaba el símbolo de la voluntad inquebrantable, incorruptible, resistente a todo… Otra vez el Paseo de la Reforma, la avenida Juárez, Cinco de Mayo, el Zócalo. La gente en todas las ventanas y balcones, en las banquetas, sobre las estatuas, en las ramas de los árboles. Ahora podíamos oír las exclamaciones, los gritos de ánimo, los aplausos».[155]

Díaz Ordaz apuntaría: «… discursos templados, serios, calmados, cargando la nota sobre "las agresiones" que sufrían».[156] Si eran injuriosos y violentos, los reprobaba. Si eran serios y calmados, los despreciaba.

El 15 de septiembre una festiva multitud llena la explanada de la Ciudad Universitaria. Los estudiantes rebeldes festejan la Independencia. Se organiza una quermés en la cual hay «casamenteros», y Heberto Castillo juega a la manera tradicional a casar parejas. Hay risas, canciones, fritangas, juego, «relajo». De pronto, surge la propuesta de que el propio Heberto Castillo dé el «Grito». Lo da, en efecto, resuena el «¡Viva México!», sigue por varias horas un ambiente de fiesta, una fiesta de libertad. Las parejas se abrazan en la explanada, ríen.

En sus memorias, Díaz Ordaz, al recordar la misma escena, le da una interpretación subversiva, terminal: «Heberto Castillo llega a consolidarse como la máxima autoridad dentro del CNH y ante los diversos comités de huelga o de lucha». El rector ejerce su «romántica autoridad», y le proporciona dinero, «todas las cantidades, cada día mayores». El «presidentito»

«también hizo ondear la bandera nacional, tocó el himno y

dijo las palabras de ritual. Y desde ese momento es ya, y empiezan a considerarlo así algunos grupos de los comités de huelga, como el presidente de la República … Me entero al día siguiente de que “presidentitos habemos” … ¡Podían constituir un “Estadito” con un “presidentito” dentro del Estado! Esto era inadmisible … no se pueden ir formando islas».

Ya no sólo se «tocaba a México» en sus símbolos patrios (el Palacio, la bandera, el Zócalo, la Catedral) sino que se suplantaba al presidente en una de sus funciones rituales más sagradas: dar el «Grito». Había que «darles una pequeña demostración».[157]

El 18 de septiembre el ejército ocupa la Universidad. El gobierno sostiene que es su obligación constitucional mantener el orden jurídico, incluido el orden interno de la Universidad, así como la defensa de los locales escolares, que son edificios públicos, ocupados ilegalmente para actividades ajenas a los fines académicos. Esta acción, a la que no se opuso resistencia, dejó un saldo de quinientas personas detenidas, entre ellas varios funcionarios de la Universidad. Por largos días, los estudiantes pasean alrededor de su Universidad ultrajada. Tiempo después se documentarían detalles macabros: destrozos de expedientes, vejaciones y macanazos; una joven aterrada se encerraría en los baños y permanecería allí sin comer durante quince días. El durísimo golpe no apunta sólo contra la UNAM: una banda ametralla desde un coche en marcha las oficinas de la más prestigiosa institución académica del país: El Colegio de México.

«¡Escandalazo!», escribió el presidente, desoyendo las críticas de quienes parecían ignorar que la «Universidad seguía siendo un pedazo de México». La situación según sus informes, revestía gravedad:

«Ya se habían formado dos gabinetes. Uno alrededor del presidente ingeniero Javier Barros Sierra, y otro alrededor del presidentito Heberto Castillo. El de Barros Sierra lo habían integrado las esposas de algunos exfuncionarios que estaban por sus maridos … [los casos dudosos] el propio presidente Barros Sierra los resolvería llamando a algunos de sus más allegados maestros universitarios. Nota alegre: en el gabinete estaría la primera secretaria mujer … El gabinete del «presidentito», estaba principalmente formado por los «intelectuales» que estaban ansiosamente esperando … trabajando en la Universidad, la Secretaría de la Presidencia, la Secretaría de Hacienda y en la tarde descansaban yendo a las manifestaciones».[158]

El día 19, el rector protesta contra el «acto excesivo de fuerza» y sostiene que los «jóvenes requieren comprensión antes que violencia». Al notificársele un choque entre civiles y soldados, el secretario de Defensa advierte: «… las tropas ya no están para aguantar casos como éstos».[159] Todos los días aumenta el número de detenidos. Que el PAN denunciara los hechos de violencia en la Cámara no sorprendió a nadie. Sí sorprendió, en cambio, que un representante del Partido Popular Socialista defendiera a los estudiantes. ¿Por qué Madrazo no salió entonces a la palestra? «No sé qué fue lo que me ocurrió», recordaba éste meses después, con dolor. Estaba seguro de que hubiera ahorrado muchas desgracias: «… los jóvenes me hubieran escuchado».[160] Si no los jóvenes, al menos algunos priístas, como los diputados que se atrevieron a criticar la entrada del ejército en la Universidad para luego recibir un regaño y finalmente desdecirse. Los líderes del PRI en la Cámara de Diputados y en el Senado emprendieron una campaña de desprestigio contra el rector. Éste respondió el día 23 con su renuncia, aduciendo, en relación con los ataques: «… en México todos sabemos a qué dictados

obedecen».[161]

«Ustedes permiten letreros injuriosos contra el presidente», recriminó el secretario de la Presidencia, Martínez Manatou, a Gastón García Cantú, director de la *Revista de la Universidad,* hombre muy cercano al rector Barros Sierra; éste había encargado a García Cantú que representara eventualmente a la Universidad ante el gobierno para acercarse a este último. No cabía duda: las frases personales contra Díaz Ordaz eran una llaga. García Cantú respondió:

«—Es imposible evitar que los jóvenes pintarrajeen la única pared blanca de que disponen … para manifestar su repulsa a la agresión contra su casa de estudios.

»—¿Por qué no la borran? —insistió Martínez Manatou.

»—¿Cómo vamos a borrar una cosa que se pinta en la noche, y en el día, y otra vez en la noche? … no se les puede prohibir que hagan esas manifestaciones escritas. ¿Cómo es posible que un gobierno esté dedicado a perseguir a los jóvenes por lo que dicen?»[162]

En verdad, hasta ese momento, nadie había podido demostrar que algún estudiante hubiese portado más armas que las palabras. Pero, para Díaz Ordaz, las palabras eran armas: él mismo las usaba como tales, eran la respiración natural de sentimientos atávicos en él, ligados a la incomodidad física que padecía consigo mismo, incomodidad interior y exterior («acidez de la vida», la llamaría Garibay). La imagen que desde Oaxaca le devolvían los espejos de cristal y de agua, lo hacía ver a las personas y las cosas con inaudita crudeza, privándolas de toda posibilidad de gracia. «No he encontrado», apuntaría Garibay, hombre de todas las confianzas del presidente, «a otro hombre con tan tenaz e hincada incapacidad para amar a los demás.»[163]

En esos días el presidente organiza dos reuniones sucesivas:

una con los representantes de los partidos y otra con los directores de los periódicos. Ambas tienen el mismo formato. En ambas se escuchan frases admonitorias: «no me detendré ante nada», «la patria está en peligro», «hay que salvar a México». Algunos testigos recuerdan que el presidente estaba fuera de sí. Se descomponía al hablar. Nadie, por supuesto, lo interrumpió, y menos aún puso reparos a sus palabras. No faltó quien pensara que los estaba haciendo cómplices de una grave decisión de Estado.

La ciudad vivía un estado de sitio apenas disfrazado. El día 24 el ejército toma el Casco de Santo Tomás, tras largas horas de batalla campal entre estudiantes y policías. Aparecen seudoestudiantes armados que gritan «¡Vivan los estudiantes!» y destruyen comercios. El ejército recibe armas M1 de alto poder. Algunos líderes estudiantiles son detenidos y enviados a la cárcel de Lecumberri. Desafiando los tanques que merodean la zona, cientos de estudiantes se unen al clamor universitario y, apostados frente a la casa de Barros Sierra, le piden a éste el retiro de su renuncia: «Si renuncia Barros Sierra nos iremos a la sierra». Sale Barros al balcón sin pronunciar palabra, pero finalmente acepta. El día 30, el ejército abandona las instalaciones universitarias. Díaz Ordaz apunta en sus memorias: «¡Qué pena, pero la Universidad estaba llena de basura y mugre!»[164] El rector reinicia sus actividades.

El miércoles 2 de octubre, Cosío Villegas entregaba a *Excélsior* un artículo que aparecería dos días más tarde. «Yo estoy perfectamente persuadido de que el origen emocional de las peticiones y del movimiento estudiantil todo es justificado y puede ser saludable.» Habiendo recorrido un trecho largo, tan largo que partía de la Revolución, aquel viejo pensador sentía y sabía que en esas horas México se jugaba su

destino:

«… por primera vez en un cuarto de siglo, la autoridad, acostumbrada al aplauso oficial, insincero pero estruendoso, ha sido obligada a reconocer la existencia de una opinión pública disidente. Más importante aún: le ha creado un problema que pone a prueba su inteligencia, su imaginación, su tacto, y no simplemente su autoridad. Algo más podría decirse: está jugándose la vida misma de lo que con orgullo llamamos nuestra revolución, la Revolución mexicana. ¿Saldrá el país con bien de tan dura prueba? … La nación entera vigila el desenlace para hacer esta vez un juicio irrevocable».[165]

Sacrificio en Tlatelolco

Faltaba poco más de una semana para la inauguración de los Juegos Olímpicos. En la mañana del 2 de octubre, tres líderes habían entablado en casa del rector Barros Sierra las primeras pláticas oficiales con dos representantes del presidente: Andrés Caso y Jorge de la Vega Domínguez. El movimiento estudiantil declinaba de manera evidente. Mermados y golpeados como nunca lo habían sido antes, los líderes que permanecían libres convocaron un mitin en la plaza de las Tres Culturas, en el barrio de Tlatelolco, llamada así por reunir en un mismo conjunto una serie de edificios habitacionales modernos para la clase media y trabajadora, construidos junto a una antigua zona prehispánica y una iglesia colonial cargada de historia. El lugar fue elegido de manera natural. Desde el comienzo del movimiento hasta el 2 de octubre se habían realizado en ese mismo lugar ocho mítines. Los habitantes de la zona apoyaban a los estudiantes. La cita era a las cinco de la tarde.

Los tanques se hallaban apostados en los alrededores desde la mañana. Apoyados en ellos, los soldados limpiaban sus

bayonetas. A pesar de la creciente violencia de los últimos días, los líderes no consideraron particularmente extraña o peligrosa la presencia militar. Después de todo, los tanques y los soldados habían estado presentes siempre, desde aquella remota marcha del rector. Se preveía que el acto sería rápido. El movimiento se recuperaba apenas de la ocupación de las escuelas por parte del ejército y no había que correr mayores riesgos. Por orden expresa del CNH, sólo los pocos líderes que iban a hablar debían acudir al mitin. Pero el fervor o la esperanza de continuar la lucha concentró a todos en el mismo sitio, junto a los aparatos de sonido y los micrófonos, en el tercer piso del edificio Chihuahua.

Había entre cinco mil y diez mil personas en la plaza. Los jóvenes se veían felices. Muchos se habían sentado o acostado cerca de las ruinas prehispánicas, no lejos del antiguo Templo Mayor y el osario, o *tzompantli*, de aquella que había sido la segunda ciudad en importancia de los mexicas. A un lado estaba la iglesia de Santiago Tlatelolco, donde fray Bernardino de Sahagún había establecido a mediados del siglo XVI su escuela para la nobleza indígena.

Algunas personas notaron presencias extrañas, jóvenes «muy pelones» con un guante o un pañuelo blanco en la mano izquierda, rondando el edificio. De lejos, el ejército vigilaba. Lo comandaba el general José Hernández Toledo, el mismo que había encabezado la toma de la Universidad de Morelia en octubre de 1966, la irrupción de la preparatoria al principio del movimiento y la ocupación de la UNAM el 18 de septiembre. Alguien aconsejó al líder que fungía como maestro de ceremonias que se apresurara. Había que acabar rápido, dispersar a la gente antes de que algo inesperado sucediera. De pronto, los hombres de guante blanco aparecieron en escena. Habían subido por las dos escaleras de acceso hasta el tercer piso y obligaron a los líderes a arrojarse

al suelo. Eran aproximadamente las seis y veinte minutos de la tarde. «Los dos helicópteros que sobrevolaban la plaza», recuerda Guevara Niebla, «habían tomado una actitud hostil y provocadora volando a muy baja altura y en círculos cada vez más cerrados.» Se trataba, al parecer, de helicópteros artillados. De pronto lanzaron unas luces de bengala, «una verde y otra roja»[166] (otras versiones aseguran que una de las bengalas salió de la iglesia). Se oyeron gritos: «Permanezcan tranquilos, no corran». Entonces empezó la balacera.

«Nunca he visto disparar así sobre una multitud», escribiría Claude Kiejman, corresponsal de *Le Monde* que presenció los hechos. Los muchachos de guante blanco que él creía estudiantes lo hicieron guarecerse en un apartamento repleto de policías. Los de guante blanco entraban y salían continuamente del departamento. Kiejman le oyó decir a uno de ellos: «Hace veinticuatro horas que recibimos la orden de venir aquí con algo blanco en la mano, sin papeles, con nuestra pistola». Era el batallón Olimpia, entrenado especialmente para la seguridad durante los Juegos Olímpicos. «Al lanzamiento de una luz de bengala, como señal previamente convenida», declararía uno de sus miembros, Ernesto Morales Soto, «deberíamos de apostarnos en ambas puertas [del edificio Chihuahua] e impedir que entrara o saliera persona alguna.»[167]

El líder Gilberto Guevara Niebla vio a los miembros del batallón Olimpia disparar contra la multitud con «decenas de pistolas, ametralladoras, fusiles de diversos calibres». Frente al edificio, el ejército comenzó a avanzar en formación de combate. Las bengalas habían sido la señal de avance:

«Atrás del edificio Chihuahua también había ejército. Iba a avanzar bajo el edificio que está montado como en zancos. Entonces hubo un momento en que los que estaban

disparando desde el barandal en el tercer piso, hacia abajo, con armas de grueso calibre, con pistolas oficiales, le dieron a soldados que en ese momento traspasaron el borde del edificio … Los soldados entonces empezaron a disparar al batallón Olimpia. Fue una operación desastrosa desde el punto de vista militar, absurdamente concebida. Nadie sabía de los demás: ni los judiciales del Olimpia ni el Olimpia del ejército, no tenían manera de comunicarse … llegaron al extremo de tirarse al suelo ya balaceados por el ejército que avanzaba gritando, y decían en coro "Batallón Olimpia". No tenían otra manera de hacerle saber al ejército que "somos militares especiales"».[168]

Abajo, en la plancha de la plaza, la gente se dispersaba aterrorizada. Una ola humana incontrolable y empavorecida corría del edificio Chihuahua hacia el extremo opuesto sólo para encontrarse con los soldados que avanzaban, y regresar una y otra vez, hasta encarar la posible muerte por un balazo, por aplastamiento o por bayoneta. Una lluvia de balas caía sobre la plaza. «Los cientos de muertos», apunta González de Alba, «vinieron de que el ejército respondió a los tiros que no sabían de dónde venían.» El testimonio de un soldado lo confirma: «Cuando iba caminando, oí varios disparos de arma de fuego que provenían de lo alto de varios edificios, en contra mía y en contra de los demás elementos de mi unidad».[169] Uno de esos tiros había herido en el momento inicial de la refriega al general Hernández Toledo. De inmediato fue llevado a un hospital.

La bala alojada en el cuerpo de Hernández Toledo era calibre .22. Uno de los miembros del batallón Olimpia increpó por algún motivo a un estudiante herido e hizo referencia a las «balas 22 … de las que dispararon tus amiguitos, ¡escuincle pendejo!» La consigna era obvia. Había

que aparentar que quienes iniciaban la balacera eran estudiantes, y sólo un estudiante podía cargar una pistola de calibre tan bajo. Quizá por eso la bala dirigida contra Hernández Toledo había sido calibre .22.[170]

El fuego nutrido duró sesenta y dos minutos, recuerda un testigo. «En algún momento la tormenta de balas amainó», señala Eduardo Valle; «se desató una nueva granizada de balas … se escuchó un disparo anormalmente fuerte … una tanqueta.» Eran las siete y quince minutos. Sobrevino un segundo tiroteo, que duró hasta las once de la noche. Durante toda la noche y aún al día siguiente, se oyeron tiros aislados. En la operación, ejecutada por unos cinco mil soldados, se usaron pistolas, ametralladoras, tanquetas y bayonetas. Se dispararon aproximadamente quince mil balas. Los detenidos esa noche fueron más de dos mil. Muchos fueron desnudados, golpeados, vejados.[171]

La consigna fue no dejar huellas. Se apagaron las luces y se cortaron las líneas telefónicas del circuito. «Los elementos del ejército amenazaron a los fotógrafos con despojarlos de sus cámaras si imprimían alguna placa», reportaba el periódico *La Prensa.* A un periodista extranjero le hicieron incisiones con bayoneta para que soltara su película. Se prohibió incluso el auxilio de las ambulancias: «¡No dejan entrar a las "cruces"! Llegaron aullando como locas. Las detuvieron; les pidieron que apagaran su sirena, su luz». El bloqueo informativo incluía a los hospitales: en el sanatorio Rubén Leñero «era literalmente imposible para la gente que deseaba ver a sus allegados pasar al interior del nosocomio, pues la policía lo estaba impidiendo». Sólo quedaron las voces aisladas y brutales de los asesinos, y las frases y testimonios conmovedores de los deudos, de los testigos, de los líderes apresados, recopilados todos por la escritora Elena

Poniatowska en homenaje a los caídos.[172]

Al conocer la noticia de la masacre de Tlatelolco, el poeta Octavio Paz, entonces embajador en la India, renunció a su puesto: «no estoy de acuerdo en lo absoluto», escribió a Carrillo Flores, «con los métodos empleados para resolver [en realidad: reprimir] las demandas y problemas que ha planteado nuestra juventud». En noviembre de aquel año, Paz concedió una entrevista a *Le Monde* donde sostenía que el gobierno mexicano había cometido un acto de «terrorismo de Estado» y daba su visión de los hechos:

«No es casual que los jóvenes mexicanos hayan caído en la antigua plaza de Tlatelolco: ahí precisamente se encontraba el templo azteca *(teocalli),* donde se hacían sacrificios humanos … El asesinato de los estudiantes fue un sacrificio ritual … se trataba de aterrorizar a la población, usando los mismos métodos de sacrificios humanos de los aztecas».[173]

La «plaza estaba roja de sangre que quisieron cubrir con aserrín», notó a la mañana siguiente un testigo. Era atroz pensar que aquel sitio estaba anegado de sangre, que debajo de la sangre de los estudiantes corrían ríos de sangre indígena, que el poder había cometido un acto de represión sangrienta, que en México los dioses se vengaban de los hombres, se burlaban del tiempo, surgían a plena luz.

«El paisaje mexicano huele a sangre», había dicho una mañana de 1915 el presidente Eulalio Gutiérrez a José Vasconcelos,[174] sin saber que por él hablaba la voz de un poeta náhuatl:

Y el olor de la sangre mojaba el aire
Y el olor de la sangre manchaba el aire.[175]

«Por fin lograron sus "muertitos"»

En sus memorias, el presidente dejó su versión personal de lo ocurrido. «No habiendo podido apoderarse de Palacio

Nacional», los estudiantes buscaban hacer suya la plaza de las Tres Culturas con el objeto de tomar la Secretaría de Relaciones Exteriores. Ya habían logrado «enamorar» a muchos corresponsales que se encontraban en el país con motivo de los Juegos. «Los más importantes líderes, escondidos, otros dialogan. Y la masa, la "carne de cañón", en la explanada.»[176]

De pronto, uno de los líderes, Sócrates Amado Campos Lemus, llega con «cuatro coches … metralletas en la mano … él mismo también con una metralleta en mano y otros tres acompañantes armados igual (en medio de todo, parece que fue el más hombrecito de todos)». El ejército continúa «expectante», su misión es «evitar la toma de la Secretaría de Relaciones Exteriores». Sus sistemas de radio han sido interferidos por los estudiantes, quienes dan la orden de tomar la Secretaría, continúa afirmando Díaz Ordaz en sus memorias.

El ejército avanza para impedir que los «alborotadores» cumplan ese designio. Se prende una bengala, «Total», comenta Díaz Ordaz, «un simple semáforo». El general Hernández Toledo entra a la plaza «con un megáfono» pidiendo «cordura». Recibe una descarga por la espalda, con trayectoria de arriba abajo. Díaz Ordaz describe los momentos cruciales: «… están disparando desde los altos de uno de los edificios cercanos, donde no hay soldados, donde no hay policías, son "ellos" los que están disparando, la balacera dura poco».

Hay «redada» de agitadores. Los «detenidos son llevados al campo militar número 1 para ser examinados». Se practica una «requisa de metralletas».

«Por fin habían ganado sus "muertitos". ¡A qué costo tan alto! Los lograron al cabo asesinando a sus propios

compañeros. Se debe recordar que la mayor parte de los muertos y heridos, tanto alborotadores como soldados, presentaron trayectorias de bala claramente verticales, balas asesinas de los jóvenes “idealistas” disparando sus metralletas desde las azoteas de los edificios Chihuahua y Sonora.»[177]

«Ya avanzada la noche», prosigue el presidente, «médicos, ambulancias… triste tarea de trasladar a los heridos y levantar a los muertos.» De pronto, Díaz Ordaz se siente impelido a repetir, como para convencerse a sí mismo: «¡Por fin lograron sus muertos! ¡Y a qué costo! Y posiblemente asesinados por sus propios compañeros».

En unas cuantas líneas, Díaz Ordaz ha utilizado tres fórmulas distintas para referirse a los responsables: son los jóvenes «idealistas» disparando, asesinando a sus propios compañeros; son «ellos» (así, entre comillas) y son los que «posiblemente» asesinaron a sus propios compañeros. ¿Sabía que estaba diciendo una mentira y quiso suavizarla? La narración busca una salida y la encuentra: «Mañana amanecerá en sol [?] … la vida de la ciudad, del país, de millones de mexicanos, seguirá su curso normal. Y sin embargo ésta ha sido una cruenta jornada. Intensamente dolorosa, seguramente, para algunos hogares de México. Lacerante y dolorosa para todos los mexicanos».

No hay remordimientos sobre lo ocurrido, sólo la convicción del deber cumplido: «Este México nos lo quieren cambiar, nos lo quieren cambiar por otro que no nos gusta. Si queremos conservarlo y nos mantenemos unidos, no nos lo cambiarán».[178]

Preguntas sin respuesta

Como en todas las memorias, en el testimonio presidencial sobre el 2 de octubre hay varios pasajes desconcertantes por su inverosimilitud o falsedad. ¿Cómo explicarlos? Nadie

habló nunca de un intento de tomar la Secretaría de Relaciones; Sócrates Amado Campos Lemus no llegó al mitin armado con metralleta ni con acompañantes armados con metralletas. Ningún estudiante las portaba; sólo uno o dos confesaron tiempo después haber llevado armas pequeñas, pero se deshicieron de ellas de inmediato, antes de ser apresados por el batallón Olimpia. Las trayectorias de las balas fueron en efecto de arriba hacia abajo, pero nadie en México creería jamás la versión de que fueron los estudiantes quienes disparaban contra sus propios compañeros. Ni siquiera «posiblemente». ¿Quiénes eran «ellos»? Díaz Ordaz no menciona siquiera al batallón Olimpia: «… en los edificios no hay soldados, no hay policías». ¿Desconocía la participación de éstos? ¿La conocía pero decidió ocultarla? En ambos casos, la omisión es reveladora. En el primero, de su desinformación, en el segundo, de su premeditación.

Para cuando redactaba sus memorias —en los años setenta — se conocía ya públicamente la intervención de ese grupo, pero muchos detalles permanecerían en la oscuridad. El batallón Olimpia estaba integrado por elementos del ejército. Su encomienda específica era dar lo que en términos militares se llama un «golpe de mano», que en este caso significaba capturar a los estudiantes. Si es así, ¿por qué dispararon contra la multitud? ¿Eran ellos quienes disparaban contra la multitud y aun contra los mismos soldados? ¿O es que ellos no eran «ellos»? Un testimonio arroja una hipótesis alternativa:

«De pronto vuelvo la mirada hacia la tribuna y ya no están los oradores. Aparece un tipo alto, de pelo castaño claro y ondulado, como de unos treinta y cinco años, con un guante blanco en la mano izquierda. Dispara a sangre fría sobre quienes están en la tribuna. Voltea hacia la multitud que corre despavorida … y dispara dos veces más su pistola con una

tranquilidad escalofriante».[179]

Por su edad y su corte de pelo, aquel hombre no podía ser estudiante ni miembro del batallón Olimpia. Por su guante blanco, se ostentaba como tal. ¿Quién era esa persona? ¿Quién lo había mandado con órdenes expresas de disparar a la multitud?

«No es verdad que nosotros torturáramos en el campo militar número 1; había una instalación especial para los policías», recordaba el general Félix Galván López, jefe del Estado Mayor de Marcelino García Barragán en tiempos de Díaz Ordaz y secretario de la Defensa de 1976 a 1982. «Allí llevaron a estudiantes, a profesores, llevaron a quienes quisieron. Imagínese lo que habrá pasado en esos aposentos, lo que no habrán hecho los judiciales.»[180]

La versión del general Marcelino García Barragán sobre lo sucedido el 2 de octubre convergería implícitamente con los recuerdos de Galván. El ejército no tenía órdenes de atacar a los estudiantes. Estaba allí para desalojar la plaza. Habría disparado contra los francotiradores que creía estudiantes y que, en realidad, eran miembros de cuerpos militares especiales, como el batallón Olimpia, o policías judiciales que se confundían con ellos o se ostentaban como tales.

«El 2 de octubre el ejército fue agredido por pistoleros … la acción de los provocadores llegó a su máximo grado de maldad y el ejército fue agredido por gente que estaba dispuesta a llevar las cosas hasta las situaciones extremas que llegaron y ellos fueron los únicos responsables del derramamiento de sangre en Tlatelolco … el crimen de 1968 fue de la antipatria, no del ejército.»[181]

«Los acontecimientos ocurridos en Tlatelolco», afirmaba García Barragán, «constituyeron una verdadera trampa tendida al ejército.» ¿Quién la tendió? ¿Quiénes eran los

provocadores?

El regente de la ciudad, general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, no parece haber tenido una participación decisiva en los sucesos del 2 de octubre. De hecho, desde el momento del bazucazo, había pasado a un segundo plano, detrás de los ministros de la Defensa y Gobernación. Con ello, quizá se le había ido también la oportunidad de competir en la carrera presidencial.

Según testimonio de Garibay, Díaz Ordaz despreciaba a Corona: «… el calvito es berrinchudo y marrullero, no es fácil, pero afortunadamente es pendejo».[182] A los ojos de Díaz Ordaz, Corona era demasiado reticente. Tenía sus razones. Desde los años cuarenta fue un factor clave en la vuelta de los soldados a los cuarteles, escribió manuales de moral militar, era uno de los personajes predilectos del presidente Ávila Camacho. Desde los inicios del movimiento, Corona había decepcionado a Díaz Ordaz: no había previsto la gravedad de los hechos, no había resuelto el asunto de los «jeeps blindados» y «no le entraba».

La mañana del 2 de octubre, Corona recibió una llamada de Luis Echeverría informándole que se permitiría el mitin en Tlatelolco: el ejército enviaría «algunas unidades … Me indicó también que la policía debería permanecer acuartelada y que el secretario de la Defensa pediría su cooperación». En el libro *Mis memorias políticas* (1995), Corona sostendría que el movimiento tenía un carácter subversivo y comunista, pero su apreciación particular sobre el 2 de octubre convergía con la de su compañero de armas, García Barragán. Fueron los francotiradores, los tiradores emboscados los que habían disparado primero desde los edificios Chihuahua y del ISSSTE. El ejército sólo tenía la «misión de desalojar». En su libro, Corona no se da por enterado de que los

francotiradores pertenecían o fingían pertenecer al batallón Olimpia. No eran estudiantes, eran cuerpos policiacos de seguridad del gobierno. ¿Quién los había entrenado, coordinado, mandado?[183]

Luis Echeverría «sí le entraba». «Era una máquina trabajando»: cumplido, eficaz, responsable. Tenía una reciedumbre de indio y de vasco. Era el primero en llegar, el último en irse. Cuando el presidente lo invitó a aprender golf, lo tomó como trabajo. No llegaba al campo temprano sino a las cinco y media de la mañana. Numerosos testimonios refieren su marcado servilismo hacia Díaz Ordaz, parecido al que había desplegado cuando fungía como secretario del general Rodolfo Sánchez Taboada en el PRI, a fines de los cuarenta. Desde tiempos de Ruiz Cortines se había acercado a Díaz Ordaz. Lo conocía al dedillo.[184]

Alfonso Martínez Domínguez narraba una anécdota significativa. La contaba Díaz Ordaz, tiempo después de los hechos de Tlatelolco, cuando todavía se congratulaba de haber «destapado» a Echeverría «por sus méritos, por honesto y, por qué no decirlo, por sus pantalones»: «Supongamos que vamos caminando por la avenida Madero y se presenta un conflicto grave», habría explicado el presidente, «¿cómo reaccionarían los precandidatos? Corona y Martínez Manatou hubiesen preferido conversar, aplacar, convencer. En cambio Echeverría hubiera dicho: "Aquí estoy yo, y por arriba de mí pasan… no es el momento del diálogo, es otro"».

La tarde del 2 de octubre, posiblemente por casualidad, Luis Echeverría invitó a tomar un café a una pareja ilustre: nada menos que a David Alfaro Siqueiros y a su mujer, Angélica Arenal. El pintor era el ex preso político más célebre de México, un icono viviente de la izquierda. De pronto, una llamada telefónica interrumpe la charla. Posiblemente

sorprendido, Echeverría se entera de que hay muertos en Tlatelolco. ¿Posiblemente?

A casi tres décadas de distancia, las preguntas capitales continúan sin respuesta: ¿Quién, cuándo y cómo armó la estrategia del 2 de octubre? ¿Quién dirigía al batallón Olimpia? ¿Quiénes fingían pertenecer al batallón Olimpia o se sumaron a él? ¿Quién disparó al general Hernández Toledo? ¿Quién pilotaba los helicópteros? ¿Quién lanzó las luces de bengala y desde dónde? ¿Cuántos y quiénes murieron en Tlatelolco? ¿Decenas? ¿Cientos? Nadie lo sabe salvo sus deudos. Muchos de ellos no hablan, sólo ponen veladoras en la plaza de las Tres Culturas cada 2 de octubre. ¿Quiénes fueron los responsables? ¿Se les juzgará alguna vez?

«¡Salvé a México!»

«Creo que ya entramos en la racionalidad política», había comentado el 2 de octubre Javier Barros Sierra a Gastón García Cantú. Acababa de ser testigo, en su casa, de la primera plática entre los líderes y los representantes oficiales. «Sin embargo», agregó, «la violencia no ha sido vencida …» Al enterarse de la matanza, esa misma tarde, el rector llamó por teléfono al presidente. García Cantú presenció la escena. Alcanzó a escuchar la voz de Díaz Ordaz; era la misma que había conocido en el Colegio del Estado en Puebla.

«Le decía al rector que no se preocupara, que se estaba tratando de impedir un desbordamiento violento de los jóvenes, que tenían el deber de contenerlos, pero sin lastimarlos, que no iba a ocurrir nada … El gesto de Javier Barros Sierra», escribiría su amigo, «se transformó en una sombra gris que no desapareció ya nunca de su cara.»[185]

El subdirector de Prensa de la Presidencia de la República, Fernando M. Garza, pasó la noche del 2 de octubre en Los Pinos. Díaz Ordaz permanecía despierto a medianoche. «Esa

madrugada del 3 de octubre el presidente estuvo muy preocupado.» El jefe de Seguridad de Los Pinos, señor Ruelas, informó a Garza que el presidente se había acostado y apagado la luz, pero que a los diez minutos se había levantado de nuevo para luego volverse a acostar. «Sí, debe haber tenido algún problema que le impedía conciliar el sueño», pensaría Garza, «y sentía la necesidad de caminar… desenmarañando y tratando de encontrarle el hilo a la madeja.»

Menuda madeja, pero según testimonio de su amiga Irma Serrano, «él estaba seguro que era el único camino y lo hubiera vuelto a hacer aunque todo el mundo le hubiera dicho que estaba equivocado. Era firme en sus convicciones». «No se retrajo», explica Garza, «estaba un poco dolido en lo personal por lo que había pasado, lo lamentaba; pero le dolían sobre todo las informaciones del extranjero, muy agresivas para él.» «Díaz Ordaz tenía la convicción de que fue inevitable el enfrentamiento», recuerda Juan Sánchez Navarro; «sereno, tranquilo en apariencia enfrentó la insoportable situación.» Octaviano Campos Salas, su secretario de Industria y Comercio, ponía las cosas claras: «… el presidente Díaz Ordaz era un hombre que no se rendía: "Bueno, si quieren una prueba de fuerza, la tendrán", y la tuvieron».[186]

Muchos ignoraban las proporciones de lo ocurrido. Otros preferían olvidarlo. Mientras que en el extranjero las imágenes de Tlatelolco llegaron a los hogares por la televisión, los medios de comunicación mexicanos omitieron o distorsionaron la verdad. Sólo una estación de radio en inglés conectada a la CBS dio pormenores la misma noche del 2 de octubre. Casi nadie conocía la miserable suerte de los presos, porque la prensa tenía prohibido el acceso a la cárcel o al campo militar, y de todos modos no hubiera podido publicar mayores detalles. Pero los habitantes de la ciudad de México

sabían que algo terrible había ocurrido. Desde la madrugada del 3 de octubre, en la calle lateral del moderno Anillo Periférico, alguien había arrojado un gran chorro de pintura roja sobre la blanca paloma de la paz. Vista con otros ojos, la paloma ensangrentada parecía otra pieza del rompecabezas.

Días más tarde, en la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos, los altavoces anunciaron la presencia de Díaz Ordaz en el estadio. Los asistentes al acto tenían preparada una sorpresa: llevaban un gran papalote que representaba una paloma negra, y poco antes de que el presidente diera por inaugurados los juegos, la hicieron volar por encima del palco presidencial.

Un año más tarde, en su quinto informe de Gobierno, Díaz Ordaz se referiría con algún detenimiento a los hechos del año anterior. Para caracterizar al movimiento estudiantil, empleó las fórmulas usuales: emboscada, terrorismo, provocación, subversión, ilegalidad, aprovechamiento innoble, rencor, violencia, voluntarismo aventurero, rechazo absoluto e irracional de todas las fórmulas para un posible acuerdo y, sobre todo, anarquía, una y otra vez, anarquía. Para caracterizar la acción de su gobierno, usó los términos acostumbrados: responsabilidad, paz, tranquilidad, instituciones, libertad, progreso, soberanía, acendrado patriotismo, estricta disciplina, inquebrantable lealtad, y sobre todo orden, una y otra vez, orden. En el momento más dramático, alzó la voz y afirmó: «Asumo íntegramente la responsabilidad: personal, ética, jurídica, política e histórica, por las decisiones del gobierno en relación con los sucesos del año pasado».[187]

A la salida, un experimentado político comentó a otro: el «tapado» es Echeverría. Al tomar sobre sí toda la responsabilidad, Díaz Ordaz le franqueaba el camino a su

sucesor, el hombre que, por «sus pantalones», se la había ganado.

«El gobierno caerá en un descrédito que nada ni nadie lavará jamás», había escrito en octubre de 1968 Cosío Villegas,[188] pero Díaz Ordaz estaba seguro de haber resuelto el rompecabezas de la conjura contra México. ¿Era genuina su seguridad?

Lo cierto es que vivió con desasosiego lo que le quedaba del sexenio. «Él sabía que se iba a quedar solo», recuerda Irma Serrano, «y rechazaba grotescamente cualquier regalo … no dejaba que lo alabara nadie … era seco, terminante, veía la vida con muchísima crudeza.»[189] Los padecimientos gástricos se acentuaron. Se sometió a operaciones por desprendimiento de retina. Quebrada por la tensión, su mujer vivía en una casa aparte y contrajo una arterioesclerosis cerebral que en cuatro años la llevó a la tumba. Para colmo, al presidente lo ofuscaba la rabia contra el candidato Luis Echeverría, que, con actos simbólicos de acercamiento a los estudiantes, intentaba distanciarse de su responsabilidad en el 68. Díaz Ordaz lo consideraba desleal y había estado a punto de ordenar su remoción. El ministro de la Defensa, Marcelino García Barragán, lo hubiese apoyado en esa decisión, pero, finalmente, el presidente prefirió no actuar. Según Gustavo, su hijo, Díaz Ordaz vivía sumido en su estado de ánimo específico, la angustia:

«Yo noté que mi papá se fue desgastando mucho porque se angustiaba mucho. No dormía bien, se angustiaba muchísimo, aunque hubiera hecho lo mejor, yo sentía que seguía sufriendo, sólo nosotros, en la familia, notábamos que estaba mucho muy angustiado, empezó a contar los días de regreso que le faltaban para terminar porque era una angustia tremenda».[190]

En junio de 1970 un helicóptero aterrizó en el estadio Azteca. El presidente Díaz Ordaz se sometía al veredicto público: llegaba para inaugurar el Campeonato Mundial de Futbol. El repudio fue general: un plebiscito de chiflidos e insultos. Una voz del pueblo le gritó: «¡Chango, bájate de la penca!» Hubiera querido poner orden en esa anarquía, pero ni él, experto consumado, hubiese podido armar un rompecabezas de ciento diez mil personas.

En los días finales de su gestión, Garibay recogió en dos momentos una declaración de Díaz Ordaz que debió reflejar su sentimiento profundo sobre su vida pública: «Se ha cumplido con este encargo como se debió cumplir, ni un milímetro de más ni de menos. Si algún día se ve, se verá y enhorabuena. Si no, me da lo mismo … No busco el aplauso del pueblo, de la chusma, ni figurar en los archivos de ninguna parte. Al carajo con el pueblo y con la historia».[191]

Ya no sólo la imagen que le devolvía el espejo era fea. El mundo entero se había contagiado de fealdad. Ahora todos compartían su imagen.

En 1977 Díaz Ordaz fue designado embajador de México en España. La encomienda le fastidiaba infinitamente. Le faltaba voluntad, gusto e información para cumplir la función. En una de las pocas conferencias de prensa que concedió, declaró que desde su salida del poder, el primero de diciembre de 1970, «había dejado de leer periódicos, de ver noticieros de televisión, de oírlos por radio». Cuando se le formularon las preguntas obligadas sobre el 68, contestó con golpes en la mesa y apuntalando las palabras con el dedo índice: «… de lo que estoy más orgulloso es del año de 1968, porque me permitió servir y salvar al país del desorden, del caos, de que se terminaran las libertades que disfrutamos … no tengo las manos manchadas de sangre».[192]

Su embajada en España duró una semana. Regresó a México. Al poco tiempo se le descubrió el cáncer en el colon que lo llevaría a la tumba. Antes de morir, entregó a su hijo Gustavo los manuscritos y grabaciones que contenían sus memorias. «Ahí te dejo eso, para que hagas lo que quieras.»

Díaz Ordaz no las escribió para defenderse ante el pueblo ni ante la historia. Ambos le importaban «un carajo». Único depositario de la verdad y la razón, se sentía víctima de un rechazo universal. Por eso no cabe pensar que en ellas mentía. Por eso sus lagunas de información, sus afirmaciones erróneas, sus omisiones se vuelven profundamente significativas. Sobre ese marco mental fincó sus decisiones. El sistema político mexicano y el sistema psicológico de Gustavo Díaz Ordaz habían convergido en una presidencia de poder absoluto dotada de una información pobre y torcida. El rey en México no estaba desnudo, estaba ciego.

«Somos gente quebrada»

Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca era uno de los líderes más populares y carismáticos del 68. Fuerte, cuadrado, impetuoso, cabeza de toro más que de vaca, en su nombre había resonancias de la conquista. Como la mayoría de sus compañeros, terminó en la cárcel, pero a diferencia de ellos fue apresado cinco días antes del 2 de octubre. Lo delató Áyax Segura y posteriormente, en el campo militar, Sócrates Amado Campos Lemus.

El primero de octubre, Cabeza de Vaca fue confinado en una celda de uno y medio por dos metros. El día 2 lo sacan, lo mantienen fuera por unas horas y lo regresan a la misma celda. Allí encuentra un letrero que él no había pintado: «Chingue su madre el asesino Díaz Ordaz». Lo firmaba «Su padre Cabeza de Vaca». Le ordenan: «Bórralo con la cabeza». Ese mismo día, a las diez de la noche, lo entregan a los

militares.[193]

Un mayor le preguntó de dónde sacaban las armas y el dinero, lo interrogó sobre sus relaciones con Cuba, con Heberto Castillo, con Genaro Vázquez. Cabeza de Vaca, encapuchado y con las manos atadas por la espalda, respondió que no tenían armas, que el dinero procedía de las colectas, que nunca había ido a Cuba, que a Heberto Castillo lo conocía sólo de vista, que no tenía contacto con ningún Genaro.

«El mayor» —recuerda Cabeza de Vaca— «llamó a uno que seguro que era sargento, porque le dijo:

»—Sargento, refrésquele la memoria a este hijo de la chingada, traidor, que nos quiere hacer comunistas, mientras yo mando por el pelotón de fusilamiento…

»—Mi jefe, está listo el pelotón…

»—Antes que tú morirán dos más.

»Oí las dos descargas y los dos tiros de gracia y se me llevó a que palpara dos cuerpos inertes… Después me sujetaron de nuevo y pusieron la pistola junto a mi cabeza haciendo un disparo. Luego dijeron:

»—No vale la pena matarlo… Castrémoslo…

»Después de haberme dado lo que ellos llaman "calentada" se me inyectó en los testículos una sustancia anestésica y se me hizo un simulacro de castración…

»Todo esto fue en la noche del 2 de octubre de 1968, hasta las seis de la mañana del día 3 … Todo por no querer hacer declaraciones en contra del Movimiento Estudiantil Popular, ni en mi contra. El día 3 de octubre a las siete de la mañana fui nuevamente traído a la cárcel de Lecumberri, en donde se me incomunicó en las peores condiciones … Todo lo anterior … es contrario a los derechos humanos y a nuestra propia

Constitución.»[194]

Durante los días en que los detenidos eran torturados y «juzgados», circuló profusamente un «Fichero político» elaborado por la Secretaría de Gobernación. Con ese fichero se pretendía apuntalar los juicios revelando los supuestos delitos de los líderes. A Raúl Álvarez Garín se le imputó haber «dado la orden de disparar contra todo lo que se moviera en la plaza de las Tres Culturas»; a Roberto Escudero, «dirigir pelotones dedicados al secuestro de autobuses así como brigadas que pintaban letreros injuriosos»; a González de Alba, haber propiciado actos de simpatía hacia Cuba y el «Che» Guevara. Muchas de las imputaciones provenían de las declaraciones del líder a quien Díaz Ordaz consideraba «el más hombrecito de todos»: Sócrates Amado Campos Lemus.

Los juicios contra los líderes del 68 constituyen uno de los capítulos más vergonzosos en la triste y servil historia del aparato judicial mexicano. Fueron múltiples las ilegalidades en que incurrieron los jueces al servicio del ejecutivo. Una de ellas fue la impresión previa de las hojas de consignación. A los ciento trece consignados finales se les imputaba de manera indistinta robo, homicidio, asalto, incitación a la rebelión, etcétera. Entre los casos increíbles destaca el de Gilberto Rincón Gallardo, miembro del Partido Comunista, preso desde los primeros días del movimiento. Víctima de un mal congénito, Rincón Gallardo nació parcialmente incapacitado de los brazos. El acta preparada en contra suya lo acusaba de «incendio de doce trolebuses a larga distancia y con gran fuerza».

A propósito de la huella que el movimiento estudiantil había dejado, Daniel Cosío Villegas escribía: «Ha dado un ejemplo cívico que no se producía en el país desde hace casi treinta años, que no se olvidará fácilmente y que está

destinado a ser imitado mañana». El líder estudiantil Eduardo Valle, «el Búho», lo avalaría desde una perspectiva sorprendente y profética, la de los niños:

«Yo creo que el movimiento repercutió en los niños … En las generaciones que vivieron el movimiento desde las aceras, viendo pasar a sus hermanos mayores, tomados de la mano de sus padres en las propias movilizaciones, los que oyeron relatos de los días de terror, o los sintieron en su carne, en ellos está la revolución. El gobierno de este país deberá tener mucho cuidado con aquellos que en 1968 tenían diez, doce o quince años. Por más demagogia que se les inocule, por más droga que se les aseste, ellos recordarán siempre en lo más íntimo de su mente, las golpizas y los asesinatos de que fueron víctimas sus hermanos …»[195]

Saldrían de la cárcel en 1971 para ejercer la oposición desde diversas atalayas: la prensa, las cátedras universitarias y, años más tarde, los nacientes partidos de izquierda, ya no clandestinos ni perseguidos sino debidamente reconocidos por el Estado. El tiempo no mellaría sus convicciones pero sí sus ilusiones.

«Era la del 68», recuerda Roberta Avendaño («Tita»), «una época de grandes manifestaciones. Tú sentías que con esas protestas ibas a resolver realmente el problema, sin darte cuenta de que hay muchos intereses atrás que no lo permiten. Yo admiro a los compañeros que todavía salen a las manifestaciones y gritan consignas. No he podido volver a otra manifestación. Me he parado en la orilla a verlas y me dan ganas de llorar, pero ya me siento incapaz porque sé que no va a servir para un demonio …»[196]

«Todos somos gente quebrada», recordaría veintisiete años después Gilberto Guevara Niebla. La gran mayoría de los líderes del 68, que en la actualidad han sobrepasado los

cincuenta años, buscan la forma de modificar en un sentido democrático la vida de México, para dar sentido al sacrificio que los quebró.

Antes y después de Tlatelolco

Dos semanas antes del sacrificio del 2 de octubre, el ministro de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, recibió una larga carta del embajador Octavio Paz. En ella, el poeta delineaba una estrategia de solución al conflicto estudiantil. Paz se quejaba del «nulo progreso político del país». Se requería «un gran realismo», y «una imaginación política no menos grande» para introducir un equilibrio «entre el desarrollo económico, político y social». Había que «encontrar formas de participación política para los jóvenes», abriendo al debate público, por ejemplo, la radio y la televisión. En carta aparte, manuscrita, se explayaba con su amigo:

«Estos grupos de un modo intuitivo encuentran que nuestro desarrollo político y social no corresponde al progreso económico. Así, aunque a veces la fraseología de estudiantes y otros grupos recuerde a la de los jóvenes franceses, norteamericanos y alemanes, el problema es absolutamente distinto. No se trata de una revolución social, aunque muchos de los dirigentes sean revolucionarios radicales, sino de realizar una reforma en nuestro sistema político. Si no se comienza ahora, la próxima década será violenta».

El presidente conoció el contenido de la carta, pero optó por seguir el rumbo contrario. Paz, en cambio, acertó en su diagnóstico y su profecía. El movimiento estudiantil de 1968 abría una grieta en el sistema político mexicano por donde éste menos lo esperaba: en la zona de sus mayores beneficiarios, los hijos de la clase media, que descubrían por

cuenta propia el sentido de la sentencia bíblica: «no sólo de pan vive el hombre». Su protesta no tenía un carácter revolucionario sino libertario. Como en el caso de los médicos, el gobierno no supo qué hacer con la disidencia de la clase media, salvo emplear con ella los mismos métodos violentos que tan efectivos resultados habían dado con los obreros y campesinos. Tratarla así resultó contraproducente. No quebró al sistema, pero lo hirió de muerte en su legitimidad.

En la biografía del sistema político mexicano, el 68 no fue un accidente sino el resultado natural de una tendencia a la petrificación que venía de muy atrás. Un sistema acostumbrado a dar «pan o palo», a ganar «de todas todas», a contar siempre con el «carro completo», tenía que desembocar tarde o temprano en la represión de cualquier grupo o individuo que, habiendo adquirido influencia pública suficiente, no se aviniera a integrarse «por las buenas» al sistema. El caso concreto del doctor Nava en San Luis Potosí en 1961 sería a la postre tan representativo como el colectivo de los médicos. El sistema no toleró la candidatura de Nava dentro del PRI porque la base política de este luchador cívico estaba abajo, entre el electorado, y no arriba, en la «familia revolucionaria». Su ascenso amenazaba todas las reglas del sistema: los modos de reclutamiento, incentivos, la confidencialidad y el reparto del dinero público. Por eso se recurrió al ejército para desplazarlo y torturarlo. Pero el notable desarrollo económico del país llevaría fatalmente al surgimiento de dos, tres, cientos, miles de Navas. ¿Qué hacer con ellos? No querían recompensas materiales, querían libertad. El sistema prefirió reprimirlos y al hacerlo cometió un error histórico que marcaría el comienzo de su largo, interminable, costosísimo derrumbe.

El movimiento estudiantil, como argumentaba Octavio Paz,

brindaba una oportunidad de oro para revertir el atraso político del país. El sistema tenía los recursos y la fuerza para ello. La inminente «guerra civil», que tanto pareció preocupar al presidente, era más que improbable. ¿Quién iba a secundarla? El pueblo no se unió al coro de «únete pueblo». Los obreros no abucheaban a las brigadas estudiantiles, e incluso podían mostrarles una pasiva simpatía, pero nunca dieron pasos concretos para sumarse al movimiento. «¿Por qué no decir sinceramente que fracasamos con los obreros?», se preguntaba un estudiante de Ciencias Políticas de la UNAM. «No se puede romper el control gubernamental en fábricas y sindicatos», opinaba el delegado en el CNH de la Escuela Superior de Economía. Lo cierto es que la clase obrera también se beneficiaba de manera tangible y consciente del sistema político. No era revolucionaria, ni siquiera rebelde, porque temía el uso del «palo», pero sobre todo porque apreciaba el «pan».[197]

En 1968, la voluntaria y a veces gozosa subordinación no era algo que les ocurriera sólo a los obreros: se repetía en todos los círculos concéntricos del sistema hasta integrarlos en uno solo. El PRI había abandonado para siempre su experimento de democratización. El ejército nunca fue más fiel que en las manos de un exdisidente henriquista a quien se le había dado la oportunidad de demostrar su lealtad. Los caciques habían desaparecido (sólo Gonzalo N. Santos quería reverdecer sus «lauros» de 1929 y pretendía seguir echando bala contra los estudiantes, pero Díaz Ordaz lo calmó con un flamante grado de general). Salvo Cárdenas, los expresidentes carecían de peso público: López Mateos languidecía en la inconsciencia, Alemán alentaba y practicaba el turismo, Ruiz Cortines vivía aislado y abatido. Sólo Cárdenas, el siempre combativo Cárdenas, mantenía su ascendiente moral, pero estaba cansado y concentraba sus últimas fuerzas en practicar

la caridad estatal en la paupérrima zona mixteca de Oaxaca. Los campesinos, tan atrasados como siempre, seguían atentos a que les tocara la lotería de un reparto de tierras, que en el sexenio de Díaz Ordaz llegó a cifras cercanas al récord de Cárdenas. Los diputados y senadores seguían tan serviles como en tiempos de don Porfirio. Con los gobernadores no se dieron ya casos de desplazamiento sexenal, porque entre López Mateos y Díaz Ordaz había existido un entendimiento político total desde 1958. Y salvo cinco o seis excepciones, las 2.328 presidencias municipales pertenecían al PRI.

En el segundo círculo, el formado por los no (tan) subordinados, se daba una obediencia casi total al presidente. La prensa era un coro casi unánime de elogios al presidente. La Iglesia, agradecida hacia un sistema que la dejaba prosperar en las áreas pastorales, educativas y de asistencia social que le interesaban, declaraba por primera vez desde 1910, de manera abierta y no tácita, su apoyo y reconocimiento a la Revolución mexicana. Subidos «en el mismo barco» del sistema, los empresarios invertían con confianza, guiados por un timonel que había tenido el valor de declararse «anticomunista». Los intelectuales de la generación de Medio Siglo podían dar clases de marxismo en la Universidad y publicar libros o traducciones en la nueva editorial de izquierda Siglo XXI, pero cobraban en la Secretaría de la Presidencia y cruzaban los dedos por el ascenso al poder, en 1970, del secretario de la Presidencia, Emilio Martínez Manatou.

El último círculo, el de los no subordinados, había pasado a una condición de impotencia. El PPS era ya, claramente, un partido «palero» del PRI. El PAN se consumía en el desánimo, viviendo de las migajas que le concedía un Ejecutivo que ni siquiera se avenía a recibir en audiencia a Christlieb Ibarrola. Aquello era la subordinación universal.

Sólo quedaban fuera las clases medias no integradas directamente al presupuesto y sus hijos, los estudiantes universitarios, así como los comunistas.

En este marco de «política integral» y organización corporativa (que tanto recordaba al Porfiriato y a la época colonial), la reforma política que pedía Paz no parecía inimaginable. Hubiera bastado comenzar a dialogar con los estudiantes sin amenazas, sin temor ni paternal condescendencia, para convertir el supuesto riesgo de «guerra civil» en una «victoria cívica». Pero para ello hubiera sido necesario que el régimen «reconociera», como había pedido Cosío Villegas, «la existencia de una opinión pública disidente». En 1968 este reconocimiento era difícil no sólo por la petrificación del sistema sino por la peculiar psicología del presidente Gustavo Díaz Ordaz.

Díaz Ordaz no arribó accidentalmente al poder en 1964 por un mal cálculo de su predecesor. Todo lo contrario: fue un producto tan natural y genuino del sistema, que de hecho fungió como presidente de México por doce años: de 1958 a 1970. Ante los «calados» sindicales ligados al Partido Comunista, el sistema atrajo, propició, fabricó al político que necesitaba. No bastaba la mano firme y la amplia sonrisa del empresario Alemán, o el complicado dominó político del administrador Ruiz Cortines, menos aún la oratoria florida del director de relaciones públicas López Mateos. Desde fines de los años cincuenta, la mayor empresa del país necesitaba un actuario, un agente del Ministerio Público, un abogado ejecutor. Ésa fue la función histórica de Díaz Ordaz.

La cumplió, como cabía esperar, desnudando al sistema de sus ropajes formales, acentuando o dejando al descubierto sus más crudos procedimientos de control y fuerza. No era hipócrita, no sabía «dar largas», «endulzar el oído» con

discursos, «torear» los problemas, ni fingir. Actuaba «sin considerandos». Siempre sintió que su vocación verdadera, truncada en su juventud, había sido el ejército. Tal vez hubiera alcanzado el grado de general. Significativamente, días después del 2 de octubre acudió al Hospital Militar para visitar a los heridos del ejército, en particular al general José Hernández Toledo. Allí contempló «escenas impresionantes». El general «escurría sangre y otros líquidos», pero al ver al presidente «quiso ponerse firme y cuadrarse». Eso sí era «impresionante», repetía Díaz Ordaz en sus memorias: el respeto a la autoridad.

Díaz Ordaz imprimió su intrincada personalidad a la silla presidencial con un grado quizás mayor que ningún otro presidente antes de él. Asumió la investidura presidencial (la «majestad», diría él) no sólo con un sentido de poder absoluto sino con un aura de infalibilidad, de inaccesibilidad, de intocabilidad casi teocrática. Sin la caballerosa suavidad de Ávila Camacho, el cinismo práctico de Alemán, la ironía maquiavélica de Ruiz Cortines, el desapego bohemio de López Mateos, Díaz Ordaz creía religiosamente que el sistema político mexicano era el heredero de la Independencia, la Reforma y la Revolución. Y en lo alto del sistema, como en la cúspide de una pirámide prehispánica, dominando la historia, la moral, la razón, y el futuro, se hallaba él, el *tlatoani* presidente. Semejante figura podía conceder quizás algunas gracias, pero no ceder un ápice de autoridad sin perder su identidad.

La tragedia de México radicó en que esta concentración absoluta de poder —que de cualquier modo se hubiese dado, que estaba en la lógica del sistema— convergió en un hombre con las características biográficas de Díaz Ordaz. El *tlatoani* tenía la psicología del rechazado. Veía enemigos o malquerientes en todas partes, y si no los encontraba, los

fabricaba. El *tlatoani* era hosco, iracundo, desconfiado, rígido, crudo. El país era un inmenso rompecabezas que él debía armar en la soledad de su gabinete, con la dudosa y manida información de que disponía y con el apoyo de las fuerzas del orden. No podían faltar ni sobrar piezas, no podían permanecer desordenadas. Los estudiantes querían lo contrario: abrir el juego. Consideraban la vida política no como un rompecabezas sino como una plaza pública. Díaz Ordaz veía con horror esa posibilidad; para él era sinónimo de caos y anarquía.

El presidente no mentía sobre la concepción que tenía de sí mismo y del sistema. No era cínico o simulador. Cuando decía «nuestra democracia», creía de verdad que México era una democracia, tal vez un poco atípica, pero democracia al fin, democracia *a la mexicana*. Los estudiantes, en cambio, estaban convencidos de que el sistema había destruido el lenguaje mediante el proceso de desvirtuar las palabras. Para ellos era obvio que en México no había una democracia. Por desgracia, no tuvieron tiempo de vertebrar su crítica. Hablaban de diálogo, pero su escasa preparación política limitó severamente su capacidad de maniobra. Muchos de ellos vivían encerrados en su monólogo contestatario. No tenían ideas políticas concretas más allá del «Pliego petitorio», hablaban de «libertad» y «democracia»; sin embargo no daban a esas palabras un contenido práctico. Jamás vislumbraron, por ejemplo, la posibilidad de formar un partido o, al menos, una organización política permanente y autónoma. Carentes de propuestas positivas, las organizaciones radicales de izquierda desempeñaron el mismo y lamentable papel que en 1958 con los ferrocarrileros: aunque no dominaban el movimiento, tenían suficiente influencia como para impulsarlo hacia posiciones extremas que provocaban fatalmente el choque con el gobierno.

Visto con objetividad, era difícil que los jóvenes mexicanos de 20 a 26 años tuvieran ideas políticas y programas de acción. ¿Quiénes de sus coetáneos en el mundo los tenían? Un viento de antiautoritarismo recorría los países del Este y el Oeste. En todas partes a los estudiantes les unía una misma emoción libertaria, no una ideología. Tampoco cabe extrañarse de que todavía creyeran en la revolución como el mito que salvaría a Occidente. Salvo en países como los Estados Unidos o Inglaterra, el mito de la revolución como camino hacia el socialismo siguió vivo entre los intelectuales de Occidente. En mayo de 1968, el propio Octavio Paz pensó, al enterarse de la rebelión estudiantil de París, que la revolución profetizada por Marx podría realizarse con los estudiantes, no los obreros, como vanguardia. En unos meses cambiaría su apreciación, perdería la esperanza revolucionaria y propondría la vía de reforma política para México. Si los vientos de rebelión libertaria lo habían entusiasmado a sus cincuenta y cuatro años de edad, ¿por qué culpar a los estudiantes de abrigar pasiones revolucionarias?

La posible salida, como vio Paz, tenía que ver con la imaginación política. Y más que con ella, con la generosidad. Un solo acto generoso del presidente (la amnistía a los presos con motivo de las Olimpiadas, el cese de los jefes de la policía, la reestructuración de los órganos policiacos, la modificación de los artículos 145 y 145 bis) hubiera concedido un margen simbólico de victoria a los estudiantes sin que el gobierno perdiera nada salvo el miedo inaudito a ceder. No optó por la generosidad sino por la autoridad. La historia se lo cobraría.

El capítulo de las memorias de Díaz Ordaz relativo al 68 concluye con una frase lapidaria: «México será el mismo antes de Tlatelolco y después de Tlatelolco, y quizá sigue siendo el mismo, en parte muy importante, por Tlatelolco».

De todos los errores de apreciación que contienen las memorias de Díaz Ordaz, ninguno superaría los contenidos en esa frase. La historia inmediata la reescribiría así: México no fue el mismo antes y después de Tlatelolco, y no lo fue, en parte muy importante, por Tlatelolco.

NOTAS

1. Entrevista con Aureliano Luis Díaz Ordaz, Tlacolula, Oaxaca, 9 abr. 1995; entrevista con María y Guadalupe Díaz Ordaz, México, D.F., 7 oct. 1995.

2. Entrevista con María y Guadalupe Díaz Ordaz, México, D.F., 7 oct. 1995.

3. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994.

4. Entrevista con Aureliano Luis Díaz Ordaz, Tlacolula, Oaxaca, 9 abr. 1995.

5. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994; entrevista con María y Guadalupe Díaz Ordaz, México, D.F., 7 oct. 1995.

6. *Gustavo Díaz Ordaz. Su pensamiento. Su palabra* (México, 1988), p. 116.

7. Entrevista con Luis Castañeda Guzmán, Oaxaca, Oaxaca, 3 abr. 1995.

8. Idem.

9. Entrevista con Mariela Morales, Oaxaca, Oaxaca, 4 abr. 1995; entrevista con Luis Castañeda Guzmán, Oaxaca, Oaxaca, 3 abr. 1995; entrevista con José Melgar Castillejos, México, D.F., 7 abr. 1993.

10. Entrevista con Luis Castañeda Guzmán, Oaxaca, Oaxaca, 3 abr. 1995.

11. Entrevista con Francisco Herrera Muzgo, Oaxaca, Oaxaca, 3 abr. 1995.

12. Entrevista con Susana Franco, Puebla, Puebla, 13 feb. 1995.

13. Idem; entrevista con Luis Castañeda Guzmán, Oaxaca, Oaxaca, 3 abr. 1995.

14. Entrevista con Gustavo Díaz Ordaz Borja, México, D.F., 29 ago. 1995.

15. Julio Scherer, *Los presidentes* (México, 1986), p. 15.

16. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994.

17. Entrevista con María y Guadalupe Díaz Ordaz, México, D.F., 7 oct. 1995; entrevista con María del Carmen Cervantes, Oaxaca, Oaxaca, 10 mar. 1995.

18. Entrevista con Gastón García Cantú, México, D.F., 15 jun. 1993.

19. Idem.

20. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994; entrevista con Trinidad Torres Flores, Puebla, Puebla, 28 abr. 1993.

21. Entrevista con Trinidad Torres Flores, Puebla, Puebla, 28 abr. 1993.

22. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994.

23. Idem.

24. Entrevista con Gonzalo Bautista O'Farrill, Puebla, Puebla, 13 dic. 1992.

25. Entrevista con Rómulo O'Farrill hijo, México, D.F., oct. 1995.

26. José Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68* (México, 1982), p. 143.
27. Entrevista con Susana Franco, Puebla, Puebla, 13 feb. 1995.
28. Entrevista con Gonzalo Bautista O'Farrill, Puebla, Puebla, 26 may. 1995.
29. Entrevista con Herminio Vázquez Caballero, México, D.F, 14 dic. 1993.
30. Entrevista con Gustavo Díaz Ordaz Borja, México, D.F., 29 ago. 1995.
31. Enrique Krauze, *Textos heréticos* (México, 1992), pp. 61-70.
32. Entrevista con Arturo Escamilla, Puebla, Puebla, 28 abr. 1993.
33. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994.
34. *Diario de los Debates de la Cámara de Senadores* (México), 20 dic. 1951.
35. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* p. 27.
36. Entrevista con Emilio Bolaños Cacho, México, D.F., 24 may. 1994.
37. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* p. 29.
38. Entrevista con Agustín Arriaga Rivera, México, D.F., 20 may. 1994; entrevista con Alfredo Atala, México, D.F., oct. 1995.
39. Entrevista con Emilio Bolaños Cacho, México, D.F., 24 may. 1994.
40. Entrevista con Othón Salazar, México, D.F., 3 may. 1993.
41. Luis M. Farías, *Así lo recuerdo. Testimonio político* (México, 1992), p. 56.
42. Entrevista con Herminio Vázquez Caballero, México, D.F., 14 dic. 1993.
43. Farías, *Así lo recuerdo. Testimonio político*, pp. 235-236.
44. Entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D.F., sept. 1995.
45. Farías, *Así lo recuerdo. Testimonio político*, pp. 56-57.
46. Scherer, *Los presidentes,* p. 15.
47. Entrevista con Herminio Vázquez Caballero, México, D.F., 14 dic. 1993.
48. Entrevista con Ernesto P. Uruchurtu, México, D.F., nov. 1993.
49. Entrevista con Gonzalo Bautista O'Farrill, Puebla, Puebla, 13 dic. 1992.
50. Entrevista con Roberto Barrios, México, D.F., 13 sept. 1992.
51. Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (México, 1986).
52. Entrevista con Emilio Bolaños Cacho, México, D.F., 24 may. 1994.
53. Entrevista con Herminio Vázquez Caballero, México, D.F., 14 dic. 1993.
54. Idem.
55. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994.
56. Entrevista con Emilio Bolaños Cacho, México, D.F., 24 may. 1994; entrevista con Irma Serrano, México, D.F., 19 mar. 1993; entrevista con Herminio Vázquez Caballero, México, D.F., 14 dic. 1993.
57. Entrevista con Donato Miranda Fonseca, México, D.F., 29 sept. 1992.
58. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* p. 50.
59. Entrevista con Gustavo Díaz Ordaz Borja, México, D.F., 29 ago. 1995.
60. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* pp. 92, 147.
61. *Gustavo Díaz Ordaz. Su pensamiento. Su palabra* (México, 1988).

62. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., oct. 1995.

63. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* p. 39.

64. Ricardo Pozas Horcasitas, *La democracia en blanco. El movimiento médico en México. 1964-1965* (México, 1993), pp. 93-94; Norberto Treviño Zapata, *El movimiento médico en México: 1964-1965. Crónica documental y reflexiones* (México, 1989); entrevista con Ismael Cosío Villegas, México, 1978.

65. Evelyn P. Stevens, *Protesta y respuesta en México* (México, 1979), p. 188; testimonio del doctor Eduardo Turrent Oropeza.

66. Pozas, *La democracia en blanco. El movimiento médico en México. 1964-1965,* p. 133.

67. Stevens, Stevens, *Protesta y respuesta en México*, p. 131; Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68*, p. 73.

68. Stevens, Stevens, *Protesta y respuesta en México,* p. 143.

69. Entrevista con Gonzalo Bautista O'Farrill, Puebla, Puebla, 13 dic. 1992.

70. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* pp. 67-81.

71. Stevens, Stevens, *Protesta y respuesta en México*, p. 152.

72. *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966* (México, 1966), t. 4, p. 889.

73. Raúl Cruz Zapata, *Carlos A. Madrazo. Biografía política* (México, 1988), p. 65.

74. Ibíd., p. 68.

75. Ibíd., p. 66.

76. *Política* (México), 1 dic. 1965, p. 5.

77. Cruz, *Carlos A. Madrazo. Biografía política*, p. 71.

78. *Política* (México), 1 nov. 1965, p. 30.

79. Ibíd., p. 11.

80. Idem.

81. *Política* (México), 15 nov. 1965, p. 9.

82. Jorge Bernardo Soto, «Por qué son importantes las reformas en la estructura del PRI», en *Política* (México), 15 nov. 1965, p. 10.

83. Entrevista con Gonzalo Bautista O'Farrill, Puebla, Puebla, 13 dic. 1992.

84. *Política* (México), 1 dic. 1965, p. 5.

85. Alonso Lujambio, «El dilema de Christlieb Ibarrola. Cuatro cartas a Gustavo Díaz Ordaz», en *Estudios* (México), n.º 38, otoño de 1994, pp. 49-75.

86. Idem.

87. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., oct. 1995.

88. *Diario de México* (México), 23 jun. 1966.

89. Ibíd., 3 jul. 1966.

90. Entrevista con Urbano Deloya, Puebla, Puebla, 10 oct. 1994.

91. Testimonio de Arnaldo Orfila Reynal.

92. Información proporcionada por Salvador Barros Sierra.

93. Entrevista con Antonio Mena Brito, México, D.F., oct. 1995.

94. Testimonio de Jaime Labastida.

95. Entrevista con Agustín Arriaga Rivera, México, D.F., 20 may. 1994.

96. Idem.

97. Testimonio de Jaime Labastida.

98. Entrevista con Agustín Arriaga Rivera, México, D.F., 20 may. 1994.

99. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados* (México), 1 sept. 1967.

100. *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966,* pp. 873-898.

101. Simón Hipólito, *Guerrero. Amnistía y represión* (México, 1982), p. 25.

102. Ibíd., pp. 56, 60.

103. Entrevista con Raúl Gómez, Alma Gómez Ramírez y Saúl Ornelas, Chihuahua, 1993.

104. Antonio Ortiz Mena, «La relación entre el gobierno federal y el Banco de México», en *Rodrigo Gómez. Vida y obra* (México, 1991).

105. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., nov. 1992, oct. 1995.

106. Carlos Monsiváis, *Carlos Monsiváis* (México, 1966), p. 33.

107. Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* (México, 1994), p. 25.

108. Entrevista con Gilberto Valenzuela, México, D.F., sept. 1995.

109. «Actuaron mezquinos intereses, informaron hoy Luis Echeverría y Corona del Rosal», en *Novedades* (México), 30 jul. 1968.

110. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 277; *Revista de la Universidad de México* (México), vol. XXIII, n.º 1, sept. 1968, p. 6.

111. Carlos Monsiváis, «Javier Barros Sierra. ¡Viva la discrepancia!», en Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla *et al., Pensar el 68* (México, 1993), p. 101.

112. *Gustavo Díaz Ordaz. Su pensamiento. Su palabra,* pp. 75-76.

113. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, pp. 31-33, 41, 61.

114. Ibíd., p. 35.

115. Entrevista con Luis González de Alba, México, D.F., 16 abr. 1993.

116. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 33.

117. Entrevista con Luis González de Alba, México, D.F., 16 abr. 1993.

118. «Insistimos en que el diálogo tiene que ser en público», en *El Universal* (México), 21 ago. 1968, en Aurora Cano Andaluz, comp. *1968. Antología periodística* (México, 1993).

119. Entrevista con Luis González de Alba, México, D.F., 16 abr. 1993.

120. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* pp. 97, 140; Cano, *1968. Antología periodística,* pp. 8-15.

121. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 34.

122. Entrevista con Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, México, D.F., jul. 1995.

123. Ricardo Garibay, *Cómo se gana la vida* (México, 1992), pp. 273-275.

124. Entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D.F., 9 oct. 1992.
125. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.
126. Entrevista con Gilberto Rincón Gallardo, México, D.F., ago. 1995.
127. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.
128. Idem.
129. Farías, *Así lo recuerdo. Testimonio político,* p. 191.
130. Daniel Cosío Villegas, *Memorias,* pp. 260-261.
131. Idem.
132. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., oct. 1995.
133. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* pp. 161-162.
134. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.
135. Idem.
136. Idem.
137. Garibay, *Cómo se gana la vida,* p. 274.
138. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.
139. Idem.
140. Garibay, *Cómo se gana la vida*, pp. 273-274.
141. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.
142. Idem; Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* pp. 161-162; Cosío Villegas, *Memorias,* pp. 260-261.
143. Idem.
144. Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68,* pp. 161-162.
145. Entrevista con Leopoldo Zea, México, D.F., jul. 1994.
146. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, pp. 34, 142; Cano, *1968. Antología periodística,* pp. 20-25.
147. Gilberto Guevara Niebla, «El movimiento a la ofensiva», en Álvarez Garín, Guevara Niebla *et al., Pensar el 68,* p. 60; Ilán Semo, «El ocaso de los mitos (1958-1968)», en Enrique Semo, coord., *México, un pueblo en la historia* (México, 1982), vol. 4, p. 136
148. «Mantendremos el orden», «El ejército dará garantías al pueblo y al gobierno de México: García Barragán», en *El Universal* (México), 29 ago. 1968.
149. Idem.
150. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.
151. «Están los estudiantes atentos al informe», en *Excélsior* (México), 31 ago. 1968.
152. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados,* México, D.F., 1 sept. 1968.
153. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 38.
154. Cosío Villegas, *Labor periodística e imaginaria* (México, 1972), pp. 211-213.
155. Luis González de Alba, *Los días y los años* (México, 1971), p. 119.
156. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.

157. Idem.

158. Idem.

159. *Revista de la Universidad de México* (*México),* vol. XXIII, n.º 1, sept. 1968, p. 25.

160. Cruz, *Carlos A. Madrazo. Biografía política*, pp. 70-75.

161. Monsiváis, «Javier Barros Sierra…», p. 102.

162. Entrevista con Gastón García Cantú, México, D.F., 15 jun. 1993.

163. Garibay, *Cómo se gana la vida,* p. 279.

164. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.

165. Cosío Villegas, *Labor periodística…,* pp. 217-219.

166. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 175.

167. Ibíd., p. 173.

168. Entrevista con Luis González de Alba, México, D.F., 16 abr. 1993.

169. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, p. 240.

170. David Vega, «En el lugar de los hechos», en Álvarez Garín, Guevara Niebla *et al., Pensar el 68,* p. 123.

171. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, pp. 177, 180.

172. Ibíd., pp. 184, 185-193, 195, 220.

173. Octavio Paz, *Posdata* (México, 1970), pp. 105-155.

174. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 269.

175. Ibíd., p. 289.

176. Memorias inéditas de Gustavo Díaz Ordaz.

177. Idem.

178. Idem.

179. Aullet, Guillermo, «Un médico ejemplar», en Daniel Cazés, coord., *Memorial del 68. Relato a muchas voces* (México, 1994), p. 126.

180. Scherer, *Los presidentes,* p. 61.

181. Testimonio del general Marcelino García Barragán, *Proceso* (México), n.º 104, 30 oct. 1978.

182. Garibay, *Cómo se gana la vida,* p. 272.

183. Alfonso Corona del Rosal, *Mis memorias políticas* (México, 1995).

184. Scherer, *Los presidentes,* p. 20.

185. Entrevista con Gastón García Cantú, México, D.F., 15 jun. 1993.

186. Entrevista con Irma Serrano, México, D.F., 19 mar. 1993; entrevista con Fernando M. Garza, México, D.F., 7 ene. 1993; entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D.F., 9 oct. 1992; entrevista con Octaviano Campos Salas, México, D.F., 3 feb. 1993.

187. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados* (México), 1 sept. 1969.

188. Cosío Villegas, *Labor periodística,* pp. 211-213.

189. Entrevista con Irma Serrano, México, D.F., 19 mar. 1993.

190. Entrevista con Gustavo Díaz Ordaz Borja, México, D.F., 29 ago. 1995.

191. Garibay, *Cómo se gana la vida*, p. 277.

192. *Proceso* (México), n.º 24, 16 abr. 1977, pp. 6-7.

193. Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, «Ya vienen por mí», en Álvarez Garín, Guevara Niebla *et al., Pensar el 68,* p. 195.

194. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, pp. 106-118.

195. Ibíd., p. 91.

196. Roberta Avendaño, «la Tita», «La patria que no cambió», en Álvarez Garín, Guevara Niebla *et al., Pensar el 68*, p. 191.

197. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco,* p. 42.

VI
Luis Echeverría
El predicador



Anónimo, *El presidente de México Luis Echeverría Álvarez*, 6 de noviembre de 1976, fotografía. Id. 967 © Archivo Procesofoto.

Momax (Zacatecas), mayo de 1970. El candidato del PRI a la presidencia de la República avanza vertiginosamente hacia la ruptura de todos los récords de campaña: 56.150 kilómetros recorridos, centenares de discursos pronunciados y, sobre todo, otorgamiento de promesas, miles de promesas. Como si el voto popular contara para algo, como si el resultado de las elecciones no estuviese decidido de antemano, como si dispusiera de todos los recursos económicos, en cada pequeño pueblo se compromete, igual que ahora en Momax: «Si el voto popular me lleva a la presidencia, abriré aquí, en Momax, una carretera». En otros sitios ha vislumbrado futuros hospitales, tierras, agua, centros turísticos, industrias, escuelas, pavimentación, los mil y un productos de la oferta estatal. Minutos antes de que arribara la comitiva, el famoso actor de películas rancheras, Tony Aguilar, había instruido perentoriamente a los cientos de campesinos acarreados al lugar para que aplaudieran y vitorearan a «nuestro candidato» cuando él, Aguilar, les diera las señales respectivas con su sombrero de charro. «¿Ya me entendieron?», les repetía. A través de los megáfonos, se escuchaba un corrido compuesto para la ocasión:

¡Que viva, que viva Echeverría,
Es el grito justiciero de la gente!

La caravana de autobuses recorría el intrincado territorio palmo a palmo. Había grandes empresarios, como Carlos Trouyet, líderes obreros como el imprescindible Fidel Velázquez, periodistas, políticos jóvenes y viejos que suspiraban por un puesto en la siguiente administración; pero la presencia más notable era la de maestros universitarios, intelectuales y algunos estudiantes: los agraviados del 68.

Echeverría proyectaba una imagen de inaudita fuerza. Parecía un *tlatoani* poderoso que disfrutaba inmensamente de

su poder. Sin perder un ápice de la gravedad de su investidura, ídolo de bronce, reía a carcajadas y palmeaba en la espalda a sus invitados. A todos los conocía por su nombre, apellido y trayectoria. Ésa había sido una de sus funciones en la Secretaría de Gobernación, donde había empeñado los últimos doce años de su vida a las órdenes de Díaz Ordaz. En cambio, ellos, sus invitados, no lo conocían de verdad. Nadie lo conocía. Ésa había sido también una de sus funciones.

Había entrado a la administración pública en 1946, a los veinticuatro años de edad, en el instante mismo en que Alemán establecía las bases empresariales del sistema, pero pertenecía a la generación siguiente de Alemán. Sin pena ni gloria había terminado su carrera de abogado. Sin refinamiento, pasión ni aptitud para la literatura, había intentado fugazmente el camino intelectual y periodístico. Su mayor aventura había sido un viaje de estudios por Chile y Argentina con su amigo José López Portillo. Esa experiencia y la frecuentación de don Isidro Fabela habían abierto en él algunas ventanas al mundo, que aprovechó para escribir una tesis sobre la Sociedad de Naciones. Su horizonte ideológico era el México cardenista: hosco, orgulloso, socializante, nacionalista. De joven había sido miembro de la Universidad Obrera de Lombardo. Admiraba con fervor a los muralistas (en casa de Diego y Frida conoció a Esther Zuno, la hija del poderoso cacique de Jalisco, con la que contrajo matrimonio siendo todavía estudiante de leyes). Vivía en un museo de figuras revolucionarias, pero en un museo viviente.

Una de esas figuras, el general Rodolfo Sánchez Taboada (presidente del PRI entre 1946 y 1952), lo nombra su secretario particular.[1] Allí permanece ocho años, obedeciendo las ásperas órdenes de aquel general que le enseña todas las mañas de la política mexicana, sobre todo una: «en política,

licenciado, nunca se deje usted tomar la medida». El PRI es su verdadera escuela. Entre 1954 y 1958 ocupa el cargo de oficial mayor en la conflictiva Secretaría de Educación, donde muestra buenas dotes negociadoras. Díaz Ordaz le echa ojo y lo nombra subsecretario de Gobernación en 1958, secretario de la misma dependencia en 1964 y presidente de México para el sexenio 1970-1976.

Sus cuatro antecesores en el sistema político (de Alemán a Díaz Ordaz) habían tenido experiencia en uno o varios de los ámbitos siguientes: política local y estatal, poder legislativo estatal y federal, poder judicial, puestos académicos, práctica profesional del derecho, negocios, oratoria, política estudiantil y hasta práctica militar. Aquel hombre de pequeños ojos inquisitivos, orientales, a quien aplaudían los campesinos de Momax, desconocía todos esos ámbitos pero era un experto consumado en el propio, la política «maniobrera».

«Creí que lo conocía, pero me equivoqué», decía Díaz Ordaz. Había sido tan callado, tan leal, tan «entrón», que no había tenido tiempo o forma de conocerlo.

Patriarca de una gran familia, dueño de una casa de estilo colonial donde se practicaban todas las rústicas virtudes mexicanas (doña Esther tenía una granja y dirigía un grupo de baile folclórico), rodeado de objetos alusivos a Juárez (amigo de sus antepasados), todo en su vida parecía minuciosamente planeado para ser (y parecer) el mexicano ejemplar, el hombre salido de un manual de historia patria o de un mural de Diego Rivera. Un místico laico. Nadador, tenista, golfista madrugador, trabajador incansable todo el día, amigo generoso del gran poeta español León Felipe los fines de semana… ¿Qué más se podía pedir? El «tapado» perfecto.

Desde un principio, Echeverría se propuso introducir un cambio radical en el rumbo histórico del país.[2] Nuevo Cárdenas, volvería a los orígenes nacionalistas, campesinos, justicieros, de la Revolución (los suyos propios en su juventud); pero al mismo tiempo les infundiría el nuevo contenido ideológico que desde los años sesenta habían formulado sus coetáneos intelectuales de izquierda, los maestros universitarios que integraban aquella generación de Medio Siglo educada en el marxismo académico francés. Echeverría subrayaba su filiación al grupo, hablaba de «esta generación en cuyo nombre hemos llegado a la presidencia».

Para lograr sus fines, no vaciló en replantear por entero el esquema económico de México y repudiar el «desarrollo estabilizador»: «alentar las tendencias conservadoras que han surgido de un largo periodo de estabilidad, equivaldría a negar la herencia del pasado». Al ver destruida la obra económica de su generación y la suya propia, construida pacientemente por doce años, Ortiz Mena recordaba las inútiles clases de economía que había impartido a Echeverría en tiempos de Díaz Ordaz. «No le entraba»; no por casualidad había suspendido la asignatura de derecho mercantil.[3]

Con todo, el programa de Echeverría no era un anacronismo ni el objetivo de su política social era erróneo. El abandono del campo y la mala distribución del ingreso constituían la otra cara, lamentable, del «milagro mexicano». Había que corregirlos, y el camino de moda era la aplicación de los métodos recomendados por la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina). Grandes economistas y sociólogos latinoamericanos habían discurrido cierta aplicación de la teoría marxista a la realidad internacional y, en particular, latinoamericana: la teoría de la dependencia. Echeverría asimilaría esas ideas como una religión.

Coincidiendo con su arribo al poder, un experimento mucho más radical, el de Allende, se iniciaba en Chile. México lo acompañaría de cerca en el camino.

Pero, más allá de sus propósitos declarados —que Echeverría asumía sin cinismo, con verdadera convicción—, su designio era esencialmente alemanista. Quería preservar el sistema político del que era hijo. Para ello había que subir (o volver a subir) al «carro de la Revolución» a los sectores agraviados del movimiento estudiantil. A esa política de neutralización de los impulsos democráticos del 68 se le llamó —orwellianamente— «apertura democrática».

Con los maestros universitarios pertenecientes a su propia generación, la operación integradora resultó sencilla. Muchos de ellos —Horacio Flores de la Peña, Porfirio Muñoz Ledo, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, entre varios otros— se incorporarían al gabinete de Echeverría u ocuparían puestos importantes en empresas u organismos del sector público. Otros trabajarían como asesores del presidente y estarían permanentemente a sueldo (Ricardo Garibay, aquel escritor pagado por Díaz Ordaz que conocía a Echeverría desde tiempos inmemoriales, recibía, según su propia confesión, 80.000 pesos o 6.500 dólares al mes). Uno de los caudillos intelectuales de la generación, el sociólogo Pablo González Casanova, autor del fundamental análisis crítico *La democracia en México* (1965), sucedería en la rectoría de la UNAM a Barros Sierra que, enfermo de cáncer, moriría en agosto de 1971. El más famoso de los miembros de la generación, el escritor Carlos Fuentes, se convirtió desde mediados de 1971 en un ideólogo y defensor activo del régimen echeverrista, y en 1975 aceptó la embajada en París.

Con los jóvenes de la generación del 68 la maniobra era más difícil y, en numerosos casos, imposible. Muchos habían

optado por la guerrilla urbana y operaban secuestrando y asesinando empresarios y políticos en Monterrey, Guadalajara y el Distrito Federal. Algunos pertenecían a la llamada Liga 23 de Septiembre, nombrada así en recuerdo del frustrado asalto al cuartel Madera por los hermanos Gámiz en Chihuahua, en 1965. Pero había otros focos armados. Con ellos no habría «apertura» sino el «palo» de siempre: entre 1970 y 1976 México viviría un capítulo sordo y mal documentado de la misma «guerra sucia» que en otros países de América Latina provocó el enfrentamiento de la generación de los sesenta con el poder público y el ejército.

A aquellos que preferían la vía pacífica, el gobierno les haría una oferta múltiple (puestos, privilegios, empleos, retórica revolucionaria, cardenista, tercermundista, socialista), un «pan» difícil de resistir. El primer acto sustantivo, en los primeros meses de 1971, fue la amnistía a los líderes del 68 —estudiantes y maestros— y a los demás presos políticos (incluyendo a Campa y Vallejo). Luego, a lo largo de todo el sexenio, el gobierno aumentaría de manera constante los subsidios a las universidades e institutos técnicos de la capital y la provincia, a los que se incorporarían a trabajar muchos jóvenes del 68. En el caso especial de la UNAM —según cálculos de Gabriel Zaid—, el presupuesto crecería el 1.688 por ciento entre 1968 y 1978. Si no aceptaban un empleo académico, los jóvenes podían acogerse al árbol cada vez más frondoso del sector público, cuya tasa de empleo crecería de 600.000 personas en 1970 a 2.2 millones en 1976 (el 28 por ciento anual, veinte veces mayor al del resto del país). Aunque la inmensa mayoría de los líderes del 68 trató de volver a la vida activa en zonas de relativa independencia (las embrionarias organizaciones políticas de izquierda que encabezaba el indomable Heberto Castillo, las instituciones académicas o un periodismo de izquierda que se fortalecía al

calor de la «apertura democrática»), pocos pudieron sobrevivir fuera del presupuesto.

Nunca, ni en tiempos de Alemán, el gabinete se había compuesto con una proporción tan alta de egresados de la UNAM (78 por ciento). El gobierno presumía del porcentaje de universitarios con doctorados (16 por ciento) y maestrías (7 por ciento) que colaboraban con él. Ni siquiera faltó el maestro de economía, simpatizante activo del movimiento, que tras sufrir en carne propia la inquina de Díaz Ordaz (fue virtualmente cesado de un cargo técnico que desempeñaba en la Secretaría de la Presidencia) se convertiría a los treinta años de edad en director del Fondo de Cultura Económica y uno de los gurús económicos del gobierno: Francisco Javier Alejo López.

En círculos intelectuales, su nombramiento no causó indignación. Después de todo, Echeverría no era Díaz Ordaz. Representaba la ideología progresista que los intelectuales comprometidos habían formulado para México a raíz del triunfo de Castro: un Estado cada vez más fuerte, una iniciativa privada cada vez más acotada, el fin de los líderes charros, las inversiones para el campo, el sano alejamiento frente a los Estados Unidos: «… el socialismo mexicano», escribiría Carlos Fuentes en 1973, «será resultado de un proceso de contradicción … de enfrentamiento entre la nación y el imperialismo, entre los trabajadores y los capitalistas. Marx previó todo eso». Dos años antes, en 1971, se había convencido —como muchos otros intelectuales— de que Echeverría luchaba contra los misteriosos «diazordacistas», los «emisarios del pasado», incrustados en su mismísimo círculo de poder. Había que estar con él. «Echeverría o el fascismo», exclamaba el gran editor Fernando Benítez. Según Fuentes, no apoyar a Echeverría equivalía a cometer «un crimen histórico».

«El único criminal histórico de México es Luis Echeverría», escribió entonces Zaid, y envió su texto a *La Cultura en México*, suplemento cultural de la revista *Siempre!* El director, Carlos Monsiváis, consultó con el director general de la revista (José Pagés Llergo) la publicación de esa línea y Pagés se negó con las palabras sacrosantas: «… ni contra el presidente, ni contra la Virgen de Guadalupe».[4] Zaid dejó de colaborar en *Siempre!* y concentró su actividad intelectual en la nueva revista *Plural*, que acababa de fundar Octavio Paz bajo el paraguas protector del diario *Excélsior*. En aquel periódico se estaba produciendo un milagro: dirigido desde agosto de 1968 por Julio Scherer García, *Excélsior* ejercía la libertad de prensa en un grado que no se veía en México desde los tiempos remotísimos de Madero. En *Plural*, Paz y un grupo de escritores no apoyaban al régimen: ejercían la crítica independiente.

A sus cincuenta y seis años de edad, Paz había regresado a México después de una larga ausencia de más de una década. Tras renunciar a la embajada en la India, había pasado un largo periodo de reflexión en la Universidad de Austin, donde escribió un verdadero manifiesto de radicalidad democrática: *Posdata*. «Cualquier enmienda o transformación que se intente», escribió, «exige, ante todo y como condición previa, la reforma democrática del régimen.» Paz veía el 68 como un parteaguas histórico. Desde el legado libertario de ese año, equiparaba al PRI con las estructuras petrificadas del comunismo soviético y lo criticaba por «perpetuar un régimen de transición y de excepción»: «en México no hay más dictadura que la del PRI y no hay más peligro de anarquía que el que provoca la antinatural prolongación de su monopolio político».

Si Tlatelolco había sido el lugar histórico de una regresión

sacrificial, el PRI era «una verdadera pirámide». Contra esa proyección mítica del poder en la mentalidad mexicana había que empuñar las armas de la crítica, «que es el aprendizaje de la imaginación en su segunda vuelta, la imaginación curada de fantasía y decidida a afrontar la realidad del mundo».[5]

Muchos jóvenes a quienes Paz llamó «apasionados y terribles» no creían en las armas de la crítica sino en la crítica de las armas. Eran impacientes y se sentían heridos. No querían remedios contra la fantasía; querían un sueño de venganza, heroísmo y revolución. Paz, que en la «primera vuelta» de su imaginación, en su juventud, había albergado los mismos sueños, los desilusionaba. Hubieran querido que llegara a encabezar un movimiento de masas o al menos un partido de izquierda. Él tenía en mente una enmienda intelectual y moral de México; a ella contribuiría como escritor y editor independiente, poniendo en tela de juicio la pirámide del poder, y también «las tendencias autoritarias de la tradición revolucionaria, especialmente de su rama marxista».

Si Zaid llamaba «criminal histórico» a Echeverría, no era sólo por su activa complicidad en el 2 de octubre de 1968 sino por su nunca aclarada intervención en una nueva matanza, especie de *replay* de Tlatelolco, que ocurrió el jueves de Corpus de 1971.[6] Acababan de excarcelar a los líderes del 68 y éstos, para demostrar que seguían en pie de lucha, habían convocado a una manifestación que partiría del Casco de Santo Tomás, en el Politécnico. Para sorpresa general, los esperaba una auténtica emboscada.

Los hechos ocurrieron el 10 de junio por la tarde. Grupos de jóvenes armados con grandes varillas (típicas del arte marcial de *kendo)* se abalanzan sobre la pacífica marcha golpeando y apresando estudiantes. Los llevan a una calzada

paralela, donde a golpes de macana y cachazos los meten en vehículos policiacos camuflados como coches privados y hasta en ambulancias empleadas para el mismo objeto. En la operación no sólo participan provocadores de sexo masculino: también hay muchachas que sirven de «gancho» para atraer a los estudiantes a los vehículos. Desde la azotea de una vecindad, donde una familia de maestros les ha ofrecido refugio, dos jóvenes amigos atestiguan la escena:



Anónimo, *El presidente de México Luis Echeverría Álvarez*, 6 de noviembre de 1976, fotografía. Id. 978 © Archivo Procesofoto.

«Una nueva oleada de "garroteros" se agrupa sobre la calzada … y parte a un trote marcial, colectivo, voceando "Arriba el 'Che' Guevara" y corean sus voces. Pasan frente a nosotros, traen garrotes amarillos idénticos en una mano y piedras en la otra, llegan frente a los tanques antimotines que han quedado estacionados al principio de la calzada … y ahí reinician sus gritos "'Che' Guevara", al tiempo que lanzan piedras contra los cristales de un comercio».

A todas luces se trataba de un cuerpo de provocadores adiestrado para pasar por estudiantes. El batallón Olimpia redivivo. Corrió el rumor de que las casas serían cateadas, como en Tlatelolco. De pronto, «un muchacho como de trece años llega diciendo que un doctor vecino … está como loco: "dice que hay como doscientos muertos, que unos de bayoneta"». Los jóvenes deciden subir a un camión de línea. «Si los detienen, digan que viven aquí», apunta el profesor. En el camión ven caras abotagadas, aterradas, ojos atónitos, ropas pringadas de sangre. El gesto seguro de un «garrotero» golpea el autobús dándole el «siga». Atrás ha quedado el ir y venir de ambulancias, el estruendo de los disparos. Al día siguiente los jóvenes se enteraron de que los garroteros habían entrado al hospital Rubén Leñero y a la Cruz Verde a «rematar» en sus lechos a los estudiantes heridos.[7]

Nadie supo cuántos murieron aquel «jueves de Corpus». Esa misma noche, el presidente Echeverría apareció en televisión y dijo que ordenaría una inmediata investigación de lo ocurrido, «caiga quien caiga».[8] El 11 de junio los periódicos de la ciudad, sin excepciones, vivieron un fugaz momento de libertad absoluta: informaron de los hechos con veracidad e indignación. El grupo paramilitar que había intervenido era conocido como los Halcones. A los pocos días, dos altos funcionarios renunciaban a sus puestos: el regente del

Departamento del Distrito Federal, Alfonso Martínez Domínguez, y el jefe de la Policía, Rogelio Flores Curiel. La investigación prometida nunca llegó. Pero buena parte de la opinión pública y, por supuesto, los intelectuales integrados en el gobierno tomaron como buena la versión de que el crimen había sido una trampa tendida contra el presidente progresista por los «emisarios del pasado» que se hallaban dentro de su propio régimen. Al apartarlos del sistema, se había librado de ellos, y de la estela del 68.

Gabriel Zaid dudó de la versión oficial y publicó en *Plural* una carta abierta a Carlos Fuentes en la que lo instaba a dar a Echeverría un plazo para hacer pública la investigación, cumplido el cual le retiraría su apoyo. Lo importante en términos democráticos —argumentaba Zaid— era afianzar el pequeño poder de los intelectuales frente al gran poder del presidente. Fuentes desechó la oferta.

Un viejo intelectual afianzaba semana a semana su pequeño poder: Daniel Cosío Villegas. Echeverría trató de ganárselo a toda costa. En noviembre de 1971, le dio el Premio Nacional de Letras. Cosío, que acababa de completar el último volumen de los diez que componían su magna *Historia moderna de México,* aceptó el reconocimiento por «la única razón» de que en México «se comenzaba a respirar un clima de libertad política». Acogido a esa libertad y ensanchándola, Cosío publicaba sus artículos en *Excélsior.*

Echeverría lo desconcertaba. Su dedicación al campo le parecía tan admirable como su energía: «… el presidente confunde el sexenio con un semestre». Observándolo con curiosidad científica, y publicando sus hallazgos como nadie se había atrevido a hacerlo desde el tiempo de los liberales, Cosío llegó a la conclusión de que Echeverría era un «predicador»: padecía una suerte de incontinencia verbal,

tenía una necesidad «casi fisiológica» de hablar *urbi et orbi.* De los valores de renovación que lo impulsaban no le cabía duda. Eran sus medios los que podrían llevar al país al desastre.

El viejo liberal, cuyo propósito político era poner *muros de contención* al poder presidencial, comenzó a ver con creciente preocupación las desmesuras verbales y prácticas del «predicador». Luego de declarar repetidamente que sólo viajaría por el país, Echeverría comenzó a retomar el camino de López Mateos y no lo dejó hasta que terminó el sexenio. En Chile fue más allendista que Allende, a Japón llevó una inmensa comitiva para gestionar, supuestamente, la apertura comercial de México. Con el mismo boato ejerció el turismo revolucionario por Gran Bretaña, Francia, Bélgica, la URSS, China, Alemania Oriental, Italia, el Vaticano, etcétera. Se trataba de «una empresa cansada y dispendiosa», apuntaba Cosío Villegas; movido por su marcada «inclinación egocéntrica», el presidente buscaba su «consagración internacional». A principios de 1973, Cosío describía a Echeverría como un caso incorregible de locuacidad, monomanía y desequilibrio: «Echeverría cree que su voz será escuchada y atendida por todos los mexicanos, desde luego, pero también por los grandes monarcas y los poderosos jefes del universo».[9]

Una vez más salía a relucir el profeta en don Daniel: con el tiempo, el presidente enviaría a su ministro de Relaciones Exteriores para «arreglar» el conflicto entre árabes e israelíes, intentaría encabezar a los países del Tercer Mundo, dictaría una Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados, buscaría el Premio Nobel de la Paz (estableciendo vínculos con su gran rival, la mismísima Madre Teresa, para que se sirviera apoyarlo, cosa que la Madre hizo con ejemplar

caridad)[10] y, como broche de oro, anunció que al término de su presidencia estaría «a disposición de los Estados miembros de las Naciones Unidas que expresen su deseo de confiarme el cargo de secretario general de las Naciones Unidas». Ni Alemán se había atrevido a tanto.

Su prédica no logró la paz en Medio Oriente, ni la independencia del Tercer Mundo, ni la cooperación económica entre las naciones que ingratamente le negaron esa especie de presidencia del mundo que es la dirección de la ONU. Pero al erario de México el tercermundismo echeverrista le salió muy caro. Era lo de menos, porque en el concepto económico del presidente el erario estaba para servir a la Revolución… según Luis Echeverría.

Si había dinero, había que gastarlo, y si no lo había, había que imprimirlo o pedirlo prestado. ¿Para qué otra cosa podía servir el crédito acumulado por el «desarrollo estabilizador»? Gastar era sinónimo de invertir, y ambas operaciones parecían buenas y productivas en sí mismas. Todos sus proyectos adquirían proporciones inmensas. Alguna vez, su secretario de Agricultura sugirió que los girasoles eran más productivos que el maíz. Adrián Lajous recordaría la emblemática escena que siguió, una de tantas que se repetirían diariamente en el sexenio:

«Echeverría dijo: "¿Y por qué veinte? ¿Por qué no cuarenta?" Lo duplicó así, automáticamente, sin saber nada de girasoles, sin darse cuenta ni reparar en el hecho de que tampoco los campesinos sabían nada. Y por supuesto, el resultado fue que no cosecharon nada. Sembraron a destiempo y para cuando quisieron cosechar, las semillas ya se habían caído … Echeverría declaró en ese tiempo: "En cinco años haremos lo que no se ha hecho en cincuenta". Creía sinceramente que un país podía desarrollarse gastando

mucho dinero».[11]

El secretario de Hacienda, Hugo Margáin, tenía un concepto distinto. Tiempo después reconstruía el episodio que lo llevó a la renuncia: «Yo le dije: "Bueno, hay algunas reglas que deben tomarse en cuenta, señor presidente. La deuda interna y la deuda externa tienen un límite. Y ya llegamos al límite"». Aquella primavera de 1973, Luis Echeverría aceptó la renuncia de Margáin (lo designó embajador en Gran Bretaña)[12] y le encomendó el puesto a su amigo del alma, José López Portillo (un hombre con poca experiencia económica y política); al año siguiente nombró subsecretario al joven neokeynesiano Francisco Javier Alejo López, poniendo en sus manos buena parte de la política económica del régimen, e hizo una declaración verdaderamente histórica: «A partir de este momento, las finanzas se manejan desde Los Pinos».

Jamás había ocurrido algo semejante. Díaz había respetado religiosamente a sus ministros Dublán y Limantour. Todos los gobiernos revolucionarios, sin excepción, habían seguido la regla, no sólo con la Secretaría de Hacienda sino, a partir de 1925, con el Banco de México. Pero Echeverría tenía que cubrir la inmensa emisión de promesas y esperanzas que había lanzado por todo el país a partir de su campaña. Era su manera de neutralizar al 68, de integrarlo, de erigirse él mismo en un revolucionario más radical que los jóvenes, y de dejar atrás su propia responsabilidad en el 68.[13]

Desde su página en *Excélsior*, Cosío Villegas denunciaba que el presidente había perdido toda noción de grado y rumbo en su manejo de la economía. Al principio del sexenio había atizado el fuego demagógico contra el «charro» Fidel Velázquez, con la natural consecuencia de afianzar el poder del viejo líder: mostrando los límites de su subordinación,

«don Fidel» se apoyó en su base obrera y logró aumentos de salarios que alimentaron una inflación desconocida en México desde hacía décadas.[14] A lo largo del sexenio, Echeverría apuntó sus baterías contra los empresarios («riquillos», les dijo en un mensaje del primero de septiembre), logrando que éstos cerraran filas en una nueva agrupación cupular (el Consejo Coordinador Empresarial), exportaran capitales, aplazaran inversiones, subieran precios y atizaran igualmente la inflación. «Nada me apesadumbra tanto», apuntaba Cosío, «como el temor de que nuestro presidente no aprecie bien que al consentir y aun alentar la inflación, él mismo está cavando la sepultura del más alto de sus propósitos, el de una repartición equitativa del ingreso.»[15]

Se produjeron innumerables casos de inconsistencia, contradicción e inconsciencia. La inversión extranjera no fue sólo desalentada sino repudiada; se anunció el fin del proteccionismo y se protegió como nunca el mercado interno; se fletaban costosas comitivas para «regañar a media humanidad» leyéndole la cartilla de sus deberes económicos, cuando ésa era «precisamente la media humanidad invitada oficialmente a prestarnos dinero». Se produjeron infinitos casos risibles, como la amenazante exigencia de Echeverría a los directivos de Coca-Cola para que le cedieran la fórmula de su refresco,[16] o la ocurrencia genial de convocar un concurso para que los mexicanos inventaran un cochecito eléctrico que sustituyera a los coches convencionales movidos por gasolina.

Alguien recordó entonces, que si Kafka viviera en México, sería un escritor costumbrista. El presidente presidía decenas de reuniones diarias en las que movilizaba a Los Pinos cientos de personas. A menudo practicaba la omnipresencia: circulaba de manera rotatoria en varias reuniones. Sorprendía a todos por la extraña capacidad de permanecer sentado

cinco, diez horas, sin ir al baño. Chequera en mano (literalmente), el presidente viajaba repartiendo dinero, promesas de dinero, o iniciando proyectos de redención campesina que supuestamente se pagarían solos. Un ejemplo entre miles: en la costa de Nayarit planeó complejos turísticos, industrias ejidales, escuelas e institutos de capacitación, centros de recreación, parques históricos, todo a cargo de uno de los innumerables fideicomisos creados en el sexenio: Bahía de Banderas. Los recursos se obtuvieron con cargo a la deuda externa; unos se invirtieron de manera improductiva y otros, sencillamente, se «esfumaron» por la vía de la corrupción.

En cimientos de todos los males estaban las «llagas políticas» que Cosío Villegas había diagnosticado desde los albores del alemanismo. Pero Echeverría las había ahondado: «El mal de derrochar a manos llenas el dinero público tiene raíces … hondas, la principal de las cuales es, por supuesto, el carácter de monarquía absoluta que tiene nuestro gobierno».[17]

Gabriel Zaid señaló al final del sexenio una cruel paradoja. El «nuevo Cárdenas» terminaba su gestión como un nuevo Alemán: había buscado el Premio Nobel, había maniobrado para su reelección, había amasado una fortuna, pero por encima de todo había culminado el sueño alemanista de llevar al poder no a unos cuantos compañeros de banca sino a toda la clase universitaria.

El primero de septiembre de 1973, Echeverría hizo una referencia despectiva a los «solitarios de gabinete» que, por «ganarse un salario» y «frente a una maquinilla de escribir», formulaban «sin reflexión cualquier crítica que se traduce … en denuesto». Sintiéndose aludido, Cosío Villegas defendió desde su tribuna editorial el derecho de un escritor a disentir del poder. A principios de 1974 comenzó a circular

profusamente un libelo de autor anónimo que difamaba a Cosío Villegas bajo el título de *Danny, discípulo del Tío Sam*. En él se le pintaba como un vividor, explotador de braceros, cronista de burdeles parisinos, comunista convencido y —desafiando la lógica— servidor a sueldo de los norteamericanos.[18] *A government's job,* comentó a Cosío un corresponsal del *Washington Post*. En carta privada, Cosío pidió al presidente que se disociara en público de esa vileza, a lo que el presidente respondió con la cortesía privada de invitarlo a comer.

Cosío, que no se llamaba a engaño, «en la soledad de su gabinete» escribió un pequeño libro que se convertiría en un *best-seller* instantáneo. Saldría a la luz en agosto de 1974 y se titularía *El estilo personal de gobernar*. En él desarrollaba una tesis a un tiempo sencilla y novedosa: en México, y para desgracia de México, la biografía presidencial se volvía destino nacional. Su examen del desempeño echeverrista movía a risa, pero lo cómico no estaba en el autor, que «por lo general se limitaba a la reticencia», sino en los dichos y hechos del presidente, que ya eran materia de chiste en la calle.[19] La moraleja del libro era definitiva. Echeverría predicaba la crítica, la autocrítica y el diálogo, pero «no está constituido física y mentalmente para el diálogo, sino para el monólogo; no para conversar, sino para predicar».[20]

Cosío Villegas murió el 10 de marzo de 1976. «¿Ha visto usted el nivel de la deuda externa?», comentó a un discípulo que lo frecuentaba. «Llega casi a los 26 mil millones de dólares. Ya nos llevó la chingada.»[21]

No era el único de los grandes viejos que pensaba así. Poco antes de morir, el 19 de octubre de 1970, Cárdenas había dejado un conmovedor testamento político en el que señalaba las desviaciones del programa revolucionario original y

recobraba, por cuenta propia, el legado maderista: a sesenta años del comienzo de la Revolución, había que «completar la no reelección en los cargos de elección popular con la efectividad del sufragio». Se cuenta que, a la muerte de Cárdenas, en varios pueblos de la meseta tarasca se llevaron a cabo ritos mágicos en un intento por resucitar al llorado protector. Cárdenas había sido canonizado: en muchas casas, los campesinos mantenían altares con fotos de él y veladoras encendidas para que los protegiese desde el otro mundo. «No los olvidaré», había escrito en sus apuntes, una mañana de 1934. Ellos, a su vez, no lo olvidaron. «Al menos tiempo tengo para darles.» Ellos, año tras año, se lo devolverían como una ofrenda.[22]

Aislado del mundo y hasta de su propia familia, viendo las persianas como barrotes de un calabozo, sumido en una honda depresión, don Adolfo Ruiz Cortines murió en 1973 en su amado puerto de Veracruz. Había dejado una pequeña fundación para jóvenes veracruzanos, setecientos libros, un viejo ropero y un ambiente de humildad. «No abusamos del poder, pero no hicimos todo lo que debimos», comentaba en sus últimos días a Julio Scherer, quien, en broma, le dijo que al menos, como expresidente, no tenía que «tragar sapos».[23] «Se equivoca usted porque no sabe de esto», le replicó Ruiz Cortines, y agregó que entre los políticos «había dos tipos de comensales: los que disfrutaban su ración de sapos, y los que la tragaban con repugnancia y a solas hacían esfuerzos por vomitar … Quedamos pocos. Viejo como estoy, hago por vomitar. Ni la vejez puede con la política. Sólo la muerte la vence.»

Lombardo había muerto en 1968, pensando que la CIA era la responsable de la masacre en Tlatelolco. Cuatro años más tarde moriría su amigo de juventud, Manuel Gómez Morin.

Lamentaba inmensamente la desdicha de México. Consideraba que su partido, el PAN, no «había resultado lo que él esperaba».[24] Tan grande era, en efecto, el desánimo del PAN luego de casi treinta y cinco años de «bregar eternidades», y tan insignificantes eran los avances de la nueva reforma política introducida por Echeverría en 1973, que el PAN decidió abstenerse de presentar candidato presidencial en 1976.

A mediados de 1976, el fracaso del experimento populista era claro: el peso se desplomaría al final del sexenio de 12.50 a casi 25 pesos el dólar; la deuda externa se había triplicado (de 8.000 a casi 26.000 millones de dólares) y el salario real, comparado con los años del «desarrollo estabilizador», había caído a la mitad. En *Plural*, Gabriel Zaid escribía: «… se optó por un keynesianismo inocente, digno de muchachos pasantes de economía, entusiasmados por la oportunidad de jugar al aprendiz de brujo; multiplicar milagrosamente los panes, desbocando el gasto público».

Un logro sí parecía real y tangible: lo que Cosío Villegas llamó (a despecho de los ataques que había recibido) el «resurgimiento de una vida pública más abierta y democrática». Por desgracia, a cuatro meses escasos de la muerte de Cosío Villegas, en julio de 1976, el presidente Echeverría orquestó un golpe de mano contra la dirección del periódico *Excélsior*.[25] Cuando el director, Julio Scherer, fue desalojado violentamente, gran parte de los colaboradores y la planta completa de la revista *Plural,* entonces dirigida por Octavio Paz y asociada a *Excélsior*, abandonaron el edificio y la revista en solidaridad con él. En noviembre de 1976, Scherer y su grupo fundaron la revista *Proceso*. Poco después, Paz y el suyo fundaron *Vuelta*. Ambas revistas independientes estaban destinadas a perdurar.

Ominosamente, el golpe a *Excélsior* arrojaba una luz retrospectiva sobre el pasado inmediato y aclaraba la verdadera naturaleza de la «apertura democrática». Echeverría había tratado de «apoderarse» del movimiento estudiantil, de ser él mismo el más fervoroso de sus predicadores, de llevar la antorcha del cambio social al campo de México, a todo México, a América Latina, al Tercer Mundo, al segundo, al primero, a las Naciones Unidas, a las naciones todas. Al ver que la terca realidad no respondía a sus prédicas, se sintió amenazado, incomprendido, y se lanzó contra sus críticos.

En 1974 le tocó el turno a Cosío Villegas. En 1975 les tocó a los mismos estudiantes, a quienes temerariamente visitó y arengó en un auditorio de la UNAM. Iba a ser el momento culminante de su sexenio, el acto mágico que lo liberaría de toda responsabilidad en el 68. Para eso había recorrido el mundo, para eso había gastado miles de millones de dólares. Sentía merecerlo: ¿no había apoyado a Allende, emulado a Cárdenas, visitado a Castro? ¿No había sido el más revolucionario de los presidentes? Pero los ingratos estudiantes lo recibieron con insultos; alguien le arrojó una pedrada, como a Moctezuma. «¡Jóvenes fascistas, jóvenes manipulados por la CIA!», exclamaba, mientras sus ayudantes lo empujaban afuera del recinto para introducirlo en un coche y salvarlo milagrosamente de un peligro inminente.

Años después, la revista *Proceso* publicaba un espeluznante reportaje en el que Alfonso Martínez Domínguez narraba a Heberto Castillo su versión de la matanza del 10 de junio. Echeverría había planeado con todo cuidado la operación para echarle la culpa a él y desembarazarse así del legado del 68. «Sin soltarme, oprimiendo mi quijada», narraba Martínez Domínguez, con los ojos húmedos, «me dijo: "Alfonso, vaya usted a su hogar, reúna a su esposa y a sus hijos y dígales que

va usted a servir al presidente de la República. Dígales que ha renunciado usted al cargo de jefe del Departamento del Distrito Federal".» Con el tiempo, *Proceso* descubriría otros actos de premeditación urdidos por Echeverría, entre ellos un boicot de anunciantes de la iniciativa privada maquinado por él para arrojar a *Excélsior* en los brazos del gobierno, que «heroicamente» lo salvaría del desastre económico en aras, claro está, de la libertad de expresión. Pero como *Excélsior* no bajó la guardia y siguió ejerciendo la libertad sin cortapisas, el presidente propició el golpe final contra su director.

Con ese único acto destruyó lo poco que quedaba de su obra y arrojó una inmensa nube de sospecha, de justificada sospecha, sobre su verdadera responsabilidad en lo sucedido en 1968. Porque si era capaz de llegar a esos extremos maquiavélicos en la «apertura democrática», ¿qué no habría deslizado al oído del que fuera su jefe durante tantos años, el presidente Gustavo Díaz Ordaz, que no lo conocía, pero a quien él conocía al dedillo?

NOTAS

1. Entrevista con Ernesto P. Uruchurtu, México, D.F., nov. 1993.

2. José Agustín, *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982* (México, 1994), pp. 7-58.

3. Entrevista con Antonio Ortiz Mena, México, D.F., feb. 1994, oct. 1995.

4. Entrevista con Carlos Monsiváis, México, D.F., sept. 1995.

5. Octavio Paz, *Posdata* (México, 1970), pp. 57, 74, 148.

6. Gabriel Zaid, «Carta a Carlos Fuentes», en *Cómo leer en bicicleta* (México, 1986).

7. Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín, «La saña y el terror», en *Siempre!*, México, 30 jun. 1971.

8. Heberto Castillo *et al.*, *La investigación* (México, 1981), pp. 71-86.

9. Daniel Cosío Villegas, «L.E. Divagar entre las naciones», en *Excélsior* (México), 24 mar. 1973.

10. Testimonio de Fausto Zerón Medina.

11. Entrevista con José Ángel Gurría, Adrián Lajous, José Andrés de Oteyza, Jesús Silva Herzog y otros, en *Mexico: From Boom to Bust, 1940-1982,* entrevista televisiva

en 3 partes, WGBH, 23 nov. 1988, segunda parte.

12. Idem.

13. Gabriel Zaid, *La economía presidencial* (México, 1987), pp. 11-30.

14. Ibíd., pp. 37-38.

15. Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual* (México, 1980), p. 258.

16. *Proceso* (México), 2 oct. 1995.

17. Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual,* pp. 257-262.

18. Ibíd., p. 259.

19. Zaid, «Anacrónico y hasta impertinente», en *Cómo leer en bicicleta.*

20. Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar* (México, 1974), p. 125.

21. Entrevista con Daniel Cosío Villegas, México, D.F., feb. 1976.

22. Lázaro Cárdenas, *Apuntes. 1967-1970* (México, 1979), vol. 4, pp. 210-227.

23. Julio Scherer, *Los presidentes* (México, 1986), pp. 52-53.

24. Entrevista con Manuel Gómez Morin, México, D.F., jul. 1971.

25. Vicente Leñero, *Los periodistas* (México, 1978).

VII
José López Portillo
La vuelta del criollo



Anónimo, *El presidente de México, José López Portillo, con la mano en alto saluda a la gente durante su recorrido a la H. Cámara de Diputados, donde daría lectura a su segundo informe de gobierno*, 1.° de septiembre de 1978, fotografía. Id. 5854 © Archivo Procesofoto.

Un límite contuvo siempre a los presidentes: la pobreza relativa del país con respecto al mundo desarrollado. Con el descubrimiento de los yacimientos petroleros en la costa del sureste de México, todo cambió. Parecía que los sueños imperiales del Virreinato iban a hacerse realidad dos siglos más tarde. Y los hados fueron crueles: mandaron un criollo decimonónico para gobernar al país.

«Eran los criollos generalmente desidiosos y descuidados», decía Lucas Alamán: «de ingenio agudo, pero al que pocas veces acompañaba el juicio o la reflexión; prontos para emprender y poco prevenidos en los medios a ejecutar; entregándose con ardor a lo presente y atendiendo poco a lo venidero; pródigos en la buena fortuna y pacientes y sufridos en la adversa.»

La descripción casaba, por supuesto, con el criollo prototípico de su época, don Antonio López de Santa Anna, pero prefiguraba también a otro personaje, de buenas y malas cualidades: el presidente José López Portillo.

«Fui educado en la hidalguía», apuntaba en *Mis tiempos*, sus voluminosas memorias. Descendía, y sabía que descendía, de los primeros conquistadores del siglo XVI. En su genealogía había un oidor de Nueva Galicia, un descubridor de Filipinas y Alaska, un poblador de Sonora y Sinaloa. Si bien su estirpe virreinal era impecable, sus credenciales liberales y revolucionarias eran más bien pobres. Su bisabuelo, el constituyente de 1857 don Jesús López Portillo, ocupó el puesto de gobernador de Jalisco pero tuvo la debilidad de servir al Segundo Imperio de Maximiliano. Su abuelo, el novelista e historiador José López Portillo y Rojas, fue diputado y senador en tiempos de Díaz, presidente del Partido Católico y secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Victoriano Huerta; en el exilio escribió un libro

punzante: *Elevación y caída de Porfirio Díaz*. El padre del criollo, José López Portillo y Weber, fue ingeniero geógrafo y un apreciable historiador de la época colonial; se casó con doña Refugio Pacheco, con la que procreó cuatro hijos (Margarita, Refugio, Alicia y José).[1] En su vejez, doña Cuca recordaba sin ambages: «… perdimos todo cuando llegaron los revolucionarios».

Nacido en el Distrito Federal en junio de 1920, alumno de escuelas oficiales, José López Portillo y Pacheco realizó largos viajes con su amigo Luis Echeverría: juntos siguieron la ruta de Cortés, la de Hidalgo, y viajaron por barco a Chile y Argentina. A diferencia de Echeverría, López Portillo mostró una seria inclinación al derecho. Un maestro refugiado español, don Manuel Pedroso, lo encauzó hacia la teoría general del Estado. Sobre ese tema escribiría su tesis («Valoración del Estado», 1946) e impartiría por una década (1947-1958) una cátedra en la Facultad de Derecho. A diferencia también de su amigo Echeverría, López Portillo no fue un entusiasta cardenista. Algunos testimonios lo vinculan a la Vanguardia Almazanista de Estudiantes (1939-1940). «Me reservé el papel de observador», dice en sus memorias. En todo caso, pronto entendió que la política no era su camino: «Yo ni siquiera soñaba, ya no digamos en la presidencia, pero ni siquiera participaba en la política salvo votar por primera vez en mi vida … En alguna ocasión, Luis Echeverría me invitó a participar en actos de campaña dentro de las juventudes del Partido. Decliné por razones obvias…» Las razones obvias que argumentaba eran el promisorio ejercicio de su profesión y, sobre todo, el divorcio de su hermana Margarita, a quien defendió gallardamente, como jefe que era ya de su familia, en un largo, injusto y devastador litigio.

Ya en los años cincuenta, esgrimía quizás otras «razones obvias» para no acercarse a la política, como, por ejemplo, el simple y llano desinterés, típicamente criollo, por el ejercicio del poder. Su padre, que le desaconsejaba volverse político, había escrito: «Algunas veces [la] historia de México es la de doce Judas sin ningún Jesucristo». Insertarse en esa historia resultaba peligroso. Era mejor fantasear libremente sobre sus «mitos, dogmas y misterios». Gracias al exitoso ejercicio de su profesión de abogado, José López Portillo III pudo ir formando una personalidad renacentista. Al tiempo que formaba una bonita familia (se había casado con la hermosa Carmen Romano), pintaba al óleo, imaginaba teorías hegelianas sobre la historia de México y escribía un extraño opúsculo titulado *Don Q* en el que, entre burlas y veras, se veía a sí mismo como la encarnación de Quetzalcóatl. En sus memorias, trazaría un autorretrato de su adolescencia, época en que se había gestado su *alter ego,* Don Q: era un adolescente

«lleno de sinceridad y de ingenuidad; de penetración cósmica … violencia, vanidad y orgullo; a veces asido a la verdad y con ganas de estallar para llevarla a todas las estrellas; otras acongojado por las fronteras del dolor y su estupidez … la muerte y su misterio o su heroísmo. Querer saberlo todo y pronto; explorar lo absoluto; andar mucho y llegar a ningún lado».

Una marcada fluctuación de ánimo dirigía sus textos y sus pasos. El *alter ego* de Don Q «leyó todas las filosofías, exploró el ocultismo, estudió todas las religiones, preguntó, discutió, discutió hasta llegar a la nada». Lo fascinaba el destino luminoso y trágico de Quetzalcóatl, que habiendo querido civilizar a su pueblo y apartarlo de los ritos de sangre, cayó presa de una trampa amorosa tendida por su perverso rival Tezcatlipoca, sufrió el escarnio y el destierro, pero al fin y al

cabo triunfó, en la encarnación de la conquista y su secuela de espiritualidad y mestizaje. Ése era el libreto místico de México. Por eso Quetzalcóatl era un «señor más grande que Prometeo … fue mucho más allá del fuego para dar, por la voluntad de su sangre, la santificación del orden al cosmos convirtiendo en hazaña de la libre voluntad la resignación al orden misterioso de la naturaleza». La obsesión llegó al extremo de mandar esculpir, sobre la barda exterior de su casa en el Pedregal de San Ángel, una larga serpiente policromada, su homenaje a Quetzalcóatl.[2]

Con la llegada al poder de un López (Mateos), otro López (Portillo) pudo «ver de cerca» por primera vez a un presidente. En esos momentos «reflexionaba en que dentro de mí, tal vez por inercia histórica … empezaba a darse un proceso de sacralización de quien detenta el poder y me sentía obligado a analizarlo». Sin experiencia alguna en la política, López Portillo cierra su despacho y a los cuarenta años de edad ingresa al servicio público, en puestos menores. Aunque colabora en la redacción de planes de desarrollo, su punto fuerte es la teoría, como pudieron comprobar quienes escucharon sus reflexiones sobre la «democracia *cromática* de México» (gracias a los cuales todos entendieron por qué el PRI tiene el derecho histórico de monopolizar los colores de la bandera nacional).[3]

En el sexenio de López Mateos trabaja como asesor técnico del oficial mayor de la Secretaría de Patrimonio Nacional y, más tarde, como director de las Juntas Federales de Mejoras Materiales en la misma Secretaría. En 1965, Díaz Ordaz le encarga la Jefatura del Consejo Jurídico de la Secretaría de la Presidencia (1965-1968) y, en 1968, la Subsecretaría de la Presidencia. Su amigo de juventud, Luis Echeverría, lo nombra subsecretario del Patrimonio (1970-1972), director

de la Comisión Federal de Electricidad (1972-1973) y, en el momento en que se decreta que «las finanzas se manejan desde Los Pinos», ministro de Hacienda (1973-1976). En 1975, Echeverría lo destapa.

López Portillo debió entrar en trance místico. El destino, la historia, el misterio, el cosmos, la Providencia lo convertían en el gran *tlatoani* de México. Quizá se sintiera, más que nunca, Quetzalcóatl. Pero la obra en cuatro actos que escenificaría en el gran teatro nacional era otra.

Su discurso de inauguración fue, sin disputa, uno de los mejores en la historia de México. No era un político mexicano el que lo había escrito: era un hombre de carne y hueso. No habló del milagro mexicano sino de la crisis de México. Con auténtica fuerza moral, proponía un pacto de unión para superar la crisis. Era un alivio escuchar un mensaje de sensatez luego de seis años de demagogia. Las palabras recobraban su valor, su sentido. El país debía curar sus heridas, retomar el rumbo. Vendrían dos años de recuperación, dos de consolidación y dos de crecimiento. Se establecería una «alianza para la producción». Y lanzaba a los pobres de la nación, los desheredados, un mensaje de esperanza y una súplica auténtica de perdón. «El perdón cancela el tiempo», había escrito Don Q, con genuina sabiduría. «Se pueden estrenar tiempos nuevos como hazañas de la voluntad del perdón, que es, tal vez, el acto más sublime de la voluntad del bien, de la buena voluntad.» Eso precisamente transmitía su mensaje, y eso le procuró la adhesión instantánea de grandes sectores del país: su evidente voluntad de hacer el bien, su buena voluntad.[4]

El plebiscito instantáneo que se dio en ese momento a su favor fue más importante que su triunfo en la votación del 6 de julio de 1976 (el PAN se había abstenido de postular

candidato, López Portillo había sido candidato único a la presidencia). Pero para quienes recordaran la historia de México, aquel momento de entusiasmo podía parecer engañoso: ¿cuántas veces habían confiado los mexicanos en un hombre providencial? ¿Por qué seguir empeñados en atar el destino nacional a la voluntad de un hombre?

Por primera vez en casi un siglo y medio, llegaba a la silla presidencial un hombre con auténtico *carisma*. «Muy señor de muy buen ver, vestido con sencillez. Con una sombra de melancolía en el semblante … De color cetrino, hermosos ojos negros, de suave y penetrante mirada … se podría decir que es un filósofo que vive en digno retraimiento.» La imagen es de López de Santa Anna cerca de 1840 y la cita proviene de la marquesa Calderón de la Barca, pero parece un profético daguerrotipo de López Portillo. Ambos López eran gallardos, montaban fogosos caballos, usaban largas patillas, ambos eran oradores naturales, «picos de oro» espontáneos y emotivos que cantaban al oído de la patria y la veían hipnóticamente. En Tampico, López Portillo escribe: «… como siempre, quise improvisar mi discurso para lograr plena comunicación con la gente, viendo siempre a los ojos de alguien». Pero ante todo, ambos criollos eran machos: «Fui muy macho», escribió López Portillo, «jamás un coyón rajado … Acepté el prestigio del machismo y lo viví intensamente: respondiendo a todos los retos … y con la terquedad del niño, la arrogancia del joven y la necedad del viejo, jamás me rajaré, ¡palabra de macho!»[5]

En el trasfondo se escucha una canción de otro criollo arquetípico, Jorge Negrete: «¡Ay Jalisco no te rajes!» En la calle o en la escuela, el macho López Portillo, secundado por su cuate, «el Negro» Durazo, se lía a trancazos y bofetadas porque alguien lo vio feo o porque no lo vio.[6] ¡No es un coyón

rajado!, pero ¿qué tenía que hacer el machismo en la política?

En la política, nada, como los dos López comprendieron en sus inicios. Ambos fueron reacios a sentarse en la «Silla». A López de Santa Anna le fastidiaba la carga insoportable del gobierno. El mando le era indiferente, sólo le importaba no perderlo. Prefería ceder el despacho diario de la política a su vicepresidente, el gran liberal Valentín Gómez Farías, y pasar largas temporadas en Manga de Clavo fungiendo como árbitro entre los partidos. López Portillo, por su parte, se sentía raro en el puesto. En confianza bromeaba sobre su acceso al poder, lamentaba las desmesuras de su «amigo Luis», confesaba su incredulidad al caminar por los pasillos de Palacio viendo las pinturas de los presidentes que lo habían antecedido, como si hubiese sido el beneficiario de una cósmica lotería.[7] Era el *tlatoani*, pero no se tomaba muy en serio. En cuestiones económicas, se veía a sí mismo, literalmente, como «el fiel de la balanza» entre los monetaristas y los keynesianos,[8] y oscilaba hamletianamente entre esos dos polos. El arreglo funcionó por cerca de dos años. El programa económico se ajustó a lo prometido: no hubo desbordamiento del gasto público, era el arranque de la economía, se trataba de recobrar el rumbo. Ya con la perspectiva de una riqueza petrolera insospechada, los problemas económicos del país parecían manejables.

Los arduos asuntos del gobierno los encomendaba al gran estudioso del liberalismo en México, el sagaz político veracruzano Jesús Reyes Heroles, a quien la gente conocía como «don Jesús del gran poder». Reyes Heroles encarnaba un caso atípico, por eficaz y exitoso, de intelectual-político. Abogado de profesión, humanista y bibliófilo, lector de Tocqueville y Burke, había publicado en 1957 tres volúmenes sobre el liberalismo en México. Su perfil vital correspondía a

la antigua tradición española de los letrados en el poder. Gracián y el propio Quevedo habían desempeñado un papel importante en la corte de los Habsburgo. «El arte de reinar», decía otro de ellos, Saavedra Fajardo, en el siglo XVIII, «no es don de la naturaleza, sino de la especulación y la experiencia.» Al igual que sus remotos antecesores, Reyes Heroles no concebía la vida intelectual como distinta, o menos aún opuesta, a las tareas del Estado, sino como una función integrada él, que se guía por sanciones positivas. Quizá Reyes Heroles se hallaba más cerca de los mandarines chinos que de Maquiavelo: «No es raro que el político maneje la verdad; pero, como el que no lo es está esgrimiendo la mentira, ocurre que se engaña con la verdad. Además, ya decía un clásico barroco: la verdad disimulada no es mentira».

«Cambiar para conservar, conservar para cambiar», ése era el lema de Reyes Heroles. Su objetivo era consolidar el sistema político mexicano, pero su método era el cambio interno. Siendo presidente del PRI en tiempos de Echeverría, limitó varias veces los excesos del presidente y al final desenmascaró el intento de reelección. Con López Portillo, su encomienda era aún más delicada: había que romper la cerrazón mutua entre el gobierno y la izquierda, una desconfianza de medio siglo. La reforma política que instrumentó en 1978 otorgaba registro oficial al Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda. Se trataba de una auténtica amnistía histórica, el reconocimiento definitivo de la izquierda como fuerza política y la renuncia de ésta a optar por la vía violenta. Esta vez la apertura política no era mentira, ni siquiera una verdad simulada: era verdad. A la postre, ése fue el gran aporte del sexenio de López Portillo.

Como un signo de esperanza, Octavio Paz publicaba entonces su ensayo *El ogro filantrópico,* donde matizaba sus opiniones radicales contra el Estado mexicano. La aparición

de *Archipiélago Gulag* (1973), así como las revelaciones sobre las masacres de la Revolución cultural en China, lo obligaban a corregir un tanto su apreciación de 1970 sobre el sistema y el PRI. Los fines de la Revolución mexicana le parecían vigentes. Y no eran deleznables la paz, la estabilidad, el crecimiento sostenido por tantas décadas en medio de un mundo en guerra. México debía seguir ejerciendo la crítica de los mitos históricos y las viejas estructuras mentales (la pirámide azteca, el patrimonialismo de la corte virreinal), que bloqueaban el acceso franco a la modernidad. Pero esa modernidad —agregaba Paz, haciéndose eco del remoto zapatismo de su propio padre— debía construirse también a partir de «las formas de vivir y morir, producir y gastar, trabajar y gozar que ha creado nuestro pueblo». Encontrar el justo medio entre tradición y modernidad, desechar el peso muerto del pasado y aprovechar su legado moral, buscar una modernidad propia, «es una tarea que exige, aparte de circunstancias históricas y sociales favorables, un extraordinario realismo y una imaginación no menos extraordinaria».

Realismo e imaginación eran las cualidades de don Jesús, y de López Portillo, que lo dejaba hacer. Parecía el mejor de los mundos posibles: un sensato presidente rige la economía (López Portillo) y un sabio letrado dieciochesco dirige la política. Por desgracia, frente a la circunstancia, más que favorable, casi providencial, del descubrimiento de los yacimientos de petróleo, una sorpresiva faceta se manifestó en López Portillo. Si Santa Anna se había sentido el «Napoleón del Oeste», su sucedáneo comenzó a considerarse no como un *alter ego* sino como el mismísimo Quetzalcóatl que, gracias al petróleo, conduciría a México hacia la «administración de la abundancia».

«Poco tiene que ver la profesión o actividad política con la

mitomanía y la sobrestimación que conducen a los sueños de grandeza», decía Reyes Heroles. Convertido en rey, el nuevo López Portillo no podía estar de acuerdo y lo orilló a la renuncia agregando con sarcasmo: «Si Reyes Heroles persevera, llegará a ser el Ortega y Gasset mexicano».

Ahora sí quería el poder, todo el poder, para él y también para los suyos: su hermana y su primo ya tenían altos puestos; a su hijo, el economista José Ramón López Portillo, le encargaría la Subsecretaría de Programación y Presupuesto, y lo llamaría «el orgullo de mi nepotismo». Faltaba una presencia aún más cercana, íntima; no la esposa, que dilapidaba fortunas en sus viajes a Europa cargando con un piano de cola para exhibir sus dotes de concertista, sino su «novia», una hermosa mujer de la generación del 68, morena como la Malinche, doctora en física, exesposa del hijo mayor de Echeverría: Rosa Luz Alegría. No se casó con ella, pero, según Reyes Heroles, quería nombrarla secretaria de Educación. Horrorizados al ver el destino que esperaba a la secretaría de Vasconcelos, algunos colaboradores interpusieron su influencia, pero no disuadieron a «Pepe» de nombrarla ministra de Turismo.

Julio Scherer recuerda las paredes de la ayudantía del Estado Mayor en Los Pinos, a unos metros del despacho presidencial. Fotografías y más fotografías: «López Portillo en un caballo blanco, López Portillo en un caballo negro, López Portillo con una raqueta en la mano, López Portillo en el momento de disparar una metralleta, López Portillo en una pista de carreras, López Portillo en esquí … López Portillo en una montaña, López Portillo en la cumbre».[9]

Cumpleaños del presidente. Frente al amable público, López Portillo ejecuta un sinnúmero de suertes a caballo. El público aplaude. Alguien piensa que es una suerte que no

haya convertido el caballo en secretario. Esgrimista, atleta, boxeador, tenista, gimnasta, caballista, pintor. ¿Quién se atrevería a ponerle límites? Nadie, y ahora menos que nunca. No sólo era el presidente de México sino el jeque sexenal de los árabes de América, los mexicanos.

Un mensaje televisivo anunciaba: «Petróleo: el oro negro para todos». El plan de crecimiento moderado en tres bienios se tiró por la borda. Lo sustituyó un plan de crecimiento tan desbocado que la gestión de Echeverría pareció casi austera. «No aprovechar la coyuntura», explicaría tiempo después el presidente, «hubiera sido una cobardía, una estupidez.» Según su concepto, no había otro modo de cimentar con celeridad la planta industrial y acrecentar el empleo: «La existencia de millones de mexicanos desposeídos», explicó, «es un agravio que debemos remediar dándoles los medios para que, con su esfuerzo, puedan superar sus condiciones. El petróleo será un poderoso cimiento de nuestra industria, garantizando un grado de independencia económica que el país nunca ha conocido».

Como en tiempos de Echeverría, pero con una capacidad crediticia mucho mayor, se hacían gastos e inversiones de baja productividad inmediata (o nula, o negativa) con ingresos frescos o con créditos a corto plazo avalados por las reservas petroleras. Crecían geométricamente las plazas del sector público. El proyecto de López Portillo lo incluía todo: ferrocarriles, energía nuclear, petroquímica, infraestructura en el campo, decenas de vías rápidas en la ciudad de México, expansión de la planta siderúrgica (cuando no había demanda). La modernización absoluta en un sexenio.

El caso de Pemex, la mayor empresa pública de México, fue ilustrativo. Las inversiones se realizaban sin orden ni concierto: se tendía un gasoducto de setecientos cincuenta

millas y costo de un millón y medio de dólares sin cerrar el contrato de compraventa con los Estados Unidos. Se construía la inmensa torre de Pemex, el mayor elefante blanco de la historia mexicana, como para demostrar que también en México hay rascacielos. El sindicato de Pemex se volvía contratista y subcontratista. En Tabasco, donde se hallaban los mayores yacimientos, nacía una impresionante ciudad. El resultado no se hizo esperar: en el balance de 1981, Pemex debía ya el 87 por ciento de sus activos; su deuda era mayor que la de todo el sector público y representaba la quinta parte de la deuda externa total.[10]

El faraonismo petrolero contagió también a las grandes empresas privadas, como el poderoso Grupo ALFA de Monterrey. Rompiendo su tradicional y saludable desconfianza hacia el centro, que se remontaba a tiempos porfirianos, poniendo en peligro su autonomía, los empresarios regiomontanos empezaron a comprar empresas al por mayor. No discriminaban. Adquirían fábricas de cuchillos, de plásticos, empacadoras… Pagaban generosamente, sin regatear mucho. Para administrar sus nuevas empresas, contrataban a jóvenes con fabulosos doctorados pero sin experiencia alguna. Les pagaban sueldos millonarios. El dinero para la construcción de esa vasta pirámide provenía de bancos extranjeros. No parecía haber límite. Su límite era el cielo.[11]

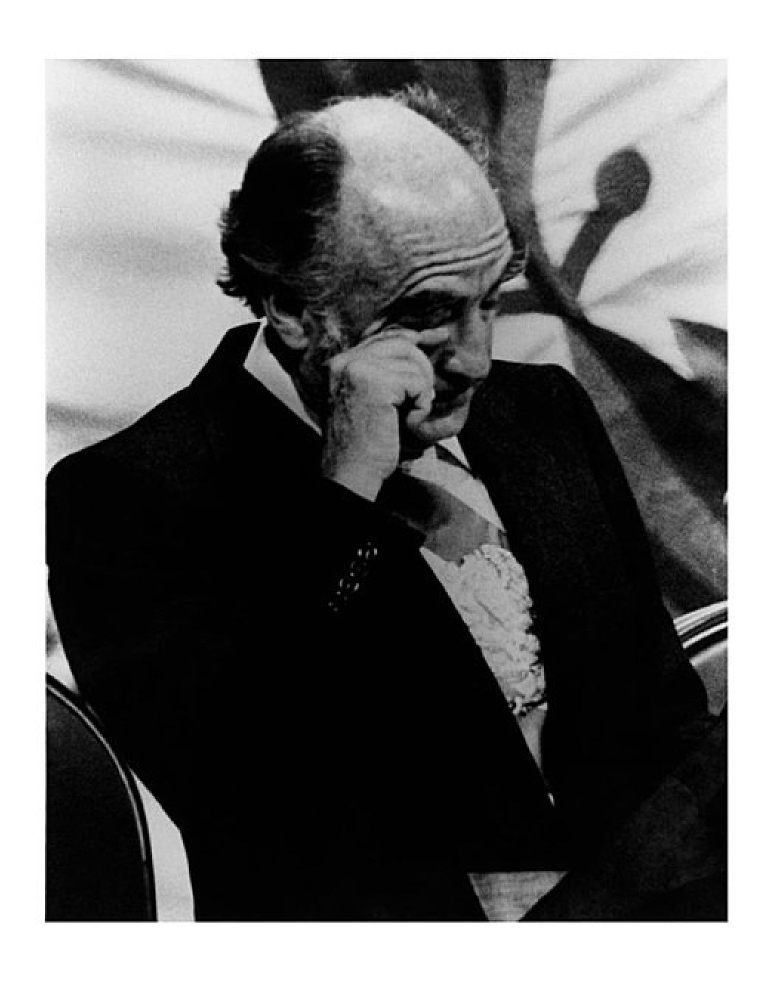
No era el poder lo que embriagaba al presidente y a muchos mexicanos que se identificaban con él en 1980. Era la gloria, esa palabra que había cruzado los sueños criollos del siglo XIX y que ahora parecía cumplirse por fin en la biografía paralela de un país desdichado que recobraba su riqueza y un criollo arruinado que reivindicaba su linaje. Por eso López Portillo mandó erigir en Monterrey una estatua ecuestre de sí mismo.

Santa Anna, tras vencer al «osado enemigo» en la guerra de los Pasteles, había hecho lo mismo en la antigua Plaza del Volador, cerca del Palacio Nacional.

¿Qué faltaba en aquella apoteosis? Humillar al enemigo histórico de México. Si Jimmy Carter pronunciaba en el Congreso de México el discurso más sensible que un presidente norteamericano hubiera pronunciado jamás, había que desdeñarlo como un acto de hipocresía o de debilidad. Sin embargo, a otro criollo, el comandante Castro, había que visitarlo y apoyarlo; él sí era macho entre machos, ¡jamás un coyón rajado! Al recordar la reciente visita de Carter a México, López Portillo comentaba en privado: «Tan pronto le di la mano me dije: a éste ya me lo chingué.» ¿Acaso pensaba en reconquistar California?

En aquel concierto de megalomanía se escucharon las voces disonantes de dos ingenieros: Heberto Castillo y Gabriel Zaid. El primero alertó a la opinión pública en la revista *Proceso* contra la precipitación y el despilfarro: «… no hay petróleo para siempre».[12] Desaconsejó, además, la construcción del gasoducto. La crítica de Zaid fue más ambiciosa. Desde las páginas de *Plural* y a partir de 1976 en *Vuelta,* publicó una serie de ensayos que recogería en 1979 en el libro *El progreso improductivo*. En el momento en que el petróleo semejaba «una especie de arca llena de fondos inagotables e inmediatamente disponibles», Zaid documentaba las crónicas deseconomías del sector público (sus secretarías, empresas, organismos, consejos) y retomaba por su cuenta el viejo tema de Frank Tannenbaum proponiendo un «cambio copernicano» en la política económica del país. A la pregunta ¿qué hace falta en el mercado interno?, no respondió con las palabras habituales (inversión, empleo, gasto) sino con una fórmula distinta: una oferta de medios de producción baratos,

bien diseñados, pertinentes para las necesidades de los pobres. Más valía una máquina de coser, un paquete de semillas mejoradas, un sistema barato para recoger lluvia o una bicicleta equipada para el reparto en el campo, que la gloriosa inauguración de grandes elefantes blancos (escuelas, oficinas de turismo ejidal, fideicomisos para la redención campesina) que, en la práctica, no enriquecían más que a sus burócratas. En varios textos, Zaid profetizó el desastre que vendría no sólo por el efecto acumulado de la improductividad, el despilfarro y la corrupción, sino por la inadvertida fragilidad de un edificio construido sobre un ladrillo solitario, tan inadvertido que nadie hablaba de él: el precio del barril de petróleo. Cuando el precio cayó, el país despertó de un sueño para entrar en una pesadilla.



Anónimo, *José López Portillo en su último informe de gobierno*, 1.° de septiembre de 1982, fotografía. © Foto APRO.

López de Santa Anna era «capaz de arrojar sus condecoraciones a las patas de los gallos si no le quedan monedas en el bolsillo y de jugar su gloria contra la fortuna de un giro». También López Portillo se veía a sí mismo como un apostador. Él «se la jugaba». Su discurso inicial había sido una apuesta retórica que reanimó a la nación. Luego vendría el petróleo salvador; más que una apuesta, una lotería. Las ganaba «de todas, todas». ¿Cómo dudar de su suerte? Por eso seguía jugando, comprando fichas en la banca internacional y echándolas al tablero de las inversiones. En 1981, según estimaciones de Zaid, López Portillo tomaba decisiones que representaban una inversión de 1.400 millones de pesos (casi 70 millones de dólares) por hora. Ningún monarca del mundo tenía, en términos relativos, un poder semejante.

De pronto, en junio de 1981, ocurrió lo inesperado: «… al reino de la ilusión habían llegado malas noticias de la realidad».[13] Los clientes avisaron que tenían ofertas de crudo más baratas. El director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, tomó la decisión natural de bajar cuatro dólares el precio. Al enterarse, el presidente lo despidió enviándolo de embajador a la URSS. Lo sensato en ese momento era ajustar la paridad y cancelar los grandes proyectos. Pero López Portillo no iba a permitir que la realidad jugara con «su petróleo». De acuerdo con su consejero económico, José Andrés de Oteyza, López Portillo no sólo no bajó el precio del barril sino que lo subió dos dólares y regañó a los clientes, advirtiéndoles que si no compraban ahora, en el futuro México no les vendería. Pero los perversos clientes no hicieron caso de las amenazas y el presidente perdió la apuesta.

¿Rajarse? Jamás. Él no era un «coyón rajado» sino un macho. Y como macho había que apostar de nuevo, esta vez a favor de «su peso». El dólar no tenía por qué valer más. Había

reservas suficientes. Pero, obviamente, el dólar era el bien más barato del mercado y la gente se precipitó a comprarlo. Los días pasaban y el presidente pedía prestado para seguir apostando. Entre julio y agosto de 1981 salieron del país cerca de nueve mil millones de dólares.

Tenía terror de devaluar, y en un acto casi suicida vinculó explícitamente la devaluación del peso con su propia devaluación como presidente y como persona. Frente a una nación sensible al melodrama, representó un psicodrama: «Afirmemos y reafirmemos», dijo con la voz entrecortada, «el derecho a tomar nuestras decisiones en la ley monetaria, con los aranceles, con las licencias y con los estímulos y fomento a la exportación. Ésa es la estructura que conviene al país. Ésa es la estructura a la que me he comprometido a defender como un perro».[14]

«Defender el peso como perro.» El patetismo de la frase sólo logró alimentar la desconfianza de los perversos cuentahabientes, que no hicieron caso del sentimentalismo monetario del presidente y siguieron comprando dólares. Una vez más, López Portillo había perdido la apuesta. En febrero de 1982 «devaluó y se devaluó».

Como Santa Anna, había sido indolente en la victoria y, como Santa Anna, se dejaba abatir en la derrota. Pasaba del entusiasmo a la depresión. «No hemos pecado», repetía, con tonos religiosos fuera de lugar, «no tenemos por qué hacer acto de contrición.» Pero los números reflejaban el desastre. En el sexenio de López Portillo la deuda externa pasó de 26.000 millones a 80.000 millones de dólares. El peso cayó de 22 a 70 pesos por dólar (el presidente entrante, Miguel de la Madrid, lo fijó en 150 como primera medida de gobierno). En agosto de 1982, un terremoto financiero sacudió los mercados internacionales: México declaraba tener un «problema de

caja» temporal, pero en realidad estaba en quiebra.[15]

El primero de septiembre de 1982, día de su último informe de gobierno, López Portillo encaró a la nación. ¿Emularía a Santa Anna? Luego de la guerra de Texas, el general «aparentaba cierta desilusión frente a su propia debilidad, pero atribuía siempre los reveses de la fortuna a un ciego y variable destino, un tiránico "ya estaba escrito" … culpa a todos menos a él … a todo le encuentra excusa, todo lo que ha hecho le parece justificado, meritorio». El general muestra despecho, aspereza, desvío, depresión y, de pronto, pasa a la alegría más absurda. Y, sin embargo, tiene la voz llorosa, improvisa una arenga conmovedora, apela a Dios y a la historia, y al final se humilla: «Mi carrera ha terminado».

El presidente criollo no podía quedarse atrás: «… soy responsable del timón, pero no de la tormenta», declaró, antes de desgranar su largo listado de excusas y hacer su último gesto, la «apuesta patética de un ego en quiebra»;[16] culpó del desastre a los banqueros y «sacadólares», y de un plumazo, jamás coyón rajado, nacionalizó la banca. Un solo golpe de timón lo convertía en un nuevo Cárdenas, un solo golpe lo arreglaría todo, un sexenio de tres meses comenzaría el primero de septiembre. Pero sabía muy bien que la comedia había terminado, y al recordar a los pobres, a los desheredados, a quienes hacía seis años había pedido perdón, José López Portillo lloró frente a millares de telespectadores.

La vieja historia de los criollos se había cumplido una vez más, causando la ruina del país y la suya propia. Los del siglo XIX, acaudillados por López de Santa Anna, habían perdido la mitad del territorio. López Portillo y sus gurús habían incurrido en una falta histórica menor, pero grave: habían hipotecado el país.

En noviembre de 1982, Gabriel Zaid recordó unos versos de

López Velarde. Formaban parte del célebre poema *La Suave Patria*, publicado en 1921. En aquel año en que el país se descubría a sí mismo y los mexicanos disfrutaban su primer auge petrolero, el poeta — que moriría a los pocos meses— veía el peligro de un nuevo triunfalismo, de una «patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado». A esa versión porfirista, López Velarde le oponía otra patria «más íntima», extraída del sufrimiento y la pobreza, «una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa». «López Velarde», escribía Zaid, «no vivió para ver el nuevo porfiriato, la nueva patria pomposa y multimillonaria que hoy está en quiebra, pero hace poco Octavio Paz le ha dado una nueva expresión a [la idea de] López Velarde: "necesitamos un proyecto nacional más humilde".»

Algo más se necesitaba, y con urgencia, para afrontar la quiebra, el desánimo y la desconfianza. Era la única vía para desterrar el providencialismo político, la clave para desmontar pacíficamente un anacrónico sistema que no tenía ya «pan» para dar y se había manchado las manos al dar «palo». Era el último recurso moral de la Revolución mexicana, el viejo y vigente ideal de Madero: la democracia.

NOTAS

1. José López Portillo, *Mis tiempos* (México, 1988), vol. 1, pp. 20-23.
2. Ibíd., pp. 7, 9.
3. Ibíd., p. 262.
4. Agustín, *2. La vida en México de 1970 a 1982,* pp. 131-152.
5. Ibíd., vol. 1, p. 64.
6. Ibíd., vol. 1, pp. 108-109.
7. Frase empleada por López Portillo durante una cena en casa de Ramón Xirau, México, D.F., 8 mar. 1978.
8. Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos* (México, 1986), pp. 168-197.
9. Scherer, *Los presidentes,* p. 96.

10. Zaid, *La economía presidencial,* pp. 66-97.

11. Krauze, *Por una democracia sin adjetivos,* pp. 17-43.

12. Citado por Zaid, *De los libros al poder* (México, 1988), pp. 83-84.

13. Zaid, «Un presidente apostador», en *La economía presidencial,* pp. 66-83.

14. Entrevista con José Ángel Gurría, Adrián Lajous, José Andrés de Oteyza, Jesús Silva Herzog y otros, en *Mexico: From Boom to Bust, 1940-1982*, entrevista televisiva en 3 partes, WGBH, 23 nov. 1988, segunda parte.

15. Idem.

16. Zaid, «Un presidente apostador», en *La economía presidencial,* p. 81.

VIII
Miguel de la Madrid
Oportunidades perdidas



Anónimo, *El presidente Miguel de la Madrid recorre la ciudad de México después del sismo del 19 de septiembre de 1985*, 19 de septiembre de 1985, fotografía. Id. 10002 © Archivo Procesofoto.

En 1983, la opinión pública de México abrigaba un agravio insatisfecho. Su origen estaba en las heridas abiertas de Tlatelolco y el 10 de junio, la demagogia del periodo echeverrista y la frívola irresponsabilidad con que el gobierno de López Portillo había dispuesto de la enorme riqueza que pasó por sus manos entre 1977 y 1982. Se había esfumado una oportunidad rara y quizás irrepetible de desarrollo armónico. Con ella se había desvanecido también la posibilidad de aliviar los problemas ancestrales del país desde tiempos de Humboldt. La conciencia de la pérdida era más aguda porque el público entreveía que la caída no había sido inevitable. La sensación de haber sido víctima de un gran engaño, las evidencias de la más alucinante corrupción, el sacrificio cotidiano e incierto que imponía la crisis, todo ello se enlazaba hasta formar un nudo difícil de desatar, un nudo hecho de angustia e incomprensión.

Desde un principio, el nuevo presidente Miguel de la Madrid prometió no prometer lo imposible. Fue muy claro en su diagnóstico del mal que debía vencerse —la inflación— y en advertir que la medicina que suministraría al paciente —en la sala de urgencia— sería durísima. A su juicio, y al de muchos otros mexicanos, no había alternativa. Pero la pertinencia de la cura o el valor del cirujano no podían satisfacer por sí solos el agravio. Hasta el campesino más humilde había escuchado la prepotente publicidad del «oro negro para todos» seguida, al poco tiempo, de un mensaje diametralmente opuesto: «Vivimos una economía de guerra». Y todo esto sin que mediase explicación pública alguna sobre las causas del desastre o una mínima admisión de responsabilidades.

A diferencia de lo ocurrido después del 68, el gobierno no tenía ya, materialmente, la posibilidad de *integrar* a los

agraviados. ¿Cuáles eran entonces las alternativas? De la Madrid tenía un as en la manga, olvidado desde la presidencia de Madero: la democracia. Era un ideal revolucionario relegado por otros fines igualmente válidos pero distintos: el bienestar económico, la justicia social, la afirmación nacionalista, la paz y la estabilidad. Siempre se habían puesto adjetivos a la democracia: prematura, tardía, formal, burguesa. Siempre había una tarea prioritaria, una estructura que no era prudente remover, un «tigre» que era peligroso despertar. Siempre rondaban los fantasmas del caos, la desintegración nacional, el fascismo o el comunismo. Sin embargo, la lección histórica era clara. Las sociedades más diversas y las estructuras más autoritarias descubren, sobre todo en momentos de crisis, que el progreso político es un fin en sí mismo. Así lo atestiguaba el caso reciente de España, a raíz de la muerte de Franco, acaecida en 1975.

La ausencia de límites a la silla presidencial había llegado a sus límites y «el tigre» comenzaba a despertar. En muchos poblados del sur y del centro, anclados en el México viejo, era común encontrar un alto grado de radicalización. En el sureste, algunos obispos sembraban la teología de la liberación. En el norte crecía un reclamo de autonomía que se expresaba en el renacimiento del PAN, en elecciones cada vez más disputadas y adversas al PRI, en la fuerza creciente de la prensa regional, en la nueva actitud crítica de la Iglesia y hasta de algunos empresarios. Una vez más, como en 1908, la sociedad, las generaciones, las ideas y la geografía política estaban cambiando. Porfirio Díaz no lo ignoró, pero en vez de restablecer la vida constitucional quiso detener indefinidamente el paso a la democracia y pagó con su régimen y su prestigio por ese agravio. ¿Seguiría sus pasos el viejo sistema político mexicano?

«El presidente en México puede hacer todo el mal que

quiera y aunque quiera apenas puede hacer el bien», decía en aquellos días Octavio Paz. En 1983 Miguel de la Madrid tenía en la mano una clara oportunidad de hacer el bien: desmontar paulatinamente el sistema político mexicano y devolver el poder a la sociedad a través de los votos. Era la forma más elevada y natural de desagravio.

El presidente tenía la sensibilidad intelectual y moral para abrir paso a una democracia sin adjetivos. La duda estaba en su capacidad política, porque si bien era temperamentalmente opuesto al Gran Elector que lo destapó, carecía, como él, de experiencia política.

Nacido en Colima en 1934, hijo de una familia de clase media en la que faltaba el padre (un abogado asesinado cuando el hijo tenía tres años de edad), De la Madrid se educó en colegios privados de la ciudad de México y en 1952 entró a la Facultad de Derecho. Su huella política inicial no fue el alemanismo sino el ruizcortinismo: un régimen de contención. En la escuela, descubrió a la «sin par generación de los liberales». Al concluir su carrera, contribuyó tácitamente a los festejos del centenario de la Constitución de 1857 con una tesis que presagiaba las dos vertientes de su vocación, la liberal y la técnica: «El pensamiento económico de la Constitución de 1857».

El contraste con su maestro José López Portillo no podía ser mayor: uno estudiaba a Hegel, impartía clases de teoría del Estado y emularía a Santa Anna; el otro citaba a Montesquieu, daba cátedra de derecho constitucional y admiraba a los liberales que supieron vindicar «el valor de la individualidad humana frente a la organización estatal». En 1962, al cumplirse el bicentenario de Rousseau, De la Madrid escribió un estudio sobre «La soberanía popular en el constitucionalismo mexicano y las ideas de Rousseau», donde

refutó la teoría de una constitución por encima de la soberanía del pueblo. En 1964 estudió la división de poderes y la forma de gobierno en la Constitución de Apatzingán. En ese ensayo citaba a Morelos: «… el influjo exclusivo de un poder se proscribirá como principio de tiranía».

Tras una estancia de un año en la Universidad de Harvard, donde obtuvo la maestría en administración pública, se incorporó al servicio público en una serie de altos puestos relacionados con finanzas y crédito. Trabajó en el Banco de México, en Pemex, en la Secretaría de Hacienda. A partir de 1979 ocupó la Secretaría de Programación y Presupuesto. En 1981 López Portillo declaró con todo cinismo lo que todos sabían pero no proclamaban por respeto a las formas: que él y no el PRI era el fiel de la balanza, al menos a efectos de la elección de su sucesor. Y acto seguido destapó a su imagen en negativo: su sobrio y discreto exdiscípulo Miguel de la Madrid.

Sus propuestas de campaña electoral recordaban sus textos sobre el liberalismo y su cátedra de derecho constitucional. Proclamaba que México debía acercarse a la letra del artículo 40 constitucional y ser una auténtica república, representativa, democrática, federal. Prometía continuar la reforma política, fortalecer los poderes legislativo y judicial, limitar el poder ejecutivo con actos simbólicos (el presidente pagaría impuestos y desterraría el culto a la personalidad) y sustantivos (disposiciones contra el nepotismo, obligatoriedad de declaración anual patrimonial de los funcionarios públicos). Crearía la Secretaría de la Contraloría y la Ley Federal de Responsabilidades de los Servidores (no funcionarios) Públicos. Trataría, en suma, de «volver a la sobriedad y austeridad propias del régimen republicano». La palabra democracia aparecía en dos de los postulados de campaña: «planeación democrática y democratización

integral». El concepto de federalismo se reflejaba en la «descentralización de la vida nacional», cuyos aspectos más relevantes serían la reforma al artículo 115 en apoyo de los municipios —un clamor desde tiempos de Venustiano Carranza— y una descentralización educativa de la que se encargaría nada menos que don Jesús «el del gran poder».

Con Miguel de la Madrid, el siglo XIX liberal reaparecía en el discurso público al lado de la Revolución. Sólo Madero y Carranza se habían acordado de él. La política podría quizá volver a desplegarse como una dimensión de los individuos y la sociedad. El Estado perdería tal vez sus inútiles prestigios hegelianos (o tomistas) para reducirse a una imperfecta creación humana.

La ciudadanía respondió a su apelación. En medio de la crisis financiera, la sorpresa mayor fue la copiosa participación electoral del 6 de julio de 1982. No se había visto nada similar desde tiempos de Almazán o Vasconcelos, pero ambos eran candidatos de oposición. La caída del abstencionismo y la copiosa votación por De la Madrid (76 por ciento) intrigó a los observadores políticos. Pero no había misterio en los resultados. Se trataba de un voto en favor de Miguel de la Madrid, no en favor del PRI, que veía disminuido considerablemente el sufragio en favor de sus candidatos a diputados y senadores. Tal vez un candidato fuerte en la oposición hubiese modificado la proporción, pero el votante no veía otra alternativa viable y quiso creer en la «renovación moral de la sociedad» que proponía De la Madrid. La interpretó como una declaración de guerra contra la corrupción. La gente quería un gobierno decente, veraz, un gobierno firme pero autocontenido. Y esperaba el desagravio. Para eso descubrió el valor del voto.[1]

Dos años más tarde, De la Madrid viajaba en el avión

presidencial a Chihuahua. Se le veía cabizbajo. Acababa de ocurrir una trágica explosión en San Juanico, un inmenso depósito de gas en la ciudad de México, y se sospechaba que era el propio sindicato de Pemex el que lo había maquinado para presionar al presidente por el retiro de algunos privilegios adquiridos durante la «administración de la abundancia». Para entonces, el líder Joaquín Hernández, «la Quina», hacía años que se había convertido en un cacique en el sentido tradicional del término. Pero a su poder regional en el noreste de México se sumaba una impresionante acumulación de riquezas y fueros superiores a los de las corporaciones eclesiásticas del siglo XIX: tenía diputados, senadores, regidores, barcos, haciendas, fábricas, tiendas, diarios, escuelas; sus ingresos no eran gravables; sus empleados insubordinados podían sufrir desde la inocente cláusula de exclusión hasta la muerte. Si De la Madrid tenía datos fidedignos sobre un sabotaje, se los guardaba, pero el sindicato no tenía empacho para amagar en público al presidente: si Pemex no invertía en el sentido en que el sindicato recomendaba, los accidentes podían seguir ocurriendo. «La Quina» parecía no conformarse con ser el presidente de los obreros petroleros. Pasando por encima del máximo jerarca Fidel Velázquez, parecía buscar, a la larga, la presidencia de los mexicanos.

De la Madrid sabía que «la Quina» y su sindicato no eran una desviación excéntrica del sistema político mexicano sino, más bien, su consecuencia natural y extrema. Y sin embargo, en aquel avión hablaba en privado de su propia impotencia: «El presidente no tiene el poder para hacer muchas de las cosas que la gente pide, a veces no puede imponer su voluntad al gabinete. La gente me exige que cambie al rector, que componga la prensa —una cloaca de corrupción—, pero no puedo hacerlo, no me corresponde, éste no es un régimen

totalitario. No debo hacerlo».

El país había corregido un tanto su rumbo económico, pero el presidente parecía escéptico:

«Si no salimos de la inflación no salimos de nada. La crisis no disminuirá pronto porque las clases altas y medias no ahorran. Tienen hábitos excesivos de consumo y una especie de complejo frente a los norteamericanos que es difícil erradicar. Padecemos un nivel deleznable en la educación. Si la prensa fuese objetiva y profesional ayudaría mucho, pero como en la ley de Gresham de la economía, la moneda mala sube a la superficie y predomina».

Otro hombre en su situación hubiese buscado tal vez una salida populista, pero ni el gobierno en quiebra tenía posibilidades para «dar», ni De la Madrid —por convicción, responsabilidad y temperamento— hubiera desempeñado ese papel. Había vivido el populismo muy de cerca, y lo detestaba.

Ahora se dirigía a Chihuahua para apaciguar al PRI local, herido de muerte por haber perdido en 1983 frente al PAN varias presidencias municipales, entre ellas las de las dos ciudades principales: la capital, Chihuahua, y Ciudad Juárez. El PAN había renacido en el estado natal de Gómez Morin. Uno de los principales promotores del renacimiento era aquel empresario textil liberal, preocupado por los problemas sociales, insobornable, honesto, independiente y quijotesco: Luis H. Álvarez. Después de dirigir la Cámara de Comercio y la Asociación Cívica de Ciudad Juárez a mediados de los cincuenta, había sido candidato a gobernador por el PAN en 1956 y, dos años más tarde, candidato panista a presidente de la República. A partir de aquel momento, el PAN de Chihuahua, como el de todo México, se eclipsó. A las convenciones —recordaba Álvarez— asistían ciento cincuenta personas. De pronto, en los ochenta sobrevino el

desastre económico y su secuela natural de repudio al PRI. En 1983 Luis H. Álvarez llegó a la presidencia municipal de la ciudad de Chihuahua. No hubo ocasión de fraude electoral: en un acto sin precedentes, el candidato oficial, Luis Fuentes Molinar, admitió su derrota antes de que los alambiques del PRI comenzaran a urdir su misteriosa mezcla.

En Ciudad Juárez había triunfado un «neopanista», el joven contador Francisco Barrio. Su trayectoria se parecía a la de Álvarez, sólo que transcurría exactamente treinta años más tarde. Como Álvarez, Barrio trabajó en la iniciativa privada de Ciudad Juárez; dirigió una empresa de ciento cuarenta personas (su «escuela de liderazgo»); llegó a la presidencia del Centro Empresarial y a raíz del «shock de la nacionalización bancaria» decidió afiliarse al PAN. Los mártires panistas se sorprendieron de la frase del neopanista: «El PAN pierde porque tiene mente perdedora». Lanzó su candidatura a la presidencia municipal de Ciudad Juárez. «Si no ganamos, sacudimos», les respondía. Y ganó.

El gobernador de Chihuahua, el licenciado Óscar Ornelas, era un hombre con una trayectoria paralela a la de De la Madrid. Amigo de López Portillo, profesor de derecho, exrector de la Universidad de Chihuahua, hombre discreto de convicciones pluralistas, había llegado a la gubernatura en 1980. Según uno de sus discípulos, Ornelas veneraba a Montesquieu. Quizá por eso sus primeras actitudes políticas parecieron tan dubitativas que lo asemejaban a un «Hamlet moral». Hamlet o no Hamlet, Ornelas se decidió a no usar la violencia con fines electorales. Ya en 1980 esta abstención provocó problemas al PRI en algún municipio, pero en 1983 la votación a favor del PAN y la presión del gobierno federal lo colocó en una situación verdaderamente hamletiana. El resultado fue la victoria panista en varios municipios importantes del estado, incluyendo a la capital. «Para mí no es

problema gobernar con un presidente municipal panista», declaró. Y en efecto, las relaciones con Álvarez eran respetuosas.

Pero en aquella visita De la Madrid lo regañó públicamente. En reuniones multitudinarias del más puro estilo priísta declaró que «se engañaban quienes creían que el partido de la Revolución estaba en crisis». Había que cerrar filas, fortalecerse, purificarse… Ya no hablaba como liberal, hablaba como un miembro de la «familia revolucionaria». A nadie sorprendió que en 1985 el PRI empleara sus tácticas habituales contra el renaciente PAN en las elecciones para gobernador de Nuevo León y Sonora.

Mientras en los muros del país aparecía una significativa leyenda neoporfiriana «PRI: 55 años de paz social», Octavio Paz publicó un ensayo con una frase más ajustada a la realidad: «PRI: hora cumplida». El presidente habló con él en privado y le comentó que la reforma democrática era imposible: el PRI, en pleno, se opondría.

El 19 de septiembre de 1985 el peor terremoto de la historia de México golpeó el corazón del país: la ciudad de México. El gobierno reaccionó con estupor y lentitud. Como una señal más —por si faltara— de la petrificación del sistema, la Secretaría de Relaciones Exteriores antepuso el nacionalismo al más elemental sentido de caridad y anunció con orgullo que «absolutamente en ningún caso» se hicieron peticiones de ayuda, menos que a nadie a los Estados Unidos. El pueblo, por su parte, no sólo aceptaba la ayuda: la imploraba. Nunca se supo el número de muertos. Se calculan cincuenta mil.

La esclerosis oficial contrastó con la valerosa actitud de la juventud. Desde los primeros momentos, las calles se llenaron de preparatorianos, estudiantes del Politécnico y universitarios que espontáneamente organizaron brigadas de

salvamento de las víctimas y de ayuda a los damnificados. Miles de muchachos de todas las clases sociales se arriesgaban entre las ruinas para lograr lo que se volvió voz común: «sacar gente». Cientos de automóviles ostentando una cruz o una bandera roja cruzaban la ciudad en un hormigueo incesante. Fue una suerte de bautizo cívico. En algún lugar de Tlatelolco —conjunto severamente golpeado por el temblor—, un muchacho de escasos 15 o 16 años acaudilla el rescate. Lo obedecen todos: policías, militares, brigadistas. Se vive el mismo fenómeno de afirmación y solidaridad del 68, pero en sentido inverso: ahora los estudiantes no gritaban «únete, pueblo», sino que se unían a él.

Los jóvenes desplegaron una auténtica cruzada de acopio y distribución de bienes, información y servicios. A las universidades privadas y, en menor medida, a las públicas llegaron agua, ropa, alimentos, mantas, medicinas, camas, juguetes, agua, biberones, escobas, jeringas. En sus instalaciones se organizó de inmediato un sistema de información que cotejaba los recursos con las necesidades. Mientras en las cocinas se preparaban las comidas y en los almacenes se reservaban los productos que no era preciso distribuir de inmediato, miles de brigadistas salían a la calle —a los albergues, las colonias, las aceras, los parques, los edificios en ruinas— para distribuir bienes perecederos y necesarios.

El 90 por ciento de la operación en todas las universidades estatales y privadas estuvo en manos de los estudiantes. Hubo selección de víveres, verificación de necesidades, servicios de telecomunicación, intercambio de información para evitar —a menudo inútilmente— duplicidad, envíos con recibo para dar transparencia a la operación, censo y organización interna en los albergues. De inmediato se discurrieron los servicios más variados: desde el peritaje de edificios con exalumnos

hasta la fotografía de cadáveres para su posterior identificación.[2]

Se trataba a todas luces de un momento dúctil en el que el gobierno podía haber intentado descentralizar la vida del país. La ciudad de México era una auténtica «ciudad-Estado» que, como nuevo centro imperial, devoraba los recursos y las divisas de sus «colonias» en el resto del país. En la capital vivía la quinta parte de los mexicanos, los cuales consumían la mitad de las importaciones. El déficit del país provenía del déficit de la capital. En el Distrito Federal se subsidiaban alimentos, vivienda, transporte, servicios. Era el momento de comenzar al menos la lenta labor de desmontar la pirámide mediante el doble proceso de restar privilegios a la capital y devolver a los estados y municipios recursos económicos y autonomía política. Era la oportunidad, pero el gobierno la dejó pasar.[3]

En julio de 1986 tendrían lugar las elecciones para el cargo de gobernador en Chihuahua. Desde el año anterior, el estado vivía una excitación política sin precedentes desde los remotos tiempos de Pancho Villa. En 1985 se celebraron elecciones para diputados locales. Un distrito tuvo que ser congelado porque la victoria del PAN hubiese equilibrado la representación en el Congreso. En septiembre estalló un conflicto estudiantil que el gobernador Ornelas no supo, no pudo o no quiso controlar. El día en que el terremoto sacudió la ciudad de México, Ornelas cayó. Tiempo después, declaraba a un diario nacional: «Hubo quienes sugirieron utilizar la represión para frenar al PAN. Pero la violencia se hubiera desbordado sin control. Decidí entonces respetar la voluntad popular. Luego tuve que renunciar». En cuanto a las elecciones de julio de 1986 advertía: «Si el PRI no atina en la selección de candidatos para alcaldes y diputados locales, el

partido sufrirá la peor debacle de su historia. Más grave aún que en 1983».

En abril de 1986, la debacle parecía segura. En Chihuahua o Ciudad Juárez, donde se concentraba el 80 por ciento del electorado, la capacidad de convocatoria del PAN saltaba a la vista: mítines concurridos, campañas de afiliación simbólica con distintivos y calcomanías, participación política incluso de los niños. El estribillo de campaña lo decía todo: «En Chihuahua… ¡ya es tiempo!» El ascenso del PAN se explicaba por el agravio general del país, pero tenía también motivos particulares y remotos. En la historia de Chihuahua, como en la de otros estados del norte, existía una gravitación natural hacia la autonomía. En Chihuahua, «el centro» seguía siendo la fuente de todos los males, el lugar de los litigios, los permisos, las «mordidas», los dobleces, el legalismo, la dictadura de escritorio, los privilegios, la tecnocracia, la burocracia, los increíbles subsidios, el paternalismo, la gesticulación.

La libertad de que hacía uso la prensa de Chihuahua era un dato nuevo y alentador, pero acaso la mayor novedad fue la actividad política franca y abierta del clero. Desde los remotos tiempos de la Cristiada no se escuchaban declaraciones como las que se atrevía a hacer don Adalberto Almeyda, arzobispo de Chihuahua: «El pueblo está cansado de engaños y habrá violencia si no se respeta el voto». El 19 de marzo de 1986 los obispos de Chihuahua, Torreón, Tarahumara, Ciudad Juárez y Nuevo Casas Grandes publicaron la exhortación pastoral «Coherencia cristiana en la política», dirigida «a los católicos que militan en los partidos políticos». El documento atacaba al sistema político en dos flancos: «la intolerancia y absolutismo de un solo partido» (prácticas «totalitarias» contra las que se declaró, expresamente, el Concilio Vaticano II), y la «corrupción que se ha apoderado desde hace tiempo

de las instituciones» y cuya causa primera es «la reticencia que se tiene a abrirse a una sincera y auténtica democracia». «La falta de democracia en un partido revela la voluntad decidida de ejercer el poder de una manera absoluta e ininterrumpida. Y el poder absoluto, en manos humanas, necesariamente limitadas, lleva inexorablemente a la corrupción.»

El presidente De la Madrid había hecho una severa advertencia contra toda intervención del clero en cuestiones políticas. El artículo 130 la prohibía. El arzobispo Almeyda respondió: «…es responsabilidad de la Iglesia luchar por el bien común y a eso no renunciamos». Para la Iglesia —decía un comunicado episcopal— «un fraude electoral es un pecado tan grave como el robo o el aborto».

El nuevo espíritu afirmativo de la Iglesia tenía un origen muy claro: la apoteósica visita del papa Juan Pablo II a México en 1979. Todo el México católico —es decir, casi todo México— se había volcado en las calles para expresarle lo que los franciscanos del siglo XVI ya sabían: que los mexicanos son «religiosísimos». El Papa parecía buscar expresamente que las Iglesias nacionales se reformaran a imagen y semejanza de la Iglesia polaca: como un contrapoder. La Iglesia de Chihuahua lo estaba logrando.



Anónimo, *Miguel de la Madrid Hurtado, presidente de México*, diciembre de 1982, fotografía. Id. 8319 © Archivo Procesofoto.

Francisco Barrio era un hombre carismático. Su popularidad se palpaba en la calle. En una reunión con un grupo de empleados de la RCA, reconocía que su táctica había sido básicamente de «ataque» y «cuestionamiento», con «poco énfasis en un programa». A sus colaboradores les exigía honestidad y capacidad. Un manejo eficiente de las finanzas estatales atenuaría el efecto de la crisis; para ello contaba ya con gente «lista para chambear». En cuestiones electorales, se quejaba, ya «no se cuidan ni las formas…» En todo el estado, el PRI afrontaba una situación difícil. Una encuesta reciente en Chihuahua favorecía al PAN en una proporción de tres a uno: «El fraude está canijo y sin embargo está en marcha … el gobierno pregona textualmente que "no va a soltar nada"… Tenemos que arrebatárselo… ¿Hasta dónde llegaremos?… Hasta todo. Evitaré la violencia pero no me doblego, no blofeo».

El fraude estaba «canijo», pero los periodistas independientes advertían que la maquinaria del sistema había tomado diversas providencias: impedía que trabajadores, maestros, padres de familia y campesinos manifestaran su apoyo al PAN; presionaba a los medios de comunicación, en especial a los concesionarios de radio y televisión, para apoyar abiertamente al partido oficial; manipulaba el padrón electoral eliminando miles de nombres y reteniendo credenciales. Para contrarrestar «el fraude que ya estaba en marcha», Barrio leía a un clásico de la política y la desobediencia civil: Gandhi.

Fernando Baeza, el candidato del PRI, era diez años mayor que su principal oponente. Su padre, ranchero de profesión, fue fundador del PAN local. Baeza estudió con los jesuitas. Hombre tranquilo y conciliador, su carrera política arrancó en la presidencia municipal de su ciudad natal, Delicias.

Cuentan que el padre le dijo: «No voto por ti»; pero como Baeza quería ser líder y no mártir (corrían los años setenta), siguió en el PRI, hizo una buena gestión en su municipio y llegó al puesto de subprocurador en la Procuraduría General de la República.

No obstante, Baeza decía cosas raras ante el micrófono: «… la palabra ha perdido credibilidad … los chihuahuenses están cansados de buenas intenciones … Lo único intolerable es la intolerancia … Queremos participación libre, convencida y razonable». Cerrando los ojos, se habría dicho que Baeza era el candidato del PAN. Por eso se hablaba de que se había «empanizado». Su táctica era la misma que había dado frutos al sistema durante su ya larga existencia: incorporar, incluir, cooptar.

La izquierda contendía también en las elecciones de Chihuahua. El candidato del PSUM (Partido Socialista Unificado de México) era el profesor Antonio Becerra Gaytán, cincuentón simpático y sencillote. Su trayectoria iba de la ortodoxia a la heterodoxia. Hijo de militar, profesor normalista, seguidor de Othón Salazar y fundador del Movimiento Revolucionario del Magisterio, se hizo comunista en 1960. «Hay que entender el momento», explicaba como excusándose levemente, «no era sólo Othón, era el MRM, el movimiento ferrocarrilero, Cuba.» «La sumisión al maestro Lombardo Toledano me molestaba.» Con esfuerzo autodidacta, se ganaba la vida dando clases de psicología e historia de México en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Viajó al Este. En Rumania dijo para sí: «Yo no peleo por esto». Criticó la invasión a Praga. El 2 de octubre de 1969 Becerra sufrió un secuestro político. El PAN pedía su liberación. Y —sólo podía pasar en Chihuahua— ¡el obispo ofreció una misa! Un alumno suyo comentaba: «La derecha lo hizo demócrata».

En los setenta participó en la autocrítica del PC («¡Somos una secta!»). La relación de Becerra con su propio partido, el PSUM, no había sido fácil. «Donde gane el PAN no firmo», le dijo algún compañero, a lo que contestó: «No se es demócrata limitado. ¿Tienes o no confianza en las masas? O lo haces o te niegas». Sobre las elecciones próximas opinaba: «El PRI perdió la sensibilidad de reconocer la cultura del hombre libre frente a la cultura del empleado. Si a este electorado no se le reconoce sobrevendrá el repliegue y la frustración. Chihuahua vive hoy la revolución de la democracia. Chihuahua puede ser la cuna de los tiempos nuevos».

En contra de lo que De la Madrid mismo creía, el presidente de la República contaba con el poder para enarbolar *en ese mismo momento* la bandera de la democracia. El único protagonista político del «primer círculo» que hubiera protestado era el PRI, y ni siquiera todo el PRI sino parte de la burocracia política y las corporaciones sindicales. El ejército se plegaba al presidente, los caciques regionales pertenecían a la historia (Gonzalo N. Santos había muerto años atrás). Las cámaras, los magistrados, los gobernadores hubieran aplaudido unánimemente.

En el «segundo círculo», la relativa subordinación ya no era tal: varios periódicos y revistas mexicanos eran independientes, y si no prosperaban, al menos sobrevivían; varios intelectuales vivían fuera del presupuesto, ejercían la crítica al sistema y tenían cada vez más lectores; algunos sectores de la Iglesia adoptaban valores y actitudes liberales; los estudiantes habían demostrado su valor cívico en el terremoto; hasta algunos empresarios jóvenes comenzaban a admitir lo que después del desastre económico y la nacionalización bancaria era ya un secreto a voces: el sistema político mexicano debía reformarse y dar pie a la democracia.

En el tercer círculo, el de los «no subordinados», la independencia era la norma. El PAN cosechaba los frutos de su larga trayectoria democrática y ofrecía una salida natural y pausada de progreso político: el tránsito pacífico del poder a la oposición en los estados y municipios más desarrollados del país, sobre todo los del norte. La izquierda seguía dividida en varios partidos, algunos «paleros del gobierno», otros independientes como el antiguo PC (ahora llamado PSUM) y el PMT (Partido Mexicano de los Trabajadores), acaudillado por Heberto Castillo. Pero lo más notable en la actitud de la izquierda política era su naciente compromiso con la democracia.

Lo mismo cabía decir de la izquierda intelectual. En los diarios, la cátedra, las revistas literarias o los cafés, podía defender a los sandinistas y los guerrilleros de El Salvador, pero la revolución democrática del sindicato Solidaridad en Polonia había herido de muerte el dogma del paraíso comunista. Las reformas de Gorbachev se veían como una esperanza. No faltaba quien, en privado, se atreviera a criticar a Fidel Castro.

Era una oportunidad formidable. La opinión pública, la sociedad no corporada, fuera del sistema, hubiera aplaudido el tránsito paulatino a la normalidad democrática. La reacción internacional hubiese sido de entusiasmo. Pero el gobierno dejó pasar el tren de la democracia y echó a andar la maquinaria de la «alquimia electoral» en Chihuahua. El fraude estaba «canijo», pero se dio: victoria del PRI, derrota del PAN.[4]

Junto con dos prominentes panistas, Luis H. Álvarez se declaró en huelga de hambre. Así comenzó el PAN un vasto movimiento de resistencia civil. En un acto sin precedentes, veintiún intelectuales firmaron un manifiesto que se publicó

en los principales diarios del mundo. Señalaban las irregularidades del proceso electoral, exigían la anulación de los comicios y la celebración de nuevas elecciones. El secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, invitó a algunos de esos intelectuales a cenar. Les dijo que era «imposible ceder a su petición porque la victoria del PAN en Chihuahua abría las puertas a tres enemigos históricos de México: la Iglesia, los Estados Unidos y los empresarios».

Los escritores refutaron sus argumentos. La triple teoría conspiratoria sobre el ascenso del PAN era ridícula. La influencia de la Iglesia —le dijeron— convergía en el proceso, lo apoyaba y lo aprovechaba, pero no movía las actitudes cívicas. Se había hablado también del dinero norteamericano que engrosaba las arcas del PAN. Si existían pruebas, ¿por qué no se exhibían? El argumento habitual era que en Chihuahua estaba en jaque la soberanía nacional. ¿En qué sentido concreto México sería «menos México» con un gobernador no priísta en Chihuahua? Fueron dos gobiernos priístas los que, en gran medida, hipotecaron al país entre 1970 y 1982. Si los cien mil millones de dólares que el país debía ya en 1986 (a una tasa del 10 por ciento) hubiesen entrado al país como inversión extranjera, repatriando el 4 por ciento (después de cubrir sueldos, impuestos, compras, reinversiones, etcétera), ¿no tendríamos, en sentido concreto, más soberanía? Si se cambiara el *statu quo*, no se disminuiría la soberanía de la nación sino la soberanía del PRI. En cambio, el fortalecimiento de Chihuahua a través de la democracia no podía conducir sino al fortalecimiento de la nación. Quedaba, en fin, la tercera *bête noire:* los empresarios. Su apoyo al PAN —se argumentó— era relativo. De los setecientos miembros del Centro Empresarial sólo cincuenta eran abiertamente panistas. La gran empresa de la ciudad de Chihuahua era priísta. Los empresarios chihuahuenses, para todos los efectos

prácticos, eran en su mayoría apolíticos o, cuando mucho, «prendían dos veladoras». En suma, el juicio de Luis H. Álvarez era exacto: «…se ofende al electorado de Chihuahua al decir que lo manipulan los empresarios, la Iglesia o los Estados Unidos».

Bartlett —que en su juventud había sido un colaborador y ardiente partidario de Carlos Madrazo— escuchó los argumentos y no modificó un ápice su posición. Al final de la cena sugirió que se había cometido un fraude, pero era un «fraude patriótico». Cualquier disturbio, advirtió, se toparía con la fuerza pública.[5]

Era un error histórico. Chihuahua podía haber sido la cuna de la democracia; pero al decidir que no lo fuera, el gobierno de la «renovación moral» perdió su gran oportunidad de encabezar el cambio democrático.

Una «corriente crítica» nació dentro del PRI exigiendo democracia. La encabezaba el exgobernador de Michoacán, el hijo del «Tata Lázaro», un hombre que en su nombre y apellido concentraba simbólicamente el nacionalismo popular de la historia mexicana: Cuauhtémoc Cárdenas. Había solicitado su ingreso al Wilson Center en Washington, pero a raíz de los sucesos de Chihuahua —y a diferencia del gobierno— leyó con claridad su oportunidad política y la aprovechó. Junto con otros priístas destacados (como el expresidente del PRI y exsecretario de Trabajo y de Educación, Porfirio Muñoz Ledo) recogería la bandera democrática que De la Madrid había despreciado y se la llevaría con él, de ser preciso, fuera del PRI.

A mediados de 1987, a unos meses del «destape», De la Madrid reflexionaba en privado sobre la trayectoria de su gobierno. Su mayor satisfacción consistía en haber comenzado una auténtica reforma económica, una

«perestroika» a la mexicana que estaba dando frutos sustantivos. A partir de índices del 150 por ciento, la inflación se estaba controlando gracias a la novedosa idea de un «pacto» entre el gobierno, las corporaciones obreras y las cúpulas empresariales. En 1986, el Estado había hecho lo impensable: declarar en quiebra una empresa pública, y no cualquier empresa; nada menos que la legendaria Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, adquirida por el gobierno echeverrista —como tantas otras empresas quebradas o en problemas— para beneficio de los empresarios, los banqueros, los burócratas y para desgracia del presupuesto nacional. Más de mil empresas públicas creadas entre 1970 y 1982 se hallaban en situación de virtual bancarrota. El gobierno se proponía deshacerse de ellas. Además del control del gasto público y el arranque de la privatización, De la Madrid se había inclinado a favor de la entrada de México al GATT. Éstas y otras reformas de liberalización económica tenían que volverse irreversibles. El mensaje era obvio: el próximo presidente debía ser un hombre que consolidara el cambio económico.[6]

A pesar de los números que dejaría a su sucesor (una deuda de cinto dos mil millones de dólares, crecimiento nulo, caída de 8,6 por ciento en el salario real, una devaluación que llegó a 925 pesos por dólar), Miguel de la Madrid había logrado una corrección del rumbo económico del país. Él mismo confesaba que había sido difícil: se había formado en una mentalidad reticente ante el mercado, proclive al Estado. Pero había cambiado, y al cambiar había redescubierto su propia raíz intelectual: las ideas económicas de los liberales.

¿Y la política? Al hablar del PRI ya no se mostraba cabizbajo. «El PRI ocupa el centro del espectro político de México, necesita renovarse, atraer a la clase media, y lo puede

hacer.» A la derecha estaba el PAN, lleno de gente que «no es seria» y ligado a la Iglesia, con la que era difícil negociar y discutir. El país «necesita una izquierda moderna», pero los izquierdistas mexicanos eran «dogmáticos y a veces locos». Ahí, a la izquierda, era donde debían parar los «populistas» Cuauhtémoc Cárdenas y Muñoz Ledo: «…por mí que se vayan, que formen otro partido».[7] La prensa era una cloaca, los empresarios sólo pensaban en el dinero. ¿La democracia? México vivía una democracia, pero imperfecta y perfectible. En términos políticos, la moraleja era clara: Miguel de la Madrid había olvidado a la «sin par generación de los liberales». Era, a fin de cuentas, un hombre del sistema.

Como quería y preveía De la Madrid, Cuauhtémoc Cárdenas y Muñoz Ledo abandonaron el PRI. Sin haber organizado un partido para las elecciones de 1988, Cárdenas aceptó su postulación por una coalición de pequeños partidos. Antes del día de las elecciones, el otro candidato de la izquierda —Heberto Castillo, cabeza del PMT— tuvo el acierto de declinar su candidatura para apoyar al hijo del general. Por el PAN contendía un bravo empresario de Sinaloa, un antiguo jugador de futbol americano del Tecnológico de Monterrey que ahora empleaba sus técnicas de *full-back* para horadar la débil defensiva del equipo del PRI: Manuel Clouthier. Por el sistema, el candidato era un joven y brillante economista, exsecretario de Programación y Presupuesto: Carlos Salinas de Gortari.

La campaña del PRI obtuvo menos éxito de lo esperado, pero ni en sus más salvajes sueños los jerarcas pudieron prever lo que sucedería el 6 de julio de 1988. Como ocurrió seis años atrás, el electorado volvió a votar, pero esta vez no para avalar al candidato oficial sino para castigarlo, para insistir en el agravio insatisfecho, para formular un deseo

absoluto de cambio. Cuando los primeros datos llegaron a las oficinas de Gobernación en Bucareli, los resultados a favor de Cárdenas eran tan alarmantes que el sistema decidió inventar un desperfecto técnico para ganar tiempo, manipular la elección electrónicamente, revertir la tendencia y dar el triunfo a Salinas. El propio sistema llamó al desperfecto —con humor involuntario, con justicia poética— «la caída del sistema». Se refería, claro, al sistema de cómputo, pero el ciudadano común comprendió que el que se había caído era el otro, el verdadero, el presidencialismo mexicano.

Los ciudadanos nunca supieron el resultado real de aquellos comicios ni lo sabrán jamás. En el cenit de su presidencia, Carlos Salinas de Gortari ordenó quemar los paquetes de aquella votación que estaban resguardados en los sótanos de la Cámara de Diputados. Es probable que contuvieran la evidencia de su derrota. Cuauhtémoc Cárdenas luchó tenazmente contra lo que consideraba una usurpación. Una orden suya pudo haber incendiado al país. Pero quizá recordó a su padre, el general misionero, hombre de convicciones pero no de violencia, y haciendo un inmenso servicio al país, optó por formar un nuevo partido político de izquierda que en sus siglas definía su vocación: el PRD, Partido de la Revolución Democrática.

A pesar de la turbulencia política, Miguel de la Madrid terminó su sexenio sin sufrir el repudio de la opinión pública. A Díaz Ordaz lo perseguiría hasta la muerte el espectro sangriento de Tlatelolco; a Echeverría, la estela de su demagogia; a López Portillo, las personas en los restaurantes le ladraban cruelmente en recuerdo de aquella frase inmortal: «defenderé el peso como perro». De la Madrid podría caminar por la calle sin recibir aplausos pero tampoco insultos. Saludos corteses. Creyó que para cumplir con la «renovación moral» bastaba con repetir el episodio de

austeridad republicana de Ruiz Cortines, practicar personalmente una ética de la abstención, dejar atrás la prepotencia, la megalomanía, la frivolidad. Aunque la gente apreciaba el respiro de esos seis años de autocontención, comprendía también que De la Madrid había confundido la prudencia con la pasividad y a veces con la inmovilidad. Pagó los platos de doce años de borrachera populista, pero pudo y debió hacer más, debió poner en práctica la «renovación moral» que en verdad se le pedía: devolver a la sociedad el control de su destino, instaurar la democracia.

NOTAS

1. Krauze, *Por una democracia sin adjetivos,* pp. 44-75.
2. Ibíd., pp. 96-98, 99-111.
3. Zaid, *La economía presidencial,* pp. 125-142, 173-178.
4. Krauze, *Por una democracia sin adjetivos,* pp. 112-142.
5. Testimonios de Carlos Monsiváis y Héctor Aguilar Camín.
6. Entrevista con Miguel de la Madrid, México, D.F., 8 abr. 1987.
7. Idem.

IX
Carlos Salinas de Gortari
El hombre que sería rey



Anónimo, C*arlos Salinas de Gortari*, 1.° de diciembre de 1988, fotografía. Id. 2750 © Archivo Procesofoto.

México cruzaba en diciembre de 1988 la zona minada de una legitimidad incierta. El nuevo presidente debía actuar rápido, no para lograr legitimidad —algo imposible, que sólo nuevas e impensables elecciones podían haberle dado— sino credibilidad, esa sensación de que en Los Pinos había un líder firme y decidido. De pronto, a principios de 1989, en un amplio operativo, un grupo militar capturó al líder petrolero Joaquín Hernández, «la Quina». Se decía que «la Quina» había apoyado la campaña de Cárdenas y había financiado un libelo contra Salinas denominado «Un asesino en la presidencia» (el texto refería el homicidio accidental de una sirvienta cometido por Salinas de Gortari a los cuatro años de edad). «La Quina» pasaría el sexenio entero en la cárcel, acusado, entre otros delitos, de acopio de armas. El mensaje era claro: Salinas de Gortari no dejaría que nadie dentro del sistema político lo «calara»: era él quien «calaba». La reacción social fue una mezcla de admiración y alivio. El chaparrito Salinas de Gortari creció. Había un líder en Los Pinos. Tenía «huevos».[1]

Pero no sólo huevos; también talento económico y político, y capacidad para rodearse de talentos. Con Salinas entró a gobernar la joven generación que Miguel de la Madrid había propiciado. En Hacienda, Pedro Aspe Armella (egresado del Massachusetts Institute of Technology) ya había probado su eficacia en el proceso embrionario de privatización, corrección de las finanzas públicas y control de la inflación durante el periodo de De la Madrid. Aspe, uno de los mejores economistas de su generación, era un líder natural que formó un verdadero equipo de reformadores. En el gobierno del Distrito Federal —donde la votación de 1988 había favorecido a Cárdenas—, Salinas colocó a su antiguo amigo de la Facultad de Economía de los años sesenta, casi su hermano: el

experimentado Manuel Camacho Solís (egresado de Princeton). El PRI se lo encomendó a su hijo político, el economista Luis Donaldo Colosio (egresado de Northwestern), hombre suave, conciliador, con buena pinta de charro mexicano. Otros nombramientos de importancia fueron los del inteligente y austero economista Ernesto Zedillo (egresado de Yale) en la Secretaría de Programación y Presupuesto, y el inteligente y locuaz economista Jaime José Serra (también egresado de Yale) en la Secretaría de Comercio. Era la *Ivy League* en el poder.[2]

Salinas de Gortari había elegido un equipo a su propia imagen y semejanza. También él era economista y había estudiado en Harvard, pero sus credenciales parecían insuperables. Llegaba al poder muy joven, a los cuarenta años cumplidos; sólo Lázaro Cárdenas y Francisco I. Madero habían llegado a una edad menor, a los treinta y ocho años. Podía presumir de ser un hijo legítimo de la «familia revolucionaria»: su padre, el economista Raúl Salinas Lozano, había desempeñado el puesto de secretario de Industria y Comercio en el régimen de Adolfo López Mateos. La carrera del hijo parecía una copia de la del padre. Ambos habían estudiado en Harvard, se habían formado en la Secretaría de Hacienda y habían alcanzado una secretaría; pero el hijo superaba al padre en varios aspectos: tenía una maestría en administración pública, así como otra maestría y un doctorado en gobierno y política económica. Su carrera administrativa había sido igualmente brillante: a la sombra de su padrino Miguel de la Madrid, escaló varios puestos de investigación y *planificación* económica hasta convertirse en el imaginativo y dinámico jefe de su campaña presidencial y, a partir de 1982, en su poderoso secretario de Programación y Presupuesto. En la práctica, aquella secretaría era mucho más que un ministerio: era un laboratorio del régimen siguiente.

No es casual que sus dos principales subsecretarios hayan sido Aspe y Camacho.

Caballista consumado, Salinas de Gortari había ganado una medalla en los Juegos Panamericanos de Cali, Colombia, en 1971. «Es un especialista en salvar obstáculos», comentaba aquel valeroso *full-back* del PAN, Manuel Clouthier, quien murió poco después de las elecciones de 1988 en un accidente de automóvil. Una ambición profunda se anidaba tras los ojos vivaces, la sonrisa juguetona y la inteligencia helada, filosa, de Carlos Salinas de Gortari.

Junto a él, acompañándolo como una sombra, aparecía siempre un hombre silencioso, envuelto en el misterio. Era su asesor, José María Córdoba. Hijo de republicanos españoles, veterano del 68 parisino, tenía una cultura humanística y una perspectiva global de la que carecían los tecnócratas del «salinismo». Era el poder detrás del trono.

En la historia del México moderno ha habido algunos cuantos presidentes reformadores, hombres decididos a escuchar la llamada del futuro. Porfirio Díaz, Plutarco Elías Calles y Miguel Alemán eran de esa estirpe modernizadora. Creían en el progreso económico más que en la libertad política. Eran los nuevos Borbones, los déspotas ilustrados de la edad moderna. A esa estirpe imperiosa e impaciente pertenecían Salinas de Gortari y su generación.

Su proyecto de fondo era la rehabilitación plena de la mayor empresa mexicana del siglo: el sistema político mexicano. Sólo modernizando esa empresa podría modernizar el país.[3] El plan de acción no podía incurrir en anacronismos ni repeticiones. Por definición, era imposible e indeseable volver a las épocas del populismo dadivoso que había llevado al país a la quiebra, pero tampoco se necesitaba destruir todas las prácticas del sistema. Algunas podían

resultar útiles. La clave estaba en hallar un diseño equilibrado y eficaz para poner en práctica la frase de oro de Jesús Reyes Heroles: «Cambiar para conservar».

En la cúspide, Salinas ejercería el poder presidencial sin la violencia de Díaz Ordaz, los sobregiros verbales de Echeverría o el boato de López Portillo, pero con una visibilidad mucho mayor que De la Madrid. Nada de reticencias: su mano firme seguiría sintiéndose, como en el caso de «la Quina». La energía juvenil del nuevo presidente, la resolución con la que pondría en práctica su nuevo programa económico y hasta la medida contra «la Quina» recordaban el arranque de Miguel Alemán.

El PRI debía entrar en un proceso de reforma paulatina. Bajo la *mano suave* de Colosio se pondrían las bases para un proceso de federalización dentro del partido; a largo plazo, se pretendía transformarlo en una organización de ciudadanos, no de sectores. Colosio solía hablar con entusiasmo sobre estos esfuerzos, como si estuviesen al alcance de su mano. Quizás ignoraba el antecedente de Madrazo. Un PRI integrado por ciudadanos, un PRI con elecciones internas, no era el PRI. El partido se sometió a una primera prueba en 1989, con motivo de las elecciones en Baja California Norte. El PAN obtuvo un triunfo claro y Salinas de Gortari instruyó a Colosio para que aceptara sin ambages la derrota. Era la primera vez en la historia moderna de México (y del PRI) que un candidato de oposición —el panista Ernesto Ruffo— llegaba a la gubernatura de un estado. El fortalecimiento moral que extrajo el gobierno de esa derrota confirmaba, en retrospectiva, el error de Chihuahua. Los Estados Unidos no invadieron Baja California, que tampoco cayó en manos de la Iglesia ni de los empresarios. Había triunfado la democracia, pero el PRI bajacaliforniano no le perdonaría nunca al

régimen —ni a Colosio— la humillación.[4] Un grupo político se formó entonces en las zonas más turbias del priísmo de Baja California. Su designio vengativo estaba inscrito en su nombre: TUCAN, «Todos Unidos Contra Acción Nacional».

Salinas había encarcelado a «la Quina», pero mantenía las mejores relaciones con el presidente vitalicio de los obreros. A sus ochenta y ocho años de edad, don Fidel Velázquez seguía tan activo y dinámico como en tiempos de Calles. Hombre pragmático por excelencia, atento al «itacate», cercano a las masas, desdeñoso del «camino» y la ideología, «don Fidel» reconocía el éxito del pacto efectuado en 1988 entre las corporaciones sindicales (que dependían mayoritariamente de él), el gobierno y los empresarios: la inflación había caído de manera impresionante, del 15 por ciento, en enero de 1988, al 0,4 por ciento en agosto de ese mismo año. Estos resultados lo animaron a reafirmar «el indestructible pacto histórico» entre el «gobierno revolucionario y la clase obrera». En cualquier país latinoamericano, un ajuste drástico de los salarios (como el que suponía el nuevo pacto) hubiese arrojado a los obreros a las calles en protestas multitudinarias. No así en México: «es una de las ventajas del corporativismo», comentaba Salinas de Gortari. El gobierno utilizaba sus instrumentos políticos premodernos para corregir el rumbo económico y despegar hacia la siempre anhelada modernidad.

Con los campesinos, Salinas de Gortari empleó una estrategia más compleja. Las manifestaciones de crisis económica en el campo eran evidentes desde tiempos de Cárdenas: baja productividad, pobreza extrema, erosión de la tierra, éxodo a las ciudades. El gobierno de Salinas comenzó a preparar la más ambiciosa reforma económica y social desde tiempos de Alemán: nada menos que una modificación de fondo al intocable artículo 27 constitucional. Se trataba de dar

al campesino la oportunidad de decidir libremente el régimen de propiedad que le conviniese, ya sea el colectivo (ejidal) o el individual (propiedad privada). Lo importante era que el campesino tuviese títulos de *propiedad* sobre su tierra, no meros «derechos ejidales» que en la práctica lo sometían a la tutela permanente de ese eterno e impersonal patrón: el gobierno local, estatal o federal en turno.

El sentido genuinamente liberal de esta reforma implicaba una voluntad de manumitir al campesino y convertirlo en mayor de edad. Las viejas figuras autoritarias y venales del campo mexicano (el cacique, el comisario ejidal) verían disminuido su poder en la medida en que el campesino tomara conciencia de su libertad y la ejerciera. No obstante, el sistema no pretendía romper amarras con los campesinos. Eso parecía inconveniente en el sentido económico (porque los campesinos, conservadores y desconfiados, tardarían en asimilar las bondades de las reformas) y en el político: los cambios al sacrosanto legado de Cárdenas podían fortalecer la oposición cardenista. El grupo de Salinas comenzó a concebir un sistema de apoyo al campesino que, esquivando la pesada, onerosa y corrupta burocracia, atendiera directamente al campesino compartiendo inversiones y proyectos como un socio financiero. El programa obtuvo un éxito notable en casi todo el país: se llamó «Solidaridad». La televisión se llenó de anuncios que pregonaban sus logros como un nuevo Evangelio del progreso. Con el tiempo, las malas lenguas dirían que Solidaridad era el embrión de un nuevo partido que encabezaría Salinas al salir de la presidencia, su plataforma histórica. Tales rumores nunca se confirmaron, pero entre los campesinos Solidaridad gozaba de una aceptación evidente. El gobierno los ayudaba no con palabras ni con proyectos administrados por burócratas: con dinero en efectivo.

El ejército permanecía tan subordinado e institucional como siempre. En las Cámaras de Diputados y Senadores se habían producido cambios de consideración. En ambos casos predominaba la obediente máquina del PRI, pero los representantes del PAN y el PRD introducían un debate real que un sector de la prensa recogía y proyectaba a la opinión pública, dando por primera vez al poder legislativo, si no un peso real, al menos la apariencia de un poder auténtico e independiente. De particular importancia había sido la ruptura del ritual el primero de septiembre de 1988. El senador del PRD, Porfirio Muñoz Ledo, interpeló por primera vez en la historia al presidente (De la Madrid), despojando a la «investidura presidencial» de su aura sagrada. La opinión pública apreció la importancia del hecho, pero los jerarcas del PRI insultaron a Muñoz Ledo en pleno recinto legislativo gritándole «traidor».

El poder judicial seguía siendo débil, pero en los demás poderes formales, en las gubernaturas y en las presidencias municipales, el coraje cívico de los mexicanos deparaba notables sorpresas que el régimen no supo prever ni interpretar.

En la zona tradicionalmente «no tan subordinada», se produjeron cambios impresionantes. Una parte de la prensa seguía pegada a las ubres del Estado. Como en los viejos tiempos del alemanismo, eran meras oficinas de información oficial. Si una bomba atómica hubiera caído en Nueva York, muchos periódicos de México hubieran cabeceado en la primera plana: «Atómica en Nueva York; Salinas consternado». Pero junto a esta sujeción voluntaria (que se repetía en el caso de los noticiarios de televisión), la prensa escrita y la radio ejercían su libertad pasando por encima de las sutiles amenazas oficiales y los riesgos. Periódicos como *La Jornada* en la ciudad de México y *El Norte* en Monterrey,

revistas independientes como el semanario *Proceso*, daban un ejemplo de libertad que no tardaron en seguir otros órganos de la capital y la provincia. La novedad de los tiempos fue la apertura política de la radio. Siguiendo la pauta abierta por la estación Radio Red en su noticiario matutino *Monitor* (escuchado religiosamente por millones de personas), otras cadenas abrieron su programación a una cobertura objetiva de las noticias y a un debate político cada vez más libre.

Si la prensa y la radio se escapaban a su control, el gobierno salinista diseñó un acercamiento sin precedentes a dos protagonistas colectivos de la zona «relativamente subordinada»: los empresarios y la Iglesia. La intervención de los primeros en el pacto de 1988 fue el preludio de una luna de miel que duraría todo el sexenio. No podía ser de otra forma. Las reformas económicas que instrumentaría Salinas representaban una reversión completa de los esquemas populistas de Echeverría y López Portillo. No había duda del rumbo que había que seguir, como sí hubo con López Mateos, y «ni siquiera» titubeos, como con De la Madrid. Cuando Salinas decía que México podía ingresar en el Primer Mundo, lo creía de verdad, y se refería claramente a un esquema capitalista. Los cambios macroeconómicos infundían confianza en el inversionista —sobre todo en los grupos oligopólicos nacionales—, pero la prueba tangible la tuvieron en el proceso de privatización que, saltándose todos los tabúes, los benefició. Con excepción, fundamentalmente, de las industrias nacionalizadas por don Porfirio, Cárdenas y López Mateos (los ferrocarriles, el petróleo, la energía eléctrica), el gobierno cerró y subastó, a buenos precios, la gran mayoría de sus empresas. A la nacionalización de la banca instrumentada por López Portillo, Salinas la trató como lo que era: un sainete que no sólo podía sino quería y debía revertir.

Una de las primeras argucias de Salinas fue la de acercarse a la Iglesia y tantear la posibilidad de fumar la pipa de la paz. Para ello había que modificar sustancialmente el artículo 130 de la Constitución, con lo que que se dotaría de personalidad jurídica a la Iglesia, así como plena autonomía para gobernarse en su régimen interno y hacer manifestaciones de culto externo. Ahora los sacerdotes podían opinar como les pareciera y votar. El nuevo concordato incluiría también el restablecimiento de relaciones con el Vaticano. El Estado salinista pensó extraer del acuerdo una fuerte tajada de prestigio y legitimidad, pero lo cierto es que el pueblo, religiosísimo como siempre, tomó con indiferencia la reforma, que sólo avalaba una situación de hecho. La Iglesia, por su parte, se avino astutamente a una reforma que le costaba poco, la beneficiaba mucho y confirmaba la conciliación iniciada por el piadoso Ávila Camacho.

A despecho de la llamarada provocada por el terremoto del 85, los estudiantes no eran los del 68. Aquel espíritu de los sesenta sería irrepetible. El gobierno podía darse el lujo de revertir la tendencia populista y relegar la inversión en las grandes universidades públicas. No ocurriría nada, fuera de aislados conatos de rebeldía y una romántica adhesión estudiantil a Cárdenas, que ya se había manifestado en las elecciones del 88. Por lo demás, en fuerte contradicción con su política económica, el gobierno salinista no «adelgazaba» en absoluto, sino que mantenía el tamaño del sector público central, que de ese modo podía seguir cumpliendo las tradicionales funciones de aspiradora social, dando empleos.

Esta filantropía era un dato central en el esquema. El «pan» que seguía previniendo el «palo». En el año de las fiestas del Centenario, Díaz empleaba a 64.381 personas, el 1,2 por ciento de la población ocupada. En 1970, en la cima del «desarrollo estabilizador», había 616.607 burócratas, el 4,8

por ciento de la población ocupada. Echeverría salvó de «vivir en el error» a 2.151.890 personas, y López Portillo, a 3.990.702 (el 14 y el 20,4 por ciento de la población ocupada, respectivamente); pero De la Madrid llevó la beca nacional a 4.365.500 personas y Salinas la sostuvo en ese nivel.[5]

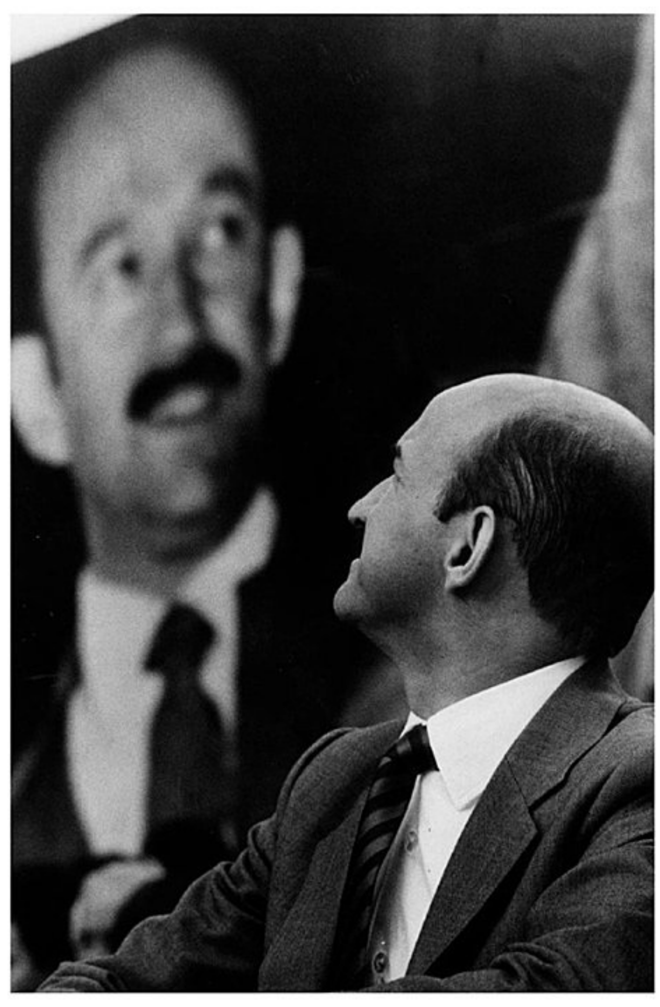
Quedaba un sector con peso e influencia crecientes en la opinión pública: el de los intelectuales. Tras la turbia elección de 1988, Salinas, necesitado de una urgente transfusión de legitimidad, logró reclutar a un sector importante de la intelectualidad mexicana. El presidente repitió la vieja receta porfiriana (y más tarde echeverrista) de dar «maiz al gallo» bajo la forma de viajes al extranjero (por cuenta del erario), contratos editoriales, acceso privilegiado a medios oficiales de comunicación y, desde luego, dinero contante y sonante. Con todo, los intelectuales mexicanos mostraron, en su conjunto, madurez. Desde periódicos, revistas y estaciones de radio independientes, ejercieron la crítica fundamentada del salinismo. Algunos reconocían aspectos positivos en la política económica, otros se distanciaban o la reprobaban de plano. Pero la mayoría se quejaba de la inadmisible dilación de la reforma política.

El mayor depósito de legitimidad estaba, obviamente, en la zona de la «no subordinación», territorio exclusivo de la oposición. Agraviado con plena justicia por el fraude de 1988, el PRD nació de espaldas al salinismo, como su enemigo mortal. Nada ganaba Cárdenas con acercarse a Salinas (a quien siguió llamando «usurpador», el «señor Salinas» o sencillamente «Salinas») y cuando el presidente logró un *modus vivendi* legal y político con el PAN, pensó que no necesitaba al PRD. El PAN saboreó el triunfo en Baja California y previó certeramente que la «brega de eternidades» se terminaba; pero un conjunto de factores

hicieron que la brega siguiera; no eterna, aunque sí prolongada. La popularidad de Salinas crecía a la par que el claro reconocimiento internacional a sus reformas; con una estrategia de populismo dosificado, Manuel Camacho recuperaba los votos perdidos del Distrito Federal; Solidaridad entregaba electricidad, pavimento, escuela, trabajo y hasta títulos de propiedad a zonas campesinas pobres y marginales; para cerrar el círculo, una machacante propaganda en televisión engrandecía la obra y figura del presidente. En esas circunstancias, el triunfo del PAN en Baja California parecía excepcional.

No lo fue. En la segunda mitad de su periodo, el electorado en varios estados de la República votó masivamente a favor del PAN. A raíz de esas votaciones, tendrían lugar conflictos poselectorales destinados a modificar el mapa político de México. Un sector importante del México moderno había dejado de confiar en las presidencias del PRI y reclamaba la reforma siempre pospuesta: la democracia. Sólo esa reforma hubiera sentado al PRD a la mesa de las negociaciones, pero la estrategia oficial relegaba la política a un segundo plano y, en lo que a la izquierda se refiere, confiaba en su aislamiento definitivo.

No fue sólo con declaraciones y mercadotecnia política como Salinas ganó el apoyo de los empresarios e inversionistas de México y —en una medida creciente— del extranjero. Fue con su certero desempeño en al menos tres ámbitos de la política económica (además del campo): las finanzas públicas, la política monetaria y financiera, y el comercio exterior. Las revistas especializadas, los observadores internacionales, los despachos de consultoría, los gobiernos extranjeros, no se engañaron con lo que veían: México, el «patito feo» de las finanzas internacionales en 1982, pasaba a convertirse en el «chico modelo».



Marco A. Cruz, *Carlos Salinas de Gortari*, 22 de agosto de 1988, fotografía. Id. 11044

Echeverría y López Portillo habían destruido el paciente edificio del «desarrollo estabilizador» desquiciando las finanzas públicas. En 1986, por los efectos del terremoto y una drástica caída adicional de los precios del petróleo, el déficit fiscal había alcanzado los ciento cincuenta mil millones de pesos. A cargo del problema desde 1987, el futuro equipo de Salinas de Gortari —con Pedro Aspe a la cabeza— redujo el déficit de manera dramática hasta volverlo superávit en 1991. La inflación tuvo una corrección paralela. Los populistas pregonaban que «el pueblo de México tenía que aprender a vivir con la inflación»; pero el pueblo de México no aprendía. En 1987 había alcanzado un tope histórico de casi el 170 por ciento anualizado. El pacto de enero de 1988 la redujo de manera efectiva y drástica. En 1991, a mitad del sexenio, la inflación era inferior al 20 por ciento.

En términos macroeconómicos o a corto plazo, la privatización se proponía equilibrar el presupuesto para bajar la inflación y volver a crecer. En un sentido estructural, pretendía desmantelar una de las enfermedades económicas de México: el estatismo. A fines de 1982, el número de empresas públicas que habían ido creándose alcanzaba la cifra de 1.155. Los sonorenses, Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán habían fundado empresas y expropiado otras, pero casi siempre con un propósito estratégico y productivo. En tiempos del populismo, las empresas públicas experimentaron un incremento geométrico: 232 con Echeverría y 651 con López Portillo. La norma era comprar —con dinero que no pasaba por el presupuesto— empresas quebradas de la iniciativa privada. Se beneficiaban los empresarios enriquecidos, que podían dormir sin riesgos; sus banqueros, que recobraban créditos incobrables; el gobierno, que podía presumir de engrandecer «el patrimonio nacional», y los burócratas, que tenían nuevos empleos para «hacer

patria», cobrar o medrar, según el gusto de cada uno. Quien no se beneficiaba era el público consumidor, el contribuyente y el erario, porque las empresas, en su inmensa mayoría, eran improductivas. La solución no era invertir en ellas: la solución era quebrarlas o venderlas a la iniciativa privada. Alentado por las privatizaciones que llevaba a cabo con toda naturalidad el gobierno socialista de Felipe González, Aspe promovió la quiebra en 1986 de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrrey, seguida en 1988 de Aeroméxico y, ya en tiempos de Salinas, con la aún más legendaria compañía minera de Cananea (la cuna de la Revolución), Banpesca y otras cuarenta empresas públicas más. En los casos de empresas deficitarias pero viables, el gobierno puso en marcha un proceso de venta por licitación pública. Al cabo del ciclo, el 85 por ciento de las empresas públicas se habían declarado en quiebra, cerrado o vendido. Los recursos que obtuvo el erario llegaron a los 22.500 millones de dólares que luego, por desgracia, se volatilizaron. Se había detenido una sangría anual de 4.500 millones de dólares.[6]

La renegociación de la deuda pública externa constituyó otro éxito redondo y sonado. Se instrumentó, mediante bonos de deuda y otros instrumentos financieros, en 1990, y logró reducciones de principal e intereses por cerca del 35 por ciento. En 1988, la deuda neta total del sector público era del 66 por ciento del producto interno bruto (PIB). En 1994 se redujo a menos de la mitad, el 24,8 por ciento. En el mismo periodo, el pago anual por intereses de la deuda pública total (interna y externa) pasó del 3,6 por ciento del PIB en 1988 al 1 por ciento del PIB en 1994. Otros aspectos sobresalientes de la reforma económica salinista fueron la devolución de la autonomía al Banco de México, y —el paso decisivo— el Tratado de Libre Comercio (TLC) con los Estados Unidos y Canadá.

El TLC fue el acto culminante de la «perestroika a la Salinas», llamada por algunos «salinastroika». Años atrás, el solo hecho de pensarlo infringía el onceavo mandamiento mexicano: «No confiarás en norteamericano alguno». Salinas entendió que se trataba de una convicción que tenía fundamento en la historia, pero que resultaba improcedente en la época contemporánea. Se atrevió a plantear el tratado y a promoverlo con denuedo. Su mayor acierto fue su actitud: logró que México pensara más en el futuro que en el pasado. Con buenos argumentos sociales y económicos (detener la emigración mexicana hacia los Estados Unidos, aprovechar la complementariedad de las economías, mejorar la competitividad de la zona frente a los bloques europeos y asiáticos), y mediante un trabajo activo de cabildeo, inusitado en la clase política mexicana, Salinas, junto con su equipo de la *Ivy League,* logró finalmente vender la idea a los Estados Unidos. Su imagen internacional no superó la fama de Emiliano Zapata, pero llegó a las páginas de todos los periódicos y revistas prestigiosos (y no prestigiosos) en el planeta.

No faltaron críticas y críticos a su programa económico. La izquierda señalaba, con insistencia y con razón, que la privatización se había realizado en beneficio de unos cuantos empresarios privilegiados y, en varios casos, con métodos no del todo transparentes. Había indicios claros de corrupción. También la opinión liberal ponía sus peros: todo el programa económico había sido impuesto desde arriba, como en tiempos de los Borbones, sin debate ni participación social alguna; la rigurosa reforma fiscal era lesiva y depresiva para los pequeños y medianos negocios. ¿Dónde estaban las grandes inversiones productivas nacionales o extranjeras? ¿Dónde estaba la gran desregulación prometida? La exportación no crecía lo suficiente porque el gobierno se

empeñaba en mantener sistemáticamente sobrevaluado el peso. Lo más grave era el hecho de que todo el edificio económico pendía de un hilo: los miles de millones de dólares invertidos a corto plazo en la bolsa de valores, no en empresas. Eran, según la atinada expresión mexicana, «capitales golondrinos». En suma, el tan publicitado milagro económico se trataba sólo de un ajuste macroeconómico que había beneficiado primeramente al sistema, la gran empresa del poder, creada por Alemán. En referencia a esa empresa y para no confundirla con el país, el crítico Gabriel Zaid escribió a fines de 1993: «la salvación del Grupo Industrial Los Pinos ha sido un éxito espectacular del presidente Salinas. Hasta el país se benefició… Mientras la gente se lo crea, el milagro puede seguir: importar fiado, como si el ahorro externo disponible no tuviera límites. Ojalá que no termine mal».

«No podemos permitir que nos pase lo que a Rusia.» Salinas insistía en mirarse en el espejo de Gorbachev, del que sacaba la conclusión de que había que reformar primero la economía, para luego (en un futuro indeterminado, cuando él y su equipo decidieran) intentar la apertura política. Fue, literalmente, un error mortal.

El momento adecuado para hacerlo era a mitad del sexenio. La reforma económica tenía un gran éxito. El prestigio interno e internacional de Salinas crecía a ojos vistas. Para advertir la pertinencia de una reforma política no se necesitaba ser visionario o profeta: bastaba dar una ojeada realista al mundo y la historia.

Es verdad que cualquier cambio democrático se topaba con la inercia autoritaria del pasado mexicano: aztecas, novohispanos, porfiristas, revolucionarios, cachorros de la Revolución, populistas, todos los regímenes históricos de

México —salvo la fugaz república liberal (1867-1876) y los quince meses del presidente Madero—, habían tenido un carácter autoritario. El aura sagrada del *tlatoani,* el carácter ubicuo y dadivoso del virrey, la fuerza caprichosa de los caudillos criollos, la política integral de don Porfirio, su legado permanente de «pan o palo», la férrea jefatura de Carranza, el militarismo de Obregón, el fanatismo antifanático de Calles, la corporativización de Cárdenas, la arrogancia de Alemán, la intocable investidura de Ruiz Cortines, la dureza de Díaz Ordaz, el maquiavelismo de Echeverría, la farsa criolla de López Portillo, y hasta la pasividad política de Miguel de la Madrid tenían como denominador común la impronta innegable del hombre del poder sobre el país. Pero justamente esa concentración de poder hubiese permitido a un estadista osado y reformador, como pretendía ser Salinas, abrir el sistema. Ésa era la verdadera lección de Gorbachev, no la otra. La *Glasnost* constituyó su mayor servicio a la historia rusa. Ejemplos de un partido que se eterniza en el poder, para luego abrirse a la competencia, había muchos y exitosos. Ahí estaba España, que construía la democracia tras casi cuarenta años de franquismo, y en ese momento, literalmente, el mundo entero.

El año 1989 sería recordado como el *annus mirabilis:* la Revolución de terciopelo en Praga, la caída del Muro de Berlín, el fin de la guerra fría, la liberación de la «Europa secuestrada», como la llamó Milan Kundera. Merecería ser recordado también por un milagro menos ruidoso y dramático, pero igualmente esperanzador: por primera vez en la historia independiente de América Latina, la mayoría de los países elegían la democracia y dejaban atrás cuatro paradigmas del pasado: el militarismo, el marxismo revolucionario, el caudillismo populista y la economía

cerrada. El ímpetu democrático había logrado (o lograría muy pronto) desenlaces que parecían increíbles: la caída de los dictadores Pinochet y Stroessner; la derrota de los sandinistas por una valerosa mujer de estirpe liberal; la paz en El Salvador, donde hasta los antiguos guerrilleros se convertían cínicamente en prósperos empresarios capitalistas; el voto razonado contra el populismo en Brasil y la autocorrección del peronismo en Argentina, entre otros ejemplos. Doscientos años después de la Revolución francesa, un fantasma bienhechor recorría el mundo, el fantasma de la democracia; pero en América Latina sólo habría tres países que le cerrarían sus puertas y ventanas: dos islas geográficas (Haití y Cuba) y una isla histórica (México).

Si los vientos del mundo no convencían a los tecnócratas, no faltó quien recordara dos antecedentes de la historia mexicana: los desastrosos casos del México borbón y el Porfiriano, empeñados ambos en un progreso económico que excluía la libertad política. Los paralelos del sistema político mexicano con el porfiriano habían parecido un tanto exagerados cuando en los años cincuenta los formuló Cosío Villegas; ahora se habían convertido casi en un lugar común. Las palabras de Justo Sierra referentes al porfirismo parecían contemporáneas: «toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad».[7] El próspero fin del siglo XVIII, cuando España se negó a dar libertad a sus colonias, había conducido a la revolución de Independencia. El próspero fin del siglo XIX, cuando don Porfirio pospuso la democracia hasta las calendas griegas, había conducido a la Revolución mexicana. ¿Por qué esperar una tercera cita con la historia?

El tiempo transcurría y, entretanto, las preguntas quedaban en el aire: ¿por qué no intentaba Salinas una apertura política

legitimada por los ejemplos de la propia historia de México: los liberales, Juárez, Madero? ¿Por qué no calibraba la profundidad del agravio acumulado: Tlatelolco, el 10 de junio, el desastre económico, la mentira, la corrupción? Y, lo más extraño de todo, ¿por qué hacer oídos sordos a las evidentes ventajas prácticas, económicas incluso, de la reforma política? La democracia introducida de manera resuelta en los estados y municipios, hubiera situado al país en el círculo virtuoso de una descentralización efectiva (no sólo declarativa) y le hubiera dado posibilidad de desmontar pacíficamente las onerosas pirámides del corporativismo burocrático, sindical y hasta académico. ¿No era ése el proyecto de libertad que impulsaba la reforma del artículo 27 en el campo? ¿O acaso un gobierno podía ser liberal en la economía y autoritario en la política?

La verdad es que Salinas de Gortari nunca se tomó en serio las voces que pedían la reforma política. Ningún argumento le parecía convincente, menos si eran de una obvia naturaleza moral, como el sentido educativo de la democracia en la formación de ciudadanos responsables, la madurez que supone discutir los desacuerdos sin recurrir a las armas o las imposiciones, la vitalidad que sentiría el mexicano común ante un horizonte político nuevo. Los ejemplos de ese aprendizaje, de esa madurez, de esa vitalidad estaban prefigurados en las múltiples iniciativas cívicas que surgían en el país, en la actividad de la prensa, la radio y los intelectuales independientes. No se abrió paso a la democracia porque no se quiso.

El pretexto, como siempre, era la agitación de la izquierda. ¿Se creía de verdad que la izquierda mexicana podía armar la revolución socialista tras su histórica derrota en el mundo? A la izquierda, luego de 1989, lo que había que ofrecerle era un «puente de plata» para que, salvando la cara, pudiera enterrar

a los fantasmas del sistema totalitario que los embrujó por varias generaciones. Era natural que el PRD estuviera agraviado: por más cómplices del sistema que sus líderes hubieran sido por tantos años, habían tenido el valor de dejar al PRI, habían salido a la intemperie, probablemente habían triunfado en las elecciones de 1988 y habían sido despojados de la victoria. Cualquier oferta conciliadora que no fuese la reforma democrática era humillante.

La reforma política requería arrojo, imaginación, generosidad, facultades nada sobrehumanas. Los objetivos eran unos cuantos, pero fundamentales: concertar el divorcio del inadmisible matrimonio entre el PRI y el gobierno; prohibir las mil y una formas de transferencia económica del gobierno al PRI; prohibir el uso de los colores nacionales por parte del PRI; otorgar plena independencia al Instituto Federal Electoral; fortalecer en la práctica y la ley los poderes legislativo y judicial; duplicar, como mínimo, los ingresos de los estados; triplicar los de los municipios; fortalecer los derechos ciudadanos, sobre todo el derecho a la información, tradicionalmente conculcado por la televisión privada, aliada incondicional del sistema.

No era imposible, pero a mediados de 1991, en medio de la apoteosis general, la *hybris*, ese pecado capital, se apoderó de Salinas. Toda la amargura de aquella noche de julio de 1988 se volvía miel. Los votantes lo habían rechazado. Ahora él, en la cúspide del poder, los rechazaría a ellos.

El triunfo del PRI en el Distrito Federal a mitad del sexenio parecía presagiar la eternidad del partido. Con esa idea en mente, el candidato oficial a la gubernatura de Guanajuato gastó los fondos públicos en una costosísima campaña y movilizó a los campesinos, tratándolos como lo que habían sido siempre: ganado político. Los transportó, los alimentó,

los consintió, los convenció y, en su momento, seguramente los intimidó para que votaran por él. El candidato del PAN, Vicente Fox, un empresario independiente, hizo una buena campaña que, según sus cómputos, le dio el triunfo. Por el PRD contendió eficazmente Porfirio Muñoz Ledo. Las autoridades dieron la victoria al PRI. Los resultados de Guanajuato parecían mostrar que en México la alternancia del poder, aun en el nivel local, era prácticamente imposible.

De pronto, además de las severas protestas del PAN y el PRD, un vasto sector de la opinión pública nacional mostró activamente su desacuerdo. La inconformidad llegó hasta la prensa internacional, que a partir del caso Chihuahua lanzaba sistemáticamente sus reflectores a las elecciones del más pequeño municipio de México (de hecho, un lío electoral en el pueblito de Tejupilco llegó a la primera plana del *New York Times)*. En el caso de Guanajuato, el *Wall Street Journal* comentó que era conveniente anular los comicios fraudulentos. Ese editorial se volvió profético: el candidato del PRI renunció y se designó a un gobernador interino del PAN.

El siguiente episodio tendría una gran significación histórica, debido a la estatura moral del candidato de oposición. En San Luis Potosí ya no había un cacique personal, sólo uno colectivo: el PRI. A la fuerza de movilización, persuasión y control del PRI se atuvo el candidato potosino que desde su juventud no se paraba en San Luis: Fausto Zapata. A la fuerza del PRI y a sus inagotables fondos. Con ellos compró la buena voluntad de toda la prensa y los medios locales. Pero la mayoría de los potosinos apoyaban a otro candidato, el caudillo cívico de los años sesenta que a sus setenta y cinco años de edad, y enfermo de cáncer, daba su última pelea por la democracia: el doctor Salvador Nava.[8]

Nava encarnó una vez más los valores de la democracia de un modo sencillo y claro, sin retorcimientos teóricos, sin abstracciones: abogó por la participación de los ciudadanos en las decisiones; por la disposición para escuchar la voz de la gente; por el contacto permanente de los líderes con los ciudadanos; por el respeto escrupuloso de las leyes y de la libertad de expresión, y, desde luego, la limpieza en los procesos electorales. Antes de las elecciones, quiso elaborar un documento que sirviera de apoyo para el Frente Cívico Nacional que quería fundar. Propuso que se basara en el Plan de San Luis, de Madero. Alguien le recordó que aquel plan convocaba a una revolución, y Nava contestó: «Lo mismo haremos nosotros: convocar a una revolución de las conciencias».[9]

La lista de agravios electorales en las elecciones para gobernador en San Luis Potosí fue inmensa: credencialización selectiva —baja en la ciudad, alta en la Huasteca— y muy inferior a la media nacional; existencia —y entrega parcial— de casi cien mil credenciales «fantasmas»; diferencias entre las listas nominales entregadas a los partidos políticos y las que se utilizaron en las elecciones; expulsión o amedrentamiento de representantes de la oposición en las casillas; falta de actas de escrutinio y boletas; actos de proselitismo y manipulación el día de las elecciones; escamoteo de resultados por casilla y de las listas correspondientes a las sesenta y cinco mil credenciales supuestamente «cremadas».

Salinas dio posesión a Fausto Zapata. Nava supo que la idea democrática crecería en México con un ímpetu irresistible, pero supo también que su salud y su vida no le alcanzarían para verla culminar. Entendió que debía vivir con la mayor intensidad el trecho que le quedaba. Entendió que debía ser el agente de una gran aceleración histórica, por eso inició una

gran marcha a la ciudad de México en los últimos meses de 1991. Llamaba la atención el que un hombre que durante casi toda su vida libró su lucha cívica en un ámbito local se convirtiera de pronto en un líder nacional capaz de sumar voluntades y lealtades, sobre todo entre los jóvenes. Su fuerza era moral. Con ella derrotó temporalmente al sistema en San Luis Potosí. Antes de que Nava llegara al Zócalo, Zapata renunció. Nava murió el lunes 18 de mayo de 1992.

Sometido a intensas presiones internas y externas que recordaban el escandaloso fraude contra el propio Barrio en 1986, Salinas permitió que se realizaran elecciones limpias en Chihuahua; ganó el PAN, hubo continuidad económica, orden social, estabilidad política. Mientras daba posesión a Barrio, otro problema electoral estallaba en Michoacán, esta vez con el PRD. El gobernador electo del PRI renunció, pero Salinas no consintió en que lo sustituyera interinamente un político del PRD.[10]

Las «elecciones interminables» —como las llamó Zaid— presagiaban algo muy distinto a la hegemonía eterna del PRI: presagiaban que la propia elección presidencial de 1994 podía volverse interminable. Salinas de Gortari no lo vio así. Hubo un momento en que, muerto Nava, el gobernador interino de San Luis (el primer jefe de Salinas en el sector público en los remotos años sesenta, el ingeniero Gonzalo Martínez Corbalá) intentó lanzar su candidatura para el periodo siguiente. Equivalía, de hecho, a una reelección. Las malas lenguas vieron en el intento la «mano negra» de Salinas que, como Alemán, Echeverría y Obregón, se concedió a sí mismo el dulce sueño de la reelección o, al menos, el de una prórroga. El poderoso secretario de Gobernación Fernando Gutiérrez Barrios negó que el presidente abrigase semejantes intenciones.

«Salinas deberá decidir entre ser Calles o ser Cárdenas», había dicho en 1991 un consejero muy allegado a Salinas. Si se decidía por Calles, instrumentaría un «salinato» (sucedáneo de maximato) y, tras vigilar estrechamente a su sucesor por seis años, podría volver a ser presidente en el año 2000, a sus tiernos cincuenta y dos años. Si se decidía por emular a Cárdenas, se retiraría del poder reservándose un ascendiente moral. Su decisión fue ser Calles.

El año 1993 iba a ser decisivo: el año del destape. Salinas lo inauguró con un cambio sorpresivo en el gabinete: salía Gutiérrez Barrios y lo sustituía el gobernador de Chiapas, Patrocinio González Garrido. Luis Donaldo Colosio pasaba del PRI a la Secretaría de Desarrollo Social, que había absorbido al programa Solidaridad y que por eso mismo tenía el «pan» para repartir por toda la República. A eso se dedicó desde ese momento Colosio, a viajar y dar. Cuestión de Solidaridad y de estrategia política salinista.

Para ese entonces, es posible que Salinas estuviese engañando a todo el mundo… con la verdad: parecía que apoyaba a Colosio, porque *en verdad* apoyaba a Colosio. Era su hijo político: le debía todo, no lo traicionaría, le permitiría vigilarlo, ejercer el salinato, se daría una reelección colegiada, no de Salinas sino del salinismo. Las otras cartas conllevaban riesgos: Aspe era demasiado burgués, implacable, sería una barrera para la reelección colegiada. Era preferible que siguiera en su puesto de presidente de las finanzas nacionales, un nuevo Ortiz Mena. Ernesto Zedillo, el secretario de Educación, era joven y podía esperar. Quedaba Manuel Camacho, su hermano en el ámbito político, su amigo. Camacho inauguraría su propia era. Hábil, quizá populista, intentaría la reforma política y probablemente rompería con Salinas. El salinato se iría a pique.

El 17 de noviembre de 1993, el Congreso norteamericano aprobó el Tratado de Libre Comercio. Para Salinas de Gortari no significaba el triunfo sino la gloria misma. Días más tarde destapó tranquilamente a su hijo político, Luis Donaldo Colosio. Ahora Salinas tenía que esperar a que los hados lo siguiesen bendiciendo con otros triunfos maravillosos: la presidencia de la Organización Mundial de Comercio a la que aspiró, apoyado en el aparato gubernamental mexicano, y ¿por qué no? la vuelta apoteósica en el año 2000. Sería el rey que inaugurara el milenio. No un presidente cualquiera sino el dueño y señor del sistema político mexicano.[11]

Pero como le sucediera a Porfirio Díaz en 1910, tras las fiestas del Centenario, la historia deparaba a Salinas una sorpresa increíble y trágica: en el cenit de su impulso al futuro, la vuelta de todos los pasados.

«Quiero que haya democracia, que ya no haya desigualdad. Yo busco una vida digna, la liberación así como dice Dios.» Hablaba el indígena José Pérez Méndez, miembro del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, organización guerrillera clandestina formada por aproximadamente nueve mil hombres que, en la madrugada del primero de enero de 1994, había llevado a cabo la sorprendente toma de tres ciudades en el estado de Chiapas.[12] Aunque el semanario *Proceso* había documentado la existencia de este grupo guerrillero a mediados de 1993, la inmensa mayoría de los mexicanos ignoraba su origen y sus objetivos. Las altas autoridades políticas del país poseían información suficiente sobre los zapatistas, pero temerosas de afectar la firma del TLC, mantuvieron una actitud de reserva, confiando en su eventual extinción por la vía de Solidaridad.

No hay adjetivos en el diccionario para calificar el azoro con que la opinión pública mexicana recibió la noticia. ¿Una

rebelión indígena en México, en tiempos del TLC, al final del siglo XX? Impensable. ¿Una guerrilla en México, cuando en la capital del país se acababa de firmar la paz entre el gobierno y la guerrilla en El Salvador? Imposible. De pronto, con la sublevación de Chiapas, muchos mexicanos sintieron que la historia se les venía encima y entraba en tropel en el escenario de fin de siglo. La historia como sinónimo de atrasos ancestrales, de mentalidades antiguas y hasta de mitos arraigados en el pueblo. Chiapas encarnaba toda esa historia latente, irresuelta, viva. El estallido era una erupción de lava histórica.

Las sencillas palabras de Pérez Méndez aportaban la clave general para entender la rebelión que estaba destinada a cambiar la vida del país. «México es el país de la desigualdad», escribió Humboldt a fines del siglo XVIII. En muchas zonas del centro y del sur su dictamen seguía siendo válido. De haber viajado a fines del siglo XX, lo hubiera matizado agregando: «México es el país de la antidemocracia»; no de la opresión tiránica o totalitaria sino de una cultura de la simulación que pervierte desde su raíz a la democracia. La desigualdad había persistido a lo largo de los siglos. La antidemocracia correspondía al siglo XX. Ambos agravios lesionaban la dignidad de José Pérez Méndez y de la mayoría de los mexicanos.[13]

José Pérez Méndez no había sido apresado por el ejército sino por campesinos como él, habitantes del poblado de Oxchuc, donde se había producido una refriega con el ejército que se saldó con decenas de muertos. Estaba claro que no todos los campesinos o indígenas simpatizaban con los zapatistas. En Ocosingo y Altamirano, informaba la prensa, «los rebeldes fueron obligados a replegarse en medio de muestras de repudio de la población». Con el tiempo se sabría

que el grueso del ejército zapatista provenía de las cañadas de los Altos de Chiapas, una zona sin agua, correo, escuelas, hospitales, caminos ni electricidad, donde por efecto de la presión demográfica (un crecimiento anual del 7 por ciento en algunas zonas) se concentraba, desde hacía décadas, un sector irredento de la población indígena.

Redención es lo que buscaban, lo que necesitaban, y un mensaje de redención fue lo que recibieron de sus pastores religiosos. Como si la historia mexicana fuese una Sagrada Escritura que escribiera a los mexicanos, el drama ocurría precisamente en la tierra de fray Bartolomé de las Casas, el más célebre defensor de los indios cuyo llamado de dignidad —«la Humanidad es una»— movió a Carlos V a promulgar en 1542 las Nuevas Leyes que abolían la servidumbre y la esclavitud en los territorios conquistados. Su espíritu parecía haber permeado los siglos y haberse encarnado en la figura del obispo don Samuel Ruiz.

Los indios lo veneraban. Lo llamaban *tatik,* «nuestro padre», en lengua tzeltal. Nacido en Irapuato en 1924, estudiante en el Pío Latino en Roma, antiguo rector del Seminario de su ciudad natal, participante activo y entusiasta en el Concilio Vaticano II, había llegado a Chiapas a principios de los años sesenta e, «impactado por la realidad social que encontró», decidió encabezar una Iglesia «menos sacral *[sic],* más social». Profeta como Las Casas, Ruiz predicaba «la caridad de la verdad», haciendo conscientes a los indios de la situación de injusticia en la que vivían. Buscaba salvarlos, no en otra vida sino en ésta, en la historia. Ellos, por su parte, lo idolatraban, era el «caudal sin reposo», la «ceiba protectora». «Ciertamente nosotros tenemos que ver con la rebelión», declararía Ruiz, «porque a raíz de la reflexión cristiana instamos a los indios a recuperar la

dignidad.»[14]

Las Sagradas Escrituras parecían contener otros pasajes antiguos que ahora regresaban. «Busco la liberación, así como dice Dios.» Sin sospecharlo, Pérez Méndez emulaba a sus propios antepasados tzotziles, aquellos que en 1712 se levantaron en armas siguiendo a un profeta autonombrado don Sebastián de la Gloria. Tras anunciar «la muerte del rey y de Dios» y el advenimiento de una virgen aparecida en la selva, De la Gloria y sus fervorosas milicias atacaron varios pueblos —entre ellos Ocosingo, escenario de la guerra actual—, matando a la población y saqueando las haciendas y los ingenios. Como ocurría también ahora, muchos de los pueblos indígenas de la zona —San Bartolomé, Comitán, Zinacantán, Chenalhó— se rehusaron a adoptar la nueva fe y a seguir aquel experimento teocrático que terminó ahogado en sangre.[15] Un siglo y medio más tarde, en la época de Juárez, el caudillo mestizo Pedro Díaz Cuzcat encabezó a los indígenas de la zona en una guerra santa contra el gobierno.[16] El resultado había sido el mismo. ¿Qué destino esperaba a esta tercera versión de la guerra religiosa y étnica en suelo chiapaneco?

La lucha del *tatik* se vinculaba con las Comunidades Eclesiásticas de Base, organizaciones de laicos ligados a la fracción de la Iglesia católica que ha «elegido la acción preferencial por los pobres». Su ideología abrevaba en la vertiente violenta de la teología de la liberación. «Quienes me enseñaron el catecismo, los que viven en el mismo pueblo, nos invitaron a la guerrilla», explicaba un compañero de Pérez Méndez. Sin embargo, los ocho mil «catequistas» de la zona a los que se refería Pérez Méndez no eran propiamente hombres en armas. Eran soldados de la fe instruidos por otros profetas cercanos a don Samuel, como el antiguo párroco de

Ocosingo, el dominico Gonzalo Ituarte. Pastor de doscientas cincuenta comunidades, Ituarte recordaba con orgullo que su orden dominica impugnó la legitimidad de la conquista y practicó siempre una perspectiva eclesiológica distinta de las otras órdenes. Frente a los jesuitas (cultos y culturales, partidarios de la vía pacífica), los dominicos predicaron la justicia social y, llegado el momento, apoyaron la guerrilla. En la oficina de Ituarte, en la casa episcopal de San Cristóbal, había un inmenso mapa de Chiapas cuidadosamente punteado con alfileres de todos colores: cada alfiler era un catequista. «Soy, como dice una palabra tzeltal, *tijwanej:* ‘el que pica, el que estimula’.»[17]

Pero el mando de la sublevación no lo ejercen los que «pican» o predican sino el joven que se distinguía entre todos, el de la voz, el émulo de Sebastián de la Gloria y de Díaz Cuzcat, el caudillo que había tomado el micrófono en el centro del estrado desde el primero de enero: no era un hombre torvo y malencarado sino, según una testigo que lo vio en la toma de San Cristóbal de las Casas, «un blanco, robusto sin ser grueso. Se nota ágil, probablemente usa bigote. Es amable, cortés y educado». Su imagen de guerrillero, cubierto el rostro con un pasamontañas, fumando en pipa o escribiendo un texto —las cananas al pecho y un Casio en la muñeca— recorrería el mundo. Un hombre de leyenda: el subcomandante insurgente Marcos.

Su probable identidad permanecería ignorada por más de un año. Nacido en Tampico, educado en colegios de jesuitas en los años cincuenta, Rafael Sebastián Guillén Vicente, alias «Marcos», fue animador de grupos literarios, estudiante de filosofía, marxista de la escuela francesa (escribió su tesis sobre Althusser), maestro de diseño gráfico y comunicación, actor universitario, imaginativo, humorista, cuentista, poeta,

trabajador voluntario en la Nicaragua sandinista, y, desde principios de 1983, miembro del Frente de Liberación Nacional (FLN). Este grupo guerrillero había nacido —como varios otros que operaron en el país en los años setenta—, a raíz del trauma de 1968.[18] A principios de los ochenta, la dirigencia del FLN publicó sus *Estatutos*. Se proponía instaurar «la dictadura del proletariado». Su estrategia consistía en «iniciar la lucha en aquellos lugares donde las masas irredentas estén dispuestas a empuñar las armas, aprovechando las determinaciones geográficas debidamente valoradas por nuestros mandos». El estado de Chiapas, en particular el obispado de Samuel Ruiz, muy en especial las cañadas, ofrecían las características ideales de irredención.[19]

Las proclamas iniciales de los zapatistas en 1994 no mencionaban otros fines que la destitución del «dictador» (Salinas), la derrota del ejército federal mexicano, la justicia social y la formación de un «gobierno libre y democrático». Alguien, de pronto, recordó los resabios de otra fe: «queremos el socialismo … en nuestro caso será distinto, aquí sí va a funcionar». Sería la última vez que la palabra socialismo aparecería en el discurso. Debía quedar claro que esta guerrilla, a diferencia de las típicas guerrillas centroamericanas, no tenía inspiración marxista: era una revuelta mexicana. Con el tiempo saldría a la luz la crisis que la caída del comunismo había provocado dentro de la organización clandestina. En 1992, Marcos ironizaba: «El socialismo ha muerto. Viva el conformismo y la reforma y la modernidad y el capitalismo». La gente comenzaba a abandonar las filas zapatistas: «Pueblos enteros se nos salían», diría Marcos, «se nos armó un desmadre».[20]



Anónimo, *El subcomandante Marcos con miembros de la Comandancia General del EZLN en la Convención Nacional Democrática*, agosto de 1994, fotografía. Id. 899 © Archivo Procesofoto.

El tiempo revelaría también fricciones entre el obispo Ruiz y la guerrilla antes del estallido. Don Samuel quería movilizar, despertar a la sociedad civil del país, llevarla hasta el límite para inducir el milagro de un cambio de justicia y democracia, pero se detenía ante el uso de las armas. «Esas gentes», decía refiriéndose a los guerrilleros, «vinieron a montar en un caballo ensillado.» Las desavenencias dividieron a los sacerdotes. Algunos pensaron en la vía de la conciliación. «Aquí no va a haber Palabra de Dios», sentenció entonces Marcos, cuya opción por la vía armada se impuso en 1993 sobre sus propios compañeros del FLN, «no va a haber gobierno de la República; aquí va a haber Ejército Zapatista de Liberación Nacional.»

El socialismo había muerto, pero las reformas al artículo 27 —vividas por muchos campesinos como amenazantes— favorecieron la vía armada. En Chiapas, adonde apenas si había llegado, la reforma agraria se daba por concluida. La concentración de la tierra en unas cuantas manos era la regla. Inmensos latifundios gozaban de certificados de inafectabilidad. Sólo faltaba la caída de los precios del café y, tras ella, el acto que fue percibido como el Apocalipsis: el Tratado de Libre Comercio. Los indígenas se preguntaron cómo iban a competir con los granjeros norteamericanos. Muchos decidieron no esperar la muerte lenta. Prefirieron seguir a Marcos y levantarse. Vendieron lo poco que tenían (vacas, aperos) y canalizaron los créditos del Banco Rural y los recursos del programa Solidaridad del gobierno hacia la compra de armas.[21]

Marcos crearía un Comité Revolucionario Indígena para dar la impresión de que la cabeza del movimiento pertenecía a los más antiguos habitantes del continente (en realidad, como caudillo poseía un poder inmenso, aunque no absoluto:

otros comandantes indígenas demostrarían tener peso). Anclar su lucha en la historia mexicana fue uno de sus primeros golpes de genio. Los zapatistas, dijo desde un principio, son «herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad».

La reforma política hubiera desarmado la bomba mucho antes del estallido, o le hubiese restado legitimidad y simpatía. Como Porfirio Díaz en 1910, Salinas había «soltado al tigre», pero la violencia fratricida que muchos temían no se desató. Los guerrilleros creyeron que incendiarían al país, pero el país no se incendió. Abandonaron las ciudades ocupadas y volvieron a la selva, desde donde Marcos recordó la famosa frase de Clausewitz «… la política es la guerra por otros medios» dándole un giro más que moderno, de hecho posmoderno: «… la política es la guerrilla por los medios».[22] Se volvió el héroe romántico de las montañas del sureste, el poeta que escribía en un español genuinamente impregnado de la semántica tzeltal.

Su legitimidad residió, desde un principio, en lo que Marcos llamó el «resguardo histórico» del movimiento, es decir, su manipulación ideológica de la historia mexicana. Luego de «quinientos años de miseria y explotación», los indios de México tomaban la iniciativa: «Ahora tendrán que compartir nuestra suerte, para bien o para mal. Tuvieron antes la oportunidad de volver los ojos y hacer algo contra la gigantesca injusticia histórica que la nación cometía contra sus habitantes originales».[23] Pocos recordaron entonces la cruel paradoja de que México constituía, precisamente, la excepción a la regla de discriminación étnica en América. A diferencia del resto del continente (de los Estados Unidos a Chile y Argentina), donde el común denominador fue el exterminio sistemático, la segregación física o la franca

discriminación racial de los indios por parte de los blancos, en México se llevó a cabo un vasto, prolongado y, en términos generales, exitoso proceso de mezcla social, étnica y cultural llamado mestizaje. Gracias a él, el país se había librado de plagas históricas tan devastadoras como el odio racial. Sólo algunas regiones aisladas del país se sustrajeron al mestizaje, notablemente Yucatán y Chiapas, el viejo territorio de los mayas. Por eso estallaría la guerra de castas en el siglo XIX y por eso prendió la rebelión zapatista. Pero el país siguió una pauta opuesta: tendía a la inclusión, la tolerancia, la convivencia de los hombres al margen de su origen o su color. En torno a este hecho fundador de la identidad mexicana —puesto en tela de juicio por el movimiento zapatista— los mestizos de México (casi todo México, incluyendo a Marcos) guardaron un incomprensible silencio. La obra se llamaba «La venganza de la Conquista», y eso bastaba. Efectuada la venta de imagen en el escenario internacional, Marcos adquirió una posición virtualmente inexpugnable. Perdida la guerra, triunfaba la guerrilla, por otros medios, *los medios*.

El estallido del zapatismo, sucedido desde fuera del sistema, provocó casi de inmediato un estallido dentro de él. Luis Donaldo Colosio se quebró internamente desde el primero de enero. Sus amigos sabían desde mucho antes que Colosio —hombre extremadamente suave, cortés, discreto— estaba hecho para la conciliación, no para el conflicto.[24] Para eso lo había escogido Salinas, para pasear su carisma oratorio, como López Mateos, a quien Colosio admiraba. Si antes de enero se mostraba inseguro, frágil, titubeante, después del levantamiento se sumió en una depresión profunda. No hablaba con nadie. En el silencio frío de su biblioteca, escuchaba sonatas de Bach. Su mirada —triste de por sí, como la de un niño indefenso— quedaba fija en un horizonte de temor: ¿ir o no ir a Chiapas?, ¿hacer o no hacer declaraciones?

En esos días terribles de principios de 1994, otra tragedia personal lo atormentaba: su mujer, Diana Laura Riojas, padecía un cáncer terminal. Ambos lo sabían desde hacía tiempo, y aun así, incomprensiblemente, habían decidido que Colosio aceptara la nominación. Pensaron tal vez que la misión patriótica haría milagros en la salud de Diana Laura, y pusieron de lado el destino difícil que, al faltar ella, esperaría a sus hijos pequeños: Luis Donaldo, de ocho años, y Mariana, nacida apenas a fines de 1993.

Colosio repetía de manera incesante que «quería ser presidente», como si tratara de convencerse a sí mismo de una mentira, o de una verdad a medias: lo quería, pero no lo quería. «Juro por mis hijos que prefiero no llegar, a llegar a través de un fraude»,[25] decía, a sabiendas de que el fraude constituía la segunda naturaleza del sistema político que lo postulaba. Al paso de los días, y mientras confirmaba el fracaso de su campaña, se percibía a sí mismo como parte —casi involuntaria e impotente— de un drama de violencia y poder que lo rebasaba. Se le había impuesto un destino heroico e incomprensible, un papel que no sabía ni podía asumir.

La sorpresiva designación de Manuel Camacho como negociador con la guerrilla, su antiguo adversario en la contienda electoral, no hacía más que agudizar su soledad. Descartado como candidato, Camacho surgió como la única persona capaz de negociar la paz en Chiapas.[26] Colosio se sintió abandonado por el presidente, casi huérfano, y se dice que pensó en renunciar, pero la firmeza de Diana Laura lo habría disuadido. «Tú eres un hombre bueno, un hombre de familia», se atrevió a decirle un amigo; «la presidencia es muy importante, pero no a cualquier precio.» Colosio lo abrazó sin decir palabra. A los pocos días, el 6 de marzo de 1994,

pronunció un valiente discurso que lo distanciaba de Salinas: él seguía viendo un México abatido, pobre, del Tercer Mundo, él sí haría la reforma política, él sí separaría al PRI del gobierno. Dos semanas después fue asesinado.[27]

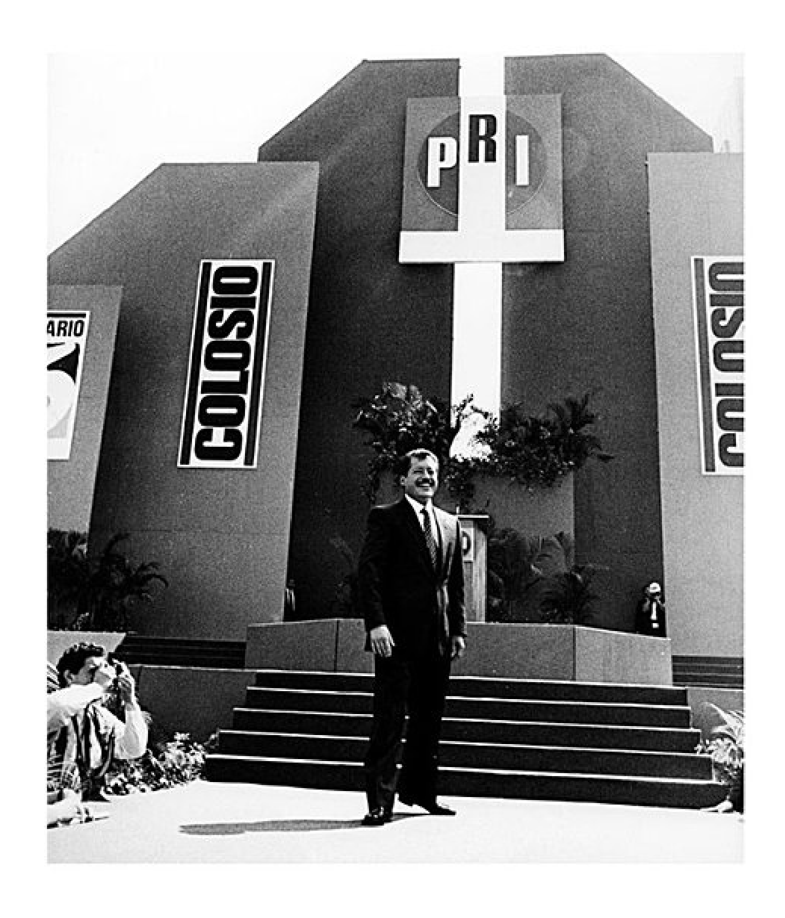
¿Asesinado o ejecutado? Tal vez nunca se sepa. ¿Ordenó su muerte Salinas? Es improbable. Nada ganaba Salinas con instigar el crimen. Luego del estallido en Chiapas, era obvio que un magnicidio hundiría a su gobierno en el desprestigio, ahuyentaría a los inversionistas, destrozaría su obra. ¿Fue Aburto un asesino solitario? No es imposible. ¿Lo mataron los miembros del TUCAN bajacaliforniano? ¿O fueron los jefes de la «familia revolucionaria», los agraviados del salinismo, para cobrarle el pecado capital de bloquear la circulación de las élites políticas, querer apoderarse del sistema y convertirse en rey? Es probable. ¿O fue tal vez una alianza entre el narco y el poder, que desconfiaban de Colosio? Es aún más probable.

Visto desde la perspectiva de Tlatelolco, parecía la crónica de un desenlace anunciado: Díaz Ordaz había recurrido al asesinato en Tlatelolco; Echeverría había destruido la estabilidad económica; López Portillo había endeudado al país; De la Madrid había perdido oportunidades de oro; Salinas de Gortari, el mayor reformador económico del país desde tiempos de Calles, creyó que a fines del siglo XX, y en un mundo libre y democrático, los mexicanos podían seguir gobernados por un régimen de tutela colonial. Para colmo, Salinas intentó algo que ni el presidente empresario Miguel Alemán se había propuesto: volverse el accionista mayoritario de la empresa, su director tras bambalinas y, más tarde, su monarca definitivo. Sólo un acto faltaba en la obra: la muerte violenta del candidato presidencial.

Aunque la fuerza militar de la guerrilla chiapaneca resultó muy inferior a la que en un principio parecía, su éxito con los

medios de comunicación internacionales y su sola persistencia, aunados al asesinato de Colosio, resquebrajaron el sistema. Los mexicanos acudieron a las urnas en agosto de 1994 y dieron su preferencia mayoritaria a Ernesto Zedillo, el candidato del PRI; no obstante, se trataba claramente de un voto contra la violencia, no en favor del sistema. El país quedó en vilo, con el pasado a cuestas, sin certeza sobre el futuro.

Recordando a Cicerón, en un ensayo «sobre el Imperio Romano», Ortega y Gasset define al estado de discordia como «una sociedad que se escinde en dos, que se disocia». El móvil de la discordia no es el disentimiento sino la radical disparidad de opiniones entre quien manda y quien obedece: «… como ande turbia esta cuestión, todo lo demás marchará turbiamente … hasta la intimidad del individuo quedará perturbada». Cuando se «desvanece la creencia política compartida, el hueco de la fe tiene que ser llenado por el gas del apasionamiento». Desde el primero de enero de 1994, México sería un país en discordia.



Anónimo, *Luis Donaldo Colosio, candidato del PRI a la presidencia de la República*, 6 de marzo de 1994, Fotografía. Archivo Fotográfico de *El Universal*.

La discordia social, el resquebrajamiento del sistema, la pérdida de confianza de los mexicanos en su país, tenía que proyectarse tarde o temprano en una pérdida de confianza en el exterior. Cualquier error precipitaría el escape del ahorro externo, invertido temporalmente en México debido a las altas tasas de interés. Si algo puede fallar, falla: así el error en la gestión financiera se cometió a mediados de diciembre de 1994, ya en el periodo presidencial de Ernesto Zedillo. El castillo de naipes se vino abajo. Por fortuna, la economía del país no estaba ya estatizada ni cerrada. Los logros de Salinas —la privatización, la apertura, el equilibrio de las finanzas—, unidos a la pronta acción del gobierno de Clinton, defenderían parcialmente la economía de México. Pero seguía faltando la concordia. Para recobrarla no era menester refundar al país, como demagógicamente pedía Marcos; hacía falta que el sistema se declarara en quiebra y abriera paso a la reconciliación por la vía democrática. ¿Lo intentaría el nuevo presidente, Ernesto Zedillo?

«Es Shakespeare puro», comentó Octavio Paz al enterarse de la muerte de Diana Laura, la viuda de Colosio, acaecida pocos meses después de la muerte de su marido. Para entonces, la política mexicana se había vuelto «el teatro más rápido del mundo», según expresión de Alejandro Rossi. El protagonista que había sido aclamado internacionalmente como el gran reformador, el nuevo «hombre providencial» de la historia mexicana, Carlos Salinas de Gortari, se convirtió en un proscrito: salió del país, vivió oculto, y finalmente se refugió en Dublín. Había dureza en el veredicto público, pero también motivos.

En 1995 salían a la luz hechos macabros, dignos no ya de un teatro político sino de una obra de terror. Raúl Salinas de Gortari, hermano mayor del expresidente, ingresaba en el

penal de máxima seguridad de Almoloya de Juárez, en el Estado de México, con el cargo de haber sido autor intelectual del asesinato de su excuñado, el secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, perpetrado en septiembre de 1994. Aunque a fines de 1996 el crimen no había sido plenamente esclarecido, los indicios en contra de Raúl Salinas de Gortari parecían convincentes. Presuntamente había matado a Ruiz Massieu porque éste tenía posibilidades de ocupar un alto cargo en el gabinete de Zedillo, y desde allí iba a abrir la inmensa cloaca de corrupción que se había acumulado en el sexenio de su hermano; cloaca de la cual él, Raúl, era un protagonista destacado.

La cloaca se destapó, de todos modos. Semana tras semana, la prensa nacional e internacional informó sobre los turbios manejos de Raúl Salinas: el nepotismo, la corrupción, la venta de favores, el uso patrimonial de los fondos públicos, la apertura de cuentas multimillonarias en Suiza e incluso los jugosos contactos de los políticos con el narcotráfico. No eran temas nuevos en la vida de México. La novedad residía en que la opinión pública se enterara de ellos por la prensa o los medios de comunicación y que se indignara de verdad al conocerlos. Un cambio profundo se gestaba en la vida cívica del país: los mexicanos comenzaban a entender que los políticos no eran, ni debían ser, los dueños del poder, sólo sus depositarios temporales, sujetos a un mandato, a una vigilancia crítica y al rendimiento de cuentas. El mexicano común y corriente entrevió a partir de entonces aquello que Cosío Villegas había previsto desde hacía medio siglo y que el movimiento estudiantil de 1968 había evidenciado de manera trágica: que el problema central de México es de índole política. Salinas pudo haberlo resuelto. Le hubiese bastado invertir el inmenso prestigio que acumuló en propiciar la reforma democrática del viejo sistema. En vez de eso, quiso

convertir su presidencia imperial en vitalicia. Y pagó las consecuencias.

Salinas de Gortari fue juzgado y condenado por una opinión pública que se sintió, con razón, víctima de un gigantesco engaño. Nadie, en su sano juicio, podía creer que él —hombre maquiavélico donde los haya— ignoraba los sucios manejos de su hermano, manejos que muchas personas le señalaron con preocupación. Y si el juicio demuestra finalmente lo que la opinión cree —que Raúl Salinas, además de socio del narcotráfico, fue, en efecto, el autor intelectual del crimen de Ruiz Massieu y quizás hasta del de su propio cómplice en la operación, su antiguo condiscípulo y amigo Manuel Muñoz Rocha—, entonces el veredicto contra el hombre que quiso ser rey será aún más severo: nadie creerá que los manejos con el narco y el asesinato de Ruiz Massieu se cometieron sin que él —antes, durante o después— los conociera y encubriera. En ese caso, ¿comparecerá Salinas de Gortari ante la justicia mexicana?

Había, en efecto, algo de tragedia shakespeariana en el destino de Salinas: el hombre que quiso ser rey alcanzó el poder mediante una votación dudosa, realizó grandes proezas para revertirla y, llegado a la cima, creyéndose más inteligente que el resto de la humanidad, fue vencido por su propia soberbia. La ilegitimidad, lo sabía Macbeth, es una mancha de origen, una marca indeleble que tarde o temprano se revela ante el público y destrona al rey. Pero quizás el paralelo teatral con Shakespeare sea excesivo y la historia se parezca a una obra más contemporánea. Así pensaba nada menos que Luis Donaldo Colosio. Un destacado periodista le preguntó alguna vez su opinión de la familia Salinas de Gortari. Su respuesta fue otra pregunta: «¿Has visto *El padrino*?».

NOTAS

1. Enrique Krauze, *Textos heréticos* (México, 1992), pp. 75-82.

2. Alejandro Ramos *et al., Sucesión pactada. La ingeniería política del salinismo* (México, 1993), pp. 13-31.

3. *Crónica del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. 1988-1994* (México, 1994).

4. Entrevista con Luis Donaldo Colosio, México, D.F., ene. 1994.

5. Gabriel Zaid, *La economía presidencial* (México, 1987), pp. 19-20.

6. Entrevista con Pedro Aspe Armella, México, D.F., oct. 1994.

7. Justo Sierra, *Obras completas XII. Evolución política del pueblo mexicano* (México, 1991), p. 399.

8. Alejandro Caballero, *Salvador Nava. Las últimas batallas* (México, 1992), pp. 59-70, 113-128, 141-192.

9. Entrevista con Salvador Nava, San Luis Potosí, jul. 1991.

10. Krauze, *Textos heréticos,* pp. 83-93.

11. Entrevista con José Córdoba Montoya, México, D.F., 1992.

12. Enrique Krauze, «José Pérez Méndez» en *Reforma* (México), 9 ene. 1994.

13. Idem.

14. Entrevista con Samuel Ruiz, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 27 jul. 1994.

15. Juan Pedro Viqueira Albán, *María Candelaria, india natural de Cancuc* (México, 1993).

16. Luis González y González, *Obras completas V. El indio en la era liberal* (México, 1996), pp. 281-288.

17. Entrevista con Gonzalo Ituarte, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 26 jul. 1994.

18. *Proceso* (México), 24 jul. 1995.

19. Carlos Tello Díaz, *La rebelión de las cañadas* (México, 1995), pp. 97-98.

20. Ibíd., pp. 123, 136.

21. Ibíd., pp. 127-139.

22. Gabriel Zaid, «La guerrilla postmoderna», en *Reforma* (México), 15 may. 1994.

23. «Declaración de la selva lacandona», en *La Jornada* (México), 2 ene. 1994.

24. Enrique Krauze, «La mirada de Colosio», en *Reforma* (México), 26 mar. 1995.

25. Idem.

26. Unidad de análisis prospectivo, «Paz», en «Informe Especial» de *El Financiero* (México), 27 feb. 1994.

27. Enrique Krauze, «La tragedia de Colosio», en *Reforma* (México), 25 mar. 1994; Jorge Fernández Menéndez *et al., De Chiapas a Colosio. El año que vivimos en peligro* (México, 1994), pp. 140-235.

X
Ernesto Zedillo
El fin del sistema



José Manuel Jiménez, *Ernesto Zedillo, ceremonia del 15 de septiembre de 2000*, fotografía. Id. 16243 © Archivo Procesofoto.

En julio de 1994, el subcomandante insurgente Marcos escribió varias cartas a intelectuales para invitarlos a una Convención Nacional Democrática que tendría lugar en agosto, en el poblado de «Aguascalientes». Una de esas cartas contenía una reflexión sobre la historia de México. Marcos hacía suya una pregunta que le dirigí (en una dedicatoria a *Siglo de caudillos*) sobre si la historia es una Sagrada Escritura que los mexicanos escriben, o si es un libreto que los escribe. Su respuesta fue memorable:

«Las dos cosas, digo yo. La escribimos y nos escribe. Si sólo nos escribe, se condena y nos condena a repetir la historia, tal vez más grotescamente, pero a repetirla. Si sólo la escribimos, no podremos distinguir (como decía Lucas Alamán) «lo que es cierto de lo fingido», y nos otorgaremos por decreto lo que la realidad nos negará con esa terquedad que suele tener la realidad: el poder de pintar una historia sólo del falso color del heroísmo».[1]

Tenía razón: la escribimos y nos escribe. Ni somos simples marionetas de un libreto (la tesis determinista) ni somos los Grandes Hombres que encarnan a la historia (la tesis de Carlyle). La verdad es más sutil. Probablemente existe un orden necesario en el que actúan las vastas fuerzas impersonales y el dios implacable del azar, pero no estamos predestinados o condenados a obedecerlo con ciega o sumisa pasividad: podemos incidir en la historia con un margen de libertad.

Marcos no quería condenarse, ni condenar a los suyos a repetir la historia. Tampoco buscaba «encarnar» al movimiento que encabezaba. Marcos creía en el libreto revolucionario (era marxista) pero ejerció su margen de libertad para catalizar el cambio revolucionario. Para lograrlo, recurrió a un arbitrio genial: montó una obra de teatro,

haciendo suya la Sagrada Escritura de la historia mexicana.

El drama del zapatismo era real: su raíz y razón estaban genuinamente en México, pero también en el zapatismo había actores que sin cinismo, a veces sin conciencia plena, personificaban un papel: los indios de las cañadas eran indios de verdad, pero «representaban» a todos los indios de México, supuestamente «explotados por quinientos años»; Samuel Ruiz era el hombre intachable de una fe justiciera, pero también era el nuevo Las Casas; los dominicos y los catequistas que vivían en Chiapas eran soldados genuinos de esa misma fe, pero salieron a escena como los nuevos misioneros que «picaban con el aguijón» de una conciencia militante.

Y estaba el propio Marcos. Su compromiso de cambiar la realidad social de Chiapas y de México era genuino (su convicción democrática sería mucho más dudosa); habiendo llegado a la Selva Lacandona en 1983 como guerrillero, su estancia con los indios en había sido real y, si se quiere, admirable; pero no era menos real su papel protagónico. ¿Cómo se llamó la obra de un caudillo criollo que vive muchos años cerca de los indios, conoce su idioma, se levanta en armas con ellos, toma tres ciudades y planea tomar la capital? Marcos como el nuevo Hidalgo. ¿Cómo se llamó el libreto de otro caudillo, mestizo, dueño de un gran sentido del humor, que plantea rigurosamente su estrategia militar, respeta a la población civil, logra la adhesión de centenares de sacerdotes, resiste con algazara y bailes el cerco tendido por el supremo gobierno, alcanza la celebridad internacional y la lealtad de sus huestes que dan por él todo su corazón? Marcos en el papel de Morelos. De allí provenía la segunda parte de su denominación: insurgente.

En la obra escrita por Marcos, los capítulos y escenarios

tenían su importancia. Se convocaría a una convención —como Morelos en Chilpancingo— que se llevaría a cabo en un paraje denominado *ad hoc* «Aguascalientes», igual que la ciudad donde se reunieron los generales de la Revolución en 1914 para dilucidar el futuro del país. Pero el «resguardo decisivo» —término usado por Marcos para referirse a la Sagrada Escritura de la historia, base de su obra— estaba en el nombre del movimiento: los actores eran un «Emiliano Zapata» colectivo.

Hasta aquí, el teatro funcionaba admirablemente. El problema radicaba en que los actores estaban armados. En este sentido, Marcos actuaba más como subcomandante que como insurgente. ¿Qué buscaba? Con las armas en la mano había dicho que «el Ejército Zapatista de Liberación Nacional no busca que gane un partido o que gane otro … busca que haya justicia, que haya libertad, y que haya democracia para que el pueblo elija a quien mejor le acomode su entender y que esa voluntad, cualquiera que sea, reciba respeto y entendimiento de los mexicanos todos».[2] El mensaje podía funcionar en «La Realidad» (como Marcos denominaba al escenario zapatista) pero no en la realidad (la del país entero, fuera del teatro). Y es que, en la realidad, no había más tránsito a la democracia que el tránsito pacífico. Transitar por la vía violenta era, por definición, no transitar.

Había que renunciar al viejo y gastado libreto de la muerte, tan característico de la historia mexicana. Los zapatistas se rehusaron. Su obra parecía requerir el elemento del martirologio. Por eso repetían que había que «devolver a la muerte su sentido».[3] ¿No bastaban los muertos que ya había provocado la sublevación y de los que ya nadie, ni los propios zapatistas, hablaban? En medio de tanta muerte, era preferible devolver a la vida su sentido. No faltaban modelos prácticos

para mejorar las condiciones de vida de los hombres y mujeres del campo, pero ¿quién iba a propiciar estas soluciones en una situación de guerra? Nadie, y el Estado menos que nadie. En un México aislado, desgarrado, perderían todos, pero los primeros que perderían serían los que han perdido siempre, «los más antiguos pobladores de este país».[4]

¿Cómo conjurar entonces el peligro? Era Marcos quien entonces podía erigirse en ejemplo, buscando el liderazgo de la izquierda del país (que lo veneraba). En un plebiscito, un millón de firmas le pidieron que dejara las armas y se incorporara a la política. Si renunciaba a representar la Sagrada Escritura que llevaba al fracaso, al martirio, podría contribuir decisivamente a la reconciliación nacional que predicaba.

Marcos no cerró su teatro, no se quitó la máscara, no reveló su rostro ni su nombre, no renunció a la obra que escribía. Cuando años después, ya en tiempos democráticos, su compañía de teatro recorrió la república y llegó a hablar en el Congreso, pudo calibrar la medida de su ficción. El México que recorría en 2001 no era el que había dejado en 1983, cuando se internó en la selva. Y en un acto final de dramaturgia histórica, volviendo al origen, Marcos desapareció del escenario para internarse en el mito.

El neozapatismo fue, finalmente, un fenómeno aislado, cercado, pero contribuyó positivamente a la vida pública en dos aspectos: avivó la conciencia nacional con respecto al problema indígena y catalizó la crisis en el otro teatro, el teatro del poder, el teatro de la presidencia imperial, que con su vergonzosa supervivencia bloqueaba el acceso de México a una vida política abierta y libre como la que gozaban ya, al margen de su diversa situación económica y social, una gran

mayoría de los países del mundo.

Que México siguiese regido por un sistema antidemocrático cuyo origen databa de la época del cine mudo era más que un arcaísmo: era una anomalía histórica. Por eso prendió tanto la imagen de los jóvenes del PRI como «dinosaurios». El teatro del poder debía cerrar. Tenía su tiempo contado.

*

A principios de 1995, el nuevo presidente Ernesto Zedillo Ponce de León pareció comprender el problema en toda su magnitud. Convocó a los tres principales partidos políticos (PRI, PAN, PRD) a una reunión en la residencia oficial de Los Pinos. El objeto fue la firma de un Acuerdo Nacional para la Democracia. Se trataba de entrar en un proceso de negociación —orientado por el gobierno, pero encabezado por los partidos— para lograr la transición definitiva de México a la democracia.

La crisis de México no tenía precedentes desde tiempos de la Revolución, era una crisis integral: económica, social, política. No existían soluciones mágicas o providenciales para lograr la recuperación de los niveles de vida. Quedaba un trecho largo y doloroso por recorrer, pero la condición esencial para abordarlo era la reforma democrática. Así lo expresaba Zedillo en privado y en público. En cierto momento habló de la necesidad de crear y mantener «una sana distancia entre el presidente y el PRI».[5]

Su biografía —difícil, esforzada, limpia— alentaba la esperanza. Nacido en 1951, hijo de una familia de clase media, Zedillo creció en Mexicali sin nexos personales o culturales con la «familia revolucionaria». De niño destacó en el atletismo, desempeñó diversos oficios (voceador de periódicos, limpiabotas), viajó solo en camión a los catorce

años hasta la remota capital (en un viaje de cuarenta horas) y se incorporó al Instituto Politécnico Nacional, escuela popular fundada por Lázaro Cárdenas en los años treinta, competidora de la antigua, elitista y humanista Universidad Nacional. Zedillo perdió a su madre siendo muy joven. Su padre trabajó siempre (hasta cuando su hijo fue presidente) como técnico electricista.[6]

En julio de 1968 alguien tomó un par de fotos a un estudiante de la Vocacional núm. 5. En la primera, cinco granaderos lo acosan, mientras él los encara valientemente; en la segunda, uno de los granaderos lo golpea con la culata. Aquel joven era Ernesto Zedillo. «Ahora es muy fácil decirlo —recordaba al fin de su periodo presidencial—. Si hubieran prevalecido de todas las partes un mínimo de tolerancia, un mínimo de respeto, un mínimo de diálogo, pues aquello hubiera sido algo que quizá se recordaría todavía porque fue parte de los eventos de 1968 que ocurrieron en muchas partes del mundo, pero ciertamente no habría el recuerdo triste, el recuerdo todavía trágico que subsiste en nuestro país.»[7]

Ese agravio lo marcó: nunca creería en la violencia como solución a los problemas nacionales. Por eso, cuando en 1999 un grupo radical desató una huelga que paralizó a la UNAM, Zedillo dejó que el conflicto se alargara nueve meses hasta que no hubo más remedio que acudir a la policía para liberar el campus, en una acción en la que no se registró un solo herido. «Mi límite como autoridad fue cuando se empezaron a presentar hechos de violencia en la Universidad, cuando empezó a haber enfrentamientos entre los propios universitarios…»[8] Y frente al neozapatismo, aunque mantuvo una actitud severa y firme, no utilizó la violencia. (La espantosa tragedia de Acteal, en la que murieron cuarenta y cinco personas, fue un conflicto complejo, interno y local, en

el que el gobierno federal no tuvo responsabilidad.)

Zedillo se hizo a sí mismo. No sólo por su formación de economista, sino por sus hábitos (austero y trabajador de tiempo completo), sus posturas éticas (en su hogar, caso excepcional en su posición, no había sirvientas), su temperamento individualista y hasta sus gustos musicales (de Javier Solís y B.B. King hasta el pop-rock).

Miguel Mancera Aguayo, uno de los hombres públicos más valiosos de México, ha referido alguna vez la historia del FICORCA, fondo de apoyo cambiario que permitió a innumerables empresas sortear la crisis financiera de 1982. México se había declarado en bancarrota. Desde el Banco de México, un joven de treinta años discurrió un sistema original y exitoso de cobertura cambiaria y apoyo a la iniciativa privada que tenía adeudos en dólares. Ese joven, doctor en Economía graduado en Yale, que había trabajado antes en la Secretaría de la Presidencia con el notable economista Leopoldo Solís, era Ernesto Zedillo. «Es el mejor funcionario que he tenido bajo mi tutela en esta institución», comentó Mancera, hombre severo y no muy dado a los elogios. Se refería no sólo a la inteligencia de Zedillo, sino a otras prendas: su firmeza de carácter, su creatividad práctica, su instintiva repulsión ante las falsas recetas populistas y, desde luego, su honestidad personal.

A partir de allí, su ascenso fue vertical. En 1987 instrumentó en sus inicios el Pacto de Crecimiento Económico mediante el cual el país bajó la inflación de 150 por ciento a 9 por ciento anual. Su desempeño lo llevó un año más tarde a la Secretaría de Programación y Presupuesto, donde controló el gasto público y se gestó el programa Solidaridad. Finalmente, Salinas le encargó la Secretaría de Educación. Colosio lo respetaba, y por ello lo había

nombrado jefe de su campaña. Decía que era «el mariscal Zedillo». Al morir Colosio, Salinas hubiese preferido candidatos más dúctiles, pero un conjunto de circunstancias más o menos fortuitas determinaron que tocara a Zedillo la ruleta del poder. Nadie había llegado a la presidencia con menores recursos económicos que Zedillo. Y nadie hasta entonces había salido limpio de ella, como salió él.

A diferencia de todos los presidentes de México desde Madero, Zedillo no fingía ser liberal. Tampoco era liberal como Jesús Reyes Heroles, liberal revolucionario. Zedillo era y se declaraba liberal sin más. Liberal sin adjetivos.

*

A fines de 1996, el cambio democrático no era seguro pero había señales esperanzadoras. Zedillo comenzó a alentar, desde el poder, los límites al poder. Un logro histórico —acaso el mayor— fue el tránsito definitivo del Instituto Federal Electoral de manos del gobierno a manos ciudadanas. Las elecciones estatales y municipales —algunas adversas al PRI— fueron limpias y prácticamente incontestadas. Los periódicos, la radio y, de manera creciente, la televisión, comenzaron a hacer uso de una libertad de expresión sin precedente. Aquellos remotos planetas del sistema político solar de los años cincuenta que giraban obedientes alrededor del sol presidencial, comenzaron a variar paulatinamente su curso tomando un sentido autónomo y centrífugo.

Con todo, en ese momento la transición parecía incierta. El PRI seguía gozando de privilegios presupuestales inadmisibles. Los debates políticos, inaugurados por primera vez, exitosamente, en las elecciones de 1994, se habían eclipsado. Lo que no se había eclipsado era el gigantesco financiamiento de los partidos, que dilapidaban sus recursos en campañas vociferantes e inútiles.

El tiempo estaba contado, pero no agotado. ¿Lo advertía Zedillo? El mundo entero se lo reconocería. La democracia había revitalizado a muchos países en América Latina, había reconciliado a Sudáfrica, parecía despuntar en Rusia, había sentado las bases de un desarrollo responsable en la antigua Europa del Este. En un país con la tradición presidencialista de México, el liderazgo de un presidente reformador podía resultar particularmente efectivo. Ése había sido el papel del rey Juan Carlos en la ejemplar transición de España. ¿Lo asumiría Zedillo?

A mediados de 1997 se celebrarían elecciones en varios estados y municipios del país. Se disputarían además alcaldías, diputaciones, gubernaturas. Los ciudadanos del Distrito Federal (una auténtica ciudad-Estado) elegirían al jefe de gobierno del Distrito Federal, que hasta entonces había sido un «regente» al servicio del emperador presidencial en turno. Ese mismo día —el 6 de julio de 1997— tendrían lugar los comicios para la Cámara de Diputados. La alternancia era condición necesaria para la democracia. Con la alternancia se podía dar inicio a un periodo de efectiva transición, que, sin mayores sobresaltos, podía consumarse en las elecciones presidenciales del año 2000.

En ese parteaguas de México, en la antesala de las elecciones de 1997, se abría la posibilidad de una nueva escritura, libre de fantasmas y abierta al futuro, una escritura en la que participaríamos todos. Así la imaginé, hace veinte años:

«Se trata de descorrer los velos del mito, desmontar las versiones arcaicas y sacralizantes del poder y glorificadoras de la violencia —martirológica o fundacional, lo mismo da— e introducir en la vida pública una actitud moderna de equilibrio y responsabilidad, de veracidad y crítica. Superar,

de una buena vez, la tradición corporativista, orgánica, patrimonial y absolutista del poder. Reducir a sus proporciones humanas y a sus posibilidades prácticas la vocación misional y tutelar del Estado. Dejar atrás la presidencia imperial e inaugurar, en el parteaguas del año 2000, una presidencia estrictamente ajustada a sus límites constitucionales.

»En la democracia, la biografía de México comenzaría a ser la biografía de todos. La democracia pondría punto final a la biografía del poder».[9]

La modesta profecía se cumplió en 2000. Ernesto Zedillo, el presidente liberal, respetó el resultado de las elecciones en las que el PRI, por primera vez desde su fundación en 1929, perdió la presidencia. Al llegar la alternancia, y contra todo pronóstico, gracias al empuje de la sociedad y de varios actores políticos, el país transitó ordenada y pacíficamente a la democracia.

En la euforia del momento, nadie vislumbró que la democracia no es una idea sino una obra. Y en México había que edificarla, con inmensas dificultades, desde los cimientos mismos.

NOTAS

1. Subcomandante insurgente Marcos a Enrique Krauze, julio de 1994, en *Los hombres sin rostro: Cronologías, comunicados, reportajes, acuerdos de paz y artículos de opinión en torno al conflicto chiapaneco de mayo a diciembre de 1994*, CEE, México, 1995, vol. II, p. 99.

2. *Los hombres sin rostro…*, ibíd., vol. I, p. 83.

3. *EZLN. Documentos y comunicados 3*, Ediciones Era, México, 1997, p. 284.

4. *Los hombres sin rostro…*, Ibíd., vol. I, p. 70 y 73.

5. Valdés Zurita, Leonardo y Manuel Larrosa, *Elecciones y partidos políticos en México, 1995*, UAM-Iztapalapa / Centro de Estadística y Documentación Electoral, México, 1995, p. 212.

6. Zedillo, Ernesto, *Ernesto Zedillo: propuestas y compromisos*, Noriega Editores, México, 1994.

7. Entrevista de Enrique Krauze a Ernesto Zedillo, Palacio Nacional, 21 sept. 2000.

8. Ibíd.

9. Krauze, Enrique, *La presidencia imperial*, Tusquets, México, 1997, pp. 456-457.

EPÍLOGO

La historia: ¿la escribimos o nos escribe?

Conflictos de origen

El decurso de todos los pueblos parece corresponder a un libreto que no escribimos, sino que nos escribe. Pero todos tenemos un margen de libertad que implica lo contrario: una escritura que no nos escribe, sino que escribimos. Cada pueblo, como cada persona, ha encontrado un equilibrio distinto, pero en muy pocas escrituras (activas o pasivas) el pasado ha gravitado tanto como en México.

Tal vez el origen de esta presencia está en la antigüedad misma del país, y en el hecho de ser el lugar histórico de un encuentro —no sólo el choque violentísimo— de una vertiente de la cultura occidental y un haz prodigioso de culturas indígenas que no desaparecieron del todo, sino que transformaron a la cultura conquistadora y se transformaron en el proceso. Tras el trauma de la Conquista, Nueva España se convirtió en un laboratorio social, religioso y étnico, erigió ciudades, construyó caminos, conquistó territorios, fundó universidades y hospitales, prohijó el florecimiento de las artes y las letras. En términos políticos, la dominación (con su diseño tradicional, corporativo, patrimonialista) transcurrió en relativa paz, sin un poder alternativo que soñara siquiera con desafiar su legitimidad. Los tres siglos del Virreinato sentaron las bases de la futura nación. Pero al concluir esa etapa no quedaría clara la herencia resultante. Quizá por eso los mexicanos de todas las épocas han vuelto incesantemente la mirada hacia el pasado. Demasiadas veces para usarlo, rechazarlo, glorificarlo, inventarlo, recrearlo, repetirlo. Casi nunca para superarlo. En los mejores casos, para leerlo y conocerlo.

La narrativa inicial de la nación mexicana no planteó la reconciliación, la integración o siquiera el diálogo entre sus

pasados (indígena, hispano y católico). Frente a ellos, los grandes historiadores de la guerra de Independencia —marcados aún por la dramática violencia de la guerra y empeñados en construir desde los cimientos una nueva nación— optaron por varias vías: enaltecer el mundo indígena (Bustamante), enaltecer la huella de España (Alamán), abjurar de la huella de España (Zavala), ignorar ambas huellas (Mora). Ninguna de esas narrativas predominó, pero en aquella convulsa primera mitad del siglo XIX, la visión de los criollos, actores ineptos y testigos impotentes de la desintegración nacional, terminó por identificarse extrañamente con el libreto de los mexicas, es decir, la visión de los vencidos.

La Independencia se vivió y recordó por momentos como una reversión de la Conquista que, a su vez, la emulaba en su estética de la muerte. Igual que Hidalgo, Morelos y los demás sacerdotes insurgentes, muchos de los caudillos que los sucedieron morirían por la nueva patria, dando —como Cuauhtémoc— su sangre frente al dominador ilegítimo o al cruel invasor. Tan trágicos y reales fueron esos hechos, que era difícil no creer en un hado superior que escribía el libreto de nuestra historia como un interminable martirologio.

Significativamente, en la primera mitad del siglo XIX aparecieron pocos actores en el papel de conquistadores o constructores que los hubiese homologado con Cortés. Su defensor y biógrafo, Lucas Alamán, tuvo muchos lectores pero pocos seguidores. En el arranque del siglo de caudillos, lo nuestro, lo verdaderamente nuestro, fue el héroe caído, con las armas en la mano.

Borrón y cuenta nueva

A mediados del siglo, una nueva generación rectora apareció en el escenario. Eran los liberales de la Reforma. No

los obsesionaba —salvo retóricamente— el mundo prehispánico ni la Conquista. Tampoco el orden colonial, que sencillamente querían destruir, hasta en sus últimos vestigios. Católicos (todos, menos Ignacio Ramírez) no buscaban suprimir la religión sino acotar el poder tradicional de la Iglesia y separarla del Estado. No invocaban una raíz cultural indígena, ni siquiera cuando naturalmente les pertenecía, como en el caso de Juárez. Querían que el país saliera de su ensimismamiento y escapara al futuro, a la civilización occidental.

Los liberales —acotados, como toda persona, grupo o sociedad, por determinaciones de toda índole y su circunstancia— no quisieron, sin embargo, ser actores de una escritura que escribiera la historia por ellos. Ellos la escribirían haciendo tabla rasa, con un borrón y cuenta nueva.

Benito Juárez y su generación pusieron el énfasis en uno de los fines principales de esa civilización: la libertad individual (política, económica, social, cívica). Fechaban el nacimiento de México en la guerra de Independencia y la conmemoraban cada año, pero no creían en «la Revolución» como un advenimiento salvador sino como una interrupción indeseada e indeseable de un orden pacífico. Por eso promulgaron la Constitución de 1857, que al poco tiempo incorporó a las Leyes de Reforma. No las armas sino las leyes, las instituciones, las libertades y garantías individuales eran el único marco legítimo para el cambio civilizado. Y si pelearon, fue para defender a la Constitución de una facción que buscaba anularla.

Los liberales, por lo demás, no tuvieron tiempo ni sosiego para escribir una narrativa histórica, pero por suerte, entre las filas del liberalismo moderado surgió un historiador solitario

que hizo algo más importante: dejó una recreación no dogmática ni partidista sino objetiva y serena del pasado. Fue Manuel Orozco y Berra, vértice de un triángulo ilustre de colaboración intelectual que formó con el indigenista José Fernando Ramírez (que rescató por sí solo buena parte de las fuentes prehispánicas) y el hispanista Joaquín García Icazbalceta (que recobró por sí solo buena parte del acervo de la Conquista y el Virreinato). Orozco y Berra escribió sobre el mundo indígena y la dominación española con solidez, ecuanimidad y justicia. Buscaba conocer la historia, no usar la historia. Y de ese conocimiento extrajo, como su contemporáneo Ignacio Manuel Altamirano en la literatura, una voluntad de diálogo y la reconciliación entre los pasados remotos, encarnados en los conservadores y los liberales, mexicanos todos. Ellos fueron los fundadores de la historia y la literatura nacionales. Años más tarde, en los albores de la era porfiriana, apareció *México a través de los siglos*, esfuerzo similar de conocimiento y su voluntad de reconciliación.

Durante la República Restaurada el país tuvo libertad pero no bienestar material. ¿Podía perseguir ambas? Porfirio Díaz pensó que no. Su largo reinado (no fue otra cosa) desvirtuó radicalmente el ideario político liberal pero consiguió cierto éxito en la conquista del otro fin de Occidente, que sus antecesores juaristas —marcados por la discordia civil y la intervención francesa— habían querido pero no podido alcanzar. Construyó como no se construía en México desde los monarcas borbones. Por tres décadas el país tuvo, al fin, un respiro dilatado y tangible de paz, orden y progreso. Y, según opinión de Daniel Cosío Villegas, la mayor autoridad en el tema, Díaz defendió el interés económico de México y consolidó la nacionalidad.

El historiador emblemático de la etapa porfiriana fue Justo Sierra. Él escribiría la primera gran narrativa oficial, la biblia

liberal del pasado mexicano. Pero su liberalismo no era puro, como el de sus antecesores, sino cargado de sociología positivista. En el gozne de los siglos, Sierra creía en la marcha ineluctable de la historia de las oscuridades metafísicas y religiosas al reino de la ciencia y la prosperidad. Por eso no coincidía con la visión de Mora y Zavala. Menos aún con la de Alamán y Bustamante. Y tampoco con la magna obra histórica e historiográfica de Ramírez, García Icazbalceta y Orozco y Berra. Indulgente con el mundo indígena, displicente con la Colonia, la mirada de Sierra, no obstante, era generosa y amplia. Fue el arquitecto del Altar de la Patria. Su *Catecismo de Historia Patria*, escrito con fervor y admirable prosa, consagró la santidad definitiva de los héroes de la Independencia y de Juárez. Hubiese querido hacer lo propio con Porfirio Díaz. No lo logró. El legado de progreso le parecía irrefutable, pero Sierra —liberal al fin— sabía muy bien que ese legado corría peligro de perderse. Tenía razón.

Ni Juárez ni Díaz —epónimos de la era liberal— pensaban en una muerte heroica que recreara cíclicamente el pasado, sino en la vida abierta al exterior y al futuro. Hermanados en la guerra, distanciados en la paz, estos dos gobernantes oaxaqueños, liberales cada uno a su manera, dejaron sin embargo una huella problemática, destinada a perdurar: la concentración de poder en una persona. Presagiaron la biografía del poder en el siglo XX.

La «Sagrada Escritura» de la Revolución

En 1910, el orden liberal que había imperado desde 1867 pareció llegar a un extremo de sus posibilidades y estalló. Por olvidar sus raíces políticas, por matar la letra y el espíritu de la Constitución de 1857, el dictador Díaz lo había llevado a ese punto. Junto a los nuevos conflictos sociales (producto de una modernización inequitativa, parcial), muchos antiguos problemas permanecían ocultos o negados, sin encontrar vías

de solución democrática. Francisco I. Madero representaba esa posibilidad, pero Díaz —en el mayor de sus errores— se rehusó a tomarlo en cuenta. Al llegar al parteaguas simbólico de las Fiestas del Centenario, aquellos conflictos emergieron a la superficie. Se diría que el pasado, con su carga de agravios acumulados, latentes, pendientes, se hizo presente e impuso una corrección violenta al proyecto liberal. Si la Independencia había sido una reacción al orden virreinal, la Revolución fue una reacción contra el orden liberal.

No comenzó siéndolo. Más generoso que sus ancestros jacobinos, Madero concibió la reconciliación de México consigo mismo (con sus pasados en conflicto, hispanos e indígenas, liberales y conservadores) a través de la democracia. Ya en ella, ninguna escritura histórica prevalecería: todos escribirían la historia nacional. En los quince meses que duró su gobierno, el país experimentó la libertad como nunca antes. Libertad de expresión, de elección, de manifestación, de prensa, de reunión, de asociación sindical, de huelga. Por quince meses, coincidieron la letra y el espíritu de la Constitución de 1857. México fue, en efecto, una República, Representativa, Democrática y Federal. Nadie debía ya voltear al pasado para abrir heridas. La prueba mayor de reconciliación histórica fue la presencia abierta y legítima de un Partido Católico en el Congreso. Por desgracia, el golpe de Estado de Huerta abrió la etapa violenta de la lucha armada. El martirio de Madero canceló indefinidamente la alternativa democrática. Ningún protagonista supo entonces por cuanto tiempo. Nosotros sí: por ochenta y siete años.

En 1914, cuando la Revolución se escindió en dos bandos irreconciliables, comenzó a dibujarse la creencia de una «Sagrada Escritura» que nos escribe con ideales y con sangre. La idea de Revolución —doctrina armada, violencia lúcida—

como un advenimiento redentor ha sido universal (al menos desde 1789) y no es privativa de México. Pero entre nosotros la Revolución mexicana llegaría a representar la reversión definitiva de la Conquista, el cumplimiento cabal de la Independencia: el mito total.

Con la Revolución volvió el pasado, con su culto de la violencia redentora (legado de la Independencia) y su inseparable estética de la muerte: vivir por un ideal significaba, irremisiblemente, morir por ese ideal como Hidalgo, Morelos o Guerrero. Así murieron Zapata, Villa, Carranza. Aunque sus proyectos implícitos o explícitos eran muy distintos (la comunidad campesina autónoma, un vago socialismo, un estatismo civilista) no hubiese sido imposible conciliarlos por la vía de las reformas. Pero todos desesperaron de la política y buscaron imponerse por la vía de las armas. El resultado fue una guerra entre facciones que cobró la vida de casi un millón de personas, la mayoría espectadores pacíficos. La Revolución mexicana: una guerra en la que fueron más, muchos más, «los revolucionados» que los revolucionarios. Correrían ríos de tinta para celebrarla, recrearla, justificarla.

Tras la década armada llegó la reconstrucción. En los años veinte, José Vasconcelos concibió algo más poderoso que una mera narrativa nacional, como la de su maestro Justo Sierra. Algo aún más grande que el catecismo de la patria. Concibió el Evangelio de la Revolución Mexicana bajo la forma de una cruzada educativa y una profecía estética: la obra —arcádica e infernal, respectivamente— de Rivera y Orozco. No sólo celebraba, recreaba y justificaba a la Revolución: la sublimaba como un hecho metahistórico de salvación por la cultura, el conocimiento, los libros, las escuelas y las artes, con un redentor a la cabeza, el propio Vasconcelos. Su concepción unificaba a todos los revolucionarios en un ideal que los

envolvía y superaba. El sacrificio había sido necesario para dar comienzo a la aurora. Vasconcelos fue el mayor caudillo cultural que ha dado México. Quiso reconciliar los pasados remotos del país. Quiso crear una religión cívica más total que la de Justo Sierra. Y por añadidura, representaba (ante sus propios ojos) un papel sorprendente: no el de un nuevo Cuauhtémoc («águila que cae») sino el de un nuevo Quetzalcóatl, el civilizador mexicano por antonomasia.

Vasconcelos no sólo hacía historia, escribía él mismo la nueva «Sagrada Escritura» de la Historia. Difícil concebir un uso más genial de la historia. Pero era un uso, al fin. Un uso al servicio del poder, no una búsqueda honesta del saber. Y aún cabe preguntarse: ¿era una visión compartida por los mexicanos?

Sólo un pasado le había faltado reivindicar: el pasado liberal, el de los hombres de la Reforma, el de Madero, su guía e inspiración. En 1929 quiso reivindicarlo, postulándose para la presidencia de México. Pero para entonces un nuevo leviatán ocupaba el escenario: el Partido Nacional Revolucionario. Tras su derrota electoral (quizá fraudulenta), amargado, vuelto contra su creación y contra sí mismo, Vasconcelos desapareció del escenario político, pero el libreto que había contribuido a plasmar perduró por generaciones.

Dos grandes protagonistas, Calles y Cárdenas, aparecieron en el escenario de los años veinte y treinta. El pasado remoto siguió rondándolos. Calles, racional en tantos aspectos, desató la irracional y sangrienta persecución contra la religión católica. Cárdenas, por su parte, encarnaba un humanismo social antiguo, como el de un general misionero. Pero la misión de ambos fue más urgente e inmediata: cumplir (cada cual a su manera) con el espíritu de la Revolución tal como se había plasmado en la Constitución de 1917. Uno inclinado a

la institucionalidad política y económica, el otro hacia la justicia social y la reivindicación nacional de los recursos del país, ambos fueron constructores de un orden político nuevo y poderoso: el Estado revolucionario. Era una creación notable en la que confluían rasgos de la antigua cultura política española —tutelar, misional, orgánica, corporativa, estética, patrimonialista— con la legitimidad carismática de los caudillos insurgentes y sus avatares en el siglo XIX. Anunciado por la visión auroral de Vasconcelos, ese Estado fue la gran invención de esos dos constructores.

En 1940, el Estado «emanado de la Revolución» gozaba de una legitimidad no universal pero sí amplia. El mundo polarizado y en guerra ofrecía a México al menos tres caminos: dirigir el Estado revolucionario hacia un modelo dictatorial fascista (como en Argentina), encauzarlo hacia sus naturales tendencias socialistas, u orientarlo hacia la siempre pospuesta alternativa republicana, democrática y federal.

La opción primera (acariciada por las derechas mexicanas) era por fortuna imposible: en el marco de un Estado revolucionario ese paso era suicida. La segunda vía (acariciada por muchos artistas, políticos, líderes e intelectuales) parecía posible, pero Cárdenas, con clarividencia y responsabilidad, la consideró inviable. ¿Por qué no optó por la democracia?

Esta alternativa estaba inscrita en el programa revolucionario original, pero chocaba con la gloriosa narrativa de la Revolución convertida en Estado. La democracia no imponía una narrativa única: ponía a discusión todas las narrativas (indigenista, hispanista, católica, liberal, revolucionaria, nacionalista, agrarista, obrerista. La democracia significaba, de hecho, la superación del libreto oficial de la historia. Y hacía de cada ciudadano

autor de la historia nacional. Sólo un grupo minoritario de ciudadanos de clase media (encabezados por Manuel Gómez Morin) la propuso. Fue un mérito histórico, pero no ayudó a su causa su propuesta de neutralidad en la Segunda Guerra Mundial. A la democracia mexicana le hacían falta demócratas.

El grupo en el poder (la «familia revolucionaria») optó por una cuarta vía, un híbrido o, más bien, un arbitrio histórico tan corrupto y perverso como eficaz y original: el que décadas más tarde, para admiración de sus estudiosos, se conocería como «sistema político mexicano», un sólido edificio integrado piramidalmente por un partido hegemónico y coronado por una presidencia imperial.

Gracias a su vasta obra constructiva en los años veinte y treinta, el prestigio de la Revolución prevaleció hasta en las mejores conciencias. En 1946, en su célebre ensayo «La crisis de México», Daniel Cosío Villegas registró la distancia entre los logros y los ideales de justicia social, educación, nacionalismo y democracia que habían inspirado a la Revolución. Culpó a los líderes de ser «magníficos destructores, pero que nada de lo que crearon para sustituir a lo destruido ha resultado indiscutiblemente mejor». Señaló las fallas del programa agrario, obrero, económico, educativo. Advirtió el cáncer de la corrupción. Hizo todo ello, pero no abjuró de la Revolución. La reforma no podía ni debía provenir de una cesión de poder a las izquierdas desprestigiadas o a las derechas reaccionarias. Sólo la Revolución podía reformar (depurar, regenerar) a la Revolución.

Pocos años después, en *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz hizo el homenaje poético supremo de la Revolución como un orden que había recobrado las raíces indígenas, españolas

y católicas de México. Por contraste, para Paz el siglo XIX había sido el lugar de un extravío (el extravío liberal). La Revolución, a pesar de sus defectos y desviaciones, había reconciliado a los mexicanos con el origen. Conclusión tácita: pensar *fuera* de la Revolución era imposible.

El teatro de la política

Al tiempo en que la lucha armada se alejaba del horizonte temporal, la política se convirtió en teatralidad. (De ahí la importancia del libro de Rodolfo Usigli: *El gesticulador.*) Con Miguel Alemán, la Revolución mexicana se transformó en una empresa político-teatral, eficaz y productiva en sus logros materiales y aún sociales (salvo en el campo abandonado a su suerte), pero esencialmente simuladora en su misión «revolucionaria» (ya no digamos en su nula vocación democrática). Los políticos enriquecidos se describían a sí mismos como «revolucionarios» impecables, y para referirse a México utilizaban con naturalidad palabras como república, federalismo, representación, democracia. (En realidad era una monarquía, centralizada, formalmente representativa y simuladamente democrática.) El país, no cabe duda, progresó, pero las palabras perdieron su sentido. Había un cinismo en el proceso, pero también autoengaño, porque si bien no se trataba de una dictadura desembozada, el régimen, para legitimarse, dictaba la verdad oficial. Los revolucionarios habían muerto por una causa. Sus hijos y nietos vivían de ella.

Una mentira permeaba la vida pública. Consistía en imaginar a todos los mexicanos «representados» por una «familia revolucionaria» a la que, en realidad, no habían elegido. Esa mentira —diría en los años setenta Gabriel Zaid — era el origen de la corrupción. Para combatir la corrupción, debía combatirse la mentira. Sólo un público democrático podría desenmascararla: dejar paso a la verdad, presionar a los actores soberanos a que cerrasen su teatro y

salieran a la plaza pública donde no «encarnarían» a sus conciudadanos; los representarían con un mandato sujeto a cuentas trasparentes, reglas legales y términos temporales.

No sucedió así. La democracia no estaba, ni remotamente, entre las prioridades nacionales. Entre 1946 y 1968, al margen de los logros de sus respectivos sexenios, los protagonistas políticos se posesionaron de manera creciente de su papel. La máscara se fundió con la cara. Mientras algunos fingían, otros se sentían, de verdad, herederos de la Revolución, garantes de la historia, padres y benefactores del pueblo. Y creían sus propios discursos. Además, y sobre todo, tenían la pistola. Cuando en 1968 un sector joven del público (por tedio, por espíritu contestatario, por afán libertario, por vaga aspiración democrática, o porque se le daba la gana) comenzó a abuchear la obra, el protagonista en turno (Gustavo Díaz Ordaz) sacó la pistola y los mató.

La gente empezó a abandonar el teatro. Algunos con violencia. Era el momento de cerrarlo y salir a la plaza pública, de olvidar el libreto y dar paso a la libertad. La empresa lo intentó todo: bloquear las salidas, regalar boletos y golosinas (Luis Echeverría), hipotecar el patrimonio nacional (José López Portillo), ordenar un súbito intermedio (Miguel de la Madrid). En los años ochenta, la idea democrática liberal se abrió paso con fuerza creciente, no sólo en el PAN (que la había adoptado desde su fundación) sino en los nuevos partidos de izquierda y los sindicatos independientes que comenzaban a preferir esa «modesta utopía» electoral a la gran utopía revolucionaria. Pero la empresa del PRI —gesticulación sobre gesticulación— se encerró en sí misma. Como recurso final, discurrió contratar —con mañas electorales que agraviaron al público— a un joven empresario (Carlos Salinas de Gortari). Cosecharía tanto éxito que intentaría quedarse con el teatro.

Pero el rechazo del público no cesaba. De pronto, fuera del teatro se escucharon disparos. «¡Ya basta!», gritaban los amotinados, que amenazaban con tomar el teatro. No hablaban siquiera el idioma de la obra (eran indígenas), pero entendían mejor que los actores el significado verdadero de las palabras. La confusión en el escenario fue general. Los actores comenzaron a luchar entre sí. En el escenario, alguien sacó la pistola y mató al joven que iba a ser el siguiente protagonista (Luis Donaldo Colosio): la obra contra sí misma.

¿Qué había ocurrido? Salinas entendió que el libreto de la Revolución, en un marco global, estaba agotado. Había que abrir ventanas a la libertad económica y social, y al mundo: firmar el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, reconocer a plena luz las relaciones (hasta entonces subrepticias y vergonzantes) con la Iglesia, reformar el sistema del ejido (no sólo improductivo sino opresivo), limitar el poder de algunos sindicatos. Estas medidas acotaban al Estado, alentaban la participación de la sociedad y eran coherentes con un proyecto necesario de reforma económica. Pero se imponían desde arriba. No eran producto de un debate abierto ni de una decisión democrática.

Ser liberal en lo económico pero no en lo político fue la contradicción esencial del gobierno de Salinas. Como en tiempos de don Porfirio, sus reformas estarían orientadas hacia uno de los fines de la civilización occidental (el bienestar material). Y esa orientación tuvo el acierto de precaver los efectos traumáticos de la apertura económica con programas sociales destinados a ayudar al México pobre o marginal. Pero, como en tiempos de don Porfirio, el otro fin de la civilización occidental (la libertad política) seguía pospuesto.

En el tramo final de aquel sexenio había sólo una salida

sensata: la democracia. No partía de una narrativa histórica excluyente, no postulaba un libreto glorioso. Era contraria a la tradición teocrática, monárquica, estatista, caudillista e incluso revolucionaria. Implicaba, en esencia, una vuelta a la tradición liberal del siglo XIX. Suponía devolver a cada mexicano la voz y el voto en su propio destino. Y en los años noventa, tras la caída del Muro de Berlín, era la alternativa universal. Salinas no la asumió, Zedillo sí.

La plaza de la democracia

Escrito entre 1994 y 1997, el libro *La presidencia imperial* (tercer apartado de esta edición) fue pensado como una historia pero también como un epitafio del sistema político mexicano. Lo escribí a sabiendas de que se trataba de un ciclo agotado.

Con nuestro pasado inmediato —el que ha transcurrido desde el año 2000— ocurre algo distinto. Es un proceso abierto, incierto. Escribir su historia sería contradictorio con la tesis central de la obra, porque México arrancó el siglo XX librándose de un patrón centenario: ha dejado de ser una biografía del poder.

En ensayos y artículos he dado testimonio de ese pasado inmediato. En ellos he hecho un dictamen —severo, en mi opinión— de las administraciones sucesivas del PAN y el PRI, un análisis de la brutal violencia que azota a México (nuevo martirio sin libreto ni ideales, hecho de maldad pura), una reflexión crítica sobre el modo en que la izquierda mexicana llenó el vacío dejado por Marcos con un nuevo líder que con un espíritu menos teatral y lúdico, más mesiánico y autoritario, intentaría apoderarse nuevamente (encarnar, de hecho) la «Sagrada Escritura» de la historia mexicana. En esos textos está también mi visión sobre el desaliento que invade a las familias mexicanas, producto no sólo de antiguos

problemas de pobreza y desigualdad sino de llagas que sangran, que duelen y no cierran: la corrupción, la impunidad, la inseguridad y la injusticia.

Con todo, en este envío final a una obra que llevó tres lustros hacer, no quiero esquivar una pregunta clave: ¿cómo se compara nuestra situación actual con respecto a la presidencia imperial?

En el México de la presidencia imperial, el presidente tenía el monopolio de la violencia legítima y de la violencia impune. Además de los inmensos poderes (políticos, económicos, militares, diplomáticos) que detentaba constitucionalmente, el presidente imperaba como un sol sobre los planetas que giraban en torno suyo. Los poderes formales (Congreso, Suprema Corte, los gobernadores, los presidentes municipales) dependían del presidente. Los burócratas, buena parte de los obreros sindicalizados y las uniones campesinas congregadas en el PRI, se subordinaban al presidente. Los empresarios y la Iglesia seguían las directrices del presidente. Las empresas descentralizadas y paraestatales obedecían los lineamientos del presidente. La Hacienda Pública y el Banco de México se manejaban discrecionalmente desde los Pinos. Los medios de comunicación masiva eran soldados del presidente. El gobierno organizaba las elecciones y el PRI (con su infinita alquimia) las ganaba «de todas, todas». Sólo algunos periódicos, revistas y casas editoriales eran independientes. La única oposición democrática era la que desde 1939 ejercía el PAN. Después del crimen de 1968, la oposición de izquierda se refugió en la academia y la revolucionaria se fue a la sierra.

México ha cambiado porque adoptó los valores y principios de la democracia liberal. La presidencia imperial ha desaparecido. El presidente sólo puede hacer uso (bueno o

malo) de sus poderes constitucionales. Hay genuina división de poderes: el Congreso es independiente y la Suprema Corte es autónoma. El federalismo se ha vuelto real: los gobernadores son sus propios dueños, y si hacen un uso «imperial», corrupto e impune de su poder local, corren el riesgo (que no ocurría antes) de que la prensa los denuncie y la justicia los llame a cuentas. (La justicia es el capítulo pendiente más serio del México actual.) Los grandes sindicatos del sector público no son transparentes ni democráticos, pero tampoco obedecen ya al presidente. Los grupos empresariales gozan de una autonomía que no tenían entonces, la Iglesia actúa sin ataduras, lo mismo con los medios masivos.

Ahora, un instituto ciudadano autónomo (no el gobierno) maneja las elecciones. Cerca de dos millones de personas intervendrán en el conteo y la supervisión del próximo proceso. La oposición es mayoritaria. La ejercen el PAN, Morena, el PRD y otros partidos. Y la ejercen revistas, periódicos, estaciones de radio, comunicadores, periodistas, académicos, intelectuales, grupos de la sociedad civil y las redes sociales, ese ejército creciente, multitudinario, anárquico, muchas veces intolerante, que sin embargo sirve a la libertad. Y ya no sólo la oposición se ha vuelto cosa de todos los días: también la crítica, que está en todas las conversaciones y es elemento esencial de cualquier democracia.

Gane quien gane en las elecciones de 2018, y al margen de sus preferencias electorales, sería bueno que los mexicanos, sobre todo los jóvenes —sin dejar de ser rebeldes y contestatarios— sepan cuidar el frágil edificio de la democracia que construyeron las generaciones anteriores. Lo que queda es mejorar ese edificio, modificarlo incluso, pero no minarlo y menos derruirlo. Ojalá lo entiendan.

Los inmensos problemas del México actual no son responsabilidad de la democracia, sino de los muchos gobernantes y representantes que, en todos los ámbitos y niveles, han abusado de sus cargos. Y no son los únicos responsables: los demás protagonistas de la vida pública, sin excepción, cargamos también con una cuota de responsabilidad en el funcionamiento inadecuado de nuestra democracia.

Pero sería terrible echarla por la borda. Y por la borda la echaríamos si dejásemos que la fe ciega en una «Sagrada Escritura» de la historia (con su anacrónica exaltación revolucionaria o su vocación al martirio) nos impusiera su libreto. O si permitiésemos que en pleno siglo XXI, como ocurre por desgracia en muchos países del mundo (incluido, pasmosamente, Estados Unidos), iniciásemos una nueva edición del libreto que reducía la historia de los mexicanos no a la historia que escribimos todos sino a la biografía de uno, a una biografía del poder.

La democracia es frágil, ardua e imperfecta, pero es un libreto que no nos escribe, es un libreto que escribimos todos. Es preferible porfiar en ella.

Sobre las fuentes

Para emprender la escritura de *Siglo de caudillos* (que recojo aquí con el mismo título) releí historias y biografías, tanto las canónicas como las heterodoxas. Leí libros, folletos y periódicos del siglo XIX y del XX. Consulté los acervos documentales de Hernández y Dávalos y las invaluables colecciones de *Documentos históricos mexicanos* (los relativos a la Independencia y los que cubren el siglo XIX) del benemérito Genaro García. Aproveché agradecido varios artículos y ensayos publicados en revistas académicas extranjeras y nacionales (en particular *Historia Mexicana*, que en sus dos primeras décadas, dirigida por su fundador, Daniel Cosío Villegas, había prestado particular atención al siglo XIX). Dialogué tácitamente con los historiadores clásicos —Alamán, Bustamante, Mora, Zavala—, pero sobre todo con Justo Sierra y Francisco Bulnes. Trabajé las valiosas obras de José C. Valadés y José Fuentes Mares. Procuré seguir los consejos de Luis González y González, Moisés González Navarro, Josefina Vázquez, y escuchar los vastos conocimientos de mi colega Carlos Herrejón.

Para el libro *Biografía del poder* (incluido aquí bajo el título de «La Revolución») mi principal acervo documental provino de las *Fuentes para la historia contemporánea de México*, tanto en los libros y folletos como en periódicos y revistas. Se habían compilado hacia fines de los cincuenta, en una labor titánica dirigida por mi maestro Luis González y González, con la participación del historiador estadounidense Stanley Ross y de muchos otros maestros de El Colegio de México. De esa mina —ordenada escrupulosamente por temas y periodos y dotada de maravillosos índices onomásticos y temáticos— elegí las vetas que me parecieron convenientes para mi propósito. Adicionalmente consulté libros, folletos, artículos,

textos, archivos, cartas, documentos oficiales y personales. Hice visitas a los lugares emblemáticos y tuve conversaciones con descendientes directos o con testigos remotos que me permitieron ir trazando las sucesivas estaciones de la vida de sus personajes principales.

La búsqueda de fuentes primarias originales está presente, en diversa medida, en casi todos ellos. Los textos sobre Díaz, Zapata y Villa son más interpretativos (había ya entonces obras sustanciales sobre cada uno), pero de las figuras restantes pude tener acceso a materiales novedosos e inéditos. En el caso de Carranza, están todos los documentos concernientes a su muerte que, en la hipótesis que manejo (y aún sostengo), ocurrió de propia mano. Para las biografías de Obregón y Calles tuve la fortuna inmensa de contar con el apoyo y el consejo de doña Hortensia Calles de Torreblanca. La conocí en su palacete contiguo al Parque España en la Colonia Condesa y, tras una charla breve y franca, me abrió las puertas del archivo que no sólo contenía la historia de su padre sino buena parte de la de Obregón. En el caso de Lázaro Cárdenas, hice un amplio uso de documentos personales y políticos, sobre todo los relativos a su gubernatura en Michoacán, presagio de su trascendental presidencia.

La investigación para *La presidencia imperial*, que abarca tiempos mucho más recientes, fue más complicada. Todo conspira contra el historiador: la falta de perspectiva frente a los acontecimientos, la carencia de una bibliografía adecuada para estudiarlos, e incluso el hecho de que las personas y las épocas que aborda no tengan ese prestigio legendario que confiere la pátina del tiempo. En México, además, incide otro factor: la naturaleza misma del sistema político mexicano que imperó por siete décadas tenía como primer mandamiento mantener guardados, bajo doble llave, los papeles y secretos de la familia.

Pese a esta ausencia de fuentes contaba, es cierto, con los veintitrés tomos de la *Historia de la Revolución Mexicana (1910-1960)*, que bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas y la de Luis González y González se elaboró en El Colegio de México durante los años setenta. Existían asimismo otras historias generales, nada despreciables: la de José C. Valadés y la puntual crónica de Alfonso Taracena. Se habían publicado diarios de personajes relevantes, como el general Cárdenas y Salvador Novo. Estaban también algunas obras de estudiosos norteamericanos como Frank Brandemburg, Robert Scott, Charles C. Cumberland, Raymond Vernon y Roger D. Hansen. Frente a todos ellos, seguía sobresaliendo la obra del gran decano de los estudios mexicanos, Frank Tannenbaum.

A partir de 1940, cada sexenio contaba con biografías presidenciales redactadas con espíritu encomiástico, pero escritas con dignidad y ricas en información. Algunos personajes destacados de la época conservaban una nutrida correspondencia que fue dada a la luz por sus descendientes: el caso más notable fue el de Marte R. Gómez. En los años setenta y ochenta comenzaron a publicarse algunas autobiografías de interés como la de Daniel Cosío Villegas, el economista Eduardo Villaseñor, el líder ferrocarrilero Luis Gómez Z., el poeta y destacado funcionario público Jaime Torres Bodet, el fundador del PAN Luis Calderón Vega, el político Luis M. Farías, el gran periodista Julio Scherer García, el precoz autobiógrafo Carlos Monsiváis e incluso la del presidente Miguel Alemán Valdés. Y estaban, desde luego, las *Memorias* de Gonzalo N. Santos.

La hemerografía no resultó del todo inútil: aquellas magnas *Fuentes para la historia contemporánea de México* contenían numerosas fichas relevantes para el periodo posterior a 1940. Nunca faltó, por lo demás, un semanario, un editorialista o un intelectual que dejara un testimonio rico, objetivo y crítico

sobre su tiempo político.

Hubiese sido, desde luego, importante consultar archivos privados y públicos. Existen algunos de inmenso interés, como el de Antonio Carrillo Flores en el Centro de Estudios de Historia de México Carso, del que se obtuvo información valiosa. Por desgracia, la mayor parte de estos acervos permanecen en manos de los descendientes de los personajes, que los expurgan o siguen guardando aquel mandamiento: «No revelarás secreto alguno».

Un trabajo pionero fue fundamental: las entrevistas que James y Edna Wilkie realizaron a varios protagonistas de la historia contemporánea, entre ellos a Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo Toledano, Marte R. Gómez, Ramón Beteta, Jesús Silva Herzog.

Estaba clara la pertinencia del método de historia oral para abordar el tema: *La presidencia imperial* (incorporado aquí con el mismo título) fue un libro construido, en una medida importante, con testimonios. En todos los casos se intentó entrevistar a políticos oficiales y de oposición, a miembros de la familia, parientes cercanos, amigos de la infancia, colaboradores íntimos (choferes, cocineras, secretarios, ayudantes), miembros del gabinete, compañeros de borrachera, amigos y enemigos, amigas y amantes, observadores cercanos y lejanos. Hay testimonios de militares y civiles, empresarios y funcionarios, religiosos y laicos, intelectuales y artistas, políticos y apolíticos. Entre todos los informantes, setenta y cuatro en total, dos se mostraron particularmente generosos: don Antonio Ortiz Mena y don Antonio Mena Brito.

En el caso particular de Díaz Ordaz, se cubrieron casi todas las categorías arriba mencionadas. Pero la ayuda más destacada provino de la familia, sobre todo su hijo mayor,

Gustavo, quien no sólo accedió a dar su punto de vista y aportar sus recuerdos sino que me permitió leer las memorias inéditas de su padre.

Agradecimientos

A lo largo de quince años, de 1982 a 1997, muchos jóvenes investigadores e historiadores colaboraron en la hechura de la trilogía que ahora reúno en este volumen, *México: Biografía del poder*. La obra en su conjunto debe mucho también a personas cercanas a los personajes biografiados, que aportaron documentación invaluable. Y cómo olvidar la participación y el apoyo de mis amigos, algunos de ellos ya desaparecidos. Acaso la lista que sigue es incompleta, pero da testimonio de mi gratitud. No incluyo en ella a mis seres queridos: mis hijos León y Daniel, su madre, Isabel Turrent, mis padres Moisés y Helen, y mi abuela Eugenia Kleinbort. Todos apoyaron, acompañaron y sufrieron los trabajos y los días de *México: Biografía del poder*.

Reconozco mucho el apoyo de los investigadores Javier Bañuelos, Gerardo Cabello, Tania Carreño, Leonardo Martínez Carrizales, Xavier Guzmán, Pedro Molinero, Ricardo Pérez Montfort, Alejandro Rosas, Ana María Serna, Carlos Silva Cázares, Greco Sotelo y Álvaro Vázquez. Mi gratitud para los historiadores David Brading, Carlos Herrejón, Gustavo García, Javier Garciadiego, Moisés González Navarro, Luis González y González, Jean Meyer, Richard M. Morse, Margarita de Orellana, Cayetano Reyes, Aurelio de los Reyes, Guillermo Tovar de Teresa, Josefina Zoraida Vázquez y José Manuel Villalpando. Agradezco los materiales facilitados por Hortensia Calles viuda de Torreblanca, Rafael Carranza y Renée González. Gracias a mis amigos Aurelio Asiain, Tulio Demichelli, Julio Derbez, Octavio Paz, Fernando García Ramírez, Víctor Kuri, Alejandro Rossi, José Manuel Valverde Garcés, Gabriel Zaid y Fausto Zerón-Medina.

Algunas de estas personas entrañables no están ya entre

nosotros. Pero siguen y seguirán siempre en mi memoria.

Cronología histórica

1325 Fundación de la ciudad de México-Tenochtitlan por los mexicas, conocidos también como aztecas.

1440-1487 Los mexicas expanden enormemente su imperio y poder bajo el gobierno de Moctezuma I.

1502 Moctezuma II se convierte en emperador o *tlatoani*.

1519 El español Hernán Cortés desembarca sus tropas en las costas del país.

1520 Muerte de Moctezuma II. Es reemplazado por Cuitláhuac, quien reina por sólo 80 días y muere de viruela (enfermedad traída de Europa). Cuauhtémoc, último emperador mexica, continúa la resistencia contra los españoles.

1521 Los españoles y sus aliados indígenas conquistan Tenochtitlan.

1524 Comienza la conversión de los indígenas al cristianismo.

1528 Llegada del primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga.

1533 Inspirado en la *Utopía* de Tomás Moro, Vasco de Quiroga funda el primer pueblo-hospital de Michoacán.

1535 Antonio de Mendoza es nombrado primer virrey de Nueva España.

1542 La Corona española promulga las Nuevas Leyes para proteger a los indígenas.

1551 Fundación de la Universidad de México

1571 Establecimiento de la Inquisición en la ciudad de México.

1700 Felipe V se convierte en rey de España. Con él, la dinastía Borbón reemplaza a la casa de Habsburgo.

1767 Expulsión de los jesuitas.

1803 El científico y viajero Alexander von Humboldt visita México.

1810 El sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla comienza la guerra de Independencia contra España.

1811 Hidalgo es derrotado y ejecutado por los realistas. José María Morelos y Pavón asume el mando de la insurrección.

1813 Morelos convoca a la primera representación popular mexicana, el Congreso de Anáhuac, que formalmente declara la Independencia.

1814 El Congreso proclama la primera Constitución de México.

1815 Morelos es aprehendido y ejecutado.

1821 El antiguo realista Agustín de Iturbide consigue la unión con las fuerzas insurgentes y consuma la Independencia.

1822 Iturbide es proclamado emperador.

1823 Una rebelión encabezada por Antonio López de Santa Anna fuerza a Iturbide a abdicar.

1824 La primera Constitución del México Independiente establece la república federal.

1833 Santa Anna se convierte en presidente por primera vez, de las once que ejercerá el cargo.

1836 Texas proclama su independencia de México. Santa Anna es derrotado por los independentistas.

1838 Fuerzas francesas atacan el Puerto de Veracruz, donde Santa Anna encabeza la defensa y pierde una pierna.

1845 Texas se convierte en parte de los Estados Unidos de América.

1846-1848 Guerra entre México y Estados Unidos, que concluye con la derrota de México y la cesión de más de la mitad de su territorio a aquel país.

1853-1855 Última presidencia de Santa Anna.

1855 La revolución liberal de Ayutla, bajo el mando

de Juan Álvarez, derroca a Santa Anna.

1857 Promulgación de una nueva Constitución de carácter liberal, precedida por una serie de leyes que se oponen al poder de la Iglesia y a los intereses de los conservadores.

1858-1861 Guerra de Reforma entre liberales y conservadores.

1861 Derrota de los conservadores. El presidente Benito Juárez suspende los pagos de la deuda exterior, por lo que Francia, Inglaterra y España acuerdan enviar tropas a México para obligar a su reanudación.

1862 El ejército francés, apoyado por los mexicanos conservadores, invade México. Inicia la guerra de Intervención francesa.

1864 Con el apoyo de Francia se establece el Segundo Imperio Mexicano. Maximiliano de Habsburgo es designado emperador.

1867 El ejército liberal derrota al Imperio. Maximiliano es ejecutado y Juárez restablece la República.

1872 Muerte de Juárez. Sebastián Lerdo de Tejada se convierte en presidente de México.

1876 Porfirio Díaz derroca a Lerdo de Tejada y llega a la presidencia, donde se reelegirá en siete ocasiones. Su gobierno de más de treinta años se conoce como «Porfiriato».

1910-1911 Una revolución encabezada por Francisco I. Madero obliga a la renuncia de Porfirio Díaz.

1913 Madero es depuesto y asesinado en el curso de un golpe de Estado dirigido por Victoriano Huerta. Venustiano Carranza encabeza la rebelión contra Huerta y por el restablecimiento del orden constitucional.

1914 El ejército de Carranza triunfa. Tras la victoria, los jefes revolucionarios se enfrentan entre sí.

1915 El ejército carrancista derrota a su rival Francisco Villa.

1916 Carranza convoca a un congreso constituyente que se celebrará en la ciudad de Querétaro.

1917 Promulgación de la nueva Constitución. Carranza es electo presidente.

1919 Emiliano Zapata es asesinado a traición por fuerzas del gobierno de Carranza.

1920 Carranza es derrocado por una sublevación militar y muere en una emboscada. Álvaro Obregón es electo presidente.

1923 Asesinato de Francisco Villa.

1924 Rebelión fallida de Adolfo de la Huerta. Plutarco Elías Calles llega a la presidencia.

1926-1929 Los conflictos entre el gobierno y la jerarquía

católica llevan a la Cristiada, una extensa revuelta religiosa popular en el centro y occidente de México.

1928 Obregón es reelecto presidente y asesinado antes de tomar posesión. Emilio Portes Gil es designado presidente provisional.

1929 Plutarco Elías Calles crea el Partido Nacional Revolucionario (PNR).

1934 Lázaro Cárdenas es electo presidente de México.

1938 Cárdenas nacionaliza la industria petrolera. El PNR cambia su nombre a Partido de la Revolución Mexicana (PRM).

1940-1946 Presidencia del general Manuel Ávila Camacho.

1946-1952 Gobierno de Miguel Alemán, primer presidente civil de México tras la Revolución.

1946 El PRM se reestructura y se convierte en el Partido Revolucionario Institucional, PRI.

1952-1958 Presidencia de Adolfo Ruiz Cortines.

1958-1964 Manifestaciones laborales encabezadas por un nuevo sindicato magisterial. El movimiento es reprimido por el gobierno.

1958-1959 Los trabajadores ferroviarios se manifiestan contra el gobierno. Se les reprime y sus líderes son encarcelados.

1964-1970 Presidencia de Gustavo Díaz Ordaz.

1968 Un gran movimiento estudiantil termina con la masacre en la Plaza de la Tres Culturas en Tlatelolco.

1970-1976 Presidencia de Luis Echeverría.

1976-1982 Presidencia de José López Portillo. Su administración basa el desarrollo del país en las enormes reservas petroleras recién descubiertas. Una caída en los precios internacionales del petróleo lleva a México a una gran crisis económica.

1982-1988 Presidencia de Miguel de la Madrid Hurtado.

1988-1994 Tras unas elecciones vistas por muchos como fraudulentas, Carlos Salinas de Gortari llega a la presidencia. Salinas emprende importantes reformas económicas, privatiza empresas estatales y firma con Estados Unidos y Canadá el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

1994 Inicia la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas. El candidato del PRI a la presidencia, Luis Donaldo Colosio, es asesinado durante su campaña. Ernesto Zedillo lo reemplaza y es electo presidente. La salida de capitales extranjeros provoca una grave crisis financiera y económica.

1994-2000 Presidencia de Ernesto Zedillo Ponce de León.

2000-2006 Presidencia de Vicente Fox Quezada. Por primera vez en 71 años ocupa el cargo un gobernante ajeno al PRI y sus antecesores.

2006-2012 Felipe Calderón Hinojosa llega a la presidencia con un escaso margen de votos, lo que conduce a fuertes protestas del candidato derrotado, Andrés Manuel López Obrador. El presidente emprende una guerra contra el crimen organizado.

2012 La elección de Enrique Peña Nieto señala el retorno del PRI a la presidencia de México.

APÉNDICES

Fuentes consultadas

SIGLO DE CAUDILLOS

BIBLIOGRAFÍA

Alamán, Lucas, *Documentos diversos*, 2 vols., Jus, México, 1947.

, *Historia de México,* 5 vols., Impresora Eficiencia / Libros del Bachiller Sansón Carrasco, México, 1985-1986.

, *Obras*, 12 vols., Jus, México, 1942-1946.

, *Semblanzas e ideario*, UNAM, México, 1978.

Alessio Robles, Vito, *Coahuila y Texas, desde la consumación de la independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, Porrúa, México, 1979.

Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas,* 6 vols., SEP, México, 1986.

Anna, Timothy E., *El Imperio de Iturbide*, CONACULTA / Alianza Editorial, México, 1991.

Arrangoiz, Francisco de Paula de, *México desde 1808 hasta 1867*, Porrúa, México, 1985.

Arreguín, Enrique, *Hidalgo en San Nicolás: documentos inéditos*, Universidad Michoacana, Morelia, 1956.

Arreola Cortés, Raúl, *Ocampo, Gobierno del Estado de Michoacán de Ocampo,* Morelia, 1992.

Beals, Carleton , *Porfirio Díaz*, Domés, México, 1982.

Berlandier, Jean Louis, Rafael Chovell y Manuel de Mier y Terán, *Diario de viage de la Comisión de Límites que puso el Gobierno de la República: bajo la dirección del Exmo. Sr. General de División D. Manuel de Mier y Terán*, Tipografía de J. R. Navarro, México, 1850.

Berry, Charles R., *La Reforma en Oaxaca Una microhistoria de la revolución liberal, 1856-1876*, Era, México, 1989.

Blasio, José Luis, *Maximiliano íntimo: Memorias de un secretario particular*, Editora Nacional, México, 1966.

Bolívar, Simón, *Doctrina del libertador*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Sucre, Venezuela, 1976.

Brasseur, Charles Etienne, *Viaje por el istmo de Tehuantepec*, SEP, México, 1981.

Bulnes, Francisco, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, s/e, México, 1905.

, *El verdadero Díaz* y *la Revolución,* Editorial Contenido, México, 1992.

, *La guerra de Independencia Hidalgo-Iturbide*, Editora Nacional, México, 1969.

Bustamante, Carlos María de, *Apuntes para la historia del gobierno del general Antonio López de Santa Anna*, Impr. de J.M. Lara, México, 1845.

Bustamante, Carlos María de, *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, Imprenta de J.M. Lara, México, 1843.

, *Diario histórico de México*, SEP / Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1980.

, *Historia del Emperador Iturbide hasta su muerte y sus consecuencias. Continuación del Cuadro histórico*, Imprenta de Cumplido, México, 1846.

Calderón de la Barca, Fanny, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país,* Porrúa, México, 1959.

Calderón, Fernando, *Obras poéticas*, M. Payno, México, 1844.

Castillo Ledón, Luis, *Hidalgo: Vida del héroe,* 2 vols., Cámara de Diputados, México, 1972.

Chávez Orozco, Luis, *La gestión diplomática del doctor Mora*, Porrúa, México, 1970.

Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota,* Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

Contreras Estrada, Tomás, *Melchor Ocampo, el agrarista de la Reforma*, Gráficos Galeza, México, 1960.

Cosío Villegas, Daniel (editor), *Historia moderna de México*, 6 vols., Hermes, México, 1955.

(editor), *Historia moderna de México*, 6 vols., Hermes, México, 1974.

, *La Constitución de* 1857 *y sus críticos*, SEP / Diana, México, 1980.

De Fornaro, Carlo, *Diaz, Czar of Mexico*, edición del autor, Nueva York, 1909.

De la Portilla, Anselmo, *México en 1856 y 1857: Gobierno del General Comonfort* , INEHRM, México, 1987.

De la Torre Villar, Ernesto et al., *Historia documental de México*, Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, México, 1974.

Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques*, El Colegio de México, México, 1972.

Díaz López, Lilia, *Versión francesa de México, informes diplomáticos*, 2 vols., El Colegio de México, México, 1963.

Díaz Mirón, Salvador, *Poesía completa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

Díaz, Porfirio, *Memorias de Porfirio Díaz*, 2 vols., Conaculta, México, 1994.

Diccionario Universal de Historia y Geografía, 10 vols., Imprenta de F. Escalante, México, 1853-1856.

Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras*, UNAM, México, 1995.

Fuente, José María de la, *Hidalgo íntimo*, Tipografía Económica, México, 1910.

Fuentes Díaz, Vicente, *El obispo Abad y Queipo frente a la Independencia*, Editorial Altiplano, México, 1985.

Fuentes Mares, José, *Juárez y los Estados Unidos*, Jus, México, 1960.

, *Juárez, el imperio y la república*, Jus, México, 1982.

, *Juárez, los Estados Unidos y Europa*, Grijalbo, México, 1991.

, *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana*, El Colegio de México, México, 1976.

, *Proceso de Fernando Maximiliano de Habsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía*, Jus, México, 1966.

, *Y México se refugió en el desierto*, Centro Librero La Prensa, México, 1979.

Galindo y Galindo, Miguel, *La Gran década nacional,* 3 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

Gamboa, Federico, *Diario,* Siglo XXI Editores, México, 1977.

García, Genaro (editor), *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*, Grupo Condumex, México, 1990.

, *Documentos históricos Mexicanos,* 8 vols., INEHRM, México, 1985.

, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, Porrúa, México, 1991.

, *Don Santos Degollado: sus manifiestos, campañas, destitución militar, enjuiciamiento, rehabilitación, muerte, funerales y honores póstumos*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1907.

García, Pedro, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia,* México, 1948.

González Navarro, Moisés, *Anatomía del poder en México (1848-1853)*, El Colegio de México, México, 1977.

González y González, Luis, et al., *El Congreso de Anáhuac*, Cámara de Senadores, México, 1963.

, *Galería de la Reforma*, SEP, México, 1983.

, *La ronda de las generaciones*, SEP, México, 1984.

, *Once ensayos de tema insurgente,* El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán, Morelia, 1985.

, *Todo es historia*, Ediciones Cal y Arena, México, 1989.

Guerra, José (fray Servando Teresa de Mier), *Historia de la Revolución de Nueva España*, 2 tomos, Imprenta de Guillermo Glindon, Londres, 1813.

Gutiérrez Casillas, José S.J., *Papeles de don Agustín de Iturbide*, Tradición, México, 1977.

Gutiérrez de Estrada, José María, *Carta dirigida al ecsmo. Sr. Presidente de la República, sobre la necesidad de buscar en una convención le posible remedio de los males que aquejan a la República; opiniones del autor acerca del mismo asunto*, Ignacio Cumplido, México, 1840.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Editorial Vuelta, México, 1991.

Hanighen, Frank Cleary, *Santa Anna: The Napoleon of the West*, Coward-McCann, Inc., New York, 1934.

Hart, John M., *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

Henestrosa, Andrés, *Los caminos de Juárez*, Fondo de Cultura Económica / SEP Cultura, México, 1985.

Hernández y Dávalos, Juan E., *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia,* 6 vols., José María Sandoval, México, 1877-1882.

Herrejón Peredo, Carlos, *Hidalgo antes del grito de Dolores,* Morelia, 1992.

, *Hidalgo: Razones de la insurgencia y biografía documental,* México, 1987.

, *Los procesos de Morelos*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1985.

, *Morelos: antología documental*, SEP, México, 1985.

, *Morelos: Documentos inéditos de vida revolucionaria,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1987.

, *Morelos: Vida preinsurgente y lecturas,* El Colegio de Michoacán, Zamora, 1984.

Hidalgo y Esnaurrízar, José Manuel, *Proyectos de monarquía en México*, Jus, México, 1962.

Humboldt, Alexander von, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México, 1973.

Iglesias, José María, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*, Porrúa, México, 1987.

Iturribarría, Jorge Fernando, *Porfirio Díaz ante la historia*, Unión Gráfica, México, 1967.

Jackson Hanna, Alfred y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Juárez, Benito, *Correspondencia Juárez-Santacilia 1858-1867*, Secretaría de Marina, México, 1972.

_____, *Documentos, Discursos* y *correspondencia,* 15 vols., Secretaría del Patrimonio Nacional, México, 1964.

_____, *Documentos*, *Discursos y manifiestos,* 3 vols., INEHRM, México, 1987.

_____, *Epistolario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

_____, *Miscelánea,* 3 vols., INEHRM, México, 1987.

Knowlton, Robert J., *Los bienes del clero y la Reforma mexicana, 1856-1910*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Kolonitz, Paula de, *Un viaje a México en* 1864, SEP, México,

1984.

Krauze, Enrique y Fausto Zerón-Medina, *Porfirio,* 6 vols., Clío, México, 1993.

Lefevre, E., *Historia de la Intervención Francesa en México, Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano*, s/e, Bruselas y Londres, 1869.

Lemoine, Ernesto, *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época,* UNAM, México, 1991.

Lerdo de Tejada, Sebastián, *Memorias*, Tipografía de J.P. Brown, Brownsville, 1911.

Lombardo de Miramón, Concepción, *Memorias*, Porrúa, México, 1989.

López de Santa Anna, Antonio, *Mi historia militar y política*, Vda de C. Bouret, México, 1905.

López Portillo y Rojas, José, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, Librería Española, México, s/f.

Madero, Francisco I., *La sucesión presidencial en 1910: El Partido Nacional Democrático,* s/e, México, 1908.

Medina Castro, Manuel, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*, Casa de las Américas, La Habana, 1968.

Melchor Ocampo, *Obras completas*, 3 vols., F. Vazquez, México, 1900.

Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores del Ramo, leída en la Cámara de Diputados el 12 de febrero de 1830 y en la de Senadores el día 13 de febrero de 1830, Imprenta del Águila, México, 1830.

Mena, Mario, *El Dragón de Fierro: Biografía de Agustín de Iturbide*, Jus, México, 1969.

Mendoza, Vicente T., *La décima en México*, Ministerio de

Justicia e Instrucción Pública de la Nación Argentina / Instituto Nacional de la Tradición, Buenos Aires, 1947.

Meyer, Jean, *Los tambores de Calderón*, Diana, México, 1993.

Molina Enríquez, Andrés, *La Reforma y Juárez*, Lib. de la Vda. de Francisco Díaz de León, México, 1906.

, *La revolución agraria en México*, Liga de Economistas Revolucionarios de la República Mexicana, México, 1976.

, *Los grandes problemas nacionales*, Imprenta de A. Carranza e Hijos, México, 1909.

Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones,* 3 vols., Porrúa, México, 1965.

, *Obras completas,* 8 vols., SEP / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1988.

, *Obras sueltas*, Librería de la Rosa, París, 1837.

, *Obras sueltas*, Librería de Rosa, París, 1837.

Morales, Francisco, *Clero y política en México (1767-1834)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

Morelos: Documentos inéditos y poco conocidos, vol. 1, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía / Secretaría de Educación Pública, México, 1927.

Moreno, Daniel (compilador), *El sitio de Querétaro*, Porrúa, México, 1989.

, *Los hombres de la Reforma*, Costa Amic, México, 1961.

Munguía, Clemente de Jesús, *En defensa de la Soberanía, Derechos y Libertades de la Iglesia*, Tradición, México, 1973.

Muñoz, Rafael F., *Antonio López de Santa Anna*, México Nuevo, México, 1937.

, *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, Ediciones Botas, México, 1945.

Navarro y Rodrigo, Carlos (editor), *Memorias de Agustín de*

Iturbide, Editorial América, Madrid, 1919.

Noticias biográficas del Excmo. Sr. D. Lucas Alamán, Tipografía de R. Rafael, México, 1853.

Ocampo, Javier, *Las ideas de un día: el pueblo mexicano ante la consumación de su independencia*, El Colegio de México, México, 1969.

Ocampo, Melchor, *Mis quince días de ministro*, Establecimiento Tipográfico de Andrés Boix, México, 1856.

Ojeda Paullada, Pedro (introducción), *Voces sobre Juárez,* 3 vols., Procuraduría General de la República, México, 1973.

Parra, Porfirio, *Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México*, La Gaceta de Guadalajara, Guadalajara, 1906.

Paz, Ireneo, *Algunas campañas: Memorias*, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, México, 1885.

, *Cardos y violetas*, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, México, 1878.

Planchet, Régis, *La cuestión religiosa en México: o sea, Vida de Benito Juárez*, Desclée, Lefebvre y Cía., Roma, 1906.

Podan, Mateo, *Porfirio Díaz: debe y haber; estado del activo y del pasivo históricos del famoso estadista y caudillo mexicano. Ensayo de valoración social*, Ediciones Botas, México, 1944.

Poinsett, Joel R., *Notas sobre México*, Jus, México, 1950.

Pola, Ángel (compilador), *Miscelánea de Benito Juárez*, A. Pola editor, México, 1906.

Pompa y Pompa, Antonio, *Proceso inquisitorial y militar seguidos a D. Miguel Hidalgo y Costilla*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 1984.

Porfirio Díaz. Ensayo de psicología histórica, Librería de la Vda. De C. Bouret, México, 1906.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, Editorial Patria,

México, 1976.

Proceso del ex general Antonio López de Santa Anna, acusándole de infidencia a la patria Imprenta de David, Veracruz, 1867.

Proclama del impávido teniente coronel D. Antonio López de Santana, avisando a los habitantes de Perote la toma de aquel fuerte, Impreso en la oficina del Gobierno, Puebla, 1821.

Rabasa, Emilio, *La Constitución y la dictadura*, Porrúa, México, 1968.

, *La evolución histórica de México*, Porrúa, México, 1972.

, *La organización política de México. La Constitución y la dictadura*, América, Madrid, 1917.

Ramírez Arellano, Manuel, *Últimas horas del Imperio*, F. Vazquez, editor, México, 1869.

Razo Zaragoza, José Luis, *El Despertador americano; primer periódico insurgente*, Secretaría de Educación y Cultura de Jalisco, Guadalajara, 1989.

Reina, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México 1819-1906*, Siglo XXI Editores, México, 1968.

Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México en la época de Santa Anna,* 2 vols., UNAM, México, 1979.

Riva Palacio, Vicente, et. al. *México a través de los siglos,* 5 vols., Editorial Cumbre, México, 1970.

Rivera Cambas, Manuel, *Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo,* 3 vols., INEHRM, México, 1987.

Rivera, Agustín, *Anales mexicanos: la Reforma y el Segundo Imperio*, UNAM, México, 1994.

, *El joven teólogo Miguel Hidalgo y Costilla, anales de su vida y de su revolución de independencia*, Ediciones I.T.G.,

Guadalajara, 1954.

Roeder, Ralph, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz,* 2 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

, *Juárez y su México,* 2 vols., Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, México, 1958.

Ross, Stanley R., *Madero*, Grijalbo, México, 1977.

Scholes, Walter V., *Política mexicana durante el régimen de Juárez, 1855-1872*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

Sierra Partida, Alfonso, *Espada y pluma: Ignacio Ramírez, biografía, selección*, Ediciones del Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1978.

Sierra, Justo, *Historia de México. La Conquista*, Imprenta De M. Garcia y G. Sáez, Madrid, 1917.

, *Obras completas*, 15 vols., UNAM, México, 1991.

Spores, Ronald, et al., *Benito Juárez: Gobernador de Oaxaca, documentos de su mandato y servicio público*, Archivo General del Estado de Oaxaca, Oaxaca, 1987.

Suárez y Navarro, Juan, *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, INEHRM, México, 1987.

Torre, Villar Ernesto de la, et al., *Historia documental de México, 2* vols., Quinto Sol, México, 1984.

Tovar, Pantaleón, Historia parlamentaria del Cuarto Congreso Constitucional, Imprenta de I. Cumplido, México, 1874.

Treviño Villarreal, Mario, *Rebelión contra Juárez, 1869-1870*, Gobierno de Nuevo León / Archivo General del Estado, Monterrey, 1991.

Trueba, Alfonso, *Iturbide: Un trágico destino*, Jus, México, 1959.

Ugarte, José Bravo, *Munguía, Obispo y Arzobispo de*

Michoacán 1810-1868, Jus, México, 1967.

Valadés, José C., *Alamán: Estadista e historiador*, UNAM, México, 1987.

, *José María Gutiérrez de Estrada: (diplomático y escritor político), 1800-1867*, Gobierno del Estado de Yucatán, Mérida, 1944.

, *Luces políticas y cultura universal: Biografías de Alamán, Gutiérrez de Estrada. Comonfort, Ocampo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2014.

, *México, Santa Anna y la Guerra de Texas*, Diana, México, 1982.

, *Orígenes de la República Mexicana: la aurora constitucional*, UNAM, México, 1994.

Valenzuela Rodarte, Alberto, *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica*, Jus, México, 1967.

Valle, Rafael Heliodoro (compilador), *La anexión de Centroamérica a México*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1936.

Vasconcelos, Francisco, *Apuntes históricos de la vida en Oaxaca en el siglo XIX,* s.p.i.

Villoro, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, UNAM, México, 1967.

Ward, Henry George, *México en 1827*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Zaid, Gabriel, *Ómnibus de poesía mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1973.

Zamacois, Niceto de, *Historia de México,* 20 vols., México, 1876-1882.

Zarco, Francisco, *Obras completas*, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, México, 1994.

Zavala, Lorenzo de, *Ensayo histórico de las revoluciones de*

México desde 1808 hasta 1830, s/e, París y Nueva York, 1831-1832.

_____, *Obras históricas*, Porrúa, México, 1969.

Zayas Enríquez, Rafael de, *Benito Juárez: su vida, su obra*, SEP, México, 1971.

_____, *Porfirio Díaz. La evolución de su vida*, Appleton and Co., Nueva York, 1909.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Periódicos

El Observador de la República Mexicana

El Sol

El Tiempo

Correo Americano del Sur

Semanario Patriótico Americano

Revistas

Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Boletín del Archivo General de la Nación

El Museo Mexicano

Historia mexicana

Pearson's Magazine

Revista histórica mexicana

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación de México.

Colección Latinoamericana Nenie Lee Benson, Universidad de Texas en Austin.

LA REVOLUCIÓN

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Alessio Robles, Vito, *La convención revolucionaria de Aguascalientes,* Instituto Nacional de Estudios Históricos

de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1979.

Arenas Guzmán, Diego, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1955.

Barragán, Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista,* 2 vols., Talleres de la Editorial Stylo, México, 1946.

Barrera Fuentes, Florencio, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria,* 3 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1964.

Benítez, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana,* 3 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

Bojórquez, Juan de Dios, *Forjadores de la Revolución mexicana,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1960.

Brading, David A. (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Breceda, Alfredo, *México revolucionario,* T.L Tipografía Artística, Madrid, 1920.

Calzadíaz, Alberto, *Hechos reales de la Revolución,* 8 vols., Patria, México, 1982.

Carr, Barry, *Labour and politics in Mexico, 1910-1920,* Oxford University Press, Oxford, septiembre 1974.

Clark, Marjorie Ruth, *Organized labor in Mexico,* Chapel Hill, North Carolina, 1934.

Cockroft, James D., *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1971.

Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución mexicana.*

Formación del nuevo régimen, Era, México, 1973.

Cosío Villegas, Daniel, *Ensayos y notas,* Hermes, México, 1966.

______, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida política interior. Segunda parte,* Hermes, México, 1971.

______, *El sistema político mexicano,* Joaquín Mortiz, México, 1978.

Crónica ilustrada. Revolución mexicana, 6 vols., Publex, México, 1966-1972.

Dulles, J.W., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución, 1919-1936.* Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

Fabela, Isidro, *Documentos históricos de la Revolución mexicana. Revolución y régimen constitucionalista,* Jus, México, 1960.

Garrido, Luis Javier, *El partido de la Revolución Institucionalizada,* Siglo XXI Editores, México, 1982.

Gilly, Adolfo. *La revolución interrumpida, México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el Poder,* El Caballito, México, 1971.

González Garza, Federico, *La Revolución mexicana. Mi contribución político-literaria,* A. del Bosque Impresor, México, 1936.

González Ramírez, Manuel, *Planes políticos y otros documentos,* vol. I de *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

Gruening, Ernest, *Mexico and its heritage,* Stanley Paul and Co., Londres. 1928.

Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente,* Compañía General de Ediciones, México, 1966.

Hart, John M., *El anarquismo y la clase obrera mexicana.*

1860-1931, Siglo XXI Editores, México, 1980.

Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México,* 2 vols., Era, México, 1984.

Krauze, Enrique, *Caudillos Culturales de la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1976.

Medin, Tzvi, *El minímato presidencial: historia política del maxímato, 1928-1935,* Era, México, 1982.

Mendoza, Vicente T., *El corrido mexicano,* Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

Meyer, Jean, *La Cristiada,* 3 vols., Siglo XXI Editores, México, 1973-1974.

, «Los obreros en la Revolución mexicana: "Los Batallones Rojos"», en *Historia Mexicana,* vol. XXI, n.° 81, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1971.

, *La Revolución mexicana,* Jus, México, 1991.

, Krauze, Enrique, y Reyes, Cayetano, «Estado y sociedad con Calles», en *Historia de la Revolución Mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1976, vol. XI.

Meyer, Lorenzo, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero* (1917-1942), El Colegio de México, México, 1972.

México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores, 8 vols., Senado de la República, México, 1991.

Molina Enríquez, Andrés, *La Revolución agraria de México de 1910 a 1920,* 5 vols., Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1933-1937.

Portilla, Santiago, *Una sociedad en armas,* El Colegio de México, México, 1995.

Los presidentes de México ante la nación, 1821-1966, 4 vols., Cámara de Diputados, México, 1966.

Prida, Ramón, *De la dictadura a la anarquía,* Botas, México, 1958.

Puente, Ramón, *La dictadura, la revolución y sus hombres,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1985.

Quirk, Robert E., *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929,* Indiana UniversityPress, Bloomington y Londres, 1973.

Ramírez Plancarte, Francisco, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista,* Botas, México, 1941.

Rojas, Basilio, *La Soberana Convención de Aguascalientes,* Comaval, México, 1961.

Ruiz Ramón, Eduardo, *México: La gran rebelión, 1905-1924,* Era, México, 1980.

Rutherford, John, *Mexican society during the Revolution (A literary approach),* Clarendon Press, Oxford, 1971.

Taracena, Alfonso, *La verdadera Revolución mexicana,* Jus, México, 1961.

Tobler, Hans Werner, *La Revolución mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940,* Alianza Editorial, México, 1994.

Ulloa, Bertha, «La encrucijada de 1915», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1979, vol. V.

, «La revolución escindida», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1976, vol. IV.

Valadés, José C., *Historia general de la Revolución mexicana,* 9 vols., Guernika/Secretaría de Educación Pública (SEP), México, 1985.

Vasconcelos, José, *Breve historia de México,* Compañía Editorial Continental, México, 1971.

, *Memorias, I. Ulises criollo. La tormenta,* Fondo de

Cultura Económica, México, 1983.

Vera Estañol, Jorge, *Historia de la Revolución mexicana. Orígenes y resultados,* Porrúa, México, 1967.

Wilkie, James y Edna, *México visto en el siglo xx,* Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1969.

I. Místico de la libertad, Francisco I. Madero

Aguilar Belden de Garza, Sara, *Una ciudad y dos familias,* Jus, México, 1970.

Anónimo, «Un apóstol», en *El Nacional,* México, 23 nov. 1930.

Anónimo, «Biografía de Francisco I. Madero», en *El Nacional,* México, 20 nov. 1932.

Archivo del Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, Fondo DLI, «Manuscritos de Bernardo Reyes», carpeta 40, legajo 7942. Correspondencia Madero-León de la Barra. Recopilación de Josefina Moguel.

, Fondo VIII-2, «Manuscritos de Genaro Amezcua», Correspondencia Madero-León de la Barra, Recopilación de Josefina Moguel.

, Fondo LXIV-3, «Manuscritos de Francisco I. Madero», carpeta 1, legajos 20, 23, 24, 36, 42, 44, 45, 46, 63, 69, 70, 73 y 79; carpeta 2, legajos: 84, 95, 113, 117, 120, 122, 123, 126, 127, 131 y 132. Recopilación de Josefina Moguel.

, Fondo X-1, «Manuscritos de Francisco I. Madero-León de la Barra», carpetas 2 y 3. Correspondencia Francisco I. Madero-León de la Barra. Recopilación de Josefina Moguel.

Azuela, Mariano, «Madero», en *Obras completas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

The Bhagavad-Gita, traducción directa del sánscrito, introducción de Juan Mascaró, Penguin Books, Baltimore, 1962.

Beezley, William H., «Francisco I. Madero», en Richmond, Douglas, y Wolfskill, George (comp.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist views of the leaders,* University of Texas Press, Austin (Texas), 1979.

Bonilla Jr., Manuel, *El régimen maderista,* Arana, México, 1962.

Bulnes, Francisco, «Los tremendos idealistas trágicos: Francisco I. Madero», en *Los grandes problemas de México,* Editora Nacional, México, 1970.

Cosío Villegas, Daniel, «Del Porfiriato a la Revolución», en Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, el historiador liberal,* Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

Cumberland, Charles C., *Madero y la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1981.

Ferrer de Mendiolea, Gabriel, *Vida de Francisco I. Madero,* Secretaría de Educación Pública (SEP), México, 1945.

Guía del archivo del general Bernardo Reyes, CONDUMEX, México, 1984.

Harrison, John P., «Henry Lane Wilson, el trágico de la Decena», en *Historia Mexicana,* vol. VI, n.° 23, El Colegio de México, México, enero-marzo 1957.

Historia de las religiones. Las religiones constituidas en Occidente y sus contracorrientes, vol. VIII, Siglo XXI Editores, México, 1981.

Lamicq, Pedro, *Madero,* Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, México, 1958.

Liceaga, Luis, *Félix Díaz,* Jus, México, 1958.

López Velarde, Ramón, *Obras,* Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

MacGregor, Josefina, *La XXVI Legislatura,* Instituto de Investigaciones Legislativas, Cámara de Diputados, México,

1983.

Madero, Carlos B., *Relación de la familia Madero,* s.p.i., Coahuila, 1973.

Madero, Francisco I., «Cuaderno manuscrito de Madero con sus Comunicaciones espiritistas», 1907-1908, y «Legajo de comunicaciones espiritistas», 1901-1907, Archivo particular de la señora Renée González.

, *Epistolario (1900-1909). Archivo de don Francisco I. Madero,* 2 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1985.

, «Las memorias de Francisco I. Madero», en *ABC,* México, 31 ene. 1950.

, Ponencia presentada en el Congreso Espírita, en *El Universal,* México, 3 jul. 1950.

, *La sucesión presidencial en 1910,* Edición del autor, México, 1908.

Maria y Campos, Armando de, «Experiencias espiritistas», en *ABC,* México, 28 feb. 1953.

Márquez Sterling, Manuel, *Los últimos días del presidente Madero,* Imprenta Siglo XXI, La Habana, 1917.

Meyer, Michael C., *Huerta, a political portrait,* The University of Nebraska Press, Lincon (Nebraska), 1972.

Muller de Trillas, Alicia, «Cómo vi a don Francisco I. Madero», en *El Nacional,* México, 19 nov. 1954.

O'Shaughnessy, Edith, *Huerta y la Revolución,* Diógenes, México, 1971.

Rosales, Hernán, «Fragmentos de la vida íntima de Madero», en *El Globo,* México, 1 mar. 1925.

Rosales, José Natividad, *Madero y el espiritismo,* Posada, México, 1973.

Ross, Stanley R., *Madero,* Grijalbo, México, 1977.

Taracena, Alfonso, *Madero, vida del hombre y del político,* Botas, México, 1937.

Urquizo, Francisco, *Viva Madero,* Marte, México, 1954.

Valadés, José C., *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero,* 2 vols., Antigua Librería Robredo, México, 1960.

Varios Autores, *Francisco I. Madero. Semblanzas y opiniones,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1973.

Vasconcelos, José, *Don Evaristo Madero. Biografía de un patricio,* Impresiones Modernas, México, 1958.

Vázquez Gómez, Francisco, *Memorias políticas,* Imprenta Mundial, México, 1933.

Wilson, Henry Lane, *Diplomatic episodes in México, Belgium and Chile,* A.M. Philpot, Londres, 1927.

Villarello Vélez, Ildefonso, *Historia de la Revolución mexicana en Coahuila,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1970.

II. El amor a la tierra. Emiliano Zapata

Aguilar, José Ángel, *Zapata. Selección de textos,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1980.

Alessio Robles, Vito, «La Convención Revolucionaria de Aguascalientes», XXXIII, en *Todo,* México, 15 jun. 1950.

Alpuche y Silva, Fernando, «El general Emiliano Zapata», en *El Nacional,* México, 20 jul. 1941.

Ángeles, Felipe, «Genovevo de la O», en *Cuadernos Mexicanos,* Secretaría de Educación Pública (SEP)/CONASUPO, n.° 11, México, 1984.

Anónimo, «Tres anécdotas de Emiliano Zapata», en *El Universal,* México, 10 abr. 1931.

Anónimo, «Zapata, ¿bandido o apóstol?», en *Hoy,* México, 14

feb. 1948.

Archivo Jenaro Amezcua, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, México, VIII-2, Manuscritos, carpeta 1, legajos: 32, 35, 55, 64, 67, 84, 98, 102, 106, 110, 118, 126, 128, 150, 153, 175. Carpeta 3, legajos: 194, 195, 197, 202, 205, 211, 213, 214, 216, 219, 222, 225, 226, 228, 230, 232, 234, 235, 239, 241, 243, 252. Carpeta 5, legajo: 439.

Arenas Guzmán, Diego, «La intransigencia de Zapata» en *El Universal,* México, agosto 1933.

Arrangoiz, Francisco de Paula de, *México desde 1808 hasta 1867,* Porrúa, México, 1985.

Campós Alatorre, Cipriano, «Dos hombres de Zapata», en *El Universal Gráfico,* México, 9 jun. 1937.

Coatsworth, John H., «Patterns of rural rebellions in Latin America: México in comparative perspective», The University of Chicago, Chicago, s.f.

Chaverri Matamoros, A., «El archivo de Zapata», VII, en *El Universal,* México, 24 sept. 1935.

, «El archivo de Zapata», X, en *El Universal,* México, 27 sept. 1935.

Chevalier, François, «Un factor decisivo de la revolución agraria de México: "El levantamiento de Zapata" (1911-1919)», *en Cuadernos Americanos,* CXIII, 165-87, México, 6 nov. 1960.

Delgado, Miguel R., «El testamento político de Otilio Montaña», en *Excélsior,* México, 21 ene. 1919.

Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques,* El Colegio de México, México, 1972.

Díaz Soto y Gama, Antonio, «Cómo era Zapata», en *El Universal,* México, 7 abr. 1943.

, «Un noble amigo de Zapata», en *El Universal,* México,

13 dic. 1950.

, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapala, su caudillo,* El Caballito, México, 1967.

, «El sur encuentra su caudillo», en *El Universal,* México, 3 feb. 1954.

, «Zapata y Villa, creyentes», en *El Universal,* México, 6 abr. 1949.

Díez, Domingo, *Bosquejo histórico-geográfico de Morelos,* Centenario, Cuernavaca, 1967.

*Documentos in*éditos *sobre Emiliano Zapata y el Cuartel General,* Seleccionados del Archivo de Genovevo de la O que conserva el Archivo General de la Nación, México, 1979.

Dromundo, Baltasar, *Emiliano Zapata,* Imprenta Mundial, México, 1934.

Eliade, Mircea, *Tratado de historia de las religiones,* Era, México, 1964.

Gill, Mario, «Zapata: su pueblo y sus hijos», en *Historia Mexicana,* vol. II, n.° 6, El Colegio de México, México, octubre-diciembre 1952.

Gómez, Marte R., *Las comisiones agrarias del sur,* Librería de Manuel Porrúa, México, 1961.

González Ortega, José, «Cómo murió Eufemio Zapata», en *Todo,* México, 13 ene. 1944.

González y González, Luis, *El indigenismo de Maximiliano,* IFAL, México, 1965.

, «El subsuelo indígena», en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México. La República restaurada. Vida social,* Hermes, México, 1974.

Hernández, Alicia, *Haciendas y pueblos en el estado de Morelos, 1535-1810,* Tesis de maestría en historia, El

Colegio de México, México, 1973.

Horcasitas, Fernando, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta,* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1968.

León Portilla, Miguel, *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata,* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1978.

López González, Valentín, *Los compañeros de Zapata,* Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, México, 1980.

, *Francisco Leyva Arciniegas, Summa morelense,* s.p.i, s.f.

, «Plan de Ayala», en *Cuadernos Zapatistas,* Cuernavaca, 1979.

, «Los plateados de Morelos» (Manuscrito inédito).

, «Reforma y ratificación del Plan de Ayala», en *Cuadernos Zapatistas,* Cuernavaca, 1979.

López y Fuentes, Gregorio, *Tierra,* Editorial México, México, 1933.

Magaña, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México,* 5 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1985.

Magaña Cerda, Octavío, «Historia documental de la Revolución», en *El Universal,* México, XCIII, 10 ago. 1950; CLXXXV, 10 nov. 1950; CXCIV, 19 nov. 1950; CCXII, 10 dic. 1950; CCCXLII, 19 may. 1951.

Maria y Campos, Armando de, «Reto de Zapata al constitucionalismo», en *ABC,* México, 10 ene. 1953 y 17 ene. 1953.

Martínez Mancera, Salvador, «Perdura en el sur la leyenda de

que Emiliano Zapata no ha muerto», en *El Universal Gráfico,* México, 13 abr. 1938.

Mena Brito, Bernardino, «El verdadero zapatismo», en *El Universal,* México, 8 jul. 1941.

Meyer, Jean, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910),* Secretaría de Educación Pública (SEP), col. Sepsetentas, México, 1973.

Miranda, José, *Vida colonial y albores de la independencia,* Secretaría de Educación Pública (SEP), col. Sepsetentas, México, 1972.

Palacios, Porfirio, *Emiliano Zapata, datos biográfico-históricos,* LIBROMEX, México, 1960.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad,* Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

, *Posdata,* Siglo XXI Editores, México, 1970.

Paz Solórzano, Octavio, «Emiliano Zapata», en José T. Meléndez, *Historia de la Revolución mexicana,* Águilas, México, 1936.

______, *Hoguera que fue,* Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), México, 1986.

Pierri, Ettore, *Vida, pasión y muerte de Emiliano Zapata,* Edamex, México, 1979.

Redfield, Robert, *Tepoztlán: A Mexican village. A study of folk life,* The University of Chicago, Chicago, 1973.

Reina, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906),* Siglo XXI Editores, México, 1980.

Robles, Serafín M., «Emiliano Zapata era todo un charro», en *El Universal,* México, I may. 1936.

, «Zapata, agricultor», en *El Universal,* México, 17 jun. 1936.

, «Zapata era enemigo de la lisonja», *El Universal,*

México, 29 abr. 1936.

Salazar Pérez, Juan, «Otilio Montaño», en *Cuadernos Morelenses,* Cuernavaca, 1982.

Sánchez Septién, Salvador, *José María Lozano en la tribuna parlamentaria, 1910-1913,* Jus, México, 1956.

Sotelo Inclán, Jesús, *Raíz y razón de Zapata,* Etnos, México, 1943.

Taracena, Alfonso, «Madero quiso refugiarse con Zapata», en *Revista de Revistas,* México, 22 sept. 1957.

, «Otilio G. Montaño, Agrarismo», en *Hoy,* México, 25 sept. 1943.

Torres, Elías L., «No te descuides, Zapata», en *Jueves de Excélsior,* México, abril 1937.

Trujillo, Daniel R., «Memorias revolucionarias de un suriano zapatista», en *El Legionario,* México, 15 mar. 1950.

Varios Autores, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista. Cinco ensayos,* SEP-INAH, México, 1980.

Wolf, Eric R., *Las luchas campesinas del siglo xx,* Siglo XXI Editores, México, 1972.

Womack, John, *Zapata y la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1969.

Zapata, Emiliano, «Manifiesto al pueblo mexicano», en *Revista Mexicana de Sociología,* México, 11 mar. 1917.

, «Declaraciones de Emiliano Zapata a *El País*», en *El País.* México, 21 jun. 1911.

Zapata, María de Jesús, «Emiliano Zapata iba corneado cuando se fue a la Revolución», en *El Universal,* México, 15 abr. 1952.

III. Entre el ángel y el fierro. Francisco Villa

Aguirre Benavides, Luis, *De Francisco I. Madero a Francisco*

Villa, A. del Bosque Impresor, México, 1966.

______, y Aguirre Benavides, Adrián, *Las grandes batallas de la División del Norte, al mando del general Francisco Villa,* Diana, México, 1964.

Ángeles, Felipe, «La batalla de Zacatecas», en *Historia de la Revolución mexicana,* Águilas, México, 1936.

Beltrán, Enrique, «Fantasía y realidad de Pancho Villa», en *Historia Mexicana,* vol. XVI, n.° 61, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1966.

Blanco Moheno, Roberto, *Pancho Villa, que es su padre,* Diana, México, 1969.

Braddy, Haldeen, *The paradox of Pancho Villa,* Texas Western Press, University of Texas, El Paso (Texas), 1978.

Bustamante, L.F., «José Loya era el nombre comercial de Pancho Villa», en *Todo,* México, 21 may. 1935.

, «Nadie sabía dónde dormía Pancho Villa», en *Todo,* México, 11 jun. 1935.

, «Pancho Villa no era bandido antes de 1910», en *Todo,* México, 28 nov. 1933.

Campobello, Nellie, *Mis libros: Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa,* Compañía General de Ediciones, México, 1960.

Casasola, Gustavo, *Biografía ilustrada del general Francisco Villa (1878-1966),* Edición del autor, México, 1969.

Ceja Reyes, Víctor, *Yo, Francisco Villa y Columbus,* Centro Librero La Prensa, Chihuahua, 1987.

, *Yo maté a Villa,* Populibros *El Universal,* México, 1960.

Cervantes, Federico, *Francisco Villa y la Revolución,* Ediciones Alonso, México, 1960.

Cervantes, Francisco, «Felipe Ángeles: Revolucionario, idealista y desinteresado», en *El Universal,* México, 26 nov.

1947.

Clendenen, Clarence, *The United States and Pancho Villa: a study in unconventional diplomacy,* Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1961.

Corral, Luz, viuda de Villa, *Pancho Villa en la intimidad,* Centro Librero El Universal, Chihuahua (Chihuahua), 1976.

Cortés, Rodrigo Alonso, *Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis,* Diana, México, 1972.

Díaz Soto y Gama, Antonio, «La ley agraria del villismo», en *El Universal,* México, 22 abr. 1953 y 29 abr. 1953.

Documentos relativos al general Felipe Ángeles, Domés, México, 1982.

Durán y Casahonda, José, «Las mujeres de Pancho Villa», en *Todo,* México, 2 ene. 1934.

Estol, Horacio, *Realidad y leyenda de Pancho Villa,* Librería Hachette, Biblioteca de Bolsillo, Buenos Aires, s.f.

García Naranjo, Nemesio, «El bandolerismo de Villa», en *Excélsior,* México, 17 mar. 1926.

Garfias, M. Luis, *Verdad y leyenda de Pancho Villa,* Panorama, México, 1981.

Gill, Mario, «Heraclio Bernal, caudillo frustrado», en *Historia Mexicana,* vol. IV, n.° 14, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1954.

Gilly, Adolfo, «Felipe Ángeles camina hacia la muerte», prólogo a Guilpain Peuliard, Odile, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Gómez, Marte R., *Pancho Villa, un intento de semblanza,* Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

González, Manuel W., *Contra Villa,* Botas, México, 1935.

González Garza, Roque, «La batalla de Torreón», en *Cuadernos Mexicanos,* Secretaría de Educación Pública (SEP)/CONASUPO, México, 1981.

Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa,* Compañía General de Ediciones, México, 1968.

Herrera, Celia, *Francisco Villa ante la historia,* Costa-Amic, México, 1939.

Ita, Fernando de, «Soledad Seañez de Villa recuerda su vida…», en *Unomásuno,* México, 18 mar. 1983.

Katz, Friedrich, «Agrarian changes in Northern Mexico in the period of Villista rule, 1913-1915», en *Contemporary México. Papers of the IV International Congress of Mexican History,* UCLA Press, Los Ángeles, 1976.

, «Alemania y Francisco Villa», en *Historia Mexicana,* vol. XII, n.° 45, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1982.

, «Pancho Villa and the attack on Columbus, New Mexico», en *The American Historical Review,* vol. LXXXIII, n.° 1, Washington, DC, febrero de 1978.

, «Peasants in the Mexican Revolution of 1910», en Speilberg, Joseph, y Whiteford, Scott (eds.), *Forging nations: A comparative view of rural firment and revolt,* East Lansing, Michigan State University Press, Michigan, 1976.

, «Villa, reform governor of Chihuahua», en Richmond, Douglas, y Wolfskill, George (comp.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist view of the leaders,* University of Texas Press, Austin (Texas), 1979.

Juvenal, *Verdades históricas. ¿Quién es Francisco Villa?,* Gran Imprenta Políglota, Dallas, Texas, 1916.

L.B.F., «El corazón de Pancho Villa», en *Jueves de Excélsior,* 1 may. 1937.

Langle Ramírez, Arturo, *El ejército villista,* INAH, México, 1961.

, *Los primeros cien años de Pancho Villa,* Costa-Amic, México, 1980.

Lansford, William Douglas, *Pancho Villa,* Stock, París, 1967.

Magaña, Gildardo, «Así nació la División del Norte», en *Cuadernos Mexicanos,* Secretaría de Educación Pública (SEP)/CONASUPO, México, 1984.

Mar, Juan del, «Sombras de Villa», en *Hoy,* México, 30 sept. 1937.

Muñoz, Rafael F., *Pancho Villa. Rayo y azote,* Populibros *El Universal,* México, 1955.

, *Relatos de la Revolución,* Secretaría de Educación Pública (SEP), col. Sepsetentas, México, 1974.

, *Vámonos con Pancho Villa,* Espasa-Calpe, México, 1950.

Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña,* Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

O'Hea, Patrick, *Reminiscences of the Mexican Revolution,* Sphere Books Limited, Londres, 1981.

Orellana, Margarita, *La mirada circular,* Joaquín Mortiz, México, 1991.

Pérez Rul, Enrique, «El amor y Francisco Villa», en *Mujeres y Deportes,* México, 1 may. 1937.

Peterson, Jessie, y Cox Knoles, Thelma, *Pancho Villa, Intimate recollections by people who knew him,* Hasting House Publishers, Nueva York, 1977.

Puente, Ramón, «Francisco Villa», en *Historia de la Revolución mexicana,* Menéndez, México, 1936.

, «Francisco Villa», en *La dictadura, la revolución y sus hombres,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la

Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1985.

, «Memorias de Pancho Villa, narradas por él mismo» en *El Universal Gráfico,* México. 26 jul. 1923 y 30 jul. 1923.

, «La verdadera historia de Pancho Villa por su médico y secretario», en *Excélsior,* México, 23 may. 1931 y 28 may. 1931.

, *Villa en pie,* Castalia, México, 1966.

Reed, John, «Las batallas desesperadas de Villa preparatorias a la captura de Torreón», en *The World,* Nueva York, 12 abr. 1914.

, «Con Villa en México», en *Metropolitan Magazine,* Nueva York, febrero 1914.

, *Hija de la Revolución y otras narraciones,* Fondo de Cultura Económica, col. Popular, México, 1972.

, *México insurgente,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

, «¿Qué pasa en México?», en *The Masses,* Nueva York, junio 1914.

, «El socialismo de Villa se funda en la necesidad», en *The Sun,* 2 ene. 1914.

, «Villa es brutal, sin embargo tiene ideales», en *The World,* Nueva York, 1 mar. 1914.

Sánchez Azcona, Juan, «La complicada psicología de Francisco Villa», en *El Universal,* México, 2 nov. 1928.

Schuster, Ernest Otto, *Pancho Villa's shadow: The true story of Mexico's Robin Hood as told by his interpreter,* Exposition Press, Nueva York, 1947.

Serrano, T.F., y Vando, C. del, *Victorias del general Villa,* s.p.i., El Paso (Texas), 1914.

Terrazas, Silvestre, «El verdadero Pancho Villa», en *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos,*

Chihuahua, 20 feb. 1920; 20 ago. 1944.

Torres, Elías, *Hazañas y muerte de Francisco Villa,* Época, México, 1975.

, *Twenty episodes in the life of Pancho Villa,* The Encino Press. Austin (Texas), 1973.

, *Vida y hechos de Francisco Villa,* Época, México, 1975.

Trujillo Herrera, Rafael, *Cuando Villa entró en Columbus,* Porrúa, México, 1973.

Turner, John Kenneth, «Villa como estadista», en *Metropolitan,* abril 1915.

Valadés. José C., «Los compadres de Villa», en *Todo,* México, 26 sept. 1933.

IV. Puente entre siglos. Venustiano Carranza

Aldama Rendón, Mario, *Introducción al pensamiento político de Flores Magón y Carranza,* Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1977.

Alessio Robles, Miguel, «Cómo se conocieron Carranza y Obregón», en *El Universal,* México, 26 mar. 1927.

______, «El viejo pachorrudo y conspirador», en *El Universal,* México, 26 feb. 1940.

Anónimo, *Carranza,* Ediciones de Cultura y Ciencia Política, México, 1971.

Anónimo, «Hasta los obregonistas se burlan del suicidio de don Venustiano», en *El Universal,* México, 20 jul. 1951.

Anónimo, «Una pregunta vieja: ¿Carranza se suicidó?», en *Hoy,* México, 19 dic. 1942.

Barragán, Juan, «Bosquejo histórico-revolucionario de la figura del Primer Jefe», en *El Universal,* México, 7 feb. 1945.

______, «El carácter y la honradez de Carranza», en *El Universal,* México, 10 jun. 1953.

______, «La honradez de los hombres de la Revolución», en *El Universal,* México, 8 ene. 1953.

Blasco Ibáñez, Vicente, *El militarismo mejicano,* Prometeo, Valencia, 1920.

Beezley, William H., «Governor Carranza and the Revolution in Coahuila», en *The Americas,* 33, n.° 1, octubre de 1976.

Beltrán, Ramiro, «Así veía Madero a Carranza en 1909», en *Hoy,* México, 18 ago. 1951.

Benítez, Fernando, *El rey viejo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

Beteta, Ramón, *Camino a Tlaxcalantongo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

Breceda, Alfredo, *Don Venustiano Carranza, rasgos biográficos,* folleto, México, 1912.

Cabrera, Luis, *La herencia de Carranza por el Lic. Blas Urrea,* Imprenta Nacional, México, 1920.

Carranza Castro, Jesús, *Origen, destino y legado de Carranza,* Costa-Amic, México, 1977.

Casasola, Gustavo, *Biografía ilustrada de Venustiano Carranza,* Edición del autor, México, 1974.

Cosío Villegas, Daniel, *La Constitución de 1857 y sus críticos,* Hermes. México, 1957.

, «La crisis de México», en *Extremos de América,* Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

Cumberland, Charles C., «Huerta y Carranza ante la ocupación de Veracruz», en *Historia Mexicana,* vol. VI, n.° 24, El Colegio de México, México, abril junio 1957.

, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917, 2 vols., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la

Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1960.

Fabela, Isidro, *Historia diplomática de la Revolución mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1958-1959.

, *La victoria de Carranza,* Jus, México, 1978.

Fabela, Josefina E. de, «Testimonios sobre los asesinatos de don Venustiano Carranza y Jesús Carranza», en Fabela, Isidro, *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana,* vols. XVIII y XIX, Jus, México, 1971.

Fornaro, Carla de, *Carranza and Mexico,* Mitchell Kennerley, Nueva York, 1915.

Freeman Smith, Robert, *The United States and revolutionary nationalism in Mexico, 1916-1932,* University of Chicago Press, Chicago, 1972.

García, Rubén, «El romano Belisario, figura eterna. Lectura de don Venustiano Carranza», en *El Demócrata Sinaloense,* Culiacán, 16 feb. 1950.

Gibbon, Thomas Edward, *México under Carranza,* Doubleday, Nueva York, 1919.

Gil, Miguel, «Tengo prestada la vida desde 1913, contestó don Venustiano Carranza», en *El Universal,* México, 27 jul. 1943.

Gómez Morín, Manuel, 1915, Cultura, México, 1927.

González Blanco, Andrés, *Un déspota.y un libertador,* Imprenta Helénica, Madrid, 1916.

González Blanco, Pedro, *De Porfirio Díaz a Carranza,* Imprenta Helénica, Madrid, 1913.

Guzmán, Martín Luis, *Muertes históricas,* Compañía General de Ediciones, México, 1970.

González Navarro, Moisés, *La Confederación Nacional Campesina.* Costa-Amic, México, 1968.

______, *México. El capitalismo nacionalista,* Costa-Amic, México, 1970.

Ibarra de Anda, F., «Se suicidaría don Venustiano», en *Todo,* México, 5-11-1945.

Johnson, William Weber, *Heroic Mexico: The violent emergence of a modern nation,* Doubleday, Nueva York, 1968.

Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia,* 15 vols., Secretaría del Patrimonio Nacional, México, 1966, vol. IX.

Junco, Alfonso, *Carranza y los orígenes de su rebelión,* Jus, México, 1955.

Legajo «Investigación sobre el asesinato de Venustiano Carranza», en Archivo Plutarco Elías Calles (APEC).

López de Roux, María Eugenia, «Relaciones méxico-norteamericanas (1917-1918)», en *Historia Mexicana,* vol. XIV, n.° 55, El Colegio de México, México, enero-marzo 1965.

Márquez, Miguel B., *El verdadero Tlaxcalantongo,* A.P. Márquez Editor, México, 1941.

Medina, Hilario, «Emilio Rabasa y la Constitución de 1917», en *Historia Mexicana,* vol. X, n.° 38, El Colegio de México, México, octubre-diciembre 1960.

Mena Brito, Bernardino, *Carranza. Sus amigos, sus enemigos,* Botas, México, 1935.

, *Ocho diálogos con Carranza,* Botas, México, 1933.

Orozco, José Clemente, *Autobiografía*, Era, México, 1981.

Palavicini, Félix F., *Mi vida revolucionaria,* Botas, México, 1937.

, *et al., El Primer Jefe,* s.p.i.

Parra, Yolanda de la (comp.), «México y la primera guerra

mundial», en *Nuestro México,* Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1983.

Quirk, Robert E., «Liberales y radicales en la Revolución mexicana», en *Historia Mexicana,* vol. II, n.° 8, El Colegio de México, México, abril-junio de 1953.

Richmond, Douglas W., «Carranza: The authoritarian populist as nationalist president», en Richmond,

, y Woolfskill, George (comp.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist views of the leaders,* University of Texas Press, Austin (Texas), 1979.

, «El nacionalismo de Carranza y los cambios socioeconómicos, 1915-1920», en *Historia Mexicana,* vol. XXVI, n.° 101, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1976.

, «The Venustiano Carranza Archive», en *Hispanic American Historical Review,* 56, Durham (Carolina del Norte), mayo 1976.

Rouaix, Pastor, *Génesis de los Artículos 27 y 123 de la Constitución Política de* 1917, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1945.

Serralde, Francisco A., *Los sucesos de Tlaxcalantongo y la muerte del expresidente de la República, C. Venustiano Carranza, amparo promovido por el defensor de Rodolfo Herrero contra los actos del presidente de la República y de la Secretaría de Guerra,* Imprenta Victoria, México, 1921.

Suárez, Ignacio G., *Carranza, el forjador del México actual,* Costa-Amic, México, 1965.

Tannenbaum, Frank, «México: La lucha por el pan y la paz», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* México, octubre-diciembre 1951.

Taracena, Alfonso, *Venustiano Carranza,* Jus, México, 1963.

Ulloa, Bertha, «La Constitución», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1983, vol. VI.

Urquizo, Francisco, *Asesinato de Carranza,* Populibros *El Universal,* México, 1959.

, *Páginas de la Revolución,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956.

, *Venustiano Carranza,* Edición facsimilar del texto publicado en 1939, Talleres de la Editorial Libros de México, México, 1976.

Vasconcelos, José, *La caída de Carranza: de la dictadura a la libertad,* Imprenta de Murguía, México, 1920.

Vera Estañol, Jorge, *Carranza and his Bolshevik regime,* Wayside Press, Los Ángeles, 1920.

Villarello Vélez, Ildefonso, *Historia de la Revolución mexicana en Coahuila,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1920.

Villarreal, Concha de, «Barbudo que era don Venustiano», en *Todo,* México, 10 mar. 1938.

Womack, John, *Zapata y la Revolución mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1969.

V. El vértigo de la victoria. Álvaro Obregón

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada,* Siglo XXI Editores, México, 1977.

, «Los jefes sonorenses de la Revolución mexicana», en Brading, David A. (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

, *Saldos de la Revolución, cultura y política de México, 1910-1980,* Nueva Imagen, México, 1982.

Aguilar Mora, Jorge, *Un día en la vida del general Obregón,* Martín Casillas y Secretaría de Educación Pública (SEP), México, 1982.

Alessio Robles, Miguel, «La estrategia de Obregón», en *El Universal,* México, diciembre 1936.

, «La figura de Obregón», en *Novedades,* México, 22 jun. 1941.

, «Obregón, su vida y su carácter», en *El Universal,* México, 29 may. 1939.

, «La oportunidad y la decisión en la política», en *El Universal,* México, mayo 1939.

, *Senderos,* Imprenta Manuel León Sánchez, México, 1930.

Amaya, Juan Gualberto, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes peleles derivados del callismo,* Edición del autor, México, 1947.

Anónimo, *¿Quién es Obregón?,* Librería de Quiroga, San Antonio (Texas), 1922.

Bailey, David C., «Obregón. Mexico's accommodating president», en Richmond, Douglas, y Wolfskill,

Barrera, Carlos, *Obregón, estampas de un caudillo,* s.e., México, 1957.

Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento de Álvaro Obregón,* El Caballito, México, 1970.

Bojórquez, Juan de Dios, «El general Obregón y el Plan de Agua Prieta», en *Excélsior,* México, 29 ene. 1958.

, *Obregón: apuntes biográficos,* Patria Nueva, México, 1929.

Burgos, Oswaldo, «Los cuentos del general Obregón», en *Revista de Revistas,* México, 11 abr. 1926.

Casasola, Gustavo, *Biografía ilustrada del general Álvaro*

Obregón, Edición del autor, México, 1975.

Cervantes, Juan B., *Obregón ante la historia,* Edición del autor, México, 1924.

Dillon, Emile Joseph, *President Obregon: A world reformer,* Hutchinson, Londres, 1922.

Dillon, Richard, «Del rancho a la presidencia», en *Historia Mexicana,* vol. VI, n.° 22, El Colegio de México, México, octubre-diciembre 1956.

García Naranjo, Nemesio, «Obregón y la ciudadanía», en *Hoy,* México, 23 jun. 1951.

, «El presidente Obregón», en *Omega,* México, 4 dic. 1924.

Gil, Feliciano, *Biografía y vida militar del general Álvaro Obregón,* Imprenta M.F. Romo, Hermosillo (Sonora), 1914.

Gómez Robledo, Antonio, *Los Tratados de Bucareli ante el Derecho Internacional,* Polis, México, 1938.

González Guerrero, F., «Enciclopedia mínima: La memoria del general Obregón», en *El Universal Gráfico,* México, 19 feb. 1929.

Gruening, Ernest H., *Mexico and its heritage,* Stanley Paul and Company, Londres, 1928.

Guzmán, Martín Luis, «La sombra del caudillo», en *Obras completas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Guzmán Esparza, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta,* Guzmán, México, 1957.

Hall, Linda B., *Álvaro Obregón: poder y revolución en México, 1911-1920,* Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Hansis, Randall George, *Álvaro Obregón, the Mexican Revolution and the politics of consolidation (1920-1924),* Tesis de doctorado en filosofía, University of New Mexico, Albuquerque (New Mexico), 1971.

Lieuwen, Edwin, *Mexican militarism. The political rise and fall of the revolutionary army (1910-1940),* The University of New Mexico Press, Albuquerque (New Mexico), 1968.

Loyola Díaz, Rafael, *La crisis Obregón-Calles y el Estado mexicano,* Siglo XXI Editores, México, 1980.

Matute, Álvaro, «La carrera del Caudillo», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1980, vol. VIII.

Mena, Mario A., *Álvaro Obregón. Historia militar y política, 1912-1929*, Jus, México, 1960.

Monroy Durán, Luis, *El último caudillo: Apuntes sobre la historia acerca del movimiento armado de 1923*, J.S. Rodríguez, México, 1938.

Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña,* Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

Piña, Joaquín, «¡Ya me estoy aburriendo!, dijo Obregón», en *Así,* México, 27 sept. 1941.

Quiroz, Sonia, *De guerreros a generales (Los primeros pasos hacia la institucionalización del ejército mexicano en el interinato de Adolfo de la Huerta),* Tesis, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1982.

Romero, José Rubén, *Álvaro Obregón, aspectos de su vida,* Jus, México, 1978.

Rosales, Hernán, «La niñez extraordinaria del General Obregón», en *El Legionario,* México, 1928.

Scherer, Julio, «Roberto Cruz en la época de la violencia», en *Excélsior,* México, julio 1961.

Wolfskill, George (comp.), *Essays on the Mexican Revolution. Revisionist views of the leaders,* University of Texas Press, Austin (Texas), 1979.

VI. Reformar desde el origen. Plutarco Elías Calles

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada,* Siglo XXI Editores, México, 1977.

Alessio Robles, Miguel, «La habilidad política», en *El Universal,* México, 27 nov. 1950.

Alessio Robles, Vito, «Las relaciones de los generales Obregón y Calles», en *Todo,* México, I nov. 1951.

Almada, Francisco R., *Diccionario de historia, geografía y bibliografía sonorenses,* Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1983.

Alvarado, José, «México debe saber ya quién fue Plutarco Elías Calles», en *Siempre!,* México, 31 oct. 1956.

Amaya, Juan Gualberto, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes peleles derivados del callismo,* Edición del autor, México, 1947.

Barrera Fuentes, Federico, «Memorias de un reportero», en *Excélsior,* México, seis partes, del 5 dic. 1984 al 18 jun. 1985.

Boletín del Archivo General de la Nación, México, tomo III, Talleres Gráficos de la Nación, México, octubre-diciembre 1979.

Bórquez, Djed, «Una biografía sintética del señor general Calles», en *El Universal,* México, 30 nov. 1928.

, *Calles,* Botas, México, 1925.

, «Calles, hombre humano», en *El Nacional,* México, 19 oct. 1955.

Brown, James Chilton, *Consolidation of the Mexican Revolution under Calles* (1924-1928), University of New Mexico Press, Albuquerque, 1979.

Carballo, Emmanuel, «Martín Luis Guzmán: Calles se puso frenético cuando leyó *La sombra del caudillo*», en *Siempre!,* México, 1 sept. 1965.

Casasola, Gustavo, *Biografía ilustrada del general Plutarco*

Elías Calles (1877-1945), Edición del autor, México, 1975.

Corbalá, Manuel S., *Vida y obra de un sonorense. Rodolfo Elías Calles,* Libros de México, S.A., Hermosillo (Sonora).

Cuesta, Jorge, *Poemas y ensayos,* Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1964.

Chaverri Matamoros, Amado, *El verdadero Calles,* Patria Grande, México, 1933.

Daddoub, Claudio, *Historia del valle del Yaqui,* Porrúa, México, 1964.

Elías Calles, Plutarco, «Decretos, circulares y demás disposiciones dictadas por el C. Gobernador y Comandante Militar del Estado de Sonora, Gral. Plutarco Elías Calles», Imprenta del Gobierno de Sonora, Hermosillo, 1915.

, *Informe relativo al sitio de Naco, 1914-1915,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.

, «Leyes y decretos emitidos por el general Plutarco Elías Calles durante su gestión como gobernador del estado de Sonora», fotocopia n.° 1, en Archivo Plutarco Elías Calles (en adelante, APEC).

, «Leyes y decretos emitidos por el general Plutarco Elías Calles durante su gestión como gobernador del estado de Sonora», fotocopia n.° 2, en APEC.

, «Leyes y decretos emitidos por el general Plutarco Elías Calles durante su gestión como gobernador del estado de Sonora», fotocopia n.° 3. en APEC.

, «Leyes y decretos emitidos por el general Plutarco Elías Calles durante su gestión como gobernador del estado de Sonora», fotocopia n.° 4, en APEC.

, *Mensaje presidencial, exposición preliminar, presentado por escrito a las Cámaras federales y Discurso político del señor presidente de la República ante el Congreso Nacional el*

1.° de septiembre de 1928, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928.

, *México before the world. Public documents and addresses of Plutarco Elías Calles,* Editado por Robert Hammond Murray, Academy, Nueva York, 1927.

, *Partes oficiales de la campaña de Sonora rendidos por el general Plutarco Elías Calles, gobernador y comandante militar del estado de Sonora, al C. general Álvaro Obregón, jefe del cuerpo del Ejército del Noroeste,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.

G. Rivera, Antonio, *La Revolución en Sonora,* Arana, México, 1969.

Georgette, José, *El relevo del caudillo,* Universidad Iberoamericana y El Caballito, México, 1982.

Gobierno del Estado de Sonora, *Temas sonorenses a través de simposios de historia,* Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1984.

Gómez del Rey, Francisco, *El zar negro, Plutarco Elías Calles, dictador bolchevique de México,* s.e., El Paso (Texas), 1928.

González Ortega, José, «El general Calles en la intimidad», en *Hoy,* México, 19 oct. 1946.

Guzmán Esparza, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta,* Edición del autor, México, 1957.

Ibarra, Gabriela (comp.), *Plutarco E. Calles y la prensa norteamericana,* Secretaría de Hacienda, México, 1982.

Inda, Enrique, «Roberto Cruz revela un secreto del callismo», en *Siempre!,* México, 5 ene. 1955.

Krauze, Enrique, *et al., Historia de la Revolución mexicana: la reconstrucción económica, 1924-1928*, vol. X, El Colegio de México, México, 1977.

León de Palacios, Ana María, *Plutarco Elías Calles, creador de*

instituciones, Instituto Nacional de Administración Pública, México, 1975.

Macías Richard, Carlos, *Vida y temperamento de Plutarco Elías Calles (1877-1920),* Fondo de Cultura Económica/Fideicomiso del Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca/Instituto Sonorense de Cultura, México, 1995.

Medina Ruiz, Fernando, *Calles, un destino melancólico,* Jus, México, 1960.

Méndez Preciado, Luis, *La educación pública en Sonora, 1900-1970,* Impresora del Noroeste, Hermosillo (Sonora), s.f.

Meyer, Lorenzo, *Historia de la Revolución mexicana: El conflicto social y los gobiernos del maximato,* El Colegio de México, México, 1982.

, Segovia, Rafael, y Lajous, Alejandra, *Historia de la Revolución mexicana: Los inicios de la institucionalización,* El Colegio de México, México, 1978.

Ochoa Campos, Moisés, *Calles, el estadista,* Trillas, México, 1976.

Pani, Alberto J., «El general Calles», en *Excélsior,* México, 17 may. 1948.

Piña, Joaquín, *«Cholita salvó al presidente Calles»,* en *Últimas Noticias,* México, 20 jul. 1961.

Podán, Mateo, «El histórico maximato y la fuga de los peleles», en *El Universal,* México, 12 sept. 1949.

Portes Gil, Emilio, *Historia vivida de la Revolución mexicana,* Cultura y Ciencia Política, México, 1976.

Puente, Ramón, *Hombres de la Revolución. Calles,* Edición del autor, Los Ángeles (California), 1933.

Quiroz Martínez, M., *La educación pública en Sonora, 1920,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1921.

Rip-Rip (Pseudónimo), «El verdadero Calles», en *El Universal,* México, 5 oct. 1935.

Rivera, Gustavo, *Breve historia de la educación en Sonora e historia de la Escuela Normal del Estado,* s.e., Hermosillo (Sonora), s.f.

Scherer García, Julio, «Roberto Cruz en la época de la violencia», en *Excélsior,* México, 2 oct. 1961.

Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Siglo XXI Editores, México, 1978.

Tannenbaum, Frank, «México: La lucha por el pan y la paz», en *Problemas Agrícolas e Industriales,* México, octubre-diciembre 1951.

Tibón, Gutierre, «La conversión del general Calles», en *Excélsior,* México, 20 oct. 1958.

Velázquez Bringas, Esperanza, *México ante el mundo. Ideología del presidente Plutarco Elías Calles,* Cervantes, Barcelona, 1927.

Villa, Eduardo W., *Educadores sonorenses. Biografías,* s.p.i., México, 1937.

Historia del estado de Sonora, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1984.

Watkins Holland, Dempsey, *Plutarco Elías Calles, el Jefe Máximo of Mexico,* Texas Technological University, Austin, 1968.

Zevada, Ricardo J., *Calles, el presidente,* Nuestro Tiempo, México, 1971.

VII. General Misionero. Lázaro Cárdenas

Alba, Pedro de, «El presidente Cárdenas visto por un español», en *El Nacional,* México, 23 oct. 1935 y 24 oct. 1935.

Alba Cano, Néstor, «Del ayer revolucionario: Cárdenas y

Sánchez Azcona», en *El Popular,* México, 6 sept. 1946.

Alvear Acevedo, Carlos, *Lázaro Cárdenas: El hombre y el mito,* Jus, México, 1972.

Ambriz, O., León G., A. *et al., Historia del agrarismo en Michoacán,* Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1982.

Anguiano, Arturo, *El Estado y la política obrera del cardenismo,* Era, México, 1975.

Anguiano Equihua, Victoriano, *Lázaro Cárdenas, su feudo y la política nacional,* Eréndira, México, 1951.

, «La personalidad de Lázaro Cárdenas», en *Excélsior,* México, 6 may. 1950.

, «La personalidad de Lázaro Cárdenas», XLII, en *Excélsior,* México, 26 sept. 1950.

Anónimo, «Revelaciones de Múgica sobre el general Cárdenas», en *Hoy,* México, 15 abr. 1939.

Anónimo, «Saldando una deuda de la Revolución», en *El Nacional,* México, 2 jul. 1935.

Arenas Guzmán, Diego, «La intransigencia de Zapata», en *El Universal,* México, 1 ago. 1933.

Arroyave, Ernesto, «¿Adónde va don Lázaro?», en *Todo,* México, 10 may. 1961.

Ashby, J.C., *Organized labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas,* The University of North Carolina Press, Chapell Hill, 1946.

Ávila y Valencia, Alfredo, «Cuando nos íbamos a quedar sin presidente», en *Mujeres y Deportes,* México, 12 oct. 1935.

Ayala Anguiano, Armando, «Cárdenas de carne y hueso», en *Contenido,* México, abril 1978.

Barkin, David, *Los beneficiarios del desarrollo regional,* Secretaría de Educación Pública (SEP), col. Sepsetentas,

México, 1972.

Barrera Fuentes, Federico, «Memorias de un reportero», en *Excélsior,* México, 1984-1985.

Benítez, Fernando, *En torno a Lázaro Cárdenas,* Océano, México, 1987.

, *Entrevistas con un solo tema: Lázaro Cárdenas,* Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1979.

, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana, III: El cardenismo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

Bojórquez, Juan de Dios, *Lázaro Cárdenas (Líneas biográficas),* Imprenta Mundial, México, 1933.

Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», A.C., México, septiembre 1984, julio 1985, diciembre 1985.

Bravo Ugarte, José, *Historia sucinta de Michoacán,* 3 vols., Jus, México, 1964, vol. III.

Bremauntz, Alberto, *De Obregón a Cárdenas,* Melchor Ocampo, México, 1973.

Britton, John A., *Educación y radicalismo en México, II: Los años de Cárdenas (1934-1940),* Secretaría de Educación Pública (SEP), col. Sepsetentas, México, 1976.

Cabrera, Luis, «Un ensayo comunista en México», en *Obras completas,* Oasis, México, 1975.

Cárdenas, Lázaro, *Apuntes 1913-1940,* vol. 1, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1972.

, *Apuntes 1941-1956*, vol. II, UNAM, México, 1973.

, *Apuntes* 1957-1966, vol. III, UNAM, México, 1973.

, *Apuntes 1967-1970,* vol. IV, UNAM, México, 1974.

, *Epistolario,* Siglo XXI Editores, México, 1975.

, *Ideario político,* Era, México, 1972.

______, *Informe a la legislatura,* 15 de septiembre de 1932, en *El Universal,* México, 16 sept. 1932.

, «Palabras a los jefes de las tribus yaquis», 10 de junio de 1939, en *El Universal, México,* 11 jun. 1939.

, «Palabras del gobernador constitucional del estado de Michoacán al inaugurar el Instituto de Investigaciones Sociales», Morelia, Michoacán, 6 de noviembre de 1930, en *El Nacional Revolucionario,* México, 7 nov. 1930.

Castillo, Heberto, *Cárdenas, el hombre,* Hombre Nuevo, México, 1974.

Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo,* Era, México, 1974.

Corona, Gustavo, *Lázaro Cárdenas y la expropiación de la industria petrolera en México,* Impresiones Tipográficas, México, 1975.

Correa, Eduardo J., *El balance del cardenismo,* Talleres Linotipográficos «Acción», México, 1941.

, «La persecución religiosa», en *Todo,* México, 19/26 jun. 1941.

Cosío Villegas, Daniel, «Sobre el general Múgica», en *Ensayos y notas,* vol. II, Hermes, México, 1966.

Chávez Orozco, Luis, «Cárdenas indigenista», en *El Universal,* México, 12 nov. 1940.

Díaz Dufoo, Carlos, «La administración del general Cárdenas», II, en *Excélsior,* México, 24 dic. 1940.

, «La administración del general Cárdenas», IV, en *Excélsior,* México, 8 ene. 1941.

Díaz Soto y Gama, Antonio, «Parcelamiento individual *vs.* colectivismo agrario», en *El Universal,* México, 26 oct. 1955.

Diego Hernández, Manuel, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo,* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», A.C., Jiquilpan (Michoacán), 1982.

Durán, Leonel (comp.). *Lázaro Cárdenas. Ideario político,* Era, México, 1972.

Eckstein, Salomón, *El ejido colectivo en México.* Fondo de Cultura Económica. México, 1966.

Elías Calles, Plutarco, *Informe relativo al sitio de Naco 1914-1915,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.

, *Partes oficiales de la campaña de Sonora,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.

Escoffie Z., Óscar, «La política del general Cárdenas y las finanzas de Yucatán», en *El Economista,* México, 16 jun. 1941.

Extracto de antecedentes militares del C. Lázaro Cárdenas del Río, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, México.

Fabela, Isidro, «La política internacional del presidente Cárdenas», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* vol. VII, n.° 4, México, octubre-diciembre 1955.

Foix, Pere, *Cárdenas,* Editorial Latinoamericana, México, 1947.

Friedrich, Paul, *Revuelta agraria en una aldea mexicana,* CEHAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Fuentes, Carlos, «Lázaro Cárdenas», en *Tiempo mexicano,* Joaquín Mortiz, México, 1973.

García Naranjo, Nemesio, «Cárdenas y el cardenismo», en *Novedades,* México, 26 abr. 1950.

Gill, Mario, «Zapata, su pueblo y sus hijos», en *Historia Mexicana,* vol. II, n.° 6, El Colegio de México, México,

octubre-diciembre 1952.

Glantz, Susana, *El ejido colectivo de Nueva Italia,* Secretaría de Educación Pública (SEP)/INAH, México, 1974.

Gómez, Marte R., «Los problemas de la Región Lagunera», I-VI, en *El Nacional,* México, del 24 mar. 1941 al 29 mar. 1941.

Gómez Morín, Manuel, *Diez años de México,* Jus, México, 1950.

González, Luis, «Los artífices del cardenismo», *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1979, vol. XIV.

, «Los días del presidente Cárdenas», en *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1981, vol. XV.

, *Michoacán,* FONAPAS, México, 1980.

, *Pueblo en vilo,* El Colegio de México, México, 1968.

, *La querencia,* Secretaría de Educación Pública (SEP), Michoacán, 1983.

, *Sahuayo,* Monografías municipales, Gobierno del Estado de Michoacán, Michoacán, 1979.

, *Zamora,* El Colegio de Michoacán/CONACYT, Michoacán, 1984.

González Aparicio, Enrique, «El problema económico de Yucatán», en *Diario del Sureste,* México, 7 oct. 1937.

González Navarro, Moisés, *La Confederación Nacional Campesina,* Costa-Amic, México, 1968.

Hernández, Diego, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo,* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», A.C., Jiquilpan (Michoacán), 1982.

Hernández, Miguel, *Dictamen sobre las leyes de expropiación.*

Análisis de las leyes cardenistas de expropiación, 23 de junio de 1932, s.p.i., México, 1932.

Hernández Chávez, Alicia, «La mecánica cardenista», *Historia de la Revolución mexicana,* 23 vols., El Colegio de México, México, 1979, vol. XVI.

Hernández Llergo, Regino, «Con Calles en San Diego», I, en *Hoy,* México, 21 ene. 1939.

, «Con Calles en San Diego», II, en *Hoy,* México, 28 ene. 1939.

, «Entrevista con Lázaro Cárdenas», en *Impacto,* México, 16 abr. 1955.

Kluckholn, Frank L., *The Mexican challenge*, Country Life Press, Nueva York, 1939.

Krauze, Enrique, «Cardenismo en claro», en *Caras de la historia,* Joaquín Mortiz, México, 1983.

, Daniel Cosío Villegas: *una biografía intelectual,* Joaquín Mortiz, México. 1980.

Laborde, Hernán, «Cárdenas, reformador agrario», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* México, enero-marzo 1952.

, *La gira del general Lázaro Cárdenas,* Partido Revolucionario Institucional, México, 1986.

Lapointe, Marie, «La reforma agraria de Cárdenas en Yucatán (1935-1940)», en *Relaciones,* vol. VI, n.° 21, El Colegio de Michoacán, Zamora (Michoacán), invierno 1985.

López Victoria, J.M., *Biografía de Alberto Oviedo Motz,* CECN, Morelia, 1983.

Maldonado Gallardo, Alejo, *La lucha por la tierra en Michoacán,* Secretaría de Educación Pública (SEP), Michoacán, 1985.

Manjarrez, Froylán, y Ortiz Hernán, Gustavo, *Lázaro*

Cárdenas. 1. Soldado de la Revolución. 2. Gobernante. 3. Político nacional, Patria, México, 1933.

Manz, Rebeca, «Presidente tipógrafo», en *Hoy,* México, 2 oct. 1937.

Maria y Campos, Armando de, *Múgica, crónica biográfica. (Aportación a la historia de la Revolución mexicana),* Compañía de Ediciones Populares, México, 1939.

Márquez, Miguel B., *El verdadero Tlaxcalantongo,* A.P. Márquez, México, 1941.

Martínez de la Vega, Francisco, «Hoy visita a Cárdenas en Tepalcatepec…», en *Hoy,* México, 7 oct. 1950.

Medin, Tzvi, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas,* Siglo XXI Editores, México, 1973.

Mendoza, Moisés, «Del balance de un régimen», en *El Nacional,* México, 6, 9, 16, 20, 23, 28 y 30 nov. 1940.

Mendoza, Salvador, *La doctrina Cárdenas,* Botas, México, 1939.

Meyer, Jean, «Campesinos reaccionarios», en *Vuelta,* n.° 9, México, agosto 1977.

, *El sinarquismo, ¿un fascismo mexicano?,* Joaquín Mortiz, México, 1979.

Michaels. Albert L., «Las elecciones de 1940», en *Historia Mexicana,* vol. XXI, n.° 81, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1971.

, «Lázaro Cárdenas y la lucha por la independencia económica de México», en *Historia Mexicana,* vol. XVIII. n.° 69, El Colegio de México, México, julio-septiembre 1968.

Moheno, César, *Las historias y los hombres de San Juan,* El Colegio de Michoacán/CONACYT, Zamora (Michoacán), 1985.

Molina Font, Gustavo, «Los ferrocarriles mexicanos», IV-VII, en *El Porvenir,* México, 7, 12, 19 y 20 jun. 1940.

Mondragón, Magdalena, «Cárdenas será siempre el mismo», en *Todo,* México, 2 jun. 1938.

Moreno, Heriberto, *Guaracha. Tiempos Viejos, tiempos nuevos,* El Colegio de Michoacán/FONAPAS, México, 1980.

Múgica Martínez, Jesús, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo,* s.e., México, 1982.

Muñoz, Hilda, *Lázaro Cárdenas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

Nathan, Paul, «México en la época de Cárdenas», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* vol. VII, n.° 3, México, julio-septiembre 1955.

Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas,* Empresas Editoriales, México, 1964.

Ochoa, Álvaro, « Notas genealógicas de la familia Cárdenas», en *Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», A.C.,* Jiquilpan (Michoacán), 1973.

Onofre, Alfredo, «Carta sobre la convalecencia de Cárdenas», en *Mujeres y Deportes,* México, 26 oct. 1935.

Orive Alba, Adolfo, *La irrigación en México,* Grijalbo, México, 1970.

Orosa Díaz, Jaime, «La Reforma Agraria en Yucatán», en *El Nacional,* México, 16 oct. 1953.

Ortega, Melchor, «La revolución social en Michoacán», en *El Nacional Revolucionario,* México, 26 mar. 1930.

Otero, Vicente, «Carta al general Cárdenas», 22 de febrero de 1924, *Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», A.C.,* n.° 1, Jiquilpan (Michoacán), mayo 1979.

Pacheco, Guadalupe, *La estructura social mexicana en los años treinta,* Manuscrito inédito.

Page, Myra, «Cárdenas habla en nombre de México», en *El Nacional* (reproducido de *New Masses),* México, 25 dic. 1938.

Paz, Octavio, *Corriente alterna,* Siglo XXI Editores, México, 1967.

, *Libertad bajo palabra,* Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Pereyra, Carlos, «El último capítulo de la Historia de México», en *La Nación,* México, 11 dic. 1942.

Pérez-Verdía, Benito Javier, *Cárdenas apóstol vs. Cárdenas estadista,* s.e., México, 1940.

Pineda, Salvador, «Con Cárdenas en el camino», en *Diario del Sureste,* Mérida, 22-1V-1955 al 31 may. 1955.

Piña Soria, Antolín, *Cárdenas socialista,* s.e., México, 1935.

Poniatowska, Elena, *Palabras cruzadas,* Era, México, 1961.

Raby, David L., *Educación y revolución social en México,* Secretaría General de Educación (SEP), col. Sepsetentas n.° 141, México, 1974.

Ramos Arizpe, Guillermo, *et al., Jiquilpan 1895-1920,* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», A.C., Jiquilpan (Michoacán), 1984.

Rodríguez, Antonio, «Cárdenas responde», en *Siempre!,* México, 30 jul. 1958.

Rodríguez, María del Rosario, *El suroeste de Michoacán y el problema educativo,* UMSHN, Morelia, 1984.

Romero, José, *Lázaro Cárdenas. Su niñez y juventud hasta la época actual a través de mis recuerdos,* Imprenta América, México, 1933.

Ronfeldt, David, *Atencingo,* Fondo de Cultura Económica,

México, 1975.

Salazar Mallén, Rubén, «El nuevo porfirismo», en *Hoy,* México, 28 ene. 1939.

Santos, Gonzalo N., *Memorias,* Grijalbo, México, 1986.

Sierra Villarreal, José Luis, y Paoli Bolio, José Antonio, «Cárdenas y el reparto de los henequenales», en *Secuencia,* n.° 6, Instituto Mora, México, septiembre-diciembre de 1986.

Silva Herzog, Jesús, *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento económico, social y político,* Nuestro Tiempo, México, 1975.

Suárez, Luis, «La última gira de Cárdenas», en *El Heraldo,* México, 13 ago. 1966.

Tannenbaum, Frank, «Lázaro Cárdenas», en *Historia Mexicana,* vol. X, n.° 38, El Colegio de México, México, octubre-diciembre 1960.

Tapia Santamaría, Jesús, *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano,* El Colegio de Michoacán, Zamora (Michoacán), 1986.

Towsend, William C., *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano,* Grijalbo, México, 1976.

Turrent Díaz, Eduardo, *Historia del Banco de México,* vol. I, Banco de México, México, 1982.

Uranga, Emilio, «Cárdenas como institución», en *Siempre!,* México, 10 may. 1961.

Valadés, José C., «La corazonada de Calles», en *Todo,* México, 1 jul. 1937.

Varios Autores, «75 años de Cárdenas», en *El Gallo Ilustrado* suplemento dominical de *El Día,* México, 31 may. 1970.

Varios Autores (Lorenzo Meyer, Josefina de Knauth, Tzvi Medin, Enrique Suárez Gaona, Lyle C. Brown), «Lázaro Cárdenas», en *Revista de la Universidad Nacional*

Autónoma de México, vol. XXV, n.° 9, México, mayo 1971.

Varios Autores, «La personalidad del general Lázaro Cárdenas», en *El Universal,* México, 8 nov. 1930.

Varios Autores, *Se llamó Lázaro Cárdenas,* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», S.A., México, 1995.

Villanueva, Francisco, «La obra de don Lázaro Cárdenas es digna de encomio», en *El Universal,* México, 15 ago. 1954.

Villasana, Eustaquio, «Historia revolucionaria,» en *El Universal,* México, 7 jul. 1939.

Villaseñor, Víctor Manuel, *Memorias de un hombre de izquierda,* vol. 1, Grijalbo, México, 1976.

Villegas, Griselda, *Emilia, una mujer de Jiquilpan,* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas», S.A., Jiquilpan (Michoacán), 1984.

Weyl, Nathaniel y Silvia, «La reconquista de México», en *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* vol. VII, n.° 4, México, octubre-diciembre 1955.

Zepeda Patterson, Jorge, «Los pasos de Cárdenas, la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo», en 75 *años de sindicalismo,* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1985.

La presidencia imperial

Bibliografía general

Calderón Vega, Luis, *Memorias del PAN,* EPESSA, México, 1992.

Cámara de Diputados, *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994,* Poder Legislativo, México, 1994, CD, 3 vols.

Cárdenas, Lázaro, *Apuntes. 1913-1940,* UNAM, México, 1986.

, *Apuntes. 1941-1956,* UNAM, México, 1986.

, *Apuntes. 1957-1966,* UNAM, México, 1986.

, *Apuntes. 1967-1970,* UNAM, México, 1979.

Cosío Villegas, Daniel, «La crisis de México», *Cuadernos Americanos*, México, año 6, vol. XXXII, núm. 2, 1947.

, *Extremos de América,* FCE, México, 1949.

, *Ensayos y notas*, Hermes, México, 1966.

, *Labor periodística e imaginaria*, Era, México, 1972.

, *El estilo personal de gobernar,* Joaquín Mortiz, México, 1974.

, *La sucesión presidencial*, Joaquín Mortiz, México, 1975.

, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1977.

, *El sistema político mexicano,* Joaquín Mortiz, México, 1978.

, *La Constitución de 1857 y sus críticos*, SepSetentas/Diana, México. Entrevista con José Ángel Gurría, Adrián Lajous, José Andrés de Oteyza, Jesús Silva Herzog y otros, en *Mexico: From Boom to Bust, 1940-1982*, entrevista televisiva en 3 partes, WGBH, 23 de noviembre de 1988, segunda parte.

Estadísticas históricas de México, INEGI, México, 1985, 2 vols . Farías, Luis M., *Así lo recuerdo,* FCE, México, 1992.

Gómez Morin, Manuel, *1915,* Cultura, México, 1927.

Gómez Z., Luis, *Sucesos y remembranzas,* México, SECAPSA, 1979.

González Casanova, Pablo, *La democracia en México,* Era, México, 1967.

Krauze, Enrique, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, México, 1980.

, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana,*

SepCultura, México, 1985.

, *Textos heréticos,* Grijalbo, México, 1992.

, *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz, México, 1986.

Medina, Luis, *Historia de la Revolución Mexicana. Civilismo y modernización del autoritarismo*, El Colegio de México, México, 1979.

Meyer, Jean, *La Revolución Mexicana,* Jus, México, 1991.

Monsiváis, Carlos, *Carlos Monsiváis,* Empresas Editoriales, México, 1966.

Morse, Richard M., *El espejo de Próspero,* Siglo XXI, México, 1982.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad,* FCE, México, 1959.

, *Posdata,* Siglo XXI, México, 1970.

, *El ogro filantrópico,* Joaquín Mortiz, México, 1979.

Santos, Gonzalo N., *Memorias*, Grijalbo, México, 1984.

Scherer García, Julio, *Los presidentes*, Grijalbo, México, 1986.

Torres Bodet, Jaime, *Memorias. Años contra el tiempo,* Porrúa, México, 1969.

Wilkie, James W. y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1969.

Zaid, Gabriel, *El progreso improductivo*, Siglo XXI, México, 1979.

, *Cómo leer en bicicleta,* SEP, México, 1986.

, *La economía presidencial,* Vuelta, México, 1987.

, *De los libros al poder*, Grijalbo, México, 1988.

, comp., Ómnibus de poesía mexicana, Siglo XXI, México, 1989.

, *La nueva economía presidencial,* Contenido, México,

1994.

Zavala, Silvio, «Fray Alonso de la Veracruz, iniciador del Derecho Agrario en México», en *Homenaje a Fray Alonso de la Veracruz en el IV centenario de su muerte,* UNAM, México, 1986.

I. Manuel Ávila Camacho. El presidente caballero

Altamirano, José, *La personalidad del general Manuel Ávila Camacho,* s.p.i., México, 1940.

Antecedentes militares del extinto general de división Maximino Ávila Camacho, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, México.

Audirac, Luis, *Se hizo de noche,* SEP, México, 1946.

Fabela, Isidro, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, Jus, México, 1965.

Gómez, Marte R., *Cartas de Marte R. Gómez. Vida política y contemporánea,* FCE, México, 1978, 2 vols.

Hernández, Gustavo Abel y Armando Rojas Trujillo, *Manuel Ávila Camacho. Biografía de un revolucionario con historia*, Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, 1986.

Krauze, Enrique *et al., Historia de la Revolución Mexicana. La reconstrucción económica,* El Colegio de México, México, 1977, vol. 10.

Lomelí Garduño, Antonio, S*emblanza espiritual de Ávila Camacho (recuerdos de una gira electoral)*, edición del autor, México, 1957.

Mabry, Donald J., *Mexico's* Acción Nacional. *A Catholic Alternative to Revolution,* Syracuse University Press, Nueva York, 1973.

Martínez Assad, Carlos, «El cine como lo vi y como me lo contaron», en Rafael Loyola, coord., *Entre la guerra y la*

estabilidad política. El México de los 40, CNCA/Grijalbo, México, 1990.

Mendizábal, José, *7° Almanaque de efemérides del estado de Puebla para el año de 1898,* Librería Religiosa, México, 1897.

Meyer, Jean, *Historia de la Revolución Mexicana. Estado y sociedad con Calles,* El Colegio de México, México, 1977, vol. 11.

Molinar Horcasitas, Juan, *El tiempo de la legitimidad,* Cal y Arena, México, 1991.

Orive Alba, Adolfo, *La irrigación en México,* Juan Grijalbo, México, 1970.

Ortiz Garza, José Luis, *México en guerra,* Planeta, México, 1989.

Sauer, Franz A. von, *The Alienated «Loyal» Opposition*, Nuevo México, 1974.

Serrano Álvarez, Pablo, *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el Bajío. 1932-1951,* CNCA, México, 1992.

Taracena, Alfonso, *La Revolución desvirtuada*, Costa-Amic, México, 1971.

Torres Ramírez, Blanca, *Historia de la Revolución Mexicana. México en la Segunda Guerra Mundial,* El Colegio de México, México, 1979, vol. 19.

Valadés, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana,* SEP/Gernika, México, 1985.

II. Miguel Alemán. El presidente empresario

Alemán Valdés, Miguel, *Remembranzas y testimonios*, Grijalbo, México, 1987.

Bassols, Narciso, *Pensamiento y acción*, FCE, México, 1967.

Camp Ai , Roderic, *Los líderes políticos de México. Su educación y reclutamiento*, FCE, México, 1983.

, *Los empresarios y la política en México. Una visión contemporánea*, FCE, México, 1995.

Concheiro, Elvira *et al., El poder de la gran burguesía,* Ediciones de Cultura Popular, México, 1979.

Corro, Octaviano R., *General Miguel Alemán. Su vida revolucionaria,* TIV, Xalapa, 1945.

Félix, María, *Todas mis guerras,* Clío, Xalapa, 1993, vol. 2.

Gallegos Llamas, Rafael, *Matiz de un revolucionario. 1900-1929*, México, 1976.

Gill, Mario, *Pistolerismo y otros reportajes,*Universidad Autónoma de Sinaloa, Xalapa, 1985.

Gómez Morin, Manuel, *Diez años de México. Informes del jefe de Acción Nacional*, Jus, México, 1950.

Grupo Acción 1925, *Miguel Alemán. Noticia biográfica,* Nueva España, México,1945.

León Osorio, Adolfo, *El pantano. Apuntes para la historia. Un libro acusador*, México, 1954.

León-Portilla, Miguel, *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, FCE, México,1980.

López Portillo y Rojas, José, *Elevación y caída de Porfirio Díaz,* Librería Española, México, 1921.

Manzur Ocaña, Justo, *La revolución permanente. Vida y obra de Cándido Aguilar,* Costa-Amic, México, 1972.

Maria y Campos, Armando de, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1956.

Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán,* Empresas Editoriales, México, 1967.

Pasquel, Leonardo, *La Revolución en el estado de Veracruz,* INEHRM, México, 1971, vol. 1.

Peral, Miguel Ángel, *Miguel Alemán. Presidente de México,*

PAC, México, 1952.

Revel, Jean-François (Jacques Severin), «Démocratie mexicaine», *Esprit*, París, núm. 5, mayo de 1952, pp. 783-809.

Rodríguez Castañeda, Rafael, *Prensa vendida. Los periodistas y los presidentes: 40 años de relaciones,* Grijalbo, México, 1993.

Schafer, Robert J., *Mexican Business Organizations: History and Analysis*, Syracuse University Press, Nueva York, 1973.

Sierra, Justo, *Obras Completas XIV. Epistolario y papeles privados,* UNAM, México, 1978.

Torres Ramírez, Blanca, *Historia de la Revolución Mexicana. Hacia la utopía industrial*, El Colegio de México, julio de 1943, 1984, vol. 21.

Tzvi Medin, *El sexenio alemanista,* Era, jul. 1943, 1990.

Usigli, Rodolfo, «El gesticulador», *El Hijo Pródigo*, México, año 1, núm. 4, jul. 1943.

Wise, George S., *El México de Alemán*, Atlante, julio de 1943, 1952.

III. Adolfo Ruiz Cortines. El administrador

Alfaro Siqueiros, David, *Me llamaban el Coronelazo,* Grijalbo, México, 1977.

González Navarro, Moisés, *La Confederación Nacional Campesina,* Costa-Amic, México, 1968.

Heredia Álvarez, Ricardo, *Anécdotas presidenciales de México*, Época, México, 1974.

Lajous, Adrián, *Los presidenciables*, Edamex, México, 1986.

Lozoya, Jorge Alberto, *El ejército mexicano*, El Colegio de México, México, 1976.

Lujambio, Alonso, «El dilema de Christlieb Ibarrola. Cuatro

cartas a Gustavo Díaz Ordaz», *Estudios*, ITAM, México, núm. 38, otoño 1994.

Melgarejo Vivanco, José Luis, *Adolfo Ruiz Cortines,* Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, 1980.

Mena Brito, Antonio, «Acción política del PRI. Discurso pronunciado el 3 de octubre de 1958 en la Cámara de Senadores», en *Memoria del Senado de la República. 1958-1964,* México, 1964.

Pellicer de Brody, Olga y Esteban L. Mancilla, *Historia de la Revolución Mexicana. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador,* El Colegio de México, México, 1988, vol. 23.

Pellicer de Brody, Olga y José Luis Reyna *La historia de la Revolución Mexicana. El afianzamiento de la estabilidad política,* El Colegio de México, México, 1978, vol. 22.

Prieto, Jorge Mejía, *Anecdotario mexicano. Ingenio y picardía,* Diana, México, 1986.

Rodríguez Prats, Juan José, *Adolfo Ruiz Cortines*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, 1990.

Tannenbaum, Frank, *Mexico: The Struggle for Peace and Bread,* Greenwood Press, Westport, 1984.

«The Domino Player», *Time,* 14 sept. 1953.

Treviño, Jacinto B., *Memorias*, Orión, México, 1961.

Urióstegui Miranda, Píndaro, *Testimonios del proceso revolucionario de México,* INEHRM, México, 1987.

IV. Adolfo López Mateos. El orador

Alonso, Antonio, *El movimiento ferrocarrilero en México. 1958-1959*, Era, México, 1972.

Calvillo, Tomás, *El navismo o los motivos de la dignidad,* edición del autor, San Luis Potosí, 1986.

Castro, Fidel, *La historia me absolverá,* Siglo XXI, México,

1986.

Chávez Orozco, Luis, *El presidente López Mateos visto por un historiador,* Patria, México, 1962.

Díaz de la Vega, Clemente, *Adolfo López Mateos. Vida y obra,* Gobierno del Estado de México/Terra Nova, México, 1986.

Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano,* Joaquín Mortiz, México, 1973.

Maria y Campos, Armando de, *Un ciudadano. Adolfo López Mateos,* LibroMex, México, 1958.

Martínez Carrizales, José Leonardo, «La cruzada periodística de Carlos Fuentes», tesis de licenciatura, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1990.

Ojeda, Mario, *Alcances y límites de la política exterior de México,* El Colegio de México, México, 1987.

Pellicer de Brody, Olga, *México y la Revolución Cubana,* El Colegio de México, México, 1973.

Poniatowska, Elena, *Palabras cruzadas,* Biblioteca Era, México, 1961.

Sánchez Borreguí, Juan, *Memorias personales y sindicales. La administración y el sindicato de los Ferrocarriles Nacionales de México,* edición del autor, México, 1982.

Vázquez, Josefina Zoraida y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico (1776-1988),* FCE, México, 1989.

Webb, W.P., *The Texas Rangers. A Century of Frontier Defense,* Houghton, Boston, 1935.

V. Gustavo Díaz Ordaz. El abogado del orden

Álvarez Garín, Raúl, Gilberto Guevara Niebla *et al., Pensar el 68,* Cal y Arena, México, 1993.

Cabrera Parra, José, *Díaz Ordaz y el 68,* México, 1982.

Cano Andaluz, Aurora, comp., *1968. Antología periodística,* México, 1993.

Corona del Rosal, Alfonso, *Mis memorias políticas,* México, 1995.

Cruz Zapata, Raúl, *Carlos A. Madrazo. Biografía política,* Diana, México, 1988.

Garibay, Ricardo, *Cómo se gana la vida,* Joaquín Mortiz, México, 1992.

González de Alba, Luis, *Los días y los años,* Era, México, 1971.

Hipólito, Simón, *Guerrero. Amnistía y represión*, Grijalbo, México, 1982.

Lujambio, Alonso, «El dilema de Christlieb Ibarrola. Cuatro cartas a Gustavo Díaz Ordaz», *Estudios*, ITAM, México, núm. 38, otoño 1994, pp. 49-75.

Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, Era, México, 1994.

Pozas Horcasitas, Ricardo, *La democracia en blanco. El movimiento médico en México. 1964-1965*, Siglo XXI, México, 1993.

Sin autor, *Gustavo Díaz Ordaz. Su pensamiento. Su palabra,* s.p.i., México, 1988.

Stevens, Evelyn P., *Protesta y respuesta en México,* Diana, México, 1979.

Treviño Zapata, Norberto, *El movimiento médico en México: 1964-1965. Crónica documental y reflexiones,* México, 1989.

VI-VIII. Luis Echeverría, José López Portillo y Miguel de la Madrid

Agustín, José, *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982,* Planeta, México, 1992.

Castillo, Heberto *et al., La investigación,* Proceso, México, 1981.

Leñero, Vicente, *Los periodistas*, Joaquín Mortiz, México, 1978.

López Portillo, José, *Mis tiempos*, Fernández Editores, México, 1988, 2 vols.

IX.-X. Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo

Caballero, Alejandro, *Salvador Nava. Las últimas batallas*, La Jornada, México, 1992.

Crónica del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. 1988-1994, Presidencia de la República, Unidad de la Crónica Presidencial, México, 1994, 6 vols.

EZLN. Documentos y comunicados, Ediciones Era, México, 1997, 5 vols.

Fernández Menéndez, Jorge, *et al., De Chiapas a Colosio. El año que vivimos en peligro*, Rayuela Editores, México, 1994.

González y González, Luis, *El indio en la era liberal*, Clío, México, 1996.

Krauze, Enrique, *La presidencia imperial*, Tusquets, México, 1997.

Krauze, Enrique, *Textos heréticos*, Grijalbo, México, 1992.

Los hombres sin rostro: Cronologías, comunicados, reportajes, acuerdos de paz y artículos de opinión en torno al conflicto chiapaneco de mayo a diciembre de 1994, CEE, México, 1995, 2 vols.

Ramos, Alejandro *et al., Sucesión pactada. La ingeniería política del salinismo*, Plaza y Valdés, México, 1993.

Sierra, Justo, *Obras completas*, UNAM, México, 1991, 15 vols.

Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de las cañadas*, Cal y Arena, México, 1995.

Valdés Zurita, Leonardo y Manuel Larrosa, *Elecciones y partidos políticos en México, 1995*, UAM-Iztapalapa / Centro de Estadística y Documentación Electoral, México,

1995.

Viqueira Albán, Juan Pedro, *María Candelaria, india natural de Cancuc*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Zedillo, Ernesto, *Ernesto Zedillo: propuestas y compromisos*, Noriega Editores, México, 1994.

Zaid, Gabriel, *La economía presidencial*, Vuelta, México, 1987.

Publicaciones periódicas

Periódicos

El Diario de México

El Financiero

El Nacional

El Popular

El Universal

Excélsior

La Jornada

Reforma

Últimas Noticias de Excélsior

Revistas

Combate

Historia Mexicana

Hoy

Impacto

Mañana

Plural

Política

Problemas Agrícolas e Industriales de México

Revista de la Universidad de México

Siempre!

Tiempo

Timón

Vuelta

Entrevistas

Hesiquio Aguilar

Rita Alafita de González

Antonio Armendáriz

Agustín Arriaga Rivera

Pedro Aspe Armella

Alfredo Atala

Alicia Ávila Camacho de Fernández

Rafael Ávila Núñez

Rafael Barreiro Gutiérrez

Roberto Barrios

Gonzalo Bautista O'Farrill

Emilio Bolaños Cacho

Luis Enrique Bracamontes

Octaviano Campos Salas

Guadalupe Díaz Ordaz

Gustavo Díaz Ordaz Borja

María Díaz Ordaz

Arturo Escamilla

Justo Fernández

Gabriel Figueroa

Susana Franco

Gastón García Cantú

Fernando M. Garza

Manuel Gómez Morin

Luis Gómez Z.

Luis González de Alba

Adolfo Hernández Hurtado

Francisco Herrera Muzgo

Luis Castañeda Guzmán

María del Carmen Cervantes

Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca

Luis Donaldo Colosio

José Córdoba Montoya

Alfonso Corona del Rosal

Daniel Cosío Villegas

Ismael Cosío Villegas

Urbano Deloya

Aureliano Luis Díaz Ordaz

Mariela Morales

Marco Antonio Muñoz

Salvador Nava

Rómulo O'Farrill hijo

Adolfo Orive Alba

Antonio Ortiz Mena

Miguel Palacios Macedo

Gonzalo Ituarte

Ramiro Leal Domínguez

Miguel de la Madrid Hurtado

Justo Manzur Ocaña

Antonio Martínez Báez

José Melgar Castillejos

José Luis Melgarejo Vivanco

Antonio Mena Brito

Donato Miranda Fonseca

Carlos Monsiváis

Carlos Soto Maynez

Trinidad Torres Flores

Ernesto P. Uruchurtu

Gilberto Valenzuela

Celestina Vargas Bervera

David Vargas Bravo

Herminio Vázquez Caballero

Octavio Paz

Fernando Román Lugo

Estelle T. Rothman

Samuel Ruiz

Othón Salazar

Juan Sánchez Navarro

Irma Serrano

Fidel Velázquez

Gustavo G. Velázquez

Pablo Vidaña

Víctor Manuel Villegas

Leopoldo Zea

Ernesto Zedillo

Índice onomástico

Acerca del autor

ENRIQUE KRAUZE. Historiador y ensayista, Enrique Krauze nació en la ciudad de México en 1947. Es ingeniero industrial por la UNAM (1969) y doctor en Historia por El Colegio de México (1974). En 1977 ingresó a la revista *Vuelta* como secretario de redacción y en 1981 se convirtió en el subdirector, puesto que ocupó hasta diciembre de 1996. En 1991 fundó la Editorial Clío y en 1999 dio a la luz, como director, a la revista *Letras Libres*. Ingresó a la Academia Mexicana de la Historia en 1990. En el 2003, el gobierno español lo condecoró con la «Gran Cruz de la Orden de Alfonso X, el Sabio». Desde abril de 2005 es miembro de El Colegio Nacional. En Tusquets ha publicado la parte central de su obra: *Siglo de caudillos* (IV Premio Comillas. Andanzas 207/1), *Biografía del poder* (Andanzas 207/2) y *La presidencia imperial* (Andanzas 207/3), *Travesía liberal* (Andanzas 207/4), *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana* (Andanzas 207/5), *Mexicanos eminentes* (Andanzas 207/6), *Tarea política* (Andanzas 207/7) y *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual* (Andanzas 207/8), entre otros. En 2017 fue condecorado con la presea Gran Orden Victoria de la República.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Fotografía del autor: © Miguel Dimayuga
Imagen de portada: Juan O'Gorman. *Sufragio efectivo, no reelección*, 1969. Pintura al fresco. Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-MEX; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
Primera edición impresa en México: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4523-2
Primera edición en México en formato epub: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4515-7

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

Índice